

Andrés Henestrosa

Alacena de minucias (1951-1961)

Introducción y compilación
Adán Cruz Bencomo



Miguel Ángel
Porrúa

CONOCER
PARA
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LX LEGISLATURA



CONOCER PARA DECIDIR se denomina la serie que en apoyo a la investigación académica en ciencias sociales, la Cámara de Diputados, LX Legislatura, ha acordado participar en coedición refrendando el histórico y constante interés del H. Congreso de la Unión por publicar obras trascendentes que impulsen y contribuyan a la adopción de las mejores decisiones en políticas públicas e institucionales para México, en su contexto internacional, a efecto de atender oportunamente las diversas materias sobre las que versa el quehacer legislativo.

La H. Cámara de Diputados, LX Legislatura, establece el acuerdo de coeditar con diferentes instituciones académicas, organismos federales y estatales, así como con autores y asociaciones independientes, investigaciones académicas y expresiones culturales de interés nacional, que coadyuven a las tareas propias del legislador mexicano.

Alacena de minucias (1951-1961)

Andrés Henestrosa

Alacena de minucias (1951-1961)

Introducción y compilación
Adán Cruz Bencomo



Miguel Ángel

Porrúa

MÉXICO • 2007

La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA,
participa en la coedición de esta obra al
incorporarla a su serie CONOCER PARA DECIDIR

Coeditores de la presente edición
H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Primera reimpresión, agosto de 2007

© 2007
ANDRÉS HENESTROSA

© 2007
Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-970-701-967-6

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Introducción

*Algún día, caro Andrés, estas minucias serán
muy útiles para el estudio de la gran literatura mexicana.*

ALFONSO REYES

Obra cumbre de Andrés Henestrosa, en el ámbito periodístico, la *Alacena de minucias* apareció en el suplemento cultural del diario *El Nacional* del domingo 17 de junio de 1951 al domingo 9 de febrero de 1969. Fue la columna literaria de más larga duración que él escribió y en la que con mayor claridad se expresó su espíritu curioso e inquieto. La comenzó a escribir cuando él tenía 44 años –en plena madurez– y la suspendió cuando acababa de cumplir los 62. Más tarde hubo una segunda época que se extendió del domingo 19 de junio de 1983 al domingo 14 de septiembre de 1986, en los días en que él ya era casi un ochentón.

El título se lo proporcionó Juan José Arreola, inspirado en aquel otro periódico, sucesor de *El Pensador Mexicano*, cuya aparición se diera en plena Guerra de Independencia, y cuya firma se debiera también a José Joaquín Fernández de Lizardi: la *Alacena de frioleras*. En ella, Henestrosa pudo a su antojo guardar cuanta ocurrencia, divagación, capricho, dato o fecha relacionada con nuestra historia literaria él consideró digno de rescatarse. Allí pudo “alacenaar” y “minuciar” –dos verbos que para él acuñó Alfonso Reyes– los más diversos aspectos de la literatura mexicana. Por eso en la *Alacena* se encuentran coplas, décimas, canciones populares, lo mismo que necrologías, dedicatorias, anécdotas o etimologías. Pero también hay seudónimos, anagramas, relatos, autores olvidados y pasajes autobiográficos. No obstante, el espíritu de la columna –lo reconoce Henestrosa– fue su afán por historiar las letras nacionales, preferentemente las del siglo XIX.

Así, del caudal enorme de material literario perdido en opúsculos, folletos, misceláneas, revistas y periódicos relativos al XIX mexicano –de modo especial la de aquellos que van de la época de la Independencia al triunfo de la Repú-

blica— Henestrosa rescató un sinfín de noticias y datos curiosos, siempre con el propósito de contribuir a un mayor conocimiento y valoración de nuestras letras. De ahí que la *Alacena de minucias* se pueda considerar, en cierta forma, como una historia de la literatura mexicana.

En los últimos 20 años en que él recorrió La Lagunilla, a la caza de joyas bibliográficas, yo tuve la fortuna de acompañarlo y de ver cómo ejercitaba, todos los domingos, sus dotes de excelente cazador, pues parecía como si oliera las piezas y las presintiera, ya que siempre daba oportunamente en el blanco. Así cayeron en sus manos infinidad de obras con las cuales formó su biblioteca y con las cuales más tarde armó sus artículos y sus *Alacenas*. La *Alacena* lo llevó a consagrarse como uno de los más grandes conocedores de nuestras letras y fue sin duda su columna periodística de mayor consulta, y de mayor cita, entre maestros e investigadores.

Colaboración poco común, con cierta originalidad, debido al cúmulo de temas tan variados que trató y debido al aderezo que supo muy bien escanciar con su estilo tan peculiar, la *Alacena de minucias* fue una sección que se leyó con sumo placer en su tiempo como seguramente se leerá también hoy y mañana.

Tuvo como guía siempre a México, y aunque se refirió a temas ajenos a la cultura nacional, siempre fueron éstos tratados en relación con una mirada mexicana. Se refirió a viajeros y autores que hablaran sobre nuestras costumbres y tradiciones y nunca faltaron los temas de cultura indígena. Por su lectura se puede asimismo advertir el tono de la época de mediados de siglo y se puede saber qué autores estaban en boga, qué libros se leían, y cómo había una manera distinta de ver las cosas; la patria, por ejemplo.

Durante muchos años siempre se pensó reunir en volumen estas colaboraciones, pero nunca se pudo; siempre se frustró por una causa u otra. No obstante, hubo algunos intentos, como el que llevó a cabo un maestro rural que Henestrosa encontró, en cierta ocasión, en lo más apartado y abrupto de la sierra oaxaqueña, y quien tenía en su poder, ordenadas y anudadas cándidamente con un listoncito azul, varios años de colaboraciones. Y está el otro, por supuesto, que sí se publicó, en 1970, por el Instituto Nacional de Bellas Artes, bajo el título de *Una alacena de alacenas* —con prólogo y epígrafe de Henrique González Casanova— y que reunía, es cierto, sólo 74 colaboraciones, pero que era por entonces el más logrado, puesto que la selección se había hecho como una suerte de antología o de páginas preferidas.

Pero no se publicaban tampoco, hay que decirlo, porque a pesar de que Henestrosa tenía muchas veces la tentación de hacerlo, siempre desistía ya que consideraba, pudorosamente, que sus textos no tenían el mérito suficiente para ser publicados. Él, entonces, para divertirse, contestaba que algo había que dejar que hacer a “los curiosos de mañana, a los cazadores de minucias” como era él, y yo siempre le decía, entre burlas y veras, en los muchos cumpleaños suyos que celebramos, que para cuando él cumpliera el siglo de vida, los 100 años, yo buscaría un editor para publicarlas todas, ya que la colección que yo había formado durante muchos años era sin duda la más completa.

Sin embargo, nunca pensé que llegara tan pronto ese día, y así, sin sentirlo, inesperadamente, me vi en el apurado trance de tener que cumplir con mi palabra. Por fortuna, cuando le propuse a Miguel Ángel Porrúa que las publicáramos y las diéramos a conocer a los lectores mexicanos, él de inmediato aceptó gustoso y fue así que hoy aparecen finalmente bajo el sello de esta prestigiada casa editora. Retoqué, hasta donde humanamente me fue posible, algunas faltas propias de la urgencia del periodismo, sobre todo aquellas que se referían a autores y títulos de obras y puse, asimismo, nombre a algunas *Alacenas*. Pero, en lo general, éstas aparecen tal y como se publicaron por vez primera en el periódico *El Nacional*. En todo caso, es posible que existan, quiero decirlo, algunas inexactitudes respecto a la fecha de publicación, pero lo incompleto de los archivos y su mal estado, impidieron la precisión del dato.

En cuanto al propósito de la columna, Henestrosa lo explica en la primera colaboración del 17 de junio de 1951:

El título de esta sección, tan deliberadamente fernándezlizardino, quiere, dentro de su modestia, anunciar lo que su autor se propone en ella, poner como en una alacena, todas aquellas fichas y fechas de nuestra historia literaria que por menudas, humildes y sencillas, han pasado inadvertidas a los ojos de los historiadores de nuestra literatura, preocupados como han estado por los nombres cimeros y por los hechos de mayor cuantía... Su autor, como lo hiciera el autor de *Alacena de frioleras*, no se detendrá en problemas de estilo, para que la memoria de Lizardi se encuentre a gusto...”

No obstante esta última afirmación, pues al parecer Henestrosa sólo quería, como “El Pensador”, dejar testimonio de su pensamiento, sin importarle las palabras en que estuviere dicho, es precisamente en esta columna donde su estilo resplandece con mayor intensidad. La sección está escrita con una innegable voluntad de estilo. Un estilo que en muy poco se parece al de Lizardi, tachado de negligente y desaliñado, y que más bien se acerca a la prosa periodística, lírica en su preferencia, de Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina o Victoriano Salado Álvarez. El parecido con este último autor se encuentra en la sabrosura del lenguaje, en la erudición, y, aunque reaccionario don Victoriano, en la presencia de México en sus obras.

En *Rocalla de historia*, el escritor jalisciense escribió, con parecido propósito al que animaba la columna de Henestrosa, que la rocalla era la piedrecilla menuda que se desprendía de las rocas grandes. “Que otros trabajen –decía– y pulan los monumentos duraderos, mientras este modesto artífice apronta el material diminuto que quizá pueda aprovecharse algún día.”¹

Recuérdese también el otro libro de Salado Álvarez, a quien por cierto Henestrosa veía en los cafés de San Juan de Letrán, en los baratillos o en las librerías de viejo, y con cuyo título la columna guarda cierta afinidad: *Minucias del lenguaje*. De Fernández de Lizardi queda más bien la inspiración, la guía, el señalamiento del camino.

La *Alacena* se escribía al amanecer del sábado, apenas unas cuantas horas antes del plazo requerido para su publicación, con lo que de algún modo Henestrosa permanecía fiel al trance de la improvisación que presidió casi todos sus artículos. Además, digamos de paso, él vivía en el más completo desorden y en medio de una vida bohemia intensa. Solía poner el papel blanco a la máquina, se quedaba en espera de la primera ocurrencia, y cuando ésta llegaba, enseguida comenzaba a ensartar una serie de recuerdos, divagaciones, “cosas nunca antes pensadas”, “minucias que nadie había alacenaado”² hasta que al cabo de unos minutos la colaboración quedaba hecha.

La *Alacena* generalmente comenzaba con una afirmación. Tras ésta venían las líneas que despertaban la curiosidad por el tema –Henestrosa sabía muy bien cómo dar interés a lo que trataba– y luego aparecían las digresiones, las ocurrencias, los aderezos expresivos, es decir, la amenidad, y la página enton-

¹ Salado Álvarez, Victoriano. *Rocalla de historia*, México, SEP, 1956, p. 7.

² Noviembre de 1964.

ces se iluminaba y era posible advertir los instantes poéticos y las verdades filosóficas.

Una manera típica de trazar una *Alacena*, la podemos encontrar en la que escribió el 3 de enero de 1964 y que seguramente se publicará el año próximo, en la segunda entrega de esta obra, y que también servirá para desmentir lo que durante mucho tiempo se dijo de él, en el sentido de que él era un escritor parco y perezoso. Nada de eso, pues cómo puede ser parco un escritor que forma dos o tres tomos solamente con una de sus columnas y, sabemos, él escribió por lo menos una treintena de ellas, a lo largo de su más de medio siglo de ejercer el periodismo. Por eso si se reuniera toda su obra desperdigada en periódicos y revistas darían sin duda varios volúmenes, tal y como se hizo con el eminente Alfonso Reyes. Porque, ¿qué otra cosa son en gran medida los libros del maestro regiomontano, sino una recopilación de artículos, notas y colaboraciones varias?

En fin, volviendo a la *Alacena* referida del año 1964, principiaba por preguntarse cuál era el significado de releer, qué sentido y alcance tenía esto, para luego hablar del autor y del libro puestos por caso. Después enumeraba, en el orden en que iban apareciendo en su memoria, los recuerdos que le suscitaba esta relectura, y líneas más adelante, se preguntaba por el autor de tal o cual seudónimo. Interesaba a Henestrosa saber dónde lo había usado y el porqué del nombre. A continuación, se refería al retrato del autor y pasaba a la tesis de éste acerca del carácter del mexicano. Señalaba quiénes estaban a favor o en contra de la tesis, y luego, de repente, se ponía a contarnos algo sobre los pericos, pero no en una divagación falsa sino motivada, para terminar hablando acerca de los prólogos, del estilo y del afán extranjerizante en la literatura. Y aunque esta *Alacena* no cierra con una pregunta, las más de ellas concluían de esta manera.

El tono de estas colaboraciones era habitualmente el de una conversación. Con su gran capacidad de hablista, Henestrosa entretenía al lector, al propio tiempo que lo instruía. En una *Alacena* de diciembre del año 1967, tras las divagaciones de rigor, confirma el tono que buscaba alcanzar para estas publicaciones. Dice: “Y ya ves, lector, no se pudo. Pero una vez más cumplimos con el grato, placentero deber de conversar contigo.”

Entre las aportaciones más significativas que logró Henestrosa en la columna, se puede citar el establecimiento que hizo del autor, fecha de edición y lugar donde se publicó por vez primera el texto de *La lavandera*, texto que

correspondía a la ilustración que apareció sola en esa obra, muy nuestra, firmada por varios autores, que se tituló *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Al respecto, Henestrosa nos dice que el autor es Hilarión Frías y Soto y que se publicó en *La Orquesta*, aquel “periódico omniscio de buen humor y con caricaturas”, el lunes 15 de abril de 1868.

De igual forma, Henestrosa identificó en la columna un prólogo que Alfonso Reyes escribió para la antología *Lírica mexicana*, cuya publicación se debió a la Legación de México en España, el año de 1919.³ Precisó, asimismo, al autor del opúsculo *Descripción de las fiestas celebradas en la Imperial Corte con motivo de la solemne colocación de una estatua equestre de nuestro Augusto Soberano el Señor Don Carlos IV en la Plaza Mayor*, cuya paternidad corresponde a Antonio Pineyro, Secretario de la Real Academia de San Carlos y Tesorero de la Real Casa de Moneda.⁴

Otro de los servicios que prestó la *Alacena*, fue la de rescatar varias obras de nuestros autores más conocidos que se hallaban perdidas en el monte de información que constituyen las revistas, periódicos y folletería mexicana del siglo pasado. Entre esas obras se puede señalar una décima de Manuel Acuña, titulada “Dios”, única pieza que dejó inédita el poeta suicida, y que Henestrosa localizó en *El anuario mexicano*, publicación del año 1887.⁵ Asimismo, Henestrosa descubrió un cuento de Guillermo Prieto, titulado “Angelita”, que se publicó en el *Semanario de las señoritas mejicanas*, aquella revista que salía de las prensas, a principios de los años cuarenta, del afamado impresor Vicente García Torres.⁶

Su curiosidad por las letras mexicanas del siglo pasado, llevó también a Henestrosa a rescatar algunos poemas de Francisco González Bocanegra, el autor de la letra del Himno Nacional, no recogidos en sus obras completas. Dos de ellos, “El bautismo de mi hija”⁷ y “Canto de amor” los encontró en el *Album de las señoritas. Semanario de literatura y variedades* del año 1856, y otro, titulado “Meditación”, en un *Presente Amistoso*, cuya fecha no precisa porque su ejemplar carecía de portada.⁸

Rescató igualmente, de *La Chinaca*, un rarísimo “periódico escrito única y exclusivamente para el pueblo”, dos romances. Uno, titulado “El chinaco”,

³ Octubre de 1957.

⁴ Abril de 1956.

⁵ Abril de 1957.

⁶ Agosto de 1963.

⁷ Enero-febrero 1960.

⁸ Diciembre de 1954.

cuya paternidad, sugiere Henestrosa, corresponde al general Vicente Riva Palacio⁹ y otro, llamado “El 5 de mayo”, que lo atribuye a Guillermo Prieto.¹⁰

En la *Alacena de minucias*, él también salvó del olvido un sinfín de coplas, romances y canciones populares. Entre éstas se puede mencionar el rescate que hizo, así de la letra como de la música, de “La soldadera”, una canción de la época de la intervención norteamericana.¹¹

Por otro lado, nuestro autor llama la atención de eruditos, curiosos e investigadores hacia cierto tipo de joyas bibliográficas, cuya importancia es de primera para una mayor comprensión de nuestra evolución literaria y sugiere su pronta publicación. Entre estas piezas de la bibliografía mexicana, cita un folleto de 12 páginas que reúne sonetos, octavas, sentencias en verso que se colocaron en una de las puertas de la Alameda Central con motivo del Grito de Dolores del año 1831. El folleto se titula *Páginas presentadas por los ciudadanos Francisco Manuel Sánchez de Tagle, licenciado Manuel de la Barrera y Troncoso, Ignacio Sierra y Rosso, Luis Antepara y Anastasio Ochoa, individuos de la comisión encargada de este ramo. Fueron colocados en lugares que se expresan*.¹²

Otra rareza bibliográfica que cita Henestrosa es el *Manuscrito de Miguel Beruete y Abarca* o *Diario del Primer Imperio*, en el que se habla de los días que corren de la víspera de la proclamación de Iturbide como Emperador de México hasta su muerte, y del que, por cierto, dice en una *Alacena* del 26 de octubre de 1952:

en efecto ha servido para completar algunas semblanzas: la de Mier, la de Alamán, la de Victoria. De sus informaciones se valió Arnáiz y Freg para poner nuevos toques al retrato de Lucas Alamán, aunque no haya acreditado al autor de esta *Alacena* la posesión de una copia del Manuscrito de Beruete, ocasión que aprovechó para sacar una más, devolviendo la que tenía prestada con una página de menos.

En este mismo sentido, comenta otras joyas como el *Acopio de sonetos castellanos* de José María Roa Bárcena, de cuya edición, nos dice, se hicieron sólo 60 ejemplares. Nos habla también de los cuadernillos de “La Pajarita de Papel”,¹³ cuyo tiraje se reducía a 25 números y entre los que se

⁹ Abril de 1960.

¹⁰ Mayo de 1960.

¹¹ Febrero de 1958.

¹² Septiembre de 1952.

¹³ Diciembre de 1954.

encuentran las *Sentencias y lugares comunes* de Julio Torri, al parecer todavía no recogidos en sus obras completas. Menciona la *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII* de Rafael Lucio, las *Impresiones célebres y libros raros* de Manuel de Olaguíbel y las *Memorias* de Balmotín, entre otros.

Lee con tristeza libros que debieran conocer todos los mexicanos, pero cuyos ejemplares son difíciles de conseguir, o están próximos a desaparecer, y por esto en la columna siempre sugiere se lleven a la imprenta obras como *Recuerdos de mi vida diplomática. Misión en México*, de Vicente G. Quesada, las *Impresiones de Viaje*, quizá de Guillermo Prieto, u otras que él más tarde editó como *Del movimiento literario de México*, de Pedro Santacilia o los *Poetas y escritores modernos mexicanos*, de Juan de Dios Peza.

Un aspecto de nuestra literatura que particularmente le interesó y al que dedicó varias *Alacenas* fue el de los autores olvidados. Quiso en su sección rescatar del olvido a una serie de autores que casi nunca se mencionan en las historias o panoramas, pero cuya obra valdría la pena considerar para cuando se escriba esa tan deseada historia de la literatura mexicana.

Entre los autores que se duele Henestrosa por el olvido en que se les tiene, se pueden citar a Juan Valle, el poeta ciego, a Francisco Granados Maldonado, el poeta épico, o a José Antonio Muñoz, el poeta de Tantima. De igual forma recuerda a Manuel Peredo, el gramático, y no omite a Esteban González Verástegui, Félix Martínez Dolls, Jesús Castañón, José María Bustillos, José María Barrios de los Ríos, Lorenzo Elízaga, Higinio Vázquez Santa Ana. En fin, son tantos que un día pensó formar un libro que llevara por título *Clásicos olvidados*, nombre sin duda sugerido por Salado Álvarez, quien también gustaba de recordar a escritores que se tenían en olvido. Evoca también al caricaturista Constantino Escalante, al chileno José Domingo Cortés y al peruano Carlos G. Amézaga.

Entre sus trabajos de investigación acerca del reconocimiento de seudónimos, anagramas, iniciales o incluso figuras de imprenta —recuérdese la manita con que firmaba Juan de Dios Arias o los asteriscos de Ramírez— cabe destacar el que hizo del poema titulado “Brindis”, cuya publicación, en el año de 1836, en París, por la Librería Rosa, aparece calzada con las iniciales L. A. que corresponden, nos aclara Henestrosa, a Luis Antepará,¹⁴ poeta cívico de los tiempos de la Insurgencia.

¹⁴ Octubre de 1953.

En ocasiones, él juega y coquetea con su nombre pues se cita a sí mismo, como en el caso de la *Alacena* del 30 de agosto de 1953, en la que habla de un tal Néstor Heras que no es otro más que el propio Henestrosa, ya que ese autor es su correspondiente anagrama.

Otro tipo de *Alacenas*, que de igual forma eran muy frecuentes, pero que no requerían de un gran índice de saberes, eran aquellas, frescas y espontáneas, en las que Henestrosa recordaba pasajes autobiográficos, o aquellas otras en que nos contaba anécdotas de personajes raros o en verdad extraordinarios. Las había también en las que nos hablaba acerca de las impresiones de los viajeros que habían pasado por nuestro país y del cual nos habían dejado una imagen literaria. En fin, “como en un cajón de sastre, como en una *Alacena de minucias* o de frioleras”,¹⁵ Henestrosa puso en su sección las cosas más diversas e increíbles de nuestras letras: teoría literaria, exaltación de la cultura indígena, del mestizaje, sabiduría popular, curiosidades, la ciudad de México, sus librerías de viejo, sus calles, sus plazas, jardines.

¿Cuál de todas ellas le exigía mayor dedicación y trabajo? ¿Cuál le era más difícil escribir? Lo comenta en una colaboración del 17 de junio de 1962:

Si un lector me preguntara qué tipo de *Alacena* entraña más trabajo no sabría qué responderle; porque las que contienen erudición exigen acumulación de noticias que hay que verificar; las que entusiasmo propenden a la divagación, al regusto de acumular frases y palabras que van en contra de aquel temor que siempre ha infundido al literato hispanoamericano el manejo de un idioma que no siendo suyo debe manejar con el mayor cuidado y recelo.

La columna apareció hasta el mes de enero del año 69 en que se publicaron algunos artículos sueltos y en que, al parecer, iba a surgir una nueva sección titulada *Años, engaños y desengaños*, pero que se suspendió repentinamente, quizá porque Henestrosa prefirió guardar el título para cuando escribiera su biografía definitiva.

La sección casi nunca se interrumpió, pero cuando ello ocurrió se debió, argumenta Henestrosa, a:

...otras circunstancias, que no a falta de cumplimiento de parte nuestra, que al iniciar la *Alacena* formulamos el propósito de no dejar un solo domingo sin escri-

¹⁵ Noviembre de 1956.

birla. Hasta cuando estuvimos lejos de México procuramos dedicarle hebdomadariamente los minutos que reclama su redacción.¹⁶

La *Alacena de minucias* la ilustra Elvira Gazcón, una pintora del exilio español que había llegado a nuestro país en el año de 1939. Los grabados, aunque aparecían con regularidad, muchas veces estaban ausentes; otras se repetían, y otras más, curiosamente, quedaba encuadrado el espacio en blanco. Los motivos de las ilustraciones eran de inspiración mexicana, salvo algunos en que se recurría a la figura humana y que eran hechos con dos o tres ágiles trazos. El primero de ellos fue justamente una *Alacena*, abierta de par en par, cuyo pie tenía un listón en el que se leía con letra como tallada o en bajo relieve: *Alacena de minucias*.

La columna se ilustró, aunque de manera irregular como hemos dicho, hasta el año 1962.

La *Alacena de minucias* tenía por vecinos de columna, en sus primeros años, a Julián Martí con su *Pulso y honda*, a *El ruiseñor y la prosa* de Raúl Ortiz Ávila y *A vuelta de correo* de Ricardo Cortés Tamayo. Más tarde, también lo acompañó Juan Rejano con su *Cuadernillo de señales*.

En una ocasión, cuando la sección nacía apenas, no faltó entre sus compañeros quien le afeara el título, se riera de él y le disminuyera el propósito de la columna. Por eso, en una *Alacena* del mes de marzo del año 1962, en respuesta a un corresponsal que le elogiaba la colaboración publicó:

Con esta *Alacena* me ha ocurrido con más frecuencia lo contrario, es decir, que mis compañeros de redacción y vecinos de columna, le encuentren más el yerro que el acierto, más el gazapo que un hallazgo feliz. Uno ha dicho, por ejemplo, que el título viene de Fernández de Lizardi, tal como si yo no lo hubiera advertido en la primera línea de la *Alacena* inicial. Y lo dijo como denuncia, como si me hubiera sorprendido en delito.

Un año antes, en junio de 1961, al cumplir la sección su primer decenio, también había dicho:

Uno, que se decía mi amigo de toda la vida, consideró exacto el título: minucias, cosa inservible y ruin, si bien atenuándolo al reclamar de mí trabajos más ambiciosos. Pero otro dijo que era una “alacena de algo más que

¹⁶ *Idem*.

minucias”. Así está tramada la vida: de miserias y grandezas. Así está hecha esta *Alacena*: de briznas, de rocalla, de desperdicios, de migajas que otros van tirando y que yo me inclino a recoger con humildad, con un afán de servicio, seguro de que algo sobrevive de lo mucho que muere.

Líneas más adelante, Henestrosa confiesa cómo escribía las *Alacenas* y con quién le placía compararse al redactarla. Dice:

Las escribo con entusiasmo, las improviso, rara vez con libros a la mano. Intencionalmente. Para emparentarlas de alguna manera con las colaboraciones que escribieron en la redacción de los periódicos muchos de nuestros grandes escritores. Sobre la rodilla, con un pie en el estribo escribieron Lizardi, Juan Bautista Morales, Zarco, Prieto, Campo, Chávarri.

Volviendo a la *Alacena* en la que daba respuesta a su corresponsal, Henestrosa justifica su tarea y concluye firme e invulnerable:

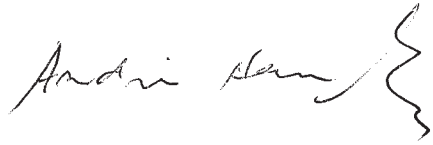
Nada de eso, amigo mío, ha sido suficiente para que yo desista de mi empeño semanal de emborronar una *Alacena*. No todos hemos nacido para escribir el Quijote. A algunos les toca tareas más modestas, tomar como destino aquellas en que no se fijan los que sólo miran las cumbres, sin advertir que son igualmente bellas las laderas y las tierras planas. Mucho hace por las letras quien suma fechas, quien aporta noticias humildes, quien descubre un rasgo que otros buscaron afanosamente, pero sin éxito.

Al final, la *Alacena de minucias* nos deja por lo menos una lección de voluntad y trabajo. Porque el haberla escrito durante tanto tiempo significó muchas, muchísimas horas de esfuerzo y fatigas que ahí quedan para modelo y espejo de lo que es posible hacer en el periodismo cuando se tiene disciplina y coraje. La *Alacena de minucias*, obra imprescindible, tanto para el investigador como para el curioso de las letras mexicanas.

ADÁN CRUZ BENCOMO

[*Noviembre del 2006*]

1951

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', followed by a large, stylized flourish that extends to the right.

Con un pie en el estribo

El título de esta sección tan deliberadamente fernández-lizardino, quiere, dentro de su modestia, anunciar lo que su autor se propone: poner en ella, como en una *alacena*, todas aquellas fichas y fechas de nuestra historia literaria que por menudas, humildes y sencillas, han pasado inadvertidas a los ojos de los historiadores de nuestra literatura, preocupados como han estado por los nombres cimeros y por los hechos de mayor cuantía; pero que son materia útil, grano de arena con que amasar los ladrillos para armar el edificio de la Historia de la Literatura Mexicana, que algún día habrá de escribirse. Trataré, a la manera de Fernández de Lizardi que sólo escribió con el ánimo de ser útil a sus semejantes, de cosas a veces muy sabidas, pero olvidadas en fuerza de cotidianas, para que quien las tenga olvidadas las recuerde y las aprenda quien las ignore. Su autor, como lo hiciera el autor de *Alacena de frioleras*, no se detendrá en problemas de estilo, para que la memoria de Lizardi se encuentre a gusto, pues ya se sabe que aquel periodista, el más constante y desgraciado, cuando creyó expresado su pensamiento no se detuvo en palabras, como acertadamente resumió el estilo de grandes escritores nuestros José María Luis Mora, un miembro de esa familia literaria que arranca de José Joaquín Fernández de Lizardi. Pero es bueno decir antes de seguir adelante que Lizardi no estaba negado de los dones de buen escritor, capaz de un estilo donoso, como creen algunos para quienes el estilo lo es todo, aunque carezcan de él. Todos sus defectos le vienen de haber sido un periodista, ni más ni menos que lo fue Domingo Faustino Sarmiento, pongamos por caso. De querer ser entendido de todos, lo cual logró siempre; de comentar lo coti-

diano, lo próximo, lo familiar, de sufrir y sentir en carne propia los dolores de México, no de incapacidad para crearse un estilo, es por lo que Fernández de Lizardi escribió a la pata llana, y se nos muestra disparejo, ramplón, cuando no pedestre. Pero su eficacia de estilo quedó grabada por la popularidad que alcanzaron sus escritos, y que por encima de tanta negación, perdura. La lengua castellana que Francisco Navarro Ledesma comparó con una capa española, no era prenda para sus caídos hombros; ajena era a callejas, mesones y tugurios, y opuesta a la emoción populista de el Pensador. Qué más, si hasta los escritores españoles no siempre pudieron con ella. Esto es verdad, decía Ángel Ganivet; la lengua castellana es una capa, y la mayoría de los escritores españoles la llevamos arrastrando.

Todo lo que ahora nos agita, estuvo en la pluma de Fernández de Lizardi: la educación popular, tema el más constante; el problema del indio, la miseria infantil, las vocaciones, la necesidad de un oficio, cualquiera que sea, y con tal que no desplantee, poca fuerza hace que desdore; todo quiso enfrentarlo y resolverlo para que el pueblo mexicano, el de su época tanto como el de ahora, no sufriera lo que él sufrió. Y de todo eso, no podría hablarse sino en el lenguaje que el tema exigía inexorablemente, pues parece evidente una correspondencia fatal entre el tema y su expresión. No escribía para las clases letradas, enemigas de sus prédicas, sino para lectores cuya cabeza estaba a ras de la tierra.

De las dos maneras en que se pueden escribir los libros: una en el ocio, propicio al arte según Horacio, padre del espíritu que dijo Franz Werfel, a Lizardi le tocó en suerte la otra: ésa que consiste en escribirlos de pie, sobre las rodillas, con el pie en el estribo.

17 de junio de 1951

Cardos contra Alarcón

En la *Epístola a Francisco de Rioja*, Lope de Vega afirma que sus enemigos, a quienes comparó con mil gozques que trabajan por inquietar su vida, no logran advertir en él descompostura. Pero tan soberbia pretensión se encuentra contradicha en más de un lugar de su obra. Quizá engañado por ese señuelo, Julio Jiménez Rueda ha dicho que el fuerte de Lope no era el rencor, que

por el contrario, era de generoso corazón. Débil de voluntad, dice, su flaco no estaba en la soberbia ni en el rencor. En la guerra literaria, más enconada que nunca, daba y recibía sin guardar rencor al adversario. Nadie lo hirió tanto como Luis de Góngora y Argote a pesar de que deseó siempre la amistad del altivo racionero, concluye don Julio. Sin embargo, basta recordar las flechas que disparó, ocultando la mano, contra Góngora para que pensemos que más bien le temía y buscaba congraciarse con él, tratando de atenuar la eficacia epigramática del poeta cordobés. Para probar que Lope supo medir la significación de la obra de Juan Ruiz de Alarcón, pese a los dardos que le lanzó, y que el mexicano le supo contestar, Jiménez Rueda trae a cuento una estancia del *Laurel de Apolo* cuyas últimas dos líneas –“la máxima cumplida/ de lo que puede la verdad unida”–, más parece una pulla que un elogio, como ya tiene dicho Alfonso Reyes. Pero hay algo más. Hacia el año de 1617, los preceptistas aristotélicos publicaron, inspirados por Cristóbal Suárez de Figueroa, aquella triste alma que dice Reyes, un libro titulado *Spongia* con el fin de borrar, como con una esponja, el nombre y la obra de Lope, digna de ello, según los autores, por su escasa valía. La obra aparecía firmada en unos ejemplares por Pedro Torres Rámila, y en otros por Pedro Mártir Rizo, evidentemente, un nombre supuesto. Herido no diré que en su vanidad, pero sí en su fama, Lope montó en cólera y descargó contra el mediano humanista que era Torres Rámila, contra Suárez Figueroa y cuanta otra fobia le vino a la mano, una sátira henchida hasta los bordes del peor veneno que su caudaloso ingenio le dictó. Sosegado su ánimo les contestó en varias partes de su obra, aun fingiendo que desdeñaba a aquella pobre y mísera caterva. Pero la sátira *Contra los preceptistas aristotélicos*, hizo fortuna y quedó. Y junto con otras, desenterradas por Joaquín de Entrambasaguas, fue publicada en Madrid (1942) en un pequeño tomo titulado *Cardos del jardín de Lope*, queriendo Entrambasaguas sugerir con el título la punzante y tosca imagen del cardo, tan ajena a toda idea de flor. Poseído por una especie de furia, de un casi frenesí, de ese deliquio que parece apoderarse de quien ha dado en el blanco, zarandea a sus rivales a lo largo de medio millar de versos, sin descender un solo instante. Todo lo que se le ocurre de más grosero y sucio, lo vacía Lope en la olla en que escalda a sus enemigos, gozques que se atreven a salirle al paso. Por fin el poeta jadea, hace una pausa, mide el tamaño del vejamen, y como si fuera poco lo que les lleva dicho, recalca en esta cuarteta, más cruel mientras más inesperada:

*Dejemos, pues la cabra la ley roa,
Y al búfalo español que rumie y pazca
Adiós, hasta la vuelta de Lisboa.
¡Mala corcova de Alarcón te nazca!*

Y como no encuentro registrada esta triste alusión a las jorobas de Juan Ruiz en ninguna de las obras que tratan del tema, quise transcribirlas para que se vea hasta qué punto alcanzaba el desprecio de Lope por el mexicano, y que dentro de las desigualdades humanas, era la mayor la corcova de Alarcón.

24 de junio de 1951

Una ficha martiana

No he visto citado en la extensa bibliografía martiana, el raro folleto que, impreso en 1897, contiene los discursos y poemas pronunciados en la Velada que el Club “México y Cuba” organizó en memoria de José Martí al cumplirse el primer aniversario de su muerte. Nicolás Domínguez Cowan, amigo de Martí, residente por años en México, y cuya hermosa firma hemos encontrado en más de un libro comprado en librerías de lance, inauguró con unas palabras la Velada. En ella tomaron parte Aguirre que tocó al violín, acompañado al piano por Moctezuma, la bella leyenda musical de Enrique Wienawsky que, como se sabe, era una de las piezas favoritas de aquel varón con alma de mujer formado. Atenor Lescano, discípulo de José de la Luz y Caballero, tan hecho a México que adquirió la ciudadanía mexicana para mejor participar al lado de Ignacio Manuel Altamirano y de Justo Sierra en nuestras luchas libertarias y literarias, leyó unos robustos cuartetos inspirados en el amor a Cuba y a su amigo Martí. Después Villalobos tocó al piano la encantadora “Marcha Fúnebre” de Chopin, como dice el cronista de la Velada, Conde Kostia, pseudónimo de Aniceto Valdivia, el pirotécnico escritor que dice Manuel de la Cruz, también emigrado por aquellos días a México y redactor de *El Universal*. Cerró la primera parte del acto, el discurso del joven Nicolás Domínguez Cotilla, hijo del eminente Domínguez Cowan, pieza que por desgracia no se reproduce en las páginas del folleto, porque sin duda fue dicho y no leído. El discurso debió de

entusiasmar al auditorio, pues el cronista afirma que la apología es un modelo de elocuencia realizada soberanamente. La segunda parte del suceso se inició con un discurso de José P. Rivera, director del *Diario del Hogar*, y no es otra cosa que una breve síntesis de la rebelión cubana hasta aquel momento.

En seguida, a instancias de la concurrencia, informa el Conde Kostia, subió a la tribuna Mateos, “uno de los primeros oradores de México”; y en quien quiero identificar a Juan A. Mateos, en efecto, un gran orador, y que conoció y trató a Martí en los días en que el prócer cubano vivió entre nosotros. Garavaglia, un barítono italiano que se encontraba presente, cantó la romanza Gran Dío de la ópera *Hernani*, con gran aplauso. Luego leyó otra poesía Manuel Mateos Cejudo, siguiendo otra del poeta de la época, Salvador Gutiérrez y Buenrostro. El acto finalizó con más versos debidos a la inspiración de José Manuel Gutiérrez Zamora, un veracruzano de la Reforma, poesías que por cierto están dedicadas a Carmen Zayas Bazán, viuda de Martí.

El folleto, que consta de treinta y tres páginas sin contar la cubierta, fue impreso en la Tipografía Literaria de Filomeno Mata, en la calle de Betlemitas número 8, y tanto en la cubierta como en la portada, lleva impreso lo siguiente: “Nota importante: Por causas ajenas al encargado de la publicación de este folleto, se ha retardado el que vieran la luz pública, las poesías y los discursos pronunciados en aquella solemnidad; y se empeña en hacerlo constar para que lo sepan quienes espontáneamente contribuyeron a la publicación. Esto viene a explicar el que el folleto haya aparecido dos años después de la muerte de Martí.

Su rareza —no he visto otro— hace pensar que circularon escasos ejemplares. Su contenido, por las alusiones personales al héroe, ya que los discursos y poesías fueron dichos por gentes que trataron a Martí, merece ser conocido y estudiado por los admiradores y devotos de aquel gran poeta, única posibilidad de santo a caballo. Desde estas líneas sugiero a los martianos de Cuba y México que lo reimpriman y lo pongan en el mayor número de manos americanas. Me dirijo especialmente a usted, amigo Félix Lizaso, y a ti, amigo Andrés Iduarte, por haber persistido en el empeño de mostrar a nuestros ojos, aquel otro espectáculo americano que fue José Martí.

1o. de julio de 1951

Urbina, crítico

Dos trabajos de historia literaria escribió Luis G. Urbina, los dos sorprendentes de criterio y sensibilidad. Uno es la introducción a la *Antología del Centenario* (1910), y que después recogió en el volumen titulado *La Literatura mexicana durante la Guerra de Independencia*, publicado en Madrid (1917). Éste, escrito quizá bajo la sagaz y alerta supervisión de Pedro Henríquez Ureña, era el primero que Urbina emprendía en este campo, de donde la sorpresa que causó por el caudal de sus informaciones, no menos que por el fino instinto con que se atreve sin perderse en la maraña que ese capítulo de nuestra literatura supone. Otro es *La vida literaria de México* (Madrid, 1917), donde reúne las cinco lecciones que sobre Literatura Mexicana dictó en Buenos Aires, en 1917. Las conferencias, preparadas lejos de sus libros, sin amigos eruditos a la mano y, desde luego, espoleado por el demonio de la urgencia, adolecen, a ratos, de leves deficiencias, lo que no quiere decir que sea obra frustránea: siendo como son de divulgación, contienen más doctrina que todo lo que hasta entonces se había escrito sobre la materia. No hay guía mejor para una visión panorámica de nuestras letras desde el siglo xvi hasta Enrique González Martínez. Dos excelencias pueden destacarse de estas lecciones: una es limitar el juicio de Marcelino Menéndez y Pelayo, según el cual nuestra literatura no es otra cosa que una mera rama de la Literatura Española, aberración en la que todavía insisten nuestras historias literarias. Influido por Sierra –ello es evidente– que en el prólogo al tomo de *Poesías* de Manuel Gutiérrez Nájera (1896), le salió al paso a don Marcelino para decirle que eso de que nuestra literatura nacional no aparecía todavía, no era ni de buenos parientes ni de buenos críticos, Urbina, partiendo del supuesto de que nuestra literatura es sólo una prolongación de la literatura peninsular española, llegó a establecer, ayudado de una estricta dialéctica, que nuestra literatura si bien no es enteramente nacional, sí es continental y ha contribuido, con su renovación y esfuerzo, a caracterizar la literatura novohispana, principalmente en el género de la poesía lírica. En esto –dar primacía a la poesía lírica– y en el desdén con que vio las muestras de literatura precortesiana, permaneció fiel a Menéndez y Pelayo, con lo que la primera lección perdió quilates. La otra excelencia es la que el propio Urbina apunta: el intento de explicar, por la primera vez, la relación entre los fenómenos sociales y las manifestaciones literarias.

Pues bien; las dos obras que nos ocupan han sido reunidas últimamente en un volumen de la “Colección de Escritores Mexicanos”, Porrúa, 1946, Núm. 27. Antonio Castro Leal, en el rápido pero enjundioso “Prólogo” que las antecede, tras de situarlas en el marco de la crítica literaria en México, nos indica que ha retocado los textos a fin de ponerlos al día, corrigiendo nombres y agregando fechas de nacimiento y muerte, o de nacimiento solamente según el caso, así como dar los nombres completos de los autores y de las obras cuando estos aparecen truncos y, de paso, dar el texto de los poemas reproducidos cuando Urbina, por citar de memoria, se aleja de la versión original; cosas todas que Castro Leal lleva a término con la maestría a que nos tiene acostumbrados. Sin embargo, quiero señalar dos omisiones: el nombre de Larra, que en las dos ediciones aparece como José Mariano, siendo al revés. Y la otra que no sabemos cómo pudo ocurrir, siendo que Castro Leal no sólo corrigió a Urbina, sino al propio autor en cuanto a la puntuación y aun a la letra. Se trata del fragmento del poema “María” de Manuel M. Flores, contenido en *Pasionarias*. Urbina alteró el orden de las estrofas y equivocó un adjetivo y un sustantivo. *Triste* por *dulce* y *pecho* por *labio*. Castro Leal corrigió el adjetivo, pero mantuvo el sustantivo; empero no advirtió que los versos, siendo todos del fragmento citado, estaban trastocados. Hélos aquí:

*Aquí estás, junto a mí. Tu forma blanca
se dibuja en la sombra
cuando del labio trémulo se arranca
el profundo sollozo que te nombra.
Aquí estás, melancólica María,
tan pálida de amor, tan dulce y bella
como en los cielos al morir el día
sobre la frente de la tarde umbría
lágrima de oro la primera estrella.
Aquí estás, compañera silenciosa
del alma enamorada,
como el misterio de la noche, hermosa,
como la misma luz, immaculada.*

8 de julio de 1951

La superchería literaria

La superchería literaria, el apócrifo, sólo prospera cuando, encima de su factura literaria, divierte a los discretos y burla a los que se tienen por sabios. Las letras, así las sagradas como las profanas, registran más de un apócrifo; todas las historias literarias, la nuestra desde luego, también.

Si la historia de la literatura mexicana del siglo XIX no estuviera basada en la tradición oral, en información auditiva, en juicios heredados; si los que la escriben tuvieran curiosidad, si fueran capaces de la saludable imprudencia de poner en duda la fama de más de un maestro en toda erudición mexicana, las *Memorias del Marqués de San Basilio* —así se titula por fuera— serían proclamadas un capítulo de nuestra picaresca, ocuparía un lugar al lado de las *Memorias* de fray Servando Teresa de Mier, estaría a la par de *El Gallo Pitagórico* de Juan Bautista Morales, el otro clásico olvidado. Quién fue Adolfo Carrillo, su autor, es cosa que contaremos otro día, cuantimás que todos lo saben. En otro ambiente, con mayor escenario, Rogaciano Carrillo hubiera sido en pequeño un Graciano Courtilz de Sundras, o un abate Juan Luis Giraud Soulavie, apunta Carlos Pereyra que por cierto lo apellida en una ocasión Gómez Carrillo. *Las memorias del marqués de San Basilio* —así se titula por dentro— sin contar lo que tienen de infamia y de burla, están escritas en una prosa ágil, fluida, retazona, plena de donaire, a ratos animada de reminiscencias clásicas y a veces de resabios populares. Jorge Carmona, o Carmonina como Carrillo equivoca su nombre para aludir al juego de barajas a que tan afecto era aquel pintoresco personaje, está aquí retratado con mano maestra, no importa que la imagen sea falsa.

Pero no fue ésta la sola travesura de Adolfo Carrillo. Hizo algo más: escribió las *Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada*, caño por donde Adolfo —o Rogaciano, su verdadero nombre— Carrillo dio escape a todas sus antipatías que de paso lo eran de don Sebastián Lerdo de Tejada, lo que vino a aumentar sus trazas de auténticas. Don Sebastián, don Adolfo, que diga, vertió allí con desparpajo, gracejo y desenfado extremos, algunas de las cosas más divertidas y más libertinas de nuestra literatura, de verdad preocupada por las formas pulcras.

Llevado de su diabólica manía de burlarse, de poner una nota de veneno en el vino de los aduladores de su tiempo, Carrillo tuvo la macabra ocurrencia de atribuir a Tolstoi un texto que jamás pensó. Tal como si él sólo padeciera

la vergüenza que todos los demás parecía que habían perdido, él, un chantajista, él, una versión grosera del Aretino, según lo apostrofa Artemio de Valle-Arizpe, pasando por alto que el Azote de los Príncipes fue un moralista, una voz que denunció la corrupción de su tiempo, con tal maestría que lo apodaron *El divino*. Así Carrillo: por su pluma el decoro tomó desquite, la adulación, así fuera a torcidas, se volvió pitorreo; puso en la picota del ridículo al príncipe y a su cohorte, pues ya está dicho que la verdad no desmerece por que la diga judío, pícaro o loco, niño o borracho. Allá en el hemisferio occidental se levanta la figura solitaria de un Cromwell moderno, hizo decir Carrillo a León Tolstoi. Por el atajo que abrió la gran mentira, se precipitó la cáfila de aduladores. Alfredo Chavero, tras de señalar el tamaño de Tolstoi, basó en sus supuestas frases, el discurso que en el besamanos anual endilgó a don Porfirio. Francisco Bulnes, el implacable, el sofista, la inteligencia soberana a cuyos pies todavía están postrados muchos lectores, cayó también en aquella trampa tendida por Carrillo a toda una generación. Y al verse acosado por sus enemigos, se agarró como de un clavo ardiendo a la supuesta alusión de Tolstoi a Díaz. Toda su defensa está armada en las frases tolstoianas que califica de inmortales, por serlo todos los deslumbrantes destellos del espíritu. Y en el cenit de sus arrebatos, aconsejó a todos que besaran la pluma justiciera de Tolstoi. Y Adolfo Carrillo, el buen escritor olvidado, desde un rincón reía, reía satánico.

15 de julio de 1951

Juventud lopezvelardiana

Mi juventud fue lopezvelardiana. Es verdad que yo no lo conocí por ya haber muerto el poeta cuando vine a México; pero algunos de mis compañeros pusieron muy pronto en mis manos sus poesías. Nada nublaba nuestros ojos para gustar, desde la primera lectura, de aquella poesía tras el momentáneo azoro y perplejidad que suscitaba su sintaxis, el mecanismo de su metáfora, los adjetivos, cargados de algo que pudiera decirse novedoso, o exclusivo, no obstante su prosapia española. Más allá de esa pasajera suspensión del ánimo, aquellos versos recreaban la emoción hogareña, afinaban el recuerdo del pueblo, de los luceros pueblerinos, de los patios, estanques de luna y cantos de pájaros fami-

liares. Parecía que el poeta había adivinado nuestra nostalgia y se había dado prisa en formular el suspiro que iba a contenerla. Ninguna lectura extraña, ninguna voz que no fuera la nuestra, podía interferir con la voz de Ramón López Velarde, sino por el contrario, sin ser la misma, sus poemas prolongaban con palabras inauditas las lecturas infantiles. Otras lecturas abrieron después interrogaciones ante nuestros ojos; y nos detuvimos a inquirir sus influencias, a establecer su genealogía, a buscar lo que en sus creaciones pudiera haber de artificioso, de complicado, de reminiscencia de otros poetas y de otras escuelas literarias. Los nombres de Jules Laforge, de Leopoldo Lugones, de Julio Herrera y Reissig y quizá de Antonio Machado vinieron a complicar la primera imagen de Ramón López Velarde. Pero la indagación sobre lo que era su poesía, lo que podía tener de agregación, al depurar aquella primera imagen, afirmó sus contornos, acendró sus esencias natales. Y su nombre, igual que un escudo, solíamos oponer a nuestros compañeros de aula, que más curiosos, o menos sagaces, se desviaron por la admiración a artistas extraños.

En el año de 1930, mi generación, todavía iluminada por las lides universitarias, y enriquecida por una visión más cabal de la Patria en las giras vasconcelistas, con Pedro de Alba a la cabeza, se sumó fervorosa al homenaje que la Escuela Nacional Preparatoria rindió al sencillo y complicado autor de *La sangre devota*. Era una manera de atenuar el desdén que en aquel minuto cubría como una perniciosa hiedra a la poesía mexicana, en tanto que agrandaba la gran sombra de la poesía francesa. Se publicó con ese motivo una pequeña antología del poeta, que era al mismo tiempo invitación para el acto en que se le dedicaba una aula de la Preparatoria. El folleto –21 páginas– contiene estas poesías: “La suave patria”, “El mendigo”, “El sueño de los guantes negros” y “Por este sobrio estilo”, así como el soneto que Rafael López escribió para el frente de *Zozobra*, donde se anuncia una de las osadías lopezvelardianas: la burla al solemne dios: el lugar común. Se reproduce el *Retablo*, de José Juan Tablada; todo él lleno de reminiscencias ramonianas, signo de aquella su “funesta facilidad”. Los adjetivos, la tímida referencia a las cosas humildes, a las primorosas cosas vulgares, al aliento católico y gentil apareados sin rencillas, asoman en el bello *Retablo*. Al final del folleto se recogen fragmentos de la *Oración fúnebre* y del ensayo que el año de la muerte del poeta escribieron Alfonso Cravioto y Genaro Fernández MacGregor, amén del juicio de Rafael Cuevas y la *Ofrenda lírica* de Pedro de Alba, en el quinto aniversario de su muerte. Lo único inédito de aquel homenaje, sigue siendo el bello discurso que pronunció Alejandro Gómez Arias, alumno

que fue del poeta. Una cosa podemos decir de aquel discurso: en él se anticipan algunos de los juicios contenidos en los “Prólogos” que sobre el poeta y su obra escribió Xavier Villaurrutia, cuando de vuelta del viaje alrededor de todas las literaturas, pudo ver mejor a Ramón López Velarde.

22 de julio de 1951

Sor Juana y sus críticos

La Universidad Nacional ha publicado recientemente el número 4 de la serie de textos de Literatura Mexicana que dirige Agustín Yáñez. Este número corresponde a *El sueño*; la más famosa y personal obra de Sor Juana, según algunos, y obra tan útil para el estudio de las letras mexicanas, porque allí se reúnen las influencias gongorinas en el siglo xvii. En un alarde gemelo al que llevó a Dámaso Alonso a prosificar *Las soledades* de Luis de Góngora, Alfonso Méndez Plancarte pone en prosa el texto sorjuanino, enriqueciendo la edición con notas y una Introducción que, al mismo tiempo que constituye un estudio cabal de un capítulo de nuestra historia literaria, es una descarga de todas las fobias que de un modo tan lamentable tiñen los trabajos de Méndez Plancarte. Hombre tan ponderado como Francisco Monterde llama intransigente a la crítica que este sabio mexicano ejerce. Si no, recuérdese la saña, la furia, el encono con que afeó los trabajos de Ermilo Abreu Gómez sobre la monja famosa. Su denuncia, desgraciadamente fundada, tenía, sin embargo, una dimensión negativa: la intransigencia, la crueldad –tan frecuente en los hombres que profesan una religión y tienen fama de piadosos– que la animaba.

En el estudio que nos ocupa, Méndez Plancarte rastrea toda la crítica en torno de Sor Juana, y se detiene a valorar las opiniones que *El sueño* ha merecido de los escritores y críticos del siglo xix, bello empeño si no tuviera, como parece tener, por principal propósito arremeter contra algunos de los escritores de mayor fama en ese siglo, y que por ser promotores de nuestro renacimiento literario y próceres de nuestra renovación política, merecen ser tratados con mayor comedimiento. En efecto, los dos nombres principales contra los que Méndez Plancarte endereza sus diferencias no escribieron concretamente sobre *El sueño*, materia de la “Introducción”, sino sólo aludieron de paso, un poco desdeñosamente, es cierto, a la obra poética de Sor Juana; y así lo manifiesta

el autor. Pero forzó la ocasión para poder formular un desahogo contra Ignacio Ramírez y contra Ignacio Manuel Altamirano, cuyo único pecado es su credo liberal. En esto, como en el caso de Abreu Gómez, Méndez Plancarte pretende reducir la gloria de los escritores liberales, unas veces mostrando su falta de información, otras una pretendida incompreensión de algunos aspectos de nuestras letras. Veamos cómo es la enemistad de tipo religioso lo que lo lleva a estos extremos. En la misma “Introducción” perdona a Abreu sus yerros sólo por haberse acogido en los últimos tiempos al amparo del catolicismo, además inexplicable en él, a pesar de todo gran sorjuanista. Si cuando Abreu Gómez cometió aquellos errores tan de bulto no formara en el partido de las ideas llamadas exóticas, como si todas las ideas que han transformado a México no hubieran sido exóticas en el sentido de que no han sido autóctonas, quizá Alfonso Méndez Plancarte no hubiera escrito aquellas despiadadas páginas contra sus trabajos para mostrarlo desnudo de noticias, cuando lo procedente entre los que escriben sobre cuestiones afines, es comunicarse noticias, señalarse errores para evitarlos en futuras ediciones, acreditando su procedencia.

En este trabajo, Méndez Plancarte aprovecha que Altamirano dice de Sor Juana –en general, no sobre *El sueño*– que mejor es dejarla quietecita en su sepulcro y entre sus pergaminos para llamarlo maestro entre comillas. Cosa que la Universidad, que patrocina la edición, pudo haber atenuado, aunque se dijera que era en detrimento de la libertad de expresión, pues la Universidad actual, allende todas sus blanduras, es, a derechas o a torcidas, de golpe o de contragolpe, un poco obra del ideario liberal que reconoce en Ignacio Manuel Altamirano a uno de sus más grandes paladines. Pero, en fin, a lo hecho, pecho. Pero no es sólo eso. Marcelino Menéndez y Pelayo fue también adverso a Sor Juana; pero con el maestro español Méndez Plancarte guarda posición distinta: respetuosa, comedida; tiene que proclamar su honda devoción admirativa y casi filial, antes de señalarle los errores en que incurrió –en verdad más grandes que los de Altamirano. ¿No era ésta la ocasión para poner en duda el magisterio, la autoridad de don Marcelino? Méndez Plancarte no lo hizo, en lo cual estuvo muy bien, pues los errores y el desdén de Pelayo en un aspecto de nuestra literatura en nada invalidan sus grandes realizaciones. Olvidó don Alfonso que ni Ramírez ni Altamirano hubieran procedido como él ha procedido. “El Nigromante” trató con finura a Emilio Castelar, cosa que el gran orador reconoció en la famosa dedicatoria de un retrato, lugar común en nuestros

textos escolares. Altamirano, a pesar de su rudeza militar y republicana, pese a que era un hereje, un impío, un “sansculotte” a los ojos de sus enemigos, tampoco. Recordemos aquel fragmento de *La navidad en las montañas* en que el gran escritor, soldado de la Reforma, se topa con el cura, y que lejos de fusilarlo, lo colma, ante la sorpresa del sacerdote, de alabanzas, tras de saber la manera como ejercía su ministerio. Olvidó también que todos los grandes americanos que le han salido al paso a don Marcelino, siempre lo trataron con el mayor respeto. Ni Justo Sierra, ni José de la Riva Agüero, ni Ricardo Rojas, por mencionar sólo a tres, le llamaron jamás maestro entre comillas, aunque le probaron que andaba errado.

29 de julio de 1951

Lírica infantil mexicana

Acabo de leer el libro de Vicente T. Mendoza titulado *Lírica infantil de México*, que se publicó a principios de este año. El libro aparece con un “A modo de prólogo”, escrito por Luis Santullano, escritor español, sabio en todo achaque de poesía tradicional que se ofrezca. Delicioso es el adjetivo que Santullano emplea para dar una idea de la obra que vamos a comentar en esta rápida nota. Y así es: delicioso, evocador, certero para volvernos a nuestra infancia pueblerina, trémula ante los primeros misterios de la vida. En las breves páginas con que Santullano acompaña a Mendoza, señala el tránsito de la lírica infantil española a las tierras de México, donde, gracias a los estímulos del medio ambiente, físico y social, pronto adquirió carta de naturaleza; fenómeno éste que no podía dejar de ocurrir, no sólo por las circunstancias anotadas por el prologuista, sino también porque el nativo de estas tierras tenía algo propio que decir; pero no pudiendo hacerlo, hubo de expresar por mitad lo indio y lo español, cosa palpable en el material que informa la *Lírica infantil de México*; a medida que pasa el tiempo van apareciendo en el acervo matices de mayor raigambre mexicana, entendida como fusión de las dos semillas que han dado origen a nuestra cultura. Alusiones geográficas propias: Guanajuato, La Merced, Toluca; voces indígenas de uso cotidiano: atolito, tambache, guayabate, guaje, cacahuete, encontramos incorporadas a canciones de cuna de los primeros días de la Conquista. Y

más adelante, coplas en que se cuelan nombres propios de personajes de nuestra historia nacional:

*Caballo de pita,
caballo de lana,
vamos a la guerra
del cojo Santa Anna.*

Otras circunstancias referentes al tema del volumen, destaca y dilucida Santullano; así la universalidad de la canción y los juegos, esto es, su tendencia a viajar y a difundirse; resalta el contagio gozoso de canciones y juegos, facilitado por la natural tendencia de los niños a la imitación y por la disposición del hombre a enriquecer su experiencia y a satisfacer una curiosidad siempre alerta en la infancia normal. Por su parte, el autor nos enteramos en la “Introducción” con que enriquece la Antología, de las razones y propósitos que lo llevaron a preparar su libro; analiza la técnica musical de los modelos; señala el valor que tiene reunirlos, porque siendo lo primero que los niños escuchan en su vida, dice, modelan en cierto modo su sensibilidad, quedando tan profundamente grabados en su cerebro que los recuerdan a través de las demás etapas de su existencia y el escucharlos les despierta la añoranza de sus primeros años; pues de juegos infantiles, y romances, y canciones, y refranes, y dichos, está tramada nuestra vida, agrego yo. Y es aquí donde quería llegar. De mí sé decir que si me detengo a indagar las razones últimas de mis actos, la raíz más honda de mis emociones, encuentro que un hálito de cantares y recuerdos infantiles los anima. A otros puede ser que no les ocurra igual, a otros que no a mí. Mi procedencia pueblerina, el medio entender las cosas oídas en la niñez, tuvieron un alcance mágico, que se quedó para siempre; y un día llegó en que ya lejos, aquello que una vez no entendí, retornó para ayudarme a entender las cosas nuevas. El libro de Mendoza, por las sugerencias que promueve, por los recuerdos que saca a flote, por las ideas personales que suscita, es un libro verdadero. Mientras lo leía, tuve antojos de ir anotando al margen, las variantes de las versiones que presenta, las letras de coplas olvidadas y que ahora, golondrinas del recuerdo, han vuelto. A las palabras que algunos creen que se las lleva el viento, y que por ser aire van al aire, no les ocurre eso, pero en los que hemos hablado, sin entenderla, una lengua extraña, las palabras de las canciones, de los romances, de los arrullos oídos en la infancia, no se las lleva

el viento, no se fueron como el humo y las ilusiones, sino que se quedaron para siempre habitándonos, igual que la luna de la niñez no la arrastraban las nubes, sino que estaba quietecita en el cielo. Algunas noches, todavía despierto al eco de su arrullo, y siento que unas manos y unos labios ingrátidos me cubren y me besan. Y esto es lo que por encima de sus otras excelencias, viene a dar la máxima categoría al libro de Vicente T. Mendoza, que el Colegio de México tuvo el acierto de publicar.

5 de agosto de 1951

Fernández de Castro, *in memoriam*

El día último del pasado mes de julio murió en La Habana, Cuba, José Antonio Fernández de Castro. Ensayista, historiador y periodista, su nombre está ligado al movimiento intelectual cubano de los últimos años. Fernández de Castro pertenecía a la generación que hace veinticinco años inició el movimiento renovador en las letras y en el pensamiento de su país. Descendiente espiritual de los grandes ideólogos cubanos, conocedor profundo de letras clásicas y modernas, profanas y sagradas, su aportación a la tarea de poner a Cuba al ritmo de nuestro tiempo, se destaca como una de las más significativas de su grupo, en el que cuentan algunos de los hombres de mayor significación en el campo de la literatura, de la ciencia y de la política cubana de nuestros días. Para mejor servir al empeño de poner a Cuba al compás de su tiempo, Fernández de Castro hizo una excursión al pasado inmediato de su país, convencido de que sólo un real conocimiento del desarrollo histórico de nuestros pueblos, capacita para intentar ponerlo un peldaño más alto en su ascensión. Resultado de aquel viaje, alucinado pero vigilante, doloroso pero necesario, fue el libro *Cien años de historia cubana*; primero de significación que Fernández de Castro escribió. Erudito en letras nacionales, redactó después un *Panorama de las letras cubanas*, que debe haber quedado en la Secretaría de Educación Pública de México, o en la Editorial de Gabriel Botas; trabajo que no se conforma con acumular nombres, fechas, títulos, sino que al paso que se reseñan, se indican las corrientes literarias que las han modificado en el curso del tiempo. En el año de 1927, se encargó de la dirección del Suplemento Literario del *Diario de la Marina*, uno de los periódicos más viejos y de mayor significación en la isla. Coincidente con este

hecho —el de confiarle la dirección del Suplemento— ocurre en Cuba la aparición de 1927 *Revista de América*, que marca en la historia de las letras cubanas un verdadero acontecimiento; en sus páginas se iniciaron, o alcanzaron mayoría de edad poética y literaria algunos de los grandes escritores de Cuba contemporánea: Juan Marinello, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Alejo Carpentier, entre otros. Fernández de Castro, desde el Suplemento Literario, propagó entre la juventud isleña, ávida y curiosa, las letras más modernas, que conocía y dominaba con inteligente curiosidad, con gustosa delectación, con frenesí de bibliófilo. Con Lizaso, por ese tiempo, formó la *Antología de la nueva poesía cubana*, entre cuyas excelencias se cuenta el haber dado rango a la poesía de tema negro, una de las formas que el vanguardismo adoptó en Cuba. En 1926, vino a México por la primera vez, todavía bullente el país de emoción vasconcelista, la pintura mexicana próxima a su cúspide, olorosas las calles a campo, resonante la tierra como un tambor de los cascos de las caballerías revolucionarias. Tomó súbita querencia a México, hizo amigos, se asomó a su historia y a su literatura que llegó a conocer de modo sorprendente, a ratos como el que mejor pudiera conocerla; colaboró en sus periódicos, entre ellos el nuestro, *El Nacional*. Cuando hace diez años, el Fondo de Cultura Económica nos encargó el “Apéndice” que aparece en el libro *El Diario. Vida y función de la prensa periódica* de Georges Weill y que es un resumen del periodismo en Hispanoamérica, pude darme cuenta hasta qué extremo le eran familiares las letras de España y de América, y cómo sabía orientarse en la intrincada selva de la erudición hispanoamericana. Pero de todas, las mexicanas eran las que mayor imantación ejercían sobre él. El hechizo que México ejerció sobre él, me recuerda el que Coatepec, según los versos de José María Roa Bárcena, su gran poeta, ejerce sobre el viajero:

*Toma súbita querencia
a la tierra en que nació,
y a veces quédase allí
a terminar su existencia.*

Eso quiso, pero no pudo José Antonio Fernández de Castro, sobre cuya tumba pongo una rosa y una lágrima.

12 de agosto de 1951

Viajeras en México

El trato con las letras mexicanas enseña que la historia y la mitología de México han sido creadas, en una gran proporción, por viajeros, escritores y artistas que nos han visitado a partir de la Conquista y a lo largo de cuatro siglos. Desde luego no todo lo escrito por los extranjeros nos traduce. Frecuentemente, sus escritos son precipitados, se quedan en la epidermis, en la periferia, no logran vislumbrar el pozo en cuyo fondo se retrata nuestra imagen. Pero, a veces, cuando el viajero no es superficial, cuando no anda recorriendo el mundo por falta de imaginación, de fantasía para quedarse en su tierra, sino que busca en otras tierras, en otros paisajes, diferentes maneras de sentir y de pensar, como decía el poeta, alcanzan a captar, a asir como al vuelo, matices de nuestra vida y de nuestra alma que nosotros, de puro familiares, no habíamos advertido, embotada la percepción. De ahí que, a ratos, sean ciertas aquellas palabras que Wells pone en boca de miss Water, según las cuales de afuera ha de venir quien nos descubra. O quien ayude a descubrirnos. Las primeras crónicas sobre la Nueva España crearon nuestro mito, dieron una imagen ideal de nuestra tierra, aunque también una imagen velada, sombría. El *Ensayo político* de Alexander von Humboldt mostró al mundo de su siglo una visión moderna de México, apenas apuntada durante la Conquista y la Colonia. ¿Por qué? Porque Humboldt era un hombre con ideas científicas, con mente liberada de cien prejuicios que estorban a las creaciones del espíritu. Por eso se ha dicho que con su libro se inicia nuestra historia contemporánea. Con él y con Francisco Javier Clavijero. Ello es cierto. Después otros escritores, otros viajeros, otros artistas han retocado esa imagen para mejor acercarlo a un retrato verdadero. Al mediar el siglo pasado, Fanny Erskine, mejor conocida por la Marquesa Calderón de la Barca, escribió sobre México uno de los libros considerados clásicos en el renglón de los libros de viaje, de línea genial, por sus hallazgos, por la finura que significa asir al vuelo, en un parpadeo, matices los más delicados de nuestra más íntima manera de ser. Cincuenta años más tarde, en los días en que Fanny Erskine Inglis cerraba los ojos, otra dama, ésta norteamericana, publicaba en Boston, otro de los libros, si bien conocido de muy pocos, uno de los más sentidos, simpáticos y tiernos que se hayan escrito sobre nuestro país. Su autora, Fanny Chambers Gooch, vivió en esta ciudad durante siete años, y tuvo la provechosa curiosidad de ir anotando todo aquello que lograra traspasar la mera visión física de las cosas para ir a caer en

el campo de la observación inteligente. El libro de la señora Chambers Gooch, titulado *Face to face with the mexicans* consigna alguna de las observaciones más sutiles sobre nuestra psicología, tal aquella que explica nuestros ademanes, sin los cuales a las palabras les faltarían sílabas. Y ahora Natalia Drohojowska, dama polaca, esposa de ministro, como Fanny Erskine Inglis lo era. Más de una coincidencia puede establecerse entre estas dos damas escritoras: europeas las dos, las dos escribieron sus obras en inglés, las dos armadas con los dones de una sagaz inteligencia, las dos con buenos ojos y de buenas garras para destacar lo permanente y trasladarlo con segura mano; y hasta en el sonido de sus nombres de soltera: Erskine, Aszkenaky. Pero en algo diferentes: los bellos ojos de Natalia Drohojowska, su dolida simpatía con el pueblo de México, en más de un aspecto parecido al suyo. Aquí, la inteligencia y los impulsos del corazón se empeñan en entender al campo, a la despeinada muchedumbre. Allá, se da oído a la ciudad, a las clases llamadas de la nobleza, herencia del régimen colonial. Y si la Marquesa atina en sus reflexiones y es inteligente, su inteligencia no pasa por el corazón, como ocurre con la señora Drohojowska. El libro de la señora Drohojowska, que bien podía titularse *Los días de México*, tiene una raíz más humana, una más amorosa raíz.

De querernos, de latir a nuestro ritmo le vienen las calidades a su libro, por desgracia sólo fragmentariamente conocido. Nos llegó a amar, y por eso conseguimos enseñarle. Bajó hasta el fondo de nuestra tierra, y volvió, como el buzo, con una perla en los labios. Se dice que soñar en una lengua, es entrar en el dominio de esa lengua. Si trasladamos esto al dominio de los refranes, y dichos, y giros populares, tendremos una excelencia más que ponderar en el libro de doña Natalia Drohojowska. El uso de los refranes, que es el resumen de la sabiduría de un pueblo, nos prueba que la señora Drohojowska no sólo conoce nuestra lengua, sino que comparte el mecanismo mental y emotivo que lleva a usarlos con acierto.

19 de agosto de 1951

Sobre el tono menor

Pertenece Vicente Riva Palacio a la promoción de escritores que, una vez triunfante la causa republicana, se empeñó en la creación de una literatura

nacional, espejo en el que se reflejara el más fiel rostro de la patria, una entidad, una palabra que en su pluma tenía una connotación fervorosa, un sentido dramático, inevitable, en quien la vio a punto de zozobrar. Qué más, si hasta en la ronca voz del viento escuchaba sus trémulas sílabas, según se ve en el soneto que ahora recuerdas, lector.

Crear una literatura nacional, no era en él una manera de oponerse a España, un engrimiento vano, un modo de señalar las diferencias entre la madre y la hija, como ocurrió con la generación que siguió a la insurgencia americana, sino algo más: era el camino para reforzar el sentimiento de independencia y dar cimiento al amor a la tierra nativa. Para esto creyó, como Ignacio Manuel Altamirano, que de la descripción del paisaje vendría la fisonomía propia de nuestras letras, ni más ni menos que años antes había dicho Domingo Faustino Sarmiento en el arranque del *Facundo*, al afirmar que si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resulta de la descripción de las grandiosas escenas naturales. Eso era lo primero. Lo segundo era pintar las iniquidades del régimen colonial, del régimen de la esclavitud al que no debía volverse jamás. Y ése era el origen de sus novelas históricas.

En esos empeños frustró el General su poderosa inteligencia, su genio literario, manifiesto aquí y allá, en rápidas ráfagas a lo largo de su obra. Sus arreos eran las armas, su reposo era el pelear. No pudo, por eso, dar forma a sus atisbos, a sus reflexiones, certeros, agudos como una daga.

A todas las manifestaciones de nuestra alma se asomó el General como a un abismo, y sorprendió en ella un matiz, un reflejo, que sumados a otros la caracterizan. No sólo soñó en una literatura mexicana, sino en una música mexicana, en la cual, claro está, entraban todos los elementos de nuestra formación: los indígenas, los españoles y los que el tiempo acarreo de otras partes. En la semblanza de Alfredo Bablot, un músico y periodista francés que vivió en México, apuntó que “el arte, la dedicación y el estudio podrán crear una escuela nacional en México, porque hay elementos para ella; no digo que sería una escuela original; tendría que ser necesariamente ecléctica; la escuela italiana con sus dulces melodías y su *bel canto*, llevando a la orquesta a servir de acompañamiento a la voz humana; la escuela alemana rica en armonías con sus grandes masas corales, sus magníficos movimientos de orquesta y convirtiendo casi la voz humana en instrumento de esa orquesta, ha formado en París una escuela ecléctica francesa. En

México, la índole de nuestras razas sería un factor importantísimo para formar una escuela”.

Es allí mismo donde, en una digresión, apunta la idea que en manos de Pedro Henríquez Ureña se convierte en toda una teoría estética tendiente a explicar todo el teatro alarconiano, y que hace algunos años descubrió y publicó sin comentarios Arturo Arnáiz y Freg. Dice así: El fondo de nuestro carácter, por más que se diga, es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros a esa vaguedad, a esa melancolía a que sin querer nos sentimos atraídos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las piezas de música que en los salones cautivan nuestra atención y nos conmueven, siempre el tono menor aparece como iluminando el alma con una luz crepuscular”. Las palabras claves, palabras pilares de la tesis sobre el mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón, están allí. Lo que hizo el gran dominicano fue organizarla, para crear el brillantísimo edificio de su notable conferencia.

26 de agosto de 1951

Henríquez Ureña y el matiz crepuscular

La tesis sobre el mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón, que no era nueva en Pedro Henríquez Ureña, fue expuesta en una conferencia en el año de 1913. Encaminada a caracterizar nuestra poesía, y el teatro alarconiano, muy pronto sus teorías sirvieron para entender y explicar otras manifestaciones artísticas mexicanas: la música y la pintura. Así, Manuel M. Ponce creyó encontrar como signo de nuestra cultura popular, el dejo melancólico que Henríquez Ureña veía en nuestra poesía. Y el propio Pedro Henríquez para ilustrar sus tesis, señala en la pintura mexicana los paños negros, las caras melancólicas, las flores pálidas, los ambientes grises, tan diversos a la cálida opulencia del rojo y del oro, los azules y púrpuras violentos del mar, la alegre luz del sol, las flores vívidas, la carne de las mujeres en las telas españolas. Un año más tarde, Luis G. Urbina, partiendo de los postulados del ensayista dominicano, señala como distintivos de la literatura mexicana, la tristeza, la dulzura, la melancolía, si bien agrega un aspecto secundario: la malicia epigramática, ya aludida de paso por Pedro Henríquez Ureña en su famosa conferencia.

Nunca, sin embargo, mencionan a Vicente Riva Palacio como el primero que apuntó algunas de esas características –las esenciales– de la manera del ser del mexicano. Y ésta es la pregunta que ahora quiero formular: ¿Conocía Henríquez Ureña, un hombre tan enterado, tan curioso de nuestras letras, las reflexiones de Riva Palacio? Lo más difícil es que no las conociera, siendo como conocía la obra de nuestros poetas, y señala en Riva Palacio, justamente, el velo de añoranza que envuelve sus versos. Y conocía, también, la obra de nuestros historiadores en cuyas observaciones encuentra elementos para definir nuestro carácter nacional, tarea en la que acredita a Sierra los mejores hallazgos. No. Parece que fuera imposible que desconociera los párrafos de Riva Palacio contenidos en la semblanza de Alfredo Bابلot. Es posible, claro está, que por su lado, partiendo de observaciones propias, de sugerencias que suscitara en su sagaz espíritu los juicios de Justo Sierra, de Francisco Bulnes, a quienes menciona, diera cuerpo a la sagaz teoría del mexicanismo de Alarcón. De todas suertes las palabras clave están en Riva Palacio desde el año de 1882. Nada mejor para verlo que transcribir un párrafo de la conferencia que venimos mencionando. Al marcar las diferencias que existen entre las diversas expresiones literarias de Hispanoamérica al llegar a México, lanza esta reflexión:

Y ¿quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos y los demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular de la poesía mexicana? Como los paisajes de la Altiplanicie de la Nueva España, recortados y acentuados por la tenuidad del aire, aridificados por la sequedad y el frío, se cubren, bajo los cielos de azul pálido, de tonos grises y amarillentos, así la poesía mexicana parece pedirles su tonalidad. La discreción, la sobria medida, el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal van concordes con este otoño perpetuo de las alturas, bien distinto de la eterna primavera fecunda de los trópicos; este otoño de temperaturas discretas que jamás ofenden, de crepúsculos suaves y de noches serenas.

Melancólico, tono menor, vaguedad, melancolía, crepuscular, son palabras que Riva Palacio usó. Y aludía para ilustrar su tesis, los diversos paisajes donde el alma nacional queda definida por iguales rasgos. Ni más ni menos que lo hace el brioso ensayista dominicano.

Pedro Henríquez Ureña, sin embargo, afirmó que no ha de explicarse Alarcón enteramente por sus orígenes. Antes está su genio. Creo, dice, antes que nada, en la personalidad individual. Y agrega a las razones ya apuntadas

algunas nuevas: la cortesía, la tenacidad, la medida, el espíritu clásico, en el sentido de artista sobrio y reflexivo, como otros tantos elementos en que se revela su carácter nacional. Con estos materiales, ayudado de su poderosa erudición, de su penetrante sentido crítico, Pedro Henríquez Ureña armó el gran ensayo en que se concretan los elementos que hasta ahora se dan como constitutivas del alma mexicana, evidente en sus manifestaciones artísticas.

Con el tiempo, la tesis del mexicanismo de Juan Ruiz, no prevalece sino en algunos elementos relativos a la cortesía, a la medida, a los dones de observación, por lo demás bases en que siempre fundó las diferencias que hay entre Juan Ruiz y sus contemporáneos.

2 de septiembre de 1951

Se enamoró de México

Frances Toor vino a México hace cerca de treinta años, a pasar unas vacaciones. Pero viendo que el país no era habitualmente lo que enseñan las películas y los textos escolares norteamericanos, sino que era una tierra llena de sombra y muerte, pero también de luz y de vida, se quedó a vivir aquí desde entonces, salvo breves ausencias. En 1921, año en que debe haber llegado, México alcanzaba una pausa de paz y de trabajo. La Revolución Mexicana entraba a la ciudad impregnada de sangre, sudor y lágrimas, pero también invadida de un olor a campo, rumorosa de clarines y cascos de las cabalgaduras que en bravos encuentros habían doblegado las resistencias enemigas. Álvaro Obregón, un poeta sin oficio, un tajo desprendido del mismo bloque de que fueron hechos Morelos y Santos Degollado, rodeado de sus grandes generales y de las mejores inteligencias del país, imprime un nuevo impulso a nuestra historia. Era como un mediodía, como un otoño pródigo. Un hálito fervoroso, ése que se apodera de todo un pueblo cuando una gran esperanza está en trance de cumplirse, recorre la patria entera. Manuel M. Ponce trae a la ciudad las viejas melodías perdidas en la provincia; Ramón López Velarde concibe una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa; diversa de la porfirista: pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado; Saturnino Herrán que no llegó a realizarse, quiso cumplirse como artista dando ojos al ambiente nativo. Frances Toor fue testigo de este renacer, de este despertar,

de este momento de recolección. Conoció a Diego Rivera, todavía la pistola al cinto; a José Clemente Orozco todavía embrollado, pero lleno de genio; a David Alfaro Siqueiros, con las trazas de guerrillero que aún conserva; a Rufino Tamayo, muy joven, recién caído de Oaxaca, tierra del sol que dice la canción.

Y Frances Toor se enamoró de México. José Vasconcelos levantó por entonces, desde los cimientos, la Secretaría de Educación, estableció alianza con los poetas y los pintores, puso en pie el Estadio; y en una tarea que no tenía en aquella época más paralelo que la de Domingo Faustino Sarmiento, pobló la tierra y el llano de escuelas y bibliotecas, igual que de mil ceibas frondosas. Trajo a la ciudad las canciones y las danzas mexicanas, anudó el hilo de nuestra historia allí donde una clase social ciega, avergonzada de su casta, lo había trozado. Y Frances Toor olvidó el México de tiros, asaltos, descarrilamientos, macabro, en una palabra, que traía en los ojos por otro a la vez histórico y mitológico. Y se propuso darlo a conocer. Resultado de aquel propósito fue el empeño de conocerlo palmo a palmo.

Viajó, ella una de las primeras, por Tehuantepec, tierra entonces remota, legendaria y recóndita; y no hubo pueblo donde ocurriera algo, que reflejara la vida eterna del país donde no se asomara: el picacho más alto, la hondonada más escabrosa, los valles luminosos, los llanos desolados, registran todavía calientes las huellas de Frances Toor. Cuando creyó saber suficiente de la historia, la mitología, la leyenda, la fábula del país, inició la publicación de *Mexican Folkway*, benemérita en todo lo que se refiera a las supervivencias culturales mexicanas, y que publicó a lo largo de diez años con un tesón que denuncia el tamaño de su amor. Si quieres conocer a un pueblo escucha sus canciones, pensó. Y aparte las que de vez en cuando publicaba en la revista, arregló con el concurso de Rufino Tamayo, un *Cancionero mexicano* que recoge en sus páginas la letra y la música de las más bellas y hasta aquel día olvidadas canciones vernáculas, poniéndolas en circulación en la capital, engréida con tangos y foxes. Hizo más Frances Toor: depuró, filtró, decantó, todo lo que sabía de México y redactó a lo largo de su permanencia en nuestro país, el libro que es cima y corona de sus afanes y capacidades: *Treasury of Mexican Folkways*. Y ahora que se ausenta, quizá para siempre de México, yo he querido decir que mi apego a las formas de nuestras expresiones populares, las reforcé, ahora hace veinte años, en las columnas de *Mexican Folkways*.

9 de septiembre de 1951

El arte precortesiano incomprendido

Hace unos años –en 1947– el Fondo de Cultura Económica hizo una cuarta edición del *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, enriquecida con un prólogo y numerosas sabias notas de Manuel Toussaint. De clásica, por la pureza y elegancia del lenguaje, por la prosa clara y castiza en que está escrita, por la flexibilidad y riqueza del idioma, califica Toussaint la obra de José Bernardo Couto. Y tiene razón: Couto es uno de los más grandes escritores mexicanos del siglo pasado. Otro de ellos, años más tarde, es Emilio Rabasa. Pero Toussaint señala las limitaciones y fallas de Couto, debidas más a defectos de su información que a incapacidades de investigador y crítico. Su criterio de historiador es tan honesto y firme que distingue, desde 1860, la superchería que acerca de Rodrigo Cifuentes había inventado regocijadamente el Conde de la Cortina, y en cuya existencia todavía creen algunos historiadores del arte. Una cosa limita el valor del *Diálogo*: la negación del arte pictórico indígena, aferrado como estaba Couto al concepto académico del arte. Pero no sólo eso: se lo vedaban sus prejuicios religiosos, única cosa que funciona en la negación de toda manifestación artística anterior a la Conquista. Un pueblo que no conoce al dios verdadero no puede crear belleza, parece que piensa la caterva de todos los que han negado la existencia de toda cultura anterior a Cortés. Couto pensaba que las muestras de pintura de los antiguos pueblos del Anáhuac, si bien tenían interés para otros estudios, la arqueología y la historia, nada significaban para el arte. En ellas, decía no hay que buscar dibujo correcto ni ciencia del claroscuro y la perspectiva, ni sabor de belleza y de gracia. Todo indica, continuaba, que en las razas indígenas no estaba despierto el sentido de la belleza, que es de donde procede el arte. El sentido de la belleza, creía don José Bernardo, ha sido dado a muy pocos pueblos de la tierra: los griegos entre los antiguos, y los italianos entre los modernos, lo han tenido en grado superior. Anticuado y falso llama Toussaint a este criterio. Y afirma que la pintura de los indios anteriores a la Conquista es interesante desde el punto de vista artístico como de cualesquiera otros.

Si los mexicanos pintaban, y en efecto pintaron mucho, es un hecho cierto que precedió al origen del arte entre nosotros, pero que no se enlaza con su historia posterior, decía Couto. Sin embargo, señala como cualidad general de la escuela mexicana de pintura una blandura y suavidad evidentes desde sus primeras manifestaciones coloniales. Y, ¿no es esa blandura, esa suavidad,

una manera de ser del alma mexicana? ¿No era ése un modo de proyectarse el artista muerto sobre sus pósteres con quienes compartía un cielo, un aire, una luz, un latido idénticos?

Pero es otra cosa la que queremos marcar. Contemporáneo de Couto fue don Rafael Lucio autor de un opúsculo titulado *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII*, publicado por primera vez en 1863. Era Lucio un aficionado como Couto, pero menos bien informado y más torpe escritor, dice Toussaint. Y, sin embargo, su par, en la opinión sobre la pintura indígena precortesiana. Igual criterio y hasta idénticas palabras para exponerlo. Lucio, al igual que Couto, acepta que hubo una pintura india anterior a los españoles, pero, como él, asegura que esas obras, bajo el punto de vista artístico no ofrecen interés, por grande que sea el que inspiren bajo otros aspectos. El arte no tenía importancia para los indios: así es que en sus pinturas no hay buen dibujo, ni claroscuro ni color, ni expresión, ni perspectiva, ni nada de lo que debe tener una pintura para ser apreciada por su mérito artístico. ¿No están en este párrafo las palabras centrales de Couto? ¿Son meras coincidencias, producto de iguales criterios y prejuicios? Couto acabó de corregir su libro sólo tres días antes de su muerte, en 1862, pero se publicó diez años más tarde. Lucio publicó su *Reseña* en 1863, como ya está dicho. ¿Quién repite a quién? Parece imposible que Couto lo hiciera de Lucio; pero tampoco podemos creer en lo contrario. Couto escribió antes, entre 1860 y 61, dice Toussaint, y desde luego después de 1852, año en que entró a dirigir la Escuela de Bellas Artes; pero Lucio publicó con anterioridad. Este problema fue el que Manuel Toussaint no dilucidó, él que sabe más que ninguno de estas cosas.

16 de septiembre de 1951

El fabulador Tomás Gage

Es una verdad establecida que uno de los primeros efectos del descubrimiento de América fue agrandar la imaginación europea, y provocar, como consecuencia, en los hombres de acción y de imaginación, el deseo de confrontar la irrealidad que trastornaba su mente, con la posible realidad americana. Y cada uno abandonó su país atraído por la leyenda y el mito americanos, que ya

había echado a andar y vino a las tierras recién descubiertas, predispuesto al asombro. No era nueva esta atracción de lo fabuloso en Europa: procedía de la imaginación oriental, confirmada por los viajeros y robustecida por los libros de ficción. Esta influencia abarcaba no sólo a los hombres de alguna manera conectados con las disciplinas de la inteligencia, sino a la gleba, entendiéndose por esto a los que no tenían contacto con la letra escrita, tal ése que arrinconó el arado, que dice Diego de Saavedra Fajardo. Para venirse a América a buscar fácil riqueza en las tierras señaladas por Colón en sus *Cartas*, de verdad fabulosas.

Tomás Gage era uno de estos viajeros. No es una coincidencia que haya sido irlandés, porque los irlandeses son los únicos sajones capaces de enajenarse con lo inaudito, como los hombres del Mediterráneo. Las extravagantes noticias propaladas por Colón, de esa manera cayeron en una mente predispuesta y empujaron a Gage a la que era entonces la máxima aventura. Su libro *Viaje a la Nueva España* es, en cuanto a imaginación, encanto y donaire, uno de los pocos que pueden resistir que se le mencione al lado de la famosa obra de Bernal Díaz del Castillo. No se detiene en descripciones de guerras y no está escrito con los datos del recuerdo; no es producto de un hombre genial, pero sin universidades, sino, por el contrario, se complace en relatar todo lo que un viajero culto, lleno de malicias literarias, va captando a medida que camina por tierras que le fascinan. Mentiroso, lo he llamado alguna vez. Y con ello he querido decir “fabulador”: al hombre de su tiempo, en general, era difícil fijar el límite incierto entre lo real y lo imaginario, y tenía la facilidad de dar visos reales a las creaciones de su fantasía. Eso es lo que lleva a Tomás Gage a trastocar frecuentemente los elementos geográficos y humanos, que si bien reducen el valor documental de su libro, le dan todo el encanto de la creación literaria. Por eso en sus afirmaciones alternan lo verdadero y lo falso, lo visto y lo imaginario o transpuesto. Así, cuenta que río Atoyac corta la ciudad de Oaxaca y que era pródigo en cardúmenes de truchas, mucho más que las aguas de su Irlanda nativa. El clima de Oaxaca es, evidentemente, famoso, impar. Lo fue siempre. Nietzsche, enfermo, quiso asomarse a ese valle para aliviar sus males. José Vasconcelos hace que Hernán Cortés –viajero por tierra de Oaxaca– bendiga a Dios que le permitió conocerlo. Gage no pudo sustraerse al encanto del aire, el cielo y el clima de Oaxaca; cuando los alaba se ajusta a la verdad. Y exclama con unción que éste es el único sitio de la tierra donde quisiera fijar su morada. Pero llega un momento en que todos los viajeros quieren reposar. El conquistador clava su espada en tierra y

funda ciudades. En cambio, el escritor, acosado por un demonio viajero, necesita violar límites, traspasar cumbres, y recrear los ojos en remotas lejanías.

Tomás Gage, escritor y viajero, no se detiene en Oaxaca. Y presintiendo que hay más mundo hacia el Sur, sigue su camino.

23 de septiembre de 1951

El zarandeado Bustamante

Ciertos errores, ciertos prejuicios, sobre todo cuando alimentan la pereza y las pasiones personales, llegan a adquirir tal autoridad que es muy difícil deterrarlas: se convierten en lugares comunes. Hace más de cien años que Lucas Alamán, acérrimo enemigo de la Independencia, trazó una semblanza de Carlos María de Bustamante, acérrimo insurgente, y ésta es la hora en que la opinión allí contenida sigue repitiéndose al pie de la letra por autores que no tienen, con respecto al escritor insurgente, la oposición que le tenía Alamán. No se quiere indicar que sólo Alamán le sea adverso, sino que Alamán es quien con más saña, con mayor desdén, así como con más maestría literaria, resumió en un folleto anónimo la opinión con que los historiadores de la primera mitad del siglo pasado juzgaron a Bustamante. Lo dicho por Lorenzo de Zavala, Ignacio Ramírez, José María Luis Mora encontró en la pluma de Lucas Alamán su más cabal expresión. Después, Marcos Arróniz, Joaquín García Icazbalceta y otros, no hicieron sino repetir los dicterios, las calumnias, los adjetivos denigrantes resumidos en el folleto forjado por uno que se fingía amigo de don Carlos, pero más amigo de la verdad. Icazbalceta sigue tan de cerca a don Lucas, que aún en nuestros días no falta quien le atribuya la paternidad del panfleto vengativo. El caso más extraño es la opinión que de las obras de Bustamante, principalmente el *Cuadro histórico* merecieron de José María Luis Mora, y que Agustín Yáñez, brioso defensor de Lizardi, repite en nuestros días, en un olvido de que Bustamante, Lizardi, fray Servando, Juan Bautista Morales y Mora son de la misma estirpe literaria. En efecto, a primera vista parece que Mora desdén a Bustamante historiador, que no literato. Considera que en el *Cuadro histórico* hay hechos verdaderos y documentos importantes, pero entrelazados con fábulas y patrañas; y, sobre todo, las pasiones rencorosas y parciales grabadas en todas sus páginas, expondrían mucho a quien bebiese

en las aguas de esa fuente sin haberlas depurado. Reconoce que Bustamante no es hombre que diga de propósito una mentira, pero afirma que acoge con suma facilidad todas las vulgaridades que lisonjean sus pasiones; y disimula y oculta frecuentemente la verdad cuando no cuadra con el entusiasmo irracional que concibe por las personas, con el odio gratuito que las profesa, o con el sistema político a que se adhiere hoy por prevenciones, y contra el cual mañana declama sin motivo. Pero de ahí a que haya escrito *México y sus revoluciones* para oponerla al *Cuadro histórico* “cuyas patrañas, fábulas, vulgaridades, poca crítica, y menos discernimiento, falta unidad y entusiasmo irracional, sublevaban a Mora, en lo que de modo inverso, puede hallarse su teoría de la historia y del estilo, tanto como del carácter de su inteligencia”, como afirma Yáñez, hay un buen trecho. Mora reconocía esos defectos, y se dolía que los trabajos de Bustamante no logran contrarrestar los de Alamán y por eso escribió los suyos. En sus afirmaciones no puede verse una teoría del estilo, que en todo caso era similar al que podía formular Bustamante, y que puede resumirse en una oración del propio Mora: Yo no tengo tiempo de ocuparme en palabras cuando creo haber expresado mi pensamiento.

Fue Francisco Sosa quien se atrevió, entre los primeros, a atenuar los juicios de Alamán sobre aquel ágil, alegre, atropellado narrador que fue Carlos María de Bustamante. Sin sus trabajos, dice Sosa, Alamán habría logrado ser el único historiador de esa época (Guerra de Independencia), y parcial como era, fácilmente se comprende que nuestros héroes aparecerían revestidos del carácter más odioso. De los estudios comparativos de los escritos de Alamán y Bustamante, se deduce la necesidad de aquilatar con sano juicio lo que en ellos hay de verdadero, mezclado como está con los desahogos de las distintas pasiones que los animaba. Pasarían sin contradicción las aseveraciones, algunas veces calumniosas, de Alamán, si Bustamante no hubiera recopilado tantas y tan útiles noticias como en sus libros se encuentran. Y ésta es la gran culpa de don Carlos: empañar la gloria de don Lucas, poner una mosca en su sopa. Victoriano Salado Álvarez, un descendiente intelectual de Alamán y de García Icazbalceta, sin decir que defiende a Bustamante, sino por el contrario que insiste en los viejos juicios, o prejuicios, ha venido a reforzar la defensa de Sosa al sostener que si bien sus noticias no son de primera importancia, resultan interesantísimas para el conocimiento de muchos resortes íntimos de los acontecimientos que llenan la época de don Carlos, tan tortuosa como interesante. Carlos María Bustamante dijo de sí mismo que no era historiador, sino un hombre que acumulaba material para

que una pluma mejor que la suya escribiera la de México algún día. Y eso fue lo que hizo mientras la cárcel y la muerte le acechaban.

30 de septiembre de 1951

El incommovible García Icazbalceta

La cultura mexicana debe a don Joaquín García Icazbalceta eminentes servicios, ya como historiador, ya como anticuario, ya como editor. Al igual que Marcelino Menéndez y Pelayo con respecto a la cultura española, se puede citar a Icazbalceta a propósito de cualquier achaque acerca de la cultura mexicana. Modelo y espejo de historiadores, le llamó don Antonio Castro Leal, justamente en el primer número de nuestro "Suplemento Dominical" por su amor a la verdad histórica, a la que por ningún interés del mundo desfiguraría, de acuerdo con sus palabras. Icazbalceta quiso significar con esto, y así debiera ser leído por todos, que no era hombre capaz de escribir nada contrario a su conciencia, u opuesto a sus más hondas y arraigadas convicciones, elaboradas desde la infancia. La verdad histórica era en él de tipo subjetivo, resultante fatal de su organización mental, tanto como emotiva. Se cita, para ejemplificar ese apego a la verdad, su opinión acerca de la aparición guadalupana, en la que Icazbalceta no creyó históricamente, aunque la acataba en el terreno teológico.

La fama de don Joaquín García Icazbalceta es tan grande que la opinión que ha merecido de los hombres más eminentes de nuestro tiempo, comenzando con Menéndez y Pelayo quien lo llamó maestro en toda erudición mexicana, es lugar común que no puede evitarse y que ha impedido ver en sus obras algunas fallas que, si bien no reducen su categoría impar, sí está bueno señalar porque es útil para el estudio de muchos de los problemas de la historia y de las letras mexicanas. Porque era un erudito y los eruditos lo saben todo, nuestros historiadores no han podido superar muchos de los juicios formulados por Icazbalceta. Sus afirmaciones siguen siendo norma, norte y brújula de muchos de nuestros investigadores y escritores, incapaces de leerlo todo, incapaces de renovar las fuentes de sus disciplinas. Porque Icazbalceta creía en la Revelación como única guía que pudiera ahorrar descarríos lamentables en el ejercicio de la investigación de nuestro pasado indígena; muchos de nuestros sabios, carentes de los instrumentos de investigación científica, pero también

carentes de la luz de la revelación, se han satisfecho con el legado de don Joaquín. En las aberraciones más recientes acerca del valor de la cultura indígena, escritas por José Vasconcelos, pongamos por caso, está latente aquel legado, aunque Vasconcelos no haya leído jamás a García Icazbalceta. Nada destruyó Hernán Cortés, viene a decir más o menos el filósofo mexicano, porque nada había que valiera la pena de ser conservado. Si hasta parece que está uno leyendo el *Estudio histórico* de Icazbalceta, suma, cúspide, corona, de todas las capacidades del autor: “el método y la intuición del erudito, la visión y la puntualidad del escritor, el estilo y el arte literario” que Castro Leal señala como las cualidades de la magistral biografía de *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, pero que no tendría empacho en atribuir al *Estudio histórico*, obra de la madurez de nuestro famosísimo historiador. Duda don Joaquín que puedan llamarse tan civilizados –son sus palabras– unos pueblos que aun cuando en ciertos ramos del saber humano conservan restos de una antigua cultura, carecen de instrucción pública, no conocen las bellas artes ni el alfabeto ni los animales domésticos, ni el hierro ni las pesas y medidas, ni la moneda, pero conocen la esclavitud, la poligamia, los sacrificios humanos, y se mantienen en perpetua guerra, no ya para ensanchar sus dominios, sino que la emprenden periódicamente, sin odio ni ambición, con el único fin de proveerse de víctimas para saciar, sin conseguirlo nunca, la sed de sangre de sus mentidos dioses. Un pueblo así, analfabeto, pues carecía de alfabeto, aunque usaba del jeroglífico, si eficaz para los indios, nunca tanto como la letra para los pueblos civilizados; que no conocía las pesas y medidas –las pesas no, pero las medidas sí, según Cortés, autoridad que don Joaquín no recusaría– que no tenía instrucción pública, repito, y que ni idea tenía de las bellas artes, aunque fray Bernardino de Sahagún diga lo contrario; que hacía la guerra no con el alto designio de aumentar el territorio, sin odio y ambición, cosas que la justificarían, de acuerdo con el pensamiento del autor, tenían que ser vencidos fatalmente por el pueblo del alfabeto, con hierro, con odio, y todo lo demás que el texto sugiere, como era el español de la Conquista, que fue la lucha entre la inteligencia y la fuerza bruta, concluía García Icazbalceta. ¿No está aquí resumida la opinión de un sector de la inteligencia mexicana acerca del mundo precortesiano, y no están también las palabras en las que se sigue formulando?

7 de octubre de 1951

Félix Antonio Huerta, poeta olvidado

La *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* de José Mariano Beristáin de Souza, tan embrollada, tan tupida de noticias sin desbrozar, es, sin embargo, obra utilísima para el estudio de la bibliografía mexicana en el periodo que abarca: desde los inicios de la imprenta en México hasta principios del siglo XIX. Pero no sólo eso sino que Beristáin inventaba títulos, modificaba nombres, hacía alguna vez atribuciones infundadas. En cambio, tuvo la curiosidad de incorporar al cuerpo de su *Biblioteca* noticias que después han pasado sin cribar algunos de los que se han ocupado en historiar nuestra literatura; así don Nicolás León que en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*, suele usar sus informaciones tal como salieron de sus manos, lo que viene a ser en detrimento de nuestra bibliografía, ya que existen en su “Catálogo...” noticias que pudieran ser corregidas al paso que aumentadas, tal como se lo propuso y llevó a cabo en gran parte el eruditísimo Joaquín García Icazbalceta. De todas suertes, señalar estas fallas, es nada más para dolerse de que sea casi una ley de nuestras letras la prisa con que se fraguan, la urgencia con que se cumplen; en menoscabo no sólo de su decoro literario, sino de su rigor informativo. La *Biblioteca Hispano Americana* de Beristáin de Souza, así y todo, ha prestado, sigue prestando, un gran servicio a la historia de las letras mexicanas; sin ella hubieran quedado en eterno olvido centenares de escritores mexicanos a quienes hoy honramos, ha dicho don Francisco Sosa.

Uno de esos autores a quienes Beristáin salvó del olvido es Félix Antonio Huerta, natural del obispado de la Puebla de los Ángeles, doctor teólogo por la Universidad de México, cura y juez eclesiástico en la diócesis de Oaxaca, y su visitador general de quien el autor registra un solo libro, en verso castellano: *Afectos amorosos del hombre arrepentido a Dios*, del que sólo una breve mención encuentro en la *Bibliografía* de León, tomada de Beristáin. ¿Qué puede significar Huerta como poeta? es cosa no averiguada, aunque por su ausencia de la antología de *Poetas novohispanos* de Alfonso Méndez Plancarte, y del *Florilegio de poesía religiosa* formada por el presbítero Jesús García Gutiérrez, se le pudiera creer digno del más negro olvido. Yo encuentro, a pesar de esa ausencia, que Félix Antonio Huerta no carece de méritos, por lo menos para determinar la boga que la poesía espiritual tuvo en México, y las diversas influencias que nutrieron esa boga. He aquí un soneto de Huerta, inspirado indudablemente

en el famosísimo *No me mueve, mi Dios, para quererte...*, en otro tiempo atribuido a Miguel de Guevara, sin fundamento sólido:

*No dejo, gran Señor, mi mala vida
por el miedo que tengo de la muerte,
no el horror de tu juicio me convierte
ni el deseo de tu Gloria apetecida;*

*no la final sentencia tan temida
ni del fuego verás la cárcel fuerte;
no la suma delicia de quererte
siendo bien de mi pecho a la medida.*

*Muéveme la excelencia que gozaras
si este amor con que te amo no tuvieras
muévenme, sí, tus perfecciones raras*

*y tu Esencia inefable, de manera
que, aunque por imposible no me amaras
sólo por ser quien eres te quisiera.*

14 de octubre de 1951

El mexicanismo de Valle-Inclán

En estos días y con motivo del libro de Andrés Iduarte, *Pláticas hispanoamericanas*, he vuelto a la lectura de Ramón María del Valle Inclán, a quien el escritor tabasqueño dedica algunas páginas, sagaces como todas las suyas. Hace años, muy joven yo, recién llegado a México, me topé con el nombre y luego con los libros de Valle Inclán. Y fue lo primero que de él leí una pequeña selección hecha por Amado Nervo. Yo no había leído, hasta ese día, nada que de aquel modo me asombrara, nada que de aquella guisa me diera la certeza de lo que debe ser la literatura y el estilo literario. Y cosa extraña, aparecía ante mis ojos como cosa bien fácil, directa y sencilla, sin duda porque abundaba en diccionnes y giros del español que hablan algunos pueblos del sur de mi estado natal,

principalmente aquellos donde los indios no llegaron y la población se mezcló con españoles de la conquista y negros esclavos. De tal modo aquella página de Valle me sedujo, que lo primero que intenté en el camino de las letras no fue otra cosa que una mera calca de aquella lectura. Lo digo sin veladuras, porque es una manera de señalar el hechizo que siempre ejerció sobre mí el escritor gallego, así no haya insistido en aquella temprana atracción. Sólo después, mientras leía sus libros, supe que don Ramón había venido a México muy joven, enajenado por la idea de repetir la hazaña de los conquistadores, desorbitada la razón y la fantasía ante un mundo cerrero y dócil, violento y tierno, bárbaro y pulido a un mismo tiempo.

Nunca lo dijo, ni ha podido establecerse, cuándo vino y cuánto tiempo vivió en México. En su autobiografía, que más es su mitología que su historia, no se encuentra una palabra precisa en cuanto a fecha, en cuanto a itinerario; aunque mucho para conocer su turbadora personalidad; aluvión de noticias inventadas con aquella facilidad para trastocar los datos de la realidad, propia de poetas y hombres noveleros. Pero algún tiempo debió vivir entre nosotros, a menos que la emoción de México que corre por sus páginas, se haya formado de un día para otro, en una suerte de tiempo que no es largo, sino hondo, ese mismo que lo lleva a salir de España y llegar a Veracruz en un solo día. Ávido, sin duda, estaba. Y puede ser que haya tomado de la tierra mexicana todo, sin discernimiento, en una dócil entrega, favorecida por su juventud dúctil, pronta a dejarse invadir. Porque es el caso que algunas de sus obras, *Tirano Banderas* y *El ruedo ibérico* abundan en dicciones, giros, calambures, leperadas, historias macabras que son de clara procedencia mexicana. No digo que sean exclusivas de México, que bien pueden ser de Galicia y de otros pueblos hispanoamericanos, y hasta uno que otro pochismo; pero sí digo que tenía la imaginación vuelta hacia México. En *Tirano Banderas* confluencia de lo americano y lo español, Valle Inclán derrocha todo su poder creativo, armado de una libertad y delirio verbal que lo lleva a crear un nuevo idioma con sílabas gallegas, indias, españolas. Poseído de un frenesí creador, temeroso de interrumpir el tumulto que lo agita, don Ramón recurre a todas las licencias, y seguro de que todo lo que el hombre inventa contiene al hombre y es una anticipación del futuro, forja sin resollar palabras que si no existen en el idioma, sí adquieren un significado en la corriente de sus invenciones; trastoca las sílabas, parte las palabras en dos y une cabos distintos para hacer otras nuevas, o bien les

da nuevo oficio que sólo el contexto puede determinar. Perplejo ante *bola* y *boruca*, opta por *boluca* que viene a significar lo mismo. Y urgido de un sinónimo mexicano de caballo, rocín, cabalgadura, olvida *cuaco*, pero recalca en *guaco* que no existe, pero que le ayuda a salir del paso.

Y, ¿no fuera bueno que alguno hiciera una nómina de los arcaísmos, hispanoamericanismos, pochismos que de un modo tan caudaloso invaden los libros de Ramón María del Valle Inclán para bien del conocimiento de nuestras literaturas?

21 de octubre de 1951

La raíz en el suelo y la flor en el cielo

A la hora en que los artistas mexicanos estaban pendientes de los modelos extranjeros, José Guadalupe Posada –muy grueso, muy moreno, no muy alto, de cabeza cuadrada y unos bigotes burlones– se atreve a pensar por sí mismo, a hablar una lengua que fuera entendida del México de las postrimerías del siglo pasado y primeros de éste. Una lengua, desde luego, un poco incorrecta, de embrollada sintaxis, pero directa, incisiva, cargada de savia popular. Una lengua, hermana de aquella que usó José Joaquín Fernández de Lizardi para alarma de los que creen que el arte es recreo y no creación, ejercicio de la inteligencia y de la fantasía, y no deber. Como “El Pensador Mexicano”, fray Servando, Bustamante, Juan Bautista Morales, Posada, que estaba sembrado en tierra propia, que tenía las raíces en el suelo y las flores en el cielo de México, extrajo de la gigante veta de la vida mexicana, los temas de sus grabados, de sus noticias, de sus arengas, de sus panfletos, que todo eso son en resumen sus grabados. El buril tenía en su mano, la misma eficacia que la pluma: era bueno para estampar sobre hierro o madera, la burla, sátira, la ironía, la risa y la sonrisa. A espaldas de preocupaciones académicas, atento sólo a interpretar y a propagar los sentimientos y los pensamientos de su pueblo, los grabados de Posada tienen toda la fuerza, toda la elocuencia expresiva de quien, hijo de un ambiente, de un tiempo, de una tierra, cumple una tarea de modo natural y espontáneo. Si el arte fuera sólo perfección formal, Posada –que dominaba las formas como un resultado lógico del dominio de los temas, pero que no trascendía el mero marco de la expresión– su obra y su nombre ya estarían

olvidados, como lo estarían también los escritores que hemos apuntado como de su familia. Pero como el arte es a un tiempo expresión y contenido, el vaso y el vino, la llama y la brasa, aunque más el contenido, el vino y la brasa, estos artistas de expresión torpe, según los puristas, burlan al tiempo y se quedan, en tanto que los exquisitos desaparecen y se olvidan.

El campo en que Posada alcanzaba su mayor perfección de combatiente y artista, era el grabado político. Con razón se le ha llamado un guerrillero de la plástica mexicana, un soldado que disparó los primeros tiros en favor de la Revolución. Las “calaveras”, que constituyen uno de los capítulos mejor escritos de su obra, eran la muerte anticipada del enemigo. Eran la muerte del tendero, del alcalde, del policía, del juez, y de todos aquellos que medran con la tremenda realidad que agobia a los pobres. Las “calaveras”, entendidas como coplas contra los enemigos públicos, se llaman así porque aparecían como ilustración de aquellos grabados con que José Guadalupe Posada representaba la muerte. Nuestro pueblo, aun ignorando al autor de estos grabados que, para mayor condición de pueblo, son anónimos, como son anónimos los corridos y los romances, se recrea ante estos grabados en que la muerte se vuelve tranquila, dócil, familiar como la vida.

28 de octubre de 1951

Bulnes contra Juárez

No hay elogio que no se haya tributado a Francisco Bulnes, aunque también no hay diatriba que no se le haya endilgado. Los historiadores de nuestra literatura, de alguna manera hay que llamarlos, no han hecho otra cosa que repetir las alabanzas no sólo porque son incapaces de renovarlas, sino porque, aparte de carecer del criterio que suelen dar las lecturas personales —que no hacen— esas alabanzas coinciden y halagan su personal punto de vista. Algo parecido ocurre con los dicitos, las diatribas y los denuestos que el famoso polemista inspiró en sus enemigos psicológicos. La verdad es que los dos partidos pecan por exageración. Bulnes no era el erudito, el espíritu intachable, la pluma insobornable, la inteligencia soberana que creen sus partidarios; pero tampoco el falsario, sofista, mendaz, antipatriota que creen los liberales. Más que un gran escritor es un brillante periodista; más que un erudito era un hombre de

vastas lecturas y de memoria feliz, capaz de traer a colación un renglón suelto, un lugar de sus desordenadas lecturas. Un hombre de ciencia, claro que lo era. Bulnes se proclamaba liberal, pero daba gusto a los reaccionarios que si leyeran sus obras, no sería tanta su devoción por su genio y figura. Y claro, está más cerca de los liberales que de los conservadores. Entonces, se preguntará: ¿por qué su obra principal está destinada a acabar con la gloria de la cabeza más alta del liberalismo mexicano, Benito Juárez? Ahí reside justamente el conflicto para juzgarlo. Bulnes es un caso que sirve para explicar otros en nuestra historia literaria. Cuando la clase conservadora no tiene en sus filas un escritor que hable por ella, lo crea, lo paga, lo cultiva. Y eso fue lo que hizo Bulnes: habló por otros, no por él.

El libro en que se funda toda su fama *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* contiene más de un juicio sobre la era porfirista, sobre la clase conservadora, tan graves como los cien que creyó acumular contra Juárez y la causa de la República, que es la del progreso en nuestro país. Pero la clase que le pagaba se los perdonó, sólo porque por su pluma tomaba un desquite, alcanzaba un desahogo. Don Porfirio Díaz, conocedor profundo de los hombres, dijo a Bulnes cuando éste le presentó un ejemplar del famoso libro, que esperaba que alguna vez escribiera uno que se titulara *El verdadero Díaz*. Y Francisco Bulnes lo escribió.

El verdadero Juárez..., publicado en 1904, produjo una verdadera conmoción nacional. Centenares de artículos, folletos, libros, libelos, panfletos, salieron de nuestras prensas para atajar aquel sacrilegio, sin lograrlo: un estado de ánimo previo y latente, el resentimiento de la clase vencida, encontró en las páginas de Bulnes su confirmación, aunque en la fila opuesta no causaron mella: la devoción juarista se afirmó, la estatua del héroe creció en un palmo. Y se puede decir que el héroe, el patricio, y el iconoclasta, el panfletista quedaron frente a frente: el uno con la Constitución –léase espada y escudo– en la mano, y el otro con su libro. Una réplica a Francisco Bulnes, sin embargo, se quedó en el tintero: la que Jesús Galindo y Villa se propuso escribir, pero que no hizo, quizá porque la grandeza de Díaz sufriría menoscabo en un trabajo del rigor histórico con que se proponía refutar a Bulnes. Pero quedaron las notas marginales, las reflexiones, las rápidas semblanzas, los gazapos literarios, las contradicciones en que incurrió el panfletario en el ejemplar personal de Galindo y Villa que el azar puso en mis manos. Transcribirlas llevaría muchas páginas; desarrollarlas, un libro. Esperemos que ese trabajo lo lleve a cabo algún

día Arturo Arnáiz y Freg, en cuyas manos puse este ejemplar, y seguro que trasladó, ajustó y verificó. Mientras eso ocurre voy a resumir el juicio de Jesús Galindo y Villa, deduciéndolo de las notas señaladas.

Este libro, pudo decir, no carece de mérito; su autor es hombre de talento e ilustrado; pero carece del criterio que debe tener el historiógrafo, sobre todo del que trata de seguir los acontecimientos en hombros de la filosofía de la historia. Las numerosas contradicciones y apreciaciones falsas que contiene esta obra, así lo demuestran. Cándidas, absurdas, precipitadas las afirmaciones del autor se apoyan en fuentes parciales, aprovechadas a medias, cuando no de existencia sospechosa, y lo presentan como ayuno de probidad histórica e intelectual. Con estos elementos se propuso Galindo y Villa participar en la contienda contra Bulnes, pero después la vida no le dejó cumplir la promesa.

11 de noviembre de 1951

Cartas de don Caralampio Molinero

Uno de los libros más curiosos de nuestra literatura es el que, anónimo, editó el *Diario de Avisos* en la imprenta de Vicente Segura, en 1860, con el largo, larguísimo título de *Cartas de don Caralampio Molinero del cerro a doña Bibiana Cerezo, su mujer, vecinos de las Batuecas más remotas e ignoradas sobre la felicidad y ventura de vivir en la Corte*. Unos años más tarde, en 1868, se hizo de la obra, que no es una novela como alguno cree, sino una serie de cuadros de costumbres, una segunda edición, con una nota a la vuelta de la portada que a la letra dice: “Esta obra es propiedad de la familia del finado autor don Francisco Belaunzarán”, un hombre que naturalmente no encuentro mencionado en ninguna de las dos más conocidas historias de la literatura mexicana. Pero hay algo más. Arturo Torres Riosco, catedrático de literatura hispanoamericana en universidades estadounidenses, hombre de vastas lecturas, atribuye esas *Cartas* a Manuel Carpio, poeta y médico mexicano, muerto justamente el año de la publicación de las *Cartas*. La atribución no puede ser producto de un mero capricho, sino que en algo se funda el escritor chileno para hacerlo, aunque no esté yo en condiciones de establecerlo.

El libro, escrito con soltura, desenfado y gracejo, muestra una evidente influencia de Mariano José de Larra, hasta porque los personajes habitan unas

Batuecas, remotas e ignoradas igual que Andrés Niporesas, personaje del gran satírico español. Si nuestros manuales de historia literaria no fueran a ratos meros registros de nombres y de fechas, las *Cartas* de Belaunzarán darían pie para señalar la influencia de Larra en nuestras letras.

Pero, ¿quién era Francisco Belaunzarán? ¿Existió un escritor con ese nombre o era nada más un subterfugio del anónimo autor para crear confusión y seguir en el anonimato? Extraño parece que Torres Rioseco no haya advertido la nota que aparece en la segunda edición en la cual se atribuye a Belaunzarán, ya muerto para entonces, de acuerdo con el texto. ¿Tendrá la certeza de que era Carpio y por eso no reparó en el aviso? Y que haya dejado hasta hoy sin respuesta Juan B. Iguíniz, que entre otros cien, señala este error en la *Bibliografía de la novela mexicana*, publicada en 1933 por Arturo Torres Rioseco. Carpio, en efecto, gozó fama de excelente poeta y fino humorista, de regocijada pluma, aparte de que en el cuerpo de las *Cartas* se encuentran alusiones a la carrera médica, viajes por tierras lejanas; Palestina, entre otras. Y pudiera ser que sumando ésta y otras circunstancias, Torres Rioseco quisiera identificar en Carpio al anónimo autor de las *Cartas de don Caralampio*. En mis excursiones por los campos de la literatura mexicana sólo una vez me he encontrado con el nombre de Francisco R. Belaunzarán, si bien con una inicial intermedia quien aparece firmando un elogio en la *Corona fúnebre* que en memoria de Benito Juárez se publicó en el año de 1893, pero como ya hemos visto, Belaunzarán había muerto desde mediados del siglo.

Sea como fuere, las *Cartas* nos muestran que el autor sabe ver y sabe trasladar con mano firme los rasgos de la sociedad mexicana de su tiempo. Algunos de sus cuadros parecen trazados en nuestros días; así de lenta ha venido ocurriendo la transformación de nuestras costumbres. Fuera bueno que un curioso de nuestras letras estableciera la paternidad del libro, seleccionara algunos pasajes y organizara con ellos una breve antología para solaz de los lectores mexicanos.

18 de noviembre de 1951

Iduarte, escritor

Las cosas caen por donde se inclinan, dice una vieja sabiduría popular. Con ello se quiere significar que temprano se anuncia en un hombre su porvenir, su

tendencia, la meta donde apunta su espíritu, pues como dice Luis Vives, todo el resto de la vida cuelga de la crianza de la mocedad. Quien conoció a Andrés Iduarte hace veinticinco años, y pudo sondear en su vocación, en sus inclinaciones, no puede extrañar el cauce y la pendiente de la obra que sus primeros trabajos y sus primeras lecturas anunciaban desde entonces. Pero no sólo eso, sino en la factura de sus primeras páginas, cualquiera que fuera el tema que abordara, se advertía un tono, un ritmo y una reminiscencia de la prosa de autores americanos de su predilección, principalmente de los grandes ensayistas, periodistas y novelistas con preocupación política, que casi no ha habido un gran escritor en nuestra América ajeno a esa preocupación. Con las palabras de todos: de los ensayistas, de los poetas, de los novelistas, de los panfletistas, de los periodistas hizo su palabra, toda penetrada de fervor, de ímpetu y pasión por lo americano, entendido como fusión de lo indio y lo español en una sola corriente, en una sola planta, sin contradicciones, sino inseparables y encadenadas como la cáscara y la pulpa lo están en el fruto. No se quiere decir que su apetito se conformara con un solo pan, el americano, sino que ése el más constante, el de mayor antojo. Andrés Iduarte era una ventana abierta sobre el mundo. De España y Francia principalmente obtenía harina para amasar otros panes. Y también de Rusia, en cuyos autores afirmó su rebeldía, su sentido heroico de las letras, su apego a la tierra donde los pobres sufren y esperan. Y con segura mano supo apartar de los autores de su predilección, el material que había menester para organizar un aspecto de sus tareas literarias. De Domingo Faustino Sarmiento, pongamos por caso, dio de mano la cerrada y un poco fingida oposición a España. De otros, la irreflexiva y también cerrada, simpatía por lo indio de nuestra América. De unos aprendió a ser fiel al latido de nuestros pueblos, pero sin creer que Tabasco era todo el mundo, como el aldeano vanidoso de José Martí que creía que todo el mundo era su aldea. De otros, la decisión de poner luz en la pluma para alumbrar y desbrozar la maraña de nuestra cultura americana, sin querellas, sin ciegos alardes, sino con una lúcida y transparente emoción fraternal.

Su libro, el último de sus libros, *Pláticas hispanoamericanas* –Fondo de Cultura Económica, Colección Tezontle– no ha venido a hacer otra cosa que verificar el aserto inicial, si es que no fuera suficiente el viaje a fondo en la obra y la vida de uno de los más excelsos hispanoamericanos, que eso significa el libro *Martí, escritor*. Escrito en los Estados Unidos, en cuyas entrañas vive, los ensayos que informan este libro, dentro de su diversidad de temas, denuncian

una común apetencia: hallarle el hilo a nuestra cultura y luego enlazarla con la cultura toda del mundo. Desciende en esta dolorosa búsqueda hasta el subsuelo de nuestra historia; su piqueta, como la de Rubén Darío, trabaja en lo eterno de la América ignota, luego asciende a nuestros días, y lo mismo que un arqueólogo moderno, con los restos de las viejas vasijas, Iduarte, con los indicios y las certezas y los supuestos de las viejas culturas indias, reconstruye una imagen que ya no del todo es india ni es del todo española, aunque de las dos cosas contenga, sino algo nuevo: es americana. Si no tuviera otras, ésta es la mayor enseñanza contenida en las *Pláticas hispanoamericanas* que yo he querido presentar a tu curiosidad, lector.

2 de diciembre de 1951

Una superchería del General

Por los mismos años –1872– en que Vicente Riva Palacio inventaba con la complicidad de Francisco Sosa, en las columnas dominicales de *El Imparcial* a una poetisa de estro singular, el venezolano José Domingo Cortés reunía los materiales para confeccionar el florilegio de las *Poetisas Americanas, ramillete poético del bello sexo hispano-americano*. Para conseguir este objeto, Cortés acudió, en demanda de ayuda, a los escritores americanos cuyos nombres hubieran trascendido hasta Sur América o París donde radicaba. Un espíritu travieso de las letras mexicanas aprovechó la ocasión para ejercitar su genio festivo y burlarse de paso, de un hombre de buena fe, si bien digno de burla por osar una tarea sin las noticias necesarias para su buen éxito, inventando para el caso un nombre y atribuyéndole una poesía de Ignacio Manuel Altamirano, recogida en las *Rimas*, en el propio año del 72. En 1875, en el mes de abril, apareció en París la antología de Cortés, con todos los defectos que se pueden suponer en una obra preparada dentro de las circunstancias señaladas. Y en efecto, muchos la afearon, entre otros José Martí, entonces residente en México, quien en un artículo de la *Revista Universal* se dolía del poco acierto con que se había procedido en la elección de las composiciones cubanas.

Francisco Sosa, cómplice de Riva Palacio en la invención de Rosa Espino, y que ese año justamente reunía, prologaba y publicaba los romances, apólogos y cantares con que el General había logrado tomar el pelo a más de un crítico,

en un tomo titulado *Flores del alma*, reparó en la superchería. Y se apresuró a escribir una carta abierta a Altamirano denunciando el plagio de que había sido objeto. Tras de extenderse en consideraciones acerca de la moda que por aquellos años reinaba en México de apoderarse de las obras ajenas, Sosa afirma que el libro no podía ser peor. Y a renglón seguido señaló la página en que la poesía plagiada aparecía, señalando las mutilaciones que el original había padecido a efecto de desfigurarle, pero de manera tan burda que a la simple vista se notaba la sisa. Y para que nadie pusiera en duda al verdadero autor, decía, señalaba la suplantación. En efecto, en la página 305 y siguientes de las dos ediciones del ramillete –1875 y 1896– aparece el poema titulado “A Ofelia Plissé, en su álbum”, escrito por Altamirano en Acapulco en julio de 1865, y firmado en las *Poetisas americanas* por Mercedes Salazar de Cámara, que tal es el nombre inventado. La versión fraudulenta se aparta del original de trecho en trecho, pero la sigue en las líneas generales, siempre que el sentido no denuncie al verdadero autor, un hombre, y la acerque al supuesto, una mujer. Cuando se hace imposible alterar el sentido, la supuesta autora cambia los versos o los suprime, tal como hace con los siete finales, que completan el sentido de la composición, y que encierran, en mi concepto, nada menos que el pensamiento capital y, al mismo tiempo, el más hermoso de toda la poesía, concluye Sosa. Plagio le llama don Francisco a este caso, pero parece que no tiene razón. Plagio sería si Mercedes Salazar de Cámara hubiera existido; no siendo así, el caso es una mera superchería, una burla, la humorada de un ocioso que, al paso que se divierte, da una lección al antólogo acerca de los riesgos del oficio. Y al llegar aquí, recordando las salidas geniales y el ánimo alegre del general Riva Palacio, me pregunto si no fuera él quien, al tiempo que se burlaba de Anselmo de la Portilla, rendido lector de Rosa Espino, quiso pitorrearse también de don José Domingo Cortés, y de todos aquellos que, por no correr el riesgo de ignorantes, se apresuran a proclamar su admiración a todo lo que aparece envuelto en los leves tules del misterio, o en el prestigio de las lejanías y de lo exótico.

23 de diciembre de 1951

Desdenes de Salado Álvarez

Uno de los maestros de la prosa mexicana ha sido Victoriano Salado Álvarez. Uno de los maestros de la erudición, también. Cuentista, historiador, y a sus horas, crítico, filólogo y periodista, manejaba una prosa ágil, jugosa, llena de destellos, pero era un espíritu amargo, un ánimo enemiga, y una íntima tristeza reaccionaria invadía sus páginas, sobre todo de las últimas. Uno de sus postreros libros, quizás el más bello de todos, y más representativo porque resume todos sus dones, de hombre y de escritor, lo constituyen sus *Memorias*, divididas en *Tiempo viejo y tiempo nuevo*. Un panorama de nuestras letras, un resumen de nuestra historia, rápidas semblanzas, lo informan. Escritas a la vuelta de muchos viajes y de muchos años, se hermanan aquí la risa, la sonrisa, el sarcasmo y la ironía; cosas todas propias de los que han vivido y sufrido mucho. Entre las semblanzas que ocurren a lo largo de las *Memorias*, hay una preciosa de intención y de factura, de las pocas que aquella pluma acerba trazó con amor y sin encono, aunque la redujo poniendo junto a ella otra, despectiva y desdeñosa. La una, de Ángel de Campo. La otra, de José Tomás de Cuéllar.

Para evocar a “Micrós”, Salado Álvarez recurría a la ornitología. Tenía “Micrós” el andar saltarín, los pies y las manos pequeñitos y que recordaban las garras de las aves que se posaban en los árboles y en su corteza se mantenían, la cabecita chica y como triangular, un *coup de vent* que era como cresta que se alzara obedeciendo los dictados de la voz, que parecía un piar desapacible; los ojos redondos y cambiantes, a ratos de color, como los de la alondra de Julieta, y sobre todo la nariz, una naricilla subversiva que tal vez haya resultado exagerada para aquel cuerpo, pero que era pequeña para nariz humana, se complementaba con unos enormes anteojos que daban la idea de perdiz que acudía al señuelo engañada con un espejo movedizo.

“Micrós” era el más bueno y más honrado de los hombres. Huérfano desde temprana edad, empezó a trabajar casi niño, y pronto quedó como *tete de famille*. Hasta que casó convenientemente a sus hermanas y hasta dio carrera a su hermano, no pensó en formar su propio hogar. Años y años duró comprometido con la que fue su esposa, y hasta que completó su nido, como pajarillo que era, con las briznas de hierba que recogía —economizando, luchando, trabajando— no creyó tener derecho a reclamar su parte de goce en la vida. Poco le había de durar esa legítima satisfacción, pues antes de cumplir los cuarenta años

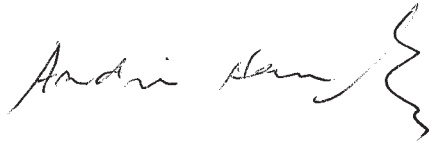
la muerte lo había de arrebatar de manera impensada. Y tras de una salida de tono, enderezada a reducir la fama de *Facundo*. Y tras de dolerse de la moda que algunos padecen de despreciar a “Micrós”, y la de anteponerle como rival a *Facundo*, lo que es, a las claras, un error, pues son dos cosas distintas, Salado Álvarez se serena y apunta que nadie ha logrado como el autor de *Miniatura amorosa* esa observación tenue, fina, elegante en que con un esguince, con un matiz al parecer sin importancia, daba la idea de una situación de alma, de un sentimiento radicado en lo subyacente de la personalidad. Hay una gran distancia entre los personajes de José Tomás de Cuéllar y los de Ángel de Campo. Y no consistía la diferencia de los personajes, según don Victoriano, en la clase social en que se les colocaba, sino en la manera de presentarlos. *Baile y cochino* y *Los mariditos* son de un arte inferior, primitivo y cursi, dice Salado. *La rumba* y *El de los claveles dobles* –de “Micrós”– son linda muestra de lo que puede dar de sí la vida mexicana cuando se pinta por un verdadero artista.

Cuéllar era un observador risueño y atento, pero sin profundidad, que arañaba la superficie de las cosas. De Campo, un estudioso profundo y sabio que sólo daba la pincelada cuando conocía el efecto que iba a causar. Lo que más se recuerda de Ángel de Campo son las *Semanas alegres*, destinadas al público dominguero de *El Imparcial*, escritas siempre en tono de guasa y tratando de hacer crítica ligera de la vida corriente. Pero a pesar de ello, dice Salado Álvarez, ¡qué riqueza de colorido, qué gracia en la expresión, qué mina inagotable de lenguaje! Esas cosas eran de las que debían difundirse porque enseñan lo que es y lo que era México, lo que tiene de peculiar y espontáneo y lo que tiene de allegadizo y deformado. Hay más historia y más sociología de México en obras así que en muchos textos detestables que diariamente vomitan las prensas.

Cierto, don Victoriano, pero ¿por qué ese desdén por *Facundo*, observador risueño y atento, que usted dice?

30 de diciembre de 1951

1952

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Andrés Bello". The signature is fluid and cursive, with a prominent flourish at the end that extends to the right.

Una de cal y otra de arena

Hace cerca de quince años, en 1938, la casa Botas publicó uno de los libros más raros y falaces de nuestra literatura: *Viajando con Vasconcelos* del periodista, historiador y novelista tabasqueño Alfonso Taracena. Constituyen el libro los apuntes que a hurtadillas fue haciendo Taracena durante el viaje que en ese año de 1938 hizo con José Vasconcelos por los Estados Unidos. Vasconcelos, a diez años de la campaña presidencial que al decir de Carlos Pereyra “llevó a cabo con loca audacia”, todavía mantenía en alto la mano con que castigó, y sigue castigando a todos los hombres menores que intentaron reducirle la gloria, tras de escamotearle la legitimidad de la contienda. En esas circunstancias todo lo que decía y escribía iba cargado de dinamita, de cólera justiciera y de ira profética: un rico filón para quien busca en boca ajena el desahogo que necesita su corazón. De modo que Taracena no sólo oía refocilado todas las diatribas, desenfados y dicerios de Vasconcelos, sino que las provocaba para verlo, trastornado de pasión, arremeter contra todos y contra todo. Y tuvo la ligereza de publicarlo todo, sin faltarle punto ni coma, pero ni siquiera las malas palabras y peores razones, con lo cual consiguió dos cosas contrarias: arreciar la mala voluntad de unos cuantos contra el filósofo, y suscitar una mala opinión contra un hombre que, diciéndose amigo de Vasconcelos, de aquella manera lo exhibía ante amigos y enemigos.

Pero encima de estas faltas, se pueden apuntar otras que no se refieren tanto a la discreción del hombre, sino que atañen al oficio de escritor, delicado. Olvidó Taracena que no todo lo que dicen los grandes hombres se puede publicar, y que hay cosas, así estén escritas y firmadas por el autor que no

deben trascender al público, a menos que su autor las autorice. Así las conversaciones, así las cartas, o los borradores que no tuvimos tiempo de romper. Es una acción reprobable e inmoral el publicar una sola línea de un escritor que él mismo no haya destinado al gran público, dice Enrique Heine en algún lugar de sus *Memorias*.

Alfonso Taracena, pendiente del caso de Eckermann y profesando a Vasconcelos una devoción y apego parejos al que el interlocutor de Goethe profesaba a éste, creyó útil para su fama consignar sus palabras tal como iban apareciendo, sin desbrozarlas y sin sujetarlas a tamiz, sin decantarlas. El resultado fue que Vasconcelos desautorizó el libro, y Botas, el editor, se vio en el penoso extremo de retirarlo de la publicidad, acabando así con los dos una amistad y una colaboración de muchos años. Algunos ejemplares del libro, sin embargo, lograron circular y caer en manos despiadadas, tal éste que enriquecido con notas y comentarios que por igual calificaban desfavorablemente a Vasconcelos y a nuestro frustrado Juan Pedro Eckermann, vino a parar entre mis libros.

No todo, claro está, medra contra el buen nombre de los protagonistas de la historia contenida en el libro *Viajando con Vasconcelos*. Algo queda en el libro útil para la buena fama del autor del *Ulises criollo*. Son aquellos lugares en que Taracena, buen escritor y mejor partidario de José Vasconcelos, consigna juicios y opiniones inesperadas y brillantes acerca de personas, obras y cosas que lograron rozar la inteligencia y la pasión del autor del *a priori* estético y del sentido alegre del pesimismo.

5 de enero de 1952

El llamado de la tierra

Hijo de mexicano, ciudadano mexicano y vicecónsul de México durante muchos años en dos poblaciones del Mediodía de Francia, Manuel H. Pastor vino a conocer la tierra de su padre en los últimos años del siglo pasado. Era hombre muy instruido, conocedor de lenguas extranjeras, desde luego el inglés y el francés, pues había estudiado en Inglaterra y había vivido largos años en Francia, donde parece que el padre cuyo nombre nunca revela, vivió por largo tiempo, quizá en el servicio exterior. Vivió, también, en España. De la lectura de su libro *Impresiones y recuerdos de mis viajes a México* publicado en San

Sebastián, en el año de 1900, se desprende que fueron muchos los viajes que realizó por estas tierras, deseoso de entenderla y penetrar en las circunstancias de su historia y de su cultura, sin lograr a pesar de proponérselo, despojarse de prejuicios europeizantes que lo llevan frecuentemente a ver y juzgar con la perspectiva de su formación intelectual. Pastor cuenta mil y una cosas del México de aquellos años, con un ánimo que él proclamaba imparcial y pronto a referir lo bueno y lo malo que pudieron abarcar sus ojos, con la seguridad, dice, de que lo primero supera en mucho a lo segundo. Se advierte que su padre lo puso al tanto desde que era niño de todo lo que creyó necesario para crearle una imagen así del pasado como de los tiempos modernos de nuestro país, de tal manera que apenas pisa tierra mexicana sabe a dónde dirigirse, qué lugares visitar, qué parientes tratar con cortesía. Así ocurrió cuando recién desembarcado, visitó en el puerto de Veracruz a Juan R. Pasquel, “pariente mío y uno de los comerciantes más honrados y queridos de la población”. Sobrino de Francisco de Landero y Coss, se detiene a contárnoslo con orgullo. Un hermano suyo, de nombre José, vivió muchos años al lado del entonces coronel Vicente Villada, gobernador del estado de México, cuya capital, Toluca, colma de bellos adjetivos. Y así como a esta última ciudad, se asomó a otras más distantes, tal como Guadalajara, donde trató al novelista José López Portillo y Rojas, a quien por cierto llama Jesús, autor, dice más o menos, de muchas y muy buenas obras, entre otras, *La parcela*, verdadera joya de la literatura castellana, comparable en más de un lugar, por su estilo y belleza, con las de Emilio Castelar.

Muchas otras cosas nos dice de las ciudades, de las artes, de las letras, de las gentes de México. Pero hay una que quiero destacar, pensando en Héctor Olea, autor de una vida de Jorge Carmona, Marqués de San Basilio. Y es la semblanza que de aquel pintoresco personaje traza Pastor en su libro *Impresiones y recuerdos de México* y que Olea debe conocer para integrar el retrato del aventurero sinaloense. De la página 69 en adelante, Manuel H. Pastor se recrea en pintar el ambiente en que Carmona se movía en París y el de su hacienda “La soledad”, aquí cerquita de la ciudad de México. Sin quitar ni poner nada a la realidad, la semblanza que nuestro viajero traza de Carmona es vívida, colorida y según lo que yo he sacado en limpio de todas las que hasta ahora conozco, real y verdadera.

Cantar por no llorar

Un capítulo muy interesante acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos, es el que se refiere a los corridos que para narrar sus penas componen los braceros, contrabandistas y delincuentes de toda laya. Reunir ese material riquísimo, sería una buena labor de los empleados de embajadas y consulados si no fuera porque frecuentemente se avergüenzan de su origen, o bien por llevar muchos años lejos de México, se han descastado sin lograr acomodarse plenamente a un medio que a menudo los rechaza. En cambio, los inmigrantes, principalmente los que llegan a los Estados Unidos, engañados con el señuelo de un salario en dólares, cruzan la frontera con el acervo total de sus sentimientos nacionales, con la esperanza cierta de que un día habrán de volver al pueblo donde se quedaron los padres, los hijos y la mujer amada. Puede faltar la maleta, pero no la guitarra, amiga y compañera de su soledad, buena para entretener las horas del destierro, para desgajar de la amarga realidad, una brizna de alegría. Nunca como entre ellos el Corrido tuvo una función informativa, como hemos convenido en señalarlo, entre otras excelencias. Carentes de periódicos, sin la lengua del país, en los versos incorrectos del Corrido encuentran el medio de comunicar los sucesos de su vida, dar rienda suelta a sus bravatas, exagerar su valentía, resumir su desdén a cherifes y enganchistas: desahogos y desquites contra las desigualdades de la suerte.

Un día, caminando por el populoso barrio mexicano de Chicago, me salió al paso uno de esos corridos, tan bien cortado y característico, y tan densamente teñido de añoranzas y melancolías, que no resistí suplicar a los cantores que lo repitieran hasta aprenderlo. Y es el que ahora pongo a continuación para solaz de trovadores y coleccionistas.

*El 28 de abril
a las seis de la mañana
salimos en un enganche
pa'el estado de Pensilvania.*

*Mi chinita me decía:
—Yo me voy en esa agencia,
para lavarte tu ropa,
para darte tu asistencia.*

*El enganchista me dijo:
 –No lles a tu familia,
 para no pasar trabajo
 en el estado de West Virginia.*

*–Para que sepas que te quiero
 me dejas en Fort Worth
 cuando ya estés trabajando
 me escribes de dónde estés.*

*Cuando ya estés por allá
 me escribes, no seas ingrato,
 de contestación, te mando
 de recuerdo, mi retrato.*

*Adiós, estado de Texas,
 con toda tu plantación;
 yo me voy a Pensilvania
 por no pizcar algodón.*

*Adiós, Fort Worth y Dallas,
 pueblos de mucha importancia:
 me voy para Pensilvania
 Por no andar en la vagancia.
 Al llegar al steel mill worque,
 que vemos la locomotora,
 iy que salimos corriendo,
 ochenta millas por hora!*

*Cuando llegamos allá
 y del tren nos bajamos,
 preguntan los italianos:
 –¿De dónde vienen, mexicanos?*

*Responden los mexicanos,
 los que ya saben inglear:*

*—Venimos en un enganche
del pueblo de Fort Worth.*

*Estos versos son compuestos
cuando yo venía en camino,
soy un muchacho mexicano
nombre dos por Constantino.*

*Ya con ésta me despido
con mi sombrero en las manos
de mis fieles compañeros,
son trescientos mexicanos.*

19 de enero de 1952

La arboleda perdida

Toda niñez es una égloga. Por eso evocarla es un acto doloroso. Porque frecuentemente toda adolescencia y toda madurez suele ser una elegía. Cuando pasan los años, y la dicha envejece, quiero decir, se hace tristeza, sólo sobreviven en nosotros los instantes placenteros que pudimos rescatar del haz de penas que es toda vida desde que se nace. La memoria, en un recurso que podemos llamar de amparo no registra, y si registra, olvida bien pronto lo desgarrador, lo triste, lo que no ayuda a vivir. Y en cambio fija con perfiles nítidos todo aquello en que una gota de alegría tiembla, brilla y tornasola. Esto explica por qué los viejos tan fácilmente se enternecen y lloran, según el testimonio de José Vasconcelos, autor de una de las más bellas autobiografías mexicanas.

El río, que parece ser la vida, arrastrada en su curso hasta encontrar el mar de todo es una cinta de cielo ya llena de estrellas, ya nublada, con hojas y flores, amaneceres y ocasos que va destruyendo en sus tumbos. Ciega, la vida que los poetas han identificado con un río, como si se cansara, abandona su curso, y hace un pequeño remanso: ese remanso es la niñez. Y lo que tuvo de alegre y de dichoso es lo que un día vuelve, sin nosotros evocarlo, a poner un rayo de luz en la tiniebla que día a día va siendo nuestra vida. No andaba tan errado

el que dijo que todo tiempo pasado fue mejor. Esto es su sentido y ésta es su explicación.

Narrar una vida no es siempre un alarde de vanidad; con frecuencia tiene un sentido educativo que consiste en enseñar a las generaciones pósteras, las distintas estaciones que un hombre recorre antes de triunfar y convertirse en modelo para la humanidad. Con frecuencia, también es un desquite contra el fracaso; cuando consiste en mostrar los sueños, las ilusiones y la gloria que vislumbramos, pero que no llegamos a realizar.

Y nos consolamos del fracaso reviviendo aquellas horas, aquellos instantes en que la imagen de la gloria, como un relámpago, nos cegó, vale decir, cuando vimos la zarza arder. Se equivocan, pues, los que creen que sólo a los triunfadores está permitido las autobiografías; también pueden contar su vida los derrotados.

Esto y otras cosas me sugirió la lectura del libro *Mi barrio de San Miguel* de Baltasar Dromundo publicado por la Antigua Librería Robredo, ahora un año. De *Negra Caiyou* a este último libro de Dromundo hay veinte años de distancia. Y como el tiempo no pasa en vano y los hombres tampoco, aquel agresivo y atrabiliario joven que forjó los poemas y romances de *Negra Caiyou* ha entrado, sin perder los dones positivos de su genio y figura, en reposo, en remanso, digamos. Su último libro viene a ser de esta manera, una conjunción de todo lo que lleva visto y oído, sufrido y gozado. *Mi barrio de San Miguel* es a un tiempo una biografía de barrio y una autobiografía del autor, porque a medida que se relata la vida del uno se muestra la vida del otro, indisolubles.

A veces, como es inevitable que ocurra, Baltasar Dromundo más que contarnos su historia nos cuenta su mitología, es decir, la historia como debió ocurrir para que la realidad no nos matara. Pero, frecuentemente, también el acontecimiento evocado fue tan real que el escritor no necesita transformarla para expresar su jugo poético y verdadero. Así aquellos lugares de *Mi barrio de San Miguel* en que el poeta que siempre latió en la frente de Dromundo reconstruye los rostros familiares, el ambiente hogareño, las penurias, húmedas de lágrimas, pero no amargas. Con gran eficacia literaria traza apuntes, perfiles y retratos de algunos de los hombres que del barrio ascendieron a la notoriedad; convoca y concurren las siluetas de las jóvenes mujeres en que por primera vez se concretó el beso y el suspiro; y nos muestra a la hora que lo considera oportuno, los adorados rostros de sus padres, tan reales que se vuelven a oír los sollozos de la madre desdichada, y los

cascos del caballo del padre que desapareció ante el azoro del hijo por una de las calles de San Miguel.

Otras cosas pudieran decirse de este libro y de su autor, pero ahora sólo quise decir —y esto parece el mayor elogio— que así quisiera yo escribir uno para evocar mi pueblo, más bello, mientras más lejano.

26 de enero de 1952

Lecturas oportunas

Esto suele suceder: que la lectura de un libro despierte en el lector la vocación literaria. Con razón ha dicho un autor americano, Gonzalo Zaldumbide, que los libros dan a luz libros; y un proloquio zapoteco que las palabras paren palabras, es decir, las promueven, dando a luz lo oculto; así las palabras ofensivas, a las que de modo más exacto se refiere la sentencia indígena. Esto me ocurrió a mí: de leer libros me nació la idea de escribirlos. A un libro, sobre todo, debo el único que de verdad he escrito. Sucedió que, allá por el año 25, cayó en mis manos *La tierra del faisán y del venado* de Antonio Médez Bolio, recién publicado en Buenos Aires, con una carta de Alfonso Reyes a manera de prólogo. Su lectura abrió ante mis ojos un mundo envuelto en tenues gasas nostálgicas, lejano, pero vivo, susceptible de reconstruir. Había allí dos elementos que me impulsaban: el tema indígena y las finas sugerencias de Reyes contenidas en las palabras iniciales. El tema era la reconstrucción de los mitos indígenas de Yucatán; lo otro, la prédica del prologuista, y su esperanza de ir descubriendo el alma nacional, contenida en parte en las tradiciones indígenas. Médez Bolio era un indio, si no por la sangre, sí por la emoción y el espíritu; hablaba la lengua de su región, la maya, y sin contradicciones ni querellas había logrado armonizar las dos culturas de su procedencia, reconciliar a sus dos abuelos, sin lo cual ningún mexicano lo es cabal. Un gran amor y un gran orgullo por el abuelo indio se adivinaba en sus páginas escritas en el más depurado español, pero pensado en indio, con raíz india. Una gran nostalgia, un leve eco doliente, latía en las páginas, escritas unciosamente. Y descubrí que algo de aquello tenía yo. También procedía de una ilustre cultura indígena, la zapoteca, y que también en mí se reunían dos sangres, dos culturas. Y quién sabe si yo no pudiera intentar un libro como *La tierra del faisán y del venado*, quién

sabe si yo no pudiera intentar un libro que ayudara a crear el alma nacional, sueño manifiesto en la carta de Alfonso Reyes. Y a partir de entonces fue todo mi empeño dominar la lengua española, todavía en falsa rienda. Todo lo que desde entonces leí, apuntaba a esa sola, lejana, dichosa meta: poseer la pluma que pusiera en lengua española los mitos y las leyendas, y las fábulas dispersas fragmentariamente en los pueblos zapotecas. Lo hice: pero todavía ahora, de cuando en cuando, me es dable reconstruir y volver a gozar del mundo que la lectura de *La tierra del faisán y del venado* me hizo vislumbrar. A la manera de Médez Bolio, yo tengo vuelta la fantasía hacia la tierra donde nací, ni más ni menos que la tiene hacia Cataluña Eugenio D'Ors, según ha dicho –quién ha de ser si no Alfonso Reyes. Antonio Médez Bolio, tras de recorrer el mundo ha vuelto a su tierra natal, donde viejo de años, de sabiduría y del dolor inseparable de la verdadera sabiduría, trabaja en la veta india; inagotable. Ahora que escribo estos renglones, quiero dejar testimonio de lo que *Los hombres que dispersó la danza* debe a su hermano mayor *La tierra del faisán y del venado*.

3 de febrero de 1952

Los puntos sobre las jotas

Casi todos los defectos, por no decir todos, de José Joaquín Fernández de Lizardi como escritor, le vienen de la premura con que siempre escribió, son hijos de su condición de periodista, entendiéndolo por periodista, el ejercicio diario, urgente, inaplazable del diarismo. Y en este trance no se encuentra solo. La historia de las letras mexicanas está plena de casos parecidos, a tal punto que pudiera decirse que es una modalidad del ejercicio literario entre nosotros. Pero no sólo puede ser común denominador de las letras hispanoamericanas. ¿Qué otra cosa si no un periodista –genial, es cierto– fue Domingo F. Sarmiento, quien sin embargo montó en cólera cuando Juan Bautista Alberdi se lo recordó? Muchos de los grandes escritores mexicanos del siglo pasado, y algunos de éste, no han sido otra cosa, en cuanto a esa premura, sino grandes periodistas, aunque comparta ese oficio con el de poetas, novelistas, dramaturgos, cuentistas. En las redacciones de los periódicos, en los cafés, en las mesas de oficina, han escrito sus mejores obras muchos de los escritores con cuyos lauros se engalana la literatura nacional. Así, sobre las rodillas, escri-

bieron sus cuentos, y poemas, y ensayos, Gutiérrez Nájera, Sierra, Altamirano, Urbina, Ángel de Campo, sobrenombre de “Micrós”.

No a todos, sin embargo, han afeado nuestros críticos los lunares que de trecho en trecho manchan sus creaciones. Los críticos, de algún modo hay que llamarlos, se ensañan con Fernández de Lizardi; él, solito, representa el blanco de todas las necedades que solemos llamar juicios; él, dechado de imperfecciones; él, espejo de escritores pedestres; modelo de ignorantes, él; cifra y suma de vulgaridades, el pobre “Pensador Mexicano”, sólo porque Don Fulano y Don Zutano y Don Mengano que, según dicen, son eruditos, y los eruditos lo saben todo, lo dijeron. Pero nada de eso ha sido verdad: Fernández de Lizardi ha sido más sabio y más escritor, y periodista, que todos sus despiadados detractores. Las citas latinas de sus obras, frecuentemente erradas, son erratas de imprenta, cuando no impericias de tipógrafos; situar en obras distintas las citas es algo que hay que atribuir exclusivamente a la urgencia con que escribió sus artículos, así como no tener bibliotecas a la mano. Y en esto, ahora que lo recuerdo, no está solo: Sarmiento citaba en francés a Shakespeare y en inglés a Juan Jacobo Rousseau, pongamos por ejemplo, aunque los nombres sean otros, que yo por estar lejos de mis libros, y por la misma urgencia, no pueda verificar; y ponía en el *Rey Lear*, textos que se encuentran en *Macbeth*, y en *La nueva Eloísa* lugares de *El contrato social*. Es justo que estas máculas se adviertan y se denuncien, pero parece en extremo riguroso pasar inadvertidas las circunstancias en que el Pensador cumplió sus afanes de escritor, indivisibles del ciudadano, y aún más injusto y extremo que esas faltas autoricen a nadie a ver faltas en todas partes. Pero no todo lo que aparece como falta, como ignorancia y descuido en Lizardi lo son en rigor. Con frecuencia, Lizardi, socarrón y malicioso, hace como que se equivoca para poder burlarse de rúbulas, cagatintas y críticos supuestos. No puede explicarse que llame Juan Santiago a Rousseau, sino por un alarde filológico, según el cual Santiago y Jacobo, vienen a ser un solo santo. Esto fue lo que usted no advirtió, querido Raúl Villaseñor.

10 de febrero de 1952

La niñez: isla de oro

Había en mi casa, cuando yo era niño, unos cuantos libros, todos de autores mexicanos. Unos, los de Manuel Payno y los de Juan A. Mateos, habían llegado por el lado de mi padre. Y dos, *Recuerdos y esperanzas*, y *La lira de la patria* de Juan de Dios Peza, por el lado de mi madre. Por una extraña casualidad, en estos libros se resumen las dos tendencias más constantes de aquel escritor constante y de aquel hombre desgraciado: el amor a la mujer y el amor a la Patria: el poeta sentimental y el poeta cívico en cabal conjunción. No recuerdo haberme interesado por los escritos de Payno y de Mateos, pero en cambio recuerdo casi la totalidad del contenido de los libros que habían sido lectura de mi madre. Y también que, en fiestas patrióticas de mi pueblo, oí recitar a Lázaro Pineda los *Recuerdos de un veterano*, una composición de cerca de cien cuartetas que todavía me conmueven y enardecen. Fue, pues, Juan de Dios Peza, quien me dio los primeros alimentos amorosos que ha menester un adolescente, y las primeras lecciones cívicas que tan honda huella dejan en la niñez. Las poesías sentimentales las he olvidado, y alguna vez, en un olvido de que no se debe pagar con burlas una deuda de alegría, me he atrevido a mofarme de ellas. En cambio, ni los años ni las lecturas han mermado en un ápice, sino por el contrario lo han acrecentado, el amor a la Patria, al himno, a la bandera, a los héroes que la lectura de *La lira de la patria* sembró en mi alma infantil. A Juan de Dios Peza debo eternecerme al paso de la bandera, exaltarme con las notas del himno, fortalecerme con el recuerdo de los héroes.

Ha sido moda, a partir de la reacción antiromántica, menospreciar a Juan de Dios Peza, poeta. Todavía en nuestros días, a pesar de que las escuelas literarias van y vienen, no falta crítico que se vuelva contra él para endilgarle un adjetivo despiadado, cuando lo que aconseja la fugacidad de las cosas es un piadoso perdón. Y puede que tengan razón; abundan en las obras poéticas de Juan de Dios Peza las lágrimas, las quejas y los suspiros, de verdad funestos para la niñez.

En cambio, las narraciones, las anécdotas, las síntesis biográficas que trazó al vuelo acerca de hombres y sucesos de nuestra historia, contienen una enseñanza permanente y son entretenidas, al paso que instructivas; así por ejemplo aquellas que Amado Nervo seleccionó para sus *Lecturas literarias*, inolvidables para quien tenga la fortuna de leerlas cuando niño. Por lo demás, Juan de Dios Peza era un prosista discreto, sin que por eso careciera de recursos y alardes

de estilo, siempre que su tendencia pedagógica lo requiriera. Como versificador era un maestro, si serlo es expresarse con soltura, sin apuraciones, lo mismo si se evitan las licencias que si se recurre a ellas de modo natural y fácil. Una memoria feliz, le permitía evocar recuerdos con que luego confeccionaba páginas llenas de temblor y colorido, con una delectación que se podría decir que al hacerlo, el poeta reconstruía las dichosas horas de su niñez y juventud, tan diversas a las de su madurez, amargas y dolientes. Engañado por la vida y por los hombres, Juan de Dios Peza se volvió a esa pequeña isla de oro que es la niñez, y rescató para los niños y para los jóvenes, lo que de más embriagador y dulce vieron sus ojos recién abiertos a la vida. Y de ahí viene, creo yo, el encanto y el fervor, así como la belleza y la doctrina que contienen sus libros de prosa en que desentierran memorias, reliquias y recuerdos.

Y ahora que se cumplen cien años de su nacimiento quise, al igual que otros, dedicarle este recuerdo, aunque siempre quedará en deuda mi gratitud.

17 de febrero de 1952

Los sabios también yerran

Don Joaquín García Icazbalceta, maestro de toda erudición mexicana, y don Marcelino Menéndez y Pelayo, maestro de toda erudición española, son dos nombres inseparables del estudio de nuestra literatura virreinal. Lo que estas dos autoridades dijeron ha sido norma casi constante para juzgarla. Y con razón: eran tan sabio, tan enterados, tan extremo eruditos que parece imposible que no tuvieran razón. Sus opiniones son como macizas murallas; nadie se atreve a controvertirlas, o siquiera discutir las, si no quiere que se le acuse de herejía. Más aún. Sus juicios son últimas palabras que favorecen la pereza de los que vienen después: con sólo glosarlas o repetirlas entre comillas, se sale airoosamente del paso, sin contar que a veces llegan a ser tan familiares que se convierten en tradición oral, de donde las toman sin verificarlas. Otra cosa no han hecho durante muchos años, entre otros, los autores de las dos más vulgarizadas historias de la Literatura Mexicana con respecto al *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra y Guzmán, acerca del cual siguen vigentes, después de cerca de un siglo, los juicios de García Icazbalceta. Ni Carlos González Peña, ni Julio Jiménez Rueda, se han atre-

vido por la abigarrada selva de las octavas reales en que está fraguado aquel canto, conformándose uno, don Carlos, con darnos su número exacto, y el otro, don Julio, con transcribir lugares del estudio de don Joaquín que para colmo no se encuentran textuales, aunque se den así. González Peña va más lejos pues asegura –parece que excepto García Icazbalceta– que William H. Prescott, George Ticknor, Francisco Javier Clavijero “ni nadie haya leído los miles de octavas de esta venerable pieza de nuestra arqueología literaria”. Y tiene razón si se refiere a algunos de los que hasta ahora han escrito sobre el poeta, a contar de don Joaquín.

A semejanza de Jiménez Rueda, el autor de *La fuga de la quimera* reproduce como tomadas de Icazbalceta palabras que no lo son, y luego, ya por su propia cuenta arriesga juicios de verdad temerarios, tal ése según el cual Saavedra Guzmán “era nada poeta”. Y tras de recobrar alientos, informa de algo sabido hasta el cansancio: que se consagró –aunque no lo parece, agrega socarrón– a las bellas letras, especialmente a la poesía y a la historia. No dice que Saavedra haya escrito el libro, sino que “infligió a las musas el martirio de componerlo”. Sorprende a González Peña que dados los elementos que constituyen el poema –mitológicos, fabulosos, amores indígenas– y su factura, haya habido discrepancia en cuanto al fallo, cerradamente condenatorio de tal libro. Para no ser menos, Jiménez Rueda considera innecesaria la repetición o glosa de lo dicho por García Icazbalceta, y se conforma con repetir de la tradición oral uno solo: “el poema de Saavedra Guzmán apenas si merece el nombre de tal”. Pero dice por su cuenta, deduciéndolo del prólogo a la edición mexicana de 1880 que *El peregrino indiano* es un poema prosaico, cansado, desaliñado y torpe, excediendo de ese modo su fuente de inspiración y de información pues García Icazbalceta consideraba que a vuelta de mucho malo no falta en el poema algo bueno para el estudio de nuestra historia.

El juicio de Icazbalceta, opina Antonio Castro Leal, es en general exacto; pero ya será tiempo de afinarlo. Y así es. Sólo hace falta atreverse por la sonora selva de las octavas reales de *El peregrino indiano*, prontos y alertas los ojos, vigilante la inteligencia, despojado de prejuicios, para destacar de la aventura, las flores que adornan el penoso recorrido. Y entonces se verá, entre otras cosas, que Saavedra no era el pésimo versificador que nos presentan, sino que, sin ser un maestro, sabía su oficio y se auxiliaba con mañas, y algo que se puede señalar como una circunstancia valiosa para estudiar los orígenes de nuestra literatura y de nuestra nacionalidad: y es que, a semejanza de Alonso de Ercilla, el poeta

veía con viva simpatía el mundo que destruyeron los españoles. Y, ¿no será esa simpatía la que vino a reducir el juicio de Icazbalceta? Pero éste es asunto que debe confiarse a la pericia y maestría de Castro Leal.

24 de febrero de 1952

La literatura y la Revolución

Ya es una verdad común y corriente que toda transformación económica y social redunde en las manifestaciones de la cultura.

La Revolución Mexicana que se ha planteado como fundamentales objetivos la resolución de los problemas de la propiedad territorial, de la independencia del país y del establecimiento de un régimen político democrático, aspira también al desarrollo de un arte y una literatura propios, en consonancia con la realidad inmediata.

Sin embargo, haciendo una búsqueda escrupulosa, no se encuentra cuál pueda ser esta literatura de la Revolución Mexicana. ¿Los planes de alzamiento, los manifiestos, las proclamas y los manifiestos? Todo eso no puede formar parte de lo que, desde un punto de vista estético, se llama literatura. ¿La multitud de narraciones, cuentos, y anécdotas que pululan en las páginas de periódicos y revistas? Esto es apenas material disperso, esbozo, brote intrascendente. ¿Las novelas de Mariano Azuela? ¿Los magníficos trabajos de Martín Luis Guzmán? ¿Los relatos de Gregorio López y Fuentes? Pese a todo el interés que reúnen las obras de estos autores, ellas no pueden considerarse justamente como de sentido revolucionario. Porque una cosa es describir una realidad, un hecho histórico, y muy otra interpretar su exacto significado, su dirección, su valor social y humano.

Hasta ahora casi todos los escritores mexicanos que se han ocupado de la Revolución Mexicana, no han hecho otra cosa que referir o pintar, a ratos, con gran acierto literario, lo que vieron, lo que vivieron, o lo que les dijeron que había pasado. Y claro que esto no es negar su intrínseco mérito literario, sino solamente situarlos en relación con el tema: Revolución y Literatura.

Anteriormente a la Revolución han existido en México magníficos escritores, aptos en reflejar en sus obras la vida social del país, las costumbres, los personajes típicos. Podemos citar muchos: *Facundo*, Manuel Payno, Vicente

Riva Palacio, inclusive Luis González Obregón. Posteriormente, de modo notable, Ángel de Campo, “Micrós”. Y si se analiza con alguna claridad, se verá que los llamados escritores de la Revolución Mexicana sólo han cumplido, observándola y describiéndola, una tarea de cronistas y costumbristas, muy semejante a la de aquéllos. La diferencia consiste en que aquéllos tomaron para sustento de su obra otros tiempos.

Apenas en algunos de los libros que miran a la Revolución Mexicana se advierte en ciertos instantes una pregunta, una interrogación ante lo que aparece como un complejo inextricable. Y la pregunta queda sin respuesta.

La Revolución Mexicana es un proceso vivo en el que participan fuerzas diversas y aun disímiles; entran en ella, explosivamente, muchas de las sustancias no muy diáfanas que se desprenden del suelo de México, de la conciencia y la subconsciencia de su pueblo. Y de su dinámica surgen repetidamente signos opuestos, desconcertantes. Los hasta ahora escritores de la Revolución no saben cómo explicar y explicarse esto. De ahí que muchas veces la más íntima sensación de sus trabajos no sea sino un escepticismo superficial y pequeño, y que, después haber captado tan certeramente la “plástica” de la Revolución, se vuelven irreflexivamente contra el “espíritu” de la Revolución. Este pudo ser, acaso, el itinerario de Mariano Azuela.

Una nueva literatura se gesta cuando, a la par que el propio pueblo revolucionario esclarece la conciencia de sus objetivos, una promoción de escritores madura acorde con ese desenvolvimiento, y ya no reconoce como suya la literatura de la Revolución en su etapa de violencia. Será una literatura del México que la Revolución construye y que se dirige resueltamente a planos superiores de su desenvolvimiento.

¿No hay una riquísima veta para la creación más noble en la vida y la esperanza actuales del pueblo mexicano?

4 de marzo de 1952

Encantos del apócrifo

Don Carlos Pereyra ha recordado en uno de sus últimos libros *Quimeras y verdades de la historia* una de las tantas supercherías que registra la Literatura Mexicana. Lo hace Pereyra al aludir al ignoto autor, sólo comparable con Ro-

gaciano Carrillo, de la carta que Juárez dirige desde Monterrey a Maximiliano en contestación a una misiva que el llamado Emperador de México, escribió al gran patricio. Aunque al año siguiente de su publicación, en 1865, Matías Romero negó su autenticidad, ésta había ya caído en el dominio público. En ella se fundó Alejo Morales para pedir al Senado de Colombia que el gran indio fuera declarado Benemérito de las Américas. Basta por sí solo ese documento, vino a decir Morales, para cubrir de gloria a su autor y hacer inmortal su nombre. Y no obstante que en cierto modo venía a reducir aquel dictado, Romero denunció la superchería. Sin embargo, la Carta ha venido reproduciéndose por escritores doctos y eminentes desde el padre Agustín Rivera que la consignó en *Anales Mexicanos. La Reforma y el Imperio* hasta nuestros días, pasando por las *Lecturas literarias* de Amado Nervo.

Por entonación altiva, pero cortés, sencilla, pero enérgica, y sobre todo por la unciosa devoción a la Patria que trasciende sus renglones, parece un documento juarista. “Pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la historia. Ella nos juzgará.” Hace decir el anónimo autor a don Benito Juárez al final de la Carta, que hombres doctos y eruditos siguen considerando un documento histórico. Prosperan estos apócrifos por la habilidad de mezclar lo real y lo ficticio: lo real, la imitación del estilo que hemos dado en llamar juarista; escueto y duro, como de piedra; blando y suave, como de agua y cielo.

Tres años más tarde, en 1867, aquella misma mano pudo trazar el famoso *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales ejecutados en Querétaro*, en que Juárez razona el fusilamiento de Maximiliano, tachado de apócrifo, aunque también defendido como auténtico. El documento se inicia con una invocación a la providencia, tan frecuente en los hombres de la Reforma, enemigos del clero, mas no de Dios ni de los sentimientos religiosos. En cambio, consigna en más de un lugar apreciaciones ajenas a la mentalidad de Benito Juárez, así como estar escrito en un estilo que no es el habitual de sus discursos, proclamas, cartas y manifiestos. En 1905, don Ángel Pola lo consignó en uno de los tomos de las obras de Juárez que editó, prologó y enriqueció con muchas notas, teniendo presente que personas discretas lo consideran auténtico, pero advirtiéndole que ni en el fondo ni en la forma del escrito hay tilde del Benemérito. El general Refugio I. González, consumado espiritista y jefe del círculo menos chocarrero —¿es esto posible?— que hubo en México, sostuvo que el Manifiesto fue escrito por un *médium* a quien se le puso en

la cabeza que el espíritu de Juárez, espíritu superior, en tanto dormía, se lo había dictado.

El alma humana está siempre dispuesta a aceptar estas supercherías, si ellas acrecientan la gloria y la fama de hombres que sin dejar de ser históricos, son un poco mitológicos. Y Benito Juárez era una de esas entidades.

11 de marzo de 1952

Juicios y prejuicios

En su libro *La vida literaria de México*, sorprendente de atisbos y sagaces reflexiones sobre nuestras letras, Luis G. Urbina pasa como sobre ascuas por el capítulo de la literatura indígena anterior a la Conquista. Y aunque ya en otra ocasión he aludido a esta tacha del famoso ensayo, vuelvo hoy al tema para indagar por qué dudaba el gran poeta de la existencia de una poesía lírica, subjetiva, individual, en el mundo precortesiano, si bien reconocía la existencia de las formas colectivas: el himno religioso y el cantar épico. Extraña, en realidad, la duda de Urbina, sobre todo si se recuerda que antes de formularla nos regala con un encendido elogio de algunos aspectos de la cultura de los indios, que habían observado los astros, habían hecho la división del tiempo, habían construido monumentos de solemne grandeza, habían modelado a golpe de obsidiana relieves exquisitos, esculturas extraordinariamente elocuentes de hombres y dioses; habían hecho primores cerámicos en sus vasos de arcilla, de pórfido y de jade; que aprovecharon las plumas de sus aves, las pieles de sus fieras, y el oro de sus ríos para las artes suntuarias; que empezaron ya, en sus pintorescos códices, a vislumbrar la escritura fonética. Y al llegar aquí, interrumpe el elogio, y pregunta: ¿pero habían alcanzado la suprema cultura de la poesía lírica, subjetiva, individual, que es la confesión y la revelación de un alma frente al espectáculo del Universo?

Parece dudoso, a primera vista, que pudiera existir poesía lírica entre los antiguos mexicanos, todavía en el periodo colectivo de su civilización. Yo comparto la opinión de que las formas artísticas de los pueblos pobladores del Anáhuac eran triviales. Y esto explicaría la carencia, o mejor dicho, el exiguo acervo de poesía lírica y erótica, pero indudablemente estaban en trance de producirla como manifestación permanente, y algunas muestras nos dejaron,

como lo señala el mismo Urbina, al decir que tal vez alguna breve galantería, alguna suave queja erótica, pequeñas como un *Uta* japonés, se hayan deslizado de boca en boca hasta los exuberantes poetas coloniales que los transformaron en silvas petrarquistas y odas españolas.

La duda de Urbina alcanza su límite cuando califica la vida y la obra de Nezahualcóyotl de verdadera superchería. Un hombre de su época, de su raza, y de su tiempo, dice, indudablemente soñador, porque de sus sueños parece que quedan vestigios en sus comarcas de Tezcoco, pero cruel, feroz, impregnado hasta la médula de sus creencias idolátricas, de sus profundas teogonías, no era posible que se imaginase a un Dios único misericordioso y tranquilo.

¿Qué ocurrió con Urbina que tan excelentes muestras de buen juicio nos da a lo largo de *La vida literaria de México*? Creo haberlo averiguado: no pudo sobreponerse a los juicios, o prejuicios, de dos de sus maestros, Marcelino Menéndez y Pelayo y Joaquín García Icazbalceta, que de un modo tan cerrado negaron a los indios la luz necesaria para apresar en las ondas de la vida, las sílabas de lo eterno y de lo misterioso.

Aceptar que Nezahualcóyotl había previsto al Dios único, había cantado la fugacidad de la vida y la eternidad del bien, era relevarlo de su condición feroz, cruel, idolátrica; era acercarlo a los poetas del Cristianismo, lo cual equivalía a un verdadero sacrilegio. Pero, además, era reducir el monto del bien que se hizo a los indios al regalarles la religión cristiana, justificación en gran parte de la esclavitud a que redujeron los conquistadores a los naturales.

18 de marzo de 1952

El canto del cisne

Hace muchos años, recién llegado a México, cayó en mis manos el primer libro de Enrique González Martínez, *Los senderos ocultos*. Era un ejemplar que el gran poeta Salomón de la Selva había regalado al gran pintor Manuel Rodríguez Lozano, con una dedicatoria que aludía a la condición genial del gran poeta muerto apenas ayer.

Yo venía del pueblo, casi del monte. Si algo había leído en verso eran las composiciones contenidas en los libros de lectura escolar. Si algo había oído y sabía de poesía era la poesía popular dispersa oralmente en los pueblos de

México. Gran poesía ésta, sin duda, pero de sonido diverso al que ahora encontraba en el libro de González Martínez. No hay para qué decirlo; no todos aquellos renglones pudieron ser penetrados sin el dominio del español y sin el hábito de la lectura que tanto ayuda en estos menesteres. Pero esa desventaja ha sido después de gran provecho; careciendo del idioma español, memoricé la casi totalidad del libro. Y cuando supe entender su contenido lo gocé en plenitud. Otros libros podrán ser más cabales, representarán mejor a González Martínez, pero ninguno pudo significar más para mí que *Los senderos ocultos*, por la razón que acabo de apuntar.

Cuando hace un año dije unas palabras en la cena organizada en su honor, y aludí a la deuda que con don Enrique tenía contraída, por haberme guiado en los primeros pasos en la dolorosa comprensión de la cultura occidental, a eso quise aludir.

Al correr de los años supe otras cosas de la vida y de la obra de González Martínez. Entonces le perdí un poco la admiración, por un grave error político de su vida. Porque yo no pude nunca separar al hombre de su obra.

Pero muchos años antes de su dolorosa confesión, de su contrición de cuarenta años para borrar unos minutos de ofuscación, lo había yo perdonado y devuelto la admiración tanto al artista como al hombre.

Un día, leyendo el *Fausto* de Goethe, una afirmación detuvo la lectura y quedó bailando ante mis ojos, se deslizó muy honda en mi conciencia, me forzó a buscarle aplicación. El hombre yerra mientras tiene aspiraciones, decía el maestro alemán. Y mientras camina para realizarlas, suele equivocarse el camino, me dije. Y pensé en todos los equivocados que yo conocía para redimirlos con aquella reflexión, pero sólo a don Enrique puede aplicarla, por una recóndita necesidad de igualarlo a la imagen que su primer libro había levantado ante mis ojos.

Esta es una de las grandezas de González Martínez: la hombría de confesar un error y una larga agonía para redimirse, cuando otros, grandes por la inteligencia mas no por el corazón, no lograron jamás sobreponerse a sus yerros y dedicaron lo que les quedaba de vida para probar que estaban en lo justo y que los otros eran los equivocados. Carlos Pereyra, uno de ellos. A contar de ese momento, su vida y su poesía, invadidas de luz y nobles sentimientos, se acompasan a toda causa en que el hombre, el de aquí y el de todas partes, esté de por medio. En Argentina, en Chile y en España, al paso que daba el pulso de nuestro pueblo, tomaba el pulso ajeno y los ponía al unísono.

Todas las grandes causas tuvieron en él un fervoroso soldado, la última, la causa de la Paz que otros rehúyen. En *La apacible locura* escrita en vísperas de su muerte, hay más un lugar en que el poeta manifiesta que nada son nuestros pequeños peligros personales comparados con aquellos a que se expone la Humanidad con las guerras. Y que hasta el último instante de su vida sería pacifista. Y así fue. Sus últimas palabras, ésas que por contener la muerte son la verdad en números redondos, fueron una condenación del imperialismo norteamericano, al que sin duda acusaba de provocar una nueva guerra.

25 de marzo de 1952

Entre la flor y el fruto

Después de cerca de diez años de haberse publicado, la Universidad Nacional de México acaba de hacer la segunda edición de *El arte precolombino de México y de la América Central* de Salvador Toscano, muerto ahora tres años. Excepto un “Apéndice” sobre la cultura de Bonampak, una “Advertencia” de José Rojas Garcidueñas, así como levísimas variantes, la presente edición es una reproducción fiel del trabajo sólido de las manos y la amorosa frente de Toscano. Con ser éste un libro maduro, no es todavía lo que su autor se proponía, ni de lo que era capaz de producir una inteligencia tan alerta y una vocación tan bien equilibrada. Toscano estudiaba constantemente, investigaba y meditaba sin cesar sobre los temas de su especialidad, y alguna vez hubiera podido llevar su obra a la perfección que sus estudios hacían esperar. Eso fue lo que quise decir cuando afirmé que Salvador Toscano había muerto en el trance tembloroso que hay entre la flor y el fruto. Bella es la flor, representa un minuto de belleza y de perfección, pero lo es más el fruto: alba del árbol y de la flor. Muchas excelencias se reúnen en este libro. Una, primerísima, es haber superado los prejuicios que hasta su tiempo, salvo contadas excepciones, privaban en torno de las artes precortesianas. Y aunque Toscano no aspiraba a un retorno al arte del pasado, lo estudió con entusiasmo y devoción porque, según dijo, toda vida espiritual requiere recuerdos y pretende reconocer las raíces que han de informar su porvenir. Otra, no menos importante, es haber recorrido todas las teorías estéticas y hacer de ellas una apretada síntesis para aplicarla al estudio de las artes precolombinas de México y de la América Central.

El autor se proponía una revisión total de su obra, evidente en las notas marginales y en las tarjetas que se encontraron en su ejemplar personal, pero que no pudieron ser aprovechadas en esta segunda edición porque, como dice Rojas Garcidueñas, nada estaba redactado en definitiva y ni siquiera en borrador, sino que eran meros apuntes de trabajo y referencias bibliográficas, todo tan esquemático y personal que resultaba indescifrable e imposible de ser aprovechado.

Toscano, asimismo, continuó investigando, persistió en las visitas personales a las distintas regiones arqueológicas de México y de Centroamérica, registró los hallazgos y los nuevos descubrimientos en torno al tema de su vida, todo ello encaminado a la depuración del material de la que pudiera llamarse primera redacción del *El arte precolombino de México y de la América Central*. En una recreación de su obra, quizá nos diera una teoría del arte indígena como remate de una preocupación que lo mantuvo en vigilia desde que, para redactar una tesis profesional acerca del “Derecho y organización social de los aztecas”, se asomó un momento al mundo distante, pero cercano, oscuro, pero luminoso del mundo precolombino.

Otros trabajos redactó Toscano que, debidamente estudiados y seleccionados, pudieran formar un pequeño volumen que, si bien en nada acrecentaría su fama, sí sería útil para el estudio de las artes de México y pondría una nueva flor a su guirnalda.

6 de abril de 1952

Preludios de Posada

Dentro de unos días hará un año que anduve por Aguascalientes y Zacatecas, en un breve viaje tan placentero que sus incidentes se tiñen ya de esa añoranza y esa melancolía que cubre las cosas lejanas. No era la primera vez que visitaba esos lugares. Hace veinte años me asomé por aquellas tierras, sólo de nombre conocidas; por eco de sus canciones; la voz de sus poetas, la fama de sus ferias, el bronco retumbo de los triunfos revolucionarios que hasta mi tierra llevó el viento. Pero aquella primera imagen la diluyeron los años, se esfumó en el horizonte, igual que se esfuman esas nubes que la imaginación y la fantasía se empeñan en dar contornos caprichosos. Fue necesario aquel retorno

para recrearla, para precisar sus perfiles, decantarla y gozar de sus entrañas verdaderas.

Yo no estaba invitado a la Feria de San Marcos, pero a bordo del tren encontré a no pocos amigos, artistas y viajeros que iban a Aguascalientes imantados por los encantos de una Feria, famosa en los anales de las fiestas populares mexicanas. Y aunque el término de mi viaje era Zacatecas, y mi fin atender una invitación de don José Minero Roque, me abandoné a la posibilidad de pasarme unas horas en la tierra de Manuel M. Ponce y de Alfonso Esparza Oteo. Acabó de decidirme la presencia de Antonio Acevedo Escobedo que, fiel a su palabra, me esperaba en la estación del ferrocarril, a pesar de las horas de retraso, luminosa la mirada y el ademán cordial. Así fue como me detuve en Aguascalientes.

Ya en otra ocasión narraré el viaje a Zacatecas. Ahora sólo quiero contar a los lectores de esta *Alacena* algunos de los sucesos de aquella brevísima estancia en Aguascalientes. Acevedo Escobedo, por sí y por indicaciones de Edmundo Games Orozco, me dio posesión de su ambiente, plazas, jardines, iglesias, mercados y todo aquello en que late su alma. Me presentó también con los escritores y artistas que laboriosamente con un tesón que merece medallas, labra la fábula y la historia de aquella ciudad inolvidable para quien la vio una vez. Uno de esos escritores fue Francisco Antúnez, ilustre no sólo por la calidad de sus trabajos, sino porque escribe a espaldas de su tarea cotidianas, y a quien sólo por referencia conocía. Algo debió saber de mí, puesto que al instante nos tratamos como si fuéramos conocidos y amigos de siempre. Antúnez puso en mis manos su pequeña monografía sobre *Los alacranes en el folklore de Durango*, un parvo opúsculo, pero que muestra sus dones de prosador y de investigador. Los alacranes, de cuya stirpe no falta quien crea que yo participo, y que referido al animismo de los indios pudiera ser mi tótem, tabú, nahual o *guenda*; pero que, claro, se equivocan... Y pensé que aquel obsequio, así de inmediato, pudo ser sugerido por esa falsa fama.

No he dicho hasta ahora una palabra de aquella Monografía. Pero quiero decir dos palabras de un trabajo suyo sobre el grabador José Guadalupe Posada, publicado en Aguascalientes hace dos meses.

Antúnez, con una paciencia inseparable de este tipo de hombres que la Provincia suele dar, reunió 124 trabajos de Posada a partir de sus inicios en el campo de la litografía, indispensables para medir y comprender la hondura de una vocación y la serie de estaciones por las que aquel artista pasó hasta

su asombrosa realización. No sólo: Francisco Antúnez enriquece las *Primicias litográficas del grabador J. Guadalupe Posada* con un estudio que viene a ser una historia de la litografía mexicana durante las últimas décadas del siglo pasado; pero sobre todo en él se denuncia la devoción del autor por el artista cuyos pasos precisa y sigue desde aquella hora temprana en que sale de su pueblo y en una ascensión, a la vez física y espiritual, llega a la ciudad de México a cumplir con una obra asombrosa por su volumen, por su mensaje, por la fuerza soberana que supone darle cima en un ambiente adverso.

13 de abril de 1952

La llama fría

Elías Nandino acaba de darme la noticia: el domingo nueve de este mes murió en un hospital de Filadelfia el poeta Gilberto Owen. Muy tristes debieron ser las circunstancias finales de su vida, muy abandonado debió estar para que sus amigos más próximos se enteraran tarde del doloroso suceso. Era Owen un pequeño empleado del consulado mexicano en la lejana ciudad en que ahora reposa. Y como no era hombre ruidoso, sino callado y humilde, sus jefes no lo advirtieron y apenas si se enteraron de su muerte.

Como no es ésta la ocasión para intentar un examen de su obra, ni en todo caso me toca hacerlo, quiero contar cómo y cuándo lo conocí. Era el año de 1928, en los días en que Antonieta Rivas Mercado ponía su ardorosa empeño, su luminosa pasión y sus recursos todos en la organización de la Orquesta Sinfónica Mexicana, al tiempo que promovía una renovación del teatro en México, a través del Teatro de Ulises, situado en la calle de Mesones. Allí cayó una noche Gilberto Owen acompañado de Xavier Villaurrutia y de Ignacio Aguirre, pintor que entonces hacía sus primeras armas artísticas. Muy joven, muy pálido, muy alto, y entregado por entero a gozar de la vida, a leer y a escribir.

Los poetas que formaron el grupo de Contemporáneos, unánimemente proclamaban su genio literario, hasta tal grado que la *Antología de la poesía mexicana moderna*, publicada en aquellos días por Jorge Cuesta, lo incluye con unas prosas, en verdad extrañas en un florilegio destinado a reunir la producción en verso de un grupo de poetas. No trato, por supuesto, de censurar la inclusión de Owen en la *Antología*..., sino simplemente de ponderar la gran ad-

miración que los componentes de aquel grupo sentían por la obra de Gilberto, benjamín de la familia.

No fueron esas prosas las primeras producciones que conocí suyas. Cuatro o cinco años antes, *El Universal Ilustrado* publicó una novela corta titulada *La llama fría*, testigo de su procedencia literaria, anuncio de sus dones de escritor y de un temprano señorío en el procedimiento. Anunció, y hasta llegó a leernos algunas piezas de un pequeño libro de poemas en prosa al que pensaba titular *Línea*, diversa en su factura y en sus influencias de su primera producción, y que culminan en la *Novela como nube*, aparecida poco tiempo después.

Siempre escribió poesía, pero sólo de tarde en tarde, regalaba a sus amigos en las columnas de las revistas literarias las muestras de su estro poético. Genaro Estrada, hombre de letras y protector de las letras, nombró a Gilberto Owen, Agregado Cultural en nuestra Embajada del Perú primero y después en Colombia, donde publicó *Simbad, el varado*, y también, según creo, *Perseo vencido*. Según creo, porque no tengo manera de localizarlo en esta manigua que es mi biblioteca. Después, sólo ocasionalmente encontré poemas suyos en las revistas de Hispanoamérica, entre otras, en *El Hijo Pródigo*, publicada en México, merced a los entusiasmos de Octavio G. Barreda.

Es posible que algunos de sus amigos tenga poesías inéditas de Owen. Yo he oído decir que Natalicio González compró hace unos domingos en La Lagunilla, perdido entre los libros viejos, una copia mecanográfica de sus poesías, las publicadas y las inéditas. Ojalá que alguno de sus amigos, Elías Nandino, acaso, reúna su obra poética, la estudie y la dé a conocer a los lectores mexicanos.

Ahora que ha muerto y que su nombre va a comenzar a depurarse al paso que se irá depurando su poesía, está bueno decir que Gilberto Owen vivió, agonizó y murió como poeta. Y que si bien esto no roza la piel de su creación, sí nos lo recuerda fiel a su vocación, asido a ella igual que a una llama que le quemara las manos hasta que la muerte, más misericordiosa que la vida, le cerró los ojos.

20 de abril de 1952

Lunares en la estatua

Prometimos en una *Alacena* pasada, un resumen de las opiniones de Victoria-no Salado Álvarez sobre *Facundo*, nombre de pluma de José Tomás de Cuéllar,

otro de los escritores mexicanos de quien una clase de críticos no puede hablar sin cargarlo de adjetivos denigrantes, peyorativos, tendientes a reducir su fama y su gloria. En lo que hacen muy bien, desde su punto de vista. Otra cosa sería la falta de sinceridad de ellos, olvido de sus prejuicios, renuncia de sus puntos de vista políticos, origen de sus opiniones literarias. Cuéllar es de la misma familia de José Joaquín Fernández de Lizardi, de fray Servando Teresa de Mier, de Carlos María de Bustamante, de Juan Bautista Morales, de Ángel de Campo, aunque éste acentúe más su parentesco en el oficio, razón por la cual los críticos que hemos aludido lo tratan con mesura y hasta con elogio. Y esto nos prueba de paso que no es el oficio literario lo que suscita las iras de nuestros historiadores literarios, sino la intención, la savia y la sustancia que impregna sus páginas. Todo el desdén por fray Servando, por el Pensador, por Bustamante, por “El Gallo Pitagórico”, por “Fidel”, no nace de su estilo literario, bronco, desaliñado, antigramatical, sino por lo que en sus páginas defienden y proclaman. Para probarlo, basta recordar que a escritores de tendencia contraria, sin estilo literario, aunque con muy buena gramática, los colman de elogios. Porque no creo que nadie tomara como estilo literario el uso de voces añejas, aunque castizas, ni el uso de giros que, siendo buenos en la pluma de Cervantes, ya no lo son ahora, y representan en quien los usa un signo de estancamiento de nostalgia del siglo pasado; en una palabra, representan una manera de ser antigua, salvaje, literariamente hablando. Porque, díganme, ¿puede haber algo moderno, actual y vivo en la pluma de un escritor que así escriba? Parece claro que no. Escritor sumiso a las formas literarias del pasado, preso en las redes de las palabras viejas, caducas, es desde el punto de vista de las ideas, un hombre atrasado, un pensador inactual. A tal grado esto es evidente, que se pudiera postular que a escritor arcaico corresponde siempre pensador retrógrado. Esos nombres que le vienen ahora a la mente, lector, son los ejemplos, maguer gocen de la fama, escriban en la página editorial de un gran periódico, impartan cátedras y sean muy leídos.

La tendencia mexicana de las obras de Cuéllar, más que el oficio literario, tan próximo al de sus familiares en las letras, origina en Salado Álvarez el ánimo desdeñoso, despectivo con que juzga a *Facundo*, un hombre y un escritor que en la noche de la historia de nuestras letras, de hace cerca de un siglo, buscó con una linterna pequeña, pero con luz propia, los caminos de México sin cuidarse de las palabras con que balbució las aventuras del viaje. Y como en la obra de José Tomás de Cuéllar palpita un México que brega por

caracterizarse, por mostrar su rostro personal, distinto de sus progenitores, aunque conteniéndolos, los partidarios del pasado, amantes como los que más de su patria, se vuelven contra él, gran amante de su patria también, pero de distinto modo, para afearle la hechura de su obra, la incorrección estilística, los personajes y los temas. Esto y no otra cosa mueve la pluma de Salado Álvarez y la de todos los que comparten sus opiniones políticas, que no literarias.

Situándolos junto a “Micrós”, dice don Victoriano, hay distancia entre los personajes groseramente charros de Cuéllar y los exquisitos y refinados de Campo. Y que no consistía la diferencia de los personajes en la clase social en que se les colocaba, sino en la manera de presentarlos. *Baile y cochino* y *Los mariditos* son de un arte inferior, primitivo y cursi, en tanto que *La rumba* es una linda muestra de lo que da de sí la vida mexicana cuando la toca un verdadero artista como “Micrós”. Ciertamente, Ángel de Campo ha sido uno de los escritores más delicados, tiernos y dolientes de nuestra literatura, pero en cuanto al quehacer y a la tendencia, era de la misma clase que *Facundo*, sólo que menos encendido y más correcto de dicción.

27 de abril de 1952

Temprano tránsito

Silencioso, como atento a su propia voz, como agobiado por un gran presentimiento, encontré a Alberto Quintero Álvarez, apenas unos días antes de su muerte, ocurrida a mediados de agosto de 1944. Un rato estuvimos platicando de literatura, naturalmente; de nuestros amigos, naturalmente. Andaba como ido; su palabra parecía venir de muy lejos, hasta el grado de no ser sino un eco. Como quien va a morir, sólo habló de cosas pasadas, de cosas lejanas, de amigos ausentes; de *Taller*, la revista poética que planeó y publicó con sus amigos y compañeros de promoción literaria: Efraín Huerta, Octavio Paz, Rafael Solana; de su primer libro; de Pablo Neruda, de quien fue amigo y a quien lo unía una recíproca admiración.

Yo lo sabía enfermo, herido de muerte, pero nunca me hubiera ocurrido pensar que muriera así, de repente, a la vuelta de un día. Yo lo sabía habitado, más que cualquiera de nosotros, por la muerte, por aquella muerte que todos

guardamos sacramento en el pecho, igual que el cáliz la hostia; pero no quise pensar que lo matara a mansalva. Tal vez por eso su muerte me produjo un verdadero desgarramiento. Me hizo pensar en otras muertes, en la de Silvestre Revueltas, y algo verdaderamente aterrador, en mi propia muerte. Hasta la de Revueltas, todas las muertes me fueron ajenas; lograban, sí, impresionarme, abatirme un instante, pero nada más. Inclusive, de oír llorar a deudos juchitecos había llorado en cien entierros, enternecido por los textos con que glosan sus lágrimas; pero nada más. La muerte de Quintero Álvarez vino a complicar mi emoción de la muerte. Ya dije que me hizo pensar en que pudiera yo morir así. Es decir, hasta que él no muere, todos podían morir, menos yo. Sólo la muerte me hacía pensar en la muerte. De entonces la pienso por ella misma: ha adquirido una cotidianidad que no tenía. Y si bien es cierto que no la temo, así la encontrara en la calle, quisiera yo esquivar su golpe.

Apareció Quintero Álvarez en las letras mexicanas allá por el año de 1936, con su primer libro de poemas, *Saludo de alba*, cuando yo andaba lejos de aquí. Cuando regresé al finalizar el año 38, fue el suyo uno de los más placenteros encuentros; el otro fue el de Huerta. Preparaba con sus compañeros la publicación de *Taller* en forma de revista. Eso me hizo tratarlo y procurar su libro que leí cuidadosamente, así como al morir Alberto, releí el otro de nítida factura, personal, de adelantada madurez, como parece corresponder a quien va a morir de muerte anticipada. Tal si hubiera una correlatividad entre la efímera vida y la obra, el árbol que fue Quintero Álvarez se empeñó en dar frutos maduros, de redonda perfección.

Su poesía, de tono menor, recatada, íntima, viene a ser el comentario de sus minutos de agonía; una glosa a su herido tránsito. El tiempo lo hubiera llevado a acentuar sus dones poéticos, pero todos estaban apuntados desde su primer poema. Era su trasunto, su dibujo, su puntual imagen. Vino a la poesía con la misma discreción con que se fue de entre nosotros. Dos libros apenas —*Saludo de alba* y *Nuevos Cantares*— pero suficientes para que su nombre se quede en las letras patrias, como en nosotros su recuerdo.

4 de mayo de 1952

La relación breve y verdadera de Alonso Ponce

En el año de 1584 llegó a la Nueva España fray Alonso Ponce, decimotercer Comisario General de la Orden de San Francisco. Y aquí residió hasta 1592 en que regresó a Castilla. Muy trastornada encontró Ponce la Provincia del Santo Evangelio. La Provincia de Yucatán pedía Comisario que la visitase y tuviese en ella capítulo provincial; y queriendo fray Alonso ir en persona a atender aquella demanda se lo estorbaron el provincial y definidores de la Provincia de México, como también se llamaba, pretextando que era en manifiesto peligro de su vida tornase a embarcar. Se preparaba también el famoso Concilio Provincial de 1585 y era menester, según razonaban, que asistiese a él y abogase por sus provincias como prelado general y pastor de todas. La verdad es que había una razón oculta para que fray Alonso no fuese a Yucatán, y era, según algunos dijeron, que enviase por Comisario a aquella Provincia a uno de sus amigos, para los fines que nadie conocía a la sazón. Y con esto se inició entre fray Alonso Ponce, el Arzobispo de México y demás autoridades eclesiásticas una lucha sorda y tenaz cuyo resultado fue que saliera de México o recorrer las provincias de su ministerio, acompañado de fray Antonio de Cibdad-Real en un viaje que muestra al prelado como un hombre enérgico, curioso, incansable. Resultados de sus viajes es la famosa *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España*, crónica que permaneció inédita hasta el año de 1872 en que fue publicada en la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España.

Quien escribiera esta crónica parece que no está a discusión. Cuando fray Alonso Ponce salió de España trajo en su compañía a fray Alonso de San Juan que le sirvió de secretario durante la travesía, iniciada en junio hasta septiembre, fecha en que lo sustituyó fray Antonio de Cibdad-Real. La primera parte de la *Relación* parece evidente que la escribiera Alonso de San Juan. Y el resto de la crónica parece indudable que lo hiciera el nuevo secretario, quien de allí en adelante fue su compañero *ad-latere* en la visita de todas aquellas provincias, y en todos sus caminos, destierros y peregrinaciones, así por mar como por tierra, participando de todos sus trabajos y persecuciones sin dejarle un punto hasta volver con él a España.

Quizá fray Juan de Castañeda y fray Juan Cano, sus compañeros en la primera salida en la Provincia de Michoacán, pudieran haber redactado el capítulo que se refiere a esa visita, pero a partir de ella, es Cibdad-Real su único acompañante.

La relación constituye un verdadero itinerario descriptivo de más de dos mil leguas, importantísimo por la descarga de noticias que contiene. Está escrita con gran sencillez, y sin preocupaciones literarias de ningún género, lo que no quiere decir que era un libro fallido sino, por el contrario, bellamente escrito. Antonio de Cibdad-Real hombre versado en achaques literarios, a la vez que un conocedor profundo de la Provincia de Yucatán, cuya lengua conoció con perfección y sobre la cual compuso arte y diccionario. En efecto, una de las partes más bellas e interesantes de la *Relación*, es la que se refiere a aquellas tierras, hasta el grado de que las descripciones trazadas por Antonio de Cibdad-Real del país, templos y ruinas arqueológicos, resisten ser comparadas con las mejores de nuestros días. El autor, quizá con el concurso de fray Alonso cuando el día rinde los ojos y ellos detienen su marcha, se sienta a escribir o a poner en claro lo que durante el día ha venido observando o apuntando en algún cuaderillo que para el caso lleva consigo. Y allí todas las noticias, circunstancias, reflexiones que rozan su imaginación y su inteligencia, de tal manera abundantes, peregrinas y ciertas que el retrato de México de fines del siglo XVI, y en cierto modo el de nuestros días, no quedaría completo sin los rasgos trazados por Antonio de Cibdad-Real.

Se describen en la crónica las costumbres, los trajes, la lengua de cada uno de los pueblos que va tocando, se indica la distancia en leguas que hay de un pueblo a otro, de un convento a otro, sin dejar de señalar los ríos, los arroyos, los puentes, los llanos, los cerros que median de un lugar a otro; se indican y elogian los frutos que en cada parte se cosechan, de acuerdo con el clima que reina en cada paraje. Cuando es oportuno, y lo es con frecuencia, se señalan las antiguallas de cada sitio, se dan los nombres de los religiosos que las habitan, así como el estado que guardan las construcciones religiosas, lo que indica que la *Relación breve y verdadera* de fray Alonso Ponce es una obra capital para el estudio del primer siglo de la Colonia, sin dejar de serlo para muchas de las antigüedades indígenas.

Yo no exagero si digo que esta *Relación* en su línea, puede parangonarse, por sus informaciones y las curiosidades que encierra, con las mejores crónicas, sin descontar la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo.

11 de mayo de 1952

Un libro: una generación

Alguna vez José Alvarado o Baltasar Dromundo intentarán un ensayo que trate de poner en claro lo que los libros editados por Maucci y Sampere pusieron en el ideario de los hombres de la Revolución, de la primera hora. Entonces se verá que, en su formación intelectual y emotiva, no son ajenos algunos de los escritores que hace medio siglo alcanzaron máxima boga en los pueblos americanos, y que muchos de los grandes ideólogos de Hispanoamérica no hicieron otra cosa que glosar y propagar. Y que hasta los de mayor originalidad, si se penetra en sus escritos, denuncian que de filósofos no tenían sino la definición: amor a la sabiduría, enriquecida con un amor a la humanidad que desborda los márgenes de sus libros.

Reduciendo el tema a México, se descubría que debían los promotores de la Revolución en materia de arte, de filosofía, de ciencia, de política, a los mal impresos, plagados de erratas, mal traducidos libros de Maucci y Sampere.

Cada generación tiene sus libros favoritos, entre los que destaca uno, en cuyos surcos se entreabre la palabra que el lector, quizá sin saberlo, busca. Los hombres de hace un cuarto de siglo, tuvimos el nuestro. Y no era precisamente un libro de primer rango, sino uno que en el cónclave de los grandes ocupa lugar modesto, pero que logró poner en nosotros un impulso, un efluvio, la simiente de una palabra oportuna, como diría José Enrique Rodó, gran escritor y ensayista, que no gran filósofo, formado con lecturas parecidas. Nuestro libro fue *Sachka Yegulev*, Máximo Gorki, Fedor Dostoievsky, Nicolás Gogol, León Tolstoi nos enseñaron más cosas, nos agigantaron el mundo de las ideas y de los sentimientos, nos hicieron amar la vida, pero Leónidas Andreiev nos enseñó a amar la muerte, si en ella estaba presa una limpia idea, un generoso impulso. Ese solo libro puso en trance de muerte a toda una generación, aquella que hizo la autonomía universitaria, al paso que hizo la campaña vasconcelista, única en la historia de nuestras luchas cívicas. Escribo lejos de mis lecturas, sin tiempo para verificar las afirmaciones, pero puedo asegurar que Germán de Campo, por ejemplo, encontró en Andreiev la frase, la inspiración que lo llevó a la muerte. De *Sachka Yegulev* dedujimos la dolorida certeza de nuestra conducta ciudadana, y aunque ahora le descubramos las fallas, algo queda vivo, algo se prolonga en la conducta de hoy.

El amor, como las lágrimas, aspira a ser recíproco. Cuando el alma de un gran pueblo sufre, toda la vida está perturbada, los espíritus vivos se agitan y los que tienen un noble corazón inmaculado van al sacrificio. De éstos eran

Sacha Pogodin, joven hermoso y puro, como reza el primer párrafo de la novela. Y de estos quisimos ser nosotros, porque México era un gran gemebundo, y nosotros queríamos ir al sacrificio. Sachka, Sacha, Sachuk, Sachenka, todavía apodamos a Alejandro Gómez Arias, héroe de aquellas derrotas. Todos creímos oír en la sombra la queja, el sollozo de la patria; y quisimos con nuestra sangre fecundar el bello árbol de la libertad. Y si aquello era un sueño, era el pueblo quien nos hacía soñar. No nos arrodillamos ante él, pero sí estuvimos dispuestos a brindarle lo que creíamos poseer: nuestra pureza. Aunque sólo consiguiéramos morir de muerte honrada, eso bastaría para nuestra ventura. Porque era imposible que una muerte honrada fuera estéril. Si cuando muere un criminal la tierra enmudece, cuando muere un inocente no sólo la tierra, sino el cielo tiembla de indignación, y se entenebrece el sol. De aquella lucha, aunque sus frutos se tengan olvidados, algo queda en pie: su loca audacia, su desesperada desigualdad, su arrebatada nobleza. Y algunos de los lectores de *Sachka Yegulev*, derrotados por la realidad, todavía guardan encendida la llama que esclareció su juventud.

18 de mayo de 1952

Recuerdos de Santullano

Me encontré con el nombre de Luis Santullano allá por el año de 1930, fecha en que Aguilar, editor madrileño, reforzó nuestras lecturas con aquella serie de preciosos tomos con obras completas y selecciones de los más grandes autores de la literatura universal. Como se acordarán los lectores, la colección que por entonces publicó la Editorial Aguilar la constituían unos tomos de diversos tamaños, en papel cebolla con los cantos dorados y encuadernados en piel adornada con hierros, también dorados. Entre aquellos tomos, uno alcanzó entre los jóvenes escritores, poetas y lectores de aquellos días una boga inesperada: era el *Romancero español* que había seleccionado y prologado Luis Santullano muerto aquí en México hace unos cuantos días. ¿Por qué aquella colección de romances alcanzó tal boga si todos, el que más y el que menos, conocíamos y hasta sabíamos de memoria muchos romances españoles? Se debe, creo yo, a que el Romance volvió a ser para los poetas mexicanos la forma preferida de expresión, el vaso para verter el vino de nuestra inspiración,

por lo que tenía de más culto, de más añejo, comparado con nuestro corrido. *El Romancero gitano* de Federico García Lorca hacía estragos en las filas líricas de México: de él partían muchos de nuestros poetas, a García Lorca glosaban tan de cerca que el lector avisado esperaba como inminente un plagio al poeta andaluz. Para atajar de algún modo aquella barbarie literaria se corrió la voz de que Federico García Lorca antes de escribir sus romances recorrió de cabo a rabo el romancero español, y que eso era lo que debían hacer los poetas nuestros. Y para probarlo recordamos que el “Romance de la Casada Infiel” se nutría en una tradición vieja de siglos, según podía verse en el *Romancero español* que acababa de llegar.

Y éste fue el gran beneficio que la selección encomendada a don Luis Santullano trajo a la literatura que por los años treinta se escribía en México. Pero hizo algo más, y eso abarcó aun a los más alertas y enterados de la historia de la literatura española: insistió en la tesis según la cual los romances no preceden a los cantares de gesta, sino por el contrario proceden de ellos, tal como ya había apuntado el americano Andrés Bello en el siglo pasado, pero que estableció documentada y cumplidamente Ramón Menéndez Pidal. Y al establecer la génesis de los romances, exaltar la participación artística del pueblo en su elaboración, Luis Santullano nos llevó como de la mano al Corrido mexicano, desdeñado por nuestros poetas que lo consideran obra de la gente baja y de servil condición, ni más ni menos que Íñigo de Mendoza consideraba al Romance español. No es exagerado decir, por tanto, que de la divulgación de las ideas acerca del *Romancero* llevada a cabo por don Luis provino la gran atención que en los últimos veinte años ha despertado el Corrido mexicano, con razón llamado hermano menor del Romance español. Muchas veces platiqué de estas cosas con Luis Santullano, y le prometí que alguna vez las contaría. La muerte, la celosa que dijo el poeta, se me adelantó y me privó de un gusto que no hubiera sido menor para él, siempre pendiente de mis trabajos literarios, parcos y ocasionales. La última vez que lo vi fue en la Librería de Porrúa y Obregón, ahora hace ocho días, acompañando a Alfonso Reyes, su amigo de toda la vida y su par en los temas de estudio. Yo estaba suelto de lengua y conté muchas barbaridades celebradas por todos, hasta por el sabio Reyes. Una alcanzó el aplauso de don Luis. Y fue aquella que dije a don Alfonso al ver que la pluma se le salía de la bolsa del chaleco. Aunque ello no ocurrirá jamás, cuide maestro, que no se le caiga la pluma. Henestrosa, me dijo Santullano, yo voy a desentrañar el sentido de ese dicho, si usted me lo

permite, en mi próximo artículo. Y cuando esperaba verlo publicado, me encontré con su último artículo enlutado igual que ahora está mi corazón.

25 de mayo de 1952

Un francés en tierra caliente

Uno de los espíritus más curiosos, más dúctiles y simpáticos que nos hayan visitado, ha sido Luciano Biart, francés nacido en Marsella en el año 1829. Muy joven, a los dieciocho años, vino a México y aquí vivió hasta 1867, en que regresó a París donde murió veinte años después. Da suerte, pues, que le tocó vivir dos de los capítulos, así abigarrados como dolorosos, de nuestra historia: la Invasión norteamericana y la Intervención francesa y el Imperio. No obstante, Luciano Biart apenas si se ocupa, o lo hace de paso, en los numerosos libros de aquellas luchas ni siquiera de la segunda en que su patria fue protagonista. Aficionado a las aventuras y a los viajes desde su niñez, recorrió una gran extensión de nuestro país, principalmente las tierras veracruzanas, formando ricas colecciones de insectos y pájaros que enviaba periódicamente al Museo de Francia. Es posible que sus trabajos no tengan rigor científico, pero esa circunstancia no mengua en nada sino por el contrario la levanta y la equilibra la amorosa pasión con que observó las costumbres de nuestro país, hurgó en nuestra historia antigua, se embelesó con las grandes escenas naturales mexicanas, cosas todas que al paso que acrecientan la fama, menguan la hacienda. Muchos de sus libros fueron escritos desde Orizaba donde parece fincó su hogar, casó y tuvo hijos quizá con una mujer mexicana. Desde luego *La tierra caliente* está fechada en aquella ciudad en enero de 1862. El libro describe escenas de la vida rural veracruzana. Con gracioso alarde, echa mano de todos sus recursos para pintarnos con vivos colores las escenas de la vida pueblerina a las que concurre con ánimo embelesado. Con perfecto dominio, usa de las palabras y de los giros propios de la tierra que describe, y cuando es necesario, y Biart procura que lo sea con frecuencia, se detiene a historiar las palabras india y referirlas a alguna curiosidad de la vida mexicana. “Yo he vivido –dice orgulloso en el Prólogo de *La tierra caliente*– por más de trece años en las comarcas que intento describir; he vivido la vida de los indios y de los vaqueros, y, me atrevo a decir, las sabanas y las selvas vírgenes no tienen

secretos para mí. Narrador fiel, he traducido las palabras de los personajes que he conocido con toda exactitud que lo permite la nuestra lengua –la francesa. Es por eso que en la parte dramática nada tuve que inventar: los hechos reales abundan en mi memoria y en mis notas; y no tuve dificultad en su elección.” Hirviente la cabeza y la imaginación con los murmullos de la selva, presas todavía en sus ojos las visiones de una tierra tan rica como la mexicana, muchos años más tarde, se sentó a escribir libros donde trató de devolverles el color y la vida como en ramilletes aromáticos.

Cuando estaba próximo su retorno a Francia, hizo una última excursión para completar sus colecciones de pájaros e insectos. Eran, quizá, los inicios del año 1867. Una madrugadita, acompañado de Francisco Sumichrast –un apellido que encuentro en Carlota Sumichrast, una tía mía chiapaneca; de su hijo de nueve años Luciano y del Cuerudo, un indio mixteco que durante años lo siguió por montes sierras, sierras y caminos, salió de Orizaba, para hacer un recorrido el último –que duró algunas semanas. Los pormenores de aquella excursión los consignó Luciano Biart en el libro *Aventuras de un joven naturalista*, publicado en Francia en el año de mil ochocientos setenta y tantos y traducido al español por Hilarión Frías y Soto en el 80. La fauna mexicana, resumida en las tierras de Veracruz, está aquí descrita con una mano y un primor, una minuciosidad que recuerda a Clavijero, un autor que sin duda le era familiar. Pero no sólo eso: Luciano Biart, según las palabras de Louis Lejeune, recolectó y colgó en su herbario, durante aquel recorrido, todas las flores literarias que un hombre de su imaginación pudo encontrar en los llanos de Veracruz, entre Orizaba y Minatitlán. De las *Aventuras* hice hace unos años una pequeña selección para instrucción y regocijo de los adolescentes mexicanos, pero en eso cayó la Enciclopedia Popular en manos bárbaras...

10. de junio de 1952

Fray Antonio de Cibdad-Real

Vuelvo ahora a fray Antonio de Cibdad-Real, seguro autor de la relación breve y verdadera del viaje de fray Alonso Ponce a las Provincias de la Nueva España, tema de una *Alacena* anterior. Fray Antonio de Cibdad-Real había nacido en la ciudad manchega de su nombre en el año de 1551. Apenas traspasada

la juventud, llegó a Yucatán acompañando a fray Diego de Landa nombrado en 1572 Obispo de aquella Provincia. Fray Antonio se dedicó con ahínco al estudio de la lengua maya, cuyo dominio era indispensable para mejor llevar a cabo la obra evangelizadora que Landa puso en sus manos. Aseguran los que conocen aquel idioma y pudieron consultar el *Calepino* que Cibdad-Real recopiló que la dominó a la perfección. En Yucatán vivió hasta ocho años; al morir fray Diego de Landa, en 1579, se trasladó a Texcoco, donde es seguro que estudiara la lengua mexicana, aunque hasta ahora no se haya dicho que la hablara. Ahí residía enfermo de cuartanas cuando en 1584 recibió recado de fray Alonso Ponce para que por obediencia se presentara ante él en la ciudad de México. Así lo hizo y a partir de entonces fue su secretario y su acompañante en los penosos recorridos que hicieron a lo largo de la Nueva España y Centroamérica. Cuando fray Alonso regresa a España, Cibdad-Real lo acompaña y permanece junto a él hasta que el bravo franciscano cierra los ojos. Fray Antonio de Cibdad-Real vuelve a Yucatán para continuar sus estudios de la lengua maya, la redacción de un tratado sobre las grandezas de la Nueva España; para concluir unos Sermones de Santos en la lengua de los indios de Yucatán, obras todas ellas por desgracia desconocidas.

De todos sus trabajos, sólo se conoce, pues, uno: la *Relación breve y verdadera* en que fray Antonio consignó todos los pormenores de los viajes de fray Alonso Ponce. En otro tiempo se creyó que la obra pudo haber sido redactada por lo menos en parte por fray Alonso de San Juan que vino con Ponce desde España, pero es seguro que el autor de esa rica crónica lo sea Cibdad-Real porque él era escritor de profesión y no mero amanuense. Si alguna parte redactó fray Alonso de San Juan no será otra que aquella que se refiere a la salida de fray Alonso de España y su llegada a México, esto es, el primer capítulo de la obra.

Pero hay algo más: la descripción vívida, certera, entusiasta de las ruinas de Yucatán, sólo pudo trazarla un hombre que como fray Antonio había vivido en aquella provincia cerca de diez años, recorriéndola y penetrando con agudos ojos la entraña de la civilización de los mayas. Tan exactas son sus descripciones que después de cuatro siglos en nada desmerece. Templos y pirámides que el tiempo cubrió y sepultó bajo de tierra, ahora que han vuelto a la luz se ajustan notablemente al dibujo que de ellos trazó la sabia mano de fray Antonio de Cibdad-Real. Sólo él que era un hombre con intuición científica pudo ver que aquellas cosas no eran meras curiosidades, sino que tenían un valor permanente para el estudio ulterior de las culturas indígenas de México.

Otro las hubiera puesto de lado, las habría destruido y condenado, siguiendo el ejemplo de fray Diego de Landa, aquel sañudo, intransigente, agrio Obispo de Yucatán que persiguió las antigüedades mayas, si bien nos dejó una *Relación de las cosas de Yucatán* que, pasados los siglos, ha servido para reconstruirlas. En la *Relación breve y verdadera* de Antonio de Cibdad-Real, hay cien datos válidos para completar la imagen antigua de Yucatán y las otras tierras que describió fray Antonio de Cibdad-Real.

22 de junio de 1952

Los de abajo en escena

Era vasco, de San Sebastián. Era sobrino de Francisco Grandmontaigne, aquel que tuvo la ocurrencia de llamar cavernícolas a los monárquicos, a los académicos, a los señoritos españoles. En su ciudad natal lo conoció Manuel Rodríguez Lozano allá por los días de la Primera Guerra, siendo colaborador del diario *Euzkadi* de San Sebastián. Un día del año de 1929, caminando por las calles de 5 de mayo, Antonieta Rivas Mercado, Rodríguez Lozano y yo, de pronto dijo el pintor, entre alborozado y sorprendido:

–Allí va José Luis Ituarte, un amigo mío de España.

Y nos lo presentó. Y desde aquel día hasta la hora en que se marchó de México, fue nuestro amigo inseparable y fiel.

Nunca supe, y si lo supe ya lo tengo olvidado, qué aires lo trajeron a estas tierras. Lo cierto es que cuando lo encontramos ya llevaba algún tiempo aquí, asiduo del “Centro Vasco” donde solía entretener su soledad y sus añoranzas, hablando su lengua maternal, cantando y riendo de cien y una ocurrencias, tal aquella que contaba acerca de un norteamericano que perdido en la ciudad y sin amigos, buscó compañía entre los vascos que dieron en llamarlo “Gringorrigoitia” para de alguna manera hacerlo su coterráneo.

Era de pequeña estatura, algo rubio, con mucho de pájaro, ligeramente estrábico, defecto que disimulaba con unos espejuelos firmes y recios.

Hombre y escritor alertas, José Luis Ituarte se interesó por la vida espiritual de México: la del pasado remoto y la que vino de la fusión de indios y españoles. Y por si algo faltara, se enamoró de una bella, inteligente, cabal, tipo de mujer mexicana.

Antonieta Rivas Mercado, tras organizar la Orquesta Sinfónica de México, animar el Teatro de Ulises, había llegado a Jefe de la Sección de Teatro y Danza del Conservatorio Nacional, puesto en aquellos días en manos del maestro Carlos Chávez. Antonieta, una mujer de condición genial a quien la vida frustró, lúcida y esperanzada, quiso dar desde su cargo un impulso al teatro mexicano, así como en Ulises se dio al teatro universal. Y en conversaciones en que no participaron sino sus más allegado amigos, Manuel, José Luis, alguna otra persona y yo, se convino en representar autores mexicanos del pasado, ya que en el presente no los había dignos que quisieran aceptar ni las inspiraciones, ni la jefatura de una mujer amiga del grupo de los jóvenes escritores de vanguardia, en aquella hora combatida. Pero mientras se pensaba en obras y autores, José Luis Ituarte se puso a dramatizar la novela *Los de abajo* que una edición española acabada de llegar había puesto en boga. La señora Rivas buscó la autorización de Azuela, y una vez que el viejo novelista la otorgó, Ituarte continuó su trabajo entusiasmado. Una semana después José Luis se presentó con la obra arreglada para la escena. Y unos días más tarde fue llevada al Teatro Hidalgo, con notable éxito de aplausos y crítica. Pero entonces ocurrió algo que no todos recuerdan. Ezequiel Padilla, entonces ministro de Educación, tuvo noticias de que *Los de abajo*, así la novela como la obra teatral, no era precisamente una obra revolucionaria en el sentido de exaltar los valores de la Revolución Mexicana, y mandó suspender las representaciones. En efecto, la gran novela y desde luego la obra dramática en ella basada, siendo de la Revolución no es canto de ella, sino en cierto modo su diatriba, la negación de la fe y las ideas que la nutrieron. Mexicana, sí, por sus cuatros costados. Verídica, sí, aunque no siempre. Azuela pintó en ella personajes que, frecuentes en nuestras luchas, no son, sin embargo, arquetipos, sino aberraciones. Para Mariano Azuela la gleba que hizo la Revolución erraba al capricho del viento, igual que esa hoja ahora desprendida del árbol y no el hombre que huérfano de pan y de alfabeto, y de jabón, y de agua se echó al monte para modificar una realidad social, así no supiera expresar sus apetencias en un cuerpo de doctrina.

La obra fue suspendida, pero ya había hecho lo suyo: combatir desde adentro con una obra de trazas revolucionarias, los desvíos de aquella hora.

Una copia anónima de la versión dramática se quedó en manos de Azuela. Y ésa fue la que sirvió para la edición que de ella hizo Botas en 1938, sin atribuirle a autor alguno. Francisco Monterde, a quien Azuela dedica la obra, sí puede estar enterado de todas estas circunstancias, inclusive de quien fuera

el escritor que la dramatizó. Pero, por razones que se ignoran, las calló. Yo creo haber leído en alguna parte, u oído en alguna parte a Monterde afirmar que la señora Rivas se atribuía la maternidad del arreglo dramático de *Los de abajo*. Y he creído conveniente, al mismo tiempo que acreditarlo a su legítimo autor, decir que aquella noble y desdichada dama era incapaz de apropiarse una obra o un nombre ajenos.

29 de junio de 1952

El historiador Heredia y Sarmiento

Muy escasas son las noticias acerca de Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento. Apenas unas cuantas líneas en el *Diccionario de geografía, historia y biografías mexicanas* que a principios de siglo publicaron Leduc, Lara Pardo y Roumagnac. Quien se ocupa de él de un modo más extenso es Beristáin de Souza, aunque plagando sus noticias con los errores que de un modo tan frecuente afean su obra. Por esas fuentes sabemos que Heredia y Sarmiento nació en esta ciudad de México en 1777, y que murió aquí mismo en 1809, cuando apenas acababa de cumplir treinta años.

Por los títulos de sus diversas obras, se deduce que era un asiduo estudioso de nuestra Historia y un escritor constante, pues a pesar de su juventud logró fama literaria y pudo escalar diversas dignidades dentro de la iglesia mexicana. Fue catedrático de latinidad, filosofía y retórica en el Real y Pontificio Colegio Seminario de México, cura eclesiástico interino de Metepec, amén de otros cargos igualmente honrosos. Su muerte, dicen los autores que lo mencionan, vino a cortar su carrera de brillante y elocuente orador sagrado. Las obras que en este género nos quedan, si bien no denuncian su elocuencia, lo que nada tiene de extraño, pues la elocuencia se debe más bien a la efusión oratoria, sí nos indican que era hombre de una rica y variada cultura literaria, principalmente sagrada, como correspondía a su condición sacerdotal.

El día 12 de diciembre de 1801, dijo un Sermón Panegírico acerca de la aparición de la Virgen de Guadalupe, el cual fue publicado dos años más tarde, enriquecido con el resumen histórico de las principales naciones que poblaron el país de Anáhuac, o Virreinato de Nueva España. Las licencias para la publicación de este opúsculo, concuerdan en que es un trabajo útil, curioso,

y que ayuda a formar idea de lo que fueron en otros tiempos los naturales de México.

El doctor Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento al publicar esa obra puso al final una Advertencia que a la letra dice: “Este Resumen Histórico que sólo para dar alguna idea de las antiguas naciones que poblaron este país de Anáhuac, y de su gobierno y costumbres, hemos puesto al fin de nuestro Sermón, aunque en varios puntos no concuerda con lo que sobre su contenido han escrito muchos historiadores de mérito, cuya autoridad veneramos, está acorde en todo con lo que del mismo asunto escribió el sabio ex jesuita veracruzano don Francisco Javier Clavijero, cuya autoridad tiene para nosotros mayor peso, y debe tenerla para todos en comparación a los demás historiadores de esta América; porque habiendo sido hombre adornado de un fino gusto, juiciosa crítica, y sobre todo, de un profundo conocimiento del idioma, costumbres, países, jeroglíficos del Imperio mexicano, se puso a trabajar su obra intitulada *Storia Antica dil Mexico*, escrita en italiano, en impresa en Cesena año de 1780 dedicada a la real y Pontificia Universidad de México, después de haber leído cuanto hasta aquel año se había escrito sobre el asunto, y confrontándola con muchos excelentes manuscritos de los indios, y con las colecciones y jeroglíficos, que hasta el día se conservan.”

Y ello es verdad. Pues Heredia y Sarmiento aunque aprovecha y discute informaciones procedentes de otros autores y a veces menciona sus nombres, así en el caso del Conquistador Anónimo, se ajusta a las noticias del padre Clavijero a quien sigue casi puntualmente. Pero no sólo eso, sino que al editar su Resumen, reprodujo muchas de las ilustraciones que adornan la *Historia Antigua de México* del abate Clavijero, en verdad el más moderno de nuestros historiadores hasta su tiempo.

Es indudable que muchas de las afirmaciones contenidas en la breve obra que nos ocupa, han perdido su validez, al igual que las contenidas en la historia que le sirvió de inspiración, pero es también indudable que representa una provechosa síntesis del tema que trata.

Las obras de Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento de que se tiene noticia son las siguientes:

Panegírico del apóstol Santiago, predicado a la real Congregación de Gallegos de México (1802); *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe* (1803); en el mismo volumen, sin solución de continuidad, el opúsculo a que vengo refiriéndome; *Panegírico de Santo Tomás de Aquino en la fiesta que*

le hace la Real y Pontificia Universidad de México (1805); *Panegírico de Nuestra Señora de Covadonga, predicada a la real Congregación de Asturianos de México* (1807); *Elogio fúnebre de los soldados españoles muertos en la heroica defensa de Montevideo y Buenos Aires* (1809).

Esta breve bibliografía de Heredia y Sarmiento está tomada en su casi totalidad de Beristáin de Souza que, como hemos dicho, suele dar incompletas y erróneas sus noticias, lo que no quiere decir que su *Biblioteca Hispano-Americana* no sea una obra de gran utilidad para los estudios biobibliográficos de México.

6 de julio de 1952

Prieto en la Alameda

Nos ocupamos en una *Alacena* anterior de un folleto que calificamos como una de las piezas más raras de la bibliografía mexicana del siglo pasado. Y prometimos volver a él apenas pudiéramos establecer algo nuevo acerca de los autores de los artículos que contiene o cualquier otra circunstancia útil para su mejor aprovechamiento en el estudio de la literatura mexicana. Apuntamos en aquella ocasión que los sonetos, cuartetos y octavas que la pieza contiene pudieron haber sido escritos en ocasión de celebrarse el Grito de Dolores y que esta celebración pudo haber sido el 16 de septiembre de 1831. Y así es. Dijimos que los sonetos fueron colocados en las cuatro puertas de la Alameda, tal como se indica en la pieza, pero en cambio apuntamos que el templete en que las octavas y las sentencias en cuartetos fueron colgadas pudo haberse levantado en la Alameda o en algún sitio cercano o destacado de la ciudad, la Plaza de la Constitución, quizá; en lo que cometimos un error pues todas las piezas literarias que contiene aquella joya bibliográfica fueron colocadas en la Alameda. Desde el primer momento me ocurrió pensar que tal vez en algunos de los autores de diarios, memorias y recuerdos pudiera encontrar alguna guía para establecer la fecha, lugar de la festividad y los nombres verdaderos de los autores de aquellas poesías. Un primer nombre que recordé fue el de Guillermo Prieto, el ríspido coplero de la *Musa callejera*, y abigarrado y caudaloso autor de las *Memorias de mis tiempos*, esa especie de *alacena de frioleras* o de *minucias* en que puso todo lo que le vino a la memoria, a la pluma o la punta de la lengua, sin importarle un bledo la gramática y la preceptiva, tal como es ley

que ocurra en los que tienen algo que decir, pero no tiempo para detenerse en palabras. Pues bien, apenas iniciado el tomo primero de sus *Memorias* –1828-1840– el amable y risueño “Fidel” cuenta los orígenes de su vocación literaria, sus vagabundeos por la Alameda, donde preso de ese malestar que quita el resuello, pero que destila en el alma una audacia que lleva a poner en rima los sentimientos y los pensamientos, fraguó sus primeras composiciones poéticas, para luego soltarlas en los patios de vecindad, remedando el trance de la improvisación. Y digresivo como siempre fue, se derrama en unas sabrosas divagaciones acerca de las fiestas septembrinas que tenían por teatro la Alameda Central. He hecho mención de la Alameda, dice, porque en la Alameda fue mi gran gimnasio poético. Las juntas cívicas para el 16 de septiembre tenían como costumbre disponer, además del templete y los adornos suntuosos en las fuentes, que escribiesen octavas y sonetos en las puertas, ocurriendo para ello a los ingenios poéticos más esclarecidos de la época y daban su contingente, ya el divino Tagle, ya Carpio, ya Pesado, ya Barquera, ya Amat, ya Sierra, Romo, Barrera o Autepara (*sic*) considerados todos como príncipes de nuestro parnaso, concluye. Y a continuación inserta el soneto de Tagle que inicia el raro folleto que motiva estas divagaciones, y que por cierto registra algunas variantes, quizá porque Prieto lo confiara a su memoria, y pasados los años, lo recordara alterado. Como pueden ver los lectores, “Fidel” menciona a cuatro de los poetas que se encargaron del ramo de poesía en aquel 16 de septiembre de 1831, año en que Guillermo Prieto llora la muerte de su madre. De una cosa más nos enteramos el viejo cantor de nuestras glorias nacionales, y es que Antepara o Autepara, como él escribe, le es desconocido, pues de no ser así habría apuntado su nombre de pila y consignado alguna noticia que ayudara a identificarlo, cuestión ésta a la que hemos de volver otro día.

13 de julio de 1952

Un corrido entre romances

Hace cerca de veinte años llegó a México una pequeña antología de *Cien romances escogidos*, cuya selección estuvo encomendada a Antonio G. Solalinde, ahora finado y entonces profesor en la Universidad de Wisconsin, en Madison. Filólogo de primera, conocedor profundo del medioevo español, la antología de

Solalinde agrupa los más bellos ejemplares de romances, en sus distintas divisiones. Un breve prólogo, escrito con la sola intención de situar al Romancero en el marco de la literatura española, reúne, sin embargo, todo lo que de esencial se ha dicho acerca del género épico en el que se dan algunos de los mejores romances. Otras antologías conocemos, más completas, más exactas, más ambiciosas. Pero ésta tenía sobre todas un encanto, un rasgo que nos tocó: incluía un corrido mexicano, el de “Macario Romero”. Porque nosotros hemos gozado, desde los días niños, de la imantación del Corrido, único relato de la Revolución Mexicana que pudimos escuchar en nuestro pueblo, lejano, aunque no tanto como para que hasta allá no lo llevara aquel viento que azotó México. Empezábamos, por fin, 1934, a ser el eco, la bóveda, en que resuenan las canciones que nos arrullaron en la niñez. Es decir, comenzábamos a recordar, que es una manera de envejecer. Encontrar el corrido de “Macario Romero” en la antología de Solalinde, nos actualizó el nombre de aquel trabajador de las letras españolas, que ya conocíamos, pero sólo por trabajos conectados con nuestros días fugaces de escolares. *Calila y Dimna*, con introducción de Solalinde, dio ocasión a Julio Torri, mi maestro de literatura española en la Preparatoria, y también antologista del Romancero, para que nos hablara de la obra y del filólogo español.

Lejos estaba yo de que un día don Antonio G. Solalinde iba a ser amigo mío. Pero otro día, en julio de 1936, lo encontré en la Universidad de Stanford, California. Y hablando de mil cosas, me vino la ocurrencia de preguntarle dónde había encontrado el corrido de “Macario Romero”. Fue Alfonso Reyes —dijo— hace muchos años, en Madrid, quien puso en mis manos una serie de corridos mexicanos, entre ellos ése, el cual aprendí de memoria. Y Solalinde lo incluyó en la antología porque, aun disonando un poco dentro del tono del romance castellano, es hijo de los mismos móviles: una gran apetencia colectiva que busca cumplirse.

La antología de referencia, publicada por la Editorial Granada de Madrid, parece que fue muy poco conocida. Por lo menos en aquellos días nadie advirtió la galantería de Solalinde. Ahora que se reedita anualmente por la Austral, he querido contar cómo fue que “Macario Romero” vino a alternar con otros grandes personajes, el “Conde Dirlos”, por ejemplo.

20 de julio de 1952

El corrido literario

Ahora diez años, una mañana tocó a mi puerta un joven fornido, bajo de estatura, pelo abundante y lacio, quemado por el sol; ejemplar acabado de ese tipo de nuestro pueblo en que predomina la sangre indígena. Era Celedonio Serrano Martínez. Hasta el lejano pueblo de Guerrero donde había nacido, y hasta la aldea donde cumplía sus deberes de maestro rural, había llegado mi nombre como autor de un libro con savia india. Y como él era indio, y como daba oído a la palpitación indígena de su solar nativo, y quería interpretar ese latido, quiso conocerme. Y a eso llegó a mi casa aquella mañana, sabedor de que a mí, buen hombre de pueblo, jamás la aurora me sorprendió dormido. Ya tenía muchas antesalas acerca de mi persona, buenas y malas, aunque más las segundas que suelen ser las únicas verdaderas. Llegó, pues, resuelto a todo, tras de vencer muchas timideces. De aquel primer encuentro, pienso yo, arranca la decisión de Serrano Martínez de trabajar la veta folklórica que le tocó conocer de cerca: la guerrerense, rica como todas aquellas en que la tierra india dio raíz al árbol español.

“Don Cile” –así le dicen en su pueblo– puso en mis manos una pequeña colección de romances, forma frecuente en los poetas noveles, y desde luego, arranque de la literatura de México. Recuérdese, si no, el romance de “La noche triste”. Mientras conversábamos, a hurtadillas, leí algunas piezas del manuscrito. Y para que tuviera una muestra de mi genio alegre, le pregunté si estaban escritas en verso o en prosa. Y Don Cile rió de buena gana. De aquella colección seleccioné el material que informa *El romancero del Balsas* que Manuel Altolaquirre orló con un prólogo entusiasta.

Serrano Martínez se volvió a su pueblo y a su escuelita a enseñar y a ensoñar, anotando en un cuadernillo los hallazgos, las ocurrencias literarias; consonancias y asonancias de los libros en gestación.

Y unos años después vino su segundo libro, *El Coyote*, apodo de un famoso guerrillero de la Revolución en el Sur. El coyote, tótem de México, como lo son el águila, la serpiente y el jaguar, viene al pelo a este corrido que Serrano Martínez nos canta con todo el pecho, como corresponde a todo poeta verdadero. Para dar una idea del significado de esta canción, mencionemos a dos poetas de los cuales equidista: José Hernández, autor del *Martín Fierro*, y Francisco Castillo Nájera, autor de “El gabilán”, corrido mayor de las letras duranguenses. Del uno, tiene el aliento, la savia, la raigambre indoespañola; del otro, la intención: dar calidad literaria al corrido, vaso en que borbota la queja de nuestro

pueblo. Serrano Martínez tuvo presente a los dos autores al trazar su Corrido. No tiene la maestría con que el autor del *Martín Fierro* incorpora al caudal de su elocuencia todo lo que el tema arrastra, todo lo que la inspiración puesta a trabajar sugiere, inventa, crea y recrea, sin preocuparse por ser original, sino haciendo suyo el pan, y el vino, y el amasijo de la inmensa sabiduría popular, a tal extremo que no se advierte en el poema dónde entra lo extraño ni dónde lo propio. Refranes, dichos, cabos de poesía oral y escrita, se juntan y se enlazan, allá y aquí, sin asomo de rechazo. Castillo Nájera intentó todo eso sin conseguirlo. Serrano Martínez en más de una ocasión alcanza ese propósito que en Hernández tiene todas las trazas de un dechado. Versifica con habilidad, con señorío sobre la forma, y de tal modo está amasado con sangre y tierra mexicanas, que la entonación y el ritmo de *El coyote* son permanentes. Sin altibajos, tal como lo modula el cantor anónimo: sin malicias literarias, pero audaz y certero.

27 de julio de 1952

Un homenaje a López Velarde

En junio de 1931, a los diez años cabales de la muerte de Ramón López Velarde, la revista *Crisol*, editó un pequeño y ya raro folleto para conmemorar aquel desdichado acontecimiento. Aunque el opúsculo no incluye ningún escrito de Juan de Dios Bojórquez, se advierte en el homenaje la cálida presencia del escritor sonoreense, uno de los primeros que vislumbraron la lejanía y la hondura, el temblor y el misterio que henchían las sílabas, a ratos todavía inconexas, del gran poeta de Zacatecas. Testigo, la semblanza que trazó de López Velarde la misma mañana de su muerte al Presidente Álvaro Obregón, y resumida después en el prólogo que escribió para *El son del corazón*, libro póstumo en el que también puso las manos Juan de Dios Bojórquez. El folleto que motiva esta rápida *Alacena*, consta de unas cuantas páginas, apenas dieciséis; reproduce en la portada un retrato en madera de Ramón, debido al artista francés Paul Gallien y publicado por primera vez en *Prisma*, revista internacional de poesía que editaba, en París, el poeta Rafael Lozano, según informe que me proporciona Luis Noyola Vázquez, sabio en éste como en otros achaques de nuestra literatura. Con excepción de una pieza, la “Alegoría en memoria de Ramón López Velarde”, por Jesús S. Soto, todas las demás están escritas en prosa. El poema de Soto se ilustra con

un grabado en madera de L. Chávez; representa cosas caras al poeta: un reloj, una campana, un busto de Fuensanta, los brazos cruzados sobre el pecho y el torrente de la cabellera sobre los hombros; una panorámica de Jerez en la que se destacan en la lejanía dos campanarios para aludir a aquellas campanadas que, según Ramón, caían de la alta torre como centavos.

En las páginas centrales –6-10– se recogen cuatro poemas de López Velarde: “Mi prima Águeda”, “El retorno maléfico”, “Tus hombros son como una ara” y “Treinta y tres”.

He aquí el índice de la edición especial de *Crisol* en homenaje al autor de *Zozobra*:

Soto, Jesús S.	
Alegoría. En memoria de Ramón López Velarde	pág. 2-3
Martínez Rendón, Miguel D	
Porque fue López Velarde	pág. 4
Fernández Ledesma, Enrique	
Anecdotario de López Velarde	pág. 4-5
López, Rafael	
Musa, la de López Velarde	pág. 11
Soto, Jesús S.	
Un acento sincero	pág. 11
Ruiz Cabañas, Samuel	
Para Ramón	pág. 12
Núñez y Domínguez, J. de Jesús	
No sé si por circunstancias	pág. 12
Lozano, Rafael	
Los primeros diez años	pág. 13
Pérez Martínez, Héctor	
Xavier Villaurrutia ha propuesto	pág. 13-14
Frías, José D.	
Para referirme a la obra	pág. 14-15
Cravioto, Alfonso	
López Velarde ha sido llamado	pág. 15-16
Monterde, Francisco	
Frases de precisión	pág. 16
Gómez Palacio, Martín	
La obra de Ramón López Velarde	pág. 16

Face to face with the mexicans

Un libro que me gustaría ver publicado, si no íntegro, por lo menos en una rigurosa selección, es el que a fines del siglo pasado se publicó en Nueva York con el título de *Face to face with the mexicans* y del que es autora Fanny Chambers Gooch, una dama norteamericana que allá por el año de 1870 llegó a México y estuvo en contacto con nuestro pueblo durante siete años. Para dar una idea de esta obra basta decir, que aunque no tiene el rigor ni la intención del famosísimo libro de la Marquesa Calderón de la Barca, puede resistir que se le ponga frente por frente. Quiero decir con esto que *La vida en México* está escrito desde el ámbito de la literatura: oficio literario, malicia, cuidado en la selección de los temas, y un don especial para encontrarle a las situaciones la hendedura por donde penetrar su corteza y dar en la sustancia, única manera posible de entender los pueblos extraños y remotos como el nuestro. Era la señora Calderón de la Barca la cabal viajera de pico y pala que se requería para evitar esos libros precipitados con que viajeros trasnochados han nublado la imagen verdadera de México. La señora Chambers Gooch no era tan sagaz como la Marquesa, pero sentía por nuestro país una simpatía que la impulsaba a entenderlo y por ende, amarlo. Un hecho cualquiera de nuestra vida era para su afán de comprensión, un punto de partida, válido para organizar una reflexión, a ratos, luminosa, a veces opaca, pero siempre teñida de simpatía, pervadida del afán de dar en el blanco, en el cogollo de nuestra realidad más entrañable. A lo largo de cerca de seiscientas páginas, aquella discreta viajera deja un testimonio vívido acerca de nuestra vida hogareña y social, de nuestras instituciones políticas y sociales, de nuestra historia y nuestra leyenda, sin olvidar, sino por el contrario, poniendo en el tema un mayor énfasis, nuestras capacidades artísticas, manifiesta en las letras y en la pintura. Quien se lo proponga tiene en *Face to face with mexicans* un campo ancho y pródigo para espigar noticias y juicios certeros y rápidos sobre diversas circunstancias de la vida artística de México en el último cuarto del siglo pasado. Nombres que no lograron escalar las páginas de nuestra historia literaria o pictórica, pero que fueron escalones del ascenso en esos capítulos, aparecen en la pluma de Fanny Chambers Gooch y se les acredita una flor en la guirnalda que ahora lucen nuestras letras y nuestra pintura. Pintores, poetas, músicos, periodistas de México transitan por aquí, como en su casa: con abandono, fieles a su imagen diaria. Aquí, por cierto, hay un primer intento de catalogar nuestros gestos y ademanes, sin los cuales no hay conversación completa

y que de un modo tan feliz sazone nuestras interlocuciones, tanto como las fórmulas corteses y los diminutivos. La autora tiene el buen tino de ilustrar, ésta como otras digresiones, con dibujos alusivos, oportunos y acordes con la intención que regula sus tareas de escritora. Y una cosa curiosa de anotar: cincuenta años más tarde, el poeta y crítico de arte español José Moreno Villa se detuvo a observar tres de esos ademanes, ilustrándolos con un parecido asombroso, en un penetrante capítulo de su hermoso libro *Cornucopia de México*.

Escrito en los días de gloria de don Porfirio, *Face to face with mexicans* se adorna con los retratos de Carmen Romero Rubio de Díaz y del Dictador, quien además le escribe una carta.

Agradecida por ésta y otras distinciones; una, participarle un regreso a México que la señora Chambers Gooch pudo haber realizado, pero del que no se tiene testimonio.

Desde aquí incito a la gran empresa editora que es el Fondo de Cultura Económica a que incluya en sus bellos libros una edición mexicana, o por lo menos, una antología de esta obra indispensable para acabar de entender el Porfiriato, como Alfonso Reyes tuvo el acierto de llamar a la era de don Porfirio.

10 de agosto de 1952

Los días de Gertrudis

Durante el presente siglo, y con motivo de la Revolución, México cobró un rango que nunca antes había tenido: cayó en el desdén de los viajeros. Nunca se pudo hablar de él sin anticiparle un adjetivo de intención peyorativa. Y sólo de cuando en cuando, y eso a partir del triunfo revolucionario, algún viajero se asomaba con simpatía a las cuestiones nacionales y proclamaba esa simpatía en las páginas de un libro. Entre otros, podemos mencionar el de John Reed, *Insurgent Mexico*, y el de Ernest Gruening, *Mexico and her heritage*. Y últimamente el de Gertrude Diamant, *The days of Ofelia* que da pretexto a esta *Alacena*.

Gertrude Diamant vino a México hará doce años, trayendo en las manos una Guía, pero también un cuaderno de notas que a semejanza del buen pintor, todo escritor debe llevar de acuerdo con el consejo de Samuel Butler. Buscando habitación por la colonia Cuauhtémoc, topó por la calle de Atoyac con Ofelia Escoto, hija de un sereno o gendarme. Y este encuentro fortuito vino a

variar el rumbo de su itinerario y el sentido de sus vacaciones, abriéndose las puertas de un mundo insospechado, de un México recóndito, subterráneo, ése que suelen ocultar los escritores puristas en un descarado halago a la realidad. Gertrude Diamant hizo a un lado la Guía y comenzó a anotar en su cuaderno todas las observaciones que la vida de la familia Escoto le iba proporcionando. Viajó dentro de su propio cuarto, dentro del perímetro de su barrio. Alguna vez, sí, visitó la Catedral, asistió a fiestas populares, se asomó al mundo de los indios. Y un día, camino de Veracruz, la desvió hacia el Istmo de Tehuantepec, donde asistió a un matrimonio en mi compañía. De regreso a los Estados Unidos, donde no es extraño que pregunten si aquí hay gallinas y si vestimos a la usanza europea, Gertrude Diamant se sentó a ordenar sus hojas, a rumiar los recuerdos de su viaje, a organizar sus impresiones y escribió un libro con el que se propuso enterar a los norteamericanos de cómo piensan y actúan, cómo visten y comen, cómo viven y lloran y mueren los mexicanos. Y lo ha hecho con mano tan cariciosa, con humor tan sano, con un encanto tal, que Henry B. Parkers, que goza fama de haber escrito la mejor *Historia de México*, asegura ser la obra de Gertrude la mejor que sobre nuestro país se ha escrito, a contar de la ya clásica de Flandrau, *Viva México*.

Naturalmente, no faltará mexicano malicioso, de esos que se complacen en denigrar al país, pero que gritan cuando algún forastero que dice alguna verdad acerca de él, que tache este libro de adverso. Hay en nuestros ojos muchas vigas que no podemos ver porque opacarían la imagen sentimental y patrioterica de México, o porque en fuerza de ser familiar y cotidiana esa imagen, tenemos embotados los ojos y la percepción. Pero viene un extranjero y sorprende las veladuras y las denuncia. Porque ya está visto que de fuera ha de venir quien nos descubra o ayude a descubrirnos.

Las opiniones de Gertrude Diamant sobre los indios, sobre la superchería política, sobre la corrupción de pequeño funcionarios, más nos ayuda que nos perjudica, pues hace más daño a un pueblo quien le miente, que quien le dice la verdad. Otra cosa es proceder por desdén, aversión o resentimiento. Pero este no es el caso de Gertrude Diamant. Ella ha dicho, por ejemplo, que los otomíes no son ni más inteligentes ni menos tontos que otros indios. Ha dicho que son los más pobres. Ha dicho que el Departamento de Asuntos Indígenas ha escrito pomposas mentiras acerca de los indios, en vez de descender a la tierra y procurarles alivio. Y yo prefiero estas verdades amables de Gertrude Diamant a la pesada cantinela oportunista de Frank Tannenbaum, por ejemplo.

Por lo pronto, el libro de Gertrude Diamant está todo él saturado de una gran simpatía por México, por sus indios silenciosos, relegados, quietos, hasta mover el paisaje. Pero si eso no fuera suficiente está escrito en un estilo llano, familiar, retozón, poblado de cien observaciones certeras y con un amor que se sale de las páginas. Trata, en fin, de llevar como de la mano a los lectores americanos a dar un paseo por entre nuestra escabrosa, intrincada y dispareja vida nacional. Y lo consigue. Si no fuera muy exagerado, yo diría que de aquí a medio siglo *The days of Ofelia*, será comparado con el libro de la Marquesa Calderón de la Barca, *Life in Mexico*.

31 de agosto de 1952

El peregrino indiano

Mala suerte han corrido Antonio de Saavedra Guzmán y su obra *El peregrino indiano*, canto épico que prologa, en el siglo XVI, la Crónica de la Conquista, juzgado desfavorablemente por la crítica mexicana, a partir de García Icazbalceta que prologó su reedición del año 1880. En efecto, los llamados historiadores de nuestras letras no han agregado a lo dicho por don Joaquín una sola palabra nueva, un solo dato que viniera a enriquecer su biografía y la opinión que, en definitiva, se haga de su obra literaria. Con decir que ni siquiera se consigna la existencia de una segunda edición de *El peregrino indiano*, se tendrá una idea de la ligereza con que ha sido vista la obra y el autor.

Dice García Icazbalceta que la obra, aparte de haber sido escrita por un mexicano, era rarísima, a tal extremo que a pesar de haberse empeñado en obtenerla a cualquier precio, haciéndola buscar durante largos años en México, España, Francia e Inglaterra no llegó a tenerla entre sus libros. Y que esas dos circunstancias —la nacionalidad del autor y la rareza del libro— eran suficientes para reimprimirla, salvándola de un seguro olvido, ya que una edición anunciada por los editores de la *Biblioteca Hispano-Ultramarina*, en 1874, no llegó a publicarse, como ya se lo temía don Joaquín. La edición mexicana se hizo sobre el único ejemplar que entonces se conocía en México: aquel que, habiendo sido de José Fernando Ramírez, pasó a ser de Manuel Orozco y Berra, quien lo franqueó generosamente para la horrenda edición que hizo “El Sistema Postal” en la imprenta de José María Sandoval, en folletines, a

partir del número 132, correspondiente al 24 de abril de 1880, al número 178, del 12 de marzo del año siguiente de 81, bajo la dirección de Hernández y Dávalos. Tan lamentablemente es la edición que incluye hasta las llamadas de atención al encuadernador. Además, que yo sepa, no se ha advertido que de hecho fueron dos ediciones simultáneas, como se establece de la comparación de los dos ejemplares que obran en mi poder.

Veamos. Algunos ejemplares reproducen la portada de la primera edición hecha en Madrid el año de 1599, así como el retrato del autor. Otros, consiguen en el reverso de la cubierta final, una nota que a la letra dice: “El ejemplar: sin fotografía, dos pesos en esta capital, y dos pesos cincuenta centavos en los Estados”. “Con el facsímil de la fotografía en la portada, tomada de la edición del siglo XVI, y retrato del autor; en esta capital, tres pesos en los Estados, tres pesos cincuenta centavos.”

Aparte estas breves variantes en las dos ediciones que menciona, la edición es la misma en cuanto papel, erratas y la grafía perteneciente al siglo XVI.

Cuál es la opinión última que merezca Antonio de Saavedra Guzmán como poeta épico, será tema de la próxima *Alacena*.

14 de septiembre de 1952

Versos en la Alameda

Una de las piezas más raras de la bibliografía mexicana del siglo pasado lo constituye un folleto de doce páginas, sin numerar. Ignoro si la edición careció de portada, pero el que obra en mi poder carece de ella, y se inicia con el título siguiente: *Poesías representadas por los ciudadanos Francisco Manuel Sánchez de Tagle, licenciado Manuel de la Barrera y Troncoso, Ignacio Sierra y Rozo, Luis Antepara y Anastasio Ochoa, individuos de la comisión encargada de este ramo. Fueron colocadas en lugares que se expresan.*

Al parecer, los sonetos, octavas y sentencias en verso que contiene el folleto, impreso en magnífico papel, estaban destinados a una festividad cívica: quizá un 16 de Septiembre, quizá uno de los cien regresos triunfantes de Santa Anna a la Capital de la República. Quizá porque los poetas de aquel tiempo, a semejanza de los de hoy, no desdeñan cantar las glorias verdaderas o men-

tirosas, de los que escalan las alturas de la fama, en cualquier de sus míseras formas. Y así el nombre de Antonio López de Santa Anna y el de Manuel de Mier y Terán andan junto a los de Hidalgo, Morelos, Allende, Iturbide. Por los textos se desprende que se cantan las glorias del Padre de la Patria, en el año 1831, casi con toda seguridad. Y las referencias a Santa Anna y Mier y Terán vencedores de Isidro Barradas en Cabo Rojo, victoria también cantada por Joaquín María del Castillo y Lanzas, parece recurso obligado, por su proximidad, y porque aquella acción militar, probó que México se había independizado para siempre del imperio español.

El folleto contiene dieciséis sonetos, cuatro sentencias en cuartetas, y ocho octavas, correspondiendo a Tagle dos sonetos: el que inicia el folleto y la serie de los que fueron colocados en los cuatro frentes del templete; y el primero de los doce que se colgaron en el centro de la Alameda Central. También son de Sánchez de Tagle las cuatro sentencias que ocuparon la parte superior del templete, que yo supongo instalado en lugar destacado de la ciudad, la Plaza de la Constitución, tal vez. De los otros sonetos Sierra y Rosso firma siete, uno Anastasio Ochoa, cuatro Manuel de la Barrera y Troncoso, y el capitán Luis Antepara, uno. Las octavas colocadas en las cuatro puertas centrales de la Alameda dos fueron escritas por Sierra, dos por Antepara, y cuatro por Barrera.

¿Quiénes fueron algunos de estos nombres casi olvidados, cuándo, dónde, y cómo fueron dadas a conocer las piezas que informan esta rara pieza bibliográfica? Ahora sólo he querido llamar la atención de los eruditos y curiosos de las letras mexicanas acerca del folleto y del material que contiene, con la esperanza de que ayuden al curioso de todo esto que soy yo, a no errar demasiado en las hipótesis que estoy a punto de arriesgar. Ojalá tú, Luis Noyola Vázquez; ojalá, usted, Víctor Ruiz Meza, me quieran guiar en la aventura.

28 de septiembre de 1952

Mi amigo Langston Hughes

Quiero hablaros ahora de otro amigo de México, de Langston Hughes, un poeta negro de los Estados Unidos que expresa las esperanzas, los sueños y el

despertar de la población negra de aquel país. Y lo hace, naturalmente, igual que el pájaro canta en la rama, pues para Hughes la rima no es apurado trance. Pero no se vaya a creer que su devoción por el pueblo negro, y por los temas negros, se debe exclusivamente al hecho de su color, sino que eso ocurre como en un retorno: después de haberse apasionado por la libertad del hombre, más allá de toda preocupación de razas y de pueblos, vuelve a su pueblo. Los negros son esclavos, pero también lo son los blancos que trabajan en iguales condiciones que los negros. Y así vienen a ser hermanos en el sufrimiento y en la lucha. Y si se ocupa de los negros con mayor frecuencia, es porque eso es lo que tiene más a la mano, en la doble circunstancia de verlo y sentirlo, y de todos sus deberes, éste el más próximo. A todo esto pudiera resumirse el mensaje poético de Hughes. Ha hecho en su lucha por los negros, algo que es bueno resaltar: ha enseñado a sus hermanos de color a perderle el miedo a esa palabra tremenda, a esa palabra tabú: negro. Los ha hecho decir en sus poemas y en su teatro: “Yo soy negro.”

Pero Langston Hughes es algo más que yo quiero resaltar: es un ardiente amigo y defensor de México, al que conoce no sólo por algunas visitas, sino porque ha seguido su historia. Estuvo aquí una vez, siendo muy niño a los siete años y fue testigo de un gran temblor que lo hizo huir en unión de sus familiares a la Alameda, entre el terror que le causaba ver salir de las grietas enormes tarántulas. Vino otra vez en los días más aciagos de la Revolución. Y una última, hace unos quince años, cuando yo lo conocí. De estos viajes a México habla en su autobiografía, que eso es su libro *El inmenso mar*, siempre enternecido de simpatía por nuestro pueblo, por los indios que vienen a ser, en cierta manera, los negros de este país. Su padre, después de una breve permanencia en Cuba, llegó a México donde, dice Hughes, no existen las diferencias de color ni los Jim Crow. Vivió en Toluca, tierra de zapatistas, a quienes vio más de una vez con las cananas cruzadas en el pecho, el hermano *mausser* al hombro y el sombrero gigante en la cabeza. México, “una tierra donde no había blancos que trazaran la línea divisoria del color, ni viviendas donde su familia debiera el alquiler de la vivienda. Montañas, volcanes, sol y cactus: ¡México!”, dice.

Pero, el pero que nunca le falta al pobre, Langston Hughes tuvo que volver a su país. Y cuenta que de regreso, mientras subía hacia el Norte, en San Louis Missouri quiso tomar algo en una fuente de sodas, y que habiéndole preguntado si era mexicano o negro, contestó que negro y no le sirvieron.

Comprendí, dice entre irónico y melancólico, que estaba de nuevo en mi patria, en los Estados Unidos. “Este país difícil.”

La poesía de Langston Hughes, toda ella con un dejo de improvisación, de canto y de plegaria, muy rara vez de protesta, es de tema negro como ya está dicho. Sus motivos son humildes, inesperados. Viajando un día hacia Nueva Orleans, mientras contempla el curso del Mississippi –el correr de las aguas ya se sabe, siempre sedujo a los desventurados– se le ocurre este hermoso poema:

*Yo he conocido ríos
Yo he conocido ríos antiguos como el mundo, y más viejos
que el fluir de la sangre por las venas del hombre.
Y mi alma se ha hecho profunda como los ríos.
Me bañé en el Éufrates cuando los amaneceres eran aún jóvenes
construí mi choza cerca del Congo, que arrulló mis sueños
Contemplé el Nilo y sobre el Nilo, elevé las pirámides.
Escuché la canción del Mississippi cuando Abe Lincoln
[bajó a Nueva Orleans
Y he visto su turbio seno dorarse a la puesta del sol.
He conocido ríos
Viejos, oscuros ríos
Y mi alma se ha hecho profunda como los ríos.*

La poesía de Langston Hughes ha sido traducida por poetas americanos. Entre nosotros, creo que fue Salvador Novo, el primero que la tradujo y si no fuera aventurado, diría que algo hay de Hughes en ciertos procedimientos técnicos del autor de *Ensayos*, por ejemplo aquel que comienza:

*Me escribe Napoleón:
“El colegio es muy grande
nos levantamos muy temprano
hablamos únicamente inglés
te mando un retrato de la escuela...”*

Otro que lo ha traducido con verdadera delectación es Herminio Ahumada. Porque Ahumada es un fino, delicado poeta. Un prosista decoroso, tam-

bién. Sino que publica poco y rompe mucho, lo que es una buena señal. Ningún día sin romper una página, la divisa de Juan Ramón Jiménez se cumple puntualmente en Herminio; pero ese poema que se salva, no le sacaré rubores a la cara pasados los días, como es frecuente en los escritores abundosos que un día esconden a sus criaturas, tal si estuvieran llagadas. Y ahora una última noticia: pronto se publicará un pequeño volumen de los poemas de Hughes traducidos por Ahumada al español.

5 de octubre de 1952

Una antología frustrada

Don Antonio Raluy Poudevida publicó en octubre del año pasado una *Antología poética hispanomexicana* que comprende algunas de las composiciones más importantes de los principales autores, cronológicamente expuestas a partir del siglo XII, con una nota cabecera sobre cada autor y el entroncamiento de la poesía mexicana, desde la época colonial a nuestros días, dice el autor. El compilador reconoce desde la primera línea que “no es tarea fácil la presente obra”. Y así es: basta asomarse a sus páginas para convencerse de que la obra está fraguada precipitadamente, por lo menos la parte que se refiere a México, única de la cual voy a ocuparme en esta rápida, adversa aunque no enconada *Alacena*. Por los errores tan de bulto en que incurre, parece que Raluy Poudevida armó su *Antología* con materiales que tuvo más fácilmente a la mano, sin cuidarse de verificarlos, mal común de muchas de nuestras frustradas antologías. Así la que hace apenas unos meses nos entregó el poeta jalisciense Jesús Arellano, fallida de la una a la otra parte.

Don Antonio recoge como obra de fray Miguel de Guevara el famosísimo soneto “A Cristo crucificado”, en otro tiempo atribuido al fraile michoacano, con todas las trazas de cosa verdadera, por Alberto María Carreño, pero que habrá que seguir considerando anónimo, pese a los “buenos argumentos” que invoca el antologista. Es verdad que el señor Raluy Poudevida se lava las manos puntualizando la atribución, pero fuera mejor dar de mano esa paternidad, ya definitivamente rechazada en nuestros días, según puede estar enterado el más humilde curioso de nuestra literatura. Otra circunstancia que viene a robustecer la sospecha de que el antólogo se valió de informaciones

falsas y manidas es el hecho de repetir los datos contenidos en la *Historia de la literatura mexicana* de Carlos González Peña, falsos de toda falsedad. Tales las palabras puestas en la pluma de Joaquín García Icazbalceta, pero que éste no dijo jamás, a menos que mis informaciones sean tan deleznable que no alcancen a fuentes más estrictas, raras y vedadas. Aquí mismo hace unas cuantas *Alacenas* nos referimos a González Peña y a Jiménez Rueda, denunciando la falsedad de sus informaciones en relación con Antonio de Saavedra Guzmán y su *Peregrino indiano*, a quien tales maestros juzgan con palabras que nunca escribió Icazbalceta. Pues bien: Raluy Poudevida se vale para situar a Saavedra Guzmán y a su poema del que desgaja un fragmento, de unas falaces palabras que no están en García Icazbalceta sino que las repite de González Peña. Son aquellas que tildan al *Peregrino indiano* de abrumador, aunque no tanto para no contar sus octavas reales que suben según la cuenta de González Peña a 2,039 y que no son sino “un verdadero diario de operaciones, adornado con parlamentos de indios, arengas de Cortés, batallas, tempestades y amoríos de indias, todo pobrísimo”. Dónde tenga dicho Icazbalceta estas cosas nadie lo sabe. Porque no están en las palabras al lector de la edición mexicana de 1880, como tampoco lo están en el artículo contenido en el tomo IV de sus obras editadas por Agüeros en 1897, siendo el mismo. ¿Las inventó don Carlos, o las tomó de algún otro autor que las citara de memoria, creando así esta superchería? Todavía no lo podemos decir, pero lo haremos más adelante.

La urgencia, la falta de cuidado con que está planeada y realizada la *Antología poética hispanoamericana* alcanza sus peores manifestaciones cuando el autor, pese a su intención de incluir a los poetas cronológicamente con el objeto —ello se adivina o se supone— de dar una idea panorámica de su desarrollo, salta de José Juan Tablada a Xavier Villaurrutia, dejando en las teclas de la máquina nombres más significativos, y desde luego más originales que el autor de los “Nocturnos”.

Estamos, pues, ante una Antología frustrada como tantas, esta vez más por precipitación que por incapacidad, pues los títulos que el autor ostenta —profesor de lengua y literatura españolas y latinas— nos indican que es persona enterada y responsable, y no uno de aquellos de quienes Ángel Ganivet decía, para ponderar su audacia, que se lanzaban por las cavernas de la literatura.

19 de octubre de 1952

Diario del Primer Imperio

Obra en mi poder, desde el año de 1937, copia de un manuscrito existente en el *Middle American Research Institute* de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. El original fue adquirido en Londres por Franz Bloom, en otro tiempo jefe de aquella institución. El primero que se ocupó de esta joya fue Rafael Heliodoro Valle en las páginas de *El libro y el pueblo*, en el número correspondiente a octubre de 1932, ahora veinte años. Valle alude de modo pasajero al *Manuscrito*, por cierto llamando a su autor Bervete, por una mala lectura de la caligrafía del autor; error que repite en este mismo mes de octubre al referirse nuevamente al documento en el número 6 de la revista *Historia de América* que anima Daniel Cosío Villegas, a propósito del *Diario histórico* de Carlos María de Bustamante.

El nombre verdadero del autor de este *Manuscrito* es Miguel Beruete y Abarca, un empleado del ramo de tabacos de la administración colonial en los días que México alcanzó su independencia, de la que era enemigo; pero que se quedó en México y participó en todos los corrillos en que nacían y se propagaban los rumores con la esperanza de que España recobrarla la colonia perdida. Tuvo la curiosidad, desde la víspera de la proclamación de Iturbide como Emperador de México, de ir apuntando diariamente todos aquellos sucesos relativos a la nueva situación en que entraba el país. Y lo hacía con malicia, afán partidarista y con tristeza si los hechos eran contrarios a su posición, alegremente si la favorecía. Sólo una vez llama *Diario* a sus apuntes. Pero ésa es suficiente para que así lo titulemos, mayormente si se piensa que con ese sentido escribió Beruete sus apuntes dentro del estilo que privaba en aquellos días, como lo testifica Bustamante, clásico en nuestras historias de este género.

El *Manuscrito* se inicia el 17 de mayo de 1822 y se prolonga hasta la muerte de Iturbide que “murió baja y cobardemente... que murió como vivió, novelescamente”; y aún más allá, hasta la caída de San Juan de Ulúa, último reducto de los españoles y de las esperanzas de Miguel Beruete.

El *Diario* tiene una importancia de primera en el estudio de aquella época. Los testimonios de el Pensador, de Alamán, de Bustamante, de Vicente Rocafuerte, encuentran en sus páginas su complemento y comprobación. Lo que ellos apuntaron a medias, suele encontrar allí un dato que robustece sus afirmaciones; un adjetivo, una palabra que pinta con un nuevo color los instantes de aquella lucha. Y, en efecto, ha servido para completar algunas semblanzas:

la de Mier, la de Alamán, la de Victoria. De sus informaciones se valió Arturo Arnáiz y Freg para poner nuevos toques al retrato de Lucas Alamán, aunque no haya acreditado al autor de esta *Alacena* la posesión de una copia del *Manuscrito de Beruete*, ocasión que aprovechó para sacar una más, devolviendo la que tenía prestada con una página de menos. Pero eso es harina de otro costal al que hemos de volver pronto, cuando en el número próximo de la revista de *Historia Mexicana*, hagamos una disección del *Diario de Beruete* que desde hace quince años tenemos anotado y prologado, en espera de un editor.

26 de octubre de 1952

Absurda y rencorosa historia

Aunque publicado, según todas las sospechas, en 1939, no ha sido sino en estos últimos meses cuando ha llegado a México, y he podido leer, el libro *Agustín de Iturbide, emperador de México* de Alberto de Mestas. El autor, en absoluto desconocido en el capítulo de los estudiosos de la historia de México, parece una de esas criaturas del franquismo, enajenado con la vana y difusa esperanza de que España reconstruya su imperio en América. Su libro es un perfecto modelo de necedades, errores y aberraciones, propias de quien se atreve por un campo que le es ajeno, sin otra mira que halagar a los oídos de su amo y abrir las compuertas del albañal de todas las ineptias y rencores que les estanca el alma por la pérdida de un reino que creyeron suyo. Llama a Iturbide autor real de la Independencia de México, y aunque asegura que ni allá ni aquí hay quien piense cambiar el orden de las cosas actualmente existente, por mucho que justamente se llore la desaparición del imperio español, el más excelso y excelente que conocieron los siglos, afirma, no deja de lamentar aquella pérdida.

Mestas se resigna a aceptar el olvido en que actualmente se tiene a Iturbide en España, pero considera incomprensible este olvido en México, donde se pretende, según él, suplantarle con aquellos primeros insurgentes de triste memoria: Hidalgo y Morelos, a quienes falsamente quieren ahora atribuir la gloria que sólo a Iturbide pertenece. Esta opinión así de rencorosa y absurda, da el tono de toda la obra. Se vale Alberto de Mestas para fundar su opinión en autores de segunda y tercera categoría, cuando no autores abiertamente adversos a la Independencia de México. ¿Pues qué otra cosa son Marius André,

Alfonso Junco y Lucas Alamán? Claro que el autor no sólo recurre a estas fuentes, sino también a otras, pero de un modo intencionado, pues se adivina que sólo toma de ellas, aquellas afirmaciones o fragmentos de afirmaciones que favorecen sus propósitos previos. Fuentes y autores que se advierten nuevos en sus trabajos, puesto que equivoca sus nombres y la ortografía de sus nombres, tal como ocurre con Bustamante, a quien llama Carlos Luis, y con Lorenzo de Zavala, apellido que escribe con “b” larga. Si estos nombres y estas obras, así como la cuestión que debate en su obra le fueran familiares, es seguro que Alberto de Mestas no cometería esos errores tan de bulto.

El juicio sobre los padres de la Independencia mexicana, entre quienes no puede contar en primer lugar a Iturbide, está calcado de Lucas Alamán, enemigo acérrimo de la Independencia y de sus héroes. Parece increíble que aún en nuestros días, cuando hasta en el campo enemigo se ha reconocido la grandeza moral e intelectual de Hidalgo, por ejemplo, todavía haya trasnochados que repitan el retrato que del cura de Dolores trazó la mano rencorosa de Lucas Alamán, hombre que perdió durante la Guerra de Independencia la situación de privilegio que gozó y que no pudo olvidar, pese a su extraordinario talento, la visión de la entrada de los insurgentes a su ciudad natal.

¿Por qué si Alberto de Mestas recurre a un autor liberal como es Bustamante, única pluma que invalida, o por lo menos se opone a Alamán, no cita de don Carlos, aquellos lugares en que la figura de Hidalgo y de Morelos, aparecen no como los incendiarios, malhechores y alborotadores que supone don Lucas? Por eso. Porque el autor de la obra *Agustín de Iturbide, Emperador de México* no tiene otra meta que insistir en que la perdición de México viene de su Independencia, cuando nosotros creemos que viene de la Colonia. En fin: de esta historia se saca en limpio a un Iturbide estadista, héroe cabal, generoso, magnánimo, víctima de la ceguera de la política mexicana, y no el desertor de las filas realistas, que una vez consumada la Independencia, frustró los primeros frutos de la victoria, haciéndose proclamar Emperador, aunque Marius André, máxima autoridad para Mestas, declare que un general por sí solo no puede proclamarse Emperador, sino que esto cuando ocurre, es por decisión unánime de los pueblos; pero dejando en el tintero esta otra certeza: que el mismo pueblo que tiró de su carro se encargó de tirarlo del trono en que una facción de malos mexicanos lo había encaramado.

De nuestra historia literaria

Hay una serie de textos sobre Literatura Mexicana que, por su escasez, no están al alcance de los estudiantes de literatura, y no sólo de los estudiantes, sino hasta de los profesores de literatura. Hablando un día con el poeta Francisco González Guerrero, gran conocedor de la historia de nuestras letras, pensamos en lo conveniente que sería que estos textos se reprodujeran, y de ser posible, prologándolos y anotándolos para bien de todos, maestros y estudiantes. Con eso se conseguiría reforzar la información que acerca de nuestros más grandes escritores se tiene, generalmente repetida de las fuentes más conocidas, a tal grado que, a ratos, no son sino glosa o paráfrasis de lo dicho por Joaquín García Icazbalceta o Francisco Pimentel para sólo citar dos nombres.

En efecto, en los textos a que hago referencia, hay juicios diversos a los que hasta ahora están en circulación sobre poetas y escritores del siglo pasado, o de épocas anteriores, buenos para ir completando el panorama de nuestra producción literaria. Así las obras de José María Vigil, aunque trucas, no tan incompletas para que reeditadas no concurren a completar el cuadro de nuestras letras de todos los tiempos. Vigil es de los pocos que atienden a la literatura precortesiana, como antecedente de las letras mexicanas, omisión que se advierte en las otras historias de la literatura, si se exceptúa la de Urbina, así sea para oponerle más de un reparo. Este solo capítulo las hace dignas de una reedición a fin de ir reforzando y despojando de prejuicios el renglón relativo a la literatura indígena de México, anterior a la Conquista.

No menos importante es el *Discurso sobre la poesía nacional* de Francisco González Bocanegra, pieza tan rara que aun los iniciados, sólo conocen de ella referencias o resúmenes, y que por haber sido escrita por un contemporáneo de los poetas a quienes se refiere, tiene el mérito que no hay cómo ponderar. ¿Y qué decir del capítulo “México y los mexicanos”, consagrado por el poeta español José Zorrilla a la vida de las letras mexicanas en su libro *La flor de los recuerdos*, publicado hace cien años? Pues hay que decir que es un panorama de la vida y la literatura mexicanas tan incisiva, generosa y tierna, que es una lástima que la ignoren un gran número de mexicanos. En la carta al Duque de Rivas, Zorrilla, si bien afirma que sólo va a ocuparse de los poetas, en una serie de briosas digresiones, se asoma a diversos campos de la literatura mexicana, así el teatro como la novela. Partiendo de fray Manuel de Navarrete y Fran-

cisco Manuel Sánchez de Tagle, Zorrilla nos lleva hasta los poetas de mayor renombre de aquel año de 1857 en que trazó el panorama que nos ocupa. Manuel Payno y Guillermo Prieto, entre otros. Es lástima que Zorrilla haya cambiado más tarde su ánimo con respecto a México, por razones de índole partidarista. Pero sus juicios y opiniones sobre el México que trató en su primera época, son de los más nobles, levantados y generosos que escritor alguno nos haya prodigado. Puede que no haya otro pueblo sobre la tierra que tenga más afición a los versos y en el cual se hagan más, dice. La riqueza y flexibilidad de nuestra lengua, el ingenio natural de los mexicanos, su talento especial para el epigrama, su carácter un tanto burlón y decidor, hijo del de nuestros andaluces, y su oído musical, mantienen en el pueblo, una decidida afición a la poesía, concluye. La literatura mexicana, dice Zorrilla, fue sólo un reflejo de la española, mientras México fue español; por cuya razón sólo trataré de los poetas que ha producido su independencia bajo un carácter exclusivamente mexicano, y no de los anteriores a su emancipación política. Y cosa extraña en su tiempo, afirma que la literatura mexicana no puede ser desprendida de la marcha política del país. Otras muchas cosas dice Zorrilla de nuestra manera de ser colectiva, pero basten las apuntadas.

Estos no son, claro está, los únicos textos que pudieran ser reeditados. Otros hay de pareja importancia, por ejemplo el de Pedro Santacilia, *Del movimiento literario en México* del año de 1868.

9 de noviembre de 1952

Entre el tiempo y el pan

He dicho en una *Alacena* anterior que la *Antología de los 50*, prologada, seleccionada y anotada por el poeta jalisciense Jesús Arellano era una obra fallida de la una a la otra parte. Dicho así, de paso, como de refilón, parece algo inspirado por un sentimiento desdeñoso hacia el autor. Y no hay tal. Yo tengo por Chuchito Arellano un hondo afecto, al extremo que sufrí como enderezados contra mí los chistes, las burlas y chungas que no sólo se dijeron sino se escribieron contra él a raíz de haberse publicado la *Antología*. No. Lo que yo siento con respecto a las fallas que disminuyen su trabajo y su entusiasmo es una especie de ira, mezclada con un sentimiento piadoso, que no sólo se refiere a Jesús Are-

llano, sino incluye a todos aquellos que víctimas de pequeñas pasiones o de las malhadadas circunstancias que rodean a las tareas intelectuales sus obras se ven marcadas con el sello de las rivalidades literarias, o de la improvisación, pecados éstos de los que no se salvan ni Jorge Cuesta ni Manuel Maples Arce, pongamos por caso. Justamente en uno de estos pecados incurrió Chucho Arellano, frustrando de ese modo una oportunidad muy rara vez alcanzada entre nosotros, como es ésta de que un poderoso del dinero, o de la política, patrocine la publicación de un libro; aquí, donde frecuentemente los encargados de promover la cultura suelen ser ajenos a ella, cuando no alérgicos hasta el grado de que la lectura de un poema les produzca roncha, quiero decir, urticaria. Eso es lo que me duele en el caso de Arellano. Por lo demás, soy testigo del gozo que lo poseía en los días que fraguaba la *Antología*, seguro como estaba del servicio que iba a prestar al mejor conocimiento de la poesía mexicana. Pero —el pero que nunca falta a los afanes mexicanos— Arellano no tuvo la vigilia necesaria, ni el tesón indispensable, ni el tiempo preciso para armarla mejor. Y así se conformó con lo que tuvo al alcance de la mano, dejando fuera aquello que alguna dificultad significaba buscar y encontrar. ¿Qué otra cosa puede uno pensar cuando encuentra en el cuerpo del “Prólogo” las palabras como las que siguen? “Cabe mencionar aquí que poetas como Casanueva, Mazo, Martínez Ocaranza y Manuel Calvillo no fueron incluidos por no tener a la mano sus poemas.” Y esto cuando Chucho Arellano acaba de afirmar que pretende dar la panorámica más real de nuestra lírica para que se conozca y justiprecie la poesía de este medio siglo.

No digo nada de las presencias y de las ausencias. Una antología es siempre, aun en aquellas ocasiones en que un mayor rigor técnico presida su nacimiento, una muestra de los gustos y preferencias personales del antólogo. Lo que no está bueno es postular esa circunstancia de modo abierto, sin atenuantes, casi con intención agresiva y de querella. Indudable, dice Arellano, que en un medio en que los poetas siempre se contaron por cientos, resulta difícil seleccionar no diez ni veinte, sino hasta cincuenta, a pesar de la amplitud. Puesto en esta perplejidad el joven poeta, se vio orillado a trazar un plan de batalla: puso en primera fila a aquéllos de reconocido valor. Luego a aquellos otros que cultivan con fervor y perseverancia su jardín, con la esperanza de alcanzarla —a la poesía— alguna vez; pero luego a algunos que siendo amigos, “hay que incluirlos a como dé lugar”. Finalmente, a los del último barco, como una manera de marcar el primer paso de su trayectoria poética, pues de alguna

utilidad ha de ser, si no para la poesía, sí para el estudio de nuestra literatura, dice más o menos. ¿Y para qué seguir adelante? Yo sólo quise decir que esta derrota de Arellano es virtualmente la derrota de cada uno de nosotros, presos como estamos, entre aquellos dos extremos que señaló Manuel Orozco y Berra para las obras del espíritu: cuando tenemos pan, no tenemos tiempo; cuando tiempo, no tenemos pan.

16 de noviembre de 1952

Notas manuscritas de Galindo y Villa

Ya en otra ocasión he glosado las notas que de puño y letra de Jesús Galindo y Villa he encontrado al margen de algunos libros que fueron de su propiedad. Estas notas iban a servirle sin duda, y algunos en efecto sirvieron, tras de discutir las y clasificarlas, para sus trabajos personales. Sin embargo, muchas eran la traducción de sus más íntimas convicciones, de esas que no trascienden al público, porque en ellas va de por medio la buena crianza, cuando no la denuncia de situaciones que, por graves, deben permanecer ocultas. En la ocasión de que hablo, las notas se referían al libro *El verdadero Juárez*, que Galindo y Villa no logró organizar, pero que sin duda estaban destinadas a dar cuerpo a uno de los tantos libros que se escribieron para refutar a Francisco Bulnes. Estas de que voy ahora a ocuparme son de índole diversas: más que referirse a la obra *Las ruinas de Mitla y la arquitectura* de Manuel Francisco Álvarez traducen las fobias de don Jesús, reflejan aquello que en lo más hondo de su conciencia pensaba del gobierno porfirista y de la suerte de nuestra cultura. El ejemplar de la obra de Álvarez está dedicado a Galindo y Villa en el año de 1905, a petición suya, según se desprende de la larga dedicatoria. Pues bien, Galindo y Villa pasados unos años, reúne sus observaciones en su libro *Algo sobre los zapotecas y los edificios de Mitla*, pero deja en el tintero aquellas otras reflexiones que, como he dicho, se refieren más a su intimidad psicológica que a su situación de historiador y escritor. Como se recordará, Álvarez, más que una obra personal, presenta en *Las ruinas de Mitla* una antología de las diversas opiniones que hasta su tiempo existían de más valiosas acerca de aquellas antigüedades oaxaqueñas. Cada una de esas piezas promueven un comentario, una discusión, una reflexión en el ánimo de Galindo y Villa, todos de índole histórica y científica. Pero, de pronto,

ante una afirmación de Viollet-le Duc, según la cual “Tal vez hemos llegado al momento en que una intervención europea en México, permitirá romper los velos que cubren aún la historia de aquella hermosa región”, don Jesús, suelta estas dos prendas “El insigne Viollet-le-Duc, nos juzgaba todavía salvajes cuando escribió estas frases. Sin embargo, no carecía, en el fondo, de razón: nuestra incuria y abandono han acabado con las ruinas”. Y como Le-Duc aconsejara métodos más modernos para los estudios arqueológicos, Galindo y Villa vuelve a la carga “En efecto, hasta hoy por desgracia, y durante largos años nuestro Gobierno nada se ha preocupado por esto: lejos de eso, ha mantenido, contra la opinión pública, desde hace 20 años, en su puesto de Inspector y Conservador de nuestros monumentos arqueológicos, a un charlatán, enteramente empírico, que da vergüenza sea el que prive. Deberían los monumentos ser conservados e inspeccionados por una Comisión Técnica de arquitectos y de arqueólogos; mientras esto no sea, los extranjeros serán los aprovechados”.

El charlatán a quien se refiere Galindo y Villa era don Leopoldo Batres, realmente una calamidad para los estudios arqueológicos, y como persona, pero a quien hay que acreditar algo que todos reconocen en nuestros días: fue él quien inició en México las exploraciones arqueológicas con un entusiasmo y un tesón que sólo tiene paralelo en el maestro Alfonso Caso.

23 de noviembre de 1952

Bibliografía censurada

Una de las empresas bibliográficas más notables que se hayan emprendido entre nosotros, es aquella que hace un cuarto de siglo inició, desde su cargo de Secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada, y que fue suspendida en el año de 1935, pero cuando ya había entregado a los estudiosos de nuestra historia y de nuestra literatura hasta treinta y una Monografías, a cual más ricas y raras. Genaro Estrada, al planear y dirigir en casi su totalidad, la serie de *Monografías Históricas Mexicanas* se propuso, según las palabras aparecen en el volumen primero, facilitar el trabajo de los estudiosos de la literatura y de la historia, aliviar el trabajo de los investigadores de las letras mexicanas; aportar el árido e indispensable material que luego ha de servir para las construcciones mentales; organizar los dispersos datos que tan útiles suelen ser para el

pensamiento creador y para la erudición literaria. Y aunque Estrada consideró aquello dura, ruda labor, sin genio ni gloria, a la vuelta de los años se pudo ver que su premio y su corona ha sido la gratitud de los mexicanos que en un alarde que tiene todo el ropaje de lo heroico, trabajan la gigantesca dura veta de la erudición mexicana. Y no sólo, sino que el ejemplo de Estrada sirvió para que otros mexicanos, iniciaran con ímpetu parejo, una nueva serie de aquellas monografías, dentro de las tendencias con que las caracterizó su iniciador.

Pocos lectores recuerdan las circunstancias en que las *Monografías Históricas Mexicanas* fueron suspendidas, siendo la última, justamente obra de don Genaro. Sucedió que el autor de *Pero Galín*, al escribir las palabras que anteceden al tomo II de la *Bibliografía de la Revolución Mexicana* de Roberto Ramos, y penúltima de la colección, en una necesidad de desahogo, o de mal humor, o de las dos cosas juntas, escribió estos renglones que iban directamente a la cabeza del titular en turno: “El ministro puede ser, si conoce de la materia, el director de esta colección; pero no fue la idea de que precisamente lo fuera por el solo hecho de ser el ministro”: Estrada aludía de este modo a la lamentable confusión que, en el sentido de la dirección de la serie “aparece en algunos de los últimos tomos publicados”. El resultado de estas opiniones fue que el titular en turno de la Secretaría de Relaciones, tras de retirar del volumen las palabras iniciales de Genaro Estrada, cesó al autor de ellas. Es ésa la causa de que casi todos los ejemplares del tomo II de la *Bibliografía de la Revolución Mexicana* circulen con el solo prólogo de Enrique Fernández Ledesma, y la paginación se inicie con el número XVII, pues las palabras iniciales de Estrada ocupaban las primeras páginas del libro.

30 de noviembre de 1952

Poeta y loco

No he visto hasta ahora en los artículos que Baltasar Dromundo ha venido escribiendo sobre sucesos y personas de hace un cuarto de siglo, ninguna semejanza de uno de los personajes más característicos de la vida y del barrio universitario de aquellos años: de Fernando de la Llave, uno de los nuestros que tenía de todo un poco, aunque sobresalía por lo que de poeta y loco hay en el hombre, según la sabiduría popular. Sólo Miguel Othón Robledo, ahora

casi olvidado tras larga espera de que alguno reuniera su obra poética dispersa, la anotara y la prologara para rescatarla del olvido, puede equipararse a De la Llave, en el gusto por la vida, la experiencia maldita de la personalidad, y en lo heterodoxo de la sensibilidad literaria.

Desde que lo conocí en los días preparatorianos, allá por el año de veinticuatro, no sé si con razón o sin ella, lo referí siempre al personaje de “El pájaro azul”, el bello cuento de Darío. Porque Fernando era un rey de la vida, un bravo improvisador, un vagabundo, un ensayo general y una brillante tentativa de poeta, siempre asomado a los escaparates de las librerías, ido ante los libros nuevos, y porque podía repetir como escrita para sí la cuarteta del pobre Garcín:

*Sí. Seré siempre un gandul
lo cual aplaudo y celebro
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul...*

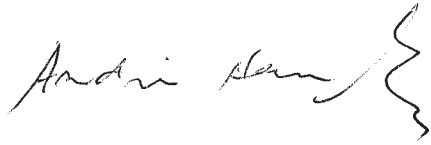
Una cosa no hizo, ni hará, porque el hombre no debe separarse voluntariamente de la vida, Fernando de la Llave: dejar abierta la jaula del pájaro azul que habitó siempre su cerebro y aleteó golpeándole las sienes, ahora encanecidas.

Parva su obra; apenas dos pequeños libros de poemas, *Migajas de sol* y *De smoking*, y algunos poemas y prosas perdidos en revistas y periódicos de los últimos tiempos. Atento al eco y al rumor de las modas literarias, los poemas de Fernando de la Llave son un fiel trasunto de nuestras lecturas estudiantiles: intento de poner en metros y modas pasajeras lo que de permanente guarda nuestra frente y nuestro corazón: el ejercicio de amar y de vivir, y el dolorido sentir que nada consigue ocultar, aunque no siempre logremos traducir.

Ahora Fernando ya no escribe poesías, lo que no quiere decir que haya dejado de ser poeta, sino que abrumado por la apetencia de vida, por una dolorosa paradoja, la derrochó como el manirroto que siempre fue, sin compartirla con otros menesteres. Y yo he querido, al saberlo enfermo, escribir esta conmovida, si rápida nota, en recuerdo de los días en que tomamos, en un mismo vaso, el vino puro de la juventud y echamos en la tierra las raíces del árbol que, poblado de rumores y de nidos, y de escarcha, ahora somos.

21 de diciembre de 1952

1953

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Andrés Bello", followed by a decorative flourish.

La clara voz de México

Dentro de unos días hará cien años del nacimiento de José Martí. Y pienso que es bueno recordar a uno de los mexicanos que más amaron su genio y su figura, que más ahondaron en el misterio de sus versos, que más enseñanza sacaron de sus libros todos: hablo de Camilo Carrancá y Trujillo, muerto hace diez años cuando daba cima, lenta, pero seguramente, a la noble, generosa, ferviente tarea que veinte años atrás se había propuesto: reunir y publicar todo lo que entre nosotros escribió Martí durante los años de 1875 y 76, dos de los más decisivos en su formación intelectual y humana.

Trunca se quedó la obra de Carrancá, pero no por eso disminuye su importancia, ni se reduce el luminoso impulso que le dio nacimiento. Apenas tres títulos pudo publicar a lo largo de dos lustros: *La clara voz de México, I y II* y *Arte en México*, en que se reunieron algunas páginas desconocidas o sólo fragmentariamente conocidas, y que tan útiles han venido a ser para el estudio de nuestra literatura y de nuestra plástica, como lo proclaman las reiteradas citas contenidas en obras que de estas cuestiones se han publicado en los últimos tiempos. Así lo encuentro en *Arte moderno y contemporáneo de México* de Justino Fernández, quien recurre a los artículos de Martí para completar el panorama de las artes plásticas mexicanas en el último tercio del siglo pasado. Pero no fueron solamente estos libros los frutos de los trabajos de Carrancá y Trujillo, sino que se enriquecen con otras pequeñas publicaciones, así como haber ayudado a establecer circunstancias de la vida de Martí en México, hasta entonces desconocidas, por ejemplo, la fecha en que José Martí llegó a nuestras playas, que si bien es cierto que la llevó a cabo Miguel

D. Martínez Rendón, pudo trascender por estar Camilo Carrancá empeñado en establecerla. Las publicaciones mencionadas son varias, pero basta con dos o tres de ellas, según concurren a mi memoria: *Martí, traductor de Víctor Hugo; Acerca de Martí en México*, un folleto en que Carrancá reivindica para el poeta Martínez Rendón el lauro de haber indagado la fecha exacta en que el Apóstol de Cuba llegó a México la primera vez, y si mi memoria no me falla, *Martí, Castelar y la Revolución de Cuba en 1875*, entre otras pequeñas cosas.

Recuerdo que una noche, en la calle de Edison, donde vivía Juan Murillo, recién llegado de Cuba, Carrancá y Trujillo contaba que era su intención dar a conocer todas las piezas literarias de Martí, dando de mano el consejo del gran escritor a Gonzalo de Quesada, según el cual, sólo debía llevarse de la selva de su producción aquellas ramas que estuvieran cargadas de fruto. Yo publicaré todo lo que encuentre, decía Carrancá pensando que cuando algún día se haga la edición de las obras completas de Martí por Cuba –o por América– quien se encargue de esa empresa, deseche las ramas que no lleven flor, si es posible que alguna estuviera desnuda. Y Camilo Carrancá y Trujillo acertó: Cuba hizo la edición de las *Obras Completas* (1946) y el autor del prólogo y de la síntesis biográfica del gran cubano, Isidro Méndez, no desdeñó ninguna página, porque no hay una sola que no denuncie, ya la grandeza del hombre, ya la grandeza del escritor.

¿Y no fuera bueno también que los escritores y amigos mexicanos de Martí que ahora celebran veladas, dictan conferencias, participan en homenajes, se reunieran alguna vez para recordar y aplaudir las tareas y desvelos de Carrancá y Trujillo, aquél exaltado martiano muerto cuando tantas cosas trabajaba pensando en este centenario?

4 de enero de 1953

Nervo, crítico

En noviembre del año pasado apareció el número 12 de la “Serie Letras” que hace años inició la Universidad Nacional. Este número corresponde a Amado Nervo y lleva por título *Semblanzas y crítica literaria*, enriquecido con unas nobles, justas, y entusiasmadas Notas preliminares del poeta y crítico literario Francisco González Guerrero. Tratan esas notas, y lo consiguen, establecer la

procedencia de las piezas que constituyen el libro, señalando el significado que tienen para el estudio y desarrollo de la literatura mexicana, ya que no obstante su carácter breve, rápido, escritos al correr de la pluma, lograron aprisionar un rasgo permanente de la vida, de la obra y del ambiente en que vivieron y escribieron los poetas y escritores a quienes enjuician: Luis G. Urbina, Joaquín Arcadio Pagaza, Ángel de Campo, entre otros, pasan por estas páginas, pero su huella queda, después de medio siglo, tibia y familiar. Extraña González Guerrero que Genaro Estrada no hubiera advertido estos artículos cuando hojeó el periódico *El Nacional*, entre los años de 1895 y 1896, no obstante que menciona otros en las 200 notas de bibliografía mexicana, dejando así viva la oportunidad para que otro los encontrara y diera a luz, cosa que ha hecho González Guerrero. Para establecer la estirpe de estas “Semblanzas”, González Guerrero recurre a las que trazó Riva Palacio en *Los cerros* (1882), aunque las de Nervo fueron escritas a la sombra del periodismo y las de “Cero”, en reposo y con mayor ambición. Tienen, asegura, cierta afinidad con las que Ermilo Abreu Gómez publicó en *El Nacional* hace diez años y reunió después (1946) en *Sala de retratos*. Tienen de común la brevedad, el humorismo, el estilo aligero y donoso. Cierto, pero nada más, porque Abreu Gómez tomaba a escritores y libros como pretextos para divagar, sin preocuparse por la verdad de sus opiniones acerca del ejercicio literario. Frecuentemente, se advierte en los retratos de Ermilo una gran divergencia entre la opinión hablada y la opinión escrita, siendo verídica la primera y galante la segunda.

En las semblanzas de Nervo se descubre una preocupación por acertar, por consignar en el lienzo un rasgo siquiera que defina de verdad a hombres y a libros, afirmación ésta que se puede verificar comparándolos con los que otros escritores han trazado sobre idénticas personas, obras y cosas. Por ejemplo, la semblanza de “Micrós”, como hombre y como escritor, trazada por Nervo en 1895, es la misma, casi literalmente la misma, a la que Victoriano Salado Álvarez hizo en 1929. Para evocarlo —a “Micrós”—, Salado Álvarez recurre a la ornitología y lo compara con la alondra y la perdiz. Nervo apunta que tiene fisonomía de pájaro, y los dos hablan de su nariz aguda, de su nariz subversiva, de su cabecita chica y como triangular, de su reducida cabeza, de sus enormes anteojos y de sus gruesos vidrios. Nervo apunta que “Micrós” se distingue por la observación fina, exactísima; y Salado Álvarez escribe que nadie ha logrado esa observación tenue, fina y elegante que logró “Micrós”. El poeta escribió a la sazón de haber conocido al autor de *Cosas vistas*; el historiador varios lustros

después, con los datos del recuerdo y, sin embargo, por partir los dos de una realidad, sinceramente observada, dicen de Ángel de Campo cosas parecidas. Un solo lunar afea estas semblanzas y opiniones literarias de Nervo: las afirmaciones que lo presentan como un pésimo pensador, contenidas en aquella respuesta que dio justamente a Salado Álvarez con motivo de una discusión sobre el Modernismo. “¿Quién ha dicho a usted, amigo y señor, que la literatura es hija del medio y de él debe proceder como legítimo fruto? Muy al contrario, vive Dios. La literatura podrá elevar la intelectualidad del medio; mas nunca el medio creará la literatura.” Así dice Amado Nervo, muy orondo, muy trepado en su opinión aristocratizante de lo que es y deben ser las letras de un país.

11 de enero de 1953

Enorme casi

Dos recios y hermosos libros leí en los últimos meses del año pasado: *La nube estéril* de Antonio Rodríguez y *Cuando Cárdenas nos dio la tierra* de Roberto Blanco Moheno. Del primero ya me ocuparé; ahora quiero detenerme un instante en esta que su autor considera “casi novela”, siéndolo de modo cumplido y cabal. Otras cosas había yo leído de Blanco Moheno, pero en verdad ninguna de ellas anunciaba al autor de esta novela, sorprendente de vigor, sentido social y savia mexicana. Sus otros libros, con ser mejores que los que uno está habituado a encontrar entre los escritores noveles, tienen más impulso que razón, más hoja que raíz; son brotes, larvas, botón que no siempre se resuelve en flor. Eso era lo que yo conocía de Blanco Moheno. Por eso, al atreverme por las primeras páginas de *Cuando Cárdenas nos dio la tierra*, lo hice titubeante, venciendo resistencia, y sólo animado por la viva simpatía que justamente unas semanas antes había promovido en mí su autor, un joven inquieto y alerta. Y yo, que soy un lector lento, como corresponde a un hombre de tradición oral, más acostumbrado a oír que a leer, no solté el libro hasta más allá de las primeras cien páginas, preso en la red de emociones, sorpresas y entusiasmos que Blanco Moheno sabe tender a sus lectores. La bondad de esta novela, y su eficacia, quedan manifiestas en la nutrida sucesión de ideas, hallazgos y decisión de trabajo que va poniendo en el ánimo de los lectores, digo, suponiendo que fuera yo un resumen del lector que es al mismo tiempo un escritor. Así,

pensaba, mientras leía, deberían escribir los jóvenes novelistas y narradores mexicanos. Así, me decía, quisiera yo escribir una novela sobre un capítulo de la Revolución en el Istmo de Tehuantepec. Y esto: sentir que uno es capaz de repetir la hazaña de imaginar una acción, y desarrollarla dándole una cabal dimensión de la realidad sin que por ello se anulen las galas de la invención, es la manera más exacta de la creación literaria. *Cuando Cárdenas nos dio la tierra* parece escrita de un solo golpe, sin resollar, sin interrumpir la racha creativa, tal como si estuviera largamente memorizada y luego vertida al papel, pero eso sí, respetando los altibajos de la improvisación. Pero no hay tal. Blanco Moheno se ha ejercitado largamente en el oficio de escribir, y puede decirse que no sólo son numerosos sus recursos, sino que a ratos se recrea en sorprender al lector con procedimientos ajenos a la expresión normal, ortodoxa. Quiero decir que Blanco Moheno se empeña a veces en sugerir al lector la idea de que escribir no es tan sencillo, sino que es un menester erizado de dificultades técnicas. Y en eso reside en mi sentir lo poco vulnerable que puede encontrarse en su hermosa y robusta novela. Si yo tuviera autoridad, le aconsejaría que rehuyera esos vanos alardes de estilo y de procedimiento. No piense, querido Roberto, en el asombro que pueda causar en el lector. Piense en lo contrario: que hay que crear en el lector la certeza de que todo es tan fácil, tan sencillo, que cualquiera puede pensarlo, decirlo, escribirlo, pues no otra cosa es el escritor que un hombre común y corriente, que dice lo que todos queremos decir, pero que no sabemos cómo. Cuando esto ocurre, se está en presencia de un escritor de raza, que es como se llama a esos que escriben sin dificultad, con llaneza, sin apavientos, como el que cumple una función natural.

A todo esto llegará Blanco Moheno. Y yo desde aquí espero que en una futura creación le dé a México, la gran novela, la acabada novela que *Cuando Cárdenas nos dio la tierra* anuncia de modo claro y elocuente.

18 de enero de 1953

No es el género

Entre los trabajos presentados al concurso de novela convocado por *El Nacional* hace dos años, uno mereció llegar a finales, *La nube estéril* de Antonio Rodríguez. Y no obtuvo el premio, según ha llegado a trascender, por no

ajustarse a las leyes que rigen el género novelístico. Puede que todo eso sea cierto, pero no hay que olvidar que en muy pocas ocasiones se ha escrito entre nosotros una novela en la que pueda decirse que se han cumplido en su factura las leyes todas del género. Y es que de todas las formas literarias, ésta de la novela es la más rigurosa, la que mayor conciencia artística reclama, no siendo por eso extraño que sea la última en aparecer en las letras de un país. Novela propiamente dicha, casi no la hay entre nosotros, puesto que hasta aquellas que más apariencia tienen de tal, no son otra cosa que brillantes narraciones, relatos asombrosos de vigor y belleza, cuando no trozos autobiográficos alterados por el tiempo. Porque la belleza, y el bien, la defensa de la libertad y la justicia, pueden estar contenidas en cualquier género literario: en la novela y en el relato, en la narración y en la historia, en la biografía y en las memorias. Por eso *La nube estéril* disputó el primer lugar hasta el último instante, y el jurado calificador la recomendó entre las que debieran publicarse.

Hay grandes libros americanos que no sabemos aún clasificar. Nadie sabe, por fin, qué es el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento; si una novela o una biografía, si un tratado sociológico o relato costumbrista, si una larga conversación o un desahogo político. Y sin embargo es el mejor libro argentino y uno de los mejores de la literatura del Nuevo Mundo. *La vorágine* de José Eustasio Rivera que goza fama de ser una de las tres o cuatro grandes novelas hispanoamericanas de nuestro tiempo, está escrita en primera persona, no se preocupa por dar oído y forma al mensaje del hombre, entendido como una verdad universal, sino que se conforma con ser un testimonio personal, de su ambiente y de su tiempo, tan avasallador y descarnado que, olvidando las leyes que presiden la creación novelística, la hemos proclamado una de las grandes novelas americanas. “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia...” *La vorágine* no es propiamente una novela; es un gran relato, es la protesta de un hombre con sentido social, es, si puede decirse así, un gran alegato que Rivera elevó ante el tribunal de la conciencia americana a favor de los caucheros y en contra de sus explotadores. A tal grado esto es verdad, que la primera edición del año veinticuatro está ilustrada con fotografías en las que puede verse a Arturo Cova, jinete en una hamaca, espantándose los mosquitos, y a Clemente Silva, hiriendo el tronco de un árbol, como para reforzar aquella furibunda, aunque siempre poética acusación.

No otra cosa es *La nube estéril*. Antonio Rodríguez quiso librar con ella una pequeña batalla a favor de los indios, y lo hizo con mente lúcida, apasionado corazón, airada pluma. No escribió una novela, pero sí un libro hermoso, pleno de amor y de apetencia de justicia; un libro útil que es la calificación más alta de toda creación artística. Es posible que a veces aparezca a medio hacer titubeante en su ejecución, torpe en su curso, pero siempre trasluce la viva, generosa llama que iluminó su inspiración y su factura. Otros escriban las novelas bien realizadas, se recreen en las galas del estilo, ejerciten su inteligencia y su fantasía, otros que no Antonio Rodríguez que más aspiró a entregarnos un libro útil que a la obtención de un premio, muy honroso en verdad. Si la meta más lejana fuera ésa, muy fácil hubiera sido, porque Rodríguez sabe hacerlo, desfigurar la realidad, halagarla, vestirla con los ropajes de la ficción; pero no era ésa la meta, sino ésta otra; dejar un testimonio de lo que ante una realidad, así de tremenda y despiadada, sufre un hombre y un escritor para quien la literatura es a un mismo tiempo poesía y verdad, belleza y deber.

8 de febrero de 1953

Recordación de Pérez Martínez

En estos días —el 12— hará cinco años de haber muerto Héctor Pérez Martínez, aquel amigo entrañable, brioso periodista, certero historiador y siempre que lo quiso, gran poeta. Debo haberme encontrado con él en la Preparatoria, si bien sólo vagamente recuerdo su gruesa figura por patios y corredores, con aquel su andar menudo y como a saltitos. Su presencia y su amistad vienen de dos o tres años más tarde, hacia el 27, fecha en que solíamos coincidir en la sección de Bibliografía del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación puesta en las expertas, animosas, incansables manos de Rafael Heliodoro Valle. Por aquel tiempo, Pérez Martínez casi no escribía o lo hacía poco, o publicaba menos; pero estaba entregado apasionadamente a leer, refugio y consuelo de las inteligencias ociosas. Por las noches, en algún lugar de la ciudad se reunía con los que fueron siempre sus amigos: literatos de diversa condición, calidad y procedencia. Por ese tiempo, según creo, dio clases en escuelas nocturnas, cantó por radio, porque, ¿saben?, Héctor cantaba muy bien y como José el Chiquito de *West Indies* de Nicolás Guillén, tocaba la guitarra,

y entonaba los tangos más arrabaleros, con un estilo que nada podía pedirle al mejor aficionado de aquellos días. Recordando sus tiempos de cantor, una vez le pregunté si no andaba en

*Los trenes marciales y sonoros
donde hicimos cantando la Revolución*

según dijo Manuel Maples Arce, hombre pacífico y callado, maguer su fama estridentista.

Pero Héctor estaba llamado a cumplir grandes tareas en las letras y en la política, y así fue que el día menos pensado apareció por nuestro periódico *El Nacional*, como reportero primero y columnista después, dos cosas en que puso su ingenio ágil y gracioso. En la sección “Escaparate”, en la que alternaba con Gustavo Ortiz Hernán, Luis Octavio Madero, Raúl Ortiz Ávila, entre otros, Héctor Pérez Martínez escribió algunos de los trabajos periodísticos de más caracterizada fisonomía: por su agilidad, su nutrida información, sin perder por eso la gracia de un estilo brillante y donoso. Atendía al mismo tiempo un programa de radio en Educación a las primeras horas de la mañana. Y yo que por ese entonces había vuelto a perder el tiempo en la escuela de Derecho, lo encontraba en el café de chinos próximo, donde conversaba un largo rato y alguna vez lo ayudaba a encontrar tema para sus trabajos periodísticos que luego, en la redacción de su periódico, escribía en un solo impulso, igual que yo ahora trazo estos conmovidos recuerdos. Quien lo vio en aquellos días plenos de actividad febril, aliado a los que entonces gobernaban el país o iban a gobernarlo más adelante, sólo porque no quisieron no pudieron ver que Pérez Martínez había entrado en el camino de las grandes realizaciones, en las dos cosas que fueron móviles de su vida: la política y las letras que en él no eran sólo una dimensión de apetito político, sino cosa aparte: anticipo y glosa de sus acciones. Como Juan Bautista Alberdi, Pérez Martínez pudo decir que sus escritos eran acciones.

Una devoción no abandonó nunca a Héctor: la de Juárez, que como él había nacido un 21 de marzo. Y puede decirse que *Juárez, el impasible*, uno de sus más hermosos libros, empezó a escribirse desde los días preparatorianos, aunque sólo muchos años más tarde se haya sentado Pérez Martínez a ponerlo en papel, en presencia de sus amigos: Antonio Acevedo Escobedo, uno de ellos. Intentó con éxito desigual el cuento y la novela. Pero esto fue sólo ocasión

para probar sus armas, bien templadas para el ensayo, la biografía y la historia, campos en que dejó frutos perdurables. *Imagen de nadie*, una breve novela publicada muy al principio de sus inicios literarios, denuncia más que otra cosa, sus abundantes lecturas contemporáneas, su alerta vocación, su necesidad de encontrarse. En cambio, *Juárez, el impasible* y *Cuauhtémoc, vida y muerte de una cultura* son por dondequiera que se les mire, obras en que se conjugan todo el rigor histórico y todo el temblor de las obras de creación. En el menester de las investigaciones de la antigua cultura de México, Pérez Martínez hubiera escrito un libro esencial, aquel en que estableciera y caracterizara la teoría del arte precortesiano, ambición que lo iluminó en el ocaso de su vida.

Muerto en flor, se quedaron secos en el árbol los botones de futuras obras; pero lo que llegó a realizar, asegura su permanencia en la historia de las letras mexicanas. Sin embargo, pudiera hacerse un libro más con los ensayos dispersos en los periódicos, principalmente en *El Nacional*, que mostrarían a Pérez Martínez en un aspecto no menos brillante, si bien menos conocido: el de ensayista y crítico de muchos aspectos de la cultura mexicana.

15 de febrero de 1953

Alma griega en carne india

El 13 de este mes de febrero se cumplieron sesenta años de haber muerto en San Remo, Ignacio Manuel Altamirano, el indio que tenía alma griega en carne india y que aspiró como escritor a verter en letra castellana, como en esculpido vaso corintio, el vino puro de la sangre indígena. Y hemos recordado, en ocasión de ese aniversario, las circunstancias en que aquel gran literato cumplió su obra, al paso que llevaba a cabo el gran ejercicio de ser hombre y ciudadano. Los pormenores de sus orígenes y niñeces son conocidos de todos, repetidos por todos; pero habitualmente se olvida resaltar el significado de una vocación literaria mantenida en medio de las circunstancias más adversas y ajenas al oficio de leer libros, escribirlos, gozar de su callado influjo; falta de tiempo para meditarlos, medios para adquirirlos y pensar en su publicación, cosas todas éstas que Altamirano superó armado de una constancia sin desmayos, igual que otros lo hicieron antes, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, pongamos por caso.

Agobiado por la pobreza, cómo había de pensar en otra cosa, pienso en la literatura. Ciertamente, si por algo me parece amarga esta escasez obstinada de elementos es porque no puedo comprar libros, ni preparar la edición de mis pocas cosas, decía. Y sin embargo, leyó todos y escribió sin cesar. Sus escritos, a diferencia de otros escritores de su misma familia, no adolecen de tachaduras y de ese dejo de improvisación que, a ratos, los afea, sino por el contrario muestran una conciencia y un rigor artísticos, extraños en su tiempo. Hasta aquellas cosas escritas sobre la marcha, con un pie en el estribo, sobre las rodillas, denuncian siempre un pulso firme y un seguro señorío que a las claras nos dicen que el oficio de las letras era algo que no le abandonaba jamás, así estuviera empeñado en otros extremos como el de las armas. Algunos de sus discursos, pese a que estaban improvisados y de la flama oratoria que les era inseparable, traslucen un raciocinio capaz de vencer los riesgos de la emoción puesta en ejercicio. Al revés de lo que ocurre con una gran mayoría de nuestros escritores, poetas, prosistas, Ignacio Manuel Altamirano puede resistir la prueba de poner la totalidad de su producción en manos de los lectores mexicanos sin peligrar por eso su buena fama. En eso deben haber pensado Agustín Yáñez y Catalina Sierra cuando hace algunos años iniciaron la publicación de sus *Obras Completas* bajo el patrocinio de la Secretaría de Educación, pero que desgraciadamente se interrumpió en el tomo I de los *Discursos*, único que llegó a publicarse.

Y así hemos venido a dar donde queríamos: llamar la atención a las actuales autoridades de Educación para que en un renovado esfuerzo se reanude la edición de los escritos de Altamirano, por lo que tienen de enseñanza, de belleza y de exaltado patriotismo.

22 de febrero de 1953

Murió porque ella quiso...

El viernes 13 de marzo murió Isabel Villaseñor, o Chabela Villaseñor como mejor la conocíamos sus amigos. Quizá a la misma hora en que ella moría, le dedicaba yo una *Alacena* que ya no se publicará, por lo pronto, porque al escribirla trataba de llevar a su vida, una vida frágil, presa en un vaso de cristal, un poco de ánimo para mantenerla fiel a esa misma vida y a su obra de gran

pintora. Y ahora, como vuelto de una tenebrosa pesadilla, tengo que dedicarle esta nota necrológica.

Hace un mes, más o menos, me asomé a su casa de la Villa para hablar con su compañero Gabriel Fernández Ledesma. Pero junto con este fin, me llevaba el deseo de mirar su último cuadro, pintado en las postrimerías del año pasado. Yo que en estos días he pensado tanto en la muerte, en la mía, que nada aparente anuncia, y en la de algunos de mis amigos a cuyas puertas parece tocar con sus manos tiernamente piadosas, me acerqué a su casa, sólo iluminada por sus dos ojos llenos de luz. Aquella tarde había llovido, y tras de una de esas tolveneras tan frecuentes en estos meses en el Valle de México, el aire se aclaró, apareció en el horizonte nítido el perfil de las montañas y en sus faldas y laderas se estancaba la luz. Y recordé otras tardes en que libre de estos turbios presentimientos, recorría la avenida que lleva fuera de la ciudad. Y el hecho de recordar horas dichas cuando se está triste, me creaba una a manera de convalecencia.

Estaba Chabela recostada en su pequeña cama donde agonizó largos años. Antes de cumplir con Gabriel el encargo que llevaba, pedí a Chabela que me mostrara su cuadro del que tantas noticias buenas me habían llegado de amigos que se habían anticipado en su contemplación. Tímidamente, tras de muchas palabras que parecían de disculpa, lo puso en el pequeño caballete. No lo digo ahora que está muerta, sino lo dije allí mismo y salí a la calle a repetir: ese pequeño cuadro resume toda la sensibilidad, la maestría, los dolores y las dichas acumuladas en su corazón, en su inteligencia y en sus manos que parecían inertes desde hacía muchos años. Y no sólo eran sus dolores, y sus alegrías, sino que lo eran también de México. Esa india yucateca, sentada en un pequeño banco, el codo sobre la mesa y la cabeza puesta como una hostia en el cáliz de la mano, es una de las más bellas piezas de la pintura mexicana contemporánea. Algo misterioso lo ambienta; parece, de verdad, un testamento artístico; semeja un autorretrato, si no físico, sí espiritual. Lo había pintado apenas unos días antes de conocer Yucatán, de donde parece que venía Isabel Villaseñor, que era como un ídolo maya por su bello, tierno y delicado perfil.

Cuando abandoné su casa, lo mismo que si hubiera llorado, o hubiera oído una bella música, estaba consolado.

Y ahora sólo dos semanas después de haberla visto en Guadalajara, tengo que poner sobre su tumba una flor húmeda en llanto.

8 de marzo de 1953

Lágrimas de Ramírez

No sé por qué en estos días han vuelto a mi memoria el nombre y la figura, la verdad y la fábula de Ignacio Ramírez. La verdad y la fábula, sí, porque Ramírez pertenece a esa familia selecta de mexicanos a quienes el pueblo gusta de atribuir hechos que no realizaron si bien pudieron realizar, como una manera de ponerlos a la altura de su admiración y dar alimento a su sentido de grandeza.

No leía, mejor dicho, no releía a Ramírez desde el año de 1932, en que, vueltos de la derrota vasconcelista y desesperados de las lides universitarias, Alejandro Gómez Arias y yo planeamos la publicación de una hoja periódica que se llamara “El Nigromante”. En un ejemplar de las *Obras Completas* que puso en mis manos el entonces joven, lúcida promesa de poeta, Rafael López Malo, destaqué de los escritos de Ramírez algunos epigramas con que pensábamos exornar cada uno de los números de nuestra publicación, que, por cierto, se quedó en proyecto como tantas otras cosas que la vida no ha dejado realizar. Aquella segunda lectura de sus poesías, discursos, cartas, artículos sobre diversas materias, si bien no sirvieron al fin inmediato que me llevó a ella, sí dieron nueva savia, renovaron en mí la decisión de persistir en la vocación literaria contra todo revés, en la lealtad a la historia y al destino de México, y en el impulso heroico de ser leal y fiel a la promesa que le hicimos a la vida de servirla y amarla.

Y ahora en esta tercera ocasión me pregunto qué razones me han vuelto a su nombre, a su figura y a sus obras; y la verdad es que no encuentro la razón de este retorno. Pudiera ser que buscara en él, que es a fin de cuentas un escritor fracasado, si ha de entenderse como tal uno que no tuvo tiempo de escribir un libro organizado desde la raíz hasta el fruto, para dar alivio a esta momentánea zozobra que mi vocación literaria padece; pero no es así. Porque Ignacio Ramírez si bien no escribió un libro y fueron sus pósteros quienes reunieron parte de su obra, conversó, discutió, predicó siempre el progreso en todos los sentidos, aniquilando con sus despiadados sarcasmos y sátiras, y chistes, y epigramas, todo lo que era falso, todo lo que era innoble, armas todas éstas que alguna vez le afeara don Francisco Sosa, en un olvido de que son legítimas. Y eso es lo que constituyen sus libros, sus creaciones, sus obras. Sus obras duraderas, dijo su discípulo Altamirano, son sus escritos que no sus libros compaginados, que son la semilla difundida, instante por instante y

fecunda siempre, en el espíritu de nuestro pueblo. Y esto más: sus virtudes sociales y sus virtudes privadas, porque las virtudes también son obras, y su ejemplo enseña tanto, si no más, que una biblioteca.

Sea como fuera, la lectura de las obras de Ramírez no pueden ser vanas jamás. El amor al pueblo, al que a fin de cuentas nos debemos, impregna sus páginas; la grandeza de espíritu que supone escribir en tierra donde la pluma más se moja en lágrimas que en tinta, es una bella lección, y puede poner una gota de luz en la noche por la que suele atravesar el ánimo cansado de la espera.

15 de marzo de 1953

Escribir con sangre

Zarco; parece innecesario decir que me refiero a don Francisco, porque este gran periodista, escritor, cronista, ensayista y hombre público no tiene par en el nombre y muy pocos lo igualan en la categoría literaria, referida a la causa liberal. Jesús Galindo y Villa ha dicho que en el campo opuesto, en el conservador, sólo el nombre de José María Roa Bárcena resiste ser equiparado con el de Francisco Zarco. Sin embargo, la fama de Zarco reside casi exclusivamente en sus tareas periodísticas y en la crónica que escribió, primer periodista de su tiempo, de las jornadas del Congreso Constituyente de 1857. Una gran mayoría de los lectores mexicanos, aun aquellos que parecen más en contacto con los achaques literarios, ignoran que Zarco escribió ensayos de crítica, artículos morales, de costumbres y descriptivos, prólogos y síntesis biográficas perdidos en periódicos y revistas de México y algunos países sudamericanos que, debidamente seleccionados, pudieran reunirse en un volumen tendiente a acrecentar y dar nueva savia a su larga fama de escritor porque es muy saludable para los pueblos convivir con el nombre y con la obra de aquellos que labraron su libertad y su independencia con su ejemplo de constancia, de fe, de probidad no desmentida hasta la muerte. De estos hombres y de estos escritores es Francisco Zarco, par de Juan Bautista Morales y de Ignacio Ramírez, de Guillermo Prieto y de Ignacio Manuel Altamirano, en la noble tendencia de sus afanes literarios y ciudadanos.

Para situar a Zarco como escritor político, historiador y crítico literario, baste recordar el prólogo que aparece al frente de la segunda edición de *El*

Gallo Pitagórico, de Juan Bautista Morales, otro clásico olvidado. En ese prólogo, pese al aire polémico que lo agita, hay agudas reflexiones y atisbos incisivos acerca de lo que es la literatura nacional, lo que debe ser función de toda literatura, y el papel que la sátira, el epigrama y el chiste desempeñan en la lucha contra las tiranías y los malos gobiernos, sin que por eso descienda en sus valores meramente críticos. El nombre de nuestros grandes escritores, la alusión precisa y oportuna de nuestras grandes luchas libertarias, sazonan el juicio que sobre Juan Bautista Morales y su obra escribió Zarco en aquella ocasión. Y no vaya a creerse que mezclaba los géneros por ignorancia o pasión partidarista, sino que Zarco no podía olvidar que el escritor debe atender primero aquello que en un momento dado es más útil para su pueblo; por eso en este escrito, no obstante su carácter crítico, el autor hace digresiones hacia el campo de la discusión política tan necesaria en aquel instante para llevar a término la gran tarea de hacer de México un país moderno.

Ahora que se cumplen cien años de haberse iniciado la segunda etapa de nuestra Guerra de Independencia, parece oportuno que el Estado que es quien debe vigilar la celebración de estos fastos, promueva una biografía de Francisco Zarco y una edición de aquellos artículos suyos que, al paso del tiempo aleve y torpe, no se hayan marchitado.

22 de marzo de 1953

Recordando a Martí

Entre las muchas cosas que se escribieron para recordar el primer centenario del nacimiento de José Martí, una tuvo para mí significado especial, y es el pequeño libro que publicó hace unas cuantas semanas Esperanza Villasana, titulado precisamente así, *Recordando a José Martí*. Es la señora Villasana, una maestra normalista muy devota de las grandes figuras de las letras hispanoamericanas, a quienes ha leído con delectación y cuidado. Entre esas figuras próceres, la de Martí se encuentra en primera línea. Hace unos años, Esperanza Villasana fue mi alumna en la clase de Literatura Hispanoamericana de la Normal Superior; y mi sorpresa viene de que ignoraba yo que algunas de mis lecciones hubieran podido promover en la señorita Villasana la decisión de estudiar las obras de Martí, y luego pensar en la publicación de este volumen que contiene, dentro de su

brevedad, una devoción, un apego a las enseñanzas de aquel hombre que sujetó sus prédicas a la máxima prueba de la muerte. El libro *Recordando a Martí* está escrito con una intención pedagógica: su autora se propuso, y lo ha conseguido, poner en las manos de sus alumnos de la Universidad Motolinía una serie de pequeñas estampas de la vida del apóstol cubano. Escritas en prosa sencilla, clara, sin malicias literarias, sino pendiente sólo de destacar ante los ojos juveniles lo que esas estampas tienen de ejemplo, el libro de Esperanza Villasana cumple cabalmente la intención que le dio nacimiento. Abarcan estas notas algunos de los momentos más decisivos de la vida de Martí, desde aquellos en que debió aparecer ante sus ojos la imagen de la patria esclava a la que había que dar libertad, hasta aquel en que por ser fiel a sus prédicas cayó acribillado por las balas españolas, en Dos Ríos. Pero no sólo escribió la señorita Villasana estas notas sobre la vida del cubano ejemplar, sino que hizo una cuidadosa selección de sus más bellos poemas, formó un ideario y redactó unas efemérides en que se destacan las fechas más importantes de la vida y la obra del poeta, y que incorporan a la obra de Esperanza Villasana un mérito más.

Este es, que yo sepa, el primer trabajo literario de la autora; pero sin duda otros irán saliendo de sus manos, ya plenamente ejercitadas para estos menesteres. Ojalá que pronto, en una nueva excursión por las obras de José Martí, Esperanza Villasana apartara de ella todos aquellos lugares en que el poeta cubano presintió a México, lo elogió y anunció el destino que tocaba cumplir a nuestro pueblo y pudiera, dentro de esa misma tendencia, completar los retratos de los escritores, poetas y artistas mexicanos que Martí trató en sus viajes a México, y cuyas pinceladas andan dispersas en las páginas que Martí escribió en los cortos días que le tocó vivir.

29 de marzo de 1953

Rosas de la infancia

La otra noche, en ronda de amigos hispanoamericanos, el joven escritor guatemalteco Tito Monterroso, después de que hubimos cantado y bailado canciones y bailes de nuestros pueblos, recitó, en tono de guasa, algunos apólogos y ejemplos, que si ahora pueden parecer anticuados y cursis, fueron una gran lección en nuestra niñez. Sólo hasta esa noche pude darme cuenta de que yo

he memorizado caprichosamente algunas de esas piezas literarias. Y puesto a pensar en la razón de ello, creo descubrir que se debe al desconocimiento que tuve del español en mi infancia, circunstancia que me llevó a trastocar palabras y versos. Así la versión que yo sé de fábulas, ejemplos y poemas patrióticos escolares, es diversa a la que aparece en los textos respectivos.

He tenido la curiosidad, llevado por estos recuerdos, de hojear los libros de la niñez: las *Lecturas literarias* de Amado Nervo, los Mantillas, Frascuelo, entre otros, descubriendo que todo lo que siendo en materia de educación cívica, de moral práctica, lo hube de esos libros. Otros podrán reírse de ellos, pero yo no, aunque hoy tenga superados los motivos de aquellas enseñanzas y de aquellas alegrías.

Y ahora quiero referir que en este retorno a las *Lecturas literarias* de Nervo he recordado una versión que quizá fuera mía, de los “Ojos claros, serenos...” de Gutierre de Cetina. Es posible que, habiendo memorizado a medias las diversas versiones que Nervo consigna en su libro de lecturas, haya yo hecho una que participe de todas, a menos que la haya adquirido en otro lugar que no recuerde, pues del famoso *Madrigal* existen otras variantes, entre ellas la bellísima de Luis Gálvez de Montalvo.

He aquí la versión que sospecho mía:

*Ojos claros, serenos,
que de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué a mí solo me miráis airados?*

*Si cuanto más piadosos
más bellos parecéis a quien os mira,
¿por qué a mí solo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos ojos,
no me miréis con ira
porque no parezcáis menos hermosos
¡Ay tormentos dichosos!*

*Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis
miradme al menos.*

12 de abril de 1953

Doloroso olvido

Poco, casi nada, sabe la mayoría de los lectores mexicanos acerca de Cipriano Campos Alatorre, no obstante que ya pronto hará veinte años de haberse publicado su único libro *Los fusilados*, escrito dentro de la tendencia iniciada por Mariano Azuela de interpretar los sucesos de la Revolución Mexicana. Todo se ha confabulado para crear el clima de olvido en que flota el nombre y los afanes literarios de Campos Alatorre. La edición de su libro, hecha gracias a la temprana y generosa comprensión de los editores de la revista *Sur*, de efímera vida que se hacía en Oaxaca, fue muy exigua y llegó a muy pocas manos; si a esto se agrega que el autor era hombre modesto, sencillo, pobre, y que nunca pasó de maestro rural se explicará que su nombre no haya trascendido a las páginas de las historias de la literatura mexicana donde, sin embargo, han encontrado sitio autores de nula cuantía, sólo porque alguna vez las circunstancias los pusieron en lugares relevantes. Conocí a Campos Alatorre por los mismos días en que su libro fue publicado: Imprenta Graphos, México, 1934. Y creo que fue Antonio Acevedo Escobedo quien lo llevó una mañana a la redacción de *El libro y el pueblo* que entonces hacíamos con Héctor Pérez Martínez. Lo recuerdo muy delgado, de cara angulosa, nariz recta y larga, pelo negrísimo untado a la cabeza: ejemplar acabado del mexicano en que predomina la ascendencia indígena. Era muy callado, muy quieto, con una suerte de pudor que quizá le viniera de su “torpe aliño indumentario”, que frecuentemente llega a proyectarse en la conducta humana, tal como si el hombre creyera que hay una correspondencia entre el alma y el mundo exterior. Eso, justamente eso, le ocurría a un personaje de una de las novelas de Fedor Dostoievsky que no se atrevió a corregir las faltas de ortografía de su padrastro, sólo porque al intentarlo se dio cuenta que traía las mangas del saco desleídas. Quizá eso llevara a Cipriano Campos Alatorre a extremar su apartamiento de los sitios conocidos y de los amigos.

Por el rumbo de San Sebastián, o de Santa María la Redonda, o del Carmen, solía atreverse para encontrarse con Efrén Hernández, quien por cierto ha reunido en la revista *América* la producción literaria de Campos Alatorre, enriqueciéndola con una amorosa, comprensiva y emocionada semblanza. De esos rumbos rara vez pasaba. Su vida, que fue siempre una lucha contra las enfermedades y la miseria, transcurrió callada y oscura en el desempeño de un trabajo que cuando pasen los años se verá que está nutrido de emoción he-

roica, la del maestro rural en diversas regiones del país, igual que ese profesor Meraz de su sentido relato. Y un día, con el mismo recato y pudor con que había vivido, cerró los ojos. Pero un día vendrá también en que alguno estudie su obra y destaque de ella aquello que tiene de profundamente mexicana y establezca su parentesco con los de otros grandes escritores, por lo que tiene de raíz amorosa, de empeño en descubrir, en nuestro pueblo mísero, lo que hay de permanente bondad, nobleza y esperanza de días mejores. Mientras llega ese día quise, tras de recordarlo y de releerlo, acusarme de que yo también sigo ignorando muchas de las circunstancias de su corta y desconocida existencia.

20 de abril de 1953

La imprenta en Oaxaca

Fue Oaxaca una de las primeras provincias de la Nueva España que gozaron de los beneficios de la imprenta, ya que según el testimonio de los historiadores de este capítulo de la cultura mexicana, la hubo en la Vieja Antequera desde el año de 1720, en que la llevó a aquella ciudad doña Francisca Flores. En otro tiempo se dio el año de 1712 como la fecha en que la imprenta llegó a Oaxaca, pero como nunca se pudo encontrar un impreso que le diera fundamento a la sospecha, en nuestros días se tiene el año indicado, establecido por José Toribio Medina, como la fecha verdadera. En los últimos tiempos un estudioso de los orígenes y el desarrollo de la cultura oaxaqueña, don Raúl Bolaños Cacho ha asegurado en conversaciones que conoce un impreso anterior al año de 1720, pero en tanto que no dé a conocer los pormenores de ese hallazgo, debemos atenernos al dato que hasta ahora ha venido prevaleciendo.

La imprenta parece haber corrido con mala fortuna a lo largo del siglo XVIII, pues no se conoce ningún otro impreso posterior al *Sermón fúnebre* dicho por fray Sebastián de Santander. Y hay que esperar hasta los inicios del siglo siguiente para que la tipografía adquiriera en Oaxaca una inusitada floración. En efecto, a partir del año de 1810 en que José María Idiáquez fundó la imprenta que días más tarde iba a servir a la causa de la Independencia, los talleres tipográficos se multiplican en la ciudad, y trabajan regularmente por muchos lustros. El taller

de Idiáquez subsistió hasta 1821. En orden cronológico, a partir de la desaparición de este taller, he apuntado las siguientes casas, oficinas o talleres que existieron en el siglo pasado en la actual capital del estado de Oaxaca.

Imprenta Imparcial, a cargo de Nicolás (aquí una sílaba ilegible), Oajaca, 1828.

Oficina de Francisco Ortiz Quintas, dirigida por J. Ignacio Candiani, Calle de la Sangre de Cristo, n.1 Oaxaca, 1850.

Ignacio Rincón, s.c. Oaxaca, 1851.

Imprenta de José Ignacio Candiani, Calle del Organista, no. 6, Oaxaca, 1855.

Imprenta a cargo de Juan Esesarte, Calle del estanco, No. 1, Oaxaca, 1856.

Ignacio Rincón parece que adquiere la imprenta anterior y la trabaja hasta el año de 1862, pues en 1867, sin cambiar de ubicación aparece regentada por M. Rincón, pariente del anterior, sin duda.

Imprenta de Gabino Márquez, Calle del Organista, num. 4, Oaxaca, 1867. Imprime hasta 1871, por lo menos.

Imprenta de L. San-Germán. Calle de San Pablo num. 2, Oaxaca, 1873. Esta imprenta estaba a cargo de Juan Mariscal. En cuanto a San-Germán, cuyo nombre era Lorenzo, tenía además un taller de encuadernación.

La imprenta de San-Germán, siempre a cargo de Juan Mariscal, trabajó por lo menos hasta 1879, pues durante los años intermedios se encuentran impresos de su taller, situado en la misma Calle de San Pablo.

Estas notas, así de incompletas y apuradas, quieren contribuir a la siempre aplazada tarea de formar una “Bibliografía de Oaxaca”, una de las pocas que no se hicieron dentro de aquella serie que animó aquel gran bibliógrafo y bibliófilo mexicano que fue Genaro Estrada.

28 de abril de 1953

Los raros y bellos nombres

Suelen los padres centroamericanos poner nombres muy bellos, aunque a veces muy extraños, a sus hijos. Entre ellos ocurren los nombres más sonoros, eufónicos que yo haya oído; algunos tan alejados de la realidad que se llega

a pensar que fueran seudónimos. Claro que los nombres no siempre son inventados. Frecuentemente son nombres y apelativos que llegaron a aquellas tierras y allí se quedaron. Yo más bien hablo de los nombres y no de los apellidos. Dígame el lector si los nombres que enseguida voy a mencionar no parecen nombres inventados o falsos: Omar Dengo, un prosador y penador de Costa Rica a quien en otro tiempo se atribuyó la paternidad del lema de nuestra Universidad, sólo porque tuvo ocasión de exaltarla a raíz misma de haberla inventado José Vasconcelos; Brenes Messén, poeta, también costarricense; Prendes Saldías, de allí mismo, prosista ágil y ensayista agudo y alerta. Pero hay otros que no resisto la tentación de consignar: Eunice Odio; Hugo Lindo; mujer de gran belleza y de encendida poesía la una; poeta verdadero, el otro. Y algunos de los seudónimos usados por Rafael Heliodoro Valle, ¿no son el resultado de su procedencia centroamericana? ¿Ángel Sol, por ejemplo, no parece más que un nombre de pluma, un nombre de persona nacida en Honduras?

Sólo en mi Juchitán nativo he oído nombres así de raros, así de caprichosos. Es verdad que la preferencia por ellos sólo se refiere a las mujeres, y muy raras veces a los hombres. Agustín Yáñez, que estuvo en Juchitán ahora trece años, se sintió atraído por algunos que pudieron llegar hasta su conocimiento, y en algunas de sus páginas los ha consignado con embeleso, llamando a cónclave a las mujeres de nombres más inesperados. Gutierre Tibón, ahora mismo, trabaja sobre muchos de ellos. Elfida, Lioba, Lucelia, Orquídea, Lesbia, Briseida, Eira, son nombres frecuentes entre las istmeñas que los ostentan como parte de su persona, como un adorno, igual que una flor prendida en los cabellos, tras de la oreja o en los labios.

Pero yo quería hablarles de Claribel Alegría, cuyo primer nombre sugirió esta digresión. Claribel es salvadoreña, paisana de Claudia Lars, nombre de pluma de la poetisa Carmen Branon y de Salarrué, autor de los más bellos cuentos de su tierra. Claribel se va de México, tras de una larga permanencia, lo suficiente para hacer entre nosotros muchos amigos y para escribir algunas de las poesías contenidas en *Vigilias*, libro editado hace apenas unos días bajo el signo de Poesía de América. La otra noche, en casa de Elvira Gascón, un grupo de sus amigos le dio una fiesta para celebrar la aparición de su libro, para dolerse de su ausencia, y para gozar con la lectura y declamación de sus bellos sonetos, limpios de factura, hondos de emoción, despojados ya de reclamos y apetencias genésicas que en otra hora enturbió la linfa de la poesía femenina

hispanoamericana. Claribel Alegría, sin perder el más hondo acento femenino, el más estricto timbre de mujer, nos entrega una poesía altiva, sin lágrimas ni quejas, sin que por eso deje de estar invadida de angustia, temblor y sentimiento amoroso, que es el que mueve el sol y las otras estrellas, que dijo el sabio cantor de Beatrice.

Buen viaje, Claribel. Y mientras algún día vuelves, se quedan aquí con nosotros las sílabas de tu bello nombre y de tu encendida poesía.

10 de mayo de 1953

Frida, la mutilada

Una ambulancia se detuvo frente a la casa número 12 de la calle de Amberes. De ella descendieron a Frida Kahlo que a esa hora asistía a la apertura de una exposición de sus obras. Antonio Magaña Esquivel y Raúl Ortiz Ávila en cuya compañía llegaba yo, nos detuvimos atónitos ante aquel doloroso espectáculo. Vestía Frida el fastuoso traje de Tehuantepec, pero complicado con adornos y aditamentos de su invención: anillos, listones, collares, aretes, con tal profusión que la más audaz tehuana o juchiteca no conseguiría reunir de un modo tan armonioso. Y en medio de todos aquellos colores, fulgía el rostro de líneas enérgicas en el que destacan las anchas cejas, los ojos deslumbrantes y la boca que finge una hoja roja que se hubiera desprendido de su huipil. Estaba Frida idéntica a aquella muñeca que hace años compré en el mercado de Juchitán, y que puso en sus manos Áurea Procel.

Yo, como todo el mundo, la sabía enferma, pero ignoraba que en los últimos meses ya casi no se pone de pie, sino que permanece postrada en una cama que es cuna, túmulo, tálamo, trono, ataúd y sepulcro. Y cuando esperaba encontrarla sentada en medio de la sala, rodeada de sus cuadros y de sus amigos, la encontré en su lecho de espinas, aunque también de rosas. Porque en esta mujer y artista extraordinaria andan juntas las dichas y los pesares, la plegaría y la blasfemia, la cólera y la ternura, la vida y la muerte, sin contradecirse, sino bien maridadas.

La escena tenía mucho de fiesta y velorio. Y se prestaba a encontradas reflexiones. Una destacó desde el primer momento en mi ánimo: la de recordar el hálito de catástrofes y de muerte que fue inseparable de nuestras manifes-

taciones artísticas más profundas, y junto con eso, el ambiente de penuria y negación en que nuestros grandes artistas han cumplido su obra. Se diría que el mundo antiguo de los indios proyecta su sombra sobre el arte de nuestros días, y que la presencia de la muerte señorea el ámbito en que nuestros grandes pintores trabajan y sueñan, alientan y agonizan. Sangre, flores fúnebres, operaciones quirúrgicas que remedan sacrificios humanos, calaveras, cuerpos destrozados, son los temas habituales de Frida; pero no tanto por razón de sus enfermedades, sino porque es ésa una de las dimensiones en que se encuentra y se expresa nuestra vieja manera de ser. El mismo ambiente en que se fraguaron la *Xochipilli* y la *Coatlicue* ha presidido el nacimiento y la creación de los grandes murales de Rivera, Orozco, Siqueiros, y los paisajes de Atl. ¿No dijo un día Eulalio Gutiérrez ante el azoro de la inteligencia mexicana que el paisaje de México olía a sangre?

Frida Kahlo, que es una de nuestras más grandes pintoras, comparte con Atl, y con Orozco, las glorias de la mutilación. Y como ellos, incompleta, a medio morir, se mantiene sembrada en su tierra, bien hondas las raíces, a fin de que desaparecida la racha huracanada, vuelva a erguirse coronada de hojas, flores, rumores y frutos.

24 de mayo de 1953

Cantos de la Revolución

Cuando se habla de las canciones de la Revolución, el lector piensa de un modo natural en algunos títulos que han adquirido fama universal de haber nacido durante los inicios de aquel movimiento. “La Adelita”, “La Valentina”, “El Pagaré”, sin contar los corridos y valeses, los sones y canciones populares que los soldados cantaban a bordo de los trenes militares y en los campamentos. Pero, ¿son en verdad esas canciones, cantos de la Revolución, en el sentido que nacieron con ella, la inspiraron, le dieron raíz y la propagaron? Parece indudable que no. De todas esas canciones muy pocas son de la Revolución, y su gran mayoría existían desde tiempos anteriores, desde el siglo XIX, y quizá antes. Los únicos cantos de la Revolución, sin género de duda, son los corridos, y eso su letra, pues las melodías —las tres o cuatro melodías esenciales— corresponden asimismo al pasado. “La Valentina”, para

citar un solo ejemplo, aparece mencionada en una novela de principios de siglo, en un tiempo en que la Revolución todavía no se manifestaba, si bien ya se le oía latir.

Entonces, ¿cómo es que todos hemos convenido en llamarlas y considerarlas canciones de la Revolución? Eso viene, según alcanzo a entender, de que durante la Revolución fueron de un lugar a otro, llevadas por los soldados, igual que el rifle y la mochila, formando parte del arreo. Y presas en las alas de aquel gran viento que agitó a México, volaron de uno a otro confín. Y se amasaron con los hechos de armas, así las faustas como las infaustas; se tiñeron con los tonos del alma colectiva y fueron elemento indivisible de los acontecimientos todos de nuestra nacionalidad. Y dimos en apellidarlas revolucionarias, y claro que en ese sentido lo son, porque la Revolución fue y es un hecho que vino a integrar el alma mexicana en el sentido de haber convertido en propiedad colectiva, sentimientos que antes permanecían perdidos en diversos rincones de México.

¿Por qué sé yo tantas canciones antiguas, tantos cantos y corridos, si pertenezco a una zona apartada, si no fue mi lengua cotidiana el español? La razón la encuentro obvia. Los soldados juchitecos, a quienes por cierto se considera como los mejores de la república, recorrieron la geografía total de México, y al volver triunfantes o desertores, llevaron a su tierra, en su media habla española, las letras aprendidas en los campos de batalla, al contacto con soldados de otras procedencias. Aquellas melodías nunca antes oídas eran para el alma lugareña un medio de comunicarse con la totalidad de la tierra mexicana, y frecuentemente algo que era nuestro, pero que se tenía olvidado, de tal modo interpretaba y traslucía el estado emocional de aquellos tiempos. Hasta que vine a México, y comencé a leer libros y a escuchar a mis compañeros de escuela, me pude dar cuenta que aquellas cosas que creía inventadas en mi solar nativo, pertenecían a todos los mexicanos, formaban parte del acervo colectivo. “La tepiqueña” se llama todavía en Ixhuatán a aquella canción cuyo nombre ahora olvido y que se inicia con este verso: “La tarde era triste...”; por haberla llevado al pueblo una soldadera oriunda de Tepic.

Canciones de la Revolución, Cantos de la Revolución, ha de entenderse, pues, no sólo a aquellos que nacieron durante el periodo revolucionario, sino a todas aquellas canciones que la Revolución vino a resucitar, vino a desenterrar, y llevó de un lugar a otro en la punta el eco de sus disparos. Canción revolucionaria viene a ser aquella que, sin hablar de la Revolución, llegó a nosotros

entonces y se mezcló con nuestras alegrías y tristezas, con nuestras orfandas, con lo que ahora es pasado y recuerdo.

31 de mayo de 1953

“La Sandunga” sin arcanos

Acaba de celebrarse en la ciudad de Tehuantepec el primer centenario de “La Sandunga”. Los animadores de esta festividad eligieron los dos últimos días de mayo y el primero de junio como las fechas que ahora hace cien años se tocó por vez primera aquella melodía, y tal vez también se cantó. Nada de esto, naturalmente, es cierto. “La Sandunga” –con S, mejor que con Z– es una vieja melodía que debe haber llegado a México, y a América, hace mucho más de un siglo, o menos, pues una pieza así titulada se encuentra en diversas épocas y en muchas partes de este Continente, de suerte que nadie puede señalar su autor, ni mucho menos su fecha de nacimiento. Gerónimo Baqueiro Fóster encontró en un periódico de México, del año 1852, un programa en que aparece un jaleo titulado “La Sandunga” y dio esa fecha como la más lejana que se conoce acerca de la bella, lánguida y sollozante melodía istmeña. Yo mismo he regalado a Baqueiro un texto musical publicado en La Habana con un título igual. Y parece que Gabriel Saldívar ha encontrado la melodía original, inserta en un periódico de mediados del siglo pasado.

En el año de 1936, yo que no conozco una nota de música, pero que he oído mucha música, me atreví a señalar el origen español de “La Sandunga”, como título y como melodía, porque en aquellos días muchos de mis amigos de Juchitán andaban queriendo establecer la estirpe zapoteca de la voz sandunga. Y creí que era bueno detener aquel alud de torpezas. Para reforzar mi argumentación cité de las letras hispanoamericanas todos aquellos lugares en que la palabra “sandunga” aparecía como sinónimo de salero, gracia, donaire, y hasta llegué a atrever la teoría de que alguna vez se dijo “saldunga”. Lo que entonces me dijeron los mal entendidos defensores de la tradición local, consta en la tradición oral y escrita, y sólo puede ser comparable con lo que ahora van a decirme.

Las fiestas de Tehuantepec, celebradas precisamente en Tehuantepec, pretenden que “La Sandunga” haya nacido en esa ciudad, y que de allí se pro-

pagó como dádiva hacia los otros pueblos que integran el Istmo. Tan cerrado localismo no puede ser sino perjudicial a la vieja lucha por borrar las rivalidades entre juchitecos y tehuantepecanos, mediante el hallazgo de aquellos hechos de nuestra historia local que nos presentan como pueblos hermanos, con una herencia común de aspiraciones, de anhelos, de sueños que bregan por realizarse. Uno de esos elementos unificadores es justamente la música, “La Sandunga” en primerísimo lugar, que si bien no hicimos nosotros, sino que nos vino de fuera, la hemos convertido en nuestra propiedad, imprimiéndole el sello de nuestro espíritu, tiñéndola con la sangre de nuestra alma, humedeciéndola con nuestras lágrimas, exaltándola con nuestras alegrías, y, en suma, amasada con ese dejo melancólico que no puede ser sino istmeño. Si no fuera así, ¿cómo se explicaría que al compás de esa quejumbrosa armonía, todos, en la tierra, o ausentes de ella, nos veamos arrastrados a una concordia y hermandad que las palabras todavía no consiguen?

Verdaderamente han estado muy poco afortunados los que han reclamado para la sola ciudad de Tehuantepec la gloria de haber sido la cuna de “La Sandunga”, en un olvido de que la inmortal melodía es un elemento unificador y de integración del alma no sólo itsmeña, sino oaxaqueña y aun chiapaneca.

7 de junio de 1953

Decir amor por amén

Vivía a fines del siglo XVI en la ciudad de México un judío llamado Antonio Machado. Por el testimonio de sus contemporáneos, acumulados en el proceso contra Luis de Carvajal, el Mozo, se sabe que Machado era colérico, blasfemo, orgulloso, rígido, amante de litigios, de mala lengua y peor condición; pero hombre de agudo entendimiento y gustador de coplas, canciones, salmos y romances. Su casa era sitio de reunión de letrados, músicos, sortílegos y adivinos, que lograban disimular sus malquerencias y salidas de tono. Para ocultar su condición de judío, extremaba sus manías: vivía orando, de hinojos ante el altar cristiano, con tan gran simulación que no se supo que profesara la Ley de Moisés hasta que hubo muerto. Era sastre, oficio que enseñó a sus hijas y del que vivió, con gran penuria. Todos los años, por Navidad, al igual que nuestro poeta Carlos Pellicer, ponía en su casa un nacimiento de los más concurridos y famosos de la piadosa

capital del virreinato de la Nueva España. Con esto despertaba en amigos y visitantes un sentimiento de piedad que se traducía en dádivas y limosnas con que Antonio Machado continuaba viviendo, víctima de una parálisis que lo tenía en cama desde hacía muchos años.

Otras cosas cuenta don Alfonso Toro —tan injustamente olvidado— de Antonio Machado; pero una recuerdo con mayor claridad. Y es que una de sus hijas llamada Isabel, tenía buena voz y tocaba la vihuela y el clavicordio, lo que significaba un atractivo más en la casa de los Machado. Cuenta, pues, don Alfonso que en las tertulias solía cantarse salmos y cantos religiosos, pero que sin duda también cancioncillas de los tiempos de Boscán y Garcilaso, y que no fuera remoto que también algunos romances españoles, entre otros la versión mexicana de la “Ermita de San Simón”, aquí titulada “Misa de amor”, y que a la letra dice:

*Mañanita de San Juan,
mañanita de primor,
cuando damas y galanes
van a oír misa mayor.
Allá va la mi señora
entre todas la mejor;
viste saya sobre saya,
mantellín de tornasol,
camisa con oro y perlas
bordada en el cabezón.
En la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor
y en la su cara tan blanca
un poquito de arrebol
y en los sus ojos garzos
lleva un poco de alcohol;
así entraba por la iglesia
relumbrando como el sol.
Las damas mueren de envidia
y los galanes de amor.
El que cantaba con el coro,
en el credo se perdió
y el abad que dice misa,*

*ha trocado la lición;
monacillos que le ayudan
no aciertan responder, non
por decir amén, amén,
decían amor, amor.*

El otro día, leyendo un ensayo de Fernando Benítez encontré una velada alusión a este romance: algunas imágenes integraban el mundo interior del español de la Conquista.

14 de junio de 1953

"El Nigromante", ejemplar

Un día del mes de junio –el 23– nació Ignacio Ramírez. Y un día, también de junio –el 15– descendió a la tumba, prematuramente viejo, cargado de tristeza, sin esperanzas ni temores como vino al mundo, ciego, sordo, abandonado, desnudo como nació y vivió. Pero la mañana misma de su muerte se inició, y no ha cesado desde entonces, su resurrección, su rescate del seno del olvido, por la belleza y la bondad de su obra, por lo que sus acciones y prédicas se identifican con la causa de la república sin lo cual nada de lo que en esta tierra se haga en el campo del espíritu, tiene sentido trascendente. En efecto, todo lo que Ramírez llevó al papel a lo largo de una vida dedicada al bien de México, está cargado de un sentido de pueblo que por dondequiera que se abran sus pocas obras reunidas, trasciende la imagen de una patria que si bien no llega aún, alguna vez será verdad ante los ojos de nuestros pósteros. Sus escritos, lo mismo si eran de creación que si se trataban de temas científicos o filosóficos, querían instruir, enseñar a razonar, seguro como siempre estuvo de que nada es más perjudicial al hombre que las supersticiones y los prejuicios, y que la ignorancia humana es la sola fuente de muchas de nuestras desdichas. Su vida y su muerte son una cotidiana lección de virtudes cívicas. Con Ignacio Ramírez podemos ejemplificar siempre en todo lo que mira a las circunstancias de nuestro ser colectivo, lo mismo si se le mira como ciudadano que como escritor y funcionario público. Su historia personal es la historia de medio siglo de México. Y ya es mucho para un hombre acompañar su vida a la vida de su

patria. Ignacio Ramírez sufrió destierros y persecuciones, sin que por eso le buscara a las situaciones una circunstancia que justificara una abstención, un alejamiento, una pausa en la lucha a la que echó el hombro apenas superada la adolescencia. A pie, porque a pesar de sus grandes cargos no tuvo manera de hacerse de un caballo, salió de la ciudad de México tras el ejército republicano a la hora de la derrota. Sin una queja fue de un extremo a otro de la República, llevado por los altibajos de nuestras luchas intestinas y de nuestras discordias civiles, sin que la pluma se le cayera de las manos, ni la verdad se apagara en sus labios. No pudo sentarse a escribir la obra que sus capacidades hacían esperar, porque siempre fue destino de nuestros grandes escritores escribir de pie, sobre las rodillas o con un pie en el estribo. Y junto con eso, padecer el reproche de los necios que reclaman una larga bibliografía antes de otorgar su aplauso en un olvido de que Ignacio Ramírez es entre nosotros una especie de Sócrates que jamás escribió una línea; y que también las acciones diarias de la vida, en las conversaciones, en la charla y en el diálogo, caben el genio literario, el bien y la virtud. El país no siempre puede, y frecuentemente pudiendo no lo hace, proteger a sus escritores para que cumplan la obra a que estos se sienten llamados, y es cosa de todos los días verlos uncidos a tareas ajenas a su misión. No importa. Eso acaba de dar sentido a lo que a golpes de voluntad nuestros escritores llegan a realizar. Pero la patria misma se encarga un día que puede oírse y dar cumplimiento a los mandatos de su conciencia, de darles bronce para sus estatuas, así como un día les negó el trigo para su pan, y el maíz para sus tortillas. Eso, y no otra cosa, ocurrió con “El Nigromante”: la mañana de su muerte se vio que carecía de los medios para sus funerales, aquí donde los funcionarios amasan vergonzosas fortunas en unos cuantos meses; él que había manejado los bienes de la Iglesia, había sido diputado y magistrado por tantos años. México tuvo que darle sepultura y entonces, sólo entonces, proclamarlo uno de sus mejores hijos.

21 de junio de 1953

¿Antecedente del soneto anónimo?

Luis de Carvajal, apodado el Mozo, es uno de los personajes de mayor atracción de la época colonial. Su figura es una extraña complicación de las más

opuestas manifestaciones de un genio turbulento, disparejo, a ratos soberbio y airado, pero a ratos también humilde y místico. Su aparente conversión al catolicismo, su encendida fe mosaica, su extremada observancia de las prácticas religiosas de la fe de sus mayores que lo llevan a circuncidarse con una espantosa sangre fría, nos los presentan como un caso típico de neurosis. Delante de los inquisidores dramáticamente abraza la religión de Jesús, pero también delante de ellos, no resiste a la vanidad de proclamar que es autor de algunas composiciones poéticas en honor de Jehová. Y éste, el de versificador místico, es uno de los aspectos que Alfonso Toro muestra de Luis de Carvajal en el libro que sobre aquella extraña familia escribió el historiador mexicano. No era un buen versificador, sino por el contrario las composiciones que se incluyen en su proceso lo presentan bastante ramplón, aunque no exento de fervor y angustia religiosa. Toro tuvo la curiosidad de reproducir en su libro no sólo las composiciones en loor de Jehová, sino también un soneto que recuerda al famosísimo atribuido a Santa Teresa y a fray Miguel de Guevara, por el profundo sentido religioso que lo impregna. En verdad parece imposible que la misma mano que trazó los versos rípidos inspirados en el Antiguo Testamento fuera capaz de trazar el soneto referido. Alfonso Toro llega a apuntar la sospecha de que no lo hizo Carvajal por sí solo, sino que fuera obra de Antonio de Morales, un médico judío amigo suyo, muy dado a la versificación, y en verdad poeta discreto y habilidoso versificador. Justa Méndez, novia del joven judío refiere en sus declaraciones que Luis de Carvajal era muy amigo de Manuel Gil de la Guardia, uno de los mil poetas que florecieron en la Nueva España del siglo XVI, con quien, a la usanza del tiempo, se escribía en verso, principalmente en sonetos, loándose entre sí. No fuera, pues, arriesgado afirmar, a pesar de la sospecha de Alfonso Toro que Carvajal sea el autor del soneto que aquí transcribo:

*Pequé, Señor, mas no porque he pecado
de tu amor y clemencia me despido,
temo según mi culpa ser punido,
y espero en tu bondad ser perdonado.
Recélome según me has aguardado
ser por mi ingratitud aborrecido
y hace mi pecado más crecido,
el ser tan digno tú de ser amado.*

*Si no fuera por ti, de mí qué fuera
y a mí de mí sin ti, quién me librara
si tu mano la gracia no me diera,*

*y a no ser yo mi Dios, quien no te amara,
y a no ser tú, Señor, quien me sufriera,
y a ti sin ti mi Dios quién me llevara.*

5 de julio de 1953

Refranero mexicano

Yo trabajo, desde hace muchos, años en la recopilación de un Refranero Mexicano. Pero se me preguntará cómo es posible eso, siendo como es el refranero algo inseparable de España, como lo es también el Romancero. Y yo respondo que a primera vista parece imposible que pudiera haber un refranero mexicano. Y, sin embargo, es posible. Un refranero, desde luego, que tiene sus antecedentes en la cultura española, que de ella toma sus modelos, su estilo y la lengua en que se dice, pero que se nutre con elementos propios de esta tierra, casi siempre de ascendencia indígena. ¿Cuáles refranes pueden entrar en esta recopilación para que pueda considerarse mexicana? Primero, todos aquellos en que haya voces indias, así como las que aludan a indios y españoles; y, después, el gran porcentaje de sabiduría del mundo precortesiano, puesto en español una vez que conquistadores y conquistados aprendieron el lenguaje de unos y otros. Presidió esta conversión a la lengua española de los dichos y refranes indios, la misma ley que privó en el nacimiento del romancero, a tal extremo que tienen su misma cadencia, su mismo estilo, su misma cuenta silábica. Fray Martín Sarmiento, aquel milagro de erudición que dijo Benito Jerónimo Feijóo, en su asombroso libro de ingenio y penetración *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, asienta que el refranero es más antiguo que la prosa castellana escrita, y que las leyes métricas de la gran poesía castellana están apuntadas en los refranes que prefieren la medida de ocho sílabas. Una breve observación del acervo de refranes nacidos en México verifican cabalmente esta afirmación de Sarmiento; en una gran proporción son refranes de ocho sílabas, o están escindidos en ocho sílabas. Nacieron, pues, después de la Conquista

algunos, otros fueron puestos al español, cuando el español supo lengua india o el indio aprendió la lengua de Castilla, como ya está dicho.

¿Cómo hago para establecer la familia y la estirpe de estos refranes que yo pretendo mexicanos? Me valgo para eso de algunas guías bien sencillas y, según mi leal saber y entender, bien seguras: todos aquellos refranes en que entran voces indias de México, o contienen un elemento de oposición entre el indio y el español, o se refieren a estilos de vida precortesiana, han nacido en México, son de México, así estén dichos en el más puro idioma español. Lo digo yo que conozco mucha sabiduría zapoteca, que luego he puesto en el otro de mis idiomas, o sea la lengua española. Pero veamos algunos ejemplos para que mejor se entienda las razones de esta pretensión:

*Indio, mujer y fraile no cierra la puerta que abre.
 Cuando el tecolote canta, el indio muere.
 No tiene el indio la culpa, sino quien lo hace compadre.
 Cuando el indio encanece, el español ni aparece.
 El que con leche se quema, hasta el jocoque le sopla.
 Indio corrido, indio al camino.*

Y así podríamos aumentar los ejemplos, si no temiésemos aburrir con la lista a los lectores. Pero con los consignados espero crear en ellos la certeza de que es posible la recopilación de ese Refranero Mexicano que tantas cosas, desconocidas hasta hoy, de la mentalidad indígena, podría desentrañar y traer a plena luz.

12 de julio de 1953

Indio que sabe leer...

La anécdota es sencilla y rápida, apenas un pequeño acontecimiento, una ocurrencia pasajera, pero que se presta para extraer de ella alguna reflexión delicada y trascendente. Hela aquí. Luis Correa Sarabia, un indio de ojos celestes, venido de Yucatán, fino y misterioso, que sin hablar la lengua maya la escucha y la entiende en su corriente lejana y subterránea, y vive en esta capital como desterrado, pronto a cazar al vuelo un atisbo que le permita entender mejor lo que México es, entró una mañana a una librería en busca de algún libro

indispensable para dar cimiento a sus disciplinas. Entre los clientes estaba una pareja de indios, un hombre y un niño: padre e hijo. La indumentaria, al primer golpe de vista, le anunciaba que aquella pareja no podía venir sino del campo, de la morena muchedumbre en que lo bueno y lo malo de la patria encuentra su mejor asiento. Luis Correa se acercó, y pudo advertir que compraban una *Legislación agraria*, indispensable para defenderse de las malas autoridades que solemos padecer, necesaria para reforzar pleitos y argumentaciones a que tan dados son los indios, porque negados de los dones de la razón y de la inteligencia, encuentran desquite confundiendo a rábulas, leguleyos, huizacheros y ladinos que más los pierden que los cuidan en sus pueblos y rancherías. Pero no sólo: en los alegatos de juzgado encuentran ocasión para demostrar en litigios que duran largos años que ellos no son los tales bárbaros que otros bárbaros pretenden. Y aunque repitan que más vale un mal trato que un buen pleito, ahí se quedan por unos años defendiendo un trozo de tierra que frecuentemente sólo sirve para darles sepultura, pero al que tienen un apego tal que antes venden toro y vaca, antes venden la becerra, antes venden toditito, menos la tierra, como dice sabiamente la canción.

Pues bien, Correa tuvo una ocurrencia en que laten sus orígenes, su condición de mexicano alerta y sensible; quiso regalar al niño indio un libro que le ayudara a crecer el alma.

—¿Ya sabes leer? —le preguntó.

—Todavía no, señor. Mi hermanita mayor me lee los libros, dijo.

—Yo te voy a regalar un libro para que te lo lea tu hermanita, a ver si te gusta.

Y diciendo y haciendo buscó en los estantes el libro que ya tenía pensado. Cuando puso en las manos del indio el magnífico *Juárez, el impasible*, de Héctor Pérez Martínez, inspirado en aquel hombre que había promovido en José Martí la reflexión de que indio que sabe leer puede llegar a ser Benito Juárez, el niño le dijo entre compungido y gracioso por qué, ya que estaba en la disposición de regalarle, no le daba otro que quería conocer. Y cuando Correa Sarabia preguntó cuál era ese libro, el niño le contestó:

—*La Constitución Política*.

Y ahí estaba en roca, y en mármol, y en bronce, virtualmente, una réplica de nuestros grandes hombres: la bandera y la Constitución en las manos.

Más valen quintaesencias

Hay escritores que no escriben, pero que lo son por tendencia y por temperamento; los hay, también, que escriben poco y que tanto dan que decir a los tontos que los exigen abundantes; los hay gárrulos que no llegan a escritores. Pero los hay, también, que escriben fuera de la literatura, como una mera dimensión de su apetencia política y burocrática para enriquecer su bibliografía, para halagar a los poderosos, para disimular sus verdaderos apetitos: una muestra de “taparle el ojo al macho”, para usar una expresión popular. Desde luego no es México el único país que padece estas arborescencias, excrecencias, o como quiera llamársele. En todas partes nace, prospera y medra esta clase de escribidores o verseros que harían el regocijo de todos si no fuera porque a veces logran cubrir como una hiedra el nombre de los que humilde, calladamente trabajan su huerto buscando dar expresión a un mensaje y que muchas veces mueren sin haber dado cabal traducción.

En la mente de todos y en los labios de muchos, están ahora mismo sus nombres. Nuestra vida literaria registra muchos de ellos porque como frecuentemente escalan grandes cargos y dignidades, los historiadores de nuestras letras a quienes tienen a veces como subalternos no logran vencer la tentación, cuando no la pobreza de espíritu, de consignarlos, adornados con elogios. Y ahí se quedan hasta que las circunstancias de nuestra vida política, o el tiempo que suele ser en estos como en otros achaques un juez justiciero, los devuelve al anonimato de donde nunca debieron salir. Peligrosa ralea, porque sin letras y sin lecturas, (ya se sabe que los libros limitan, reducen y encauzan nuestros apetitos más primarios hasta el grado de que André Maurois ha dicho que un hombre que ha leído muchos libros no puede dejar de ser perfecto) todo lo intenta y frecuentemente suplanta a los autores verdaderos. Con tal de alcanzar sus verdaderas metas lo mismo sirven de bufones a los poderosos que escriben loas a todo aquel por el hecho de estar en el poder tienen su aplauso en cambio, claro está, de cargos y de prebendas. Poetas y bufones los llamó José Vasconcelos cuando estaba en la cúspide de su gloria. Y recuerdan los lectores la resonancia de esa clasificación. Algunos ni siquiera logran escalar las alturas del palacio y el trono, conformándose con mancharse en los pantanos. Pero a otros la vida suele llevar a sitios donde ha de demostrarse que el ejercicio de las letras tiene sus deberes, y que la inteligencia y la gloria literaria no son vanas ni pasajeras, sino que llevan implícitas una conducta que revierte sobre

su pueblo, que presta sus sílabas para armar la canción que da el barro, la cantera y el mármol, y el bronce para la estatua que cada escritor debe labrarse al paso que labra su verso y su prosa.

Hasta entonces el lector inocente se convence que no había en ellos un amor a las letras sino que era el medio de encubrir afanes a ras de tierra, de confundir y de velar cosas ajenas a un artista verdadero: lo que buscaban era acrecentar la hacienda y el éxito fácil en espectáculos ruidosos.

26 de julio de 1953

Última luz de María Izquierdo

Conocí a María Izquierdo hace muchos años, cuando acababa de llegar a la ciudad de México, o por lo menos así me lo parecía. Por el rumbo de la Escuela de Medicina, ya para llegar a la calle de Colombia, vivía en un último piso. Alguno me llevó a su casa, una casita mexicana, adornada con juguetes, bolas de cristal, trastos, retablos, idolillos femeninos, entre los que María destacaba como una hermana mayor. Otras veces la encontraba por calles y mercados, vistiendo sus ropas de tonos encendidos, tocada con grandes rollos de listones colorados, azules y verdes, en un alarde ornamental que su seguro instinto pueblerino sabía equilibrar. Parecía que pasaba por nuestro lado un trozo de campo, un gajo de provincia, una ráfaga municipal. Entonces fue cuando empezó a pintar, cuando se atrevió por los caminos de la pintura, con tembloroso andar, con mano zozobrante, con frente febril. No pudo, como no puede nadie que empiece, hacer las cosas por sí misma, decirlas con palabras propias; como lo ha dicho Pablo Neruda de sus orígenes literarios, voces ajenas mezclaban sus sílabas en su voz, pero ya desde entonces había en su mensaje algo que no podía ser sino propio: la entonación, el acento lejano y misteriosos, como venido del fondo de nuestro pasado indígena. Y como los años no pasan en vano, ni la vida pasa sin dejar rastro, muy pronto María Izquierdo encontró su palabra, su expresión, la voz que la distingue en el coro de la pintura mexicana. La primera exposición de sus obras tuvo las trazas de una revelación. Diego Rivera la saludó y le dio la bienvenida con entusiasmo: el arte pictórico mexicano se enriquecía con un nuevo nombre, con una obra que por donde quiera que se viera, tras-

cendía un hálito natal, de raza y de terruño. Tenía, y tiene su pintura, los colores, la fisonomía y la sencillez de las cosas cotidianas, el primor de las cosas mínimas y familiares que en fuerza de su frecuencia en nuestro trato pasan inadvertidas. María Izquierdo con un ánimo que se dijera fraterno se inclina y las levanta, y las traslada a sus lienzos amasadas con una suerte de ternura y hermandad que impulsa a los temas a entregar su jugo escondido y remoto. Unas frutas, unos cacharros, unas flores, un rostro de niña, una figura animal, son puntos de partida propicios para María Izquierdo: eso le basta, como es común a los verdaderos artistas verdaderos, para realizar una obra cabal, de ésas que no corrige el tiempo ni enmienda la casualidad. Y ahí quedan colgados en el muro del tiempo, a espaldas de la muerte y del olvido, algunos de los cuadros en que esta gran pintora logró aprisionar una manera de nuestro ser sin tiempo.

Ahora María se encuentra muy enferma. Herida, sin manos para empuñar los instrumentos de trabajo, contempla desde una colina alta y despejada, las estaciones recorridas en el herido tránsito, y sin dejarse invadir de tristezas, se cerciora que no vivió en vano y que no hizo un mal empleo de su genio de artista, íntegra y verdadera.

2 de agosto de 1953

El debe y el haber

Uno de los primeros libros que leí fue uno del padre Agustín Rivera, aparecido en 1922, en la serie de obras clásicas que “con loca audacia” editó José Vasconcelos. Su título *Principios Críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia* se vio reducido a *Virreinato de la Nueva España* que es como mejor lo recuerdan los lectores de aquellos años. Es posible que don Agustín haya escrito obras mejores, pero yo, después de recorrer una gran parte de su rica bibliografía, me quedo con ésta por esa suerte de preferencia que se suele tener por aquellas cosas que nos inician en nuevos aspectos de la vida. El libro lo constituye fundamentalmente una discusión acerca de las historias de Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán. El padre Rivera con una medida que dan los años, con una crítica que le permite no tener rival de uno ni secuaz de otro, da al historiador insurgente sin cuyas obras prevalecería

el juicio de Alamán, lo que tiene de verdadero; y abona al historiador realista aquello que de imparcial y verídico comprende su obra. No se declara Rivera partidario de don Lucas Alamán, aunque se aleja de él en todos aquellos lugares en que extrema su fervor por España y la Colonia; no se postula partidario de Bustamante, aunque suscribe como suyas todas aquellas afirmaciones que sin traicionar la verdad, el historiador y soldado insurgente, condena los males de la Conquista y la Colonia, y bendice los bienes de la Independencia. Ojalá todos hubieran tenido la oportunidad que yo tuve de haber leído primero el *Virreinato de la Nueva España*, y después el *Cuadro histórico* y la *Historia de México*, porque su autor es un guía amable, sereno sin espíritu de querrela y sólo animado por la fiebre de encontrar la verdad y de proclamarla. No pude entender toda su lección; no alcancé a aprovechar la totalidad de sus enseñanzas, pero no llegué a la *Historia* de Alamán con ánimo adverso, ni al *Cuadro histórico* de Bustamante con emoción partidarista.

Muchas cosas de aquella lectura las tengo olvidadas. Pero una página del libro vuelve a mi memoria de cuando en cuando, y yo gozo en releerla y en darla a conocer en voz alta a mis alumnos y las personas que en la ocasión estén cerca de mí. Es aquella en que don Agustín Rivera hace un resumen de los mutuos bienes y males que nos hicimos los españoles y los mexicanos durante la dominación de España en México. En pocos lugares la pluma del padre Rivera alcanza la agilidad, la tersura y la fluidez que en ésta en que pondera algunas de las cosas que el mundo indio dio a los españoles y europeos. Al mismo tiempo que una lección de historia, parece una lección de botánica, de zoología, y de lenguaje, por cuanto menciona los nombres indígenas de las flores, las frutas y los otros bienes con que compensamos a los españoles sus grandes beneficios.

Los españoles, dice, nos trajeron el melón, la sandía, la naranja, la pera, el higo y otras innumerables frutas deliciosas; y nosotros les dimos el mamey, el chicozapote, el aguacate, la chirimoya, la piña y otras innumerables frutas igualmente sabrosas; los españoles nos trajeron el rosal de Castilla, el clavel, el nardo, el jazmín y otras muchas flores bellísimas; y nosotros les dimos “la cabeza de víbora” a la que Clavijero llama flor de incomparable hermosura; la flor del corazón, la flor de tigre, el *cacaloxóchitl*, el tabachín y otras muchísimas también muy bellas. Los españoles nos trajeron el pavón, el canario y algunas otras muy hermosas aves; y nosotros les dimos el *centzontli*, el colibrí y una multitud incontable de aves, unas de espléndido plumaje y otras de dulcísimo canto. Los españoles nos trajeron los caballos, los asnos, los bueyes,

las vacas, las ovejas, los cerdos, el trigo, el arroz, la caña de azúcar, el uso del fierro, y otros muchísimos entre los animales y vegetales, en gran manera útiles; y nosotros les dimos los guajolotes, el maíz, el cacao, el jitomate, el tabaco, la zarzaparrilla, la cochinilla, el añil, el palo campeche, la caoba, el granadillo, el tapicerán, el lináloe y otros muchísimos vegetales muy útiles, y les dimos tierras inmensas y feracísimas, desde un mar hasta otro mar y desde el Cabo Catoche hasta el río Sabinas; tierras con muchos lagos y rodeadas de mares abundantes en deliciosas pesca y muy a propósito para la navegación y el comercio...

Y así, con esa devoción a España que no esconde el fervor a México, continúa por un largo trecho el relato de los bienes y los males que mexicanos y españoles se hicieron. Una página, lector, que usted debe propagar, porque ayuda a poner en paz a nuestros dos abuelos.

9 de agosto de 1953

El español zapoteco

Algo que me he propuesto siempre, pero que hasta ahora no he podido hacer, es escribir un pequeño estudio sobre el sistema que presidió la incorporación de las voces españolas al caudal del idioma zapoteco que, frecuentemente, el mismo que operó en otras lenguas indígenas de nuestro país. No he podido hacer otra cosa hasta ahora que la nómina de esas voces y el establecer las leyes filológicas que desde el primer momento imperaron en aquel fenómeno. La lista de estas voces es muy larga y formarla constituyó un trabajo de muchos años, pues algunas están alejadas de la palabra que les dio origen y sólo después de laboriosas pesquisas y reiteradas insistencias, se convence uno de su origen español y no indio. Dos caminos siguió el zapoteco para incorporarse las dicciones que nombraban las cosas nuevas que los españoles trajeron: uno, fue sumarla, acomodándola a su genio propio; el otro, formar una voz nueva conforme a las leyes de la lengua indígena. Así, por ejemplo, de *misa* hizo *mixá*, con una pronunciación acomodada a las características del zapoteco: larga la primera sílaba, y con clausura glotal o saltillo la segunda; en el segundo caso, se hizo una palabra que señalaba la diferencia específica del animal u objeto que quería nombrar, en una fidelidad a la ley fundamental que presidió el

nacimiento de una lengua propia: señalar el rasgo más distintivo. Por ejemplo, a la mula que trajeron los españoles se llamó “el animal que tiene las orejas amplias”, o sea *diaga*, oreja, y *laaga*, ancho, amplio; ni más ni menos que los pamperos argentinos llamaron después de la Conquista “mulitas” a los armadillos por referirse a sus orejas, erguidas como las de las mulas. Muchas veces, no obstante, que las cosas por nombrar tenían equivalentes indios, los zapotecas adoptaron y adaptaron la lección española. Así, por ejemplo, de la palabra conejo hicieron *colexu* al principio, y después, el aféresis *lexu*, no obstante que el animalito tenía nombre zapoteca, un nombre en que justamente se aplica la ley que, según acabo de decir, nació observando una característica esencial de la cosa por nombrar: *belaxaguixi*, de *bela*, carne, *xa*, al pie, oculto, y *guixi*, monte, por aludir al conejo que es una carne o alimento que se agazapa al pie del monte.

Ignoro si en las otras lenguas indias de México ocurrió cosa igual, pero en el zapoteco que es una lengua que no indica el género por su terminación, sino anticipando al sustantivo la palabra o partícula que lo señala, hay una serie de palabras que son, dijérase mixtas del procedimiento español y del indígena. Señalemos un solo caso a manera de ejemplo. Conocido es el prejuicio, hábilmente cultivado por los conquistadores y sus epígonos, que ser blanco es mejor que ser moreno, o cobrizo, o amarillo; a tal extremo llegó a calar esta aberración en el ánimo de los indios que todavía en nuestros días, y no sólo entre los indios sino entre las clases medias y aun ricas, se suele presentar al hijo más blanco o menos moreno, diciendo: “éste es el mejor, es el blanquito de la familia”. Pues bien, de *mejor*, el indio zapoteco sacó *mexor*, primero, y después el apócope *mexu*, con el cual se dijo desde entonces blanco, entendido como sinónimo de mejor, cuando se trata del género masculino; y *mexa* –como quien dice mejora– cuando del género femenino se trata. Y este caso, el más extraño y disparatado, es el que más tiempo y trabajo costó establecer.

Dejemos para otro día el capítulo de la incorporación de las voces indias a la lengua española, rico y atrayente.

16 de agosto de 1953

Una lección para Cibeles

Cibeles: Cuando seas grande y vayas a la escuela secundaria, tu maestro de lengua y literatura, al explicarte la formación de nuestro idioma, te dirá sus diversas fuentes, entre las que mencionará las lenguas indias de América. Entonces podrá servirte esta primera lección que ahora te doy. América dio a España cosas nuevas y junto con ellas sus nombres, es decir, palabras nuevas. Y España incorporó esas dicciones al caudal de su lenguaje. Cuando esas cosas nuevas tenían par o semejante en España, el conquistador las nombraba con la palabra que ya conocía. Te pondré un solo ejemplo: al *calpulli* de los aztecas, le llamó uva. Pero cuando eso no ocurría, se veía orillado a usar de la voz indígena; pero como no la oía bien ni sabía cómo escribirla, cuando la voz llegaba al papel, representaba ya dos modificaciones: una de oído y otra de transcripción, en lo cual el español no hacía otra cosa que ajustarse a las leyes fonéticas de su idioma materno. Cuando Hernán Cortés escribió las *Cartas de Relación* a su rey y señor, eso hizo. Y en sus escritos encontramos las primeras palabras indias que nombraban aquellas cosas desconocidas, aunque no todas, porque como él mismo dice “no las pongo por no saber su nombre”.

De todas las lenguas indias de América, fue el idioma náhuatl el que más palabras incorporó al español. Y esto no por un mero azar o casualidad, sino porque los aztecas que hablaban ese idioma eran los más desarrollados culturalmente en este hemisferio, pues sólo un pueblo del sur, los incas, tenían un desarrollo parecido. Y no por azar fueron ellos quienes dieron a la lengua castellana, un caudal también muy rico de voces nuevas.

Fue una especie de trueque o cambio lo que se estableció entre indios y españoles. Por cada cosa que ellos nos daban, nosotros les dábamos otra, y junto con ella la palabra que la nombraba. Si nos dieron la naranja, les dimos el chicozapote, un fruto que según ha dicho Vasconcelos es el más rico de todos; si nos dieron las gallinas, les dimos el guajolote; si nos dieron las sillas y taburetes, les dimos los butaques y los equipales, éste un mueble que parece que tiene puesto un suéter, y que como dijo alguna vez Néstor Heras tiene un poco de arlequín; y así sucesivamente.

Una cosa muy curiosa puedes notar en este intercambio de palabras que se hicieron mutuamente conquistadores y conquistados: cada uno acomodó a su lengua las dicciones ajenas de acuerdo con ciertas reglas y sus respectivas ex-

cepciones. Dejo para otro día explicarte cómo las tomaron los indios; ahora sólo te explicaré, con algunos ejemplos, cómo las tomaron los españoles. Siempre que la voz náhuatl terminaba en *tl* el español hacía de ese grupo la sílaba *te*, tal si la *l* perdiera estatura; *zapotl* dio zapote; *ahuacatl* dio aguacate; *huaxolotl* dio guajolote; *cacahuatl* dio cacahuate; *coyotl* dio coyote; y así sucesivamente. Cuando la palabra terminaba con la sílaba *lli*, el español la convertía en *le*; *atolli* dio atole; *chilli* dio chile; menos *petacalli* en la cual el español por rehuir la sílaba indígena *lli* sacó petaca. Cuando la voz india terminaba en *tli* el español convertía el grupo en *de*. Un solo ejemplo se me ocurre: *tzictli* dio chicle. El grupo *tz* dio la letra *z*; *tzapotl*, cuya primera sílaba es *za* casi siempre.

Estas palabras se usaron en España desde el siglo XVI, y aún en el siglo XVII poetas cultos recurrían a ellas para dar un matiz americano a sus creaciones, aunque alguna vez para darles un tinte de comicidad, si bien en esto también se recurría a las formas de hablar de los árabes que en otro tiempo habían vivido en España. Lope de Vega lo hacía con esta doble intención.

He aquí algunas palabras de origen náhuatl: *chicozapotl*, *ahuacatl*, *huaxolotl*, *cacahuatl*, *coyotl*, *tecolotl*, *icpalli*, *petacalli*, *tomatl*, *tzictli*, *xilotl*, *centzontli*.

Bueno, Cibeles, hasta la próxima lección.

30 de agosto de 1953

Un soneto de Pantaleón Tovar

Yo leí hace muchos años, y las recuerdo siempre, al paso que otros las olvidan, las *Lecturas literarias* de Amado Nervo. Casi fue este libro la única lectura de mi niñez. Como era de los pocos que hubo en mi casa, volví a él muchas veces, hasta aprenderme de memoria sus lecciones. Ahí encontré por primera vez el nombre de Pantaleón Tovar, poeta, novelista, dramaturgo y soldado, cosas comunes en los escritores del siglo pasado. Aun antes de saber leer, conocía sin saberlo obra suya: la letra de una vieja canción que se cantaba en Ixhuatán desde hacía mucho tiempo, quizá desde las primeras horas del Romanticismo. Se trata de unas coplas que Tovar escribió a su madre muerta, un tema constante en él como lo era en Manuel Acuña. ¿Se acuerdan de ellas? Son aquellas que se inician con esta cuarteta, si mal no recuerdo:

*Pasó el terrible noto,
volvió la Primavera,
de verde viste el soto,
el bosque y la pradera.*

Y que tienen como desolado estribillo, como estrambote o ritornelo, esta exclamación:

*Tan sólo tú no has vuelto
ni vuelves, madre mía.*

Pasaron los días. Yo vine a México, y en aquel desenfreno que se apoderó de mí por las lecturas, volví a topar con su nombre: en *El Parnaso Mexicano* que dirigió Vicente Riva Palacio; en *Las cien mejores poesías (líricas) mejicanas* que compilaron Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint, cuyo prólogo escribió, casi sin lugar a dudas, el primero; en la *Historia de la Literatura Mexicana* de Carlos González Peña, y en otros lugares más, casi siempre como de paso; por no dejar. González Peña llega a decir que no se han coleccionado sus versos y da un título equivocado, como repetido de Luis G. Urbina, del soneto que motiva esta *Alacena*.

He vuelto a recordarlo ahora en ocasión de haber aparecido la 4a. edición de *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, refundición de todas las anteriores, bajo la absoluta responsabilidad de Castro Leal, que escribe el Prefacio y la enriquece con nuevas piezas, así como modifica, para mi criterio mejorándolos, los juicios contenidos en la edición de 1914: tal aceptación de una literatura indígena anterior a la Conquista. Castro Leal, fiel al criterio que lo llevó en unión de sus compañeros a incluir entre las cien mejores poesías líricas mexicanas un soneto de Pantaleón Tovar, lo reproduce esta vez, y agrega que en “su escasa obra se encuentran notas delicadas”. Y como yo andaba pensando que era Urbina quien había cortado ese soneto de la floresta romántica, donde junto con otras estancias y rimas, son como cálices abiertos y se asoman por entre el laberinto ramaje, quise devolverle al antólogo el crédito que por un olvido estaba atribuyendo al autor de “La vieja lágrima”. Quise, de paso, comparar las dos versiones, y encontré una nueva confirmación a la sospecha de que Urbina transcribió

de memoria las poesías que aparecen en *La vida literaria de México*, alterando a veces desde el título. Veamos, si no:

A una niña que llora por unas flores

*Apenas niña y el intenso duelo
te llena el corazón de sinsabores,
y mil gotas de llanto, los fulgores
de tus ojos, ocultan con un velo.*

*Quien hace padecer, insulta al cielo.
¿Por qué lloras, qué tienes, quieres flores?
Pues yo te las daré; pero no llores,
no llores, alma mía, y si en el suelo.*

*no hayas quien bese la nevada seda
de tu alba frente que al amor convida,
si no hay en él quien abrazarte pueda.*

*Ven a mi seno y beberé, mi vida,
esa lágrima pura que se queda
de tus húmedos párpados prendida.*

6 de septiembre de 1953

El paisaje mexicano huele a sangre

La anécdota me la contó José Vasconcelos. Era el atardecer. Y el tren atravesaba un desolado paisaje del norte de México. Mudo, obsesionado por recuerdos de días lejanos que ahora complicaban hechos adversos, Vasconcelos volvió a los días en que recorría aquellas mismas tierras como revolucionario. Era el final de la campaña del 29. Y parecía que salíamos de México, vencidos más que victoriosos. Fijos los ojos en contornos y lejanías, de pronto, como si volviera a la realidad, me contó la anécdota que ahora quiero repetir.

Corrían los días en que era Presidente de México Eulalio Gutiérrez, nombrado en la Convención Militar de Aguascalientes, en abril de 1914. Minero, sin universidades, Gutiérrez era un hombre directo: no complicaba sus reflexiones con lecturas, sino que procedía espontáneamente. Sucedió que una mañana salió con algunos de sus colaboradores, escritores todos ellos, rumbo a Xochimilco adonde iba a celebrarse un banquete político. Apenas el automóvil en que viajaban había salido de la ciudad de México, cuando José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Mariano Silva y Aceves y Ricardo Gómez Robelo trajeron a cuento la famosa sentencia que aparece como epígrafe de la *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes: “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire”: Y mientras unos querían establecer sus parentescos y otros bregaban por la invención de una nueva, Eulalio Gutiérrez permanecía mudo, los ojos fijos en la lejanía, en el azul del cielo, en las heridas que la metralla de la contienda revolucionaria iba dejando en las paredes y en los campos. En una pausa de la discusión, Eulalio Gutiérrez, que llamaba licenciados a los intelectuales, intervino y cortó como de un tajo aquel diálogo que se dijera socrático por la sabiduría de sus interlocutores.

—Pero, a que ustedes no se han fijado en una cosa, señores licenciados, dijo.

Y ante el asombro de todos, agregó:

—El paisaje mexicano huele a sangre.

Con lo cual trazó con pinceladas luminosas, un retrato del paisaje mexicano que tiene la misma luz y la misma gracia que aquel que trazara en un hallazgo genial Alfonso Reyes y que corre entre los mexicanos no literatos, entre nuestros viejos generales, con la efigie de aquel hombre de tierra, acero y pedernal que fue Eulalio Gutiérrez.

13 de septiembre de 1953

Sal, salero, saldunga

Por el año de 1937, y con motivo de la película llamada *La Sandunga* se suscitó entre los aficionados al folklore musical y al ejercicio de la literatura, una discusión acerca de los orígenes de la melodía con ese nombre. La ignorancia por un lado, y la patriotería por el otro, orillaron a los aficionados

a escribir las más insólitas necedades acerca del tema. Yo estaba entonces en los Estados Unidos, pero hasta allá me llegó el eco de aquella tremenda algarabía. Y las cosas más aberrantes se dijeron en la ocasión: que si “La Sandunga” era de Chiapas, que si era de Tehuantepec, que si era de Juchitán; o que si la escribió un hombre sin notas, preso de un tremendo dolor: el huérfano de la leyenda de Esteban Maqueo Castellanos. De todas, la más grande, aquella según la cual “La Sandunga” era hasta por su nombre de origen zapoteco, de acuerdo con una descabellada etimología que se trajo a cuento.

Yo, que no conozco una nota musical, pero que he oído cien canciones folklóricas mexicanas y otras tantas españolas, y de los pueblos hispanoamericanos, sostuve en el periódico *Neza*, años antes, que “La Sandunga” no era una melodía nativa del Istmo de Tehuantepec, aunque allí se hubiera aclimatado tiñéndose con los matices del alma indígena. Sostuve algo más: sostuve que la palabra sandunga era una voz castiza que pudo haber sido en sus orígenes “saldunga” en su connotación de salero, gracias, donaire. En el año de 1946, Gerónimo Baqueiro Fóster, sabio en todos estos achaques, anunció haber establecido los orígenes de “La Sandunga”, ajenos, naturalmente, a los puntos de vista sostenidos en la discusión de 1937, y acordes con los míos, desconocidos hasta entonces por Baqueiro.

Con motivo de la publicación de las opiniones de Baqueiro Fóster recibí una carta de don Joaquín Mirabal Lausan, cubano, librero de viejo, hombre de más de sesenta años, soldado de la Guerra de Independencia de Cuba, y notable conocedor del folklore literario, y musical de su país.

Mientras llega la ocasión de publicar esa carta, deseo consignar dos estrofas que se cantan en el son veracruzano llamado “El Soldado de Levita”; la una y la otra en una chacarera argentina cuyo nombre no recuerdo de momento; pero que salvo leves variantes es la misma que se canta en “La Sandunga”, para reforzar la vieja afirmación de que nuestra música vernácula y las letras con que se cantan son frecuentemente las mismas que trajeron los soldados españoles de la Conquista y que repartieron por toda la extensión de nuestra América. Sino que frecuentemente nuestra reducida información, cuando no la vanidad aldeana, nos lleva a formular afirmaciones temerarias, reclamando como propias músicas y letras que son patrimonio común de los pueblos hispanoamericanos.

He aquí la estrofa veracruzana:

*Acuérdate que pusiste
tus manos sobre las mías
y llorando me dijiste
que nunca me olvidarías:
fue lo primero que hiciste
por tus malas compañías.*

Y la argentina:

*Acuérdate que pusiste
tus manos sobre las mías
y llorando me dijiste
que nunca me olvidarías
Y así nomás es...*

20 de septiembre de 1953

Horas de luto

Francisco Mayo vivía y tenía su estudio y taller fotográfico a sólo unos pasos de mi casa, en la calle de Mariscal, una colonia que en otros tiempos se llamó La Tabacalera, pero que me habitué a nombrar Nueva España por el número de españoles que allí encontraron refugio después de la derrota de la República Española. No obstante, muy rara vez nos encontrábamos, y esas no eran en el barrio, sino cuando coincidíamos en actos oficiales o festejos en que Paco asistía por razón de sus trabajos profesionales. Gozaba Mayo de una unánime fama de hombre leal y luchador infatigable entre sus compañeros de refugio y entre los mexicanos que más favorecidos por las circunstancias que yo, frecuentaban su trato. En el campo de su profesión esa reputación parecía una cosa natural, producto de aquellas condiciones humanas que eran inseparables de su nombre. Algunas de sus fotografías denuncian que su cámara, un instrumento al parecer insensible, se humanizaba y ayudaba al gran fotógrafo a captar escenas e instantes de la vida en toda su dramática contextura, en toda su

elocuencia, ternura y proyección. Muy bien pudiera decirse que sus fotos no eran nada más que la transcripción fiel y servil de personas, obras y cosas, sino que, yendo más allá de esas preocupaciones, ejercía un acto más de seducción y eficacia: ayudaba a completar la idea de las situaciones, ilustraba los textos, ponía en ellos lo que la palabra no siempre puede dar. Hasta como fotógrafo Paco Mayo era un combatiente, un hombre que cumplía en su campo una tarea impuesta por el conocimiento que tenía de la vida y el reconocimiento de que nada que la afecte es ajeno al hombre, cuando el hombre es capaz de penetrar las lobregeces y las luminosidades que circundan la existencia.

En esto vino el viaje a Oaxaca, último que hizo Mayo. Coincidimos en el automóvil destinado a llevar parte de los invitados. Entonces, por fin, pude hablar con él largamente. Y me sorprendió que supieras tantas cosas de mí, que estuviera enterado de este y aquel aspecto de mis actividades y aficiones; sólo mucho después supe que aquellas tan buenas antesalas que tenía de mí se las había hecho Gabriel Ramos Millán que no desaprovechó jamás coyuntura para mencionarme con elogio. El viaje fue de veras muy accidentado; primero fue la descompostura de uno de los automóviles, y después, ya de noche, nos sorprendió una terrible tempestad, llena de truenos y relámpagos que dificultaban el tránsito. El estruendo del río a un lado de la carretera, las moles que se desprendían de los acantilados, acabó por atemorizarnos. Sólo él hacía guasas, se reía y contaba cosas peores para tranquilizarnos. Nos despedimos después de la cena, para reunirnos al día siguiente durante el desayuno y no separarnos durante la primera jornada de trabajo.

Francisco Mayo era un hombre alegre, optimista. Y si algún pesimismo lograba alguna vez sorprenderlo, éste pudiera decirse que tenía una dimensión, un ala alegre. Lo sé por las muestras constantes de buen humor de su trato. A don Arnulfo T. Canale y al joven periodista Bouchot entretuvo todo un medio día mientras bajo de uno de los portales del zócalo de Oaxaca, refirió aspectos de sus tareas que conocía muy bien. En presencia de Canale, gerente de la cerveza “Bohemia”, Paco consumía “XX”, fingiendo desconocer la situación. Y don Arnulfo se reía de buena gana.

Todavía el domingo 25, víspera del accidente en que perdió la vida, anduvimos juntos. Al despedirnos nos hicimos la promesa de tratarnos más, aprovechando la circunstancia de nuestra vecindad. Y el día en que ganaba un nuevo amigo, lo perdí.

Negaciones del arte indígena

El folleto del doctor don Rafael Lucio titulado *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII* fue pensado, escrito y publicado, por los mismos días en que José Bernardo Couto escribía su famoso *Diálogo*, si bien Lucio hizo públicas sus opiniones sobre la pintura mexicana antes que nadie. Por eso, se puede decir con justicia que la obra de Lucio es anterior a la de Couto, no obstante que éste último hubiera redactado su trabajo cuatro años antes. Sea como fuere, lo importante de señalar es que los dos autores tenían un pensamiento y una formación intelectual gemelos: desdén por el pasado artístico indígena y criterio académico para juzgar de las artes, en lo que se parecen a otros escritores que entonces y ahora juzgan de todas las manifestaciones artísticas mexicanas, así las letras como la escultura y la arquitectura. Es verdad que Couto aparece al lado de Lucio como más informado y mejor escritor, pero más allá de estas consideraciones, son idénticos en sus puntos de vista, hasta el grado de que pudiera tomarse al uno como el antecedente inmediato del otro. Igual cerrazón, igual desdén, parejo criterio de fijar como orígenes de la pintura en México el inicio de la Colonia. Existen pinturas mexicanas anteriores a la Conquista, hechas por los aztecas y otros antiguos pobladores de México, pero estas obras, bajo el punto de vista artístico, no ofrecen interés, por grande que sea el que inspiren bajo otros aspectos, dice Rafael Lucio. No dice cuáles sean esos aspectos, pero don José Bernardo, sí. Todo indica, dice, que en las razas indígenas no estaba despierto el sentido de la belleza, que es de donde procede el arte. Pero como algo había que elogiar de los indios recurre a uno de los aspectos que Lucio calló. Siempre presentaban cubierto en las figuras de uno y otro sexo lo que el pudor quiere que se oculte, lo que hace honor a sus sentimientos, escribe, más movido por un sentimiento piadoso que de verdadera admiración. Ellas –las pinturas de los indios– nada tienen que ver con la pintura. En ellas no hay que buscar dibujo correcto, ni ciencia del claro-oscuro ni perspectiva, ni sabor de belleza y de gracia. Palabras que no parecen sino una calca de éstas del famoso doctor en Medicina y aficionado a la crítica de arte, Rafael Lucio. El arte no tenía importancia para ellos: así es que en sus pinturas no hay buen dibujo, ni claro oscuro, ni color, ni expresión, ni perspectiva, para ser apreciada por su mérito artístico.

Las limitaciones de Couto, ha dicho Toussaint, que siguieron todos los que le han copiado, que son muchedumbre, radican en defectos de información. Él

no conoce la pintura mural del siglo XVI, descubiertas en nuestra época; no se da cuenta del valor estético del arte pictórico-indígena, aferrado a su concepto académico del arte. ¿Pero es válida esta explicación del maestro don Manuel Toussaint? A primera vista, sí. Couto era hombre juicioso; pero otros hombres juiciosos de nuestros días ante cuyos ojos han ocurrido los descubrimientos de las grandes pinturas del mundo indígena, se empeñan en negarlas. Y es que no es sólo obra de la falta de información, sino que sus prejuicios religiosos, más que su criterio estético, no les permite reconocer la existencia de un arte superior y verdadero, allí donde existió una religión ajena a la que profesan.

Y vuelto al tema de la antelación de estas opiniones, yo creo que el doctor Rafael Lucio fue quien abrió la puerta a los errores para juzgar a la pintura mexicana, y no José Bernardo Couto, así hubiera escrito su ensayo antes que el otro dictara su conferencia en Geografía y Estadística, en el año de 1863, y luego publicado en folleto al año siguiente. Si hasta parece que el autor del *Diálogo* estuvo entre los oyentes.

4 de octubre de 1953

De antologías y antólogos

Algún fundamento debió tener quien primero atribuyó a José María Luis Mora la *Colección de poesía mejicanas* publicada por la Librería Rosa, en París, el año de 1836. Quién haya dicho, y dónde está dicho es cosa que no sé ni lo saben los pocos eruditos que he podido tener a la mano. Desde luego quien hizo la afirmación no pudo fundarse en los indicios, deleznable a la simple vista, de encontrarse en aquel tiempo en París el doctor Mora, ni el de coincidir la grafía que usaba con la que era habitual entonces: jota por equis en la palabra México. Es cierto que en aquel año publicó Mora en la propia ciudad y por la misma Librería su libro *Méjico y sus revoluciones* y un año más tarde sus *Obras sueltas*. Cierto, pero no parece suficiente para reforzar tal atribución. En cambio hay indicios para pensar que no fuera él quien recopilara y escribiera la Advertencia Preliminar. Uno es que las piezas que constituyen la *Colección* denuncian no sólo prisa, sino un lamentable mal gusto que es, precisamente, el que más trabaja en contra del espíritu que presidió su publicación: “dar a conocer la literatura mejicana de cuyos adelantos se tienen tan poca idea en Europa”. Parece impo-

sible que José María Luis Mora, escritor de extraordinario brío, amante tan apasionado, pero tan esclarecido de nuestra cultura; historiador tan severo en sus testimonios, pudiera reunir en un haz así de informe, a poetas tan disímbolos y presentarlos sin siquiera los datos más escuetos que ayudaran a la antología a cumplir con sus fines, conformándose con decir que no están allí las piezas de mayor mérito, sino las que casualmente pudieron encontrarse. Muchas de las composiciones carecen del nombre del autor, por ignorarlos el antólogo, tal como lo aclara; en otras sólo lo tienen una composición, suponiéndose que las que la preceden y que aparecen sin él, corresponden a un mismo autor, lo que es sólo una apariencia engañosa y aunque en la Advertencia se consignan los nombres de los poetas incluidos, algunos no aparecen firmando ninguna de las poesías. ¿Podemos, dadas estas tachaduras, atribuir esta *Colección de poesías mejicanas* a José María Luis Mora? ¿O será que reconociendo sus deficiencias prefirió que apareciera responsable en ellas el editor?

Laborioso, pero no imposible, es establecer quiénes son los autores de algunas piezas que aparecen anónimas y nos proponemos intentarlo más adelante. Esta vez me conformo con señalar a quién corresponden las iniciales del “Brindis”, contenido en la página 269: L. A.; éste no es otro que Luis Antepara, poeta cívico que figuró en más de una ocasión al lado de otros como Joaquín María del Castillo y Lanzas y Francisco Manuel Sánchez de Tagle, autor de una “Oda a la luna en tiempos de discordias civiles”, título que no desdeñaría Pablo Neruda.

11 de octubre de 1953

La otra República

En *El Anuario Mexicano* del año 1878 que dirigía el editor Filomeno Mata, se encuentra una Revista acerca de los “Poetas y escritores modernos mexicanos” escrita por Juan de Dios Peza, escritor fecundo, constante y desdichado si lo hubo. La rareza del *Anuario*, cargado de noticias muy importantes para el estudio de las letras nacionales nos induce a comentar aquella Revista, así sea de manera breve. Tenía Peza el año en que redactó la reseña alrededor de veinticinco años, y podía decir con verdad que había asistido al nacimiento de la juventud literaria que se proponía estudiar, algunos de cuyos miembros

habían sido autores y protagonistas de la lucha contra la Intervención y el Imperio, al paso que cumplían su vocación de escritores; así como había visto florecer y marchitarse a muchos que venían de la etapa anterior. El articulista, en efecto, inicia su trabajo contando la circunstancia en que cultivó su jardín en una tierra donde siempre han sobrado discordias, y nunca han faltado talentos. Diez años de concurrir a las asociaciones literarias, de vivir en las redacciones, de frecuentar el trato de autores y actores dramáticos, de ensayarme en varios géneros literarios, buscando para no errar, a los que pasan por lumbreras en diversos ramos; me han hecho conocer a los hombres de letras de nuestro país, y formar un juicio sobre la mayor parte de ellos, dice antes de entrar en materia. Y en seguida traza la semblanza y el juicio crítico sobre un gran número de poetas y escritores de su tiempo, muchos completamente olvidados, injustamente según creo, pues aun los escritores de segunda son útiles al nacimiento y desarrollo de una literatura, si sus faltas y equivocaciones estuvieron iluminadas por el anhelo de acertar y ser útil. Allí apareció, antes de ser recogida en folleto, la semblanza de Ignacio Manuel Altamirano, la más larga de todas. Allí la brevísima de Ignacio Ramírez, porque “le quiero y le debo mucho, para poder dar una impresión imparcial sobre sus escritos”; “ha sido mi maestro y prologuista de mis versos y no puedo juzgarle”; pero consigna el asentimiento de los escritores mexicanos para que Ramírez ocupe entre ellos el puesto de honor. Y a lo largo de cien páginas, nos cuenta todo lo que acerca de cada uno de los autores a quienes evoca y enjuicia le viene a la pluma, si desaliñada, jugosa y vivaz. Si se anotara y se limpiara de las faltas inevitables en los trabajos escritos con apremio, estos apuntes que estaban destinados a un ensayo más ambicioso –“Escritores y Poetas Modernos Mexicanos”– podría prestar un señalado servicio al estudio del desarrollo literario del país.

Algo muy curioso y significativo, se saca en limpio del trabajo de Juan de Dios Peza, entre otras cosas. Y es que muchos de los autores a quienes reseña dedicaron algunas horas al teatro, en un doloroso empeño de crear uno mexicano que diera una nueva rama al árbol de nuestras letras, quiere decir basado en las circunstancias de nuestra vida colectiva, ya por su tema, ya por su tendencia, a apuntalar la moral y las buenas costumbres; hecho muy significativo en nuestros días, cuando un teatro extranjero ha filtrado su pus en la pluma de muchos escritores, sordos a aquellas tendencias vivas, actuales y útiles las dos.

18 de octubre de 1953

Una joya impar

Hay entre las piezas más notables de la escultura precortesiana una que por su ejecución, su tema y su soberana belleza, merece ser colocada al lado de las más famosas y conocidas: es aquella que los especialistas llaman con diversos nombres, pero que no es otra cosa que la *Cihualpipitzin*, es decir, la mujer que da a luz. Ejemplar de los más extraños y cargados de sentido, no es osado ponerlo en parangón con la *Coatlicue*, la *Xochipilli*, o la cabeza monumental de diorita, aunque a ratos se antoja impar en el enorme acervo de la escultura precortesiana. Si otra cosa no hubieran hecho los indios de la América precolumbina, la ignota que decía Rubén Darío, y con la cual topaba su pica dondequiera que la sembraba, bastaría esta escultura para que el arte escultórico precortesiano alcanzara una categoría pareja a las más ilustres del mundo: la egipcia y la griega, pongamos por caso.

La *Cihualpipitzin*, o Diosa de la Maternidad, o de las inmundicias, o del placer carnal, como algunos pretenden, es una pieza un poco mayor de veinte centímetros de altura por unos quince de espesor, trabajada en una piedra verde, ligeramente oscura y vetada, pulida hasta el deliquio y la molicie. Representa a una mujer en el trance supremo de dar un hombre al mundo, minuto de luto más que aquel en que un hombre muere, porque las consecuencias de nacer no cesan. Su realismo –ya se sabe que no hay gran arte que no sea realista– de una soberana plenitud, sin que por eso se anule el halago que el artista debe a la realidad para atenuar sus tremendas veladuras y aberraciones. La boca abierta, el gesto transido de una mortal angustia, la mujer está en cucullas, ligeramente inclinada hacia adelante, en tanto que las manos ayudan a aumentar la oquedad por donde el niño asoma la cabeza, atónito ante la luz.

Otros elementos concurren a hacer de la *Cihualpipitzin* una joya impar: su identidad con el tipo físico de nuestros indios, con nuestras mujeres, por mejor decirlo. El peinado tirado hacia atrás, de hebras minuciosamente representadas, sin trenzar, como recién lavadas. Los pies desnudos con los dedos robustos y separados. Y las piernas, recias, pero que denuncian una suavidad que el peso del cuerpo no logra anular, tienen los tenues contornos de la carne joven. Hay que imaginar la sorpresa que una escultura así debe haber suscitado en el ánimo de los espectadores europeos cuando esta pieza fue expuesta en las viejas ciudades del Occidente, donde los hombres, todavía, están frecuentemente influidos por los prejuicios que envuelven estas manifestaciones culturales de los pueblos

antiguos de México y de otras partes del mundo, a quienes la mentalidad blanca, engreída en sus valoraciones, se recrea en llamar bárbaros, en un olvido de que todo aquello que nos es ajeno, es barbarie. Y no hay tal. Estos pueblos no sólo crearon cosas peregrinas, en el sentido de extrañeza, sino que alcanzaron a tocar con la inteligencia y la sensibilidad, el rostro de los dioses que se supone lo más excelso que el hombre puede soñar, imaginar y realizar. La mujer que da a luz, o *Cihualpipitzin*, está para proclamarlo.

25 de octubre de 1953

La luz del alfabeto

Se llamaba Rosa Escudero, pero el pueblo sólo la conocía con el nombre de Doña Rosa. Era alta, gruesa, vestida siempre a la usanza regional, peinada en dos trenzas anudadas sobre la frente que ninguna tristeza llegó a marchitar. Completaba su indumentaria el pañolón de seda que pendía sobre sus hombros. Nunca, ni en los días de mayor penalidad, que Juchitán siempre los tuvo en medio de sus fiestas estruendosas, se le vio hacer a la realidad ninguna de las pequeñas concesiones a la que los hombres suelen recurrir para atenuar sus rigores, o para ponerse a tono con ella. Por el contrario, en mantenerse fiel a sus hábitos encontró Doña Rosa una manera más de enseñar, de señalar a sus alumnas la virtud de las acciones cotidianas. La escuela que tenía instalada en su propia casa, con ser tan minúscula, tenía en la geografía pueblerina una importancia que ahora supongo enorme; era como el punto al que convergían las miradas y la atención de todas aquellas familias en que había una niña en edad escolar. ¿Quién pudo pasar frente a su casita sin volver los ojos a su puerta y ver desde la calle aquel grupo de niñas, muy pulcras, muy atentas al puntero que Doña Rosa esgrimía, igual que una batuta de director? ¿Quién no detuvo el paso para oír el coro de niñas que dócil a las indicaciones de la maestra repetían la lección, en un gorjeo que se dijera de aves en libertad más que presas? No era mucho lo que Doña Rosa debió saber, si se recuerda que no hizo otra escuela que la primaria, y en días aciagos para nuestro país: pos-trimerías del siglo pasado, en un pueblo lejano y solo. Pero para lo que nuestro pueblo ignora, es tan buena la sabiduría como el medio saber. Y eso era lo que Doña Rosa sabía. Nunca se propuso otra cosa que enseñar a leer, a contar, a re-

citar y preparar lo que en medio de las tinieblas pueblerinas vislumbraba para las futuras señoras juchitecas: hilar y guardar la casa. Y esas cosas las hizo muy bien durante cincuenta años, sin descansar, ni desmayar un solo instante.

A la tarde, cumplida la jornada que nunca hubo modo de esquivar, sacaba su butaque a la puerta de su casa y recibía el saludo de los vecinos y amigos que acertaban a pasar frente a su casa rumbo al centro y al mercado. Fiel a las costumbres y a la tradición de su tierra, Doña Rosa asistía a convites, matrimonios, fiestas y velorios, rumoroso el blanco olán de sus enaguas, alegres los colores de sus listones, el pañolón de seda sobre los hombros. Y cumplida la obligación, volvía a su casa, atenta sólo a enseñar tal como siendo muy niña se lo propuso.

Otros alcanzaron honores, se les tributó la hoja de laurel, otros que no ella. Qué más, si por no tener escuela ni grado normalista no llegó a trabajar en las escuelas oficiales. Pero de seguro ninguno como Doña Rosa se afanó, sin casi retribución, en dar a las niñas de Juchitán la luz del alfabeto, armada de un ánimo que tenía mucho de tenacidad si se recuerda que la lengua india era un baluarte contra los impulsos de una enseñanza en lengua extraña. Pero a todo venció Doña Rosa Escudero. Dar letras a gentes así, entraña una tarea y una paciencia imponderables. Horas y días, semanas y meses, se la vio trabajar con una sola alumna en aquella tarea, dulce y delicada, de hacer habitar en el alma de una alumna la simiente de una letra. Hasta que Doña Rosa no enseñó a leer a las niñas indígenas no fue cierta la sentencia de que la letra con sangre entra, aunque en ella hubiera sido igualmente verdadero decir que la letra con sangre sale.

Cuando Doña Rosa Escudero murió hace algunos años, una cosa se pudo ver en Juchitán, y es que la casita en que enseñó a leer y contar, recitar y bordar, se fue cayendo poco a poco.

10. de noviembre de 1953

El eco de las canciones

Los libros modestos, escritos sin ánimo de opacar a otros o deslumbrar a los lectores inocentes que son los únicos buenos lectores que existen, sino forjados con el solo y levantado fin de serles útil, suelen esconder en sus páginas datos preciosos, hallazgos nunca pensados por nadie, a veces ni por sus propios

autores, circunstancias éstas tan repetidas que Plinio primero, y Cervantes después, hubieron de aconsejar la lectura de todos, porque no había uno solo que no contuviera algo bueno. Bien es cierto que yo no hablo de esos, sino de los libros modestos y sencillos que Higinio Vázquez Santa Ana ha escrito sobre los cantares, canciones y corridos mexicanos, con una devoción y fervor que si otras excelencias no les pudiéramos elogiar bastaban esas dos cosas para merecer el aplauso de todos; cuanto más si se recuerda el beneficio que esas obras han acarreado al conocimiento del folklore literario y musical de México. Tres son los libros que Vázquez Santa Ana ha publicado hasta ahora acerca de esos temas en los últimos veinticinco años, el primero justamente elogiado por Luis González Obregón, sabio en todas estas cuestiones, y un precursor en sus estudios a la manera moderna.

Cantares, canciones y corridos que se creyeron perdidos, porque el estruendo de nuestras luchas redentoras era más alto que la voz que los entonaba, de lo que Ignacio Manuel Altamirano se dolía, aparecen en estos libros recogidos por el autor en lugares remotos y escondidos donde la memoria del pueblo las retuvo celosamente; letras y melodías que se creían cercanas y recientes, resultaron venir de muy lejos, de la hondura de los años, a crearnos otra vez la certeza de que no andaba errado quien dijo que las palabras se las lleva el viento. ¿Cómo, si no fuera así, podía explicarse que sin caminos, ni veredas, caminaran tanto las canciones? Sólo así se puede entender que las canciones populares hayan volado como semillas, como nubes, de un confín a otro de nuestra tierra: de Ures a Yucatán, del Suchiate al Bravo. ¿Quién las llevó de este pueblo a aquel otro, si de ellos no había salido nunca nadie? Las trajo y las llevó el viento. Fueron solas, porque es condición de los cantos viajar, cruzar los mares, los picos de la sierra como golondrinas que son.

Muchas de las letras y las melodías se convierten en propiedad colectiva, en bien propio de cada uno de nosotros, susceptible por lo tanto de sufrir modificaciones y acomodarse a las circunstancias locales y personales, olvidándose de ese modo a sus autores verdaderos, a la vez que incitan al pueblo a reconocer como de supuestos autores canciones ajenas, así las palabras como los aires. Y establecer las fechas en que fueron compuestos, y por quiénes, y en dónde, es otra cualidad que debe acreditarse a Higinio Vázquez Santa Ana. Hasta cuando alguna paternidad es dudosa, o la razón se opone a aceptarla, el lector se ve excitado por una curiosidad que brega por verificar la verdad o la

mentira de la aserción. Todo el mundo, pongamos por caso, afirma que Felipe Liera es el autor de “La casita”. Pues bien, Vázquez Santa Ana nos enteramos que la letra es de Manuel José Othón y Ricardo Rubio (Rejúpiter), quien se supone la compuso al azar, al margen de su obra poética, y la regaló al pueblo para endulzar sus desventuras. Y aunque no aparezca en el conjunto de su obra, “La cajita” pertenece a Luis G. Urbina, a pesar de que corra anónima por todo el ámbito nacional. ¿Quién recuerda, ante la gracia de esas letras que sus autores son nada menos que dos de nuestros mejores poetas? Casi nadie. Y, sin embargo, así es: hace más de medio siglo que las dos recorren México traduciendo las penas de quienes no saben cómo hacerlo. Pero, ¿se acuerdan ustedes de sus arranques? Helos aquí:

*Que de dónde amigo vengo
de una casita que tengo
más abajo del trigal;
de una casita chiquita
para una mujer bonita
que me quiera acompañar.*

Y la de Urbina así:

*Yo soy muy pobre, pero un tesoro
guardo en el fondo de mi baúl;
una preciosa cajita de oro
que ata un brillante listón azul.*

Es posible que las transcripciones no sean fieles, pero ya está dicho que al paso del tiempo se convierten en propiedad nuestra y uno puede, sin incurrir en falta, trastocar los versos, ni más ni menos que hacía Urbina cuando necesitaba ilustrar sus lecciones de literatura con textos de los poetas que necesitaba recordar.

¿Estoy en lo justo, folkloristas mexicanos?

8 de noviembre de 1953

La abuela de *Mamá Carlota*

Pocos escritores mexicanos de su tiempo gozan de una fama tan extendida como Vicente Riva Palacio. Una fama que no sólo abarca a su condición de novelista, soldado de la República y hombre de Estado, sino también a hechos de su vida diaria y familiar, en la que su genio alegre, burlero y epigramático mostró sus inagotables galas. No obstante, Riva Palacio es en cierto modo un escritor frustrado, o por lo menos cumplido a medias, si atendemos a lo que sus extraordinarias condiciones de pensador y de literato anunciaron en el campo de la indagación acerca de lo que somos como colectividad y como pueblo. El tiempo que le tocó vivir, las vicisitudes de nuestra Historia, lo alejaron del campo de las letras frecuentemente y lo llevaron al de las armas, que en él venían a ser lo mismo: sus novelas históricas se parecen mucho a acciones de armas contra un mundo del que penosamente había salido el país, y mostrar sus iniquidades era una manera de impeler a los mexicanos a la decisión de luchar por su libertad y su independencia. Y lo que se dice de sus novelas, se puede decir de sus trabajos de historiador. En las pausas que le dejaban las campañas, se recreaba en lanzar dardos contra sus enemigos políticos o de su patria. Todos aquellos que de una manera o de otra se atrevieron contra los sagrados fueros patrios, encontraron en el General una respuesta oportuna y despiadada. La tradición oral y la escrita registran sus epigramas, sus chistes, sus sarcasmos, sus réplicas airoas. Y todas estas cosas hay que reputarlas como parte de su obra de escritor y de ciudadano.

No era Riva Palacio un escritor que rehuyera los lances en que la musa tocara los temas triviales y populares. En los campamentos, en el cuartel y en la cárcel, aprendió a encontrar aun en los actos más terrenos ese sentido trascendente que es connatural de los pueblos viejos y desventurados. Hasta en el rugido del viento encontró las sílabas de la palabra "Patria". Su obra de poeta se reduce de ese modo a unas cuantas piezas, entre las que hay que destacar dos o tres sonetos que las antologías han recogido piadosamente. En cambio la musa popular le dio, como a Guillermo Prieto, hijos que tras de cumplir su tarea de dar pasajeras alegrías al pueblo levantado en armas, volaron a los picos de la sierra, y constituyen esas letras de canciones sin autor que inesperadamente nos salen al encuentro. Una hay entre todas esas coplas que se incorporó al acervo de los cantos populares y que no hay boca mexicana que no haya entonado: "La mamá Carlota" que es fama que Riva

Palacio improvisó para animar a los soldados republicanos en los últimos días del Imperio de Maximiliano, allá por el 66. Doctos y aficionados reconocen que la letra es del famoso autor de *Monja y casada, virgen y mártir*, pero ninguno hasta ahora ha mostrado su punto de partida, la larva que fue la mariposa de aquella canción guerrera, desdeñosa como “Los cangrejos” de Prieto, para una facción enemiga, así fuera por mera curiosidad, que es como lo hago ahora. Veinticinco años antes, un desventurado poeta mexicano, uno de los primeros botones de la rama romántica, compuso a bordo del barco que lo llevaba a la muerte, una barcarola titulada “Adiós, oh patria mía”, cuya primera cuarteta y el estribillo, salvo levísimas variantes son los mismos de la canción que Vicente Riva Palacio improvisó para las tropas republicanas frente a las últimas trincheras del invasor:

*Alegre el marinero
Con voz pausada canta
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.*

*De la cadencia al ruido
Me agita pena impía
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.*

Lo que ignoro es si la música que escribió Juan N. de Retes para esta despedida que Ignacio Rodríguez Galván compuso mientras confiaba a la brisa los hondos gemidos de su pecho, es la misma con que se canta “La mamá Carlota”.

15 de noviembre de 1953

Historia de la literatura náhuatl

La casa Editorial Porrúa, S.A. acaba de iniciar una nueva serie de sus publicaciones: la “Biblioteca Porrúa”, cuyo número 1 corresponde a la *Historia de la literatura náhuatl*, escrita por Ángel María de Garibay Kintana, a invitación

de la Universidad de México que pensaba integrar con ella una Historia de la Literatura Mexicana, según supongo. Al frustrarse, o por lo menos aplazarse aquel propósito, el autor la entregó a la casa editora que ahora, en un grueso y bien impreso volumen, lo entrega a los lectores mexicanos y a los investigadores todos de la vieja cultura náhuatl. Nadie ha investigado más a fondo el tema que el señor Garibay, cuyos primeros trabajos sobre la materia aparecieron hace cerca de quince años. Lo ayudan en este empeño, su conocimiento de algunas lenguas indias del Altiplano de México, sin contar el de las lenguas vivas y muertas de la más remota antigüedad y que le permiten como a Francisco Javier Clavijero, establecer con autoridad comparaciones entre unas y otras. Muchas cosas, a cual más nobles y constructivas, sugiere la lectura de este bello y erudito libro, que tiene toda la contextura de un alegato bien razonado acerca de la existencia de una literatura indígena mexicana, ilustre como algunas que más se precien de serlo. Sus conclusiones, fruto de la más depurada erudición, crean la clara certeza de que no son golpes de inspiración, ni arrebatos partidaristas, lo que lleva al autor a hacer afirmaciones firmes y contundentes. Instrumento magnífico, dice, el náhuatl dio el fruto suficiente para colocarla entre las lenguas que jamás debieron morir. No perderemos aquí el tiempo en probar la existencia de la poesía en los pueblos de habla náhuatl. Si después de la lectura de ellas –las páginas que demuestran su existencia– un lector en su juicio no queda convencido de la existencia de la poesía, lo dejaremos tranquilo en sus vanas convicciones, dice. Qué más, si puede advertirse en el propio Ángel María Garibay K. una evolución en sus ideas y sus sentimientos acerca del tema. A la afirmación, al parecer adversa, con que inicia su “Introducción” a la *Poesía indígena* –Biblioteca del Estudiante Universitario Núm. 11–: “Atentado a la etimología es hablar de una literatura azteca”, sucede ahora una serie de juicios y afirmaciones que ya nada tienen de negativas, o dudosas, o provisionales. El autor se ha enamorado del tema, se ha dejado invadir de esa alegría, que sucede al asombro ante cada una de las cosas que va estableciendo. A ratos, su entusiasmo se parece al de los indigenistas, excepto que el suyo no es hijo de la irreflexión y del espíritu polémico, sino resultado de profundas meditaciones, dicha de verificar que lo imaginado y sospechado encuentra comprobación con la realidad.

Al lado de estas excelencias, yo encuentro en el señor Garibay K. un espíritu moderno, justo y verídico que lo inducen a tocar, aunque no insista en ellos, temas que hasta ahora esquivaban los que de estos temas se ocupan, sin

tener como él una profesión religiosa, que a primera vista parece vedárselo. Tal el claro reproche, aunque ante él rinda la frente, a fray Juan de Zumárraga, destructor de “códices y pinturas en que creía él hallar pábulo a las idolatrías.” Y la que endereza al obispo Antonio de Lorenzana, en cuyo tiempo la tendencia hispanizante llegó a su recrudescencia y que al negar el uso de las lenguas indias, coincidió con lo que los reyes afrancesados deseaban: matar el alma de sus vasallos, matando el cultivo de sus lenguas, y de sus literaturas nativas. He aquí, pues, un libro esencial de lejanas resonancias.

22 de noviembre de 1953

Cuauhtémoc, rey y señor

Es una lástima que se haya ido perdiendo poco a poco aquella buena costumbre del siglo pasado de hacer una revista, al finalizar el año, de nuestra producción bibliográfica. Aquellas reseñas –Altamirano escribió las mejores– aparecían en las revistas literarias y en los suplementos de los periódicos de la época, y en ellas se echaba una mirada, a ojo de pájaro, sobre la producción literaria anual, señalando las particularidades de las obras, así como se formulaba un juicio general sobre el desarrollo de nuestras letras. A veces esas revistas, reseñas o como quiera llamárselas, se imprimían por separado, o aparecían en los *Anuarios* al lado de otras que abarcaban la vida política, económica y social del país, como aquel que publicó durante varios años don Filomeno Mata, siendo uno de los más notables el del año de 1878, donde Juan de Dios Peza y Manuel de Olaguíbel escribieron sendos trabajos: el uno, lo que iba a ser el prólogo a los *Poetas y escritores modernos mexicanos*; y el otro, una *Revista bibliográfica del año 1877*, en la que se daba un pormenor de las principales obras publicadas en aquel lapso. El señor Mata, no obstante esos dos resúmenes, quiso enriquecer el *Anuario* con una pequeña antología poética que yo me atrevo a atribuir al mismo Peza, y que pudo haber estado destinada a ilustrar su larga reseña sobre la cosecha lírica de aquel año.

Pues bien, ante la imposibilidad de reseñar la producción literaria de este año, yo me he ido conformando con destacar a lo largo de 1953, algunos de los libros de mayor significación que hayan llegado hasta mis manos, así el de Ángel María Garibay Kintana, *La literatura náhuatl* –sin duda uno de los mejo-

res—, como el *Cuauhtémoc* de Salvador Toscano que motiva esta *Alacena* y que apareció en el mes de febrero editado por el Fondo de Cultura Económica, empresa editorial la más vigorosa de nuestro país en los últimos diez años.

El nombre de Toscano es inseparable de la benéfica renovación que se ha operado en torno al estudio y a la interpretación de las artes precolombinas en los últimos tiempos. Muy joven, apenas salido de las aulas, entregó a la reflexión de los estudiosos del mundo, uno de los libros mejor organizados, de más vasta información, al mismo tiempo que de más agudo y penetrante análisis sobre el arte anterior a la Conquista que se hubiera escrito hasta entonces. Y aunque su estudio abarca sólo las artes plásticas, sus razonamientos son válidos para entender la totalidad de las producciones artísticas del pasado, pues los mismos prejuicios en que se basa la negación de unas sirven para negar las otras: la literatura, la música, la danza. *El arte precolombino de México y de la América Central* representa, al ser publicado, la suma de los dones de Salvador Toscano como investigador, crítico y literato. Lo antes apenas vislumbrado, a medio decir, encontró aquí desarrollo y exposición. Y se dio respuesta a algunas de las preguntas que a través de los siglos venían formulándose acerca del sentido final de nuestras artes. Una obra así iniciada, necesariamente fundó en las obras futuras de Toscano las más altas y firmes esperanzas. Pero la muerte, inseparable del mundo que le era familiar y predilecto, le salió al paso y segó aquella vida de trabajo, de recreo, de alegrías y de tristezas; y vertiginosa y ávida, tal si Salvador aceptara como mandato la fugacidad que Nezahualcóyotl señaló a nuestro paso por la tierra. Nada extraño, entonces que trabajara sin descanso, ni sorprendente que en él alternaban los trabajos y los placeres, y hasta una suerte de presentimiento que lo llevaba frecuentemente, en horas de esparcimiento, a hacerse el muerto.

Al morir en 1949, dejó la primera versión de una biografía de Cuauhtémoc. Una primera versión he dicho, porque una lectura detenida del libro, así como la circunstancia de serme familiar su método literario, me dan la certeza de que a pesar de sus excelencias, estaba a medio escribir, y tanto que Rafael Heliodoro Valle tuvo que redactar dos de sus capítulos para poderlo terminar. De todas las condiciones que el *Cuauhtémoc* denuncia: serenidad de juicio, amor al personaje sin por eso deificarlo, un solo hecho quiero destacar, porque da la medida de Toscano como historiador y como hombre: había logrado conciliar los dos mundos de que procedemos.

10. de diciembre de 1953

Un apurado trance

Uno de los documentos que mejor idea dan de Joaquín García Icazbalceta, considerado como historiador, es la *Carta* que acerca del origen de la imagen guadalupana escribió a Joaquín Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, en 1883, y publicada tres años después. Sucedió que José Antonio González solicitó del Arzobispo la licencia necesaria para publicar su apología de las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, y Labastida y Dávalos trasladó el manuscrito a García Icazbalceta, a fin de que emitiera su opinión al respecto, pero éste lo devolvió inmediatamente, arguyendo que no era ni teólogo ni canonista. El Arzobispo insistió diciéndole que se la pedía por cuanto a historiador y que se lo rogaba como amigo y se lo mandaba como prelado. Puesto en aquel trance en abierta contradicción con sus creencias, pero dispuesto a servir a la verdad histórica, García Icazbalceta tras de una brillante argumentación que lo ponía en paz con sus conciencias, examinó históricamente el capítulo de las apariciones y las negó abiertamente. La *Carta* pasó por los ojos de muchas personas ilustradas y aun circularon muchas copias de ella. José María de Agreda y Sánchez, quien la tuvo en su poder varias veces y sacó copia de ella, instó a don Joaquín a que la publicara, pero el autor respondió siempre que no tenía vocación de mártir para provocar las iras de los aparicionistas. Sin embargo, no faltó quien se procurase una copia, la tradujera al latín y la publicara en un folleto, sin fecha ni lugar de impresión. Y a partir de entonces alcanzó varias ediciones, todas infieles, hasta que en 1896, dos años después de la muerte del autor, y antecedido de una Advertencia anónima, se dio a conocer el texto íntegro y original de don Joaquín.

Católico soy, aunque no bueno, decía sobrecoigido el señor García Icazbalceta. De todo corazón quisiera yo que un milagro tan honorífico para nuestra patria fuera cierto, pero no lo encuentro así; y si estamos obligados a creer y pregonar los milagros verdaderos, también nos está prohibido divulgar y sostener los falsos. Creyó de niño en las apariciones, en la verdad del milagro, pero un día dudó, y recurrió a las *Apologías* para reforzar su fe, pero el resultado fue adverso: las dudas se convirtieron en certeza. Con razón decía en alguna parte Miguel de Unamuno que el estudio de la teología suele conducir a la herejía y a la incredulidad. Así don Joaquín; de profundizar en la historia eclesiástica mexicana dio en la negación del milagro guadalupano, sin por eso dejar de creer en los milagros. Y aunque rogó con todo encarecimiento a don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos que aquel escrito, hijo de su obediencia, no se presentara a otros ojos ni

pasara a otras manos, ya vimos que, a pesar de la promesa del Arzobispo, la *Carta* fue dada a conocer y publicada, lo que causó al historiador mexicano muchos sinsabores. Cuánta razón tenía Enrique Heine, movido por consideraciones de familia y por escrúpulos religiosos, de confiar a las llamas, antes que a los hombres sus *Memorias*, temeroso de que por deslealtad al mandato de mantenerlas ocultas las dieran a la publicidad. Nunca pudo disculpar esas infidelidades. Es una acción reprobable e inmoral publicar una sola línea de un escritor que él mismo no haya destinado al gran público, decía. Esto debe aplicarse muy especialmente a las cartas dirigidas a particulares. Quien las manda a imprimir o las edita se hace culpable de una felonía que sólo desprecio merece.

Y esto es lo que ha de pensarse de quien, a espaldas del destinatario, dio a luz la *Carta* en que García Icazbalceta se atreve por fidelidad a la historia, después de esquivarlo en *Don Fray Juan de Zumárraga*, a negar una tradición de siglos.

8 de diciembre de 1953

Un clásico olvidado

Poco, por no decir que nada, mencionan las historias de la Literatura Mexicana a Enrique Chávarri, escritor festivo que allá por los años de 1870 hizo su aparición en las columnas de *El Monitor Republicano*, escribiendo editoriales, boletines y artículos de fondo, pero cuya buena fama viene de sus regocijadas *Charlas dominicales*, escritas con soltura, al vuelo, sobre temas de la vida diaria, para solaz de lectores de los domingos. A semejanza de otros escritores mexicanos que han escondido pasajeramente su identidad detrás de un seudónimo, Chávarri es mejor conocido por “Juvenal”, como Ángel de Campo por “Micrós”, pongamos por caso. Sumando los datos, alusiones y referencias dispersos en periódicos, manuales y revistas del tiempo, sabemos que al iniciarse el último cuarto del siglo pasado era uno de los periodistas de mayor consideración en esta ciudad. Por aquel tiempo escribió Juan de Dios Peza que Enrique Chávarri había llegado a adquirir tal práctica, que su estilo, al principio difícil, era ya facilísimo y elegante. Victoriano Salado Álvarez, un escritor a quien no se puede calificar de largo en los elogios, lo menciona en sus memorias con admiración y lo considera como otro de los olvidados que deben conocerse. Las *Charlas dominicales* vienen a ser así una porción de su obra que debiere salvarse del olvido no sólo por lo

que contiene de buen decir, de instantáneas de esta ciudad de México, que si bien ya no es aquella que Chávarri conoció, pequeña y aburrida, no se ha ido del todo y algo hay en sus crónicas y sus charlas que ayuden a recrear su imagen de aquella época. Si otro valor no tuvieran las *Charlas*, bastaría recordar, para ponderar su significado, que fueron ellas las que incitaron a “Micrós” a escribir, en *El Imparcial*, las *Semanas Alegres* de los domingos, crónicas que el bueno de Ángel de Campo escribía también al vuelo, tratando de hacer crítica ligera de la vida corriente, y un poco para competir con “Juvenal”, nos dice Salado Álvarez. Chávarri quedaría así colocado al lado de Juan Bautista Morales y de Ángel de Campo, en lo que a la intención de sus escritos se refiere, y junto a Altamirano y Riva Palacio, por lo que ve a la renovación de la prosa mexicana a la que ayudó a dar una categoría de oficio y de decoro literario.

Cuándo y dónde nació Enrique Chávarri, dónde y cuándo murió, qué edad tenía cuando inició sus colaboraciones en *El Monitor Republicano*, son cosas que se pondrían en claro el día que alguno, con tiempo y corazón, quisiera reunir sus *Charlas dominicales*, y estableciera de paso las noticias más señaladas de su vida y de sus trabajos.

15 de diciembre de 1953

El gran “Micrós”

La “Colección de Escritores Mexicanos”, iniciada hace algunos años por la casa Editorial Porrúa, S.A. ha alcanzado, con la publicación de las *Poesías completas* y *El minuterero* de Ramón López Velarde, el número 68. La edición y el prólogo de este título estuvieron a cargo de Antonio Castro Leal, infatigable trabajador, alerta y seguro crítico de las letras mexicanas. A reserva de volver más adelante a ponderar los méritos de este trabajo, queremos en esta ocasión destacar ante los ojos de los lectores mexicanos el significado de la tarea editorial de la casa Porrúa, pues es evidente que un empeño de esta índole requiere, junto con los intereses meramente comerciales, que en los tiempos que corren no parecen en bonanza, un amor por la cultura literaria de México a la que tantos servicios han venido prestando la familia Porrúa desde hace medio siglo.

Los títulos hasta ahora publicados abarcan la historia misma de nuestro desarrollo literario, histórico y político. Iniciada la serie con Sor Juana Inés de la Cruz

abarca todas las etapas de nuestro desenvolvimiento de pueblo siempre amante de las letras, según observaron desde muy temprano cronistas y viajeros en la Nueva España. En efecto, la “Colección de Escritores Mexicanos” incluye a novelistas como Manuel Payno, Rafael Delgado y Emilio Rabasa; a poetas como Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Manuel Gutiérrez Nájera, y a la propia Sor Juana; a ensayistas como Ignacio Manuel Altamirano y Alfonso Reyes; a autores de memorias y diarios como a Fray Servando, Antonio de Robles y Gregorio Martín Guijo y, en fin, a historiadores como José María Luis Mora y José María Roa Bárcena. Es decir, algo de lo más representativo de las letras nacionales.

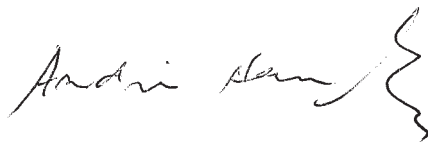
Cada una de estas obras se enriquece con prólogos, datos biográficos, bibliografías y notas, indispensables para que el lector medio penetre el significado de los autores seleccionados, en el marco de nuestra literatura. Lo menos que puede decirse de estos estudios, breves pero enjundiosos, es que representan el resumen de lo que hasta ahora se sabe de los poetas, novelistas, ensayistas de nuestro pasado literario, y frecuentemente tienen el alcance de una revaloración, tal el caso de Urbina poeta, visto por Castro Leal, y de Gutiérrez Nájera, visto por Francisco González Guerrero. Muchos de los escritores, así Ramón López Velarde, Amado Nervo y Gutiérrez Nájera, aparecen en los títulos de esta Colección enriquecidos con piezas perdidas y olvidadas en las páginas de los periódicos y revistas donde aparecieron y que por la índole de tales publicaciones no fueron incluidas en ediciones anteriores.

Con los títulos hasta ahora publicados la historiografía literaria de México, ha recibido un benéfico impulso, no sólo en razón de los estudios que los anteceden, sino también por el material inédito que desentieran y que es tan indispensable para medir el real significado de muchos de nuestros escritores, sólo a medias conocidos. Otros autores irán apareciendo en la Colección que, por fortuna, no tienen fijado límite, y es seguro que muchos de ellos nos tienen reservadas grandes sorpresas, porque a semejanza de otros han llegado hasta nosotros incompletos, en ediciones precipitadas, plagadas de erratas, cosas todas éstas que como hemos visto ha intentado corregir la bella “Colección de Escritores Mexicanos”.

¿Cuándo, queridos amigos Porrúa, tendremos una edición decorosa y hasta donde se pueda, completa, de las otras obras de Ángel de Campo, el mínimo y doliente “Micrós”?

29 de diciembre de 1953

1954

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Andrés Bello", followed by a decorative flourish.

Acertado cambio de opinión

Al mediar el año pasado, apareció en la “Colección de Escritores Mexicanos” de la Editorial Porrúa, S.A., la cuarta edición de *Las cien mejores poesías líricas mexicanas* que representa sobre la primera del año 1914 y las que le han seguido, las distintas etapas, siempre en ascenso, del gusto y del criterio estético de Antonio Castro Leal. Ya otra vez hemos recordado que la primera selección aunque firmada por tres personas, una sola era su autor verdadero: el mismo que ahora refunde, corrige y prologa esta última edición, es decir, Castro Leal. Los adelantos que la actual antología representa van desde la redacción de la portada hasta el juicio que debe privar acerca de la historia y evolución de las letras mexicanas, la poesía lírica en este caso. En efecto, hace cuarenta años nuestro autor escribía mejicana con j, lo que entonces era un obstinado apego a la tradición española más que a la tradición mexicana, y que ahora sería eso una forma de hispanidad, dos cosas ajenas y bien opuestas a la idea de nuestras dos emancipaciones: la política y la literaria. Entonces eran sus solas guías dos autores opuestos a la individualidad de nuestra cultura y desde luego de nuestra literatura: don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Joaquín García Icazbalceta, cuyos nombres blandía sobre la cabeza de todos. La historia literaria de la Colonia, opinaba nuestro antólogo, y tenía razón, aún no había sido escrita. No la hizo quien pudo, don Joaquín García Icazbalceta; hízola quien no debía, don Francisco Pimentel, vino a decir. Y a continuación calificaba de estimables los trabajos de José María Vigil, pero notabilísimos los de Menéndez y Pelayo, con lo cual queda dicho que al formar el florilegio, tanto como al escribir la Advertencia haya dado de mano a la producción

poética precortesiana, ya afirmada por Vigil, pero negada por los otros dos sabios maestros. Pasados los años, Castro Leal se atreve, sin discutir las, contra aquellas negaciones y no resiste al impulso de incluir uno de los cantos de Nezahualcóyotl, traducido libremente por José Joaquín Pesado, ya no como una mera concesión, sino como el resultado de un convencimiento. Y este hecho representa, quizá, el más destacado avance que se ha operado en el ánimo de Antonio Castro Leal: ha logrado apartarse de los prejuicios que en otra hora le impedían aceptar que más de un matiz del alma india había logrado filtrarse, como la “Vieja lágrima” de Urbina, en el alma de los poetas que vinieron después. Muy lejos se encuentra ya don Antonio de aquel ánimo que lo llevó a calificar desdeñosamente la célebre composición de Ignacio Ramírez “Por los gregorianos muertos” que no encontraron sitio entre *Las cien mejores poesías (líricas) mejicanas*, “porque afean un sinnúmero de nombres propios insonoros”, pero de la que recordaba tres tercetos y la cuarteta finales, igual que ahora recuerda, pero despojado ya de aquel juicio, si cierto, innecesario, y que sólo pudo ser formulado para señalar de alguna manera la oposición que inspiraba el Pensador, más que el gran poeta que fue siempre Ignacio Ramírez.

Hoy como ayer, una devoción se salva, la que profesó siempre Castro Leal a Pedro Henríquez Ureña, hombre de espíritu sereno y claro, y de notables conocimientos sobre nuestra literatura. Las otras apenas si se las advierte en el Prefacio –sereno y maduro– con que ahora presenta nuestro autor la cuarta edición de *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*.

3 de enero de 1954

Poeta por necesidad

La publicación de la *Antología de la poesía mexicana moderna* por Antonio Castro Leal ha traído a mi memoria el nombre de un poeta injustamente olvidado, no digo que por él, sino por todos nosotros, Miguel Othón Robledo. Un olvido que crece de punto si recordamos que en la *Antología* de referencia han encontrado un sitio algunos nombres que, más allá de toda querella, apenas si han establecido contacto con la lírica mexicana. Y esto más: allí se encuentran poetas de escasa producción, algunos a tal extremo que no han trascendido al libro. De estos era Miguel Othón Robledo, quien al morir, me figuro que

allá por el año de 1927, sólo había escrito una veintena de poemas que si bien había logrado organizar en forma de libro, éste no llegó a publicarse y se perdió en las manos de uno de los más destacados portaliras de aquellos días. No media, pues, para que no figure en el último de los florilegios de la poesía mexicana ninguna razón valedera, pues era un buen poeta menor y, además, había escrito lo suficiente para no pensar que escribía poesías por hervor de sangre, pasatiempo o sarampión, cosas tan frecuentes en la juventud, sino por una indomable necesidad de abrirle las espitas al río interno. Otra cosa es que las circunstancias de su vida y de su ambiente no hayan concurrido a depurar sus influencias, a frenar sus inclinaciones a la vida disipada, y lo hayan precipitado por la pendiente de una muerte prematura, más artificial y buscada que la propia y natural. ¿Por qué, me pregunto, no lo incluyó Castro Leal con algunos de sus poemas en que confluían las mejores influencias de nuestros poetas mayores, como Amado Nervo, pongamos por caso? Pudiera ser que ello ocurriera por la dificultad que supone localizar sus cantos en los periódicos y revistas de los años anteriores a los veintitantos; pudiera ser eso, pero no lo es, pues pocos como nuestro antólogo pueden preciarse de manejar estas rarezas bibliográficas. ¿Olvido? Tampoco. A Castro Leal no puede serle desconocido el pequeño libro de José de J. Núñez y Domínguez, *Poetas jóvenes de México* publicado hacia 1919 en que su autor recogió, entre otras cosas, un ensayo sobre la poesía juvenil de aquellos años, y en que aparecen, entre otros, Ramón López Velarde, Francisco González Guerrero, Gregorio López y Fuentes, y Miguel Othón Robledo, con una breve selección, en la que destaca “Vieja plegaria” que el recuerdo ha venido a cubrir de un leve velo de nostalgia, pero en el que reside un sentimiento verdadero, puro y hondo.

Yo no culpo a Castro Leal de nada, ni de olvido, ni de falta de diligencia para localizar los poemas de Robledo, ni de desdén. Lo único que ha pasado y es legítimo, es que las poesías de aquel desdichado poeta, muerto a media calle por su propia decisión, porque quiso, no se aviene a sus gustos y a sus ideas acerca de lo que debe ser la poesía; y como ambas cosas se forman por las reiteradas frecuencias al ámbito de la poesía, no encuentro manera de formular ningún reproche. Sólo digo que su ausencia de la *Antología de la poesía mexicana moderna* debilita, desde mi personal punto de vista, más de una presencia en ella. Y reconozco que tal vez no proceda con un criterio estético, sino por un impulso sentimental: mis amigos de los días escolares solíamos recitar sus composiciones que traducían punto por punto unos dolores y unas

alegrías que nosotros no sabíamos cómo traducir. Pudiera ser que a nosotros tocara reconstruir sus poemas, reunirlos y publicarlos para que la noche no se haga por siempre sobre el nombre de Miguel Othón Robledo.

10 de enero de 1954

Obra perdida

Se dijo alguna vez que el libro de Miguel Othón Robledo había quedado en manos de José de Jesús Núñez Domínguez, al morir el poeta. Pero la especie no debió tener ningún fundamento, porque cuando le preguntaron al autor de *La hora del Ticiano* por los originales, contestó que lo había devuelto. La versión nació de que Robledo frecuentaba el trato de Núñez Domínguez y veía en él a un maestro, y sin duda, alguna vez, buscó su opinión, o quizá le solicitara un prólogo. De la lectura de los originales pudo tener origen la semblanza que de Miguel escribiera, el primero de cuantos se han ocupado del desdichado poeta, en su libro *Los poetas jóvenes de México*, del año 1918, y que en la *Alacena* anterior citamos de memoria, equivocando el título y la fecha de publicación. En efecto, allí se traza una primera semblanza suya y se insertan algunos de los poemas que después han venido reproduciendo las antologías. Para José de J. Núñez y Domínguez, Miguel Othón Robledo podría haber sido bautizado en alguna Misa Negra por Baudelaire o por Rollinat. Y aunque el poeta se llamaba a sí mismo “poeta de exterminio y de espanto”, reconocía que eso ocurría así, no “porque aliente en sus poesías un afán destructor, ni porque se presenten ellas vestidas de luto, como los duendes de los cuentos pavorosos de Hoffmann, sino por ironía, pues es un espíritu tan desencantado, tan dolido, tan solitario, que se burla hasta de su propio dolor, como el histrión de la divina fábula”. Y como el dolor, al igual que el fuego, purifica todo aquello que envuelve, el númen de Robledo vuélvese puro en la más lírica acepción del vocablo, agregaba. Su rebeldía, postulaba el autor, lo inclinaba a rechazar toda influencia, aunque Manuel Maples Arce ha señalado en su obra el reflejo de las formas literarias francesas de fines de siglo, y yo he mencionado en ocasión anterior el nombre de Amado Nervo y agrego ahora el de Enrique González Martínez. Señala después que Miguel Othón Robledo sentía una filial veneración por las sombras dolientes de Édgar Allan Poe y de Paul Verlaine, autor éste último también mencionado por

Maples. Y al final consigno el título del libro que Robledo pensaba publicar: *La locura de la esfinge*. Lo que después se ha escrito sobre el poeta no parece otra cosa que una paráfrasis de los que Núñez y Domínguez escribió.

A partir del ensayo *Los poetas jóvenes de México*, donde aparece esta apreciación de Robledo y de tres de sus poemas –sólo uno repetido, “Esta sonora vía...”– otros florilegios se han publicado donde aparecen las muestras de su estro, pero ningún intento de penetrarlo y sacar a flote la esencia final de sus creaciones. Ya vimos que Maples Arce anticipa la selección de sus cuatro poemas: “Nocturno del puerto”, “Y no sabré decirte”, “Acuarela” y “La antigua plegaria”, de unas breves líneas que nada agregan a las opiniones de que hemos venido hablando. Por su parte Manuel González Ramírez y Rebeca Torres Ortega –*Poetas de México. Antología de la poesía contemporánea mexicana* (1945)– no hacen sino repetir la nota de Maples, y ninguna poesía no coleccionada de dos que incluye, que ya aparecen en Núñez y Domínguez y en Maples Arce. Algo más ocurre en la segunda de las antologías aludidas: se da como buena la fecha de muerte del poeta, año de 1922, cosa que aparece contradicha por Renato Leduc, quien da una fecha posterior, quizá la de 1927.

Pero estas *minucias*, útiles para la cronología de las producciones de Miguel Othón Robledo, serán motivo de una *Alacena* futura.

17 de enero de 1954

Hallazgo de la obra de Othón Robledo

Un día de la semana pasada se presentó, en la oficina donde trabajo, una persona para mí desconocida hasta entonces: el señor don José María Bojórquez. Sucedió que una de estas *Alacenas* había llegado hasta sus manos y quiso buscarme para ponerme al tanto de algunos pormenores acerca de la vida y de la obra del poeta Miguel Othón Robledo. Es el señor Bojórquez un hombre de cerca de sesenta años, alto y fornido, hombre de amplias lecturas, poeta quizá y, en otro tiempo, compañero de trabajo de Robledo porque, cosa que yo ignoraba, éste, como él, había sido telegrafista. De una pequeña maleta que traía en las manos extrajo unos papeles escritos a máquina ya amarillentos por el tiempo. Éste es, me dijo, el original de un libro de poemas que Miguel Othón Robledo puso en mis manos hace cuarenta años. Leí su *Alacena* y quise,

continuó, darle la buena noticia que la obra de aquel pobre hombre y poeta desventurado que fue mi amigo, no se ha perdido y sólo hace falta publicarla, propósito éste que hasta la fecha no se ha logrado realizar. Y me hizo entrega, que rehusé amablemente, del ejemplar original, con firma autógrafa del autor, del año de 1913. Casi no podía creer lo que veía, porque siempre pensé que un solo libro había escrito Robledo y que ése estaba perdido acaso para siempre. Pero no era eso todo: su título *Las rimas dolientes* crearon la sospecha de que pudiera ser distinto al mencionado por José de Jesús Núñez Domínguez en el año de 1918, *La locura de la esfinge*, ya veremos por qué. Cuenta el señor Bojórquez que Robledo puso el original a su disposición para agradecerle un pequeñísimo favor, que bien visto no era sino un acto natural entre personas de un mismo oficio. Al poeta, invadido de una pasión de vagabundo, se le ocurrió ir a pie de Frontera a Campeche, por toda la orilla del mar, padeciendo calores y hambres que de milagro pudo sobrellevar. Unos pescadores le regalaron un tollo que por aquellas tierras se llama cazón, y ése fue el único alimento que probó en aquella absurda caminata. Enfermo, con los pies hinchados, llegó a Campeche. Sin pan, ni abrigo, ni amigos, tuvo la ocurrencia de enviar, firmado con un nombre supuesto –Enrique Castillo, un SOS a la ventanilla de la Oficina de Telégrafos que atendía José María Bojórquez quien, con la ayuda de sus conocidos le reunió unos cuantos pesos y lo sacó de apuros.

Pasados unos años, al morir Miguel Othón Robledo, en efecto, en el año de 1922 –como lo consignan Manuel Maples Arce y Manuel González Ramírez– se aseguró que alguien –quizá Núñez Domínguez– se había quedado con la única copia de su libro. Para relevar a la persona acusada de un delito al que era ajeno, Bojórquez entregó al poeta de Papantla los poemas que tenía en custodia. Núñez y Domínguez hizo reproducir en *Revista de Revistas*, en el año de 1932, acompañadas de un artículo explicativo, algunas de las más bellas piezas de la colección. Si el libro fuera el mismo de que había hablado en *Los poetas jóvenes de México*, ¿no era ésa la ocasión de aclararlo a los lectores? Y como no lo hizo, quizá fuera otro el original perdido, a menos que Robledo le hubiese cambiado de nombre.

Sea lo que fuere, su obra está a salvo, y su depositario considera una deuda sagrada darla alguna vez a la estampa.

24 de enero de 1954

Publicaciones dispersas

Muchos de los grandes escritores del siglo pasado, a pesar de las varias recopilaciones que se han hecho de sus escritos, permanecen en cierto modo desconocidos. Y es que frecuentemente escribieron en periódicos y revistas de corta vida y en un ambiente de inseguridad que nos les permitió ni siquiera coleccionar sus escritos, ni, pasados los años, encontrar aquellas publicaciones en las que lo hicieron. Nuestras bibliotecas, que con frecuencia no han sido otra cosa que meros depósitos de libros, más estorban y desazonan que auxilian al que se proponga la tarea de ir salvando para nuestra bibliografía las producciones desconocidas del siglo pasado. Esta ha sido, en gran proporción, la suerte de Guillermo Prieto. A pesar de lo que se ha rescatado de las publicaciones del siglo XIX de sus trabajos literarios, mucho queda aún disperso en las hojas periódicas publicadas en esta capital, y en algunas de provincia. Sin ir más lejos, tenemos el caso de un pequeño volumen publicado hace un cuarto de siglo con los artículos firmados por “Fidel”, y titulado “Los lunes”; tal como aquella columna que escribiera en un periódico de esta ciudad de México. El editor, al marcar el pequeño volumen con la denominación de tomo primero, claramente anunció que le seguiría otro u otros. Pues bien, nunca más se continuó la serie. ¿Por qué? Eso es cosa que nadie sabe a ciencia cierta. Se dice que la persona encargada de la recopilación no encontró manera de completar el material para el tomo segundo, por lo menos; aunque también que la casa editora desistió de aquel empeño en vista de su escaso éxito comercial. Pero pudiera ser que las dos circunstancias concurrieran a fracasar el propósito, dejando así tantas buenas cosas en la sombra.

Hace más de medio siglo se publicó en México, bajo la dirección de Victoriano Pimentel, un semanario de índole pedagógica titulado *El niño mexicano* que tuvo, como todas nuestras publicaciones periodísticas, una efímera vida. Invitado como colaborador, Guillermo Prieto aceptó entusiasmado y su colaboración fue recibida con unánime aplauso. El viejo escritor, el poeta del pueblo que mejor supo sentir sus dolores y sus alegrías, formó una “Galería de niños antipáticos” que debidamente seleccionados pudieran constituir, acompañadas de otras piezas, un tomo segundo de “Los lunes”. He aquí los artículos de esa galería y posible índice de ese volumen que alguna vez habrá de publicarse:

- I.- Un niño mal educado
- II.- Pomposo Fachenda
- III.- Tragoya
- IV.- Papucha
- V.- El jurado de las ponzoñas
- VI.- Chuchito Tentori
- VII.- Los Cascarrias.

De *El niño mexicano* se publicaron 39 números: del 15 de septiembre de 1895 al 28 de junio del año siguiente. La colaboración de “Fidel” aparece en los números 11, 17, 19, 21, 27, 28, 32 y 34. No todas las piezas tienen título, los que carecían de él los dedujo del contexto mi amigo el librero y gustador de nuestra literatura, don Manuel García.

31 de enero de 1954

La Utopía de Pizarro Suárez

Voy a dedicar esta *Alacena* a Nicolás Pizarro Suárez, “el más incansable de nuestros autores contemporáneos”, escribió Pedro Santacilia en 1868. Su nombre, ello no debe sorprender, no aparece en nuestras historias literarias, porque escritor desaliñado, con ideas liberales, y que publicó sus obras en horas aciagas para México, sus libros desaparecieron o pasaron inadvertidos en medio de aquel huracán que golpeó los costados de esta tierra. Pero escritor, músico, político liberal, impresor, amigo de Benito Juárez, Pizarro Suárez merece ser recordado y llevar su nombre a la Historia de la Literatura Mexicana, cuando se escriba verdadera. Ignoro la fecha de su nacimiento, pero debe haber nacido por los mismos años –primer cuarto del siglo pasado– en que nacieron los hombres de la Reforma y de la lucha contra la Intervención y el Imperio y ha de haber muerto en las postrimerías del siglo. Había estudiado en el Colegio de los Gregorianos, en donde cultivó, hasta dominarlas, dos lenguas muertas y tres vivas: el griego y el latín, y el inglés, el francés y el italiano. Graduado licenciado en derecho, postuló primero, y fue juez después.

Sus trabajos literarios son numerosos y los mismos comprenden más novelas, fábulas, manuales de moral y economía, que estudios gramaticales. Pero

sin duda habrá que recordarlo como autor de tres novelas que, si bien no son resumen de perfección ni cóncave de bellezas formales, sí tienen un quehacer en el desarrollo del género en nuestras letras, porque también los balbucesos y las sílabas inconexas se suman para producir la palabra hermosa y duradera. Esas novelas son, por su orden de publicación: *Los monederos* (1856), *La coqueta* (186), y *La zahorí* que publicada como folletín por el *Semanario*, parece que no llegó a aparecer en forma de libro. De todas, la más importante parece ser *El monedero*, en la que Pizarro Suárez resume sus generosas ideas políticas, sociales y económicas. Si dijéramos que es una de las dos o tres Utopías que se han escrito en México, habríamos dado una idea aproximada de lo que esta obra significa en la novelística mexicana. En *La coqueta*, el autor, juarista, combatiente testigo del arrojo con que Guillermo Prieto detuvo a la soldadesca que estuvo a punto de asesinar al indio grande, se vale de ella para hacer un encendido elogio de la causa republicana y de su caudillo, siempre que viene a cuento. Y provoca la ocasión, la fuerza, cuando ésta no se presenta sola, ni más ni menos que lo hacía por la causa de la independencia, Fernández de Lizardi, a cuya familia literaria parece pertenecer. En cuanto a *La zahorí* debo confesar que sólo de nombre la conozco y que hasta ahora no me ha sido dable leerla.

Por los años en que Pedro Santacilia redactó su reseña de la literatura nacional, Nicolás Pizarro Suárez publicó un *Compendio de Gramática Española*, encaminada a facilitar su enseñanza a los jóvenes escolares mexicanos de su tiempo. Pizarro Suárez se proponía acomodar el texto a las maneras como se habla el español en nuestro país, pugnando de ese modo por un lenguaje propio. Porque la Academia no es siempre feliz en las lecciones que nos da, ni debemos en buena ley acatarla respetuosos cuando va formándose entre nosotros un lenguaje propio e independiente del de los puristas de Madrid, decía el autor. Aquella empresa, sin duda encaminada a dar un nuevo cimiento de independencia a nuestra patria, suscitó la oposición, muy cortés, muy serena, de Santacilia, quien recordó que otros medios teníamos de dar a nuestros escritores un carácter especial, una fisonomía propia que los distinguiera de los escritores españoles, creando por decirlo así, una nueva literatura que pudiera con el tiempo calificarse de nacional. Alguno de esos medios, ya había sido indicado por Altamirano en México, y por Sarmiento en Argentina: la descripción de las escenas naturales, únicas y propias. Pizarro Suárez aceptó la objeción con su silencio. Pero, en fin, lo que sobresale de su obra son las tres novelas referidas: por su aliento generoso, por la esperanza que las cubre de

un México en que reine la paz, base única de la prosperidad, de los pueblos, según se desprende de su credo político.

¿No fuera bueno, admirado Pablo González Casanova, que así como estudió usted la utopía de Juan Nepomuceno Adorno, estudiara ésta de Pizarro Suárez? Haría usted un gran bien a la Literatura Mexicana.

7 de febrero de 1954

Doña Bárbara

Mañana hará veinticinco años de haberse publicado en Barcelona por la Casa Editorial Araluce, una de las más grandes novelas hispanoamericanas, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. Desde entonces no ha caído de las manos de los lectores americanos y han venido sucediéndose sus ediciones. Desde entonces, también, se han escrito sobre ella centenares de artículos y comentarios que reunidos harían varios volúmenes. Al celebrar ahora sus bodas de plata *Doña Bárbara* alcanzará sin duda nueva boga; se repetirán las ediciones, se volverá a escribir sobre ella, volverán a su lectura sus primeros lectores. Y esto es lo que yo acabo de hacer. Y puedo decir que sigue siendo la gran novela, que sus páginas tienen la fuerza de resucitar en nosotros aquella admiración, aquel deslumbramiento de la primera lectura. Si exceptuáramos la de Jorge Isaacs, quizá ninguna otra novela ha alcanzado una resonancia igual, aunque por distintas razones. Si *María* tocó a las puertas de nuestro corazón, *Doña Bárbara* lo hizo con nuestro entendimiento, al paso que atizó la decisión de buscar en la literatura una herramienta civilizadora, al denunciar ante propios y extraños la realidad de nuestras patrias. La literatura, nos dijimos, sirve para fraguar las imágenes futuras de nuestras tierras, para anticiparla, para ponerla ante los ojos de los hombres como meta a fin de que alguna vez puedan realizarla.

Leída una y otra vez, llegué a memorizarla en una gran medida. Por eso pude, cuando volví a su lectura advertir desde las primeras páginas que Gallegos la retocó desde la segunda edición. En efecto, la de 1929, comparada con las otras, parece una primera versión, un brillante borrador, capaz de pasar por obra acabada, así de perfecta parece su factura. Sin embargo, Rómulo Gallegos, al retocarla, logró darle nueva fuerza, nuevas excelencias. Pero sobre todo, consiguió plasmar aquella imagen que parecía sólo apuntada en la primera

edición: la tierna y exaltada pintura de la vida llanera venezolana, donde una raza buena sufre, ama y espera. Tierra ancha y tendida, toda horizontes, como la esperanza, toda caminos como la voluntad, escribía el autor al final de la primera edición. Pero en las otras cambia por esta otra, mejor, más acorde con el propósito final: la de anunciar a los venezolanos una patria donde reinara el orden, la libertad, el progreso: el triunfo de la civilización sobre la barbarie. ¡Llanura venezolana! Propicia para el esfuerzo como lo fue para la hazaña, tierra de horizontes abiertos donde una raza buena, ama, sufre y espera, escribió en las ediciones sucesivas.

La sola comparación de los índices nos indica que muchos de los capítulos no sólo fueron retocados, sino que cambiaron de nombre y de colocación, y uno o dos desaparecieron. Y ya ninguna repitió la portada de la edición primitiva: una mujerona levantando la cabeza retadora en un campo desolado, la cabellera partida en dos y anudada en la nuca, la boca tremenda, los ojos fijos en una alucinadora lejanía y un paliacate como un collar de sangre, cayéndole sobre el pecho que se dijera varonil más que femenino.

¿Qué oscuros designios, me pregunto ahora que redacto este comentario, impidieron que el gran visionario, novelista excelso, ciudadano ejemplar, cumpliera aquellas esperanzas que anunció a su pueblo hace veinticinco años?

14 de febrero de 1954

Los mexicanos pintados por sí mismos

Aunque se publicó en 1855, y en ese año se dieron a la estampa muchos de los capítulos que lo integran, puede considerarse este año como el del centenario de *Los mexicanos pintados por sí mismos*. En efecto, en 1854 al cumplirse diez años de la publicación de *Les français peints par eux memes*, algunos de los más notables literatos mexicanos de aquellos tiempos se propuso una réplica en cuanto a su carácter histórico y social. Los capítulos aparecieron calzados con anagramas, acrósticos, iniciales, signos tipográficos, cuando no con anónimos, y sólo tres de ellos firmados.

Los mexicanos pintados por sí mismos, no obstante su valor documental y sus excelencias artísticas en lo que ve a las estampas, es un lunar de la tipografía mexicana del siglo pasado, sobre todo si se recuerdan las ediciones de Cum-

plido, de García Terrés, de Rafael, de Lara, y del propio Murguía que las hizo hermosas. Sobre algunos errores de paginación, se advierten en ella otros aún más graves: caracteres heridos, tipos de familia diversa, poca presión o escasa tinta, en fin. Sin embargo, y tal como hemos apuntado estas fallas en nada afectan sus excelencias literarias y al valor que sus textos tienen para entender y recrear un momento de la vida de México, y que alcanzan su más cabal intención con las láminas de Iriarte y Campillo que hicieron lo que Gavarni, Monnier, Trimolet, con *Les français peints par eux memes*.

El libro permaneció, por su condición de joya bibliográfica, casi desconocido hasta 1935, fecha en que Enrique Fernández Ledesma hizo una edición facsimilar de trescientos ejemplares, a la que ha seguido otra, si no es que dos más. Esta edición, ya se supondrá, respetó el texto original, aunque lamentablemente no pudo esquivar que se le colaran nuevas erratas que ya señalaremos en un artículo futuro. En cambio enriqueció la edición príncipe con dos novedades: descubrió que la portada fue impresa en el año de 1854 al mismo tiempo que se publicaba la primera entrega, en septiembre de aquel año, y que muy pocos lectores habían descubierto hasta entonces; así como establecer, con la ayuda de Juan B. Iguíniz, quiénes formaban aquella sociedad de literatos mexicanos que la llevó a cabo y que si bien se había dado a conocer en el prospecto con que se anunció la obra, desconocía Fernández Ledesma. Con estos dos poderosos auxiliares pudo decirnos que los artículos los había escrito José María Rivera, Niceto de Zamacois, Pantaleón Tovar, Hilarión Frías y Soto, Ignacio Ramírez “El Nigromante”; y Juan de Dios Arias, único que firmó con su nombre tres de los siete que decantó.

De algunos de los tipos sólo llegaron a publicarse estampas, ya que los autores de los textos se retrasaron en su entrega más del tiempo que el editor podía esperar así por ejemplo las de *La lavandera* y *El panadero* que el editor incluyó solas al final del volumen.

A cien años de distancia la fisonomía de nuestra patria ha variado, pero no tanto para que no contenga más de un rasgo del trazo que de ella hicieron los redactores de *Los mexicanos pintados por sí mismos*; algunos de esos mexicanos sobreviven y nos es familiar, tal el evangelista que no es ninguno de los cuatro que sabemos, ni sabe de la jota de los evangelios, si bien pudiera tener sus atributos: el angelito, el león, el águila y el toro; sino ese que todavía el día de hoy escribe, ahora en máquina, cartas, oficios, ocursos, a las gentes del pueblo que como entonces con frecuencia no sabe leer y escribir.

¿Y no fuera oportuno que una nueva sociedad de literatos redactara una nueva serie de mexicanos pintados por sí mismos?

21 de febrero de 1954

Un reproche y un profundo dolor

He aquí los resultados de aplazar, que no es resolver, como decía José Martí, las tareas que uno se propone. Siempre que nos encontrábamos en la redacción de *El Nacional* los sábados Antonio Ancona Albertos y yo, nos hacíamos la misma promesa: dedicarle yo una *Alacena* y él dedicarme unos “Apuntes de actualidad”, con la mira de contar cada uno lo que sentía del otro. Nos decíamos, casi nos gritábamos: ¡Lejano pariente! Y eso porque en una de las obras de su padre aparece un personaje apellidado Hiestrosa, que él suponía antecedente de mis lejanos parientes maternos. —Amigo Andrés, me decía, poco más o menos, ese personaje de mi padre era de carne y hueso y sé que emigró al Istmo de Tehuantepec donde fundó familia; de él vienen ustedes, los que ahora se apellidan Henestrosa, a la manera que usaron el apellido el virrey José María de Bucareli y Ursúa y el Inca Garcilaso de la Vega.

Por mi lado, sin contradecirlo, me placía buscar el origen de mi apellido no en el personaje de Justo Sierra O'Reilly, que no de Ancona como él creía, sino en aquel soldado que fue con Pedro de Alvarado a la conquista del Perú y que allá casó con la ñusta Isabel Chimpu Oello y de quien nació el Inca Garcilaso de la Vega, uno de cuyos apellidos, ciertamente, era Henestrosa. Y cuando no, me placía referirlo a uno de los apellidos del virrey Bucareli y Ursúa, enterrado en el interior de la Basílica de Guadalupe, donde se ostenta el apellido que Ancona Albertos y yo lejanamente compartíamos.

Ahora que ha muerto me reprocho no haber cumplido aquella promesa. Me reprocho asimismo haber rehuido su encuentro, cuando la muerte le puso el sitio que le llevó a la tumba. Tanto nos repetimos el probable parentesco, que yo lo fui sintiendo como de mi familia. Emparentado con él más allá de los afanes meramente literarios. Sin embargo, de conocerlo por sus libros desde hacía mucho tiempo, a partir del día en que nos reconocimos lejanos parientes, leí con ánimo distinto, por nuevo, sus artículos y releí sus libros, uno sobre todo, *Por el sendero de las mandrágoras*, novela escrita en su primera juventud. Y

me gusta suponer que a partir de entonces también, Antonio Ancona Albertos puso un acento nuevo en todo aquello que de alguna manera pudiera tocarme. Por ejemplo: cuando en sus crónicas y artículos solía referirse a gentes y a hechos de Juchitán, era más viva la simpatía que fluía de su pluma, de verdad vívida, de verdad eficaz. Recuerdo que una vez al hablar de Adolfo C. Gurrión, juchiteco que murió peleando contra la usurpación huertista, hizo don Antonio una digresión sobre mi tierra en la que me aludía con un tono que se dijera fraternal.

Su muerte, aunque esperada por la gravedad de su enfermedad y lo avanzado de sus años, no anulan el dolor que produce la pérdida de un hombre que a lo largo de una vida trabajada en medio de zozobras, angustias y desventuras, cosas todas inseparables de una verdadera vida, supo mantenerse cordial, fresco, siempre verídico. No quise encontrarme con él en el último trance. No quise encontrarme con sus deudos el día de su muerte y de su entierro. Pero, aunque mi cuerpo no sangre, siento la herida que al suyo dio descanso, como dijo el poeta.

7 de marzo de 1954

Tesoro imprestable

Querido amigo: Prometí darte prestado el *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles* de Eugenio de Ochoa, pero la verdad es que no puedo hacerlo, porque es un libro que tiene para mí un significado distinto al que suelen tener los otros de mi biblioteca, y temo que de salir de la casa ya no vuelva nunca a ella. No. No es que tema que te lo pudieras quedar, sino que se extravíe en el camino. Y eso sería para mí una mutilación, si se tiene en cuenta que a él no me une el mero hecho de la propiedad, sino eso que ya he apuntado: una raíz sentimental. Te contaré por qué. Hace más de veinte años, en uno de mis recorridos dominicales por La Lagunilla, me encontré en un puesto de libros viejos con esta obra que Ochoa hizo muy bien en titular *Tesoro*, pues siempre lo fue, porque al publicarse reunía la primavera y flor de los romances, coplas y canciones españoles, y ahora por su rareza bibliográfica, tras de más de un siglo de haber aparecido. Cuando yo me inclinaba para levantarlo del suelo, otro se me adelantó y sin regatear el precio quedó dueño de la prenda. Era Mario Mariscal, hombre de pluma, lector infatigable, certero cazador de piezas peregrinas, quien de esa manera me ga-

naba la partida. La ventaja era legítima y no pude hacer otra cosa que envidiarlo sanamente. A contar de aquel domingo me di a buscarlo no en librerías de nuevo que siempre vendieron caro, sino en las de lance que en aquellos días vendieron barato, pero sin éxito. Y un día, del año antepasado, sin yo esperarlo y cuando ya desesperaba de darle alcance, el mismo Mario Mariscal lo puso en mis manos, lleno de esas palomitas que señalan los lugares preferidos. Ahora podrás entender por qué significa tanto para mí el *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles*. Una solución se me ha ocurrido, y es la de publicar la cancioncilla de Luis Gálvez de Montalvo en que se oye un eco del *Madrigal* de Gutierre de Cetina sobre quien trabajas ahora y que quizá te sirva. Hela aquí:

*¿De qué sirve, ojos serenos,
que no me miréis jamás?
De que yo padezca más,
mas no de que os quiera menos.*

*Si el que con gusto moría,
queréis que rabiando muera,
aunque mudéis la manera,
firme está la fantasía*

*De ira y de gracia llenos
dais por un mismo compás
el mal de menos a más,*

y el favor de más a menos

*Si imagináis que dejarme
tan sin ley y sin razón
en mí ha de ser ocasión
para desaficionarme.*

*Pues no bastan ser ajenos
Industrias que son por demás
antes el deseo es más,
cuando la esperanza es menos.*

*Podéis con desabrimiento
quitar-me el verme y el veros,
mas no que por conoceros
no me agrade mi tormento:
ser tan hermosos y buenos,
que lo dejáis todo atrás,
esto en mí siempre fue más,
y lo demás todo menos.*

*Si por matar al amigo
no podéis ser alabado
y os queréis ver disculpados
con todo el mundo y conmigo,*

*cuando huya de sus senos
el alma triste además
miradme, y no pido más,
mas tampoco pido menos.*

14 de marzo de 1954

La ilusión de emular a Juárez

La historia, el mito y la leyenda de los grandes hombres son como el polvo a que se reducen las hojas y las flores que, mezclados a la gleba local, prestan la arcilla con que se modelan los hombres futuros. Su nombre, su fama, su imagen agrandada por el tiempo, entran a formar lo que se diría la costra social de los pueblos, y comunican a los hombres que la pisan un efluvio, un calor, una vibración que propagados por la naturaleza física y espiritual de las gentes, las van haciendo, acercando y modelando a la manera de los tipos ideales de las figuras en que todas las mejores esencias de una tierra, se han resumido.

Si no fuera así, uno no podría explicarse por qué sin que los hayamos conocido, con sólo oírles la historia y la mitología, un día nace en nosotros, sobre todo en la infancia, la decisión de repetir y emular la acción y la vida de los héroes locales y nacionales y viene a cegarnos como un anticipado relámpago,

una racha de gloria que casi siempre, ¡ay!, la vida no nos deja alcanzar. Lo que en nada reduce el valor y la virtud de aquella iluminación, de aquel ensueño. Porque nada existió si antes no apareció en anuncio, en presagio.

Así ocurre con el nombre de Benito Juárez. Su historia, su leyenda y su mitología, entran a formar en el barro con que se fraguan los indios todos de México, pero en los de Oaxaca principalmente. Recuerdo que un día en la escuela primaria de mi pueblo, un niño de mi edad me avasalló con la predicción de su padre de que al llegar a hombre sería presidente municipal. Muy humillado y ofendido, lo conté a mi madre, quien me dijo que le dijera al día siguiente que eso ocurriera, yo sería Presidente de la República, como Juárez. ¿Y soñé yo en eso alguna vez? Sí, mil veces sí, aunque con alegre pesimismo. Pero la historia de Benito Juárez, lo que en verdad realizó y lo que la mitología incorpora a sus hechos, fueron siempre incentivos de mi conducta. Saber cosas, cada día más cosas, dejar crecer la leyenda de mis orígenes indios, aceptar que inicié tardíamente el aprendizaje del español, corresponden al apego a la mitología juarista. Y digo que es válido aceptar esas fábulas, porque sirven de alimento a nuestra vocación, porque acrecientan la llama de nuestras ensoñaciones.

Mientras más lo pienso, más lo creo. No hay indio que al salir de su sierra, su istmo y su valle, no sienta que sale a repetir la historia de Benito Juárez. Que sale por una asna y vuelve por un reino. Puede ser otro el camino que en la geografía se recorra, pero el horizonte, la lejanía es la misma: en el fondo destaca el colegio, la presidencia municipal, el sillón de magistrado, la silla presidencial con la bandera y el águila caudal con la víbora entre las garras. Y por alcanzarlo persiste, sufre y espera.

A veces en broma, a veces en veras, he dicho que no otra cosa explica que sea el estado de Oaxaca aquel que más municipios tenga; como no pueden multiplicarse las Presidencias de la República para satisfacer la aspiración de todos, nos hemos conformado con proliferar las municipales; en su ejercicio encuentra la inteligencia oaxaqueña satisfacción, halla el medio de compartir con Juárez algunos de los cargos previos al más alto de la Patria, apacigua el tumulto de la espera, adquiere conformidad con lo alcanzado.

Rásguesele el pecho a un niño indio cualquiera y se encontrará, sacramento guardado, como la costra en el cáliz, la imagen de aquel indio que se llama Benito Juárez.

21 de marzo de 1954

La vida dramática de Rubén Darío

La biografía de Rubén Darío es todavía una empresa inconclusa, a pesar de la innumerable cantidad de libros que sobre ella se ha escrito. Algunos, como el de Francisco Contreras para citar uno solo, y no obstante su excelencia, no vienen a ser otra cosa que capítulos de su biografía. Lo demás hay que considerarlo como tentativas y acarreo de material para armar el edificio de su vida. Bien lo dice Edelberto Torres, autor de uno de los últimos capítulos que sobre la vida del gran nicaragüense se han escrito recientemente. Y lo que se dice de su vida, se puede decir de sus obras, campo en el que hay que apuntar el hasta ahora más completo de todos es el llevado a cabo por el investigador y erudito mexicano Alfonso Méndez Plancarte. Así lo deducimos del denso, nutrido de informaciones, penetrante libro de Edelberto Torres, publicado hace dos años en Guatemala, *La vida dramática de Rubén Darío*. Es éste un libro de creación y de recreo. El autor no olvida que por sus frutos se conoce el árbol y así se atreve por la selva de la obra rubendariana para establecer el itinerario de los pasos del poeta por el mundo y fijar de ese modo el ambiente en que nacieron sus poemas. Buena táctica, según lo demuestran las novedades que en el capítulo de la cronología de su producción señala el señor Torres. Recuerdos personales, informaciones proporcionadas por personas que lo trataron, tanto como el acervo bibliográfico sobre la materia, le sirvieron a Edelberto Torres para amasar su obra que a decir verdad, desconcierta a veces, sin duda porque no siempre consigna las fuentes de sus asertos y uno se queda en la duda de haberlo leído antes, en otra parte. No importa. El libro es novedoso, escrito con sangre, con una simpatía que desborda las páginas.

Cosas que otros callaron, por desconocerlas o por prejuicio de que reducían la gloria del poeta, las cuenta Edelberto Torres, llanamente. Y si el hombre reduce, el poeta crece en cambio. Rubén Darío estaba hecho de barro, era pantano, pero podía reflejar las estrellas sin empañar su blancura. El libro lo pinta de cuerpo entero, desde sus niñeces como decía el Inca Garcilaso, hasta el día en que derrotado por la vida y por la muerte –dos cosas que en Darío se confunden– se disputan los amigos y los parientes de su cerebro. Edelberto Torres no se cura de que su libro se mantenga dentro del género de la biografía y de la crítica literaria; por el contrario, poseído de un frenesí cuenta las cosas con pluma desenfadada, soltando al curso de su tarea todo lo que le viene a

la memoria, todo lo que le sugieren los recuerdos, todo lo que suscitan en su mente las lecturas de los libros que consulta, y son centenares.

De ahora en adelante *La dramática vida de Rubén Darío* es un nuevo escalón para ascender a aquella cumbre poblada de vientos, tempestades, encendidos oros y estrellas que fue el poeta de Nicaragua. Corresponde a otros situarlo en el marco de las investigaciones sobre Darío. Yo sólo quise decir que pocos libros me han sugerido tantas cosas como *La dramática vida de Rubén Darío*, y que esto –sugerir, suscitar, sembrar atisbos– es condición de las obras maestras.

28 de marzo de 1954

Mi Villahermosa

Tanto oí hablar durante mi niñez de la ciudad de Villahermosa, que llegué a crear la imagen suya. Desde entonces soñé siempre en asomarme a aquel lugar. Y cuando un día desesperaba de cumplir la visita, he aquí que un amigo oriundo de aquellas tierras, me invitó para conocerlas. Iba, pues, a tener ocasión de poner frente a mis ojos la imagen real con la imagen soñada. Pero tardé tanto en llegar a la ciudad de Villahermosa que en el camino las dos visiones fueron entrelazándose en tal forma que al llegar a ella no supe separarlas, ni pude darme cuenta dónde comenzaba la una y terminaba la otra; de tal manera se habían fundido lo que yo podría llamar las dos ciudades, la real y la del ensueño.

Pero yo debo contar cómo llegó el nombre de Villahermosa a mis oídos. Y fue así. Siendo yo muy pequeño llegó al rancho donde pasé mis primeros años un hombre, quizá prófugo, buscando trabajo. Lo digo porque así como llegó, desapareció: repentinamente. Creo que ni siquiera dijo su nombre verdadero, ni siquiera las circunstancias más someras de su vida. Pero me habló mucho de su ciudad natal, de Villahermosa. Se adivinaba en él esa fina tristeza umbilical que nos ata a la tierra de nuestro nacimiento. No hablaba sino de su pueblo, de sus ríos, de la iglesia del lugar. Poco a poco me fui haciendo a la ciudad para situar dentro de ella los hechos que el mozo me refería. Cuando desapareció, sólo quedó entre nosotros este pequeño dato de su paso: la vaca que él había bautizado con el nombre de “Tabasqueña”.

Pasaron los años y otro antecedente vino a sumarse al anterior. El poeta Hildo Gómez Castillo, paisano mío, habiéndose trasladado a Villahermosa para el desempeño de un pequeño trabajo, se quedó en ella para siempre. Y por recordar al amigo de la infancia, el nombre de Villahermosa estaba presente en mí.

Con este panorama sentimental llegué a Villahermosa, una ciudad pequeña, de calles estrechas, íntima y recogida, que como en el verso del poeta “se aduerme al rumor de un río”. La primera impresión es la de que el pueblo se formó huyendo de las aguas y de la selva que todo lo invade y trastorna, hasta parecer una isla en medio de aquella agresión de la naturaleza. Como en todas las ciudades de provincia, son el zócalo y las casas de gobierno las que constituyen el eje sentimental. De dondequiera se parta ahí desembocan las calles y las gentes, y ahora con más razón, desde que el poeta máximo de Tabasco, Carlos Pellicer, adornó la ciudad con un precioso museo que pudiéramos decir fue organizado con la misma precisión con que se forma un soneto: rimando los tiempos y acentuando las culturas que ahí tuvieron cunas ilustres.

Una callecita que se va de cabeza por una pendiente nos lleva al Instituto Juárez, acera del liberalismo tabasqueño. Una enorme escultura colocada a la entrada del dintel, los ojos vigilantes y perdidos en el tiempo, nos indica que pisamos tierra vieja y alerta y nos ocurre esta pregunta: ¿Cómo un país sin sierras próximas pudo esculpir la figura así de grande a la margen de un río? Y la respuesta viene sola: el hombre primitivo necesitaba perpetuar los hechos de su vida y sólo en la piedra podía conseguirlo. Otra pequeña pendiente nos lleva al museo donde nos salen al paso otras piedras gigantes al lado de algunas que pueden caber en la palma de la mano. Entonces descubrimos que en el mundo de la escultura antigua, la monumentalidad no tiene una dimensión física sino de intensidad, de concreción anímica: cabe en lo colosal y cabe en lo mínimo.

El nombre de Pellicer trasciende los muros del museo y repercute por las calles: las sílabas de su poesía se propagan por los vientos de la tarde, encuentran eco en las canciones de los más jóvenes poetas, imprime impulso en la obra de los mayores. La misma mañana de mi estancia en Villahermosa me llegué a la Biblioteca Martí; allí pude oír los bellos poemas de María del Pilar del Espíritu Santo y los de Agenor González, último brote de la poesía tabasqueña.

Al abandonar Villahermosa me propuse volver alguna vez, pero resuelto a mantener presa en mi corazón, por si la vida no me deja tiempo para ese retorno, una idea de la ciudad ya mía para siempre.

4 de abril de 1954

Los que escriben a la buena de Dios

Muchos de los grandes escritores mexicanos se han hecho en las redacciones de los periódicos, ganando un jornal como diaristas que eran. Queda dicho con eso que escribían sus crónicas, sus artículos y gacetillas al correr de la pluma, urgidos por el formador que reclamaba sus colaboraciones al minuto. Pero algunos eran de tal modo geniales que su obra apenas si registra los lunares de la improvisación. Algunos hasta llegaron a encontrar en ese método de trabajo una ocasión para extremar sus mejores atributos de prosistas. Sorteando los peligros de la rapidez daban de sí las excelencias que quizá la lentitud hubiera detenido. Se cuenta, por ejemplo, que uno de ellos ante la urgencia del redactor en jefe que reclama una nota sobre la marcha, preguntó cómo la quería si en verso o en prosa. Y es fama pública que Sierra, Gutiérrez Nájera, Nervo y Urbina escribieron hasta aquellas páginas que más trabajo parecen contener, en medio del estrépito del periódico. Otro tanto hizo Altamirano; y ya sabemos que junto con Riva Palacio fue quien renovó la prosa mexicana, dándole calidad artística.

Sirva esta observación para relevar a los escritores así formados de la acusación que pesa sobre ellos de no haber podido domeñar el monstruo del oficio. Porque ya hemos visto que algunos, pasado el instante de la creación, encontraron que su obra era buena como la del Señor. Aunque estos no descansaron nunca. Otros no siempre lograron esquivar los escollos que supone escribir a la buena de Dios, y gastaron el tiempo en pulir sus criaturas. Urbina, por ejemplo, se ha ido convirtiendo no sólo en un gran poeta, sino también en un prosista limpio y elegante, a pesar de que sus artículos fueron, pudiera decirse, nacidos al calor de una primera tentativa. Lo mismo en el tema que en su redacción. Eso, cabalmente, da a su obra en prosa un carácter verboso y frívolo. Lo uno, como consecuencia en primer término, del afán modernista de acumular brillo y palabras sonoras, pero también para llenar cuartillas; lo otro, para dar al lector un

suceso mundano, capaz de distraerlo un momento. Muy bien lo sabía, y lo dice en *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. Y, sin embargo, bastaron unos cuantos retoques para salvar del montón de cuartillas que Urbina escribió durante muchos años, algunas de las mejores piezas de la crónica mexicana.

Otro quiso defender su obra de los pecados de lo efímero, y es lo que motiva esta *Alacena*: Ángel de Campo. Tengo en mi biblioteca un ejemplar de *Ocios y apuntes* dedicado a Enrique Zerecero con un amable envío del autor. El ejemplar es curioso, no tanto por el autógrafa, cuanto por las correcciones que de su puño y letra hizo “Micrós”, a veces hasta en más de una ocasión. Sustantivos, verbos y adjetivos aparecen sustituidos por otros en un empeño del autor por ajustar la imagen a su mayor exactitud expresiva. El tiempo y los problemas de su vida personal de empleado público y de sostén de sus hermanos, le impidieron, primero, escribir con mayor acierto, y luego, dedicarse a esa faena, útil y dolorosa, de segar la maleza que cubre su jardín.

11 de abril de 1954

Opúsculo por la República

Era don Pedro Santacilia originario de la isla de Cuba, donde había nacido en el año de 1826. A los siete años acompañó a su padre en el destierro a España. Ahí completó su educación y escribió sus primeras composiciones literarias. En 1845 volvió a Cuba y entró de lleno en el ejercicio del periodismo escribiendo no sólo poesías sino también artículos y trabajos sobre ciencias naturales. Amigo de los partidarios de la independencia cubana, muy pronto fue señalado como un elemento al que había que cortar las alas. Fue, como su padre, desterrado a España. Vivió en Sevilla. Se ignoran las circunstancias, pero no debe haber sido por complacencia de las autoridades españolas como Santacilia pasó a Nueva York y más tarde a Nueva Orleans, como socio del famoso conspirador, hombre de extraordinaria personalidad, Domingo Goycuría. Allí conoció a Juárez, a la sazón desterrado. Allí se descubrieron idénticos en el ideario político, y allí iniciaron una amistad que devino en parentesco al casarse don Pedro con la hija mayor de don Benito.

Muy joven debió haber sido cuando llegó a México. Aquí se quedó hasta su muerte ocurrida en 1910. Su casa fue siempre asilo de los perse-

guidos políticos cubanos; de ella salió, por ejemplo, Juan Clemente Zenea al sacrificio.

Fue Santacilia un hombre de vastas lecturas, de palabra elocuente, de ingenio alegre y despierto. Dicen los que lo conocieron que era capaz de hablar con autoridad sobre diversas disciplinas. Cuenta don Victoriano Salado Álvarez que en el Jockey Club, Santacilia ponía cátedra sobre todas las cosas del mundo, y que se distinguía por la pureza con que manejaba el español y por la abundancia de noticias que poseía acerca de mil cosas interesantes. Y ello es verdad. El opúsculo titulado *Del movimiento literario en México*, que acaba de ser publicado en el primer número de *Las Letras Patrias*, nos lo muestra no sólo como un hombre de nutrida información histórica y literaria, sino también como un pensador moderno, muy actual, cosas sorprendentes aun en nuestro tiempo. Los móviles que lo impulsan a escribirlo son bien claros: servir al afianzamiento de la República por medio de las letras, sin la cual es incompleta la Constitución. Para Santacilia, Altamirano, Riva Palacio, Ramírez y Zarco, digamos, la patria era cosa bien distinta a lo que puede ser a un hombre que no la ha visto a punto de zozobrar. Dos cosas se propuso con ese trabajo: una, demostrar que el restablecimiento de la república trajo consigo, como consecuencia natural, el renacimiento de la literatura; otra, que basta estudiar con imparcialidad el movimiento literario que se observa a partir del triunfo de la República, para comprender que México había entrado en un periodo de reconstrucción. No se puede esperar que los escritores en tiempos de discordias civiles permanezcan al margen de los acontecimientos, sino que participen en ellos con lo mejor que tienen a la mano, que es su pluma, porque siempre fue la organización de las patrias para los verdaderos escritores americanos el primer deber, la ocasión más alta para sembrar las mejores ideas y cumplir las mejores acciones. ¿Cómo iba, pues, a florecer la literatura de creación cuando los hechos reclamaban de los escritores el artículo polémico, la discusión, en una palabra la defensa de la Patria?

Del movimiento literario de México que Pedro Santacilia escribió sobre la marcha, de memoria, casi tiene por eso un mero afán informativo, pero no pretende analizar el valor literario de las obras con rigor crítico; son pretextos para echar andar los postulados de su trabajo; que sólo a la sombra de la paz florecen las artes, en este caso las letras mexicanas.

Todos los que hasta ahora habían podido consultar el galano y sugestivo opúsculo, concuerdan en afirmar que es dentro de su extensión y las cir-

cunstancias históricas en que fue gestado, un documento indispensable para entender el capítulo de nuestra literatura en los días que siguieron al triunfo de las armas republicanas. Y las ideas que lo informan son de extraordinaria vigencia que hoy, a casi cien años de distancia, tienen fuerza suficiente para librar una nueva batalla a favor de una República asentada sobre las letras.

25 de abril de 1954

Semblanza literaria de Frías y Soto

Entre los escritores mexicanos del siglo pasado a quienes hay que desenterrar, debe contarse, entre los primeros, a Hilarión Frías y Soto, otro de los grandes olvidados en las historias de nuestra literatura. En efecto, ninguna de las más conocidas de esas historias lo menciona, no obstante que Altamirano, a quien todos siguen y mencionan como apoyo, habla del escritor queretano en términos de elevada admiración. Elegante, correcto, son dos adjetivos que aquel maestro usa para calificar las creaciones de Frías y Soto, periodista y escritor que devastó su pluma en la mesa de redacción de los periódicos, principalmente *El siglo XIX* y en *La Orquesta* en que escribió algunas estampas de nuestro medio social en el año de 1868, que fueron como la culminación de sus dones literarios ya manifiestos en algunos de los retratos contenidos en el libro, ahora centenario, *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

Un joven escritor, escribe el autor de *Clemencia*, lleno de talento y de gracia, también bastante conocido por su patriotismo y sus trabajos literarios antes de la época actual, ha venido a poner su contingente en el nuevo edificio literario, contingente que no por ser pequeño es menos precioso. Queremos hablar de Hilarión Frías y Soto, que ya como diputado, ya como periodista y redactor del periódico festivo *La Orquesta*, se ha distinguido por la independencia de sus opiniones políticas y por su ilustración. En su pequeño, pero popularísimo periódico emprendió la publicación de una serie de artículos con el título de *Álbum fotográfico*. Cada uno de ellos es un estudio de costumbres, es un retrato de un tipo contemporáneo, y no se sabe cuál preferir; tanta elegancia hay en el estilo, tanto color en la pintura, tanta gracia en el pensamiento, tanta exactitud en el dibujo, concluye Altamirano en una parte de la semblanza literaria de Hilarión Frías y Soto. Y volviendo a ella, agrega que no es pintor de detalle;

pero sus bosquejos son maestros, y con un rasgo de su lápiz ingenioso y firme, da expresión a sus personajes, da movimiento a sus facciones, caracteriza, ésta es la palabra, sus artículos, de pequeñas dimensiones y agradable forma, que se leen de una tirada y que se quedan grabados en la memoria profundamente. Podemos decir que son como los dibujos del gran artista a quien acaba de arrebatar la muerte, de Gavarni, que también con sólo un toque de su pincel mojado en sepia, creaba uno de esos tipos admirables que el grabado se encargaba de popularizar en el mundo entero. Y agregaba al dibujo este rasgo rápido y certero. Los artículos de Hilarión son así, revisten la forma ligera; pero en ellos cada expresión es un toque maestro, cada indicación hace pensar, y la imaginación, guiada por el escritor, completa el asunto, lo mismo que completa cada garabato que Gavarni lanzaba como al acaso, y sin embargo, con una intención muy premeditada. La cita de Altamirano ha sido larga, pero es que nadie tuvo como él en su tiempo la autoridad y la buena pluma para trazar una opinión que el tiempo se ha encargado de confirmar. Una lectura del *Álbum fotográfico* que ahora acabamos de hacer, al impulso de un lugar del raro folleto que contiene el trabajo que Pedro Santacilia escribió sobre la literatura mexicana al triunfar las armas republicanas contra las imperiales, nos confirma en la idea de que las pequeñas piezas allí reunidas, contienen no sólo belleza de forma, sino ideas y propósitos morales que, sin invadir los valores meramente literarios, presenta a su autor como un hombre para quien el mexicano no era cosa aparte, ajena a los afanes de la inteligencia. Por el contrario, Frías y Soto se valió de aquellas estampas para destacar las fealdades de una sociedad comida por la ignorancia, la miseria, que todo es una y sola cosa.

Fue una lástima que Hilarión Frías y Soto no haya reunido en volumen, como lo aconsejaron Altamirano y Santacilia, aquellos artículos en que las excelencias de la improvisación no cedieron a los lunares que le son inseparables. Un gran libro se perdieron los lectores mexicanos con haber quedado perdidas en las columnas de *La Orquesta*, aquellas preciosas miniaturas, a las que unos grabados de Escalante hubieran dado un nuevo encanto. Pero aún es tiempo. Y yo me propongo reunirlos en el número próximo de *Las Letras Patrias*.

2 de mayo de 1954

Fiel a nuestra sangre

Entre los novelistas mexicanos de los últimos tiempos, hay que contar al michoacano José Valdovinos Garza. Un escritor novel, pero cargado de experiencias, nutrido de pueblo, pervadido de las más puras esencias mexicanas. Su aparición en las letras ocurrió hace tres años, durante el concurso anual de novela de *El Nacional*, con una obra que no por primeriza no estuviera a punto de llevarse el primer premio. Fue entonces cuando la novela *Mi tío Marcelino*, vino a dar a nuestras manos. Otro jurado, uno que estuviera integrado por elementos más acordes en lo que es y debe ser nuestra literatura, la habría elegido como la mejor, por sus raíces mexicanas, como la mejor del acopio de originales que llegaron al concurso. Porque, en efecto, hubo miembro del jurado que la señaló desde el primer escrutinio. Valdovinos Garza, hombre del pueblo, que es de donde salen los buenos escritores nacionales, es un descendiente directo de nuestros mejores novelistas: de Lizardi y de Payno, de Riva Palacio y de Ángel de Campo. Como ellos, no desdeña inclinarse y levantar del suelo los temas y el léxico para dar forma a sus creaciones novelísticas. Se atreve a llamar a las cosas por su nombre, a irse derecho al grano, haciendo la paja a un lado. Dice lo que ha de decir, sin relámpagos ni truenos, sino de modo natural y directo. Pero como tiene sangre de escritor, como ha vivido largamente con los hombres, y en el ambiente que describe, a su hora van apareciendo las imágenes, los hallazgos que de modo tan robusto caracterizan sus descripciones, sus pinturas del medio en que sus personajes se mueven. Si ha leído a Marcel Proust, si ha leído a Franz Kafka, tiene la fuerza de olvidarlo a la hora de escribir, lo mismo que hace un varón verdadero a la hora de engendrar los hijos.

De las dos maneras de escribir novelas mexicanas: la una apegada a los modelos extranjeros y la otra fiel al latido de nuestra sangre, Valdovinos Garza ha elegido esta última, de ahí que se le reconozca nacionalidad, perfil, ascendientes, abuelos en el largo y doloroso trance de dar a México una novela en que aparezcan sus rasgos más distintivos.

José Valdovinos Garza escribe sin malicias, sin trampas. No se cuida de reunir previamente metáforas, símiles y figuras retóricas para después armar con ellas una página, como es frecuente entre algunos de nuestros llamados escritores. No. Él elige un tema, lo medita, y así que lo tiene bien estudiado, se echa a contarlo, abiertas las ventanas para que por ella lleguen las sorpresas de la creación literaria, que sólo cuando así llegan no

aparecen como parches, como postizas, y no promueven el temor de que se desprendan.

Pero debo ahora explicar qué me propuse significar cuando dije que otro jurado habría premiado la novela de Valdovinos. Y es que, ante dos obras, una de las cuales haya sido inspirada dentro de moldes y tendencias extraños, y otra escrita dentro de la tradición mexicana de la novela, a menos que la primera constituya una obra verdaderamente extraordinaria, habrá que elegir siempre la que esté sembrada sobre gleba nuestra, aunque su factura denuncie torpezas y veladuras. Porque estos serán, más tarde o más temprano, los andamios y la estructura de la novela mexicana que, si bien ha dado muy bellos brotes, todavía no se abre en espléndida flor. Y José Valdovinos Garza trabaja en esa flor futura.

9 de mayo de 1954

Caricaturista incisivo

Hasta que no alcanza uno cierta edad, no puede gozar de ciertos regalos de la vida. Tal ése de volver a los libros leídos en la juventud, y ése de repasar los álbumes familiares, y ése de hojear revistas y periódicos del tiempo pasado. Cosas que en la primera visita no hirieron en apariencia nuestra atención, en este retorno a ellas nos indican que no habían pasado inadvertidas, sino que depositaron en alguna parte de nosotros una simiente que ahora revive al contacto de las lágrimas, igual que regresan algunos perfumes si se humedece el pañuelo en que una vez se recogió. Pero dejemos esto. Y hablemos de la causa de esta digresión. En estos últimos días, por razón de una tarea en que estoy empeñado, he vuelto a las publicaciones del siglo XIX mexicano. Y he descubierto que hay allí todavía sin aprovechar muchas espigas de nuestra historia literaria, de nuestro desarrollo artístico, de nuestra fisonomía cultural, en una palabra. Entre esas publicaciones se puede destacar *La Orquesta*, “periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas”, en el que hizo su aparición en el campo de esa arma tremenda que es la caricatura, Constantino Escalante, creador de un género nuevo, enteramente suyo, que hizo de la caricatura mexicana una sátira viva, animada, personal y punzante, como jamás lo había sido la caricatura europea,

según proclamaron sus contemporáneos. Los bustos de Nadar –escribió Frías y Soto en la nota necrológica consagrada a Escalante– y las concepciones de Granville son de distinto carácter. Los yesos del primero tenían la limitación del modelo; los grupos del segundo perdían su vigor ático con el sentimiento en que los bañaba su alma de poeta, por Granville que lo era. Escalante, por el contrario, tenía esa terrible visual que recortaba en el personaje que se le ponía delante, los rasgos ridículos, sin perder el parecido; nuestro caricaturista sólo veía el lado feo de los hombres, y así lo reproducía su lápiz en medio de un aplauso universal. Un cartón de Constantino Escalante, un editorial de Riva Palacio, un artículo de fondo de Frías y Soto o de Francisco Zarco, tenían el significado de una emboscada, de un asalto a mano armada contra el enemigo. Con razón ha dicho Zarco que el epigrama, el chiste, la caricatura valen por un golpe de Estado. Y eso es lo que Constantino Escalante hizo en su tiempo. Desde marzo de 1861 hasta el 68 en que muere trágicamente, su lápiz inmortal sostuvo a sangre y veneno, la lucha patriótica de exhibir a los enemigos de México y a los que habían conculcado los principios de la Reforma, provocando un coro de carcajadas que, superando los muros de palacio, y el rumor de la calle, llegaban a los oídos de los que llamándose amigos y salvadores del pueblo no eran sino sus más crueles verdugos.

Antes de llegar a *La Orquesta*, de la que fue dueño en parte Escalante estuvo fugazmente en *El sombrero*, periódico del que nadie da razón. Una de las primeras obras suyas fue aquella en que él solo, armado de su pluma, vengó la ofensa que Alfonso Dubois de Saligny había inferido a México al presentarse ebrio en la sala de la exposición de la Plaza de Armas. En el número 19 del tomo segundo de *La Orquesta* de noviembre de 1861, apareció la que puede considerarse la más valiosa de sus caricaturas: aquella que muestra al diplomático francés dentro de un frasco de coñac de cincuenta años que, si no alcanzaba a ahogar a Saligny, fue suficiente para ahogar su reputación. Perseguido después por los franceses cayó prisionero y sufrió por sus convicciones un cautiverio que no le arrancó quejas ni lágrimas, antes bien dio nuevo temple a su carácter, nueva vibración al dardo con que batió a los invasores, evidente en las caricaturas que realizó cuando recobraba la libertad y reanudó la publicación de su periódico.

Vida triste la de Constantino Escalante. Y corta. A los treinta y dos años de su edad, murió trágicamente atropellado por el tren de Tlalpan al arrojarse

a defender a su mujer que habiendo perdido paso al darle la mano en señal de despedida, cayó sobre los rieles. Por qué el genio es una planta exótica en nuestra patria, que muere antes de dar sus frutos, se preguntaba desolado Frías y Soto ante aquella muerte inesperada. Y agregaba: nadie midió cuánta amargura había sembrado la mano del dolor en el alma del artista. Pero así ha de ser; del montón de escombros que suele ser la vida, el hombre verdadero aparta los materiales para trabajar su estatua; destaca los hechos que dan sentido a la existencia.

16 de mayo de 1954

Omisión en la bibliografía de Altamirano

No encuentro mencionada entre las obras inéditas de Ignacio Manuel Altamirano de que se tienen noticias, la novela *La dama de honor* que en el año de 1868 escribía según el testimonio de Pedro Santacilia. Es extraño que, habiéndose ocupado de la obra de Altamirano personas tan estudiosas y enteradas, ninguno que yo sepa, haya mencionado esa novela, que si bien pudo quedar inconclusa, parece cosa cierta que se escribió. Pedro Santacilia en el opúsculo *Del movimiento literario en México*, recientemente desenterrado por nosotros, escrito con las noticias que iban llegando diariamente a su mesa de trabajo, afirma en más de un lugar que Altamirano la estaba escribiendo en esos precisos días. Al mencionar a las novelas próximas a salir, escribe que de algunas tiene informes de tal manera satisfactorios que le hacen desear casi con impaciencia su aparición. Háblase en primer lugar, dice, de la que escribe el señor Altamirano y llevará por nombre *La dama de honor* que tendrá por principal objetivo sin duda, pintarnos con sus verdaderos colores las maquinaciones palaciegas que aquí tuvieron lugar durante la Intervención. Y agrega: “Después de los libros publicados últimamente en que se nos han referido las proezas de nuestros soldados, la abnegación de los patriotas y las crueldades del invasor, nada podía ser más oportuno que una obra como la que escribe el señor Altamirano, destinada a revelarnos cuáles fueron y cuántas las cosas escandalosas de todo género que pasaron en la capital”. Y Santacilia que en la ocasión revisaba los archivos de Maximiliano anticipa que la novela alcanzaría un señalado éxito, no sólo por ser su autor quien era, sino por la riqueza y calidad de la materia

prima, la cual lo llevaba a vislumbrar “todo el partido que sacará de su libro el señor Altamirano, con sólo referir lo que pudo ver y oír en palacio la dama de su creación”. Parece evidente, pues, que Altamirano llegó a poner manos a la obra. Santacilia, que frecuentaba su trato, y encontraba en sus conversaciones y en sus escritos apoyo a sus ideas, debió saberlo con certeza. La pequeñez de la ciudad, y lo reducido del grupo que entonces se ocupaba del renacimiento de nuestras letras, así como la devoción que la persona del maestro suscitaba, anulan toda posibilidad de que sus noticias fueran erróneas.

Dada la costumbre del tiempo, hasta pudo ocurrir que capítulos de *La dama de honor* se hayan publicado como alcance o folletín de algún periódico, o que en algunas de las tertulias literarias su autor la hubiera dado a conocer en parte. Y que por una u otra causa no se hubiera registrado la noticia en los papeles periódicos, o que habiéndolo sido, ninguno haya reparado en ella.

Doña Catalina Sierra Casasús, devota de la obra de Altamirano, parece que posee la bibliografía escrita de su propia mano, y así como nos ha revelado la existencia de otros papeles suyos, pudiera localizar alguna vez el original de *La dama de honor*, lo que sería un verdadero acontecimiento en la historia de las letras patrias.

23 de mayo de 1954

Couto Castillo, raro y exótico

Otro de los autores mexicanos injustamente olvidado es Bernardo Couto Castillo, “Coutito”, como le decían sus compañeros de letras. Los manuales de historia literaria cuando no lo olvidan, lo mencionan de paso, equivocando su nombre alguna vez. Era originario de Orizaba, como su tío, el afamado autor del *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, con quien comparte el nombre y el amor a las letras, si bien no la fama, porque mientras el uno la tiene repartida por el mundo, el otro yace en el olvido.

Muy niño yo, en las *Lecturas literarias* de Amado Nervo, me topé con el nombre y con un cuento de Couto Castillo, aquel que arranca así: “Salto a cayuco estrecho que un pescador echa a volar a voluntad de su remo...” Y recuerdo el retrato con que el cuento se ilustra: un hombre joven, de bigotito y una corbata de moño o de mariposa; y al pie una nota muy tierna, muy evocadora

que sobre el autor escribió Nervo. Pero yo también, que gusto de frecuentar libros, revistas y periódicos viejos, y de recitar los textos que me sé de memoria, lo tenía olvidado hasta que hace unos días, Julio Torri trajo a colación el nombre y la obra de Couto Castillo. Nada nos dice Torri de su vida, pero en cambio recuerda que él fue con todo rigor el fundador de la *Revista Moderna de México*, pues sacó el primer número, hoy de extremada rareza. Y establece su parentesco con Ignacio Rodríguez Galván y Manuel Acuña por su temprano fin y por sus bellas dotes naturales para las letras. Afirma Torri, en su discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, que Couto Castillo murió antes de cumplir los veintiún años, víctima lamentable de la vida irregular que arrastraban los bohemios y artistas del tiempo. “Una de sus últimas narraciones –*Pierrot sepulturero*– es de las mejores que salieron de su pluma, así como *Un recuerdo*, que tiene todas las trazas de ser una página vivida por su talentoso autor y que debiera figurar con merecimiento en las colecciones de cuentos mexicanos escogidos”, concluye Julio Torri.

No puedo verificar si esos dos relatos se encuentran en *Asfodelos*, único libro de Couto Castillo, porque en esta manigua que sigue siendo mi biblioteca no he podido hallarlo, y sólo puedo consignar que esas dos piezas se encuentran en la *Revista Moderna*: en febrero de 1900, *Un recuerdo*; en mayo de 1901, *Pierrot sepulturero*; es decir, este último en el año que se da como el de la muerte del autor.

Quien tenga más tiempo, y más corazón, podrá reunir la obra dispersa de aquel artista raro y exótico que dice José Juan Tablada, señalar su significado en el marco de nuestra literatura, y liberarlo de esa lápida de olvido que pesa sobre su nombre y sus escritos.

30 de mayo de 1954

Coplas y décimas hermanas

Aunque publicado hace dos años, no he podido leer sino en estos días de vacaciones el libro *La décima y la copla en Panamá* de Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate que son algo así como la pareja que en México forma con su esposa el folklorista Vicente T. Mendoza. El libro en cuestión alcanzó los honores de un primer premio de la Sección de Folklore del Concurso Ricardo Miró, cele-

brado en Panamá en el año de 1952. Sus autores, marido y mujer, son profesores de institutos superiores de cultura de aquella República, y en un maridaje que enriquece sus relaciones familiares, se unieron para dar cima a esta obra de varios centenares de páginas, que sobre las tareas que supone su recopilación, se enriquece con el amor a la tierra natal que resplandece y palpita en su confección. Y, sin embargo, el amor a la patria, el orgullo nacional, en nada interfiere con el rigor científico que una obra de esta naturaleza reclama para ser válida. Todas las décimas y las coplas que compone y canta el campesino panameño, encuentran cabida en este libro, si bien los autores apuntan la posibilidad de que mucho quede por recopilar, lo que es un signo de discreción y de sabiduría. Porque nadie puede decir, con respecto a estas cuestiones, que ha agotado el tema: el día menos pensado nos sale al paso una palabra, una copla, una décima que habíamos jurado que no existía entre nosotros.

Hacen muy bien los autores en considerar el material que informa su libro como cosas originales de Panamá, porque aunque proceden de otras regiones –México, Colombia, Panamá–, el campesino panameño las hace suyas al cantarlas, al modificarlas, agregándoles circunstancias locales, al impregnarlas de su más entrañable manera de ser, que eso es lo único propio que los pueblos hispanoamericanos ponen en la caudalosa herencia colectiva que nos trajo el conquistador español en su mochila de soldado y en el arca de su memoria; y que repartida a lo largo de nuestro Continente, es propiedad común de los hispanoamericanos. Sino que en algunos lugares se aclimataron mejor que en otros; sino que, propiedad colectiva, algunas piezas de la tradición podría explicarse que se encuentren variantes de coplas, décimas y letras de canciones en los lugares más opuestos y lejanos de nuestros pueblos; y que yo, que vengo de una tierra donde el español no es la lengua habitual, sino el idioma indígena, haya podido anotar al margen de la lectura de *La décima y la copla en Panamá*, un alto número de variantes, cuando no identidades. Si más cosas conociera, sin duda que las variantes y las identidades serían más numerosas.

No es arriesgado pensar que las melodías con que se cantan estas coplas y décimas sean igualmente parecidas, si no iguales, Por lo pronto, todas las que he podido identificar, las canto. Y eso sería algo muy interesante para robustecer la afirmación de que una misma savia, una misma sangre corre por las venas de nuestro espíritu y nos hermana en muchos aspectos. Si yo tuviera tiempo, si yo no escribiera caminando, podría prometer a los autores de este hermoso, rico, saludable libro, reunir en unas cuartillas todas las sugerencias,

todos los recuerdos que su lectura me regaló. Pero como eso no puede ser, desde aquí les agradezco la ocasión de recordarme coplas y décimas y canciones que creía haber olvidado.

6 de junio de 1954

Juan Pablo de los Ríos, escritor olvidado

Era Juan Pablo de los Ríos un poeta y novelista de mediados del siglo pasado. Su obra en verso, elogiada por Altamirano, quizá no fuera lo que el maestro afirmó llevado de su espíritu generoso y del empeño de animar a los jóvenes para que persistieran en su vocación. Quizá. Pero algo significa que en días aciagos, los escritores mexicanos tuvieran la entereza de defender a la patria con las armas, al paso que escribían para reforzarla. Este es el caso de Juan Pablo de los Ríos como el de muchos otros. Altamirano en las *Veladas Literarias* incluye poemas suyos, y habla de él en muchos lugares de sus crónicas y reseñas literarias, ya como poeta, ya como novelista. En efecto, fue él quien más cosas nos contó de Ríos. A vuela pluma, nos dijo que su novela *El oficial mayor*, por estar escrita por un escritor que de modo tan cabal conocía el ambiente mexicano, translucía una imagen de nuestra vida colectiva de mediados del siglo pasado, tan corrompida, ni más ni menos que ahora, en su ámbito administrativo. Para quienes no la conozcan, diremos que *El oficial mayor* (París, 1864), pinta con mano segura algunos aspectos de la vida mexicana de aquellos días, al paso que nos muestra los amores desdichados de dos parejas incompatibles, y la de una tercera que alcanza la dicha buscada entre las más dolorosas vicisitudes. El oficial mayor de una Secretaría de Estado, valido de su poder y de su influencia en el gobierno, ejerce las peores maniobras para medrar en el doble campo del amor y de la política. Juan Pablo de los Ríos, muy metido en el romanticismo de su tiempo, narra con exceso de lágrimas y suspiros, de escenas trabajosamente dramáticas, y conflictos de los que deduce una lección moralizadora, las peripecias a que dan lugar las diferencias sociales y la conducta no basada en la moral y las buenas costumbres. A cerca de cien años de distancia, una novela que debió hacer llorar a nuestros bisabuelos, apenas si engendra en nosotros una sonrisa entre compadecida y burlera. Pero hay en

ella una buena pintura del México en cuya entraña se gestaban tantos sucesos dolorosos. Aquí la descripción de un pueblecito. Allá el relato del asalto de una diligencia en camino real, pan de todos los días para quienes se atrevían a viajar. Allí nuestra ciudad, pequeñita, hasta el grado de que Mixcoac, digamos, era un paraje lejano al que había que llegar reuniendo decisiones y audacias. Una novela ingenua, pero que en nada cede a otras que, sin embargo, alcanzaron los honores de aparecer en nuestras historias literarias.

¿Cuál fue el fin de Juan Pablo de los Ríos? Altamirano nos cuenta que murió de tristeza a bordo del vapor que lo llevaba al extranjero. ¿Desterrado por el Imperio como tantos otros? Pudiera ser. Pero por los años de 1888, un diputado Juan Pablo de los Ríos –lo cuenta Enrique de Olivarría y Ferrarri en su *Reseña histórica del teatro*– se opuso a que las galerías de la Cámara fueran desalojadas del público que aplaudía y animaba a los legisladores que se opusieron a la deuda inglesa.

Trasladamos estas noticias a Emmanuel Carballo para que mientras busca las poesías de Franz Cosmes, reúna los elementos para intentar una valoración de Juan Pablo de los Ríos, otro de los escritores mexicanos olvidados.

13 de junio de 1954

Homenaje a Díaz Mirón

En el año de 1941, al cumplirse trece años de la muerte de Salvador Díaz Mirón, el señor don Alejandro Gómez Maganda que entonces era Director General de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal, me encargó que preparara una pequeña selección de poemas del gran poeta de Veracruz para que fuera repartido durante el homenaje que iba a rendírsele; y que escribiera una pequeña Nota de presentación. Desde luego elegí algunos de sus poemas, aquellos que además de gustarme pudieran mostrarlo en algunas de sus facetas; pero cuando presenté la breve semblanza, ya el folleto estaba impreso con los solos juicios que acerca de su obra habían escrito Francisco A. de Icaza y Manuel Maples Arce. No he podido encontrar entre mis papeles aquella nota, pero conservo un ejemplar de la selección que ha venido a ser una rareza, y por tanto, no mencionado por ninguno de los que se han ocupado en los últimos tiempos, hasta acaso agotar, el tema diazmironiano. Qué pude

decir en aquel apunte, es cosa que no puedo recordar bien a bien. Quizá no haya sido otra cosa que una mera justificación del ramillete, quizá escribí que la poesía es útil a los pueblos como lo es el agua, la luz, y el pan; y que los poetas, cuando lo son verdaderos, ayudan a los pueblos a vivir, dando sentido a su existencia. Recuerdo, eso sí, que me detuve en “Paquito” para señalar que el enorme y aristocrático artista que era Díaz Mirón, no desdeñó el poema de ambiente regional, no rehusó poner a la musa en contacto con el folklore, ni, hablista estricto y severo, padeció la torpe idea de que las palabras del pueblo empañaban la linfa de su inspiración.

*¡Qué bien que me acuerdo!
La tarde de lluvia;
las velas grandotas
que olían a curas;
y tú en aquel catre
tan tiesa, tan muda,
tan fría, tan fría,
y así tan rechula!*

Y me preguntaba en seguida si alguien había señalado aquel aspecto de la obra de Díaz Mirón; si alguno encontraba, como yo, en ese poema, un rasgo que lo emparentara con algunos poetas regionales y folklóricos de México, y con Vicente Medina, por ejemplo, entre los españoles.

*Y lo mismo que luz sin aceite
poquico a poquico mi vida se apaga.*

No insistí mucho porque, entonces como ahora, no estaba muy seguro de que el atisbo tuviera base cierta. Y la dejé en suspenso, como hoy.

Pero no era esto lo que me proponía en esta *Alacena*: lo que yo quería era describir el folleto, y voy a hacerlo en seguida:

Departamento del Distrito Federal. (Dirección General de Acción Cívica). *Homenaje al poeta Salvador Díaz Mirón*. En el 13er. aniversario de su muerte. Selección de Andrés Henestrosa. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1941. 8 p. 23 cm. Contenido: “Salvador Díaz Mirón”. Fragmento de la conferencia

Letras Americanas, por Francisco A. de Icaza dictada en el Ateneo de Madrid; fragmento del juicio que antecede a los poemas de Díaz Mirón en la *Antología de la poesía mexicana moderna* (Roma, 1940), por Manuel Maples Arce. Y los poemas siguientes: “El fantasma”, “Engarce”, “A ella”, “A Gloria”, “Ojos verdes” y “Paquito”.

¿No es esto andar muy errado, maestro Alfonso Méndez Plancarte?

20 de junio de 1954

Joven ejemplar

Entre los poetas muertos en la flor de su edad, a la hora en que los discretos confiaban en ellos una risueña esperanza, hay que contar a Esteban González Verástegui, excepcionalmente dotado para realizar una obra artística. Su temprana muerte, como la de Abraham Ángel, como la de Constantino Escalante, nos induce a preguntar a los hados implacables por qué el genio ha de ser una planta exótica en nuestra patria, que muere antes de dar sus frutos; por qué motivo nuestro ambiente no soporta cualquier tentativa de genio; ni más ni menos que se preguntaban Xavier Villaurrutia e Hilarión Frías y Soto ante la muerte inesperada, y en plena juventud, de dos artistas cuyas vidas segó un destino sañudo. Porque eso fue, según puede verse, en la poca flor de su obra y de su vida, y por el voto de sus contemporáneos. Un adolescente extraordinario, en cuyo ser se conjugaban una desbordante inclinación hacia las artes, pues lo mismo dibujaba que escribía poesías de intensas vibraciones, que aceptaba gustoso perder la vida en defensa de la patria, suprema muestra del hombre y del artista bien nacidos. Por defenderla, cayó prisionero de los franceses en Puebla. Por serle fiel rehusó prestar juramento de neutralidad, y fue conducido a Francia, donde libre más tarde, pero abandonado y sin recursos, se ganó el pan con el lápiz de dibujante. Como pudo reunió unos dineros y se trasladó a España y vivió en Granada que le inspiró la bella composición de ese nombre. Al triunfo de la República, volvió a México y fue miembro de las sociedades literarias de aquel tiempo, y huésped de las *Veladas Literarias*, en las que fue aplaudido por sus poemas: “A Granada”, por el primer canto de su poema heroico “Zaragoza”, y por sus fábulas y por un fragmento de una come-

dia de costumbres populares que promovió la risa y el aplauso de Altamirano y de Riva Palacio, rectores de aquella tropa.

Lo que se conoce de sus poesías es bien poco, pero suficiente para medir la potencia de sus alas, nos convence de que el aplauso de su generación, y la fe en su obra futura, no eran caprichosos, sino que tenían base firme. Otros poetas que después han alcanzado celebridad –nuestra literatura, hoy y ayer, registra algunos casos– no comenzaron así, sino con acentos que nada decían de su futura voz. No así González Verástegui que apenas doblado el cabo de la adolescencia, escribió con dominio de la forma, con depurada belleza, con la dramática certeza de que la poesía apuntala en los pueblos el deseo de vivir y germina en ellos ideas nobles y generosas, sin las cuales poco tiene la vida de verdadera.

No en vano cuando González Verástegui muere en Toluca, el maestro Altamirano escribió con pluma temblorosa que la muerte había segado en flor una vida útil, tan rica en esperanza como en virtudes, porque el joven poeta no sólo tenía talento, sino que era rigorista en sus virtudes. La Patria, proclamó el indio Altamirano, perdió un bravo defensor que honró las banderas republicanas, y la literatura, a una de sus más bellas esperanzas.

¿No vale, pues, la pena que hoy traiga su nombre a este lugar, para dolerme del olvido que lo cubre?

27 de junio de 1954

Lección de amor

Yo no quería conocer a Tomás Díaz Bartlett. Porque yo soy muy débil para los dolores ajenos, tanto como soy duro para los propios: frecuentemente lloro con sólo ver caer a un niño u oírlo llorar; a menudo de sólo oír una queja, estallo en llanto. Y yo sabía que el poeta de Tabasco estaba postrado en un lecho que en él es de rosas, porque desde allí las inventa poéticas, lee libros, proyecta tareas para el futuro, da una diaria y callada lección de grandeza de ánimo. Yo no lo sabía, y rehuía el encuentro de Díaz Bartlett. Pero un día no pude más. Y fui a cumplirle la promesa de visitarlo, cien veces aplazada. Qué espectáculo ése de Tomás: rodeado de libros, escribía algo cuando llegué. Lo primero que hizo fue reclamarme. Y después con la más varonil de las sonrisas, me indicó que estaba enterado de los motivos últimos de mi tardanza.

Iba por unos minutos y me quedé unas horas charlando sobre todas las cosas, pero sobre todo de literatura. Redactaba en aquellos días las notas bibliográficas de una antología de poetas tabasqueños, de próxima publicación. Y quiso leerme alguna de las piezas que la integran.

Hombre del trópico, Díaz Bartlett tiene fuego en las entrañas, un fuego que se propaga en su charla, en el timbre de su voz cuando lee. Metido dentro de la cama, cubierto por las sábanas, levanta su alegre cabeza y domina y otea los contornos con su mirada llena de fulgores, de vida y de pasión. Se diría que sus ojos caminan, y palpan, y reconocen tanto como sus manos, como su tacto. Qué lección la que dicta este artista y hombre verdaderos. Hace falta tener un amor a los hombres para aferrarse así a la vida: con alegría, con sentido de concordia y de utilidad. Su poesía corre por cauces serenos, sin tumbos, sin estruendos, y encuentra remansos donde el cielo, como el corazón de Díaz Bartlett, se aquieta y se pacífica. Escribir es su solo ejercicio. Y como decía San Juan de la Cruz, ya sólo en amar se ejercita. Qué lección ésa que impartes, Tomás Díaz Bartlett. No parece natural que tuviera alegría, y la tienes, y la repartes. Deberías tener dolor y no lo tienes, y ayudas con tu poesía a que otros no lo tengan. Con palabras, con sílabas ardientes, con frenética soledad, amurallado de silencios, tienes la entereza de irte construyendo minuto a minuto, el pedestal en que ha de colocarse tu estatua de poeta y de hombre. Has encontrado que es el Arte sólo desquite contra las desigualdades y las equivocaciones de la vida.

Cuando yo te veo, Tomás, descubro que mis pequeños dolores no tienen razón de existir. Y le renuevo a la vida la promesa de amarla y vivirla.

4 de julio de 1954

Recuerdos de infancia

Yo nací en Ixhuatán, no en Juchitán, como hasta ahora he venido diciendo. Si me preguntaran por qué ocurrió así, tendría que responderles que lo hice porque Juchitán ha sido siempre muy conocido en México, desde los días de la Guerra de Independencia, en que sus hijos se afiliaron por la primera vez a la causa de la República, y han permanecido en esas filas hasta nuestros días; cosa ésta tan cierta que, aquel gran conocedor de hombres que fue Álvaro Obregón, dijo en un discurso pronunciado en la plaza de aquella ciudad, en

el año de 1920, que no había un solo pueblo en México donde no estuviera enterrado un soldado juchiteco muerto por la causa de la República. Y el pueblo que escuchó aquellas palabras se quedó temblando. Y el niño que escuchó aquellas palabras no pudo olvidarlas. Digo, pues, que con sólo decir que había nacido en Juchitán evitaba toda otra explicación acerca de mi pueblo: el interlocutor quedaba enterado de que había nacido en el Istmo de Tehuantepec, en una ciudad famosa por sus soldados, por su idioma, por su indumentaria femenina, por sus canciones, y sus leyendas, y sus mitos. Pero yo nací en Ixhuatán, un pueblecito del que en otro tiempo escribí que tenía rumor de un río en uno de sus costados. Pero, ¿a qué viene todo esto?, se me preguntará. Lo cuento porque quiero recordar cómo fue que vine de mi pueblo natal a la ciudad cabecera para continuar la instrucción primaria. Juchitán, cabecera entonces de distrito, había alcanzado un pasajero auge en materia de escuela, y profesores recientemente graduados en la Escuela Normal de Oaxaca habían llegado a la escuela “Benito Juárez”. Entre aquellos profesores, destacaba, por muchas circunstancias, uno: Martiniano Chacón. No era el más brillante de su grupo, pero era el que tenía mayor proporción de sangre indígena, el que había hecho la carrera en medio de mayor penuria, el que había bajado del pico más alto de las sierras oaxaqueñas. Algo más concurría en él: estaba comprometido en matrimonio con una pariente mía: Margarita Pineda, madre del poeta Nazario Chacón y suegra de otro poeta, Alfredo Cardona Peña. Todo eso concurrió para que Martiniano Chacón alcanzara en el ánimo del niño una aureola que el hombre no ha podido olvidar.

Dije que no era el más brillante y así es. Otros le sacaban un pie adelante en ese aspecto. De otros era la fama de escolares brillantes. Otros ganaron premios conteniendo con los más destacados estudiantes de la Escuela Normal. Otros que no él. Pero Chacón estaba sembrado en su tierra y en su sierra. Y allí destacaba igual que un árbol frondoso, pronto a dar sombra a los niños juchitecos, como él, hijos del pueblo. En él, la leyenda juarista tenía un continuador: había bajado de los picachos al valle a dar testimonio de su constancia, de su fe, de su decisión de vencer. Pero ni falta que le hacía no haber sido el alumno más destacado de su grupo. Su ejemplo humano era más rico en enseñanzas que su historia escolar. Y no hay que olvidar que nuestro pueblo ignora tanto y tiene una apetencia de saber, que lo mismo le sirve la pequeña como la grande sabiduría de los maestros. La de Martiniano Chacón daba de sí para esas dos situaciones, y lo que pudiera faltarle de información, la suplía

su profunda vocación de maestro, su honda decisión de salvar a los indios con la panacea del alfabeto.

Martiniano Chacón fue mi maestro. No recuerdo casi ninguna de sus lecciones. Pero no olvido las sílabas de poesía que solía recitarnos. Ni pude olvidar el ademán, la entonación y el trastorno que sufría su rostro cuando declamaba. A Martiniano Chacón debo en parte, mi ulterior vocación literaria, entonces en larva.

Cuando lo encuentro por las calles de México, de un solo golpe se me representa una porción de tiempo dichoso, que él, sin saberlo, pregona.

18 de julio de 1954

Seudónimos desconocidos

Muchos años estuve lejos de mis libros, porque eso y no otra cosa es tenerlos cerca, a la mano, pero sin poder tratarlos. Colocados en doble fila, cuando no en cajas y paquetes, fue un problema frecuentarlos, buscar su auxilio, valerme de ellos como herramientas de trabajo, reanudar la amistad interrumpida. Ahora que os tengo cerca, me he puesto a ojearlos y más de una sorpresa me ha deparado esta grata entretención. Aquí están los tomos de *El Eco de Ambos Mundos*, publicado en 1874, en esta ciudad de México por un grupo de poetas mexicanos jóvenes en aquellos días: Lorenzo Elízaga, Rafael de Zayas Enríquez, Josefina Pérez, Gonzalo A. Esteva, y el cubano Atenor Lescano, entre otros. Cerca de quince años hacía que no había vuelto a revisar su contenido, ni a detenerme en las llamadas, señales y marcas que sugirió en mí su material rico y abundante, y muy útil para el estudio de las letras mexicanas de su tiempo. En *El Eco* aparecieron, por ejemplo, algunos trabajos –poesía, prosa– de Justo Sierra, ya firmados, ya anónimos o calzados con sus iniciales. Algunos de ellos –“Cuento del mar”, por ejemplo– no era otra cosa que un borrador o larva del que años más tarde, en 1899, publicó en *El Mundo*, con igual título. Allí apareció “La ambición”, recogida en volumen, *Crítica y artículos literarios* (1948) por José Luis Martínez; y en ese mismo periódico literario, firmado con el seudónimo de “Robustiana Armiño” (que José Luis Martínez supone de Justo Sierra, si bien no lo incluye en el volumen mencionado, en espera de elementos que vengan a verificar o a reforzar la sospecha), “El judío errante”.

Y era aquí donde yo quería llegar. Una de las llamadas del tomo I, página 147, da como cosa hecha que el artículo es de Sierra, y como corresponde a una época muy anterior a la suposición de Martínez, y como no aparece con signo de interrogación, parece indudable que al atribuirlo al maestro mexicano, lo hice con conocimiento de causa, quizá basado en el testimonio de alguien que ahora no puedo recordar. Porque estos son los resultados de confiar los datos a la memoria, y los de no escribir a tiempo las cosas que se van descubriendo y estableciendo: que cuando pasan los años se olvida la fuente, o viene otra persona a descubrir lo mismo, lo cual, bien visto, no tiene la menor importancia, pues redundaría en provecho de nuestra cultura literaria. Y éste el caso presente. “El judío errante”, así como otra pieza firmada por “Robustiana Armiño” –“La Pascua de Resurrección en Oriente y Occidente” (*El Federalista*, 1874)– “tienen algo del estilo de los *Cuentos Románticos*, pero también otros rasgos que no parecen los característicos de los escritos de J.S.”, escribe José Luis Martínez. Y tiene razón. Pero el hecho de que yo por mi lado, con la ayuda de algún dato perdido, o sin ella, haya apuntado igual sospecha, es un elemento que viene a reforzar el indicio. ¿No recuerda ese seudónimo femenino un poco el que usó Vicente Riva Palacio, “Rosa Espino”, y que tanto divirtió a poetas y escritores de aquel tiempo? Y no sería osado suponer que Justo Sierra, que tan gran admiración profesaba al General, quisiera repetir un poco su ocurrencia. Y esto más: ¿esa nota erudita referida a las andanzas del Judío Errante que aparece al pie de la página inicial, no denuncia una de las aficiones del que más tarde iba a ser un excelso historiador?

25 de julio de 1954

El mito del indio Goitia

En el grupo de los grandes artistas que iniciaron el renacimiento de la pintura mexicana, destaca Francisco Goitia, o el Indio Goitia, como algunos le llaman. Hombre solitario, tranquilo, sin urgencias, sin espectáculo, que no necesita mostrarse para existir, que camina hacia sí mismo seguro de que no hay otro camino para llegar a los demás, parece que se oculta para no agraviar a nadie con su genio, con su obra, hasta el grado que pudiera decirse que se disculpa, que tiene pudor, que teme que lo confundan. Como Juan Ruiz de Alarcón en

su tiempo, Francisco Goitia encarna una anomalía; se mantiene sereno en el tumulto, silencioso en una época ruidosa, apartado cuando todos sacan el pecho. Cuando otros se dejarían ahorcar con tal de aparecer en la primera plana de los periódicos. Goitia se recata en la sombra, busca la soledad de los pueblos para mejor gozar de la vida. Cuando otros pintan en la plaza pública, él lo hace bajo un árbol, lejos de la algazara y de eso que llaman la trompeta de la fama. A la hora en que otros pintan un cuadro cada veinticuatro horas, Francisco Goitia lo pinta en uno y hasta diez años.

Francisco Goitia apareció en la escena de la pintura mexicana al mismo tiempo que los otros grandes pintores mexicanos, y su voz no disuena en el coro, sino por el contrario, allí se la advierte personal, sin perder el aire de familia, ni más ni menos que entre hermanos cada voz tiene su timbre, su temple y entonación. Goitia es uno de los creadores de la escuela mexicana de pintura. Él descubrió y fijó en la tela algunos de sus rasgos permanentes, esos rasgos que eran, pero que habían permanecido ocultos; y que serán hasta el extremo de que la coincidencia con ellos no sea otra cosa que la incidencia en los elementos constitutivos del espíritu de nuestro pueblo. Eso explica que en las creaciones de muchos de sus contemporáneos se escuche un eco de su mensaje, se pueda identificar una sílaba de su legado, un texto de la permanente lección de sus pinceles: esas manos llevadas al rostro, esos pies hacia delante como atajando un alud de desdichas, esas caras llorosas, pero en las que ya se advierte una suerte de resignación. Y esto más: la desolada aceptación de los designios de los dioses. Aunque no la hubiera titulado así, todos sabríamos que las bocas de las dos mujeres de su cuadro más famoso, dicen resignadas: “Tata, Cristo”, exclamación que bien puede ser traducida en esta otra: “Señor, Señor, ¿por qué me has desamparado?”

Se oculta tanto Francisco Goitia, se muestra tan poco, que cuando pasen los años, se van a preguntar las gentes si de verdad existió, o si por el contrario, fue un mito, no en el sentido de invención y convención, como ya alguno lo pretende ahora mismo, sino en ese otro: una creación de la imaginación y de la fantasía de los pueblos que no pueden vivir sin hombres que resuman todo lo que la vida da y niega, hombres que a la hora en que los otros equivocan la senda verdadera, ellos la siguen sin aspavientos, con la sencillez de los actos cotidianos.

1o. de agosto de 1954

El ahorcado

El buen pintor ha de andar con su lápiz y su cuaderno de apuntes prontos para anotar un parpadeo de luz, un reflejo, un símil y una metáfora pictóricas que el azar ponga ante sus ojos.

Como el cazador, el pintor ha de llevar despiertos todos los sentidos, a fin de cazar, al vuelo, la pieza que descubran sus ojos. Obediente a esta preceptiva, Francisco Goitia salía al campo cuando artista novel, y ahora viejo, armado de todas sus armas a cazar paisajes, a descubrirle al Valle de México, del mismo modo que lo hizo José María Velasco, una lejanía, un contorno, una perspectiva inédita. Y el artista encontró así motivos, luces y penumbras, cercanías y lejanías, para sus cuadros.

En una de estas andanzas Goitia tuvo un encuentro inesperado: de las ramas de un árbol pendía como un macabro fruto, el cuerpo de un ahorcado. El pintor se detuvo, atónito; descargó la caja de los lápices, pinceles y colores, y se puso a trabajar hasta que la tarde, como lo dijo el poeta, pagó con oro las faenas del día. Y así uno y otro día. El temblor, esa suerte de agonía y de delirio que según se dice preside las grandes creaciones, no daba al pintor un punto de reposo, no alcanzaba tregua. Días y semanas estuvo Francisco Goitia pintando, ya el cuerpo en descomposición, temeroso de que alguna contingencia frustrara el fruto de aquel hallazgo. Como el santo vivió una semana entera atento a la canción de una cigarra y el amante sólo después de un año advirtió que su amada era tuerta, Goitia se estuvo al lado del cadáver sin darse cuenta que entraba en descomposición, y que los días y las semanas pasaban. Una mañana atronó la silenciosa ladera el tropel de una tropa zapatista. Temeroso el pintor de que lo sorprendieran en aquella tarea, descolgó el cuerpo putrefacto, y se sentó sobre los terrenos a ver pasar la partida revolucionaria. Nadie reparó en su aspecto y más bien lo tomaron como a un pastor o un campesino que a esa hora descansaba a la sombra de aquel árbol.

Del cuerpo ya no iban quedando sino los huesos. Al desprenderse las carnes, vinieron abajo los huaraches y los pantalones y sólo quedaban colgados de los hombros los pingajos de la camisa, tomada de polvo, de grasa y de sangre. Y ya desnuda, aparecía la cabeza sin ojos, sueltas las mandíbulas, blancos los dientes, como granos de maíz, los únicos que se lograron de aquella cosecha, se dijera...

Y ése es el cuadro que con el título de “El ahorcado” has visto, lector, entre las obras maestras de la pintura mexicana de nuestro tiempo.

8 de agosto de 1954

La enormidad un “casi”

No es nuevo en el mundo y desde luego no lo es en México que los escritores cumplan tareas ajenas a su oficio. No lo es tampoco que sirvan de amanuenses, cuando no de “negros” a políticos que le hagan a la literatura, o a escritores verdaderos que alcancen cargos públicos, quienes por el volumen de sus tareas administrativas no pueden atender a los menesteres de su profesión literaria. La historia de las letras consigna, para regocijo de lectores, y para desquite de escritores que prestan, urgidos por la cara de hereje de la necesidad, su pluma para que otros se luzcan, más de una sangrienta venganza. El delito de firmar como propia una obra ajena: vengarse el autor verdadero denunciando el saqueo, son dos cosas que bien pudieran constituir sendos capítulos de la *Historia universal de la infamia* que con tan buena sombra y pluma ha escrito Jorge Luis Borges, el argentino universal.

La tradición oral y escrita de las letras nacionales, recuerda muchos casos de escritores que han prestado su pluma para que medianos escritores, que el azar ha llevado a altos cargos, aparezcan autores de escritos que nunca hubieran podido escribir. Andan por allí monografías, ensayos, artículos literarios, hijos del ingenio de escritores mexicanos que las circunstancias de nuestra vida colectiva, pusieron al alcance de un político sin escrúpulo. Yo recuerdo uno de Ermilo Abreu Gómez, uno de Héctor Pérez Martínez y, ¿por qué no decirlo?, uno mío.

Otra cosa son los informes de gobierno, memorias, exposiciones, discursos que los jefes de Estado encomiendan a los técnicos a su servicio. Este tipo de literatura no es creación, y en todo caso representan el ideario político del gobernante, y el estilo literario que se ha convenido imprimir a los textos que pronuncian y publican. Pero de eso no hablamos. Aquí nos referimos a aquellas obras que pueden considerarse obra personal de creación literaria, si el funcionario es escritor.

Ángel de Campo trabajó en la Secretaría de Hacienda, como escribiente, como empleado inferior de una de sus tantas oficinas. Allí, sobre una mesita,

en medio del ruido y del vocerío de las empleadas, escribió muchas de sus hermosas páginas. Pues bien, hasta allí se le fue a buscar para que ayudara a redactar *Tres monografías* que don Pablo Macedo preparó para la obra *México, Su evolución social*. Macedo, al fin un señor a carta cabal, agradeció al final del libro a todas aquellas personas amigas suyas que le habían ayudado con sus luces en su redacción. De modo especial a De Campo. “De entre ellas –dijo– la justicia me impone mencionar especialmente al señor don Ángel de Campo, de cuya elegante pluma salió, además, casi en su totalidad, el capítulo I, titulado: “La hacienda pública desde los tiempos primitivos hasta el fin del gobierno virreinal.” Cualquiera que haya leído las tres monografías: “La evolución mercantil”, “Comunicaciones y obras públicas” y “La hacienda pública” podrá descubrir también, en la primera, sobre todo en lo que se refiere al mundo indígena precortesiano; la mano que trazó la parte que de modo tan palmario reconoce don Pablo Macedo. Lástima grande es que ese adverbio “casi” no nos deje reclamar como obra de Ángel de Campo ese capítulo debido a su “elegante pluma”. Enormidad de un “casi” exclamó un autor español, cuando leyó que Goethe era “casi” un poeta cristiano. ¿No te parece, lector, que esas dos sílabas se levantan infranqueables entre el autor verdadero y el nombre que calza el libro?

15 de agosto de 1954

La mejor novela mexicana del siglo

Hace muchos años, no recuerdo cuántos, pero desde luego más de diez, leí una novela de Justino Sarmiento titulada *Las perras*. Una buena novela, desde luego, pero que entonces no me produjo mayor entusiasmo. Situada dentro de la corriente popular, en la línea de las buenas producciones realistas mexicanas, quise emparentarla con aquellas que escribió Fernández de Lizardi, si no en la ejecución pues está escrita con el mayor cuidado, sí en el afán de dar vida a escenas y documentos propios, así como a atreverse a escribir sin miedo a las reglas, con sencillez, con la certeza de que más vale ser entendido de todos que de unos cuantos. Su prosa sencilla, sus observaciones sorprendentes de penetración, la manera de tratar la metáfora, me indujeron a pensar en otros autores de nuestros días, como Cipriano Campos Alatorre, profesor rural como

él, y como Efrén Hernández, que tantas cosas tiene de profesor, así en su textura física como en el ánimo tierno, inclinado a la enseñanza y a dejar caer en el alma del lector una palabra fructífera. Los nombres de dos de las mejores piezas de las letras mexicanas contemporáneas se vinieron a colocar al lado de *Las perras: Los fusilados*, y *Tachas*. Sí, ya sé que son cosas diversas, pero yo hablo de la manera de tratar los temas, sencillo, llanamente, como quien practica una cosa largamente sabida.

No me produjo mayor entusiasmo, he dicho. Y así fue, al grado de que tenía casi olvidada la novela de Justino Sarmiento, hasta que hace unos meses oí a Francisco J. Santamaría sostener que *Las perras* es la mejor novela mexicana de este siglo, sin descontar *Los de abajo*, sino por el contrario, concretamente mejor que ella. Encontré exagerada la afirmación porque Mariano Azuela ha sido uno de los novelistas mexicanos con mayor dominio de su oficio con que podemos contar. Pocos como él para encontrar en el abigarrado ambiente de la vida colectiva de México un asunto característico, un prototipo social, una escena popular y tratarla con mano firme. Pero el aserto de Santamaría me indujo a leer la novela de Justino Sarmiento. Desde luego como es común que ocurra, encontré en *Las perras* aspectos que pasaron inadvertidos en la primera lectura, sugerencias que no llegaron a formularse, gozos que no alcancé en aquella sazón. Pero no es mejor que *Los de abajo*, lo que no quiere decir que sea inferior. Es, nada más, distinta, y sin duda, una gran novela, digna de reeditarse y de que llegue a un mayor número de manos. El tema de *Las perras* es bien sencillo, hasta humilde si se quiere. Pero como ocurre en los buenos autores, mientras la historia se desarrolla van apareciendo en la pluma de Sarmiento ya bellos hallazgos literarios, ya la observación fina sobre el ambiente, ya la digresión que cala hondo en nuestro modo de ser. Las perras son dos mujeres, madre e hija, con quienes el autor, perdido en un pueblo de Veracruz, donde lo llevan los azares de su vida a desempeñar un cargo en la presidencia municipal, si no es que de maestro rural. Con estilo familiar, más cerca del lenguaje hablado que del escrito, va desarrollándose la trama. El pobre empleado, o maestro, no puede evitar enamorarse de la hija, ni que la madre se enamore de él. Y sin ser culpable, un día la perra mayor que cree ser correspondida, sorprende a la hija en una escena amorosa con el que se supone el autor. Sobreviene entonces una guerra civil en el hogar humilde que la Perra, tras de ejercer la prostitución unos años, ha levantado para vivir con su hija, habida en ella a la mala por un pudiente del pueblo. Y adviene el desenlace

brutal, pero verídico, producto de un mecanismo en que se suman todas las circunstancias de la vida de aquellas dos mujeres: borrachas se reconocen iguales; aunque Celia, la hija, sea una doncella, ya en su turbio corazón palpita y actúa una moza de partido, víctima de la miseria y de la ignorancia, la sola fuente en que se generan las deformidades de la vida.

22 de agosto de 1954

Poeta y mecenas

El nombre de Jesús E. Valenzuela –el otro Jesús E. se apellida Ruelas, y también fue *Alacena*– es inseparable de los afanes literarios de toda una época de México: la que va de los últimos años del siglo pasado a los primeros días del presente, y que se resume en la *Revista Moderna*. Pertenece Valenzuela a la raza selecta de los que gozan con la gloria ajena y concurren a servirla; a la familia de Jesús E. Luján, protector de Julio Ruelas, al linaje de Antonieta Rivas Mercado, de gratísima memoria. Sino que el hombre olvida fácilmente a sus protectores, mientras que se aferra a quienes no quisieron o no supieron servirlo. Por eso el nombre de Jesús E. Valenzuela, al igual que los nombres de otros, se escamotea, se esquivo, se le relega a un silencio injusto. A veces, ello es inevitable, alguno que no fue favorecido tiene la limpieza de corazón para traer su nombre y la lista de sus beneficios a cuento, como quien pone una flor sobre un sepulcro. Así lo hizo hace algunos meses Julio Torri al recordar que Valenzuela, aprovechando que en él se reunían el poeta y el hombre rico, congregó en torno suyo a una de las más brillantes promociones de artistas que México ha dado. Y a manos llenas gastó sus dineros en sostener una publicación que podemos considerar una de las que mejor han servido a la causa de la literatura nacional, al lado de *El Renacimiento* de Altamirano, pongamos por caso. Jesús E. Valenzuela no sólo era el benefactor, sino que usaba sus dones de hombridad para coordinar las tareas de los artistas que la revista reunió, para contener impulsos desorbitados, para proteger a trasmano a alguno de sus miembros, a despecho de conocer sus aberraciones y su índole personal. Hay amigos, llegó a decir Valenzuela, que valen el oro...cuando es uno el que lo tiene. Así pensaba Valenzuela, pero persistió, y ya persistir es alto signo, en aquella siembra cuya recolección todavía no acabamos de hacer.

Otras circunstancias agregaba Jesús E. Valenzuela a aquellos afanes, siendo la más señera la de ser un poeta amable, discreto, original casi siempre, permanente a fuerza de sinceridad. Su obra poética fue escasa, apenas tres títulos: *Almas y cármenes*, *Lira Libre* y *Manejo de rimas*; y a tres títulos también su obra en prosa: *Mis recuerdos* (*Excelsior*, 1946), *Verdad* y *Hombres y cosas* que se quedaron inéditos. El último, por su título, parece referirse justamente a las cosas y a los hombres de su tiempo. Gustaba Valenzuela de la forma depurada, pulida, aunque esa perfección formal no ahoga el curso de la linfa de sus altos sentimientos. Los poemas salían de sus manos cuando parecía que no les faltaba toque, como la rosa del poeta. Sin embargo, solía retocar, solía agregar. El azar me ha puesto en situación de enterarme de esta tendencia de Valenzuela. Yo vi hace muchos años, en la biblioteca de un amigo, un ejemplar de su primer libro –*Almas y cármenes*– que ostentaba correcciones de su puño y letra. Y mi ejemplar de *Lira libre*, dedicado a Jesús Urueta, su segundo en las tareas de la *Revista Moderna*, consigna algo que va más allá del simple retoque para convertirse en una variante. En efecto, el poema titulado “Byron”, se encuentra enriquecido con una cuarteta que bien puede ser la penúltima, que a la letra dice:

*Las puertas te negó de la Abadía
a ti que eras un prócer y un Tirteo,
a ti cuyo cadáver merecía
tener el Parthenón por mausoleo*

Y yo la consigno aquí por dos cosas: para que la incorpores al poema, y para que me digas, lector, si he acertado en su colocación.

29 de agosto de 1954

Composiciones patrióticas

Al mediar el año de 1850, el partido servil como entonces solía llamarse al partido de la reacción, enemiga de la Independencia de México, extremó en los órganos periodísticos que le eran adictos, las diatribas contra los héroes que llevaron a cabo el movimiento de emancipación. La violencia de los ataques

a que dieron lugar los entusiasmos populares con motivo de aproximarse las fiestas de septiembre, indujeron al Presidente de la República, don José Joaquín de Herrera a encauzar el fervor popular y la devoción por los padres de la patria a fin de contener aquellos desmanes, probando que el pueblo mexicano en su mayoría estaba satisfecho con la libertad que a precio de tantas privaciones había alcanzado.

Se convocó con ese fin a todos los escritores y poetas mexicanos para que en toda la extensión del país, asistieran con sus obras a conmemorar el Grito de Independencia. Concurrieron al llamado de la Patria algunos de los mejores poetas y escritores de aquel tiempo, porque entonces los grandes poetas y escritores no se consideraban completos si no podían decir una oración cívica, un discurso, un canto y himno en los altares de la Patria, circunstancia con que se adornó la literatura nacional hasta los días de Manuel Gutiérrez Nájera, por lo menos. Después un lamentable descuido, así como los momentos aciagos que hemos tenido que vivir en los días de la Revolución, ha abandonado este aspecto de la educación nacional, que consiste en reforzar en los mexicanos el fervor por la causa de la libertad nacional, nacida en 1810. Cuando Ramón López Velarde, por ejemplo, sintió el impulso de cantar las glorias nacionales, lo hizo en una épica sordina, anticipando el canto con una suerte de disculpa, pues no de otro modo ha de entenderse el exordio del poema *La suave patria*. En nuestros días, salvo los poetas y escritores afiliados a partidos bien clasificados, ningún poeta mayor se atreve a levantar la voz a la mitad del foro. En otros tiempos, sí. Y así fue como al llamado del Presidente José Joaquín de Herrera se presentaron a la tribuna del pueblo a pronunciar hermosas piezas literarias en honor de los héroes de la Patria, de la Independencia y de la Libertad, los más destacados hombres de pluma de hace cien años: Florencio M. Del Castillo, Panteleón Tovar, José María Tornel y Mendívil, José Tomás de Cuéllar, Francisco Granados Maldonado, Luis Gonzaga Ortiz, Joaquín Téllez, Hilarión Frías y Soto, para mencionar a algunos. Al lado de los poetas y escritores consagrados, aparecieron jovencitos estudiantes que más tarde han alcanzado vida inmortal en nuestra historia literaria. No hubo Academia, ni Liceo, ni Sociedad Literaria que no destacara elementos suyos para participar en aquel gran concurso. Las composiciones escritas en la ocasión se publicaron antes de terminar aquél año de 1850 en un grueso volumen que circula muy raro con el título de *Composiciones patrióticas en honor de la Independencia Mexicana* que el organismo encargado de preparar las fiestas tuvo el buen tino

de publicar, siempre obediente de las disposiciones del gobierno. Las fiestas patrias del año de 1850 alcanzaron inusitado esplendor y tuvieron el significado de un revés para los enemigos de la Patria. En los teatros de México, en la Alameda, y en todos los sitios públicos, el pueblo mexicano pudo escuchar a sus poetas y oradores, pudo leer colocados en los temples de la Alameda, las décimas, cuartetas y octavas, que para aquella festividad se escribieron. Entre aquellos poetas se contaba uno a quien estaba reservada la gloria de escribir la letra del Himno Nacional: Francisco González Bocanegra. Pero de él hablaremos en un próximo artículo.

5 de septiembre de 1954

Himno a los héroes de la Independencia

Formando parte de la miscelánea a que nos referimos en la ocasión anterior, se encuentra un opúsculo titulado *Poesías cívicas en honor de los aniversarios de la Independencia de México*. Entre las piezas que reúne hay dos anónimas, que si bien creo haber leído en otra parte, se me antojan uno de los tantos borradores, o tentativas, que Francisco González Bocanegra hizo antes de escribir la letra final del Himno Nacional, su más alta producción lírica y uno de los más grandes –el máximo, quizá– himnos nacionales del orbe, como acaba de escribir Joaquín Antonio Peñalosa.

Una es un “Canto épico” con un epígrafe de Andrés Quintana Roo, autor predilecto del poeta, como lo demuestran la frecuencia con que lo cita y el tono general de sus poesías y que se inicia en estos versos:

*¿Dó se oculta el poder, la valentía,
de los indios invictos...? ¿Dó reposan,
de la antigua y sagrada dinastía
los restos malhadados...?*

La otra pieza es un “Himno a los héroes de la Independencia” tan cercano, por sus palabras, por su movimiento, por la emoción que le impregna, a las poesías patrióticas de González Bocanegra, que quizá alguno armado de mejores armas que las mías pudiera establecer su paternidad.

CORO

*Mexicanos, se alzaron triunfantes
del Anáhuac los libres pendones,
benedicid a los grandes campeones
que vencieron la cruel opresión.*

I

*Ya no cubren densísimas nubes
de la patria el magnífico cielo;
se rasgó ya el fatídico velo
que ofuscara su cándida faz;
un tirano, inclemente, orgulloso;
desgarró despiadado su seno;
mas ya eleva su rostro sereno,
disfrutando tranquila la paz.*

II

*A la lucha esforzados sus hijos
al infame opresor provocaron,
con denuedo a la lid se lanzaron,
y abatieron su altiva cerviz;
de su mano arrancaron el cetro
con que México fuera humillado,
tras un pueblo, otra vez desgraciado,
se vio entonces un pueblo feliz.*

III

*Por el ámbito inmenso del globo
los aplausos sin fin resonaron,
que sus triunfos al orbe arrancaron,
su victoria la fama extendió;
y la virgen de América, hermosa,*

*sus cadenas al ver quebrantadas
con las manos al cielo elevadas,
en su pecho un altar erigió.*

IV

*De aquel héroe inmortal de Dolores
la gloriosa y heroica memoria
siempre ilesa conserva la historia,
en sus fastos eternos de honor.
El precioso recuerdo de Allende,
el pendón triunfador de Morelos,
harán siempre elevar a los cielos
nuestra voz, con placer, con ardor.*

V

*Porque grande renombre adquirieron
y su vida a la patria inmolaron,
sus hazañas al mundo legaron
ellas deben por siempre durar.
Si el rigor del destino abatiera
con amarga crueldad nuestra frente,
de sus hijos el hado inclemente
Nunca pudo su fama manchar.*

VI

*De los héroes ilustres los nombres
en la fúlgida esfera grabados,
por los hombres serán admirados,
brillarán cual luciente fanal.
Compatriotas, sus sombras heroicas
Con orgullo podéis evocar;
Os es dado en su tumba entonar
Himnos sacros de gloria inmortal.*

Si este himno fuera de González Bocanegra, sí está dentro del ámbito de sus cantos cívicos, y trasciende el eco de su voz, dolorosamente buscada a lo largo de muchas tentativas.

12 de septiembre de 1954

El Himno Nacional, voz de México

México celebra en este mes el primer centenario de su himno. Y en un impulso unánime todos concurrimos a la celebración entonando sus estrofas inmortales. Renovando a la Patria, el juramento de serle fiel, luchar por su grandeza, exhalar en sus aras el último aliento. La venerada imagen de sus autores, sombras que nunca dejan de pasar, visita en estos días el taller donde el obrero trabaja sin descanso por la grandeza de nuestra tierra, el campo donde el labriego ara la tierra que nos da el pan, la escuela en donde los niños sueñan en un suelo más rico y más feliz. Los enérgicos versos de Francisco González Bocanegra, que si otras cosas no hubiera escrito le bastaban las estrofas del Himno Nacional para no morir en el recuerdo de los hombres; las sentidas notas de Jaime Nunó, que anuló con ellas el recuerdo de sus otras composiciones, alcanzan en este centenario su última consagración: los dos, hermanos en la gloria —el poeta y el músico— logran hoy en el corazón de los mexicanos una identidad que ya no habrá manera de separar.

El Himno, la Bandera, la Constitución tiene la virtud de unificarnos en un solo sentimiento, en una sola acción, en propósitos idénticos, en esperanzas únicas. De la emoción que suscitan, todos participamos. Las diferencias se borran, las rivalidades se olvidan, las pequeñas adversidades personales pierden su sentido si la suerte de nuestro país se pone en juego. El acento del clarín que llama a la lid, en defensa del patrio suelo, nos iguala en el valor, en la decisión de morir antes que aceptar el yugo extranjero. La Bandera promueve, cuando desfila ante nuestros ojos, un anhelo de hacer algo que nos haga merecedor de tenerla como mortaja. Un versículo de la Constitución cuando a tiempo vino a habitar en el espíritu y en la conciencia de un hombre, logró convertirlo en el curso de los días en el héroe, ya civil, ya militar, en que la Patria se oye a sí misma, se concreta, se levanta digna del respeto universal.

El Himno no nació de improviso, ni representa un minuto de nuestra historia. El Himno es el resumen, es la síntesis de la totalidad de nuestra historia. Aun antes de que México se hiciera independiente, en los días mismos de nuestros abuelos indios, ya algunas de sus sílabas andaban buscando garganta que las modulara, boca que las cantara, pluma que las escribiera. El poeta que escribió su letra hubo de recorrer antes un largo camino, hubo de batallar arduosamente en busca de la palabra que tradujera y que organizara las voces dispersas, inconexas, apenas insinuadas que desde lo hondo de los siglos venían buscando expresión. Poeta menor, y aun secundario, suelen llamar los precipitados a González Bocanegra, recordando sus poesías amorosas, pero en un olvido de que todo eso se puede borrar, y de hecho lo ha borrado el tiempo, pese a los empeños de traerlo a nuestra memoria. La única explicación de sus poesías anteriores al himno es que en ellas buscaba algo; son nada más el presagio, el anuncio de lo que más tarde iba a escribir, que no es otra cosa que ese canto en que la Patria se oye, como el mar en un caracol. Aquella agitación, aquel ahínco, aquella fiebre que quemaba su frente, quedan explicados cuando un día de gloria el poeta se sienta a su mesa de trabajo y traduce en un solo impulso el mensaje nacional que venía latiendo en nuestro suelo, que andaba errante en el viento de nuestra historia. Toda la agitación, todos los bramidos, todos los tumbos del mar adquieren un sentido y razón de ser cuando una tarde le vemos dibujar la concha perfecta. ¿Qué le reprochan, entonces, a González Bocanegra?

México ya era libre, ya tenía su Constitución, y su Bandera. Pero todavía no estaba hecho del todo: le faltaba para alcanzar su cabal fisonomía el Himno Nacional. Y ésa ha sido la gloria esplendorosa de González Bocanegra y Jaime Nunó. A contar del día en que fue cantado, México dio y recibió conciencia de sí mismo. Dondequiera que se escuche, allí está México en toda su significación, con la custodia de sus héroes, con el recuerdo de sus hechos gloriosos y de sus fechas adversas, con el grito jubiloso de sus hijos prontos a honrarlo, y con sus lágrimas que pudieran formar ríos, derramadas en horas de desdicha. Un eco de sollozos, y un eco de plegarias, es también nuestro Himno. ¿Quien pueda recordar los inicios de nuestra vida nacional, no juró alguna vez vivir para honrar a nuestra Patria y morir antes que deshonorarla?

Como hizo muy bien el gobierno de don José Joaquín de Herrera al dar un himno a México, hace muy bien el gobierno de don Adolfo Ruiz Cortines en celebrar solemnemente este centenario. Los pueblos no pueden, y si pue-

den no deben, vivir olvidados de los grandes hechos de su historia, y hay que ejercitarlos cotidianamente en la devoción del sentido heroico de la vida. Honrar a los héroes, a los grandes ciudadanos, suele promover en el alma de los hombres, la sana decisión de emularlos. O como lo dijo más o menos Altamirano: Mantener viva en el espíritu de los pueblos la memoria de los hombres a quienes deben su libertad es un deber de patriotismo y de gratitud para los ciudadanos, y una necesidad política para los gobiernos. Y no hay que olvidar que debemos tanto a Hidalgo y a Morelos la patria en que vivimos libres, como la debemos a González Bocanegra y a Nunó, autores del Himno Nacional en que México escucha su voz más entrañable, más vieja y más nueva al mismo tiempo, que viniendo de lo más lejano vivirá lo que el tiempo viva.

19 de septiembre de 1954

La muerte de Germán de Campo

Quiero contar ahora algo que ocurrió cuando mataron a Germán de Campo, tal como lo recuerdo, sin duda modificado por el tiempo, sin duda despojado del temblor de la primera hora, sino con esa suerte de olvido que van dando los años. Germán cayó cerca del Jardín de San Fernando, una novecita del mes de septiembre del año 1929. Veníamos a su lado Mauricio Magdaleno, Manuel Moreno Sánchez, Vicente, el poeta hermano de Mauricio, y yo. A la confusión que siguió al asalto sobrevino un grito de maldición y blasfemia. Nos reincorporamos y lejos de huir, realizamos el mitin que nos habíamos propuesto, justamente en aquel jardín. Manuel García Rodríguez, un noble y bravo muchachote de Sinaloa, desde lo alto de un bote de basura, condenó ahí mismo aquel crimen sombrío, llamando por su nombre a los supuestos asesinos. Enrique Guerrero, que venía de Morelia, aunque había nacido en Toxquillo, abordó el automóvil del Presidente Portes Gil que acertó a pasar en aquellos momentos por la Avenida Hidalgo, y a gritos clamaba y reclamaba justicia del mandatario. Cuando el mitin terminó, un grupo de nosotros se dirigió a pie, corriendo casi, a la casa de la señora Antonieta Rivas Mercado, en el triángulo que formaban las calles de Monterrey, Insurgentes y la entonces de Jalisco y ahora de Álvaro Obregón. Ahí pasamos un largo rato, comentando el crimen, tranquilizándonos con un trago de coñac. Cerca de las once de la

noche, a varias horas del asalto, nos dispersamos. Pero yo volví al sitio en que Germán de Campo había caído. Por ahí me encontré con Alejandro Gómez Arias que a esa hora salía acompañado de una amiga del entonces cine “San Hipólito”, y hoy “Monumental”. Como el asesinato había ocurrido al lado de esa sala cinematográfica, Alejandro ya estaba enterado de todos los pormenores de la muerte de su amigo de siempre, de su compañero de escuela y su vecino de la quieta Tacubaya. Algo nos retenía en aquellos contornos; algo que no puedo decir qué fuera, nos imantaba en aquel perímetro. Quizá fuera una cosa parecida a eso que una superstición indígena asegura que obliga al criminal a volver al sitio en que ha vertido la sangre de un hombre. Eso pudiera ser: la sangre de Germán, no derramada por nosotros, pero ante nuestros ojos, nos forzaba a insistir en aquella cercanía.

A la media noche, cuando la calle había entrado en quietud, los vecinos habían conciliado el sueño, y sólo el silbato del sereno hería el silencio de la noche tremenda, nos acercamos al lugar tenebroso en que Germán de Campo exhaló el último aliento. Y lo primero que vimos fue a una mujer del pueblo, anciana ella, descalza, quizá portera de una vecindad próxima, que con una escoba y una cubeta de agua lavaba y barría el asfalto.

Alejandro Gómez Arias, una vez repuesto de la sorpresa, preguntó a la mujer por qué hacía aquello. Y nos contestó, con esa resignación que las gentes de nuestro pueblo ponen en las cosas que se refieren a la muerte, estas sencillas palabras:

—¡Para que no la pisen!

Y yo pienso, ahora que cuento este doloroso capítulo de la vida mexicana, que todo aquel que no sea fiel a la promesa que un día hicimos a México de servirlo y honrarlo, pisa la sangre de Germán de Campo, un joven que igualó con la vida y con la muerte, el pensamiento.

26 de septiembre de 1954

El *Álbum fotográfico* de Frías y Soto

Volvamos hoy al *Álbum fotográfico* que Hilarión Frías y Soto publicó en las columnas de *La Orquesta* en 1868, y que ahora acaba de ser recogido en volumen por nosotros, con pie de imprenta de *Las Letras Patrias*.

¿Qué es el *Álbum Fotográfico*? Es en cierto modo una continuación de *Los mexicanos...*, un descendiente legítimo de *Los niños pintados por ellos mismos* (1843), y de *Les français peints par eux memes* (1844), aunque a primera vista parezca que tuvo sus orígenes en el modelo español de parecido título.

El *Álbum Fotográfico* pertenece a ese género literario, viejo de siglos, que consiste en pintar los vicios de una época, con el fin de corregirlos, mostrándolos en su desnudez. Y se remonta entre nosotros, por lo menos, hasta la Picaresca, y alcanza una primera cima en Miguel de Cervantes, en Francisco de Quevedo, en Luis Vélez de Guevara. No en balde Frías y Soto cita a Asmodeo, personaje de la novela picaresca que ante el azoro de don Cleofas levanta los techos de los edificios, por arte diabólica, para descubrir la carne del pastelón de Madrid.

Realista por esencia el cuadro, el artículo de costumbres que a mediados del siglo pasado alcanzó una individualidad que antes no tenía, daba de sí para estampar en él las mejores ideas, para condenar los desmanes del gobierno, para reforzar los ideales libertarios, para llevar a los lectores una imagen del pasado al que no se debe volver. Hilarión Frías y Soto estaba preparado para llevar a cabo aquella tarea. Sus contemporáneos, Ignacio Manuel Altamirano a la cabeza, no le regateaban los calificativos de elegante, correcto y castizo escritor; lleno de gracia, erudito sin pedanterías, Frías y Soto usó de aquellos atributos para trazar un cuadro del México de entonces, real, sin disimular sus altibajos, sus luces y sus sombras. Cada una de las fotografías es un estudio de costumbres, es el retrato de un tipo, es el resumen de una actitud. No es un pintor de detalle; pero sus bosquejos son maestros, y con un rasgo de su lápiz ingenioso y firme da expresión a sus personajes, da movimiento a sus facciones, caracteriza, ésa es la palabra, sus articulitos, de pequeñas dimensiones y agradable forma, y que –como vino a decir Altamirano– se quedan grabados en la memoria profundamente.

A la manera de Constantino Escalante que pudiera ser su equivalente en el campo de la caricatura, le basta un toque para redondear una figura, para extremar el parecido de un retrato.

Escritos en la redacción de *La Orquesta*, mientras el cajista reclama el material, estos artículos logran esquivar los escollos sin perder las excelencias que la improvisación suele traer, sino por el contrario, la urgencia extrema el afán de acertar, apura los recursos del escritor, quien consigue poner en estas preciosas miniaturas la suma de todos sus dones, el zumo de sus capacidades.

Todo lo pintado en el *Álbum fotográfico* ha dejado de ser en gran parte, como es natural que ocurra. Los mexicanos de hoy ya no son los que eran hace cerca de cien años, si bien algo de aquel tiempo late en ellos. Pero una cosa queda en pie, firme, inalterable. Y es la obligación que tienen los escritores de dar oído al latido de su tierra, de su tiempo y de su ambiente, con el ánimo de corregir sus fealdades, de reducir sus imperfecciones. Porque escritor que no escriba para ser útil a sus semejantes, más vale que eche su pluma al fuego.

3 de octubre de 1954

El eco de la infancia

¡Cuánta razón asistió a aquel poeta nuestro, quiero decir de nuestra lengua, cuando dijo que el hombre no viene a ser otra cosa que el eco de las canciones, de las lecturas, de las narraciones que escuchó en su infancia! Porque así es: un impulso que nos viene de la niñez y de la infancia nos lleva por la vida. Una palabra que ni siquiera podemos decir cuándo vino a vivir en nosotros, nos lleva y nos trae como si fuéramos una pequeña hoja, movida por un pequeño viento. Un dicho y un refrán suelen concretar situaciones y abrir ante nuestros ojos un rumbo, poner en nuestra voluntad una decisión, decidir un paso inicial. Y no de modo caprichoso o casual. Los dichos y los refranes son el resumen de la sabiduría humana acumulada en muchos años de experiencia; son, como lo dijo muy bien Julio Torri, la verdad en números redondos. Lo que creíamos haber olvidado para siempre, lo devuelve una copla, una melodía, unas palabras rimadas, un dicho o un refrán. Tan grande es su poder evocativo que todo el cuadro se repite: el rostro y el timbre de voz a quien los oímos, el color de la luz y la ocasión. Conformidad, decisión, alegría y tristeza, todo suele venirnos con sólo recordar la enseñanza contenida en esa melodía que oímos de paso en esos versos que apenas si entendimos, en ese refrán que alguno dejó caer mientras caminábamos a su lado, en esa canción que batió sus alas y se fue por los aires, muy lejos, por el horizonte azul.

Los libros de la niñez no pasan nunca, no envejecen, no mueren. En sus líneas, que no en balde parecen surcos, los poetas arrojaron la simiente de las palabras que después han florecido en el hombre. El niño no se detuvo a ver si las palabras eran bellas, si los pensamientos excelsos, si la emoción legítima.

Se conformó con recibir las, arrojarse con su música, darles sentido cuando no alcanzó el suyo verdadero. Y hasta en esto, el texto no quedó perdido. Porque nada de lo que llega al niño se pierde: con lo que hoy no entendió se ayudará para entender mañana. Así como nada de lo que entra al corazón del hombre desaparece por completo, y es siempre con restos de viejas emociones con lo que vamos viviendo.

Por eso es tan útil que los padres y los maestros, y el Estado, cuiden de la formación de la niñez, así en el campo de su información como en el de su forja espiritual, que monta tanto, si no es que más. Una mala lectura, una melodía plebeya, unos versos canallas, se quedan con nosotros, igual que se queda una afrenta. ¿Quién ha olvidado las lecciones contenidas en los libros de lecturas infantiles? Allí aprendimos a amar a la patria, a llorar en la tumba de los héroes, a respetar la ley, a vibrar al paso de la bandera. Ni por pasión de partido se atrevería un hombre formado por las lecturas de mis tiempos a volverse contra la patria, porque como decía Benito Juárez, contra la patria nunca tendremos razón. Ni contra la bandera, ni contra el himno, ni contra la ley, pudiera agregarse. Eso nos enseñaron las lecturas literarias de Gregorio Torres Quintero, de Amado Nervo, de Andrés Boscó. ¿Por qué se abandonó, en cierto modo, es verdad aquella preocupación por enseñar a los niños mexicanos desde la escuela de primeras letras estas nociones indispensables para su vida futura? El buen ciudadano, con ellas comienza a formarse, lo mismo que el poeta, el músico, el pintor, el artista.

¿No hay en nuestros días un maestro, un escritor, un poeta que reúna en libro los ideales permanentes de nuestro país, y los nuevos que el tiempo ha venido agregando, y los presente en hermosos textos para alimento del alma niña de nuestro pueblo? Quien lo hiciera, podría alcanzar vida inmortal en nuestra historia.

10 de octubre de 1954

Cosecha en promesa

Un día de octubre, ahora treinta años, amaneció muerto en su cama Abraham Ángel, aquel asombro de pintor que apenas traspuesta la niñez asombró a México con sus lienzos. Su nombre verdadero era Abraham Ángel Card, y

había nacido en el mineral de El Oro, tal vez hijo de algún súbdito inglés de origen negro, según parecía advertirse en los rasgos fisonómicos de Abraham Ángel: pelo crespo, labios gruesos.

Con su muerte la pintura mexicana perdió una rama cargada de botones, próximos a reventar. Porque eso era el joven pintor: una cosecha en promesa, tan segura que adelantándose a la estación había madurado algunos frutos perfectos. Los que entonces entendían de estas cosas, lloraron aquella pérdida y preguntaron al destino por qué razón nuestro medio no siempre resiste las tentativas de genio que produce; pues eso era Abraham Ángel, un soplo genial enriquecido con profundas intuiciones, con una desbordada alegría por la vida y por el arte. Muy joven, niño aún, buscó en la poesía cauce para dar rienda suelta al mensaje que lo agitaba, que le quitaba el huelgo –o “felgo”, como dicen por mi tierra. Aquellos versos no eran nada; pero eran el reflejo de un inaplazable deseo de expresión, eran el rastro y el rostro de una emoción legítima, verdadera.

Al borde de su tumba, Xavier Villaurrutia formuló aquella misma pregunta que Hilarión Frías y Soto al borde del sepulcro de Constantino Escalante: “¿Por qué el genio es una planta exótica en nuestra patria, que muere antes de dar sus frutos?” Y que a partir de entonces otros han recordado. ¿No dije yo ante la fosa recién abierta de Salvador Toscano que había muerto en el tembloroso tránsito de la flor al fruto?

Cuando mueren hombres así, no sólo la tierra, sino hasta el cielo parece que se queda en suspenso. El silencio que se eleva de sus cuerpos lo invade todo, lo suspende todo, da a las cosas una apariencia de solidez, de pesantez, de donde viene que llamemos pesar y pesadumbre a las penas. No otra cosa ocurrió cuando enterramos a Abraham Ángel. Era una mañana de sol, alta, esplendorosa. El día caminaba con zapatillas de seda, con un dedo sobre el labio. Silenciosos, los árboles dejaban caer sus hojas, igual que lágrimas. Hasta la pala del enterrador –que por cierto era el vivo retrato de Abraham Ángel– tomaba la tierra con tal suavidad, que se diría que estaba contagiada del luto de nuestras almas. La canción de una tórtola perdida entre las ramas era como un latido en el pecho del día.

Calló Abraham Ángel. Su paleta, aún fresca, quedó en su estudio, cerca del caballete en que se oreaba el último cuadro. A treinta años de distancia, repuestos del golpe que significó su muerte, todos coinciden en afirmar que su obra, aunque trunca, constituye una estación, un paso, en el camino que nues-

tra pintura ha tenido que recorrer antes de llegar a esto que ahora es: una de las más excelsas manifestaciones del espíritu de México.

17 de octubre de 1954

Poesía de Netzahualcóyotl

No encuentro citado en las obras que conozco de acerca de la literatura indígena mexicana, el folleto en que se contiene la tesis doctoral que acerca de Netzahualcóyotl, considerado como poeta elegíaco, escribió, en el año de 1878, Pedro Mascaró y Sosa, polígrafo uruguayo, nacido a mediados del siglo pasado y muerto en 1904. El folleto de referencia es, en efecto, de una rara pieza bibliográfica, a tal extremo que investigadores de verdadera erudición y celo lo pasan por alto; porque no se puede pensar que un trabajo como el del señor Mascaró y Sosa, tan nutrido de información, tan novedoso por su tema y por el tiempo en que fue escrito, pudiera quedar en el olvido por desdén. El autor dedica su trabajo a varios autores americanos, entre ellos a Ignacio Manuel Altamirano, empeñado en aquellos tiempos en la necesidad de dar a México una literatura propia.

El discurso del escritor uruguayo que nos ocupa lleva por título *El emperador Netzahualcóyotl, considerado como poeta elegíaco* (Poesía méjico-gentílica) y con él alcanzó el grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de España. Don Antonio Balbín de Unquera, entonces bibliotecario del Concejo de Estado, anticipó al trabajo de Pedro Mascaró de un erudito prólogo acerca de la poesía elegíaca y un resumen de la historia de la Conquista de México y del ámbito en que aparecieron las poesías del monarca chichimeca. Como fray Bernardino de Sahagún, se anticipó a los maliciosos que podían atribuir a invención suya los *Cantares Mexicanos* que oyó de boca de los indios, diciendo que no cabe en la inteligencia humana inventar el espíritu de un pueblo, Mascaró y Sosa se adelanta a los que puedan acusarlo de extremada simpatía por las muestras de la poesía de Netzahualcóyotl, haciendo un resumen de la vieja e ilustre cultura precortesiana que presidió el nacimiento del poeta, hombre de verdad desventurado. De hoy en adelante, dice el prologuista, no será lícito deprimir el espíritu americano; no lo será negarle capacidad para las más elevadas esferas de la poesía, y se comprenderá una vez más, oyendo las quejas del Emperador

Netzahualcōyotl, cuán vanas son las grandezas de la vida y cuán pronto pasa la figura de este mundo. Y el autor, al iniciar su brillante y erudito alegato a favor de la existencia de una gran literatura en el Anáhuac, formula estas preguntas que suenan a reproche a aquellos que entonces —y aun ahora— se empeñan en aquella negación: ¿por qué los que se han ocupado exclusivamente de la elegía, como Mr. Treneuil, no han hecho mención de la mejicana? Pues qué, ¿no se habían dado ya a conocer las del emperador tezcucano cuando publicó aquel discurso? No hay que culpar, continua Mascaró y Sosa, al autor de los poetas elegíacos, cuando en España eran también desconocidas las poesías del hijo, de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl: cuál fue la causa de ese olvido, nadie la ignora; desgraciadamente para la literatura, bulle todavía en nuestra generación la rutinaria idea que seres envilecidos introdujeron desde el momento que el intrépido genovés arribó a las playas del nuevo mundo. La primera idea que por Europa se extendió fue la de que los indígenas no eran hombres de tanta capacidad como los europeos, que eran faltos de entendimiento, y que por lo tanto debían ser tratados poco menos que como animales. Pero esa idea puramente egoísta fue combatida por historiadores dignos de toda estima, por su imparcialidad, sensatez, e ilustración, concluye. En efecto, hasta ahora, salvo excepciones, privan en el examen de la literatura precortesiana, más que criterios estéticos y científicos, los viejos prejuicios, casi siempre de orden religioso.

Mascaró y Sosa enriquece su discurso trayendo a cuento algunos lugares de la poesía de todos los tiempos, en los que aparecen las reflexiones que a los poetas han sugerido la fugacidad de la vida, que sólo un vano engrعيمiento puede considerar privativo de la mente del mundo antiguo. También en el Valle del Anáhuac resonaban con distinta voz, el *Carpe diem* y el *Dulce et decorum est pro patria mori*, exclama Alfonso Reyes. ¿No fuera bueno que Ángel María Garibay K. estudiara el trabajo de Mascaró y Sosa, y nos dijera cuáles son sus excelencias y el lugar que ocupa en el estudio de la literatura mexicana anterior a la Conquista?

31 de octubre de 1954

Camilo Carrancá y Trujillo

Muchos mexicanos han escrito sobre José Martí. Muy pocos con el encendido fervor con que lo hizo Camilo Carrancá y Trujillo. Por qué caminos pudo ve-

nirle a Carrancá aquel fervor por el cubano ejemplar es cosa que sólo él pudo haber contado. Porque hace veinte años, y más de veinte, el que más y el que menos, todos éramos martianos. Todos a condición de que todos fueran unos cuantos: los de la raza selecta que no pelean por el éxito, sino contra el éxito. En los discursos de los jóvenes de entonces, su nombre andaba al lado de Juan Montalvo y de José Enrique Rodó, de Simón Bolívar y Domingo Faustino Sarmiento, de Francisco Bilbao y Manuel González Prada, de Enrique José Varona y José Vasconcelos. ¿Quién si no Martí pudo crear en nuestro ánimo la idea de que la lectura de los grandes libros y de los grandes autores aleja del éxito pasajero y lleva a soñar en una fama y una gloria bien ganadas, de ésas que no borra el tiempo? Y aunque la vida y los rigores de la vida frustraron en muchos aquel sueño, no pierden significado sus textos, su pasión y su muerte: crearon la decisión de vivir y morir fieles a los más altos dictados del espíritu.

En el año de 1929 hice un ideario de Vasconcelos, pareándolo con el de Martí. ¡Cómo reconfortaba verificar que el guía mexicano de los tiempos en que fui joven resistía el paralelo del mártir de Cuba! Por entonces Carrancá y Trujillo era abogado postulante, buen lector sin duda, pero mayor que nosotros no sólo no formó en nuestras filas, sino que era del partido opuesto. Sin embargo, compartía nuestras admiraciones, la de Martí en primer lugar. Dos años después, si no me equivoco, constituyó con un grupo de sus amigos un comité cuyo empeño más visible era congregar a todos aquellos que compartieron su devoción por la vida y por la obra de un hombre a quien México debía tantos renglones luminosos, tantas premoniciones. Publicó a la par un pequeño periódico mensual en cuyas páginas reprodujo artículos y fragmentos de artículos publicados por Martí en los periódicos de México en los años de 1875 y 76, y que después reunió en tres volúmenes: *La clara voz de México* (I y II) y *Arte en México*, dejando pendiente para siempre la publicación de las Cartas de Martí a Manuel Mercado, el mexicano a quien más amó, y quien más lo amó.

*Tiene el conde su abolengo
tiene la aurora el mendigo
tiene ala el ave; yo tengo más;
tengo en México un amigo*

¿Se acuerdan? Pues parecen escritos para Manuel Mercado, amigo, a quien escribió las últimas letras de la poca flor de su vida.

Otras cosas hizo Camilo Carrancá y Trujillo: estableció con sus amigos la fecha exacta de la llegada de Martí a México, y le salió al paso a quien quiso atribuirse el hallazgo; reprodujo y anotó una traducción que el maestro cubano hizo de Hugo, y dada a conocer en las hojas periódicas de esta ciudad de México. Otras muchas obras pensaba cumplir, y en ellas trabajaba constante cuando se descubrió enfermo de muerte. La sombra de una infinita tristeza cayó sobre su corazón, y abandonó sus tareas y se fue haciendo a la idea de que todo había concluido. Pero yo quise traer su nombre a este lugar, porque siempre es provechoso recordar a los hombres que como Camilo Carrancá y Trujillo supieron darse todo enteros a un propósito, a una idea, a una admiración, en su caso a José Martí. Y porque es profanación el vergonzoso olvido de los muertos.

7 de noviembre de 1954

Un viejecito sabio y bondadoso

Entre los maestros de aquel año en que estudié en la Escuela Normal, a uno recuerdo siempre: a Longinos Cadena. Era un viejecito muy sabio, muy bondadoso, muy tolerante, muy fácil a enternecerse como hombre que había vivido y sufrido mucho. Siempre iniciaba sus lecciones con la misma frase. “Atención, jóvenes amigos, paso lista...” Y aquella partida de provincianos, rudos y broncos que formábamos el primer año, por virtud de la mansedumbre que fluía de su persona, de sus palabras, de su ademán tranquilo, refrenábamos y poníamos sordina a la algarabía que era ley de las otras clases. Encorvado, endeble, el profesor Cadena pasaba la lista anticipando a nuestros nombres un tratamiento reservado a personas y señores y no a gandules como nosotros. Don Fulano de tal, don Zutano, y todos ya completamente sosegados íbamos respondiendo: ¡Presente! ¡Para servirle! ¡Ordene lo que guste! ¡Servidor de usted!, fórmulas claramente pueblerinas, cuyo encanto añoro después de treinta años.

La asignatura era de Gramática española, pero Longinos Cadena se puede decir que desobedecía el programa y más que cargarnos la mente y la memoria con reglas y preceptos, con leyes y excepciones, buscaba poner ante nuestros ojos el maravilloso mundo de los cuentos y de las narraciones, de los versos y de las historias fantásticas, y cuidaba de que ninguna palabra quedara sin entender, al paso que traía a colación un texto en que se ejemplificaran y

se dieran sus sinónimos. Su buena memoria, el caudal de sus lecturas eran otra enseñanza que Longinos Cadena incorporaba a sus lecciones como sin proponérselo. Autor de varias obras didácticas, no recuerdo que las hubiera recomendado ni como textos, ni como libros auxiliares, delicadeza ésta que debieran imitar algunos maestros, autores de manuales de las materias que imparten, y que sin el menor recato recomiendan como indispensables para el éxito final. No así Longinos Cadena. Solía sí, cuando quería estimular a algún alumno suyo, obsequiarle alguno de sus pequeños tratados, con breves dedicatorias en que se contenía alguna enseñanza, o que apuntaba reforzar en el escolar el amor a la lectura, a los bellos y levantados pensamientos; así uno que guardo devotamente.

Al maestro Cadena debo muchas lecciones. Por su sabia mano me llegaron dos nombres directos: Manuel José Othón y Ramón María del Valle Inclán. Del mexicano memoricé con sólo oírlo una vez, uno de los sonetos de la “Noche rústica de Walpurgis”.

*No temas, mi señor, estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas
dejando el alma a la esperanza abierta*

Y por lo que toca a Valle Inclán baste decir que lo primero que escribí y publiqué no era otra cosa que una calca de un fragmento de las *Sonatas*, ahora para mi bien, perdido. ¿No es esto, pues, finura pedagógica? Longinos Cadena no ordenó que escribiéramos; le bastó con insinuarlo. Ignoro si otros le deben la lección que yo, porque dejé de ver a mis compañeros de escuela de aquel tiempo, pero no será imposible que Tomás Cuervo sea ajeno al toque de las manos de Longinos Cadena, aunque haga ya muchos años que no encuentre por ninguna parte los versos de Cuervo, lejano y anacrónico discípulo de Salvador Díaz Mirón.

Yo no puedo dejar de pensar siempre que recuerdo a mi lejano maestro que era de esos hombres, cuya grandeza consiste en cumplir calladamente con un valor que no gana medallas, una tarea oscura, humilde, desdeñada por los soberbios: pinos altivos que cuando uno vuelve los ojos han desaparecido. No así él, cuya figura está ahora mismo aquí frente a mis ojos.

14 de noviembre de 1954

¿Alucinación?

El joven poeta Enrique González Rojo, que ahora lee, si es que no relee, porque es un ávido lector y le son familiares todas las literaturas, hasta la mexicana, lo que ya es un buen signo, ha descubierto en el *Ulises criollo* de José Vasconcelos una página en la que se hace la descripción de un fenómeno óptico que, si no fue un caso de alucinación colectiva, no puede ser otra cosa que una lejana visión, la primera entre nosotros, de lo que el mundo de nuestros días conoce con el nombre de “platillos voladores”, o platívolos, y que a tantas hipótesis se prestan, siendo para muchos los equivalentes de la aviación de otros planetas, de Venus y de Marte, se dice.

Ulises criollo debe haberse publicado en junio de 1935, y se refiere en su primera parte a la niñez de Vasconcelos, al tiempo de oro en que era un retozo en el regazo materno. El capítulo aludido es de los primeros y se titula “¿Alucinación?” Diez años escasos tenía el autor por aquellos días, pero el espectáculo fue de tal modo sorprendente, peregrino y extraño que el hombre no pudo olvidarlo, y al referirlo cerca de medio siglo más tarde, su pluma se llena de temblor, ni más ni menos que su cuerpo y su alma temblaron aquella mañana fronteriza.

Por la descripción que en seguida se inserta, los lectores podrán ver que coincide en todas sus partes con las que han leído acerca de este fenómeno que ahora intriga al mundo. Vasconcelos al referir el prodigio prefiere no dar crédito a sus sentidos, y se pregunta si aquello no fue una alucinación colectiva. Sin embargo, su testimonio, producido hace cerca de veinte años, viene a reforzarnos en la certeza de que el fenómeno se produce en nuestros días y que no son devaneos y fantasías, ni signos que anuncien manifestaciones sobrenaturales. Lejos de la visión vasconceliana, ni de su probable significado, de aquella pregunta que un día formuló ante mi asombro un amigo que yo tuve, fantasioso genial: “¿Quién nos dice, Andrés, que el arco iris no es un mensaje de Marte que nosotros no podemos traducir?” He aquí el texto prometido:

“Regresábamos de un paseo ‘al otro lado’. La mañana estaba luminosa y tibia. Leves gasas de niebla borraban el confín, se esparcían por la llanura. Serían las 11 de la mañana y comenzaba a quemar el sol. Desde el pueblo contemplábamos la margen arenosa, manchada de grama y mosquitos, cortada de arroyos secos. En suave ondulación baja el terreno hacia la cuenca del río que corre manso. De pronto, nacidos del seno humoso del ambiente, empezaron a brillar unos puntos de luz que avanzando, ensanchándose, tornábanse discos de vivísima coloración

bermeja o dorada. Con mi madre y mis hermanas éramos cinco para atestiguar el prodigio. Al principio creímos que se trataba de manchas producidas por el deslumbramiento de ver el sol. Nos restregábamos los ojos, nos consultábamos y volvíamos a mirar. No había duda: los discos giraban, se hacían esferas de luz; se levantaban de la llanura y subían, se acercaban casi hasta el barandal en que nos apoyábamos. Como trompo que zumbara en el aire, las esferas luminosas rasgaban el tenue vapor ambiente. Hubiéramos dicho que la niebla misma se cristalizaba, se acrisolaba para engendrar forma, movimiento y color. Asistíamos al nacimiento de seres de luz. Conmovidos comentábamos, emitíamos gritos de asombro, gozábamos como quien asiste a una revelación.

“En tantos años de lecturas diversas no he topado con una explicación del caso, ni siquiera con un relato semejante y todavía no sé si vimos algo que nace del concierto de las fuerzas físicas o padecemos una alucinación colectiva de las que estudian los psicólogos.”

¿No es ésta, lector, la descripción de los actuales discos voladores?

21 de noviembre de 1954

Bibliografía Mexicana del Siglo XVI

Ahora que el Fondo de Cultura Económica acaba de editar el famoso libro de Joaquín García Icazbalceta *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, desde su tiempo ejemplar por el amor que le dio origen y por sus excelencias de trabajo paciente y de investigación depurada, está bien dedicarle unas líneas a la señora Catarina A. Janvier, norteamericana, que en enero de 1889, publicó en Nueva York un *Índice* que, incompleto y todo, facilitó a los investigadores de otro tiempo el tránsito por ese monte de fechas y fichas, de noticias de toda índole en materia de cultura mexicana que es la *Bibliografía*. Como para no contradecir a don Joaquín y mantenerse acorde con la edición limitada de su obra, la edición del *Índice* fue de 25 ejemplares, de los cuales sólo llegaron a México unos cuantos, quizá cinco, quizá seis.

Pendientes de esta circunstancia –la de su escasez– los señores Porrúa Hermanos y Compañía decidieron en el año de 1938 imprimir una edición española, encargándola a Manuel Toussaint y a Justino Fernández, quienes la llevaron a cabo, gracias al ejemplar perteneciente a Federico Gómez de

Orozco, uno de los pocos mexicanos que lograron el privilegio de tenerlo. Esta edición limitada a cien ejemplares, es en nuestros días, no obstante los pocos años que han pasado, también una rareza bibliográfica. El *Índice*, dice Toussaint y Fernández en la breve, brevísima nota que aparece al frente “viene a ser un análisis minucioso de la obra, no un simple índice alfabético, pues muchos de los nombres del libro no figuran en él, y recuerda una de aquellas *Tablas de materias notables* que adornan los libros antiguos”. Fernández y Toussaint procuraron subsanar algunas de las deficiencias de la edición inglesa, no sin dificultades, y con el natural temor de haber incurrido en otras, aclaran. Y con razón, porque un libro como *Bibliografía Mexicana* tuvo siempre cosas que enmendar, pero quien lo hiciera tenía que pensarlo mucho y saber más. Cosa que también puede decirse del *Índice* de Catarina A. Janvier.

La edición de los Hermanos Porrúa, en papel corsicán wove, es un bello ejemplar de tipografía mexicana, gemela de la *Bibliografía* de don Joaquín; infolio, a dos tintas, y reproduce en la carátula y en la portada el grabado del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* de fray Alonso de Molina, impreso por Antonio de Spinosa en esta ciudad de México en 1571.

Quien fuera Catarina A. Janvier es cosa que ninguno, que yo sepa, se ha detenido a inquirir; pero tal vez no sea del todo infundado suponerla hija o hermana de Tomás Allivone Janvier –1849-1913–, escritor norteamericano de temas históricos que estuvo en nuestro país en el último cuarto del siglo pasado, y que escribió dos libros sobre cosas de México: *La casa del tesoro de los aztecas* y *Viejos cuentos de la Nueva España*.

Don Agustín Millares Carlo, autor de la hazaña de poner al día, enriqueciéndola, la *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, al mencionar a la señora Janvier, pudo darnos alguna noticia sobre ella; él, más que otro, era el señalado.

28 de noviembre de 1954

Amigo de México

No he visto mencionado hasta ahora, por ninguno de los que se han ocupado del tema, el raro folleto –19x14 cms., 56 páginas– que acerca de la vida y la obra de Ignacio Manuel Altamirano publicó en Santiago de Chile, en 1893, Pedro Pablo Figueroa. Su solo título, *Un poeta indígena. La raza nativa, la literatura*

y la libertad de América, anuncia la admiración y el entusiasmo con que su autor lo escribió. Figueroa había conocido y tratado al maestro mexicano unos años antes, durante su permanencia en esta ciudad de México, como desterrado político. Eran los días en que Altamirano, todavía en posesión del fogoso espíritu que presidió sus acciones y su oficio de escritor, dictaba a diario en la prensa, en la cátedra, en la tribuna, en las tertulias y hasta en su propia casa, la ininterrumpida lección de patriotismo y honradez con que animó a todos los que se armaron a su sombra. Muy honda debió ser la huella de aquellas prédicas en el escritor y periodista chileno para que al enterarse de la muerte de Altamirano trazara, parece que de un solo impulso, ese ensayo biográfico y de valoración literaria, en que el entusiasmo no priva sobre la razón y la justicia. Pedro Pablo Figueroa coloca al escritor mexicano al lado de los más grandes escritores americanos del siglo pasado con la particularidad de que habiendo nacido indio, en las circunstancias de todas conocidas, es el más alto ejemplo de las excelencias de las razas nativas de nuestros pueblos. El más curioso y notable producto de la civilización moderna encarnada en una individualidad superior de la estirpe nativa del hemisferio, escribe Figueroa. Un indio que valía por una generación de americanos. Bien enterado del desarrollo de nuestra historia y de nuestras letras, el retrato que nos da de aquel héroe civil, de aquel padre de nuestra independencia literaria, es de un verismo y de una fuerza sólo posibles cuando un gran amor preside las tareas de un publicista. Con unos cuantos rasgos dibuja el marco en que Altamirano cumplió su misión; con unas cuantas líneas nos pinta al hombre y al poeta, al novelista y al orador, al maestro y al amigo que el gran indio supo ser. Y otra vez, como en la evocación que de él hizo Sierra y que nos cuenta Urbina, vemos pasar ante nuestros ojos su gran figura.

La obra de Altamirano era familiar a Figueroa, y un vástago de la familia de los que piden una literatura propia encontró en ella las excelencias que le venían de dar oído a la palpitación del alma y de la tierra americanas. Altamirano para ser un gran escritor, para tener que llegar al mayor número de oyentes y lectores, no necesitó escribir ni hablar lengua vulgar, ni empeñarse en una sencillez que nublara el cielo a donde se remontaban su inteligencia, su imaginación y fantasía. Por el contrario, en la más depurada prosa, en el más estricto lenguaje poético, cantó las cosas que estaban al alcance de sus ojos. Tenía en su estilo, dice Pedro Pablo Figueroa, esa sentida ternura de su raza, los colores de la naturaleza americana. Había en él, según Diego Vicente Tegera, a quien

cita, hasta cierta noble afectación de purismo, y aun de modernismo, observación esta última que nadie ha vuelto a tocar y en la que se pudiera insistir.

Muy pocos son los datos que he podido reunir sobre Pedro Pablo Figueroa. Sabemos que fue corresponsal de *El Nacional* –periódico que se publicaba aquí en el siglo pasado– y creemos que a través de sus columnas hizo amistades mexicanas y le vino la consideración a nuestra patria, en la que buscó refugio y alcanzó la protección del régimen porfirista, y que llevado de esa gratitud dedicó a don Porfirio el folleto que motiva esta *Alacena*. Escribió Figueroa algunos libros sobre hombres y cosas de su país y de nuestra América, siempre dentro de la tendencia de mostrar la capacidad de los pueblos hispanoamericanos para el goce y el disfrute de la cultura. Entre sus libros se puede mencionar otro, tan raro o más que *Un poeta indígena*; es una de aquellas antologías preparadas por hispanoamericanos para demostrar que teníamos poetas que oponer a España, que podíamos caminar solos: *Prosistas y poetas de América moderna*, su título.

Pedro Pablo Figueroa nació en Copiapó en 1857. Murió, quizás, en Santiago, en 1909. México, al que amó con lúcida frente, con noble corazón, tuvo en él a un ferviente defensor y a un preclaro amigo.

5 de diciembre de 1954

Las Pajaritas de Papel

Una de las piezas más curiosas de la bibliografía mexicana de nuestros días la constituyen *Las pajaritas de papel* que el PEN Club de México publicó en el año de 1925, en edición limitada a 29 ejemplares, que ése era el número de los miembros del Club en aquella primera etapa mexicana. “Las pajaritas” que integran la colección, también en número de 29, aparecen en el orden en que los textos fueron escritos. Así, el número 1 pertenece a Carlos Gutiérrez Cruz, autor de *Dichos y proverbios populares* que inicia la serie, y el último a Armando C. Amador.

A la vuelta de treinta años, muchos de los poetas, escritores y novelistas ahí reunidos han muerto, otros han dejado de escribir, algunos han devenido nombres los más altos de nuestra literatura. Gutiérrez Cruz, promesa entonces, ahora muerto y olvidado, ya sólo es un nombre en la historia de la litera-

tura social que tuvo en él a un iniciador entre nosotros. Poeta de la musa que abandona el palacio de los virreyes para irse al taller, a la mina, al campo de labranza, donde está la vida, la vida que debe interesarnos antes que toda otra cosa si tenemos espíritu de justicia, como escribió Pedro Henríquez Ureña al frente de *Sangre roja*, libro de versos libertarios, publicado el año anterior, con dos dibujos de Diego Rivera. En los cuadernillos de *Las pajaritas de papel* publicó Xavier Villaurrutia *Nueve atmósferas y un poema*, quizá lo primero que hiciera sobre pintura. Allí aparecieron unas *Sentencias y lugares comunes* de Julio Torri que no he vuelto a ver reunidos en volumen. *La Oda de junio* (un poema en que la sombra de Bolívar pasa como una ráfaga) de Carlos Pellicer, en esa serie la leímos. Y unas prosas de Manuel Toussaint. Y la *Noche de mayo* de Alfonso Reyes, primera página suya que leí. Por cierto que aquella viñeta y aquella cuarteta, divisas de su Correo Literario Monterrey,

*Hermoso cerro 'e la silla
¡quién estuviera en tu horqueta
una pata pa' Monterrey
y la otra pa' Cadereíta!*

en la colección del PEN Club me salieron al encuentro.

Algo curioso he podido observar ahora que reviso mi ejemplar, y es que los autores de *Las pajaritas de papel* olvidaron, si es que no renegaron y ocultaron estas páginas iniciales, que si bien es cierto no eran perfectas, fueron el anuncio de las que más tarde iban a escribir, definitivas.

Mi ejemplar de *Las pajaritas de papel* perteneció a Carlos Gutiérrez Cruz, según reza el reverso de la portada, en buena caligrafía, pero carece del texto respectivo. ¿Quién de mis amigos bibliófilos es dueño de esa primera *Pajarita*?

12 de diciembre de 1954

Poema de González Bocanegra

Una cuidadosa lectura del libro de Joaquín Antonio Peñalosa, *Francisco González Bocanegra. Su vida y su obra*, publicada por la Universidad Nacional, en ocasión del primer centenario del Himno Nacional, crea en el lector familiarizado

con nuestra literatura y con las revistas literarias del siglo pasado, tan numerosas y tan escasas, la convicción de que algunas piezas de la obra del poeta se habían escapado. Y en este mismo lugar hemos publicado un largo poema que pudiera ser del poeta, por dos o tres rasgos allí señalados. Ya Peñalosa, con muy buen juicio, como persona avezada a estas tareas, apunta que “sin duda se me habrá escapado algún poema o un discurso”, y así ha sido en efecto. En un *Presente Amistoso*, que desgraciadamente carece de portada, puesto en mis manos por Joaquín Díez Canedo, gran conocedor de nuestro siglo XIX literario, encuentro uno de esos poemas que Peñalosa temió que se le hubiera escapado. Quede para una próxima ocasión establecer la fecha de la edición de este *Presente*, conformándonos ahora con señalar algunas de sus características, para que el propio Peñalosa, u otro menos ocioso que yo, lo establezca mientras tanto. A primera vista parece que correspondiera al año de 1883; por el número de sus páginas, 255. Pero no, porque de ser así el autor de la obra sobre Francisco González Bocanegra habría incluido el poema, aparte de que el propio autor señala que las poesías más antiguas son del año de 1849, es decir, cuando González Bocanegra tenía la edad de veinticinco años. En el mismo ejemplar encuentro tres poesías más del autor que Peñalosa recogió de otras publicaciones, entre ellas el *Presente Amistoso* de los años 1851 y 1852, lo que indica claramente que no tuvo acceso a éste que describo. El poema que vamos a reproducir a continuación está dedicado al sacerdote, abogado y poeta, Andrés Davis Bradburn que alcanzó singular relieve por la época en que González Bocanegra floreció en México, y aún pudo formar en las filas literarias que capitaneó Ignacio Manuel Altamirano al triunfo de la República. Al reproducir el poema, sólo modifiqué la grafía y la puntuación, como lo hizo Joaquín Antonio Peñalosa, en obsequio de una más nítida comprensión.

Meditación

*A mi apreciable y buen amigo
el señor don Andrés Davis Bradburn*

*Era de noche; silenciosamente
el espacio la luna recorría,
y la luz argentada que vertía*

*hiciera las tinieblas disipar:
En el azul purísimo del cielo
los millares de estrellas centelleantes,
derramaban sus rayos de diamante
que breves se miraban cintilar.*

*el dulce soplo del ligero viento
mi enardecida frente refrescaba,
y el pensamiento rápido volaba
del Dios Omnipotente a la mansión.
Al contemplar la luna y las estrellas
lentas girar en blando movimiento,
el alma respiraba un sentimiento
de gratitud, de amor y religión.*

*Te contemplaba allá, Señor del cielo,
sobre tu trono de radiantes nubes
de ángeles rodeado y de querubes
los astros luminosos gobernar,
y recorriendo el ancho firmamento.*

19 de diciembre de 1954

Cantares Mexicanos

En aquel ya raro periódico *El Niño Mexicano*, fundado Victoriano Pimentel en esta ciudad de México, en 1895, y en donde Guillermo Prieto escribió la regocijada *Galería de niños antipáticos*, artículos todavía en espera de que se les estudie y se les publique –nosotros le hemos dedicado una *Alacena*– pueden encontrarse muchos trabajos de escritores mexicanos de aquellos días, muy útiles para el estudio de nuestra literatura patria. Por ejemplo, dos traducciones de los *Cantares Mexicanos*, el Canto I, debido a Sixto Tlapanco, y el II, a Francisco Sánchez Santos, que nos proponemos dar a conocer en este lugar, uno tras otro.

Canto I

1o. ¡Consulto con mi corazón para saber en dónde podría encontrar la fragante flor de la virtud...! Pero, ¿a quién preguntarle...? ¿Lo preguntaré a las hadas encantadoras? ¿Al verde chupamirto o a las pintadas mariposas? ¡Sí, ellos sin duda sabrán en dónde nace! ¡Si hubiese encontrado aquí los pajaritos del monte o mejor esa flor cuajada de rocío que vive en las montañas, como el pájaro precioso! ¡Con ella se olvidan las penas...! La arrancaré con delicia y la llevaré presuroso para tranquilizar a los humanos.

2o. ¡Pero quizá aquí se encuentre la virtud! Parece que oigo su armonioso canto, hasta me figuro que las montañas le responden...! ¡Quizá al pie de esa flor brota el agua transparente donde van las aves a cuchichear con sus gorjeos! ¡El zenzontle contestará al jilguero, y nunca habrá quietud allí donde los pájaros cantan, y cantando parece que hablan a los hombres con la constante armonía de sus gargantas!

3o. ¡Así repetía yo en mis tristes lamentaciones...! ¿Por qué llenar de congoja a los que se aman? Tomé asiento y una voz de hada me dijo: “¿A quién buscas, bardo?” Yo le contesté; ¿Dónde se halla la fragante flor de la virtud para apartar con ella la pena de mis semejantes? Muchas voces me respondieron: Nosotros te la mostraremos para que consigas ahuyentar la tristeza de los dioses.

4o. Me introdujeron a un lugar donde el sol baña la pradera florida, quebrando sus rayos en las gotas de rocío de las flores. ¡Allí pude contemplar aquella tan querida, deliciosa y perfumada de la virtud! Los rayos solares, al herir su corola salpicada de lluvia, producían esplendentes irisaciones! “De allí —me dijeron— corta las flores que desees para calmar tus penas y llévalas a los dioses, que ellos se encargarán de quitar la congoja de los mortales.”

5o. Entonces tomé entre mis manos aquella fragante flor que calma la tristeza e infunde saber, y me dije: Tal vez si alguno de nosotros hubiese penetrado aquí antes, habría logrado mucho; pero ahora ya conozco el sitio, lo enseñaré a mis hermanos y vendremos con frecuencia a cortar esa flor querida y perfumada, que es virtud y placer, y arrancar así el tedio inmenso de los mortales avasallados por el Águila y el Tigre.

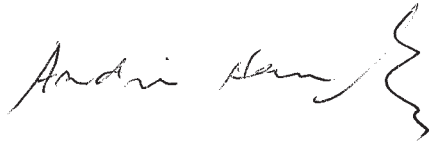
6o. Al haberla encontrado antes, la hubiera llevado para coronar con ella las sienas de mis semejantes, ponerla también en sus manos, y luego entonar mi canto para consolarlos ante los poderosos, que se desesperarían de no en-

contrar ya vasallos. Pero, ¿de dónde tomarla? ¿Dónde hallaría la deliciosa flor, si no podría llegar a la floresta donde el sol se refleja sin que sus rayos bañen la frente de ningún esclavo? Los poderosos extienden sus dominios sobre la tierra, por las faltas sin fin de los mortales. He aquí por qué se contrista mi corazón con el recuerdo de aquel sitio que contemplé donde se hallaba la preciada flor de la virtud.

7o. Y entonces me dije: Si aquí en la tierra no hay tranquilidad y existe algún lugar de venturanza donde se encuentre la perfección, y si la humanidad vive en constante discordia, me iré a aquel sitio predilecto en donde pueda entonar mis cantos y allí entre las aves queridas, podré conocer la virtud, esa flor perfumada que ensancha el corazón, lo embriaga, lo consume y lo hace vivir.

26 de diciembre de 1954

1955

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Andrés Bello". The signature is fluid and cursive, with a long, sweeping tail that ends in a sharp hook-like flourish.

Canto II de Sixto Tlapanco

Quiénes fueron Tlapanco y Sánchez Santos no es cosa fácil de averiguar. En efecto, no encuentro sus nombres en las publicaciones periódicas de fines del siglo pasado. Sixto Tlapanco, autor de este Canto II, parece que no fuera escritor, sino un mero aficionado, pero desde luego era hombre sensible, indio mexicano por la doble razón de su apellido y de su traducción. En cuanto a Francisco Sánchez Santos su nombre nos es más familiar, no sólo por haberlo encontrado en algún periódico, sino porque nos trae a la memoria el de su hermano, el famoso polemista Trinidad Sánchez Santos.

Si algún lector de estas *Alacenas* supiera algo acerca de ellos, ¿quisiera transmitirnos sus noticias?

Canto II. Primavera

Penetré yo, cantor, en aquellos múltiples vergeles; mansión muy alegre y deliciosa; allí llueve un rocío de rayos de sol, allí cantan armoniosamente los pajarillos, y preludia su cantar el jilguero con espaciosa voz; sitio que regocija a Dios Hacedor Supremo.

Allí escucho, yo cantor, el comenzar de un canto que ciertamente no se preludia así sobre la tierra, por su novedad en el cantar. ¡Oh! Allá dentro del cielo se escucha bien al polluelo del primer jilguero que les dice a las múltiples aves de variados colores y rico plumaje: allí tiene su morada el Hacedor Supremo.

¡Salve! ¡Salve!

Se dilata mi corazón y se eleva mi pensamiento, yo cantor, por lo que he oído, y quisiera elevarme a esos cielos lucientes; que mis espíritus llevados por la brisa, penetraron donde el dorado colibrí canta a los cielos. ¡Salve! ¡Salve!

Y mi corazón por todas partes busca, y en efecto, ciertamente, no hallo otro precioso pájaro de voz más melodiosa, porque ciertamente superan dentro del cielo, las cosas que se hacen para el Hacedor Supremo, y sólo que el pensamiento se eleve a las cosas divinas, podrá comprender la hermosura de los cielos, que regocija a los bellos pajarillos celestiales en presencia del Hacedor Supremo.

¡Salve! ¡Salve!

¿Cómo no he de llorar sobre la tierra? Efectivamente, aquí se vive engañado; todo cuanto existe en la tierra se acaba con la vida. ¡Que pueda, oh, Todopoderoso cantarte allá en el cielo; que mi corazón en tu morada te contemple y en tu compañía viva!

¡Salve! ¡Salve!

Escucha mi canto, amigo mío, mi tamboril adornado con flores, resonaba acompañando al canto celestial que yo entonaba para agradar a los nobles y derramaba los sentimientos de mi corazón como flores que brotan. Ojalá mi canto se glorifique ante el Hacedor Supremo.

¡Salve! ¡Salve!

2 de enero de 1955

Apuntes biográficos de Adolfo C. Gurrión

Ahora que el nombre de Adolfo C. Gurrión ha vuelto a resonar en la Cámara de Diputados, y los periódicos han recordado sus gloriosos hechos, quise, aprovechando esta breve estancia en Juchitán, indagar algo de su niñez y de sus antecedentes familiares. No bien había aparecido en mi mente este propósito cuando un hombre del pueblo, en una misteriosa coincidencia, llamó a la puerta preguntando por mí. Era Felipe Vázquez más conocido por *Lipe Dzina*, viejo de sesenta años, agricultor, soldado, jornalero, y actualmente encargado de la biblioteca pública de la localidad. Tras el abrazo de rigor, de las consabidas preguntas y respuestas sobre nuestra salud y nuestros trabajos, Felipe

Vázquez me extiende unas cuartillas manuscritas "para que vea yo si vale la pena continuarlas y si no es un imposible esperar verlas publicadas alguna vez". Y he aquí que el manuscrito no es otra cosa que unos *Apuntes biográficos de Adolfo C. Gurrión*. Vázquez es un hombre sin estudios, pues no hizo más que la instrucción primaria elemental; pero el hecho de haber sido soldado de la Revolución le permitió salir de Juchitán y trabar conocimiento con hombres y lugares distintos y aprender la lengua española, en una medida que puede hablarla y escribirla con bastante corrección. Si conociera esta lengua como conoce el zapoteco, qué fácil le hubiera sido apuntar todo lo que acerca de las costumbres del idioma y de la historia local conoce, por sus años y por su espíritu lleno de curiosidad. En efecto, Felipe Vázquez puede servir de guía a todo aquel que requiera noticias acerca del idioma, de las vetusteces y de las efemérides locales, su excelente memoria le permite traer a cuento no sólo las fechas sino las circunstancias más precisas de los acontecimientos de que ha sido testigo.

Por sus *Apuntes* —que no quiero resumir para no restar novedad a sus hallazgos— se tendrá, cuando sean publicados, una más cabal imagen del mártir de nuestras luchas libertarias, Adolfo C. Gurrión. El trabajo se inicia como parece natural con los antecedentes familiares de Gurrión: los nombres de sus padres, fecha de nacimiento, primeros estudios, aparición en la tribuna pueblerina, donde se manifestó, joven de quince años, "de muy bella inspiración y fácil palabra". Y a partir de este momento, la historia y la leyenda, el mito y la fábula se confunden en la vida y en la acción del diputado mártir. Felipe Vázquez ha hecho muy bien en no detenerse a cernir lo uno y lo otro, sino que todo lo consigna, seguro como está de que la fantasía popular no crea nada que un hombre que muere por fidelidad a sus prédicas no pudiera realizar en un momento dado. Y así encontramos al lado de hechos que quizá no ocurrieron, las palabras que manifiestan el sentido de esos hechos, con lo que los grandes hombres alcanzan dimensión legendaria. Porque es cosa cierta que los pueblos no siguen a un hombre si antes no lo deifican un tanto.

Cómo le vino a Felipe Vázquez la idea de escribir la biografía de Adolfo C. Gurrión es cosa que yo me pregunto una y otra vez. Nada extraño sería si fuera un profesionalista, un hombre de estudios, o un hombre pudiente que buscara en la investigación y en la literatura distracción y empleo de sus horas ociosas. Una sola explicación se me ocurre, y es que la idea de los diputados de honrar de modo permanente la memoria de los mártires de la XXVI Legis-

latura le creó la decisión de organizar sus recuerdos, las tradiciones locales, los testimonios que pudo tener a la mano, justamente cuando ya anciano, el azar que suele presidir muchos de los sucesos de nuestra vida colectiva lo llevó a ser bibliotecario, donde pudo, por el buen ánimo de que siempre dio muestras, trabar la amistad fecunda de los libros, que dijo el historiador oaxaqueño, presbítero José Antonio Gay.

9 de enero de 1955

Ortiz Ávila, poeta alucinado

Hace veinticinco años cuando estaba recién fundado nuestro periódico *El Nacional*, conocí a Raúl Ortiz Ávila, el poeta alucinado. Formaba parte de aquel inolvidable grupo que se inició en la arena del periodismo, tras de haberse ejercitado en el terreno de la poesía, de la novela, el cuento y el relato. Tal vez fueran más, pero en mi recuerdo sólo estos nombres andan juntos: Héctor Pérez Martínez, Gustavo Ortiz Hernán, Luis Octavio Madero y Raúl Ortiz Ávila. No es que fuera cosa nueva o desusada en el periodismo nacional, pero ellos, como en los mejores tiempos, eran hombres de libros y de letras, porque eran grandes lectores, y no vinieron a la redacción de un periódico a hacer sus primeras armas literarias, a tantear, a emborronar cuartillas, a ver si podían, sino porque podían vinieron.

Bajito, de rostro infantil, ligeramente rechoncho, muy bien que le venía el cariñoso apodo de “El becerro” que le aplicaban sus compañeros de grupo. Escribía versos, muy bellos y hermosos versos, por el mero goce de escribirlos, y como una manera, la única de dar oído y expresión a las ideas y sentimientos que lo habitaban; por retener en la palabra escrita un bello instante, una emoción fugitiva. Escribía prosas, muy bellas y hermosas prosas, por la sola necesidad de dar forma a todo aquello que al rozar su sensibilidad, la erizaba como la brisa a una quieta superficie. Si ya era bachiller, no lo recuerdo. Si había ido a la Universidad, tampoco. Lo que no puedo olvidar es que era un lector constante, voraz, insaciable, cosas naturales si recordamos que es condición del autodidacta bien nacido poner cimiento a sus lecturas para que no se caiga la casa. Quiero decir con esto que el autodidacta de buena ley, el que lee con ánimo de crearse una cultura literaria integral, cada vez que mira que un hueco amenaza los muros, se apresura a llenarlo, ni más ni menos que

el albañil no puede levantar la casa a saltos, sino adobe sobre adobe, piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo; de donde viene que el buen autodidacta ande siempre leyendo, vale decir apuntalando la torre de sus lecturas. Así era Raúl Ortiz Ávila cuando lo conocí. Y así sigue siendo, con la sola diferencia que ahora lee para mantenerse al día, alerta y como una defensa contra los asaltos del ambiente de improvisación en que a veces nos movemos; lee para que la selva no lo invada, para que no le broten hojas.

Alguno de sus compañeros de promoción, tras de dar a México dos o tres muestras de su esclarecida inteligencia, escaló cargos, sin soltar por eso la pluma. Otros la soltaron por los cargos, cuando no sin ellos, lo cual significó una mutilación para nuestra literatura. Sólo Ortiz Ávila se mantiene fiel, uncido, dándole vueltas a su vocación, como a una noria. Sin aspavientos, sin prisas, continúa escribiendo a espaldas de todo éxito administrativo; y hoy un cuento y una crónica, y mañana un poema y una divagación, lo vemos adicto al culto de las musas, a la causa de la literatura mexicana, que es la causa de su conciencia y de su corazón.

El solo pino de aquella mata que formó con sus amigos, añora al ausente, recuerda emocionado a los que empeñados en otras tareas, le han dejado la carga de hablar por todos. Y aquí lo tienen, todavía entera la alegría de antaño, aún ávidas las pupilas, alerta la inteligencia, pronto el ingenio, dando una diaria prueba de su encendida vocación poética, de su generoso corazón, de su buena estirpe humana: ésa que los dolores y los desengaños no empañan porque sabe que al hombre no lo matan penas, que para eso, para sufrir hemos nacido los hombres como decía el *Martín Fierro*.

16 de enero de 1955

Memorias íntimas de un periodista español

Ramón Elices Montes novelista, poeta, autor dramático, historiador, periodista y soldado llegó a la ciudad de México al iniciarse el año de 1881. Al parecer y ello es lo más seguro, su viaje no era en busca de fortuna, ni de aventuras, ni de recreo, sino lo hizo para atender a una tarea concreta, llamado por la colonia española de México: vino para dirigir el diario *El Pabellón* desde cuyas columnas debía afirmar la amistad entre mexicanos y españoles y empeñarse

en borrar la estúpida odiosidad, los absurdos rencores y añejas preocupaciones que en otro tiempo se dejaban sentir contra España. Y Elices Montes supo cumplir muy bien aquel designio. Durante sus cuatro años de permanencia entre nosotros, siguiendo la buena lección de don Anselmo de la Portilla, no abandonó ni un solo instante aquel propósito, y como un mexicano más y español de siempre, se mezcló con los escritores y periodistas de nuestro país, recorrió la República, penetró su historia para mejor entendernos, para mejor amarnos. Y cuando a mediados de octubre de 1884 regresó a España pudo hacerlo con la certeza de haber cumplido con la misión que lo trajo a América, pues pudo ser testigo de cómo en los actos patrióticos desaparecía el grito suicida que condenaba a muerte a España y a los españoles; pero no sólo, sino que en más de una oportunidad pudo cerciorarse de que aquella comprensión entre México y España encontraba resonancia en la pluma y en el estro de nuestros poetas y escritores, así en aquel centenario de Santa Teresa de Jesús –15 de octubre de 1882– organizado por los españoles de Puebla y de Toluca, en que Juan de Dios Peza que entonces gozaba de extendida fama dijo unas hermosas décimas en loor de las grandezas españolas.

Fruto de la permanencia de Ramón Elices Montes en México es el libro que al año siguiente de su regreso publicó en Madrid bajo el título *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*, en dos tomos, pero del que conozco sólo el primero. Todo él está dedicado al México de aquellos días, con las naturales referencias al pasado para la mayor comprensión de la actualidad. Emilio Castelar, a la sazón en la cúspide de su gloria política y literaria, escribió para el libro un prólogo entusiasmado. Un libro escrito de buena fe, pensado con madurez, henchido de importantes datos generalmente desconocidos hasta hoy en Europa, lleno de reflexiones acertadas, vaciados en los moldes de un estilo puro y al mismo tiempo moderno, donde se compaginan con la novedad del pensamiento, la gala del estilo, decía el gran orador. Y así es. Elices Montes no era ningún adocenado, sino por el contrario, un escritor y un periodista de limpio oficio, sencillo, sin que sencillez signifique ramplonería, siendo mejor el resultado del afán de ser entendido por todo aquel que lo lea, aspiración ésta de todos los que escriben por algo y para algo. Si bien confiesa que no abriga la pretensión de haber estudiado suficientemente a México, su obra por apoyarse en testimonios directos y en las fuentes más autorizadas de la historia antigua, es una de las mejores en su línea: por viajeros que no aspiran a otra cosa que a consignar sus memorias. No hay a lo largo del libro ninguna disonancia, de esas

en las que fácilmente incurren los que más se empeñan en pintar a un pueblo no como tal, sino como lo quisieran. Contra ellos se endereza una y otra vez la pluma de Elices Montes. Así lo hace con Mr. Dupin de Saint-André –un claro precursor de León de Petre– quien en su libro *Le Mexique aujour d'hui* se recrea en estampar sobre México ciento y una inexactitudes con ánimo deliberado de ofender y como resultado de un insolente y tonto nacionalismo. Oigan, si no: “Decididamente nada vale lo que Francia. No se le abandona sin tristeza, y no se vuelve a ella sin alegría, porque es de todos los países del mundo el mejor y el más bello.” Si hasta parece que estamos escuchando a uno de esos metecos y rastacueros nacionales que se pasan allá unas semanas... “Oh, sí, París, yo volveré.”

Muchas de las excelencias de la cultura india, todavía en duda por algunos, encuentran una palabra entusiasta en la pluma del viajero español. El indio “hábil e inteligente para aprender cuanto se le quiera enseñar, sobre todo en lo referente a las artes de imitación, y más aún en las mecánicas”, observación que ya había hecho el Conquistador Anónimo. No hay pueblo en el mundo con más capacidad para las artes; con sólo ver algo pueden contrahacerlo con una perfección maravillosa, dijo. “A los indios mejicanos les sobra talento y genio: los que tienen cultura la aprovechan con ventaja; el día en que reciban la educación que merecen, no tendrán nada que envidiar a ninguna raza.” Don Ramón recorrió la campiña, el valle, y la sierra mexicanos y pudo ver a los indios en su ambiente natural. Su canto es muy lúgubre y melancólico, participando de aquella falta de animación y alegría que predomina en todos sus actos, escribió.

El capítulo “Literatura, prensa periódica” constituye un brioso resumen de esas materias, escrito con sano y moderno juicio. Y a la hora en que muchos la negaban –y aún hay quien la niegue– Ramón Elices Montes afirmó la existencia de una literatura indígena, “sumamente adelantada”. Y aunque no juzga ni condena, se refiere a la persecución y destrucción que padecieron las antigüedades mexicanas de parte de don Juan de Zumárraga, si bien advierte a renglón seguido que se estableció una cátedra en 1553 para enseñar a descifrar los jeroglíficos.

Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español es, por todo ello, lector, un libro de buena fe.

Romancero de Nuevo Méjico

Muy hermoso, muy entretenido por las bellas piezas que lo informan –romances tradicionales, corridos, inditas y cuandos–, muy útil para los estudiosos de la materia por los documentos que acumula, el libro de Aurelio Macedonio Espinoza, *Romancero de Nuevo Méjico*. Su autor, descendiente de españoles, al parecer nació en aquellas lejanas tierras, en otro tiempo pertenecientes a México. Lo digo, porque cuando lo conocí me llamó la atención que hablara como los españoles, si bien denunciando a las claras que era más aprendida que natural, más imitación que propia, aquella manera de hablar. Espinoza es el mejor conocido de entre todos los que se dedican a esta clase de estudios en Nuevo Méjico. Desde hace cerca de medio siglo ha venido publicando artículos, libros y folletos acerca de los romances tradicionales. Este libro viene a ser así una culminación de sus trabajos. El *Romancero de Nuevo Méjico* reúne seguramente la mayor parte de la tradición romancesca de Nuevo Méjico y desde luego lo más importante, pero esto no quiere decir que esté agotada la tradición, dice el autor. Y así es. Nadie puede decir en puridad que agota un tema de esta índole, porque a la vuelta de una esquina nos sale al encuentro un romance, una canción, una copla, ni más ni menos que esa palabra que todos creían ya muerta. Y eso justamente es lo que me ha ocurrido mientras leía el libro de Aurelio Macedonio Espinoza; recordé cosas olvidadas, al parecer desaparecidas. He tenido la curiosidad de apuntar al margen de la lectura las diversas variantes, versos sueltos, fragmentos de romances y corridos que conozco de la tradición oral de los pueblos del Istmo de Tehuantepec que hablan español, los cuales quizá fuera bueno comunicar al autor a la vez que a todos aquellos empeñados en esta clase de investigaciones.

Muy cierto es que la huella de los españoles tarda mucho tiempo en enfriarse, que el eco de su voz no se apaga nunca, que se quedan donde una vez estuvieron. Por eso la poesía popular que trajeron los conquistadores, la encontramos lo mismo en la sierra que en el llano de la América toda, a pesar de que pasan los siglos y de que los pueblos de que una vez fueron señores, llegaron a ser libres, o fueron señoreados por otra cultura, tal como sucedió con Nuevo Méjico. Durante más de un siglo Nuevo Méjico ha vivido en contacto inmediato con una cultura diferente y, en algunos aspectos materiales, superior a la española. Sin embargo, los nuevos mexicanos de ascendencia hispana, conservan todavía en pleno vigor la tradición espa-

ñola: hablan la lengua de Castilla, practican por la mayor parte la religión católica, y tienen las mismas costumbres, creencias y supersticiones que los españoles peninsulares del mundo hispánico; repiten los mismos cuentos y saben las mismas coplas y los mismos romances tradicionales, si bien como es natural, presentan a veces elementos nuevos de origen independiente y local, observa don Aurelio. Así es, en efecto. El material en que se sustenta el *Romancero de Nuevo Méjico* es patrimonio común, salvo esas variantes quedan las circunstancias locales, a todos los pueblos de Hispanoamérica, pese a que en un momento dado parezca lo contrario, por la sencilla razón de que algunos testimonios permanezcan ocultos, ya que no perdidos. Las modificaciones que el lenguaje ha sufrido en Nuevo Méjico por influencia del inglés son muchas y se parecen a las que se observan en otros lugares por virtud de voces locales o de ascendencia indígena, pero que por una inclinación natural chocan con nuestro espíritu. Abundan y el autor incluye algunas en una nota, entre las que yo encuentro la muy sabida, “lonchi” (*lunch*). Lonchar, formas antes las cuales me he detenido siempre a pensar si no son más bien de origen latino.

En tanto, don Aurelio Macedonio Espinoza seguirá trabajando en su tema favorito. Para que el aplauso que aquí le tributo alcance cabal sentido, me propongo reunir en otra ocasión todo lo que acerca de romances, corridos y coplas populares, la lectura de su delicioso libro me hizo recordar.

30 de enero de 1955

La misa de amor
y *La dama de Aragón*

El *Romancero de Nuevo Méjico* de don Aurelio Macedonio Espinosa —que por cierto nació en los Estados Unidos, en Colorado, según ya sospechábamos, pero que no verificamos por no haber reparado en la solapa de su libro— nos ha llevado como de la mano a viejas lecturas. Por un mecanismo muy sencillo. Nosotros dimos por hecho que el precioso romance “La misa de amor” era tradicional en América, por haberlo leído en la obra de Vicente T. Mendoza y en *Flor Nueva de Romances Viejos* de Ramón Menéndez Pidal, donde en efecto aparece, pero no referido a tierras americanas. Nos extrañó, pues, no encon-

trarlo en Espinosa, máxime cuando se daba como existente en Nueva España por don Alfonso Toro en su libro *La familia Carvajal*. ¿Qué ha pasado, me pregunté? Y fue entonces cuando volví a todo lo que hube a la mano en materia de romances tradicionales de América; a los libros ya mencionados y a otros, al *Romancerillo del Plata* de Ciro Bayo, desde luego. Y en efecto, allí tampoco se encuentra. Lo que ha ocurrido es que siendo muy viejas estas lecturas, padecí una momentánea confusión. Alfonso Toro cuenta que los judaizantes de la Nueva España se reunían en la casa de Antonio Machado y solían cantar salmos y coplas que otro judaizante, Antonio de Morales, componía. No es temerario, dice Toro, suponer que en tales reuniones entonarían antiguos romances o canciones más modernas de Boscán y de Garcilaso, y quizá alguna vez hallaran alegría y deleite cantando la picaresca “Misa de amor” que ahora recuerdan los lectores. El texto de Toro, así de escueto, me creó la certeza de que el tal romance era tradicional en México. Sin embargo, no es así; sino que el autor lo tomó de la *Flor Nueva* de Pidal, publicado en 1928. Y como yo recordaba haberlo encontrado en otra parte, me di a localizarlo hasta dar con él en *La bien plantada* de Eugenio D’Ors donde aparece bajo el título de “La dama de Aragón”, canción catalana tan suntuosa y tan trágica que parece ornada de púrpura y caliente de sangre. Cuando quiere aligerarse –dice “Xenius”– con aire de madrigal, estremece, y cuando quiere sonreír, la sentía húmeda por las lágrimas de un llorar desesperado. Milá lo creyó originariamente catalán. Wolf descubrió una versión catalana del siglo XVI, derivado de una castellana afín. Pidal ofrece muchas otras hermosas versiones entre los judíos de Oriente y de otras provincias del reino de Castilla. D’Ors la llama sencillamente canción catalana y hace una glosa de su apasionada belleza. Hela aquí:

*En Aragón hay una dama;
es hermosa como un sol;
tiene rubio los cabellos,
que le llegan al talón.
Amorosa Ana María,
robadora del amor.*

¡Ay, amor!

*Y su hermano la miraba
con ojos de vivo amor:
“Si no me fueses hermana,
casaríamos los dos”.
Amorosa Ana María,
robadora del amor.*

¡Ay, amor!

*Cuando ella entra en la iglesia
entra un grande resplandor;
cuando toma agua bendita,
flores llenan el pilón.
Capellán que dice misa
ha perdido la lición;
por decir Dominus vobiscum
dice: “¡Oh, qué dama veo yo!”
Sacristán le respondía:
“Mía sea, vuestra no”,
Amorosa Ana María,
robadora del amor.*

¡Ay, amor!

6 de febrero de 1955

En la patria de Juárez

Suele encontrarse en los libros humildes y olvidados una noticia, una fecha, a primera vista sin importancia, pero que es como el hilo que lleva al ovillo, como el eslabón que faltaba para soldar una cadena de cosas que habían quedado truncas o aplazadas. Y eso mismo ocurre con las cartas, con las autobiografías, con las memorias íntimas, aunque estén escritas por personas que nada hicieron de notable y de ejemplar.

Pocos recuerdan entre nosotros, por ejemplo, el librito de Mario García Kohly, *En la patria de Juárez*, publicado en esta ciudad a fines del siglo pasado, en 1897. Sin embargo, debiera ser más conocido, porque su autor, originario de la isla de Cuba, vivió aquí algunos años entregado al periodismo, en estrecho contacto con la vida mexicana, gozando de la amistad de los escritores y periodistas de mayor significación en aquellos días, y hombre inteligente, espíritu curioso, inclinado por temperamento y por oficio a sorprender en los hechos cotidianos lo que éstos tengan de permanente, escribió para los periódicos habaneros —*La Discusión*, *El Figaro*, *La Habana Elegante*— una serie de crónicas que no por estar escritas al vuelo, sobre la mesa, carecieran de interés y de penetración y que reunidas más tarde dieran cuerpo al libro que da pretexto a esta *Alacena*.

En la patria de Juárez —notas e impresiones— se inicia con una morosa descripción de la ciudad de México, de los edificios públicos de Chapultepec, del Museo y de los tesoros que guarda, de la Catedral, de las fiestas populares, de la Academia de San Carlos, de las pinturas que entonces adornaban algunas de las instituciones del Estado o particulares. Hay sitios, en la tierra, decía, tan hermosos que dan ganas de estrecharlos contra el corazón. México, uno de ellos. La pintura colonial le parecía un arte eminentemente eclesiástico, tenebrosamente monacal. Y como si adivinara el advenimiento de la gran pintura mexicana, se detiene un instante en José María Velasco, en Leandro Izaguirre, en Germán Gedovius, en Félix Parra, y anuncia el actual movimiento muralista: los paneaux pintados por Izaguirre en la Cámara de Diputados son el primer resplandor “que pronto iluminará las regiones elevadas del Arte de la tierra mexicana. El arte que hoy nace en México —escribió— es un aura de inmensa libertad, es una auro-ra que pronto será sol y medio día y cuyos supremos fulgores flotarán para siempre sobre el cielo divinamente azul de la gran tierra mexicana...”. Una parte del libro que el autor titula “Impresiones literarias” contiene las semblanzas rápidas de algunos de los poetas y escritores que en las postrimerías del siglo pasado brillaban en México: Gutiérrez Nájera “blanco cisne de la poesía mexicana”, “arcángel de la literatura mexicana”; Díaz Mirón “la más preclara gloria literaria de México”; Justo Sierra, “la cultura mexicana hecha hombre”; Juan de Dios Peza, un “poeta que recoge la herencia del alma y de la patria, colocándola muy por encima de todos los fangos y muy cerca de todas las irradiaciones del cielo”; José Peón del Valle, “impetuoso, vibrante, atrevido, electriza y subyuga. No encanta, domina; no seduce, rinde; no halaga, triunfa”; Amado Nervo, cuyos versos son “arrullos, ensueños, quejas, romanticismo, nostalgia de amorosos ideales que el

presente realismo no concede ni acepta: poesía “delicada, exquisita, lánguida, femenil casi, mal adaptado al medio ambiente”; y Urbina, “artista de la palabra, paladín de la idea, narrador gallardo”.

No son éstas todas las reflexiones, todos los atisbos que Mario García Kholy apunta en su libro, sino que yo no he querido hacer otra cosa, como lector mexicano, que recordar a su autor por la ardiente simpatía con que vio las cosas de México de hace medio siglo.

13 de febrero de 1955

La suegra y la nuera

Prometimos en una de las *Alacenas* anteriores, volver alguna vez al *Romancero de Nuevo Méjico* de don Aurelio Macedonio Espinosa. Pero como lo temíamos no será de modo organizado, sino así, de paso, consignando como vayan apareciendo en nuestra memoria los romances, coplas y corridos que la lectura de su interesante libro nos hizo recordar.

Yo pasé mi niñez en el pueblo de Ixhuatán y en un pequeño rancho que tuvieron mis padre en los límites australes del Estado de Oaxaca, en las colindancias con Chiapas. Traté de esa manera a gente que no siempre eran zapotecas, sino de otras procedencias, como chiapanecos y quizá centroamericanos. Esto viene a explicar que yo sepa tantas cosas de tradición oral y folklórica: romances, corridos, décimas, picones, dichos y refranes, todo oído en una lengua que pudiéramos llamar español criollo, en el que se mezclan palabras de todas las lenguas que se hablan por aquellas regiones: zapoteca, huave, chontal y un gran número de afronegrismos. Por demás está decir que, siendo mi lengua natural el zapoteco, hube de memorizar de mozos y criadas cuanto llegó a mis oídos, con la creencia de que eran invenciones propias de aquellos pueblos, desengaño del que las lecturas y el trato con otras gente vinieron a quitarme.

¿Cuándo llegaron al Istmo de Tehuantepec, a Chiapas, a Centroamérica, estos romances, estas coplas y canciones? Sin duda muchas de estas cosas llegaron en la boca de los primeros españoles que pisaron aquellas tierras, pero no parece imposible que otras hayan llegado más tarde, en labios de los viajeros, en los libros y calendarios que con tanta profusión publicó en el

siglo pasado Antonio Vanegas Arroyo, según lo hacen sospechar algunos de los cuadernillos que salieron en las prensas de aquel infatigable editor, que recuerdo haber visto en mi casa. Pero aunque así fuera, el contacto con gentes de otra mentalidad, otra lengua y otras circunstancias, modificó en una gran proporción no sólo la letra, sino la música con que se cantaron y aún se cantan en aquellos pueblos. De la música del romance, “¡Albricias, comadre, ya tenemos nuera!” (*Romancero de Nuevo Méjico*, páginas 17-18) y que en Ixhuatán se conoce por “La suegra y la nuera”, nació un corrido castellano-zapoteco de la Revolución; y su letra sufrió tales modificaciones que bien vale la pena darla a conocer, sobre todo si tenemos en cuenta que Vicente T. Mendoza no lo consiguió –quizá por descuido mío de no habérselo proporcionado–, y que Ernesto Mejía Sánchez incluye algunas versiones de Nicaragua, hecho que robustece nuestra idea de que llegó a mi tierra por el camino de la letra escrita y tal vez del rumbo de Chiapas y Centroamérica.

*Ya m'hijo casó
ya tiene mujer,
mañana veremos
lo que sabe hacer*

*–Levántate, nuera,
como es de costumbre,
barre tu cocina
y ajunta tu lumbre,
Levántate, nuera,
no seas tan cochina,
lava la ropa,
limpia la cocina.*

*La vieja, mi suegra,
qué bien mortifica,
lomo de tambora,
diente de clavija.*

*–Qué vieja, mi suegra,
tan impertinente,*

*vergüenza me da
delante 'e la gente.
Vaya al infierno
y agarre lugar,
porque las malas suegras
allá van a dar.*

*—Yo no me casó
para trabajar,
yo me casé
para ser honrada.*

*—Yo no me casé
para estar de criada;
yo me casé
para estar sentada.*

20 de febrero de 1955

Zorrilla en México

En estos días hará cien años de haber venido a México el poeta español don José Zorrilla. Llegó a nuestra tierra precedido de una larga fama; las revistas y periódicos de aquellos tiempos adornaron sus páginas con sus versos y con los saludos y poesías que los poetas mexicanos escribieron para loarlo. A los pocos días de encontrarse en la ciudad de México, sus admiradores que lo eran todos los escritores mexicanos de aquel tiempo, sin distinción de bandos, le ofrecieron un banquete en uno de los más famosos restaurantes de la capital. A su lado se sentaron otros españoles de parecida fama, por ejemplo don Casimiro del Collado o Collado a secas; José Gómez de la Cortina, para no mencionar sino a dos. A la hora de los brindis, José Joaquín Pesado leyó una de sus bellas composiciones en la que pedía a las musas, flores y rosas y laurel para ceñir la frente victoriosa del vate peregrino. José María Lacunza dio lectura a unos alejandrinos y José Sebastián Segura a un soneto y a una octava. Brindaron en prosa que valía bien sus versos, Cástulo Barreda, Agustín de Tagle, Ignacio Amievas y José María

Roa Bárcena, uno de los pocos amigos que conservó Zorrilla. Casimiro Collado dijo un soneto probablemente olvidado en el tomo de sus *Poesías*:

*Joven, de locas esperanzas lleno,
del amor de la gloria arrebatado*

Al final, José Zorrilla contestó lamentando que Dios le hubiese negado el don de la palabra y no haber tenido tiempo para escribir una composición poética acerca de México. Espero, dijo para concluir, que a mi partida no tendrán que arrepentirse los mexicanos de la benevolencia con que me han recibido. Confío en Dios que esta madre adoptiva no se avergonzará jamás de haberme tenido como por hijo, y que el recuerdo que de mí le deje le probará que yo tengo en más la reputación de hombre honrado que la vanidad de la gloria humana. Y levantando su copa brindó por la prosperidad de las letras mexicanas. Lástima fue que más tarde hiciese todo lo contrario, escribió otro español, Enrique de Olavarría y Ferrari.

Las opiniones y escritos de don José Zorrilla acerca de México son de dos clases: las primeras, están impregnadas de una gustosa, deleitosa adhesión al país por su historia y sus tradiciones, por su ámbito del que apuntó muy agudas reflexiones; las otras, amargado por la derrota de la causa de Maximiliano que tomó por suya con un empeño y un ardor que rayaba en la demencia, nos lo muestran ingrato, olvidadizo de la promesa y del juramento que lanzó a los aires durante el banquete que se le ofreció en el Hotel del Bazar.

Sin embargo, en ambos campos, se pueden espigar muchas de las cosas, siempre hermosas que dijo acerca de México. Debidamente organizadas darían un libro acerca de las letras mexicanas, nada despreciable, dicho sea con perdón de José Luis Martínez que supone caprichosa esa porción de *La flor de los recuerdos* en que don José Zorrilla juzgó a los escritores mexicanos de hace un siglo.

27 de febrero de 1955

México Insurgente

Hace treinta años con un precario inglés, no diré que leí, sino que delectee, el libro *Insurgent Mexico* de John Reed. Queda dicho que no capté su singular

belleza, que no penetré su sentido ni escuché el latido generoso que se propaga a lo largo del hermoso libro. Su autor, un hombre del oeste americano, era un brillante periodista, un reportero de guerra que vino a México, tras de pasar por la Universidad, a recoger para el gran público norteamericano una imagen de la Revolución, entonces –1913– en su etapa más violenta, pero también más cargada de sentido heroico. Los reportajes, escritos a la luz indecisa, relampagueante del vivac, traspasan, sin embargo, los meros límites del periodismo y alcanzan una categoría literaria que los hermanan con la narración, el relato, el cuento y la novela. La pasión que pone John Reed, o Juanito Reed, como le nombra Pancho Villa, en la descripción de las escenas que ocurren antes sus ojos, la simpatía que le desborda el corazón por un pueblo largamente negado, pero que conserva íntegros sus más definidoras potencias, su aguda inteligencia que le lleva a apuntar algunos rasgos del alma mexicana, así como de paso; su condición de poeta, manifiesta en las alusiones rápidas al paisaje y, en fin, sus ideas no diré que avanzadas, sino simplemente actuales, todo armoniosamente ensamblados, se concretan en *Insurgent Mexico*, precursor de las más renombradas novelas y pionero de los mejores cuentos y relatos de la Revolución Mexicana. Si yo digo que hay en ese libro un tono que después vamos a encontrar en Mariano Azuela, en Martín Luis Guzmán y en José Vasconcelos, se podrá tener una idea de los quilates literarios de la obra de John Reed. Qué más, si hasta los episodios son los mismos que años más tarde íbamos a encontrar en *El águila y la serpiente*, por ejemplo. Era un grande, hermoso animal, el mejor y más cruel jinete y hombre de pelea quizá, de todas las fuerzas revolucionarias. En su desenfadada sed de sangre, Rodolfo Fierro llegó a matar a cien prisioneros con su revólver, deteniéndose únicamente para cargarlo nuevamente. ¿No trae a nuestra memoria este rápido retrato y este tremendo episodio, el capítulo de “La fiesta de las balas” que Martín Luis trazó con estilo soberano, con sabia garra?

La idea de que el cabecilla, el intelectual entró a la lucha para enriquecerse, que es una de las tesis de *Los de abajo*, aparece en Reed transcrita de un diálogo entre soldados. Urbina era un peón igual que nosotros; ahora es general y un hombre rico, dice uno de los villistas, mientras descansa echado en la tierra.

México, aquel que John Reed conoció, era “una tierra para amarse, para luchar por ella”. Se mueve el autor entre la tropa, a bordo de los trenes mili-

tares, en los hospitales de sangre, en los garitos, revuelto con las soldaderas y las gallinas, cerdos y bestias en los corrales. Una vez cansado, perseguido, hambriento, se llega a un jacal en busca de un bocado, de una jícara de agua, de un lecho para reposar. Los dueños lo miran con recelo, pero pronto se entregan. Juanito Reed se entrega a su vez, y le sube hasta la boca temblorosa, esta digresión preñada de una comprensión que sólo ocurre en los hombres verdaderos. Repentinamente imaginé a aquellos dos seres humanos como símbolo de México: corteses, afectuosos, pacientes, pobres, tanto tiempo esclavos, tan lleno de ensueños, que pronto serían libertados. Nos cuenta y con ello se robustece la afirmación de que el corrido es el lenguaje natural del pueblo; cómo después de un combate sangriento unos soldados harapientos que yacían tendidos, juntos, empezaron a improvisar la música y la letra de una canción sobre la toma de Torreón: estaba naciendo un nuevo corrido, concluye.

El retrato de Pancho Villa tan distinto a tantos que hemos leído, está trazado con pinceles maestros. Un hombre real y verdadero, de tamaño natural. Un hombre que va como un péndulo de la sonrisa al llanto, de la cólera a la ternura, del perdón a la condena. Uno para quien la patria lo es todo. Un libro, en fin, éste que no contradice la gloria de John Reed, autor de ese dechado de perfección periodística que es el reportaje que lleva este sencillo título: “Diez días que conmovieron al mundo.”

Y no voy a ser yo quien ponga “peros” a la traducción de Manuel Díaz Ramírez como otros lo han hecho. Yo, al contrario, le aplaudo sus desvelos y le debo la fortuna de instruirme sobre cien cosas de la Revolución, a la vez que le adeudo el conocimiento de una porción de realidad mexicana que en otro tiempo, en aquella primera lectura que dije al empezar, sólo vislumbré.

6 de marzo de 1955

Peregrino documento de Burgoa

Fray Leonardo Levanto inserta en su libro, aún inédito, *Protocolo y razón sumaria del Archivo del Convento de Santo Domingo de Antequera*, un documento escrito por fray Francisco de Burgoa, desconocido hasta que lo di a conocer en

aquella pequeña revista que editaba hace cinco años, *Didza*. El manuscrito de Levanto, que yo he anotado y prologado, tiene muchas picaduras. Algunas de las llamadas que aquí aparecen aclaran el sentido del texto. No las reproducimos para no recargar de notas esta *Alacena*.

“El maestro fray Francisco de Burgoa Calificador, Comisario, Corrector y Visitador General de libros por el Santo Oficio, y Prior de este Convento de Nuestro Padre Santo Domingo de Oaxaca: Certifico, y hago saber a todos los Reverendos Padres Piores, y demás religiosos, que por tiempo fueron en este dicho Convento, como hoy domingo, que se contaron 22 de diciembre de este presente año de 1647 como a las 9 de la mañana, fui en compañía del Padre Juan de Lugo, Morador, y Vicerrector, que ha sido del Colegio de la Compañía de Jesús de esta Ciudad, y del Padre Procurador General fray Juan de Ramos de Lubiaga, y del hermano Miguel (1) administrador de la hacienda, que dichos Padres de la Compañía tienen después de la puente caída camino real de Cuyotepeque a la dicha hacienda: y habiendo dudado dichos Padres sobre los mojones, y linderos de sus tierras, sacamos cada uno de su parte los papeles, títulos y escrituras, de las que a cada cual pertenecían; para que de mancomún, evitando pleitos, y diferencias, indignas de pensarse entre Religiosos tan graves: y constando de los propios, y términos de (2) y con justa posesión se aprendiesen: habiendo mostrado, y (3) todos los papeles, mercedes, títulos, donaciones, capellanías, escrituras de venta, que son muchas, y varias pertenecientes a nuestra hacienda de labor, y pan llevar, que tenemos después de los ejidos de esta Ciudad, entre términos del Rey, y del Marqués del Valle, entre tierras de Talistaca por las vertientes, que van de una sierra, yendo a encontrar el camino real del pueblo de Cuyotepeque, que va al Puerto de Guatulco mirando hacia el pueblo de Xoxocatlán hacia el Sur, van caminando nuestras tierras al pie del cerro llamado Mexicatepeque hasta la Galera antigua de la Ciudad, donde estuvo Chavira, y labró unos paredones de mampostería para un (a) Galera de Xacal: desde donde empiezan los términos de un breve sitio, de que la Ciudad hizo merced al Convento, y Religiosos, y Convento de San Agustín solo para tener en la loma que se sigue corral, y abrevadero de hasta seiscientas cabezas de ganado para su sustento, y en el bajío, que y corral, de que la dicha Ciudad hizo merced sin tierras al Colexio de la Compañía de Jesús: y habiendo conferido de nuestros papeles, y títulos con los del dicho Colexio de la Compañía con prevención, y citación de más de dos meses antes nos mostró, ni halló la escritura de compra que hicieron a los Padres de San Agustín de dicho sitio referido, otro título de

merced del otro corral, y otro horno de cal sin tierras que está luego en frente de la puente caída del camino de Cuyotepeque, y otro título de una caballería de tierra no más, que está desde el dicho camino real, antes de pasar el río hacia las tierras de las huertas, y preguntándoles yo si tenían más papeles o recaudos, respondieron que no, con lo cual se aclaró la duda; y de ambas partes manifiesta la Justicia, y con declaración de no volver a alterar, ni pasar, ni entrar uno en los terrenos del otro. Y esto ha sido pleito vencido en otras muchas veces, y antigua posesión de cada uno, y por no haber hecho esta declaración, y irse perdiendo los mojones antiguos, se va esto olvidando, dando fuerza a la competencia; y porque de aquí en adelante no la haya, y se tenga plena noticia de esta verdad; hago esta declaración, incorporada en el protocolo de este Legajo; y aquí lo certifico, y afirmo dicho día, mes y año. –Fray Francisco de Burgoa.”

13 de marzo de 1955

Marcha Mexicana

En el año de 1824 fue publicada en la ciudad de Buenos Aires *La Lira Argentina*, colección de las piezas poéticas dadas a luz en aquella ciudad durante la Guerra de Independencia. Al cumplirse cien años de su primera aparición, el editor Juan Roldán hizo de ella una reimpresión en la que se reproduce, aparte del prefacio de la edición príncipe, la opinión de Ricardo Rojas acerca de *La Lira* contenida en la *Historia de la Literatura Argentina*. Algo muy curioso de este florilegio patriótico es la inclusión de una “Marcha mexicana” que ahora reproducimos, mientras podemos, en una próxima *Alacena* tratar de establecer quién pudiera ser su autor.

Marcha Mexicana

CORO

*¿Qué os detiene patriota indiano?
Guerra eterna al iniquo opresor,
o morir para no ser esclavos,
o vencer, y salvar la nación.*

*Ha tres siglos que pisó la arena
de Anáhuac el hispano feroz,
protestando su hipócrita zelo
por la gloria y el culto de Dios;
pero ingrato a la dulce acogida
que el gran Moctezuma logró,
le aprisiona con arena perfidia
y la muerte le da con traición.*

*El impío Cortés introduce
la discordia en la indiana nación,
y bien pronto en recíproca guerra
a la América triste envolvió,
de este modo los pueblos destruye,
y él entonces su tropa alarmó,
la nobleza y los reyes inmola,
y de América en cetro empuñó.*

*Mexicanos, abrió ya los ojos,
ahora estáis en igual situación;
el gobierno perjuro pretende
inmolarlos por su duración;
por sólo esto la guerra sostiene;
no hay tal patria, ni tal religión;
pues él viola las leyes más santas
enemigas de la usurpación.*

*Si salvar nuestra patria desea,
procurando la paz y la unión,
¿por qué rehusa adoptar las medidas
que ofreció generoso Rayón?
Luego es cierto que sólo pretende
perpetuar su tirana opresión,
o causar con el fuego y la sangre,
nuestra ruina y total destrucción.*

*¿No escucháis en la cárcel inmunda
los ministros gemir del gran Dios?
No miráis que su sangre inocente
en cadalsos infames virtió?
Y aún queréis que se queden impunes
los excesos del nuevo Nerón,
que a cualquiera quitarle la vida
su sacrílego bando ordenó.*

*Infelices dos veces seremos,
si perdemos la actual ocasión
de romper las infames cadenas,
que esclavizan a nuestra nación.
Si cuando éramos mansos corderos
libertad no gozamos ni honor.
¿Cuál será nuestra mísera suerte
si llegare a quedar vencedor?*

*¿Quién ha visto que un tigre a otro tigre,
o que un león despedace a otro león?
Pero el criollo a sus propios hermanos
muerte cruel ha de dar... ¡Qué dolor!
Aprended a las fieras, paisanos,
este mutuo, recíproco amor,
si dejáis de pelear unos a otros,
ya la vil servidumbre acabó.*

*Pueblos todos de América nobles,
la cabeza elevad, ya cesó
de oprimirnos el yugo de hierro
del orgullo y dominio español.
Respirad los alientos heroicos,
que difunde el invicto Rayón,
libertad, y abundancia os ofrece,
seguid, pues su glorioso pendón.*

CORO

*¿Qué os detiene patriotas indianos?
Guerra eterna al iniquo opresor,
o morir para no ser esclavos,
o vencer, y salvar la nación.*

20 de marzo de 1955

Recuerdo a Luis Gonzaga

Vamos a dedicarle un recuerdo a Luis Gonzaga Ortiz, ya sólo recordado en nuestra historias literarias por las referencias siempre elogiosas, que de él se hicieron en el siglo pasado, pero al que ya nadie lee ni por curiosidad. Nació en esta ciudad de México en abril de 1835. Murió aquí mismo en 1894. Queda dicho de ese modo que su juventud coincidió con uno de los periodos más aciagos de la historia nacional y, si no hubiera otro elogio que hacerle, bastaría con decir que no estuvo por debajo de las circunstancias de su tiempo: sin abandonar su vocación literaria, participó en la medida de sus fuerzas en la defensa de su país. Quizá por eso al referirse a sus obras Altamirano y Pedro Santacilia extreman sus alabanzas. El uno que lo sustituyó en *El Siglo XIX* donde Ortiz escribía las “Revistas de la Semana”, desde el último día de enero de 1868, dice que cultivó la poesía lírica en todas sus formas. Su libro *Ayes del alma*, aseguró el guerrerense, se caracteriza por una exquisita ternura y a veces por un acento sensual que recuerda a los poetas latinos del siglo de Augusto y a los franceses del siglo XVIII. Ortiz, concluye Altamirano, ha sido sucesivamente el Teócrito, el Catulo y el Propercio de México. El otro, Santacilia, lo menciona entre los afamados literatos que colaboraron en *El Semanario Ilustrado* (1868), al lado de Guillermo Prieto, Manuel Peredo, Ignacio Ramírez y Alfredo Chavero, a quien recuerda por contraste: mientras éste se empeña, dominado por un espíritu patriótico, en llevar a la escena personajes como la reina Xóchitl y Meconetzin, a sabiendas de que obras de esa tendencia están condenadas a rodar; Luis Gonzaga Ortiz fecha en Sorrento, en Porteci, en Nápoles o en Venecia, poesías escritas sobre los bastidores del Teatro Nacional. Por eso es perdonable, dice Vicente Riva Palacio. Por eso se puede disculpar a algunos

escritores que se firmen *Duque Job*, *Raoul*, o simplemente *Mot*, recalca el General. Poeta menor, alcanza una mayor altura cuando se aventura por huertos y cercados ajenos; sus traducciones del latín, del francés y del italiano, son lindísimas y pueden rivalizar con lo mejor conocido hasta ahora en ese género de trabajos, escribió Pedro Santacilia.

Fue uno de los fundadores del “Liceo Hidalgo”. Uno de los amigos y tertulianos del tiempo en que Altamirano presidía la mesa de los poetas, Luis G. Ortiz, leyó ante sus compañeros algunas de sus hermosas poesías originales, con unánime aplauso. Su composición, “Dos Palmas”, fue recogida en las *Veladas Literarias*. Amor siempre, ternura infinita, tristeza, lágrimas, palabras que suenan como dulces murmullos, versos que concluyen como suspiros; así eran las poesías de Ortiz, al decir de Ignacio M. Altamirano.

Tradujo también obras teatrales: *Francesca de Rimini*, tragedia de Silvio Pellico; *Paul Foreister*, pieza de Austier, que estrenó en el Teatro Nacional Eduardo González, informa Francisco Monterde. No falta autor que asegure que Ortiz publicó varias novelas, si bien mis noticias en este renglón son muy escasas no menos que lo son, eso sí, para los especialistas en este capítulo. Sin embargo, algo puedo agregar para el mejor conocimiento de Luis Gonzaga Ortiz, en este recuerdo que le quise consagrar; la identificación del pseudónimo que usó en unas “páginas íntimas”, *Detrás de la nube un ángel* una especie de novela, o relato, o cuento, publicado en la revista quincenal *Anáhuac* (1887) a contar del 15 de febrero de 1887 que sólo conozco inconclusa, por no tener completa la colección de aquella revista. El pseudónimo en cuestión es *Zuli Torgis*, anagrama de Luis G. Ortiz, que en ningún otro periódico del siglo pasado de los que me son familiares registra. Con el que consignan otros autores –Juana Manrique de Lara y Guadalupe Monroy –*Herberto*– son dos de los nombres de pluma de aquel adolorido cantor que fue el otro ya olvidado Luis Gonzaga de nuestra literatura.

27 de marzo de 1955

Un hombre llamado Lázaro Pineda

Lo que voy a referir es algo que puede ser del gusto de los argentinos. Vive en Ixhuatán, como quien dice en Tilcara, un hombre llamado Lázaro Pineda,

viejo de sesenta años. Lázaro Pineda es mi paisano, con lo cual no sólo quiero decir que somos del mismo pueblo, o lugar, o país, sino que los dos tenemos raigambre popular y estamos sembrados en tierra propia, que a eso se dice ser paisano en Argentina. El cuento es que Lázaro Pineda recitaba cuando niño en el pueblo de Ixhuatán, en la tribuna pueblerina, un monólogo de Juan de Dios Peza, de una extensión de más de cien cuartetas y que lleva por título *Recuerdos de un veterano*, en que un viejo soldado de la independencia nacional, narra su vida que es como la vida de la República. La recitación reclama una buena memoria, pero también condiciones de buen actor. Y de todos los niños de la escuela municipal, sólo Lázaro Pineda reunía los dos requisitos. A lo largo de medio siglo, los ixhuatecos nos hemos venido reuniendo en la plaza pública la noche del 15 de septiembre a aplaudir, a corear, a sollozar y a refrendar a México el juramento de amarlo siempre y defenderlo, al influjo de la representación de nuestro paisano, actuando como la primera vez: con fervor patriótico, con naturalidad y la pasión que dan las cosas bien sentidas. El clarín, la reata, el machete, el tambor y la bandera que los Padres de la Patria, pusieron en las manos del veterano, reaparecen en las manos de Lázaro Pineda para renovar en el alma del pueblo la decisión de ser libres para siempre jamás. Brilla a la pobre luz pueblerina, el machete; resuena en la noche profunda el toque del clarín; ondula en el aire la gasa de la reata; repercute y rebota el redoble del tambor; tremolan en el aire los pliegues de la bandera, con el águila que retoza en nuestros corazones. Y superando la tribuna de madera humilde, la figura del actor, encarnación del héroe de aquellas jornadas.

Memorizar tantas cuartetas no es hazaña menuda, si se recuerda que no es el español la lengua natural en Ixhuatán, sino el zapoteco. Repetirlas alcanzando su correcto sentido, poner en el desarrollo del monólogo el ardor que reclama, hicieron de Lázaro Pineda un modelo, un dechado, y sirve para ejemplificar con él, hasta donde puede llegar un indio si se le da escuela y ocasión.

Hace veinte años, si no es que más, un hermano mío, Honorato, o “Don Honor” como lo nombra el pueblo, quiso probar que la memoria de Lázaro Pineda daba para más. Y puso en sus manos el *Martín Fierro*. Y ahora, como en los días en que el hermoso poema de José Hernández era leído por gusto y por amor a la dulce tierra argentina que dijo César Fernández Moreno, y en cada pago, en cada chacra, había un ejemplar del libro nacional que el paisano ponía en manos del viajero para que le leyera un trozo al mismo tiempo que

le daba un vaso de agua; así Lázaro Pineda en Ixhuatán, que está en Oaxaca, como Tilcara en Jujuy, cuando se reúnen frente a su jacal unos paisanos, no saca de su baúl el *Martín Fierro*, sino que recita de memoria largas tiradas, y si hay tiempo y huelgo –felgo, dicen allá– lo recita de cabo a rabo; renovando en los ixhuatecos la certeza de que si Lázaro Pineda hubiera ido a la escuela, otro gallo le cantara. Quise traer a cuento todo esto, admirados Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, en ocasión de la edición mexicana del libro argentino de más sangre, y cuando su lectura allá en su tierra ya no es un placer, sino el cumplimiento de una obligación cultural.

3 de abril de 1955

Poema de Porfirio Barba-Jacob

En un cuaderno de notas y apuntes que perteneció a Porfirio Barba Jacob, después pasó a las manos de Elías Nandino y que ahora obra en poder de Alí Chumacero, se han podido encontrar, llenos de tachaduras y correcciones, dos breves poemas, según todas las posibilidades inéditos, de aquel poeta colombiano, muerto aquí hace dos lustros. Barba Jacob, de quien se dijo que era la única voz que podía reemplazar a la de Rubén Darío, vivió la mayor parte de su vida en México, dedicado a la poesía, al periodismo y a lo que él llamó el vano ejercicio de la vida. A México, “ámbito de mis cantares”, dedicó sus *Canciones y elegías*. Tan nuestro parecía que los poetas de *Contemporáneos* no desdeñaron incluirlo en aquella *Antología de la poesía mexicana moderna* que preparada por todos, firmó Jorge Cuesta. Los publicamos, sin otro comentario, para que concurra a la mayor gloria de aquel rey de la vida y vasallo de la muerte que siempre fue Porfirio Barba Jacob.

*Vine a tus playas, ciego del polvo de tu olvido,
la voluntad deshecha y el pensamiento roto
Bajel entre tinieblas, del viento sacudido,
icon que valor enfilas tu proa hacia lo ignoto!
Cómo sobre los ojos pequeñuelos
y el corazón latente un ritmo
en noches ominosas*

*mire y oí pasar, y aún miro y oigo
 catástrofes de razas y mundos
 inmergidos en piélagos remotos
 fracasados en pompas ilusorias...
 Unos finaron, otros sucedieron
 y finaron. Vi en torno espectros dulces.
 Oí contar de ensueños que contaban
 abuelos ya difuntos; en los sueños,
 ialtas torres! ¡Ciudades abolidas!
 Oí un rumor de un viento en noche antigua;
 y en un libro de estampas, hace tiempo,
 vi en el agua la sombra de la náyade.
 Sobre las playas de la muerte, un día,
 la madre viene, el niño a amamantar.*

10 de abril de 1955

Juan Díaz Covarrubias, el de la hermosa muerte

En la Biblioteca Mínima Mexicana –hermosa de formato y hermosa por sus propósitos– acaba de aparecer bajo el número 4, la novela de costumbres, *El diablo en México*, de Juan Díaz Covarrubias. Publicada en 1858, ésta viene a ser su tercera edición, aunque algunos eruditos mexicanos vayan a creer que sea la segunda con tal de insistir en sus erróneas informaciones. En efecto, en sus historias de la literatura mexicana, en reseñas de las letras mexicanas, en manuales escolares se ha venido diciendo que la primera edición corresponde al año de 1860, con lo cual la novela resultaba póstuma, pues hay que recordar que su autor murió asesinado por los conservadores el 11 de abril de 1859, en Tacubaya, donde, estudiante de medicina, curaba a un herido.

Pedro Frank de Andrea, que es uno de esos extranjeros que vienen a nuestra tierra a ver lo que nosotros, por el hábito de hacerlo diariamente, cuando no por desdén y pereza, ya no podemos ver, se encarga de escribir las palabras de presentación del autor y de la obra, y se aprovecha de la ocasión para establecer que la novela fue publicada un año después de la muerte de Díaz Covarrubias.

Frank de Andrea publica en facsímil la portada de la edición príncipe, es decir, la de 1858, para probar su aserto. La nota introductiva, muy bien escrita, cargada de buena información, rebozante de simpatía y de espíritu comprensivo con ser breve, da una idea exacta del tiempo y del ambiente en que nació, vivió, escribió sus obras y murió desventurado Juan Díaz Covarrubias, el de la hermosa vida, pero aún más hermosa muerte, que dijera Manuel Acuña al llorarlo. Díaz Covarrubias –escribe Frank de Andrea– es congoja, es sinfonía inacabada. Su corta vida revolotea sobresaltada, dolorosa y valiente en el remolino de guerras fratricidas. Pasó por las letras mexicanas como un astro luminoso, cuyos átomos dispersos en embrión, no pudieron llegar a su completo destino. Se advierte en la actividad literaria de Juan Díaz Covarrubias una especie de certeza de la cortedad de su existencia, y la urgencia de decirlo todo, así fuera mal o a medias. Si Mariano José de Larra dijo que escribir en Madrid era llorar, Díaz Covarrubias afirmó que escribir en México era faena de niños y de locos. Y, sin embargo, los dos murieron con la pluma en la mano, porque hombres antes que escritores, sabían que no era bueno regatear a su patria las luces de su ingenio. Los discursos del mexicano, sus poesías, sus novelas nos llevan a concluir que no ha sido la pasión de partido, primero, ni ahora vano el intento de proclamar a Díaz Covarrubias una gran promesa de escritor, arrebatado a México cuando apenas había cumplido veinte años.

Sus contemporáneos lo elogiaron sin regateos. José Zorrilla, que fuera su amigo, escribió que su rica y exaltada imaginación, sus ilusiones vírgenes, sus esperanzas juveniles, lo inclinaban a la escuela romántica, y que era una de esas plantas de la buena esperanza del vergel literario mexicano. Era romántico en la vida, como en la obra y como en la muerte. Mas su romanticismo –escribe el prologuista– no sólo es melancolía, es también libertad, es reforma. Asistía junto con una pléyade de escritores al cuarto de estudiantes de Altamirano, a ratos salón literario y a ratos club reformista, púlpito y ágora en que se rezaba por la patria y se defendía la libertad.

Para Covarrubias el mundo gira alrededor de dos ejes: el amor y la patria, dice Pedro Frank de Andrea; en lo cual se parece a otros muchos poetas y escritores de su tiempo. Tres númenes inspiraron a Ortega: la patria, la religión y el amor. ¿Y no decía Francisco Manuel Sánchez de Tagle que el amor y la melancolía lo habían hecho poeta? Y si dijera que también la patria, no habría mentido. La obra de Díaz Covarrubias se resiente de urgencias, de apresuramiento, cosas naturales de los tiempos que corrían y en un temperamento

como el suyo. Pero había en él los dones todos para intentar obras mejor logradas, como lo consiguieron otros de sus contemporáneos. Por los destellos de riqueza expresiva, dispersos en su obra, por su poderosa imaginación y por el singular contenido histórico-social de algunas de sus novelas, es lícito suponer que las balas de Tacubaya segaron a uno de los novelistas de más promesa en el siglo XIX mexicano, concluye Pedro Frank de Andrea.

17 de abril de 1955

Historia de la literatura mexicana

La noche del viernes 15 de este mes de abril Ángel María Garibay K. dictó la primera de las conferencias que el Instituto Nacional de Bellas Artes ha organizado para este año acerca de la Literatura Mexicana. Las conferencias han sido encomendadas, de dos en dos, a doce de las más destacadas autoridades en los temas respectivos. Miguel Álvarez Acosta, actual Director General del Instituto, se propuso al planear este suceso, concurrir con la aportación que de las conferencias resulte a esa esperanza de darle a México, una historia de su literatura que diversas instituciones de cultura y muchos investigadores mexicanos, han venido soñando en las últimas décadas. Es verdad que existen varios esfuerzos encaminados a este fin, algunos realizados dentro de la más estricta investigación y más depurado juicio, pero no puede decirse con puridad que constituyan verdaderas historias de la literatura mexicana. Los trabajos de Francisco Pimentel, de José María Vigil, de Luis G. Urbina; las historias de Carlos González Peña y Julio Jiménez Rueda son, pese a sus excelencias, meras guías, proyectos, prospectos de esa historia de nuestras letras que alguna vez habrá de escribirse. En los últimos diez años Alfonso Reyes y José Luis Martínez redactaron el magnífico panorama de *Las letras patrias*, contenida en la monumental obra *México en la cultura*. Alfonso Reyes ha publicado en volumen aparte la época que le tocó redactar de la obra mencionada, bajo el título de *Las letras coloniales*, no así José Luis Martínez quien ha insistido en ahondar la etapa que arrancando de la Independencia alcanza a nuestros días. Sin embargo de todo, *Las letras patrias* no son todavía una historia de la literatura nacional, pues para serlo haría falta un mayor desarrollo de épocas, géneros, influencias y una valoración, la más rigurosa, del acervo literario de México.

El ciclo de conferencias planeado por el Instituto Nacional de Bellas Artes a través de su Departamento de Literatura, abarca un panorama de nuestra historia literaria a partir de sus orígenes, es decir, de la época precortesiana a la Revolución Mexicana de 1910, con lo cual queda dicho que lo último que se va a mostrar en esas conferencias es la producción que el movimiento revolucionario dio origen, principalmente en la novela, el cuento y el relato. Ángel María Garibay K. —que como ya está dicho— abrió el ciclo, ha hecho un apretado resumen de la literatura indígena anterior a la Conquista. A esa primera época de nuestra literatura, van a seguir las otras etapas que comprende, primero, la Era Colonial, y después, el Periodo Independiente en las que habrán de tratarse el Teatro Misionero de la Nueva España, la Poesía Colonial Mexicana, la Poesía Neoclásica, La Novela Mexicana desde José Joaquín Fernández de Lizardi al Triunfo de la República; el Teatro Mexicano de la Independencia a nuestros días, el Romanticismo Mexicano y algo verdaderamente novedoso e inusitado, de una extrema importancia en nuestro desarrollo literario, el tema propuesto por Alfonso Reyes: “Altamirano y la cultura helénica en México.” Y continuará después con el Costumbrismo, Realismo y Naturalismo en la Novela y el Cuento mexicanos, para concluir con el balance del Modernismo en México. Como puede verse por la sola enumeración de los temas, el texto de estas disertaciones que el Instituto Nacional de Bellas Artes se propone reunir en dos volúmenes puede constituir un epítome de nuestra historia literaria.

Ángel María Garibay K., autoridad impar en el conocimiento de los restos literarios del México prehispánico, no sólo dio el tono que va a predominar en estos resúmenes; espíritu científico, preocupación didáctica, afán de claridad y brevedad, sin que esto signifique sacrificio del sentido y de la información; sino que al parecer ha anticipado los elementos para el juicio final que sobre la literatura mexicana deba tenerse. Porque no otra cosa dan a entender las palabras finales de su primera disertación. Creo descubrir —dijo el doctor Garibay— como influjos permanentes en la literatura de México estos elementos: el sentido y estimación del color como elementos sagrados, ya que forma parte de la concepción del universo, era del nahuatlato. Y en la poesía de nuestros mejores épocas podemos hallar la bella irisación de los colores en muy variadas maneras y grados. Los poetas de México han sido siempre, aun en etapas de poesía abstracta, personas para quienes el color existe. O es un paralelo, debido al medio, o es una supervivencia del mundo antiguo. La delicadeza como matiz propio de la expresión. Suavidad de formas, suavidad de imágenes, sua-

vidad de conceptos. Paradójicamente, un pueblo que está a la continua entretenido en la guerra y manchado con la sangre de los sacrificios, tiene los ojos y el corazón puesto en las flores, los pájaros de bello plumajes polícromos, en el agua que fluye, en el viento que pasa rumorante, en el silencio de la noche y en el enigma de la muerte. Esta tónica persiste en poetas hispanos de los tres siglos de dominio, y en los poetas posteriores. La finura mexicana, aún no perdida a pesar de los rudos influjos sajones, sigue siendo uno de los encantos de nuestras letras, aun en los poetas imberbes. Y yo me pregunto si esta delicadeza la llevamos en las venas, siendo los hombres de la perpetua revolución, o si nos la impone la herencia atávica de aquellos poetas que tienen miel en el alma y obsidiana en las manos endurecidas. La melancolía de estos poemas, sin llegar a la tristeza de la fácil leyenda, es un hecho innegable. Como si una nébula de amargura pasara sobre un jardín deshecho. Y no es la época en que las espadas de Cortés habían taladrado los pechos, sino de la que parecía de triunfo y de superación. Esta dulce amargura del alma que atisba lo infinito tiene también sus resonancias en la poesía de los siglos que vienen más tarde. ¿Es un producto de un suelo en que el sol luce y la luna se quiebra en las flores, o es una herencia de los que lloraron la enigmática penumbra del Misterio, anhelado de revelar siempre, sin alcanzarlo nunca? Creo más bien que los ecos de aquella musical elegía de los *teponaxtles* y las flautas siguen cantando en el corazón de cada mexicano.

¿No ha vuelto Ángel María de Garibay K. a insistir como en los viejos tiempos, en señalar el color, la finura, la melancolía, como elementos constitutivos de nuestra alma, y por ende de nuestra literatura? No percibe el lector en otras palabras un eco de los viejos maestros mexicanos que han querido ver en las letras nacionales una descarga de nuestra más entrañable manera de ser colectiva?

24 de abril de 1955

Necrología de Moreno Villa

En las primeras horas del lunes 25 de abril murió en esta ciudad de México, José Moreno Villa. Había llegado para quedarse definitivamente entre nosotros a fines del año de 1938, al ocurrir la caída de la segunda República

Española. Espíritu superior, disciplinado, hecho a las altas tareas de la inteligencia, encontró en el ejercicio de las letras, como es frecuente que ocurra, una manera de entretener y suavizar sus nostalgias y añoranzas de la tierra lejana, de atenuar los rigores de la ausencia, más dolorosa cuando involuntaria. A la manera de otros desterrados españoles del siglo pasado, por causas parecidas a las de este destierro, y al modo de los desterrados mexicanos del siglo XVIII; aquéllos en Londres, éstos en diversas ciudades de Italia, José Moreno Villa encaminó sus trabajos de escritor a evocar la patria perdida, porque en nombrarla y en evocarla se la acerca, se la recupera; y al darla a conocer se le promueve simpatía y aversión a la causa que originó el destierro. No otra cosa hizo Blanco White en Londres. No otra cosa hizo Clavijero en Bolonia, pongamos por caso. Los libros que éstos escribieron, los periódicos que publicaron sirvieron a sus respectivas patrias en una proporción que no lo hicieron los que la cabeza inclinada, se quedaron en su patria caída en desgracia.

Pero el caso de Moreno Villa, como el caso de otros muchos ilustres españoles del destierro, se singularizaba con una circunstancia por demás significativa. Él no había venido a una tierra extraña, sino a un sitio por donde habían pasado sus viejos progenitores, los españoles del siglo XVI, cuyas huellas todavía no se enfrían. Así fue como a la vuelta de unos cuantos años, se sintió en México como en su solar natío. Aquí hizo nueva familia. Aquí le nació un hijo. Aquí escribió algunos de los libros que coronan y dan cima a su labor de poeta, ensayista y crítico.

Como otros escritores extranjeros que se han preocupado por la cultura mexicana, pero mejor preparados que ellos por compartir una mitad de esa cultura, José Moreno concurre con más de un hallazgo, de una reflexión sutil captada al vuelo, a la vieja búsqueda de aquel matiz, de aquella síntesis que mejor defina a México. Primero titubeante como que andaba tanteando el suelo que pisaba, y después con paso firme, se fue entrando por el campo de nuestra pintura, y escultura, y arquitectura del periodo colonial, sin olvidar que tal etapa de nuestra vida cultural es una conjunción del mundo indio y del mundo español. Y descubrió en las artes plásticas de esa era algo que él llamó “arte *tequixtli* o vasallo” que ya ha pasado a la terminología de esta clase de estudios y que ya ha sido aceptado por todos aquellos investigadores de la vieja cultura mexicana. Sus libros sobre escultura, pintura, y otras artes plásticas mexicanas quedan para dar testimonio del señorío que ejercía en estas mate-

rias, y serán de hoy en adelante puntos de partida, antecedentes, estaciones en el camino que ha de conducir a la cabal y definitiva explicación de la cultura en México. Alerta siempre a todos los llamados, sensible siempre a todos los toques de reunión, concurrió a la elucidación y dilucidación de “lo mexicano” y nos dejó en ese tema algunos apuntes de extremada agudeza. Uno de sus primeros libros de tema mexicano *Cornucopia de México* puede colocarse al lado de aquellos de mayor significación en la larga serie de los escritos por viajeros en nuestro país, con *Life in Mexico*, de la Marquesa Calderón de la Barca, y con *Face to face with the mexicans*, de Fanny Chambers Gooch, para no mencionar sino dos. Allí podrán los investigadores del futuro hallar el atisbo que los lleve a nuevas conclusiones. Allí podrán cazar el epígrafe que encamine sus investigaciones, el aforismo que resuma el alcance de sus libros. Algo que le hubiera gustado es que yo ahora lo proclame un escritor a la manera de los escritores del mundo precortesiano: un *amoxtlacuilo*, es decir, una suma de pintor y de escritor. Porque entre aquellos hombres no había poeta cabal si no iba unido a pintor cabal. Y José Moreno Villa era de modo armónico esas dos cosas.

1o. de mayo de 1955

Renacimiento literario

Siempre que en México se publiquen muchos libros, se puede decir que la literatura nacional renace. Cuando al triunfo de la República, escribió Ignacio Manuel Altamirano que decididamente la literatura mexicana renacía, dijo una verdad. Y la dijo también Pedro Santacilia, cuando un año después, reseñó el estado de nuestras letras. Y era igualmente verdadera esa afirmación en la pluma de Enrique de Olavarría y Ferrari y de cuantos la formulen cada vez que un grupo de escritores publique el fruto de su ingenio y de su afición. Porque la literatura de un pueblo la constituyen todos los libros que en él se escriban y se den a la estampa, independientemente de su calidad. Hasta los libros que no son sino mera imitación, mera calca, sirven si no a la historia de los géneros, sí a la historia de las vicisitudes que las letras de una nación tienen que recorrer antes de quedar definidas, antes de cristalizar en obras acabadas. Con ellos puede medirse un día a qué estado de postración puede llegar un pueblo en un momento dado, a qué nivel puede descender un país

cuando su inteligencia se desliga de sus destinos. Pues parece indudable que si los artistas y escritores que se supone son la concreción de las virtudes y excelencias de los pueblos, copian o imitan servilmente, parece indudable, decimos, que ese pueblo y su literatura andan perdidos. Y sin embargo, esos libros tras de cumplir una función en la historia literaria, concurren a definir al país en donde brotan, a veces sin esperarlo los autores, frecuentemente sin quererlo. Hay en la tierra que los hombres pisan, en el aire que respiran, en el agua que beben, en el cielo que miran un fluido, un efluvio, una esencia tan sutil que no hay gramática que enseñe a los extranjeros, ni decisión que anule y desvíe, y eso es lo que se cuele en lo que los hombres de una tierra imaginan, sueñan, y realizan. Pudiera decirse que es la manera como la patria toma venganza y desquite de los que la olvidan y la posponen, atraídos por los modelos extraños. Es la forma como un país brega por anular las imposiciones de países más fuertes que lo invaden con su economía, con sus estilos de vida. En las artes han encontrado los pueblos sojuzgados la mejor arma para combatir a los extranjeros y para subyugarlos finalmente. El negro de los Estados Unidos ha tomado desquite de sus patrones blancos, imponiéndoles su música, sus bailes, sus canciones y más de un aspecto de su lenguaje. El odio del yanqui a la raza negra, si bien se mira, puede ser una especie de desquite que se toma el amo contra el esclavo que lo sojuzga espiritualmente. Los hombres de una tierra dada, si han llegado a crear una cultura, no quedan derrotados por el solo hecho de perder su independencia política; en el vasallo se prolongan las excelencias de la tierra, quedan vivas las maneras de su ser colectivo. No otra cosa ocurrió con los indios mexicanos al consumarse la Conquista. Perdieron la voz, la palabra, pero no la capacidad de cantar, y de prolongarse en la voz y la palabra de sus vencedores. Y este es un hecho que todos advirtieron y denunciaron desde los días mismos de la Colonia: “indiano”, no era tanto la situación de quien volvía de las Indias, sino un estado de ánimo, una manera de ser nueva en que ya entraba un rasgo americano, mexicano, en este caso. Pues en efecto el vencedor había pactado con el indio, había aceptado algo de su ser, había intercambiado con él algunos dones. ¿No se dijo que el galgo traído por los españoles para cazar indios, había perdido el habla, quiero decir, el ladrido, al contacto con el *izquintle* que no ladraba? Y quien diga que esto es fábula y mentira, le respondo que la fábula y la mentira son una imagen de la verdad.

Pero yo quería hablar del renacimiento que ocurre en la literatura cada vez que se publican muchos libros. Y torno a decir que en las obras de los escrito-

res mexicanos, de ahora y de siempre, aunque a primera vista parezcan ajenas, llevan en la región sacra, ese lunar verduzco que proclama la estirpe india, a través de varios siglos de servidumbre. Y lo podemos encontrar hasta en aquella que más extraños aparezcan al primer golpe de vista: en Manuel Gutiérrez Nájera, el francés de adopción que decía don Justo, por ejemplo.

8 de mayo de 1955

Descargo de conciencia

Hace algunos años, ya no recuerdo cuántos, porque yo acostumbro olvidar todo aquello que no concurre a crecerme, se publicó un libro en esta ciudad de México en el que aparezco como uno de los autores, al lado de José Attolini, Clemente López Trujillo y Ermilo Abreu Gómez. Libro fallido, sin duda. Porque no representó ningún trabajo y frustró la ocasión de dar a los lectores mexicanos las mejores muestras de la literatura nacional, en cuatro siglos de su existencia. *Cuatro siglos de literatura mexicana* era justamente su título. Lo tuve en casa durante mucho tiempo, pero un día, para evitar los sonrojos, que solía producirme, le di de baja. Pero puede recordar que era denso, en su doble connotación de compacto, no ralo, no flojo, y de craso, espeso, o pesado, esto es, chocante, como decíamos en la Prepa.

Llevaba un breve prólogo de Abreu Gómez, una pequeña nota bibliográfica anticipaba cada una de las piezas que recogía, y deje usted de contar. Aunque aparezca firmándolo no tuve nada que ver al final de cuentas con el material que reúne. Al principio, es verdad, intervine para planearlo, pero tanto se tardó en poner en marcha el propósito que llegué a pensar que quizá nunca fuera a dársele cima, y que tal vez no se publicara jamás. Si se tarda un poco más ese libro, le dije al editor, don Esteban González, tendrá usted que llamarlo *Cinco siglos...* Sin embargo, un día la idea alcanzó forma real. Entonces me apresuré a revisar el Índice, a pasar los ojos por los artículos seleccionados, y para salvar un poco mi responsabilidad, no pudiendo ya opinar sobre las presencias, me conformé con preguntar el por qué de algunas ausencias, lo que sirvió para incluir algunos nombres injustamente olvidados. Sirvió también para establecer la opinión última que Ermilo Abreu Gómez, principal, por no decir único autor de la obra, tenía sobre algunos escritores mexicanos, desterrados del libro.

A tiempo nos afearon la antología. A tiempo expliqué cuál fue mi participación en la obra, pero como quiera que la carta que escribí por aquellos días –¿1946? ¿1947?– a Julián Amo no se dio a conocer, quise ahora descargar mi conciencia de la parte de culpa que pudiera tener ante los ojos de algunos del pecado que entraña un libro así de atrabiliario, si bien no de mala fe.

Viejos, queridos, y admirados escritores contemporáneos a quienes solicité material quedaron fuera de los *Cuatro siglos de literatura mexicana*, ya por olvido, ya por la precipitación con que fue armado, ya porque discrepaban de la opinión y del credo estético de quienes le dieron al acervo el toque definitivo. Uno de ellos –de los postergados– el buen prosista, el ágil y regocijado autor de la *Invitación al dancing*, Octavio N. Bustamante, amigo de siempre a quien no he vuelto a ver, pero a cuyas narraciones y cuentos y novelas, retorno siempre.

15 de mayo de 1955

Raúl Roa vuelve a Cuba

No es ésta la primera vez que mi *Alacena* se ocupe de Cuba y de la amistad, vieja de siglos, que siempre hubo entre México y la hermosa patria antillana. Aquí hemos incitado a mexicanos y cubanos a que escriban ese libro en que se haga la historia de la presencia cubana en la Conquista de México y de la presencia mexicana en la lucha libertaria de Cuba, desde hace un siglo. Cuando la causa de la libertad ha padecido la persecución aquí y allá, no como una tierra extraña sino como a la propia, cubanos y mexicanos abren sus puertas a los proscritos. Dos años hace que vino a nuestra casa Raúl Roa, el ensayista y escritor isleño, que, a pesar de su significado en letras y en el pensamiento de Cuba, en los que continúa en la línea de los grandes maestros, sino por eso mismo, no renuncia a ser al propio tiempo un ciudadano para quien la suerte del hombre cubano no es ajena, sino propia. Ahora Raúl Roa se vuelve a Cuba, como un día volviera a ella Juan Clemente Zenea, a morir, y José Martí a renovar a la patria idolatrada el juramento de morir por ella. Al marcharse, quiso nuestro Roa despedirse de sus amigos de México, valiéndose de mi humilde conducto, seguro de que la mano que le tendí, contenía el calor de las manos de mis compañeros de letras y de ideales libertarios. Hela aquí, sin ningún otro comentario:

Mayo 16, 1955.

Sr. Andrés Henestrosa,
Ciudad.

Mi querido Andrés:

Estoy a punto de volver a Cuba y no quiero irme sin dejarte expresa constancia de mi gratitud y amistad. La amnistía política recientemente dictada me permite tentar, una vez más, al destino y ocupar el puesto que el deber me señala.

Tuve la singular fortuna de poder plantar mi tienda de proscrito en tu patria. En México –bien lo sabes tú como nadie– jamás se consideró extranjero al cubano y siempre se le ofreció alero y tribuna al compatriota arrojado a sus costas por defender la libertad y el decoro humano. Nombres preclaros –José María Heredia, Juan Clemente Zenea, Pedro Santacilia, José Martí, Julio Antonio Mella– blasonaron esa gallarda tradición. Algún día habrá que escribir ese hermoso capítulo de nuestra historia común. A ello te incito por tu cabal dominio del tema y acendrado amor a Cuba, ala de tu raíz zapoteca.

De muchos mexicanos ilustres soy deudor de pruebas constantes de afecto, distinción y solidaridad, particularmente de Benito Coquet, Andrés Iduarte, Jesús Silva Herzog y Enrique Cabrera; pero a ti debo una de las emociones más hondas y perdurables de mi vida. Me refiero a tus generosas palabras de presentación en la última cena de Cuadernos Americanos, en la cual tuve la honra de hablar en nombre de los pueblos de nuestra tradición, lengua y espíritu. Haberlas merecido de escritor tan descontentadizo y urticante como tú colman mi gratitud y mi orgullo. Aquella noche vivirá en mi recuerdo con fulgores del alba.

Quiero patentizarte, además, mi profundo reconocimiento por haberme acompañado a pie firme, en la heroica aventura de Humanismo. Confío en que sigas a nuestro lado, aunque yo retorne a Cuba. Humanismo se continuará publicando en México bajo mi dirección y al servicio de nuestra América.

No pudiendo despedirme de todos los amigos, como quisiera, dados los apremios del viaje, te ruego hacerlo por medio de estas líneas, que les lleva, por tu conducto, el cálido testimonio de estimación, afecto y gratitud.

Un fraternal abrazo para ti de

RAÚL ROA

22 de mayo de 1955

Un extraño ejemplar de "Lascas"

Ignoro si llegó a publicar Alfonso Méndez Plancarte, o si quedó por escribir el artículo que un día me anunció acerca de un hallazgo que acababa de hacer de Salvador Díaz Mirón, el poeta y artífice sobre quien escribió un erudito un libro. Venga usted, Henestrosa, me dijo por teléfono; quiero platicar con usted sobre un tema literario, y pedirle al mismo tiempo que me proporcione alguna información que necesito. Porque, don Alfonso, sabía sobre Díaz Mirón lo que nadie, quiso hacerme objeto de una galantería que yo he sabido corresponder borrando todos los pequeños resquemores que le guardaba por diferencias de opiniones sobre los maestros de la Literatura Mexicana que él solía tratar con un tono que algo tenía de desdeñoso. Así, el caso de Altamirano, a quien llamaba maestro entre comillas. Fui, pues, a su casa. Y entonces me mostró el ejemplar personal de Díaz Mirón del libro *Lascas*. Me lo dio a que yo lo examinara y le dijera qué encontraba en él de extraño en relación con mi ejemplar, o con los ejemplares que hubiera tenido en mis manos. El ejemplar en cuestión contenía muchas particularidades, visibles a la simple vista. Una era que estaba corregida de propia mano del poeta, lo que era señal evidente del prurito de perfección formal que siempre lo atormentó. Otra era que su portada era distinta. Y una última es que una bala casi había atravesado de parte a parte el libro, pulcramente encuadernado. El señor Alfonso Méndez Plancarte se proponía con todos esos elementos escribir un artículo para *El Universal*, ya que por estar su libro impreso, *Díaz Mirón poeta y artífice*, no podía aprovechar aquel precioso descubrimiento. Es posible, me decía, que el poeta estuviera alguna vez limpiando sus armas, cosa que era habitual en él, y se le hubiera ido un tiro. Las correcciones que eran tres o cuatro, de haberlas conocido a tiempo las habría trasladado a los poemas respectivos, con una nota aclaratoria. Y que era evidente que había de *Lascas* dos ediciones simultáneas; la común y corriente, y ésa que acababa de adquirir que sin duda corresponde a los primeros tirajes. Y como yo le dijera que tenía las dos ediciones, nos pusimos a describirla. La carátula representa una alegoría, quizá de la invención del poeta, realizada por J. Bernadet, en Xalapa. Muy abigarrada, es una muestra del espíritu barroco, contradicha por su verso, de Díaz Mirón; a la izquierda, se levanta una columna que remata en una cabeza de mujer coronada de laurel, y da nacimiento a una franja en que aparece el título del libro, y, tras de partirse en dos tantos, serpea por el lado opuesto y anuncia el contenido,

el nombre del autor y la fecha. Anudados con listones, aparece un tomo de Homero y otro de Virgilio; al iniciarse un escudo que ostenta en su centro una lira, se ve un libro abierto con los nombres de algunos de los poetas a quienes Salvador Díaz Mirón debió reputar sus pares: Homero, Esquilo, Píndaro, Hesíodo. Eurípides, Sófocles. A la derecha, una musa que ostenta corona –cabellera abundosa que cae en torrentes sobre sus espaldas, manto flotante, un seno, un muslo descubierto y los pies desnudos– tiene a sus plantas otros libros; sostiene en la mano derecha una espada flamígera y en la otra una rama de laurel; una bandera flota soberana a espaldas de la diosa; sobre el pico de Orizaba, aparece como fondo una estrella que parece brotar de la cabeza de la musa que levanta la mirada retadora. Que ésta fuera la carátula ideada por el poeta para la edición entera no cabe la menor duda, pues, al retirarla, tal vez por alguna desavenencia con el grabador, o con el impresor, o con los dos juntos, el enorme y feo sello del gobierno del Estado de Veracruz aparece no en la portada, sino en el reverso de la edición común. Pero hay algo más que refuerza esta certeza, y es que la Epístola al editor contiene en su estancia final una especie de justificación o explicación de la complicada carátula.

*¿Que repulsas mi código? Basta.
La bandera prendida en el asta
y ondulando a las rachas supremas,
luce y riza colores y lemas;
y debajo a que nadie los toque,
y blandiendo flamígero estoque,
una musa de fuerza y de gracia
yergue al sol su hermosura y su audacia.*

Éste era el tema del artículo que Alfonso Méndez Plancarte me anunció y que yo ignoro si llegó a publicar. Y yo lo quise hacer, a sabiendas de que sólo él podía extraer de la cuestión, por sus innumerables recursos, todo el jugo que contiene.

29 de mayo de 1955

Literatura oaxaqueña

Hace dos años, al preparar una charla sobre la “Poesía en Oaxaca”, creo haber establecido que el alma y la inteligencia oaxaqueñas no se expresan en poesía, sino más bien en las artes plásticas y la música. Y recordé la riqueza artística en escultura, arquitectura y pintura de los viejos tiempos indios, de la era colonial y de nuestros días. Y repasé las melodías inconfundibles de Oaxaca. Y me dije que sí, que efectivamente la inteligencia y el alma de los oaxaqueños encontraba cauce en esas ramas del arte. El nombre de Miguel Cabrera en el pasado, y el de Rufino Tamayo en nuestro tiempo, vinieron a robustecer la sospecha, ya vieja en mí. Los nombres de Macedonio Alcalá y de José López Alavés, autor de “Dios nunca muere” el uno, y de la “Canción Mixteca” el otro, estaban allí para convencerme de que era la música el vaso en que se recogía nuestro llanto; recordé, también, la gran familia de los artistas anónimos que no desdeñan poner en cosas tan frágiles y efímeras como los juguetes, un rasgo, una dimensión de su espíritu, fino y delicado; artesanos prontos a incorporar aun a las cosas más ajenas a los goces del alma, una greca, un dibujo que atenúe la idea de trabajo duro y cotidiano: tal esas flores que graban y luego coloran en los metates, ésta sí verdadera piedra de sacrificios; y las leyendas y escenas de la vida que adornan los cuchillos, en cuyas hojas no la vida, sino la muerte, pone un dato escalofriante. ¿Y no es esa misma inclinación de buscarle a los hechos lo que puedan tener de alegría y de amor a la vida, lo que lleva a las refresqueras a combinar aguas de diversos colores, recreando así los ojos del viajero, antes de mitigar la sed que seca sus labios?

En efecto, concluí, no es en la poesía donde el alma de Oaxaca se contiene. Entonces, me vino la idea de revisar todas las antologías poéticas mexicanas, y pude darme cuenta que ninguna de ellas registra el nombre de un poeta nacido en Oaxaca. Revisé después los florilegios y antologías oaxaqueñas por cerciorarme si de verdad ninguno de sus poetas merecía aparecer en los ramilletes de la poesía mexicana. Es verdad que en verso se escribió siempre en la vieja Antequera, es verdad, asimismo, que la producción literaria es abundante, desde que el alfabeto llegó a aquellas tierras, pero poesía entendida como belleza, como traducción de los más recónditos y puros sentimientos del hombre, sólo atisbos, sólo balbuceos registra la producción toda de los escritores oaxaqueños. De los poetas que han llegado a mi conocimiento, uno solo parece traspasar los límites de la mera rima, y es Patricio Oliveros, desconocido casi por completo,

pero autor de dos o tres poemas no exentos de belleza. Uno es un soneto escrito con motivo del Jubileo de León XIII y que perdido en alguna publicación local, fue desenterrado por el Padre Federico Escobedo para incluirlo, creo, en *Flores del huerto clásico*. Animado por reunir la producción de Patricio Oliveros, así como rescatar de las publicaciones olvidadas lo que de más decoro se haya escrito en verso por los oaxaqueños a fin de organizar una pequeña antología que complete la de Emilio Rabasa, Manuel Brioso y Candiani y Alfonso Francisco Ramírez, he venido a dar con algo que, si bien ya fue señalado por Alfonso Méndez Plancarte, no es del todo ocioso recordar aquí: la versión que del soneto a León XIII hizo Alfonso Gutiérrez Hermosillo y que aparece como obra suya en su libro póstumo, *Itinerario, antología cronológica*, que preparado y prologado por Efraín González Luna publicó *Abside*, en 1937, dos años después de la muerte del poeta. Gutiérrez Hermosillo gozaba en retocar poemas ajenos que le gustaran, quizá como un homenaje a sus autores, quizá dolido de sus deficiencias. Siendo menos conocida la versión de Gutiérrez Hermosillo, la reproduzco aquí para que los estudiosos de la literatura en Oaxaca, la incluyan en sus trabajos.

*Piloto por el mar y en ese leño
bajo la que te envuelve, noche dura,
sin brújula ni velas, ¿por ventura
es tu locura arrojo de tu sueño?
Vas mirando el peligro y vas risueño
cuando en él hallarás muerte segura?
¿Qué signo brilla en la remota altura?
¡Enfrena, enfrena el atrevido empeño!...
Bogando voy en esta frágil nave
tiempos hace de tiempos, sin recelo,
en noche clara o en tormenta grave.
Y he de pisar las playas de mi anhelo...
¿Cuándo? No sé; pero el Señor lo sabe.
¡Luz no me falta: tengo la del cielo!*

5 de junio de 1955

Biblioteca Mínima Mexicana

Vamos a dedicar esta columna, de este domingo, a comentar algunos de aquellos libros que puedan llegar a nuestras manos. No haremos crítica, sino más bien el comentario, la impresión que su lectura suscite en nosotros, como mejores lectores. Diremos en breves líneas, qué nos gusta, qué se aparta de lo que pensamos que es y debe ser la literatura, procurando que nuestra opinión sea el reflejo más fiel de nuestro leal saber y entender, que si no fuera entender, será por lo menos leal. Sea lo primero, la reseña de los diez primeros volúmenes de la “Biblioteca Mínima Mexicana” que viene publicando Costa-Amic, con el concurso de alguno de los más señalados escritores a quienes se encarga de la selección y prólogo de cada uno de los títulos. Es el propósito del editor, y así se advierte en lo que hasta ahora se lleva publicado, dar a luz obras inéditas, pero también obras ya impresas que por estar agotadas, o por su significación, valga la pena poner al menor costo en manos del lector mexicano, ávido siempre, aunque algunos crean lo contrario, de nutrirse con todo aquello que algo le diga, que algo tenga de común con él. Fiel a ese propósito de Costa-Amic, la Biblioteca ha hecho una primera selección de libros, o fragmentos de libros que tienen por sí mismos unidad, y en que se cuentan obras inéditas o ya agotadas desde hace algunos años. Su número 1 corresponde a José Joaquín Fernández de Lizardi, “El Pensador Mexicano”, de quien se reproducen los capítulos de *El Periquillo* que tratan de sus primeras andanzas, así como algunos artículos y *El Testamento* en verdad una de las partes más hermosas de la novela de Lizardi. La selección lleva un prólogo del propio editor, la nota explicativa de los propósitos de la Biblioteca, y se ilustra con algunas estampas de la edición original. Ante la imposibilidad de detenernos en cada uno de los títulos, mencionaremos solamente aquellos que de momento recordamos, que ya por el hecho de recordarlos se puede ver lo que para nosotros significan. De Alfredo Chavero se reproducen algunos fragmentos del trabajo que hizo para la obra monumental *México a través de los siglos*; es decir que de la “Historia Antigua y de la Conquista”, escrita íntegramente por Alfredo Chavero, se recogen los capítulos I y II del Libro IV, y que bajo el rubro de *Los aztecas o mexicas. Fundación de la ciudad de México-Tenochtitlan*, se incluye en la serie, bajo el número 3. Algunos de estos tomitos constituyen verdaderas joyas bibliográficas, y un plausible acierto su reproducción, no sólo porque vuelve a ponerse en manos de los lectores, sino porque en algún caso –así *El diablo en México* de Juan Díaz

Covarrubias— da ocasión para aclarar puntos de bibliografía confusos o verdaderamente erróneos que venían repitiéndose a través de los años; como lo hizo Pedro Frank de Andrea al establecer que la llamada primera edición de la novela de Díaz Covarrubias no es en rigor sino la segunda. Cosa igual pudiéramos decir del *Cuauhtémoc, el rey de los mexicanos* por Luis González Obregón que, publicado en 1921, en ocasión de la entrega de la estatua del joven abuelo al Brasil, y repartida durante las fiestas del centenario de la independencia de aquella ilustre república, era casi un milagro hallar un ejemplar. Algo que debiera recordar el prologuista BMN es que si la edición mexicana es rarísima, lo es más la edición brasilera, que muy pocos mexicanos han visto y una gran mayoría ignoran que existe. Uno de los mejores libritos de esta pequeña gran biblioteca mínima es el del poeta, periodista y escritor Alfredo Cardona Peña, titulado *Semblanzas mexicanas. Artistas y escritores del México actual* en que el autor encuentra ocasión para dar rienda suelta a sus dones de poeta, para quien cualquier punto de partida es bueno para hacer un poco de frágil espuma, para soplar en el cañuto de la lengua, que decía Urbina, y para echar a volar la fantasía y trazar retratos en que los personajes sin perder realidad, aparecen envueltos en gasas de leyenda o de mitología. Un libro éste que da testimonio de lo que Alfredo Cardona Peña puede hacer con lo que sabe y con lo que inventa, que no de otra manera proceden los poetas cuando son buenos. Aunque muy reeditados en los últimos años, después de haberse agotado la última que hiciera la Editorial América hace treinta años, no ha sido una falla de la Biblioteca acoger los *Cuentos frágiles* de Manuel Gutiérrez Nájera, enriqueciendo la impresión con unas pulcras, medidas, muy bien entonadas palabras de Enrique González Casanova, a manera de prólogo.

Y una cosa más: la “Biblioteca Mínima Mexicana”, por su tamaño, por su decoro tipográfico, por su formato, allende otros valores, atrae al lector como promesa de lectura fácil, que lo es, y útil, que no otra cosa se propusieron sus animadores.

12 de junio de 1955

Gabriel Botas, librero y editor

Debo al gusto por recorrer librerías, lo mismo las de nuevo que las de viejo, haber conocido a los más extraños, interesantes y pintorescos sujetos de esta

ciudad de México. Referir esas andanzas, trazar la semblanza de vendedores y compradores de libros, relatar sus manías, sus predilecciones es algo que yo he venido aplazando, como tantas otras cosas, desde hace muchos años. Muchos han muerto, otros han envejecido, unos más se fueron lejos de aquí, perdidos en los pueblos. Algunos enriquecieron en el comercio de los libros, pero los más siguieron pobres, corriendo de un lado a otro, todo el día, en busca de esa pieza que un cliente les ha encargado. Otros se alejaron del trato de los libros, vencidos por los años. De muchos fui amigo; con algunos hasta llegué a cultivar una amistad íntima, traspasar el umbral de sus casas, penetrar las trastiendas de sus establecimientos y asomarme a su complicada psicología. Y lo que se dice de librereros, se puede decir de compradores. Pero, en fin, quédese para otra vez contar lo que recuerdo haber visto en un cuarto de siglo que llevo de recorrer librerías y de trato con los más ilustres escritores que han gozado de este exquisito placer de tratar con la letra impresa, con las imprentas, con el libro en suma, en su doble condición de ser físico y entidad espiritual, producto de la inteligencia humana.

Pero yo quería hablar ahora de Gabriel Botas, un cubano que ha pasado toda su vida en México, vendiendo libros, imprimiendo libros, en trato cotidiano con escritores, imprentas y tinta fresca. Muy joven, a los diecisiete años dejó su patria y su mar, y se trasladó a México, donde su padre, Andrés Botas, tenía una librería. Y desde entonces, ni un solo día, ni un solo minuto, ha perdido el noble contacto, la deliciosa comunión con la letra y el alma que está presa en la letra. Gabriel Botas vende libros, pero los conoce por dentro y por fuera, le sabe la historia personal a cada uno de los libros; quién era el padre, dónde nació, cuándo vino a México por la primera vez, si de libros extranjeros se trata. Los reconoce por su tamaño, por su grosor, por el color de sus pastas, y, en fin, por todas aquellas referencias que en un momento dado puedan servir para identificarlos, para darles alcance en esa montaña de libros que él maneja, distribuidos en dos librerías y en diez bodegas. Una sola cosa no ha hecho hasta ahora Gabriel Botas, y es escribir libros, o por lo menos no estamos enterados de que los escriba; pero si fuera así sería una especie de mutilación en un hombre que tanta sabiduría ha logrado acumular en los años que lleva de vivir entre ellos, de tratar a los escritores mexicanos, de intervenir de un modo destacado en los afanes editoriales y bibliográficos de México. Si otro libro no escribiera, bastaría con que escribiera uno contando lo que sabe de los literatos mexicanos, con lo cual haría un señalado servicio a la historia de

la Literatura Mexicana. El libro que no escribió Ignacio Cumplido, pudiera escribirlo Botas, en relación con su tiempo. Pero no desesperemos; a Gabriel Botas todavía le quedan muchos años de vida y no es tiempo de dolerse de que nos haya dejado sin unas memorias de librero y editor.

Va para cuarenta y cinco años que Gabriel Botas inició la edición de libros mexicanos, en un tiempo en que México, entregado en cuerpo y alma a la Revolución, apenas si podía oír en medio del estruendo de fusiles y cañones su propia voz, apenas si podía atender a la ingente necesidad de poner en manos de su pueblo ese otro pan, amasado con la harina que da el alma de los pueblos, que es el libro. Entonces, mientras los mexicanos guerreaban, Gabriel Botas editó libros. Y no dejó de editarlos a lo largo de cuatro lustros, verdad ésta que puede verificar quien se proponga un estudio de las letras nacionales en lo que va del siglo: en sus búsquedas y recopilaciones los libros editados por Botas, le saldrán al paso. No sé cuál haya sido el primer libro mexicano impreso por él, pero su nombre lo encuentro en el pie de imprenta de la primera edición de *Andrés Pérez, maderista*, en el año de 1911. En esa novela el nombre de Mariano Azuela comienza a crecer, anuncia el advenimiento de un gran novelista; al autor de *Los de abajo*, en que hay más de una sílaba y más de una tesis de aquel Andrés Pérez, que no parece ser otro que el propio autor, de aquella primera novela.

Es una lástima que Gabriel Botas abandone los libros y su vieja labor editorial. Es una lástima, de veras. Porque la edición de libros mexicanos es algo que rehuyen las editoriales, lo mismo nacionales que extranjeras. ¿Qué van a hacer ahora los autores noveles para dar a luz sus libros, si Botas que nunca ganó con las ediciones mexicanas, cierra las puertas de su imprenta y de su librería?

Quizá no fuera cierto que don Gabriel se aleje de sus tareas predilectas, pero yo quise, como lector mexicano, aplaudir sus afanes en esta *Alacena*.

19 de junio de 1955

Evocación de Andrés Eloy Blanco

Cuando José Vasconcelos llegó a Colombia en 1930, todavía poseído de la furia con que condujo su campaña presidencial, un amigo de Andrés Eloy Blanco –quizá Ricardo Montilla–, recientemente muerto entre nosotros, puso en sus manos los originales de un libro de poemas y una carta. El poeta que los

había escrito padecía cárcel en su patria natal, en Venezuela, por defender la libertad y la justicia, por oponerse a la tiranía, por no saber “comer y callar”. Recatándose a la mirada de guardias y carceleros, Andrés Eloy Blanco había escrito en unas hojitas de papel de seda, unos versos que no lo dejaban vivir, que lo sojuzgaban día y noche y querían salir. Porque desde que lo dijo Martí, en trance parecido, los poetas que sufren cárceles y persecuciones y destierros, pueden reclamar como suyos aquellos versos:

*Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y antes de morirme quiero
echar los versos de mi alma.*

El escritor mexicano guardó los originales con el ánimo de volvérselos a su viejo amigo cuando recobrarla la libertad, o para publicarlos alguna vez si el poeta, atacado de una cruel enfermedad, moría en la lobreguez de su cautiverio. Vasconcelos, todavía entonces “un perseguido de Dios”, que dijo Gabriela Mistral, después de recorrer nuestra América fue a dar al otro mundo, sin darse un punto de reposo, sin estaciones, en una peregrinación que duró años. Olvidado de sí mismo, no podía pedírsele que recordara a los demás, y así fue como extravió los originales que el poeta le había confiado, dejó sin respuesta la carta que le escribió, tras de perderla. Pero su yerno Herminio Ahumada, poeta delicado, lector insaciable, coleccionista de joyas bibliográficas, rescató del rincón en que el poemario había sido relegado y lo guardó celosamente, encuadernado en fina piel, memorizado en fuerza de leerlo para regocijo propio y para solaz de sus amigos. Un cuarto de siglo más tarde, Andrés Eloy Blanco, desterrado una vez más, volvió a México, a esta hermosa tierra donde por fortuna pueden vivir los desterrados en un ambiente de libertad, bajo techo seguro y sin que al pan de cada día le falte sabor de patria. Y aquí vivía el poeta como un mexicano más, defensor aquí, como en su tierra, de la causa de la democracia, que era la de su conciencia, y la de su corazón. La pluma en la mano, la palabra ardiente a flor de labio, la inteligencia celosa de sus deberes, veía pasar los días sin que nada le anunciara el regreso a Venezuela a la que se debía por entero. Enfermo de gravedad, no por eso negó su concurso a la lucha por la libertad, el bien, la justicia, la verdad y la belleza que todo viene a ser, bien mirada, una misma cosa. Justamente al salir de una reunión política,

después de consultar a su médico, murió trágicamente en medio de la calle, como siempre había vivido y como sin duda quiso siempre morir: en medio de la calle, con los pobres de la tierra, con quienes quiso echar su suerte.

Su muerte produjo en Herminio Ahumada un verdadero desgarramiento, una verdadera conmoción: porque siempre lo quiso y lo admiró, porque cien veces aplazó la necesidad de encontrarlo, de poner en sus manos aquella prenda que le había dado a guardar. Así fue como nació en su ánimo la idea de editar el *Beadeker 2000* que bien puede ser considerado un libro póstumo, una primera versión, una criatura en que se quedó para siempre una parte de la energía física que le dio forma. Vasconcelos, en un impulso que recuerda sus días luminosos, que es una señal de su condición genial, escribe frente al libro unas breves, encendidas páginas en que recuerda “el ejemplo de rectitud varonil que a través de su vida entera deja Andrés Eloy Blanco en herencia a las juventudes americanas”.

26 de junio de 1955

Recuerdos de Vicente G. Quesada

En el mes de junio del año 1891 llegó a esta ciudad de México, en misión diplomática, el escritor y polígrafo argentino Vicente G. Quesada. Venía de Washington donde representaba a su país, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante nuestro gobierno. Americanista de los primeros, por su dedicación de años al estudio del origen y desarrollo de la cultura de nuestros pueblos, y por la novedad y penetración con que veía ese capítulo de la historia americana, el viaje no podía serle más placentero y útil para sus estudios, pues es bien sabido que México fue, junto con el Perú, el país en que el encuentro de dos culturas, por igual ilustres, rindió tras de una cruenta batalla, una manera nueva de vida. Espero utilizar este viaje para mis estudios sobre la *Vida colonial americana bajo la denominación española*, pues bien sabes que es opinión general, que sabe más y mejor, el que puede hablar de *visu*, que aquel que fía en la autoridad de otros, decía Quesada a su hijo Ernesto en la primera carta que le escribí, apenas llegado a esta capital. Hombre de vastísimas lecturas, historiador preocupado por la suerte de la cultura de Hispanoamérica, cuestiones sobre las que escribió libros

esenciales, fue lo primero que hizo al llegar a la ciudad de México, concurrir a archivos y bibliotecas en demanda de material para obras futuras; y así fue como estableció contacto con los escritores mexicanos de mayor renombre en aquellos días. Algo que hizo de inmediato fue recorrer las librerías de viejo o de lance, como también se dice, y cuyo centro estaba entonces en El Volador, de gratísimo recuerdo. A los cuantos meses había logrado reunir una rica colección de libros mexicanos: de historia, de literatura, de viajes, de arqueología, y en fin, de todo aquello que ya directa o indirectamente concurriera a sus fines. A medida que se encontraba en las circunstancias de nuestra vida, fue haciendo amistad con nuestros hombres de letras, con Francisco Sosa el primero, en cuya casa de Coyoacán se llevaban a cabo tertulias literarias. Allí conoció a los escritores de las postrimerías del siglo pasado, a los que vinieron de la época de la Reforma, la Intervención y el Imperio, le pintaron el panorama de un México fiado en el porvenir; allí trabó amistad con los más jóvenes, con los herederos del más depurado liberalismo. En otra parte, conoció a Pedro Santacilia que le franqueó las puertas del Jockey Club, sólo abiertas a la aristocracia del dinero y de la inteligencia.

Mejor que llevar un diario de viaje, don Vicente escribió una serie de cartas a su hijo, en las que iba consignando sus observaciones sobre la vida mexicana, sobre los sucesos de su encargo, sobre sus lecturas y sobre libros y autores que llegaban a su conocimiento, y que más tarde le sirvieron para redactar su obra *Recuerdos de mi vida diplomática. Misión en México* (1891), publicada en Buenos Aires en 1904, libro hoy de extrema rareza no sólo aquí, sino también en la Argentina.

El panorama de las letras mexicanas que podía organizarse con los lugares de sus *Recuerdos*, prestaría al estudioso de la literatura nacional un servicio de señalada importancia, así como sumaría más de un rasgo al retrato de la capital mexicana de hace más de medio siglo. En efecto, Vicente G. Quesada apuntó con mano firme y mente perspicaz y certera, algunos de los rasgos de los literatos mexicanos que entonces ya eran o comenzaban a ser; así, una somera laudanza de Manuel Gutiérrez Nájera, en la plenitud de su obra y de su gloria, y una preadmonición de lo que iba a ser más adelante Rafael Delgado, que si bien contemporáneo del *Duque Job*, apenas se daba a conocer por aquel tiempo como novelista, actividad a la que se debe su mayor fama. Como *México y los mexicanos* de José Zorrilla contenido en *La flor de los recuerdos*, el capítulo *Misión en México*, contenido en *Recuerdos de mi vida diplomática* de Quesada, de-

biera ser reeditado para bien de los estudiosos de nuestra evolución literaria, ya que su escasez no ha permitido hasta ahora que sus informaciones hagan lo suyo en este afán en que tantos están empeñados. Usted tiene la palabra, Pedro Frank de Andrea.

3 de julio de 1955

Hombre extraño

Allá por el año de 1889 llegó a México uno de esos hombres de verdad extraños, de veras extraordinario: por el caudal de sus conocimientos, por su espíritu refinado y superior, por el misterio de su origen, por la facilidad con que logran acompasar su espíritu con el de la tierra que pisan. Era polaco y se llamaba Gustavo Gosdawa de Gostkowski. Era Barón, pero los mexicanos muy pronto le dijeron familiarmente *Gostko*. Al principio pasó días amargos, que en nada disminuyeron su alegría de vivir, ni empañaron su humor, ni lo alejaron de sus lecturas y de sus afanes literarios. Tenía la pluma fácil y elegante; quizá no fuera muy original, quizá escribiera demasiado, pero era sin duda hombre y escritor al día, alerta, vigilante, adicto a lo que en su tiempo era lo más alto y generoso. Justo Sierra trazó de él una semblanza, llena de simpatía, con aquella generosidad y concordia que puso siempre en sus escritos. Sierra se preguntaba si el Barón era polaco o parisiense. Y lo declaró parisiense, legítimo *enfant du pavé* de la inmensa metrópoli. El Barón se cree condenado a redimir el mundo por medio de la gasolina, dice Sierra. Y, en efecto, a eso vino aparentemente a México, Gustavo Gosdawa de Gostkowski: a propagar el uso de ese líquido infernal, como se le calificó en sus tiempos. Pero aquí se hizo amigo de literatos, se mezcló en la vida de México, fundó la famosa revista *El Domingo*, de la que fue propietario, editor y responsable. Y escribió una columna semanal de larga ascendencia y descendencia en nuestra literatura periódica: *Humoradas dominicales*, que traen a la memoria la de igual nombre escrita por Gutiérrez Nájera; la de Enrique Chávarri, “Juvenal”, *Charlas dominicales*; los *Domingos del monitor*, de Sierra, entre otras igualmente famosas. La semblanza de Sierra, así como las numerosas alusiones al Barón Gostkowski perdidas en artículos periodísticos y aun en panoramas de la literatura nacional, nos ahorra hablar de él de modo más expreso; y sólo vamos a transcribir un fragmento de

uno de sus ensayos literarios en que, de paso, sin insistir demasiado en el tema, se ve impelido a aconsejar a los jóvenes literatos de su tiempo acerca de la utilidad que tiene para los pueblos una literatura propia, ni más ni menos que lo hizo Martí, sólo tres años después. El Barón quiso presentar a los lectores mexicanos una galería de escritores y poetas eslavos, procurando destacar en sus estudios, el valor que siempre tuvieron los artistas en la construcción de los pueblos. Trataré de indicar a las jóvenes inteligencias de este país, la verdadera senda que debe seguir una poesía que quiera ser verdaderamente nacional, dice.

“Todo el mundo está de acuerdo en asegurar que hay pocas organizaciones tan felizmente dotadas como las de los mexicanos para la poesía, por cuanto poseen en alto grado todo lo que constituye la base de ésta, es decir, una imaginación ardiente y el sentimiento de lo bello. ¿De qué proviene entonces la pobreza de la mayor parte de las composiciones nacionales? Ya Altamirano en uno de sus notables Bosquejos ha indicado, y muy bien en mi concepto, la causa: la imitación y la futilidad son, a no dudarlo, los defectos de nuestros jóvenes poetas. La imitación, es decir, esa funesta manía de parafrasear a Víctor Hugo, a Alfonso de Lamartine, a Byron, a Goethe o a Alfredo de Musset; la futilidad, eso es, esa tendencia no menos lamentable a cantar sin intermisión los ojos azules de Concha y de Lola, y su labio de coral, y sus trenzas de azabache.

Estos defectos que fomentan la pereza, por cuanto es más fácil hacer un idilio a Clori, que una oda a la Patria; estos defectos, repito, han desviado completamente el ingenio mexicano de la poesía grave. Hombres como Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Casimiro del Collado, Guillermo Prieto y otros han tratado de obrar contra tan deplorable tendencia, pero en vano; el mal parece ser incurable, puesto que no podemos salir de un teocritismo insulso y llorón, como si las liras no tuviesen cuerdas sino para lamentar las desventuras de un novio ‘calabaceado’.

Cuantos se interesan en los progresos del ingenio y en la conservación del buen gusto, están, pues, en el deber de trabajar porque se funde y consolide una poesía verdaderamente mexicana. Tal es, al menos, mi convicción, y por eso he emprendido la tarea de bosquejar estos estudios sobre los poetas rusos y polacos, a fin de inculcar esta idea: que aun en los países más atrasados de Europa existe una literatura, que inspirándose únicamente en las bellezas o en las desventuras de la patria, en las producciones o en las costumbres del suelo natal, ha llegado, no tan sólo a imponerse a la masa de los ciudadanos

de esos países, sino a conquistar legítimamente por su originalidad, un puesto distinguido entre las demás literaturas del mundo.” Así dijo el barón Gustavo Gosdawa de Gostkowski. Con sólo cambiar los nombres, ¿no podrían aplicarse estas palabras a ciertos aspectos de la literatura mexicana de estos días?

10 de julio de 1955

Vale más hombre que escritor

He vuelto después de muchos años a releer las *Memorias de mis tiempos*, quizás la obra en prosa más importante y característica de Guillermo Prieto. Un libro montañoso, intrincado, sin roza casi, como si fuera un borrador, o unos apuntes para un libro futuro. Y, en efecto, así es, a pesar de la lima y los retoques que se le hicieron antes de publicarlo. Aunque es condición del estilo de Prieto la llaneza, el desaliño, más por razones tácticas que por incapacidad de pulimento y de perfección formal, es en las *Memorias* donde más de bulto se miran las imperfecciones que tanto han dado qué decir a gramáticos, críticos literarios y a historiadores de nuestra literatura. Tal vez uno de los primeros que juzgó a Prieto como escritor y poeta, fue José Zorrilla de quien vienen algunos de los adjetivos que sirven no diré que para calificarlo, sino para denigrarlo. Inculto, incorrecto, desaliñado, a veces sublime, lo juzga el poeta español en *La flor de los recuerdos*, pero no le niega estro poético, ni condición genial, proclamándolo como uno de los mejor dotados de su tiempo para traducir el alma de su pueblo, que ya con eso, decimos nosotros, se escala vida permanente. Pero lo que en Zorrilla es una de cal por la que van de arena, en otros se convierte en sola arena y en sola cal. Así, inculto da carencia de preparación literaria y de sensibilidad artística; incorrecto, da pedestre, ramplón, vulgar; desaliñado pasa igual, pero eso no quita que sea retórico, artificial, sonoro, desmañado y caudaloso. Como Lizardi, o más que él, escribe alguno de esos autores, carecía Prieto de todas aquellas condiciones que hacen al buen escritor, aparte los defectos que le sobran. No conocía lenguas ni literatura extranjeras, y en cuanto a la propia no ahondó por cierto, remataba el autor de referencia. ¡Cuántas cosas ha acumulado la estulticia sobre el cantor nacional, el pobre coplero sin familia y sin fortuna! Y sin embargo, allí está con sus versos ripiosos si se quiere; con su caudalosa producción en prosa carente de afeites y de rizos; con sus

libros en la mano, de pie, pronto a entregarlos al lector que no ha cesado de leerlo. ¿Por qué? Porque sin duda hay en sus creaciones mucho de ese México que no cesa, que no pasa, y si pasa y cesa, es de modo lento.

Las *Memorias de mis tiempos* parecen una larga conversación, en la cual el que lleva la palabra se esfuerza porque su interlocutor no pierda una y comparta con él no sólo las lágrimas, que toda niñez de pobreza las tiene, sino que buen abuelo, más le gusta compartir las alegrías, y ¿cómo iba a conseguirlo si comenzaba por hablar un lenguaje extraño a sus lectores? Ésa y no otra cosa: hacerse entender, compartir sus pensamientos y sus sentimientos lleva a muchos de nuestros autores –Lizardi, Morales, Bustamante, Prieto– a escribir sin cuidarse de primores de estilo. Las *Memorias* de ese modo no traducen a un literato, sino a un hombre, lo que vale más. Tiene la hombridad de decirlo todo, sin ocultar nada, sin avergonzarse de sus pobreza, y de sus debilidades. Al revés de lo que sucede con los que se tienen por grandes, cuando se equivocan, gastan el resto de su vida y de su genio en probar que estaban en lo justo y que eran los otros los errados. Prieto dice con toda sencillez sus grandes equivocaciones, sin atenuarlas, convencido de que una verdad purifica la boca que la dice, santifica la pluma que la escribe. Y esto, más que el tumulto de sus informaciones es lo que da categoría especial a este libro en la historia de la literatura mexicana. Va a cumplir treinta años cuando ocurre el vergonzoso tumulto de los polkos y en un momento de ofuscación participa en él, sin medir que vale por una defeción frente al enemigo y es una traición a la Patria. La vergüenza y la humillación con que debe cubrirnos a los que arrojamos ese baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia para nuestra patria, caía sobre mí, como sangriento epigrama, dice. Otro alegraría su corta edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de entidades para mí veneradas... Yo digo que aquello fue una gran falta... que reaparece más, más horrible a mis ojos, mientras más veces me fije en ella, escribe el viejo cantor. Otros que participaron en la vergonzosa revolución, en el ignominioso movimiento, en aquella gran falta, en aquella iniquidad, encontraron un atenuante a su conducta, Guillermo Prieto no. Apuró hasta las heces aquel cáliz de amargura y sólo en confesarlo encontró un poco de alivio.

Cien años después, otro mexicano, el excelso poeta Enrique González Martínez quien por olvidar que la revolución se identifica con la Patria, prestó su concurso a los que pretendían aniquilarla, pudo escribir con su sangre estas

palabras, de hombre y poeta verdadero: “Pero no lo hice, y cien días de grave culpa no han podido borrarse con cuarenta años de sincera contrición.”

Vean los lectores cómo más allá de la gloria literaria, hay algo que monta más: la condición de ser hombre, como lo fue Guillermo Prieto.

17 de julio de 1955

Vasconcelos, gran escritor, gran americano

Hace veinte años, entre las últimas semanas de junio y primeras de julio, apareció editado por la casa Botas el libro más famoso de cuantos se han publicado en México en lo que va del siglo: el *Ulises criollo* de José Vasconcelos. Era la primera vez en los anales de la bibliografía mexicana que los lectores solicitaban en las librerías, al solo anuncio de su publicación, un libro de autor nacional. Y es que Vasconcelos era por entonces el escritor y hombre más famoso de México, y uno de los más conocidos en Hispanoamérica. Durante los primeros años del veinte había publicado un artículo, todos los lunes, que los jóvenes leíamos ávidamente, ya solos, ya en grupo, en toda la extensión de la República, en tan grande número que *El Universal* tenía que aumentar en varios miles su tiraje para atender a la demanda de los lectores. Artículos periodísticos sobre los temas más diversos, ensayos filosóficos, cuentos y divagaciones literarias, escritos con desenfado, a espaldas, cuando no contra la gramática, con ánimo libérrimo, pero que mostraban a un hombre. Porque el lector gusta más lo que escriben los hombres que lo que escriben los escritores. Con la frase más sencilla, con la primera que le venía a la mente, iniciaba Vasconcelos sus escritos, pero como era escritor genial y sus pasiones eran verdaderas, en el camino iba apareciendo los hallazgos literarios, se iba posesionando del tema y de su factura, hasta que lograba hilar un buen tramo de prosa brillante, tornasolada, de buena ley. Porque el estilo literario de Vasconcelos, como el de Sarmiento, es disparate, atropellado, por urgencia, por prisa, por decir sin respirar las cosas que les borbotan en la frente. Pero de cuando en cuando su pensamiento, sus pasiones y sus sentimientos alcanzan un instante de quietud, un remanso, y entonces ocurren esas páginas de antología que alcanzan una mayor perfección que las que escriben los

escritores cuidadosos, gramaticales, pulcros siempre. Una técnica de gusano de seda, dijo Leopoldo Lugones que era la de Sarmiento. Y lo que se dijo del argentino se puede decir del mexicano.

Aquellos artículos de *El Universal*, más que los himnos breves y que las divagaciones literarias, más que los ensayos filosóficos y que las incursiones por el pensamiento hindú, le habían creado una reputación de pensador, político y literato que apenas tenía par en las letras españolas. Con Unamuno, con Sarmiento, se le comparaba. Y en verdad que resistía ser puesto al lado de ellos. Su labor educacional, la edición de los clásicos que tanto le afearon y que él imitó de Anatoli Lunacharsky, su discurso sobre Cuauhtémoc que vale por todos los libros que sobre el héroe indio se han escrito, su frustrada campaña contra dos trastos por el gobierno de Oaxaca, le habían creado una leyenda que todos los que entonces ya eran hombres, pueden recordar.

Distanciado de Álvaro Obregón, José Vasconcelos se expatrió; recorrió el mundo, escribió entre otras cosas el precioso prólogo de *Indología* que tanto tiene de sonata y en el que hay un ritornelo con el nombre de México, que acaba por conmover: su apego a la patria, al terruño, tiene toda esa ternura por el regazo materno, que uno se consuela de haber perdido.

En 1928 muere Álvaro Obregón, y Vasconcelos, desterrado en los Estados Unidos, decide volver a México como candidato a la Presidencia de la República. Lo demás, lo saben los lectores: una campaña llevada a cabo por la juventud mexicana, con loca audacia según dijo Carlos Pereyra; la derrota; el nuevo destierro; la publicación de otros libros; el tremendo trance que llevó a José Vasconcelos a la negación de todo lo que le fuera sagrado, de sus prédicas de veinte años; la renuncia a una fama que ya no le gustaba. En este ambiente, apareció hace veinte años el *Ulises criollo*, que lo mismo es una autobiografía que una novela, una página de evocación que un panfleto, una historia de la Revolución que la más apasionada oración literaria, con lo cual se equipara al otro gran libro americano, con el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, paralelo que ya no le gusta, pero que en otro tiempo le placía recordar. Para quienes los géneros literarios merecen un gran respeto y contienen en ellos mismos los elementos de perennidad, el libro de Vasconcelos es una criatura frustrada. Pero está bueno decir que la belleza, el bien, y todas esas cosas que definen al hombre en lo que tiene de mejor, cabe en un artículo de periódico, en una copla, en un corrido, en un libro en apariencia desbaratado. Eso debe tener el *Ulises criollo* para que los disertos lo proclamen uno de los mejores

libros escritos en México desde que existe. Y mucho hombre ha de haber en su autor para que por encima de las oposiciones que suscita, se le pueda proclamar un gran escritor y un gran americano de nuestro tiempo.

24 de julio de 1955

Fácil y natural, la sabiduría

Héctor Pérez Martínez, aquel espejo de amigos, fue quien me presentó con Rafael Sánchez de Ocaña, ahora veinte años. Era yo todavía muy joven, con lo que quiero decir que vivía de prisa, que es no vivir de veras, como dijo el poeta. Dejar pasar las cosas, asomarse a ellas apenas, caminar hacia delante, pendiente de lo que va a hacerse más de lo que se tiene hecho, no permitir medir a esa edad acontecimientos que, sin embargo, tienen para nuestra vida un hondo significado, de lo que uno viene a darse cuenta cuando un día se detiene a dar oído a hechos que en apariencia no registró nuestra memoria, no midió nuestro intelecto. Así, el encuentro con Rafael Sánchez de Ocaña. Muchas cosas se han perdido, pasaron para siempre, borrados por el tiempo. Pero se quedó conmigo el recuerdo de aquel primer encuentro con el maestro y escritor español, que venía de tierras lejanas, de recorrer mundo, y había encontrado en México, árbol donde colgar su nido, alero para dormir. Como otros ingenios de su estirpe, era México lugar codiciado para el hombre cansado y solo que era Rafael Sánchez de Ocaña. Venías de vuelta de muchas cosas, de sortear todas las encrucijadas de la vida; el camino más corto que hay que recorrer antes de encontrarse un hombre, lo tenía andado; era ese tiempo en que se ha acumulado mucho saber y se quiere olvidarlo y repartirlo, darlo a gustar a los prójimos, ahorrándoles así el riesgo de perderse. Él era el mundo para sus amigos de entonces, él la biblioteca ambulante, el viajero que llega a puerto tras de mil aventuras, él. Nunca tuvo mayor cantidad de verdad esa expresión, según la cual algunos hombres son libros abiertos, que aplicada a Rafael Sánchez de Ocaña que en los días en que lo conocí. Pero no vaya a creerse que cerrara a interlocutores y amigos las ventanas para el vuelo y para la aventura. El relato de sus viajes, la enseñanza que transpiraban esos relatos, no anulaba el impulso de recorrer el mundo, sino que por el contrario eran un soplo que avivaba su fuego y ponía alas al

ansía de recorrerlo. Tan natural parecía en él la sabiduría, y tan fácil, que lejos de arredrarnos, nos creó la certeza que se podía repetir la hazaña de saberlo todo. Y no fue ésa su menor enseñanza.

Ignoro si escribiera antes de venir a México. Pero parece imposible que no lo hiciera. Porque siempre fue cierto que de la abundancia del corazón habla la boca. La lectura de sus primeros escritos nos lo mostraron dueño de su oficio, tal como si hubiera escrito desde siempre, o platicado largamente sobre sus temas. No sólo señorío en el mester o menester, sino una información que forma parte de su ser, de su organización sentimental y humana; no sólo recursos para sazonar una materia cualquiera, sino ese dejo de serenidad, de ironía y de sonrisa que sólo dan los años, que sólo dan el dolor y la alegría, cuando se aceptan como ingredientes de la vida. Y ésa es la otra lección que dicta Rafael Sánchez de Ocaña hasta en sus escritos de apariencia más trivial y pasajera. Hay en sus obras, la entonación de los más viejos escritores españoles. Un estoico a la manera antigua española, eso parece ser: sin ruidos, sin espectáculos, sin aspavientos, cumple su misión de hombre y de escritor.

En fuerza de tenerlo presente, a veces creí haberlo olvidado. Y ahora que me siento a escribir estas líneas sobre mi encuentro con él, siento que nunca lo olvidé. Y que siempre estuvo conmigo, igual que aquel día en que Héctor me dijo: “Este es Rafael Sánchez de Ocaña.” Y bañamos nuestro corazón con un mismo vino que, según se dice, es cosa dulce entre amigos.

31 de julio de 1955

María del Carmen Millán

El nombre de María del Carmen Millán no es nuevo para ninguno que tenga tratos con la Literatura Mexicana, como tampoco lo es para los que lo tengan con la enseñanza universitaria. Menuda, pequeña, meramente la dueña chica de que habla el Arcipreste, sin el vejamen final, claro ésta, su figura es familiar a escritores y estudiantes, entre quienes destaca por la ejemplaridad de sus trabajos literarios y por la significación de su magisterio, excepcional en un tiempo en que hasta los que fueron incapaces de aprender se han dedicado a enseñar. Todo ello sin que su delicada feminidad se contamine de durezas, del rigor y de la severidad que parecen inseparables de la sabiduría y del hábi-

to de manejar las cosas con la sola mano de la inteligencia. María del Carmen es más por su presencia que por su acción; más por mujer que por sabia. En rueda de amigos, en cónclave de discretos y disertos, ya se sabe que el centro está donde ella, con sólo eso; con estar, con ser.

Su único libro hasta ahora es *El paisaje en la poesía mexicana* que en nada denuncia estar escrito por una mujer. Allí la información es, tras de caudalosa, bien ensamblada, de tal suerte que forma un todo armónico, que no se le puede penetrar aisladamente, ni separar en sus partes sin que el todo quede roto. Se diría que los testimonios con que redactó su libro, sólo estaban dispuestos para ese libro y no para otro, y que ya no podrán servir para una nueva criatura, para una nueva creación. Eran los documentos que María del Carmen requería para desarrollar sus ideas, sus puntos de vista y de partida, de tal suerte exclusivos, de tal manera indispensables, que uno sale de su lectura, con la certeza de que si no los tuviera a mano los habría descubierto o inventado. Pero eso no es todo. María del Carmen es dueña absoluta del oficio de escribir, que es como ser dueña de lo que se quiere decir y dar a entender. No se anda, por las ramas sino para cortar la flor, y nunca la hoja que estorbe a que la flor luzca en su plenitud y en su hermosura. Dice María del Carmen Millán lo que quiere decir, sin perderse en el camino, sin tropiezos. Va al grano, que es condición de los buenos escritores. No se ofusca, no se encandila con falsos reflejos, como no lo hacen las aves que viven de poco, de unos cuantos granos. Su prosa no retrata blanduras, no denuncia su condición femenina, que para eso lo es en la vida. Por donde se abra, *El paisaje en la poesía mexicana* vierte claridad, fortaleza, dice a las claras que es obra de la razón y que lo que puede haber allí de ternura, no le viene de la mano que lo escribe, sino que es cosa querida, para que nada le falte de obra humana.

Un primer libro que parece un último, por sus excelencias de investigación y de factura. Entre tantas otras cosas que pudo hacer María del Carmen Millán, prefirió trabajar esta veta, cierta como está de que obras de esta naturaleza ejercen poca imantación entre nosotros, tan inclinados siempre a confiar en el genio, o en el ingenio, los buenos resultados. Ella no, que quiso atreverse por estas arideces, segura de que el trabajo cosecha fruto dondequiera que siembra con fervor y con el ánimo de ser útil. Y en esto encuentro yo el otro elemento que da su más cabal sentido a sus tareas: concurrir por deber a clarificar aquellos lugares de nuestra historia literaria en que todavía hay veladuras. Quizás ella sea la llamada a intentar, ya que está armada con

tan buenas armas, la revisión de más de un capítulo de nuestra evolución literaria. En María del Carmen Millán pongo esa esperanza.

7 de agosto de 1955

Baqueiro Anduze, flor yucateca

Oswaldo Baqueiro Anduze. Lo recuerdo ahora. Como si lo tuviera ante mis ojos, lo miro pequeñito, muy silencioso, de ademanes pausados y tranquilos. Parecía venir de tierras muy lejanas, muy extrañas. Y así era: Oswaldo venía de Yucatán, una tierra que no es como las otras tierras que Dios creó, sino que ella se creó después, como reza el texto que él trajo a cuento en el mejor de sus libros. Venía de Yucatán, una península de oro, donde el sol baña las ruinas más antiguas del mundo, que dijo Alfonso Reyes. Venía de Yucatán, un país que no se parece a otro, que dijo José Castillo Torre.

Se diría que adivinaba la cortedad de su vida, lo breve de sus días; pero también que la certeza de su próximo fin más que a apurar el paso, lo llevaba a reposarlo, a caminar despacio como el que sabe a donde va. Y entonces se empeñó en uno o dos libros que fueron esenciales para la historia de su tierra que fueran el testimonio de lo que había pensado y aprendido acerca de un pueblo al que siempre estuvo unido por un hilo, muy fino, muy sutil, desde hacía siglos. Porque Oswaldo Baqueiro Anduze era un hombre antiquísimo, de experiencia y sabiduría milenarias, que vino a nacer en Yucatán para verificar todo lo que acerca de su tierra, digo de su piedra, sabía. En él, si no era indio del todo, habitaba un indio del tiempo en que el mar que fue la península se alejó llevándose la tierra que era su carne y la dejó en huesos y en piedras. Casi nada tuvo que aprender Baqueiro Anduze, porque todo lo había visto y todo lo tenía aprendido. Y quien lo dude, recuerde que en sólo unos cuantos años de trabajo dio a su pueblo, y a la cultura de su pueblo, algunas de las interpretaciones más profundas y más ciertas de su vida; recuerde para convencerse que no es éste un mero decir, que su mejor libro, la historia de Valladolid, *La ciudad heroica*, fue escrito en unos cuantos meses, pero que a pesar de eso, no la biografía de una villa sino la de un mundo entero nos entregó en él. Y si era tan joven y vivió siempre del pan que ganaba en trabajos que no eran precisamente literarios, ¿cuándo aprendió a escribir? Porque Baqueiro Anduze escribía hermosamente, cualquiera que fuese la

materia prima y el punto de partida. Su estilo literario, la concisión de su prosa, los destellos que suelen poblarla, quizá fueran un producto de la lengua maya que yo supongo concisa, refulgente, buena para expresar ideas y sentimientos verdaderos, atributos de todos los idiomas largamente trabajados. Baqueiro Anduze no aprendió a escribir, que aprendió a hablar y a callar entre los indios, que en fuerza de callar son elocuentes. Cuando tiene que contarnos algo, pues nos lo cuenta sin tropiezos ni caídas, como quien sabe lo que quiere decir, lo que trae en el alma. Sus libros parecen así una larga conversación, un recado, un mensaje que su pueblo le hubiera encargado de transmitir y que le hubiera tomado la lección cien veces hasta convencerse de que la tenía bien aprendida.

Abro al azar un libro suyo y encuentro: “Fiero y tenaz el español, sumiso y estoico el indio, ahí van desafiando la ira de los vientos, la espada de los rayos, el pavor de las nubes, que a todos este temor infinito acierta a sobreponerse el hombre movido por las ansias de poderío. Pero en esta villa de Valladolid no había sierras ni valles en todo el contorno de su jurisdicción. No tenían en su distrito, ni más allá ríos o fuentes de que se puedan hacer regadíos para siembras; ni había minas de plata ni de oro. La tierra debía trabajarse con empeño rudo porque, como las demás de Yucatán, también es avara con el hombre que no la cuida y labra cada día, resultaba desde entonces que había muchos árboles de fruto, buenos para el mantenimiento, de manera especial en los años estériles, cuando el maíz escaseaba. Y entre los árboles se contaba el mamey, cuya carne es colorada y sabrosa como carne de membrillo; y el caimito, morado o verde por fuera, con un jugo de mucho aroma, blanco como leche y dulce como miel; y el zapote de sabor muy grato; y el saramullo para gustos muy delicados, y se daba y se da el camote, semejante a la patata y con el sabor de la castaña; y la jícama y la yuca. Y la miel y la cera, y el algodón y el maíz de manera espléndida y portentosa.”

Y de pronto esta línea que parece venida del *Chilam Balam*. “El criollo está sobre la tierra, no en la tierra...” O de algunos de los mejores momentos del *Canek*, de Ermilo Abreu Gómez: “Una misma comida puede tener diferente significado entre los hombres. Este puñado de maíz, por ejemplo: para el blanco es lujo; para el indio es necesidad. El blanco hace de él un manjar; el indio lo convierte en pan.”

Se fue muy pronto Oswaldo Baqueiro Anduze, pero no antes de entregarnos una palabra que por hermosa no ha de morir y vivirá huésped en la tierra de Yucatán, donde un gran pueblo ama, sufre, espera...

14 de agosto de 1955

La Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España

La casa editora de Porrúa Hermanos acaba de publicar dentro de su “Biblioteca Porrúa”, una nueva edición, la cuarta, que preparó Joaquín Ramírez Cabañas, y publicó don Pedro Robredo, en 1939, de la muy famosa y muy notable *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, del príncipe de los cronistas del Nuevo Mundo, Bernal Díaz del Castillo. Esta edición como acabamos de decir, se basa en la que la Librería Robredo llevó a cabo hace dieciséis años, con las solas diferencias de una versión distinta del mapa que se reproduce de la *Historia Antigua de México* de Francisco Javier Clavijero, y las notas de las solapas, una de las cuales es un fragmento del estudio que acerca de Bernal Díaz del Castillo y su libro escribió don Carlos Pereyra, al frente de la antología que de la obra hizo para la Biblioteca Histórica Iberoamericana, publicada en Buenos Aires hace algunas décadas por la editorial Virtus.

La casa Porrúa, al incluirla en su Biblioteca, ha tenido en cuenta que la *Historia verdadera* es uno de los documentos que más quehacer tienen en el estudio de la cultura histórica, y aun literaria, de España y México, que a decir verdad, son inseparables a contar del siglo XVI; así como que siendo una obra que no ha dejado de estar en manos de los lectores, lo mismo profanos que especialistas, se encuentra otra vez agotada. Los editores, a pesar de esta última circunstancia, no sólo han querido satisfacer esta demanda, recurriendo a una reimpresión común y corriente, de fin inmediato, sino que pusieron su empeño en darle un decoro tipográfico, acorde con el valor de la relación y con su significado de libro impar en los anales mexicanos. Distribuida en dos volúmenes –el sexto y el séptimo de la “Biblioteca Porrúa”– de más de quinientas páginas cada una, la crónica es, contrariamente a lo que ocurre en la mayoría de las obras voluminosas, desde su realidad meramente física, una poderosa invitación para meterse por estas páginas una vez más, que es lo que acabo de hacer. ¿Por qué? Porque siempre fue verdad que más que los escritores son los hombres los que escriben los libros inmortales. Y la *Historia verdadera* es uno de los libros más geniales, de más densa carga humana de cuantos se han escrito en el mundo, en todos los tiempos. De otra manera no se podría explicar que una obra escrita sobre las rodillas, dictada en voz alta, mientras su autor camina, pudiera desafiar el curso de los años y el parangón

con los mejores. Cuando Bernal Díaz del Castillo la escribe, después de platicarla medio siglo, de llevarla y traerla, palpitándole en la frente, repartida en la totalidad de su existencia, tiene ya más de ochenta años, los ojos cansados y el oído tardo, pero no tanto para no oír una voz que nunca le abandona, ni dejar de ver aquellas escenas en que tan cerca anduvo de la muerte. Lo que vale en este libro es el hombre que lo escribe, y la capacidad de ese hombre para traducir palabra a palabra, lo que sobre la Conquista tiene pensado. No le interesa a Bernal Díaz del Castillo, como a Francisco López de Gómara le interesaba, deleitar, aun a costa de la verdad. Lo que le interesa es dejar testimonio de todos aquellos episodios en que fue a la par actor y autor. Como no acumuló riquezas, no obstante que aspiró a ellas como buen hijo de su tiempo y de su pueblo, quiso dejar a sus pósteros, que no sólo eran sus hijos, sino todos los españoles de su condición, la historia de sus penalidades, el relato de sus hazañas, la crónica puntual de lo que realizaron los soldados anónimos en aquella empresa, que fue asombro de la historia. La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* sólo encuentra rival en los *Comentarios reales* de Garcilaso de la Vega, el Inca, si bien éste es un escritor de oficio, creado para escribir, y aquél lo es en fuerza de tener cosas que contar, una historia que transmitir a la posteridad. Su libro interesa porque interesa su autor: lo que el lector quiere es seguir a Díaz del Castillo en su odisea, en su herido tránsito que dijo el poeta. Por eso le perdona sus flaquezas y aplaude sus virtudes. Tiene una sonrisa compasiva para sus salidas de tono y sus vanidades, como tiene simpatía por aquellas manifestaciones en que tan íntegramente humano se manifiesta. Más allá de lo que cuenta, lo que interesa al lector común, que es más numeroso, y el que a la postre da y quita la fama, es cómo lo cuenta, sin importarle si está en buena lección, sino nada más si trasunta el tema que arde en el corazón de Bernal Díaz del Castillo. A eso se debe, creo yo, que las ediciones de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* se vengán sucediendo desde hace cuatro siglos. Y no está de más que comentemos la última que hace la casa Porrúa Hermanos.

21 de agosto de 1955

El teatro sudamericano

Cuando Antonieta Rivas Mercado, a quien tanto debe México en materia teatral y musical, organizaba el Teatro de Ulises se dirigió a algunos de los maestros hispanoamericanos en demanda de consejo acerca de obras que pudieran representarse para beneficios de la cultura nacional. Uno de esos maestros fue Pedro Henríquez Ureña, en aquellos días profesor de la Universidad de la Plata. La carta del maestro dominicano, publicada por “Ángel Sol” –uno de los seudónimos de Rafael Heliodoro Valle– en *Revista de Revistas* en el año de 1933 en copia que le proporcioné, ha caído de hecho en el olvido. Seguro de las enseñanzas que encierra, he querido ahora reproducirla, para que concurra a iluminar una etapa de nuestro empeño por darle a México un teatro, que en nuestros días alcanza una nueva floración. La carta está fechada en Buenos Aires y La Plata, el 15 de noviembre de 1929.

Amiga mía:

Su carta me alegra mucho, en días pasados. Ahora sí, por excepción estoy en libertad para escribirle en seguida, y ocuparme en lo que me pide. Desde luego, aclaraciones: no hay seis obras del teatro sudamericano que puedan representarlo con la calidad que uno desearía. Desde luego, no hay más teatro sudamericano, en español, que el rioplatense (argentino y uruguayo), porque es el único que tiene edificios, compañías y actores dedicados a cosas nacionales. En Chile y el Perú la situación es como en México: no está constituido en teatro nacional. Se producen obras dramáticas, se organizan esporádicamente compañías, pero nada más.

Ahora, en Buenos Aires, el teatro nacional tiene una historia curiosa: comienza admirablemente, en pantomimas de circo con asunto gauchesco y asciende gradualmente hasta el teatro de gran ciudad: de pronto, en 1912, cuatro estrenos resonantes lo fundan definitivamente. Sobreviven entonces diez años de grande actividad, en que se producen obras interesantes, y hasta importantes (una, sobre todo, *Barranca abajo*, de Florencio Sánchez). Después de 1912, el teatro porteño se va volviendo comercial y la literatura se retira de él. Entre 1925 y 26 se inician esfuerzos por hacer teatro con carácter “Siglo xx”, con tono literario; pero no se ha logrado nada serlo, o por lo menos de mucha calidad. Lo que en estos últimos años resulta más interesante son los llamados “sainetes” como *El cabo Rivero* de Vacarezza; teatro dedicado enteramente al vulgo (no al populacho).

En resumen: de dos obras, el teatro rioplatense ha dado una gran obra, *Barranca abajo*, y es indispensable que usted logre interesar en ella a la Guild:

podrían alcanzar, con ella, éxito estupendo de interpretación. Florencio Sánchez era uruguayo, pero escribió generalmente –quizá exclusivamente– en la Argentina. Tiene otras muchas obras: algunas no son muy buenas (mescolanzas de realismo de escuela, tesis sociales, declamación y frases simbólicas); las de campo son mejores: *La gringa* (que le envió con *Barranca abajo*), *M'hijo el doctor* (interesante el primer acto).

Después, otro uruguayo: Ernesto Herrera, cuyo *León ciego* le envió. Hace tiempo que lo leí y me gustó: se trata de revoluciones y acaso por eso gustaría. También es buena *Lo moral de Misia Paca*.

De los propiamente argentinos: Gregorio de Laferrere escribió sobre la clase media de Buenos Aires (de paso: nada de lo que quiere ser aristocrático resulta tolerable) una comedia, por lo menos, *Las de Barranco*, está bien, aunque torpemente resuelto el desenlace.

Julio Sánchez Gardel tuvo éxito con *La montaña de las hojas*. Obra interesante en parte, pero complicada de simbolismos a veces pueril. Está traducida al inglés en el volumen *Three plays or the Argentine* con dos obras gauchescas *Juan Moreira* y *Santos Vega*.

No creo, desgraciadamente, que haya otros autores de más calidad. Los que conozco –García Velloso, Mertens, Martínez Cuitiño, y más– no lo son. Pero investigaré a ver qué otras cosas valen la pena; las ediciones son poco accesibles, y *El león ciego* que le envió, lo conseguí como rareza bibliográfica.

De Chile, no conozco nada bueno. Del Perú, sólo comedias de principios del siglo XIX, con mucho sabor local a veces: Manuel Ascencio Segura, sobre todo, y Felipe Pardo y Aliaga. Pero eso debe resultar demasiado arcaico. De todos modos usted puede encontrarlas en la New York Public Library que, por lo demás, tiene bastante teatro hispanoamericano; podría usted buscar obras allí por los nombres que le menciono, a ver si aparece algo que se me escape.

En el Brasil hay teatro nacional. Pero no parece que haya producido cosa importante; las obras que he visto representar allí son endebles. Le envió, sin embargo, una cosa de Galio de Arizonas, que aún no he leído.

He hablado con María Rosa Oliver –antes con Waldo Frank– con quien almorzamos en casa de Victoria Ocampo –sobre una posible visita de The Theatre Guild a Buenos Aires. Waldo Frank explica que como esa visita sería muy costosa, Amigos del Arte no podría tomarla a su cargo: la asociación tiene un escenario pequeño, un salón donde caben menos de quinientas personas y una concurrencia que en gran parte no paga, porque es de socios. Pero Amigos del Arte podría ayudar a que la Guild viniera a un teatro, y podría interesar al Instituto Cultural Argentino-Norteamericano que trajo a Waldo Frank: es el plan maestro de María

R. ¿Por qué no le escribe usted a ella? Su dirección: Charcas 628. Ella desearía que usted viniese pronto a Buenos Aires.

Termino, porque escribo a pedazos, entre interrupciones, y perdone que ahora sea tan *business-like*, dentro de pocos días, si puedo, le escribiré más hondamente.

28 de agosto de 1955

Rafael Barret, admiración de las mejores

Rafael Barret nació en Algeciras según unos, en Granada, según otros. Porque su juventud está envuelta en sombras. Vino a América cuando ya rebasaba los veintiocho años. Antes de esa fecha –1903– quizá nada hubiera escrito. Por eso, y porque defendió las más nobles causas nuestras, le tenemos como uno de los más preclaros escritores americanos. Y su nombre puede estar colocado junto al de los más grandes ingenios y ciudadanos de nuestra América. Había estudiado en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, sin acabar la carrera. Alguno lo recuerda como el espécimen más acabado del señorito, que es lo peor que puede ocurrirle a un hombre en España. Algunos centavos debió tener, y los gastó alegremente, que en eso consiste ser rico.

Su viaje a América, a Buenos Aires para ser más precisos, ocurrió tras un violento incidente en que hubo un desafío frustrado y bofetadas entre Barret y un miembro de la nobleza española.

Era un hombre de gran prestancia, hijo de inglés y de andaluza; de gran belleza, también: ojos claros, grandes y rasgados, cara oval, rosada y suave: la de una mujer, a no ser por el bigote. Amplia la frente, castaño el pelo, con un mechón caído de un lado. Un poquito más ancho de pecho y habría podido servir de modelo para un Apolo del romanticismo, dijo Ramiro de Maeztu.

Vivió en Buenos Aires, en los primeros tiempos. Colaborador de un diario bonaerense, escribió una página en que denunciaba la tremenda diferencia que había entre los muy ricos y los muy pobres, cosa que le valió perder el empleo. Y comenzaron su éxodo y su fama. Tomó las cuestiones americanas como suyas. Y las defendió con ardimiento y pulso firme. Los patriotas que no saben ver a su país, que no lo conocen, que no lo aman, que nada ponen en peligro para defenderlo, le salieron al paso llamándole extranjero, y Barret

con una dolidá ironía les respondió que hasta la mandioca que había comido le echaban en cara. La mandioca, que es la comida más mísera, la que no digo que alimenta al pueblo, sino que le va aplazando su muerte.

No hizo Barret nada, a contar de entonces, que no fuera para bien nuestro. Ni una mentira salió de su pluma. Ni una sola vez el miedo detuvo su mano. Yo quiero morir sin haberte obligado a manchar el papel con una mentira, y sin que te haya hecho mi mano retroceder de miedo, escribió. El amor a la justicia, que en él era tan grande como su amor a la verdad, lo llevó quizás a exagerar. Lo que lo emparenta con Bartolomé de las Casas en su defensa del indio.

Llegó Rafael Barret a Buenos Aires en 1903, como ya está dicho. Fue redactor de *El Diario Español* que dirigía un señor Francisco López de Gómara. Ahí apareció el artículo “Buenos Aires”, incluido después en *Moralidades actuales*, y que fue causa de que perdiera su empleo, tan a duras penas conseguido, como cabe de suponerse. El pobre director, que le acusó de abusar de confianza, no pudo entender las razones y disculpas del escritor. Se alteraron los ánimos y hubo un altercado. Y Barret, como en otra hora en Madrid, le puso fin a bofetadas. Abandonó Buenos Aires, rumbo a Paraguay. Vive allí algunos años, dos o tres, ociosamente; observando, haciéndose, trabajando, que es lo mismo que trabajarse. A fines de 1905 aparecen sus primeros artículos en periódicos de Asunción. Esos primeros trabajos, escribe Armando Donoso, anunciaban ya al Barret definitivo, al que nos quiso, nos honró y nos castigó con su gran amor y su gran talento. El mismo, digo yo ahora, modificando la lección del chileno, que poco a poco se fue instalando en la admiración de los mejores americanos, y en nuestra gratitud. Porque es nuestro, y somos de él, como nadie. Casó en Asunción, al iniciarse el año de 1906. Tuvo un hijo. En 1908 publicó ese apasionado, pero lúcido alegato que se llama *Lo que son los yerbales*, donde ya puede verse una anticipación de *La vorágine*. Sobreviene una de las muchas revueltas que han ensangrentado nuestras tierras. Barret, un paraguayo más, se echa a la calle a curar a los heridos. Con José Guillermo Betotto funda *Germinal*, semanario de efímera vida. Preso y deportado a Brasil, logra dirigirse a Montevideo. Hace allí muy buenos amigos: José Enrique Rodó, Emilio Frugoni. Regresa al Paraguay a principios de 1909. Escribe por ese tiempo los capítulos de *El dolor paraguayo*. Otra vez los “patriotas” le salen al paso; otra vez le llaman “extranjero”. Se publica en Montevideo sus *Moralidades actuales*: libro que no desmerece junto a los mejores de la literatura hispanoamericana.

Pero su organismo va cediendo, corroído por la tuberculosis adquirida en Paraguay en días de miseria. En septiembre de aquel año de 1909 se marcha a Europa, tras de breve estancia en Montevideo. Ya no es sino una sombra suya; pero todavía la pluma en la mano, todavía la frente encinta de grandes páginas. Desde Francia sigue escribiendo para periódicos americanos. En enero de 1911 aparece en *El Diario* de Asunción su artículo, ya póstumo sobre “La muerte de Tolstoi”: a mediados de diciembre había muerto en Arcachon, muy cerca de donde unos treinta y cinco años antes había nacido.

Y esta es la nota que quedó sin publicarse al frente de las *Páginas escogidas* de la Biblioteca Enciclopédica Popular, preparadas por mí hace algunos años.

4 de septiembre de 1955

Corrido de La Martina

Publico a continuación, sin comentarios, y temeroso de que se me olvide o la pierda un día de éstos, una de las muchas versiones de “La casada infiel” que viene desde el Romancero, se prolonga hasta Federico García Lorca, pasando por nuestro Corrido mexicano. Esta versión no aparece registrada en ninguno de los libros que tratan del tema publicados en México, ni en las varias antologías que hasta ahora se han hecho acerca del romance y del corrido. La oí cantar hace un cuarto de siglo, a dos amigos míos: Manuel Macías y Camilo Lara. La versión procede de Durango.

Corrido de La Martina

*Este era un caballerito
Que a una ventana llegó
a enamorar una joven,
la joven correspondió.*

*—Pásese usted para dentro
su caballo pa'l corral:
mi marido es campesino
y va a tardar en llegar.*

–*Quédese usted una noche,
quédese una noche o dos,
que mi marido está ausente
por esos campos de Dios.*

–*Estaban muy divertidos
cuando el marido llegó.
–¡Mi marido! ¡Su marido!
¿Y en dónde me escondo yo?*

–*Aí debajo de la cama
mi marido no lo vio:
estése muy quietecito
mientras me disculpo yo.*

–*¿Qué te ha pasado, Martina,
que no estás en tu color?
¿Has tenido calentura,
o has tenido nuevo amor?*

–*No he tenido calentura,
ni tampoco nuevo amor:
se me ha perdido la llave
de tu rico comedor.*

*Aquí te estoy esperando
que no me puedo acostar:
Tú me dirás si dispongo
la mesa para cenar.*

–*Yo no quiero que dispongas
la mesa para cenar:
lo que quiero es un amigo
que te viene a visitar.*

*—¿De quién es esa pistola,
de quién es ese reloj?
¿De quién es ese caballo
que en mi corral relinchó?*

*—Ese caballo es muy tuyo,
tu mamá te lo mandó,
pa' que fueras a la boda
de tu hermana la mayor.*

*—Yo no quiero ese caballo
ni a esa boda quiero ir yo:
lo que quiero es ese amigo
que en mi cama se arrulló.*

*—En tu cama naiden duerme
cuando vas a trabajar:
las únicas que la ocupan
son tu hermana y tu mamá.*

*—Luego la tomó del brazo
y a su mamá la llevó:
—¡Aquí está su hija Martina
que una traición me jugó!*

*—Una o dos te haya jugado
la culpa no tengo yo:
llévatela tú mi yerno
que la iglesia te la dio.*

*—Luego la tomó del brazo
y al campo se la llevó,
y cruzadita de brazos
cinco balazos le dio.*

*—La madre de esta Martina
lloraba sin compasión,
de ver a su hija querida
herida del corazón.*

*La suegra de esta Martina
luego que ya se murió,
alzó los ojos al cielo
dándole gracias a Dios.*

*—Amigos les contaré
lo que a mí me sucedió:
que el dueño de este caballo
ni por la paga volvió.*

11 de septiembre de 1955

Palabra verdadera

Con una sola sílaba, con una sílaba sola, con una radiante sílaba: con una sola palabra, con la palabra paz, y sus sinónimas: luz, sol y mies, vid, mar y pan, flor, sal y miel, el poeta Juan Rejano ha escrito unas canciones. Pero, ¿es verdad que con sólo esas cuantas sílabas y palabras ha escrito Rejano las *Canciones de la paz*? Sí, con ellas solas, aunque también con llanto, con desvelos, con recuerdos, con todo eso con que se amasa la bondad, el bien, el amor, la hombría; y, desde luego, con genio poético, con lecturas, con apego a la tierra que da prestada la arcilla de que estamos hechos. Un libro en que se reúnen un hombre y un artista: un hombre que no le teme a las palabras aunque la cobardía las haya puesto en entredicho, y las haya condenado, y las haya maldito, o “maldecido” como dicen en mi pueblo mexicano; que eso es lo que han hecho con la palabra paz, más temida que la palabra guerra; un artista que sube, y puede, con palabras y temas sencillos, remontar cimas de belleza nítida y fulgurante. Para Juan Rejano no las palabras sino el vino de que están cargadas es lo que cuenta. Y ese contenido puede ser eso, vino, sangre, lágrima, verdad, belleza, sentido mágico; nunca mero ruido, mero viento, mera apariencia, mera

música que cuando no contienen esas cosas se la llama, “música celestial”, no sin razón.

Palabras sencillas, humildes, cotidianas, pero todopoderosas. No se preguntaba –¿*Leónidas Leonov, Samatín, Lidia Seifulina?*– si podían darse palabras más sencillas y más hermosas que la palabra pan y la palabra paz? No pueden darse, ni más verdaderas. ¿No están contenidas en esas dos solas sílabas la historia total del hombre? ¿No son el resumen de sus anhelos?, ¿No hacia esa meta camina desde que cayó a los pies de su madre el hombre? Ganar el pan, comerlo en paz, ¿no es divisa de la humanidad?

Y, ¡qué importa que los lobos, que no los hombres tengan proscrita a la una y se empeñen en humedecer en llanto a la otra!

En las *Canciones de la paz* andan los niños, las mujeres, los ancianos; el rumor del árbol, el tumbo del mar; vaga el perfume de las flores, destila la luz del cielo, palpitan las estrellas; se ve gemir al hombre, acosado por males de ausencia; llorar al hijo, al padre, muerto más allá del mar y de sus brazos. Unas canciones escritas con lágrimas y con sangre, las dos solas cosas que no borra el agua ni se lleva el tiempo. Así este libro de Juan Rejano. Y para que nada falte, escrito dentro del más riguroso oficio literario, sin que el dominio de las formas acabe con esa emoción de gracia, entendida como facilidad; ni con esa apariencia de cosas dichas al acaso, como quien conversa, pero tiene pendiente que se escribe para gozo de todos. Un eco de los grandes poetas españoles se oye en estos poemas de Rejano, por una sola razón: porque pertenece a la misma familia y se sustenta de iguales jugos. Los poetas medievales, los juglares, los de la era áurea, los de hace unos años y los de ayer, mezclan sus voces con su voz. Y Juan Rejano pudiera decir: “yo comprendo todo, amigos, yo lo comprendo todo: voces ajenas se unen a mis voces”. Porque nunca hubo más que una voz que no es de nadie en particular, sino del hombre, con la sola condición de serlo verdadero, con lo cual se igualan los hombres y poetas:

*Boca temblorosa, boca de canción:
la de Netzahualcóyotl y la de Salomón,*

que dijo Gabriela Mistral.

De todos los libros escritos por Juan Rejano –más de doce– quizá sea éste el que de una manera más cabal lo defina, ya como poeta, ya como ciudadano,

pues en él deposita el fardo de nostalgias y esperanzas, el caudal de sus lágrimas y el monte de luto de su dolido corazón, que ama, sufre y espera...

18 de septiembre de 1955

La flor en la roca

Visto por fuera y de paso, por las meras exterioridades y apariencias, ninguno más alegre ni más dado a la frivolidad que el escritor César Garizurieta. Pero quien lo juzgue de esa manera yerra, se extravía. Porque como dice la sabiduría popular, las apariencias engañan. Garizurieta es de los mexicanos menos inclinados a la risa, más dados a la idea trascendente de las cosas y más prontos a melancolizar la vida diaria. Por eso, su risa y su sonrisa son cosas muy serias y tienen motivos muy hondos, muy ocultos. Parodiando a Urbina que lo dijo de "El Nigromante", pudiéramos decir que la sonrisa de Garizurieta, por paradoja, es una de las cosas más serias de la vida intelectual de México: por su escasez, por sus móviles, porque representa el comentario final a situaciones dolorosas de nuestra vida colectiva, o de su vida individual. Todos se rieron, menos el "Tlacuache" y yo, que no somos de este mundo, escribió su compañero de cuarto y de escuela, Efrén Hernández, al frente de unos de sus libros. Y así es: Garizurieta no se ríe, ni sonrío siempre, sino cuando es su hora y la sazón. Pertenece César Garizurieta a esa familia de humoristas y de escritores que pueden descubrir, al primer golpe de vista, el lado doloroso y lamentable de las personas y de las cosas y que tienen la capacidad de reducir el hallazgo a una frase, una definición, un epigrama. Pero no por el prurito de divertirse a costa ajena, de burlarse, de zaherir; no por irresistible afán que lleve a sacrificar al mejor amigo con tal de hacer un chiste, como cree el vulgo. En Garizurieta y la familia literaria a que pertenece, el chiste, el sarcasmo, la sátira, son un recurso, son una manera de corregir las flaquezas humanas, de glosar la realidad. Son arma ofensiva y defensiva, más usada en tertulias y en la vida diaria que en la expresión escrita, porque a semejanza de otros contemporáneos suyos, tan pronto toma la pluma cuando se apodera de él una suerte de severidad que no hay manera de vencer. Tal parece que no queriendo ofender, se negaran a dejar testimonio escrito de sus opiniones.

Para César Garizurieta escribir es una manera de platicar, de transmitir sus pensamientos y sentimientos: sencillamente, sin ánimo de opacar a nadie, de sorprender al lector con nada que no crea ya pensado por él. Contar las cosas como le ocurren, sin mucho apego a la gramática, sin miedo a la erudición, sin cuidarse si lo que cuenta ya está dicho, porque lo que busca es dar curso al río interno. Una prosa descuidada, pero no porque Garizurieta no pudiera pulirla y peinarla, adornarla y enjorarla, sino porque para él la literatura tiene fines más modestos y terrenos, es el medio para mostrarse un hombre como es, de transmitir ideas, de enseñar, de servir a sus semejante, en lo que anda solo, sino que lo acompañan todos los miembros de esa familia que inició Fernández de Lizardi y se ilustra con los nombres de Juan Bautista Morales, Prieto y “Micrós”.

Sus cuentos, novelas, ensayos, lo muestran idéntico a sí mismo: firme en su tierra, empeñado en entenderlo y descifrarlo, a la defensiva para no dejarse llevar de los arrebatos sentimentales y de las lágrimas que no son malas a condición de que no sean muchas. César Garizurieta sabe que de esta tierra no se puede hablar sino con lágrimas y sangre, a condición de que no se derramen, esto es, que no colmen la copa. Que vengan los críticos y señalen sus deficiencias de estilo y de gramática, su apartamiento de las leyes que rigen la investigación y las normas bibliográficas; pero algo que no podrán hacer es reducir el alcance de sus atisbos y reflexiones, su agudeza y penetración, así como no podrán dejar sin aplauso las bellas expresiones que al igual que ciertas flores en la roca, brotan en la aridez de su prosa, en el erial de sus escritos: flores que han brotado, venciendo mil resistencias, como esa sonrisa que ahora, al leer estas líneas de su amigo, no puede evitar César Garizurieta.

25 de septiembre de 1955

Arreola y las lecturas infantiles

Ya he hablado en este mismo lugar del significado que tienen en la formación de los niños los libros de lectura, cuando están ordenados por poetas y pedagogos que lo sean de verdad. Ahora vuelve a preocuparme el tema, actualizado por una intervención del escritor mexicano Juan José Arreola, durante la mesa redonda que para discutir los problemas del libro, se llevó a efecto

hace unas semanas, en el domicilio del Fondo de Cultura Económica, promovido por la Dirección General de Difusión Cultural de la Universidad. Juan José Arreola, que es un escritor de la cabeza a los pies, lo mismo si habla que si calla y con más raíz mexicana de lo que sus obras denuncian a la primera vista, contó en la ocasión que menciono lo que los libros de lectura infantiles tuvieron que ver en el nacimiento de su vocación literaria. De la lectura de un hermoso poema, de una bella prosa —de la lectura oportuna se entiende— puede nacer en el niño, el poeta que lleva oculto, escondido en las entrañas y que no muere hasta la adolescencia, cuando el trato con las personas mayores, con los maestros que sólo de nombre lo son, lo persiguen y lo ahuyentan porque suele estorbar al buen estudiante que están empeñados en formar. Quien lee libros acaba por escribirlos. Porque las palabras dan a luz palabras. Eso es lo que Arreola quiso decir cuando lamentó que los libros de lectura de los tiempos en que fue niño estén postergados, sin que otros de parecida calidad los reemplacen. Libros bien ilustrados, bien escritos, bien impresos que inciten a perderse, mejor dicho, a encontrarse entre sus páginas, como aquel de Amado Nervo que, amén de la estampa con un pie alusivo tomado del texto, incluía un vocabulario de voces desconocidas para el niño y el pequeño comentario que alumbrara la penumbra, el medio entender de la página escogida. Recuerdo aquella ilustración en que aparece el poeta —ahora sé que era Efrén Rebolledo— mirando absorto volar la turba locuaz de golondrinas que atravesó rozando su vidriera; o la línea que es toda una bella lección que aparece ilustrando el grabado del héroe: “Feliz aquel que de joven muere por la patria...” Pues no sólo lecciones de belleza, sino cívicas y patriotas imparten los libros así concebidos y proyectados. Porque leí a Vicente Riva Palacio, me siento capaz de morir por merecer los honores de que cubran mi lecho de muerte, los pliegues de la bandera nacional. Una página de Ignacio Manuel Altamirano me lleva siempre a mi solar nativo, me induce a amar mis montes y praderas, y a recordar el canto del zenzontle y el golpe cadencioso del pájaro carpintero que golpea del mamey y el duro tronco... Una página de José María Roa Bárcena pinta ante mis ojos, tras la aridez de la costa, campos que no agosta junio ni entristece enero. No otra cosa ha ocurrido siempre con los mexicanos bien nacidos, digo aquellos que están sembrados en su tierra, en su historia, en la costra social que lo sustenta. ¿No dijo Justo Sierra que él estaba hecho con las proclamas de Juárez, con los versos de Altamirano, con los discursos de Ramírez, con las plegarias de Prieto? ¿Y creen ustedes que Sierra mentía?

Claro que quien ha escrito que puede engañarse pero no engañar, porque eso era como presentar una frente manchada al beso de un niño, no pudo mentir. ¿No dijo Ramón López Velarde que la patria lo había modelado por entero, al golpe cadencioso de las hachas, entre risas y gritos de muchachas, y pájaros de oficio carpintero? Y en verdad así es, no somos sino el rumor de nuestras mujeres. Y eso es lo que se encuentra en esos libros de lectura que de un modo tan manifiesto contribuyeron en la formación de uno de nuestros mejores escritores: Juan José Arreola.

Hace algunos años, cuando yo dirigía por encargo de Luis Spota, la Biblioteca Enciclopédica Popular, encargué a Jesús Romero Flores la confección de un libro de lecturas que, reuniendo lo mejor de nuestro tiempo, se pudiera equiparar a aquellos que prepararon Gregorio Torres Quintero, Andrés Oscoy, Amado Nervo, María Luisa Ross y Francisco César Morales para mencionar a algunos. Pero —el pero que suele ser inseparable de las tareas mexicanas— un nuevo jefe de publicaciones de Educación vino no sólo a interrumpir aquel propósito en que Romero Flores había comenzado a trabajar, sino a suspender la publicación de la Biblioteca Enciclopédica Popular. Y ahora que se encuentra al frente de la Secretaría de Educación Pública un distinguido maestro, ¿sería osado sugerirle que entregue a la niñez mexicana un libro de lecturas que al paso que los promueva a poetas, los convierta en buenos ciudadanos?

2 de octubre de 1955

Calendario cívico mexicano

Una de las piezas más raras de la bibliografía mexicana de los últimos tiempos es el *Calendario cívico mexicano*, publicado por el Departamento del Distrito Federal en 1930. La entonces Dirección de Acción Cívica lo distribuyó gratuitamente en esta ciudad y en los pueblos de su jurisdicción como un presente amistoso, con lo cual queda dicho que no era un calendario común y corriente, sino una publicación que, más allá de su propósito de elevar el nivel moral e intelectual de los habitantes del Distrito Federal, reunía condiciones que lo equiparaban a los obsequios que hacían los editores mexicanos del siglo pasado a sus suscriptores en ocasión de la Navidad y el Año Nuevo. Nuestra

propia sensibilidad de mexicanos –decía la nota introductiva– nos ha llevado por buenos caminos y ahora resucitamos, entre tantas cosas buenas, que como notas de personalidad hemos dejado perder, la idea tradicional de instruir y reformar por medio de un calendario que ahora es el *Calendario cívico mexicano* para el año de 1930, que el Departamento del Distrito Federal ofrece como un presente amistoso. El México de hoy, agregaban, requiere que se le instruya en la ideología de aquellos de sus pensadores que en forma sentenciosa, y a veces feliz, pudieron expresar anhelos de dignificación, gritos de concordia, ideas punzantes que llegan a traspasar el porvenir; requiere también que en el reloj de los días se le marquen las vidas que algún mensaje han traído para el alma de la nación o para la cultura de la humanidad; y, por último, que alguno de sus más altos valores artísticos se pongan a contribución para ilustrar, en forma gráfica, elementos de nuestra historia que merecen estar siempre ante los ojos. Un libro abierto que, en el hogar o en la oficina, en el taller o en la fábrica, fuera como la voz de la patria que instruye o que aconseja, pero que siempre señalara el camino del deber y del amor como el único para llegar al engrandecimiento y la verdadera felicidad. Ésa era la mente de los que planearon el *Calendario*, y en verdad que lo consiguieron: allí se recoge la expresión de nuestros sueños de redención colectiva, de esfuerzo y de lucha por organizarnos dentro de una vida en que alumbren la luz de la libertad, la justicia y la independencia. El *Calendario* se inicia con el Himno Nacional, y primer día del año, que fue miércoles, se consagra a don Francisco I. Madero, de quien Mariano Silva y Aceves escribe una breve semblanza y Clemente Islas Allende ejecuta un bello grabado en acero. De allí en adelante, cada página incluye las efemérides y textos literarios espigado de los grandes escritores y hombres de México; todos los domingos aparece un grabado de alguno de nuestros más famosos artistas, glosando o interpretando el texto seleccionado. Algunas de esas ilustraciones realizadas especialmente para servir de glosa y comentario, o dicho en otras palabras, para reforzar y completar la lección literaria, son obras desconocidas de nuestros más famosos artistas de hoy. Así, por ejemplo, algunos grabados de Chabela Villaseñor, de Fermín Revueltas, de Rivera y de Orozco. Algunas estampas de códices, algunos grabados de Posada se reproducen en el *Calendario* para darle un nuevo encanto y denunciar a su anónimo autor como persona diserta en todo lo concerniente a cultura mexicana. Compuesto con una honda intención educativa, con depurado gusto literario, con verdadero celo pedagógico, es éste un libro de lecturas literarias y de lecciones

cívicas; es un manual de historia y un libro de estampas de nuestro pueblo a lo largo de su vida. Quien pudo leerlo palabra por palabra, sílaba a sílaba, letra a letra como quería John Ruskin que se leyera los libros esenciales, encontró aquí fecundas enseñanzas, de éstas que agrandan el mundo.

Destinado por su propia condición a una vida efímera, ¿cuántos ejemplares pueden quedar, a la vuelta de veinticinco años, del *Calendario cívico mexicano* para el año de 1930?

9 de octubre de 1955

Anuario de la poesía mexicana

Con el *Anuario de poesía mexicana 1954* que acaba de aparecer, el Instituto Nacional de Bellas Artes reanuda una bella tradición desgraciadamente interrumpida en nuestros días: la de los anuarios que reúnan la producción literaria nacional, tal como se hacía en México durante el siglo pasado. El principal propósito consiste en agrupar en forma amplia las diversas etapas y manifestaciones de la lírica mexicana en todos sus aspectos, sus tendencias, sus escuelas, sus preocupaciones de un año. La selección se ha formado con esos lineamientos, atendiendo, antes que a un sentido estético, a obtener un panorama de nuestra lírica, sin que eso quiera decir que se haya hecho caso omiso de un mínimo de decoroso rigor. Por otra parte, se procuró tomar de cada autor seleccionado lo más significativo de su obra publicada durante el año.

Una observación que viene desde el siglo xvi es aquella según la cual hay pocas organizaciones tan felizmente dotadas como la del mexicano para la poesía, por cuanto poseen en alto grado todo lo que constituye la base de ésta: imaginación ardiente y sentimiento de lo bello. Esta observación que Bernardo de Balbuena concretó cuando dijo que “la facultad poética era como una influencia y particular constelación de México, según la generalidad con que en su noble juventud se ejercita”, es válida siempre que se ponga en la producción literaria nuestra la mejor atención. Pues se puede advertir la abundancia de la creación poética no sólo aquí en la capital, sino en las provincias. Se podrá decir que no toda ella resiste el análisis estético, pero a esa objeción se puede responder diciendo que, si bien es cierto,

también lo es que esa poesía ocasional, hecha a veces por aficionados, revela esa inclinación a expresar los sentimientos en verso, y que en más de una ocasión podemos encontrar en ellos no solamente hermosas expresiones y otras formas de inusitada belleza, sino pensamientos profundos. A eso se refirió José Zorrilla cuando dijo que el instinto poético del pueblo mexicano le arrastra, a pesar de todas sus preocupaciones, a dar en su existencia vulgar un sitio más preeminente y una parte más activa a la poesía que ningún otro pueblo moderno. La riqueza y flexibilidad de nuestra lengua, dijo, el ingenio natural de los mexicanos, su talento especial para el epigrama, su carácter un tanto burlón y decididor y su oído musical mantienen en el pueblo una decidida afición a la poesía, y acaso esta misma inclinación del vulgo y su facilidad de improvisar, contribuya a vulgarizarla y a que se la tenga en poco. Y así es. La revisión de las publicaciones mexicanas, hasta de aquellas más humildes robustecen la proverbial inclinación y facilidad de nuestro pueblo para el cultivo de la poesía.

La selección de las piezas que lo integran fue hecha por el joven poeta Fernando Sánchez Mayans sin mucho rigor estético como ya está dicho, sino teniendo como mira principal destacar aquellas que sirvieran para ejemplificar algunas de las tendencias que imperan en la poesía mexicana actual. Así hay en el *Anuario*, poemas de todas las tendencias desde el folklórico y popular hasta el de más depurada tendencia surrealista. Se puede decir tras de un examen de la selección reunida que no hay “ismos” en nuestra poesía. En todo poeta se reúnen de alguna manera las últimas tendencias. Quizá sea Octavio Paz el que mayormente se ciña a una determinada escuela literaria, y eso sólo en su último libro, *Semillas para un himno*, de índole sustantivamente surrealista. La poesía de protesta social, de moda hace unos quince años, ha decrecido visiblemente y hoy tienden los poetas a expresar, más que las ideas de un partido político determinado, el mundo propio del hombre que escribe. La poesía de carácter cívico patriótico, tan poco cultivada en los últimos años y que en el pasado dio muestras tan firmes como “A la Corregidora” de Gutiérrez Nájera, tiene en la producción poética actual algunas manifestaciones de sobrio acento, tal el fragmento del poema “Hidalgo” de Manuel Lerín. Igual cosa ocurre con el poema de imitación de copla popular como “Lira Jarocho” de Oswaldo Arias, no exenta de gracia y maestría en la versificación, que recuerda la letra de los sones, y un poco también la manera de José María Esteva, justamente apodado “El jarocho”.

El *Anuario* no reúne naturalmente todo lo publicado durante el año, porque a pesar del empeño que en ello se puso, no se pudo tener a mano la totalidad de periódicos y revistas que se publican en México. Pero en lo reunido se puede asegurar que están representadas todas aquellas piezas que de más valor aparecieron en el año de 1954; algunas de las más características, acabadas y depuradas tendencias que hoy dominan en nuestra lírica.

El libro que comentamos presta de esta manera un verdadero servicio al estudio de la literatura mexicana, y cuando pasen los años tendrá el mismo significado que ahora tiene, por ejemplo, el *Anuario* preparado por Juan de Dios Peza en el año de 1878.

23 de octubre de 1955

Carta a Alfredo Cardona Peña

Alfredo Cardona Peña: Yo llegué tarde a la casa y me acosté dizque a leer y me quedé dormido. La risa de Cibeles, ya como a las nueve de la noche, me despertó. Volví entonces a la lectura —de un libro de Alonso Zamora Vicente, *Las sonatas de Valle-Inclán*, donde hay muchas alusiones a México y muchas referencias a las asonancias entre Valle y Darío, y a veces alguna resonancia de éste en aquél. Pienso en Ernesto Mejía Sánchez, que quizá no conozca todavía este libro. Digo, pues, que volví a la lectura. La niña seguía por la cocina y la sala. Alfa tejía al lado de la cama, sentadita en un *birungo* —tú los conoces, y los has cantado, Alfredo. Por fin, viendo que ya era muy noche, llamamos a la niña para que se acostara, pero quise antes que me recitara un madrigal inédito de José Zorrilla, dedicado a Mamá Carlota: (*En mi tierra, que es tierra de gentileza, / ser galán con las damas, prueba nobleza; / lo galán, perdonadme; sois vos, señora, / como el sol que donde entra, todo lo dora. / Mi poesía es oro por ser vuestra, / no por ser mía...*). De allí pasamos, por un explicable resorte, a Manuel Acuña, al “Nocturno”, que yo canté. Volvimos a Acuña y yo expliqué que todavía no estaba suficientemente explicada la razón del suicidio del poeta. Cuando una patria está a punto de perder su libertad, cuando se ve hollada por la planta extranjera, sus hijos, sus buenos hijos, pueden morir de dos maneras: por las balas del invasor, o de la tristeza que da verla encadenada. Recordé entonces que quizá en la decisión final de Acuña concurrieran, entre otras muchas

cosas, una desesperación, una tristeza patriótica. No sólo Rosario, no sólo la tristeza de encontrarse lejos de la madre idolatrada, sino también el sedimento de tristura que los días infaustos de la intervención extranjera dejó en su corazón... Y recité su canto patriótico, “5 de mayo”: *Tres eran, mas la Inglaterra/ volvió a lanzarse a las olas/ y las naves españolas/ tomaron rumbo a su tierra...* Las últimas estrofas apenas las pude decir: el llanto con que siempre oí el himno, vi desfilar la bandera, oí un versículo de la Constitución, recité un canto cívico, me subió a los ojos. Alfa y Cibeles se quedaron atónitas, pues nunca me habían visto en estos trances. La una se fue a la cama, volvió la otra a su tejido. Como éste es un tipo de llanto que alivia, ya sereno subí a la biblioteca. Y fue lo primero que me encontré tu *Primer paraíso*, leído ahora una semana, una noche como hoy, a estas horas. Sí, Alfredo: la niñez es eso, un primer paraíso del que nos destierran y no dejamos nunca de añorar y de llorar: un edén mientras más lejano, más lágrimas trae a los ojos. ¿No será ésa la razón por la cual tan fácilmente se enternecen los viejos? Una isla de oro, eso es la niñez, según creía Novalis. Y eso tu libro: una isla de oro donde un aire suave de pausados giros lleva y trae los recuerdos, idénticos en toda niñez. Un edén, un paraíso en que la pena y la dicha son gemelas. Tú lo has dicho: “La infancia es miel, raíz, crónica en saga...” Y lo has dicho como sólo los poetas verdaderos lo saben decir: con sencillez, sin brincos, porque la tierra de la poesía es pareja... Como quien oye un buen trozo de música, como quien mira una rosa, o aspira un perfume, he aquí que la lectura, digo la relectura de tu libro, me ha vuelto a la serenidad, al reposo del espíritu. Como quien bebiera un vaso de agua, que dice la expresión zapoteca, tu bello poema me curó de una sed que hasta ahora sé que no era de agua, sino de algo que me alejara de cosas tristes que a las primeras de cambio me hacían llorar. ¿Hizo otra cosa la poesía? ¿No fue regalar dicha la función primera de los artistas? Pero si antes no lo fue, ahora lo es: el viaje por tu niñez y por tu pueblo, por tus montes, por tus llanuras, tu banquillo escolar, me apacigua, me devuelve el gusto por las cosas hermosas. Y me voy a la cama con la esperanza de soñarme en Ixhuatán, donde fui niño. Porque, ¿sabes?, yo también viví en una isla de oro, en edén, en un primer paraíso.

30 de octubre de 1955

Berenice Kolko y su fotografía

Berenice Kolko es norteamericana, de origen polaco. De Polonia, aquella augusta víctima siempre vencida, pero nunca doblegada, que dijo Justo Sierra en 1863, y ahora triunfante y radiosa Polonia, viene la fotógrafa Berenice Kolko. Conviene retener este dato para explicarnos la raíz y razón de su arte, un arte que no le teme a la realidad ni es alcahuete suyo, que va derecho al objetivo, a la escena, a la porción de vida que el mundo le ofrece: sin halagos, sin caravanas, sin disimular sus aberraciones, segura la artista de que no es verdad que el arte sirva para que la realidad no nos mate. Y no podía ser de otra manera en una mujer que como Berenice Kolko tiene su raíz en la mártir augusta del Vístula, que apura sin apartar de sus labios la copa del dolor que ahora apura la tierra, que padece en su propio corazón las fealdades de nuestros días. En fuerza de padecerlos, esta artista ha llegado a la dolorosa certeza de que más le sirve a su tiempo y a su pueblo, quien le dice la verdad entera que quien la disimula en delictuosa complicidad. Cuando Berenice Kolko llegó a México hará unos tres años, no pensaba quedarse aquí, sino saciar esa curiosidad superficial que este país suscita en los turistas internacionales, principalmente en los norteamericanos. Traía en las manos una cámara, así como un lápiz, para captar paisaje y escenas pintorescas con que entretener las veladas neoyorkinas, o lo que es peor, para publicar con ellas un libro en que la imagen de México no puede ser más falsa y mentirosa. Pero Berenice Kolko se atrevió a asomarse a ese México que algunos se empeñan en ocultar, en no ver de frente: enorme, todopoderoso, ingente; el sol que no se puede ocultar con un dedo. Y Berenice Kolko arrojó lejos de sí sus inclinaciones a la fotografía abstracta o semiabstracta que hasta entonces había padecido, sólo disimulado y atenuado por las virtudes de un oficio, en extremo depurado y riguroso.

Se entró, pues, por México, por la provincia opaca que dijo el poeta. Y artista para quien la fruta no termina en la cáscara, sino que se encuentra mejor en la pulpa, bajo la cáscara; viajera de pico y pala, de subsuelo, de esos viajeros que no se conforman con el dato pintoresco y epidérmico, quiso retener en placas fotográficas los acontecimientos bellos, pero también los feos, que aquí ocurren cada minuto. Quien ha visto a los hombres de sol a sol, inclinados sobre el surco, o en la pizca del algodón, y a las mujeres inclinadas sobre el metate, ésta sí verdadera piedra de sacrificios, ya no puede ser del todo feliz, a menos que padezca una deformación congénita. No así Berenice Kolko. Por

eso, puede medir lo que significa una sonrisa en los labios del pobre. Por eso su cámara ha captado a las mujeres mexicanas en el trabajo, en los instantes todos de su vida; para enseñar lo que hay en ellos de belleza, de alegría, de resignación, de esperanza, de dolor y sufrimiento.

Con la misma claridad, eficacia, elocuencia, persuasión con que lo hicieran el pincel, la pluma y el cincel, la cámara fotográfica de Berenice Kolko nos transmite preciosas páginas de nuestra vida. Allí la señora que cuenta con los dedos los meses que le faltan para dar a luz, que tanto recuerda el bello cuadro de Julio Castellanos; allí esas juchitecas que caminan en verso, ¿se acuerdan?; allí la mujer que muele maíz, que duerme la siesta en su hamaca; que hila y guarda su casa; las parejas pares el día de su matrimonio, allí; las mujeres fuertes y las matronas, allí; todo revestido de una dignidad y de un decoro, cosas las dos que parecen inseparables de nuestras mujeres y de nuestras madres. La sonrisa dulce del niño desarrapado, dulce justamente porque sólo sonríe por causas verdaderas; las artistas mexicanas, las tres mutiladas, que integran el acervo de la exposición Berenice Kolko, que ahora se exhibe en Bellas Artes, son el más nítido testimonio de esta gran mujer y extraordinaria artista. ¿No es verdad que Berenice Kolko ha venido a dar un testimonio verdadero de su paso por México?

Quien se haya asomado un minuto a su exposición, sabe que ésa es la verdad.

6 de noviembre de 1955

Erasto Cortés, grabador, escritor, buen ciudadano

Si yo digo que es Erasto Cortés Juárez un excelente grabador, claro que digo una verdad, y sin embargo no la he dicho toda ni exactamente lo que pretendo expresar. Porque buenos, magníficos, excelentes grabadores hay muchos en México. Siempre lo hubo magníficos, a tal grado que no fuera osado decir que el grabado mexicano tiene una categoría que no queda a la zaga de la pintura. Los nombres de Constantino Escalante, de José María Villasana, de Hernández en el pasado, y los de Leopoldo Méndez, Alberto Beltrán, Alfredo Zalce, Cortés Juárez en nuestros días, pueden servir para probar la verdad de ese aserto.

Si dijera que Ernesto Cortés Juárez es un discreto escritor, claro que diría una verdad, y sin embargo no habría dicho todo ni exactamente lo que quiero decir. Porque buenos, magníficos, excelentes grabadores y pintores que escriben, abundan en nuestro mundo artístico. Rivera, Roberto Montenegro, Rodríguez Lozano, Erasto Cortés bastan y sobran para muestra.

Porque Erasto Cortés Juárez es todo eso, pero algo más: es un buen grabador, qué digo bueno, es excelente, es magnífico. Sus grabados aúnan a un impecable oficio, una ternura, una gozosa simpatía por el tema, así como el afán de impartir una lección no exenta de deleite. Es un buen escritor, pero no sólo eso, sino que sus escritos tienden siempre a servir a sus semejantes, a transmitir una enseñanza, una lección que sin perder sus calidades de belleza, tienen un contenido cívico, patriótico. Son las lecciones de un artista y de un maestro. Con esto creoirme acercando a lo que pienso y siento de la obra de Erasto Cortés, o Tito Cortés, como siempre le dije en la intimidad, desde que lo conocí hace muchos años.

Su libro, *Fisonomía de animales*, hecho íntegramente por él, quiero decir, con sus manos, con su inteligencia, con su vigilancia, desde el principio hasta el fin, nos lo muestra en su diversa condición de grabador, de escritor, de maestro, de ciudadano. Todo con una humildad y una constancia que no hay manera de ponderar. El libro que menciono es una serie de estampas de animales mexicanos, o aclimatados en México, en el que aparecen los modelos en doble retrato: plástico y literario, los dos de mano maestra. Unos grabados a colores, ejecutados con ternura, suavidad, con una simpatía que se dijera caminando del corazón le llega a las manos. Unos textos literarios breves, sencillos, sin otra mira que completar la enseñanza de la ilustración, y sin embargo con vida aparte. *Fisonomía de animales* está dedicado a su hijo Jaime Erasto, “espíritu noble”, dice el amoroso padre. La dedicatoria, por el amor que infunde, trae al recuerdo la que José Martí, asediado de angustias y sinsabores, escribió para su hijo frente a sus *Versos*. Vea el lector cómo las palabras sinceras, los sentimientos verdaderos, suelen equiparar a los hombres, más allá de otras circunstancias. Allí están las imágenes, las fisonomías, las estampas del caracol, del caballo, del burro, del guajolote, del cenizote, del loro. Y la del buey, que según dijo otro de nuestros poetas, con paciencia santa labora: como es buey, aguanta; como es manso, llora. Un libro tan elocuente, tan lleno de sabiduría, que puede instruir a un niño que no supiera leer como a un adulto sin alfabeto.

A sus compañeros de trabajo en *El Nacional* se nos pasan las fechas históricas. Solemos olvidar aniversarios de nacimiento y de muerte de nuestros grandes hombres, héroes, sabios y artistas, que bien mirado todo es una sola y misma cosa. Todos, menos él. Y puntualmente allí está Erasto Cortés Juárez con un grabado, con un artículo para recordar a los mexicanos todos aquellos fastos que han venido a darnos fisonomía de pueblo libre, devoto del arte y de todo aquello que mejor nos define. ¿Verdad que no bastaba decir que Cortés Juárez era un magnífico grabador, un notable escritor, para decir bien a bien lo que su nombre representa en la nómina de los buenos mexicanos de nuestro tiempo?

13 de noviembre de 1955

Sobre el oficio de escribir

El triunfo de Carmen Báez en el Concurso Trimestral del Cuento, de nuestro periódico, se presta para hacer, en relación con el oficio de escribir, algunas consideraciones que no por reiteradas pierden vigencia, ni será nunca ocioso volver a ellas. Un desventurado escritor mexicano —Juan Díaz Covarrubias— dijo, hace cien años, quizá siguiendo a otro desventurado escritor español —Mariano José de Larra— que escribir en México era una faena de niños y de locos. Si para el español escribir era llorar, para el mexicano era morir. Y, sin embargo, Díaz Covarrubias aquí, y Larra, en Madrid, no pudieron dejar de hacerlo.

A contar de la fecha en que el autor de *El diablo en México* redujo a sentencia la situación del hombre que escribe, no han faltado ingenios mexicanos que hayan vuelto a detenerse a considerar todas las circunstancias que acompañan a la vocación literaria entre nosotros. Recuerdo que Ignacio Manuel Altamirano, al principio de una de sus *Revistas Literarias*, resume el cúmulo de peripecias que hay en domeñar para ser un escritor público, un poeta, un novelista, un dramaturgo. La cicuta del desdén, el menosprecio de los próceres, o su aplauso a cambio de entregarles el alma, todo eso, sin contar con la simpatía de los lectores, son algunas de las barreras que el hombre de letras tiene que desafiar y vencer, si de veras el oficio de escribir es en él un mandato y no una mera inclinación, un magisterio y no un hervor de sangre. Pero no

sólo eso, sino que, para serlo de verdad, hace falta una conducta que no ponga en duda la predica, ni muestre el cobre de la pluma, que dice ser de oro. Porque sobre el sombrero del lacayo no podía colocarse ni la más triste corona de poeta. Antes ahogarse que aceptar el salario de un mandamás a quien hubiera que divertir.

Persistir, mantener encendida la antorcha contra todo soplo adverso, ya es una primera manera de grandeza, ya es haber ganado la primera hoja de laurel, parece haber dicho por allí nuestro Alfonso Reyes. Quien escribe, tras de cumplir faenas que, si dan el pan quita la calma y la alegría por la literatura, porque le son ajenas; quien escriba sin que su tarea se manche con un fin de mala ley es, ahora o mañana, de golpe o contragolpe, un gran escritor, independientemente de la calidad de sus escritos. Una obra lograda a pesar de las circunstancias más adversas, no sólo tiene una significación estética, sino también, ética, ha dicho en alguna parte Octavio Paz. El entusiasmo, la devoción y el amor por las letras, más que las ganancias que su ejercicio pudiera acarrear, hacen profesional al escritor; un escritor profesional, de tipo heroico, y por ello, acaso más estimable que aquel que vive de su pluma, acaba de escribir nuestro compañero de galera Eduardo Luquín. Se ve, pues, que cada uno de nosotros a su hora, hace una pausa para hacer el cómputo de las dificultades que es necesario vencer para no arrojar la pluma al fuego.

Así, de esa cepa de escritores es Carmen Báez. Tras de cumplidas las faenas periodísticas, que tanto tienen de improvisación, de urgencia, a tal extremo de que quien las cumple, poco se cuida de la originalidad, tiene tiempo para sentarse a su mesa y forzar la pluma para que suelte lo mejor de su tinta, digo de su savia. Y hoy un renglón y mañana otro, va acumulando líneas que luego son poemas, y cuentos, y canciones para cantar en las tardes. Sienta junto a sí a Calibán que ha bregado todo el día, y a Ariel que no renuncia al vuelo y a sus alas. Ese puede ser el mayor significado de este triunfo de Carmen Báez. Y así lo dijo René Eclair, compañero suyo, a quien tocó agradecer, en nombre de todos los redactores del periódico, la noche en que le entregaron el premio y el diploma; mérito grande ése de escribir una hermosa página cuando se ejerce el periodismo, señal evidente de que el buen escritor sale ileso de la ruda batalla del diarismo, como lo proclama más de un ejemplo en la redacción de los periódicos mexicanos se escribieron los cuentos frágiles, los de color de humo, los de color de fuego; allí las crónicas vividas, las crónicas soñadas, los

ocios, los apuntes, las cosas vistas. Allí, “Dos o tres meses”, el cuento que te valió el premio, Carmen Baéz.

20 de noviembre de 1955

Oficio por nota

Algo que desde luego hay que ponderar en las tareas de Gerónimo Baqueiro Fóster es la humildad y la dichosa delectación con que las cumple, porque está convencido de que también en las obras sencillas, en las faenas aparentemente humildes, caben la sabiduría, el bien y la belleza. Lejos de su ánimo esa equivocada actitud de considerar que hay trabajos más grandes que otros y que sólo alcanzan categoría de misión aquellos menesteres ya grandes desde las apariencias, como le ocurre a los vanos y necios. Una copla, una rima, una canción son suficiente vaso para poner en ella la lágrima más pura, el alma más honda, la suma más grande de sabiduría y el amor más extremado por el hombre. En la *minucia*, en el artículo de periódico, en la *alacena* de frioleras caben las más depuradas esencias humanas y literarias. Porque además no todos han de escribir libros ambiciosos, ni reducir a unas cuantas páginas la erudición de un siglo, ni se han de conformar con volver a contar, así sea con apariencia de originalidad, sucesos que otros ya contaron con mejor o peor fortuna. En aceptar tareas humildes, en decidirse a tomar como eminentes obras que otros desdeñan encandilados por esos falsos reflejos que llevan a tomar por oro todo lo que relumbra; en eso, digo, se manifiesta una grandeza singular, un heroísmo que nada más perciben los buenos, los que han logrado vencer la mala inclinación de menospreciar todo lo que otros realizan. Cuando Gerónimo Baqueiro Fóster fue miembro de una banda de música, tocó la flauta, pero era uno de los más sabios de la banda, si no el que más, puesto que se convirtió en maestro de sus compañeros para que el cuerpo de que formaba parte cumpliera mejor su encomienda. Cuando después cambió la flauta por la pluma, se puso a escribir sobre temas olvidados o desdeñados por los fatuos y vanos que hemos dicho, pero no por eso ajenos a la cultura de nuestro pueblo. Baqueiro Fóster sabe que no hay en este campo tarea de menos monta que otra. Y que cuando falta un centavo todavía no se tiene el peso. Y domina hoy la pluma como en otra hora la flauta. ¿No dice nuestro pueblo, cuando quiere ponderar el dominio que se tiene sobre algún menester

que se sabe por nota, o por solfa? Pues por solfa sabe tratar Gerónimo Baqueiro Fóster los temas de su predilección, de su ministerio.

Su casa es un rico depósito de documentos, de textos musicales, de instrumentos músicos; es una montaña de libros, de periódicos, recortes y papeles a los que tiene señalada una función en sus trabajos, ya presentes, ya futuros. Son instrumentos, son herramientas. Todo en orden, nada fuera de lugar o de sobra. Se diría que allí no se anochece con una tarea trunca y que cada día rinde su fruto. A eso llama Amiel estar dispuesto a partir. La obra sobre la cual aún no se pone las manos, la trae Baqueiro Fóster consigo por donde quiera que andaba; y hoy le suma un apuntillo y mañana le hace un retoque. Sus amigos y colaboradores forman legión. De todas partes del país, y aun de fuera del país, le llegan letras y recados: un lector le manda la letra de una canción olvidada; otro su texto musical; uno un cuaderno manuscrito y otro un libro olvidado. Éste la estrofa que faltaba para completar una letra, aquél una variante, ora literaria, ora musical. Y a todos tiene Gerónimo Baqueiro Fóster el cuidado y la delicadeza de agradecer, sin dejar para más adelante el elogio del fortuito colaborador.

¿Cuántos años lleva Baqueiro Fóster en la tarea de estudiar y desbrozar la historia de la música mexicana? ¿Cincuenta, treinta, veinte? ¡Quién sabe! Pero lo que yo recuerdo es que son muchos. Con su nombre y con diversos seudónimos viene escribiendo en revistas y periódicos lo mismo crónicas de nuestra vida musical que síntesis biográficas de músicos: en ocasiones rastrea el peregrinaje de una melodía hasta dar con la fecha en que llegó a nuestra tierra, y a veces hace la tabla de parentesco de todo un género musical con un rigor que pasma.

No ha encontrado Gerónimo Baqueiro Fóster una manera mejor de servir a la cultura nacional. Y lo ha hecho con amor, sin el cual no hay obra duradera.

4 de diciembre de 1955

Las contradicciones de Urbina

Todos los estudiosos de nuestra historia literaria están acordes en considerar los trabajos de Luis G. Urbina en esa materia, de una rara penetración. Rara, porque, si bien aquel gran poeta y excelente cronista era hombre de vastas lecturas en las que no eran ajenos los temas mexicanos, la verdad es que nadie podía sospechar que, no siendo un especialista en los temas de la literatura

nacional, pudiera escribir sobre ella con la autoridad que lo hizo. En efecto, Urbina estaba avezado a las faenas periodísticas, en donde la improvisación es el mejor recurso, con tal de que el periodista se adorne con las galas de la fantasía, de la imaginación y de una especie de delirio verbal que lo lleve a improvisar páginas sobre temas que el azar le ponga en las manos. Él lo ha contado en la nota introductiva de los *Cuentos vividos y crónicas soñadas*: el director del periódico daba a los redactores —él, uno de ellos— los sujetos, a última hora. Y entonces el redactor, llevado de aquel gusto del modernismo que consistió en hacer con las palabras iridiscentes un poco de espuma retórica, bordaba fantasías, divagaciones, crónicas y cuentos, que mucho tenían de vividos y soñados. El lector ya sabe que, en ese trance, Urbina escribió algunas de sus mejores piezas de periodista y de cronista. Pero vérselas con cuestiones que lo mismo exigían erudición y buen criterio, nunca lo había hecho Urbina hasta que le tocó preparar, con otros maestros mexicanos, la *Antología del Centenario*. Fue entonces cuando rehizo sus lecturas mexicanas, completándolas, y redactó, por último, la introducción de aquella obra que se quería monumental, pero que las circunstancias de nuestra vida, ha dejado trunca. Y él, que rehuyó la crítica afirmativa y clasificadora, sustituyéndola frecuentemente por la impresión personal, tuvo que decidirse por el resumen que reclama documentación y análisis. Tan penetrante, tan novedoso aquel su primer estudio, que sus compañeros de tarea, tras de su sorpresa, proclamaron sus excelencias. No era la vez primera, sino la segunda, en que se intentaba explicar la relación entre los fenómenos sociales y las manifestaciones literarias de México. Lo que se hacía por primera vez era presentar la tesis con amplitud, brillantez y gran acopio de información.

Pero hay algo que reduce el valor de los dos libros que Luis G. Urbina nos legara para la historiografía de las letras mexicanas —*La literatura mexicana durante la Guerra de la Independencia* (1910), y *La vida literaria de México* (1917)— y es el tono de incredulidad y aun desdeñoso con que vio el capítulo de la literatura indígena anterior a la Conquista. Si recordamos el brillante alegato y el brioso razonamiento con que defendió la individualidad de nuestra literatura, sin negar por ello su raíz española; si traemos a cuento sus agudas reflexiones acerca de cómo se fundieron para dar vida a un nuevo ser cultural, las dos sangres y razas que palpitan en nuestro seno; si evocamos sus atisbos acerca de nuestra música y sobre todo si hacemos un recuento de las ocasiones en que señala como prolongación indígena de nuestro ser “la hierática melancolía

de nuestros padres los colhuas”; entonces, su negación, desdén e incredulidad acerca de la existencia de una literatura india, sube de punto. ¿Qué le ocurrió a Urbina? ¿Por qué esta contradicción? ¡Quién sabe! Aunque bien pudiera ser que las sombras, venerables para él, de Marcelino Menéndez y Pelayo y de Joaquín García Icazbalceta, se proyectaran y enturbiaran la luz que hasta allí había iluminado sus trabajos.

Hay algo más que viene a complicar esta incongruencia. Su poema “La vieja lágrima”, que es una de las más hermosas de su estro, pese a la apariencia de sencillez de sus símbolos, vale por una confesión de su estirpe india, y es otro argumento de que el poeta azteca no ha muerto en el bardo de hoy: una lágrima india se destila en nuestro corazón oscuro y solo, desde hace siglos, y la dejamos de herencia a nuestros hijos. Pobres criaturas, dice el poeta:

*sin daros cuenta en medio a la algazara
ya en vuestro alegre corazón se filtra,
silenciosa y tenaz, la vieja lágrima.*

11 de diciembre de 1955

Don Erasmo Castellanos Quinto

Al amanecer del domingo pasado, día 11, murió Erasmo Castellanos Quinto, a la edad de 76 años, según se dice, aunque bien pudiera ser que un poco mayor. Cosa extraña es que habiendo sido un escritor, poeta y hombre de extraña personalidad, nuestras más señaladas historias literarias no lo mencionan para nada, de tal suerte que al morir nadie pudo tener a la mano siquiera los datos esenciales de su biografía, y todo se ha reducido a referir pormenores de su vida, pintoresca en más de un aspecto. Porque, en efecto, uno de los rasgos de su extraña vida es que no trabajó su fama y su éxito al paso que cultivó su intelecto. Se conformó con mantenerse fiel a su vocación de lector voraz, de escritor parco, de maestro para quien nada de lo que hay de valor supremo en las literaturas era desconocido; lo demás, le tuvo siempre sin cuidado. Si no le quitaba el sueño la opinión de los discretos, menos podía alterarlo el juicio de los necios. Ni burlas ni pitorreos lo sacaron de quicio. Como Prieto, que también vivió en Tacubaya, era hombre de “torpe aliño indumentario”: el paliacate de don Guillermo tenía su

equivalente en el bombín de don Erasmo. Y así como el uno se llevaba muy bien con las muchachas de servicio y los ganapanes, el otro era amigo de la gente de más baja condición y de toda criatura que padeciera desamparo, así fueran gentes, o perros, o gatos. Estaba inscrito don Erasmo en la lista de los hombres para quienes ningún dolor podía no ser suyo en un momento dado. Y lo alcanzaba el amor y el sentimiento de solidaridad humana para equilibrar con ellos lo que en su conducta pudiera haber con apariencia de locura.

Yo no fui su alumno de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, pero solía asomarme a sus clases, que más que tales eran representaciones, improvisados espectáculos en los que él era todo: actor, director, apuntador, público y empresario. De memoria, sin ayuda de libros, explicaba los textos inmortales: *La Ilíada* y *La Odisea*, *La Divina Comedia*, y *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, trances en que se manifestaba como un actor extraordinario. Quien le vio representar esas obras y le oyó la explicación de ellas, las recordará para siempre. Se dice que en esos capítulos era una autoridad mundialmente reconocida. Gran cervantista, excelso helenista, connotado medievalista, son epítetos que no se le regatean. Se dice, y puede que sea cierto, pero si no lo fuera, eso no quita que conociera al dedillo aquellas obras y que las gozara y las hiciera gozar a sus oyentes.

Varios años después de haberlo oído en la Preparatoria, lo encontré al momento en que salía de la casa de doña Antonieta Rivas Mercado, aquella mujer genial que nada quiso ignorar. Como yo preguntara, lleno de curiosidad, la razón de aquella visita, la señora me contó que esa tarde había concluido un pequeño curso de literatura griega, que el maestro le había impartido. Sobre la mesa de la biblioteca se encontraba un ejemplar del primer libro de versos de Castellanos Quinto, *Del fondo del abra*. Era el dulce, el añorado tiempo, en que leer era mi solo ejercicio. Y aquella misma noche leí el poemario, una y otra vez. ¿Cuántos años hace de eso? Hace un poco más de un cuarto de siglo. Por eso lo que en seguida voy a decir puede contener alguna inexactitud emocional: la poesía de Erasmo Castellanos Quinto reunida en ese libro lo emparenta con alguno de nuestros poetas de hace medio siglo, con algún momento de Urbina, digamos. Símbolos fáciles, evidentes; buena versificación, un claro sentimiento del paisaje y de las cosas próximas, son cosas que recuerdo como atributos de aquella poesía.

Sólo dos libros escribió Castellanos Quinto, los dos en ediciones limitadas. El uno a un centenar y el otro a siete ejemplares. Esto tuvo de singular: ninguna otra mano intervenía en sus creaciones, ni ninguna otra colaboración; como

el padre a su hijo, Castellanos Quinto era responsable de su libro desde su simiente hasta que estaba impreso. De allí que fuera a un tiempo autor e impresor, encuadernador y dibujante. Un tipo de escritor que todos quisiéramos ser, eso fue don Erasmo. Se dice que la muerte suele ser fuente de perdones y que abre puertas y ventanas para que la luz penetre y alumbre las reconditeces de la vida de los hombres. Ojalá que así ocurra con Erasmo Castellanos Quinto, y alguno venga pronto a decirnos qué hay de duradero y de ejemplo en su vida, y en su escasa producción literaria.

25 de diciembre de 1955

Antologías poéticas

Ya en otra ocasión nos hemos referido, en este mismo lugar, a lo útil que sería para el estudio de nuestras letras, que alguien se ocupara de hacer una bibliografía de las antologías poéticas mexicanas, a partir de la *Colección de poesías mejicanas*, preparada por José María Luis Mora y publicada en París en 1830. Y trasladamos la tarea a uno de los más enterados de nuestra historia literaria: a Clemente López Trujillo, quien no solamente ha investigado ese capítulo, sino que ha conseguido reunir el mayor número de antologías, florilegios, ramilletes y colecciones que se han publicado en nuestro país y en el extranjero. Porque, en efecto, después del artículo “Antologías Mexicanas” de Luis González Obregón, aparecido en la *Antología del Centenario*, que yo sepa, ninguno otro se ha ocupado en extenso de semejante trabajo.

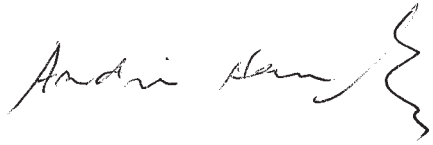
Para lo que pueda servir a esa tarea hasta ahora aplazada, vamos a referirnos a dos antologías que en este año cumplieron un siglo de haberse publicado. Ellas son: *El Parnaso Mexicano. Colección de poesías escogidas desde los antiguos aztecas hasta principios del siglo presente*, que en el año de 1855 comenzó a publicar José Joaquín Pesado en la imprenta de su pariente Vicente Segura, en esta ciudad de México; un empeño que desgraciadamente se vio frustrado por las circunstancias de nuestra vida política. La otra, la constituyen los *Sonetos varios de la musa mexicana, colección dedicada al insigne poeta español don José Zorrilla* que, preparada por José Sebastián Segura apareció en la misma imprenta de Vicente Segura, apenas unos meses después de la llegada a México del autor del *Don Juan*; y en la que encontraron sitio algunos poetas mexicanos de la Colonia y de aquellos

días, como era Sor Juana, fray José Manuel Martínez de Navarrete, Anastasio María de Ochoa, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Ignacio Rodríguez Galván, José María Moreno y Jove, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Alejandro Arango y Escandón, Félix María Escalante, Ignacio Pérez Salazar, Marcos Arróniz, José Tomás de Cuéllar, Francisco González Bocanegra, Luis Gonzaga Ortiz, José María Roa Bárcena, Pantaleón Tovar, Ignacio Algara, Ávila Vázquez, González de la Torre, Calero Quintana, Vicente Segura Argüelles, y el compilador José Sebastián Segura. Como puede verse por la lista anterior, el antólogo no estuvo muy estricto, ya que allí aparecen poetas de muy diverso valimiento, lo cual llevó a Luis González Obregón a afirmar cuando escribió el artículo a que nos hemos referido, que estaban juntos poetas y meros versificadores. Algunos de los autores de aquel tiempo ahí reunidos no llegaron a publicar libros o fueron poetas ocasionales, o bien murieron jóvenes, o abandonaron el ejército literario para incorporarse a la lucha en que el pueblo mexicano, dividido en dos bandos, se vio orillado a enfrentar. No faltaron tampoco aquellos que cambiaron la pluma del poeta por la del polemista y del escritor político. Entre los unos se puede contar a Algara, por ejemplo; y entre los otros, es decir entre los que abandonaron la poesía para sumarse a alguno de los partidos, y luego morir joven, pudiera mencionarse a Escalante, muerto en la flor de la edad.

La segunda de las antologías mencionadas suele confundirse con los *Cien sonetos* que, en honor de Zorrilla, se publicó por aquellos mismos meses, quizá con las piezas que se escribieron en homenaje al poeta español para recibirlo primero, y después, durante los banquetes que se dieron para festejarlo. Esta antología no aparece mencionada ni por Luis González Obregón ni por los autores de la *Antología del Centenario*, aunque sí habla de ella con ese título Enrique Fernández Ledesma que con tanto ahínco y singular devoción trabajó esa época de la literatura nacional. Pero hay algo más: algunos bibliófilos mexicanos aseguran haberla visto, cuando no poseerla. A mayor abundamiento, en una gacetilla publicada en *El Universal*, el 6 de marzo de 1855, se habla de esta antología con ese título: *Cien sonetos mexicanos*, coleccionados por José Sebastián Segura. Quizá la razón de haberse publicado por la misma imprenta y haberla formado el mismo antólogo, haya determinado que se las confunda, o por lo menos se ponga en duda su existencia.

Y esto es lo que tú, Clemente López Trujillo, podías poner en claro.

1956

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', followed by a decorative flourish.

Lindas mentiras sobre los zapotecos

Un reciente viaje al Istmo de Tehuantepec, así como la lectura de un artículo al respecto, vienen a actualizar una deliciosa mentira: aquella, según la cual, en esas tierras sólo las mujeres trabajan, en tanto que los hombres duermen, en muelles hamacas. Una mentira que ya lleva siglos y a la cual se vuelve de cuando en cuando, cada vez más enriquecida, más adornada. La encuentra uno en los libros de los viajeros y se encuentra en la pluma de los escritores nacionales. De Isidore Charnay a José Vasconcelos, se reparte una deliciosa gama de infundios al respecto que no hay manera de poner en orden. Pero no sólo eso, sino que también las mujeres istmeñas, como que son reinas y señoras de la vida, se portan con tal libertad que alguno ha dicho que entre ellas la vida amorosa forma parte de sus afanes cotidianos. Son partidarias del extranjero, mejor dicho del mestizaje, llegó a decir uno de esos escritores. De los hombres, aunque se acepta universalmente que son los soldados más valientes de México, se ha dicho que rehúyen al trabajo. Linda mentira que ojalá fuera cierta, porque no sería en su detrimento sino en su elogio. Del juchiteco ha dicho Vasconcelos que es un ser que permanece en la hamaca desde que nace, en espera de que una revuelta lo convierta en general. Autorizan este extremo algunas circunstancias: su carácter levantado y belicoso, evidente en el hecho de que Juchitán haya dado a la Revolución Mexicana más de diez generales, sin contar aquellos cabecillas que no llegaron a formar parte en un momento dado del ejército mexicano.

Desde Claudio Linati, Isidore Charnay, y el abate Brasseur de Bourbourg, fuera del Istmo, todas las mujeres son tehuanas. Es decir, oriundas de Te-

huantepec. Desde la Guerra de Independencia, y la Reforma, y la Revolución Mexicana, fuera del Istmo, todos los hombres son de Juchitán. Es decir, la mujer de Tehuantepec, y de Juchitán el hombre.

Volvamos a la leyenda de que en el Istmo de Tehuantepec, sólo las mujeres trabajan. Los zapotecas de Tehuantepec se ha dicho son valientes, laboriosos, dóciles y joviales, de magnífico aspecto. Sólo entre ellos, según esta opinión, se da un bello sexo que, aparte de bello, gusta de los extraños, o si se quiere, del mestizaje. Las tehuanas, escribió Charnay, son hembras estupendas: sus facciones, su porte airoso, su elegante indumentaria y su limpieza, las hacen extremadamente llamativas. Se bañan en agua perfumada con chintule y con agua también perfumada lavan su ropa, la enagua y el huipil, de muy finos bordados de seda y oro, con encajes y otras mil curiosidades. A principios del siglo pasado Linati pinta, literaria y plásticamente, a la tehuana con verdadero primor: la falda ciñendo la grácil cintura y el huipil de encaje en que se ven, como en el verso del poeta, los bravíos pechos empitonando la camisa. Brasseur de Bourbourg, hace cien años, la describe embelesado. Ante una de esas bellezas nativas, exclamaba que nunca había visto una imagen que más le recordara a Isis y a Cleopatra. La indumentaria masculina de entonces no atrae la atención de los viajeros Charnay, Linati y Bourbourg. Constaba de calzón y camisa de manta, ceñidor y sombrero que alguna vez era de fieltro. En época más cercana, esta última prenda llegó a ser muy famosa, pues era de fieltro muy fino, con galones de hilo de plata y una toquilla muy pesada como para asegurarlo contra el viento. Sombreros “de veinticuatro” se les llama hasta hoy para aludir a su costo de hace cerca de un siglo. Todos concuerdan en proclamar que son los zapotecas del istmo los más inteligentes y los más hábiles, entre los indios oaxaqueños. Los que son labriegos, cazadores y pescadores destacan como buenos artesanos, carpinteros y panaderos, herreros y zapateros, curtidores y oribes. Estiman, sin embargo, que los varones son menos inclinados al trabajo que las mujeres que hilan las hermosas telas y bordan sus elegantes trajes, que venden en los mercados y viajan a los lugares próximos a las ciudades de Juchitán y de Tehuantepec. Pero lo fandanguero –yo diría sandunguero– no les quita lo industrioso, ha escrito Daniel Cosío Villegas. No me vengan, pues, a decir que los juchitecos son dados al ocio y a las rebeldías estériles. La mujer, es cierto, maneja las llaves de la casa, la cuida, y vigila la educación de los hijos. Pero es que en tierras inclementes como aquéllas, el hombre cumple en las primeras horas del día, rudas jornadas de trabajo, de

suerte que cuando el turista sale a la calle, sólo encuentra a las mujeres, mientras el hombre descansa a esas horas.

¿Hasta cuándo van a prevalecer estos errores con respecto a los zapotecas del Istmo? Ojalá que esta *Alacena* logre desvanecer de la mente de los que todavía las padecen, las aberraciones a que han dado lugar.

10. de enero de 1956

Un mal año

Algo que he podido observar en estos días es que este Suplemento no publica noticias necrológicas. Cuando muere alguna persona de calidad en México, *El Nacional* da la información en sus ediciones diarias, pero ninguno de los redactores ha tenido hasta ahora el cuidado de hacerlo en la *Revista de Cultura Mexicana* con lo cual sus tareas y propósitos se quedan en cierto modo truncos. Una nota necrológica, acompañada de una bibliografía de los escritores desaparecidos así como las más indispensables referencias bio-bibliográficas son siempre de gran provecho para investigaciones futuras en torno a la historia de las letras nacionales. Y eso es lo que nos proponemos no olvidar en lo futuro. Y ojalá que el año que acaba de empezar no registre tantas defunciones como el de 1955. Hagamos ahora, así sea en dos líneas, una reseña de las bajas del año pasado.

Cuando todavía no nos reponíamos de la noticia de la muerte de Francisco Castillo Nájera –20 de diciembre del 54– murió el 18 de enero Luis Enrique Erro, hombre de ciencia y notable literato, autor de dos libros de creación: *Por aquí pasó Cortés* –que es una verdadera rareza bibliográfica– y *Los pies descalzos*.

Alfonso Méndez Plancarte, antes de cumplir cincuenta años, pero que no obstante esa circunstancia nos dejó una obra no sólo voluminosa, sino de rara perfección; por su rigor de investigación, por el aparato de erudición que la sustenta. Los trabajos sobre Díaz Mirón, sobre los poetas novohispanos y sobre Sor Juana Inés de la Cruz, quedan como testigos de sus dones de investigador de sano juicio, de espíritu vigilante y sagaz.

El 11 de abril, tras de una dolorosa agonía que duró meses, se fue para siempre José Moreno Villa, que era uno de esos españoles para quienes no se ama ni se conoce verdaderamente a España si se la desconecta de México, a partir de la Conquista. Guiado por esa certeza, aplicó las luces de su esclarecido intelecto a

estudiar la cultura mexicana y nos lega algunos libros en que se apuntan reflexiones y atisbos sobre ella, que dan fe de su genio como escritor y como crítico de arte.

El novelista, maestro de literatura mexicana, cuentista y narrador, periodista atildado, Carlos González Peña falleció el día 1º de agosto, a la edad de setenta años. México le otorgó en reconocimiento de su labor literaria de toda una vida, un Premio Nacional de Literatura.

Al mes siguiente, es decir, en septiembre, el día 11, ocurrió la muerte de Alfonso Cravioto que sólo publicó un libro de poemas, *El alma nueva de las cosas viejas*, y dejó inédito *Cantos de Anáhuac*, y sin recopilar una multitud de artículos, ensayos y trabajos de crítica literaria que bien pudieran reunirse, por lo que tienen de aportación inteligente al estudio de nuestras letras.

El 18 de octubre feneció Lauro G. Caloca, más conocido por su oratoria y periodismo pintorescos, pero que escribió algunos relatos no exentos de belleza y de raíz mexicana.

De vuelta de un viaje por Europa, cayó en Nueva York el día 22 de noviembre, Manuel Toussaint, quien trabajó más de una veta de la cultura patria: pintura, escultura, arquitectura, tipografía, pero también, en sus primeros tiempos, acerca de algunos literatos mexicanos. Sor Juana, por ejemplo, de quien descubrió algunas piezas o Agustín F. Cuenca, a quien rescató de un olvido injusto y caracterizó de una manera penetrante.

En la segunda semana de diciembre, el día 11, se nos fue don Erasmo Castellanos Quinto, autor de dos o tres libros de poemas que, a pesar del desdén en que siempre se les tuvo, lo mismo que a su autor, no son obra ajena a la manera más permanente de nuestro ser colectivo.

Y ayer nada más, el día 28, murió de muerte repentina Luis Alaminos Peña, ilustre maestro español, desterrado por sus ideas políticas en nuestro país. Alto empleado del Fondo de Cultura Económica, hizo por los libros mexicanos una labor llena de nobleza y de fervor, a la que nadie negó su aplauso, aun en vida de don Luis. Por último, el día 30 de diciembre moría el escritor y dramaturgo español Eduardo Ugarte, que en España había obtenido grandes éxitos en sus piezas teatrales y que en México se dedicó preferentemente a las tareas cinematográficas. Recientemente, había publicado una historia del teatro.

Mal año para las letras nacionales fue el de 1955. Ojalá éste que ahora comienza no las enlute tanto.

El vate Rubalcaba

Hace apenas ocho días prometimos a los lectores consignar en esta *Alacena* las defunciones que fueran ocurriendo en México, en el campo de la literatura nacional. Mal año para las letras nacionales fue el de 1955, decíamos. Ojalá que éste que ahora comienza no las enlute tanto, agregábamos. Pero he aquí que apenas iniciado, cuando ya tenemos que lamentar dos bajas en las filas de la literatura mexicana: la de Gilberto Rubalcaba, periodista, fundador de *El Nacional*, cronista parlamentario, poeta manifiesto en sus primeros tiempos y después sólo furtivo, y la de Rafael García Granados: el viernes seis el uno y el sábado siete el otro. Dos hombres distintos, dos escritores de diferente dimensión y significado, pero los dos con un quehacer concreto en la vida cultural de nuestro país, en la que todos alcanzan igual categoría y para la que no hay diferencias.

Gilberto Rubalcaba era originario de Jalisco, en cuya capital, la ciudad de Guadalajara, había nacido hacia 1895, aunque no falte quien asegure que fue su cuna Santa Ana de Acatlán, de aquella misma entidad federativa. Con esto de que habitualmente los escritores mexicanos, quizá por modestia, tal vez por despego, o por las dos cosas juntas, no proporcionan sus datos biográficos, así fuera en apuntes de carácter personal, tenemos que encontrarnos frecuentemente con que ni siquiera sabemos dónde y cuándo han nacido. El caso no es único, sino por el contrario, muy regular en nuestra vida literaria, y del que no se salvan ni aquellos que una mayor fama han alcanzado. Pues bien, tal cosa ha ocurrido con nuestro compañero de redacción el Vate Rubalcaba como cariñosamente le llamábamos, o Rubal, como solía firmar sus crónicas y le nombraban algunos amigos y compañeros. Hasta su propio periódico, éste que es también el mío, no proporcionó ninguna fecha relativa a su nacimiento y a los primeros años de su vida. Sea como fuere, se sabe que Gilberto Rubalcaba vino a México todavía muy joven, pero cuando ya había hecho sus primeras armas, ya como redactor, ya como director y fundador de periódicos, en su nativo Jalisco. En esta ciudad recorrió diversas redacciones con vasta fortuna y en todas dejó huellas de su paso, por su honestidad profesional, por su afán de servir lealmente a los lectores. Al fundarse *El Nacional*, en el año de 1929, Rubalcaba formó parte del primer cuerpo de redactores y fue escalando en esta casa cargos de responsabilidad que fueron desde jefe de información hasta la jefatura de redacción. De dos maneras sirvió Gilberto Rubalcaba al pe-

riodismo nacional y a la sociedad de su tiempo, con su ejemplo de honestidad profesional que todos proclaman y con aquella decisión, nunca desmentida, de ejercer un periodismo cuya mira final era la de proporcionar a los lectores informaciones verídicas, escritas en la forma más sencilla y directa, de tal manera que nadie que lo leyera se quedara sin los beneficios de todo periodismo bien ejercido. Señal evidente de esta buena fama es que sus compañeros de la crónica parlamentaria han solicitado que el palco destinado a los redactores de esa fuente lleve su nombre.

Allá por el año de 1920, recién llegado a esta capital, publicó su único libro de versos, *Las alamedas del silencio*, ahora completamente olvidado y una de las rarezas de nuestra bibliografía. No obstante el olvido en que su libro cayera, ocupa, sin embargo, un sitio en el desarrollo de nuestra lírica mexicana. Era, un poco, manifestación tardía del modernismo, por los procedimientos y por los temas. Hay allí un eco de Jammes de Samain y de Julio Herrera y Reissig. Hasta en el título del libro –*Las alamedas del silencio*– parece percibirse una consonante con el libro del gran uruguayo: *Los parques abandonados*. Rubalcaba puede formar parte en la línea de los poetas como Joaquín Ramírez Cabañas, autor de *Remanso de silencio*; de Alfredo Ortiz Vidales, autor de *En la paz de los pueblos*, no tanto por las calidades y sus temas – Rubalcaba era un artista más depurado, por una parte, y no se inspiraba en temas pueblerinos, por otra – cuanto por la significación que cada uno alcanzó en su momento.

Ya no escribió más versos el vate Rubalcaba, o por lo menos ya nos los publicó, pero en cuanto a dejar de ser poeta, como eso no estaba en su albedrío, siguió siéndolo. Esa bondad, esa honestidad, estas ternezas que trascendían su trato, ¿no eran el cauce que el poeta que no había muerto con él encontraban para expresarse?

15 de enero de 1956

Rafael García Granados

Al medio día del sábado 7 del presente mes falleció en esta ciudad de México el catedrático de la Universidad Nacional, escritor, historiador y periodista, todo en grado notable, Rafael García Granados. Descendiente de viejas familias en las que destacan lo mismo hombres de estado que brillantes escritores, pocas

veces se pudo aplicar con más justicia el viejo proloquio, según el cual, el que lo hereda no lo hurta. Porque, en efecto, Rafael García Granados tuvo entre sus ascendientes hombres de larga fama: un abuelo suyo, José Vicente García Granados fue gobernador de Durango durante la era juarista; un bisabuelo José Fernando Ramírez, se le considera uno de los más ilustres historiadores mexicanos de todos los tiempos, anticuario y editor que salvó del olvido obras de la historia mexicana, a las que agregó nuevos valores con sabios y profundos estudios. Un pariente más, Miguel García Granados fue Vicepresidente de Guatemala en 1871. De muy lejos, de muy buena estirpe venía, pues, don Rafael. Y supo ilustrar el nombre de sus antepasados con obras dignas de esa prosapia y ese linaje.

Había nacido en la ciudad de México el 20 de febrero de 1893. Aquí hizo sus estudios primarios y lo que en el tiempo podía considerarse la Preparatoria, en el Instituto Científico de México; trasladándose después a *Saint Louis College* de Texas, y luego al Instituto Agrícola del estado de Gembloux, Bélgica, donde se graduó de ingeniero agrícola, en el año de 1914. Al volver a México la Secretaría de Educación Pública y la Universidad Nacional le concedieron, la una el grado de historiador, y la otra el de maestro en ciencias históricas. A partir de entonces su nombre es inseparable de cuantos acontecimientos se conectan con esas disciplinas, en las que siempre puso una entonación que lo distinguió de sus compañeros. Catedrático de la Universidad Nacional, conferencista de robusta erudición, fue objeto de señalados honores lo mismo en su patria que en el extranjero, siempre animado de aquel empeño de mostrar a propios y extraños las excelencias de la cultura mexicana, la antigua, y la de nuestros días.

Periodista en alguna etapa de su vida, dejó en el diarismo mexicano señales de su cultivado espíritu, de verdad distinto, de veras muy personal. Sus obras abarcan una multitud de temas que van desde los estudios históricos, lingüísticos y arqueológicos hasta los artísticos, campo este último en que se pueden encontrar reflexiones y atisbos muy sagaces y de muy lejana desemboadura. Quizá el libro que mejor traduzca sus características de hombre y de escritor, fuera el que lleva el sugerente título de *Filias y fobias*, o por lo menos así me lo parece. Dejó a medio escribir un libro que bien pudiera ser uno de sus mejores libros: *El arte de la plumaria en México*.

He aquí una sucinta bibliografía de Rafael García Granados: *Huexotzingo. La ciudad y el convento franciscanos* (México, 1934); *Capillas de indios en Nueva*

España (Madrid, 1935); *Estudios comparativos de los signos cronográficos en los códices prehispánicos de México* (México, 1942); *La sillería del coro de San Agustín* (México, 1941); *La enseñanza de la Historia en la Universidad Nacional de México* (México, 1949), y finalmente, el *Diccionario biográfico de Historia antigua de México*, en tres tomos (México, 1952-55); obra esta última realizada en veinte años de trabajo, con la colaboración de treinta y seis estudiosos de nuestras antigüedades. El *Diccionario* aparece con esta dedicatoria: “A la memoria de mi ilustre bisabuelo José Fernando Ramírez, que tanto hizo en el esclarecimiento de la Historia antigua de México.”

Tal era Rafael García Granados que ahora acabamos de perder.

22 de enero de 1956

Museo de Arte de Sonora

Uno de los acontecimientos culturales y artísticos de este año va a ser la fundación del Museo de la Universidad de Sonora, con sede en Hermosillo, capital del estado. A la realización de ese propósito se suman inteligencias, capacidades y voluntades largamente probadas. Dos personas se pueden mencionar desde luego: el gran poeta Carlos Pellicer y el ingeniero Norberto Aguirre, rector de aquella universidad, hombre que a otras virtudes agrega la del tesón, firmemente reforzada por un amor a la cultura nacional. Buen indio al fin, para Aguirre no hay tareas imposibles, que para ser vencidas fueron creadas las dificultades. Carlos Pellicer tiene en su haber, entre otras realizaciones, la fundación del Museo de Villahermosa, una obra tan armoniosamente concebida, tan armónicamente realizada, tan adornada de elementos de belleza que no es una mera ocurrencia literaria decir que fue concebido y realizado como si se tratara de un poema, de una canción o de un soneto que, según dicen los poetas, es la forma más rigurosa. Maravilloso, una obra de arte en sí mismo es, en efecto, el Museo de Tabasco. Los pasos encaminados a ese alto fin —la fundación del Museo— los inició el ingeniero Aguirre a raíz misma de que se hizo cargo de la rectoría de la Universidad de Sonora, ahora dos años, firme en la certeza de que los pueblos no pueden tener elementos más idóneos y capaces para la defensa de su integridad espiritual que el arte y la cultura. Y que, dado que Hermosillo es una ciudad fronteriza, la fundación de un museo de arte y de una biblioteca eran

inaplazables. Un orgullo de la estirpe nacional, del espíritu patrio, manifiesto en su arte y en su literatura son firmes valladares y atalayas contra los embates del espíritu extraño. Un museo en Hermosillo en el que se represente el genio nacional en la pintura, en la escultura, en el grabado, en el dibujo y en todas aquellas manifestaciones plásticas, no puede hacer otra cosa que no sea despertar en los nacionales, y afirmarlo, el orgullo de su procedencia. Ésa es la guía, ésa la esperanza, ése el fin último que alimenta el propósito de crear el Museo de Arte de Sonora. La institución que tendrá un carácter federal, se integrará con piezas procedentes de diversas instituciones oficiales de México: el Museo Nacional, el Instituto Nacional de Bellas Artes, el Instituto de Antropología e Historia. Una visión total del arte mexicano, una historia de su poderoso desarrollo, tendrá el espectador y el viajero que traspase las puertas del Museo. Con lo anterior queda dicho que la primera sección —que ya ha comenzado a instalarse— se refiere al arte precortesiano, referido a las diversas culturas que florecieron en el Anáhuac, y al que Sonora puede sumar una que otra pieza, tal “El hombre de Naco”, así como algunas piezas de cerámica y orfebrería. Nuestros grandes artistas y coleccionistas han manifestado su decisión de concurrir con algún obsequio a integrar ese Museo, firmes en la certeza de que se trata de una obra de proyección nacional, buena para la defensa de nuestro ser colectivo. Diego Rivera ha obsequiado al Museo una colección de ídolos del gran acervo que encierra su casa y el *Anahuacalli* —Casa del Anáhuac— que levantó en las estribaciones del Pedregal. Ha querido el gran artista mexicano que en la sala en que vaya a instalarse su donativo, se consigne la razón y la raíz del obsequio contenido en esta dedicatoria: “En homenaje a la gran artista sonorensa María de los Ángeles Félix... etc.” En esa mujer, de extraordinaria belleza, encuentra Rivera un ejemplo que contrasta con la extraordinaria belleza de los ídolos precortesianos. Y como en el poema de Juan Ramón Jiménez, para que su recuerdo esté a gusto, los instala junto al nombre de María.

Otros grandes artistas mexicanos han ofrecido ejemplares de su obra personal para organizar la sección de arte moderno del Museo de Hermosillo. El Dr. Atl, el otro gran mutilado de la pintura mexicana, pintará para el Museo un cuadro de grandes proporciones, con el esquema de las culturas que florecieron en el santo valle de Anáhuac, en el Altiplano de México. Así acaba de ofrecerlo el ingeniero Aguirre. Otros pintores, así Rufino Tamayo, han sido invitados y han aceptado concurrir con las luces de su genio a iluminar aquella lejana provincia mexicana que es Sonora. Cuando Carlos Pellicer entregue la

obra, cuando el Museo quede abierto, se podrá decir que México se enriquece con un nuevo templo en que su genio, de todos los tiempos, derrama una luz que, tras de alumbrar las almas de sus hijos, no renuncia a servir a los extraños que puedan encontrar en la obra de arte un poderoso lazo de cofraternidad y de humana comprensión.

¿Verdad, lector, que no se exageró cuando se dijo que la fundación del Museo de Arte Mexicano de la Universidad de Sonora iba a ser uno de los acontecimientos artísticos y culturales de este año?

29 de enero de 1956

Mediz Bolio, patriarca de las letras yucatecas

Vive en Yucatán, en su finca de Ochil cercana a la ciudad de Mérida, Antonio Mediz Bolio, patriarca de las fiestas yucatecas contemporáneas. Como una ceiba, el viejo escritor se encuentra sembrado en su tierra, con las ramas y las hojas, las flores y los frutos al viento de su pueblo y al amparo de un cielo y un sol familiares. Muy alto, muy frondoso, los ojos celestes y la nariz aguileña, el poeta es un claro ejemplo de que la tierra comunica a los hombres que la huelan el tipo racial propio, más allá de toda procedencia de sangre. Porque Mediz Bolio no es indio maya, sino de raza europea; y sin embargo, ninguno que lo vea deja de pensar que viene de esas figuras masculinas que el genio esculpió en Palenque: la misma corpulencia, la misma gallardía, el mismo rostro; un hijo legítimo suyo, en suma. Pero si eso ocurre en la identidad física, no es menos sorprendente lo que se opera en el mundo del espíritu. La delectación, el fervor religioso casi, con que Mediz Bolio trata la materia imponderable de la leyenda y del mito de Yucatán, es el mismo con que los viejos escultores y artífices indios trataron la piedra y la arcilla en que se aprisiona su genio. Los símiles y metáforas, las galas todas de su estilo literario, son una prolongación que no cesan de asombrar a los sabios y discretos. Las figuras que el lector encuentra esculpidas en *La tierra del faisán y del venado*, digamos, denuncian parejo fervor con que fueron escritas las páginas que son los muros de las ruinas de Uxmal, Chichén Itzá y Palenque.

Antonio Mediz Bolio habla, como lengua natural, la maya. Y el español que habla tiene el dejo, la entonación, registra las modalidades fonéticas de

su idioma nativo, ni más ni menos que ocurriría si no la hablara, pues es cosa observada que las distintas modalidades del español de México vienen de las lenguas indias locales, más evidentes mientras más universalmente se hable el idioma indio. Esta total identificación con las cosas de Yucatán lo convierten en el escritor representativo de su tierra en los días que corren.

Nada extraño, por todo eso, que los escritores yucatecos, los lectores de la Península que toda es tierra yucateca; que las instituciones culturales, así las oficiales como las privadas, se apresten a celebrar el cincuentenario del matrimonio de Antonio Mediz Bolio con Melpómene. Pues, en efecto, ahora cincuenta años –para ser exactos en noviembre de 1905– fue llevada a la escena en la ciudad de Mérida, en el Circo Teatro de Yucatán, *Alma Bohemia*, dentro de aquel movimiento que iba a crear una manera del teatro mexicano: el teatro regional yucateco, estudiado con tanta autoridad por Ermilo Abreu Gómez, que fue uno de sus paladines. Los actos de homenaje a Mediz Bolio se iniciaron el día 2 de este mes de febrero, en la capital de Yucatán, de acuerdo con un programa que incluye lo mismo conferencias sobre las diversas facetas de su personalidad literaria: poeta lírico y poeta dramático; prosista exquisito que escribió esa obra maestra de temática indígena, *La tierra del faisán y del venado*, que como autor de las letras de dos de las canciones más yucatecas de cuantas registra el cancionero local: “Caminante del Mayab” y “Yucalpetén”. Como últimos actos, un recital con sus mejores poemas y la representación de la comedia en dos actos, *El verdugo*, estrenada en 1910.

El poeta está de plácemes. Y con razón. Pero también lo están las letras mexicanas. Es siempre un buen signo que un pueblo se reúna a aplaudir a sus poetas y escritores, porque al fin y al cabo sólo así se tiene a los que lo sepan interpretar y devolver en verdad y en belleza, todas esas cosas que un pueblo inventa y viven en espera del artista que las cuente y las cante.

5 de febrero de 1956

Los Presentes de Arreola

Cuando hace algunas semanas escribí una revista de las letras mexicanas durante el año de 1954, por la premura con que dicha revista fue escrita, así como porque no se trataba de reseñar la producción literaria de un año en toda su

extensión, sino de dar un mero panorama de ella, me olvidé en apariencia de algo que puede considerarse como un acontecimiento en la historia de las letras nacionales. Me refiero a la aparición, o mejor dicho, reaparición de la serie de *Los Presentes*. Reaparición, porque, en efecto, esa colección apareció la primera vez hace cuatro años, y tras de suspenderse dos o tres, Juan José Arreola que en compañía de otros jóvenes escritores la idearon la primera vez, la reanudó para beneficio de nuestra vida literaria. En un principio, al igual que cuando fue fundada, la colección estaba destinada a un pequeño grupo, a una generación de escritores identificados en sus tendencias y gustos literarios, con la excepción de aquellos nombres que por su significado en las letras mexicanas, pueden considerarse nuestros clásicos. Eso explica que la primera vez se incluyera a Sor Juana y a Carlos Pellicer. Aparte estos dos casos, si algún otro autor apareció entre *Los Presentes* no formó parte de la colección, así por ejemplo, *El retrato de mi madre*, del que somos autor, y que sólo cuenta con su pie de imprenta. En la segunda salida, idéntica decisión parecía guiar a Arreola, como puede verlo cualquiera que repase la lista de los dos primeros títulos, en la que sólo libros de los compañeros de promoción y de tendencia aparecen, con las excepciones que ya se habían registrado anteriormente. Tal el caso del pequeño relato autobiográfico de Alfonso Reyes: *Parentalia*. Ha sido tan resonante el éxito de *Los Presentes*, tan prestigiosa la serie que ya va siendo una forma de consagración encontrar un lugar en ella. Tal franquear las puertas a todos los escritores mexicanos, cualquiera que fuese su tendencia de lengua española, y por el hecho de referirse a libros impresos y escritos aquí, se pudiera decir que para beneficio de las letras mexicanas. Y ése es, justamente, el crédito que hay que dar a *Los Presentes* en el desarrollo actual de nuestra literatura: el volumen de los títulos publicados, la generosa acogida que ha brindado a todo aquel que tuviera una obra que imprimir, es algo que salta a la vista de todos. Allí se han dado a conocer escritores que permanecían inéditos y los que en estos tiempos aparecieron; ahí alcanzaron o van a alcanzar plenitud algunos que nada más eran o son, esperanzas; ahí volvieron a la brecha autores que habían entrado en reposo, estimulados por el ejemplo de los más afortunados. ¿Puede alguno, en estas circunstancias, pensar que exagero cuando digo que *Los Presentes* es un acontecimiento en el mundo de las letras nacionales? Su animador, el extraordinario prosador Juan José Arreola, arrojó los peligros editoriales que supone una empresa de esta magnitud, con ánimo juvenil, como quien juega mientras trabaja, o al revés. Y

he aquí el resultado: medio centenar de títulos que abarcan todos los géneros y que incluye a escritores de las más diversas, cuando no opuestas tendencias, en una gallarda, noble emulación que no puede redundar sino en provecho de la cultura literaria de México. Y para que nada falte, hasta tipográficamente *Los Presentes* son una bella muestra de que también en unas cuantas páginas, en un pequeño formato, cabe la inmensidad de una palabra hermosa, de un pensamiento sublime, de un mensaje que va hacia todos los hombres.

12 de febrero de 1956

Hidalgo, antorcha de eternidad

El libro *Hidalgo, antorcha de eternidad* de Melchor Sánchez Jiménez, premiado en el concurso de ensayo y biografía de *El Nacional*, hace tres años y que ahora acaba de aparecer, no es una biografía más de Hidalgo, sino una obra que por la investigación que la sustenta, por la revisión cuidadosa que hace de todo cuanto hasta el tiempo en que fue redactado se había escrito, rectificándolo en más de una ocasión, está llamada a perdurar. Sánchez Jiménez, como buen maestro de escuelas que es, sabe muy bien que mantener viva en la memoria de los pueblos el culto a los héroes a quienes debe su libertad, no sólo es un deber de gratitud, sino una necesidad política para los gobiernos, pues mantiene vigoroso el sentimiento de nacionalidad y robustece en el ánimo popular la decisión de luchar siempre por su independencia, conseguida a costa de trabajos y pesares, lágrimas, sudores y hasta con el sacrificio de su vida. Este parece que fue el móvil, el norte que guió la redacción de *Hidalgo, antorcha de eternidad*. Para mejor comprender la grandeza del héroe, para situarlo en su ambiente, el autor pondera todos aquellos acontecimientos y personajes del tiempo en que el Padre de la Patria nació, hizo sus estudios, ejerció el sacerdocio, trabó conocimiento con el pueblo mexicano y apareció en su mente y en su alma la sacrosanta decisión de luchar y morir por la causa de la libertad y la independencia de los mexicanos. Sin olvidar que éste es un libro que sólo cumplirá de modo cabal su cometido si instruye al lector sobre la vida y la empresa de Hidalgo, el autor se preocupa por ser claro, por ser sencillo, por reiterar sus noticias, aunque llevado por el fervor, su pluma se pueble a veces de entusiasmos, busque en las galas de un estilo literario muy lujoso dar expresión a ese

fervor y a sus entusiasmos. Sigue al héroe por todos los caminos que recorrió hasta que Ignacio Elizondo lo traiciona y lo entrega a la furia y a la saña de los realistas. Un momento muy dramático es aquel en que Hidalgo es fusilado, con un verdadero lujo de crueldad. El héroe llora, pero quizá no fuera por los dolores de sus tremendas heridas que le tenían destrozado el vientre, sino con esas lágrimas que en el último instante asoman a los ojos de los grandes hombres, para quienes morir más que una manera de acabar con la vida, es una manera de dejar trunca una tarea. Un bello libro, sin duda, éste de Melchor Sánchez Jiménez. Don Guillermo Ibarra que lo enriquece con un prólogo entusiasta pero documentado, lo califica de obra clásica, si no para ponerla por encima de las otras biografías de Hidalgo y de proponerla como obra impar, sí para expresar su opinión franca de que “por su sinceridad, su ameno estilo y hasta por sus dimensiones, será obra de grata lectura y fácil consulta para todo aquel que se interese por la historia de México”.

19 de febrero de 1956

Tesón y constancia de Jesús Arellano

Aunque no comparta alguna de sus ideas, y sobre todo el encono, por no decir esa suerte de tristeza del bien ajeno que en ocasiones preside sus trabajos, no por eso dejo de aplaudir el tesón y la constancia de Jesús Arellano. Si no fuera por esos signos negativos, aquí estaríamos todos aplaudiéndole. Porque al paso que realiza una obra personal como poeta, viene publicando desde hace dos o tres lustros, revistas literarias con el noble propósito de servir a las letras nacionales. Quien alguna vez se haya empeñado en alguna tarea de esta naturaleza, sabe qué amargura, qué vicisitudes hay que recorrer para lograrla. Y Jesús Arellano lo ha hecho, una y otra vez, siempre con el mismo entusiasmo, con aquel tesón que ya aludimos. No hay derrota que lo arredre, ni obstáculo que lo detenga, ni peripecia que lo aniquile. El número de revistas que ha publicado, ya alcanza la media docena. Recuérdense, por ejemplo, *Fuensanta* y *Metáfora*. Pero no sólo eso. En los últimos años ha ordenado hasta dos antologías poéticas: la *Antología de los 50*, primero, y luego, *Poetas jóvenes de México*, que motiva esta *Alacena*. Arellano congrega en este florilegio a los poetas de las últimas generaciones literarias, a partir de la revista *Taller*, en que apare-

cieron Efraín Huerta, Octavio Paz, Rafael Solana, Alberto Quintero Álvarez, hasta los de la última hora o sea de la revista *Metáfora*, como Antonio Silva Villalobos, para citar un nombre. En el prólogo respectivo, el antólogo explica lo que entiende por poesía y el papel que la poesía desempeña en la vida de los pueblos, y luego traza un breve juicio acerca de cada uno de los poetas que selecciona. Juicios tajantes, a ratos justos, en ocasiones, equivocados. A veces, elogios; a veces, diatribas. Señalemos un ejemplo de estos casos. Citemos el que se refiere a Rubén Bonifaz Nuño, de veras una de las más altas promesas de nuestra lírica joven. “Bonifaz Nuño se entretiene en labrar poemas con tan minucioso cuidado que olvida que en ellos debe latir poesía. Tan exagerado formalismo hace que su poesía dé la impresión de estar refrigerada, perdiendo autenticidad poética y función justificable, ya que el poema no debe ser –ni puede– un teorema y nada más, sino unidad intrínseca entre el fondo y la forma, alma y cuerpo lo más posible humanizados.”

Y ahora veamos un juicio justo, sereno, en elogio de otro de los valores jóvenes: “Miguel Guardia dejó, acertadamente, el camino de lo agradable y romántico para amacizar, en sorprendente cambio, una de las voces más fuertes de la poesía joven, tanto, que no sólo queda en ‘emotiva sensibilidad que despliega en sus poemas de verso libre’, sino que ahora, además, construye con raíz esteticista y humana sin olvidar su relación con las cosas que van fluyendo e influyendo su sensibilidad.”

Poetas jóvenes de México reúne hasta veintisiete poetas, representados con uno o hasta cinco poemas, abundando los de tres y cuatro. De cada uno Jesús Arellano nos da una breve nota bio-bibliográfica, lo que viene a dar un nuevo valor a su trabajo. Es alentador descubrir que la lírica mexicana actual cuenta con un número muy alto de poetas verdaderos, no obstante los jóvenes que son muchos de ellos. El tiempo, el estudio, la persistencia en la vocación, va a convertir a muchos de ellos en los grandes poetas de mañana, qué duda cabe.

26 de febrero de 1956

Edénico y adánico

Si no lo conociéramos, si no estuviera aquí junto a nosotros, se podría decir, ante sus cuadros, que José García Narezo era un hombre de edad; tal es la

maestría que trasciende su pintura. Si no lo conociéramos, si no estuviera aquí junto a nosotros, se podría decir ante sus cuadros que José García Narezo era un hombre joven; tal es la individualidad y la novedad de cada uno de sus cuadros. Esta es la primera reflexión que nos viene ante este artista y ante esta obra, quizá y sin quizá, una de las más personales y robustas de la moderna plástica mexicana. Porque yo no dudo en afirmar que García Narezo consigna en sus creaciones una dimensión mexicana, evidente no sólo en los temas, en los colores, sino en esas tonalidades y en esas lejanías de una melancólica suavidad. Y conste que no quiero decir blanduras, ni aludo a la tristeza mexicana de la fácil leyenda. Se antoja creer que muy pronto el oficio no le presentó problemas y que entonces se propuso olvidarlo, recomenzar. Se diría que fiel al consejo del maestro que todos saben, cuando tuvo muy hábil la mano derecha se la ató con un lazo y se puso a adiestrar la mano izquierda. Porque, en efecto, en cada nuevo cuadro se advierte, no obstante la superior ejecución, ese temblor y zozobra que no puede faltar en las creaciones de los artistas verdaderos, y que no es difícil que lleve al espectador desprevenido, a confundirlo con los titubeos de los artistas noveles, o en el caso contrario, con el mentiroso dominio del oficio, que a ratos es lo único que nos queda a los artistas fracasados. No es el caso de José García Narezo. Parece como si cada tema –y no es errado suponer que así sea– exige una técnica especial, una manera nueva de tratarse, una inspiración, digo trabajo, inédita, por primera vez ejercida. Por ejemplo ese retrato de León Felipe, y ése de Gabriel García Maroto, y ése de Simeona Ortiz, son tres retratos soberanos; pero cada uno entraña mundo aparte, con todo lo que un mundo superior de leyes y principios que lo rigen. Los paisajes, naturalezas muertas, figuras humanas, rincones de ciudades, con ser todos de una misma mano y de una misma sien, sin anular la inconfundible personalidad de García Narezo, no repiten sus recursos, ni parafrasean, a veces es la única manera de seguir siendo original; de tal manera es edénico y adánico que no tiene un estilo que permitiera decir: “Éste es un José García Narezo.”

Su pintura es tierna, pero madura; fuerte, pero suave, elocuente a ratos, pero contenida a veces. Nada rehúye, porque sabe que todo lo que brota de la frente y del pecho de los hombres es legítimo. Si se le antoja, pone en su paleta una lágrima que la humaniza o la manda secar si no le sirve para traducir su mundo. Las piedras, los muros, las hojas, las flores, los árboles, todo encuentra en él un espíritu fraterno que yo puedo ver en el tratamiento que les da y me

sugiere la idea de que los pinceles se humanizan con los datos de su inteligencia y de su corazón. En algunos lugares de sus cuadros queda evidente esto que digo. Por eso, entre el fragor de unas rocas, de un muro con cicatrices de metralla, que diría nuestro poeta, aparece de pronto una flor, que es como ese diminutivo que viene a poner una nota de delicadeza en el lenguaje, en la literatura y en el arte de los mexicanos.

Otros, con el rigor que la crítica reclama, vengan y digan qué significa la obra de José García Narezo. Yo sólo quise decir algunas de las sugerencias que sus pinturas promueven en mi ánimo, que no han de ser muy erradas, si recuerdo que, cuantas veces la he contemplado, me quedo por largos días gozando del gozo que siembran en mí sus cuadros.

4 de marzo de 1956

Pensadores de México

Al cumplirse en estos días el Centenario de la apertura del Congreso Constituyente que dio a México la Constitución liberal del año de 1857, hemos recordado a algunos de los escritores que con sus obras y prédicas la hicieron posible. En la mente del lector están sus nombres; por poco enterados que pudieran estar de la literatura patria, algo conocen de sus escritos y de sus datos biográficos. Sin embargo, de muchos de ellos es más extendida la fama que el conocimiento real de sus escritos; puede más la anécdota que la historia. Ciertas ideas, ciertos hechos de su vida, han venido privando en perjuicio de la verdad. De otros se puede decir que su fama descansa en sus escritos políticos, en perjuicio de sus obras de creación literaria, no menos importante, si bien más reducida que su labor de ideólogos y pensadores. Y aunque en nada se mengua su fama por esa circunstancia, parece conveniente que el lector mexicano debe tener una imagen de los escritores a quienes la patria debe servicios tan eminentes, y modelos de ciudadanía, para que los conozca mejor, para que mejor los ame y pueda medir de un modo razonable la extensión de esa fama y de esa conducta ciudadana. Porque, díganme, ¿se puede aprender y seguir a un hombre a quien no se ama?, ¿se puede amar a aquel que no se conoce?

Todos los lectores habrán oído nombrar a Ignacio Ramírez, el famoso “Nigromante”. Todos habrán leído el célebre discurso pronunciado en la Alame-

da Central en los días de la invasión norteamericana. Algunos conocerán sus hermosos y enérgicos tercetos “A los gregorianos muertos”, y quizá el soneto y anacreónica inspirada en María, pero un gran sector de lectores sólo lo recuerda por la frase con que inició su discurso de ingreso en la Academia de Letrán: “Dios no existe...”, y tal vez por el discurso con que se opuso a la invocación de Dios con que se iniciaba el proyecto de la Constitución del 57. Pero es muy reducido el número de los que están enterados de que era un pensador muy bien formado, al día de las doctrinas de su tiempo y familiar de los sistemas de la antigüedad, y que fue un funcionario honorable que tras de manejar millones de pesos no tuvo dinero para comprar un caballo para seguir al señor Juárez y al ejército patriota a la salida de México, y que alguna vez perdió el conocimiento ante sus alumnos por la falta de pan, aunque él dijera que por cansancio de la vida desordenada que llevaba; que tuvo la necesaria autoridad para escribir que como nació y vivió, murió desnudo, y que la república costéó su entierro. Pero sus escritos literarios, su obra poética, siguen siendo desconocidos del lector medio y aun de aquellos que escriben y a veces hasta se dedican a la enseñanza. Por lo que toca a su vida, no es una exageración decir que permanece desconocida y que no es extraño que se le niegue sin conocerlo. Con Ramírez sucede mucho de lo que sucede con otros hombres y artistas de ayer y de hoy. De Diego Rivera, por ejemplo, privan las consejas más groseras, porque las autoridades destinadas a la instrucción cívica del pueblo, por atender cuestiones de mayor significado, o por descuido, van dejando que la mentira señoree un campo en que debiera hacerlo la verdad.

Lo que hemos dicho de “El Nigromante”, podemos decir de Francisco Zarco, de los pocos que en nuestro medio han vivido de la pluma, sabio en mil cuestiones a la temprana edad de veinte años; primer periodista mexicano no sólo en cuanto a profesión y por haber ejercitado el periodismo a la manera moderna, sino por las normas flexibles con que cumplió la misión de informar al lector acerca de los acontecimientos de la vida de una sociedad. Un escritor público, que sin el recurso de la taquigrafía solía reconstruir los discursos que escuchaba, con tal exactitud que a veces era más fácil que su autor se equivocara y no él; tan seguro de sus crónicas parlamentarias que nunca quiso oír rectificaciones. Modelo de periodista de oposición, de esos que sufren destierros y cárceles y persecuciones por defender sus ideas y no de los que engordan llamándose de oposición y espantando a pobres funcionarios ladrones. Un escritor público para quien la pluma no era cuchara de tomar la sopa.

De su familia, don Luis de la Rosa, maestro en la vida y en el ejercicio de escritor. Desconocido todavía, porque sus obras han quedado en el olvido desde que Francisco Zarco, su discípulo, no pudo reunir las y prologarlas para que llegando a las manos de los mexicanos, éstos supieran qué deben las ideas liberales a aquel hombre que en horas aciagas aceptó echar su suerte al lado de su pueblo. ¿No fuera bueno, entonces, que al cumplirse el centenario de las ideas de la Reforma, de la Constitución, los organismos encargados de vigilar la instrucción y la educación de nuestro pueblo reunieran su obra dispersa y la dieran a conocer, junto con su biografía?

11 de marzo de 1956

Josefina Pérez

¿Quién recuerda en nuestros días a Josefina Pérez? Y sin embargo hace cien años era una de las poetisas mexicanas de mayor renombre, de más larga fama, algo así como una undécima musa. Los versos que inspiró a los poetas de su tiempo, si se reunieran, harían un volumen en el que pudiera encontrarse más de una flor perfecta. Recuerdo ahora, al azar, que en uno de los poemas de su álbum se encuentra aquel fragmento de Ignacio Ramírez que Marcelino Menéndez y Pelayo consideró digno de la Antología: “Anciano Anacreón dedicó un día...”

En *El Eco de Ambos Mundos* –México, 1873– se reprodujeron algunos de los poemas que le consagraron poetas de su tiempo, como Prieto, Riva Palacio, Altamirano, Julián Montiel y Duarte. Entre esos cantores se encuentra Ignacio Ramírez con unos versos que no aparecen en la edición de sus *Poesías* de 1889, y que nosotros mismos olvidamos cuando hace unos años reunimos las que consideramos que mejor lo representaban. Viejo estaba ya “El Nigromante”. Sus hombros ya no podían con el peso de sus días, que sin embargo no eran muchos: 55 años tenía. En este cantar se encuentran ya algunas de las ideas, de los elementos, la atmósfera de los que más tarde van a aparecer en “A Josefina Pérez”, de la página 26 del tomo I de sus *Obras* y del poema “Al amor...”, página 34 del mismo volumen: “¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado...”

¿Estuvo Ramírez, como lo estuvo de Rosario de la Peña, enamorado de Josefina Pérez? Las canciones que las dos mujeres le inspiran, así parecen indicarlo. Veamos, si no:

A Josefina Pérez

*Pálidas se desmayan las estrellas;
cambian ardientes versos las palomas,
tiembla la flor del céfiro en los brazos;
triumfa el deleite.*

*Bella, la Safo de Jalapa hermosa,
pulsas, en el bosque, la dorada lira
vuela, en su voz, el alma que te busca
¡joven dichosos!*

*Devora con los ojos el espacio;
las ondas de su pecho se levantan;
y ebria, en la copa del amor, desea
mezclar dos vidas.*

*¡Tarda el infiel! Si juventud quisiera
devolverme sus alas y coronas,
hoy, a tus pies, cayera delirando,
¡Oh, Josefina!
Y que denuncien a la envidia y celos
en dulce resonancia nuestras liras,
abandonadas por el césped blando,
largos suspiros.*

Anciano Anacreón, pide, como más tarde en el poema inspirado por Rosario, a la juventud que le devuelva sus alas y coronas. Flotan en los tres poemas que aquí mencionamos un aire de tristeza resignada, altiva y varonil. Una serena resignación, un dolor que tiene pudor de manifestarse, una lágrima que no logra concretarse, presidieron el nacimiento de este primer gemido ante el altar de Josefina Pérez. Era el mes de julio de 1873.

18 de marzo de 1956

Prédicas de don Manuel Gamio

He oído decir que en estos días va a rendirse un homenaje a don Manuel Gamio, un sabio cuya modestia lo aparta del ruido de la calle. Y no quisiéramos desaprovechar la ocasión para hablar de lo mucho que la actual opinión que circula acerca de las culturas precortesianas, le debe; sin señalar, así sea en el breve espacio de esta *Alacena*, sus prédicas en torno a la literatura nacional; un tema que, aparentemente liquidado y de escasa trascendencia, merecieron de la inteligencia y de la vigilia de don Manuel Gamio, hace cuarenta años, una llamada de alerta, justamente porque no hay pueblo cabal sin literatura propia. Hay que repetirlo mil veces, aunque rabien los partidarios de la literatura extranjera: sin una literatura que refuerce la Constitución no hay patria posible. Aunque se nos diga que no es un tema nuevo, sino viejo, hay que volver de cuando en cuando a recordar a los escritores nacionales de buena fe, que el escritor es como el árbol: por las raíces que lo sustentan pertenece a la tierra en que nace, y por las flores que produce, al cielo donde se mueven sus ramas, se abren sus flores y maduran sus frutos. Mi maestro Manuel González Prada habría reducido esta idea a unas cuantas líneas. El poeta legítimo, diría, se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas que forman la imaginación pertenece a las nubes; por las raíces que constituyen los afectos, se liga con el suelo. Tanto debe el hombre al país en que nace, como el árbol al terreno en que se arraiga.

Pero volvamos a don Manuel Gamio y sus prédicas. Hace cuarenta años apareció publicado en esta ciudad de México el libro *Forjando patria* (Pro nacionalismo) en que don Manuel Gamio, sin ensalzar ni condenar, invitaba a los mexicanos a buscar la verdad, a promover impulsos nacionalistas e ideas gestadoras de patria. En aquel libro, escrito con el único propósito, muy alto por cierto, de valorar las viejas manifestaciones de la cultura mexicana, don Manuel Gamio arriesgó opiniones que ahora, en fuerza de insistencia y de reiteraciones, ya son aceptadas por una mayoría de mexicanos. La escultura indígena, postuló Gamio, era una manifestación excelsa de la inteligencia indígena, si no más grande, tampoco menor que las otras manifestaciones de la inteligencia humana en ese renglón. El indio, dijo, tiene aptitudes intelectuales comparables a las de cualquier raza. La magna tarea debe comenzar por borrar en el indio la secular timidez que lo agobia, haciéndole comprender de manera sencilla y objetiva que ya no tiene razón de ser su innato temor, que

ya es un humano, que nunca más será vejado. Pero no vaya a creerse que proclamaba al indio como el mejor de los hombres; simplemente señaló que tenía aptitudes para el progreso, iguales que las del blanco, que debidamente educado, solía dar Altamiranos y Benitos Juárez.

Él fue quien señaló, uno de los primeros entre nosotros, que en materia artística no hay modelos universales, sino que todo tipo de belleza artística correspondía a una voluntad de arte, ni más ni menos que lo señaló Worrigen. Si digo que el interesante libro de Salvador Toscano, *El arte precolombino de México y de la América Central* debe a Gamio una de las inspiraciones, habré señalado, en una palabra, la trascendencia de sus opiniones en este capítulo.

Su ensayo “Literatura Nacional” es algo que deberían repasar nuestros jóvenes escritores: señala el valor de las crónicas y lo que tienen de anticipación de literatura patria. Ahí se dan los nombres de Ángel de Campo, de Manuel Payno, de José Joaquín Fernández de Lizardi, de José Tomás de Cuéllar, *Facundo*, como de los autores propiamente nacionales; pero apunta que el escaso conocimiento que de ellos se tiene, reduce aquella calificación, y se formula la esperanza de que un día nuestro pueblo se unifique y sea patrimonio común la literatura que escriben los autores de mayor raigambre mexicana. Pareja suerte corre para Manuel Gamio.

25 de marzo de 1956

La famosa Carta apócrifa

Se viene publicando desde hace cerca de cien años, algunos textos erróneamente atribuidos a don Benito Juárez; o si no erróneos, sí tachados de apócrifos; tales, por ejemplo, la Carta que don Benito contestó a otra supuesta, según se desprende, de Maximiliano; ése, el de la carta, uno de los textos. El otro es el muy conocido, constantemente reproducido, “Manifiesto justificativo de los castigos nacionales ejecutados en Querétaro”.

Don Carlos Pereyra, otro de los grandes escritores que la amargura perdió para México, tacha sin reservas de apócrifa la famosa Carta. La atribuye a un ignoto autor que bien pudiera compararse con Adolfo Carrillo en México, con Girard Soulavie, en Europa. La supuesta Carta la hemos vista reproducida ayer no más en una publicación de primerísimo rango, lo que quizá prueba

que algo ha de haber en ella del espíritu de Benito Juárez, y que fuera bueno decidir de una vez por todas si ha de contársela entre los textos apócrifos, al lado de la supuesta frase de Tolstoi sobre don Porfirio Díaz: "Allá en el hemisferio occidental se levanta la figura solitaria de un Cromwell moderno...", que Francisco Bulnes citaba muy serio en la Cámara de Senadores, como estos dos textos que se ven citados por escritores muy serios y muy doctos, según escribe Pereyra. La Carta, en efecto, parece imposible que hubiera sido escrita por Benito Juárez porque para aquel hombre significaría una indignidad cruzar una palabra con un usurpador, por un lado; por otro, no se encuentra en ella, ni la entonación, ni el temple, ni las palabras claves del benemérito, excepto, quizá, la frase final, relativa al fallo tremendo de la historia, a la que él y su enemigo quedaban sujetos. Pero, entonces, ¿por qué la Carta ha sido aceptada como auténtica, por esos hombres muy serios, muy sabios, que dice Pereyra? ¿Por qué ninguno de los grandes juaristas que México ha tenido tachó antes, con razones, su falsedad, si de paso, según mi opinión, va contra la severidad y el rigor de la conducta de Benito Juárez en relación con los enemigos de la libertad de México? ¿Por qué se viene publicando desde hace tiempo en toda ocasión que sea propicia? ¿Por qué se la presenta como modelo epistolar? ¿Por qué nos la han venido dando como muestra del estilo humano y literario de don Benito Juárez? ¿No hay alguno que pueda negar o afirmar con razones la autenticidad o falsedad de la famosa Carta? Porque Carlos Pereyra la tacha solamente de apócrifa, para burlarse de paso de los que, según él, sin discernimiento, toman como buenos testimonios que a todas luces no lo son.

El otro documento de que hemos hablado, y que el lector puede ver reunido en el tomo de *Discursos y Manifiestos* recopilados por Ángel Pola, aparece en ese volumen de la Biblioteca Reformista con la siguiente nota, de la pluma del recopilador: "Publicamos este manifiesto porque se le considera auténtico, aun por personas disertadas. Según el General Refugio I. González, que fue consumado espiritista y jefe del círculo menos chocarrero que hubo en México, el autor fue un *medium*, a quien se le puso en la cabeza que el espíritu de Juárez, espíritu superior, en tanto dormía, se lo había dictado; pero ni en el fondo ni en la forma del escrito hay tilde del Benemérito. Su factura data desde el 17 de julio de 1867 y los periódicos de Lima, Perú, fueron los primeros en acoger como verdad esta superchería, sin poner mientes en ella." Y, sin embargo, este Manifiesto, al igual que la Carta a Maximiliano, no cesa de reproducirse y fue publicado en folleto casi contemporáneo de los hechos a que se refiere. ¿Qué

es lo que ha ocurrido? ¿Por qué ha podido prosperar esta superchería, que dice Pola? ¿Por qué todavía hace unas semanas, don Alberto Morales Jiménez lo comenta como auténtico? Todas estas son cosas que debiéramos dilucidar. Y quizá no faltara quien, movido por esta *Alacena*, se propusiera hacerlo. Y otra vez como cuando nos referimos a la Carta, nos preguntamos si no hay en estos documentos algo del espíritu juarista que permite la supervivencia de estos que muchos califican de documentos apócrifos.

10. de abril de 1956

Poeta enterrado

Hace escasamente veinte años de su muerte y ya muy pocos recuerdan a aquel pobre poeta y hombre desventurado que fue José Antonio Muñoz. Había nacido en la Villa de Tantima, perteneciente a la huasteca veracruzana, el 20 de noviembre de 1899. Su único libro publicado, *Lectura para días nublados. Sonetos*, apareció en esta ciudad en 1925 con poemas escritos desde 1915 hasta el año anterior de la publicación. Antes de seguir adelante quiero consignar algo que ahora mismo se me ocurre: el título del libro de Muñoz, quizá haya nacido de la lectura de la *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes, porque recuerdo que en las primeras páginas de ese libro, puede leerse que una imaginación como la de Robert L. Stevenson, capaz de soñar *La isla del tesoro* con sólo contemplar una cartografía infantil, hubiera tramado sobre las estampas de Ramusio, mil y un regocijos para días nublados –yo subrayo. No vaya a creerse caprichosa esta suposición: el nombre de Alfonso Reyes era familiar al poeta y el soneto “La canción del regreso”, escrito en los últimos días de 1915, aparece dedicado a “quienquier que se encontrare ausente: Luis G. Urbina, Alfonso Reyes o Eduardo Luquín”. Y la edición costarricense de la *Visión de Anáhuac* apareció por aquel tiempo, según creemos recordar.

Pese al criminal olvido en que se le tiene, Muñoz fue un poeta que mereció de los que en su tiempo se ocupaban de la literatura patria, atención y entusiastas elogios. “Muñoz –escribió José de J. Núñez Domínguez– es esencialmente melancólico, elegíaco, poeta de tonalidades desvaídas.” Era en el año de 1917 y todavía resonaban en la pluma de los críticos las palabras vertidas por Pedro Henríquez Ureña a propósito del mexicanismo de Juan Ruiz de

Alarcón. Era José Antonio Muñoz, como sus coetáneos, un poeta de emoción crepuscular, lo que no quiere decir enfermizo, como parece sugerirlo el adjetivo. Hablan en “tono menor”, pintan con medias tintas, por más que no les falten alientos juveniles para los grandes arrebatos de la oda y de la epopeya, agregaba Núñez y Domínguez. “Magnífico poeta”, lo llamó Enrique Fernández Ledesma; de esos que de tarde en tarde, se destacan sobre la falange de los que propenden a formar una generación. Hay en él –continuaba Fernández Ledesma– la pasión y la chispa, envueltas en una vivacidad verbal que persuade y exalta. Y, atento al eco de las palabras del dominicano, agrega que hay también la molicie delicada en las tonalidades. Según los pasos de Enrique González Martínez en lo que la poesía del gran poeta era deudor de la lírica francesa, la que sin embargo conocía de primera mano. No le era ajena la voz de Amado Nervo, quizá por la misma razón que le era familiar la entonación de don Enrique. Pero anticipó sílabas y temas que luego vamos a encontrar en poetas de la generación que le siguió. Como otros poetas de su tiempo, José Antonio Muñoz propendía a manifestarse como un poeta maldito, pero esa inclinación era tan verdadera que por ceder a ella acortó sus días, se topó con la muerte antes de tiempo. Produzco cuando enfermo, escribí.

Un poeta frustrado que se quedó a medio camino, puede ser José Antonio Muñoz. Pero los sonetos de *Lectura para días nublados*, y los poemas que se quedaron sin coleccionar, si no le aseguran vida perdurable en la historia de la lírica mexicana, sí pueden servir por lo menos para el conocimiento de esa historia, por las influencias que padeció, por el tiempo que le tocó vivir y que concurrió a frustrarlo, y porque algunas de sus creaciones no lo dejaron morir del todo... Otros que con mejor suerte han corrido, ya le harán un sitio a su lado, cuando aparezca ese estudioso que nuestras letras reclaman y señale lo que en la obra de José Antonio Muñoz hay de permanente. Esperemos ese día.

8 de abril de 1956

Quevedo y Zubieta, otro olvidado

Nuestras historias literarias casi no mencionan el nombre de Salvador Quevedo y Zubieta, y cuando lo mencionan es de paso, en una enumeración, sin

detenerse a externar sobre sus libros siquiera una línea que lo situara en el desarrollo de la literatura patria. Lo mismo ocurre en los estudios especiales de los diversos géneros en que esa literatura se divide. Así, por ejemplo, no lo encuentro mencionado en las conferencias acerca de la novela, con la extensión que su obra en ese campo merece, porque aunque algunos le juzguen como un nombre más, al lado de Manuel H. San Juan, pongamos por caso, que es lo que hace González Peña, no es indigno de que se le estudie y valore. Manuel Pedro González en su libro *Trayectoria de la novela en México*, hasta donde recuerdo, deja su nombre en el tintero, o en las teclas de la máquina, no obstante que su obra se propone trazar un panorama muy amplio de la novelística mexicana. Don Emmanuel Carballo, también hasta donde recuerdo, pasa por alto su nombre en su conferencia sobre el “Costumbrismo, Realismo y Naturalismo en la Novela y el Cuento Mexicanos”, dictada el año pasado en la Sala Manuel M. Ponce, dentro del ciclo organizado por el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. Y sin embargo, allí en su capítulo, se encuentra colocado su nombre y su novela, *La camada*, si no más significativa, sí tan valiosa como otras que han corrido con mejor suerte. Es Carballo el indicado para situar a Salvador Quevedo y Zubieta, en la monografía que ahora prepara sobre el tema de la novela mexicana, en el marco de ese género. Muchas obras olvidadas, o desdeñadas, por más que se diga en contra, no son ajenas al desarrollo de nuestra literatura, que es, en buena lógica, la suma de todo lo publicado por autores mexicanos, más allá de su valoración estética. En todas, aunque sea en balbuceo, cabe una sílaba de la palabra nacional. Pero suponiendo que esto no ocurriera, es decir que ningún valor registraran, son material útil para estudiar las influencias que en un momento dado privan en el desarrollo de los géneros en que nuestras letras se diversifican. Y en *La camada* de Salvador Quevedo y Zubieta caben las dos cosas: un valor literario y una fuente de estudio de esas influencias que acabamos de aludir.

No sólo novelista era Quevedo y Zubieta. Era también un biógrafo notable, un escritor político de cáustica pluma. Uno de sus libros más personales es el que se titula *México. Recuerdos de un emigrado* que se publicó en Madrid en el año de 1883 con un brioso prólogo de Emilio Castelar. En él recoge el autor, a la sazón desterrado, voluntariamente en aquella villa y corte, una colección de artículos sobre temas tan diversos, pero engarzados en el hilo del recuerdo de la patria lejana. El artículo principal, por su extensión y por las ideas en que

sustenta la defensa de México, todavía en aquellos años tan calumniado, es el que lleva por título “La intervención europea en México y el fusilamiento de Maximiliano” que el prologuista encuentra como escrito en el combate sobre la silla de su caballo, y con los ojos todavía oscurecidos por el humo de la pólvora; tal vida y tal relieve tienen. Sin embargo, el material que integra la obra que nos ocupa abarca distintos temas que van desde los meramente históricos hasta el ensayo literario, sin que falten los artículos de costumbres y de alcance sociológico. Los que se refieren al indio mexicano, al idioma náhuatl en relación con el español, registran observaciones muy penetrantes que luego aparecen en otros autores que fuera bueno acreditarle si no como fuente, sí como coincidencia, a efecto de robustecer el sentido de esas opiniones en relación con nuestra manera nacional de ser. Su estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz, hasta ahora poco recordado, contiene una buena cantidad de observaciones originales que se han quedado sin ponderar hasta nuestros días, aun por aquellos que con mayor vigilia se han desenvuelto en el estudio de la mujer y poetisa extraordinaria. Allí mismo encuentra una observación sobre Juan Ruiz de Alarcón, válido para esa otra manera de ver a Alarcón, según la cual, más pertenece a España que a México. Supone Salvador Quevedo y Zubieta que en el temprano viaje de Juan Ruiz a España, se desprendió el dramaturgo de toda idea de patria. Su dramaturgia es moralista, y nada más, y su moral, perfume de la flor de su ingenio, se exhala y permanece en medio de la atmósfera española donde se ha aclimatado. Y, en fin, los trabajos contenidos en *México. Recuerdos de un emigrado*, contienen muchas reflexiones oportunas para definir lo que es lo mexicano.

¿No cree el lector, pues, que no debemos tener en olvido a Salvador Quevedo y Zubieta?

15 de abril de 1956

Márquez Sterling y Couto Castillo

Entre los amigos cubanos que México ha tenido a lo largo de su historia, ha sido uno de los más distinguidos don Manuel Márquez Sterling. Su nombre se encuentra unido así a nuestras letras como a los sucesos de nuestra vida política, dos campos en los que actuó como el mejor de nuestros hombres,

prolongando de esa manera una tradición en que se cuentan escritores y ciudadanos del tamaño de Juan Clemente Zenea, de José María Heredia y de José Martí.

Don Manuel Márquez Sterling vivió en México en varias ocasiones, siempre al servicio de su patria y de la cofraternidad hispanoamericana. Aquí se mezcló con nuestros escritores, escribió en la prensa periódica y publicó libros. Defensor de una literatura nacional, lo que era una de las dimensiones de la lucha por la independencia cubana y americana, no perdió ocasión para manifestarse contra todos aquellos que viven de traducir y de calcar los modelos extranjeros, tal como si su tierra no tuviera héroes, ni un pasado de gloria, ni cielos, ni montañas, ni un alma que espera desde siempre que se le traduzca y defina. Partidario de la Independencia de Cuba, dondequiera que puso la planta la defendió por medio de la palabra y de la pluma, siempre reposado y sensato en el juicio, firme y severo en el ataque, dice uno de sus apologistas, el señor Remigio Mateos. Vitupereó aquí y allá, el afrancesamiento de los jovencitos literatos de su tiempo, que pudiendo crear cifran su porvenir y su gloria en la más servil de las imitaciones. La turba –dice Mateos– de jovenzuelos incipientes que ha hojeado con deleite todos los extravíos de la bohemia parisiense, ha estancado en el cieno de una decadencia prematura todas sus energías, en su prosa abigarrada y en los amaneramientos de su poesía, cincela resignadamente el galicismo, sin pensar siquiera en la pequeñez y esterilidad de esa tarea pobre en concepción y raquítica en los procedimientos. Juicio éste que Mateos elaboró de las prédicas de Márquez Sterling en relación con su fe en la existencia de una literatura hispanoamericana. Llevado de la certeza de que la literatura completa la independencia, don Manuel Márquez Sterling tuvo que enderezar sus ataques a uno de los nuestros: el a pesar de todo injustamente olvidado Bernardo Couto Castillo, autor de *Asfodelos*, colección de cuentos, y de otros muchos trabajos que están esperando que alguno los reúna, los estudie y muestre qué lugar ocupan en la historia de ese género y qué influencia reflejan. Porque también los poetas que viven de la imitación sirven para estudiar las vicisitudes que una literatura tiene que atravesar antes de independizarse; y a qué grado de postración mental puede caer un pueblo en un momento dado. El juicio sobre Couto Castillo y su único libro se encuentra en *Mesa Revuelta. Política y Literatura*, publicado en esta ciudad por Hoeck y Hamilton Impresores en 1898. El autor había conocido al desventurado escritor y habló con él una

sola vez, y aunque no lo encontró interesante, tampoco le fue antipático. Su melancólica presencia, su pausado andar, su metódico decir, no dejaron de impresionarlo. ¿Pensó, don Manuel, que el tiempo, que es el gran maestro, le iría quitando los airecillos vanidosos que trascendía su persona?

22 de abril de 1956

El Caballito

Apenas acabada de inaugurar la estatua de Carlos IV fue incorporada al folklore mexicano y a la historia de la ciudad de México. Casi no hay viajero que habiendo visitado esta capital a contar de los últimos años del siglo XVIII que no se refiera a esa obra, de veras excelsa, de Manuel Tolsá. El último que se refirió a ella fue el desaparecido escritor español José Moreno Villa, con la agudeza que siempre puso en cuanto escribió sobre México. Si alguna vez la estatua de Carlos IV desapareciera de la ciudad, ¿no desaparecería con ella un rasgo de su fisonomía? ¿Se concibe un desfile, una fiesta patria, sin que la estatua aparezca cubierta por una vocinglera chiquillería, que sin ningún recato se encarama en caballo y jinete?

Todavía no se acaba de inaugurar cuando la Güera Rodríguez objetó el acabado realismo de la obra que los llamados sabios y disertados, se empeñaban en descubrir en la obra de Tolsá. Aquella mujer, sabia en esos capítulos, como en otros muchos, quizá haya sido la primera que dijo una agudeza sobre el caballo. La otra fue llamarle “El Caballito”, siendo el más grande de todos; uno más le llamó absurdamente “El Caballo de Troya”. ¿No está patente en ese diminutivo esa actitud del alma mexicana hacia las cosas, más como una relación de pobreza que de ternura? ¿No se encuentra en ese diminutivo la pequeña revancha de llevar las terminaciones en *ito* a palabras y cosas que no las pueden sufrir, por las terminaciones en *ote* que hizo el español con las palabras aztecas, que no las pueden sufrir, por su eufonía? Al *huaxolotl* del azteca, convertido en guajualote, puede corresponder el caballito del español caballete.

Pero dejemos esta digresión. De lo que yo quería hablar es de un folleto que siendo conocido de muchos investigadores y eruditos, muy pocos de ellos, quizá sepan quién sea el autor. En efecto, entre los muchos opúsculos que se

escribieron en ocasión de inaugurarse la estatua de Carlos IV, ordenada por el Marqués de Branciforte, el protocolo que decía fray Servando. De entonces viene que las movidas del caballo produzcan dineros. Del mismo día en que el Marqués comenzó a pensar en la erección de la estatua de Carlos IV, caballo y jinete son inseparables de tarascadas y mordidas. ¿No dice la sabiduría popular que los “Pegasos”, parientes de “El Caballito”, se llaman así porque algo se pega con llevarlos de un lugar a otro?

Pero no, volvamos al folleto. Decíamos, pues, que el folleto descriptivo de la estatua es muy conocido, pero que no lo era tanto su autor. Y así es, pues, hasta donde alcanzan mis noticias, que desde luego no son muchas, no aparece mencionado por ninguno, aunque sí alguna vez las informaciones que el folleto contiene. La casualidad que suele ser lo más frecuente puso en mis manos un ejemplar anotado con la caligrafía el tiempo. Por ella podemos saber que “la *Descripción de las fiestas celebradas en la Imperial Corte de México con motivo de la solemne colocación de una estatua equestre de nuestro Augusto Soberano el Señor Don Carlos IV en la Plaza Mayor* –16 páginas, sin pie de imprenta– la escribió Antonio Pineyro, Secretario de esta Real Academia de San Carlos, y tesorero de la Real Casa de Moneda.” La nota aparece inmediatamente después de la Nota contenida en el último párrafo del opúsculo, que a la letra dice: “Nota: Se está grabando de orden del Exmo. Señor Virrey, por D. Joseph Joaquín Fabregat, Director de este ramo en la Real Academia de San Carlos, Profesor de conocido mérito, una grandiosa lámina que representará la vista en la Plaza Mayor con todo su nuevo adorno.”

29 de abril de 1956

La Utopía de Fernández de Lizardi

Entre las Utopías mexicanas –la de Juan Nepomuceno Adorno, la de Nicolás Pizarro Suárez– destaca la no siempre recordada de José Joaquín Fernández de Lizardi contenida en la *Constitución política de una república imaginaria* que debieran leer los políticos mexicanos, hombres y mujeres, sobre todo éstas, pues es allí donde se les da el voto por primera vez. Esta obra de el Pensador es de una sorprendente actualidad, señal de la clarividencia con que vio los problemas de su patria, y de la dolorosa certidumbre que tenía de la marcha de

nuestra historia, que conocía al dedillo, aunque no falten necios que crean lo contrario. Su lectura es entretenida por su gracejo y soltura, aunque contrariamente a lo que con frecuencia ocurre con sus libros, la *Constitución* está muy bien escrita, sin mucha concesión al lector, que es lo que explica en gran parte sus incorrecciones, que otros toman por incapacidad de domeñar el oficio. En ocasiones hasta llega a olvidarse que corresponde al siglo pasado, de tal manera se acomoda a la realidad presente. ¡Si hasta parece que estuviera relatando un periodo de sesiones de nuestras cámaras legislativas! Fiel a su propósito de instruir, Fernández de Lizardi hace frecuentes digresiones a campos que a primera vista parecen ajenos al tema, pero que bien mirado, concurren a la idea central que ya indicamos: instruir a sus lectores. Justamente en una de esas digresiones encontramos un trozo literario, capaz de resistir la vecindad de cualquiera de nuestros escritores de mayor fama, de su tiempo y de hoy, y que quizá puede ayudar a relevar a “El Pensador Mexicano” del dictado de incorrecto, pedestre, ramplón, con que se han empeñado para reducir sus méritos, no por criterio estético, sino político: Fernández de Lizardi es anticolonialista, anticlerical, republicano, antifranquista, aunque el término aún no existiera, pero sí el estado de ánimo.

Dice así la página: “La naturaleza benéfica les preparó a todos los mortales las verdaderas riquezas, no en el centro, sino en la periferia de la tierra; y en este sentido, ¿qué tierra más rica que la nuestra? El trigo, el maíz, todas las semillas de primera necesidad, la grana, el azúcar, el cacao, el café, el añil, multitud de plantas, palos, leche y goma medicinales, algodón, lino, maderas exquisitas, regaladas frutas, todo, todo lo produce esta América en abundancia.

Yo me represento, pues, cultivada toda ella y correspondiendo fielmente a los afanes y sudores del labrador y entonces... ¡Ah, qué cuadro tan delicioso se me representa! Yo veo unos campos inmensos llenos de las doradas mieses de Ceres; otros advierto pintados con la verde esmeralda de los maíces; unos nevados con millones de copos de algodón; otros enrojecidos con la uva bermeja y deleitable. En unas partes innumerables huertas proporcionan al paladar innumerables gustos, en la diferencia de frutas que sazonan sus abundantes árboles; la vista y el olfato en otras partes se entretienen con los aromas y encantos de mil vistosas y fragantes flores; la humanidad doliente encuentra la botica más selecta en las yerbas y cortezas medicinales; el apetito...”

Y al llegar a este lugar, Fernández de Lizardi recuerda que ha levantado el tono y la voz, y la corrige con la intervención del Sacristán, su interlocutor, quien exclama:

“¡Caramba, compadre! No pensé yo que sabía usted echar sus rasgos poéticos; ello se conoce que es usted aprendicillo, pero su buen deseo disculpa su poca destreza...”

Diga, el lector, si un hombre cuando le place escribe así, no está armado para dar gusto a los que creen que la literatura es escribir “bonito”.

6 de mayo de 1956

Auge y declive de las letras mexicanas

El escritor Jorge Ferretis, a quien la literatura moderna de México debe más de una novela de fondo y forma de particular perfección, acaba de manifestarse en una declaración periodística, escéptico del renacimiento literario mexicano de nuestros días; justamente cuando otros con similar certeza, se empeñan en proclamar que las letras nacionales alcanzan una inusitada floración. Estas que voy a citar no son sus palabras textuales, pero son parecidas y no creo que se aparten mucho de su sentido. La literatura mexicana, dijo más o menos, se encuentra adormilada. Los escritores nacionales tienen, para no soltar esa idea, a la musa en ocio, muy lejos de aquella jactancia rubendariana, según la cual cuando una musa nos dé un hijo, las otras se queden encintas. No puede pretextarse tampoco, según Ferretis, que faltan a los escritores estímulos, porque aunque eso fuera absolutamente cierto, no explica su adormilamiento, porque cuando hay tema y hay creador, lo mismo se manifiesta en la escasez que en la abundancia.

Ya José Luis Martínez, gran estudioso de las letras patrias, y quien por cierto en otro tiempo se manifestó poco entusiasta de su auge, ha limitado la declaración de Jorge Ferretis en un programa radiofónico, diciendo que no la encontraba del todo acertada, recordando al efecto el gran número de revistas literarias que han aparecido en los últimos días, lo mismo en la provincia que en la capital de la República. Y, en efecto, ése es uno de los signos de que la literatura mexicana vive, está despierta y se acrecienta. Porque en esas publicaciones no sólo encuentran cobijo las creaciones de los literatos

mexicanos, en todos los géneros, sino, cosa nueva en nuestro tiempo, hay una preocupación por discutir los problemas de la creación literaria, sus inclinaciones y tendencias, así como que se advierte una mayor conciencia del oficio que, a decir verdad, aunque no era extraña a nuestro medio, ahora se convierte en preocupación general.

Otra manifestación de que las musas no están ociosas, puede serlo la existencia de varias colecciones, series y bibliotecas que se vienen publicando, no importa que a veces los títulos que en ellas aparecen, correspondan a libros pequeños, de escaso volumen, quiero decir. Una breve mirada sobre esos libros nos convence de que muchos de sus autores son jóvenes, allí aparecidos por primera vez. Si hiciera falta poner un ejemplo, hagámoslo con la colección de *Los Presentes*, cuyos editores, venciendo todas las dificultades que rodean a este tipo de empresas, entre nosotros, han logrado publicar cerca de un centenar de títulos en dos años de labor.

Es verdad que como dice el señor Ferretis, el buen escritor, o si se quiere el verdadero, no ha menester de protección especial para escribir: el anhelo profundo de expresión no se frustra porque motivos exteriores se le opongan. Si el ruiseñor supiera qué cantar, cantaría todos los días del año, decía San Agustín, aunque algunos crean que es de Jean Cocteau. Ya se ve que el africano quiso decir que no debe el cantor a motivos externos, la facultad del canto. Es verdad. Pero también otros sabios han proclamado que en el ocio encuentra el artista estímulo para sus creaciones.

Los temas de la Revolución dieron origen a todo un capítulo de la literatura mexicana, lo que indica la savia popular y colectiva del movimiento. Entre esos escritores ocupa Ferretis un señalado lugar. Ese tema, si bien no ha soltado todos sus jugos, ya no puede ser tratado de la misma manera que en otro tiempo, frecuentemente como mera anécdota o relato de sucesos macabros y tremendos. Ahora reclama mayores recursos, y éstos, no cabe duda, implican mayor dedicación y armas más finas.

Nuestro tiempo también tiene sus temas y en esa veta trabajan algunos a plena luz, otros desde la sombra, una legión de mexicanos entre quienes parece indudable que se encuentran los escritores de mañana.

13 de mayo de 1956

Arturo Perucho

Al volver de los Estados Unidos, a fines de 1938, me encontré por primera vez con Arturo Perucho en un acto público organizado por los oaxaqueños residentes en esta ciudad, y en cuyo programa aparecía con un discurso. Acababa de llegar de España por la que había luchado y perdido todo, excepto la esperanza de volver a su regazo para vivir y morir, si las circunstancias de su destierro cambiaban. Su nombre no me era desconocido: lo había encontrado en periódicos madrileños que el azar puso en mis manos, en años anteriores. Mi constante, invariable simpatía por la mejor de las Españas, aquella que siempre luchó por las grandes causas y que ya señalaba Benito Juárez como amiga de México, desde hace más de cien años, nos convirtió en viejos amigos, aunque acabáramos de conocernos. Y el hecho mismo de encontrarlo ligado a mi tierra, dio a nuestro trato, desde el primer instante, sabor de cosa vieja.

El sentimiento de fraternidad humana que presidió sus actos y trascendía su conducta lo llevaron a defender aquí, lo que defendió allá; con singular inteligencia y con nunca desmentida valentía. No hace un año aún, durante un homenaje a otro ilustre español, Rafael Sánchez de Ocaña, Arturo Perucho, llevado de sus amigos, llevado de ese sentimiento de universal simpatía, pidió a un enemigo político suyo, que se encontraba presente en la mesa, que dirigiera unas palabras al escritor motivo del homenaje. Y cuando el aludido le manifestó que él no lo consideraba su adversario en el campo de las ideas, Perucho replicó: “Usted no se considera mi enemigo, pero yo sí lo soy de usted.”

Muchas veces nos encontramos en fiestas y en la redacción de *El Nacional*, nuestro periódico. Todavía un mes antes de su doloroso tránsito, coincidimos en una fiesta de paisanos míos que, como supondrá el lector, estaba teñida de música y canto, que parece caracterizar las reuniones istmeñas. Si se recuerda que nuestras canciones tienen una ala española o, para ser más precisos, andaluza, se podrá entender cómo Arturo Perucho se sumaba a nosotros como un conterráneo más, a tal extremo que ese día tomó la guitarra y cantó dos coplas de “La Llorona”, improvisadas sobre la marcha. Era mi gusto hablar con él de nuestras dos patrias: de España y de México, por igual queridas por él y por mí. El tema en esa canción fue la de los españoles que han estado en México, pero principalmente de Ramón María del Valle-Inclán, el otro espa-

ñol de gloriosa manquedad. Lápiz y cuaderno en manos, apuntó algunas de las anécdotas y sucesos de la vida del Marqués de Bradomín en México, a pesar de todo aún no agotados.

No lo volví a ver, sino de paso por la calle. Luego supe que estaba enfermo, pero nunca de gravedad. Porque uno rehúye la idea de la muerte cuando se refiere a un ser querido. Y otro día me encontré con la noticia no sólo de su muerte, sino de su sepelio al que para mayor dolor no pude asistir. Con los años, me he ido haciendo fácil al llanto. No pude, así, contener una lágrima, que ahora quiero dejar sobre su tumba.

20 de mayo de 1956

Las Velas de Juchitán

Tiene lugar en la ciudad de Juchitán, durante los últimos días del mes de mayo de cada año, unas festividades populares conocidas con el nombre de Fiestas Titulares o Fiestas Primaverales, pero más comúnmente con el de “Velas”, que yo no titubeo en proclamar como las más hermosas de cuantas se celebran en Oaxaca. Aunque su popularidad actual es muy grande, muy pocos saben bien a bien qué son esas festividades, qué indican y cuál es su origen. A éstos, a los que aún lo ignoran, dedicamos esta *Alacena*.

Son las “Velas” restos de viejos festivales indígenas, de los tiempos de su gentilidad, instituidos para rendir culto a los dioses que presidían cada una de las actividades primordiales del hombre: la agricultura, la caza y la pesca, por ejemplo. En esos tiempos, estas celebraciones indias ocurrían a lo largo del año de acuerdo con el ritmo de esas actividades; pero al ponerse en contacto los indios de México con los conquistadores españoles, los misioneros cristianos se propusieron dar a éstas como a otras manifestaciones de la vida india un nuevo sentido, lo que si no siempre se logró, sí, en cambio, fue principio de una modalidad, como es el cambio de su fecha y advocación. Se instituyeron entonces las Mayordomías, o Congregaciones, o Hermandades, que se encargaban de su celebración. Conservó del pasado el nombre de los miembros femeninos –*guzaana*, que quiere decir matrona, o mujer prolífica–; pero a los socios varones se les llamó “diputados”, como ocurre en *La Gitanilla* de Cervantes, en que los diputados de la fiesta de Santa Ana, patrona de Sevilla, otorgan un premio a Preciosa.

Cuando en mayo de 1869 se confirió a Juchitán los títulos de Villa, estas festividades se reunieron en un solo periodo: en los últimos días de ese mes, bajo la denominación de Fiestas Titulares, por celebrar aquellos títulos, que luego algunos convirtieron en Fiestas Primaverales, por razón de ocurrir durante la estación primaveral. Pero de las tres denominaciones, la de Velas es la que ha venido a quedar. La palabra “vela” se ha prestado a gran número de interpretaciones, no teniendo otro significado que el de velar, estar despierto, mientras los cirios, o velas, se consumen.

La serie se inicia con la Vela *Biadchi*, que quiere decir “Fiesta de la ciruela”, cuya cosecha se levanta justo en esos días, y se continúa con la denominada Vela *Pipi*, o pequeña y primorosa, que todo lo perfecto y primoroso suele ser escaso y mínimo. Al mediar la temperatura, se festeja a los dos patrones: a San Isidro Labrador, patrón de los españoles, y a San Vicente Ferrer, patrón de los juchitecos.

Entre los ritos, destaca la “regada de frutas” entre la multitud que presencia los desfiles de carretas que se adornan con matas de plátano, arrancadas de cuajo, cargadas de frutos, con las ruedas pintadas, y que tiran bueyes adornados con flores y cadenas de papel de china; el otro rito es la materialización de un versículo de los *Evangelios*: el de los pescadores que en las esquinas “pescan” hombres como Simeón y Andrés y Pedro que, de acuerdo con la parábola cristiana, dejan de pescar en el mar y se hacen pescadores de hombres en la tierra.

Por la noche, bajo grandes toldos, se instala el salón de baile, fastuosamente adornado; las juchitecas, vestidas con sus más ricas galas, danzan hasta el amanecer.

Tales son, lector, las Velas de Juchitán.

3 de junio de 1956

Adiós, oh patria mía

Un artículo de Alicia Müller de Trelles, publicada en la *Revista de Cultura Mexicana* hace unos domingos, titulado “Juárez y la Emperatriz Carlota” me han hecho recordar algo que es el punto de partida de la célebre canción republicana a Mamá Carlota, ahí aludida: la barcarola “Adiós, oh patria mía”

que el poeta romántico Ignacio Rodríguez Galván escribió para despedirse de sus amigos de México, un mes y medio antes de su muerte, ocurrida en La Habana.

Aunque ya le hemos dedicado una *Alacena* a este pasaje de la vida literaria mexicana, queremos ahora recordarlo por lo que pueda servir de recreo a lectores y estudiosos. La barcarola de Rodríguez Galván fue escrita a bordo del paquebote vapor Teviot, mientras navegaba de Orleáns a La Habana, el domingo 12 de junio de 1842. Publicado en *El Liceo Mexicano* (1844) se puede decir que si no fue del dominio público, sí lo era de los literatos mexicanos de aquellos tiempos y de los inmediatos. Porque los escritores de otras épocas, contrariamente a lo que con frecuencia ocurre en nuestros días, se conocían los unos a los otros. En estas condiciones, Vicente Riva Palacio sabía de memoria el poema de Rodríguez Galván, y cuando dictó a su secretario, improvisándola, la letra de la celebérrima canción, le vinieron a la mente los cuatro primeros versos, que son los mismos del “Adiós, Mamá Carlota”.

La barcarola de Ignacio Rodríguez Galván, recogida después en el tomo primero de sus *Poesías* (1851), ha quedado en olvido, mientras que la canción de Riva Palacio ha recorrido el mundo, ha entrado a las mansiones y palacios, ha escalado las montañas y se ha propagado por valles y llanuras, como creo que ha dicho Carlos Serrano. Cuando el “Adiós, oh patria mía” se publicó en *El Liceo Mexicano*, el compositor don Juan N. de Retes le puso música, pero ésta, como en un principio lo creí, no es la misma de la canción republicana, cuyas estrofas dictó Riva Palacio a su ahijado y secretario Juan Verduzco en el pueblo michoacano de Huetamo, según cuenta don Eduardo Ruiz, en su injustamente olvidada *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. Pero quizá fuera mejor reproducir el poema de Rodríguez Galván para que mejor se vea su reminiscencia en la canción chinaca del General que, por cierto, sólo tenía cinco estrofas en su original, siendo de agregación anónima, quizás, las otras.

*Alegre el marinero
en voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
De la cadencia al ruido
me agita pena impía.*

*Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

*El barco suavemente
se inclina y se remece
y luego se estremece
a impulsos del vapor.
Las ruedas son cascadas
de blanca argentería.
Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

*Sentado yo en la popa
contemplo el mar inmenso,
y en mi desdicha pienso
y en mi tenaz dolor.
A ti, mi suerte entrego.
a ti, Virgen María.
Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

*De fuego ardiente globo
en las aguas se oculta;
una onda le sepulta
rodando con furor.
Rugiendo el mar anuncia
que muere el rey del día.
Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

*Las olas, que se mecen
como el niño en su cuna,
retratan de la luna
el rostro seductor.
Gime la brisa triste
cuál hombre en la agonía.*

*Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

*Del astro de la noche
un rayo blandamente
resbala por mi frente
rugada de dolor.*

*Así como hoy la luna
en México lucía.*

*Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

¡En México!... ¡Oh, memoria!

¿cuándo tu rico suelo

y tu azulado cielo

veré triste cantor?

Sin ti, cólera y tedio

me causa la alegría.

*Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

*Pienso que en tu recinto
hay quien por mí suspire
quien al oriente mire
buscando a su amador.*

*Mi pecho hondos gemidos
a la brisa confía.*

*Adiós, oh patria mía,
adiós, tierra de amor.*

10 de junio de 1956

Cielo español y tierra india

Querido Alfredo Cardona Peña: Apenas nos despedimos el sábado, intenté de nuevo recordar en cuál de los libros de don Ramón Menéndez Pidal se encuentra aquella opinión suya sobre los indios de México, tan ajena a su fama de sabio y de americanista. Quizá pudiera parecer inoportuno traer a cuento esta cuestión en un momento en que los más destacados valores literarios de nuestra lengua, lo han proclamado sumo maestro. Pero lo hago, un poco, para que me relevés de la acusación de atribuir a don Ramón opiniones que nunca le pasaron por la cabeza y mucho menos llegó a escribir. Pues bien, apenas llegué a casa me puse a localizar la susodicha página que, efectivamente, y tal como lo había yo asegurado, no se encuentra en ninguno de sus grandes libros, sino en una recopilación de artículos y ensayos en torno a la cultura española, con las alusiones y direcciones naturales a las cuestiones americanas, pues ya está dicho que son cosas inseparables, a partir del Descubrimiento y de la Conquista. El libro en que el referido trabajo de Menéndez Pidal se encuentra recopilado, y lleva por título *La lengua de Cristóbal Colón*, ensayo que da nombre a la obra total, es el número 280 de la “Colección Austral”, de Espasa Calpe. Se publicó por primera vez en la revista *Escorial*, noviembre de 1940, es decir, cuando la extraordinaria personalidad del autor había alcanzado su plenitud, con lo cual queda dicho que representa su opinión final sobre el tema que lo inspira.

La pieza se titula: “¿Codicia Insaciable?” “¿Ilustres Hazañas?” Y es una furibunda réplica a fray Bartolomé de las Casas, por cuyo lado cae la mejor opinión sobre la Conquista de América, en este caso la de México, a pesar de sus exageraciones, hijas más de su amor a la justicia que a la verdad. Hombre de acción admirable por su energía, extraordinario en sus ímpetus de bondad y malevolencia, es, según Menéndez Pidal, el obispo de Chiapas. Pero, como la oposición a Las Casas le viene de los sentimientos que éste manifestaba a favor de los indios, el maestro español se ve orillado a trazar un cuadro de la vida indígena, de sus usos y costumbres, del que salen muy mal librados. De salvajes, antropófagos, holgazanes, incapaces de vida social, homosexuales, no baja don Ramón a la generación que los españoles encontraron en México y en América. Le sorprende que, en la defensa que Las Casas hace de la civilidad india, no hubiera la menor punta de humorismo, como, según él, lo hay en Miguel de Montaigne, cuando se refería a los caníbales –son sus palabras– bra-

sileños. “Las Casas habla siempre, no sólo en serio, sino con saña contra los detractores del indio”, concluye Menéndez Pidal el párrafo respectivo. Es que era (fray Bartolomé) el más agriado hombre del mundo. Por eso no despreciaba el mundo, lo odiaba; por eso la despiadada censura de su nación, que el español practica como ningún otro pueblo, escribe párrafos más adelante. En lo cual creemos, aunque no por el mismo razonamiento, lleva toda la razón. Mariano José de Larra, Ángel Ganivet, Joaquín Costa, por ejemplo, no creo que odiaran a España, a pesar de la censura que ejercieron contra ella; sino por el contrario, de amarla, se echaron contra ella por no ajustarse a lo que ellos hubieran querido como patria. Pero dejemos esto y volvamos a las opiniones de don Ramón. “Las Casas era un resentido, un asceta que no había alcanzado el don principal del Espíritu Santo, la benignidad.”

Usando de las crónicas y de las historias de la conquista de México, se narra una vez más las crueldades indígenas, recargándolas de tintas horrosas, que no hay por qué transcribir. “Guatimocín, joven bárbaro que ama y exalta los horros de la guerra, guerra de la edad de piedra, de la antropofagia”, no puede con un centenar de hombres empeñados en elevar, de un tirón hasta su cultura, millones de hombres que viven en retraso de tres mil años, una poderosa barbarie, opina Menéndez Pidal.

Pero quizá fuera mejor, querido Cardona Peña, que leyeras ese artículo. Lo puedes encontrar en el libro ya referido, de la página 91 a la 107.

17 de junio de 1956

Viajeros en México

Ya en otra ocasión he hablado de una biblioteca, que alguna vez formará México, en que se reúnan todos los libros que nuestra patria ha inspirado, a contar de las primeras crónicas. En esa biblioteca ideal tendrán cabida no sólo los libros señeros, escritos por viajeros y escritores ilustres, sino también de los humildes, medianos y más chicos, que no hay libro suficientemente humilde como para que en él no quepa una verdad, una noticia, una línea útil para nuestra historia, nuestra mitología, nuestra fábula y leyenda. Uno de esos libros será el *Viaje de Felipe S. Gutiérrez por México, los Estados Unidos, Europa y Sud América*, publicado por Filomeno Mata en 1885. Aunque muchos lo den

por mexicano –entre otros Camilo Carrancá y Trujillo y Justino Fernández–, Gutiérrez era un colombiano que vivió en México, donde se hizo artista y ciudadano. Gutiérrez se asemeja a Martí en la atención y buen juicio con que vio la pintura mexicana de su tiempo, así como a las otras cuestiones de la cultura nacional. Pintor, escritor, crítico de pintura, su nombre es inseparable de todas esas actividades, desde los inicios del último tercio del siglo pasado, unos lustros antes de que Martí, con mejores armas, iniciara entre nosotros la crítica de arte. Felipe S. Gutiérrez residió en México muchos años y puede decirse que aquí le brotaron las primeras flores de su intelecto. Quizá por haber llegado demasiado joven, muchos lo tomaran como mexicano y aun él mismo aceptara esa condición. Pero dejemos eso para otra oportunidad y volvamos a nuestro tema: al de los libros sobre México. El de Gutiérrez, que también se titula *Impresiones de viaje*, y que reúne las cartas que escribió a una amiga suya algunos años antes de su publicación, es curioso, rico en noticias de diversa índole, sobre las ciudades y pueblos que visitó en diversas épocas, al Bajío, Occidente y el Norte de la República. La relación “es sencilla y verídica, desnuda de extravagancias e inexactitudes, como suele acontecer con algunos viajeros, que, con dos o tres días que permanecen en un lugar, hablan de él con tanto énfasis como si lo conocieran a fondo, adulterando las costumbres de su sociedad”, con lo cual se ha creado una falsa imagen de América. De todo eso quiere alejarse don Felipe S. Gutiérrez.

Artista como era, instruido en muchas disciplinas, principalmente en las de su profesión, sabe describir los monumentos artísticos de su ruta, que arrancando de Toluca llega a Mazatlán, donde se embarca para los Estados Unidos.

Se detiene unos días en la ciudad de Celaya. Visita y describe todos sus templos, principalmente el del Carmen y el de San Francisco, obras maestras del célebre pintor y escultor, poeta y músico Francisco Eduardo Tresguerras, de quien hace el elogio más encendido. Con todo conocimiento enlista y comenta las pinturas mexicanas que pudo encontrar en aquella ciudad. Visita la casa del genial arquitecto de quien aún vivía una hermana, y se embelesa ante algunas pinturas que de su mano se conservan en la casa familiar. En un pequeño cuadro que representa a la Virgen, descubre un soneto de Tresguerras, que por ser muy poco conocido como poeta, yo quiero transcribir para mostrar ese aspecto de aquella singular personalidad:

*Si pude yo atrevido, María amable,
 con tosca mano y lánguida pintura
 delinear de tu rostro la hermosura
 siendo el más vil, idiota, miserable.
 ¡Cuán bella no serás, que inimitable!
 en tu atractivo santo, en tu dulzura:
 que en cuanto cupo mera criatura,
 el señor que te crió, te hizo admirable.
 Y si en amarte Dios te donó tanto
 como a su electa madre y fiel esposa,
 sin duda fuiste celestial encanto:
 la única, la perfecta, la amorosa,
 gloria del cielo, de Luzbel espanto,
 y en alma, cuerpo y mente toda hermosa.*

Y quédese para otro día dilucidar la nacionalidad de Felipe S. Gutiérrez.

24 de junio de 1956

Felipe S. Gutiérrez, ¿colombiano o mexicano?

Cuando Rafael Heliodoro Valle me obsequió el primer tomo del *Viaje o Impresiones de viaje* de Felipe S. Gutiérrez, me dijo: “Aunque todo el mundo lo considera mexicano, Gutiérrez era colombiano. Fue amigo de Juan de Dios Peza, quien me contó muchas cosas de él.” Esas palabras de Valle, así como algunas de José Martí, quien al hablar de él parece aludir a su situación de extranjero, me llevaron a presentarlo como colombiano, en la *Alacena* anterior. Como quiera que sea, en la línea final prometí para otro día dilucidar su nacionalidad y hoy regreso al tema.

De la lectura de su libro de viajes, se deduce que era mexicano, pues en muchos lugares alude a México como su patria, aunque alguna vez se advierte cierta ambigüedad al respecto. Tenía ansias de recorrer el mundo, pero no quería “abandonar a mi país natal y otros pueblos que cobija el mismo cielo”; al fin se decide, porque anhela “conquistar un nombre y ofrecerlo a mis conciudadanos, a mis hermanos de México”. Apenas ha caminado un centenar de

kilómetros rumbo a Michoacán cuando ya experimenta “emociones dolorosas al ver que cada vez me alejaba más y más de mi país natal”. En Acámbaro conoce a los señores Eguiluz para quienes lleva una carta; simultáneamente descubren que “éramos paisanos y amigos de la infancia: esto me causó un verdadero gozo porque hicimos reminiscencia de los placeres que se disfrutaban en tan feliz edad”. ¿Por qué “paisanos”, si Gutiérrez había nacido en la capital de la República? Ante el abandono que se encuentra la ciudad de Querétaro, Gutiérrez exclama: “¡En todo retrogradamos los mexicanos!” Muy triste, se despidió de sus amigos de Guanajuato por el pensamiento de que quizá no los vuelva a ver, porque iban “a combatir al invasor de nuestra patria”, esto es, a los franceses.

En la garita de Zamora, recibe la desagradable sorpresa de encontrarse con un retén de soldados franceses: “espantados de que venía yo huyendo”; pero fueron soldados mexicanos aliados de la Intervención los que peor le trataron, por lo cual el pintor recuerda el axioma de que “no hay peor cuña que la del propio palo”. Advierte con alegría que los rencores a que en otro tiempo dieron lugar las luchas de partido, se vayan aplacando, dando lugar a “la buena índole dominante de los mexicanos que vuelven a asociarse y gozar las dulzuras de sus fiestas y diversiones”. Llega a Guadalajara, ciudad que deseaba conocer, “porque entrañaba para mí una tierna afición, la de que esta poética ciudad había sido cuna de mi patria”. Como ve el lector, los lugares transcritos, concurren a probar que Felipe S. Gutiérrez era mexicano, de ascendencia jalisciense por la línea paterna. Y, sin embargo, otros lugares transcritos aquí, por su vaguedad, se diría que la ponen en duda.

No tengo a la mano mis libros, pero creo haber leído en el libro de Juan de Dios Peza, *La Gaveta Íntima. Memorias, reliquias y retratos*, que Felipe S. Gutiérrez era colombiano, de Bogotá, a donde efectivamente volvió a crear una academia de Bellas Artes. Pero, entonces, ¿por qué el poeta Rafael Pombo al saludarlo no recordó su condición de colombiano? ¿Por qué agradecía a México que uno de sus hijos más brillantes fuera a Colombia a dar tan grande impulso a las artes plásticas? ¿No parece natural que huyendo de las discordias civiles mexicanas se quedara en su patria, si su patria era Colombia?

El caso de Felipe S. Gutiérrez, cuyo nombre significa tanto en la historia de nuestra plástica y de la crítica de pintura, nos está diciendo que hace falta que alguno dedicara un poco de tiempo a redactar pequeñas biografías de muchos mexicanos olvidados, o sólo a medias conocidos.

Viaje, o Impresiones de viaje de Felipe S. Gutiérrez, merece que alguna otra vez volvamos a él. Y así lo prometemos.

10. de julio de 1956

La revista *Cervantes*

Una pieza ya muy difícil de cobrar, es el número extraordinario consagrado a México de la revista *Cervantes*, publicado en esta ciudad en noviembre de 1917. Eran sus directores Francisco Villaespesa, Luis G. Urbina y José Ingenieros, y hacía las veces de subdirector Joaquín Dicenta (hijo). Algo extraño es que, publicándose en España, esta entrega aparezca como el N° 1, del año I, impreso aquí por la Imprenta Francesa, Jardín Carlos Pacheco, 1 y 3, y con la cifra de Ch. Bouret. Este número de *Cervantes—Revista Mensual Iberoamericana—* es una verdadera antología de autores iberoamericanos, preferentemente mexicanos y españoles. En sus 292 páginas se distribuyen colaboradores especiales de autores mexicanos, españoles de todos los tiempos, cubanos, algunos sudamericanos y uno que otro de Centro América. Costeado en parte por algunas empresas comerciales de la ciudad de México, aparecen en el cuerpo del volumen muchos anuncios, muy característico del tiempo, y que de tan útiles pueden ser cuando han pasado los años, porque puede verse por ellos cómo era nuestra capital hace cuatro décadas. Pongamos algunos ejemplos: un artículo sobre “La Tabacalera Mexicana”, con numerosas ilustraciones; otro sobre “La Papelería Somolinos y Montesinos”; uno más sobre la Librería de Andrés Botas. El primer artículo es el famoso “Retrato de Cervantes”, que el lector ahora recuerda; a continuación se insertan páginas selectas de otros autores como Tirso de Molina, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Manuel Bretón de los Herreros, José Zorrilla, Gaspar Núñez de Arce y otros. El primer autor mexicano que aquí aparece es Alfredo Breceda, a quien siguen otros como Antonio Caso, Juan B. Delgado, González Martínez, Rebollado, Rodrigo Gamio, Martín Gómez Palacio, etcétera, casi todos con trabajos especialmente escritos para esta entrega de la revista. Algunos de estos artículos, ensayos, narraciones y poesías, quizá sólo en este número de *Cervantes* fueron publicados, con lo cual queda dicho que son obras desconocidas de sus autores; tal puede ocurrir con el de don Luis González Obregón que lleva por título *El*

alma española en la nación mexicana, que no recuerdo haber visto en ninguno de los libros del famoso cronista. En la antología, o florilegio, o ramillete que venimos comentando, se publicó por primera vez el ensayo de José de J. Núñez y Domínguez, *Los Poetas jóvenes de México*, luego reunido en volumen. Es curioso advertir que a sólo medio año de diferencia, el autor aparte de retocarlo, lo amplió con nuevos nombres y ejemplos. Firmado en octubre de 1917, publicado en *Cervantes* un mes más tarde y en volumen medio años después, José de J. Núñez y Domínguez, aparte los retoques y aumentos ya señalados, lo enriquece con un Apéndice, en que se estudian algunos poetas últimamente llegados, o de momento, olvidados. Entre ellos, Manuel González Gomar, autor de un soneto –muy hermoso– que recuerdo haber leído en alguna parte.

Reciente la conferencia de Pedro Henríquez Ureña sobre Juan Ruiz de Alarcón –agreguemos como curiosidad–, a la pluma de Núñez y Domínguez afluyen algunas de las palabras claves del famoso alegato con que el ilustre dominicano reivindicó para México el nombre de Juan Ruiz de Alarcón, elegíaco; y algunas expresiones como “tonalidades desleídas”, “poetas crepusculares”, “tono menor”, “medias tintas”.

Los directores de la revista ofrecieron una Advertencia incluida en la última página: organizar un nuevo número de *Cervantes*, también dedicado a México, con el fin de reunir en él muchas composiciones de mérito que por razón de espacio, no cupieron en el extraordinario que consagraron a México.

¿Llegó a publicarse ese número? Es cosa que no hemos podido establecer.

8 de julio de 1956

De poetas menores

Ángel Ganivet lo dijo de los héroes, pero también se puede decir que un pueblo no puede, y si puede, no debe vivir sin poetas. Por eso nadie extrañe que poetas menores, cuando no realmente ajenos a las bellas letras, alcancen renombre, y no pasajero, sino permanente. La historia de la literatura registra esos nombres, incapaz de borrarlos del alma del pueblo. En la mente del lector está ahora mismo más de un nombre de esos poetas que en nuestro suelo sirven para probar la anterior afirmación. Ayer nomás, un organismo oficial atento a un clamor popular ha glorificado a Fernando Celada, como desde

hacía varios años, en ocasión del aniversario de su muerte. ¿Por qué, si no fue un gran poeta? Por eso: porque a la larga es el pueblo quien da y quita la fama, independientemente de toda consideración estética, sino atento sólo al hecho, por igual legítimo, como es el de la identidad y comunión.

El de Celada no es caso único, por supuesto. Otros hay en nuestra literatura, según se desprende de líneas anteriores. Pero yo quiero traer a cuento uno más, por lo que tiene de ejemplificador: el de Rodolfo Figueroa. Era el chiapaneco un poeta menor, si lo puede ser uno que sobrevive en la memoria de su pueblo, y cuyo nombre se pronuncia con orgullo y veneración. En su apatencia de gloria, los chiapanecos rodean su nombre de cierto hálito legendario, le atribuyen acciones reservadas a entidades extraordinarias; en una palabra lo ponen a la altura de merecer la fama de gran poeta que le han inventado.

Entre las composiciones de Figueroa sobresale “La Sandunga”, inspirada en la melodía así llamada y cuya cuna se disputan chiapanecos y oaxaqueños –los istmeños, para ser más exactos. Memorizada por todos, se recita en fiestas y reuniones en las tres regiones que la reclaman como suya, a veces sin acordarse de su autor, ya como mera propiedad colectiva, al igual que ocurre con romances y corridos. Tan peregrino, tan raro se considera al soneto que hasta se ha inventado el cuadro en que Rodolfo Figueroa lo escribió, en un raptó de inspiración. Se dice, pues, que Rodolfo Figueroa, ya viejo, tuvo un criado istmeño quien a la manera del personaje de Romain Roland, cantaba cantos de su tierra cuando ya no podía con su alma. Entre esas canciones estaba “La Sandunga”. Tanto la oyó el poeta, tanto llegó a gustarle, que cuando estaba triste pedía al mozo que la repitiera, para endulzar con ellas sus pesares. Hasta que un día, los versos del soneto le vinieron solitos, “como agua del manantial”, que decía el gaucho cantor. Ni siquiera papel requirió el poeta: como algo bien sabido, declamó los versos, densamente teñidos de tristezas y lejanías. ¿No pudiera ser éste, amigos que se empeñan en reivindicar para Juchitán y Tehuantepec la gloria de haber dado cuna a “La Sandunga”, un nuevo argumento a esta pretensión? Y ahora, he aquí el hermoso poema:

*Quando en la calma de la noche quieta
triste y doliente La Sandunga gime,
un suspiro en mi pecho se reprime
siento de llorar ansia secreta.
¡Cómo en notas sentidas interpreta*

*esta angustia infinita que me oprime!
 ¡El que escribió esa música sublime
 fue un gran compositor y un gran poeta!
 Cuando llegue el suspirado día
 en que con dedo compasivo y yerto
 cierre por fin mis ojos la agonía,
 La Zandunga tocad; si no despierto
 al quejosos rumor de esa armonía,
 dejadme descansar, que estaré muerto.*

15 de julio de 1956

Obras Completas de Zarco

En *El Siglo XIX*, de los días 14 de octubre y 1º y 29 de noviembre de 1856 (p. 4) aparece el siguiente aviso: Obras de Francisco Zarco. Aunque han cambiado las circunstancias que en septiembre anterior me obligaron a renunciar a la publicación de todas mis aportaciones políticas y literarias, la indulgente acogida que el prospecto ha encontrado entre el público y los pedidos que se me hacen de todos los Estados, me imponen el deber de llevar a cabo la edición aunque sea sólo por gratitud a mis conciudadanos. Hago esta manifestación porque muchas personas dudaban si la reparación del Siglo XIX frustraría la edición anunciada.

La publicación se hará, pues, en los mismos términos que fijó el prospecto y son los siguientes:

- I. Estudios morales y ensayos descriptivos.
- II. Ensayos biográficos.
- III. Artículos de costumbres publicados bajo el pseudónimo de “Fortún”.
- IV. Crítica y
- V. Política. Administración. Polémica.

Por ahora abro la suscripción sólo para los estudios morales y ensayos descriptivos, aunque las personas que gusten pueden decir si recibirán los otros tomos.

El precio del primer volumen a la rústica y perfectamente impreso, en 4^o y con poco más o menos de 500 páginas, será de \$ 4.00 en la capital y \$ 5.00 en los Estados.

A pesar de lo que pudiera decirse del tenor del último párrafo, ese primer volumen no apareció nunca. Lo corto de sus días, el volumen de las tareas que se echó a cuestras Zarco, aplazaron después indefinidamente la edición de sus obras literarias. En nuestros días, se trabaja por publicar parte de ella. Pronto saldrá la *Crónica del Congreso Constituyente*, preparada por Catalina Sierra; un volumen de escritos políticos en el que trabaja –según se dice– Mario de la Cueva, y dos más de páginas escogidas de los que yo me encargo.

¿Hasta dónde será conveniente que se pensara en la publicación de las obras completas de Francisco Zarco, de acuerdo con el prospecto transcrito? Una lectura de la mayor parte de sus escritos nos ha llevado al convencimiento de que si bien todo tiene un valor positivo, sobre todo situado en su ambiente y su tiempo, la verdad es que no agrega nada a su fama de escritor, aunque sí a su gloria ciudadana, a su conducta: escribir tantos artículos, siempre con el fin de ser útil a sus semejantes, será siempre un rasgo distintivo de su nombre. Su obra podría quedar contenida en los cinco títulos propuestos, con la natural selección, sobre todo lo que atañe a los estudios morales y ensayos descriptivos. Aparte de esto, todo lo demás conserva intacto su valor y su alcance. Con diversos trabajos repartidos en las cinco divisiones que Zarco ideó, he organizado uno, con este título, de evidente actualidad: *La literatura nacional*, en el que encuentren marco adecuado sus teorías al respecto, así como sus diversos trabajos sobre esa cuestión: prólogos, biografías de escritores, crítica literaria.

La celebración durante este año y el próximo del centenario del Congreso Constituyente, que tuvo en Zarco a uno de sus más denodados paladines, justifica a nuestro entender, la publicación de su obra, así sea en parte.

22 de julio de 1956

Aurelio Luis Gallardo, un olvidado más

Uno de los escritores mexicanos más olvidados es Aurelio Luis Gallardo (1831-1869). Y cuando se le recuerda, es en términos tan adversos que casi fuera mejor que se ignorara por completo. De “lacrimosamente sensible”, lo califica

Carlos González Peña en tanto que Julio Jiménez Rueda lo olvida en absoluto. No así Manuel Sánchez Mármol, quien en *Las Letras Patrias* le dedica unas líneas admirables: "Extraordinariamente fecundo fue don Aurelio Luis Gallardo, cuya tormentosa vida diera asunto a interesantísima novela. Romántico de credo literario y en todo su modo de ser, cuanto compuso en verso o prosa fue revelación de su vida íntima, o cuando menos, de concepciones que, a no poder para ello, habría realizado. Hubiera deseado ser que no otra encarnación de Byron, la de su héroe, Don Juan. Sus composiciones líricas llenan cuatro tomos: *Sueños y sombras*, *Nubes y estrellas*, *Leyendas y romances*, aquellos dos editados en Guadalajara y éste en San Francisco de California, donde también dio a la estampa el cuarto, bajo el título de *Leyendas íntimas*. Con Gallardo cierra Sánchez Mármol el segundo desenvolvimiento literario en Jalisco.

En su Correo Literario, *Monterrey*, Alfonso Reyes, un sabio que no desdén las *minucias*, sino que suele alabarlas, dedicó a Gallardo unas líneas y publicó una fotografía suya, más romántica si se puede, que sus versos. En nuestros días, Emmanuel Carballo y Carlos Valdés han consignado, en sendas notas, su curiosidad por aquel poeta y hombre desdichados. Y, justamente, pensando en ellos, he querido consignar en esta *Alacena* algunos datos que encuentro en las *Impresiones de viaje* de Felipe S. Gutiérrez acerca del poeta jalisciense en la época en que vivía en San Francisco California; noticias que quizá tengan alguna utilidad para el estudio de nuestro Romanticismo.

"Pasando ayer por la calle de Montgomery, me encontré a Aurelio Gallardo poeta mexicano, y me introdujo a una Barra de mucho tono...", dice. Dos meses más tarde, en la carta fechada el 20 de marzo, Gutiérrez vuelve a mencionarlo. "En alguno de los días de la anterior semana", dice, "nos hallábamos reunidos Aurelio Gallardo y otros tres amigos mexicanos y se hablaba de las bonitas muchachas mexicanas que viven en San Francisco". El poeta, por el tenor de la charla, parece ser un gran conocedor del ambiente, pues señala en qué sitios concurren las señoritas francesas, chilenas, argentinas, por si alguno quiere compararlas con las mexicanas. Gutiérrez relaciona al pintor con sus amistades, lo conduce a paseos, a *pick-nicks*, a lugares como *Chiff-House*. Un domingo del mes de agosto, de aquel año de 67, los dos amigos mexicanos hicieron una visita al cementerio de *Lon-Mountain*, situado al oeste de la ciudad de San Francisco. Hay algo de esa visita que recuerda a Mariano José de Larra en el cementerio el Día de Muertos, pues también el corazón de Aurelio Luis Gallardo es como un sepulcro. Observan que algunos monumentos son muy

ricos, en tanto que otros son muy pobres. El poeta no puede más y exclama: “¡Ah! Hasta en el cementerio existe la desigualdad en el exterior, y sólo el polvo y los gusanos los nivela a todos!”

Por este tiempo –mediados de 1868– aparece el libro de Gallardo *Leyendas y romances. Ensayos poéticos* y tal vez, *Leyendas íntimas*, pues Felipe S. Gutiérrez al señalar en su libro el acontecimiento, no consigna título alguno. En julio de ese año, el pintor y el poeta se separan: el uno se embarca para Nueva York, rumbo a Europa, y el otro se queda en San Francisco, enfermo de tristeza. No se volvieron a ver y el adiós del muelle, fue el último: al año siguiente murió Aurelio Luis Gallardo, poeta olvidado, más por la pereza de los que se ocupan de nuestra vida literaria que por la calidad de sus versos.

29 de julio de 1956

Agustín F. Cuenca, poeta erótico

Entre los pocos trabajos –pocos, si se compara con sus otros escritos– que Manuel Toussaint nos dejó sobre la literatura nacional, destaca el que dedicó a Agustín F. Cuenca y a su obra poética. La inspiración central de ese estudio se encuentra en el *Anuario* publicado por Juan de Dios Peza en 1378, en el que, al referirse a ese poeta señala, el primero, algunas de las modalidades que Cuenca aporta a la poesía mexicana. Como Pedro Henríquez Ureña con el atisbo de Vicente Riva Palacio, referido a las características del alma mexicana, las conociera o no, Toussaint amplió dándoles fundamento a las reflexiones de Peza en torno a Agustín F. Cuenca. Precisó los valores de su poesía, caracterizándola como aquella en que por primera vez se descubrían elementos nuevos en la lírica mexicana. “Su obra –dijo– hasta cuando ataca problemas sociales o filosóficos reviste una dialéctica de discreción, cual si temiera salirse de tono.” En él, en Cuenca, por influjo de lecturas francesas, aparecen algunos de los elementos que van a caracterizar más tarde los poemas de Manuel Gutiérrez Nájera. Lo prefiere a Manuel Acuña, a José María Bustillos, a Manuel M. Flores. Era Agustín F. Cuenca un poeta erótico, cuyo erotismo no carecía de distinción, que no gustaba desorbitarse, con aquellos arranques pasionales a que tan afecto era su contemporáneo Manuel M. Flores. Ideas éstas que luego transcribieron, casi al pie de la letra, otros autores, señaladamente Carlos

González Peña. La técnica en Cuenca era algo más pura y firme que en otros poetas de su generación. Manuel Acuña, pongamos por caso, quien en opinión de Toussaint frecuentemente caía en lo pedestre, vulgar y, a ratos, en ridículas expresiones. Lo releva de la acusación de gongorino, con que los críticos a la usanza de aquella época pretendían vituperarlo, aunque reconoce que hay varios poemas de Cuenca que recuerdan a Góngora y que lo emparientan con Sor Juana, lo que nada prueba, porque la “Décima Musa” más que gongorina era conceptista: su retorcimiento es interior, de ideas, y no de palabras. Antes de la actual revaloración de Góngora, señaló Toussaint la influencia enorme de don Luis en la poesía moderna. Los versos con que Cuenca pinta la lujuriosa tierra tropical denuncian más que otra cosa, la escuela gongorina; son la señal más clara de su trato con la obra del gigante español. No sólo anuncia al “Duque Job”, sino que esa manera de ver el paisaje mexicano, y describirlo, preludia a Manuel José Othón, asegura Manuel Toussaint.

Con todo, no parece que el nombre de Cuenca haya sido definitivamente salvado. Ayer no más, don Fausto Vega, buen conocedor de las letras mexicanas y de las ideas que en ellas han predominado, se preguntaba cuál es la valoración final de su obra. Tal vez corresponda a Francisco González Guerrero precisar en qué medida puede considerarse a nuestro poeta un precursor del Modernismo, al lado de Gutiérrez Nájera, de Justo Sierra, de José Martí, de José Asunción Silva y de Julián del Casal. Por lo pronto, Max Henríquez Ureña no lo menciona en su *Breve historia del Modernismo*, y sigue desterrado de algunas de las más señaladas antologías. Las ideas de Toussaint al respecto, así como las opiniones de Luis G. Urbina en igual sentido, merecen ser desarrolladas con mayor amplitud. En su poema descriptivo “La mañana” encontraba “El viejecito” algo así como la alborada, como el presentimiento de la poesía moderna, que no iba a tardar en presentarse en México.

Recuerdo que hace dos años, al proponer ese poema para integrar la exposición ideada por Lola Álvarez Bravo, “El paisaje en la Poesía y en la Pintura Mexicana”, un gran poeta mexicano que lo tenía olvidado descubrió su condición moderna y lo puso junto a los más hermosos de Othón. Ni más ni menos que a su tiempo lo hicieron Urbina y Toussaint, más éste que aquél.

5 de agosto de 1956

Alejandro Cuevas y sus "Cuentos macabros"

La segunda edición en "offset" del libro *Cuentos macabros originales*, ilustrados de Alejandro Cuevas, es ocasión propicia para volver los ojos al libro y a su autor, casi de todos nosotros olvidado. Era Cuevas un artista múltiple: escritor, músico y compositor, en todo sobresaliente. Para mejor caracterizarlo artista mexicano, recordemos que se ganaba la vida como abogado, esto es, Calibán con Ariel al hombro.

Lo mencionan, con alguna extensión, Juan B. Iguíniz, y en una línea, Julio Jiménez Rueda; los demás, lo ignoran. Injustamente, porque los cuentos de Alejandro Cuevas no son ajenos a la literatura; pero además, si otro valor no tuvieran, en ellos se reflejan las influencias de grandes escritores extranjeros, aunque también nacionales. El estudio de esas influencias, sobre todo las extrañas, es capítulo muy importante en la historia de la literatura nacional. Siquiera por eso no debemos echar al olvido, ni menospreciar por ignorancias, como lo hemos venido haciendo, a muchos escritores mexicanos. Es verdad que el cuento es de los menos estudiados; pero también lo es que en el estudio de la novela, género no suficientemente deslindado del cuento y la narración con el que guarda estrechas concomitancias, no es completo si no lo toma en cuenta. A tal grado parece cierta la anterior reflexión, que quizá esos géneros cupieran en un solo capítulo que se denominaría Novelística.

Pero volvamos a los *Cuentos Macabros*. La primera edición apareció en 1911 en esta ciudad de México, con un prólogo de Juan de Dios Peza. Para situar al autor, Peza menciona los nombres de Emilia Pardo Bazán, entre los escritores españoles, y a los franceses Alejandro Dumas, hijo, Alfonso Daudet, Emilio Zolá, Jean Richepin, Judith Gauthier, Paul Margueritte, Jules Lemaitre y Jorge Courteline; y al provenzal Federico Mistral. Su estilo recuerda la frescura de Champsaur, la elegancia de Armando Silvestre, la embozada intención de Marcel Prevost; a veces, el lector cree encontrarse con Camilo Mauclair o con Aureliano Scholl, cuando no se le figura que está leyendo a René Maizeroy, a Paul Bonnetain o a Charles Maubras. Pero todavía más: Cuevas era para Juan de Dios Peza un fanático devoto de la literatura narrativa que tanto entretiene y en la que se distinguieron Óscar Metenier y León Hermique; en que tanto culminan Mauricio Barret, León Claudel y Paul Arene y de la cual son joyas perdurables, los cuentos de Jean Reibrach, de Hugues Rebell, Gabriel Sarrazin, y Hughes Le Roux. Hasta dónde todo esto

es mero producto de entusiasmo por la literatura patria, es cosa que está por establecerse. De todos modos, Cuevas era un narrador vivaz, lleno de recursos y de maestría. Juan de Dios Peza lo sitúa al lado de los grandes narradores mexicanos, que llama cuentistas: Ignacio Altamirano, con su *Navidad en las montañas*; José Tomás de Cuéllar, con su cuadro descriptivo de las posadas; Manuel Gutiérrez Nájera con *Rip Rip* y *Un 14 de julio*; Pedro Castera con sus *Cuentos mineros*, en los que también hay mucho de macabro; el general Vicente Riva Palacio, con sus preciosidades, concluye Peza. Agréguese a Manuel Payno con *El fistol del diablo*, y a José María Roa Bárcena con *Noche al raso*.

La segunda edición, motivo de esta *Alacena*, se enriquece con una nota al lector, de Gloria Cuevas Chávez, hija del autor y con un prólogo de José Vasconcelos, del que pueden destacarse algunas líneas. El olvido en que se tienen a algunos de nuestros autores "...no debe permitirse cuando se trata de verdaderas joyas literarias que fijan el sentimiento y el modo espiritual de una época", y cuando "son un reflejo del tiempo". Los cuentos de Alejandro Cuevas son un reflejo del tiempo romántico, tan penetrado del misterio de la muerte y las extrañezas del destino, concluye Vasconcelos.

Amigo Emmanuel Carballo, no olvide usted a Alejandro Cuevas y a sus *Cuentos Macabros* en esa monografía que prepara acerca del costumbrismo, el naturalismo y el realismo en la novela y en el cuento mexicanos.

12 de agosto de 1956

Miguel Prieto, gran español

El domingo en la tarde, día 12 de este mes, falleció en esta ciudad el pintor español Miguel Prieto. Había llegado a México a raíz de la derrota republicana, que es como decir la derrota del pueblo español. Fue entonces cuando lo conocí, hace 17 años. Con Juan Rejano, José Herrera Petere, Pedro Garfias, nos reuníamos para conversar de aquella y de esta España, de este y de aquel México. Porque los buenos españoles saben muy bien que no se pueden entender nuestros dos pueblos si se les mira aisladamente, a contar del día que se pusieron en contacto, ahora cuatro siglos. Había en Miguel Prieto un México soterrado, desconocido, que entonces se manifestó. Había en mí una España soterrada, recóndita, que entonces acabé de descubrir. Quizá en él

fuera menos evidente la presencia de México que en mí la de España, pues desde antes, en modestos ensayos, había sostenido que sin España no se puede entender a México ni a América, sobre todo en aquellos lugares en que una gran cultura india se mezcló con la cultura de los españoles. Uno de esos pueblos era México.

Hombre de extraordinaria inteligencia, bondadoso, finísimo espíritu, muy pronto se hizo a nuestras cosas, acompasó el latido de su tierra con el latido de la nuestra. Y defensor de las buenas causas allá, no podía ser sino defensor de las buenas causas aquí. Firme en la certeza de que quien trabaja por México trabaja por España, se puso a cumplir aquí las tareas que la derrota de los republicanos interrumpió. En compañía de sus mejores amigos españoles –José Herrera Petere, Juan Rejano, Antonio Sánchez Barbudo, Pedro Garfias, Lorenzo Varela– y de sus mejores amigos mexicanos –Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Antonio Castro Leal, Martín Luis Guzmán–, ayudó a fundar la revista *Romance*, en la que encontraron asilo las manifestaciones más altas, y más puras, y más generosas, de las inteligencias y la pasión hispanoamericana. Allí, en esa publicación, comenzó a manifestarse lo que México debe a la inteligencia española del destierro. El tipógrafo excelente que era Miguel Prieto queda en *Romance* en todo su esplendor. Sus viñetas, apuntes y dibujos son otras tantas muestras del fervor con que Miguel trabajó en aquella revista, cuya muerte significó para él un largo y constante pesar. Sorprende agradablemente verificar que apenas transcurridos los primeros números, tipografía mexicana y española se hermanan en las páginas de *Romance*. Luego ayudó a fundar la *Revista Mexicana de Cultura* de *El Nacional*, y más tarde *México en la Cultura*, de *Novedades*. Cuando se haga el balance de lo que México adeuda a los españoles del destierro, el nombre de Miguel Prieto ocupará un destacado lugar. ¿Falta decir que todos esos afanes los cumplía sin abandonar un segundo su obra de pintor, en la que se puede ver un temblor de nuestra vida?

Dije que su trato me dio la plenitud de España. Y así fue. Miguel era un buen cantor, de esos para quienes la canción no es voz, sino el dejo y la lejanía que impregna las canciones. Trajo en su mochila, como en otra hora los soldados de la Conquista, un caudal de coplas y melodías que nunca le acabamos de oír. Al escucharlas comprobé que muchas de las canciones que algunos consideran mexicanas por los cuatro costados no son sino cantos españoles trasladados a boca india, y que no andaba errado cuando dije que a veces no eran sino llanto español en pupilas nativas. Encontrar algunas, perdidas en

los más apartados rincones de nuestra América, era otra prueba de su origen común. Miguel Prieto vino a dar testimonio de todo esto.

Ahora que ha muerto, me conforta confesar esa deuda de alegrías y de enseñanzas que aunque mi cuerpo no sangra, siento las heridas que al suyo dieron descanso.

19 de agosto de 1956

Un poeta emperador

Ni Alfonso Méndez Plancarte, ni Ángel María Garibay K., los dos tan sabios y eruditos, nos han hablado de Miguel Gutiérrez, autor de un ensayo titulado “Un Emperador Poeta”. El trabajo de referencia fue publicado en la *Revista Hispano-Americana*, año I, t. II, Núm. 8, págs. 683-35, octubre de 1881, editada en Madrid.

Cuenta Gutiérrez que un condiscípulo y amigo suyo, nacido en América, que yo supongo sea Pedro Mascaró y Sosa, al restituirse a su patria –Uruguay– le entregó un ejemplar de sus investigaciones sobre el poeta emperador de México, “cuyas elegías suenan a lamentaciones del profeta sobre Sión desolada”. Resultado de la promesa que le hiciera, de escribir algo sobre el ilustre poeta elegíaco, es el ensayo “Un emperador poeta” que venimos comentando.

La sospecha, que más bien es certeza, de que se trata de Mascaró y Sosa, resulta de que dicho escritor publicó en Madrid en 1878 una tesis titulada *El emperador Netzahualcóyotl, considerado como poeta elegíaco (Poesía Méjico-Gentílica)*, con la cual se graduó doctor en Filosofía y Letras. Tanto Méndez Plancarte como Garibay aluden a Mascaró y Sosa en sus respectivos trabajos, *Poetas Novohispanos*, t. I, e *Historia de la literatura náhuatl*, t. I; los dos para discutir y oponer reparos a aquel autor, acerca de la autenticidad del poema en que fundaba su tesis: el canto de Netzahualcóyotl el día de sus bodas, de que tan hermosas versiones hicieron, entre otros, José Joaquín Pesado y Juan de Dios Villalón.

Pero volvamos al ensayo de Miguel Gutiérrez. Refiere Gutiérrez la historia, tan invadida de fábulas, de Netzahualcóyotl, desde su nacimiento hasta que alcanza el trono, tras de mil peripecias. “Su historia es un poema épico y un canto elegíaco”, dice. Y luego, como antes lo hiciera Mascaró y Sosa, intenta

un análisis de dos de las elegías atribuidas al rey de Texcoco: la ya aludida y la que lleva por título *Canto de la primavera*, por él consideradas como dos monumentos literarios dignos de admiración, en cuyas bellezas parece que han puesto algo de su cosecha las musas del cristianismo que llegaron en el buque de Cortés.

Como se ve, prudentemente Gutiérrez no desecha la posibilidad de que en las elegías atribuidas a Netzahualcóyotl se haya colado más de un matiz y un reflejo del espíritu occidental, ni más ni menos que lo hace, si bien abiertamente, Garibay K., quien las prefiere poesías novohispanas, o mestizas, muy bellas, es cierto.

Miguel Gutiérrez se manifiesta buen conocedor de la literatura mexicana, así de las edades precortesianas como de los tiempos modernos. La alusión a Agustín F. Cuenca puede ser un elemento más para la consideración final que ese poeta está en espera. No sólo la civilización que siguió al viaje de Colón —dice Gutiérrez— ha engendrado poetas ilustres, los hubo antes que Cortés derribase el trono chichimeca. ¿Asombra la afirmación? ¿Quién no admira la cultura retratada poéticamente por Antonio de Solís? ¿Quién no ha oído el nombre de los vates méjico-gentílicos? ¿Es aún completamente desconocido el de Netzahualcóyotl? Preguntas son todas éstas que Miguel Gutiérrez formula lleno de entusiasmo por la poesía indígena precortesiana, en un tiempo en que lo habitual era negar su existencia. Al desenterrar este artículo, cuya pista nos dio Pedro Frank de Andrea, hemos querido agregar su nombre a la lista de aquellos que han ayudado a reivindicar para la cultura del mundo la poesía que hicieron los indios de México y que no ha dejado de cantar en los verdaderos poetas que han nacido en esta tierra.

26 de agosto de 1956

Adolfo Llanos y Alcaraz

Al mediar el año de 1873, llegó a la ciudad de México, el poeta y publicista Adolfo Llanos y Alcaraz. Como José Zorrilla, unos veinte años atrás, Llanos venía deseoso de sumarse a la vida de México, que entonces acababa de alcanzar su segunda independencia. Como Zorrilla, su relación con nuestro país tiene dos momentos: uno, el primero, de absoluta entrega; otro, el segundo,

de rechazo y de desdén. También a la manera de Zorrilla, la primera situación estaba condicionada al recibimiento que se le hiciera, es decir, a la aceptación de que su condición de español, y él lo era valioso, lo hacía en cierto modo intocable; digno de todas las consideraciones. No podían sufrir los dos que se hablara desdeñosamente de España, que se hiciera el distingo que así como hay dos Méxicos, hay dos Españas; y que distinguir la buena de la mala, y luchar por afirmar la primera, y corregir la segunda, debiera ser misión de escritores y artistas. Quizá como una consecuencia de la conducta de Zorrilla, Llanos y Alcaraz encontró un ambiente exacerbado de nacionalismo, al que tal vez no fuera ajena la contienda que entonces concluyó, o sea la lucha contra la Intervención y el Imperio. El caso es que aquel ánimo del escritor español muy pronto se trocó en odio hacia México y los mexicanos, y también en una suerte de antipatía hacia algunos españoles, con lo que tal parece que se equilibra y sale a flote la independencia de criterio que animaba a Llanos y Alcaraz. En efecto, apenas llegado chocó con Anselmo de la Portilla, director de *La Iberia*, periódico español, en que don Anselmo venía luchando por la concordia entre mexicanos y españoles. La diferencia entre ellos quedó manifiesta cuando sólo unos meses después de su llegada, Adolfo Llanos y Alcaraz fundó el periódico *La Colonia Española* que naturalmente interfería con la labor de Anselmo de la Portilla. Las cosas quedaron en aparente orden, pero es indudable que nunca pudo borrarse el resquemor entre los dos publicistas iberos.

Adolfo Llanos y Alcaraz se propuso defender el honor, la historia y las tradiciones españolas, pero llevado de su pasión y de su espíritu combativo, al hacerlo, y aunque quiso dejar a salvo a México, no pudo, y se manifestó desdeñoso y burlero de las desigualdades de nuestra historia. Aunque profesó siempre respeto a México, la verdad es que en su pluma se colaron improperios contra nosotros. Golpeándose el pecho –“Aquí está don Juan Tenorio/ para quien quiera algo de él”– reto a todos los escritores mexicanos que le salieron al paso, como él, destemplados. Con Rafael de Zayas Enríquez, con Manuel Caballero, con Agustín F. Cuenca tuvo encuentros verbales, y los hubiera tenido a muerte si sus contrincantes no hubieran procedido con prudencia. En su periódico *La Colonia Española*, sostuvo violentas polémicas con todos los demás periódicos mexicanos: con *El Siglo XIX*, con *El Monitor*, con *El Interino*, a cuyos redactores injuriaba con la mayor libertad. Se llegó a pedir que se le expulsara de México, de acuerdo con el artículo 33, por extranjero pernicioso, y hasta se inició una suscripción nacional que lo aliviara en los gastos que la

expulsión suponía; extremo que acabó de exasperar a Llanos y Alcaraz, porque era hombre rico, y en verdad, agraviaba más a particulares que a la nación.

Pero no con todos peleó; fue buen amigo de Altamirano, quien habla de él con verdadero elogio en el prólogo a su libro de poesías *Recuerdos*, publicado en 1876, es decir, cuando Llanos y Alcaraz ya se había manifestado adverso a México y a los mexicanos. La composición “A México” es muy hermosa y si es verdad, según él lo decía, que “las nociones de todo aficionado a hacer coplas se reflejan en sus versos”, la composición es el testimonio de sus afectos con respecto a nuestro país. Altivo, valiente y generoso es México para el poeta. Implora a México que le permita no llamarle suelo extraño y que la proclame su segunda patria. Llama su cielo a nuestro cielo, y ruega que le hable en español, que es su idioma, de su Dios que también es el suyo. “La tierna expresión de estos hermosos versos –dice Altamirano– revela el sincero afecto fraternal con que el poeta sintió, bajo el techo de México que se hallaba como bajo el techo de la casa solariega, revela la identificación completa de caracteres y esperanzas, la efusión de familia; la paráfrasis patriótica de la amorosa confesión bíblica: *Populus tuus, populus meus Deus tuus, Deus meus*”. Y el Maestro mexicano no quiso desde entonces ver en él al bardo errante y extranjero, que no ama al país que atraviesa sino por las impresiones que le causa, sino al hermano, al compatriota que vive con nuestra vida y comparte con nosotros el regocijo, la serenidad, las esperanzas o las zozobras de la existencia común.

Adolfo Llanos y Alcaraz publicó en México –también en 1876– otro libro vituperado por todos, pero conocido sólo de unos cuantos: *No vengáis a América* (libro dedicado a los europeos) en que se recogen sus opiniones con respecto a los pueblos de América, principalmente de México, al que reconocía como el más destacado de todos.

Yo me pregunto, si después de la opinión de Altamirano, no fuera oportuno relevar a Adolfo Llanos y Alcaraz de algunos de sus pecados, bien tenida cuenta de las circunstancias en que los cometió. Para eso hace falta una cosa: volverlo a leer.

2 de septiembre de 1956

El celo de Nicolás León

Es cosa sabida, y constantemente observada, que México no siempre puede estimular ni proteger el trabajo de sus escritores. El número y gravedad de otros problemas ha hecho que la actividad de escribir, persistir en el oficio, corra por cuenta y riesgo de los que lo abrazan. Como sabe el lector, algunas de las obras más importantes de la literatura nacional se han escrito en medio de privaciones y de sacrificios, lo que las convierte en obras de la inteligencia y de la conducta, es decir, que reúnen un valor estético y un valor ético. Así, por ejemplo, se escribió *La geografía de las lenguas de México*, de Manuel Orozco y Berra. Con tiempo, pero sin pan, pues acababa de perder su modesto empleo en una Secretaría de Estado, entretuvo sus días en componerlo, al paso que procuraba alivio a sus desencantos.

Tal vez lo que voy a contar no sea cierto, pero el solo hecho de existir la especie, así como las circunstancias que se acaban de anotar, lo hacen verosímil. Se cuenta, pues, que cuando el doctor Nicolás León era funcionario del Museo Nacional, temeroso de perder el cargo, ideó publicar y reeditar algunos de los libros fundamentales de las letras y la erudición mexicanas, a efecto de que pudieran trabajar esas razones contra toda eventualidad que pusiera en peligro su cargo. La importancia de sus tareas en marcha, pensaba, quizá lo pusieran a salvo de correr la vieja suerte de otros escritores y sabios mexicanos.

Resultado de todo eso, son las numerosas obras que reeditó, prologó, salvándolas de caso de seguro olvido y pérdida. Algunas aparecieron completas, otras quedaron truncas, pero aun éstas han prestado a la postre utilidad: sirvieron para que otros, viendo el valor que representan para la cultura nacional, las hayan reeditado. Así ha ocurrido con la *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, del ilustre Joaquín García Icazbalceta que León se propuso editar con un Apéndice, pero del que sólo aparecieron unos cuadernos. La *Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII*, en seis tomos, que el doctor León compuso mientras era encargado de la sección de Antropología y Etnografía del Museo Nacional, que incompleta como su autor la consideraba, es un tesoro de noticias y una señal de apego que aquel ilustre mexicano profesaba al trabajo. Otras muchas cosas puedo recordar de momento en que don Nicolás León puso las manos, mientras trabajó en el Museo: *El teatro angelopolitano o Historia de la ciudad de Puebla*, escrita por don Diego Antonio Bermúdez de Castro, el *Vocabulario*

castellano zapoteco, de fray Cristóbal de Agüero del que sólo aparecieron unos cuantos cuadernos, son algunas de ellas.

Las obras referidas, cuando eran del siglo XVIII, aparecían en el cuerpo de la *Bibliografía* y se hacían, según entiendo, separadas; cuando eran de otros tiempos, se pretendía que aparecieran individuales. Tal es el caso de los libros que aquí se han mencionado: el de Bermúdez de Castro, trunco por la muerte de su autor, apareció en la sección 1a, 3a Parte de la *Bibliografía*, págs. 122-354.

Para que más se encuentren las tareas del doctor Nicolás León dentro del ambiente que rodea a las tareas literarias entre nosotros recordemos que la incuria redujo a ruinas, o a casi ruinas, su *Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII*: depositada la edición en los húmedos sótanos de San Agustín, antiguo domicilio de la Biblioteca Nacional, y olvidada de todos, Enrique Fernández Ledesma sólo consiguió salvar, hace veinte años, unos cuantos ejemplares.

¿Exagera, pues, quien diga que escribir en México, investigar y desvelarse por la cultura, es una de las formas del heroísmo?

9 de septiembre de 1956

Herminio Ahumada

Entre los jóvenes que hicieron la campaña vasconcelista en 1929, destacaba Herminio Ahumada Jr.: por su valentía y arrojo, por su presencia física y por su alegría, por su noble y limpio corazón. Pero también por sus lindos versos y su linda prosa. Doy aquí a “lindo” la connotación que tenía hace siglos y a “linda” la que puede tener en Luis G. Urbina —“La tarde es linda/ alumbró el sol mi estancia”.

Yo lo conocía de algunos años atrás: de los días en que atleta y en su condición de campeón de velocidad, enloquecía los campos deportivos. Aquella figura de los estadios ha sido evocada con temblorosa pluma por José Vasconcelos en una página del *Proconsulado*, y a ella remito al curioso lector. Más tarde encontré su nombre ligado a cuanta acción se refería a la política nacional y al empeño de cambiar la fisonomía de México, de tal manera que se acercara más a eso que no hay joven bien nacido que no haya soñado: una patria en que reine la libertad y la justicia, la paz y la cultura; una patria que produzca

orgullo y no que saque a la cara la indignación y la vergüenza. Por amor a la justicia pero no por menos amor a la verdad, salió a la calle a proclamar su credo y estuvo a punto de morir a manos de los que valientemente llamó tiranos.

Por los corredores de Leyes, a donde todavía no puedo explicarme por qué fui a dar, lo encontré después y nos dimos por primera vez las manos. Y desde entonces iniciamos una amistad que se confunde con un parentesco y nos hace hermanos. Amoroso, tierno y humano, me decía su hijo, y cuando estuvo casado quiso adoptarme y llevarme lejos de estas tierras para salvarme de lo que él creía barbarie en sus arrebatos. Pero yo preferí quedarme, firme en la convicción de que no hay mejor tierra que aquella en que hemos nacido.

Tenía entonces en la calle de Mayorazgo de la Colonia del Valle, en casa de Nacho Rodríguez Mora, un pequeño cuarto de estudiante, lleno de libros, de los mejores libros. Porque Herminio Ahumada es un gran lector y un bibliófilo de depurado gusto. Muchas veces lo acompañé a su casa y era nuestro gusto leer no digo que las noches enteras, pero sí los días. ¿Cuáles eran las lecturas de Herminio? Todas. Pero desde luego, en una gran proporción, los poetas españoles y americanos, de todos los tiempos, aunque tuviera sus preferidos: Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Luis G. Urbina, Amado Nervo, cuyas palabras resuenan en sus palabras. Venciendo íntimas resistencias, tras de hacerse gasas, leía alguno de sus poemas: muy delicados, muy románticos, muy lindos. Luego reía para corregir aquellas lágrimas, que no hay hombre de verdad que no viera. Y como entonces, ahora se ha decidido a publicar, aunque sea nada más para sus más cercanos amigos, sus poesías.

Y vino el año 29. Uno tras otro se fueron los amigos a sumar a la campaña de Vasconcelos, Ahumada en primer lugar. Me quedé un poco huérfano, como siempre lo he sido. Viéndome sólo en la ciudad me incorporé en León, un 28 de febrero. Allí estaban Andrés Pedrero y Ciriaco Pacheco Calvo, entre otros, pero no Herminio, a quien alcancé días después en Morelia. ¡Oh, Dios! ¿Por qué se han hecho así de melancólicos aquellos días? Traía “El Chumino” libros, muchos libros en la maleta y uno que otro poema, escrito en medio de aquel frenesí. Enrique Guerrero puso en mis manos *Las Figuras de la Pasión*, de Gabriel Miró. Era la Cuaresma, no la opaca de Ramón, sino la lúcida de aquellas horas juveniles. Por Villalongín pasamos algunas tardes leyendo; bajo sus sombras, Herminio Ahumada se decidió a leerme el último poema que había compuesto (¡Ahora sí me impregna tu espíritu, Morelia/ en ese manso viernes cuaresmal!) que aparece dedicado a mí en su libro *Sombra fiel*. Entra-

mos a México una semana después, el Domingo de Ramos, día 10 de marzo. Lo que vino después, todos lo saben.

Pero, ¿por qué he querido hablar ahora de Herminio y de aquellos tiempos? Por muchas cosas: porque es dulce en días de tristeza recordar los días felices, porque reconforta el ánimo ver que en algunos hombres como él, la madurez afirma las virtudes. Y porque la otra noche, al presentar al más joven de los poetas sonorenses, Abigail Bohórquez, reiteró su amor a la belleza, al bien, al orden y su fidelidad a la vida.

16 de septiembre de 1956

Ortiz de Montellano y la literatura nacional

Aunque varios de los componentes de la generación llamada de *Contemporáneos* estudió alguna vez la literatura nacional, son Salvador Novo y Bernardo Ortiz de Montellano, quienes lo hicieron en mayor extensión y con una más abierta simpatía. Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia, es verdad que escribieron algunos trabajos sobre las letras patrias, pero no siempre para afirmarlas. Recuerdo ahora el ensayo del primero, publicado en la revista *Contemporáneos*, y la conferencia del segundo, acerca de los poetas jóvenes mexicanos, luego recogida en un folleto, ahora muy escaso, más para regatear que para exaltar sus valores. En cambio, los trabajos de Novo y los de Ortiz de Montellano tuvieron siempre el noble propósito de encontrar en las obras que estudiaron lo que tienen de positivo y de útil para el desarrollo de las letras en nuestro país. Los artículos del uno sobre Joaquín Fernández de Lizardi y Luis G. Inclán, por ejemplo, representan aportaciones muy valiosas para la final valoración de esos dos autores, generalmente vilipendiados. Los de BOM, más sistemáticos y más numerosos, dan motivo a esta *Alacena*.

Dos trabajos principalmente escribió Ortiz de Montellano sobre la literatura mexicana: *La poesía indígena de México*, publicada en 1935, aunque de años anteriores, y *La literatura mexicana* que, aparecida originalmente en *El libro y el pueblo* por ese mismo año, se recogió después en uno de los números de la *Biblioteca Enciclopédica Popular*. Las aportaciones allí contenidas sobre las letras mexicanas son muy valiosas y representan a veces nuevos puntos de vista sobre la manera de juzgarla. Una es, por ejemplo, considerar que las

letras mexicanas arrancan de la literatura precortesiana, interpretándola por su significado espiritual más que por su contenido histórico, como se venía haciendo. Otra sería la postulación y la verificación de que en la producción literaria moderna de México está latente ese espíritu, a veces con una evidencia sorprendente, y en autores que quizá ni lo sospecharon: en Mariano Azuela, digamos, del que toma los ejemplos respectivos (*las mariposas liban miel en el corazón de otras mariposas*./ *En días que comienzan cuando comienza la mañana y no se acaban cuando se acaba la noche*). Este hallazgo de Ortiz de Montellano ha sido después fundado brillantemente por Ángel María Garibay K., al señalar que el sentido y la estimación del color como elemento de expresión poética, la delicadeza, la melancolía, son hechos innegables de la poesía indígena y que se repiten en los poetas de nuestros días. Y no sólo en los poetas, sino en los pintores, agrego yo.

Por lo que toca al otro ensayo, Ortiz de Montellano procedió con similar sagacidad, con pareja lucidez, con gemelo propósito de reivindicar para las viejas manifestaciones literarias su permanencia en las letras actuales y su aportación al nacimiento de las letras novohispanas, que son su origen. Tan importante como el latín, son para Ortiz de Montellano las lenguas indígenas en ese nacimiento y desarrollo. El latín y las lenguas indígenas –dice más o menos– resultan ser con iguales derechos, los antecedentes lingüísticos de nuestra literatura.

Algo más habría que recordar. En sus principios, intentó diversas obras con raíz popular, o mejor dicho, folklórica. Así algunos poemas contenidos en *El trompo de siete colores* y la escenificación de *El sombrero*, personaje misterioso de las leyendas maya-quichés con poderes eróticos sobrenaturales.

Este aspecto de la obra de Bernardo Ortiz de Montellano es lo que hasta ahora han enviado quienes han escrito sobre él, al considerarlo más en su condición de poeta que de historiador de las letras nacionales.

23 de septiembre de 1956

Los corridos y los romances

Se ha venido diciendo, con general aceptación, que el Corrido mexicano es un vástago, un descendiente directo del Romance español: del Romance viene

el metro, los temas, aparte de que ambos se escriben, o se dicen en lengua española. Así se ha dicho, ¿pero esto es verdad? O por lo menos, ¿es absolutamente? A primera vista, parece que sí, pero sólo a primera vista, pues con sólo recordar que la literatura mexicana no es, como también se ha venido diciendo, una mera rama de las letras españolas, una hija de aquella ilustre matrona que dicen los historiadores, se podrá descubrir que aquí, como en las otras manifestaciones de nuestra cultura, hay mucho que atribuir a la cultura indígena anterior a la conquista.

Es verdad que el Corrido se escribe y se dice en español, es verdad que se inspira en acontecimientos de la vida diaria, para alegrarse y para dolerse de ellos; es cierto que sirve para cantar a los héroes; pero es igualmente cierto que todo esto no es privativo de la literatura española, en este caso del Romance, sino que es común a otros pueblos, entre ellos a los que habitaron esta tierra hace muchos siglos. En efecto, los aztecas, por ejemplo, glorificaban con cantos a los que caían en la guerra, ni más ni menos que otros pueblos lo hicieron con sus héroes. Los testimonios abundan, y lo único que pasa es que los que se ocupan de esas cosas se conforman con ir repitiendo juicios u opiniones que todo lo justo y de buena fe que puedan ser, no están exentos de modificación, en virtud del tiempo y de los hallazgos que las investigaciones en el campo de la historia puedan acarrear, aunque en este caso ni eso se puede alegar, porque ya Ignacio Manuel Altamirano, en uno de sus atisbos, apuntó que en la literatura azteca estaba este antecedente del pueblo mexicano; y el maestro Ángel María de Garibay ha recordado como el más remoto antecedente del Corrido mexicano, los llamados *Romances de la muerte* que celebraban las glorias de un hermano de Moctezuma, muerto en guerra con el enemigo. Para documentarlo, Garibay transcribió un lugar de la *Crónica Mexicana* de Hernando de Alvarado Tezozómoc. Véase, pues, cómo el Corrido mexicano, aunque escrito en español y con los metros del Romance, no es de modo absoluto descendiente suyo, sino que por sus venas corre alguna gota de sangre indígena, esto es, que en él se reflejan una vieja costumbre mexicana de cantar a los héroes y de glosar los acontecimientos del día.

Pero hay más: el idioma en que nuestros Corridos están escritos, o están dichos, registra una serie de particularidades que no podemos decir, en estricta justicia, que sea de la lengua de los conquistadores, sino que ya registra una dimensión mexicana; todo esto sin olvidar que el verso se maneja con mayor libertad, con menor propiedad, que lo hicieron los autores de romances. Abundan en el Corrido mexicano dicciones que, aun siendo castizas, tienen entre

nosotros connotación, o matiz de connotación, que ya perdieron en el español de la península; existe, también, un alto número de barbarismos, pero que sin los cuales el Corrido perdería mucho de su fisonomía. No es éste el sitio para señalarlos y hemos de dejarlo para otra ocasión.

Sobre el Corrido mexicano se ha trabajado mucho, si bien quedan algunos aspectos intocados: por ejemplo, su contenido estrictamente poético, hasta ahora pospuesto, bien por exaltar otros valores, bien por el error de creer que siendo literatura del pueblo, escrita, o dicha, por poetas que no lo son de profesión, carecen de aquel valor, que sin embargo tienen. Tal vez ya sea tiempo de que al tratar el tema del Corrido mexicano, se tomen en cuenta los hechos que ahora sólo se enumeran de paso, para situar este género en el marco que le corresponde en el desarrollo de la literatura nacional.

30 de septiembre de 1956

Lola Álvarez Bravo

Si me pregunto cómo es y qué es Lola Álvarez Bravo, lo sé. Si me pides que te lo cuente, ya no lo sé. Porque no es verdad que lo bien sabido nunca se olvida, siendo cierto lo contrario. ¿Dónde, cuándo conocí a Lola? No lo recuerdo. Pero su nombre, pero su figura, pero su delicada presencia, es una sílaba formativa de aquellas palabras que se refieren al arte, a la belleza, a la inteligencia, a los dolores y a las dichas. Acto, afán, contienda en que el hombre y su esperanza estén de por medio, que le falte su concurso, como que algo les falta. Qué más, si hasta el luto y el dolor parecen falsos si Lola no los comparte.

¿Dónde, cuándo nació Lola Álvarez Bravo? ¿Lo sabe alguno? Lo dudo. Ni se podría descubrir. Su capacidad de exaltarse, de morir y de vivir todos los minutos del día; de recomenzar, de levantarse los hombros y decirle una mala, digo una buena palabra a la vida y a sus desigualdades, es un signo no sólo de juventud, sino de niñez; la dosis en que todo México entra en su alma, impide señalarle patria chica: ella es toda esta tierra, en lo que de más entrañable y permanente registra. Si en algún lugar no ha puesto su cálida y temblorosa planta, ya la pondrá; pero si no la pone, no importa: esa porción de México la presiente y con lo que Lola sabe del resto, la adivina y la define. Sus manos han palpado la frente y las mejillas de todas aquellas cosas en que nuestra

tierra se concreta: las piedras antiguas, las hojas, los frutos y las flores, madres de la sonrisa. Sus ojos conocen todas nuestras luces y todas nuestras sombras, todos los cielos y todos los luceros. ¿Qué puede haber de extraño, entonces, que sus fotografías sean luminosas páginas de la biografía mexicana? ¿Por qué ha de sorprender que su obra sea un trasunto de la realidad y que retenga ese temblor de alma que es condición de los grandes artistas?

Y para que nada falte, porque nunca lo bueno se dio a medias, Lola Álvarez Bravo es ejemplar acabado de mujer mexicana: nieve y fuego, brasa y ceniza, cólera y melancolía; un valor que no busca adversidades, pero no las rehúye, y que no le teme a la muerte, aunque la encuentre en la calle.

¿Quieres un modelo de mujer y de artista? Aquí está Dolores Álvarez Bravo.

7 de octubre de 1956

Un Rocinante que iba por buen camino

Uno de los mexicanos a quienes más adeuda la literatura nacional de nuestros días es Octavio G. Barreda. La ha servido desde muchos frentes: como escritor, como traductor, como editor, y también como animador, al congregar en torno suyo a escritores jóvenes a quienes ha impulsado con su ejemplo de laboriosidad y con los dones de un ingenio pronto y certero, tanto como con el espectáculo de una hermosa cultura literaria, adquirida en casa y en aulas, en bibliotecas y en viajes. Con una aparente despreocupación, con una filosofía de hombre que trabaja y que juega, Octavio G. Barreda ha realizado en nuestro medio dos empresas nobilísimas, pues no otra cosa significa la publicación, en el espacio de veinte años, de dos de las más significativas revistas literarias del presente: *Letras de México* y *El Hijo Pródigo*. Quien intente un panorama de las letras nacionales, de las artes y de las preocupaciones artísticas en los años que van de 1936 a 46, no lo logrará completo sin esas dos publicaciones. Pintores, poetas, novelistas, críticos, filósofos que ahora son lujo y adorno de la cultura nacional, ahí hicieron sus primeras armas, aprendieron a levantar el alfiler mientras llegaba la hora de levantar la espada que ahora empuñan. Pero no sólo, también ha tenido Barreda en torno suyo a los escritores y artistas, ya consagrados.

Justamente, mañana hará diez años de haberse suspendido *El Hijo Pródigo*, al no aparecer el número 43 correspondiente al 15 de octubre de 1946.

Fundada en abril de 1943, las características de *El Hijo Pródigo* quedaron señaladas por su editor en las tres respuestas que dio a otras tantas preguntas que se transcriben a continuación: 1.- ¿Qué es *El Hijo Pródigo*? Una revista literaria de calidad, que aspira a satisfacer una necesidad hondamente sentida en México. Es, además, el fruto maduro de 7 años de experiencia adquirida durante la publicación de la gaceta literaria y artística *Letras de México*. 2.- ¿Quiénes hacen *El Hijo Pródigo*? Editor: Octavio G. Barreda. Administrador: Isaac Rojas Rosillo. Redactores: Xavier Villaurrutia, Alí Chumacero, Celestino Gorostiza, Octavio Paz y Antonio Sánchez Barbudo y a continuación la lista de los colaboradores, integrada por mexicanos y españoles, principalmente. 3.- ¿Cómo es *El Hijo Pródigo*? Está hecho en papel “Letras” de fabricación especial, empleándose composición de “monotipo”, que da una impresión clara y hermosa. Invariablemente tiene 64 páginas y un suplemento gráfico de 6 o más hojas. El formato, esto es de lo más importante, es característico de esta publicación y permite acumular mucho material escrito, de manera que cada número representa por lo menos 120 cuartillas.

¿Por qué Octavio G. Barreda no vuelves a estas andanzas, tú que todo lo sabes hacer tan bien? ¿No es tiempo ya de que Rocinante vuelva al camino?

14 de octubre de 1956

Poesía oaxaqueña

Hace unos tres años fui invitado a dar una conferencia, aunque mejor fuera llamarla charla, sobre la poesía en Oaxaca. Era un tema sobre el cual nunca había yo pensado, porque me parecía tácito que la inteligencia oaxaqueña no se expresaba en poesía, sino en artes plásticas, en música, frecuentemente en la política, actividades todas de igual rango. Entonces me puse a verificar aquella sospecha, y en efecto, encontré como dato curioso que no hay un solo poeta oaxaqueño en las diversas antologías poéticas publicadas en México a lo largo de nuestra vida literaria.

Versos, es cierto, se han escrito en Oaxaca, desde siempre, pero poesía, lo que se llama poesía, muy escasamente. En cambio era evidente que pintores y músicos y políticos los había siempre. Y recordé el nombre de Miguel Cabrera y Rufino Tamayo; de Macedonio Alcalá, autor de “Dios nunca muere”, y de

José López Alavés, de la “Canción mixteca”, y a Juárez y a Porfirio Díaz. Un prosista barroco digno de la mayor atención, fray Francisco de Burgoa, y a un escritor de extraordinario genio, José Vasconcelos eran dos nombres que podían señalarse en la prosa. Pero en el verso no había ninguno que pudiera equiparárseles. Y de nuevo me puse a recorrer todos los libros de versos, antologías, florilegios, ramilletes que pudieran llegar a mis manos. *La musa oaxaqueña* de Emilio Rabasa, la *Antología* de Manuel Brioso y Candiani, el *Florilegio de poetas y escritores de Oaxaca* de Alfonso Francisco Ramírez, poeta él mismo. Muchos nombres, muchas piezas me salieron al paso, pero ninguno en verdad digno de la antología. Es verdad, me decía, que Oaxaca no ha dado hasta ahora un poeta digno de ese nombre, pero sí más de uno que podría representar dignamente al estro local, siquiera para oponerlo a la especie de que el ingenio oaxaqueño es ajeno al ejercicio de la poesía.

Entonces descubrí a Patricio Oliveros, autor de dos sonetos de verdadero valor: “La vaca prieta” y “A León III”, atribuido a Alfonso Gutiérrez Hermosillo y publicado como suyo por haber aparecido entre sus papeles con ligeros retoques, gusto al que con frecuencia cedía aquel delicado poeta. La insistencia en el tema, me ha conducido a otros hallazgos: a José Blas Santaella –1832-1880– autor a su vez de algunos sonetos de rara perfección formal y no exentos de levantada entonación. Un poeta de nuestro segundo Romanticismo, más pudorosos, menos desmelenado, más discreto, muy a la manera de aquel Romanticismo que ejerció y propuso Ignacio Manuel Altamirano, capítulo éste de nuestras letras que falta estudiar y delimitar.

Entre esos sonetos de Santaella señalo el siguiente para una *Nueva musa oaxaqueña*:

A...

*Ruiseñor que en floridos miradores
te paras a cantar, detén tu vuelo,
y a la luz de este sol, bajo este cielo,
canta otra vez tu nido y tus amores.
Para que tú le cantes y le adores.
¡Cuán espléndido brilla el patrio suelo
con sus campiñas de oro y terciopelo
con sus noches de luna y con sus flores!*

*Vuelve, pues, a inspirar tu fantasía
 en la hermosura de esta ardiente zona;
 aquí laureles recogiste un día;
 la gloria aquí te corona en persona;
 si eres la reina tú de la armonía,
 aquí están tu laurel y tu corona.*

21 de octubre de 1956

El encanto de las dedicatorias

Entre los muchos encantos de la afición a las librerías de viejo, está el encontrar libros dedicados, cualquier libro dedicado, pero con mayor razón cuando las dedicatorias se refieren a los grandes escritores, porque frecuentemente son síntesis biográficas y autobiográficas: en la dedicatoria de un autor a otro se resumen sus condiciones, se da en dos líneas una semblanza literaria de ambos, y a veces hasta una semblanza moral. Las que dedican los subalternos a sus superiores, o los mandatarios del momento, valen por un estudio psicológico, son retratos que un laboratorio psíquico no daría más transparentes. Tanto como es censurable que no se destruyan estas dedicatorias autobiográficas, es digna de aplauso que se conserven aquellas de gran belleza literaria. Si no se puede evitar vender un libro dedicado, siquiera que corra con su procedencia, con la marca del autor, que no otra cosa suelen ser las dedicatorias.

Entre nosotros pocos las escriben tan bellas como Alfonso Reyes, tan agudas como Salvador Novo, tan misteriosas como Xavier Villaurrutia, tan vibrantes como Carlos Pellicer, tan humildes como José Luis Martínez, tan galantes como Rafael Heliodoro Valle. Escribo lejos de casa, pero voy a ver si puedo dar dos ejemplos: uno de Alfonso; otro de Rafael Heliodoro Valle: “Andrés Henestrosa: siempre lo siento a mi lado. Su Alfonso Reyes.” O bien: “Búsquese y se encontrará”, con lo cual quiere decir que en la página tantos te menciona. Y ésta de Rafael Alberti: “Para Andrés Henestrosa, el primero de los últimos zapotecas.” Tal vez las dos sean inventadas, pero no negará el lector, que sus posibles autores están allí de cuerpo entero, y que yo no estoy del todo ausente. Me viene a la memoria una más y no puedo dejar de consignarla, aunque haya prometido sólo dos botones; es ésta de Xavier Villaurrutia, en un libro

para un poeta centroamericano muerto en México. “A Juan Cotto, en recuerdo de nuestra Guerra Carlista.” ¿Qué quiso decir con esa dedicatoria?. Averígüelo cada uno por su cuenta y riesgo.

Hay quien colecciona sonrisas. Yo colecciono dedicatorias. Y puedo decir que me ha ido bien; he logrado reunir algunas que son mi deleite y entretenimiento, y que me gustan tanto, que me gustaría escribir libros para correr la tentación de plagiarlas. Entre ellas, ninguna me sorprende más por su exactitud, por su penetración, por su contenido emotivo que aquella que es por un lado José Martí, y por el otro Manuel Gutiérrez Nájera, que es como decir por una cara, águila, y sol por la otra. Véase si no. “A Manuel Gutiérrez Nájera, marfil en el verso, en la prosa seda, en el alma oro. Su José Martí.” Aparece en los *Versos sencillos*, edición de Nueva York, del año de 1891.

Como si se tratara de un brillante me place verla siempre, a diversa luz, a distintos ángulos, y siempre le descubro nuevos reflejos y sentidos. En su brevedad contiene una opinión sobre la obra de Gutiérrez Nájera, en su doble condición de poeta y prosista. Pero también un retrato del hombre de carne y hueso que fue el Duque. De tal manera es penetrante el atisbo allí contenido, que bastaba desarrollarlo en sus tres partes para tener del gran poeta mexicano una imagen completa y verdadera. En la primera parte, “marfil en el verso”, se veía la consistencia, la finura y la condición impoluta de su poesía. En la segunda, “en la prosa seda”, quien ensayara ese desarrollo, verificaría que una primera impresión que se obtiene de sus cuentos y narraciones y crónicas es una sensación de suavidad como de raso, de terciopelo, o para decirlo de una vez: de seda. “En el alma oro”. ¿No es eso lo que sacamos en limpio de la lectura de su obra total, de las biografías que se han escrito de aquel mexicano de vida honda y de emoción fugitiva, de alma atardecida, en que el sol ponía su lumbre como sobre un montón de nieve una pequeña brasa?

28 de octubre de 1956

Vázquez Santa Ana y el folklore literario

Vamos a dedicar esta *Alacena* a un autor mexicano, no diré olvidado, pero sí poco conocido y menos recordado de los lectores. Nos referimos a Higinio Vázquez Santa Ana, quien, al traspasar la mitad de su vida, entró a un convento, hace

veinte años. Vázquez Santa Ana ha publicado numerosas obras, casi siempre sobre el folklore literario de México, un tema que muy pocos se atreven a tratar, por la errada idea de que es indigno de las masas. Y no hay tal. Porque, ¿es indigno de un escritor dedicar su inteligencia al estudio de todo eso que el hombre ha inventado y que no puede olvidar? El resultado de esas ideas erróneas es que muchos esquivan ese tipo de estudio y muchos tengan en menos a los que a ellos se dedican. Y ya es un primer signo de grandeza de Vázquez Santa Ana haberse opuesto a esta maraña de torpezas y dedicar su talento y sus horas de ocio a recopilar el material con que ha compuesto algunos de sus libros. Si el lector recuerda las circunstancias en que se fraguan las obras literarias de México, tendrá otro de los méritos del autor que nos ocupa y de los méritos de sus tareas. En un recorrido por el país, cuadernos y lápiz en mano, Vázquez Santa Ana fue reuniendo el acervo con que después pacientemente dio forma a una obra que, reunida en dos tomos, apareció en esta ciudad de México hace treinta años: *Canciones, cantares y corridos mexicanos*. Luis González Obregón, Ciro B. Ceballos y Severo Amador –*Yorick Valencia*– alabaron entusiasmados en sendos prólogos el trabajo del entonces joven Vázquez Santa Ana.

Los textos, musicales y literarios, que el autor recopila y comenta juiciosamente no pueden ser más ricos, y sin duda que han inspirado otras tareas de parecida índole; no obstante la circunstancia que acabamos de apuntar, todavía se pueden encontrar en esas páginas inspiración y puntos de partida para nuevas investigaciones, aparte que siempre será motivo de instrucción y del recreo su lectura y su relectura.

Las canciones, los cantares y los corridos recopilados por Vázquez Santa Ana pertenecen a la casi totalidad de la historia moderna de México, es decir, que abarca desde los días de la Colonia hasta el primer cuarto del presente siglo, cuidando el autor de proporcionar las melodías respectivas, aunque esto sólo lo haya hecho en el primer tomo. En efecto, la primera letra que Vázquez Santa Ana aprovecha es la de una canción de mediados del siglo XVI, y sin duda la primera escrita en esta tierra. Se alude en ella a Marina Vázquez de Coronado, esposa de Martín Cortés, como puede verse por la siguiente cuarteta:

*Por Marina soy testigo,
ganó esta tierra un buen hombre
y por otra, de este nombre,
la perderá quien yo digo.*

Y la última pudiera ser el “Corrido de la Batalla de Ocotlán”, del año de 23 en que, como recordará el lector, fue decisiva en la lucha entre Álvaro Obregón y Adolfo de la Huerta.

Higinio Vázquez Santa Ana, aunque no pudo comentar todos los textos que logró recoger, tuvo el buen cuidado de ponerlos como en un cajón de sastre, como en una *alacena de minucias*, o de frioleras, que vale lo mismo; tal es el caso de las cuartetos contenidas bajo el rubro de “Cantares” del tomo segundo, en el que encontramos algunas que vinieron en la mochila de los conquistadores, a veces de tradición oral y a veces de tradición escrita, así como fragmentos de romances tan conocidos como el de *Las señas del marido*, de la página 137. Transcribimos a continuación un ejemplo que se encuentra en Lope de Vega:

*Tú y yo nos parecemos
mucho a la nieve;
tú, en lo blanca y fría,
yo, en deshacerme.*

Que yo sepa, todavía está sin aprovechar este aspecto de los libros de Vázquez Santa Ana. La comunidad de origen, de mucho del folklore literario de América, es lo que viene a explicar que estos textos se encuentren en toda la extensión de nuestros pueblos y de otros lugares en donde los españoles pusieron las plantas. El lector curioso lo puede ver en *Babel y el castellano* del argentino Arturo Capdevila y en *El romancerillo del Plata* de Ciro B. Ceballos, peregrino español en América.

Pero dejemos para otra *Alacena* los comentarios y divagaciones que ya no caben en ésta.

4 de noviembre de 1956

La maquinita

Prometimos en la *Alacena* anterior volver en ésta al libro *Canciones, cantares y corridos mexicanos* de Higinio Vázquez Santa Ana. Algo que nos propusimos resaltar fue el hecho de que muchos de los puntos de partida ahí encontrados, han

sido escasamente aprovechados; y pusimos para demostrarlo una cuarteta de Lope de Vega, contenida en *Fuente ovejuna*. Algo que sería muy entretenido establecer es si ese fragmento de la famosa cancioncilla, lo tomaron los mexicanos de la obra teatral o lo oyeron cantado por los soldados españoles, lo que es más fácil que haya ocurrido. Como sucede con otras coplas, se está más inclinado a aceptar que un pueblo generalmente analfabeto como el mexicano, sin medios para asistir a representaciones teatrales, no memorizó estas letras en libros y en escenas, sino más bien de la tradición oral. ¿No entraña una violencia pensar que aquel estribillo de Luis de Góngora, por ejemplo, que se canta en “La Llorona”, lo aprendimos de los libros del gran poeta de Córdoba? ¿No es más fácil pensar que esa cuarteta llegó a los pueblos apartados de México en los labios de soldados, encomenderos y misioneros? Hasta las variantes que registra son un indicio de que nos viene de la tradición oral y no escrita. Véase si no:

*Ay de mí, Llorona,
Llorona de ayer y hoy;
ayer maravilla fui, ay Llorona,
y ahora ni mi sombra soy.*

Volviendo a las *Canciones, cantares y corridos mexicanos* de Vázquez Santa Ana, digamos que en el tomo II se encuentra, en la página 137, una de las tantas versiones mexicanas de “Las señas del esposo”, un tema muy viejo en la poesía popular española y que se confunde con el de “La casada infiel”.

Se titula *La maquinita*, pero bien podía denominarse *Romance de Antonio Ramírez* o *Las señas de la esposa*, particularidad no advertida por los que se han ocupado del Romance y del Corrido en México. La letra dice:

*¡Ay, detente maquinita!,
no te lleves mi amor,
mira que si te lo llevas,
queda herido mi corazón.*

*Yo soy Antonio Ramírez,
mi destino es labrador,
soy amigo de los hombres,
soy amigo, no traidor.*

*Mi mujer se fue de viaje,
¿no la has visto por allá?
—Hombre, yo no la conozco,
ni sé qué señas tendrá.*

*Mi mujer es de ojos negros,
trigueñita, blanca no es,
en el puño de una espada
Lleva un lebrero francés.*

*Por las señas que tú das,
tu mujer muerta es,
la mataron en Colima
Los rurales, de altivez.*

*Ya con ésta me despido,
Por las cumbres de un ciprés,
si no le tomaste asunto,
Te la cantaré otra vez.*

¿No es verdad que siempre quedan en los libros enseñanzas que pasan inadvertidas en una primera lectura? Entre otras, descubrirlas, ha sido el encanto de este retorno a los libros de Higinio Vázquez Santa Ana.

11 de noviembre de 1956

El conspirador Aviraneta

La muerte de Pío Baroja ha devuelto a nuestra memoria el nombre de Eugenio de Aviraneta, personaje de más de una de sus obras de aventuras. Pariente muy cercano suyo, lo oyó nombrar a sus padres; con más frecuencia a su madre, de quien el célebre conspirador era tío segundo. De policía, contrabandista, hereje, intrigante, no le bajan sus contemporáneos, aunque todos están prontos a proclamar su talento natural, su inteligencia clara y amplia, su audacia. Hombre a todas luces enredador, pero con la suficiente entereza para salir airoso de

todos los trances, por apurados y peligrosos que fueran. Suplía con intuición, dice uno de los que lo han juzgado, los conocimientos que le faltaban.

Los libros en que Baroja se ocupa de él –*El aprendiz de conspirador*, *Aviraneta*, o *la vida de un conspirador*– este último, sobre todo, frecuentemente no son otra cosa que transcripciones y glosas de los apuntes autobiográficos de Aviraneta y de las conversaciones familiares, así como de una rica leyenda que se creó en torno del personaje que, a decir verdad, daba mucho de sí. Eugenio Aviraneta e Ibarгойen escribió muchos folletos y panfletos, de donde viene que se le califique también de folletista y panfletano. Entre sus escritos sobresale, por lo menos para todo aquello que se refiera a su estancia en México, *Memorias íntimas*, o *Apuntes para la historia de los últimos sucesos de la Nueva España 1825-1829*, publicadas por primera vez en México en 1906 por Luis García Pimentel. El desparpajo y desaliño con que el libro está escrito no logra opacar su gracia ni restar viveza a las descripciones que hace de las costumbres, de los contornos, de las situaciones en que intervino. A pesar de los numerosos defectos de que adolecen las *Memorias* en la forma y en la ortografía, y a pesar también de la mucha importancia que da el autor a sus opiniones y a los sucesos en que figura –achaque común en las autobiografías– se leen con gusto, sin cansancio y con el interés que despierta todo el libro que nos transporta a otros tiempos y nos familiariza con sus hombres.

Aviraneta llegó a México a fines de abril de 1825, siendo el pueblo de Alvarado donde pisó tierra mexicana por primera vez. Sus *Memorias* se inician con una viva descripción de la villa veracruzana y del río, cuyo nombre azteca, Papaloapan, significa Río de las Mariposas, dice. Apenas llegado, comienza a actuar al ponerse en contacto con el apoderado de un tío suyo muerto en Alvarado, que le había dejado una regular fortuna, causa aparente de su viaje. Como lo que mal anda mal acaba, Aviraneta enfermó de vómito negro y estuvo al borde del sepulcro; perdió la fortuna y las cosas no pararon hasta la derrota de Isidro Barradas, de quien era secretario político, en Tampico. Mientras tanto, escribió en los periódicos locales, afiliado al bando escocés, artículos muy regocijados contra los del bando yorkino; recorrió algunos pueblos, asistió a fiestas, trabó amistad con los indios, y a toda hora, desde que llegó hasta que se volvió a España, conspiró. Muchos personajes de aquel tiempo desfilan por sus *Apuntes*: Santa Anna, Bravo, Guerrero, Lobato, Zabala (*sic*), a quien considera cubano. Traza con rapidez pero con vívidos tonos un cuadro de aquellos tiempos, en que reciente la Independencia, peleaban unos contra otros. Avi-

raneta no podía dejar de arrojar su jábega en aquel río revuelto. Y así lo hizo. Y así lo cuenta.

Un poco más de cuidado en su redacción, un poco más de reposo en su factura, y las *Memorias* de Aviraneta podían ser comparadas con la *Sonata de Estío* de Ramón María del Valle Inclán, a quien con frecuencia remite. Inventa como él escenas, crea etimologías caprichosas, fragua nombres, pero sobre todo, se le asemeja en la soltura y riqueza de la expresión. Describe un huapango con la misma soltura con que lo haría el escritor gallego, con idéntica desfachatez, con parejo descaró. Por ejemplo: “Nos sentamos fuera del jacal, en bancos y petates, a ver llegar a los jarochos y a las jarochas; por instantes aparecían cabalgadas de ellos en fogosos caballos. Cada uno traía un jinete, con una dama a las ancas, que era su mujer, su hermana, su querida, o su novia. Otros caballos los montaban sólo los jinetes y jarochas. Venían por rancherías y unos se apeaban en el rancho donde yo estaba y los demás se iban a otros rumbos del llano o la plaza. Todos fuimos a ellas, a presenciar la llegada de los demás que venían por otros rumbos, en dos o tres leguas a la redonda. En menos de una hora estaba toda la plaza cuajada de jarochos y jarochas, todas muy bien vestidas. Los hombres parecían picadores, por el sombrero blanco de fieltro de alas grandes y adornados de flores. Creía hallarme en España, en Jerez de la Frontera, porque hablaban puro andaluz, con aquel ceceo que les es propio, y el andar jaque y fanfarrón.” ¿No son estos dos últimos adjetivos, claramente valleinclánicos? Y a esto es a donde quería llegar: invitar a quien mejor pueda hacerlo, a Emma Susana Speratti, por ejemplo, para que diga si no anda del todo errada esta opinión.

18 de noviembre de 1956

Homenaje a Manuel José Othón

El 28 de este mes hará cincuenta años de haber muerto el poeta Manuel José Othón en la ciudad de San Luis Potosí, camino de Laredo donde residía. A fines de octubre había venido a la capital a pronunciar unos versos (*De mis oscuras soledades vengo/ y tornaré a mis tristes soledades...*) en la velada que la Academia Mexicana de la Lengua había dedicado a Rafael Ángel de la Peña. Sus amigos se dieron cuenta al despedirlo en la estación, que el poeta se

encontraba enfermo, pero nadie pensó que aquella era la última vez que lo oían y que estrechaban su mano. *La elegía* en honor del gramático mexicano apareció publicada en la *Revista Moderna de México*, en el número correspondiente a noviembre, aparecido cuando el poeta acababa de morir. Justamente, se imprimían los últimos cuadernos de esa entrega cuando llegó a la capital la funesta noticia. Muy pocas veces la muerte de un artista causó tan hondo pesar. Los escritores todos de México, la inteligencia toda, sufrió con la muerte de Othón un estremecimiento, por múltiples razones: por lo inesperada, por el gran poeta que Othón era, por el hombre extraordinario que fue. Sus compañeros de letras se apresuraron a rendirle los homenajes a que era acreedor, con Jesús E. Valenzuela, director de la *Revista Moderna*, a la cabeza. En las últimas páginas de la entrega aludida se insertó una nota necrológica, tal vez de mano de Rafael López. Moría el poeta “cuando su completa madurez nos brindaba los sazonados frutos de su inteligencia florida, de su inteligencia enamorada del esplendor del paisaje y el idilio ecológico. Porque las letras mexicanas han perdido en Othón su poesía bucólica; y a ser oídos nuestros votos, el poeta debería dormir su último sueño junto al lecho de un río, en la linde de un bosque, bajo un árbol de sonoras frondas, arrullado perpetuamente por la canción de las aguas y del rumor de las hojas; y no lejos de una cabaña pastoril, para que los besos de Dafnis y Cloe traspasaran las piedras de su sepulcro, custodiado en la paz de los campos por las divinas sombras de Teócrito y Virgilio... Nosotros lloramos íntimamente la ausencia sin retorno del compañero y del amigo bien amado que tantas veces endulzó la sal de la vida con su cariño fraternal”. Valenzuela se apresuró a organizar una velada en el Teatro Renacimiento en homenaje al gran poeta. En ella intervinieron algunos de los más destacados artistas de aquella hora: Rafael López, Ricardio Mutio, Luis Moctezuma, Ernesto Elorduy, entre otros. Virginia Fábregas –señora Cardona– entonces en el cenit de su juventud y de su belleza y Jesús Urueta, entonces en la cúspide de su fama, recitaron a voces alternas los sonetos de la *Noche Rústica de Walpurgis*, con doloridos acentos; poema que recogido en un breve folleto circuló entre la concurrencia, se ha convertido en el espacio de medio siglo en una verdadera joya de la bibliografía mexicana. Urueta dijo además uno de sus mejores discursos y Rafael López declamó uno de sus hermosos poemas, publicado junto con una crónica de la velada, en el número de la revista del mes de enero de 1907. Moctezuma tocó al piano música de Chopin, en una interpretación que la convertía en cierto modo en obra personal: “por esa melancolía ingénita

de raza, típica de ejecutante”, en que se hermanaron íntimamente la tristeza mexicana con la tristeza general del polaco. Al cumplirse el cincuentenario de aquella pérdida de las letras nacionales, quisimos dedicar esta *Alacena* al gran poeta potosino, y no queremos terminarla sin sugerir a alguno de los organismos culturales de México que edite y reparta durante la velada que la Universidad le va a dedicar la noche del 28 de noviembre, el poema *En el desierto*, obra postrera de Othón; tal como lo hizo la *Revista Moderna* con la *Noche Rústica de Walpurgis*, durante la velada que consagró en su honor.

25 de noviembre de 1956

El Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda

El 20 de noviembre de 1954, en ocasión de la VI Feria Mexicana del Libro, comenzó a publicarse dentro del propio campo de la Feria, un boletín que, planeado como diario del evento, se convirtió después en una publicación mensual permanente. La primera etapa, por lo tanto, fue de veintiséis entregas, correspondientes a los días que duró la Feria. Entre otros artículos y trabajos literarios de diferente índole, aunque siempre referidos a las letras mexicanas, las tareas del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda quedan señaladas por dos magníficos ensayos bibliográficos: uno, sobre el Plan de Ayutla y la Reforma, y el otro, sobre la geografía de México. La VI Feria del Libro, puesta bajo la advocación de José Joaquín Fernández de Lizardi, también conocido como “El Pensador Mexicano”, así como la actual se pone al amparo de Benito Juárez llevó a los editores del *Boletín* a dedicarle su último número, el correspondiente al 15 de diciembre, fecha de la clausura de la Feria. En ese suplemento se recogieron algunas de las obras más características de Fernández de Lizardi, junto con la semblanza que de él escribió Pedro Henríquez Ureña y que se encuentra en la *Antología del Centenario*. El *Testamento* del “Pensador” y el *Manifiesto* publicado en 1821, para saludar a las valientes tropas mexicanas a su entrada triunfal en la ciudad de México.

La tropa del *Boletín*, capitaneada por Raúl Noriega y en la que forman como lugartenientes Renato Molina Enríquez, Manuel Carrera Stampa, Jesús Castañón Rodríguez, Ramón Beltrán Martínez, Domingo Martínez Peredo,

entre otros, pendientes de su universal aceptación, se propusieron editarlo cada mes, siempre dentro de los propósitos de servir a la cultura nacional, en sus diversos aspectos, si bien en mayor medida a las letras patrias como está indicado. Así, el número correspondiente al 15 de enero de 1955, dio principal atención al “Pensador”, publicando su bibliografía y algunas de sus fábulas.

Al abrirse esta VII Feria Mexicana del Libro, el *Boletín* había alcanzado el número 69, siendo el 70 el que la inaugura. Señal evidente de las tendencias del *Boletín* es que esa entrega, aparte las otras piezas literarias que lo integran, dedica su plana central al gran artista grabador José Guadalupe Posada, quien disparó las primeras balas a la dictadura porfirista.

En el *Boletín* se han reproducido muchas páginas inolvidables de nuestra literatura y han tenido cabida muchas de las desconocidas. Recuerdo ahora las *Charlas dominicales* de Enrique Chávarri –“Juvenal”– un clásico que debiera reunirse y propagarse, según aconsejó Victoriano Salado Álvarez, y que inspiró *Las semanas alegres* del tierno, mínimo, delicioso y lleno de añoranzas, Ángel de Campo, “Micrós”.

Cuando la Feria concluya, esta publicación, que ya puede desde ahora calificarse de benemérita, habrá alcanzado el número 95, lo que es una hazaña dentro de las condiciones que privan en este género de actividades en nuestro país. Desde aquí hacemos esta sugerencia a Raúl Noriega y a sus colaboradores que regalen al lector mexicano, con el número final de la Feria, el índice del *Boletín* en sus dos años de vida.

2 de diciembre de 1956

Impresiones célebres y libros raros

Aunque muy pocos lo recuerden y todavía menos se le mencione, uno de los libros más curiosos y más rico de noticias a la vez que escaso, hasta el grado de que pudiera decirse que casi no se halla un ejemplar en las librerías en lo que va del siglo, es aquel que bajo el título de *Impresiones célebres y libros raros* publicó el licenciado Manuel de Olaguíbel en 1878. Muy favorecido debió ser por los lectores del tiempo, puesto que apenas pasados seis años, mereció los honores de una segunda edición. Era su autor un hombre de vasta erudición, de sobrio oficio literario, de fina sensibilidad para todo achaque relacionado

con nuestra historia, nuestra bibliografía, nuestro pasado, cuestiones todas que trataba siempre con mesura y tacto. Si tenía que oponer algún reparo, si se encontraba frente a esas encrucijadas que producen perplejidad, optaba por abstenerse antes de arriesgar una opinión sin fundamento.

Pero volvamos a su obra, para decir que es una historia muy completa de todo lo que atañe al libro, considerado en su doble condición física y espiritual, con lo cual queremos aludir a su cuerpo y a su contenido. En efecto, hay en esa obra la información más estricta sobre la aparición del libro como tal: códices, manuscritos, tablas, lápidas; y un pormenor de los distintos medios de expresión que antecedieron a la invención del alfabeto; escritura simbólica, jeroglífica, ideográfica. Para adornar los datos y documentos, el señor Olaguíbel tiene siempre a la mano una cita clásica, nueva, nunca antes usada, virginal, en una palabra. Un libro así concebido, y de esa manera realizado, no puede ser sino una pieza instructiva y amena, lo que de paso deja explicado que sus dos ediciones se hayan agotado en unos cuantos años. Don Manuel de Olaguíbel —es algo que no se debe callar— no puede concluir su libro sin darnos una historia de la bibliografía en el mundo de los indios mexicanos anteriores a la Conquista. Es verdad que no supera los prejuicios que rodeaban estas cuestiones de su tiempo; con frecuencia repite los testimonios Torquemada, Betancourt y otros, según los cuales el dibujo de los mexicanos era incorrecto, como incorrecta y contrahecha tenían el alma. Es verdad; pero en cambio nos releva del dictado de bárbaros que nadie puede serlo si llega a concebir la existencia del libro, en la doble condición que hemos aludido al principio.

Como no podía callarlo ni olvidarlo, toca el capítulo relativo a la destrucción de antigüedades mexicanas, entre las que se encontraban los libros, llevada a cabo por fray Juan de Zumárraga, tomando como base un testimonio del propio Obispo, que sin ambages reclamaba como una gloria haber dado aquel paso. Creemos —dice— que el señor Zumárraga, así como mandó destruir los monumentos de escritura y arquitectura de los indios, no ha de haber perdonado sus manuscritos, ni podía esperarse otra cosa de quienes venían a México, no como arqueólogos, sino como catequistas. Pero al llegar aquí, Olaguíbel se detiene, recapacita y opone este reparo: la palabra “quemadas” no es fatal que se refiera a los manuscritos, sino solamente a ídolos hechos de materias susceptibles de ser destruidas por el fuego. Luego nos proporciona una reseña de la introducción de la imprenta en México, de los primeros impresores y de las peripecias relacionadas con la publicación de los primeros libros, de los que da una breve nómina.

¿Por qué no reedita usted, amigo Raúl Noriega, este libro aprovechando la VII Feria que ahora se celebra? Haría usted un gallardo servicio a la bibliografía mexicana.

9 de diciembre de 1956

Los mexicanos pintados por sí mismos

El libro de Claudio Linati —*Trajes civiles, militares y religiosos de México* (1828)— recién publicado, devuelve a nuestra memoria muchos otros libros de parecida tendencia y título, entre ellos, el de Hilarión Frías y Soto, el *Álbum Fotográfico*, serie de retratos mexicanos de su tiempo, publicado en *La Orquesta*, de febrero a mayo de 1868. Descendiente directo de *Los mexicanos pintados por sí mismos* —Frías y Soto escribía “por ellos mismos”—, el *Álbum* es, hasta cierto punto, no sólo un descendiente, sino su continuación.

En 1935, Enrique Fernández Ledesma, a la sazón director de la Biblioteca Nacional, puso empeño en reeditar *Los mexicanos pintados por sí mismos* que, agotada desde hacía mucho tiempo, era obra prácticamente desconocida por la mayoría de lectores mexicanos. En un prólogo escrito con aquella capacidad con que evocaba el pasado, Fernández Ledesma, al paso que anotaba la genealogía del libro, identificó a muchos de los autores de las piezas que lo integran, siendo ése uno de los grandes servicios que el finado poeta y cronista hizo a la historia de nuestras letras. Como recordará el lector, la edición de la Biblioteca Nacional incluye, como últimas páginas, dos grabados sin los correspondientes retratos literarios —“La Lavandera” y “El Panadero”—, circunstancia que se puede atribuir, justificadamente, a que los escritores a quienes se había encomendado no los hubieran entregado a tiempo, como observa el editor. Pues bien, el texto literario de “La Lavandera” se puso a cargo, sin duda, de Hilarión Frías y Soto, como parece probarlo la descripción que de ese personaje se encuentra en el *Álbum Fotográfico* que nosotros reunimos en un volumen en el año de 1954, bajo el signo de *Las Letras Patrias*. “La Lavandera” de Frías y Soto apareció en *La Orquesta*, el lunes 13 de abril de aquel año de 68. Ya hemos dicho que el texto literario corresponde en más de un aspecto al grabado. ¿Queréis una prueba? Hela aquí: “Se planta la Lavandera sobre la punta de los pies para alcanzar la cuerda del tendedero y entre sus hilos planta

la ropa mojada para que la seque el sol.” Mírese el grabado, –que yo tuve el cuidado de reproducir– y se verá que la pieza no pudo ser escrita sino para ilustrarlo, y a su vez, el grabado se hizo para aparearlo con el texto. ¿Por qué no se publicó hasta catorce años más tarde? Por lo que hemos dicho, es decir, que algunos autores no entregaron a tiempo sus originales y porque el editor Manuel Murguía, tenía prisa de publicarlo. La pieza debió quedar entre los papeles de Frías y Soto que, como se sabe, trazó algunos de los tipos mexicanos, ya solo, ya al alimón con José María Rivera: *Feva Irisarri*, vale por Frías y Rivera; la exacta correspondencia entre el grabado y el texto no deja lugar a duda acerca de su contemporaneidad.

¿A quién habrá encomendado el editor Murguía la pintura literaria de “El Panadero”? Es cosa que alguna vez se descubrirá, ni más ni menos que se ha descubierto que fue Hilarión Frías y Soto el autor de “La Lavandera”. Una cuidadosa revisión de los periódicos en que colaboraron Ignacio Ramírez, José María Esteva, Juan de Dios Arias, Pantaleón Tovar y Aniceto de Zamacois, pudiera conducir al hallazgo de esa pieza, y a su autor, que está faltando para que *Los mexicanos pintados por sí mismos* quede definitivamente integrado. La tarea es humilde, pero también cuenta en el afán que a todos atañe de historiar las letras nacionales.

16 de diciembre de 1956

El arte literario en México

Dos veces ha estado, en estos últimos años, a punto de hacerse una tercera edición de *El arte literario en México* de Enrique de Olavarría y Ferrari; una, bajo el signo de la *Revista de Literatura Mexicana*; y otra, al amparo de *Las Letras Patrias*, dos publicaciones que para mala suerte de la literatura nacional no lograron vivir más allá de tres números. La obra de Olavarría y Ferrari es muy conocida de los estudiosos mexicanos, no así del común de los lectores, dada la rareza de sus libros. Español de origen, vivió en nuestra patria más de la mitad de su vida: desde 1865 en adelante, con un breve retorno a Europa. Como Anselmo de la Portilla, fue una de sus preocupaciones atenuar el resquemor entre los mexicanos y españoles, todavía muy exacerbado en aquellos tiempos. Encontró, para lograrlo, campo propicio en el ejercicio de

las letras, a las que sirvió con espíritu lúcido y una constancia poco frecuente, como lo evidencian sus numerosos libros y una multitud de artículos periodísticos, crónicas y reseñas sobre las más diversas cuestiones, aunque siempre dentro del campo de sus preocupaciones esenciales: la concordia entre los escritores de sus dos patrias, fincado en un mejor conocimiento de las letras, de aquí y de allá.

De entre sus obras se destacan, o por lo menos nos preocupa señalar, la *Reseña histórica del teatro en México* (México, 1892 a 1894), y *El arte literario en México* (Málaga, 1877); dos obras que ejemplifican la dedicación, los entusiasmos y los conocimientos del autor de las cuestiones en que se inspiran. La *Reseña histórica...* representa un considerable volumen de trabajo, dada la penuria de las fuentes de investigación, que obliga a los investigadores a suplir con voluntad la falta de bibliotecas y de hemerotecas puestas al día, o cuando menos con un acervo ordenado. Las noticias consignadas por Olavarría y Ferrari, en los cuatro volúmenes en que la obra se distribuye, comprenden desde los primeros años de la Independencia hasta los días en que la obra fue publicada, es decir, en los inicios del último tercio del siglo pasado. Al reseñar el teatro en México, el autor tuvo la curiosidad de incluir todo lo que de alguna manera sirviera para ambientar su libro, sin importarle que a primera vista pudiera parecer extraño a su índole. Cuando los años han pasado, se ha podido ver que circunstancias no rigurosamente conectadas con el tema, han venido a prestar un gran auxilio al conocimiento de un aspecto de nuestra vida cultural.

Por lo que atañe a *El arte literario en México*, su importancia puede quedar establecida con sólo indicar que el autor, tras del breve boceto que presenta de la cultura mexicana en la época precortesiana, colonial e independiente nos da en unos cuantos capítulos el desarrollo de nuestra literatura: “El periodismo”, “Las Veladas Literarias”, “Liceos y Sociedades Literarias”, “La novela”, “Otros poetas y literatos”. Testigo de los acontecimientos que refiere, actor del desarrollo de las letras mexicanas, las opiniones de Olavarría y Ferrari tienen la vibración y el temple de las cosas vividas. José Luis Martínez opina que el principal interés de algunos de esos capítulos reside en las semblanzas de numerosos escritores y periodistas que florecieron en México entre 1867 y 1874, así como los datos que el autor proporciona sobre revistas y sociedades literarias, aunque en este capítulo no siempre coincida con las noticias de Altamirano, que han de tomarse como exactas y puntuales, bien tenida cuenta que nuestro

ilustre polígrafo ejercía el periodismo y comentaba los sucesos del día, no así Olavarría y Ferrari que escribió años más tarde.

El arte literario en México, si se llegara a publicar, daría preciosos elementos para reconstruir un momento literario de México, en que los grandes escritores que venían de las luchas de la Reforma y de la Intervención Francesa entregaron al país lo mejor de sus obras y fueron ejemplos vivientes de eso que siempre hemos proclamado como condición constitutiva del escritor mexicano: el apego a la patria y la denodada defensa de su libertad.

23 de diciembre de 1956

El caminar y vuelo de las palabras

Las palabras se las lleva el viento, dice la sabiduría popular. Son aire y van al aire, dice el poeta. Y no son meros decires o *díceres*, como también se suele decir. Como las aves, como el humo, como las nubes, las palabras vuelan, caminan, cruzan los mares, traspasan las montañas, atraviesan las llanuras, hasta que encuentran techo y pecho para anidar, y ahí se quedan. Nadie sabe cuándo llegaron, ni nadie oyó el batir de sus alas sobre los tejados, pero de repente se las encuentra en la calle, en el mercado, entre los niños que juegan en el patio. ¿Quién si no el viento las trajo? Porque el lugar está incomunicado, la llanura, de tan grande, se pierde en la sierra gigantesca. El viento, sólo el viento pudo ser. El pueblo es indio y no habla sino lengua india. Y esas palabras son forasteras, peregrinas, advenedizas, no pudo inventarlas el pueblo. No cabe duda: las aprendió del viento.

Y las palabras se quedan ahí. Las gentes las aprenden de memoria, sin saber lo que significan. A veces se olvidan, parece que se van. Pero no hay tal. Y si las hay parecidas en tierras lejanas, no es que se fueron de aquí, sino que, compañeras de viaje, volaron más.

Cuando encuentran hermanas, dan a luz palabras; cuando no, apenas un leve trastorno padecen. Si se casan con las voces nativas, dan a luz unos hijos que tienen dos caras: *castilmax*, canoa de Castilla; barco, si la unión fue entre el español y el huave; *mixá*, *xandú*, misa, santo, si lo fue con el zapoteco.

No digas, pues, que tal palabra, tal melodía, tal copla, no se conoce en tu pueblo, porque el día menos pensado, a la vuelta de una esquina, te topas

con ella. Si no fuera de ese modo, ¿cómo pudo ocurrir que una persona que pretende conocer todo lo de su tierra, se lleve sorpresas como las que yo me he llevado? Miren si es o no sorpresa encontrarse en boca de un anciano, sin letras, sin lengua española, esta cancioncilla, memorizada en la niñez, de boca de sus abuelos, quienes a su turno la aprendieron de los suyos, como yo la enseñó a Cibeles y ella la enseñará a sus hijos:

*El santo de mi pueblo
hoy es el día,
hoy es el día,
y hay que solemnizarlo
con alegría,
con alegría.*

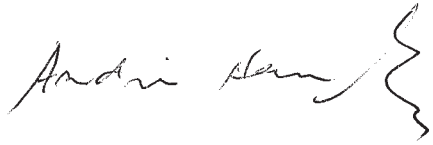
*Porque no en balde,
porque no en balde,
que os divirtáis mucho,
dijo el alcalde,
dijo el alcalde.*

*Que os divirtáis mucho,
dijo el alcalde.
Anda, salero, que se te ve,
bajo las alas todito el pie.
Anda, salero, que se te ve,
bajo las alas todito el pie.*

Y que yo traslado a Vicente T. Mendoza para que establezca cómo y cuándo pudo haber llegado al Istmo de Tehuantepec y permitió que Ermilo Torcuato Ríos, tras de olvidarla medio siglo, un buen día la cantara.

30 de diciembre de 1956

1957

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', with a stylized flourish at the end.

Poetas mexicanos

Un libro casi olvidado, por no decir que olvidado, es aquél que en el año de 1896 publicó en Buenos Aires, bajo el título de *Poetas mexicanos*, el escritor peruano Carlos G. Amézaga. Injustamente, creemos. Porque aparte de que no hay un solo libro inspirado sobre México, que no aporte así la línea al mejor entendimiento de nuestra vida, el de Amézaga está escrito con fervor y con buena fe, dos cosas que ya lo harían recomendable si otras excelencias no contuviera.

Carlos G. Amézaga vino a México al iniciarse la última década del siglo pasado, allá por el año de 1892, quizá según puede desprenderse de la lectura cuidadosa de *Poetas mexicanos*. Era limeño, de ideas liberales, poeta y escritor para quien los temas de la tierra eran puntos de partida válidos para la creación literaria. Apenas llegó se puso en contacto con los escritores y la sociedad mexicana. En Veracruz, se encuentra con Salvador Díaz Mirón, quien le produjo el primer deslumbramiento que México suele producir en los viajeros que lo visitan con espíritu abierto y cordial. Ya en la capital asistió a tertulias literarias, que entonces todavía se celebraban como continuación de aquellas famosas a las que asistió y reseñó Ignacio Manuel Altamirano. Treinta años debió tener cuando visitó nuestro país, pero descubre en las páginas de su libro, que era hombre muy bien informado en literaturas, desde luego en la de nuestros pueblos, signo positivo entonces, como ahora, en que abundan los que la desdennan. México es, al presente, la que descuella en el Nuevo Mundo, porque ofrece, no sólo un considerable número de bardos de primer orden, sino los más acentuados tintes de originalidad poética. Esa originalidad invocada

mil veces por los americanos sin conseguirla del todo no es, como creen muchos, la obra fácil de una generación estudiosa, ni la mera elección de asuntos nacionales e introducción de voces indígenas en el habla castellana, que es fuerza enriquecer, mas no desfigurar torpemente. La verdadera originalidad poética americana debe consistir en los puntos de mira distintos de los que tuvieron nuestros maestros, en la conciencia de nuestra individualidad, pobre o rica, pero que no ha menester de los atavíos que gastaron nuestros mayores; en la expresión, finalmente, de una naturaleza nueva, espontánea, que se siente bastante fuerte y airosa para recomendarse ella sola con la magnificencia de sus productos, decía el limeño. Y aunque no postulara que México había alcanzado meta tan luminosa, sí reconocía que se trabajaba en ese campo con lucidez y firmeza. Por las palabras transcritas, se ve que Amézaga era descendiente legítimo de Domingo F. Sarmiento y de Altamirano, paladines de una independencia literaria pareja a una independencia política, sin la cual –hay que repetirlo aunque rabien los necios– no hay patria verdaderamente libre. Una sola cosa extraña en Carlos G. Amézaga, y es su ninguna fe en los valores indígenas ni de su tiempo ni de la antigüedad, y la devoción limitada por lo occidental, representada en América por la Conquista. Desde ese terreno, es decir, desde el hecho de que la cultura americana tiene origen blanco, pero con la fisonomía que dan el ambiente y las otras circunstancias de la tierra, convocó a los vates americanos para que se alejaran de la imitación, de verdad más odiosa que el plagio mismo. Muy extraña postura, sobre todo si se recuerda que Perú, patria del autor, y México, tierra que admira y proclama, dieron a la cultura hispanoamericana a sólo unos cuantos años de consumada la conquista, sus dos más grandes valores literarios: el Inca Garcilaso y Juan Ruiz de Alarcón. ¿Por qué no entendió Amézaga que eso solo pudo ocurrir porque en el Perú y en México florecieron grandes culturas indígenas?

Acorde con otros autores, insistió en que fue México el país americano que más sobresalió por la disposición de sus hijos al cultivo de las letras y en especial de la poesía. Guiado por este principio y certeza, reseña la producción lírica mexicana desde Alarcón hasta José Juan Tablada, digamos, pasando por los otros grandes nombres de la poesía mexicana: Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera. Se advierte que camina por campos que le son familiares y que además lo refuerza con el trato directo de los poetas que aún vivían en aquel tiempo. Esta circunstancia permite a Amézaga dar a su libro un tono vívido y palpitante,

inseparable de las creaciones hondamente sentidas. Abunda en noticias del tiempo, de esas aparentemente ajenas a su tema, pero que a la vuelta de los años son ingredientes para reconstruir ambientes que, nimios y todo, no dejan de formar parte de la historia.

Fuera bueno que los que se ocupan del desarrollo de las letras nacionales volvieran los ojos al libro *Poetas mexicanos*, y aprovecharon de él noticias y reflexiones, todavía ausentes de las historias de la literatura mexicana con que hasta ahora contamos.

6 de enero de 1957

Cuentos de loros

Hay entre los encantos de releer, uno que nunca deja de presentarse, constante: descubrir en los libros, lugares que no se habían advertido en lecturas anteriores. Y es que el lector, como hombre que es, va cambiando y va dejando de ser lo que era. Ahora releo a Vicente Riva Palacio, considerado justamente como uno de los grandes ingenios mexicanos, a la par que ciudadano ejemplar. Hombre de pluma y de espada, acabado modelo de escritores americanos, que deben ser una mitad soldados y una mitad poetas para cumplir su destino. ¿No dijo Rubén Darío, hablando de América, que eran estas tierras de poetas y de generales? Nada falta, pues, a Riva Palacio para servir de ejemplo: era general y era poeta.

Uno de sus libros más característicos, en el que puso los fulgores de su inspiración poética y los reflejos de su genio alegre, socarrón y humorista, despojado de toda preocupación de fidelidad a los géneros, es el titulado *Los cerros. Galería de contemporáneos*, por “Cero”, publicado en 1882. Un libro tan cargado de noticias de diversa procedencia, escrito con tal desparpajo y desenfado, lleno de atisbos y digresiones que todavía esperan desarrollo, es obra a la que deberían volver de cuando en cuando los lectores mexicanos o por lo menos ahora en que estamos celebrando la Constitución del 57, acontecimiento en que el general Riva Palacio puso una hoja de laurel.

Entre las semblanzas contenidas en *Los cerros* se encuentra la de Juan A. Mateos: festiva, ágil, socarrona a ratos, aunque nunca irrespetuosa como son todas las que contiene. De repente, al final del retrato, el General, como cre-

yera que hablaba del autor, sin ton ni son, igual que un loro, recuerda el cuento de un perico que oyó en tierra caliente para probar que los calumnian quienes sostienen que esos animales no conocen el peso y los significados de las palabras y los comparan a los hombres ligeros para expresarse, con lo cual pierden los loros. Ese cuento, en lo que hasta ahora no se había reparado, es larva y capullo del que años más tarde escribiría el General con el título de “El buen ejemplo”, contenido en los *Cuentos del General*, publicado en Madrid en 1896, año de su muerte. ¿Lo recuerda el lector?

El General retocó la moraleja, como podrá verse. En el cuento contenido en la semblanza de Juan A. Mateos, sufre una radical transformación, si bien las dos denuncian la índole humana y espiritual del viejo soldado de la Reforma. En la primera versión, la moraleja rezaba así: “Yo he tenido ganas de hacer de este cuento una fabulilla, y la moraleja, que por supuesto debe ser en verso, ha de decir: Dios nos tenga de su mano, el día en que muchos de nuestros literatos abran escuela” Y en “El buen ejemplo”, de esta manera: “Desde esa época los loros de aquella comarca, adelantándose a su siglo, han visto dispersarse las sombras del oscurantismo y la ignorancia.”

Vive Vicente Riva Palacio sus últimos años, pero se advierte en la moraleja su lealtad a los principios por los que luchó siempre. Ese loro que, fugado de la escuela del pueblo, ha puesto escuela en la selva y ha enseñado a leer, le permite reiterar la devoción que los hombres de su tiempo profesaron al alfabeto y a la condición de panacea que la letra tenía para ellos.

13 de enero de 1957

La lira de la juventud

¿Cuántas son, por fin, las colecciones, florilegios, ramilletes, guirnaldas, liras, parnasos, en una palabra antologías publicados en México hasta ahora? Eso es cosa que sólo sabremos cuando Clemente López Trujillo o Aquiles Fuentes concluyan la bibliografía respectiva en la que trabajan cada uno por su lado de algún tiempo a esta parte. Por mucho que el estudioso de esas cuestiones crea haberlas registrado todas, de repente cuando menos lo espera, descubre que había una de estas piezas en la que nunca se había reparado, o bien que vista una vez, se tenía totalmente olvidada.

Esto último es justamente lo que ha ocurrido con *La lira de la juventud*, publicada en 1872, como folletín en *El Eco de Ambos Mundos*, por su editor, el poeta, ahora olvidado, Juan E. Barbero, obedeciendo una idea de Agustín F. Cuenca. De la obra se hizo un sobretiro, ya de extremada escasez desde la última década del siglo pasado, según se lee en el libro de Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos*. El prólogo, muy breve, fue escrito quizá por el propio Juan E. Barbero, su editor. En *La lira* se reúnen las poesías de los más jóvenes poetas de aquella hora, en que triunfantes las armas de la república, se soñó en una literatura que viniera a reforzar la independencia, según puede verse.

“Los autores de las poesías de esta colección comienzan a atravesar el camino de la vida; están en esa edad en que del sentimiento brotan flores purísimas para adornar el horizonte interminable del porvenir; su época es de promesas; la primavera arroja su vegetación exuberante hasta en sus actos de escepticismo.

Si quieren dudar, nuestra naturaleza los hace creyentes. Por eso sus composiciones conservan un tipo especial; no queremos decir que todas sean buenas, pero sí creemos útil el publicarlas; tal vez de este modo ayudaremos al que se proponga hacer un estudio de nuestra literatura.

Nuestros jóvenes poetas no han seguido las reglas de una misma escuela; el lector encontrará una imitación de los clásicos al lado de unas estrofas románticas; pero, si no nos engañamos, del conjunto puede esperarse la próxima formación de una literatura patria.

Nuestro volumen es humilde como las primeras flores que no piensan en llenar el jardín con su belleza. Quiera el público recibirlo con agrado; tales son nuestros deseos.”

He aquí la nómina de los cantores reunidos en *La lira de la juventud*, en el riguroso orden alfabético en que aparecen: Enrique L. Abogado, Manuel Acuña, Gustavo A. Baz, Alberto G. Bianchi, Agustín B. Vonequi, Luis Calderón, Francisco Cosmes, Agustín F. Cuenca, Alberto del Frago, Martín Fernández de Jáuregui, Agustín García Figueroa, Juan B. Garza, José Manuel Gutiérrez Zamora, Francisco de P. Guzmán, Alfredo Higareda, Francisco A. Lerdo, Juventino Mercado, Francisco Montaña Ramiro, José Negrete, Manuel de Olaguíbel, José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortiz, Juan de Dios Peza, Miguel Portillo, Rafael Rebollar, Ramón Rodríguez Rivera, Manuel María Romero, Javier Santamaría, Justo Sierra, Santiago Sierra, Agapito Silva, Francisco Sosa, Rodolfo Talavera, Eduardo E. Zárate y Rafael de Zayas Enríquez.

De todos, se salvaron para las letras y para la vida pública de México, tres o cuatro nombres; pero en el momento en que surgieron todos eran de veras esperanzas literarias, de verdad renuevos en las dos devastadas repúblicas de las letras y de las armas.

20 de enero de 1957

Poesías mejicanas

No es ésta la primera vez que nos ocupamos de la *Colección de poesías mejicanas*, Librería de Rosa, París, 1936, primera de nuestras antologías y florilegios. Hace unos tres años le dedicamos una *Alacena* como el anuncio del propósito de reeditarla bajo el signo de *Las Letras Patrias*. Señalábamos que nos parecía imposible que un escritor de la categoría de José María Luis Mora, que la preparó y prologó, no sólo dejara muchas de las poesías allí contenidas sin firma, sino que muchas de ellas no tuvieran de poesía, a veces ni la rima. Un resultado de aquella *Alacena* fue que Arturo Arnáiz y Freg, erudito en ésa como en otras muchas cuestiones, confirmara la noticia de que en efecto fue Mora quien había preparado la *Colección*, cosa que yo ponía en duda por las dos razones apuntadas, y además, había una carta que probaba plenamente el caso: la que José Bernardo Couto, uno de los poetas seleccionados, le había escrito al antólogo. “Llegó la famosa antología...” Couto precisaba en esa carta, cuyo original se encuentra en la Biblioteca de Austin, los nombres de cada uno de los poetas seleccionados por Mora. Arnáiz y Freg, como resultado de una conversación habida entre nosotros, hizo la promesa de prologar la proyectada reedición, que al final, por muchas razones, entre otras la de haberse suspendido *Las Letras Patrias*, no pudo llevarse a cabo.

Otro día, José Luis Martínez me transmitió unas anotaciones que se encuentran en el ejemplar de su propiedad, adquirido de viejo, naturalmente, hace algunos años. Las anotaciones no resuelven la totalidad del problema, pero sí en gran parte. Si a esos apuntes se agrega lo que nosotros hemos podido hacer por nuestro lado —establecer por ejemplo que la pieza firmada con las iniciales L.A. corresponden a Luis Antepara— se concluye que ya muy poco falta por hacer. Ojalá Arturo Arnáiz y Freg quisiera completarlo, valiéndose de la carta de Couto, de la que tiene una copia fotostática.

Las anotaciones mencionadas son en resumen las siguientes: los poemas de las páginas 31, 34, 204 y 210 corresponden a Manuel Eduardo de Gorostiza; los poemas de las páginas 37, 44, 55, 60, 77, 132 y 152 corresponden a Juan Ruiz de Alarcón; los poemas de las páginas 40, 42, 351, 353 y 384 corresponden a Manuel Orozco y Berra; los poemas de las páginas 50 y 91 corresponden a Ignacio Rodríguez Galván; los poemas de las páginas 64, 66, 97, 104, 161, 164 y 169 corresponden a Fernando Calderón Sr.; los poemas de las páginas 80, 81, 157, 278, 283, 344, 349 y 414, corresponden a Andrés Quintana Roo; los poemas de las páginas 122, 252, 341, corresponden a Francisco Sánchez de Tagle; los poemas de las páginas 137, 141, 144, 146 y 332 corresponden a José Manuel Sartorio; los poemas de las páginas 149, 378, 431, 435, 441 y 449 corresponden a José Joaquín Pesado; el poema de la página 181 corresponde a Manuel Pérez Salazar; los poemas de las páginas 186, 190, 215, 217, 220, 222, 227, 230, 232, 237, 240, 320 y 323 corresponden a José Joaquín Fernández de Lizardi; el poema de la página 194 corresponde al Dr. Guadalajara; el poema de la página 199 corresponde a Juan Bautista Ceballos (léase Morales); el poema de la página 211 corresponde a Manuel Carpio; los poemas de las páginas 212, 287 y 388 corresponden a José María Heredia; los poemas de las páginas 258 y 289, 316, 329 y 397 corresponden a Joaquín María del Castillo y Lanzas; los poemas de las páginas 263, 332, 408 corresponden a doña Josefa Ortiz de Domínguez; el poema de la página 268 corresponde a Martín Careaga; el poema de la página 301 corresponde a Alpuche; los poemas de las páginas 365 y 402 corresponden a José Manuel Martínez de Navarrete; el poema de la página 393 corresponde a José María Lafragua; el poema de la página 405 corresponde a Josefa Letechipía; y el poema de la página 428 corresponde a José María Roa Bárcena.

Y quédese para otra ocasión transcribir y comentar las anotaciones con que el dueño actual contribuye a corregir las muchas deficiencias de la famosa *Colección de poesías mejicanas*.

27 de enero de 1957

Bibliografía de Carlos María de Bustamante

Pese a lo abundante de la bibliografía de don Carlos María de Bustamante, se puede decir que aún no se integra totalmente. En efecto, cuando menos se espera nos damos de manos a boca con una nueva pieza suya; ya original, ya traducida, ya solamente editada por él. Porque el lector no debe olvidar que en esos tres campos ayudó Bustamante a la literatura de su tiempo. Y en todos dejó las huellas inconfundibles de su espíritu. Debo recordar también que, a pesar del siglo y medio que ha transcurrido, todavía no se le perdona, no los altibajos de su tarea literaria, sino su condición de insurgente y enemiga de todo régimen despótico, en primer lugar el que España implantó en México. Es verdad que como literato, historiador, editor, su obra registra numerosos defectos. Es verdad, pero en todos hay siempre atenuantes. Como literato hay que recordar los tiempos difíciles en que vivió y escribió sus libros: época de acción, de peligros, de trastornos nacionales sin cuento, que fatalmente repercutieron en su alma y en su acción. Sin embargo, hay en todo ello algo que no han podido negar ni sus propios enemigos: su amor a la patria, a la causa de la independencia, que era la de su conciencia; su muerte misma la precipitó la tristeza de ver flotar en el Palacio Nacional la bandera norteamericana. No será un dechado de estilo el suyo, pero el discurso que pronunció Morelos en Chilpancingo es hijo de su pluma y contiene un tesoro de saber y anhelos que ningún mexicano debe olvidar. Como historiador es desbaratado, incongruente, a ratos ingenuo, con frecuencia crédulo, cien veces contradictorio, dicen sus enemigos, Lucas Alamán a la cabeza. Y en esto también son injustos, porque no sólo olvidan las circunstancias en que escribió, sino también que Bustamante dijo en muchas ocasiones que él no era un historiador, ni sus libros historia, sino un diarista, un analista y unos apuntes para que una pluma mejor cortada que la suya escribiera una verdadera historia. Por lo que toca a editor, hay más cosas que aplaudir que censurar. Es verdad que retocaba los textos ajenos y los llenaba de notas inoportunas, según algunos. Es verdad. Pero sin su generosidad de poner sus pobrezas, que no sus riquezas, al servicio de la bibliografía y de la cultura mexicana, mucho de los papeles que editó, salvando de seguro olvido, han sido útiles después para que los sabios y discretos escriban historias verdaderas de México. En este capítulo está al lado de Joaquín García Icazbalceta comparación que necesariamente es odiosa para los devotos de don Joaquín

y para los detractores de don Carlos. Y, díganme, ¿retocar un libro ajeno, pero editarlo con ánimo de servir a todos, es menos grave o es más grave que publicarlo para unos cuantos? ¿Quién es más digno de elogio y quién de reproche? Lo más cuerdo y sensato es aplaudir a los dos, que de igual manera concurren a salvar nuestros tesoros bibliográficos y a servir a la causa de la cultura nacional.

Pero volvamos a la bibliografía de Carlos María de Bustamante. He aquí algunas fichas que pueden integrar o por lo menos que ayuden a integrarla. *No hay peor cuña que la del mismo palo* (adagio español), México. Imprenta de J. M. Lara, Calle de la Palma no. 4, 1842 (15 páginas); *Defensa de la petición hecha al Soberano Congreso por varios individuos solicitando la restitución de la Compañía de Jesús en la República Mexicana y satisfacción a los señores editores del Cosmopolita que la han impugnado. Formula el editor de dicha petición y la publica para desengaño de algunos incautos*. México, Impreso por J. M. Lara, Calle de la Palma núm. 4, 1841 (28 páginas); *Curiosa compilación de documentos originales e importantísimos, relativos a la Conquista de ambas Américas en aquella época, y la muy inmediata a ella, y tiempos posteriores hasta la Independencia. Sacados de los archivos de España, y sin cuya lectura no puede formarse idea de la Conquista ni de los conquistadores, y de más sucesos principales ocurridos hasta el año de 1840*. Dados a luz, traducidos del francés en que los redactó Mr. Ternaux, Carlos María de Bustamante. México, 1840. En la Imprenta de Luis Abadiano y Valdés, a cargo de José M. Mateos, en la calle Escalerillas No. 13 (20 páginas).

3 de febrero de 1957

El país de las perlas

Jesús Castañón Rodríguez, un joven investigador de la cultura nacional a quien de aprendiz vimos pasar en unos cuantos años a oficial y luego veremos de maestro, me habló un día de dos libros olvidados: *Los cuentos diáfanos* de Mancera y *El país de las perlas* y *Cuentos californios* de José María Barrios de los Ríos. De los dos, sólo de este último había leído algo, pero que no lo tenía le dije, puesto que estaba empeñado en rescatar del olvido a esos dos autores y libros. Y nos dimos a buscarlos por las librerías de viejo. Como el buen cazador, el que busca un libro viejo no debe desesperar, que él aparecerá a su hora, a

veces donde menos se espera. Esto, justamente, ocurrió con el libro de José María Barrios de los Ríos, y eso puede pasar con el de Mancera un día de estos, quizá en la excursión bibliográfica de esta tarde. El último día de la de VII Feria Mexicana del Libro, cuando faltaban unas horas para que se levantara, decidí hacer una última visita a los puestos de libros de viejo. Por allí habían pasado todos los cazadores de mejor puntería, y pocas esperanzas tenía de que algo quedara. Apenas unos minutos antes, mi amigo Castañón Rodríguez me había mostrado las últimas piezas que había cobrado. Así y todo me atreví, avizores los ojos, por entre los escombros de su última visita. De *El país de las perlas* no tenía ninguna referencia física que pudiera guiarme. Pero, ¿por qué apenas vi aquel librito pensé que ése podía ser? Quién sabe, pero el caso es que lo era. Casi no lo quería creer. Parecía imposible, sobre todo si recordaba que ya éramos muchos los que perseguíamos la codiciada pieza. A ella vamos a dedicar esta *Alacena*.

José María Barrios de los Ríos no aparece mencionado en las historias de la literatura mexicana, cosa que no debe extrañar a nadie, aunque en ellas hayan encontrado lugar autores y libros que aunque parezca un contrasentido, no están dentro de la literatura. Entre los pocos que lo mencionan, se encuentran don Juan B. Iguíniz, a quien debemos mucha de la información que aquí vamos a usar. Barrios de los Ríos nació en Zacatecas en febrero de 1864. Hizo su carrera literaria en el Seminario de aquella ciudad. Se graduó abogado en San Luis, en cuyo Seminario al propio tiempo que enseñaba recibía clases de lengua griega y teología. Después, en 1889, vino a radicarse en la ciudad de México, colaborador en muchos periódicos. Al iniciarse la última década del siglo pasado, tal vez en 1892, partió para La Paz con el cargo de Juez de Primera Instancia. Fiel a su vocación, fundó en Baja California varios periódicos: *El Peninsular*, *El Correo de la Paz* y la *Revista Jurídica*. En 1896, abandonó la península y después de tocar distintos puntos del país, se estableció en Guadalajara, en donde fundó *La Legalidad* y colaboró en la prensa local. En 1903, se trasladó a Cananea, lugar en que le sobrevino la muerte, en noviembre de ese mismo año. Tenía escasos cuarenta años.

Los trabajos literarios de José María de los Ríos son muy abundantes, aunque pocos sus libros. Era poeta y novelista, mejor dicho narrador. Publicó *Océano*, Colección de poesías; *Pompiillas. Poesías Festivas*, en cuyo preliminar se consignan muchos datos sobre el poeta: origen, estudios, escritos, carácter y fallecimiento. El libro se integra con poesías originales y traducidas, así como con algunos cuentos. De suma rareza, no lo hemos podido consultar. Muchos

de los trabajos de Barrios de los Ríos fueron firmados con este extraño seudónimo: *Duralis Estars*. Otros, muy pocos, con el de *Férula*.

El libro que nos ocupa, o sea, *El país de las perlas y Cuentos californios* es su mejor libro y el más conocido, a pesar de su rareza. En él reunió el autor una serie de narraciones de muy hermosa factura, inspiradas en el ambiente bajacaliforniano, o simplemente californio, como él diría. En un estilo escueto, limpio, directo, dentro de las maneras de su tiempo, José María Barrios de los Ríos nos da una visión de aquellas lejanas tierras, entonces más que ahora, tierras incógnitas. Como ocurre con los que tienen algo que decir, el autor no se anda por las ramas ni se embrolla: dice con elegante sencillez las cosas que se propone. Más que novelas cortas, más que cuentos, los dos títulos reunidos en el volumen son narraciones de diversa inspiración y factura, si bien todas muy bien escritas. Barrios de los Ríos no rehúye ni desdeña las aportaciones de toda índole, si ellas sirven a sus fines, que no son otros que los de divertir y al propio tiempo divertirse: el cuadro de costumbres, el folklore, la reminiscencia histórica son ingredientes con que estas narraciones se sazonan.

Don Juan B. Iguíniz describe en su *Bibliografía de novelistas mexicanos* el libro de que tratamos y a él remitimos al lector, no sin antes consignar una particularidad. Iguíniz da como fecha de la edición el año de 1908, en Sombrerete, Zacatecas. La edición que tenemos, hecha por la editorial "Pax" de esta ciudad, y que pudiera ser una reimpresión, carece de fecha y de colofón. A partir del título, toda la descripción de Iguíniz coincide punto por punto, con la del libro *Paisajes de occidente*, de Enrique Barrios de los Ríos, hermano suyo, de quien nos ocuparemos alguna vez.

10 de febrero de 1957

Humilde poeta y soldado de la patria

Una simpática figura de nuestras letras, ahora ya casi olvidada, es la de Lorenzo Elízaga. Como ocurrió con otros grandes mexicanos de su tiempo y de su hora, cambió la pluma del literato por la del periodista, o publicista, como entonces se decía. Cuando el gobierno supremo de la República, encabezado por el señor Juárez, abandonó la capital, Elízaga no pudo seguirlo por circunstancias particulares. Pero no se bajó de los hombros el manto republicano

y liberal. Mexicano y amante de su patria, quiso defenderla con su pluma, y ayudar en cuanto a sus facultades intelectuales lo permitieran, al triunfo de la causa liberal y a la ruina del trono levantado por las bayonetas francesas. Y desde dentro de la ciudad, mancillada por el invasor, cumplió valerosamente su promesa.

En un informe secreto comunicado a Maximiliano para que estudiase sin duda los hombres y las cosas del país que pretendía gobernar, hay uno relativo a Lorenzo Elízaga, que dice: “Joven de talento y simpático que hace ostentación de combatir el Imperio.” Este informe, descubierto original por Pedro Santacilia en el archivo de Maximiliano, revela por sí solo que Elízaga “aunque permaneció entre los enemigos del país, conservó puro en el corazón el culto de los buenos principios republicanos y contestó con sus escritos en la prensa contra la dominación extranjera que la política de Europa intentó perpetrar en esta Nación”, escribe Santacilia. Los *Ensayos políticos*, de Elízaga, obra constituida por los artículos con que combatió a los imperialistas, fueron publicados en 1867, es decir el mismo año del triunfo de los republicanos. Un libro suyo, escrito en verso, *México, Maximiliano y Zorrilla*, que si llegó a publicarse es imposible dar con él, es la respuesta a las salidas de tono de José Zorrilla contenidas en el *Drama del alma*. En el *Semanario Ilustrado* (1868), publicó unos *Romances de costumbres*, en que se proponía pintar las más características de la sociedad mexicana de entonces, que dedicó a Santacilia. Escritor correcto y original –lo dijo Anselmo de la Portilla– habría cumplido una obra literaria más extensa, si no fuera porque a más de literato era un excelente ciudadano y comprendió que era lo primero defender a la patria con la pluma, ya que no pudo hacerlo con las armas en la mano.

Tradujo muchos de los libros escritos sobre la Intervención Francesa, en una continuación de sus afanes en defensa del credo liberal y de la patria, dio a conocer los pormenores de la lucha y las hazañas de los defensores de la Patria, fue el móvil de los literatos mexicanos al triunfo de la República. El pueblo, dice Altamirano, quería conocer los detalles de la lucha y a los hombres que le habían dado la independencia y la libertad. Ésta es la explicación de que la literatura producida en México a lo largo del siglo XIX, pero principalmente en su segunda parte, sea en gran medida polémica y de inspiración histórica, ocupando un segundo término lo que podría llamarse propiamente de creación.

Después de restaurada la República, Lorenzo Elizaga, ya casi no volvió a escribir versos y, si lo hizo, es de modo ocasional y furtivo. En la traducción

de obras inspiradas en las luchas contra la Intervención y el Imperio –como ya está dicho– encontró una manera de seguir sirviendo a la causa liberal y a México. Así, tradujo *Querétaro* de Alberto Hans con notas y rectificaciones en que su ideario político queda manifiesto, con singular ardor. Una búsqueda por bibliotecas públicas y particulares, o con los parientes que todavía pudieran quedarle en esta ciudad al poeta olvidado, podría establecer si los *Romances de costumbres* fueron reunidos en volumen y si Lorenzo Elízaga dejó otros trabajos. Ojalá haya quien lo haga, ahora que se está celebrando el centenario de la Constitución y los acontecimientos que trajo consigo. Lo merece muy bien el humilde poeta y soldado de la patria.

17 de febrero de 1957

Los cubanos en México

Un libro está por escribirse hace mucho tiempo. Es aquel que sacara a flote el íntimo resorte de la hermandad y semejanza que siempre hubo entre mexicanos y cubanos. Un parentesco que va más allá de las meras circunstancias de compartir una mitad de nuestra historia, que en eso son hermanos los pueblos todos de América a quienes España, conquistó y enseñó su lengua y religión, dos de las cosas más evidentes que nos asemejan. El libro pudiera llamarse *Los cubanos en México* no por otra causa sino porque el contacto entre esos dos pueblos lo inició Cuba. ¿No de allí salió Hernán Cortés para conquistar a México? ¿No eran ya un poco cubanos aquellos tremendos españoles que vinieron al valle de Anáhuac a avasallar a los indios de estas tierras? ¿Y no se dijo alguna vez que la isla de Cuba no era otra cosa que un asomo de tierra en que se finca México: una montaña que se hundiera y de pronto asomara el hombro?

De entonces data la imantación que los dos pueblos gozan mutuamente, más visible en los hombres de espíritu, en los de más vigilia, en los que profesan culto de la libertad. El primero de esos hombres pudiera ser Bernal Díaz del Castillo, escritor y soldado como siempre fueron los grandes americanos, quien en tierras de México destruyó el fierro con que infamaban a los indios. Él, pudiera decirse, es el tronco del que vienen las ramas que han sido todos los cubanos que a lo largo de los años, han encontrado en México nueva patria para sus prédicas, para tribuna de su palabra eterna. José María Heredia,

relámpago de las letras románticas de América, aquí estuvo, aquí encontró espacio para el vuelo de su canto. Juan Clemente Zenea, salió de aquí, de la casa de Santacilia a regar con su sangre la tierra en que soñó plantar el árbol de la libertad que una barbarie no cesa de agitar. En México vio Martí por la primera vez la zarza arder, digo la gloria lo cegó con su resplandor. Un mexicano más fue Pedro Santacilia, lugarteniente de aquel bravo mambí que se llamó Domingo Goycuría, uno que al pie del cadalso pudo decir: “Muere un hombre, pero nace un pueblo.” Y, en fin, Alfredo Torroella, Andrés Clemente Vázquez, Atenor Lescano, Juan Marinello, Raúl Roa, Nicolás Guillén... ¿Quién pudiera escribir ese libro? El tema es fascinante y yo le he dedicado algunos minutos de trabajo, por ejemplo los que representa el discurso que pronuncié hace unos años en honor de Manuel Márquez Sterling, cuya única copia se quedó en poder del agregado cultural de la embajada cubana en México de los tiempos en que era embajador Carbonell. Si ese libro lo escribiera un mexicano, ese sería Andrés Iduarte, cien veces probado en esta como en otras lides en que por igual se requieren hombre y escritor. Si lo escribiera un cubano, ese pudiera ser Roa, o Marinello, los dos santificados por una vida de persecuciones y de cárceles. ¿Habría que esperar todavía mucho tiempo para tenerlo?

24 de febrero de 1957

Bibliografía de José Peón y Contreras

No obstante las varias bibliografías que se han intentado de José Peón y Contreras, creemos que no acaba de integrarse. Juan B. Iguíniz, Francisco Monterde, Ermilo Abreu Gómez y Antonio Magaña Esquivel, entre otros, han trabajado sobre esta cuestión agregando y enmendando en su caso, muchas de las noticias al respecto. Quizá el intento más ambicioso corresponde a Monterde, quien en su *Bibliografía del teatro en México*, no sólo nos da la nómina de sus obras impresas, sino la de aquellas que sin serlo, fueron llevadas a escena; así como algunas mencionadas en diversos libros, ya del propio Peón, ya de otros autores. En ese sentido, es oportuno recordar las noticias de Ermilo Abreu Gómez contenidas en el estudio “Teatro romántico de Peón y Contreras” del libro *Clásicos, románticos y modernos*. Como la actividad literaria de Peón y Contreras abarca diversos géneros, sólo quedará integrada atendiéndolos en su

totalidad. Por lo que toca al teatro, las noticias de Monterde, las de Abreu Gómez y las de Magaña Esquivel casi agotan el asunto. Iguíniz consigna dos fichas en la *Bibliografía de novelistas mexicanos*. Abreu Gómez, por su parte, intenta la bibliografía del dramaturgo y poeta yucateco, en sus diversos aspectos, lo que también hace Magaña Esquivel.

Las fichas que ahora proporcionamos, si bien algunas ya están en trabajos anteriores, en cambio registran alguna particularidad no advertida como podrá verlo, el curioso lector. Ello puede deberse a que se han redactado con los libros en la mano, cosa no siempre posible, dada la rareza de muchos de los libros de Peón.

A Cristóbal Colón. Trovas colombinas, México, Imprenta de I. Escalante, 1892, 91 págs. 14 cms.

Canto a Martí, Habana, Imprenta Avisador Comercial, 78 págs., 20 cms.

El castigo de Dios. Drama en tres actos y en verso. Mérida, Guzmán, 1862, 42 págs., 22 cms.

En el umbral de la dicha. Drama en 3 actos y en verso. Ed. de Rafael Ortega, México, Librería La Ilustración, 1886, 84 págs., 16 cms.

La cruz del paredón, México, Imprenta del federalista, 1872, 64 págs., 20 cms.

La hija del rey. Pról. de Ermilo Abreu Gómez, México, Universidad Nacional, 1941, XXVI Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 29, 184 págs.

Moteczuzoma Xocoyotzin (Leyenda histórica) México, Imprenta del Federalista, 1872, 72 págs., 20 cms.

Poesías, México, Imprenta de Ancona y Peniche, 1871. XXVIII, 176 págs., 22 cms.

Romances, cantares y líricas, Mérida de Yucatán, Imprenta de Gamboa Guzmán, 1902, VII, 117 págs., 18 cms.

Romances históricos y dramáticos. Pequeños dramas. Colombinos. Ecos, México, Agüeros, 1902, Biblioteca de Autores Mexicanos, núm. 46, 514 págs., 17 cms.

Taide. Contornos de la vida ideal por José Mérida (pseud.) Edición del Diario del Hogar, México, Tipografía literaria, 1885, 126 págs., 19 cms.

Teatro, México, Agüeros, 1896, 2 vols., Biblioteca de Autores Mexicanos Nos. 4 y 5, 17cms.

Veleidosa (Novela). Pról. de Manuel Gutiérrez Nájera. Ret. del autor. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891, XVI, 128 págs., 21 cms.

La cajita

Ya sé que esto no gusta a los poetas del momento, a la moda, es decir, pasajeros. Pero creo que una de las formas de la consagración literaria es que nuestros poemas sean letra en las canciones del pueblo. ¿No es uno de los móviles de la literatura el afán de inmortalidad y la aspiración de que nuestro nombre quede para siempre? Pues una de las formas de no morir es que nuestros poemas se conviertan en propiedad colectiva y anónima y las cante el público sin siquiera sospechar al autor. Hay melodías y letras de canciones que recorren el mundo y que se atribuyen muchos pueblos como propiedad nacional. El poeta Luis Cardoza y Aragón, por ejemplo, cuenta que en una aldea rusa oyó una noche el vals “Sobre las olas” de Juventino Rosas y como lo elogiara, su interlocutor le dijo orgullosamente que era uno de los mejores vales de su tierra. ¿Puede haber gloria más grande para un artista que pueblos extraños reclamen como suyas sus creaciones?

Los que hemos tenido la dicha de nacer en aldea, conocimos, aun antes de aprender a leer, muchos poemas que creíamos de nuestra invención, y cantamos canciones que jamás hubiéramos sospechado ni al músico ni al poeta que las compusieron. Todavía hoy, en Juchitán, cuando un deudo busca dar expresión a sus dolores durante los entierros, pide a los músicos que toque lo más triste de su repertorio, y entonces ocurre algo que no deja de asombrar, y es que entonan y cantan el “Nocturno a Rosario” del infortunado Manuel Acuña; pero es dudoso que alguno de la banda sepa quién fue Manuel Acuña. ¿Hay una forma más firme de consagración que el pueblo entone canciones con la letra de nuestros poemas aun ignorando nuestro nombre?

Pero yo quería decir otra cosa. Quería contar que en una aldea apartada del Istmo de Tehuantepec, hace cerca de cincuenta años, oí a un hombre cantar una canción, muy triste, muy lánguida, muy penetrada de dolor. Pasaron muchos años y un día, por tierra de Michoacán la volví a oír, con una ligera variante en la melodía. La canción se quedó en mí, trabajando. Y otro día, al abrir el libro de Higinio Vázquez Santa Ana, *Canciones, cantares, corridos mexicanos* descubrí que la letra se atribuye a Luis G. Urbina, parece que con razón. Escribo de memoria, pero puedo asegurar que esa letra no se encuentra en los libros del autor del “Madrigal romántico”. ¿No es también una hermosa forma de gloria que el pueblo atribuya a un poeta poemas que nunca llegó a escribir?

La cajita

*Yo soy muy pobre, pero un tesoro
guardo en el fondo de mi baúl,
una cajita, color de oro,
que ata un brillante listón azul.*

*La abro y qué tiene, hojas de rosa,
secas reliquias de un viejo amor
alas sin polvo de mariposa,
mirtos, gardenias y tuberosas
Muchos recuerdos en cada flor.*

*El amuleto que ató a mi cuello
mi pobre madre cuando marché
y el blondo rizo de aquel cabello
que tantas veces acaricié.*

*No se me olvida la fecha escrita,
sobre una opaca cruz de marfil,
ay, virgen mía, mi virgencita,
aquí conservo la margarita
que deshojaste pensando en mí.*

¿Conoce la melodía, amigo Baqueiro Fóster?

10 de marzo de 1957

José María Esteva, poeta popular

Cuando hace algunos años volvimos a *La flor de los recuerdos* de José Zorrilla, con el propósito de reeditarlos, al encontrarnos con el nombre de José María Esteva, nos vino la idea de dedicarle una *Alacena*, que bien la merece un poeta a quien se puede señalar como una de las más tempranas influencias en Salvador Díaz Mirón. Zorrilla afirma que Esteva tenía tal vez en su genio las dotes necesarias

para llegar a ser el poeta mexicano más popular, y un talento a propósito para haber creado un género de poesía nacional: amor patrio bien entendido, instinto de observación, conocimiento de las costumbres de su país, facultad de versificar, imaginación poética, afición al estudio e ideas avanzadas con la ilustración y adelanto de su tiempo; con cuyos elementos y una buena educación, una buena posición social, un exterior agradable y simpático, y en la flor de su juventud, pudo y debió dar a su país, por lo menos la canción y la leyenda mexicana, pero las circunstancias de México, de hace un siglo, frustraron aquellas posibilidades de Esteva “quien abandonó la poesía y se entregó a los negocios, echándose como todos, en brazos de la política. ¡Suerte miserable de todos los hombres de genio en este turbulento país!, exclamaba Zorrilla. Esteva publicó en 1850, un tomo de *Poesías*, ya muy raro, desde los días en que Altamirano escribió sus *Revistas literarias*, por lo cual no es extraño que en nuestro tiempo se le tenga en absoluto olvido. En él se perciben los gérmenes fecundos de su talento, brotando a través de su inexperiencia, de la indecisión de su gusto vacilante todavía, sofocados por el afán de imitación de la poesía española revolucionaria del 33 al 40, que empezaban por entonces a cobrar fuerza por las Américas Españolas. Las costumbres de las costas veracruzanas, que tienen tantos puntos de contacto con las de Andalucía, le inspiraron las leyendas y las canciones que dio a luz en los periódicos bajo el seudónimo de *El Jarocho* en las que se notaba la influencia de Tomás Rodríguez Rubí, de José de Espronceda y del propio Zorrilla. Esteva no hizo más que probar sus fuerzas en ese género, pero en él dejó las muestras indudables de su talento literario. Zorrilla cree que con un mayor cultivo y una más larga insistencia en el género habría logrado grandes triunfos, y que al separarse de los temas concretos de su costa, terreno estrecho para su genio, se hubiera apoderado de las costumbres de tierra adentro, y sus cantos y sus romances le hubieran conquistado la popularidad que merecían sus canciones. Tales como sus romances de costumbres nacionales “El Jarocho”, “Ñor Ludovico y Quiñones” y “Ñor Gregorio” que encierran bellezas positivas en el género descriptivo. Esteva —dice Zorrilla— versifica limpiamente, sus periodos son por lo general flexibles y perfectamente redondeados; algunas de sus letrillas y canciones son modelo de gracia y de ligereza que no pueden leerse sin que asome a los labios del lector una sonrisa de complacencia. “El arroyo y la flor —continúa Zorrilla— es un juguete primoroso, en el estilo de lo que a Campoamor se le antojó llamar “Doloras”; todo su libro, en fin, está salpicado de pensamientos y de estrofas de singular frescura, llenas de vida, de carácter y de genio.

Cuando alguna vez algún historiador de la literatura mexicana recuerda el nombre de Esteva, le basta transcribir alguna de estas opiniones contenidas en la carta que con el título *México y los mexicanos* escribió José Zorrilla a Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. Alguno –Pedro Caffarel Peralta, que de momento recuerdo– ha aludido a aquella pasajera influencia de Esteva en Díaz Mirón, si bien sin detenerse a localizarlo de modo preciso en la obra del gran poeta. “Sobre este fenómeno psicoliterario apuntaremos coincidencias que descubrimos entre la opaca lírica de José María Esteva y la brillantísima de Díaz Mirón”, dice Caffarel Peralta. La temprana influencia aludida de Esteva en Díaz Mirón se reduce a unos cuantos lugares, pudiendo señalarse, desde luego, en el “Idilio”, en el que se encuentra más de una resonancia del poema de Esteva titulado “El Jarocho”. Pero como esto requiere discusión y explicación previas, lo dejamos para una próxima *Alacena*.

17 de marzo de 1957

José María Esteva y Salvador Díaz Mirón

Lo prometido es deuda, dice el refrán. En la última *Alacena* –domingo 17 de marzo– prometimos volver al tema de la temprana influencia de José María Esteva en Salvador Díaz Mirón. Esa influencia, dijimos, se reduce a unos cuantos lugares, pudiendo señalarse desde luego, en el “Idilio”, en el que se encuentra más de una resonancia del poema de Esteva titulado “El Jarocho”. En efecto, una lectura detenida de ambos poemas, nos convence de que Díaz Mirón lo tuvo presente cuando escribió el suyo. Se pudiera objetar que el mencionado poema “Idilio” corresponde a la segunda época de la creación diazmironiana, es decir, la que va del año de 1892 a 1901. Esta división, pese al consenso de los que han estudiado la obra del poeta, parece caprichosa, o por lo menos muy elástica, sin estricto rigor. Porque como es sabido Díaz Mirón no era absolutamente verídico en sus afirmaciones con respecto a su poesía y al tiempo en que fueron escritas. La verdad es que mucho de su obra, una vez escrita, se quedaba en reposo, sujeta a constantes correcciones. Hay una multitud de casos que así lo demuestran, y a los libros en que ese capítulo se discute remitimos al lector. Por ahora baste consignar que el poema de que venimos hablando pudo haberse escrito cuando el autor era

muy joven, en los inicios de su carrera literaria, esto es, en los años que van de 1876 a 1891.

Es una lástima no poder transcribir en su integridad los dos poemas, el de Esteva y el de Díaz Mirón; y aunque el lector los tiene en la mente, vamos a dar el asunto del primero, por ser el menos conocido. El compadre Chico Crispín, montado en manco alazán, camina, digamos, “a tres leguas de un puerto buellente” hasta pasar por una choza, justo cuando la canción que entona, concluye. Crispín refrena su caballo, “que algo de allí le gustaba/o alguno allí le llamo”. Lo que ha ocurrido es que al frente de aquella choza, una jarochita, llamada “Ña Sacramenta”, estaba cortando flores y el galán la requiebra en un lenguaje costeño. La moza esconde el rostro y, después de suspirar, responde al galán que su corazón es ajeno y pertenece a Ventura, hombre muy “celano” que quizá no tarde en llegar. El Jarcho protesta ser hombre muy cabal y que si Ventura acertara a llegar, ya vería con quien se las iba a ver. Y, en efecto, Ventura llega. Ña Sacramenta se apura, pero más se apura Crispín que en el acto se despidе.

*Y luego de mal talante
mudando el color Crispín,
saca el “moruno cortante”
y... arrienda a su flaco andante
camino de Medellín*

Aparte la solución humorística, el uso del lenguaje popular de la costa en que están la canción que el jarcho canta y su declaración de amor, el ambiente descrito y otras circunstancias son idénticos. La diferencia está en que Díaz Mirón no recurre a términos folklóricos y en que utiliza una gran diversidad de metros, amén del rigor de factura que impera en su “Idilio”; pero es indudable que los dos “idilios” tienen mucho de comunes. La descripción del ambiente, el encuentro del Jarcho con una zagala que si en un caso se llama Sacramenta, en el otro se llama Sidonia; todo eso sin contar una serie de dicciones idénticas en los dos poemas. En el “Idilio” no llega a establecerse el diálogo entre la payita Sidonia y el cambujo patán que se avecina a la choza; en Esteva, el alazán que cabalga Crispín es manco, que lo mismo significa caballo que defectuoso de una mano y que tuzado o “mocho”, como también se dice. Los términos o dicciones comunes de los dos poe-

mas abundan: trotar, manco, mocho, moreno, moruna, jarocho, bohío, zagala, rapaza, etc.

Baste transcribir una estancia de “Idilio” para que pueda verse la semejanza con el poema de Esteva:

*Y al trotar de un rocín flaco y mocho,
un moreno que ciñe “moruna”,
transita cantando cadente tontuna
de baile “jarocho”.*

De paso, consignamos el hecho de que estas palabras aparecen con grafía aparte en los dos poemas: redondas en Esteva y bastardillas en Díaz Mirón.

No es sólo en el caso que señalamos donde puede advertirse la resonancia de los versos de Esteva en los de Díaz Mirón. Se localiza en otros lugares, pero sólo hemos querido señalar éste con la mira de que alguno con capacidad y entusiasmo los precise, además de que establezca un nuevo mérito del poeta José María Esteva tan injustamente olvidado.

24 de marzo de 1957

Julián del Casal, poeta modernista

Los trabajos sobre Julián del Casal son muy numerosos. Algunos hasta llegan a dar la certeza de que constituyen una última palabra. Así el de la *Poesías Completas*, preparado por Mario Carrera Saqui (La Habana, 1945). Así el de José María Monner Sans, *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano* (México, 1952). En el Ensayo Preliminar, la Bibliografía y las Notas que Carrera Saqui preparó queda aprovechada toda la erudición acerca del tema, que además enriquece. Por lo que toca a la recopilación de los poemas de Casal, el autor pretende que nada quede desconocido o inédito. Y sin embargo quedan olvidadas en algún periódico mexicano algunas piezas que ya habrá tiempo de dar a conocer. Por lo que atañe a las fuentes para el estudio de la obra de Julián del Casal, encuentro que tanto Carrera Saqui como Monner Sans no aprovecharon la magnífica impresión que bajo el seudónimo de *Daniel Eyssette*, escribió Luis G. Urbina acerca del poeta en *El siglo XIX*, con el título de “Nieve” por Julián

del Casal, y que, distribuida en tres entregas, apareció el 10 de junio, el 26 y el 30 de julio de 1892, un poco más de un año antes de la muerte del poeta. El ensayo de Urbina, sin variar el título ni quitar una coma, apareció luego como epílogo de la edición que en folletín hizo el periódico *El Intransigente* del libro *Nieve* a fines de 1893, al ocurrir la muerte de Casal. Dos años más tarde, en enero de 1895, la *Revista Azul* reprodujo la tercera entrega del ensayo de Urbina con la sola mutilación de los dos últimos párrafos que por su sentido, habían perdido oportunidad. Es cierto que Carrera Saqui cita el ensayo de Urbina en la Bibliografía, pero lo hace de modo tan vago, que claramente se ve que le era desconocido. Lo titula, por ejemplo, “Estudio sobre Julián Casal”, si bien lo sitúa en la edición mexicana de *Nieve*. No ocurre así en el magnífico trabajo de Monner Sans, en el que en absoluto se cita la impresión de *Daniel Eyssette* acerca de la poesía del poeta cubano, nada despreciable, sino por el contrario, muy rico en sugerencias, en atisbos que luego otros han desarrollado y que a la larga han venido a convertirse en opinión obligada de los que estudian el Modernismo. Árboles trasplantados que no pudiendo desprenderse de esta jugosa tierra, mandan a todas horas sus besos de perfume que el viento recoge de los floridos ramajes, para llevarlos al pie de los Alpes, donde se balancean cantando inmortales canciones, los ausentes camaradas. De esta manera explicaba Urbina la imantación que sobre Darío, Gutiérrez Nájera y Julián del Casal ejercía el París de sus ensueños. Lo más extraño de *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano* es que Monner Sans no hubiera incluido en el Apéndice —que para eso parece estar pensado— el ensayo de *Daniel Eyssette*, al lado de alguno de los estudios que en nada le aventajan.

El seudónimo con que Urbina firmó los artículos sobre Casal, aunque pocos han reparado en ello, no es desconocido, por lo menos desde el año de 1913, en que Juan B. Iguíniz lo dio a conocer en su *Catálogo de seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos*. Alternándolo con *Raff* y *El implacable*, con ese seudónimo calzó la casi totalidad de las crónicas que aparecen en *El siglo XIX*, de enero de 1891 a noviembre de 1893 y que sumadas alcanzan hasta cerca de un centenar. Últimamente, en 1954, la señorita Carrie Odell Muntz, en su tesis de maestro en artes, en español, al enlistar las crónicas de Urbina y los distintos periódicos en que las escribió ha logrado establecer otros nombres de pluma de “El viejecito” como son *Juan Prouvair* y *El cronista de antaño*, no mencionados por Iguíniz. Por lo que se refiere a *Daniel Eyssette*, Carrie Odell Muntz encuentra que el origen de ese seudónimo se encuentra en la obra *La petite chose* de Alfonso Daudet.

No fue aquella, naturalmente, la única ocasión en que Luis G. Urbina se refirió al Modernismo y a los poetas modernistas: en sus libros, en sus crónicas, en sus semblanzas de los poetas mexicanos, se detuvo más de una vez a caracterizar ésa que él consideraba escuela francesa, “hija tal vez de una generación enferma de sensibilidad, que siente muy hondo y piensa muy alto”. De su obra dispersa y de su obra publicada, habrá que rescatar todavía muchas de sus opiniones sobre la literatura nacional y de cuantos movimientos literarios han influido en ella. Pero esto, así como descubrir ese artículo que sin duda escribió Urbina a la muerte de Julián del Casal, lo dejamos en manos del joven maestro Ernesto Mejía Sánchez, que ahora mismo prepara un estudio sobre el Modernismo en México.

31 de marzo de 1957

Décima de Acuña

En *El Anuario Mexicano*, recopilación de los acontecimientos más notables en la política, la literatura y el comercio del año de 1877, publicado por Filomeno Mata a principios del año siguiente, se encuentra una breve antología de poetas mexicanos bajo el rubro de Variedades, porque “no podíamos pasar por alto la poesía, que es al alma lo que las flores al verde prado, lo que el rocío a las plantas que marchitan los rayos del ardiente sol de julio”. No sé por qué siempre he pensado que esa breve selección, que aparece anónima, fue preparada por el propio Juan de Dios Peza para ilustrar su revista sobre los *Poetas y escritores modernos mexicanos* publicada en el mismo *Anuario*. Los poetas allí reunidos, todos mencionados en la reseña de Peza, se reducen a unos cuantos nombres: Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca, Francisco de P. Urgell (catalán), Antonio Plaza, Anselmo Alfaro, Francisco A. Lerdo, Francisco Ortiz, Manuel Caballero, Justo Sierra, Manuel de Olaguíbel, Pedro Castera, y Joaquín Trejo. Como el lector puede ver, muchos de estos nombres están ahora completamente olvidado, no obstante que Peza, al incluirlos, confiaba en ellos una esperanza de las patrias letras. Entre los autores congregados en el breve florilegio se encuentra Manuel Acuña, con una décima titulada “Dios”, única pieza que dejó inédita. Siendo Juan de Dios Peza su amigo inseparable y el solo poeta que se le equiparaba, según un crítico del tiempo, no parece

remoto que él fuera el autor de la selección a que nos referimos. Lo curioso de la décima de Acuña es que no ha sido incluida hasta ahora en las numerosísimas publicaciones que se han hecho de sus poesías; por lo menos yo no la encuentro en las que he tenido oportunidad de manejar. Antes de su inclusión se encuentra esta breve nota: “Por ser la siguiente composición del malogrado Manuel Acuña, la única que ha dejado inédita, la publicamos en nuestro Anuario, atendiendo más al mérito literario de ella, que a la idea que manifiesta.” Juan de Dios Peza, como es cosa sabida, fue un poco el albacea literario de Acuña: a él confió sus más íntimos secretos, con él pasó las últimas horas, a él escribió la postrera carta; con él solía consultar sus problemas literarios y frecuentemente fue Peza quien primero escuchó sus composiciones, aun antes de ser trasladadas al papel. Por eso no me parece remoto que el viejo cantor del hogar haya hecho el ramillete de referencia; ni mucho menos, se puede poner en duda la autenticidad de la composición.

Hela aquí:

*Supremo y oscuro mito,
hijo del miedo del hombre
que piensa encontrar tu nombre
en todas partes escrito.
Si tú eres el infinito,
si es infinita tu esencia,
si probando tu existencia
todas las formas revistes,
¿por qué si es cierto que existes,
no existes en mi conciencia?*

El antólogo al incluirla lo hizo, según sus propias palabras, “atendiendo más al mérito literario de ella, que a la idea que manifiesta”, lo cual es un nuevo indicio de que pudiera ser Peza, un fervoroso creyente, como se sabe.

La décima de Acuña tiene orígenes muy lejanos: hay en ella un eco de Calderón de la Barca, en el tema, aunque no en el modo de tratarlo, se entiende. Y no es ajena a la manera como algunos poetas mexicanos de nuestros días la escriben. ¿No es así, lector?

7 de abril de 1957

La hija de Oaxaca

Una novela muy curiosa, así por su tema y su factura, como por su extremada rareza, es la que con el título de *La hija de Oaxaca*, o *La intervención francesa en México*, escribió A. L. Nolf, y publicada en esta ciudad por la Imprenta Literaria, en 1867. La obra aparece dedicada a Benito Juárez, Presidente de la República, “no como homenaje adulador, ni aun como tributo de admiración”, sino “simplemente como una deuda de corazón, pagada al ciudadano más respetable y más honrado de la República Mexicana”. Escrita originariamente en francés, *La hija de Oaxaca* fue traducida a nuestro idioma por Carlos G. de Hassey, profesor de idiomas. Tanto Nolf como el traductor aparecen escasamente mencionados por los autores mexicanos que han trabajado sobre la literatura nacional. Del uno sólo se sabe que fue redactor de la *Franco Liberale*, periódico que se publicaba en esta ciudad de México en los días de la Intervención Francesa y que representaba la opinión más honrada acerca de aquel acontecimiento, es decir, que la condenaba; del autor, casi nada más eso: que era un profesor de idiomas. Aunque Nolf era francés, por estar inspirada su novela en un asunto mexicano, parece natural y lógico que Juan B. Iguíniz la considerara en su magna *Bibliografía de novelistas mexicanos*, tal como ocurre con otros autores extranjeros cuyas obras se sitúan en México; pero no ocurre así. Tampoco se encuentran mencionados ni obra, ni autor ni traductor, en el documentado libro de Jorge Silva, *Viajeros franceses en México*, aquí publicado hace unos años, con una bibliografía de un poco más de doscientos títulos que consigna en su libro; la extrañeza sube de punto si se tiene en cuenta que hay allí un aparte que lleva por rubro *Novelas inspiradas en asuntos mexicanos*. De los pocos que mencionan a Nolf es Juan Guzmán y Raz Guzmán en su *Bibliografía de la Reforma, la Intervención y el Imperio* (Monografías Bibliográficas Mexicanas, núm. 19); aunque sólo se concreta a transcribir la portada, sin la indicación de que se trata de un tomo primero.

Otra particularidad de la novela histórica de Nolf, es que, planeada en dos tomos, ninguno de los que hasta ahora hemos visto que la mencionan, alude a esa circunstancia, dando por hecho que el tomo segundo, o no llegó a escribirse o no llegó a publicarse, lo que parece confirmarse por el hecho de que los bibliógrafos no lo mencionan, y que no hayamos encontrado en bibliotecas y librerías la continuación de *La hija de Oaxaca*. No faltan los que sustentan la idea de que el libro se reduce a un volumen, siendo una mera

errata la indicación de tomo primero que aparece en la edición conocida; pero su lectura nos convence de lo contrario; hasta en dos ocasiones el autor habla de una segunda parte: una vez al principio y otra al final; todo eso sin contar que el asunto se encuentra desarrollado a medias. La novela se interrumpe, como recordarán los que hayan tenido el placer de leerla, cuando la patriota oaxaqueña Petra Romero llega a Francia en busca de su sobrino Manuel que, prisionero de los franceses, ha sido conducido a Francia y a quien ha hecho su víctima el ambiente corruptor de París. En la segunda parte, sin duda, encontrarían desenlace todos los conflictos planteados: el noviazgo de Julia Marchessa y Manuel Romero; la pasión del oficial francés Eduardo de V... por Julia “la hermosa oaxaqueña”; el matrimonio un poco clandestino del oficial francés con una señorita de Oaxaca que viaja oculto a bordo del Panamá; la pesquisa final sobre la real situación del liberal oaxaqueño; y el retorno de doña Petra con su numerosa comitiva a la ciudad de Oaxaca, ya liberada, como el resto del país, de la planta invasora.

Quizá es oportuno recordar que la novela entraña un encendido canto por la libertad de México; desenvuelve el amor de los oaxaqueños por la causa liberal, al paso que describe las lacras del ejército invasor y pinta la iniquidad de sus aliados mexicanos. Escrita por un francés, los personajes saben defender el credo liberal con brillantes, iluminados por el más ardiente patriotismo. Su lectura es capaz de convertir la causa de la República y del liberalismo, al más oscurecido enemigo. Y tal vez eso fue lo que Nolf se propuso.

¿Qué habrá ocurrido con el tomo segundo? ¿Se publicó como folletín de la *France Liberale*, o, en efecto, no llegó a escribirse? Son cuestiones todas éstas que quizá demos satisfacción en una próxima *Alacena*.

14 de abril de 1957

Paisajes y leyendas

Una reciente visita a Xalapa me ha llevado a releer las páginas que Ignacio Manuel Altamirano escribió, cuando en 1875 visitó la hermosa capital veracruzana. Publicadas en *El Federalista* de octubre a noviembre de aquel año, no fueron recogidas hasta nuestros días en un volumen; la primera vez en *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México*, por Ralph E. Warner (*Clásicos y*

modernos. Creación y crítica literaria, núm. 2, 1949), y luego en *Arquilla abierta, cartas y crónicas de Guillermo Prieto e Ignacio Altamirano*, por Ana Güido de Icaza, en 1951.

Algo curioso es que, hasta donde yo alcanzo a saber, nadie ha notado hasta ahora algunas particularidades que registran los textos usados por los dos recopiladores mencionados. En la breve Introducción escrita por Warner al frente de la segunda serie de *Paisajes y leyendas*, se asienta que *Emociones de viaje*, que tal era el título con que Altamirano publicó sus impresiones, fue tomado de *El Federalista*, donde apareció entre el 13 de octubre y el 13 de noviembre de 1857, sin ninguna otra explicación. De dicha nota pudiera desprenderse que los artículos recogidos por Warner, habían aparecido en aquel periódico tal como el recopilador los da a conocer, mas no es así, como podrá verse con sólo comparar esa versión y la que se recoge en *Arquilla abierta*, tomada de los recortes del periódico y guardados en el álbum de las señoritas Quiroz Pérez, xalapeñas, parientes de la señora Güido de Icaza, a no ser que las cartas de Altamirano a sus amigas fueran a su vez primeras versiones de los artículos que luego publicaría en *El Federalista*. Por un lugar de la carta de 31 de octubre parece desprenderse que Altamirano enviaba los recortes, pues dice: “A esta hora supongo que habrá U. leído cuatro artículos de las *Impresiones de viaje*, porque el 5o. aún no llegará. Probablemente, esta tarde o mañana la verá U.” Aparte la peculiaridad del título que no corresponde al que lleva en la recopilación de Warner, puede verse que Altamirano habla de ellos como artículos y no como cartas. Pudiera ocurrir, también, que enviaran los borradores, mas no parece probable. Pero, entonces, ¿por qué ese cambio de título? ¿Será un mero error, dada la premura con que siempre escribió Altamirano? No sería ése el único error, en la propia carta explica Altamirano que es Ruiz el apellido de don Agustín, y no Díaz como aparece. Volvamos a las *Emociones de viaje*. El señor Warner, por la nota transcrita, da por hecho que aparecieron en *El Federalista*. La señora Güido toma los textos que consigna del álbum de las señoritas Quiroz Pérez, sin mayor explicación. Pero, por el texto de la misma carta del 31 de octubre del 75, podemos asegurar que Altamirano enviaba a sus amigas los recortes de los artículos publicados. ¿Cuál es, entonces, la razón de la disparidad de los dos textos que cotejamos? ¿Dejó Altamirano ya preparada esa segunda serie, con todas las correcciones y ampliaciones que aparecen en la edición de Warner? Parece imposible, sobre todo si recordamos que Warner lamenta que el autor no hubiera podido llevar a cabo su intención de

formar los dos volúmenes que anunció en la edición de *Paisajes y leyendas*, del año de 1884.

De tal manera corrigió Altamirano las *Emociones de viaje*, o *Impresiones de viaje*, como él dice, que las que Warner aprovecha no sólo son más extensas, sino que se apartan en gran manera de las que la señora Icaza publica, además de que una versión comprende seis partes y la otra sólo tres, aunque las fechas son las mismas: del miércoles 13 de octubre al sábado 13 de noviembre de 1875.

Esa cosa sabida que Altamirano retocaba sus artículos como una manera de corregir las fallas de la improvisación. Así lo da a entender cuando escribe que “he introducido en ellos cambios notables, variando a veces el texto, o anotándolo en donde lo necesitaba”. Dicho para la primera serie de *Paisajes y leyendas* (1884), se aplicaba puntualmente en los artículos que constituyen la segunda publicada por Warner, como puede verificarse con una rápida comparación de las dos versiones. En rigor, faltan los artículos tercero, cuarto y quinto que estando en la segunda serie publicada por Warner, no se encuentran en el álbum que la señora Güido de Icaza obtuvo de sus viejas parientes de la ciudad de Xalapa. Por cuanto al texto, salvo tres o cuatro intercalaciones, es idéntico al tercer artículo contenido en el álbum de las viejas parientes de Ana Güido de Icaza.

Pero toca a Ralph E. Warner poner en orden este embrollo, que a lo mejor yo he venido a complicar con esta *Alacena*.

21 de abril de 1957

Francisco Salazar, escritor y librero oaxaqueño

Quiero recordar ahora a un escritor y librero oaxaqueño a quien tanto debe la cultura local: a Francisco Salazar, autor de algunos opúsculos y de una multitud de artículos biográficos, históricos y literarios. Como ocurre frecuentemente, de este literato se tienen muy pocas noticias, no obstante que vivió hasta los primeros tiempos del presente siglo y pudo destacar en la ciudad de Oaxaca, donde editó una decorosa revista literaria, *Prosa y verso*, de octubre de 1908 a septiembre de 1909, es decir, un año justo. En la propia ciudad fue dueño de la Librería Universal, circunstancia ésta que lo puso en contacto con la bibliografía local, que entonces comenzó a dispersarse. Salazar fue justamente

propietario por algún tiempo de un precioso documento que luego ha venido a parar, por fortuna, al “Archivo de manuscritos” del Museo Nacional: *Estadística del estado de Oaxaca*, formado por Enrique de Rassot de Lafond, por orden del gobierno, en 1857. No es aventurado decir que sin la vigilia de Salazar, el documento habría entrado a formar parte de la colección de William Gates que por aquellos años andaba cazando –quizá fuera mejor decir saqueando– el tesoro bibliográfico de Oaxaca.

Prosa y verso es de las muy contadas revistas literarias de provincia con decoro tipográfico y buen juicio en la selección de su material. Si otra cosa no supiéramos de su editor y propietario, ella bastaría para darnos una idea de sus gustos literarios y de sus afanes de publicista. Fue la publicación tribuna de los literatos locales más destacados de aquel tiempo y del inmediato anterior: Adalberto Carriedo, Herminio Acevedo, Manuel Martínez Gracida, Miguel Bolaños Cacho, Patricio Oliveros, y otros de menor renombre. No faltan firmas de otros escritores de México y del extranjero, principalmente de España: Amado Nervo y Rafael Ramos Pedrueza, alguna pieza literaria que yo sospecho como no recogida en volumen, entre los primeros; y Adolfo de Llanos y Alcaraz, Manuel del Palacio, Gustavo Adolfo Bécquer y Juan Valera, cuya *Pepita Jiménez* se publicó íntegra, repartida en las doce entregas publicadas.

Natural es que la mayor parte de las colaboraciones sean de la pluma del propio editor, ya con su nombre, ya con anagramas y seudónimos, como ese *Zacarías Kranslof*, como ese *Conde Oblonski*, con los que firma crónicas y gacetillas; sin contar las iniciales ZZZ y ZZ que si no corresponden a su nombre, no cabe duda que usaba. Con su nombre verdadero hay una veintena de trabajos: biografías de oaxaqueños notables, leyendas oaxaqueñas, artículos históricos y literarios, que reunidos con algunos otros, como los que recoge Andrés Portillo en *Oaxaca en el centenario*, por ejemplo, darían un volumen de gran utilidad para el mejor conocimiento de la literatura en Oaxaca, en verdad muy poco estudiada. Entre las síntesis biográficas se encuentran las de Miguel Cabrera, Nicolás del Puerto, Manuel Sabino Crespo, Bernardino Carvajal, y fray Francisco de Burgoa; son propiamente literarios los siguientes: “La virgen de Juquila”, “La calle de la desgracia”, “Un regalo de bodas”, “El águila de dos cabezas”, “Leyendas”, y “El loco griego”. Son históricas las siguientes piezas: “En memoria de Guerrero. Los restos del héroe”, “El terremoto insurgente”, “Un virrey burlado” y “Un litigio de antaño”.

Prosa y verso, según todos los indicios, sólo alcanzó un año de vida. En el número 12 aparece un “suelto”, en que el editor se duele del ningún éxito pecuniario de la publicación, y a pesar de que asegura continuarla, impulsado por las “palabras de aliento que nos dirigieron buenos amigos”, lo más probable es que aquella buena revista, “humilde manifestación de los deseos que nos animan para contribuir con nuestro grano de arena al adelantamiento intelectual de este terruño”, ya no volviera a salir.

A medio siglo de distancia, hemos querido dedicar a Francisco Salazar, obrero de la cultura oaxaqueña, este recuerdo, como un tributo a sus afanes y desdichas que, sin embargo, no alcanzaron a empañar el amor a su tierra natal, la idolatrada Oaxaca que decía Burgoa.

28 de abril de 1957

Recuerdo de México en Zorrilla

Cuando José Zorrilla volvió a España a mediados de 1866, se encontró otra vez en la miseria. Para aliviarla se le ocurrió algo que luego ha venido a ser recurso y arbitrio de los poetas: las lecturas públicas, para lo que tenía grandes condiciones, suficientemente probadas en México donde había sido lector de Maximiliano. No debió alcanzar fortuna en los primeros tiempos, porque algunos años más tarde, en 1871, solicitó la ayuda oficial para escribir un “Legendario histórico y tradicional español”, desde el Cid hasta la conquista de Granada que mejorara y amplificara el antiguo romancero. ¡Nada menos! Se quejaba el poeta de su pobreza, pues por encontrarse ausente de Europa, a “donde creía que Dios no lo dejaría volver”, cuando se promulgó la ley de propiedad literaria, no recibía sus beneficios, en tanto que enriquecía a sus editores a quienes había vendido a perpetuidad los derechos de su *Don Juan Tenorio*; situación que se agravaba por haber él perdido “la protección de un monarca extranjero, cuya existencia acababa de tener trágico fin”. El gobierno estimó justa la petición, pero no pudo satisfacerla por no existir antecedente de que hubiese pensionado, temporal ni vitaliciamente, a ningún poeta. José Zorrilla, con la jactancia, la soberbia y el orgullo que le fueron inseparables, arguyó que tampoco se había dado hasta entonces un poeta que hubiera producido tantos miles de versos dedicados todos a cantar las glorias, las creencias y las tradi-

ciones españolas. Pero, además, la pedía para obras futuras que no para obras publicadas, que creía malas. El gobierno volvió sobre sus pasos y le concedió una comisión ilimitada para que visitara bibliotecas y archivos españoles en Italia, en los que encontraría temas, a la vez que inspiración para su “Legendario”: las hazañas del infante D. Enrique, el Senador, las de los Borjas, las del Gran Capitán. En 1873, entregó el *Legendario del Cid* a Montaner y Simón, de Barcelona, quienes le propusieron una edición ilustrada por Gustavo Doré, pagándole cuarenta mil reales, por sólo dos años, después de los cuales el poeta podía hacer ediciones populares, si así lo quería. Pero —el pero que siempre acompañó a Zorrilla— sobrevino entonces una guerra civil: el gobierno redujo la mensualidad del poeta y la casa editora aplazó la publicación. Cánovas del Castillo no quiso abandonarlo, le abrió sus salones, lo presentó con la más escogida sociedad. Hizo algo más: interpuso sus influencias ante el Ministerio del que dependía su comisión, logrando que se le prolongara un año más, sin ninguna posible prórroga. El Ateneo Científico y Literario de Madrid lo recibió en su corporación, y como quizá se dudara de la existencia del *Legendario del Cid* se le pidió que lo leyera y lo sujetara a juicio del Ateneo. Su sección literaria escuchó embelesada los diecinueve mil versos de que consta el poema. Gran lector como siempre fue Zorrilla, el éxito no podía ser sino ruidoso, dando por resultado que las lecturas se hicieron públicas en el Teatro Jovellanos. Ese mismo éxito lo indujo a publicar el volumen *Lecturas públicas*, en 1877, una especie de libro-prospecto del *Legendario del Cid*.

Entre las poesías leídas por Zorrilla y luego recogidas en ese volumen, se encuentran dos de inspiración mexicana, escritas por el poeta cuando estaba de vuelta en España, después de 1866. A pesar de todo, no consigue mitigar aquel fervor que nuestra tierra le inspiró cuando estableció contacto con ella, más de veinte años atrás. Una se titula *Cabalgata mejicana* y otra *Jarabe mejicano*, asuntos que ya había tratado en prosa en *La flor de los recuerdos*. Aquel asombro ante los jinetes mexicanos, cantados por Juan de la Cueva, Bernardo de Balbuena y Alonso Ponce, se repite en Zorrilla. Aquellas cosas escritas con C: caballos, calles, casas, aquí están otra vez.

*No hay cabalgata en Europa
que las de Méjico iguale,
porque éstas son de boata
y bizarrísimos alardes.*

Y al final :

*Y esto es en lo que no tienen
seguramente rivales
y aquí es en donde campean
los mejicanos galanes...*

La otra composición no es menos reveladora de la imantación que hasta el final de sus días ejerció México en el ánimo de Zorrilla, aunque como con las rosas, cercadas de espinas. Es evidente el recuerdo de México y hasta el intento de remedar nuestro lenguaje, como puede verse en esa declaración por los diminutivos: arpita, jaranita. Y de repente, le viene a la memoria una estrofa con un verso que todavía se canta en el Jarabe:

*Y es el baile de la tierra
y opinión es general
de que ahuyenta toda cuita
y que tal virtud encierra
que los muertos resucita...*

Sí, el pobre, el veleidoso, el ingrato Zorrilla murió sin olvidar del todo a México.

5 de mayo de 1957

Llanto de Ralph E. Warner

Una carta de Carlos Ortigoza dirigida al librero y editor Rafael Porrúa, trajo la infausta noticia del fallecimiento de Ralph E. Warner, gran amigo de México y profundo conocedor de su literatura. Se ignoran las causas –dice el corresponsal– que lo hayan arrojado al suicidio. Y quizá se queden para siempre en la sombra, como ha ocurrido tantas veces, los motivos de la tremenda determinación.

Como era costumbre en el profesor Warner, siempre que gozaba de vacaciones, visitaba México; en el verano pasado lo hizo. Nuestro país ejercía

sobre su ánimo una suave atracción. Aquí tenía amigos y encontraba en nuestro ambiente motivos de recreo y de trabajo. Visitaba bibliotecas, públicas y privadas; se asomaba a archivos y librerías de viejo, se complacía en la visita de fondas y restaurantes populares, concurría a conferencias y representaciones teatrales, confundiendo con los espectadores. Justamente, la última vez que le vimos fue en la sabia conferencia que María del Carmen Millán dictó en la Sala Manuel M. Ponce sobre la novela en la época de la Reforma, capítulo éste en que Warner era autoridad indiscutible. Al final, cenamos en su compañía en el “Café de Tacuba”. Se le veía optimista, hasta donde es posible advertir ese estado de ánimo en un profesor norteamericano, erudito y con muchedumbre de días. El estudio de la literatura mexicana, principalmente la del siglo XIX, lo fascinaba. Y a ese tema volvía siempre que tenía ocasión —y cuando no la provocaba. Caso extraño, es que el estudio de las letras nacionales no era sólo por razón de sus trabajos de profesor de la materia, ni por mejorar su salario, sino resultado de una entrañable devoción por México y por sus letras en las que encontraba el medio más firme y seguro de amarnos y conocernos. En sus labios, el nombre de Altamirano, por ejemplo, aparecía envuelto en un halo de rendida admiración. En su pluma había siempre un temblor cuando escribía el nombre de México. Y de México y de las cosas de México hablamos aquella noche.

Me ha contado María del Carmen Millán que la víspera de su regreso a los Estados Unidos, comieron en su compañía en la “Fonda Santa Anita”. A la hora de los postres, tímidamente, manifestó que le gustaría oír música mexicana, tocada por un conjunto de mariachis. Lo primero que pidió fue el son jalisciense “La culebra”. A continuación, aún con mayor timidez, pidió que le tocaran algunas piezas de música popular, con preferencia las más viejas, valsos, corridos, rancheros y abajeños. Dice la señorita Millán que, al final, descubrió que Warner lloraba. Extrañada, le preguntó la razón de su llanto. El viejo profesor, secándose las lágrimas, contestó: “Lloro, porque ahora estoy aquí, en México, dichosos de escuchar estas dolientes y melancólicas canciones. Y mañana estaré lejos de ustedes, de México, al que quiero tanto.” No dijo más. ¿Qué tiene esta música, me pregunto yo, que lo mismo nos hace amar la vida que amar la muerte? ¿Quién no ha sentido, después de escuchar la música mexicana, un deseo de echarse a la calle en busca de la muerte? ¿Y quién, en ocasiones, después de escucharla, no quisiera que la vida se prolongara indefinidamente? ¿Cuál de estos sentimientos, me pregunto, precipitó

en el dolido corazón de Warner aquella tempestad de lágrimas? ¡Quién sabe! Todo eso quedará en el misterio.

Se sabe que su familia se reducía a su mujer y a un hijo que no era suyo, sino de un matrimonio anterior. Como es de rigor en la vida universitaria norteamericana, Warner estaba entregado devotamente a la enseñanza, al estudio y al cumplimiento de los deberes sociales del profesorado: recepciones, tertulias, despedidas, audiciones musicales y cuanto caracteriza la misión del profesor en aquel país, en que una multitud de cosas se encuentran ya establecidas. Debíó ser muy uniforme su vida, exteriormente tranquila y condicionada a la realidad ambiente, puesto que sus compañeros encuentran inexplicable su decisión final. “Se ignoran las causas –como dice Ortigoza– que lo arrojaron al suicidio.” Nunca las sabremos. Y los que tuvimos el privilegio de estrechar su mano y humedecer nuestro corazón con un mismo licor, vamos a tardar mucho tiempo en reponernos de la dolorosa sorpresa de su muerte.

12 de mayo de 1957

Canciones de la infancia

La proximidad de un regreso a mi tierra, hace que en estos días amanezca yo cantando canciones de mi infancia. Canciones muy viejas que no sé cómo llegaron a Juchitán, ni cuándo. Cosa mucho más extraña si se recuerda que no era el español idioma general de aquellos lugares, sino el zapoteco; situación que se complica si alguien recuerda que cuando yo aprendí esas melodías y esas letras, una gran mayoría de sus habitantes no sabía leer. Cuándo me pregunto cómo llegaron a mi conocimiento estos cantares, siempre llego a la certeza de que los debo a los mozos que huyendo sin duda del vecino estado de Chiapas, y quizás de Centroamérica, llegaron a trabajar a un pequeño rancho que teníamos junto al mar, muy al sur.

Puede ser. El hecho es que frecuentemente oía estas canciones en labios de personas que no sabían leer. Con eso se dice de una vez que sus letras están muy alteradas y a veces desfiguradas. Los textos que voy a aprovechar en esta *Alacena*, por tenerlos en la memoria y no haber querido deliberadamente consultar los libros en que se encuentran, registran esta particularidad. Sin preocupación cronológica las mencionaremos en seguida. Una, tal vez la más antigua, es el nocturno “A Rosario” de Manuel Acuña, una melodía y una letra

que todavía ahora se pueden oír en el Istmo de Tehuantepec, durante entierros y velorios. La popularidad que el desventurado poeta alcanzó por razón de su muerte prematura y en las circunstancias que el lector conoce, explica la boga que hace cerca de un siglo alcanzaron su nombre y su poesía y que algunas de sus composiciones se cantaran con música cuyos autores sería muy difícil identificar. La otra canción es la que se titula “Adiós” del propio Acuña. Como este poema no tiene la popularidad del “Nocturno”, proporciono dos estrofas para que el lector las pueda identificar:

*Después que un cruel destino
me ha hundido en las congojas
del árbol que se muere
crujiendo de dolor.
Tronchando una por una
las flores y las hojas
que al beso de los cielos
brotaron de mi amor...*

Y que concluye:

*Y adiós, mientras que puedas
oír bajo este cielo
el último, ¡ay!, del himno
cantado por tu amor...
Te vas y ya levantas
el ímpetu y el vuelo,
te vas y ya me dejas
paloma, adiós, adiós.*

Otra alcanzó, como las ya citadas, boga igual; es “María”, con letra de Jorge Isaacs. ¿Se acuerda el lector de la letra? Se encuentra en la inmortal novela. Transcribimos para su identificación, como en el caso anterior, la primera y la última estrofa.

*Soñé vagar por bosques de palmeras
cuyos blondos plumajes al hundir*

*tu disco el sol en las lejanas tierras
cruzaban resplandores de rubí*

*Ven conmigo a vagar bajo las frondas
donde las hadas templan mi laúd;
ellas me han dicho que conmigo sueñas
que me harán inmortal si me amas tú.*

¿Hace falta decir que la más “sentimental, sensible, sensitiva” de todas era aquella que se cantaba con el poema de Gustavo Adolfo Bécquer, “Las golondrinas”? Una canción que no ha podido irse y regresa como las golondrinas, cada vez que nuestra alma necesita volver a los días ya lejanos, ¡ay!, de la niñez.

Y una más, la que todavía ahora, en el momento menos esperado, torna a nuestros labios y a nuestra memoria, “La playera”, letra que Justo Sierra trajo entre sus papeles de su lejana península y que leyó en una de las Veladas en que Altamirano era pontífice. Recordará el lector que el resultado de haberla escuchado fue que Altamirano tomó bajo sus alas al joven cantor.

¿Cuándo quiere usted, amigo Gerónimo Baqueiro Fóster, que se las entone, para que haga con ellas una de sus sabias y emotivas crónicas? Son necesarias, según mi entender, para vislumbrar y entender el alma mexicana del pasado.

19 de mayo de 1957

Sergio Martínez, maestro rural

La celebración del día del maestro ha traído a mi memoria el nombre de un viejo profesor de la infancia: el de Sergio Martínez. Si el lector ha leído los cuentos de Rafael Barret, aquel ilustre escritor nacido en España, pero que hizo de América su verdadera patria, tiene la imagen de este héroe civil que ha dedicado las más brías horas de su vida a la enseñanza de los istmeños. Barret describe en una de sus dolientes narraciones, los sinsabores de un maestro a quien sus alumnos amargaron hasta la última hora de su muerte. Todo lo consiguieron, menos que el viejo mentor renunciara al menester de

la enseñanza. Ni las más crueles burlas, provocaron en su generoso corazón un impulso desdeñoso, ni lo llevaron a la más pequeña venganza. Cuando una mañana los alumnos lo encontraron muerto, pudieron advertir que las aulas estaban vacías, desolados los corredores, en fuga la alegría. Así Sergio Martínez. La falta de comprensión de sus alumnos, de sus compañeros de trabajo, de los habitantes del pueblo, —con frecuencia tan ciegos para medir la hondura y el tamaño de un sacrificio, sin duda porque son escasos— jamás lo apartaron del juramento que otorgó de servir a la niñez, cuando se graduó de profesor.

Es verdad que no era brillante; cierto que no era erudito. Pero también lo es que no aspiró a esa fama. Pero, en apego a la vocación, en amor al trabajo, en disciplina de sufrimientos, él ocupaba el primer sitio. Además, ninguna falta le hacía ser el más brillante y el más enterado de sus compañeros. Para cumplir con aquello que él consideraba su destino, con eso tenía. El pueblo de México ignora tanto que, hasta el que sabe poco, algo puede enseñarle. El pueblo de México tiene tal apetencia de saber que, hasta el más sabio, carece de sabiduría para enseñarle. De ese modo, lo mismo le enseña quien más sepa como el que más ignore. Y no quiero decir que entre estos últimos estuviera Sergio Martínez. Envolvía sus enseñanzas con un halo tan trémulo de emoción humana, que el niño que oyó sus lecciones no pudo advertir sino los latidos de su generoso corazón. De tal manera acompasaba sus sentimientos y su intelecto con la mente y el corazón de los niños, que estos no pudieron ver más que al hombre, quedando en un segundo término el profesor.

Muy alto, muy seco, su figura física más servía para ocultarlo que para mostrarlo en el barullo de aquella escuela primaria donde llegó a enseñar, apenas graduado. Su pequeña cabeza, tempranamente canosa, la nariz enorme y ganchuda, la manzana de Adán desmesurada, eran otros tantos motivos de burla. Ni siquiera por enterado se dio Sergio Martínez. Prefería, ya que no lograba pasar inadvertido, fingirse sordo ante tamañas incomprendiones. Cuando han pasado los años, su nombre y su figura quedan y su fama se agiganta. Porque así es la vida: el que persiste tiene razón.

El azar, que tantas cosas nos depara, me llevó a escuchar su nombre la otra mañana en una fiesta escolar: el gobernador de Oaxaca otorgaba a maestros que habían cumplido más de cuarenta y cinco años de servicio, un pequeño galardón. Entre los que lo habían alcanzado, estaba Sergio Martínez. Su nombre cayó en el vacío. Cuando al final del acto, el maestro de ceremonias anunció que el profesor Martínez no estaba presente, porque desempeñaba su

cargo en un punto lejano, tuvimos una nueva muestra de su apego a una tarea que en él revistió desde siempre con los caracteres de una misión. Ni porque era día de fiesta dedicado a los maestros, ni porque se trataba de recibir un premio, Sergio Martínez abandonó su pueblo ni a la niñez de su pueblo.

Recordando las lecciones de bondad y de amor que le oí, quise ahora dedicarle este recuerdo. Su persistencia en el magisterio, el nunca desmentido entusiasmo que ilumina sus tareas, son dignos de un canto sonoro y justifican que su nombre quede grabado en letras de oro en la memoria de los buenos oaxaqueños.

26 de mayo de 1957

Poesía de José Blas Santaella

Volvemos ahora a un tema que nos es particularmente predilecto: el de la poesía en Oaxaca. En *Alacenas* anteriores tratamos de dos poetas, José Blas Sánchez y Patricio Oliveros, como los únicos que hasta hoy se pueden considerar como dignos de la antología. La insistencia en el tema ha permitido descubrir algunas circunstancias que enriquecen el parentesco entre ellos. A la ya señalada de ser los nombres más destacados de la lírica oaxaqueña, se agrega esta otra, por demás curiosa; y es que algo de lo mejor de su escasa producción estuvo a punto de perderse, atribuida a otros poetas. En efecto, el soneto “A León XIII” de Oliveros, apareció entre los poemas de Alfonso Gutiérrez Hermosillo, publicados por sus amigos después de su temprana muerte. Sucedió que el autor de “Itinerario”, por vía de ejercicio, retocó el soneto de Oliveros, en verdad con algunos ripios que lo afeaban, aunque sin tocar su esencia, como ya lo señaló Federico Escobedo. Del libro de este último autor, *Flores del huerto clásico*, lo rescató Alfonso Méndez Plancarte y lo devolvió a su verdadero autor.

Por un desconocido mecanismo, el soneto de José Blas Santaella, “A la muerte”, aparece como obra de José Rosas Moreno, su casi contemporáneo. Sin embargo, no ha sido difícil reivindicar para Santaella la paternidad disputada; la favorecen dos cosas por igual elocuentes: el soneto se encuentra grabado a la entrada del panteón de Oaxaca desde las postrimerías del siglo pasado, y aparece en las poesías de Santaella, publicadas en 1880, año de su muerte, con un material preparado por el autor. Allí, en la página 212, del tomo II puede encontrarlo el curioso lector que así lo quisiere.

A la muerte

*Tú eres piadosa y justa porque igualas
en el silencio de tu sombra oscura
al mendigo, y al rey, y a la hermosura
tornando en polvo sus mentidas galas.*

*¿Por qué si el fin del padecer señalas
tiembla al mirarte el hombre con pavora?
¿Qué no sabe que se halla la ventura
bajo la dulce sombra de tus alas...?*

*Yo anhele la quietud de tu reposo,
pues una voz me dice que te espere
cual se espera a un amigo cariñoso.*

*He aquí, mi corazón, míralo, hiere;
yo no temo tu aspecto pavoroso,
porque algo siento en mí que nunca muere.*

Lo hemos querido transcribir para que alguno más enterado, más curioso, o más favorecido por la casualidad, encuentre y descubra los elementos que permitan aclarar cabalmente este pequeño problema de nuestra literatura.

2 de junio de 1957

El Mundo Ilustrado

Volver a las viejas revistas, detenerse en nombres olvidados, contemplar las ilustraciones, es uno de los más entretenidos, a la vez que provechosos pasatiempos. No sólo muestran la evolución de la sensibilidad, sino que en las viejas colecciones suelen encontrarse páginas olvidadas de nuestros más renombrados autores y a veces totalmente desconocidas de eruditos y especialistas. Y como con frecuencia nuestra incuria las convierte en verdaderas rarezas, no resulta ninguna exageración decir que todavía algunas de las revistas y

periódicos literarios de México no han rendido al estudio de nuestras letras el provecho que en ellos se contiene. La experiencia enseña que siempre que alguno vuelve a ellos, regresa con alguna perla, como el buzo de una de las hermosas divagaciones de José Ortega y Gasset. Cuando hemos querido organizar las obras completas de algunos de los grandes escritores mexicanos del siglo pasado, ha sido en las publicaciones de su tiempo, en donde hemos encontrado la mayor parte, y a veces, lo mejor de su producción. La escasez de esas fuentes, destruidas por el poco cuidado que hemos puesto en conservarlas, como ya está dicho, explica que nunca se pueda decir con certeza que la recopilación haya quedado agotada.

Todo eso hemos recordado y comprobado cuando hace algún tiempo cayó en nuestras manos un tomo de *El Mundo Ilustrado* que por su larga vida —últimos años del siglo pasado y primeros lustros del presente— recogió en sus páginas las primicias de poetas y escritores que luego llegaron a grandes figuras. Mucha de esa producción justamente por ser obra inicial, no pasó al libro y no ha podido después servir para la valoración final de sus autores. Así ocurre, ¿con quién, por ejemplo? Con Efrén Rebolledo, digamos. Un caso claro de esto es que en *El Mundo Ilustrado* encontró Francisco González Guerrero, el único cuento escrito por Ramón López Velarde, “El obsequio de Ponce”, publicado en el número 3 de *Las Letras Patrias*. Es cierto, dijo González Guerrero, que “La necesidad de Zinganol” pudiera considerarse como una exquisita muestra en el género, si no prevalecieran allí, sobre las facultades del narrador, los caprichos del poeta convertido en pequeño filósofo. De esta guisa pueden quedar todavía en la olvidada revista, más de una sorpresa. El ensayo de Francisco Navarro Ledesma que voy a señalar es una de ellas. Se titula “Francisco A. de Icaza” y fue publicado el domingo 4 de julio de 1897, en la sección Poetas Americanos, en la que apareció uno sobre Rubén Darío y la escuela modernista, a mi entender todavía no aprovechado. El ensayo sobre Icaza es muy interesante, por más de una razón. Lo primero es que a su juicio, el poeta mexicano no tenía nada de su país de origen, en lo que se equiparaba a Ramón de Campoamor y a Gustavo Adolfo Bécquer, entre los poetas españoles, y a Heredia el mozo, autor de *Los trofeos*, entre los hispanoamericanos “de quienes puede afirmarse que no tienen nacionalidad determinada, ni por su espíritu ni por el idioma en que escriben”. Francisco A. de Icaza nació en México... y nada más. De los poetas mexicanos que Navarro Ledesma conocía, a ninguno se parecía el autor de *Efimeras*. ¿Era mejor? ¿Era peor? Era, sencillamente, distinto. Un

poeta esencialmente latino, por su educación artística, por sus viajes, por sus aficiones y gustos, y por su temperamento, eso era Icaza para el autor. No encontraba en las poesías que de él conocía, el más leve rasgo que denunciara el origen americano. La fantasía poderosa, pero pronta a descarriarse; el tono oratorio, pero en general, no muy vibrante ni muy enérgico; el prurito de diluir las ideas y los sentimientos en verdaderos océanos de palabras sonoras; el empleo de los lugares comunes del pseudo-clasicismo barroco, grato a los poetas españoles y franceses de principio de siglo; los súbitos arranques de odio contra la patria española, y los ditirambos rimbombantes en loor de éste o aquél libertador que son, para Navarro Ledesma, caracteres de la poesía hispanoamericana, no se dan en Icaza, “poeta moderno, con el más refinado modernismo”. Lejos estaba el poeta mexicano de la inoportuna imitación de los poetas ingleses y alemanes, así como del infeliz intento de adaptarlos a las formas clásicas aprendidas en la escuela de Caro, de Bello y de Olmedo; el *dilettantismo* artificial que inspiró a muchos jóvenes poetas americanos ciertas malsanas y confusas admiraciones, haciéndoles preferir, *verbi gratia*: Charles Baudelaire a Alfredo de Musset, John Keats a Lord Byron, y el moderno Lorenzo Stecchetti a Giacomo Leopardi, y enamorándose de lo peorcito de Víctor Hugo, y de lo menos meritorio del gran Gaspar Núñez de Arce, caracteres de la modernísima poesía hispanoamericana, no rezaban con Icaza, opinaba Navarro Ledesma. Pero todo esto no quería decir que fuera un poeta español, de pura casta, aunque escribiera en castellano magnífico, como quien se educó en lecturas clásicas. Y tras de hacer un breve, pero entusiasta examen de sus poemas, concluye que es un poeta latino, “en quien la influencia de los clásicos antiguos y de los españoles, y muy particularmente la de algunos modernos poetas italianos, ha formado una personalidad marcada e independiente, distinta de las que más significan y representan hoy entre nosotros”.

16 de junio de 1957

Otra versión de “La Delgadina”

¿Cuándo vino a México “La Delgadina”? A América, como otros muchos romances, ya lo ha dicho Ramón Menéndez Pidal: vino en la mochila de los conquistadores. Eso explica que en toda la extensión de las colonias hispanoamericanas se

la pueda encontrar en distintas versiones y variantes. Pero no sólo eso, se le encuentra ihasta en Islandia!, ha exclamado Alejo Carpentier. ¿Cuándo llegó “La Delgadina” a México? Llegó a México formando parte de los arreos de los soldados de Cuba, en la voz de Ortiz el músico o en la de Bernal Díaz del Castillo, hombre nutrido de la tradición oral española. Desde que lo dijo Pidal, todos han repetido que los soldados de la Conquista solían hablar en romance, que daba de sí para todas las ocasiones. Con refranes y con romances solían conversar los conquistadores mientras sus caballos medían la abrupta sierra mexicana, escalaban las montañas y recorrían la pampa, perdida en su grandeza. Por eso, nadie busque influencia de un país americano en otro, en lo que toca a canciones y romances y poesía popular, porque todos son deudores de los soldados de la Conquista, sino que en algunos sitios fueron olvidados.

Las variantes de “La Delgadina” son innumerables y cada día, ahí donde menos se espera, salta ante nuestros ojos, como vamos a ver. En un pueblecito del Istmo de Tehuantepec, llamado Ixhuatán, por ejemplo, escuché una de estas variantes que a veces, cuando vuelvo los ojos a mis niñeces, canto en reuniones y fiestas familiares. Ixhuatán es un pueblito, muy viejo, aunque Berendt haya dicho el siglo pasado que tenía años de haber desaparecido. De él nos habla a fines del siglo XVI, fray Alonso Ponce en su *Breve relación del viaje a Nueva España*. Izoatlán escribe el curioso fraile. Perdido en el Istmo de Tehuantepec, sin comunicaciones, habitado por razas diversas como los zoques, huaves, zapotecas y mixes, según Ponce, tuvo desde muy temprano fraile dominico que los adoctrinara y les enseñara la lengua española. Ese fraile que en la Cuaresma de 1586 dijo la misa en Ixhuatán con la asistencia de fray Alonso Ponce, Antonio de Cibdad-Real y su otro acompañante, debe haber enseñado a los habitantes del pueblo romances y canciones y refranes que, bien memorizados, les sirvieran para conversar, aunque a veces no alcanzaran bien a bien el sentido de las palabras.

Pues allí, en Ixhuatán, ahora ya sólo poblado de hombres que suelen ser trilingües –español, zapoteco y huave– escuché esta versión de “La Delgadina” creo que hasta ahora todavía no aprovechada por las personas a quienes he proporcionado la letra y la melodía. Como es frecuente, el nombre varía, llamándose aquí “Margarita”. La melodía, en cambio, es muy próxima a la que generalmente se conoce en México, en España y América:

*¡Margarita! ¡Margarita!
de cabellos tan rizados,*

*dale un consuelo a tu amante,
quítale lo pasionado.*

*Desde aquí te estoy mirando,
sentadita en tu ventana,
hermanita de la luna,
lucero de la mañana.*

*Del cielo cayó un pañuelo
bordado con seda negra,
aunque tu mamá no quiera
siempre ha de ser mi suegra.
¡Margarita! ¡Margarita!
Ya se va tu enamorado,
este pobre caminante,
se va muy apasionado.*

¿Qué dicen de esto, amigo Gerónimo Baqueiro Fóster, amigo Vicente T. Mendoza?

23 de junio de 1957

El cuento del loro Lorenzo

Habla Baldomero Jiménez, indio de Juchitán, hombre sin letras y sin lengua española, sino la suya natural, el zapoteco. “Hace mucho tiempo –porque ésta no es una historia de ayer, sino muy vieja– era yo cazador, por ese gran monte que está por el rumbo de la gran agua, que es como llamamos a la montaña y al mar.” Sucedió, pues, que un día, al volver de mi trabajo, divisé a un loro en el momento de salir del nido que había hecho en una palmera en el hoyo que en esos árboles hace el pájaro carpintero. Colgué de una horqueta mi machete, mi arma, mi morral y unas piezas –dos conejos, unas iguanas y unas chachalacas– que había logrado ese día, y me subí al árbol. Gritaban como enloquecidos los loros del contorno. Cosa extraña, sólo encontré un pichón, cuando es común que sean por lo menos dos los que en cada nido se encuentren.

Precioso estaba el animalito, ya emplumado, próximo a volar. Me retozaba el corazón de alegría. Me imaginaba la cara que iban a poner mis hijas y mi mujer cuando llegara a casa. Pero no fue así. Vivía entonces a la entrada del pueblo una viejita que enseñaba a rezar a los niños, porque como sabes aquí en nuestro pueblo, rezar es un trabajo muy lucrativo, sin duda por lo que se parece al del cura. También, por eso mismo, todos respetaban a la anciana Camila –que así se llamaba– y no había cosa que no hicieran por tenerla contenta. Por halagarla, le mostré el lorito que en el fondo del morral retozaba entre unas hojas frescas. Verlo y pedírmelo fue una sola cosa. Al principio resistí replicando que era un viejo encargo de mi hija la menor, de la *xuncu*. Pero la rezadora insistió diciendo que mi hija, que era su alumna, no diría nada. Pues ahí tienes que queriendo y no queriendo, le dejé la prenda.

Pasaron los días. El loro creció hermoso, prisionero en una jaula que colgaba de una higuera que sombreaba el patio de la casa de la señora Camila. Atento a las lecciones, inclinaba la cabeza de un lado a otro, tal como si pusiera su mayor empeño en no perder una palabra, en memorizar la música de esas plegarias con que enterramos a nuestros muertos. Tan humilde, tan manso se mostraba, que su dueña decidió darle libertad, con el solo cuidado de cortarle las alas de cuando en cuando. Y ahí vivía el loro, perdido entre las ramas de la higuera, como un miembro más de la familia y del plantel. Haz cuenta que era un abogado, o uno de esos políticos, por la algarabía que armaba durante las lentas y perezosas horas de la tarde, así que las niñas se iban, el patio entraba en reposo. A gritos reclamaba su chocolate, como llamaba el pobre a un poco de café chirle, en el que flotaban unos trozos de totopoxte que le daba su dueña.

Como si de pronto enloqueciera, como el alcaraván con el que compartía los amores de la vieja, gritaba hasta desgañitarse una ensarta de incongruencias, al igual que el abogado y el político que te he dicho. El prestigio de doña Camila era grande. No había entierro de postín que no contara con ella, para cantar aquellos rezos tan lindos, que hasta parecían los cantos del cura en día de misa, esto es, el domingo. No había agonizante que no contara con ella para encaminarlo, que para eso se llamaba Camila, pues según he oído decir, Camilo es lo mismo que “camino”, y Camila lo mismo que “camina”. Tal vez por sus muchas ocupaciones, a la buena señora se le pasó cortarle las alas a su loro y un día emprendió el vuelo, ante el azoro y el llanto de maestra y alumnas, parientes y vecinos. En un abrir y cerrar de ojos ganó el horizonte y volvió a su montaña natal. Porque, como tú sabes, Andrés, los animales, como los

hombres, nunca olvidan su nido, digo, el lugar donde nacieron, así como tú, que por muy contento que estés en otras tierras, incluso más hermosas que éstas, de cuando en cuando regresas. Así el loro volvió con los suyos, que lo recibieron con grandes muestras de curiosidad y de respeto, pues venía de tratar a los hombres.

Pasaron los días, las semanas y los meses pasaron. Y un buen día, a la hora en que doña Camila impartía la lección, le sorprendió algo así como si el eco de sus palabras rebotaran en el ramaje de la higuera. Al principio, pensó que fueran esas entidades malignas y chocarreras que durante las noches se complacen en imitar las voces y los quebrantos de la gente, pero desechó de su cabeza la idea: era pleno día y el *bixe* –que así se llama– sólo trabajaba de noche y, además, aquellas voces eran claras, reales, venían de muy cerca. Doña Camila salió al patio, seguida de la turba de alumnos. Y cuál no sería su asombro y su alegría, al ver que, en las ramas de la higuera, otra turba, ésta de loros, rezaba el Padre Nuestro.

Doña Camila le afeó a “Lorenzo” su proceder. Primero, el abandono de su casa, y ahora, tal sacrilegio.

–¿Qué quieres?– dijo el lorito encaramado en la rama más alta. ¡Yo también he puesto escuela!

30 de junio de 1957

La moraleja del cuento de loros

Deliberadamente dejamos la *Alacena* de hace ocho días sin comentario y sin moraleja. Queríamos transcribir, ajustándonos lo más posible al genio de la lengua zapoteca, el cuento de loros que le oímos a Baldomero Jiménez en nuestro último viaje a Juchitán. No obstante, el cuento se vio anticipado de unas cuantas líneas encaminadas a situarlo. Por eso volvemos ahora al tema para consignar las reflexiones que origina.

La fábula, como puede verlo el atento lector, no es nueva y se cuenta en otros lugares del país, y sin duda en España y en el resto de América. En este mismo lugar hemos recordado un cuento del General Vicente Riva Palacio, construido sobre tema idéntico: el del loro que vuelve a la selva y allí pone una escuela y enseña a leer a sus semejantes. El cuento titulado “El buen

ejemplo” se encuentra en los *Cuentos del General*, publicado en Madrid, a fines del siglo pasado, y luego recogido en la *Antología de cuentos mexicanos*, ordenado por Bernardo Ortiz de Montellano, y dado a la estampa, también en Madrid, en el primer cuarto de este siglo. Riva Palacio oyó la fábula cuando operaba en la tierra caliente de Michoacán, como soldado de la República. Una primera versión de esa fabulilla puede verla el lector en la semblanza de Juan A. Mateos contenida en *Los Ceros* de Riva Palacio publicado en esta ciudad en 1882. Baldomero Jiménez, el narrador indio, no ha salido nunca de su pueblo, ni habla una palabra de español. ¿En dónde, pues, oyó la historia? Sin duda que la oyó de sus abuelos, quienes a su vez la oyeron de los suyos. Pudiera ser de invención india, aunque también de invención española. Nada imposible es que zapotecos y purépechas, por su propia cuenta, ante realidades semejantes, inventaran parecida historia. Pudiera ser. Pero el hecho de que Baldomero Jiménez narrara, entre otras, una historia cuyo personaje es la princesa Micomicona, que se encuentra en Cervantes, aunque sólo eso tengan de común, autoriza a pensar que aquí, como en otros casos, la fuente de estas fábulas, narraciones y cuentos, sea la tradición española, repartida de viva voz por sacerdotes y soldados en toda la extensión de nuestra tierra.

Los dos cuentos —el de Riva Palacio y el que transcribimos en la *Alacena* aludida— son en lo esencial idénticos. La diferencia está en que en el uno, el loro enseña a sus congéneres a leer, y en el otro, a rezar. También se diversifican en que el uno contiene moraleja —distinta en las dos versiones: en la de *Los ceros* y en la de los *Cuentos*— y el otro carece de ella. Riva Palacio, hombre que escribe siempre a favor de algo, no pudo sino consignar sus credos políticos en la moraleja con que remata las dos versiones de su cuento. Vale la pena transcribirla.

He aquí la primera: “Yo he tenido ganas de hacer de este cuento, una fabulilla, y la moraleja, que por supuesto debe ser en verso, ha de decir: “Dios nos tenga de su mano, el día en que muchos de nuestros literatos abran escuela.” No olvide el lector que esto se encuentra al final de la semblanza de Mateos, hombre locuaz y orador de abundante estro. La otra reza así: “Desde esa época, los loros de aquella comarca, adelantándose a su siglo, han visto dispersarse las sombras del oscurantismo y la ignorancia.”

Con estas divagaciones, creemos que la *Alacena* del domingo pasado cumple la intención que la inspiró.

7 de julio de 1957

Otra versión de *A Cristo crucificado*

Aunque algunos maestros –Alfonso Méndez Plancarte, Antonio Castro Leal– aceptan que fray Miguel de Guevara es el autor del famoso soneto “No me mueve, mi Dios, para quererte”, otros –Alfonso Reyes, Marcel Baillon– ponen en duda esta paternidad. Parece como si, a pesar de todo, la reflexión de Marcelino Menéndez y Pelayo, en el sentido de que el autor del famoso soneto quedará para siempre en la oscuridad, siguiera teniendo vigencia. Abundan las razones que trabajan contra el intento de establecer su paternidad. Entre otras muchas, está la de su inmensa popularidad en el siglo XVI, entre frailes y misioneros de México y del resto de América. De tal suerte que el haberse encontrado entre los escritos de fray Miguel de Guevara, no es razón concluyente para darlo como obra suya. En otros muchos papeles de los misioneros, que luego el tiempo ha destruido, el soneto debió aparecer como norma y guía espiritual; en gramáticas, vocabularios, confesionarios que usaban los frailes y misioneros, durante los primeros años de la conquista espiritual de México, y que en su gran mayoría no llegaron a imprimirse. Asimismo, es seguro que los catecúmenos lo memorizaran y lo repitieran, tal vez sin alcanzar ni su sentido ni el significado de las palabras. La gran cantidad de variantes que de él existen, acredita esta afirmación, como también sus diversos títulos: “A Cristo crucificado”, “No me mueve, mi Dios, para quererte”, “Acto de contrición”, etc. Entre los autores a quienes ha sido atribuido, se cuenta fray Pedro de los Reyes, atribución que a mi entender hace por primera vez Alfonso Méndez Plancarte, aunque sin razonarla. Cuando encontré esta atribución –Introducción a *Poetas novohispanos*, primer siglo (1521-1621)– creí reforzar la sospecha de que uno de los probables autores del soneto fuera fray Gaspar de los Reyes, confundiéndolos de momento, pues en un ejemplar de *Arte de las lenguas, Cerrana, y del Valle Careados, y numeradas sus reglas, al margen, para la nota de su similitud y diferencia, dispuestos y ordenados*, por el R. P. Fr. Gaspar de los Reyes Comio del Sto. Offo., año de 1700. En la falsa portada aparece la versión del poema en caligrafía de fines del siglo XVII.

Quiénes fueron Pedro de los Reyes y Gaspar de los Reyes será motivo de una nueva *Alacena*. Ahora sólo daremos a conocer la versión aludida con las variantes que registra, respetando su ortografía y puntuación, no así sus abreviaturas:

*No me mueve, Señor, para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en esa Cruz y escarnecido
muéveme el ver tu cuerpo tan herido
muévenme tus afrentas y tu muerte*

*Muéveme al fin tu amor de tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera
porque aunque quanto espero, no esperara
lo mismo que te quiero, te quisiera.*

14 de julio de 1957

Goitia y Urbina

Francisco Goitia me ha contado que, a principios de siglo, don Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, organizó y presidió un homenaje a Santiago Rebull, pintor que todavía no sabemos si era mexicano o español de Cataluña. Con aquel homenaje, Sierra quiso ligar el nombre del pintor con la cultura artística del país, otorgándole el primer perdón por haber pintado al archiduque Fernando Maximiliano de Austria, el aventurero que soñó levantar en estas tierras un trono. En ese acto, participó Luis G. Urbina, cubriendo un número del programa. Era el poeta todavía muy joven, pero ya próximo a alcanzar la imagen que de él había anticipado Sierra en el prólogo a sus primeras poesías. Como era frecuente en aquellos días, Luis G. Urbina, a la manera de Manuel Gutiérrez Nájera, no rehuía la musa cívica y llegada la hora, le daba hijos. Cuenta Goitia que Urbina dijo, con el temblor y entonación

inseparables de todo lo hondamente sentido, un bello canto en honor de Santiago Rebull. Mucho debió impresionar al gran pintor mexicano la presencia física del poeta, puesto que años más tarde, al realizar los dibujos que iban a servir de ilustración a la obra de Manuel Gamio sobre Teotihuacán, le vienen a su lápiz las líneas de su rostro. Quien haya visto la exposición que ahora se encuentra abierta en una galería citadina, podrá decir si es verdad o no lo que digo. Pero si Goitia no olvidó los rasgos fisonómicos del autor de *Puestas de sol*, sí los versos de aquel homenaje, aunque no de modo tan absoluto como para que no recuerde alguno de ellos. ¿Qué se hizo este canto de Urbina? ¿Lo dejó en manos de Justo Sierra, una vez terminado el acto? O, como no era extraño en los hábitos de entonces, ¿apareció publicado en alguno de los periódicos que luego su escasa vida ha convertido en rareza bibliográfica? ¡Quién sabe! Lo cierto es que, por lo que conozco de la obra poética de Urbina, puedo decir que nunca me he topado con él. Desde luego, no creo que se encuentre en sus *Poesías Completas*, publicadas por Antonio Castro Leal.

Por si alguno con suficiente curiosidad y tiempo necesario, se empeñara en localizarlo, vamos a transcribir a continuación algunas de las líneas que Goitia recuerda:

*Rendido de cansancio
por el camino iba*

Parece que estos fueron los versos iniciales a los que seguían estos otros:

*Y al veros tan distantes
os saludó de lejos con su postrer sonrisa*

Luego estos otros que parecen ser los últimos

*Amaste la belleza y el bien
ésta es tu casa...*

La casa a que alude el poeta es, como ya lo habrá podido adivinar el lector, la Academia de San Carlos, en cuyo patio tuvo lugar el homenaje.

¿Qué tal si usted, amigo Ernesto Mejía Sánchez, ahora que está revisando los periódicos de fines del siglo pasado y principios de éste, diera con el poema?

Francisco Goitia lo califica de muy hermoso y podría ayudar a completar la imagen de Urbina, considerado como cantor cívico.

21 de julio de 1957

Las cosas en su punto

Hemos venido diciendo desde la primera *Alacena* (17 de junio de 1951) que estaban escritas a la manera fernandezlizardina, esto es, aprisa, sobre las rodillas, con un pie en el estribo, a vuela pluma, como luego se dice. Con ello nos anticipábamos a pedir disculpas por los descuidos de estilo, por las omisiones de detalle, por los errores de citas –títulos completos o alterados, versos no recordados literalmente– cosas todas ellas inseparables de la improvisación y de la demasiada confianza en la memoria. Falta señalar también que en estos peligros se encuentra el plagio, que don Justo Sierra, quizá curándose en salud, o aludiendo a sus amigos, consideró como un mal inseparable del periodismo.

En la *Alacena* anterior –21 de julio– al referirnos al poema que Luis G. Urbina leyó durante los funerales del pintor Santiago Rebull en 1902, dijimos que el poema no había sido recogido en las *Poesías Completas* publicadas por Antonio Castro Leal, con lo cual cometimos un lamentable error, debido indudablemente a que el poema no alude en absoluto al pintor, sino en el título que es el siguiente “A los discípulos del maestro Rebull”, el cual se encuentra en las páginas 236-239, del tomo primero. Los versos que el pintor Francisco Goitia recuerda del poema sirven para identificarlo plenamente. Por cierto que Goitia recuerda con fidelidad los versos que citamos, aunque aisladamente.

Puesto en este camino, conviene que ya no deje sin aclarar que a propósito de Luis G. Urbina, en una *Alacena* de hace mucho tiempo afirmamos que la letra de una canción que se canta en provincia (*Yo soy muy pobre pero un tesoro/ guardo en el fondo de mi baúl*, etc.) no era suya, siendo lo contrario; sino que la canción comprende unas tres estrofas bastantes desfiguradas, así como que el título no corresponde al original. En efecto, el poema se encuentra en *Ingenuas*, primer libro del poeta, bajo el título de “A solas”, que en la canción aludida se convierte en “La cajita”. Tan alterada se encuentra esta letra que pudiera decirse pieza aparte y obra anónima.

¿Leí en un libro, oí cantar o recitar la siguiente estrofa?

*Yo soy un viejo que no me azoro
de nada, amigos. Me fui a Estambul,
de vuelta traje un tesoro:
una brillante cajita de oro
que ata un hermoso listón azul.*

Y ahora después de entonar la palinodia, pido a los lectores que en ésta como en ocasiones futuras, pongan las cosas en su punto.

28 de julio de 1957

Acopio de sonetos castellanos de Roa Bárcena

Algo que no deja de llamar la atención, es que durante el siglo pasado, con mayor frecuencia que en nuestros días, algunos escritores gustaban de las ediciones limitadas, limitadísimas. Las razones que explican este fenómeno son muchas, pero sin duda la más señalada es aquella vana idea de que la cultura estaba reservada a unos cuantos, y que eran suficientes unos cuantos ejemplares, para atender al grupo privilegiado que la hacía y la gozaba. De no ser así, ¿cómo es posible que libros de tan extraordinario valor, como algunos de los que editó Joaquín García Icazbalceta, aparecieran en ediciones de unos cuantos ejemplares? Razones de dinero no pueden ser, puesto que aquel hombre era rico y dedicó parte de su fortuna a la adquisición de papeles relativos a la cultura mexicana, y a su edición. Además, el dinero empleado en ediciones lujosas, nos prueba que no era el propósito de ahorro, sino quizá eso que acabamos de apuntar; la certeza de que si el libro llegaba a las manos de unos cuantos que tenían la fortuna de aprovecharlo, toda otra consideración quedaba pospuesta. Entre las ediciones limitadas, limitadísimas, del siglo pasado, se encuentra la del *Acopio de sonetos castellanos*, de José María Roa Bárcena, del año de 1887. La edición, limitada a sesenta ejemplares, fue, desde que apareció, una joya de nuestra bibliografía. Algunos ejemplares fueron enviados a España, para muchos, entonces y ahora, la sola capital de la cultura hispanoamericana. No es remoto que algunos de esos ejemplares hayan vuelto con

los años a México. Tan escasa es la obra que son muy contados los bibliófilos mexicanos que puedan ufanarse de tener uno en sus bibliotecas.

Roa Bárcena redacta unas notas, que él llama “de un aficionado”, para situar las piezas que reúne dentro de la historia y evolución del soneto castellano. Escribe, asimismo, un breve ensayo sobre el género, que puede leerse con provecho, dado que su autor era un hombre de abundante y selectísima cultura literaria. Las notas que acompañan a cada soneto, tienen mucha de aquella manera de ejercer la crítica que consiste en localizar en las piezas juzgadas toda clase de faltas contra las leyes del género y la gramática. Sin embargo, son provechosas, pues siempre consignan una información curiosa y oportuna. Sobre algunos de ellos, escribía Roa Bárcena breves estudios de su autor, en los que se evidencia el dominio que tenía del tema. El ejemplar que poseo registra, encima de las observaciones del antólogo, algunos comentarios manuscritos, referidos a la calificación de las piezas y sobre algunas de sus particularidades. Por esas notas y la caligrafía, sospecho que el ejemplar haya pertenecido a alguno de los maestros españoles, a cuyas manos pudo llegar.

La nómina de poetas seleccionada comprende desde Juan Boscán, Garcilaso de la Vega, fray Luis de León, Fernando de Herrera, Lope de Vega, Luis de Góngora y Francisco de Quevedo, hasta los poetas del último cuarto del siglo pasado, incluyendo a los del siglo XVIII. La lista incluye nombres de poetas hispanoamericanos y, desde luego, mexicanos, entre quienes se pueden señalar a Sor Juana, Anastasio de Ochoa, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Alejandro Arango y Escandón, Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Orozco, Ignacio Ramírez, Juan Valle y Manuel M. Flores.

En la nota con que el compilador se despide, nos entera que, de libros como el suyo, no se podrá decir nunca que queden terminados; que lo ha formado en ratos de ocio, sin mayor espíritu de investigación, y prevé que alguna vez pudiera reaparecer agrandado para bien de la historia literaria.

No terminemos sin señalar al lector no especializado que entre los sonetos seleccionados se encuentran el celeberrimo que se atribuye a fray Miguel de Guevara, bajo el título de “Acto de contrición”. El antólogo encuentra en él resabios de “quietismo”, aunque la nota manuscrita de su dueño primitivo lo califica de “ascético”. Roa Bárcena, señala como su defensa capital, la ampliación y repetición de su idea esencial.

¿No habrá alguien que, tras de ampliarlo, hiciera del *Acopio de sonetos castellanos* una segunda edición? Sería verdaderamente provechosa. En verdad que el poeta Francisco González Guerrero ha hecho algo parecido, pero no precisamente dentro de la tendencia con que lo hizo don José María Roa Bárcena.

4 de agosto de 1957

Flores del siglo

¿Cuántos libros publicó Ignacio Cumplido? ¿Cuántos son, pues, nuestras antologías, ramilletes, florilegios, cármenes y álbumes? Preguntas son éstas que siempre se pueden formular, ante las sorpresas bibliográficas que de cuando en cuando nos salen al paso. Sobre las antologías mexicanas, hace años que trabaja Clemente López Trujillo, aunque hasta ahora permanezcan desconocidos los resultados de este trabajo. Por lo que toca a la nómina de libros con pie de imprenta de Cumplido, ignoro si alguno está empeñado en ella. Si la primera es una tarea larga –y todo lo largo es difícil, decía Federico Nietzsche– la otra no es sólo larga sino rodeada de mil peripecias. Porque, ¿cómo completar la nómina de los libros publicados por Cumplido, si muchas de las obras que editó en folletín se destruyeron antes de formar volumen?

Tema es éste al que hemos vuelto ahora al encontrarnos con una de esas rarezas de nuestra bibliografía: *Flores del siglo. Álbum de poesías selectas de las más distinguidas escritoras americanas y españolas* coleccionadas por Juan E. Barbero, cuyo tomo primero, único que al parecer se publicó, data de 1873. El *Álbum* forma parte de una de las muchas bibliotecas que durante la época se publicaban en esta ciudad; de la Biblioteca del *Eco de Ambos Mundos*. Barbero, como lo hemos recordado en otra *Alacena*, trabajó sobre este tema por lo menos en otra ocasión: en unión de Juan de Dios Peza dio a la imprenta en las postrimerías del siglo pasado otro florilegio de poetas jóvenes. “Las poesías que empezamos a publicar hoy –dice el prólogo–, son las más hermosas producciones de casi todas las poetisas americanas y algunas españolas; son los cantos de paloma que a la mujer inspiran los reflejos de nuestro sol de fuego y los valles cubiertos de verdura.” Destinada a reunir las mejores producciones de las poetisas americanas y algunas españolas, este primer tomo, sin embargo, se

integra con poetisas americanas, con preferencia de México. Algunas de estas poetisas españolas, en efecto, aparecen en el tomo que motiva esta *Alacena*, entre las que se puede identificar a Carolina Coronado y a Pilar Sinúes. Las demás, como ya esta dicho, son hispanoamericanas. Vale la pena transcribir el índice de *Flores del siglo*: Rosario Álvarez, Rosa Arbile, Mercedes Arus, Josefina Heraclia Badillo, Refugio Barragán de Toscano, Joaquina G. Balmaseda, Baronesa de Wilson, Eladia Bautista y Patier, Guadalupe Boronat, Ana María Cabrera, Ignacia Calderón de García, Isabel Campos Arredondo, Dolores Candamo de Rosa –léase Roa–, Rosa Carreto, Úrsula Céspedes de Escanaverino, Rita Celestina Gutiérrez, Carolina Coronado, María del Carmen Cortez, Dolores Cuesta de Miranda, Carmen Díaz, Rosa Durán, Sofía Esteves y Valdés, Cristina Farfán, Amalia Fenellosa, Flérida, Pilar García Godino, Concepción García, Blanca de Gasso y Ortiz, Julia B. Golquena, Gertrudis Gómez de Avelleda, Carmen González, Dolores Guerrero, María Gómez Salazar, María Herrera, Hija del Damují, Carolina F. Jaime, Elisa Lestache y Durán, Ramona Macías García, Soledad Manero de Ferrer, Ángela Mazzini, Luisa Muñoz Ledo, Carolina O’Horan, Hermelinda Ormaeche y Begoña, Adelaida S. de la Peña, Julia G. de la Peña. Purificación Pérez Gaya, Josefina Pérez, Julia Pérez Montes de Oca, Narcisa Pérez, Luisa Josefina de Zambrana, Isabel Prieto de Landázuri, Isabel Poggi de Llorente, Josefina Ramos de Castillo, Ángela Riba Aguilera, Pía Rirgan, Catalina Rodríguez, Prisca Sandoval Peniche, María de Santa Cruz, Concepción Saralegui, Encarnación Sariñana, Martina Sierra de Poo, Micaela de Silva, María del Pilar Sinúes de Marco, Elvira Solís Creppi, Gertrudis Tenorio Zavala, Esther Tapia de Castellanos, Manuela L. Verna, Catalina Zapata y Rosario Zapater.

Desgraciadamente, el antólogo no consignó ningunos datos bibliográficos de las poetisas seleccionadas, pero dejamos a la discreción del lector identificarlas. De todas suertes, queda claro que la mayoría son mexicanas. Muchas, triste es decirlo, están totalmente olvidadas, y al parecer, también es triste reconocerlo, con razón.

11 de agosto de 1957

Fray Gaspar de los Reyes

En la última *Alacena* relativa al famoso soneto atribuido a fray Miguel de Guevara, al hablar de la atribución que Alfonso Méndez Plancarte hace de la célebre pieza a Pedro de los Reyes, prometimos proporcionar algunas noticias acerca de este autor y de fray Gaspar de los Reyes, en cuya *Gramática de las lenguas zapotecas serrana y zapoteca del Valle* encontramos una versión del famoso soneto en caligrafía de las postrimerías del siglo XVII. A reserva de referirnos a fray Pedro de los Reyes, hablamos ahora de fray Gaspar. Francisco de Burgoa, a quien puede considerarse junto con los códices, ruinas arqueológicas y la tradición oral, la fuente más importante de la historia antigua de Oaxaca, acude en nuestro auxilio para contarnos que vivían en Oaxaca en el siglo XVII dos frailes llamados Gaspar de los Reyes; y que para distinguirlos, a uno le llamaban *senior* y al otro *junior*, como quien dice el mayor y el menor. El uno era sevillano y vino a México para luego trasladarse a vivir a Oaxaca, donde se dedicó a la vida del campo; pero los dominicos lo llamaron al servicio de la Iglesia, teniendo en cuenta sus principios de latinidad y capacidad para perfeccionarse en ella y otras facultades mayores. “Estudió –dice el cronista– lo que le faltaba de la gramática, y en pocos años estuvo suficiente para oír teología moral, porque su edad y necesidad de ministros con que se hallaban las doctrinas de la provincia no daban lugar para que los que venían crecidos esperasen a estudiar los especulativo de artes y teología satisfaciendo la obligación con salir bien enterados de las materias, y casos morales de los sacramentos, que es lo principal del ministerio.” Fray Gaspar fue enviado a la nación de los mixes, tierra la más áspera de montañas y ríos caudalosos que tiene la provincia de Oaxaca, donde residía el otro fray Gaspar, circunstancia que obligó a lo ya apuntado: que para distinguirlos, a uno se le llamara el mayor y el menor al otro. Estudió la lengua de los indios y en ella predicaba con grande comprensión y agilidad. Fue enviado más tarde a la Villa de Nexapa, cuyos pueblos se doctrinaban dos lenguas: la mixe y la zapoteca, lengua esta última que también estudió y logró dominar fray Gaspar de los Reyes. Como ése era el camino que conducía a Guatemala, frecuentemente tuvo necesidad de confesar indios arrieros y viandantes que hablaban mexicano que, como se sabe, era la lengua general de México. Y para atender estas necesidades, fray Gaspar la aprendió y con tanta perfección hablaba y predicaba todas tres, que decían los religiosos tenía don de lenguas. Murió en Oaxaca, viejo de ochenta y cinco años. Burgoa lo conoció, trató y admiró, según se deduce del encendido elogio que

hace de su genio alegre, como buen sevillano que era; de su vida devota y de sus largos sufrimientos que pasó sin proferir una queja, sino resignadamente.

No dice el cronista que fray Gaspar de los Reyes escribiera versos, pero no hay que olvidar que en su siglo casi todos los escribían. La circunstancia de haber vivido en parte del siglo XVI y otra del siglo XVII, lo hace contemporáneo de fray Miguel de Guevara y da en qué pensar que en la *Gramática de las lenguas zapoteca y serrana y zapoteca del Valle* se encuentre manuscrita una versión del soneto, tan traído y llevado, “No me mueve, mi Dios, para quererte...”. Eso, sólo eso, nos indujo a mencionar su nombre con relación al famosísimo soneto.

18 de agosto de 1957

Correo Literario y Político de Londres

En el año de 1826 comenzó a publicarse en Londres, por la casa de Ackermann, que tenían sucursales en Hispanoamérica, en México desde luego, el periódico trimestre, *Correo Literario y Político de Londres*, cuyo redactor era el poeta y político español José Joaquín de Mora. Era el *Correo* sucesor de *El mensajero de Londres*, que había redactado el famosísimo Blanco White. El periódico constaba de cien páginas, divididas en varias secciones, siendo la Literaria la principal, pues el deseo de propagar el gusto literario en las nuevas repúblicas americanas, fue el que presidió su plan y prospecto. La otra era la *Política*. De las dos, la primera comprendía piezas enteras, originales o traducidas, así como análisis o juicios de las obras más importantes que iban apareciendo en Europa. Fiel a ese propósito a la cabeza de la sección literaria encontramos la biografía de un gran americano, ilustrada con su retrato correspondiente. El número 1 del *Correo* se inicia, así, con la del general mexicano José Mariano Michelena, primer representante de México en Londres. Contenía, asimismo, disertaciones breves sobre algunas cuestiones literarias, descripciones de países lejanos, ensayos históricos sobre las naciones principales de la tierra; narraciones históricas o ideales, en que se procuraba introducir, con el juego de las pasiones humanas, y los sucesos que ellas provocan y excitan, el cuadro de las costumbres antiguas o desconocidas, a la manera como lo hacían los autores de novelas históricas entonces en su apogeo: Walter Scott, por ejemplo. Por lo que tocaba a los juicios y análisis de los libros, se daba preferencia a los que

eran más interesantes a los americanos y más análogos a su gusto, así como los relativos a Inglaterra, primera nación que reconocía la independencia de un país americano, la de México.

La parte política estaba contenida en el artículo “Noticias del trimestre”, que se organizaba con hechos ciertos, pero sin crítica ni comentarios, pero por su evidencia útiles a los pueblos del Nuevo Mundo, que no podían mirar indiferentes la suerte de las naciones europeas, ni las vicisitudes de su política; pero privados de la facilidad de recibir de modo regular los diarios de París y de Londres. La última parte estaba dedicada a las “variedades” y a las “modas”, estas últimas, ciertamente, ajenas a las letras. Pero podía suceder, pensaba José Joaquín Mora, que una joven que sólo piensa en aderezarse, tomara en sus manos el *Correo de Londres* para estudiar en sus estampas la forma de un gorro o el corte de una dulleta. Y no era remoto que el otro paso fuera leer un artículo que despertara la curiosidad y de ahí le viniera la afición a la lectura. “Confesamos sinceramente –decía el poeta– que esta conquista nos sería mil veces más agradable que la aprobación de una academia.”

Por último, cada entrega concluía con algunas composiciones poéticas inéditas, casi siempre del redactor. Las piezas que José Joaquín de Mora consideraba de mayor importancia, aparecieron convenientemente ilustradas: con retratos, estampas, grabados, frecuentemente a colores.

La preocupación educativa del editor y del redactor era evidente. Los pueblos hispanoamericanos acababan de lograr su independencia y era un afán común darles la ilustración que la afirmara, para el mejor logro de sus frutos.

El *Correo Literario y Político de Londres* se publicó un año: de enero de 1826, en que aparece el primer número, a octubre en que sale el cuarto y último. José Joaquín de Mora, miembro de esa buena familia para quien la libertad y la independencia son bienes comunes que hay que defender en todas partes, se embarcó a fines de aquel año de 1826 rumbo a América del Sur, a donde fue a cumplir otro refulgente capítulo de su existencia.

Dejemos para una próxima *Alacena* el comentario de un brioso ensayo que José Joaquín de Mora escribió sobre el dramaturgo mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza, cuyo nombre ha vuelto a nuestra memoria al publicarse recientemente un tomo de sus obras, dentro de la “Colección de Escritores Mexicanos” de la Casa Editorial Porrúa de esta ciudad.

Manuel Eduardo de Gorostiza

En el *Correo Literario y Político de Londres* –t. 1, núm. III, julio 1, 1826– apareció un breve juicio de José Joaquín de Mora, editor del famoso periódico trimestral. Era su título “Teatro escogido de Manuel Eduardo de Gorostiza, ciudadano meicano (Bruselas, 1825)”. Tras de referir que Gorostiza era su íntimo amigo y su compañero de armas en cierta guerra política que había terminado con la derrota de ambas potencias beligerantes, con lo cual quería prevenirse contra las opiniones a que pudiera dar lugar su crítica, de ninguna manera imparcial. Mora intenta, y lo consigue en nuestra opinión, situar al mexicano en el marco de la dramaturgia de su tiempo. Horacio y Nicolás Boileau –decía el autor– no pueden tanto como el hábito de abrazar las mismas opiniones y las reglas del arte tienen que callar cuando habla de la prevención que nace de un trato diario, y de una intimidación fundada tanto en la posición de los que la contraen como en la conformidad de doctrinas y aficiones. La época en que se dieron al público las comedias de Gorostiza fue muy poco favorable al culto de las musas. La política, la empleomanía, las facciones, la defensa de ciertos hombres, y de ciertos principios habían trastornado las cabezas, pervertido el gusto, dividido a la sociedad, y envilecido y aniquilado a la literatura. Los ídolos del día eclipsaban toda clase de méritos. El ministro, el orador, el periodista, el diplomático llamaban la atención general, ¡y quién se acordaba de Conde, de Navarrete, de Reynoso! En semejante orden de cosas, ¿cómo es posible que se juzgue con imparcialidad al hombre que se presenta al público sin otros derechos que su genio, su gracia, su elocuencia? Pero el mérito real tiene la virtud de vencer y de sobrevivir a todas las borrascas suscitadas por las vicisitudes de los tiempos y por la lucha de las pasiones. Porque los vanos pasan, como pasa el pino altivo. “Felicitamos al joven ingenioso y aplicado, cuyas producciones han arrancado tantos elogios a los hombres imparciales, y le aseguran un puesto distinguido en el catálogo de los poetas dramáticos de nuestro siglo”, decía Mora. El tomo de *Teatro escogido* que motivó su breve ensayo, contenía cuatro obras: *Indulgencia para todos*, *El jugador*, *Don Dieguito* y *El amigo íntimo*. La primera en el orden de colocación, lo es también en la escala del mérito, según el sentir del crítico. Un fin moral altamente filosófico, una idea fundamental nueva en el teatro, una acción manejada con destreza y facilidad, un diálogo naturalísimo y animado, una versificación correcta, pura y sembrada de sales y epigramas, tales son las prendas que distinguen a la que encabeza la lista de las obras impresas en Bruselas. Luego cuenta Mora el tema de

la obra en cuestión y la analiza. De lindísimas califica las décimas con que uno de los personajes expone sus principios, y las transcribe. Los versos en que Flora expresa su pasión son ciertamente fluidos y graciosos; si bien se muestra un si es no es romancesca y extravagante... “El desenlace de esta pieza ha sufrido críticas muy severas, y si mal no me acuerdo, fue lo que menos gustó generalmente cuando salió por primera vez al público. En efecto, el autor no ha seguido la práctica general de imaginar un incidente imprevisto que descubra la trama y que, en las comedias de carácter, ocasiona la conversión del protagonista.” Mora no veía en eso más que una imitación de lo que puede pasar en la sociedad, pero hermoçada con chistes de buen gusto, con versos correctísimos, con una moral sana y amable. Y apunta que no busca más cosas que éstas en una compensación dramática. Recuerda en seguida que el desenlace del *Tartufo* de Moliere ha sido también objeto de sátiras amargas y se ha tenido generalmente por una mancha que deslustra el mérito de aquella obra inimitable. Sátiras que lograron prevalecer hasta que uno de los más ingeniosos comentadores de Moliere hizo ver cuán en armonía está con todos los caracteres de la pieza aquel suceso que descubre en toda su fealdad el odioso carácter del hipócrita y emplea la autoridad pública en castigarlo y alejarlo de una familia que había sido su víctima. Advierte el crítico que no todos los caracteres de esta pieza están trazados con la misma maestría, siendo don Fermín el mejor resuelto; en todas las escenas sostiene su optimismo, su buen humor, su naturalidad, su inexperiencia.

Las otras comedias de la colección, a juicio de Mora, registran las mismas perfecciones que señaló en *Indulgencia para todos*. Finalmente, esperaba que los aficionados a la poesía española aplaudieran la libertad que Gorostiza se tomaba de intercalar en el diálogo redondillas, décimas y endechas, por más que murmuraran los reformadores del teatro español a la Iriarte, que excluían de las comedias todo lo que no es romance, y con un solo asonante en cada acto, para imitar sin duda la uniformidad de los alejandrinos franceses. Las redondillas de Gorostiza no ceden en fluidez y naturalidad a las de Calderón, decía. Luego, atrevió la profecía de que Gorostiza iba a sobresalir en la carrera que había abrazado. Creía que Gorostiza, ciudadano y funcionario de una república poderosa, figuraba con honor entre los americanos que dedicaban sus facultades intelectuales al cultivo de las letras, y que contaría en el número de los que iban a dar lustre a México su patria.

Ruiz de Alarcón, poeta

La reciente publicación del tomo I de la *Antología de la poesía hispanoamericana* dedicado a México –Madrid, Biblioteca Nueva, 1957– nos devuelve a un viejo tema: al de Juan Ruiz de Alarcón, considerado como el alto poeta que fue siempre, pero al que en cierto modo opaca su fama de dramaturgo. Sin razón, a todas luces, porque Ruiz de Alarcón, sin haber cultivado preferentemente la poesía, como lo hicieron sus contemporáneos, señaladamente Lope de Vega, es un poeta que con unas cuantas muestras, perdidas en sus obras teatrales, no queda a la zaga. Sin embargo, todavía no se le estudia debidamente en ese campo. Y vemos que los antólogos se conforman con reproducir de otras antologías los dos o tres poemas con que escasamente se le conoce como poeta lírico.

No otra cosa ha ocurrido en la *Antología* aludida al principio de esta *Alacena*. Sus organizadores, Ginés de Albareda y Francisco Garfias, en efecto, de tres piezas que reproducen, una se encuentra en *Las cien mejores poesías (líricas) mejicanas* compiladas por Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado en 1914. Ella es “La cena junto al río Manzanares” con la sola leve variante de su título, y que se encuentra en *La verdad sospechosa*. Por cuanto al soneto que se inicia con el verso, “A la verdad huyo; a la esperanza pido”, tomado de *Las paredes oyen*, se recoge por Castro Leal en *Ingenio y sabiduría* de D. Juan Ruiz de Alarcón. Albareda y Garfias incluyen de *Todo es ventura* el fragmento: “Los toros en Alcalá”, y los antólogos mexicanos ya aludidos, consignan, de la obra últimamente mencionada, la parte que se inicia de este modo: “No reina en mi corazón / otra cosa que mujer.” La reedición de *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas* (1935), esta vez ya firmada sólo por Castro Leal se enriquece con el soneto “La amistad”, tomado de *El semejante a sí mismo*: “Aumento de la próspera fortuna...”

Pero el trato con la obra del dramaturgo mexicano nos indica que los fragmentos de poesía que ella contiene no son escasos, sino por el contrario, en gran número. Y Castro Leal ha recogido muchos de ellos, si bien no por su valor lírico, sino para ejemplificar con ellos el ingenio y la sabiduría del corcovado. Tal vez al propio escritor mexicano, que tiene andado mucho trecho del camino, esté reservada la tarea de reunirlos todos y darlos a los lectores mexicanos con el estudio que sitúe a nuestro poeta en la gran lírica mexicana y española del siglo XVII.

Mientras tanto, y para que sirva de ejemplo y de refuerzo a cuanto hemos dicho aquí, quiero transcribir de *La amistad castigada*, este madrigal, tan lleno de resonancias y que bien puede considerarse como el más hermoso de cuantos se han escrito en México:

*Como busca el ciervo herido
la fuente, y a sus cristales
les restituye en corales
lo que en perlas ha bebido;
así yo, Aurora, he venido,
de amor herido a buscaros
por ver si puedo obligaros
a remediar mis enojos,
pagando en llorar los ojos
lo que os deben en miraros*

8 de septiembre de 1957

La novela de la Revolución

Muy pocas, muy escasas, son las noticias que tenemos en México del notable ensayista chileno Juan Uribe-Echeverría. Aun en la *Breve historia de la literatura chilena* de Arturo Torres Riosco (Manuales Studium No. 1, México, 1956) apenas si se dan noticias de su vida y de sus trabajos literarios, pues se reducen a unas cuantas líneas. Juan Uribe-Echeverría, de acuerdo con la información allí contenida, nació en 1908. Es profesor del Instituto Pedagógico de Santiago y crítico literario. Ha escrito una serie importante de ensayos sobre la novela mexicana y diversos aspectos de las literaturas chilenas y española contemporáneas. Colabora en *Atenea* de la Universidad de Concepción, Chile, y en los *Anales* de la Universidad de Chile. A estas pocas noticias puede agregarse que en la actualidad Uribe-Echeverría es profesor de literatura chilena e hispanoamericana en la última universidad aludida. Antonio Castro Leal, habitualmente muy bien informado sobre éstas y otras cuestiones de la literatura hispanoamericana, y gran amigo de los escritores chilenos, a quien recurrimos en demanda de datos sobre el autor que tratamos, nos dice en una carta que

pocos son los datos que ha podido obtener de Juan Uribe-Echeverría: que nace en 1908 y que es profesor del Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. Ha colaborado —dice— en la revista *Atenea* y en los *Anales* de la Universidad de Chile. Como se ve, la información de Castro Leal apenas difiere de la que Torres Rioseco proporciona.

Sin embargo, la lectura de un brillante y bien documentado estudio de Uribe-Echeverría sobre la novela de la Revolución Mexicana, bastaría para calificarlo como un crítico sagaz que ha dicho sobre la novela que inspiró la Revolución algunas de las cosas más incisivas y francas. El estudio de referencia abarca desde los primeros brotes que pudieran considerarse de inspiración revolucionaria, aun cuando el movimiento armado no se hubiera iniciado, hasta aquellas que el autor pudo consultar en la época en que escribió el ensayo, esto es, el año de 1935. De su lectura, se desprende que Uribe-Echeverría escribió a los novelistas de la Revolución, cuya fama había trascendido hasta su patria chilena. Algunos de esos escritores le contestaron, proporcionándole las noticias que les solicitara, al tiempo que le enviaban sus libros. Erudito en cuestiones literarias, así del pasado como del presente, Uribe-Echeverría relaciona la novelística de la Revolución con otras literaturas, escuelas y tendencias que sirven para mejor situarla. A un poco más de veinte años de distancia, se puede ver que sus juicios y opiniones que, en su tiempo, pudieron parecer extraños o errados, eran certeros, en virtud de que estaban deducidos de un verdadero conocimiento de la materia. Algunos de esos escritores, tal como lo vislumbró el autor, acrecentaron su fama, otros la alcanzaron, y muchos se perdieron en el camino.

Aparte de su valor crítico, aquí apenas insinuado, el ensayo “La novela de la Revolución Mexicana” (*Anales* de la Universidad de Chile, año XCIII, núm. 20, 1935, Santiago de Chile, 1936, pp. 5-59) se enriquece con numerosísimas notas y referencias, siempre oportunas, así como con un glosario de mexicanismos que, más allá de las deficiencias que pudiera contener, es un claro signo de la minuciosidad y el afán de utilidad con que Juan Uribe-Echeverría planeó y realizó el estudio, que motiva esta *Alacena*.

Las referencias de Uribe-Echeverría a la literatura mexicana no han cesado: en su ensayo “Cervantes y las letras hispanoamericanas” se refiere reiteradamente a publicaciones y autores mexicanos que hayan escrito sobre cuestiones cervantinas. Más allá del tema central de la obra, pueden encontrarse alusiones a libros y autores, con tal conocimiento, que permiten afirmar que

Juan Uribe-Echeverría no ha dejado de frecuentar nuestras letras. Así la mención que hace de don Artemio de Valle-Arizpe.

¿No es una lástima que una pieza bibliográfica como ésta permanezca desconocida de todos nosotros? Ojalá alguno tuviera la buena idea de reeditarla.

15 de septiembre de 1957

Versos olvidados de Agustín F. Cuenca

Lo hemos dicho otras veces: no siempre se podrá decir con verdad que la investigación sobre un autor ha quedado agotada. Porque hasta al mejor investigador, se le va la pieza. Así le ha ocurrido a Manuel Toussaint con un poema de Agustín F. Cuenca. Lo que no resta mérito a su trabajo ni menoscaba su buena fama. Es el caso que cuando publicó en 1919 (así en la portada, pero 1920 en el colofón) los *Poemas selectos* de Agustín F. Cuenca, sólo nos dio dos de las doce décimas que componen el “Sol entre brumas” que el poeta dedicó “A la sociedad mutualista de encuadernadores”. Extraña que Toussaint no haya advertido que el poema continuaba en la página siguiente, conformándose con darnos las dos primeras décimas insertas en la página 2. Y ha sido Ernesto Mejía Sánchez, quien ahora prepara un estudio sobre el modernismo en México, el que ha venido a descubrir esta omisión. En efecto, en *El Siglo Diez y Nueve* correspondiente al 28 de julio de 1875, aparece el canto “Sol entre brumas” compuesto por doce décimas, cuyo faltante vamos a transcribir para que el lector lo ponga en el lugar correspondiente de su ejemplar de los *Poemas selectos*.

*Es ley del hombre sufrir,
ley del que sufre es llorar,
y del que llora, esperar
las horas del provenir.
El derecho de morir
que es hijo del sentimiento,
nace del postrer aliento
que de la esperanza brota,*

*al rodar la última gota
del llanto del sufrimiento.*

*¿Sobre qué palmo de tierra
no ha destilado ese llanto?
¿En qué historia no hay un canto
mezclado a un dolor que aterra?
¿En qué horizonte que encierra
del provenir el paisaje
no flota el perlado encaje
de una fugitiva nube
que es la tempestad que sube
escondida en un celaje?*

*Rosa blanca abierta al cielo
de la vida es nuestra cuna
y de sus hojas no hay una
sin las lágrimas del duelo.
El alma joven su vuelo
tiende con pujante brío,
va al amor... vuelve al hastío,
y es rostro de sus dolores
sobre una explosión de flores
un océano de rocío*

*Mártir que en ruda contienda
rueda a los pies del Acaso,
es el hombre a cada paso
el Jacob de la leyenda.
Combate en lucha tremenda
con ángel desconocido,
y en las tinieblas perdido
sin más luz que su derecha
cae apretándose el pecho
porque está su pecho herido.*

*¿Qué es el hombre? Es el ave
que muere si se aprisiona,
que está libre y se corona
con las sombras del dolor.
Es el arte soñador
con sus mágicos cinceles
y su clave gemidera,
pero es el arte que llora
sin pan entre sus laureles.*

*Es ciencia y es impostura
para su siglo pigmeo:
blasfemia si es Galileo,
si es Colón es la locura,
es la libertad y jura
la muerte del despotismo:
pero en su noble heroísmo
donde rompió una cadena
ve una fragua de luz llena
que ha encendido el fanatismo.*

*Oculto dolor sin nombre
bajo el cielo del hogar,
el hombre llega a dudar
de la clemencia del hombre.
Tú, Caridad, tú, renombre
de lo santo, que entre galas
de cielo en el alma exhalas
perfumes de amor sagrado.
Tú das a los desgraciados
todo el calor de tus alas.*

*Alizas tu florida cruz
y eres vida de la cuna,
luz del sol y luz de luna
para los ojos sin luz.*

*El dolor en su capuz
de un alma envuelve el pensil;
pero allí tu iris gentil
hace un cielo de ese infierno;
tú para el alma en invierno
eres la vuelta de Abril*

*Distintas tus formas son
y distintos son tus nombres
tú has hecho de un grupo de hombres
una santa asociación
y pues su religión
ser la mirra del consuelo,
estar donde se halla el duelo
donde la miseria gime,
dale por manto sublime
un pedazo de tu cielo.*

*Dale fe, dale vigor
con tu aliento soberano
pues se alza en el artesano
tú sacerdote mejor
dale todo tu calor
toda tu esencia en un beso,
alas de su cruz al peso
y toda tu luz le aniegue,
sol que surgiste de un pliegue
del lábaro del progreso.*

22 de septiembre de 1957

México inspirador

Es verdad bien sabida y constantemente repetida, que los libros que inspira México, hasta cuando no son precisamente hijos del entusiasmo y la simpatía

por nuestro país, contienen siempre hallazgos y reflexiones que, a derechas o a torcidas, de golpe o de contragolpe, sirven a nuestra historia y a nuestra leyenda. Lo importante es que su autor escriba de buena fe, con el propósito de acertar, con el ánimo de decir la verdad y nada más que la verdad, o lo que en él es la verdad. Por eso decía Eugenio D'Ors que toda palabra sincera es a la postre, palabra de Dios. Así, con esta disposición de ánimo, creemos que planearon y realizaron el volumen dedicado a México de la *Antología de la poesía hispanoamericana* los poetas Ginés de Albareda y Francisco Garfías. Las deficiencias que registra, evidentes en nombres de autores, títulos de libros, cronología, ausencias y presencias, no siempre justas las unas y las otras, en nada invalidan esta *Antología* que quiere ser la más completa y acabada de la lírica mexicana, a partir de la Colonia, fecha en que todavía algunos se empeñan en considerar como punto de partida de la literatura mexicana. Porque, dígame el lector, ¿en qué libro de este orden no se encuentran lunares? ¿No vemos cada día que aun en la obra de los maestros se cuelan esas fallas y deficiencias?

Pero volvamos a nuestro tema. Hace algunos meses se publicó en Madrid por la Biblioteca Nueva el tomo primero de la *Antología de la poesía hispanoamericana* dedicada a México. La obra que la casa editora califica de monumental, constará de diez tomos, distribuidos en el siguiente orden: México, Colombia, Venezuela, América Central, Perú, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, Argentina, Chile, Ecuador, Bolivia y Paraguay, y Uruguay. Del prospecto entresacamos algunas líneas que pueden muy bien dar idea del alcance y del criterio de la *Antología* que comentamos: “Todo el caudal de la poesía castellana en América es aquí recogido cuidadosamente, estudiado con solitud, seleccionado con esmero. Obra gigantesca que viene a llenar un hueco en la bibliografía contemporánea”, dice. De cada país incluye, además, una extensa bibliografía que puede servir al investigador de guía en la ampliación de algún tema concreto. Y cada uno de los tomos estará precedido de “un acabado estudio crítico, biográfico e histórico, auténtica historia de la poesía del país, realizado en primorosa síntesis”. El que aparece al frente del tomo dedicado a México, más allá de las tachas ya señaladas, representa un luminoso panorama de nuestra lírica. Los antólogos Albareda y Garfías se protegen bajo el ala de Marcelino Menéndez y Pelayo, para muchos todavía maestro insuperable en este capítulo de la cultura mexicana.

Los poetas se distribuyen en las diversas etapas en que los autores dividen el desarrollo de la lírica nacional: poetas de la Conquista, el Barroco, el

Neoclasicismo, el Romanticismo, el Modernismo y las tendencias actuales, todas ellas presididas por las figuras más sobresalientes en cada caso. El tomo dedicado a México agrupa más de ciento cincuenta nombres, sin contar una importante cantidad de poesía anónima de los siglos XVI y XVII.

Puede decirse que están presentes todos los grandes poetas de México, por ejemplo Juan Ruiz de Alarcón, a quien inexplicablemente hemos visto excluido en las últimas antologías, siendo como es un altísimo poeta; también encontramos algún nombre poco conocido, o rara vez mencionado: Juan Carlos de Apello Corbalucho, pongamos por caso. Aquellos que pudiéramos decir que están sin serlo, en nada estorban a los que están con serlo. Un libro, en fin, de buena fe, lector.

29 de septiembre de 1957

Antología de la Poesía Hispanoamericana

Es ésta la tercera vez que vamos a ocuparnos del tomo de la *Antología de la poesía hispanoamericana*, dedicado a México. Y merece esta insistencia, por más de un concepto. Sus aciertos, los fines que le dieron origen, por un lado; por otro, parece provechoso señalar en obras de esta naturaleza, destinadas a llegar a un gran número de lectores, las tachas y deficiencias que contengan, no sólo para que mejor sirvan a sus fines, sino para que se enmienden en futuras ediciones. Ésta y no otra es la razón de ese regreso a la *Antología* preparada por Ginés de Alabareda y Francisco Garfias.

Ya hemos dicho que algunos autores y títulos aparecen errados y también que en nada sufre por ello ni el trabajo ni la intención de la casa editorial y de los antólogos. Y sin embargo... Ante la imposibilidad de señalarlos todos, porque no pueden advertirse por la sola virtud de una relectura consignemos los que nos vengán naturalmente a la memoria. Los poetas cuyos nombres aparecen equivocados son los siguientes: Eugenio Salazar Alarcón, en el Índice, aunque en la selección Eugenio Salazar de Alarcón; Antonio Saavedra y Guzmán, en vez de Antonio de Saavedra Guzmán; Pérez de Ramírez, cuando el autor se llama Juan Pérez Ramírez; Riva Palacios en el Índice, aunque en el texto Riva Palacio; Fernández Granado por Enrique Fernández Granados; Enma Godoy, por Emma Godoy; Gaspar Pérez de Villagrás por Gaspar Pérez

de Villagrà; Rosario Castellano por Rosario Castellanos; Joaquín de Casasúa por Joaquín D. Casasús; Xavier de Villaurrutia por Xavier Villaurrutia. Eso es por lo que toca a nombres de personas, por lo que se refiere a títulos de libros, recordemos uno solo: *Amor es un laberinto*, siendo el título correcto *Amor es más laberinto*, obra, ya se sabe, de Sor Juana Inés de la Cruz. Villa hermosa por Villahermosa, ciudad natía de Carlos Pellicer. Se da como título de un libro de Ramón López Velarde lo que no es sino el título de un poema: “La Suave Patria.” No olvido, claro está, que la Universidad lo ha publicado individualmente en una colección, ahora por desgracia interrumpida. Aunque es opinión personal, sujeta a discrepancias, Albareda y Garfias afirman que en “Piedra de Sacrificio” –título por cierto equivocado, pues es “Sacrificios”– la lírica de Carlos Pellicer alcanza su plenitud. El poema, en rigor, es obra primeriza y parece indiscutible que la plenitud poética de Pellicer se inicie con ella.

No faltan, naturalmente, lo que podríamos llamar reivindicaciones, o sorpresas, si se quiere. Así, por ejemplo, la inclusión de los poetas José Rosas Moreno, Luis G. Ortiz, Antonio Plaza y Juan de Dios Peza, nombres excluidos de las antologías desde hace medio siglo, por lo menos. Sin aludir a la calidad estética de los autores citados, parece evidente que su presencia contradice el criterio que gobierna a la *Antología*, que es la de proporcionar los nombres estelares de la lírica mexicana. Por otra parte, los poemas que de ellos se tomaron denuncian precipitación, o por lo menos que se sigue el camino más fácil. De Antonio Plaza, por ejemplo, se toman algunos fragmentos del poema “La voz del inválido” que, aun dentro de la escasa categoría del autor, es obra señaladamente secundaria y de carácter popular.

Lo dicho. Las deficiencias aquí señaladas, sin afán de querrela, no afectan a los propósitos de editores y antólogos, pero fuera bueno que si la *Antología* alcanza los honores de una reedición, estos apuntes sirvieran para corregirla.

6 de octubre de 1957

Versos de Agustín F. Cuenca

Un lector de *El Nacional* nos ha escrito una carta acerca de la *Alacena* dedicada a las décimas de Agustín F. Cuenca, que faltan en el poema “Sol entre brumas”, recogido por Manuel Toussaint en los *Poemas Selectos* del poeta. Su

carta nos sugiere la idea de reproducir aquí esas dos primeras décimas, con lo cual creemos servir no sólo a nuestro corresponsal sino a todos aquellos que no tengan ejemplar del libro de poemas de Cuenca, ya mencionado. Porque, en efecto, esta carta lo viene a demostrar, abundan los lectores no especializados y que sin embargo gustan de estos temas y de las bellas poesías. El lector culto, especializado, o por lo menos curioso de estas cuestiones, y a quienes parecía dedicada aquella *Alacena*, es claro que la reproducción de las diez décimas, les vino como anillo al dedo; les bastó recortar la página y colocarla en el lugar respectivo de los *Poemas Selectos*.

Para atender a esos otros, a los meros curiosos y aficionados a la literatura nacional, trasladamos a continuación las dos primeras estrofas del poema “Sol entre brumas”, incompleto en el libro preparado por Toussaint:

*Luz de lo desconocido
que se pierde en lo ignorado...
Sol de la cuna lanzado
y en el sepulcro caído.
¿Qué es el hombre? Es el olvido
del pasado, la ignorancia
del porvenir, y en su estancia
fugaz ante lo presente,
su vejez en occidente
y en lo pasado su infancia.*

*Marino audaz que sin guía
surca el mar de las pasiones.
entona sus ilusiones
del Amor la Ave María;
navega... la mar bravía
en que el destino se oculta,
brama, rebulle, se abulta;
el hombre siente su embate,
lucha... y en ese combate
el destino lo sepulta.*

Creemos oportuno referir que Agustín F. Cuenca es un autor que merece ser conocido de una manera más completa, en su doble condición de poeta lírico y dramático. Sin contar con que en él se dan los más tempranos indicios de la renovación de nuestra lírica, a tal punto que se le señala como un precursor del Modernismo. Al parecer ha sido Amado Nervo, antes que nadie, quien señaló en Cuenca esa condición de precursor. Muchos años más tarde, Toussaint por su cuenta y riesgo hizo el descubrimiento y lo fundamentó en el prólogo a los *Poemas Selectos*. Y quizá esté reservado al joven y brillante investigador Ernesto Mejía Sánchez, llevar esta investigación a sus últimas instancias. Por lo pronto ha podido encontrar en los periódicos y revistas de los tiempos de Cuenca —segunda mitad del siglo pasado— una multitud de poemas desconocidos y gran copia de noticias no aprovechadas hasta ahora.

Y con esto damos fin a esta *Alacena*.

13 de octubre de 1957

Lírica mexicana

Ya es muy escasa, si es que no siempre lo fue, la antología que con el título de *Lírica mexicana* publicó la Legación de México en España con motivo del Día de la Raza, el año de 1919. En ella se reúnen los esfuerzos y las luces de muchos mexicanos que entonces vivían en la villa y corte, capitaneados por Alfonso Reyes, de tiempo atrás aclimatado en Madrid. Visto en su aspecto físico, exterior, el libro es de una singular factura: se orla con reproducciones jeroglíficas de la vieja cultura maya, lo que pudiera denunciar la mano de Antonio Mediz Bolio. La portada, la cabeza del indio de la contraportada, las viñetas, todas inspiradas en motivos de nuestro pasado y presente indios, son obra de Roberto Montenegro, pintor que entonces escalaba una primera cumbre de su fama. Y el prólogo, preámbulo, liminar o presentación que aparece anónimo, ¿obra de quién es? Yo arriesgo aquí una hipótesis. Es obra de Alfonso Reyes. Dentro de su propósito de objetividad, de noticia, de mera presentación, denuncia algunas de las virtudes que son lujos de su pluma: la claridad, la sapiencia disimulada y la soltura con que las palabras se dan la mano. Y cuando alguna zozobra, algún titubeo se interpone, parece cosa querida y buscada, pues no hay que olvidar que el maestro ha dicho que a veces cuando

el dominio es demasiado, el escritor debe hacer como que se equivoca. Y ahora que me acuerdo, que vuelvo en mí, ¿no ha contado Reyes en alguna parte, en la historia documental de sus libros, por ejemplo, algo de esta antología? Lo pregunto, porque me vino la duda de momento y no recuerdo haberlo leído. La breve noticia que aparece al frente de *Lírica mexicana*, pese a las condiciones apuntadas, pueden ser de gran utilidad a los antólogos. Su autor da buenos avisos acerca del criterio que debe presidir sus tareas, seguras señales para sortear escollos y arrecifes. Lo que pudiera tener de fallido lo explica y disculpan la lejanía y la premura que no permiten a los coleccionadores la inclusión de todos los poetas representativos y sí la de algunos no unánimemente sancionados como tales. Para todo hay razón: se trata de nombres tan arraigados a la historia mental de México, tan indispensables en una exposición de su vida literaria, que se prefirió –a callarlos– poner al lector exigente en el trance de saltar una que otra página. “Al juntar el ramo de flores, más de una, sin duda, se nos ha caído de las manos”, dice el prologuista. ¿Y no tiene esa bella expresión el ritmo, la discreción, la delicadeza que son adorno de la pluma de don Alfonso?

Las presencias dudosas quedan compensadas con algunas presencias indiscutibles, postergadas en las colecciones más autorizadas de aquel tiempo: la que hicieron Castro Leal, Toussaint y Vázquez del Mercado, señaladamente.

El contenido se distribuye en cinco épocas: la gongorina, la neoclásica, la de transición, la romántica y la moderna; desde Sor Juana hasta los poetas que entonces tenían veinte años. Entre los nombres nuevos figuran algunos que luego dieron a nuestra lírica, dorada cosecha: Ramón López Velarde y Francisco González Guerrero, y otros a quienes un viento adverso apagó la antorcha: Luciano Joubland Rivas y Manuel Ramírez Arriaga, pongamos por caso. Muchos optaron por otros géneros en los que alcanzaron legítima fama: Antonio Mediz Bolio y Alfonso Junco, por ejemplo. Pero todos aparecen aquí con obras que les aseguran larga vida en la historia de nuestra lírica. Sobre todos, un nombre subió hasta el cenit, como un astro mayor: el de Alfonso Reyes, quien recorrió largas distancias en cuanto camino se propuso.

20 de octubre de 1957

Viernes poéticos

El Instituto Nacional de Bellas Artes, firme en la idea de que la cultura sólo cumple su esencial finalidad si se comparte con el pueblo que la produce, preparó durante el año de 1956, a través de su Departamento de Literatura, un ciclo de recitales bajo la denominación general de “Viernes poéticos”. Al frente del primer programa, apareció el texto que a continuación transcribo:

El Instituto Nacional de Bellas Artes, al organizar estos “viernes poéticos”, se propone al mismo tiempo que promover, impulsar y difundir el cultivo de la poesía en México, presentar a los poetas en persona ante el público que tiene predilección por este género literario. Es indudable que la comunicación directa entre el poeta y los grupos sociales de su tiempo, da elevación y fecundidad al mensaje que toda poesía escrita, para superación y deleite de los pueblos, lleva en sí misma.

Así como se ha formado un público para el teatro, para la pintura, para la música, estos recitales esperan crear entre los poetas y lectores una relación más íntima, ese momento de comunión estética, que es indispensable para su cultivo y propagación. Ello permitirá a la expresión poética alcanzar su más cabal significado, al proyectarse en el pueblo que le ha dado raíz, sentido e inspiración.

Para que los recitales llenaran lo más completo posible su propósito, se incluyó en cada programa, una sucinta bio-bibliografía del poeta en turno. Pero se hizo algo más: se trató de dar a la concurrencia un breve juicio sobre la obra poética de los autores seleccionados. La brevedad de estos juicios, sin embargo, no lo fue tanto como para que los oyentes no pudieran tener previamente una opinión sobre lo que iban a escuchar. Lo demás lo hicieron los poetas con la lectura de sus poemas.

Al reproducir la bio-bibliografía y las notas aludidas se ha querido prestar un servicio a las letras mexicanas, a las que por igual se deben autores y lectores. La redacción de esas notas, preparadas con el mayor cuidado dentro de su natural brevedad, estuvo a cargo de Fernando Sánchez Mayans, bajo la vigilancia y supervisión de Andrés Henestrosa, Jefe del Departamento, quien además redactó algunas de ellas.

La experiencia ha sido magnífica. Entre otras cosas se pudo ver que es una falsedad ésa de afirmar que no hay público para la poesía, que nuestro pueblo carece de la capacidad para gozar y entender las obras de arte. Cuando el poeta logró ponerse en contacto con su interlocutor, cuando se pasó del monólogo

al diálogo, aquel supo responder sin necesidad de reducir los símbolos, ni de limitar la expresión poética. Al final pudo advertirse que se logró crear un público para este tipo de actividades culturales, ni más ni menos que lo tienen otras: la pintura, la música o el teatro. En efecto, de una primera concurrencia de cerca de un centenar de personas, se llegó a un público que rebasó la Sala Manuel M. Ponce. De los recitales de Rubén Bonifaz Nuño y Margarita Michelena a los de José Gorostiza y Carlos Pellicer, se pudo observar que la concurrencia se encontraba plenamente identificada con la voz del poeta, que en este caso, sí, verdaderamente, es la voz del pueblo.

Al titular esta breve antología, integrada con un poema de cada uno de los poetas que intervinieron en los recitales, con el nombre de *Aguinaldo poético*, se ha querido enlazar el presente, con aquella hermosa tradición del siglo pasado, que consistía en dar a los lectores y suscriptores, un presente aguinaldo de Año Nuevo.

27 de octubre de 1957

Los certámenes literarios

Desde apenas comenzada la Colonia, los certámenes literarios han sido valioso estímulo para la creación en Hispanoamérica. Muchos grandes poetas y prosistas se han dado a conocer con ese motivo. No es que el hombre de letras sólo trabaje por espíritu de competencia, pero ya es cosa averiguada que la vida de las letras es difícil, poco remunerativa, de lenta y reducida circulación en nuestros medios, durante tantos años pendientes casi sólo de las excelencias de la producción europea.

El primer certamen de novela de alcance iberoamericano lo efectuaron en 1938 la editorial estadounidense Farrar y Rinehart y la revista londinense *Red Book*. La ganó Ciro Alegría con *El mundo es ancho y ajeno*, sobre las obras que habían sido Premios Nacionales —el de México fue *Nayar* de Miguel Ángel Menéndez. Sólo un año más se celebró ese certamen, debido a que estalló la Segunda Guerra Mundial. Subsisten muchos concursos nacionales o locales, mas no se había vuelto a la dimensión hemisférica hasta que en 1953, la Unión de Universidades Latinoamericanas organizó otra justa, tras la selección de la mejor obra de cada país. Lo ganaron por partes iguales el guatemalteco Mario

Monteforte Toledo con *Una manera de morir* –recién publicada por el Fondo de Cultura Económica– y el chileno Lautaro Yankas con *El vado de la noche*, editada en su país de origen.

El certamen que acaba de abrir el Instituto Nacional de Bellas Artes de México es, pues, el primero en su género. Podrán competir todos los escritores residentes en América, sin exclusión de los residentes extranjeros, y los nacionales de países americanos que residan en otro Continente, con el único requisito de que si alguna novela escrita en cualquiera de las otras lenguas que se hablan en América –portugués, inglés y francés– llegara a finalista, para la selección definitiva debe encontrarse vertida al español.

Aunque lo expresa la convocatoria del INBA, conviene subrayar que el objetivo profundo de un certamen semejante es premiar la aportación americana al conocimiento de nuestra realidad y de la realidad de nuestro tiempo. Ningún género tan adecuado como la novela para ahondar en historia y mitos, espíritus y obras, anhelos y proyecciones del hombre. Dos de los maestros americanos, Sarmiento el argentino y el mexicano Altamirano, postularon desde el siglo pasado el papel reservado a la novela en la definición americana. La novela está educando a nuestra actual generación, es la mejor tela para estampar las mejores ideas dijo el uno. La novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión entre nuestros pueblos, quizá el más fuerte. Es el monumento literario del siglo. Es el libro de las masas, postuló el otro.

Apasionante es la discusión sobre cuál ha sido la aportación más importante de Hispanoamérica a la literatura mundial. Para unos es la poesía, con apoyo en las figuras de Rubén Darío y Pablo Neruda y Gabriela Mistral. Para otros es el ensayo interpretativo de este mundo nuevo y sus azares. Para otros –y esta es tendencia muy moderna– es la novela; la novela de la selva, la del llano, la de temas indios, no tiene antecedentes en España, Francia o en parte alguna de las que por sus avances culturales han influido sobre nuestra literatura. Ahí quedan ya, como hitos y ejemplos. *La vorágine*, *Doña Bárbara*, *Canaan*, *El mundo es ancho y ajeno*, *Donde acaban los caminos*, *Huasipungo*, y esa variedad de novelas sobre el mestizaje donde palpitan las conmociones sociales y políticas que hemos tenido que pasar para configurarnos como naciones modernas. Nos referimos a la Novela de la Revolución Mexicana (Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, Gregorio López y Fuentes, Francisco Rojas González, José Vasconcelos, etc.); a *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias;

a *Don Goyo*, *El hermano asno*, *Al filo del agua*, y a tantos otros libros de primera calidad, producidos durante los últimos quince años.

El concurso continental del INBA es sin duda el de mayor importancia que se ha hecho en América. Contribuyendo a su seriedad está la lista de los escritores mundialmente conocidos a quienes se pedirá que formen parte del jurado. El premio único puede decirse que equivaldrá a un Premio Nobel dentro de las letras castellanas.

3 de noviembre de 1957

La revista *Anáhuac*

El día 15 de febrero de 1887, comenzó a publicarse en esta ciudad la revista quincenal *Anáhuac*, como órgano del Ateneo Nacional Mexicano, fundado tres años antes, en 1884. En torno a ella se reunieron, ya como socios activos, ya como socios honorarios, algunos de los más famosos literatos del tiempo, así como las más fundadas esperanzas de las letras patrias. Entre los socios honorarios destacan Vicente Riva Palacio, José Peón y Contreras, Guillermo Prieto, entre otros; entre los escritores jóvenes Enrique Fernández Granados, Agustín A. Muñoz, entre otros. Contó la publicación con la corresponsalía de escritores españoles como Manuel del Palacio y Juan Valera.

Las tareas del Ateneo eran muy ambiciosas; celebraba sesiones dominicales, organizaba ciclos de conferencias, veladas literarias en que se rendía homenaje al saber, al patriotismo, a la abnegación y al valer de todos aquellos hombres ilustres que constituyen el más digno blasón de que una patria puede con justicia enorgullecerse. En septiembre de 1884, es decir, apenas unos meses de su fundación, el grupo instituyó una Academia en que los socios daban clases gratuitas de artes y ciencias y a las que concurrían numerosos alumnos.

En ninguna de las cuatro entregas publicadas se consigna el nombre del director o editor, pero suponemos que lo era León Campos y Junceda, quien firma lo que puede llamarse el editorial o prólogo de la revista *Anáhuac*. El artículo de Campos y Junceda es un florido elogio de la poesía, postergada por muchos a favor de las ciencias, en un olvido de que si la una esclarece el espíritu y lo enriquece, rectifica el juicio y le da exactitud y firmeza, la otra lo adorna, lo pule y avalora sus tesoros, le da discernimiento y gusto,

lo hermosa y lo perfecciona. Si la una prolonga la vida, la otra le da sentido trascendente. Las columnas de *Anáhuac* acogieron semblanzas literarias de los grandes ingenios de la época, así la de Vicente Riva Palacio que firma Agustín A. Muñoz; poemas de Luis G. Ortiz, de Fernández Granados, de Manuel Pérez Bibbins, un nombre que el tiempo ha cubierto con su olvido; narraciones, cuentos y relatos entre los que sobresale uno de Luis G. Ortiz firmado con el anagrama “Zuli Torgis” que ha permanecido al margen de su obra de poeta y de traductor, y que quizá conviniera tomar en cuenta para completar su imagen literaria.

Anáhuac apareció hasta el 1o. de abril de 1884, según todas las probabilidades. Entre las colaboraciones, conviene señalar el panorama que acerca de “La Literatura Nacional” escribió Adolfo Verduzco y Rocha y que desgraciadamente quedó trunco, pues habiéndolo planeado en cuatro épocas, desde la antigüedad precortesiana hasta el siglo XIX, sólo estudia a los poetas de la Colonia: Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora. El ensayo se encuentra saturado de la vieja preocupación de dar a México una literatura propia; preocupación que no deja de inquietar a los escritores mexicanos.

10 de noviembre de 1957

Platerías. A. Nervo

Cedo gustoso a la insinuación que me hace Alfonso Reyes (*Historia documental de mis libros*, Universidad de México, vol. XI, núm. 10, julio de 1957, pág. 16) de ocuparme alguna vez de la breve colección de poemas escritos por los tertulianos del “Café Platerías” de Madrid, en honor de Amado Nervo, publicado en 1921 a los dos años de la muerte del poeta, cuando estaba proyectada para un homenaje en el primer aniversario. “Es una breve colección que hoy puede tentar la curiosidad de Andrés Henestrosa...” dice el maestro mexicano. *Platerías. A. Nervo* aparece publicado por Juan Pueyo, en 8o., 36 páginas e índice. Las palabras iniciales aparecen anónimas, y Alfonso Reyes no reveló el secreto de su autor. Hablando de este asunto con Antonio Mediz Bolio, dos días antes de su muerte, tampoco supo decírmelo, aunque suponía que fuera obra de alguno de los españoles reunidos en el homenaje. ¿José María Quiroga

Pla, Federico Carlos Sáinz de Robles, Joaquín Fernández Suñol? ¡Quién sabe! Toca quizá al propio Reyes aclararlo. En cambio, me contó Mediz Bolio muchas circunstancias relacionadas con el primoroso opúsculo, ahora una positiva joya, y cuya desaparición de mi biblioteca me ha producido una verdadera tristeza, que por fortuna se alivió un tanto con el préstamo que de él me hizo el poeta Alí Chumacero. Me dijo, pues, Mediz Bolio que el apunte de Nervo que aparece en la portada es obra del pintor Santos Balmori, quien acabado de llegar a Madrid lo realizó sin haber conocido al poeta y con sólo haber leído sus poesías y oído de labios de sus admiradores los rasgos de su semblanza física y espiritual. El apunte está en mi poder, dijo Antonio. Lo tengo en mi casa de Ochil, en Yucatán, y me ha acompañado durante mis viajes por el mundo. Una vez en Buenos Aires, dijo, al verlo una dama argentina que profesaba una gran admiración al poeta, sufrió un desmayo. El rostro de Nervo, emergiendo como de una niebla de misterio, produce un efecto, una extraña imantación. Los ojos, sobre todo, producen una suerte de calosfrío.

Platerías. A. Nervo reúne poesías de María Luisa Ross, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes (fragmento del poema a la muerte de Nervo); José María Quiroga Pla, (Humberto) Esquivel Medina, Raúl Carrancá Trujillo, Federico Carlos Sáinz de Robles, Joaquín Fernández Suñol, Manuel Galán, Guillermo y Francisco Rello (conjuntamente) y Caravia Hevia. Todos los nombres señalados nos fueron después familiares. María Luisa Ross y Antonio Mediz Bolio han muerto; Esquivel Medina y Carrancá Trujillo, los dos yucatecos y a quienes Mediz Bolio menciona en su libro *A la sombra de mi ceiba*, se apartaron de la poesía: el uno devino político y el otro un connotado universitario y ensayista; Quiroga Pla está desterrado de España. Federico Sáinz de Robles vive en Madrid y no ha dejado de ocuparse en las letras hispanoamericanas. Y, ¿qué se hicieron Fernández Suñol, Galán, los hermanos Rello y Caravia Hevia, que yo supongo argentino? Todas estas son cosas que sólo Alfonso Reyes sabrá poner en su punto y sitio.

17 de noviembre de 1957

Mariano Silva y Aceves

El 24 de noviembre de 1937, ahora justamente veinte años, murió en esta ciudad de México Mariano Silva y Aceves. Cuando lo supe en Nueva Orleans me apresuré a escribir una breve semblanza suya que no llegó a su destino. Amigo y compañero de los grandes maestros de las letras, el pensamiento y la conducta mexicanos de las primeras décadas de este siglo, Silva y Aceves me ayudó a completar el cuadro de la vida cultural mexicana de ese tiempo. Hombre sencillo, sabio, ecuaníme, era una delicia conversar con él y recorrer las calles en su compañía. Un sabio que había viajado por todas las literaturas, que le eran familiares todos los grandes nombres, que se sabía de memoria a los grandes poetas y escritores españoles, Cervantes en primer lugar; era, sin embargo, profundamente mexicano, tal como deben serlo los literatos bien nacidos, quiero decir que están sembrados en tierra propia y que tienen como padres a los que hoy una palabra, mañana una sílaba y después una línea, han ayudado a definir y a descubrir el alma profunda de las cosas de la tierra en que han nacido. En nada le estorbaba el latín para estudiar y conocer el náhuatl; fray Luis de León y Garcilaso de la Vega y San Juan de la Cruz, convivían en su alma con Netzahualcóyotl y todos los demás poetas anónimos de la antigüedad precortesiana; en su corazón se reunían los dos ríos de que todo americano procede: el río español y el río indio. Lo conocí justamente cuando estaba empeñado en fundar el Instituto de Investigaciones Lingüísticas, que puede considerarse una de las empresas menores, comparada con otras a que dio el pecho y el brazo. No debe olvidarse que Silva y Aceves inspiró algunas de las empresas culturales de que ahora se ufana México y nuestra Universidad: creó carreras nuevas y a él se debe la primera escuela de verano que funcionó en nuestro país. Enseñó largo tiempo en la Universidad, descubrió vocaciones, afirmó en escritores jóvenes la persistencia en la vocación y dio el ejemplo de cómo se debe escribir.

Las historias literarias se conforman con citarlo, y cuando alguna vez atreven un breve juicio, éste no es sino repetición, o comentario, o paráfrasis de lo que otros han dicho. Silva y Aceves es un escritor que se sitúa muy bien al lado de Julio Torri entre los mexicanos y de Marcel Schwob entre los extranjeros. A veces sin conocer a los grandes autores de la literatura fantástica, coincide con ellos, cuando no se les anticipa. Si Silva y Aceves fuera mejor conocido, podría contrarrestar la influencia de Jorge Luis Bor-

ges, o reforzarla, para que no se crea que la desdeñamos. Pero no se piense que Silva y Aceves era un escritor separado de la realidad. Lo que ocurre es que hasta cuando escribía literatura fantástica, inventaba realidades o coincidía con ellas. Sus breves cuentos, sus breves poemas en prosa, sus estampas son un trasunto de nuestra vida cotidiana, elevada a la más pulida expresión. Nada de desperdicios, nada de rodeos, sino siempre al grano. Le bastaban dos o tres cuartillas para transcribirnos un estado de alma, para trasladar una observación, aguda hasta doler.

Ejerció, al final de sus días, el periodismo. Y hasta en ese campo que no siempre reclama originalidad ni exige una capacitación literaria de primer orden, supo tratar los asuntos cotidianos con un señorío y una elegancia que se explican muy fácilmente si recordamos que era Mariano Silva y Aceves un humanista, entendido como un hombre sabio en culturas antiguas, pero nunca desligado del presente y de los hombres con quienes convivió. Sus libros, que recordamos son los siguientes: *Arquilla de marfil* (1916), *Cara de virgen* (1919), *Anímula* (1920), *Campanitas de plata* (1925), *Muñecos de cuerda* (1937). Y formuló la promesa de reunir, así sea en parte, su obra literaria perdida en periódicos y revistas, si es que no hay otro que lo intente con mejores títulos.

24 de noviembre de 1957

Zarco, desconocido

Algo que puede parecer una exageración a primera vista, es que a pesar de la importancia de la obra de Francisco Zarco, todavía permanece desconocida su vida y la proyección de sus escritos. En los últimos años, y por la proximidad del Centenario de la Constitución del 57 que Zarco historió y reseñó con verdadera sabiduría y fervoroso ánimo, se han escrito acerca de los acontecimientos en que participó, trabajos de verdadero valor, pero que no abarcan el ámbito completo de sus acciones. Entre esos ensayos de investigación y de valoración, destacan los de dos maestros mexicanos contemporáneos: Daniel Cosío Villegas y Antonio Martínez Báez. Recordamos, asimismo, un brioso prólogo de Xavier Tavera Alfaro a unos *Textos políticos*, recientemente publicados por la Universidad Nacional. No son de menor valor las investigaciones de

Catalina Sierra Casasús, aprovechadas en el prólogo a la *Crónica del Constituyente*, que el Fondo de Cultura Económica, acaba de lanzar en pulcra edición.

Aparte los casos señalados, los que ahora se han ocupado de la vida y de la obra de Francisco Zarco se han conformado con seguir, a veces transcribiéndolos textualmente, sin la indicación respectiva, la nota necrológica de Felipe Sánchez Solís, publicada en *El siglo diez y nueve* al día siguiente de su muerte, el 22 de diciembre de 1869. Así, por ejemplo, el artículo de Francisco Sosa en sus *Mexicanos distinguidos* en el que, por cierto, se cueñan algunos errores: dar el 29 de diciembre como fecha de la muerte de Zarco. Algunos, muy pocos, aprovechan el discurso del propio Sánchez Solís, publicado en *El Constitucional*, el martes 14 de abril de 1874, en ocasión del homenaje que el Liceo Hidalgo consagró a la memoria del eminente escritor que fuera uno de sus fundadores.

Sánchez Solís aprovecha en ese discurso gran parte de la nota necrológica, sobre todo al principio. Sin embargo, es ésta la primera vez que se intenta una valoración de Zarco en sus diversos aspectos, como escritor costumbrista, como narrador, como diarista, como orador y como polemista. Sánchez Solís que era entrañable amigo del famoso literato, no sólo conocía su obra escrita, sino que un trato íntimo de muchos años, le permitía un dominio de su más íntima personalidad. “La intimidad que me dispensó durante toda su vida —dice Sánchez Solís— me hizo descubrir en él mundos de sentimientos, que no a todos se manifestaban; su correspondencia epistolar durante su prisión por causas políticas, me puso al tanto de sus penas íntimas, de sus decepciones, de los dolores sin cuento que atenaceaban su vida; de los desengaños que prematuramente le hacía sentir la muerte, y de la gran fe que en la obra de la Reforma le animó.” Tras de proporcionarnos su imagen humana, Sánchez Solís intenta, así sea con brevedad, juzgarlo en sus diversas fases literarias. Los que se consagran a la crítica literaria —dice— deben tomar como tipo a Zarco, que en esta materia, como en todo, fue profundo maestro. En efecto, Zarco escribió acerca del ejercicio de la crítica literaria un ensayo que denuncia los dones de su corazón generoso y las ideas que acerca de esa actividad profesaba. La benevolencia es indispensable al crítico, decía, y debe estar unida a la mayor perspicacia, a una vasta erudición, y a ese buen gusto fundado en el conocimiento profundo de la literatura, gusto que bien cultivado puede ser la guía más acertada del crítico. El crítico benévolo nunca exagera los defectos; por el contrario, le es sensible encontrarlos, les busca disculpas, y sobre todo, aconseja con modestia y sin magisterio el modo de evitarlos y corregirlos.

La lectura del hermoso discurso de Felipe Sánchez Solís nos ha sugerido la conveniencia de su reproducción, a efecto de que concurra a completar la imagen intelectual y humana de un ciudadano que todavía puede dar lecciones a los mexicanos de la hora presente. ¿No quisiera nuestro periódico *El Nacional* encargarse de esa reproducción?

10. de diciembre de 1957

Periodismo y literatura

En el siglo pasado, como todavía ocurre en nuestros días, el periodismo no estaba considerado dentro de las bellas letras. Su ejercicio era más una artesanía que un arte. Como la caricatura, era en todo caso, un arte menor, de fines prácticos, cotidianos: su eficiencia quedaba cumplida por sus resultados inmediatos. Lo dicho del periodismo y de la caricatura puede aplicarse, asimismo, a la oratoria. Tal vez por eso las historias de la literatura mexicana sólo por excepción aluden al periodismo y a la oratoria, siendo Manuel Sánchez Mármol, el único que estudia esos dos géneros con cierta amplitud, en su raro libro *Las Letras Patrias*. Tan cierto es que el periodismo no se consideraba en el ámbito de las bellas letras, que su ejercicio era visto con desdén hasta por aquellos que fueron periodistas extraordinarios, que bastó que Juan Bautista Alberdi llamara periodista a Domingo Faustino Sarmiento para que éste entablara con él una de las polémicas más apasionadas, más violentas a la vez que más instructivas de cuantas registran las letras hispanoamericanas. Lo que no debe extrañar si se tiene en cuenta la condición de excelentes periodistas que eran los dos argentinos. Las *Cartas Quillotanas* y las *Ciento y una* en que la polémica está contenida, lo prueban plenamente. Por lo que toca a las letras nacionales, se puede recordar el caso de Ignacio Manuel Altamirano y de Francisco Zarco, dos literatos que encontraron en el periodismo campo para propagar las mejores ideas y cumplir una alta misión. Y sin embargo, de uno se ha podido decir que escribió poco, y el otro no ha logrado hasta ahora la consideración de gran escritor que merece. ¿Por qué? Si se ha dicho que la producción literaria de Altamirano es escasa, y se le ha creado una leyenda de escritor parco y perezoso, de la que alguna vez se defendió, es justamente porque en su tiempo la obra periodística no se consideraba como creación literaria, como

obra de escritor, sino como actividad accidental y pasajera. Aquel empeño de sus contemporáneos de incitarlo al trabajo literario, es decir, a escribir poesía, novela, ensayo, viene justamente del deslinde entre la actividad periodística y la actividad literaria. La veintena de volúmenes que pudieran organizarse con los artículos de periódicos, reseñas, crónicas, reportajes, discursos, que escribió Altamirano, no fueron suficientes para que se le exigiera y reclamara un número mayor de obras de las que en su tiempo se consideraban de creación. ¿Y no se ha dicho que Ignacio Ramírez no escribió libros? Cosa semejante ha ocurrido con Zarco. Su labor periodística, su acción política resumida en una serie de brillantes intervenciones parlamentarias, sus numerosos ensayos de diversa índole, aún no logran que su nombre figure en el marco de los grandes escritores nacionales y sólo alcanzan que se le siga considerando nada más como un brillante periodista. La publicación de la *Historia del Congreso Constituyente (1856-1857)*, que recientemente hizo El Colegio de México, para honrar la memoria y la obra de los Constituyentes del 56, y a la que ha puesto Antonio Martínez Báez un brillante y documentado “Estudio Preliminar”, viene a poner ante los ojos del lector mexicano, la figura de Zarco considerado como periodista. Los elementos que hacen de esa *Historia* y de la *Crónica parlamentaria* obras ejemplares, escritas día tras día por el famoso periodista, demuestran que el genio literario, el buen estilo, las grandes ideas caben en todos los géneros, y que si otra cosa no hubiera escrito Zarco, bastarían esas dos para darle la fama de gran escritor que todavía no se le reconoce.

8 de diciembre de 1957

Panorámica de las letras

Pronto va a ser un año de haberse publicado bajo el signo del Instituto Nacional de Bellas Artes, el tomo primero del libro del finado poeta Rafael Cuevas, titulado *Panorámica de las letras*. Distribuido en cuatro partes, sólo aparecieron las tres primeras en que el autor estudia la obra de algunos escritores y poetas que mayor renombre han alcanzado en las cuatro primeras décadas del presente siglo. Era Cuevas un excelente poeta menor, un crítico literario de escasos vuelos, aunque muy instruido y concorde con un credo estético y político, que le hacía respetable. Descendiente de una vieja familia conservadora, la tradi-

ción familiar pesaba sobre su pecho y sobre su frente como una lápida. Pero no se vaya a creer que su obra de crítico careciera de valor y no registrara nada digno de ser destacado. Un mérito de su *Panorámica de las letras*, por ejemplo, es la atención, el amoroso empeño con que estudió la obra lírica de Renato Leduc, para poner ante los ojos del lector aquellos poemas que lo acreditan como gran poeta mexicano. Pero... ese pero que suele acompañar y empañar las obras humanas, el libro de Cuevas se reduce por dos o tres desahogos, que más van contra él que contra las cosas que condena. Al estudiar la vida cultural y política mexicana de los primeros años de este siglo, circunstancia que creyó necesaria para mejor situar a los poetas y escritores que se proponía enjuiciar, se le fueron de la pluma dos afirmaciones en verdad ramplonas, indignas de un hombre que ha ido a la escuela y que ha leído un libro completo. De la producción literaria de hace medio siglo, Cuevas no encontró algo más digno de recordación que el libro falaz de Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez*, “que dio los primeros golpes a la estatua hueca de Benito Juárez”, dice con el mayor encono, si bien con la mayor ingenuidad, porque esa estatua se levanta cada vez más alta, como que reposa en los hombros de un pueblo y no es capricho de facciones. Cuando su ensayo alcanza a los días de la Revolución Mexicana, Cuevas califica a ese movimiento, a la Revolución, como a “vieja, gorda, fea y sucia”. Bien visto, nada grave, sino más bien digno de una sonrisa compasiva, de un sentimiento de tristeza al ver que una obra enderezada a servir a México, se afee con tales lunares.

Lo malo, lo triste, lo lamentable, fue que *Panorámica de las letras* haya sido publicado por el Instituto Nacional de Bellas Artes, en el Centenario de la Constitución de 1857 y en el Año del Pensamiento Liberal. Así lo vio, el primero, el magnífico escritor José Alvarado, y lo denunció en un artículo de la revista *Siempre!* El resultado no se hizo esperar: las autoridades del INBA, que no habían leído los originales, repararon el entuerto retirando la edición; con lo cual el libro de Rafael Cuevas se ha convertido en una de las rarezas de la bibliografía mexicana. El toque de alerta de Alvarado trascendió y estuvo a punto de causar mi retiro de la Jefatura del Departamento de Literatura, en otro tiempo también de ediciones del instituto. Sucedió, pues, que alguno —Marco Antonio Millán, director de *América*, revista antológica— recogió de la tradición oral el infundio de que yo había patrocinado la edición y creyó llegado el momento de abatirme. Como es algo poco menos que imposible adquirir un ejemplar de la obra de Cuevas, a tal extremo que yo mismo he batallado

para alcanzar uno, todos los que después han participado en este embrollo han tenido como única fuente, que yo me siento tentado a calificar de ovejuña, la nota anónima de Millán, publicada en *América*. Justamente indignados, los que la han aprovechado la enriquecieron con nuevas circunstancias, hasta convertirla en algo que ya casi nada contiene de cosa cierta y verdadera. Las inexactitudes de Marco Antonio no sólo han prevalecido, sino que han proliferado, como se verá con sólo estos dos botones: el autor se llama Rafael del Río y no Rafael Cuevas, y el libro de acuerdo con mi última noticia, “Amapola y látigo”, en el que se conjugan el título de un libro de poemas de Cuevas, *Amapola del tiempo*, y el de uno mío, *Flor y látigo*, que no es otra cosa que el ideario político de Benito Juárez, reducido a sentencias y aforismos.

Y, ¿qué tiene que ver en todo esto Miguel Álvarez Acosta, director general del Instituto Nacional de Bellas Artes? Nada, si se tiene en cuenta que subalternos descuidados no le advirtieron los dos desahogos que de contrabando se cuelan en el libro. Más aún: Álvarez Acosta ha dicho en ocasión del 150 aniversario del natalicio de Juárez, una de las más bellas piezas dedicadas a la exaltación del Patricio, y eso es todo.

22 de diciembre de 1957

Luis Spota

¿Cuántos libros mexicanos han sido vertidos a otros idiomas? Quizá muy pocos o quizá muchos. Pero lo que es verdaderamente cierto es que cualquier obra literaria de autor mexicano que se traduce a otros idiomas llama la atención de los más exigentes lectores extranjeros. Siempre hay en todas partes un gran interés por lo nuestro. Lo anterior se confirma con la noticia que acaba de llegar de Estados Unidos a propósito de la edición inglesa, hecha en Boston, por la Editorial Houghtn Mittlin de la novela *Más cornadas da el hambre*, original del infatigable escritor y brillante periodista mexicano Luis Spota. La traducción estuvo a cargo de Barnaby Conrad, y la importante revista literaria *Saturday Review* la ha seleccionado como una de las 25 mejores obras publicadas en este año que se acaba. Es decir, que el nombre de Spota lo han colocado al lado de Albert Camus, William Faulkner, John Steinbeck y otros no menos famosos.

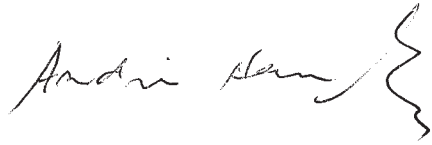
Esta misma novela que obtuvo un importante premio literario cuando se publicó en México, ha sido llevada al francés por el escritor Joan Camp para una importante casa editora de Francia. El éxito, según informes llegados a nuestro país, ha sido rotundo en Europa, pues fue recibida con gran aceptación por la crítica y el público del viejo mundo.

Luis Spota es uno de nuestros más jóvenes escritores, pero que cuenta ya con abundante obra literaria. Está dotado de una gran capacidad de trabajo y su profesión de periodista le ha brindado la oportunidad de recorrer el país. Su intención ha sido siempre captar la realidad de México. Tiene un interés permanente por conocer y estudiar los problemas económico-sociales de México para plantearlos en sus novelas. Es un escritor con los pies en nuestra tierra mexicana que sabe que la literatura debe estar al servicio de la sociedad que la produce, del pueblo que la inspira. Y si tomamos en cuenta que cada obra, que cada libro de Spota, cuando se publica, despierta interés, provoca discusiones acaloradas y rápidamente se agotan los ejemplares, podemos entonces decir que este escritor mexicano va logrando sus objetivos y que es lógico esperar de él, dada su juventud y su gran facilidad para escribir, nuevas obras que den brillo y prestigio a las letras nacionales.

Y finalmente podemos decir que el éxito de Spota en Francia, Estados Unidos y aquí en México, viene a acabar con la vieja discusión que siempre se suscita en nuestro medio sobre cómo debe ser la literatura nacional puesto que se han señalado cuáles son los libros que despiertan interés, dentro y fuera de nuestras fronteras.

29 de diciembre de 1957

1958

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', followed by a decorative flourish.

Pródiga cosecha de poesía mexicana

Anuario de la poesía mexicana, 1955. Muchas de las palabras que aparecen al frente de *Anuario de 1954*, son válidas para el presente. Lo son, desde luego, las que se refieren a los propósitos en que se inspira como es el de agrupar en una forma amplia las diversas manifestaciones de la lírica mexicana en un momento de su evolución, esto es, las que resultan de las tendencias y escuelas que en ella imperan. Es también válido el breve juicio que lo sitúa dentro de esas tendencias, en el último cuarto de siglo.

Al igual que el anterior, este *Anuario* no tiene un estricto carácter antológico, aunque la selección fue hecha con un mínimo de rigor estético. Eso explica que al lado de poetas consagrados aparezcan poetas menores o todavía en gestación. Para decirlo en otras palabras, al mar de nuestra lírica van a dar los ríos caudales, los medianos y los más chicos. Ello se debe –está bueno insistir para evitar los malentendidos– a que no se trata de formar un haz de las espigas más doradas, sino las muestras de una pródiga cosecha. Se trata –lo decimos una vez más– de favorecer a los que mañana, o ahora mismo, quieran estudiar el estado de la lírica mexicana en la hora presente. Porque, frecuentemente, más aterra al historiador de nuestras letras, la dificultad de las pesquisas, que reducir a libro sus investigaciones. Por eso, del volumen de la producción poética de un año no sólo se registra aquello que pueda servir a esos fines, sino que se incluyen aquellas piezas que pueden considerarse como las representativas, dentro de los propósitos ya señalados. Es cierto que el “Índice bibliográfico de la poesía”, incluido al final del volumen, pudiera ser más extenso, más completo, pero es de todos sabido que hasta para los espe-

cialistas entraña una gran dificultad hacerse, no digamos de todo lo que en un género se produce, sino ni siquiera en su mayor parte. No existe, en general, entre nuestros escritores, la buena costumbre de intercambiarse sus producciones, lo que obliga a especialistas y lectores curiosos a adquirir sólo aquello que puede considerarse lo más significativo en un género determinado. A todo esto se puede agregar el volumen tan grande de revistas y periódicos literarios que se publican en la capital y en las provincias, de los cuales casi no se tienen noticias. A veces, ni los redactores de columnas, o secciones, destinadas a la reseña de libros, se ven favorecidos con el envío de obras de reciente publicación, lo que a la larga redundará en perjuicio de la literatura nacional. De todas suertes, el Índice contenido en el *Anuario de la poesía mexicana, 1955*, incluye gran copia de cédulas provincianas.

La selección de los poemas estuvo a cargo del poeta Fernando Sánchez Mayans, quien además preparó el “Índice bibliográfico de la poesía”. Corra este *Anuario* la misma buena suerte que su antecesor, el de 1954.

5 de enero de 1958

Elvira Vargas

Cuando vuelvo los ojos a mis primeros años de escolar en México, una imagen con que me encuentro es la de Elvira Vargas. Pequeñita, grácil, con aquel color apiñonado que tanto llamó la atención hace cien años del poeta José Zorrilla; los ojos luminosos, el pelo negro, breves las manos, una mexicana cabal, para decirlo en una palabra. Estudiaba en la Escuela Nacional Preparatoria donde yo no entraba porque estuve un año inscrito en la Escuela Nacional de Maestros, rival en cierto modo de los institutos universitarios. Luego, claro está, seríamos compañeros. De esta manera la encuentro en bibliotecas, en campos deportivos, pero con mayor precisión, mientras espera un tren eléctrico en la esquina de las calles de Justo Sierra y Argentina, justamente donde ahora se encuentra la librería de los hermanos Porrúa. Viste de negro, como era de moda, trae los cabellos cortos, con un flequito en la frente: a la “bob” como entonces se decía. Cargada de sus útiles escolares, se apoya en el muro, en tanto que conversa con un compañero de escuela. No diré el año, porque ni el talento ni la bondad, ni la inteligencia, tienen edad. Además, porque por Elvira Vargas no pasa el tiempo.

No creo haber cruzado nunca una palabra con ella por aquellos años, aunque fuera una de las preparatorianas más destacadas y caracterizadas de su generación; y eso que las había distinguidísimas. Por los corredores, discurrían, por ejemplo, la llorada Áurea Procel, María Luisa Riquelme, Eleonora Ree y otras que luego el tiempo iba a ocultar de nuestra vista. Tampoco creo que ya desde entonces escribiera, porque no recuerdo su nombre en las numerosas revistas y periódicos estudiantiles de aquel tiempo. Lectora insaciable, seguro que lo era: ahora la veo sentada en la Biblioteca Iberoamericana, ya desaparecida, y que durante tres lustros fue lugar predilecto de los jóvenes mexicanos. ¿Qué leía Elvira Vargas? Leía muchas cosas, más que estudiaba. ¿Qué autores? Los rusos, sin duda. Porque en esa literatura se nutrió toda una generación de mexicanos; y de ella le vinieron las doctrinas, la rebeldía, el apego al pueblo, la decisión de cumplirle a la vida los juramentos que no hay hombre bien nacido que no lo haga en la flor de los años. León Tolstoi, Fedor Dostoievsky, Nicolás Gogol, Alejandro Puschkin, Nicolás Garin, en una palabra, todo el licor cristalino que brindan los eternos manantiales, como dijo nuestro poeta. Y los escritores mexicanos, desde luego, pues nunca se pudo ser de alguna parte si se estuvo a espaldas de la tierra que nos sustenta.

De pronto, nos encontramos en el año de 1929. Conservaba Elvira —“la pequeña Elvira”, como dijo Renato Leduc— su porte y sus hechizos juveniles. En aquella campaña que con “loca audacia” encabezó José Vasconcelos, ocupó uno de los lugares más visibles: por su loca audacia, por su fervor, por el tono y el temple de una oratoria hasta entonces desconocida en la política nacional, más aún entre las mujeres. Allí estaba Elvirita Vargas, de pie en una improvisada tribuna, dirigiéndose a una multitud que escucha atónita. Se basa su peroración en la parábola del buen sembrador. Entre la multitud, yo. A contar de entonces, frecuento su trato y estoy al pendiente de su vida y de sus actividades. Cuando sobrevino de un modo natural la derrota, Elvira, más alerta que muchos de nosotros, no se quedó en su casa ni se puso contra México, extremo en el que caen los vanos y fatuos que sobreponen su suerte personal a la suerte de la patria. Por eso, pronto buscó campo para trabajar por la causa que en el 29 defendió: la causa de México, que es la de la Revolución y el progreso.

En este periódico, en *El Nacional*, entró a trabajar al lado de una brillante generación de jóvenes periodistas y escritores, que tenían por uno de sus ca-

pitanes al inolvidable Héctor Pérez Martínez. Ahora, a ella se le cuenta entre los más sagaces, valientes y alertas periodistas de México: su columna, en uno de los diarios capitalinos, nos la muestra fiel a sus viejos credos. Cuando le place, y ojalá le pluguiera con más frecuencia, escribe hermosas narraciones. Y así relatos como crónicas y reportajes en que la vida mexicana queda presa en alguno de sus aspectos.

Y ahora una queja: nunca he podido ser de Elvira Vargas el amigo que siempre quise.

12 de enero de 1958

Cuál el tema

Sobre qué pudiera escribirse una *Alacena* le pregunto en la redacción de *El Nacional* al encargado de este Suplemento, Salvador Carrillo Madrigal, periodista que es capaz de escribir como los viejos diaristas mexicanos, sobre la marcha, con un pie en el estribo, una crónica, un editorial, “un artículo de fondo”, como antes se decía. ¿Quién no recuerda que así escribieron Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina? Uno de ellos, parece que Sierra, ante la urgencia del director que reclamaba los originales, llegó a preguntar, cuando supo el tema, si la crónica habría que escribirla en prosa o en verso. Así eran aquellos jornaleros, galeotes de la prensa diaria de los tiempos pasados. No es éste el caso, claro está, pero a ratos tenemos que improvisar, con los lamentables resultados de la improvisación. De esta manera ocurrió algo que nadie ha contado nunca. Una mañana, al encontrarme con Héctor Pérez Martínez, en el desaparecido “Café América”, de la esquina de Argentina y San Ildefonso, en nuestro diario desayuno, me preguntó: Andrés, ¿sobre qué pudiera escribirse un *Escaparate*? Como Calvillo Madrigal en la ocasión que refiero, le sugerí un tema que al ser desarrollado produjo una conmoción en las letras nacionales. Calvillo Madrigal me ha sugerido un tema, una pregunta, en relación con las actividades de la Academia Mexicana de la Lengua. ¿Qué tiene de mexicana esa Academia? ¿Qué hace en bien del idioma que hablan los mexicanos? Yo sugerí a Héctor esta impertinencia. Pregúntale a Alfonso Reyes por qué no dedica su genio literario a crear una literatura nacional, a poner orden en nuestra historia li-

teraria. El desarrollo del tema, a cuenta y riesgo de Pérez Martínez, produjo una respuesta del humanista mexicano que, en efecto, vino a poner orden en un capítulo de nuestra erudición literaria, a iluminar una zona de nuestras preocupaciones; aquella que se refiere a lo que ha de entenderse por letras patrias. Vino, también, a refrescar la memoria de muchos que habían olvidado que nunca la pluma de Alfonso Reyes dejó de registrar el latido de esta tierra que prestó la arcilla, el sol, la luz, el aire, el agua con que está amasado y que, de cuando en cuando, por virtud de esa vigilia que las letras ejercen sobre sus hijos, asoman en sus páginas para individualizarlas, para darles ese matiz, o dibujo, o entonación, que sólo transmite la tierra en que el artista se sustenta, y que no hay gramática que pueda enseñar, ni ingenio que consiga fingir.

El temor de no plantear discretamente el tema que Calvillo Madrigal me propone, me deja en suspenso un instante. ¿Sabré, me pregunto, presentar con la compostura debida el tema en cuestión? No puedo olvidar que la ilustre corporación tiene precisamente, por presidente, a don Alfonso Reyes, señor de las letras y de la erudición de nuestro idioma. Junto a él están, asimismo, algunos de los que con más sapiencia y belleza han cultivado los cármes mexicanos. Veo levantarse imágenes egregias como las de Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Ángel María Garibay Kintana. No. Yo no puedo así porque sí, preguntar a estos maestros qué han hecho en bien de la lengua española que hablan los mexicanos. Lo de menos sería que en respuesta nos dieran una lección que nunca supimos o que teníamos olvidada. Con eso saldrían ganando las letras mexicanas, pero quedaríamos con la dolorosa punzada de haber procedido apresuradamente.

Está hecha la *Alacena*, mi querido Salvador Carrillo Madrigal, y quédese para otro día, el tema sobre la Academia Mexicana de la Lengua y sus deberes para con el idioma que hablan los mexicanos.

19 de enero de 1958

Griselda

Se llama Griselda, como pudiera llamarse Lucelia o Elfidia o Aída o Endrina, ni más ni menos que se llaman en Juchitán y en *Archipiélago de mujeres*,

no en balde sus paisanas. Nació en Jalisco como pudo nacer en cualquier otra parte, porque, bien mirado, en ella concurren elementos que definen a la mujer en México. De unas ya vimos que tiene el nombre; de otras algunos de esos rasgos que hemos convenido en considerar como constitutivos de nuestra estirpe.

Una belleza que puede darse en todas nuestras latitudes. De cada una de las mujeres de México consigna un trazo. De unas, la tez morena; de otras, el breve pie, el porte, los ojos, el andar hechicero, y de todas, la serena presencia, el ademán unánime, la resignación a prueba de desastres.

Es maestra de escuela como pudo ser obrera. Enseña, pero le diera lo mismo aprender. Escribe poesías, y escribe prosa, pero no por el vano engreimiento de verse en letras de molde, sino por el doloroso trance de traducir y dar cauce a los ríos de ternura y de dolor que le surcan la geografía del pecho. Una poesía y una prosa creativas que se desentienen frecuentemente del prurito de encontrar expresiones peregrinas, inesperadas, sorprendentes; por el contrario, obra armada con las palabras de la vida cotidiana, únicas que sirven cuando se llega la hora de traducir la realidad. Eso que algunos llaman estilo, no reza con ella. Si Griselda consigue decir lo que quiere, se queda tranquila y en paz. Eso le da de paso una personalidad, que es como decir diferenciación. Lo que mira y lo que siente, se pueden decir con las palabras más humildes, más al alcance de las manos. Para ella el estilo no es el resultado de una dolorosa búsqueda, una crisis, sino sólo el medio de expresarse. Estilo es eficacia, pudiera decirse.

La lectura, o la audición de su obra, no remiten a la obra de ningún otro escritor, de aquí o de afuera. Es posible que de trecho en trecho una palabra, una sílaba suya nos recuerde algún autor nacional, pero eso no quiere decir que se inspire en él o que lo siga, significa, nada más, que una misma sangre circula por las arterias y por las venas de sus espíritus. Aire de familia, pudiéramos llamar a esa coincidencia. Quiere decir que Griselda no parte de lo escrito, no está pendiente de lo que otros ya dijeron, no muere por remedar ni el trance ni la expresión ajenos. Dice lo que ocurre en su doliente corazón, en su sien y frente atormentadas. Es, en una palabra, un poeta original. Como el árbol que ella es se nutre de la misma tierra, del mismo aire, del mismo cielo, de la misma agua que otros poetas nacionales; la flor de los frutos que inventa no son desconocidos al lector. En ellos encuentran los atributos que a todos definen, pero nunca falta aquél que la individualiza y la distingue.

Si otra cosa no hiciera, le bastara con estar, con ser. Tiene su presencia signos de distinción, de hálito apacible, que en rueda de hombres y de mujeres, sobresale. Muy bien pudiera decirse que en las letras mexicanas, donde abunda la pasión sin gobierno, Griselda sabe poner y transmitir una lección de compostura y de serenidad. Si alguna vez quisieras saber qué es lo que se debe hacer en cada caso, pregúntaselo a Griselda, lector.

26 de enero de 1958

Origen de la leyenda

Es un frecuente estado de ánimo considerar las leyendas como eso: como meras leyendas, es decir, como cuentos fantásticos, como sueños de escritores, como rosas que inventa la inteligencia de los hombres. Las leyendas son eso: pero también algo más: son la manifestación primera de la inteligencia humana, la guía que si no reconstruye la historia de los pueblos, sí dibuja su espíritu, lo que a ratos vale más. La leyenda es el hilo que lleva al ovillo del alma primitiva.

Quizá la leyenda nació en una cueva, en tiempos muy remotos. Un hombre primitivo, un cazador, por ejemplo, vuelve un día al hogar, y cuenta una gran proeza: haber vencido a un animal feroz, de una pedrada o de un tiro de su cerbatana. Orgulloso de sí mismo, enajenado por su propia voz, sintiendo que su importancia crece en la tribu, cuenta los pormenores de la singular contienda, recreándose en el relato. El animal feroz lo había atacado de improviso. Los dioses monstruosos del trueno y del relámpago, y las nubes que adoptan formas caprichosas se habían confabulado en su contra. Y la batalla se vino desigual, tremenda. Al fin, espantados, los dioses enemigos huyeron y el animal cayó muerto a los pies del hombre valiente. Entre las nubes salió el sol, alumbrando los seres, el valle y el soto. Y entonces una mujer, sin cuya presencia no hay triunfo cabal, vino a condecorar al vencedor con el mirto y el laurel, cortados allí cerca, por sus propias manos. Así, más o menos, nació la primera leyenda. Se basaba en un hecho real, pequeñito como un grano de arena. La imaginación adornó el acontecimiento, agigantó el grano. Nació cuando el hombre no temía mentir, cuando la mentira era todavía la fiel imagen de la verdad y viceversa. Cuando el hombre, gramaticalmente, fabulaba, es decir, hacía fábulas, que eso quiso decir fabular o hablar de los orígenes.

Estas cosas que presidieron su nacimiento son las que han dado boga perenne a las leyendas. Se oyen, se leen, se escriben, se narran, porque el corazón humano no puede evitar creerlas, no puede prescindir de su saludable encanto, lleno como está el hombre de su osadía y de timidez, de sonrisas y de gemidos, de orgullo y de humildad, de certezas y de dudas. Y también porque en el hombre de hoy está implícito el hombre de ayer, al que guarda sacramento, como el cáliz la hostia. El hombre de ayer que viene a ser ese niño que de cuando en cuando renace en nosotros y gusta de narrar y escuchar leyendas y fábulas.

La leyenda es de este modo, un hecho real al que se ha añadido el sueño del hombre, que siempre ha padecido la nostalgia de un mundo mejor, que siempre ha pensado que hay cosas aladas, más bellas y más ricas, que las que a sus pobres ojos regala la pobre realidad: una fuga, un halago, un toque que mejora la realidad, que la anticipa, eso son las leyendas.

La leyenda es cuna de la historia; es la poesía, parienta cercana de la historia. Es el principio de la literatura y se comenzó a escribir, digo a narrar, antes de que el alfabeto fuera inventado. De ese tiempo le quedan sus condiciones más estrictas, más intrínsecas. Por ejemplo, si se narra, es más leyenda. Si se escribe, como que deja de serlo, para convertirse en mera literatura, por definición y por sentido. Escritas le aparecen las trazas de la mentira. Porque parece que todo lo escrito es verdadero, pues todo el que escribe está empeñado en acercarse a la verdad. Para el analfabeto de hoy, sólo lo escrito es cierto. Para el analfabeto de ayer, sólo lo narrado era cierto.

Un día, tras varios años de ausencia, vuelvo entre los indios que no saben leer ni escribir, allá en las asoleadas tierras de Tehuantepec, allá en las playas y en los picachos y las vegas istmeñas. Allá con las alas nítidas, vuelan las leyendas. De padre a hijo viene la leyenda bajando, viene la leyenda volando.

Porque la leyenda es una literatura *sui generis*: es la literatura de una comunidad. Por eso, cuando los abuelos comienzan a narrar una leyenda, los vecinos se acercan para escucharla, para asentir y disentir, moviendo la cabeza, la exactitud o falsedad de la narración. Por eso los nombres de los lugares, de los ríos, de las flores, de los pájaros son reales, conocidos de todos. La geografía es la propia. Así, Jesús estuvo en Juchitán y en Tehuantepec, y habló la lengua zapoteca, con verdadera maestría, según dicen.

Contada por mente extraña disuena, porque no importan tanto las palabras, los elementos que la constituyen, sino el tono, el ademán, las pausas, el estilo en suma.

El libro, al contrario de la literatura narrada, es en cierto modo antisocial, en el sentido en que lo escribe un solo hombre, que tiene un dueño que a veces no quisiera ser molestado por nadie, por temor de que el encanto de la letra escrita se desvanezca. Tiene dueño, tiene autor, el libro. Pero la leyenda, no: es un patrimonio común. El libro se lee, la leyenda se narra. El libro explica ciertas cosas; en cambio la leyenda lo explica todo: no hay cosa que no pueda explicarse con una leyenda. Dijimos que fue el principio de la literatura; ahora digamos que fue el origen de la ciencia y de la filosofía. Nació cuando el hombre sintió la necesidad de explicar los fenómenos que a diario observaba. Y sus explicaciones, si bien no son verdades científicas, son verdades poéticas, que a la larga vienen a ser una verdad más exacta y perenne, porque una vez captada no deja de ser.

2 de febrero de 1958

Vindicación de Méjico

Así, de momento, no podría decir quién fue Ramón de Ceballos. Tampoco creo haberme encontrado antes con su nombre en los textos de historia nacional. Es posible que algún historiador de la guerra con los Estados Unidos lo mencione y hasta haya aprovechado sus noticias. Pero como dicen las *Escrituras*, por su obra lo conoceremos. Y así es: Ramón de Ceballos publicó en Madrid, en el año de 1856, un libro titulado *Vindicación de Méjico*, en XXIV capítulos. En la carta con que lo ofrece a la soberana española, proclama como su solo título, y el mejor, el de ser buen mexicano. “Yo sólo vindico mi patria, Señora, del concepto falso en que algunos periódicos de su Corte la pretenden colocar.”

De alegato a favor de México puede calificarse la breve obra de Ramón de Ceballos. En efecto, tiene como mira principal despojar a México y a los mexicanos del concepto nada favorable en que los tienen algunos periodistas de Madrid que, todavía resentidos por la reciente independencia de nuestra patria, tienen la osadía de postular como su mayor desgracia la de haberse liberado de la dominación española. En el periódico *España*, uno de esos periodistas escribió: “Méjico, que había exagerado hasta la demencia sus persecuciones contra los acreedores españoles; que tiene fundados en sólidos títulos su reputación de estado anárquico e informal; que ha sido siempre insolente con los débiles y humildísimo con los fuertes; que en su presente estado de completa disolución social y política no

se puede sentir con bríos para empeñarse en una guerra extranjera; que no posee tesoros, ejército ni marina; que no tuvo bastante fuerza ni patriotismo para resistir las humillaciones y derrotas casi fabulosas que la invasión anglo-americana le impuso; Méjico, la más desprestigiada de las naciones, ludibrio de la historia moderna, vergüenza de la raza hispano-americana, teatro del desorden político en sus manifestaciones más deplorables, presa fácil del filibusterismo, cuyos dientes codiciosos, realizando la célebre y pintoresca fórmula de la ambición de César Borgia, le arrancan apresuradamente sus provincias, de una en una, como si fueran las hojas de una alcachofa; Méjico...” Ramón Ceballos no puede más. Y toma la pluma para vindicar a su patria, pero no sin antes resolver un agudo conflicto en que muchos otros se habrán visto: el de reconciliar en sus corazones a sus dos patrias, a sus dos castas, a sus dos abuelos. Porque Ramón de Ceballos ha nacido de madre mexicana en San Luis Potosí, pero es hijo de español, reside en Madrid y ama a España tanto como a México. Ha sido, además, actor en la guerra contra los Estados Unidos desde sus orígenes hasta el desastre final. Con el grado de coronel asiste a las principales acciones de aquella guerra que los más ilustres norteamericanos calificaron de injusta. ¿Cómo resuelve Ramón de Ceballos el conflicto? Lo resuelve discutiendo y destruyendo los adjetivos y expresiones denigrantes con que algunos malos españoles –porque no se puede ser buen español si no se es de paso buen hispanoamericano– se complacen en acumular sobre nuestro país. El que posee la verdad y deja correr el error, falta a más de un deber. Esta sentencia guía a Ramón de Ceballos a lo largo de los capítulos en que hace una briosa y dolida defensa de su patria de origen. México no es la sola responsable de la guerra y la pérdida de Texas y de las otras provincias que pertenecieron a la colonia española. Esta desgracia, según la opinión del autor, venía ya como encarnada en la independencia mexicana “pues nuestros padres, por dura ley de la naturaleza, entre los legados de eterna gratitud que nos dejaron en herencia, incluyeron esta pena”.

Y por este tenor, el buen soldado de México, el excelente ciudadano, el buen periodista, Ramón de Ceballos, salva el buen nombre de México y deja en paz su conciencia. *Vindicación de Méjico* es una joya de la bibliografía mexicana del siglo XIX. Debo su posesión a un obsequio de Max Aub, quien sin duda se ha visto muchas veces en el constante dilema de decidirse entre sus dos patrias: España y México.

Cronistas de México

El hombre es un animal que hace historia y que la reverencia como su obra y como el antecedente de su persona y de su cultura. Toda la historia tiene importancia, puesto que toda ha sido vida y actualidad, resultado y origen. Sin embargo, hay hitos, piedras angulares, momentos, símbolos, que son como esos días iguales a los demás –16 de septiembre, 5 de mayo, 25 de diciembre– y a la vez distintos, individuales por su contenido y por las repercusiones que tiene en nuestro ánimo.

La rebeldía, la inconformidad, los intereses, la audacia, la poesía, la justicia, todo lo que impulsa y sitúa, es al mismo tiempo lo que divide los pareceres de los hombres. No hay un gran “momento”, una gran figura de la historia que no tenga sus defensores y sus detractores; parece que se temiera a la unanimidad como fuerza castradora de la inventiva y del progreso. Pero ese mismo debate es prueba de la importancia que se otorga a ciertas épocas.

Indefectiblemente, esas épocas suelen tener sus testigos idóneos, sus cronistas autorizados, a los que hay que volver –cualquiera que sea la opinión que nos merezcan los hechos– para el conocimiento íntimo de lo ocurrido. Inevitablemente, el hecho estelar se asocia en nuestra mente a su cronista titular, a su más apasionado y apasionante espectador.

No puede rememorarse la Conquista de México y de Guatemala, sin Bernal Díaz del Castillo. Todos los tratados de ilustres historiadores –Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera y Tordesillas, etc.– no substituyen con ventaja ese relato lleno de sapidez y de autenticidad, aun en sus desproporciones de juicio. El cronista de la cultura india mexicana es por excelencia fray Bernardino de Sahagún, aunque por otros conceptos su obra tenga un carácter científico de primerísimo orden. Sin Carlos María de Bustamante, el movimiento de Independencia carecería de su inventario de acritudes, de esperanzas y de realizaciones desde el punto de vista del pueblo que lo alimentó y lo hizo triunfar; y es porque otros testimonios, acaso más doctos, –como el de don Lucas Alamán– son más bien la defensa de intereses que la gran mayoría de los mexicanos atacaba y trataba de superar.

El Cronista de la Constitución de 1857 fue Francisco Zarco. En millares de páginas construidas con suprema habilidad periodística, con sagacidad y exactitud reporteriles, nos enteramos de los debates, de los incidentes humanos, de los planteamientos teóricos, de los antecedentes doctrinarios y de los

propósitos éticos y políticos que involucra ese documento fundamental para la vida del país. No es un extremo, por tanto, que para dar una idea del tamaño de Zarco como cronista, se haya recordado el nombre de Díaz del Castillo; el volumen, la referencia puntual, el calor que trasciende de sus páginas, acredita la comparación.

La Revolución de 1910, como el movimiento liberal, son hechos demasiado amplios y complejos para tener un solo relator. En gran medida, son fenómenos aún en proceso, y sólo podemos hablar de muchas de sus innumerables fracciones, como de las piezas del mosaico general. Como hechos multitudinarios, ambos movimientos tienen demasiados hombres, demasiadas anécdotas, demasiadas transformaciones en todos los órdenes, para que cupieran en las páginas de un hombre. Prueba de que el proceso está en marcha y afecta todavía la vida y el pensamiento de todos los mexicanos, es que aún se analizan, se enjuician y se trasponen sus elementos al campo de la ciencia social, económica y jurídica, y al campo de la literatura, que en su conjunto también es crónica de esos máximos hechos de nuestra historia contemporánea.

De la Revolución Mexicana puede decirse que acaso su mejor cronista sea el pueblo que la puso en marcha, y que le expresó su amor y su sentimiento en el corrido y en la leyenda que aún pasan de boca en boca en la noche de los campos y de las ciudades de México.

16 de febrero de 1958

La soldadera

De la Invasión Norteamericana, así como de la Guerra de Independencia, muy poco tenemos en materia de canciones. Pero parece imposible que el sentimiento popular no haya encontrado en el canto cauce para sus grandes dolores y sus escasas alegrías. Cuenta Altamirano, en el "Prólogo" al *Romancero Nacional* de Guillermo Prieto, que los soldados de Morelos cantaban en el campamento corridos, que entonces todavía se llamaban romances, para informar, dolerse y alegrarse de las derrotas y de los triunfos de las armas insurgentes; pero que casi todos esos cantos se perdieron por lo largo de la lucha y porque las adversidades fueron más numerosas. Con más razón se perdieron las canciones populares y guerreras de la Invasión Norteamericana, con que México llevó

la peor parte. Por eso hay que salvar celosamente y dar a conocer cuanto vaya apareciendo, relacionado con aquel malhadado y doloroso capítulo de nuestra historia. Es lo que ahora hacemos con la siguiente canción, que titularemos:

La soldadera

*Vente mi Juana, vente conmigo,
que la campaña ya va a empezar,
serán tus ojos mi solo abrigo
y al enemigo sabré matar.*

*Mi Juana, ¿no oyes a los clarines
cómo vibrantes tocan reunión?
De los caballos flotan las crines
y están en maitines mi corazón.*

*Voy con orgullo tras mi bandera
y te aseguro que he de triunfar,
si está repleta mi cartuchera,
mi soldadera me ha de animar.*

*Si me atraviesan en el combate
y muerto queda tu zapador,
recoge mi alma, busca el empate,
aunque te mate vil invasor.*

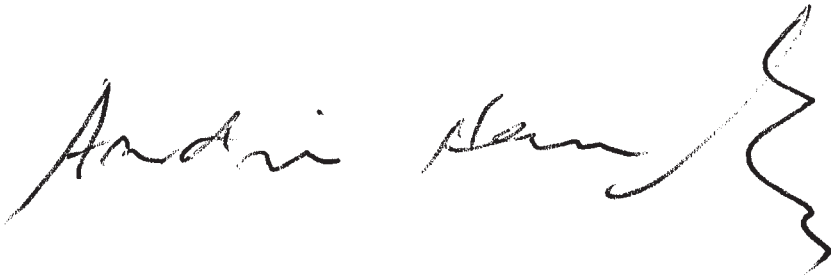
*Mas cuando el triunfo ya se decida
y haya ganado mi batallón,
busca mi cuerpo, bien de mi vida,
pon en mi herida tu corazón.*

*Mas si las balas, aunque certeras,
mi alma respetan, y mi valor,
te haré unas naguas o lo que quieras
con las banderas del invasor.*

*Y cuando el triunfo se determine,
después de todo te pienso hacer
unos aretes con sus medallas,
a ver si te hallas a tu placer.*

Proporcionamos, asimismo, la melodía para que nada falte para su mejor conocimiento y difusión.

23 de febrero de 1958

A handwritten signature in black ink, reading "Andrés Henestrosa". The signature is written in a cursive, flowing style. The name "Andrés" is on the left, followed by "Henestrosa" on the right. The final letter of "Henestrosa" is a large, stylized flourish that extends upwards and to the right.

Altamirano, vengativo

José Joaquín Terrazas, autor de un tomo de *Poesía*, pertenecía a la facción católica de las letras. Era, por tanto, enemigo de cuanto significara adelanto, así en la literatura como en la política. En 1872, publicó en la Sociedad Católica, en varias inserciones, un análisis del poema “El Atoyac” de Ignacio Manuel Altamirano. Una crítica bien encauzada, sin elogios ni alabanzas, es benéfica al estudio de nuestras letras, postulaba Terrazas. “Esto último –decía– ha per-

dido al señor Altamirano; grave mal le ha ocasionado ‘su familia literaria’ haciéndole los elogios más desmedidos e irreflexivos”. Y continuaba: “Nosotros, sí muy lejos de este ‘fanatismo’, reconocemos la distancia que hay del señor Altamirano a la turba de copleros... reconocemos en su verdadero grado las dotes literarias que posee.” Y luego, muy a la manera académica, desmenuza el poema, cuenta sus defectos. Pero no conforme con todo eso, compara al final la poesía de Altamirano con la oda “Al Niágara” de José María Heredia, señalando la superioridad de éste.

Altamirano, celoso de su buen nombre, incapaz de transar con sus enemigos, aplaza su respuesta por más de un lustro, en espera siempre de la mejor oportunidad. Y la ocasión llega cuando Terrazas, en 1878, publica su tomo de *Poesía*. Con la misma furia con que en la tribuna de la Cámara se extrañaba de que no estuvieran blancas en la picota las cabezas de los traidores a la patria, se echa sobre quien tuvo la osadía de regatearle fama. “No es buen indio, si no es vengativo”, dice nuestro pueblo. Y cuando lo dice el refrán, muy cierto ha de ser. El buen indio que era Altamirano escribe a Juan de Dios Peza, que entonces se encontraba en Madrid, una carta en que no deja hueso sano al pobre de José Joaquín Terrazas. Como un muñeco lo zarandea, lo mantiene un rato en alto y lo estrella contra el suelo. Ocurrió que en *La Ilustración Española*, se publicó anónima una biografía de Terrazas, desmedida en sus elogios, que los escritores mexicanos del tiempo acogieron con sorpresa y con hilaridad. Aquel alarde de celebridad no podía ser, de acuerdo con la opinión de Altamirano, sino obra del propio Terrazas, ya que “el pobre joven Agüeros que escribía algunos articulejos en estilo místico en *La Iberia* con el seudónimo de José niega haber enviado ese retrato y esa biografía plagada de sandeces”. Aconsejaba Altamirano a su corresponsal Peza que hiciera ver a Abelardo de Carlos, director de *La Ilustración*, que su periódico se desacreditaba dando cobijo a infundio como el que se refería a Terrazas. Además de gran poeta y literato, se presentaba como el primer matemático de la República sólo por haber escrito dos pequeños trabajos en la materia, de maestro de escuela. ¿Qué era Terrazas –se preguntaba Altamirano– considerado matemático, al lado de Francisco Díaz Covarrubias, Ibarregui, Coysueta o Anguiano, Jiménez, Fernández Leal, Reyes, Chavero, o Terán? ¿Qué era, como literato, al lado de José T. de Cuéllar, de Manuel Orozco y Berra, de Manuel Payno, o de Manuel M. Flores? “Por el cielo, nada publique usted en *La Ilustración*”, aconsejaba Altamirano a Juan de Dios Peza. Y agregaba: “Ramírez y yo nos encontramos consternados.”

La carta de Altamirano, de acuerdo con mis noticias, se encuentra en poder del maestro universitario Adalberto García de Mendoza, y también hasta donde llegan mis noticias, permanece inédita.

El tema proporcionó al maestro mexicano oportunidad para referirse a varios aspectos de las letras mexicanas; en una serie de brillantes digresiones, enjuicia y opina, así sea al vuelo, sobre autores y libros de aquellos días. Fuera bueno que esta carta, como otras que obran en poder de doña Catalina Sierra Casasús, fueran dadas a conocer. Su carácter de documentos privados permite mostrar facetas de aquel hombre extraordinario, vengativo como buen indio.

2 de marzo de 1958

El lunar de Tezozómoc

Todavía, a pesar de los años transcurridos, no sabemos nada exacto acerca de las más importantes fechas relacionadas con Hernando de Alvarado Tezozómoc: ignoramos cuándo nació, cuándo escribió sus obras, cuándo murió. Los más notables historiadores mexicanos y extranjeros, que se han ocupado de la vida y la obra de Tezozómoc no han hecho otra cosa que aventurar conjeturas, basadas en deducciones de las pocas circunstancias de su vida que se conocían y en renglones dispersos en sus obras. Otros se han conformado con repetir o glosar las afirmaciones hechas de antemano, sin ampliarlas, sin verificarlas siquiera. Si las informaciones de Ignacio Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, entre otros hubieran encontrado continuadores más alertas y más curiosos, quizá las últimas noticias que nos han llegado del autor fueran conocidas desde muchos años atrás.

Los datos relativos a Tezozómoc que Mario Mariscal dio a conocer hace años, están contenidos en unos papeles conocidos de algunos de esos trabajadores de nuestra historia nacional; Chimalpain, uno de ellos. El descubrimiento del manuscrito de *Crónica Mexicáyotl*, que son los papeles a que acabo de referirme, vino a establecer la genealogía, el linaje de Hernando de Alvarado Tezozómoc. Por él sabemos que el príncipe de los historiadores antiguos, monarca de los autores indígenas de su propio pueblo, como Mariscal lo apellida, descendía de los antiguos reyes del mundo prehispánico de la altiplanicie.

Hijo de Cuitláhuac, nieto de Moctezuma, entroncaba con la más vieja nobleza aborigen. Conocedor profundo de la lengua náhuatl, la que escribió con singular maestría, no sólo gramatical sino de estilo, al decir de los que entienden de estas cosas, en ella oyó sus afirmaciones de boca de los abuelos que sobrevivieron a la Conquista; en ella escribió la *Crónica Mexicáyotl*, y según Mariscal, la propia *Crónica Mexicana*.

De este modo, sus informaciones eran de primera mano, genuinas, auténticas, incontaminadas, como el propio Alvarado Tezozómoc recalca poseído del orgullo de su estirpe. Desgraciadamente, Tezozómoc no llegó a manejar con alguna soltura, con algún decoro literario, la lengua española, aunque su acervo de cultura occidental fue considerable. Desgraciadamente, digo, porque de no ser así, su *Crónica Mexicana*, dadas las sutiles, asombrosas y peregrinas mitologías y fábulas que contiene, habría rendido un fruto comparable al de las obras del Inca Garcilaso, cuyo nombre nos viene a la memoria. El Inca, con quien tiene más de una semejanza, conocía por igual la lengua india y la lengua española. Pudo, así, verter vino indio en palabras españolas, sin derramar una gota. No así Alvarado Tezozómoc. Su oscuridad, su malhadada dificultad le viene de que pensase en lengua india, que conocía a maravilla, y escribiera en español que no dominaba, sino que lo dominaba a él. Lenguas de genio distinto, hubieron de dar el resultado que ahora lamentamos.

La *Crónica Mexicana* fue escrita hacia 1598, más o menos, pues en ese año se escribía el capítulo 81, constando de 112 o 110, según una de las copias. Esta deducción, hecha por Orozco y Berra, ha sido respetada hasta hoy. La *Crónica Mexicáyotl* hacia 1609, apenas un año antes del que se da como la fecha de su muerte. Todos los que hasta ahora se han ocupado de la *Crónica Mexicana* están de acuerdo en considerarla como la fuente más rica de las antigüedades mexicanas. Presenta útiles, curiosas y agradables noticias de la nación mexicana que pueden ocuparse dignamente en la historia universal, dijo Francisco García Figueroa. Consigna el origen de los mexicanos, su establecimiento en Tenochtitlan; sus adversidades, progreso, monarquía, guerras, conquistas y vicisitudes; presenta agradables noticias de sus reyes, estatuas, valor, costumbres, política, utensilios, vestuario, y otras obras de magnificencia; expone su religión, ídolos, sacerdotes, solemnidades, sacrificios de esclavos, honor a los militares muertos en la guerra, llegada de Cortés, tristeza, abatimiento y ardid de Moctezuma. Y, generalmente, concluye Figueroa, todo lo que pueda dar una idea del genio, carácter y costumbres de los mexicanos. Siendo su

pueblo profundamente religioso –y los sacrificios humanos eran parte de esta religión–, la *Crónica Mexicana* de Alvarado Tezozómoc se encuentra impregnada de un hálito de sangre, de un soplo macabro, que todavía tiene asombrados a escritores de hoy, en un olvido de que los sacrificios no eran rito privativo nuestro, sino que muchos otros pueblos antiguos los practicaron, por ejemplo, los celtas antecesores remotos de Salvador de Madariaga y de Américo Castro, que son dos de los más asombrados.

9 de marzo de 1958

Los memorables retratos de mujeres

Hay en la escultura mexicana una pieza que yo no titubeo en calificar de pequeña obra maestra. Es aquella encontrada en Tlatilco que representa a una mujer recostada, con el rostro ligeramente levantado y los cabellos cayéndole sobre las espaldas. Si el lector piensa en la “Maja” de Goya tendrá más o menos, manera de identificarla. Si el lector recuerda a la “Dama de Elche”, podrá tener una idea de su antigüedad y de su soberana belleza. Es una figurita que cabe en la palma de la mano, pero tiene la misma emoción de monumentalidad que las cabezas olmecas de La Venta. Porque en el arte escultórico precortesiano, lo monumental no es de origen físico, sino que viene de una emoción que trasciende el basalto, el barro y el granito.

Cosa un poco extraña es que esta figura femenina no tenga los cabellos trenzados, como es común en las figuras de esta procedencia. Los tiene, por el contrario, sueltos y flotantes. Esa libertad que también se encuentra en la sonrisa y en la risa de las esculturas totonacas, es para mí un rasgo eterno de la mujer.

La figura femenina fue siempre tema de la plástica, de la mexicana y de la de todo el mundo. Aparece en Grecia, en Egipto, en Caldea. Y ello de modo natural: es la mujer una perenne fuente de inspiración, sin cuya presencia parece que a los actos del hombre falta algo. Son ellas las que dan la fama, decía Mariano José de Larra. Por algo en la lengua francesa fama y mujer son palabras parecidas.

En la escultura, en la pintura, en el grabado mexicano, encontramos la eterna presencia de la mujer, en todas las actitudes y en los diversos aspectos de nuestra vida. La *Coatlicue* puede ser una de esas figuras ejemplares. La *Dio-*

sa del parto, otra. Y desde luego, la figurilla aludida al principio de esta divagación. No hay espectador de exposiciones de pintura que no pudiera mencionar de improviso, algunos cuadros inspirados en la mujer. Algunos hasta pudieran mencionar los de su preferencia, no sólo de la era contemporánea, sino de la época Colonial y del periodo que viene de la Independencia hasta los primeros años del presente siglo. Los grandes pintores mexicanos han dejado a la plástica nacional, modelos permanentes: Orozco, el retrato de Eva Sikelianos; Rivera, el de Guadalupe Marín o el de Áurea Procel; Siqueiros, el de María Asúnsolo; Tamayo, el de Olga. Y para mencionar a alguno de las últimas generaciones, se pudiera traer a cuento un solo nombre, ejemplificador: Anguiano, quien en el retrato de Alfa Henestrosa nos entrega una obra acabada. Es un retrato que en nada contradice la milenaria tradición de la presencia femenina en nuestra plástica y que puede colocarse sin desventaja al lado de cualquiera de los grandes retratos que acabamos de mencionar. El Dr. Atl dijo alguna vez, en presencia de esta pieza, que tenía una finura y delicadeza de líneas, que remitía al espectador a las figuras femeninas de la antigüedad mexicana y de la antigüedad china.

Esta exposición, “La mujer en la plástica mexicana”, organizada por la Dirección General de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, es una prueba elocuente de cuanto aquí, de modo tan precipitado, se ha dicho. Ella puede mostrar que hay una continuidad en temas y en tratamientos. Sin duda es éste un evento cultural de muy hondas resonancias. Los ojos del espectador tienen ahora la palabra, si con esta expresión no violentamos la santidad del idioma.

16 de marzo de 1958

“El Nigromante”, poeta

Todavía está por conocerse a Ignacio Ramírez, considerado como poeta. Hasta ahora, casi toda su fama reside en su condición de pensador, de escritor público, de maestro y de tribuno. Algo se ha hecho, sin embargo, a ese respecto: Octaviano Valdés en la conferencia dictada hace dos años en la Sala Manuel M. Ponce, dentro de un ciclo organizado por el Departamento de Literatura del INBA, sobre nuestra literatura romántica, se detuvo un instante a juzgar a

Ramírez como poeta y arriesgó dos o tres opiniones que luego se vieron ampliadas en un prólogo que preparó para una edición de sus *Poesías Completas*. Valdés sostiene que la cultura humanística de Ramírez era firme, profunda, de primera mano, cosa poco frecuente entre los escritores del siglo pasado, sin descontar a Joaquín Arcadio Pagaza, por ejemplo; pero no dejó de señalar sus aspectos nihilistas, superficiales y frecuentemente de pésimo gusto. En efecto, no deja de extrañar que el gran poeta que es Ignacio Ramírez, a veces, incurra en vulgaridades que se dirían intencionadas, como recursos para rehuir a lo trascendente y a las lágrimas. Se diría que le horrorizaba lo sentimental, como denuncia de blanduras. Como Miguel de Unamuno, muy bien pudo decir que es una dicha no haber llorado ante los hombres. Es esto algo frecuente entre nuestros escritores. Recuerdo ahora otro caso: el de Renato Leduc, gran poeta, que encuentra en el negro sarcasmo y en la trivial expresión, un arma contra el natural impulso de sollozar.

Para esas *Poesías Completas* de Ramírez, inexplicablemente aplazadas hasta ahora, no obstante la decisión del Instituto Nacional de Bellas Artes de editarlas con motivo del Centenario de la Constitución de 1857 y del Año del Pensamiento Liberal, próximo a fenecer, logramos reunir algunas poesías inéditas. Y como nunca podrá decirse en verdad que de un autor se han reunido las obras completas, proporcionamos ahora una nueva pieza que Rafael Heliodoro Valle ha puesto en nuestras manos, tomada del álbum de Adelaida Vargas de Ferreyra, fechada el 16 de diciembre –día de santa Adelaida– de 1874.

A Adelaida

*¿Tornas a ver el mar, tu mar querido
que a la luz de celestes arreboles,
en medio de pintados caracoles,
dulcemente meció tu blando nido?
Pronto este Valle dejarás, en donde
Popocatépetl y su blanca esposa,
hoy, con su hielo, asustan a la rosa
y a la avecilla que su canto esconde.
Volarás con los tuyos en parvada
atravesando bosques espaciosos,
potentes ríos, pueblos bulliciosos,*

*orgullo de la costa perfumada.
 Y, del naciente sol a los reflejos,
 tu inquieta nave en medio de otras naves,
 bajo las alas de marinas aves,
 tu hermosa Mazatlán flota no lejos.
 Las dulces prendas que tu amor anhela
 ya te reciben con afecto ardiente...
 ¡Feliz quien deja la amistad doliente,
 si en brazos más queridos se consuela!
 Gózate largamente en tu regreso,
 y, ya tus bellos ojos un celaje;
 vele, con tu gallardo cortinaje;
 ya te halague la brisa con un beso;
 o ya pidas su sombra a la robusta
 palma, donde el columpio te recrea
 si en su pérfido seno balancea
 a tu niña, que ríe y que se asusta;
 o el manto brillador huellas de una ola,
 siempre a tu lado plácido sonría
 el compañero fiel de tu alegría:
 ¡nunca te encuentres, Adelaida, sola!*

Trasladamos este poema al poeta Miguel Guardia, a quien el Instituto Nacional de Bellas Artes encomendó la edición de las *Poesías Completas* de Ignacio Ramírez.

23 de marzo de 1958

Las mañanas de Sanborn's

Las mañanas de "Sanborn's". Así podría titularse un libro en que se contara la vida literaria de nuestros días. Bello libro, por cierto, y con una vieja tradición en la historia de nuestras letras: hace más de un siglo aquel autor de memorias, periodista, historiador, aunque todavía le nieguen ese título sus enemigos, panfletista o panfletario, como gustes, lector, editor de obras propias y ajenas, don

Carlos María de Bustamante, oaxaqueño por más señas, publicó un libro con título parecido al que proponemos: *Las mañanas de la alameda*. Es verdad que en ella impartía una clase de historia patria; pero los dos –el de existencia real y el de existencia probable– quedarían identificados por el afán de servir a la causa de la cultura nacional, que no es otro que el de interpretarla y darla a conocer. Todo eso en cuanto al título y en cuanto a su tendencia. Por lo que toca a su contenido mismo, ese libro posible tendría también una ascendencia, a la vez ilustre y numerosa, que viene desde, por lo menos, Vicente G. Quesada quien a fines del siglo pasado dejó en su libro *Mi misión diplomática en México* testimonio de nuestra literatura de aquellos años, cuyos promotores se reunían en el Jockey Club, instalado en el propio sitio donde ahora se encuentra “Sanborn’s”; hasta Victoriano Salado Álvarez, quien en sus memorias –*Tiempo viejo, Tiempo nuevo*– ha pintado con la buena sombra que le era habitual, no sólo el ambiente sino hasta el retrato de muchos de los escritores mexicanos de aquella hora; ahí, destacándose entre todos, Pedro Santacilia, aquel cubano, yerno de Juárez, que hizo de México su segunda patria, pero tan amada como la primera; ahí Francisco Pascual García, su amable oponente; desfilando por Madero, entonces calle de Plateros, Gutiérrez Nájera, con su gran flor en el ojal; allí el doliente “Micrós”, apenas una mano para sostener la pluma. Al lado de esos dos textos y testimonios, quedaría colocado uno de nuestros días, de pareja significación: el ensayo que bajo el título de “Homo Sanborn’s” publicó hace dos años Luis Correa Sarabia en uno de los suplementos literarios de la prensa mexicana. Pero contrariamente a lo que ocurría en tiempos de don Porfirio, en el nuestro, en el que pinta Correa Sarabia, los escritores no se desentienden de la política, fieles a una constante de nuestras letras en las que creación y acción se conjugan para producir al verdadero escritor americano: un ciudadano que con su lira levanta murallas en defensa de su patria, organiza sociedades, vislumbra el futuro. Hombres para quienes la pluma es instrumento de recreo, pero también de creación y que pudieran aceptar como suyo aquel postulado que Juan Bautista Alberdi redujo a esta fórmula: “Mis escritos son acciones.” Por las páginas de Correa Sarabia se mira desfilan, incluso, a escritores que no ejercen el oficio profesionalmente, pero que llegada la hora, saben escribir con esas cosas que dan carácter permanente a las palabras: con la verdad y con la belleza. ¿Quieres un ejemplo, lector? Helo aquí: Manuel Zorrilla Rivera, un filósofo indio, un artista de tradición oral, en cuyas oraciones se reúnen sin discrepancias todas las viejas sabidurías: la del juglar y la de los rapsodas, y se dan la mano don Amarante Guerra, de Misantla,

y el divino Homero, de Esmirna. Si yo siguiera una natural inclinación, que además estaría muy a tono con el estilo de Zorrilla Rivera, lo compararía con algún elemento de nuestra fauna: con el zorro y con el conejo: por sus ocurrencias, por la puntiaguda de su inteligencia. No hace falta hablar de otros contertulios, o tertulianos como se decía en México hace siglos, para dar una idea de la riqueza de material que tendría al alcance de la mano el escritor que realizara ese libro que hemos propuesto con el título de “Mañanas de Sanborn’s”.

Sólo hace falta que alguno lo escriba. Tengo de momento estos candidatos: Luis Correa Sarabia y José E. Iturriaga. ¿Y por qué no tú, amigo José Alvarado?

30 de marzo de 1958

Soneto de “El Nigromante”

Dedicamos la *Alacena* del domingo 23 del mes pasado, a un poema no coleccionado de Ignacio Ramírez, que la diligencia de Rafael Heliodoro Valle localizó. Ahora, otro amigo igualmente diligente, Manuel González Calzada, nos proporciona un soneto de “El Nigromante” que queremos dar a conocer a nuestros lectores. La pieza aludida aparece en el Álbum de Asunción de la Peña de Rosas Landa, hermana de Rosario. El curioso lector podrá advertir que Ramírez, que tan fácil improvisador se mostraba en la cátedra, en la tribuna y en el periodismo, cuando rozaba el ámbito de la creación literaria era sumamente lento y cuidadoso: una idea poética que lo apasionara, un pensamiento que revistiera una gran pureza, solía trabajarlos hasta un límite que bien pudiera calificarse de obsesivo. Recuérdese el dístico que aparece frente al Álbum de Rosario, cuyo primer atisbo se encuentra en un poema dedicado a la poetisa Josefina Pérez. La primera línea del soneto que ahora damos a conocer, es un claro ejemplo de aquella apetencia de perfección que atormentaba a Ignacio Ramírez, poeta

*Sobre este libro, altar de tu hermosura,
musas risueñas, fáciles amores
derramen nuevas y fragantes flores
y en sus himnos celebren la ventura.*

*Veas solo, a tus pies, desde esta altura,
 Asunción, fuentecilla, ruiseñores;
 y el porvenir incendie en tus fulgores
 la negra cauda de una noche oscura
 Lejos de aquí los ayes; dulce amiga
 el velo del dolor flota en tu frente
 ¿Por qué llanto regaste en tu camino?
 A mis votos el cielo te bendiga
 y por tus dichas tus abriles cuente:
 y este Álbum sea el libro del Destino.*

Ignoro si el soneto anterior ha sido publicado, aunque sí es seguro que no se encuentre en el tomo dedicado a las poesías de Ramírez. Es posible que el propio González Calzada lo haya dado a conocer en las páginas de nuestro periódico. De todas suertes, la reproducción que de él hacemos puede ser provechosa a quienes en estos días trabajan en la compilación de la obra dispersa de los grandes escritores y poetas del siglo XIX.

6 de abril de 1958

Hombre viejo en hombre nuevo

Así como en el hombre de hoy vive el hombre de ayer, en el poeta mexicano de nuestro tiempo alienta el poeta del pasado indígena, a veces imperceptiblemente, a ratos sin saberlo y aun sin gustarlo. Parece que un trémulo hilo de melancolía, engarza las almas viejas con las almas nuevas. Se diría que si no se heredaron las palabras, sí el mecanismo de la metáfora y de las otras figuras retóricas. No la tristeza de la fácil leyenda, que ha dicho Ángel María de Garibay K., pero sí la fina niebla melancólica que suele envolver a cuanto de más entrañable brota de nosotros. Una suerte de nostalgia de algo que jamás se ha alcanzado, pero que se busca incesantemente. Esa nostalgia de la muerte, que dijo un poeta a quien hubiera avergonzado verificar que del México remoto le venía la tal nostalgia.

No se ha investigado todavía lo suficiente ese parentesco, ni se han dado los ejemplos que lo documenten. Algo se ha dicho, sin embargo; algunos ejemplos se han dado, aunque en esto, como en otros muchos aspectos de nuestras letras, apenas se han dado los primeros pasos. Bernardo Ortiz de Montellano, en un agudo ensayo suyo sobre la literatura nacional, señaló una especie de identidad de procedimientos entre escritores y poetas mexicanos –y aun hispanoamericanos– de todos los tiempos. Encontró relaciones entre la prosa de Mariano Azuela y la poesía indígena, señaladamente en las metáforas enigmáticas que usaba el novelista mexicano: “mariposas que liban miel en el corazón de otras mariposas”, o bien “días que comienzan cuando comienza la mañana y no se acaban cuando acaba la noche”. O ésta otra que encuentro en fray Manuel de Navarrete, que de un solo golpe remite a algún renglón de poesía precortesiana: “una luz que hace resplandecer la cara de los cielos”. Y esta línea que he sorprendido en Francisco Zarco: “flores que ya no vuelan por la noche”. ¿No hay en los textos transcritos una evidente familiaridad con las adivinanzas que recoge fray Bernardino de Sahagún, con las poesías que conocemos traducidas de las lenguas indígenas, el náhuatl y el maya, pongamos por caso? ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿No extraña el lector que un Azuela coincida con los cantores de la gentilidad precolombina? Parece extraño y sin embargo así es, así ocurre. Por una sola razón: la de que en el poeta de hoy habita el poeta de ayer, con quien comparte un mundo de misterios, un ambiente y una atmósfera que necesariamente lo señalan, y le imprimen su marca. Aquella vieja lágrima de Luis G. Urbina, se filtra en su corazón a través del tiempo: pertinaz, indomeñable, sin tregua. Otras veces esa familiaridad que hemos señalado no se manifiesta en el mero mecanismo de expresión, sino en una persistencia de temas y la manera de tratarlos. En esto, como en la situación señalada, la semejanza alcanza los límites de una identidad. No, no se trata de una calca, de una imitación, es nada más pero nada menos, la resultante fatal de pertenecer a un mismo mundo, para el que el tiempo no corre. Aquí faltan también los ejemplos y el desarrollo del atisbo. Mientras alguno se echa a cuesta esa tarea, que desde ahora se puede calificar de placentera y plena de sorpresas, lo documento con la cuarteta de un poema de Francisco González Guerrero:

*La juventud su breve catecismo
letra por letra me enseñó una vez:*

*—Corta las rosas, córtalas hoy mismo,
de su perfume vivirás después.*

Cito de memoria, pero puedo responder que no se aleja mucho del original, y sobre todo que es fidelísima en su espíritu. ¿No está presente en la cuarteta transcrita, aquel pesar que ya cubría el corazón de los poetas indios, al contemplar la fugacidad de la vida, la dicha y el placer? ¿Es acaso ajena a la pesadumbre de Netzahualcóyotl y de los poetas anónimos de nuestra remota antigüedad? No. Un mismo tormento, una misma desventura lleva al poeta de todos los tiempos, a buscarles respuesta a las preguntas que no ha dejado de hacerse el hombre desde que apareció sobre la tierra.

13 de abril de 1958

Sólo Dios hace un árbol

Acostumbran los norteamericanos cantar en sus veladas, tertulias y fiestas familiares, una canción cuyo tema, melodía y letra son muy sencillas: se dice en ella que el hombre es capaz de realizar prodigios, como son burlar al viento, salvar con el túnel las montañas, descubrir mundos y cruzar los mares. Llevado de su inteligencia, le ha agregado a la naturaleza cien cosas de que carecía y más de una vez le ha enmendado la plana. La canción ha de ser norteamericana, o por lo menos de ascendencia sajona. Porque un pueblo fuerte, poderosos, alegre y ufano de su estirpe, venera y se nutre de sus tradiciones; al revés de lo que ocurre a un pueblo débil y de emoción colonial que frecuentemente oculta sus tesoros en vez de echarlos por delante; y que en sus fiestas y tertulias y veladas se complacen en escuchar canciones y músicas extrañas, mientras más lejanas y ajenas, mejores para el caso. Hasta que el alcohol hace de las suyas y regresan a su mente y no puede evitar cantarlas, las melodías populares y los corridos, género este último en que sin duda nuestro pueblo encuentra el medio más propio para manifestarse.

Pero volvamos a nuestra canción. Recuerdo que en la Casa Internacional de la Universidad de California, en Berkeley, era ésa una de las primeras, cuando no la primera, que cantaban los estudiantes en las noches de fiesta, y sólo después recurrían a las melodías mexicanas que tanta boga

alcanzan por aquellos lugares; por la proximidad de México y por su belleza indudable.

La canción norteamericana de que hablamos tiene un alto sentido religioso. El hombre, hechura de Dios, puede hacer muchas cosas, algunas de sorprendente perfección; pero hay algo que el hombre no puede hacer y es un árbol. Siempre que la oía, recordaba que los indios de México sí hicieron un árbol, con lo cual extremaron su semejanza con su creador: hicieron la planta del maíz. Como una síntesis de todas sus capacidades, en una dolorosa pero lúcida labor que se llevó siglos. Una planta de cuyo fruto vivieron y les permitió crear una cultura asombrosa, la que más ilustre pueda parecer a primera vista. El maíz, que ahora se cultiva en toda la extensión de la tierra, es una criatura humana, artificial se pudiera decir, de tal manera que un día por descuido de todos los hombres que lo inventaron y crearon quedaran relevados del dictado de salvajes y bárbaros con que algunos se han empeñado en calificarlos. Una planta y un cereal que fue inseparable de su vida toda, de tal suerte que su lenguaje, su religión, sus afanes cotidianos la incluían. Si bien se advierte –dice una crónica del siglo XVI– todo cuanto hacían y decían los indios era en orden al maíz que poco faltó para tenerlo por Dios, y era, y es tanto el encanto y embeleso que tienen con las milpas que por ellas olvidan hijos y mujer y otro cualquier deleite, como si fuese la milpa su último fin y bienaventuranza. No obstante, todavía en nuestro tiempo, el cereal se destinaba a la alimentación de animales, como cosa indigna de llegar a la mesa de los hombres, en un olvido de que las gentes que hicieron su pan del maíz, levantaron pirámides, crearon una sorprendente literatura, esculpieron magníficas figuras, midieron y aprisionaron al tiempo, y que si los pueblos que se nutren de trigo, dieron a Homero, los que se alimentaron de arroz dieron a Confucio, los que vivieron del maíz procrearon a Netzahualcóyotl, poeta como Salomón.

20 de abril de 1958

La brasa en el pico del cuervo de Rómulo Gallegos

Una entrevista de Elenita Poniatowska con el venezolano Rómulo Gallegos, publicada en uno de los suplementos literarios que se publican en esta ciudad,

a raíz de haberse ido de México el gran novelista, vino a actualizar una vieja curiosidad de nuestra literatura. Es la que se refiere al origen del título de la novela que Gallegos escribió durante su permanencia en México: *La brasa en el pico del cuervo*. La señorita Poniatowska, quizá por esa urgencia inseparable de la actividad periodística, desaprovechó la ocasión de referir que ese título viene de una tradición indígena, según la cual el cuervo provoca incendios por la ventaja que le reporta la quema de los campos. Y algo que considero más importante, que nuestro gran escritor y poeta Vicente Riva Palacio aprovecha esa circunstancia en su famosísima novela *Calvario y Tabor*, “desde cuya altura, México, el atleta de las libertades americanas, se ha transfigurado delante del mundo, y muestra a sus enemigos su rostro que resplandece como el sol”, como escribió Ignacio Manuel Altamirano.

Reproducimos el fragmento para deleite de los lectores, y corroboración del aserto:

“Lllaman por allí roza, el terreno en que para sembrar se desmonta y se quema la maleza.

Seguimos caminando, pero el humo se iba haciendo más denso.

–Se está quemando el monte, dijo el guía.

–¿Pues qué hacemos?

–Nos iremos yendo más aprisa, no nos vaya a alcanzar.

Trotamos, pero el viento nos seguía, y con él las llamas que avanzaban con una velocidad increíble.

Galopando atravesamos una barranquilla.

–Aquí no pasa la lumbre, dijo el muchacho.

En efecto, a poco llegó a la orilla y se detuvo: yo estaba ya tranquilo.

–Ahora sí pasa, gritó de repente el guía.

–¿Y por qué?, pregunté yo.

–Mire usted a los cuervos y a los zopilotes que ya están aquí.

–¿pero eso qué importa?

–Mírelos, usted.

Entonces vi lo que no hubiera creído: los cuervos y los zopilotes llegaban al lugar del incendio, tomaban tizones encendidos en el pico y los pasaban del otro lado; los arrojaban entre la yerba seca, y agitando sus alas, soplaban el fuego, hasta que brotando la llama, el incendio se propagaba. Comprendí entonces por qué duran tanto aquellos incendios en la Tierra Caliente.

–¿Y por qué harán eso?, pregunté al guía.

—Porque así salen los animales de la yerba, como los conejos, las víboras, las iguanas, y ellos tienen que comer sin trabajo.

En efecto, de aquel mar de fuego salían, espantados, multitud de animales de todas clases: los toros y las vacas bufando furiosos; los venados, los lobos, los coyotes, las víboras, las iguanas, todos revueltos, en confusión; sin atacarse, sin mirarse siquiera; el humo formaba una densa nube, y una inmensa cantidad de aves de rapiña se cernían sobre el lugar de la catástrofe...”

¿No es verdad, lector, que la señorita Poniatowska debió haberle dado este crédito al general Vicente Riva Palacio?

4 de mayo de 1958

El mural de Covarrubias

En la avenida Juárez, casi frente al Hemiciclo dedicado al gran patricio oaxaqueño, está la iglesia de Corpus Cristi, joya arquitectónica de la Colonia, conservada con amor por esta ciudad de México, y albergue del Museo de Arte Popular.

Cuando uno entra en el museo se sumerge en la infinita riqueza de un muestrario del folklore y del arte del pueblo: cerámica de Tlaquepaque, texcocana, y de muchos otros sitios famosos; vidrio de Carretones y de Guadalajara; tejidos oaxaqueños, chiapanecos, jaliscienses; cajas de Olinalá y de Corona; trabajos en hueso y madera; juguetería tosca y primorosa, policromada por indios de todas las regiones; trajes regionales, orfebrería de Castillo, de Spratling, de las firmas prestigiadas dentro y fuera del país. Es tal esta riqueza para los ojos y el tacto, que casi nadie repara en detalle en un enorme mapa de México que adorna el muro central de la primera sala del museo.

Ese mapa es obra de Miguel Covarrubias, “El Chamaco”, muerto hace cerca de dos años, para desgracia del arte mexicano.

El mapa contiene la longa geografía de la República, trabajada con intención decorativa entre mares rizados por líneas graciosas, como las de los mapas antiguos de navegación en que aún aparecían estas tierras más imaginadas que recorridas y medidas. De norte a sur y de este a oeste, el pintor quintaesenció los indios y sus artes, según las regiones, con mucho menos intuición que pleno conocimiento de lo que es el verdadero poblador de México. Ahí están

las tehuanas, con sus vuelos inverosímiles y sus anchas faldas como jardines florecidos; los sobrios costeños, tejiendo sus jarcias y sus cestas; los michoacanos, trabajando sus jícaras; las danzas veracruzanas; la variada gama de la producción artesanal de Jalisco; los equipales de Colima. Todo, en medio de su auténtico habitat, con los árboles y las flores propias de cada sitio.

Porque Miguel Covarrubias era por impulso propio y por necesidades de su arte, arqueólogo, etnólogo, antropólogo. Mientras muchos de sus compañeros de generación “inventaban” la campiña mexicana, Covarrubias estudiaba los distintos grupos étnicos, sus tipos, sus movimientos, sus danzas, sus artes manuales, sus trajes, su psicología. Así le fue posible ilustrar sus propios trabajos literarios sobre ellos, con una voracidad y una genuinidad muy peculiares.

Esta peculiaridad consistía en que Miguel Covarrubias equidistó en su trabajo entre la ciencia y el arte, la decoración y la obra de creación. Por eso tal vez fue el intérprete del pueblo mexicano autóctono que más honda y extensamente penetró en los públicos extranjeros, especialmente en los Estados Unidos, en donde muchos lectores sólo conocen a México por aquellas interpretaciones, siempre dignas y dignificadoras de nuestros indios.

El mapa del Museo de Arte Popular es, pues, no solamente un prodigio de arte decorativo y un testimonio etnológico de primer orden en su totalidad ajustado a la función del Museo y a las exigencias del muro que ocupa, sino uno de los buenos murales de que puede enorgullecerse la plástica mexicana.

El ejemplo de Covarrubias, estudioso de su pueblo, saltará al paso constantemente, para guía de los jóvenes pintores que pretenden captar el paisaje y el hombre de México desde sus talleres como “al oído”.

No por su temperamento y por su formación, Miguel Covarrubias se confinó a un localismo superficial. Verdadero artista, supo ver con ojos universales los motivos, y supo trasladarlos al idioma universal, el único válido y duradero en el terreno del arte.

11 de mayo de 1958

Desaliño en Francisco de Burgoa

Recientes viajes a la ciudad de Oaxaca, así como la lectura y relectura de diversas obras relacionadas con la historia oaxaqueña, nos ha devuelto el nombre de

fray Francisco de Burgoa, máximo cronista de aquella provincia. Máximo, y sin embargo, muy poco conocido, no sólo de los lectores comunes, sino hasta de sus hermanos de religión como ha dicho su biógrafo fray Esteban Arroyo. ¿Por qué si Burgoa constituye la fuente más rica, si bien no cristalina, de la historia de Oaxaca hasta el siglo XVII, permanece desconocido? Por eso justamente: porque es abundante, pero no es cristalino, sino por el contrario oscuro, enmarañado, algo así como una selva por la que no se puede andar sin brújula ni machete. Joaquín García Icazbalceta lo señalaba como un último brote gongorino en la prosa mexicana. Notaba, asimismo, que para encontrar en él un renglón útil a la historia de la cultura en Oaxaca, hacía falta recorrer muchas páginas rebosantes en erudición en letras sagradas, bellas pero inútiles a esos fines.

La lista de las obras de fray Francisco de Burgoa es larga, siendo las más importantes la *Palestra Historial* y la *Geográfica Descripción* que, agotadas en ediciones originales, fueron reimpresas en esta ciudad de México en 1935.

Los historiadores oaxaqueños que en forma completa han trabajado la historia de aquella provincia son, en primer lugar, Burgoa, y en los tiempos modernos José Antonio Gay, cuya *Historia de Oaxaca* comprende hasta la Independencia; José María Murguía y Galardi, Adalberto Carriedo, Manuel Martínez Gracida y Jorge Fernando Iturribarría.

Lo mismo un hombre, que un escritor, como en este caso, pueden correr alguna de estas dos suertes: iniciar una familia o continuarla. De las dos posibilidades, a Burgoa le tocó la primera: es el iniciador de las maneras de la historia oaxaqueña. Fue él quien fijó la norma, las características permanentes, el estilo, en una palabra, de los escritores locales; es el clásico de nuestra historia local, de tal manera que el desorden y la premura de Carlos María de Bustamante, las interferencias y descuidos de Gay, y ese acendrado amor a Oaxaca, “aquel olvidado ángulo del mundo”, que él dijo, y que todos por igual gozamos, hay que buscarlo en Burgoa. Ese amor a su Antequera que todo oaxaqueño goza no viene sólo de haber sido aquella la cuna de Benito Juárez, sino porque es natal, y lo inició Burgoa, hijo de peninsulares, al resolver el conflicto de elegir entre el amor a la tierra de sus padres y el amor a Oaxaca, donde “crió la primera pluma de cristiandad”.

La obra de Burgoa está desbordando defectos y tantos, que saltan las páginas, como se ha venido observando y diciendo desde hace cerca de tres siglos. Pero, ¿era Burgoa un historiador propiamente dicho? Parece que no. Investigando era un historiador, pero aprovechándose de la investigación, ya no lo era

cabalmente. Porque no es la suma de datos, de documentos, de verdades, lo único que constituye a un historiador, sino el criterio que nace de esa información, y la capacidad de sintetizarla. Y Burgoa sobrepone al criterio histórico, sus creencias religiosas, y la síntesis queda frustrada por la superabundancia de digresiones completamente ajenas a la historia.

Pero a Burgoa todo eso se le puede permitir, porque él era un cronista, un literato, y un hombre empeñado en una tarea de evangelización; por lo mismo, todo lo que escribía apuntaba a esta desembocadura: cristianizar a los indios.

En él, la historia era también un medio, una táctica, un modo de reforzar en sus hermanos los predicadores, la decisión de llevar la luz del evangelio a los indios de la antigua Antequera. De ahí que en sus obras convivan el sermón, el apóstrofe, la leyenda, el treno bíblico; también las lamentaciones por la destrucción de los indios en manos de los dueños de minas y de ingenios.

Quedan entonces la *Palestra* y la *Geográfica Descripción* como meras fuentes, como el monte de notas por el que hay que atreverse en busca de la flor o de la aguja perdida en el pajar.

Y es esto lo que por siglos se ha estado esperando: que alguno reduzca las obras de Burgoa a líneas que sean útiles a la historia, a la etnografía, a la música, a la literatura de Oaxaca. Y es lo que nos hemos vuelto a proponer.

18 de mayo de 1958

Visita a un poeta

Entre las cosas que más me placen de Oaxaca –tomar aguas frescas en el mercado, visitar Santo Domingo, oír las retretas de la alameda– se encuentra una que jamás dejo de cumplir, igual que si evitarla despojara al viaje de su cabal encanto: visitar al poeta Félix Martínez Dols en su pequeña librería. A eso, al mercado de libros y de útiles escolares, que es otra forma del ejercicio literario, se reduce la vida actual del poeta. Encorvado por los años, pequeño, con un poco de hormiga y otro poco de chicharra, ahí se le encuentra despachando en el mostrador, cuando más con el auxilio de algún empleado o de un pariente cercano. No obstante la acción del tiempo implacable, Martínez Dols se conserva despierto, dócil al recuerdo, la memoria pronta. Si el interlocutor

se interesa por alguna rareza de la bibliografía oaxaqueña, él sabe decir quién puede tener un ejemplar, dónde y cuándo lo vio por última vez. Como todo hombre que ha vivido muchos años, que ha frecuentado el trato de los libros, y que ha escrito versos, cuando toca estos ámbitos, se aviva y recuerda a los poetas y escritores que trató, los de Oaxaca y los de otras partes del mundo. Antes que nos llegara a las manos *La musa oaxaqueña*, antología poética preparada por Emilio Rabasa en los días en que era estudiante del Instituto de Artes del estado, Martínez Dols me la describió, dándonos un pormenor que permitió conocerla en sus líneas generales, pues lo mismo hizo un resumen de su prólogo –muy juicioso para su tiempo– que enumeró a los poetas que reúne. Pero hizo algo más: proporcionarnos una breve semblanza de cada uno, cosa de que el florilegio oaxaqueño carece. De muchos de los cantores allí reunidos, hasta recitó versos. Si se trata de obras y manuscritos que se han perdido de Oaxaca, ninguno mejor que él para obtener noticias curiosas. Muchos de los viajeros que se han detenido en Oaxaca, para su bien y para su mal, don Félix los vio y cruzó palabras con ellos. No se lo he preguntado, pero quizá no le sea ajeno, digamos, William Gates, aquel coleccionista de manuscritos oaxaqueños, que, a principios de este siglo, sustrajo –él diría que cazó, mientras los mexicanos se mataban– algunas de las piezas más extraordinarias de la bibliografía oaxaqueña: *El protocolo y la razón sumaria del convento y archivo de Santo Domingo*, de fray Leonardo Levanto, por ejemplo, que ahora se encuentra formando parte del tesoro de la *Middle American Research*, de la Universidad de Tulane. Quizá lo conoció y alguna vez se lo he de preguntar.

La obra poética de Félix Martínez Dols se sitúa en el periodo post-modernista, aunque no se pueda decir que a él pertenezca por entero, que otras escuelas y tendencias repercuten en ella, ni más ni menos que sucede con otros poetas mexicanos que le son contemporáneos. Sus poemas de muy limpia ejecución, de grato sonido y de elevada inspiración, como en su hora se decía en son de elogio, alcanzaron los honores del libro, si bien una buena parte de su obra permanezca inédita o sin coleccionar, perdida en periódicos de hace medio siglo. Algunas de sus poesías han logrado un lugar en las antologías hispanoamericanas, aunque en ninguna de las modernas de México, situación ésta que nos condujo a preguntarnos alguna vez si la inteligencia oaxaqueña no alcanzaba expresión máxima en la poesía.

Al igual que otros poetas mexicanos, a Martínez Dols se le tiene olvidado, en una injusticia evidente. Porque hasta en los máximos aciertos, hasta en

el poeta más excelso que un pueblo produzca, participan y concurren aquellos que sólo lograron balbucir una palabra, organizar una estrofa, fracasar en el intento de dar expresión a una hermosa idea y a un elevado sentimiento. A mí se me ha ocurrido por todo eso, y ahora que recorro algunos caminos de Oaxaca, dedicarle esta *Alacena*, que bien la merece quien alguna vez con sus versos y con su trato humano y cordial, nos ha ayudado a vivir unos instantes felices.

1o. de junio de 1958

Vigilia de Martí por México

Aunque el tema de Martí en México ha sido muy tratado en los últimos años, siempre será oportuno recordar lo viejo y lo nuevo de este tema que a su vez no envejece. La Embajada de Cuba acaba de publicar, en la serie de sus cuadernos, en el que corresponde al número 8, un breve volumen en que se recogen los *Recuerdos de México* de José Martí. Si bien es cierto que allí se incluyen artículos de diversa inspiración americana, también lo es que el espíritu de México es el que prima en esa colección.

En 1953, el doctor Pedro Grases, director de la Biblioteca Nacional de Caracas, reunió en un volumen la Sección constante que Martí publicó entre 1881 y 1882 en *La Opinión Nacional*, periódico venezolano. Ya teníamos noticia de esta Sección constante por las cartas de Martí a Manuel A. Mercado, publicadas por la Universidad de México. Allí Martí, al ofrecer su colaboración a los periódicos mexicanos (*El Nacional* o *El Partido Liberal*) daba como referencia de su labor periodística, su colaboración en *La Opinión Nacional* de Caracas. Nuevas referencias a México, elogios, llamadas de atención, defensas del país, aparecen en los rápidos párrafos de la sección constante. Hasta ahora no se han examinado. Esperamos hacerlo en una próxima *Alacena*.

Ahora queremos recordar la defensa que Martí hizo de México en su carta de Nueva York, de 23 de junio de 1887. El periodista norteamericano Charles Dudley Warner en el *Harper's Magazine* dio a los Estados Unidos intemperantes juicios sobre México. Si bien se asombraba ante la agricultura de Toluca y la belleza natural de Morelia, su opinión era hostil respecto al físico de los mexicanos. "¡Piernas pobres!", exclamaba el periodista norteamericano. Martí

tomó a su cargo una vez más la defensa de México: “Que México no ha de querer que le sea en las malas horas enemigo.” Este artículo también aparece recopilado en los *Recuerdos de México*.

“La impugación enérgica que Martí consigna contra el juicio que México merece al escritor norteamericano Charles Dudley Warner, la reitera el Apóstol en carta a *La Nación* de Buenos Aires, de 22 de octubre de 1887”, dice el editor de las *Obras Completas* de Martí, editorial Lex, Habana, 1946. Se trata, en efecto, de un artículo titulado, paralelamente, “La República Argentina en los Estados Unidos”. Un artículo del *Harper's Monthly*, que apareció en *La Nación* el 4 de septiembre de 1887.

Otro artículo sobre unos “Acontecimientos interesantes: México en los Estados Unidos” fue redactado por Martí, desde Nueva York, el 9 de mayo de 1887. Se refiere ahí a las noticias del *Sun* y del *Herald* sobre los intereses norteamericanos en la construcción de las obras del desagüe del Valle de México y en la adquisición de los estados del norte de México. Martí siempre estuvo alerta en la defensa de los intereses mexicanos.

Algo que siempre ha de llamar la atención y producir asombro, es la constante vigilia de Martí en cuanto se refiera al buen nombre de México. Tan hondo era su amor por nosotros, que a su tiempo pensó y dijo de México cosas que luego los hechos se han encargado de verificar. Esas circunstancias son las que dan valor permanente a estas páginas y las revisten de ese interés y ese encanto que nos sale al encuentro, siempre que releemos las páginas que el gran cubano escribió sobre nuestra tierra.

8 de junio de 1958

El Museo de Arte Popular

De todas celebrada fue la idea de fundar en la capital de la República un Museo de Arte Popular, con muestras auténticas de lo que crea el genio de nuestro pueblo. El ejemplo ya ha cundido y muchos estados se cuidan de reunir estas manifestaciones siempre viejas y siempre nuevas —por ello mismo eternas— que no por humildes expresan menos el alma nacional.

Lo que todavía está a discusión es en qué medida debe el Estado intervenir en la producción y difusión del folklore y del arte popular.

La polémica quedó abierta desde que el Dr. Atl publicó hace más de treinta años el famoso libro en que afirmaba categóricamente que los objetos así producidos están bien como están y nadie debe tocarlos. Largo es el camino hasta la implantación de la política que sigue el Museo de Arte Popular, a inspiración de su enterado, serio, dinámico director, Daniel Rubín de la Borbolla.

La política del Museo puede resumirse así: recoger en gráficas y en especificaciones, lo más detalladas que sea posible, las muestras del arte popular mexicano, tal y como estaban antes de la adulteración provocada hace varias décadas por la diversificación de la demanda y la conversión de nuestro país en un centro apetecido por los turistas; inducir a los productores a la reproducción de formas, materiales y decoraciones tradicionales, en el entendido de que las piezas puras valen más que las adulteradas y tienen mayor posibilidades que ellas de conservar su atractivo permanente; introducir entre los productores las técnicas de trabajo que, racionalmente y sin afectar la genuinidad de las piezas, puedan facilitar la obra y mejorar su calidad; revivir la producción de materias primas, abandonadas y sustituidas por elementos químicos industriales de baja calidad; dignificar la producción genuina a base de precios mejores y de una campaña educativa que va del productor al consumidor a través del expendedor, y por último, mantener exposiciones permanentes del arte popular en centros estatales que garanticen la calidad y la autenticidad de los artículos.

La gestión del Museo de Arte Popular ha sido un éxito y ha redundado en gran beneficio de este rubro de nuestra economía, cuyas proporciones nos saltan a primera vista. Porque la verdad es que para los grupos indios, y para muchos grupos mestizos, la producción folklórica y de arte popular constituye un renglón de ingresos apenas menos importante que la agricultura. No hay casa mexicana, por otra parte —lo mismo las de las Lomas que las de los barrios y poblados más pobres— donde no se usen cotidianamente muchísimos artículos de esa procedencia, pese a la industria masiva y a la creciente estandarización de la manera de vivir, con la que pagamos el llamado progreso.

No parece que la posición del Museo de Arte Popular, es la más justa en esta materia. Desde esta columna hemos denunciado repetidas veces el peligro de la degeneración de los productos tradicionalmente mexicanos. Sabemos que la aculturación y los cambios en todo lo que el hombre crea, son inevitables, puesto que no se puede vivir impermeable a las corrientes contemporáneas ni a las necesidades correlativas. Pero sabemos también que si

no hay una dirección estatal para proteger la genuinidad, la mejor tradición del folklore y del arte popular, la demanda presiona de tal modo que el gusto del comprador acaba por imponerse y con él, las modalidades bastardas, vulgares y superficiales que matan definitivamente aquella fuente de riqueza.

Desde luego, la base del problema está en la economía. Si además de su guía espiritual y cultural, el Museo cuenta con los recursos necesarios para financiar a los productores y mantenerlos fieles a la política que a la larga les conviene, y si además la campaña educativa cala cada día más hondo, México preservará esta rama de su tradición, de su arte, que en sus líneas tradicionales lleva la garantía de beneficiar a la gran cantidad de familias que lo crean.

15 de junio de 1958

Días últimos de "El Pensador Mexicano"

Según el decir de nuestro pueblo, cuando quiere ponderar la capacidad auditiva de alguien expresa: tiene oído de tísico. Según una creencia casera y familiar, tener oído de tísico es oír el ruido más leve, el rumor más lejano; es oír, en fin, lo que la concha de una oreja normal no puede captar. ¿Pero es cierto que la tuberculosis aguza así el órgano de la audición? Afila, sí, la nariz; afina, es cierto, el espíritu melancólico; sentimentales, muy dados a la ensoñación, suelen ser los tuberculosos; lúcidos hasta unos instantes antes de su muerte, también. Pero esa enfermedad, ¿hace más cóncava, más receptiva la oreja?

Todo esto me viene a la mente cuando leo, advierto y descubro, la inteligencia, la agudeza, la lucidez casi enfermiza con que José Joaquín Fernández de Lizardi oyó el latido de nuestra patria, tal a una enferma a la que tomara el pulso. Casi no hay problema actual que "El Pensador Mexicano" no haya vislumbrado, sobre el cual no haya apuntado una reflexión y un consejo; más aún, problemas que ahora, tras mil tropiezos y caídas, vamos descubriendo; él, con dolida frente, con trémula mano pensó y dio contornos. Su oreja tuberculosa oía la corriente subterránea de nuestra vida colectiva, que en eso consiste ser periodista, poeta o vate, y sobre esto, lo que Fernández de Lizardi dijo, tiene todas las trazas de un vaticinio. Su mano agonizante agitó cuantos temas agitan ahora nuestras manos: el del analfabetismo y la educación, que le era casi un *leit-motiv*; el tema del indio, con el que él, un criollo, se sentía hermanado; el

de las tierras; el de la superstición que combatió sin dejar las creencias de sus mayores; como educador, mejor que como político; el de las vocaciones individuales y colectivas, postulando que más vale ser pobre, pero con oficio, que noble, pero inútil; combatió los cacicazgos y la injusticia medular de nuestras instituciones, de las de entonces y de las de ahora, en más de un aspecto.

En “El Pensador Mexicano” sí se cumple cabalmente la creencia mexicana de que el tísico oye mejor, ve más hondo, recoge como una antena las voces perdidas en el aire, responde a preguntas que nadie ha formulado todavía. “Ya por la mala configuración de mi pulmón y pecho, ya por lo mucho que he trabajado con la cabeza y con la pluma, o por todo junto, lo cierto es que me hallo atacado por una cruel enfermedad que me maltrata mucho y pronto dará conmigo en el sepulcro. A consecuencia de mi terrible mal, me he puesto demasiado flaco y descolorido, la máquina desfallecida vacila sobre mis piernas débiles y todo yo soy un tomo andando de la más completa osteología.” Así dijo, untado a su cama, el día que dictó su testamento, apenas a un mes de haber publicado la última entrega del *Correo semanario de México*, que suspende en mayo de 1827, por escasez de suscriptores y por la grave enfermedad que lo aquejaba. Tal vez en esa cama, mientras dicta el testamento, le pintan un retrato que es un fiel trasunto de su imagen en la última hora, aquella en que “sentenciado a morir, como todo hijo de su madre”, siente que se le ha llegado el terrible plazo. Y retrato que José C. Valadés compró en una ciudad del interior, pensando que tuvo por modelo a “El Pensador Mexicano”.

22 de junio de 1958

Paul Rivet

Nada de lo que se diga sobre la falta que hace Paul Rivet en el plano de la cultura, será de sobra. Su muerte siempre nos llevará a su vida, y su vida es una de las más elevadas muestras del respeto al hombre y de exaltación de sus mejores obras.

Hace muchos años, Paul Rivet se ligó indisolublemente al mundo americano. Empezó en el Ecuador y con su certera visión de universitario, de espíritu sensible y de estudioso profundo, comprendió que el panorama de las culturas precolombinas es el mismo, e igual su significación para todas las demás cultu-

ras del mundo. Rastreado los orígenes del hombre americano, se remontó a otros continentes y fundamentó teorías que siguen siendo válidas.

Si no fuera más que por esto, Rivet merecería bien de nuestra generación y de las generaciones venideras. Pero es más eminente su servicio. Perteneciente a la estirpe de los Kingsborough, los Brasseur de Bourbourg, los Spinden, los Nuttall, los Morley, los Soustelle, regó por Europa la conciencia sobre América, el conocimiento de su pasada grandeza y de los elementos humanos y culturales que de ella se conservan integrados a los pueblos actuales de este hemisferio. Con criterio estrictamente científico, contribuyó como el que más a clarificar prejuicios de orden religioso, político, o simplemente originados en la ignorancia, para la apreciación del arte precolonial. A su guía se debe el enriquecimiento de muchos museos de Europa con muestras del espíritu creador de nuestros grandes abuelos. El Museo del Hombre, su predio más querido, siempre tuvo entre sus más generosas y útiles actividades la difusión de la cultura antigua de América.

El recuerdo de Paul Rivet perdura en el Perú, en Bolivia, en el Ecuador. Su figura modesta, de trato cordial y mirada inteligente, era familiar en todos los círculos universitarios y especializados en arte y ciencias sociales. Su enseñanza parecía un fluir de intimidad, en el tono del santo orgullo que se disculpa en quienes hablan de sus propias cosas.

Vino a México muchas veces. A cada descubrimiento de que tenía noticia, se inventaba un viaje y aquí prolongaba su permanencia con la picardía de quien hace una travesura escolar. Todos lo conocíamos y a todos nos dejó algo de su trato, siempre honroso y estimulante.

La labor de Paul Rivet irá creciendo, de seguro. Su entusiasmo por el pasado indio no le venía de sentimentalismo alguno, sino del hondo conocimiento de lo que aquel valía y de lo que representaba en la integración de las sociedades actuales. Los escépticos, los inflados señores que desprecian nuestras raíces indias a nombre de una especie de “voluntad de hispanismo”, harían bien en volver una y más veces a la obra diáfana y seria de aquel gran humanista. Así dejarían de asegurar –como lo hacen, eligiendo la vía cómoda– que el amor de millones de mexicanos por sus cosas propias es producto de aldeanismo, de demagogia histórica, de ceguera ante la fuente “única” de todo lo que somos: la Conquista y la Colonia, la influencia occidental y el industrialismo universalizado.

Rivet era el primero en justipreciar la ponderación, el equilibrio, las compensaciones y tensiones que provenían de la simbiosis de nuestras dos cultu-

ras madres. Pero este enfoque certero nunca lo hizo menguar la categoría ni la trascendencia del elemento autóctono.

No podía esperarse otra cosa de un verdadero hombre de nuestro tiempo, de un sabio investigador y de un espíritu que se movía exclusivamente a la altura de las preocupaciones universales.

29 de junio de 1958

El mito americano

El mundo americano era una realidad superior a los medios artísticos y literarios, pero sobre todo, a los alcances de la fantasía de la época en que se descubrió. Sólo así se explica que haya traspasado los límites de la veracidad de sus primeros narradores. El mito americano ocupa cuando menos la mitad de los textos de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés, de Bernal Díaz del Castillo. La calidad misma de lo real era tan inverosímil que el europeo se empeñó en fundirla con lo fabuloso y en creer todo sobre ella. Porque la credulidad es amor y el amor se ciñe mal al marco de la ciencia y de la exactitud. Por eso ha dicho Jacob Wassermann —y con razón— que el descubrimiento de América agrandó la imaginación del hombre.

Desde aquellas primeras crónicas-mitos, infinidad de libros se han escrito sobre la América que en cierta forma quedó inconclusa y en cierta forma fue nueva tras la Conquista y la Colonia; libros con mucho en común: la pasión y el asombro. A medida que éste iba siendo en realidad un Nuevo Mundo híbrido y colocado en el proceso de occidentalización, el tono de la literatura sobre el pasado ya no partió del impulso sentimental hacia lo novedoso y lo exótico, sino de pleno conocimiento de nuestras manifestaciones de alta cultura, colocada en el mismo plano que las descubiertas en Sumeria o en Egipto. El tono correspondía, además, al redescubrimiento de América; a la gradual revelación de bastante de lo que no fue destruido por la dominación española.

Podría reunirse una vasta biblioteca de obras sociológicas, etnológicas, antropológicas, arqueológicas o sobre materias artísticas, escritas sobre la América antigua. Difícil sería jerarquizar apropiadamente esos trabajos de la ciencia, esas investigaciones sobre el hombre. Sin embargo, estamos tentados a afirmar que nunca se había impreso una obra gráfica sobre el arte antiguo de Iberoamérica mejor que *Pre-columbian Art*, recién publicado por la Phaidon Press.

Se trata de un volumen a gran formato y a todo lujo con 270 ilustraciones, incluso 165 láminas a todo color. Asombra en el libro no sólo la perfección y la belleza tipográfica, sino el extraordinario gusto con que se eligieron y se enfocaron las piezas.

Todas las altas culturas mesoamericanas están representadas: mayas, olmecas, toltecas, zapotecas, incas. Pintura, orfebrería, escultura, artesanías, cerámica, tejidos, todas estas piezas forman un conjunto tan impresionante como la joyería hallada por Alfonso Caso en la famosa tumba de Monte Albán; admirando este conjunto, se explica uno por qué interesados incrédulos de los que se empeñan en tapar el sol con un dedo, suelen insinuar que algún patriotero mecenas manda fabricar tales prendas para valorizar políticamente el gran pasado de estas tierras.

Reproduce la obra una sola colección, la de Roberto Woods Bliss que figura en el Museo Nacional de Washington. Todos hemos vistos los museos regionales y federales reunidos en México en las últimas décadas. Acaso por la multitudinaria abundancia del material, nos han acostumbrado a dar por sentado que existe, que es expresiva, que de alguna manera misteriosa, pertenece a la vida de hoy. Y, sin embargo, aún hay quien opine —y esto sí, con criterio “político”— que nuestra cultura empieza con la llegada de los españoles.

Este homenaje a la América antigua no procede de los iberoamericanos, sino de reverentes manos norteamericanas. Lo acompañan estudios adecuados de Lothrop sobre “Culturas y Estilos sobre la metalurgia en el mundo”; o de Foshag sobre “Atribuciones mineralógicas”, y de Mahler sobre “Textiles”.

Si los politizados escépticos mexicanos no nos creen a quienes venimos insistiendo en la trascendencia poética, histórica, biológica y cultural del legado indio dentro de la configuración de las naciones iberoamericanas de hoy, tal vez estos testimonios extranjeros les sean de provecho y les hagan surgir una fe que no tienen.

Porque además *Pre-columbian Art* es un testimonio de unidad prehistórica, a pesar de las diferencias obvias o sutiles que hacían del continente un complejo de culturas. Cada vez que se piense con angustia en el futuro de la humanidad, en los valores utilitarios que parecen agobiarnos, habrá que volver a esas culturas, tan serenamente equilibradas entre la inmensidad del cielo y de la tierra.

6 de julio de 1958

Épica prehispánica

El tema de la formación de la literatura nacional fue constante preocupación de escritores del siglo pasado; Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Zarco y otros más, que al mismo tiempo que hicieron por crear esa literatura, defendieron con las armas en la mano la tesis progresista por la patria amenazada. En esos esfuerzos merece mencionarse el *Romancero Nacional* que Guillermo Prieto publicó el año de 1885 y cuya edición fue realizada por la Secretaría de Fomento, ministerio que por fortuna ha visto su ejemplo seguido por las secretarías de estado contemporáneas. Decía entonces Ignacio Ramírez en el prólogo de la obra que hemos citado: “El viejo canto de las glorias y de la esperanza de México, el más popular y fecundo de nuestros poetas, Guillermo Prieto, ha coronado su vida literaria, reuniendo en una colección de romances, todos los recuerdos históricos y tradicionales de la Independencia Nacional. Es decir, ha llenado un vacío que existía en la poesía patria, en nuestra historia y en nuestros sentimientos, y ha creado la Epopeya Nacional en una de sus varias formas.” No deja de ser interesante que un hombre tan informado y conocedor de la vida mexicana desde la época precolombina, llegara a pensar que la poesía épica prehispánica se hubiera perdido para siempre, según las afirmaciones que a continuación recogemos: “Ahora bien: que en México al menos como nación independiente desde 1821 hasta nuestro tiempo, no haya existido esa epopeya popular colectiva, es una verdad notoria. Posible es que haya habido una en el México anterior a la Conquista, y de ello tenemos dichos indicios en los escritores del siglo XVI, que nos hablan frecuentemente de los cantos guerreros de los aztecas, en los que perpetuaban la memoria y los heroicos hechos de sus caudillos; pero si es fácil encontrar la prueba de la existencia de esa epopeya primitiva y salvaje de aquellos tiempos, sería imposible reconstruirla hoy, y debemos considerarla como perdida para siempre.”

Las afirmaciones anteriores tienen que ser cambiadas por completo en nuestros días, por las magníficas investigaciones que ha realizado el sabio Ángel María Garibay K.; y por otros estudios de fines del siglo pasado y principios del presente. Del *Romancero* de que habla Ramírez vamos a tomar un fragmento muy poco conocido, ya que está dedicado a don José Antonio Torres, insurgente de las tierras occidentales:

*En los campos de la Barca
como el sol está brillando
la Virgen de Guadalupe
en la bandera de Hidalgo
que Torres, don José Antonio,
con esfuerzo ha levantado,
pagando con su dinero
sus armas y sus soldados.*

13 de julio de 1958

La flor del canto

En nuestra anterior *Alacena* hablábamos de que el conocimiento de la poesía náhuatl y por lo tanto uno de los aspectos fundamentales de nuestra cultura, no tuvo la difusión mínima durante el siglo pasado, como para que los escritores del mismo pudieran apoyarse en esa poesía, y en aquella cultura en general para afirmar su posición en torno a la Independencia no sólo política. Tal vez demasiado ocupados en el ejercicio de las armas, y a pesar de que en todo momento de reposo que les dejaba la lucha política, volvían a tomar la pluma para combatir en el campo de las ideas o de la literatura, no pudieron investigar sobre la penetración y hondura suficiente para adquirir, en aquella importante veta de nuestra personalidad, los elementos de lucha. Formados con gran solidez en la cultura clásica, casos de Altamirano, Ignacio Ramírez, etc., conocedores de lenguas extranjeras y de sus respectivas literaturas, casos de Juan Bautista Morales, Francisco Zarco y otros muchos, hubo también algunos con gran conocimiento del pasado indio como Fernando Ramírez y otros que ahondaban en el campo artístico prehispánico. Correspondería, sin embargo, a nuestro siglo, ocurrida también la Revolución Mexicana con lo que cambió radicalmente nuestra actitud hacia los valores más íntimos de lo mexicano, la divulgación ya no romántica, ya no de simples posibilidades, sino enraizada en el conocimiento amplio, si no total de toda aquella cultura que aún espera manos cariñosas y conocimiento bien orientado sí una divulgación de elementos que nos den una idea cabal de lo que fue la herencia que nuestros indios han dejado. En esta importantísima labor es primera figura el canónigo Ángel María Garibay

K., quien ha hecho estudios profundos que ha cristalizado en libros ahora al alcance de todos. *Épica náhuatl*, *Poesía indígena de la altiplanicie*, *Historia de la literatura náhuatl*, y otros muchos estudios. De un compendio que pronto verá la luz vamos a tomarnos la libertad de transcribir la traducción debida a tan sabias manos:

*¡No cesarán mis flores, no cesarán mis cantos;
 los entono; ¡no soy más que un cantor!
 Se esparcen, se derraman, amarillecen,
 flores que se van entre los oros de los zorzales.
 Haya cantares floridos, dígame;
 bebo las flores que embriagan, llegaron flores embelesantes.
 ¡Ven, serás glorificado!
 Ramilletes de flores llegaron:
 son sólo flores de placer:
 Se esparcen, y se derraman; se entrelazan varias flores.
 Ya retumba el tambor: el baile.
 con narcotizantes flores se tiñe mi corazón.
 ¡Yo soy cantor! ¡Gozad!
 Dentro de mi corazón se quiebra la flor del canto;
 ya estoy haciendo llover flores.
 Con cantos alguna vez he de amortajarme yo;
 con flores mi corazón ha de ser entrelazado;
 son los príncipes, los reyes. Por ellos a veces lloro.
 Y me digo a mí mismo:
 ¡Mi fama de flores, y el renombre de mis cantos
 habré de dejar un día!
 Con flores mi corazón ha de ser entrelazado;
 son esas flores los príncipes!*

20 de julio de 1958

Narcisa Fuentes, la niña artillera

Más allá de Juchitán, como quien va a Chiapas, hay una pequeña congregación municipal que lleva por nombre La Venta. Es el antiguo casco de una finca ganadera, ahora convertido en uno de los más curiosos poblezuelos del Istmo de Tehuantepec. A La Venta llegamos una mañana de sol, espléndida, con esa luminosidad que ocurre después de una noche tempestuosa. Era domingo y como no llegábamos con aviso previo, encontramos desiertas la presidencia municipal y la escuela pública. Unos cohetes, la voz de un trozo de riel atacado con un marro y las campanas a vuelo, anunciaron al pueblo nuestra llegada. Unos minutos después, el corredor de la escuela se veía invadido de hombres, mujeres y niños. En estos pueblos dos personajes destacan siempre: el presidente municipal y el maestro de escuela. Allí estaban, pues, los dos. No hacía falta explicar el origen de la visita: todos sabían que llegaba al pueblo un coterráneo, ahora metido en afanes electorales. Como siempre ocurre también, el munícipe presentó al candidato los problemas más agudos del lugar, los cuales se reducen a dos o tres, en los que siempre es la escuela el que ocupa primerísimo sitio. El maestro de escuela, mientras tanto, formó en fila a los niños que se habían reunido en el portal de la vieja casa de los antiguos dueños de la hacienda de La Venta. Nada había preparado, ningún programa había que desarrollar por lo inesperado de la visita. Entonces ocurrió algo que es precisamente lo que quería contarte, lector: de la fila de alumnos se desprendió de pronto una niñita no mayor de diez años. Descalza, despeinada, vestida pobremente se le veía transfigurada. Resplandecían sus ojos claros, se iluminaba su rostro mestizo; sus cabellos, ligeramente rojizos, flotaban al viento. Su nombre Narcisa Fuentes. Se le adivinaba trastornada por muy encontrados sentimientos; en un solo instante, Narcisa se había convertido en la voz de sus compañeros de aula, en el grito de su pueblo, que a través de sus palabras iba a transmitir a la concurrencia un mensaje en que todos estaban presentes. Sobreponiéndose a aquel momento emotivo, dijo con voz firme y decidida: “Vigile usted, señor Henestrosa, que el techo de nuestra escuela no se caiga sobre nosotros.” Lo dijo señalando con el dedo el techo de vigas del salón. No dijo más, ni hacía falta que dijera. La concurrencia entera había quedado atónita, sólo pendiente de resistir a pie firme los embates de una conmoción próxima a estallar en llanto.

“Narcisa”, me dije, y de un modo natural vino a mi memoria y a mis labios el nombre de Narciso Mendoza, aquel niño que en el sitio de Cuautla, en una hora decisiva, prendió la mecha del cañón apuntado sobre las tropas realistas. Narciso Mendoza y Narcisa Fuentes quedaban en aquel momento hermanos, idénticos por el tamaño de su empresa. Prender la mecha del cañón, y la decisión de hablar en nombre de todo un pueblo, son hazañas parejas: las dos reclaman un espíritu heroico. ¿Qué va a pasar con Narcisa Fuentes? ¿Se quedará en el pueblo donde dará a México hijos desventurados como ella? ¿Su audacia la sacará, por el contrario, de La Venta y la llevará a otros sitios donde realice la hazaña que todos los niños aspiran, fiados en la letra, y que consiste en alcanzar la redención espiritual, para ellos al parecer más fácil que la económica? ¡Quién sabe! Pero Narcisa Fuentes puede ser una mexicana que, desde su oscuro rincón, dé lecciones de fortaleza a las gentes de su pueblo.

27 de julio de 1958

Benemérito de América

La República de Santo Domingo ha donado, a través de su representación diplomática en nuestro país, unos documentos al Recinto de Homenaje a don Benito Juárez, instalado al costado norte del Palacio Nacional. El obsequio reviste señalada importancia por muchas razones. Una de ellas por referirse a Juárez, cuyo nombre es inseparable de la Constitución de 1857; otra es que atañe al movimiento de simpatía que la acción republicana y liberal representada por el Patricio suscitó en toda la extensión de América, que veía la suerte de México como algo de la que ningún pueblo americano podría estar a salvo en un momento dado. El documento en cuestión, en efecto, es el decreto del congreso dominicano declarando que el Presidente Juárez había merecido “bien de América” y que por lo tanto debería aclamárselo su Benemérito, con lo cual la República Dominicana daría “el ejemplo a las demás repúblicas hermanas que quisiesen mostrar su simpatía por la causa de la libertad de México”. El decreto corresponde al mes de mayo de 1867, aunque fue dado a la publicidad un mes y medio después. El dictado de Benemérito de las Américas con que se le conoce y venera en los pueblos de este Continente, se atribuye, como sabe la mayoría de los lectores, a un acuerdo del congreso colombiano de

mayo de 1865, justamente cuando la guerra contra el Imperio alcanzaba su minuto de mayor dramatismo. Los términos del decreto, que quizá valga la pena reproducir en su parte conducente, se asemejan a los de la cámara dominicana, pero se aparte de él en lo esencial. Los dos, en efecto, aluden a que Juárez ha merecido bien de los pueblos del Continente por su desesperada y desigual lucha contra la invasión extranjera; lucha que México, pese a su debilidad, no rehuyó, por mantenerse fiel a las normas que le imponen sus tradiciones de no medir el tamaño de los peligros, sino afrontarlos con resignación.

Como los documentos donados por Santo Domingo al Recinto en honor de Benito Juárez no aparecen acompañados de explicación alguna, conviene enterar al lector que el descubrimiento de esa importante noticia histórica, casi desconocida entre nosotros, se debe al historiador dominicano Vitelio Alfau Durán, quien la comunicó al poeta, escritor e historiador mexicano José de J. Núñez y Domínguez, representante nuestro en Santo Domingo al tiempo del hallazgo. Con esos elementos, Núñez y Domínguez redactó un artículo que bajo el título de “La República Dominicana fue la que proclamó a Juárez Benemérito de la América”, fue publicado en la Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía, en el año de 1950. Por el contexto se puede ver que si bien Colombia declaró que Juárez había merecido bien de América y que “la abnegación y la incontrastable perseverancia” desplegada “en la defensa de la independencia y libertad de su patria”, no lo proclamó concretamente, como sí lo hizo Santo Domingo, Benemérito de América. Los documentos que Núñez y Domínguez transcribe, muestran que en Santo Domingo se ignoraba el derecho de Colombia, pues el diputado Antonio D. Madrigal que presentó la iniciativa, dijo, como ya vimos, que de esa manera Santo Domingo daría el ejemplo a las otras repúblicas americanas. Pero se ve algo más. Siendo el decreto de 11 de mayo de 1867, los dominicanos, un mes antes de la derrota del Imperio, ya daban por triunfante la causa de la República Mexicana.

México, debe pues, eterna gratitud a la República Dominicana –dice Núñez y Domínguez–, por esta demostración de confraternidad, en uno de los momentos más aciagos de su vida nacional y por haber sido indudablemente el primer país que denominó a Juárez Benemérito de la América.

3 de agosto de 1958

Isaías Castillejos Manzo

Isaías se levantó como siempre, de madrugadita. Como de costumbre se encaminó al pozo vecino por el agua del consumo cotidiano de su pobre casa. Cantan los gallos en el amanecer pueblerino, mugen las vacas, un pastor arrea su rebaño, a ratos cantando y a ratos a silbos, Isaías llena las tinajas con un agua todavía dulce de los últimos luceros que al perder pisada se precipitaron al fondo del pozo. En el patio se echa encima unas jícaras de agua, se pone después su ropa llena de remiendos.

La madre lo apura, porque todavía falta desgranar el maíz para el pan del día. El niño va a la troje, saca un canasto de mazorcas y se pone a deshojarlas con rapidez. La madre sonrío, satisfecha: le alegra ver que su pequeño hijo tiene la voluntad necesaria para auxiliar a la casa materna y luego asistir a la escuela donde, según le han dicho, ocupa uno de los primeros lugares. Ha terminado Isaías su tarea hogareña y se dispone a salir de la casa, en unión de Jorge y Julián que diariamente pasan por él. Como todavía falta tiempo para la hora de entrada, les propone un repaso así sea breve a las clases del día. Primero de historia patria, luego de lengua nacional. Se proponen problemas y se plantean dudas que luego resuelven entre todos, alborozados.

Suena la campana y los niños ocupan precipitadamente sus lugares, mientras el maestro sonrío y aconseja orden, detrás de su mesa.

Afuera cae el sol inclemente. Ese viento que sopla entre noviembre y febrero, se da de topes contra las paredes, huye por los callejones, golpea las puertas y se pierde por entre cañaverales y labores. A veces parece que se ha ido, que no volverá más, apiadado del pobre vecindario. Pero vuelve, si se puede, aún más arrebatado y furioso. A su impulso bajan solas las cuerdas de los pozos y suenan las rondanas como si alguno estuviera sacando agua. Atrancan las mujeres sus puertas, se persignan porque anda suelto el demonio del viento: un ser gigantesco, con dos enormes alas grises.

Una racha todavía más violenta sacude el techo de la pobre escuela que en un segundo se derrumba. Repican las campanas y el llanto de cien mujeres propaga por el pueblo la tremenda noticia: los niños de la escuela han quedado sepultados bajo los escombros. De los sembrados próximos, de las labores vecinas, de todas partes llegan corriendo los hombres para la obra de salvamento. En unos cuantos minutos el sitio queda despejado. Hay muchos heridos, nin-

guno de gravedad, pero hay un niño muerto. El niño se llama Isaías Castillejos Manzo. Un morillo se precipitó sobre su tierna cabeza. Un hilito de sangre le sale por la boca, en que ha quedado inconcluso un grito de terror.

Su cuerpo es velado en la casa familiar, entre el llanto de todos, como es costumbre en estos pueblos. Entre flores silvestres lo llevan al panteón y le dan sepultura.

La noticia fue dada a conocer a todo el país y las autoridades acordaron levantar una hermosa escuela en el pueblo de Niltepec, cuna del desventurado Isaías. Y allí se levanta ahora alegre, con amplias aulas, con patio sombreado.

En la frente se ostenta el nombre del pobre alumno: "Isaías Castillejos Manzo."

Bella escuela, plausible la decisión de levantarla a su memoria. Lo único doloroso es que haya habido necesidad de que Isaías muriera para que su pobre pueblo mereciera una escuela, la más moderna de cuantas existen en el Istmo.

10 de agosto de 1958

Las revistas literarias

Qué espléndido cementerio formarían las revistas literarias frustradas iberoamericanas. Uno, dos, cinco números de cada una. Expresiones de un hombre o de un grupo, de una generación o de una horda informe de escritores. El libro es tarea difícil entre nosotros, es obra larga sostenida, que tanto cuesta formar como publicar o difundir. A falta de libros, las revistas recogen la palabra, la reacción de los que piensan ante su tiempo y su mundo. Compromete menos un artículo que la página de un libro —exposición de un solo hombre, reto al presente y deseo oscuro de inmortalidad. La revista se recibe además con benevolencia, con disculpas cómplices y se celebra siempre como la pica en Flandes de una prometedorá juventud. Y todo el mundo la ayuda, tal vez porque se piensa que no va a durar y por lo tanto no esquilmará mucho tiempo a mecenas y a hombres de buena voluntad.

Mientras más inmaduro es el ambiente literario, más revistas produce. En torno a la revista se anudan y deshacen amistades, se habla bien y mal del prójimo, circulan noticias de libros, chismes políticos; se dragonea de astucia

para obtener o retener puestos directivos, se aprovecha el tiempo y el espacio para deslizar la crítica que ya se nos salía de la garganta.

Cada revista está destinada a conmover al mundo. Hay planes para iniciar un movimiento literario o para despistar a otro. Hay planes para todo: editoriales, gráficos, publicitarios, circulatorios. Listas de colaboradores posibles. Listas de corresponsales en Londres, Nueva York, La Paz, Melbourne, Yokohama. Cada revista se compone más de ilusiones que de realidades, pero las ilusiones compensan todos los esfuerzos, y hasta el escozor que dejan los sueños derrumbados.

El caso más extraño es el de la revista que ya sacó varios números y se muere. Ya había anuncio, ángeles proveedores, suscripciones; las columnas de acuse de recibo de los Néstores del ramo decían cosas amables, como dando beligerancia, como respetando a un firme competidor. El grupo que inició la revista sigue animoso; los planes son cada vez más vastos. Nadie sabe lo ocurrido: lo cierto es que una semana cualquiera, la revista deja de salir.

Se nos vienen estas reflexiones a propósito de los muertos, no de los vivos. Y no implican calificación a favor o en contra de éstos. Pensamos en el tipo de revista que debe nacer, vivir y morir en los medios culturales ya maduros.

Sólo tiene importancia la revista que hace un grupo o una generación de escritores convencidos de que ya todo se ha dicho; que el mundo está mal y hay que decirlo, pero que componerlo o descomponerlo no debe ser corona de estrellas o copa de cicuta para modestos hijos de vecinos.

Hay que arremeter, como los toros; no sortear, como los toreros. Hay que excitar el pensamiento, la duda, la investigación, la opinión; hay que alborotar el cotarro. Escritores que no saben todas estas cosas antes del medio siglo de vida y empiezan como clásicos, llenos de pulcritud, de temor, a comprometerse, de pliegues para decir lo que piensan no deben hacer revistas.

El nacimiento de una revista se justifica cuando hay condiciones para decir cosas cuando la generación anterior ha engordado, y se instala en butacas para hacer cuentas, sobre la compostura del coche, la compra de la televisión o la temporada en la playa. La necesidad de una revista se ventea como la proximidad del mar o de las mujeres bonitas.

Luego viene la vida de la revista. Esto es lo más delicado. “Una revista debe ser el reflejo de su tiempo y cuando cesa de serlo debe terminar”, opinó Cyril Connelly en el primer número de *Horizon*, la publicación londinense que cumplió su palabra. La revista deja de interesar cuando sólo refleja la vida de un

grupo, de sus particulares fobias y alopatías. La gente está ávida de aprender, de orientarse, de averiguar lo que saben y crean los demás; la gente de México, igual que la de Caracas, Buenos Aires, Roma o Berlín, porque en esto no hay diferencia de meridianos ni de lenguajes. Y toda esta actividad mental debe ser una nueva manera inteligente de interpretar los tiempos y las cosas, o se vuelve regodeo, dialecto de cenáculo, materia reseca que ni da ni permite semilla.

Estábamos en que ya la revista cobró plena vida. Quema entre las manos. Tiene vuelo y se echa por ahí alegremente sin preocuparse por los riesgos. Respira salud y algo –aunque sea mínimo– trae nuevo; en algo ayuda a los que saben que las letras son descubrimientos, o no son nada.

Un día, la revista entra en su periodo clásico. Posee ante sí su efigie, como en el espejo. Se ajusta a sus normas. Acoge a los pares, no por lo que escriben, sino por ser pares. Funde intereses con grupos de dentro y de fuera, y como las familias burguesas que despilfarraron el patrimonio, empieza a vivir de sus muertos. Los tiempos ya le parecen demasiado vulgares, y los nuevos movimientos, pinitos de “jóvenes” –en letras, la palabra “juventud” es una injuria, y a veces, un epitafio. Ése, precisamente ése, es el instante en que la revista debe acabar. La conciencia de lo efímero y de lo limitado, de su martirologio, es lo único que puede dignificar este manoteo en el vacío, esta fresca muerte diferida que debe ser una revista literaria importante.

17 de agosto de 1958

¿Y nuestros muertos...?

Todo se prestaba para que la visita a la rancharía de San Cristóbal –ahí no más, a un ladito del tramo entre Tequisistlán y Tehuantepec– fuera una de las más interesantes de la gira. La conversación del guía, un mozo fornido que sólo hablaba el zapoteco, el trayecto lleno de accidentes, por entre lechos de viejos ríos, la circunstancia de que hasta entonces nadie me había hablado de aquel lugar, poblado por hombres de la gran comunidad istmeña, y sin embargo, abandonados a su suerte.

Caía lumbre del cielo cuando llegamos a San Cristóbal. Era domingo y los ecos de una marimba, más que otra cosa, nos anunciaron su proximidad. De cuando en cuando estallaban los cohetes en el cielo, dejando una mota de

humo. Porque es condición del indio gastar sus miserias en música, en cohetes y en incienso. Tanto chocaba esta circunstancia a Benito Juárez, que en alguna ocasión escribió que le gustaría que el protestantismo arraigara entre ellos, porque era una religión que pregonaba el trabajo, el ahorro, cosas que no hace el catolicismo. Llegamos, pues, a la ranchería. Bajo una enramada bailaban las mujeres, los cabellos divididos en dos trenzas, el cuello y los dedos adornados con joyas de oro. Este afán de adorno, que en el fondo es una supervivencia indígena —el oro no sería de moneda sino para hacer ídolos y adornos— lleva a estas mujeres muchas veces a arrancarse los dientes para ponerse uno siquiera del precioso metal, pero si ello no fuera posible, se encasquillan uno. Al anuncio de nuestra llegada, el baile quedó desierto: hasta la novia concurrió al sitio de la reunión. El ánimo preparado, y en actitud de defensa contra las trampas que en estas ocasiones nos pone el sentimentalismo ante tanta penuria, no pudo resistir, sin embargo, el primer embate: una mujer del pueblo, entrada en años, se cubre con la mano algo que afea su rostro, que es una contradicción a su traje de gala. Es posible que ante sus paisanos no se oculte, pero ahora es distinto; un viajero la ve por primera vez y eso no lo puede consentir su feminidad. El viajero advierte la situación y queda en trance para todo lo que la visita le tiene anunciado.

Como en muchos lugares del istmo, en la parte central de los pueblos se levanta una enramada que es al propio tiempo escuela, ágora y cabildo. Allí nos reunimos. Hombres, mujeres, niños y ancianos aplaudían, quizá mecánicamente. El profesor primero y el presidente municipal después, expusieron los problemas del pueblo, a cual más tremendo. Allí falta el edificio escolar, allí falta un dispensario médico, allí falta un maestro. En otro tiempo, dijo el profesor, se inició la construcción de una escuela que luego fue suspendida por la próxima desaparición del pueblo al inundarse con las aguas de la presa El Tablón. Y mostró con el dedo unos desmedrados cimientos. Tocó su turno al presidente municipal. Elocuente, con esa elocuencia de todo el que dice la verdad, habló de uno solo de los problemas de San Cristóbal. Ellos, los habitantes de la ranchería, no eran dueños ni de un palmo de terreno. Sólo somos dueños de la tierra que en un momento dado pisamos, dijo. Siempre, desde que este lugar existe, continuó, hemos sino medieros, es decir, que dividimos las cosechas con los dueños de las tierras, de tal manera que el patrón jamás arriesga. Pero eso no es todo, agregó. Cuando las aguas de la presa invadan esta tierra, nosotros no tenemos a dónde ir. Y, en efecto, así es. Su suerte no es

la de Jalapa del Marqués, al que el gobierno federal dotará de tierras en otros lugares en pago de las que pierdan. No, la situación de los cristobalenses es otra muy aparte, dolorosa: ellos no tienen a dónde ir y el orador se pregunta angustiado si el gobierno ha tenido en cuenta ese extremo.

Como es inevitable, me toca decir unas palabras. Pero, ¿qué es lo que puedo decir ante problemas tan dramáticos, aparte de inaplazables? Veo a los niños y a las mujeres y a los hombres, ahora sí ya partícipes de la tensión del momento. El gobierno, logro decir, al planear las obras de la presa, sin duda ha pensado en la suerte de los habitantes de San Cristóbal; de tal modo que cuando esté próxima su inauguración, los trasladará a alguna parte donde vuelvan a levantar su pueblo; y no es remoto que haya pensado dotar a cada hombre de un pedazo de tierra. No puedo más y suspendo mi peroración. Pero, entonces, de entre la multitud, una mujer hace esta pregunta, escalofriante:

—¿Y nuestros muertos? ¿Se van a quedar aquí?

—Los muertos... sin ellos, ¿podrá San Cristóbal levantarse en otra parte...?

24 de agosto de 1958

Bustamante contradictorio

Siempre será oportuno, y grato, volver a Carlos María de Bustamante, aquel oaxaqueño múltiple. Soldado de la insurgencia, orador, periodista, editor de libros, periódicos y revistas, traductor, prologuista y anotador de cuanta obra cayera en sus manos, aunque no todas pudieron publicarse. Nosotros hemos encontrado, por nuestros largos viajes al siglo XIX, muchos papeles, muchos libros que le pertenecieron y hemos podido ver, en sus márgenes, notas a ratos ajenas al texto que pudiera haberlas inspirado. Y es que Bustamante no tuvo jamás la mente quieta ni la pluma en reposo. Cosas todas éstas que le afean sus enemigos, más por rivalidad política que por criterios literarios. Lo que no le perdonan a Bustamante es su eficaz oposición a las ideas realistas, que es como decir conservadoras y retrógradas. Sin el oaxaqueño, sin el farragoso oaxaqueño, para usar un adjetivo predilecto a sus enemigos, el juicio, por ejemplo, sobre la Guerra de Independencia, caería por el lado de Lucas Alamán, tan distinto a él en la pulcritud del estilo, en lo intencionado de los razonamientos, en lo tendencioso, partidariamente tendencioso. Don Carlos, por el contrario, colocado dentro de

la buena línea que viene de José Joaquín Fernández de Lizardi, de fray Servando Teresa de Mier, y se prolonga por Juan Bautista Morales y Francisco Zarco, escribía mientras caminaba, mientras actuaba, a veces, por no decir que siempre, espoleado por la urgencia. ¿Se puede exigir en estas circunstancias que las acciones, que eso eran frecuentemente sus letras, tuvieran aquella serenidad y perfección que todos quisiéramos? Claro que no. Sus contradicciones, que son muchas, se explican también por su inteligencia y su actividad sin tregua. Los acontecimientos de su tiempo, tan abigarrados, lo llevaban con frecuencia a equivocar el camino, a estar hoy en contra de lo que defendió ayer y mañana otra vez a su favor. ¿No le escribía Robespierre odas al rey, apenas unos meses antes de mandarlo a la guillotina? Pero hay algo a que Bustamante es fiel, constante, por encima de todas las adversidades: el amor a la patria y su decisión de lucha en pro de su independencia y de su libertad. Eso por cuanto toca a una de las maneras de su actividad, la acción política. Por lo que toca a su condición de escritor, el trato con sus obras nos convence de que amaba el ejercicio literario apasionadamente. Gustaba de escribirlos, de leerlos, de anotarlos y de publicarlos. A la manera de Joaquín García Icazbalceta, personaje de quien tanto se aparta en cien cosas, pero a quien se acerca en el afán de buscar y dar a conocer documentos de nuestra historia, Bustamante gastó no sólo sus riquezas sino su mediano bienestar económico en actividades editoriales.

La simpatía por la vida y por la obra de Bustamante nos ha llevado a localizar unos apuntes suyos, relativos a la publicación de la *Historia del descubrimiento de América septentrional* por fray Manuel de la Vega (1826), de *La conquista de México* y de la *Historia de las conquistas de Hernán Cortés* por Francisco López de Gómara (1826). Minuciosamente, el autor consigna precios de papel, de carátulas, de corrección, encuadernación, entre las muchas operaciones que la edición de un libro comprende. Es curioso observar que la primera de las obras señaladas tiene un costo de \$855.04, y la otra, dividida en dos tomos, de \$2,506.04. ¿A qué cantidad, dado el tipo de cambio de nuestra actual moneda, alcanzarían esas dos sumas? De todas maneras, don Carlos las destinó al mejor conocimiento de la historia patria, sin el cual es imposible comprender y amar a México. Para regocijo de los enemigos de Bustamante agregamos que la suma total está equivocada, pues encarece el costo. ¡Cosas de don Carlos!

¿Aproveché bien el obsequio, amigo don Rafael Porrúa?

Las letras de oro

He aquí una tarea para los escritores, diputados, a la actual Legislatura: la redacción de las biografías de los personajes cuyos nombres están escritos con letras de oro en el recinto parlamentario. Trabajo útil, porque podría enseñar que, contrariamente a lo que el vulgo esta dispuesto a pensar, entre esos nombres se encuentran los de muy ilustres hombres de letras y de acción que han sido diputados. Los textos de referencia podrían reunirse en un libro o publicarse separadamente, pero en todo caso antecedidos de una sucinta explicación acerca del espíritu que animó a los legisladores que instituyeron ese homenaje: el de escribir en oro aquellos nombres. Podría verse de esa manera que México no premia tanto a la inteligencia y la sabiduría de sus hijos, sino el uso que dieron a su inteligencia; que no es un tributo a escritores, poetas y soldados, sino a la conducta y a la acción de los mexicanos a favor de la libertad y la independencia, en la sempiterna decisión de crear la nacionalidad. Por eso, estaba profundamente equivocado aquel orador y jurisconsulto enemigo de la Revolución, que es como decir enemigo de la causa de México, cuando desde la tribuna de la Cámara de Diputados se declaró par de algunos hombres que han alcanzado por el voto del pueblo que su nombre se escriba con letras de oro, en los muros del parlamento. Si no, veamos con qué nombre se encabezan las inscripciones. Con el de Cuauhtémoc, que es asombro de la historia y que para ser el héroe único que es, ni siquiera necesitó saber leer y escribir, lo que no quiere decir, como creería el orador y jurista aludido, que fuera un bárbaro. ¿Era doña Antonia Nava de Catalán, una intelectual? Ni por asomo. Pero puso su sangre al servicio de la patria y la patria le dio oro para escribir su nombre y mármol y bronce para su estatua. ¿Era Santos Degollado un orador, un jurista, un escritor, un soldado de fortuna? Nada de eso. Pero puso su espada al servicio de la libertad y nunca desesperó en alcanzarla para su pueblo: tras cada derrota aparecía más brioso, más denodado, más dispuesto al sacrificio. Y la patria lo tiene en el panteón de los inmortales. ¿Y Benito Juárez, y Melchor Ocampo, y Valentín Gómez Farías, y Andrés Quintana Roo, fueron por fortuna portentos de erudición, arrebatados oradores, poetas sin segundo? No. Fueron nada más, pero nada menos, iluminados mexicanos que pudieron ver en la sombra la imagen de una patria que luego ha sido realidad ante nuestros ojos. Y sus estatuas, lejos de caerse, como esperaban sus enemigos, han crecido y se han multiplicado.

De algunos de esos ciudadanos –Carlos María de Bustamante, Francisco Zarco, Miguel Ramos Arizpe, Ponciano Arriaga, José María Mata– podían editarse, dentro de una pequeña colección, algunos discursos y documentos escasamente conocidos. Con ello, quedaría evidente la continuidad del ideario republicano, demócrata y liberal. Se vería, asimismo, cómo el pensamiento avanzado, que los vanos y necios tildan de exótico, ha hecho posible nuestra fisonomía de pueblo moderno. Y es que nada que pueda servir al hombre, le es extraño y ajeno.

¿No es ésta una tarea tentadora? La dejo en vuestras manos, José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, José Pérez Moreno, Francisco Martínez de la Vega, Crisanto Cuéllar Abaroa, Antonio Cavedo...

7 de septiembre de 1958

Rubor de Carlos Pellicer

Me lo contó hace muchos años Carlos Pellicer. Luego me lo contó, también ya hace mucho tiempo, Guillermo Dávila, el otro personaje de esta historia. Pero, ¿por qué estas cosas que aparentemente no registra nuestra memoria, un día regresan y nos obsesionan sin tregua? Quién sabe. El caso es que de unos días a esta parte sólo ando repitiendo poemas y versos sueltos de Luis G. Urbina, “El Viejecito”, poeta que a la hora en que otros parece que declinan, él como que alcanza un nuevo amanecer. Pues cediendo a la tentación y quizá como una manera de salvarme de ella, he vuelto a sus libros, en el orden en que los leí que es casi el orden en que fueron publicados: primero los *Versos* que prologó Justo Sierra, luego, *Puestas de sol*, su primer verdadero libro, publicado pronto hará medio siglo. Letra por letra, sílaba por sílaba, palabra por palabra, he releído este hermoso libro, tan suyo. Y he aquí que al llegar a uno de los sonetos del “Poema del lago”, el IX, a una onda que se inicia con estos versos: *arrulla con tus líricas canciones* y cuyo segundo terceto dice: *Tú, que cantando en sueños has venido, londa lírica, dame la esperanza, / y si no puede ser... dame el Olvido*. He aquí, digo, que la lectura de un soneto me recuerda la historia que me refirieron Pellicer y Guillermo Dávila. Al primero lo conocen todos los lectores de nuestro idioma; al segundo nada más aquéllos que gozan, o padecen sí así lo preferís, con asomarse a las *minucias*, que nada de *minucias* suelen tener, de nuestras letras. Guillermo Dávila forma parte de ese *team* de

mexicanos que nunca escribieron, pero que tampoco dejaron de ser escritores por eso; que en su tiempo leyeron todos los libros que algo significaron y los pusieron en manos de los más jóvenes, que en fuerza de saber muchas cosas, se empeñaron en obras perfectas; que por querer cultivar la rosa hasta la extrema perfección, la marchitaron en capullo. Miembro de un *team*, pues, en que están Ricardo Gómez Robelo y Jesús T. Acevedo, pongamos por caso. Nada, o casi nada escribieron, según aquellos que reclaman escritores prolíficos. Pero, cuánta enseñanza impartieron y de qué manera supieron gozar de los libros. Volvamos a los sonetos de Urbina. Pellicer y Dávila eran amigos inseparables en sus días preparatorianos. Se comunicaban sus hallazgos literarios, se leían sus primicias. Si alguno cazaba en el monte de las letras una buena pieza, la daba a conocer al otro. Así fue como un día llegó Pellicer, alborozado con un precioso soneto de Urbina, dedicado a una onda. Lo escuchó atento Guillermo y elogió sus excelencias; proclamó a Urbina, un artífice del verso. Pasaron los meses y un día Pellicer le anunció que quería leerle un soneto. Lo escuchó atentamente el hermano mayor y cuando la lectura hubo concluido, tomó de los brazos a su amigo y le miró a los ojos. Como quien ha sido descubierto desnudo, Pellicer se llenó de rubor. No hablaron más. Guillermo Dávila le preguntó por qué había hecho aquello, que no tenía por qué pedir nada prestado a ningún poeta, ni a Urbina que era tan grande. Tú, le dijo, serás el más grande poeta de tu generación. Eso fue todo. El tiempo se ha encargado de cumplir el vaticinio: Carlos Pellicer es el poeta que anunció Guillermo Dávila. Y esto más: las rosas que ha inventado son creación exclusiva de su genio, hijas de su sangre, concebidas sin el auxilio de nadie.

14 de septiembre de 1958

Educación: sueño mexicano

Periodistas, curiosos, simples hombres de la calle desvinculados de la política, han tenido oportunidad de comprobar que con motivo de las recientes giras de candidatos de los distintos sectores, los pueblos del interior están haciendo un persistente y peculiar reclamo: “Queremos una escuela.” Si tres o dos son las peticiones del lugar, una de ellas es la escuela, y si es una sola, ésta es la escuela.

Como si quisieran facilitar la tarea, los portavoces de las comunidades, muchas veces expresándose en lenguas indias, revelan que han reunido adobes, ladrillos, tendales, tejas, tuberías; todo lo necesario para la construcción de la escuela. En otras partes piden que al edificio modesto que ya tienen, se le añada un aula, dos aulas, porque ya no caben los alumnos en el espacio disponible y ponen a disposición del gobierno toda la mano de obra –gratuita– que sea necesaria.

Da qué pensar esta conmovedora avidez de nuestro pueblo. ¿Por qué se están posponiendo las necesidades materiales –agua, luz, irrigación, inclusive tierras para el cultivo– frente a ese centro de enseñanza que a pesar de las campañas educativas, todavía falta en tantos rincones mexicanos?

El cambio de impresiones entre quienes han recorrido distintos rumbos de nuestra geografía, indica que el clamor tiene los mismos orígenes y espera los mismos resultados. Predomina, desde luego, en los distritos indios, y en muchos de los más desprovistos de recursos naturales.

La explicación directa que tiene el fenómeno es que los pobres, y particularmente los indios, ven tan lejana la satisfacción de sus necesidades materiales, que han llegado a cifrar todas sus esperanzas en la educación como medio de mejorar, de dignificar su vida, de incorporarse al sector más evolucionado de la población nacional. Ya no piden “un pan del tamaño de su hambre”, como dijo bellamente Andrés Eloy Blanco, sino un libro del tamaño de su ignorancia. Este es el talismán, el pasaporte hacia el otro lado del paraíso, hacia la cumbre inaccesible para el analfabeta. El hombre ignorante, el indio, sabe que ésta no es utopía; lleva demasiados siglos pegado a la realidad del mundo para conformarse con un porvenir vago y siempre lejano; la letra, la palabra civilizada, es herramienta poderosa y cierta.

Sin duda, en esta fe tan plena tiene mucho que ver el ejemplo de grandes patriarcas de nuestra nacionalidad. Ningún mexicano ignora que Benito Juárez no se colocó en el pedestal más alto de nuestra historia por la riqueza, sino por lo que sabía y por lo que adivinaba como seguridad en nuestro destino. En Guerrero, no se pueden olvidar que Ignacio Manuel Altamirano siguió esa misma trayectoria. Y así, el país entero está poblado de émulos, de hombres que en el alfabeto y en el libro encontraron pan y alas.

Esta desmesurada ansia de aprender no debe desaprovecharse. Es sintomático que una minúscula aldea de doscientas familias que ni siquiera tienen jacaes permanentes para abrigarse, pida que se le construya una

escuela para edificar en torno a una población formal. Casi se piensa en las pirámides y en las catedrales, que otrora eran el epicentro de la urbanidad.

Plantar escuelas donde todavía faltan, es tarea gigantesca y no de pocas lunas; pero ningún plan de gobierno debe escatimar esfuerzos para que tome cuerpo lo antes posible este sueño bueno y hermoso del pueblo mexicano.

21 de septiembre de 1958

¿Cuilapan, Guerrerotitlán o *Guerreroyoo*?

Esta es una curiosidad que siempre he querido contar. Su asunto va y viene conmigo desde hace muchos años. A veces, parece que lo olvido para siempre, pero cuando menos lo pienso, regresa para pedirme que no lo deje en el tintero o en las teclas, para mejor decirlo. Sobre todo cuando visito la ciudad de Oaxaca, se actualiza y me acompaña por varios días. No se diga si me asomo a Cuilapan, en donde se encuentran las bellas, a la par que tristísimas ruinas de un convento. Un sitio ése que todos los mexicanos debiera conocer, por lo mucho que enseña, en muchos órdenes. Uno es que debiera ser empeño del gobierno federal o del local defenderlo de una total destrucción; otro es que, a semejanza del también ruinoso y abandonado templo de Yanhuitlán, en el templo de Cuilapan, ocurre una de las primeras muestras de la conjunción de las dos culturas que entran en nuestra formación: en Yanhuitlán quedan los restos de un retablo de Andrés de la Concha –el Apeles del Nuevo Mundo que dijo Francisco de Burgoa– en que aparece un pastor que calza unos huaraches, o cacles, o caites, como se dice en el español que hablamos en el Istmo; en Cuilapan se puede admirar una pequeña obra de arte, a la vez que documento histórico, tallado en piedra verde: la fecha –1555– en signos indígenas y en caracteres occidentales en que la obra fue concluida.

Pero no es eso lo que yo quería contar. Yo quiero contar algo que no por *minucia*, deja de formar parte de la historia y de la mitología juarista. En el año de 1831, cuando Benito Juárez era aún estudiante del Instituto, fue electo popularmente Regidor del Ayuntamiento de Oaxaca, es decir que inició su vida pública por el primer escalón, el del municipio. Ese año, Anastasio Bustaman-

te, José Antonio Facio y Lucas Alamán, asesinaron a Vicente Guerrero. Desde la tribuna escolar, Juárez condenó el crimen y postuló que Francisco Picaluga y traición eran palabras sinónimas. Al año siguiente, también por el voto unánime de su pueblo, fue electo diputado para el bienio 1833-34. Entonces –dice más o menos Rafael de Zayas Enríquez– no se sabe si por su amor a Guerrero o por un reto al partido conservador que lo arrojó del poder y luego lo asesinó, presentó Juárez el proyecto de decreto que con él suscribieron sus compañeros de Cámara, Francisco Banuet y Joaquín Mimiaga, declarando que los restos del héroe pertenecían a Oaxaca; que se invitase a su viuda, Guadalupe Hernández, a que visitase la tumba del caudillo, por cuenta del estado; que se declarase ciudadano oaxaqueño a Mariano Riva Palacio, su hijo político, y que Cuilapan se llamara Guerrerotitlán.

Con eso, Benito Juárez revelaba un alto espíritu cívico así como la decisión de pelear por la República. Es cierto que Guerrero había llegado al poder por medio de una revolución, del que estaba excluido por la mayoría el voto público que había favorecido a Manuel Gómez Pedraza. Pero también lo es que con ello se oponía a un mal mayor: el de que el gobierno volviera a manos de los enemigos del progreso mexicano. Quizá Juárez no aprobara esa conducta, pero la aceptaba, sin saber que años más tarde, cuando Jesús González Ortega le sale al paso, iba a verse en trance semejante: retener el poder contra los dictados de la Constitución. Fue cuando, al decir de Justo Sierra, Juárez salió de la ley y entró en el derecho; sacrificó la Constitución a la patria e hizo bien.

¿Qué fue del decreto? ¿Se cumplió en todos sus términos? Es cosa que de momento no puedo resolver. Lo cierto es que el nombre oficial del pequeño pueblo oaxaqueño es Cuilapan de Guerrero, mas no Guerrerotitlán. Algo que no deja de sorprenderme es que Benito Juárez haya pensado en una toponimia con raíz española y náhuatl, en vez de una voz que contuviera un elemento zapoteca, como parecería natural, dado la raza a que pertenecía, y sobre todo, si se tiene en cuenta los ejemplos de la historia de la nación zapoteca. La cabecera del reino, la residencia, casa y pueblo del soberano de dicha nación, se llama *Zaachilayoo*, que quiere decir justamente eso: casa, fortaleza, pueblo del rey *Zaachila*. ¿Por qué Juárez no propuso que Cuilapan se llamara *Guerrerooyoo*? Tal vez porque en esto, como en el caso de la lengua española, optaba por el idioma de mayor extensión, circunstancia que concurría a alcanzar la unidad nacional.

Y ahora una reflexión final, que se reduce a una simple pregunta: ¿Ya es muy tarde para que Cuilapan ostente el nombre que Benito Juárez y sus compañeros propusieron?

5 de octubre de 1958

Folletería mexicana del siglo XIX

¿A cuánto, pues, asciende el número de folletos publicados en México durante el siglo XIX? ¿Cuántos salieron de la pluma de José Joaquín Fernández de Lizardi, uno de los iniciadores del género? ¿Cuántos escribió Pablo Villavicencio, el famosísimo y en cierto modo aún desconocido *Payo del Rosario*? ¿Se sabe, por fortuna, cuántos escribió Carlos María de Bustamante? Nadie lo sabe con certeza, a pesar de las vastas investigaciones que se han llevado a cabo al respecto. Tan intrincado es este capítulo de nuestras letras, que a estas horas todavía no sabemos a quiénes atribuir una serie de opúsculos y panfletos que a partir de los inicios de la Guerra de Independencia salieron de las prensas mexicanas —y de Philadelphia— y se multiplicaron hasta la restauración de la República. Cada día nos sorprende una pieza de autor desconocido; cada día algún afortunado lector, o investigador, localiza y logra identificar al autor de una de esas joyas. De esta manera se enriquecen las bibliografías de Lizardi, de Villavicencio, de Bustamante. Y, ¿qué decir de otros autores que no alcanzaron fama igual a los que hasta ahora hemos mencionado? Y de Vicente Rocafuerte, el ecuatoriano ilustre que tanto trabajó por las ideas políticas en México. ¿Hay quien sepa el número de los panfletos, opúsculos y folletos que salieron de sus manos? Los trabajos literarios de Rocafuerte, publicados en distintas partes del continente y de Europa, constituyen un material de primer rango para el estudio de nuestras transformaciones sociales y políticas. Con frecuencia, el autor situaba el lugar de las ediciones en lugares distintos a los verdaderos, como inventaba nombres de editores que no eran sino el anagrama de “Rocafuerte y Bejarano”, sus apellidos completos. Para aclarar esa circunstancia, se requirió la atención y la curiosidad de un conocido bibliógrafo, cuyo nombre preferimos callar.

Mucho se ha trabajado, hemos dicho, sobre este capítulo, pero sin duda la selva está en gran manera virgen. Y sin embargo, es ahí, en ese monte

de folletos, opúsculos, panfletos, alcances, donde el investigador moderno puede encontrar una fuente riquísima de información. Un sociólogo mexicano, que es al propio tiempo un historiador, un economista, un ensayista notable y un conocedor de sistemas filosóficos, don Jesús Reyes Heróles, ha escrito un notabilísimo libro, *El liberalismo mexicano*, basándose en las noticias contenidas en la folletería mexicana del siglo XIX. Pese al volumen de la investigación realizada por Reyes Heróles, es indudable que quedan muchas noticias aún no aprovechadas. Y no sólo en el campo del autor señalado, sino en otros muchos. Cuando aparezca un historiador de la literatura nacional, que no se conforme con seguir los textos hasta ahora conocidos, encontrará en la folletería mexicana del siglo pasado, una riquísima veta para sus estudios.

Localizar esos folletos, identificar a sus autores, en una palabra darlos a conocer, editándolos, es una labor que pueden realizar hasta los lectores menos especializados. Quienes lo hicieran, cumplirían con una obra benéfica para la cultura nacional. Cabe recordar aquí, que el joven historiador mexicano Daniel Moreno, se ha echado al hombro este empeño; los cuatro opúsculos que hasta ahora lleva publicados –uno de Francisco Zarco, otro de Juan N. Álvarez– sirvan de ejemplo.

¿No habrá en México, entre tantos editores que ahora cobija, uno con la suficiente generosidad para que intente estas reediciones? Quien lo hiciera sería por ese solo hecho, protector de la cultura nacional.

12 de octubre de 1958

Una familia de héroes

¿Quién que haya nacido en pueblo y que tenga más de cincuenta años no leyó el libro de Gregorio Torres Quintero *Una familia de héroes*? ¿Quién que lo leyó no evoca ahora, entre alegre y entristecido, aquellas páginas que nos ofrecieron una primera visión de México, una primera simiente de amor a la patria? Alegre y entristecido, he dicho. Lo uno porque no todos han tenido ese regalo. Entristecido, porque no podemos volver al hermoso libro con aquella inocencia y aquel candor y aquella avidez de la infancia. Y porque la dicha, cuando envejece, se vuelve tristeza.

Volver a las primeras lecturas, es una manera de retorno a la infancia, viene a ser de esa manera una suerte de tristeza. Pero hay que volver. Y eso es lo que he hecho con *Una familia de héroes* de Gregorio Torres Quintero. Volví a sus páginas, temeroso de que se me cayera de las manos y del corazón; pero no fue así: hasta el amanecer no suspendí la lectura. El libro sigue siendo el mismo que leímos en el remoto Ixhuatán, en la remota niñez.

Mucho de su texto, memorizado como el único recurso para retenerlo, sufrió variaciones en el curso de los años. Justamente, la carencia del idioma español, lleva a veces al lector indio a variar las palabras, a trastocar los renglones, a suprimir y agregar lecciones. Lo comprobamos ahora, y nos place: así el libro es más nuestro.

Entre las nuevas sugerencias que esta relectura ha suscitado, sobresale una que yo quisiera compartir con los hombres de mi edad; y considero que la obra de Torres Quintero, ya desde hace mucho una curiosidad bibliográfica, está injustamente olvidada y como postergada por obra que ni remotamente se le puede equiparar, con lo cual la niñez mexicana se ha cerrado un alto y espléndido balcón para asomarse al mundo. ¿Cuándo, cómo, por qué los directores de la educación nacional olvidaron este tipo de libros? ¿Se ha detenido alguno a pensar cuántas vocaciones ciudadanas y literarias son capaces de promover los libros de esta índole? Una niñez pobre, repartida en los más apartados e incomunicados lugares de México, todavía puede encontrar en *Una familia de héroes*, lecciones de valor permanente. El amor a la patria y a sus símbolos —el himno, la bandera— ahí lo aprendimos nosotros y todavía lo pueden aprender ahí los niños mexicanos. El primer recorrido por México lo hicimos allí, sin salir de nuestro jacal ni de nuestra aldea. Allí tuvimos por primera vez ante nuestros ojos el paisaje mexicano, todo él invadido de tristeza y de un hálito de muerte, pero también impregnado del alma de nuestros héroes y de nuestros mártires. Aquellos nombres de lugares, de ríos, de volcanes, de pueblos, que nunca soñamos conocer, ahí los encontramos la primera vez. Dicciones hermosas, extrañas, que en fuerza de repetir una y otra vez se quedaban como meros sonidos musicales: *zaráracua*, *yuririapúndaro*, *ziríndaro*, *tzintzuntzán*, *puruándaro*, en meras jitanjáforas, o invenciones de poetas, que no otra cosa es el que pone nombres a las cosas. ¿No es Acuarimántima el nombre posible de una estación de Michoacán, aunque su inventor, Ricardo Arenales, hubiera creído lo contrario?

Lo que en una primera lectura no entendimos, ahora nos parece claro: “La del alba sería...” ¿Qué significaba eso? No lo supimos entonces, ni imaginamos el toque que iba a producirnos cuando más tarde topamos con el original. “La patria no se ama tanto sino hasta que tenemos hijos a quienes dejarles por herencia la libertad del pueblo en que hemos nacido”. Así decía un personaje de Torres Quintero, cuando dejaba la casa, la mujer y los hijos para empuñar las armas a favor de nuestra independencia. ¿No está aquí un recuerdo del Cid y otro de Cervantes? En verdad, un libro así, no puede ser olvidado.

19 de octubre de 1958

Día de muertos

Uno vive de prisa, sin fijarse en las cosas que desfilan a su lado, sin importarle a veces los pequeños sucesos de la vida cotidiana, sin embargo, tan cargadas de sentido, hasta el grado que sin ellas no se completa la vida. Con razón decía el poeta que quien vive de prisa no vive de veras. Uno olvida a los muertos, uno olvida a los vivos. Pero ellos se encargan de liberarnos de ese criminal olvido: un día, el menos esperado, se mueren y se nos van los vivos, y otro, también inesperado, regresan los muertos. Día de expiación, de duelo y de luto, sin duda. Tiempo en que hasta la luz más clara, se torna negra; hora en que hasta el soplo más tenue tiene fuerzas de huracán y el llanto más parvo parece diluvio. De lo más lejano y hondo de nuestro pecho sube un reproche por no haber visitado al amigo enfermo, por no haber buscado su compañía si tanto nos lo reclamaba el corazón. Y entonces no hay lágrimas que nos consuelen, ni razonamiento que nos releve de culpa. Una y cien veces nos ha ocurrido. Ahora mismo, quizá por ser Día de los Fieles Difuntos, pienso en mis amigos de precaria salud, de avanzada edad, o que viven en lejanas tierras. Y lucho contra el ímpetu que me impulsa a buscarlos, a escribirles, a comunicarme con ellos, temeroso de que una mañana sea tarde. Pero no. La vida es buena, es generosa, es magnánima. Y la muerte, también nos dará tiempo para gozar con la ventura de nuestros amigos y prójimos, que es como decir nuestros familiares.

¿Y los muertos? Ya dijimos que regresa su recuerdo. Cuando parecía que los teníamos sumidos en negro olvido, allí están golpeando nuestro pecho, como

si fuera una puerta remachada con clavos despiadados. Cuando nos creíamos conformes con su partida, allí están a decirnos que sus tumbas están sin flores. Y hasta que no cumplimos con su mandato, el corazón está dolorido, conturbado; se diría que una gran piedra le ha caído dentro. ¿No parece natural que entonces lloremos? El llanto que allí dormía se desborda, sube a los ojos. Y como necesitamos olvidar nuestra desventura para seguir viviendo, nos prosternamos, oramos, demandamos clemencia. Solita, la vida va aconsejando los medios. El uno reza, el otro llora, el de más allá se impone penitencias. Yo tengo un medio menos apurado: busco a mis amigos, voy al panteón. Me basta visitar una casa y una tumba para recobrar el ánimo perdido, para renovar la confianza en la vida. Y eso es lo que he hecho hoy, Día de Muertos. Mi amigo vivirá mucho tiempo; mi amigo muerto parece que alcanza verdadero descanso.

Visitar una tumba parece que produce sosiego, que infunde una dolida aceptación de la muerte. Como quien escucha una música superior se sale de los camposantos, como preparado para todas las dichas y para todas las adversidades.

Así estoy yo esta mañana, lector.

2 de noviembre de 1958

Veleidades de la moda

Empieza a cambiar el tiempo y como todos los años, empieza a cambiar la moda. ¿Cuál es este misterio, este reverdecer constante de la costumbre de cambiar de ropa? ¿A qué se debe la moda?

Casi con respeto llegamos a considerarla como un sortilegio, semejante al que comba el busto de las adolescentes y saca el color a las mejillas o convierte a los larguiruchos jóvenes en hombres. Si se piensa en las innumerables prendas que puede escoger un comprador, y en las innumerables combinaciones que puede hacer con ellas sobre su cuerpo asombra aún más la escasa variación con que la gente se viste. Los que tienen mentalidad de economistas afirman que ello se debe a la fuerza de la imitación. El hecho es que la moda va simplificando las variantes, reduciéndolas a un menor número de formas y de combinaciones.

Esta es la fase de la obediencia. Está también la de la rebeldía. Los cambios en la vestimenta son consecuencia del mismo espíritu que hizo robar fuego al

hombre; el mismo que lo empuja a la revolución, a la conquista del espacio, del fondo marino o de las más altas cumbres. Logrado el objetivo, hay que buscar uno nuevo... y allá va el hombre inventando colores, formas, materiales.

Y cosa extraña: la moda marcha en círculos, volviendo a sus orígenes, al pasado. El pelo corto que se usaba en tiempos de Clara Bow es actual. Mae West resucitó el corset y la cintura de avispa. El *charleston* lo bailaban nuestros padres, cuando eran jóvenes. Nada nos sorprendería que regresáramos a la clámide griega o a las ruanas españolas. En este campo, la moda se desorbita y hace que nos parezca menos justa la risa del público que en las películas de reminiscencias ve a Max Linder o a Charles Chaplin del brazo de opulentas matronas de principios de siglo, o tripulando bicicletas de dos asientos, mientras los señores de bombín se atusan el bigote y arquean una ceja al descubrir medio palmo de pantorrilla.

No hay relación alguna entre la comodidad y la moda. Acaso el hombre se defiende mejor que la mujer de ciertas torturas impuestas por los modistos; sin embargo, no ha podido arrojar el cuello ni los puños estrechos, y no digamos la ropa de etiqueta. La mujer, en cambio, cae en la moda como quien se tira a una alberca de natación, sin reparar en molestias, en líneas positivamente antiestéticas o en martirios innecesarios. En ella hay audacia y sumisión, los dos polos de la conducta femenina, que configuran al sexo débil como el más pasional de los dos sexos.

Nadie puede decir de dónde salen las líneas de la moda. No basta con explicar el fenómeno dando crédito a los modistos de Nueva York, de Roma o de París. Porque en último extremo, ¿por qué esos modistos eligen los nuevos modelos? Pero todavía hay más: ¿por qué se los ponen las mujeres y los hombres? ¿Hasta dónde puede llegar un modisto famoso en su espíritu aventurero, en su inventiva, sin que se le detengan a medio camino sus clientes y al principio del camino los que ni siquiera son sus clientes? Como en el arte, tal vez la medida sea el justo término, el equilibrio, el balance entre el asombro y la seguridad, entre el avanzar y el permanecer.

Tema de meditación y motor principal del negocio fabuloso que constituye la moda en el mundo, para deleite de quienes la siguen y para angustia de quienes tienen que pagarla.

9 de noviembre de 1958

¿Dolores Guerrero, influencia de Acuña?

Yo participo en un programa de televisión que lleva por título “Charlas Mexicanas”. Son mis compañeros de charla, José Vasconcelos y Alfonso Junco. Los temas, sugeridos por el público, se refieren a cuestiones de la cultura mexicana en sus diversos aspectos, sin faltar los meramente literarios, pues hay que advertir que son los de orden político los preferidos. Pues bien, la doctora García Torres nos propuso uno del tenor siguiente: ¿Si Sor Juana Inés de la Cruz es la poeta por excelencia de la era Colonial y Pita Amor y Concha Araiza lo son de este siglo, no podía considerarse a Dolores Mijares como la poeta del siglo XIX? Si bien los tres estuvimos de acuerdo en la primera parte de la proposición, unánimemente discrepamos de las dos restantes. Vasconcelos, que tiene a orgullo desconocer estas *minucias* de las letras patrias, aparte de postular que no hay más poeta que Homero, soslayó el tema; Junco trajo a cuento el nombre de Josefa Murillo como posible mejor poeta de la pasada centuria, recitando aquel poema de la veracruzana sobre la querrela acerca de lo que es el amor. Por mi parte, recordé a la propia Josefa Murillo, a Isabel Prieto de Landázuri y a Dolores Guerrero, aunque sin proclamar a ninguna de ellas como posible par de Sor Juana Inés de la Cruz. Pero no es eso lo importante de la cuestión: lo importante de la cuestión es que me ha permitido volver a las poetisas mexicanas del siglo pasado, a las pocas antologías de poesía femenina que están a nuestro alcance, a los escasos estudios sobre la materia.

Así, yendo de una poeta a otra, de un florilegio a otro florilegio, de una historia literaria a otra, volví a dar con los *Poetas mexicanos* (Buenos Aires, 1896) por Carlos G. Amézaga. Y ahí una breve digresión sobre Dolores Guerrero —dice— que murió en 1858 a la temprana edad de veinticinco años, fue una poeta notable por la sinceridad de sus versos. Leyendo los apuntes biográficos de esta joven, se reconoce en ella un tipo de angelicales prendas, una de esas mujeres todo corazón y ternura, que no saben mentir y que en las llamas del único y grande amor, desaparecen como la mirra sobre encendidos carbones, no dejando otra huella que su perfume. Recuerda luego una estrofa muy popular en el siglo pasado en que la Guerrero se declara con impetuosa extrañeza a su sexo:

A ti, joven de negra cabellera...

Morir de amor es más común de lo que se cree. Dolores Guerrero, herida en el alma, rindió su cuerpo a la tumba como las heroínas de tanta historia romántica, llamando con dulce voz al ingrato motivo de sus tormentos. Se despidió de México para volver a su dulce Durango, y se despidió de la vida con un nocturno que luego va a encontrar un eco en el famosísimo de Manuel Acuña.

¿Cómo murió Dolores Guerrero? ¿Se suicidó como el bardo de Coahuila? Es cosa que no dicen las escasas noticias que se tienen de ella, las cuales se reducen a informarnos que nació en 1833 y que murió en la fecha que Amézcaga señala.

El nocturno aludido, en que se reflejan voces extrañas –la de José María de Heredia, por ejemplo– es un típico poema romántico, pero del romanticismo recatado, sin espectáculo. Escrito en el mismo metro que el “Nocturno a Rosario” de Acuña; de tema similar, acredita la sospecha de que el gran poeta suicida lo tuviera presente, o actuara como una reminiscencia, cuando escribió el suyo. La alusión a la niñez fugaz, a la ausencia del hogar humilde y dulce y a las lágrimas que originó; la nostalgia a los cándidos amores de la primera edad, al Durango lejano y a la esperanza de un retorno; el desamparo y el páramo que producen en el alma la muerte de todas las ilusiones; todo ello, que también están en el “Nocturno a Rosario” autoriza a proponer la doliente página de Dolores Guerrero, como una temprana influencia del cantor de Rosario.

La estancia final, que no resistimos a transcribir, parece no dejar lugar a dudas:

*Mas, ¡ay!, ¿por qué llorosa
dejo, y con pena mísera,
la ciudad que burlara
mi pobre corazón?
¿Por qué?... calle mi labio,
“su nombre” le quemara...
¡Adiós, suelo del alma,
ingrato suelo, adiós!*

16 de noviembre de 1958

Celia Calderón, pintora

Despacito, pero no por eso sin tropiezos, se fue haciendo pintora Celia Calderón. Ahora que ya lo es excelente, se pueden ver como naturales aquellas caídas, aquellos balbuceos. Porque ya se sabe que sólo hablamos porque nos enseñan a hablar y que en nuestras primeras voces está el eco de palabras ajenas, la entonación de nuestros prójimos. Antes de mantenernos en pie, que es nuestra característica esencial, sufrimos caídas. ¿Qué de extraño, entonces, que en las primeras obras de Celia Calderón se advierta la huella de sus maestros? Pero, además, ¿puede un artista joven sustraerse al influjo de una generación tan abundante y rica como la de los pintores de los últimos años? Parece que no. Y ya es una forma de grandeza lograr en un ambiente como el nuestro, voz propia, o siquiera atreverse a hablar.

Cuando otros, solicitados por el éxito inmediato, por malhadado prurito de confundir el éxito con la fama y con la gloria, se dejan arrastrar por los halagos o se arredran por el menosprecio, Celia Calderón resistió firme, segura de que persistir y trabajar son los dos únicos caminos que conducen a la gloria. Cada una de sus obras, y cultiva todas las formas de la plástica, denuncia, si bien se las mira, renunciamiento, la huella del dolor que ha de producir borrar la enseñanza de ese padre que siempre se tiene, en el arte como en la vida. Cuando empezamos a conocer sus obras, hará cerca de tres lustros, podíamos señalar a simple vista, y aun apartar, frases, metáforas, sílabas y palabras que había tomado prestadas de otros artistas. Pero a medida que pasaban los años y los cuadros y los grabados y las acuarelas y los dibujos se acumulaban, la voz de Celia Calderón iba adquiriendo contorno, iba depurándose hasta quedar como ahora individual en el gran coro de pintores mexicanos.

Con motivo de un viaje a la China Popular, Celia ha realizado una serie de óleos, grabados y dibujos que ahora se decide a exponer en el Salón de la Plástica Mexicana del Instituto Nacional de Bellas Artes. Apurado trance, porque el encuentro con una tierra vieja, lejana, misteriosa y ahora abierta a fantásticas posibilidades, no podía dejar de trastornarla. Al contacto con los pintores chinos, la señorita Calderón intentó nuevas técnicas. Valientemente, arrostrando el disgusto de los críticos ha realizado este conjunto de obras dentro de procedimientos que a ratos se antojan liquidados. Un realismo pasado de moda, anacrónico, dirán los que saben mucho. A lo que se puede responder que aun ahí cabe el genio pictórico, el trazo delicado y minucioso, la reproduc-

ción de una realidad que alguna modificación ha de padecer al pasar por un espíritu tan fino, tan delicado como el de Celia Calderón.

Y ahora el espectador y el crítico profesional tienen la palabra.

23 de noviembre de 1958

Recordando a Ermilo Abreu Gómez

¿Andan las cosas en el aire? ¿Hay una manera misteriosa de comunicación? Todo puede ser. Lo cierto es que frecuentemente coincidimos en pensar lo mismo, en recuerdos idénticos, en iguales ocurrencias. Por ejemplo, esta mañana recordé, digo desperté, pensando en Ermilo Abreu Gómez, ausente en Washington desde hace dos lustros, por lo menos. ¿Por qué si no he vuelto a sus libros desde hace mucho, si nadie lo ha mencionado en mi presencia, si no tenemos correspondencia? En eso reside justamente lo extraño de lo que voy a contar.

Yo acostumbro detenerme todos los días en “Sanborn’s”, así sea sólo por unos cuantos minutos. En eso quizá no haga otra cosa que continuar una vieja práctica de los escritores mexicanos, siéndolo yo de un modo tan modesto. Allí se detenía en su tiempo Manuel Gutiérrez Nájera, por unos cuantos minutos para saludar a sus amigos, para promover quizá una conversación que luego le diera tema para cumplir con aquella misión de jornalero que se impuso, entendiendo la palabra jornal en su doble acepción de periodismo, de sueldo y de salario. El lugar se llamaba entonces *Jockey Club* y era el meridiano intelectual de la ciudad, el centro de su geografía literaria y sentimental. Allí Pedro Santacilia –el “Santa” de la mitología juarista– derramaba los dones de su ingenio y de su erudición mientras le contradecía Telésforo García. Allí se sentó alguna vez a poner en peligro las ideas que se había formado de México durante su breve estancia, el argentino Vicente G. Quesada, autor de *Mi misión diplomática en México*, en la que aparece una temprana exaltación de Gutiérrez Nájera, cabalmente. Y, en fin, allí en nuestro tiempo han pasado algunas horas ilustres literatas que visitan nuestra tierra. ¿No fue en ese sitio nuestro contertulio, el gran poeta español, Jorge Guillén? ¿No se detuvo un rato en “Sanborn’s” David H. Lawrence?

Bueno, pues por eso no hay escritor de hoy, por muy hombre aparte que se sienta, que alguna vez no haya descendido a ocupar una de sus mesas y

conversar un rato con sus compañeros. De esa manera esta mañana me asomé a “Sanborn’s”. En una mesa, a pesar de que ya era un poco tarde, estaban la maestra María del Carmen Millán, que ahora acaba de publicar la *Obras Completas* de Ángel de Campo, en la “Colección de Escritores Mexicanos”; el novelista Luis Spota y el periodista Aquiles Fuentes. Y, ¿qué es lo primero que me dice María del Carmen? Lo primero que me cuenta es que Ermilo Abreu Gómez se encuentra un poco delicado de salud, en un santuario de Washington, algo quejoso del olvido en que solemos tener hasta a los amigos más queridos, hasta a los escritores de más valía. Aquel criminal olvido de los muertos que decía José Martí, se ha convertido en un criminal olvido de los vivos. Y ese olvido, en el que yo también participo, me dolió como un reproche. Y me propuse escribir esta *Alacena* para recordar al gran escritor, al ágil, iridiscente expositor, al mínimo y apacible Ermilo Abreu Gómez, desterrado voluntario, que a veces es la más forzosa y dolorida forma de destierro, de México. De un solo golpe recordé sus mejores libros, sus desvelos por ordenar algunos aspectos de la erudición mexicana, su denodado empeño porque los escritores mexicanos sean de aquí, “que hagan tierra”, como quien dice. Un escritor para quien la pluma no ha sido anzuelo, sino escudo contra asechanzas. Uno que ha cortado las rosas mejor acabadas del jardín de las letras mexicanas, sin herirse las manos, y como quien no quiere la cosa: sin aspavientos, sin gestos ni espectáculos. ¿Cuándo, México, vas a recoger en tu regazo la frente dolorida de tus hijos que todo lo dan por desentrañar tu imagen más recóndita y verdadera? ¿Cuándo les darás aquí mismo el maíz, y el trigo para su pan, sin olvidar para después el bronce y el mármol para su estatua?

30 de noviembre de 1958

Carrillo Gil, peregrino artista

Es Alvar Carrillo Gil un hombre singular, y un peregrino artista. Visto así, por fuera, en nada denuncia sus dones, de veras raros, ciertamente peregrinos, en el sentido de cosa que supera lo regular. Viviendo yo tantos años en México no lo conocí, sino hasta hace poco. Y puedo decir que el encuentro con Alvar Carrillo es un hecho de los que más cuentan en mi precario haber intelectual y sentimental. A ustedes les habrá ocurrido alguna vez lo que a mí: encontrar-

se con una persona que promueva la idea de que siempre fue amigo y estar en un lugar donde uno cree haber estado otras veces. Así aquel encuentro de hace apenas tres años con Carrillo Gil.

Como los buenos vinos, Alvar no siempre gusta desde el primer momento. Un poco áspero y otro poco seco, se diría que quiere echar adelante, antes que nada, lo que tiene como escudo contra las aberraciones humanas. Pero eso es la mera cáscara, que por dentro es hombre lleno de generosidad y de ternura. Me pregunto, a veces, si esa coraza no la usa para ocultar el impulso natural de entregarse. A veces, hasta creo que es lo que le queda de indio, no por serlo de sangre, aunque sí por emoción. Porque, díganme, ¿el maya se entrega de una sola vez a los extraños?

Hombre rico, riquísimo, su monedero se abre constantemente para servir a los amigos de México que son, claro está, sus amigos propios; pues no hay que olvidar que nada que pueda servir a la causa de nuestra cultura, deja de interesarle. Durante un viaje a Yucatán en que nos acompañaba el sabio Paul Westheim lo vi transfigurarse al solo contacto de las tierras del sureste. Pasamos unas horas en Palenque, visitando las ruinas magníficas, vivas para siempre. Se diría que las manos del hombre y del artista que de un modo tan armonioso se reúnen en Alvar Carrillo Gil se iluminaban y se poblaban de temblor al tocar las piedras veneradas. Si entonces ya pintaba yo no lo sabía, pero ahora que lo recuerdo me viene la idea que recorrer con los dedos las líneas de los bajorrelieves era un emocionado homenaje a los artistas indios que operaron aquel milagro. Se diría que buscaba resucitar con aquella operación el ánimo que iluminó a los artistas mayas, sus reales antecesores.

Alvar Carrillo Gil posee la colección más rica de pintura mexicana contemporánea: Orozco, Siqueiros, Rivera, Atl, José Luis Cuevas. Pero si no fuera eso suficiente, también ha logrado reunir mucho de la pintura mundial: su colección de estampas japonesas, por ejemplo, es de las más amplias que puede reunir un particular. Justamente el trato con pintores y pintura, convirtieron a Alvar Carrillo en pintor. Un pintor como no hay otro en México, de estilo y de inspiración personalísima. Un pintor que quizá no guste a los grandes artistas mexicanos y a sus epígonos. Ha logrado Alvar Carrillo devolverle a la escoria su perdida belleza; a la rosa marchita su sentido de eternidad; al polvo, el esplendor que alguna vez lució. Como al sabio francés, para Alvar Carrillo Gil nada se pierde y puede volver a ser. De esa manera con las cosas muertas, podridas, inútiles construye mínimos mundos de esplendente belleza.

Una miniatura de Carrillo Gil suscita en el espectador la certeza de que si alguna semejanza hay entre el hombre y su creador es ésta de devolver la vida a las cosas. Mínimos cuadros, pero no tanto como para que en ellos no quede Dios y el hombre. Los cuadros de Alvar Carrillo son como las rimas de la pintura. Encontrar en las cosas feas y sucias motivos de belleza y de creación artística, sólo se ha dado entre nosotros en otro soberano creador: en Salvador Díaz Mirón, que en el fango encontraba perlas.

¿Quién así trabaja no es, lector, el hombre singular y el peregrino artista que dijimos al principio de esta *Alacena*?

7 de diciembre de 1958

La peladez, género mexicano

Aunque se han hecho estudios parciales sobre los escritores mexicanos a quienes la crítica purista y conservadora tacha —y a veces con harta razón— de desaliñados, ignorantes, pedestres, falta una monografía del género en su conjunto; género, que muy bien podría llamarse de la peladez.

Los escritores pelados no se expresan necesariamente en lenguaje de esos que hacen salir los colores a la gente pudibunda; pero tienen un sello inconfundible, un ámbito y una influencia seria tanto como en nuestra literatura como en la vida mexicana. Nunca escriben para el cenáculo o la academia, ni se ocupan del aspecto refinado y minoritario de la vida. No son el hilo de agua pura sino el torrente, y como tal se desparraman y arrasan, dejando quizá mucha basura, pero también una saludable remoción de fatuos, de falsedades y de cosas nocivas al común de la gente. Estamos por preguntar si los escritores pelados han contribuido menos que los otros a la formación de la conciencia nacional.

Arquetipo del género, y su más representativo hombre en los principios de la literatura mexicana, es José Joaquín Fernández de Lizardi. Agustín Yáñez, uno de sus mejores prologuistas, ya lo señaló en sus brozas y en su plata de ley; y ningún crítico serio ha intentado negarle su valor de precursor de la novela realista y de la prosa de contenido social y humano con raíces en México.

Pero también es raro el que no adjunte automáticamente a su nombre una proporción de calificativos que, aunque soslayan el sentido que tiene nuestro vernáculo término pelado, significan juntos la misma cosa. No mucho de estos

severos jueces conocen la causa; por el contrario, fallan de oídas, aplicando a Fernández de Lizardi los desdeñosos adjetivos de inculto, incorrecto, desaliñado, rastrero, aunque a ratos, sublime y genial, que José Zorrilla en *México y los mexicanos*, endilga a Guillermo Prieto.

Casi todo el academismo mexicano del siglo XIX era conservador; vale decir, antiliberal, antiprogresista, anti-independentista, anti-todo lo que representaba, con tanta oportunidad como gallardía “El Pensador Mexicano”. Se explica por el trato despectivo que han otorgado a sus aspectos positivos y la carga de los epítetos sobre sus aspectos negativos. También para interpretar la posición de Zorrilla hay una clave: el poeta era español y mal podía analizar hace un siglo, sin rencor, a los que habían nacido colonos y habían encontrado no sólo un lenguaje articulado y poderoso que procedía del pueblo, sino una ideología propia. Romper con los “cánones” en aquellos tiempos era caer en la *vendetta* de la neoinquisición encarnada por la Real Academia de la Lengua y por los personajes de airadas y remotas minorías cultas.

Después fueron más los delincuentes que los tribunales. Fray Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora, Guillermo Prieto, Juan Bautista Morales –*El Gallo Pitagórico*– escribieron muchas veces de espaldas a la gramática, pero cantando verdades de a puño y haciendo el bien a sus semejantes.

El valor de Fernández de Lizardi para la historia de la libertad en México estriba en que trasladó a este medio la esencia de las ideas liberales, no sólo para beneficio de los individuos sino de la independencia del país. Uno de los textos más curiosos es la *Constitución política de una república imaginaria*, donde a la manera de Platón, de Fenelón, y de Tomás Moro, este pelado de la literatura pretende institucionalizar una república ideal y anticipa muchas nociones justas que sólo se hicieron realidad en las Cartas Magnas andando los años. Burla burlando, propone la destrucción de los privilegios, el voto de las mujeres, la defensa de los pobres, la proscripción de la venalidad administrativa y de la tiranía, y de la acción efectiva del gobierno para promover la riqueza, defender el patrimonio nacional y establecer la justicia social, a base de la destrucción del latifundio y de la igualdad en todos los órdenes del Derecho.

“El Pensador Mexicano” se sabía muy bien su lección de los enciclopedistas y de los ideólogos de las revoluciones francesa e inglesa. “Es muy grande suerte el poder servir uno a su patria con sus talentos”, escribió en esa fabulosa *Constitución*. E individualmente, él la sirvió y le sirvió como el mejor. La sigue sirvien-

do como el patriarca del habla de su pueblo y como el tratadista de una temática nuestra, aunque pertenezca al género de los pelados de la literatura mexicana.

14 de diciembre de 1958

Las dichas antologías

Ya sabemos que dos son principalmente los criterios que presiden la formación de una antología: el gusto del tiempo y el personal del antólogo. Aunque bien vistos los dos se reducen a uno solo: el del antólogo que no puede ser del todo distinto al de su tiempo. Otra cosa ocurre cuando el que prepara una antología procede con criterio político, o de grupo, o dominado por sus personales simpatías y diferencias, extremo éste por desgracia muy frecuente. ¿Quién no recuerda cómo se preparó la antología que firmó Jorge Cuesta? ¿Quién no tiene presente las disputas que originó la de Antonio Castro Leal? ¿Quién ha olvidado la que planeó José Bergamín con la ayuda de dos poetas mexicanos: Xavier Villaurrutia y Octavio Paz? En ellas las ausencias y las presencias tenían una explicación extraliteraria, extralírica: eran el resultado de filias y fobias propias de los antologistas.

Pero dejemos todo esto que ya está juzgado por propios y extraños, por amigos y adversarios. Yo quiero tratar ahora una posibilidad distinta para la preparación de una nueva posible antología mexicana. La creo novedosa, original y sin duda útil para una valoración definitiva de la lírica mexicana en los últimos cien años. Con ella se conseguiría llamar la atención sobre poetas y poemas que por no haber sido transcritos en su integridad, o por haber sido solamente aludidos, no han llegado a ocupar un sitio en los cien florilegios, ramilletes, álbumes y antologías publicadas desde aquel lapso. Porque han de saber los lectores, o recordarlo si ya lo saben, que cuando un poema llega a formar parte de una colección ya no dejará de aparecer en las que siguen. Se diría que los encargados de prepararlas se conforman con repetir nombres de poetas y de poesías. Hay, claro está, excepciones: una, los *Poetas modernos de México* por Genaro Estrada. Otra, la que publicaron hace cuatro décadas Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado.

Volvamos a la antología anunciada la cual se integraría con las flores que los distintos autores de panoramas de nuestra literatura mencionaron sin transcribir,

como queda dicho. En José Zorrilla, en Enrique de Olavarría y Ferrari, en Montes Elices, en Carlos G. Amézaga, se dan como poemas representativos de muchos de nuestros poetas. En ocasiones, se reproducen algunos versos, muy pocas veces poemas enteros. Esas guías han servido alguna vez para que algunas piezas alcancen los honores de la antología. ¿Cuándo? Cuando el poema se reproduce completo. En caso contrario, el antólogo levantó los hombros y siguió de frente.

Pongamos un ejemplo, uno solo. La reivindicación de Vicente Riva Palacio como poeta se debe, según mis noticias, a Carlos G. Amézaga, quien habiendo hecho un viaje por las obras del General, encontró que al lado del novelista, del historiador, del cuentista y del periodista, estaba un altísimo poeta. Luis G. Urbina, que conocía el libro *Poetas mexicanos* del argentino, reprodujo de memoria en su *La vida literaria de México*, dos de los sonetos mencionados por el autor. A contar de entonces, ya no hay estudioso de nuestras letras que no los mencione, y a veces, enriqueciendo la nómina con otras piezas.

Por cuanto a la aserción de que un poema que una vez que llegó a un florilegio ya no se va nunca, recordaré uno solo: el soneto a una niña que llora por unas flores de Pantaleón Tovar, descubierto por Antonio Castro Leal, que luego ha sido reproducido en otras antologías y desde luego repetido, también de memoria, por Urbina. No quiere decir que esto que Urbina se conforme con repetir, sino que coincidía en conceder al soneto de Tovar su extraordinario valor en el estudio de los orígenes del Romanticismo en México. ¿Cuál es la moraleja que se obtiene de todo esto? Ésta, muy sencilla: que si los antólogos leyeran un poquito más, si se empeñaran en dar a sus obras el sentido y alcance que debieran tener, rescataríamos del olvido un rico acervo de poemas de valor indiscutible.

Mientras llega esa ocasión, yo me he conformado con localizar y transcribir los poemas mencionados por Zorrilla, Olavarría, Montes Elices, Amézaga, entre otros.

21 de diciembre de 1958

Mundo iberoamericano

Desde hace unos cinco años, se ha avivado indudablemente el interés de los lectores de Francia por los libros iberoamericanos. La ventas empiezan a me-

jorar y la crítica ha dejado de centrar su justipreciación en lo exótico y se ocupa ya de las calidades propias de las obras.

Nos son muchos los escritores iberoamericanos traducidos al francés en los últimos tiempos. En ensayo, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Alfonso Reyes; en novela, Miguel Ángel Asturias, Mario Monteforte Toledo, Rómulo Gallegos, Jorge Amado; en poesía, se publica esporádicamente el trabajo de los nuestros en revistas especializadas. Citamos las últimas traducciones, no todas, sólo para ejemplificar con autores que vienen escribiendo desde hace por lo menos dos décadas.

En contraposición, buena parte de las mejores novelas estadounidenses publicadas en inglés hace dos y hasta un año, figuran en las listas de Plon, Gallimard, Hachette y las más prestigiadas editoriales parisienses. Lo mismo ocurre con la literatura de los demás países europeos. El Viejo Mundo es, pese a las ancestrales pugnas de todo género, una unidad; los europeos se sienten tales, copartícipes de una cultura, socios de responsabilidades y de resoluciones, colaboradores de su defensa y de su futuro. El resto del mundo sigue un tanto remoto, meteco o antípoda.

El hecho es, si se quiere, natural, pero hace pensar de todos modos. Cuando la literatura iberoamericana era provincial, realizada en una lengua casi secreta, dedicada a hablar de lo inmediatamente nuestro, se explicaba que la crítica europea la tomase como un elaborado folklore, a la par de las danzas de los dahomeyanos, del gamelang indonesio y del género de geishas japonesas. Pero desde hace ya casi dos décadas, los escritores de ficción en la América Hispana se preocupan muy seriamente de hablar del hombre, en una clara lengua universalizada; han comprendido que la nacionalidad, la intimidad, lo intransferible de un pueblo no está en lo pintoresco, en lo raro y lo que se expresa en la jerga de campanario, sino en la porción de universalidad que lleva dentro y se manifiesta en temas y problemas que valen por sí mismos como material literario. Se ha roto, pues, esta frontera.

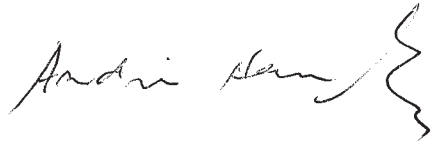
Mas queda el lastre, la herencia, y todas las herencias pesan. Pasará todavía mucho tiempo antes de que el vivo interés que despierta el mundo iberoamericano entre los europeos se transforme en tratamiento igualitario para nuestras manifestaciones de arte. Cuando la crítica francesa, por ejemplo, se ocupe con naturalidad de nuestra mejor producción, sin señalarla como “vigorosa manifestación de esos pueblos exóticos”, nuestra poesía, nuestros cuentos, nuestras novelas, habrán cobrado la plena calidad de literatura para lectores franceses.

Señalábamos al principio de esta *Alacena* que las cosas empiezan a cambiar, y lo recalcamos con alegría. Ello se debe no sólo a la categoría de la nueva producción literaria de este lado del mundo, sino a cambios muy significativos de los propios europeos. Cambios hacia la universalidad, hacia el reconocimiento de que ya el mundo no se divide en griegos y bárbaros. Acaso porque en estos tiempos, todos somos a la vez un poco griegos y otro poco bárbaros.

Será muy interesante leer dentro de pocas semanas, el resultado de la venta de las obras de iberoamericanos en Francia durante el año de 1958. Sin duda nos dará nuevas razones de optimismo.

28 de diciembre de 1958

1959

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', with a stylized flourish at the end.

Isidro Fabela

Tenía veinticuatro años cuando publicó su primer libro *La tristeza del amo*; cuentos de la tierra mexicana, con una fuerte influencia de los regionalistas españoles y un cierto sabor arcaico, ése que se adquiere en los clásicos, pero también en las provincias, donde parecen sobrevivir formas puras del lenguaje, renuentes al cambio, como alejadas de la dinámica del mundo.

Viajes y lecturas le abrieron nuevos panoramas y con ellos, nuevos filones a su lenguaje personal. Una constante actividad de prensa le proporcionaba espacio y tiempo, desafío constante al decir, al expresar lo que veía, sentía y pensaba. Empezaron sus contactos con los escritores franceses, tan livianos, tan distintos de la enjundiosa mole de los maestros españoles, que con tanto amor había estudiado y tomado como modelos.

El escritor estaba en camino, montado en bestia de aguante, sensitivo y veedor, en mejor posición que muchos para empezar una carrera profesional, pues no lo cercaba la angustia del pan diario y además, se hallaba ya en Europa. Esto era mucho allá por los años de la Primera Guerra Mundial. París se mantenía como afluencia de caminos, como criba de imaginadores que trataban de salvar en las artes y las letras lo que en los campos destruían los cañones.

Sin embargo, después de unos ágiles y humanos cuentos escritos precisamente con temas de la vida parisiense de aquellos años, Isidro Fabela abandona las letras de creación y aunque nunca se ha alejado de la prensa como medio de decir lo mucho que piensa de lo mucho que le rodea, entra de lleno a nuevos menesteres que absorben lo mejor de sus cualidades de escritor. Su disciplina nuclear fue el derecho internacional y muy particularmente las

relaciones internacionales de México. Para defender a su patria se dio a estudiar minuciosamente su historia, los trágicos peligros por los que había pasado frente a invasores y avorazados buscadores de su patrimonio. Nadie como él ha llegado a conocer los derechos de México en el plano internacional, ni a expresar la causa del país con lenguaje más preciso y más digno.

¿Fue grande la pérdida con este abandono de un oficio tan bien empezado y con tantos atributos? Sí, pero fue más alta la lección y más útil el resultado para los intereses de nuestro pueblo.

La lección de Fabela es la del sacrificio amado, la de la obediencia a la responsabilidad, la del ejercicio del ciudadano que se antepone a todas las inclinaciones personales y a los halagos de un ocio fecundo e incubador de belleza.

No son pocos los que colocados en la misma encrucijada, han cumplido su deber para con su patria. En todos nuestros países se registran libros, poemas, como perdidos en una juventud que no continuó por su senda inminente. Isidro Fabela es un arquetipo de esos casos, lamentados por los cenáculos y bendecidos por los pueblos.

Pero aquel amor primero, puesto en lo bello, sufrió en él una transformación, una superación por decirlo así. Ni se extinguió ni se convirtió en amargura; todo lo contrario: el sentido de la medida, la profundidad en la relación con los hombres, la devoción por la armonía, que son cualidades del arte y de las letras, se trasladaron en este varón ejemplar al terreno de la amistad, del trato con las juventudes, del señorío para proceder en la vida privada y pública. Sólo un hombre con una formación ecuménica, con una mente universitaria y con la idea cabal de las grandezas y de las miserias de sus semejantes, puede expresarse en todos los terrenos, aun en el de la justicia y el de la polémica con tan elegante ecuanimidad. Este don se lo debe Isidro Fabela a su vocación de hombre de letras, cuyo temperamento artístico se advierte en todo lo que lo rodea: su casa, sus flores, sus amigos; hasta la gente de su sangre, con quien ha mantenido un ligamen de ternura, pero también un pretexto literario.

Buen ejemplo éste del gran mexicano que, ya cerca de las ocho décadas de existencia, sigue profesando y diciendo verdades con la misma fe, en la misma forma bella y con el mismo espíritu de entrega que cuando apenas salía de la adolescencia.

Una vida tan completa es, sin duda, valioso estímulo y honra para cualquier país.

Las letras y los tiempos

Hace cien años, México se desgarraba en una guerra civil y estaba al borde de una imagen de una invasión extranjera. Estos hechos tuvieron profundas repercusiones en la vida nacional, como no podía ser menos; pero sobre todo en la literatura. Poetas, novelistas, ensayistas, hasta científicos, que escribían libros entraron de lleno a la pelea y se entregaron a la tarea rápida, eficaz y combativa de los periódicos.

Al lado de estos luchadores apasionados y útiles, quedaron otros, los que siguieron cultivando las “bellas letras” como si estuviésemos viviendo en el mejor de los mundos. Éstos se declararon fuera de combate, o con su actitud evidenciaron que la tragedia nacional no les llegaba demasiado hondo como para torcer sus hermosas vocaciones. Ochenta años después iba a interpretarlos bien Bernard Shaw cuando dijo: “Apenas llegue la guerra, reclamaré mis derechos intelectuales para quedarme en casa.” Dos hombres encarnaron a cabalidad aquellas posiciones encontradas: Ignacio Ramírez, del lado de la lucha nacional, y José María Roa Bárcena, del lado del escapismo literario.

Es curioso ver la bibliografía de hace un siglo. Todos o casi todos los grandes periódicos y revistas literarios que se publicaban desde 1844 languidecieron apenas surgió la contienda y desaparecieron hacia 1856. En cambio abunda, de una manera pujante y articulada, la literatura política: el panfleto, la sátira, el reportaje, el artículo volandero que refleja nerviosamente un instante, un aspecto aunque sea, de aquellos días trágicos. Apenas la reacción es aplastada y se fusila a Maximiliano en 1867, vuelve a tomar aliento, calidad y difusión la actividad puramente literaria; reaparecen las viejas y prestigiadas revistas y surgen otras, enriquecidas por la palabra de los nuevos o de los maduros escritores que durante dos décadas habían sacrificado la belleza pura por la patria martirizada.

¿Por qué cobró semejante auge la literatura de información, de comentario, la literatura periodística? Porque como ya lo señaló Ignacio Manuel Altamirano, el pueblo mexicano quería conocer ávidamente los pormenores más salientes de la epopeya, el pensamiento de sus dirigentes, la motivación profunda de la guerra y de la pugna liberal por dar al país instituciones libres.

No siempre los hombres de letras escriben lo que al público le interesa. Quienes no comprenden esta secreta comunicación entre los creadores y los lectores, están condenados a mucha soledad, por otra parte hermosa.

Cierto es, también, que la literatura no puede prosperar en un ambiente de guerra y de preocupación del género que amenazaba a México hace un siglo. Pero no es menos cierto que el riesgo opuesto, el de la resequeidad y la deshumanización, sobreviene durante las épocas prolongadas de paz y de abundancia.

Contrasta con el panorama literario de hace cien años, éste que contemplamos en 1959. Cuatro o cinco suplementos literarios de los grandes periódicos evidencian que no sólo hay quien escriba sino quien lea. Multitud de revistas en la capital y en provincias difunden ideas, creaciones y noticias culturales. Que sea para bien. Nadie espera panfletos a esta hora; sólo el corazón puesto en el derecho y el deber fundamentales de un escritor.

8 de febrero de 1959

Jorge Fernando Iturribarria

Esto suele ocurrir: que un hombre sienta en determinado momento que es su destino responder por toda una generación. Cuando un pueblo entero parece haber perdido el orgullo de serlo, cuando todos parecen que han abandonado la decisión de mantener vivas las tradiciones todas de una nacionalidad, ese mismo, esa misma nacionalidad, se esfuerza por producir a un hombre que se eche a sus espaldas el peso entero de todo el acervo que define una fisonomía colectiva. Eso, y no la falta de ponderación, y no el desorbitado aprecio de sí mismo, hace que algunos hombres, se crean destinados a hacerlo todo en un momento dado de la historia de su pueblo. Domingo F. Sarmiento lo fue todo sólo por ese afán de no dejar nada pendiente, si podía concurrir a dar fisonomía a la patria Argentina; José Vasconcelos, en su tiempo, discutió acerca de todas las disciplinas, sólo porque creía encarnar la responsabilidad de dar a México una nueva fisonomía. ¿No discutió Sor Juana con todos los doctores, sólo para probar que las mujeres estaban, al igual que los hombres, dotados de todas las facultades para el conocimiento humano? ¿No quiso en su tiempo dar una lección sobre la identidad del alma humana, como criatura de un solo Ser Supremo?

Lo pienso cuando encuentro en cada una de nuestras provincias a un hombre de letras que se considera el llamado para hacer cuanto otros no hicie-

ron, a favor de la cultura de sus patrias chicas, entrañables. Es el hombre de letras que lo mismo escribe novelas y cuentos, relatos y leyendas, ensayos y biografías, que a la vez traza ensayos y compone historias, postula y discute en corrillos; sirve en una modesta oficina de gobierno y participa en los actos todos de la vida cívica. Ése, independientemente de las excelencias de sus obras literarias, es una entidad ética cuyo ejemplo no puede pasar inadvertido, no puede sino dejar huellas que tardan en enfriarse. Otros buscan en sus creaciones el lunar, la falta, la frustración; yo sólo quiero resaltar lo que tiene de acierto y de ejemplo. Otros buscan el lunar en la estadía que decía José Martí, y lo denuncian, pero es mejor destacar el ánimo que hizo posible en aceptar como destino, en medio de mil adversidades, la tarea de mostrar las intimidades de un pueblo.

Los ejemplos abundan: en cada una de nuestras provincias, en todos los tiempos, se han dado este tipo de varones. El lector atento, ahora mismo, tiene en los labios sus nombres. Pero yo quiero hablar ahora de quien para mí concreta mejor este tipo de personajes en Oaxaca. No digo que es el único, pero es sin duda el más acabado espécimen. Quienes conozcan la historia oaxaqueña local, ya saben que estoy hablando de Jorge Fernando Iturribarria. A los cincuenta y tantos años de edad ha entregado a su provincia nativa toda la cosecha de trabajos en los diversos campos de la cultura: la historia y el ensayo, la biografía y el estudio sociológico, la novela, en fin. En el último cuarto de siglo no ha dado reposo a la pluma, siempre encinta de nuevas criaturas. Con la humildad que es inseparable a este tipo de grandezas, para Iturribarria no existen los temas, que todos son válidos si se tratan con un afán de servicio social, con una decisión de acierto y se conducen a la mejor definición del pueblo oaxaqueño. Sin abandonar las obligaciones que la vida va señalándoles, lo hemos visto en los últimos años desempeñar empleos grandes y chicos y medianos; en fin, nada lo ha alejado de aquello que ha tomado como la tarea de su vida: el ejercicio de las letras con una entrega que anula todas las adversidades.

¿Hay algún extremo, lector, en presentar a Jorge Fernando Iturribarria, por la belleza de sus obras y por las excelencias morales que las hacen posibles como el escritor oaxaqueño de nuestros días?

15 de febrero de 1959

Adiós letras, adiós leyendas

Era un indio por el rumbo de Etlá, que etimológicamente significa, así en zapoteco como en mexicano, tierra del sustento, del pan, del maíz, del frijol. Tenía el remendado calzón enrollado hasta media pierna: por una vieja manifestación de cortesía, se había quitado los huaraches al penetrar a la sala y los llevaba en la mano derecha, junto con el sombrero; se apartó ligeramente de su asiento quedando de pie entre la doble fila de las sillas. El lector sabe que entre los indios oaxaqueños suelen darse grandes oradores, pugnaces tinterillos que desde que hubo justicia extraña vienen litigando en todos los juzgados de Oaxaca siempre en defensa de causas justas y jamás en solicitud de nada que no sea de ley. La verdad de las causas que defienden, la justicia les asiste, les da una elocuencia primordial, ésa que es inseparable de la verdad y que es hija de una necesidad profunda y también inaplazable de expresión. Desde la primera palabra la concurrencia pudo darse cuenta que estaba en presencia de un orador neto, nato. Como todos los que tienen algo que decir, se fue derecho al grano. Sus palabras no son para repetir las, ni mucho menos para describir su ademán, su gesto, el temple y la entonación de su discurso. Había oído todo lo que los oradores habían dicho en la asamblea y no era su ánimo contradecirlos ni insistir en sus temas; y que todo iba a reducirse a unas cuantas preguntas, a una breve opinión sobre la vida, que en los pobres es más la muerte, de sus paisanos los indios. Nos han dado –dijo más o menos– el alfabeto, pero no nos han dado el pan suficiente para nuestras necesidades. ¿Cumple cabalmente el alfabeto su misión si junto con la letra no se encuentra el maíz para nuestro alimento? Las tierras cada día son más pobres, más erosionadas, más cansadas; con decirles que la tierra ya sólo sirve para sepulcro, estaría dicho de qué tamaño son nuestras miserias y pobreza. A veces –continuó– yo saco a la puerta de mi jacal mi libro y mi cuaderno, y me pongo a leer y a escribir. Pero entonces me viene a la cabeza que a la milpa le falta agua, que el niño no tiene camisa, que la mujer no tiene maíz, que yo ando desnudo. Y entonces adiós letras y adiós “leyenda”. No dijo más...

Y yo quise al recordar esta historia que la adquisición de un libro de texto, por su carestía, tiene las proporciones de un problema nacional.

22 de febrero de 1959

La Cleopatra o Isis zapoteca

No es el abate Esteban Brasseur de Bourbourg, el primer viajero que haya visto con ojos asombrados el paisaje humano del Istmo de Tehuantepec; pero es él sin duda quien fijó toda una manera, verídica a ratos, mentirosa en ocasiones, de juzgar a sus habitantes, principalmente a las mujeres, ante cuya belleza y desenvoltura quedaba pasmado el buen abate. Lo que después han venido a decir de juchitecas y tehuanas, no ha sido otra cosa que repetición y comento de cuanto el agudo viajero escribió, ahora un siglo. Esa manera de juzgar a los istmeños, a los hombres, quiero decir, en su libro aparece por primera vez: juchitecos y tehuanos encuentran en su lápiz un buen retratista, pese a que frecuentemente recargue de colores el cuadro. Luces y sombras alternan allí, pero dejan en el ánimo del lector, o por mejor decir, del espectador, una viva sensación de cosa real y verdadera, por la pura eficacia de su pluma y de su estilo incisivo y brillante. El de Tehuantepec era un hombre laborioso, pacífico, un poco a la sombra de la mujer, hermosa y bravía. El juchiteco, revoltoso, pronto a tomar las armas, lanzarse al campo enemigo y sembrar el terror en las comarcas. Pero todos dados a fiestas y divertimentos; todos valientes, industriosos a su hora, fanfarrones. Cuando José Vasconcelos dijo que el juchiteco permanece dormido en una hamaca, en espera de la revuelta que lo haga general, recordó, sin quererlo, a Brasseur de Bourbourg. Cuando Daniel Cosío Villegas apunta que lo fandanguero –sandunguero, diría yo– no le quita lo industrioso, no hace más que reducir a una frase una opinión del abate.

No parece apreciar a los hombres, a quienes encuentra un poco opacados por las mujeres, ante las que siente una especie de encantamiento. De una de ellas traza una imagen vívida, que a continuación tradujimos a grandes rasgos, para deleite de los lectores. En esta breve semblanza se resumen sus opiniones sobre aquella región, que luego otros han repetido. Aunque las mujeres de Tehuantepec –dice– con excepción de algunas criollas, sean las menos reservadas que he visto en América, tienen, sin embargo, la suficiente modestia para no presentarse en lugares públicos como éste (Brasseur de Bourbourg se refiere a los billares de Juan Avendaño, tal vez su hospedero). Yo no he visto más que a una mezclarse con los hombres, sin el menor embarazo, desafiándolos audazmente al billar que jugaba con una destreza y un tacto incomparables. Era una india zapoteca, de bronceada piel, joven, esbelta, elegante y tan bella, que trastornaba, como antiguamente la amiga de Hernán Cortés, los corazones

de los blancos. No he encontrado su nombre en mis notas, sea que lo haya olvidado, sea que no lo haya escuchado jamás. Pero recuerdo que algunos le daban, riendo, ante mí, el nombre de *Didzaza*, es decir, la Zapoteca, en esta lengua. Recuerdo también que cuando la advertí por primera vez, quedé tan impresionado de su aire soberbio y fiero, de su rico vestido indígena, tan análogo a aquel bajo el que los pintores representaban a Isis, que creí ver a esta diosa egipcia o a Cleopatra en persona. Esa tarde llevaba una enagua de tela rayada color verde-agua, simplemente enrollada en torno a su cuerpo, ceñida en sus pliegues, estrechándole la cadera hasta algunos dedos debajo de los senos; un huipil de gasa de seda encarnada, bordada de oro, especie de camisola de mangas cortas le cubría la espalda y el erguido busto, adornado con un gran collar de monedas de oro unidas por los bordes y encadenadas unas con otras. Sus cabellos separados sobre la frente, que entretejidos con largos listones azules, formaban dos espléndidas trenzas, le caían sobre el cuello; otro huipil, de muselina blanca de brocado, enmarcaba su rostro, con los mismos pliegues y de la misma manera que la calántica egipcia. “Lo repito, no vi jamás una imagen más deslumbrante de Isis o de Cleopatra”, dice el malicioso abate.

¿Quién era esa mujer que así provocó los entusiasmos del abate? Me aventuro a creer que fuera la famosísima Juana Catarina Romero, amiga de Porfirio Díaz.

1o. de marzo de 1959

La unidad nacional

Por oportunas, porque en un momento dado traducen con puntualidad un ansia o una necesidad colectivas, ciertas frases pasan a la historia sin empolvase nunca, acomodándose a los tiempos con el mismo destino que tuvieron al nacer. Cosa semejante ocurrió con la llamada que antes que nadie hizo don Benito Juárez a la unidad nacional. México estaba entonces en lucha contra las invasiones extranjeras, y la invocación del patricio tenía un profundo y angustioso sentido. Varias veces se ha escuchado después, a lo largo de un siglo, la misma llamada. Acaso la más significativa haya sido cuando entramos en guerra contra el nazifascismo y el general Manuel Ávila Camacho convocó a los mexicanos a la unidad nacional.

Pese a la vertiginosa industrialización del país, al fortalecimiento de la clase media y a la sensible elevación en el nivel de vida de la clase trabajadora, México trae aún a costas enormes problemas económico-sociales que no pueden resolver ni una sola administración ni uno o varios grupos, por bien intencionados y poderosos que sean.

Queda aún la miseria de los campos, la apatía de crédito, la falta de dirección técnica, el abaratamiento a lo largo de nuestro territorio. Ahora también –y oportunamente– se habla de unidad nacional para hacerle frente a estas taras.

El liberalismo tuvo en toda América un desarrollo rápido que caló hondo en los medios atrasados, llenos de mantenidos privilegios, que se observaban en el siglo XIX. Las influencias liberales procedían de los Estados Unidos y de Francia, y su acomodo, difusión y realización fueron obra de los más avanzados espíritus locales.

Casi todos estos sectores nuevos llegaron a posesionarse de los gobiernos y cumplieron reformas de gran trascendencia. Pero no puede negarse que la revolución liberal mexicana tuvo también un papel decisivo en los movimientos similares que se pusieron en marcha desde Guatemala y Cuba hasta la América del Sur.

Una de las más significativas herencias del movimiento liberal mexicano es el concepto de nacionalismo, entendido como esfuerzo múltiple, homogéneo y general de todos los sectores sociales para la defensa de la soberanía y la consecución de los fines de un Estado independiente.

Para todos los países iberoamericanos, la unidad nacional significa eso, posponer las diferencias de ideología, de intereses, de programas políticos, para salvar los grandes peligros que amenazan al país o para realizar las obras de mayor envergadura y beneficio colectivo. Significa, en una palabra, supeditar los intereses individuales, por muy legítimos que parezcan o lo sean en efecto, a los intereses de la patria, que son sagrados y permanentes.

Porque los hombres pasan y la patria se queda. Tal vez en eso pensaba Juárez cuando dijo que contra la patria nunca tendremos razón.

Aunque no fuera más que por esto, Juárez sigue actualizado como estadista de visión, capaz de pedir a los hombres la deposición de sus pequeñas diferencias para la obtención de los grandes propósitos.

Ernesto Albertos Tenorio

Un libro del escritor cubano Enrique Labrador Ruiz, *El pan de los muertos*, viene a remover nuestra vieja inclinación a rescatar del criminal olvido en que suelen caer los escritores humildes, los de obra escasa, los sin manos que pasaron por la vida sin hacer tierra, justamente por una dramática aspiración de cielo. Recuerdo, ése el único pan que aceptan cuando se han ido de una tierra en que carecieron de pan.

Recuerdo ahora a Ernesto Albertos Tenorio, poeta de Yucatán, desterrado de las antologías, proscritos de las historias de la literatura nacional, sonámbulo de la geografía citadina meridense, hombre desventurado y desventurado poeta que encontró en el abandono, medicina para su pobreza y para su tristeza.

Murió hará un mes, o dos, en fecha que sólo el calendario familiar recogió piadoso. Si alguna cosa apareció en la prensa local, no llegó a nuestro conocimiento. Parece imposible que el suceso haya pasado inadvertido. Clemente López Trujillo debe haber contado a los lectores de su periódico algo del doliente Albertos Tenorio. Sino que yo no lo vi, sino que nada tengo a mi alcance que me entere de los pormenores de su muerte, que no de su vida, que siempre sería escasa, aunque hubiera vivido cien años.

Cuando yo pensaba en mis últimos muertos –Salomón de la Selva, Ernesto Albertos Tenorio– la casualidad, esta vez representada por Florencio Palomo Valencia, pone en mis manos un soneto del poeta yucateco que tiene todas las trazas de haber sido inspirado por un sombrío presentimiento. Aparte este posible significado, el poema es hermoso, sentido, más que con tinta, con lágrimas escrito:

*Uno de estos domingos, no estará muy nublado,
sacarán mi cadáver por el portón de atrás;
olerá el suelo a lluvia, lucirá verde el prado,
sonarán las campanas, será un domingo más.
Al cerrar yo los ojos, todo habrá continuado
lo mismo que otros días. La vida su compás
no alterará, muchachas de rostro endomingado
sonreirán a la brisa que les besa la faz.
Quedaré bajo tierra. Dormiré sin cuidado.*

*Nada echaré de menos. Todo estará de más:
la dulzura infinita del dolor no expresado,
la cosecha madura, los frutos en agraz.
De risas y de lágrimas seré al fin liberado,
uno de tantos domingos, por el portón de atrás.*

Pobre Ernesto Albertos Tenorio. Yo no te conocí. Tu nombre sólo una que otra vez tuve ante mis ojos. Pero siento como mías las penas que sólo la muerte pudo acabar. Como dijo Salomón de la Selva, ante su amigo muerto. Aunque no sangro, siento la herida que a tu cuerpo dio descanso.

15 de marzo de 1959

Mural de la Alameda Central

Cada vez que voy al desayunador del Hotel del Prado, y miren que voy diariamente, me detengo a contemplar el hermoso mural de Diego Rivera que representa la Alameda Central. Se trata de una preciosa página literaria, dicho sea sin equívocos, ya que constituye uno de los grandes trozos de la pintura mexicana. Una página elocuente, transida de emoción mexicana, resplandeciente de símbolos y metáforas coloridas. Un poco anacrónica, es cierto, pues reúne acontecimientos y personajes de distintas épocas, en un mismo plano. Lo que, naturalmente, en nada afecta su grandiosidad y belleza. Contemplando ese mural se me agolpan muchos recuerdos, muchas sugerencias, todas referidas al pintor y a la historia nacional. De hecho ese fresco es una lección, un discurso sobre la vida mexicana. Con lo cual Diego no hacía otra cosa que continuar una tradición de siglos de nuestra plástica: la pintura mural precortesiana registra más de un caso. Quienes afearon a Diego el prurito de trasladar a los muros los hechos de nuestra vida colectiva, ilustrándolos con textos literarios, más que censurarlo se diría que lo elogiaban al reconocer en su obra la continuación de una manera ilustre del arte mexicano.

Volvamos al muro del Hotel del Prado. Cuando el artista lo realizó hace unos lustros, era una manera de recreo verlo trabajar hasta muy altas horas de la noche. Recuerdo que una vez al salir de un concierto de la Sinfónica Mexicana, nos detuvimos un grupo de amigos a conversar con el artista. Sentado

en la parte más alta, de espaldas naturalmente a las visitas, platicaba indistintamente en inglés, italiano, catalán, y desde luego en nuestro idioma. Ignoro verdaderamente si supiera la lengua catalana, pero es el caso que uno de los interlocutores dijo en ese idioma un precioso romance, que el lector puede encontrar al final de *La bien plantada* de Eugenio D'Ors, "Xenius"; y ante la sorpresa de todos, Diego agregó nuevas estrofas. Y habiéndole preguntado el asombrado catalán si eran auténticas, respondió que sí, que lo eran. ¿Sabía realmente el pintor mexicano esos idiomas? ¿No sería que inventaba sobre la marcha y que por mantener viva su leyenda nos viéramos obligados todos a hacerle el juego? Pero hay algo más. Un día, lo invité a que viniera a mi casa, y cuál no sería mi sorpresa que entró saludando en lengua zapoteca, correctamente pronunciada. Así era Diego. Así se las gastaba.

Pero, una vez más, volvamos al muro. En él aparecen obedeciendo en cierto modo un orden cronológico, algunos de los más grandes escritores de México, desde la era colonial hasta principios de este siglo. Primero, Sor Juana Inés de la Cruz, con el delicado rostro entre los encajes de la toca; luego los dos grandes Ignacios de las letras patrias: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano; después Manuel Gutiérrez Nájera, a sólo unos pasos de José Martí, su par en el genio literario, y a quien se pudiera aplicar con igual justeza la dedicatoria que el propio Martí escribió para el mexicano: *Marfil en el verso, en la prosa seda, en el alma oro*. Rivera, claro, no podía faltar, y ahí aparece de la mano de la "Calavera Catrina", obra de José Guadalupe Posada, cuya figura remata la serie de los grandes artistas mexicanos representados. Por encima de todos, señoreando la escena, Benito Juárez.

Pocas obras de Rivera contienen tal descarga de emoción humana. Todavía nada anunciaba la hora de su muerte, pero flota en la extensión del mural un hálito mortuorio. No son las figuras pretéritas, no es el ambiente en que la escena se desarrolla, no es esa nébula de muerte que parece impregnar el paisaje mexicano; no, se trata de un presentimiento, de un nuncio de que algo va a sobrevenir, aquel algo solemne que dijo Amado Nervo. Aunque en ninguna parte esté representada la flor, se adivina el *cempoalxóchitl*, flor de los panteones del mundo precortesiano.

¿Qué otras sugerencias va a sembrar en mí este mural de la Alameda Central, mañana que lo vuelva a ver?

Manuel Caballero, editor de los *Almanaques mexicanos*

Pocos lo recuerdan con respeto. Casi nadie con admiración. Muchos ni siquiera lo recuerdan. Sólo Ignacio Manuel Altamirano, como tan bueno que era, lo menciona con elogio. Porque Manuel Caballero, al fin hombre, no siempre supo sobreponerse a las tentaciones que la vida se encarga de poner en nuestro camino, para ponernos a prueba, para burlarse de nosotros. Pero sus trabajos periodísticos, pero sus afanes de editor, una vez que el tiempo ha reducido su signo negativo, no son del todo despreciables ni dignos de completo olvido.

Quede para otro ver qué significó Caballero en el periodismo, en el verso y en la prosa creativa de su tiempo; nosotros queremos recordarlo ahora como editor del *Almanaque Mexicano*, que en número de tres, si nuestras noticias son correctas publicó. En el primero, del año de 1883-1884, apareció por primera vez la *Revista Histórica y Política* de Altamirano, como de más notable.

El segundo que inspira esta *Alacena*, cuyo título —*Almanaque Mexicano de Artes y Letras*— difiere del primero (*Primer Almanaque Histórico, Artístico y Monumental de la República Mexicana*) apareció en la ciudad de México y corresponde a 1895-1896. Caballero se queja en las “Dos Palabras” del escaso número de escritores de buena voluntad que respondieron al llamado contenido en el anterior, lo que, salvo la natural decepción, lo llevó a redoblar sus esfuerzos a fin de reunir el material indispensable para una nueva salida del anual muestrario de nuestra producción en letras y artes. Se convirtió en ahuizote de cuantos esgrimen la pluma, y no dio punto de reposo a ninguno de los jóvenes “de altísimas aptitudes y pereza ingénita”, pidiéndoles verso, prosa, cuentos, poemas, lo que quisieran. Así reunió el material con que se forma el segundo almanaque.

Las colaboraciones aparecen precedidas y presididas por un retrato de Manuel Gutiérrez Nájera, muerto el domingo 3 de febrero de aquel año de 95. Luego se inserta una “Revista Artística” de la pluma de Manuel Larrañaga Portugal, que, si lleno de generalidades, contiene noticias sobre artes plásticas, música y arquitectura, escasamente aprovechadas por los investigadores. A continuación, aparece la “Revista Literaria”, escrita por Amado Nervo, en que se dan mil noticias sobre las letras hispanoamericanas y se comenta la muerte de algunos de nuestros más grandes escritores de la época: Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí y Julián del Casal. Trabajo es éste que, aunque muy conocido, quizá valiera la pena publicar en un pequeño volumen ni más ni menos como se ha hecho con las revistas de Altamirano. Muchos de los

autores ya consagrados, como de los que entonces apenas creaban las primeras plumas, aparecen en el *Almanaque*: Joaquín Baranda, Ramón Valle, Rafael Delgado, José López Portillo y Rojas, Alberto Leduc, Victoriano Salado Álvarez, Fernangrana, José Peón del Valle, Manuel Gutiérrez Nájera, Ángel de Campo “Micrós”, Enrique Chávarri, “Juvenal”, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Bustillos, Juan de Dios Peza, Mariscal, José María Vigil, Antonio Zaragoza, Joaquín Arcadio Pagaza, Manuel Peredo y el propio Manuel Caballero. Merece destacarse, porque no ha sido registrado hasta ahora, que sepamos, el “Homenaje a José Martí” en el primer aniversario de su muerte. En prosa y verso lo recuerdan López Portillo y Rojas, Carbajal y Rosas, Leduc, Sierra, Nervo, Peza, Eduardo E. Zárate, Larrañaga Portugal, Caballero y Enrique Pérez Valencia.

El *Segundo Almanaque Mexicano de Artes y Letras* publicado por Manuel Caballero, en 1896, es de suma rareza. Constituye una pieza típica de su tiempo; por su tipografía, por sus ilustraciones y por aquella tendencia, ahora perdida, o en peligro de perderse, de dar recreo y enseñanza a los lectores. Su editor, el mal traído y peor llevado, Manuel Caballero era acreedor a este recuerdo, y yo quise tributárselo.

29 de marzo de 1959

Francisco Gutiérrez, pintor oaxaqueño

Recuerdo ahora a un pobre artista mexicano, muerto en el abandono y en la orfandad; recuerdo a Francisco Gutiérrez, pintor indígena de la sierra oaxaqueña, según creo. Pero si estuviera equivocado, eso no sería otra cosa que una prueba más de la indiferencia con que vemos hasta aquellas cosas que de un modo más directo nos tocan: yo sentía por Gutiérrez una gran admiración, y ya ve el lector que no sé bien a bien de qué parte de Oaxaca era. Bueno, lo importante para mí es que en estos días de Cuaresma, lo he venido recordando, durante un viaje a Saltillo, patria de otro gran desgraciado: de Manuel Acuña, muerto de tristeza, de pobreza, de abandono y orfandad.

Francisco Gutiérrez llegó a Juchitán ahora veinte años, durante una Semana Santa. Se proponía realizar una serie de acuarelas, inspiradas en las actitudes de las juchitecas, de esas bellezas todavía no debidamente cantadas por

poetas y pintores. Algunas estrofas de este canto, sí se han formulado ya en pintura por Raúl Anguiano: el retrato de Alfa de Henestrosa, sea un testimonio. Las acuarelas de Gutiérrez, que a medio hacer tuve en mis manos, eran la materia prima de una obra ambiciosa, que primero las pobreza y las tristezas, y luego la muerte, en que todas resumen, dejó trunca.

Francisco Gutiérrez hospedó en mi casa de Juchitán. Yo vivía entonces muy de prisa, que es como no vivir de veras, según ya lo dijo un poeta de nuestro idioma. Pero no tan de prisa, ni tan sin orden, como para no haberlo acompañado al mercado, a las fiestas, a los parques públicos, en donde a la hora de la siesta, descansan sentadas en las bancas las istmeñas de labios que parecen hojas, de ojos que parecen labios, de pies descalzos, de grupas subversivas y senos insurgentes. De todo eso había en los apuntes de Gutiérrez. Algunas de las acuarelas, si es que no todas, logró el pintor y alguna vez pudimos admirarlas en aquella minúscula Galería del Caracol que Olga y José tuvieron en la calle de Ignacio Ramírez, a un ladito del Monumento a la Revolución. Pero, luego ¿a dónde fueron a parar? Una vez, hace algunos años, no pudiendo resistir el reproche que me hago por semejante olvido, traté de averiguar su paradero. Entonces supe que la colección se desintegró y que algunas de sus piezas fueron vendidas en el Jardín del Arte, una mañana de domingo. ¿Será verdad tamaña desgracia? Puede ser. Con los artistas suelen ocurrir cosas de veras dolorosas.

Parece imposible que se haya perdido o destruido la totalidad de un álbum, compuesto por medio centenar de piezas. Quizá para en poder de algún coleccionista o simple particular. Esta *Alacena* pretende ayudar a que la obra de Francisco Gutiérrez, principalmente las acuarelas de inspiración istmeña, no se desintegre del todo.

Pobre amigo, Gutiérrez. Yo dejo en este Domingo de Pascua sobre tu tumba, tal vez abandonada, una flor en que se resumen los colores de nuestra dulce Oaxaca, a la que pertenecías con todos los latidos de tu frente y de tu dolido corazón.

5 de abril de 1959

Viaje ideal por Oaxaca

Siempre que en estos últimos años vuelvo al Istmo de Tehuantepec, ahora magníficamente comunicado, me viene el deseo de reducir a texto la guía sentimental de un viaje de México al Istmo, porción del territorio oaxaqueño habitado por una rama de la raza zapoteca. Esa guía pudiera, asimismo, servir para una excursión que, incluyendo Puebla, terminara en la ciudad de Juchitán. El simple viajero, el hombre de ciencia, el historiador, el arquetipo, el escritor y el artista encontrarían en esa excursión esparcimiento, al par que inspiraciones y motivos de sus creaciones. Mucho de esto ha ocurrido siempre, pero es ahora cuando parece más propicio. Desde el siglo XVI, Oaxaca ha estado abierta a viajeros y hombres de estudio, a artistas y a meros curiosos, de esos que recorren el mundo por el gusto de aprender mientras caminan, de pensar mientras andan. Una rápida mirada sobre nuestra vida cultural demuestra, sin embargo, que ha sido en las últimas décadas, cuando aquellas zonas de tan penoso acceso, encuentran expresión en los distintos campos de la vida mexicana. De tal suerte que en diez años de este siglo hay más alusiones a Tehuantepec, en las letras y en las artes plásticas, que en todo el siglo pasado.

Dijimos que desde el siglo XVI, aquella región quedó abierta al estudio y a la curiosidad del mundo. Y así es. Apenas iniciada la Conquista de México, el nombre de Tehuantepec aparece en la crónica y en la historia, en los libros de viajes y en los de imaginación. Desde una de sus playas, Ventosa, escribió Hernán Cortés algunas de sus cartas menores y construyó bergantines para explorar las costas mexicanas hasta California. Aquellas empresas no tuvieron éxito. Las embarcaciones naufragaron, porque al decir de Bernal Díaz del Castillo, después de la caída de Tenochtitlan, todo le fue adverso al bravo capitán. Luego pasaron por ahí y dejaron testimonio de su paso, multitud de viandantes: fray Alonso Ponce y Tomás Gage, Désiré Charnay y Federik Star. Hace cien años, llegó a la ciudad de Tehuantepec, el abate Esteban Brasseur de Bourbourg y, vuelto a Francia, escribió un libro entusiasta sobre su estancia en la zona ístmica.

Volvamos a la guía sentimental. El viaje pudiera tener una primera escala en Puebla, para visitar museos y arquitectura colonial; luego ya en tierras oaxaqueñas, detenerse en Yanhuitlán para admirar su fortaleza y convento, obra dominicana que se levanta en medio de un paisaje desolado y dramático. Ahí, a pesar del tiempo, quedan algunos retablos de Andrés de la Concha y

de Juan de Arrué, el Apeles del Nuevo Mundo, que dijo Francisco de Burgoa, máximo cronista de Oaxaca. Remataría esta primera etapa de la excursión en la vieja Antequera, apacible y recatada. ¿Hace falta decir que una visita a Santo Domingo, a Mitla, y Monte Albán son los capítulos más atrayentes de la guía? Luego, camino de Tehuantepec, visitar la iglesia de Tlacolula, joya del siglo XVI, hermana menor de Santo Domingo y La Soledad. Después, tras superar cumbres de áspera belleza, descender a la tierra istmeña, de azules lejanías. Allí bañarse en Ventosa, cerca de Salina Cruz, a un paso de la ciudad de Tehuantepec, llegar a Punta de Agua a un lado de Juchitán, playa digna de ser gustada de propios y de extraños. Dos cosas no pueden quedar fuera de programa: un matrimonio indígena y un entierro. Si es en mayo, asistir a una “tirada de frutas” en Juchitán, en la que cien carretas adornadas recorren las principales calles, seguidas de atarrayeros que, materializando la parábola bíblica, se convierten en pescadores de hombres. No puede faltar tampoco la visita a los mercados, asistidos solamente por mujeres que cuentan en su lengua las más extremas barbaridades, sin alarma de nadie. Aquí está una señora –¿la ves, lector?– que se adorna la cabeza y la boca con dos encendidas rosas. Aquí una doncella, vendedora de aguas frescas, que te sonrío al pasar; más allá otra, apoyada en un muro, posando para un fotógrafo o pintor, que sólo ella ve.

Y de pronto, sin apenas anunciarse, se derrumba la noche. Una noche remachada de estrellas, como si fuera a quedarse para siempre. Súbito, el día, tan inmensamente alumbrado, que se diría eterno.

¿No es verdad, lector, que vale la pena intentar alguna vez esta ideal excursión?

19 de abril de 1959

Urbina, amigo de la Revolución Mexicana

Es muy extendida la idea de que Luis G. Urbina fue un enemigo de la Revolución Mexicana que lo puso, más por propia voluntad del poeta que por otra cosa, fuera de la patria. Su amistad con Justo Sierra y su apego al viejo régimen dentro del cual creció y tuvo acomodo –escribió en periódicos y revistas, sirvió la secretaría particular de Sierra– parece colocarlo naturalmente en el lado opuesto al movimiento de 1910, no siendo verdad. Urbina, formado como su

maestro, señor y amigo don Justo, con las canciones chinacas de Vicente Riva Palacio, las arengas de Ignacio Manuel Altamirano, los arrebatos de Ignacio Ramírez, las coplas de Guillermo Prieto, no podía ser enemigo de una causa que prolongaba y continuaba la revolución de 1810 y las empresas libertarias de la Reforma. El poeta se sabía perseguido por aquella falsa opinión que lo ofendía por falsa y por gratuita. Sus libros publicados durante el destierro, sus conferencias, sus artículos de periódico en nada denuncian que Urbina combatiera a la Revolución Mexicana. Pero cierto periodismo, ése que ejercen los vanos y apasionados; las especies que propagan lo que sólo de oídas conocen los hechos se empeñan en acusarlo, en ponerlo en la otra margen. Urbina esperó la oportunidad para contestar. Porque –¡oh, Carlos María de Bustamante!– hay tiempos de hablar y tiempos de callar. Ocurrió así que viviendo en La Habana en 1915, fue publicado el libro de Manuel Fernández Cabrera, *Mi viaje a México*, que contiene, entre otras cosas, capítulos de alegato a favor de del constitucionalismo de Venustiano Carranza. A la sazón, el poeta mexicano ofrece un recital poético con la asistencia de los poetas, escritores y artistas habaneros. Elocuente, seductor, nostálgico también, el buen declamador que había en él seduce a la concurrencia. Fernández Cabrera se le acerca y aventura esta frase: “Para ser más grande mexicano, fáltale amar la revolución.” Y la amo, respondió Urbina. Y reclamó del interlocutor los originales de su última conferencia acerca de México. Y sobre ella hizo una clarísima confesión. La carta que luego escribió el autor de *Mi viaje a México*, constituye una página inédita de “El viejecito”, a la vez que una de las más hermosas de nuestra literatura, y más típica por su varonil nostalgia, por el ardor con que se defiende de injustos pecados, por las luces de su inteligencia y de su robusta expresión.

“No le habla a usted –dice– un arrepentido, sino un reflexivo. Le habla un sincero, un hombre de buena fe, que no ha hecho de la política una profesión, ni mucho menos una mercancía.” El literato y maestro de escuela no puede ver pasar en balde el tiempo y los acontecimientos. Solicitó su opinión y cuando fue necesario su acción. Tiene, pues, una actitud con respecto a los hechos de su patria. Y así afirma algo que es más claro que la luz del día. “El señor Madero –consagrado e inmortalizado por el martirio– pasa a la historia limpio de impurezas.” Es una figura de apoteosis, un ejemplo de glorificación, un arquetipo de redención y de selección. La traición, que quiso hacerlo desaparecer, le dio las definitivas y titánicas proporciones de una suprema aspiración de justicia y de libertad. Luego apunta sus diferencias que en nada empañan las

afirmaciones centrales. Tres eran para Urbina las grandes revoluciones mexicanas, las tres una sola: la primera, sentimental: nuestra santa revolución de Independencia; la segunda, intelectual: la magna revolución de la Reforma; la tercera, la de 10, es pura y sencillamente, económica. Aunque, agrega, que en las dos primeras el problema económico estaba, si no disfrazado, oculto, si bien latente. Completa el pensamiento, trazando en rápidos y enérgicos rasgos, las semblanzas de José María Morelos, Sebastián Lerdo de Tejada, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Santos Degollado y de Belisario Domínguez, cumbres excelsas todos ellos de humanidad y de virtud.

Gran mexicano, el autor de *Lámparas en agonía* aplaude y agradece a Fernández Cabrera su defensa de la Revolución, entendida como la lucha de un pueblo por la conquista del progreso, y no deja pasar oportunidad de referirse al México bárbaro en el que se revuelcan las hordas ebrias de pasiones primitivas.

Hermosas y muy humanas estas páginas de Luis G. Urbina. La sola lástima es que sean poco conocidas. Quizá valiera la pena que Jesús Castañón las reprodujera, convenientemente ilustradas, en el *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda. Su calidad literaria y la buena fama del poeta lo acreditan plenamente.

26 de abril de 1959

La sociología de las letras

En la monografía sociológica de México que prepara actualmente un grupo de capacitados sociólogos del Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM), habrá sin duda un capítulo dedicado a las letras y las artes. Un enjuiciamiento sociológico poco o nada tiene que ver con un enfoque crítico; será interesante ver cómo se compara el criterio que nos hemos formado los hombres de letras sobre las obras, con el que merecen a los científicos por su contenido y por su influencia sociales.

Hoy queremos divagar un poco en torno al contenido de ese esperado capítulo. La sociología es una ciencia de la realidad actual, pero será difícil hablar de los grupos relacionados con las letras sin sus inextricables antecedentes. ¿Cómo explicar buena parte de la literatura de hoy sin partir de la

época revolucionaria? El Ateneo de la Juventud formó un grupo que ha seguido actuando disgregado; pero con enorme influencia a lo largo del siglo. Ahí están Genaro Fernández MacGregor, José Vasconcelos o Alfonso Reyes para probarlo. A algunos de esos hombres debemos la más informada valoración sobre las letras mexicanas del pasado y del presente.

Vasconcelos y el vasconcelismo son por sí el hecho socio-literario de límites más anchos después de la Primera Guerra Mundial. Aquello era una actitud mental, a la vez que una conducta y una consecuencia con el despertar de México. Conocimos a los iberoamericanos y a sus obras; se desparramaba a los clásicos entre el pueblo que apenas podía leer; se cobraba una conciencia de dignidad histórica. Mucho se ha escrito, pero mucho falta por decir de aquellos días en que tanto se hizo y se frustró.

Siguen las enteradas generaciones europeizantes –“Estridentistas y Contemporáneos”– que tanto contribuyeron a profesionalizar y a universalizar las letras. José Gorostiza, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet han continuado sus proyecciones hasta mediados de siglo. De su seno o de su sombra surgieron *Taller*, *Tierra Nueva* y *El Hijo Pródigo*.

Viene la hecatombe española y con ella, la fecunda inmigración de escritores de primera clase, que nos vinieron a enseñar que la literatura no sólo era una expresión de lo bello, sino una manera de vivir. Los autores nacionales empezaron a cobrar decorosamente por sus libros y por sus artículos. Pulularon las editoriales, los centros de conferencias e intercambios de ideas. La LEAR se remozó y fue la cabal proa de la época cardenista en las letras y las artes.

La Segunda Guerra Mundial coincidió con un turbulento despertar literario en las provincias. Puebla, Nuevo León, pero sobre todo, Jalisco, tuvieron sus grupos organizados en torno a revistas inquietas, en las que apuntaron muchos de los actuales escritores de valía. Era la tradición de los Ramón López Velarde, de la editorial Horizonte, de Jalapa; de *Bandera de Provincias*, de Guadalajara.

Esta sección de las revistas es otro de los apasionantes materiales para la sociología de las letras. Su tradición va lejos. Su simple mención trae a la memoria nombres, movimientos, programas de afirmaciones y negaciones políticas y sociales: *La Falange*, *México Moderno*, *La Nave*, *Pegaso*, *Ulises*, la *Revista de la Universidad* (en tres épocas), *El Maestro* y *El Libro y el Pueblo*, dos importantísimas iniciativas de la Secretaría de Educación, *Letras de México*, *Campo*, *La palabra y el hombre*, *Etcétera*, *Estilo*... toda una vida bullente de partícipes y de buceadores de nuestra realidad.

Inacabable recorrido y provechoso campo para estudiar y decir qué somos. Ya hemos llegado a un punto que permite dominio de perspectivas y de rumbo. En todo esto que ahora desordenadamente rememoro, se halla indudablemente la raíz y el ala de las letras actuales.

Hasta dónde ha influido la gente y la obra en la sociedad mexicana, tendrán que decirlo los sociólogos; nosotros, los escritores, podemos contar una historia distinta, más íntima, pero de seguro menos trascendente para el estudio del México de este año de 1959.

3 de mayo de 1959

Imágenes maternas

Imágenes maternas. Así se titula un hermoso libro que ahora acaba de aparecer, preparado por doña Celia de Ceballos. Las semblanzas maternas aquí reunidas, nos descubren a una buena lectora y a una madre que aspira a servir a los hombres futuros. Es este un libro de significado singular, que no busca otra cosa que poner en el alma del lector, la simiente de una palabra oportuna. ¿Quién que haya visto antes la ternura de un rostro materno, la hondura de sus ojos, se atrevería a cometer un acto que degrade y mancille la figura materna? No es un extremo decir que el hombre es una criatura femenina: la madre, suma y cima, flor y corona, como que pierde su virtud esencial cuando contemplamos una mala acción. La existencia de un criminal, digamos, es la evidencia de la derrota materna. En cambio, el buen hijo, el hombre cabalmente realizado, es la evidencia de sus facultades.

Cuando un niño muere, hay luto en la tierra, pero cuando muere una madre, lo hay en la tierra y en el cielo. Es como si se apagara una luz, como si el fuego se convirtiera en cenizas. Toma un hombre cualquiera, míralo a distintas luces, y si sabes ver encontrarás que las perfecciones que registra son obra de mujer. Las imágenes femeninas que aquí hallamos, más allá de un propósito literario o estético, tienen uno pedagógico, educativo, humanísimo: mostrarnos la parte más pura y más tierna de la humanidad. Sus autores—algunos nacionales, algunos extranjeros— no han necesitado recurrir a sentimentalismos para poner una lágrima en nuestros ojos, un buen propósito en nuestro corazón y una buena idea en nuestras sienes. Celia de Ceballos que

seleccionó estas páginas, que ideó reunir las en este volumen, hace una buena siembra. Siembra hombres futuros. Con gustarlas y propagarlas, nos convence de que muy bien pudo escribirlas. Es ésta, pues, en cierta manera, una obra personal. Si su lectura lleva al niño o al hombre a formular una buena esperanza o induce a prometer a la vida una acción hermosa, habrá alcanzado la recompensa que presidió la callada labor de años que representa este libro, de veras singular. Y como nada que engendra el amor se frustra, estas semblanzas tienen una misión que cumplir, aquella de modelar al hombre que alguna vez nos regale otra imagen materna.

10 de mayo de 1959

El abate Brasseur de Bourbourg

Entre los centenarios de este año, se encuentra el del viaje a Tehuantepec, del abate Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg. En efecto, el 12 de mayo de 1859, se embarcó en Nueva Orleans, a bordo del “Coatzacoalcos”, vapor norteamericano, fletado por la Société Louisianaise de Tehuantepec.

Venía el famoso viajero, historiador y anticuario, a estudiar la posibilidad de comunicación entre los dos mares, que ya preocupaba a Hernán Cortés desde los primeros días de la Conquista de México. Cuarenta y cinco años tenía el abate, edad madura para aquellos tiempos en que los hombres morían jóvenes. Un hombre maduro podía considerarse a Brasseur de Bourbourg. Apenas llegado a Coatzacoalcos inicia un penoso viaje de reconocimiento, que sabe atenuar por los asaltos de asombro que goza y padece en la larga travesía. Lápiz y pluma en mano, apunta todos los pormenores, así los de índole científica como los puramente literarios. El libro, que luego escribe y publica en París dos años más tarde, viene a ser de esa manera, uno de los más nutridos de noticias del pasado y de la época contemporánea, acerca de Tehuantepec y de México. Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg asiste a fiestas, conversa con los nacionales y extranjeros que siempre anduvieron por el Istmo de Tehuantepec, al que hay que considerar con la inclusión de algunas zonas de Veracruz y Chiapas. Por la noche, redacta sus notas con todas aquellas observaciones y reflexiones que los hechos van sugiriendo. La consideración política no falta. No olvide el lector que México está viviendo horas difíciles, tiempos de discordias civiles.

Lo que se conversa en esas reuniones, lo que trasciende desde la capital a las provincias lejanas, el abate lo pondera, lo sitúa en el marco de los acontecimientos. Describe a los personajes, apunta muy agudas ocurrencias sobre los tipos locales, sobre las danzas, sobre la música, la indumentaria y los usos y costumbres.

Al mediar el mes de junio de aquel año de 1859, llega a la ciudad de Tehuantepec, por la que siente una súbita querencia. Hospeda en el Hotel Oriental, instalado en una vieja construcción española de la época colonial. El viajero rebosa de dicha, se echa a la calle a satisfacer su curiosidad, a establecer la identidad entre la ciudad imaginada y la real. Entre sus papeles se encuentra una carta de presentación para Juan de Avendaño, rico comerciante de la localidad, hombre de ideas liberales, rendido amante de las viejas tradiciones de la ciudad. El abate se siente como en su casa. Su hospedero lo lleva en la tarde a los catorce barrios de la ciudad, le traza una breve historia de Tehuantepec, que el viajero sabe reforzar con lecturas de los viejos historiadores y cronistas. El cuaderno se va llenando de notas. Tiene la edad crítica, pero propicia a Venus. Las mujeres de Tehuantepec le producen verdaderos trastornos y transportes que sabe reducir a páginas temblorosas. Así esa belleza nativa que no es capricho identificar con la que, andando el tiempo, iba a ser la cacica de Tehuantepec: Juana Catarina Romero, o Juana Cata, amiga de don Porfirio, y que tuvo el raro capricho de que el tren entrara a la ciudad de Tehuantepec, sólo para que pasara frente a su casa. Una istmeña de primera, que viajó por Tierra Santa, con toda su servidumbre; una filántropa que, a principios de este siglo, levantó escuelas en la ciudad, con monjas traídas de los Estados Unidos, más señaladamente de Nueva Orleans. El abate la admira, la contempla por plazas y jardines. La elogia sin límites, comparándola con Isis y Cleopatra. Tenía Juana quizá quince años, pero es tan desenvuelta, tan extremadamente bella, tan distinta en un medio en que las mujeres son extraordinarias, que hay que recurrir al mito y la conseja para explicarla: una bruja, un hada, una hechicera, eso le parece la deslumbrante mujer.

Sangrante, continúa Carlos Esteban Basseur de Bourbourg el viaje por Chiapas y Guatemala. Vuelve a París y publica, en 1861, uno de los libros que más fama le dieron: *Voyage sur l'Isthme de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et la république de Guatemala, sécuté dans les années 1859 et 1860*. Un libro poco conocido y que acredita que alguno lo vertiera a nuestro idioma, para mejor integrar la visión de Tehuantepec del siglo pasado.

En otro tiempo, sugerí a mis paisanos tehuantepecanos que identificaran la casa en que había vivido el abate, y le consagraran una placa conmemorativa, que bien la merece quien de modo tan apasionado y entusiasta propagó nuestra historia y mitología.

17 de mayo de 1959

La Rotonda de los Hombres Ilustres

Poco importa ahora recordar quién era el Presidente de la República o quién el Regente de la Capital cuando con buen acuerdo se creó la Rotonda de los Hombres Ilustres. Algo más interesa subrayar el propósito de la obra: la Rotonda fue creada para perpetuar la memoria de los mejores mexicanos, de aquellos que en todos los órdenes de la conducta y en todos los grados del sacrificio y del trabajo han contribuido a afirmar la causa del progreso.

¿Por ventura, en algún momento se pensó que a semejanza del cementerio del padre *Lachaise*, en París, la Rotonda se destinaba a guardar los restos mortales de los mexicanos más inteligentes, más cultos o más iluminados por las luces del saber? No.

En una patria tan dramáticamente amenazada por las asechanzas de la voracidad del lucro, por los intereses retrógrados y por las fuerzas que disocian la formación de las nacionalidades, es preciso recordar todos los días, a esta hora, a quienes han luchado y hasta perecido por los más sacros intereses generales.

Si como Mariano José de Larra, nos paseamos entre estas tumbas, nos sorprende encontrar allí a personas que no hacen honor al benemérito fin que se supone justificar la existencia de una Rotonda de los Hombres Ilustres. Personajes que cultivaron el *hai-kai* y otras formas exóticas e ingeniosas de poesía, pero que escribieron libros contra don Francisco I. Madero, una de las piedras angulares de la Revolución y de la estructura democrática del nuevo México.

Personajes que versificaban melodiosamente, pero que se frotaron las manos de contento cuando Victoriano Huerta asesinó al pequeño grande hombre iniciador de la constitucionalidad tras el derrocamiento del porfiriismo.

Hispanistas renegados y señores que vivieron de espaldas a las angustias de su pueblo, y personajes que combatieron con denuedo digno de mejor cau-

sa, las ideas liberales que finalmente culminaron con la igualdad ante la ley y con la transformación del atraso y del privilegio.

¿Por qué es posible que figuren esos intrusos junto a quienes efectivamente han ganado el honor de figurar en la Rotonda? Porque las autoridades que son las que por acuerdo franquean esa puerta, no están obligados a conocer a fondo el comportamiento cívico y la consecuencia histórica de un hombre.

Y sobre todo, porque las fuerzas del progreso en México han sido siempre desproporcionadamente generosas. Un pequeño hecho positivo basta para que se olvide lo que en el otro platillo de la balanza debería inducir si no a la venganza, por lo menos, a la justicia. "Nuestra ley es magnánima", recordaba Ignacio Manuel Altamirano al enjuiciar a los enemigos del movimiento liberal.

En cambio, la falange del atraso no olvida; lleva cuentas, sigla por sigla, y se toma las más crueles revanchas, apenas dispone de oportunidad o de inmunidad para hacerlo.

Todavía ahora, un siglo después de hechos consumados y ya depurados por el tiempo, no perdona a don Benito Juárez y a los padres de la patria digna y segura para todos los mexicanos, por sobre la casta y medro parcializado.

Cuando nuestro más distinguido panteón de eminentes cierra sus puertas a los visitantes curiosos y a los que con reverencia van a leer los grandes nombres y a recordar sus obras, ¿qué diálogos entablarán nuestros muertos más ilustres? En la quietud de la noche, sin el testimonio de los vivos, ¿qué se dirán Ignacio Ramírez y Altamirano?

Si un vecino indeseable estropea la armonía de un barrio, si un invitado desagradable deshace la cordialidad de un convivio, si un ser descalificado hiere la dignidad de un cónclave de gente dedicada a una misma disciplina, cuánto más evidente y ofensiva debe ser la presencia de un intruso en la paz eterna de un cementerio.

Nos preguntamos qué pensarán los honestos liberales, los mártires de nuestras guerras y revoluciones, al ver allí, junto a ellos, a quienes los combatieron y difamaron en vida.

Probablemente tenderán a perdonarlos allá, como los perdonaron aquí en esta tierra donde queda el testimonio de su incomprensión y de su bajeza. Pero no dejarán de sonreír con pena, al ver hasta qué punto llegan a confundirse en la muerte, hombres a quienes tanto apartó la vida.

No pretendemos exhumar a quienes no merecen las tumbas ilustres de la Rotonda; lo hecho, hecho está y sólo debemos lamentarlo. Pero si quisiéramos

que, de hoy en adelante, las autoridades que otorgan oficialmente ese rango honorífico, no olvidaran el merecimiento y la justicia, para no ofender la memoria de los más grandes mexicanos y para no confundir la apreciación de las generaciones futuras.

24 de mayo de 1959

Velada en honor de Sor Juana

Composiciones leídas en la velada literaria que consagró el Liceo Hidalgo a la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz, la noche del 12 de noviembre de 1874, aniversario del nacimiento de la ilustre poetisa. Con tan largo título fue publicado por *El Porvenir*, un breve libro en que se recogieron los discursos y las composiciones en verso y en prosa, que se pronunciaron en la memorable velada. La rareza del documento no ha permitido su cabal aprovechamiento hasta nuestros días. No sólo, sino que hasta los más cuidadosos investigadores de este capítulo de nuestra literatura, lo olvidan con frecuencia. Obras que pasan por ejemplares en el campo de la investigación sobre Sor Juana, no lo mencionan. La rareza de este ejemplar de nuestra bibliografía depende, como ya supone el lector, de su condición de haber sido impreso en forma de folletín por el periódico *El Porvenir*, lo que parece condenar a este tipo de publicaciones a una casi completa destrucción, ya que son pocos los lectores que tienen la curiosidad de formar con los cuadernillos, volumen que asegure su permanencia.

Damos a continuación las composiciones contenidas en el raro opúsculo: Sor Juana Inés de la Cruz por Laurena Wright de Kleinhans; “Una flor” por Josefina Pérez; “A la memoria de la insigne poetisa Sor Juana Inés de la Cruz”, poesía por José Rosas; “Sor Juana Inés de la Cruz”, poesía por Aurelio Horta; “Discurso” por Francisco Sosa; “Discurso” por José María Vigil; “Discurso” por José de Jesús Cuevas. Cosa digna de registrarse y de hacerse notar es que constantemente a lo que ocurría en el siglo pasado en que Sor Juana era considerada superficial y a veces desdeñosamente, los ensayos de Sosa, Vigil, y Cuevas se caracterizan por un decidido empeño de penetrar la esencia de la poesía de Sor Juana. No olvide el lector que hombre y escritor tan inteligente como Ignacio Manuel Altamirano, cuando le tocó juzgar de

la obra de Sor Juana lo hizo precipitadamente por no decir que con desdén. Recuerde también el lector que esta circunstancia indujo en nuestros días a Alfonso Méndez Plancarte a referirse a su vez, con sumo desdén, al maestro mexicano.

No es, pues, una insistencia vana observar que muchos aspectos de nuestra historia literaria están por escribirse. Y que cuando se escriban habrá que recurrir, en primerísimo lugar, a ese material perdido en folletos, revistas literarias de grupos y periódicos del siglo pasado. Una revisión de esas fuentes puede asegurar al investigador muchas sorpresas, aparte de abundante material. Esto ha ocurrido, por ejemplo, con el capítulo del liberalismo mexicano. Jesús Reyes Heróles ha podido darnos, mediante ese recurso –el de la revisión de folletos, periódicos y revistas– obras de altísimo mérito.

Quédese para otra ocasión reseñar otros dos pequeños opúsculos, de esta misma naturaleza, encuadrados en el mismo volumen, en que se encuentra el que hemos reseñado.

31 de mayo de 1959

Retorno a las antologías

Ya otras veces nos hemos preguntado cuál pueda ser el número de las antologías, florilegios, ramilletes, flores y florestas publicados en México a contar del siglo XVI, tan rico en concursos y justas poéticas. Reunirlas y estudiarlas no sólo constituye una entretención, sino que es una manera de establecer los gustos de cada época, de medir el alcance de las influencias que siempre han privado en nuestra lírica. También podría mostrar que los antólogos frecuentemente no hacen otra cosa sino repetir las piezas, aunque muy bien pudiera indicar que el lector sanciona de cada poeta esta o aquella otra composición. El lado doloroso de esta diversión es descubrir que algunos nombres desaparecen, pese a la boga de que gozaron un día; situación que tiene su recompensa en algunos nombres que vuelven, cuando se les creía idos para siempre. ¿Verdad que es divertido volver a las antologías?

Pues eso es lo que ahora acabo de hacer: he vuelto al *México poético. Colección de poesías escogidas de autores mexicanos*, formada por Adalberto A. Esteva y

publicada en esta ciudad en 1900. El florilegio incluye a sesenta y siete poetas, en aquella época distribuidos en dos categorías: poetas vivos y poetas muertos. Ahora ninguno de ellos existe, habiendo sido José Inés Novelo, el último en morir, ahora cinco años. ¿O fue Balbino Dávalos?

El primer poeta mexicano considerado por Esteva es Francisco de Terrazas, de quien se incluye el hermoso soneto “Dejad las hebras de oro ensortijado...” De cada uno se proporciona una breve noticia biobibliográfica, sin la cual, a nuestro sentir, se invalida esta clase de obras. Siempre que puede, el coleccionista consigna un intento de valoración del poeta, a veces personal, a veces tomado de otro autor. De alguno de nuestros líricos, Adalberto A. Esteva supo señalar algún poema que luego ha alcanzado la consagración, el voto de los entendidos. Así ocurre, por ejemplo, con Manuel José Othón, de quien se reproduce íntegra la *Noche rústica de Walpurgis*. De Manuel Gutiérrez Nájera, representado por *Nom omnis moriar*, de ninguna manera su poema más característico, se da en cambio un fragmento del brioso ensayo que escribió Justo Sierra al frente de sus *Poesías*. De Luis G. Urbina, que entonces iniciaba su ascenso, se incluye “Siebel”. Sierra, el primero en señalar su condición de gran poeta, había apuntado ya desde las postrimerías del siglo anterior, que su verso era instrumento de arte; lo domina y le hace expresar lo que quiere en un lenguaje rítmico, frecuentemente admirable. Instrumento fino y delicado, más propio para traducir melodías íntimas y suaves, que esas vastas y fascinadoras sonoridades de la expresión y el sentimiento, dice. Y vea el lector la insistencia de ciertos adjetivos: “fino” y “delicado”, “íntimas” y “suaves”. Lo dicho: el retorno a las antologías, nos comprueba que vamos heredando una manera de juzgar a nuestros poetas, de coincidir en el modo de juzgarlos, aunque a veces tan sólo de repetir juicios que muy bien pudieron ser estrictamente personales.

¿No es cierto, lector, que es entretenido, a la vez que provechoso, excursionar por la floresta de la poesía mexicana?

7 de junio de 1959

Lecturas infantiles

Los libros de la niñez no pasan nunca, no envejecen, no mueren. En sus líneas, que no en balde parecen surcos, los poetas arrojaron la simiente de las palabras que después han florecido en el hombre. El niño no se detuvo a ver si las palabras eran bellas, si los pensamientos excelsos, si la emoción legítima. Se conformó con recibirlas, arrojarse con su música, inventarles sentido cuando no alcanzó el suyo verdadero. Y hasta cuando esto ocurrió, el texto no quedó perdido. Porque nada de lo que llega a los niños se pierde: con lo que hoy no entiende se ayudará para entender mañana. Así como nada de lo que entra en el corazón del hombre desaparece por completo, y es siempre con restos de viejas emociones con lo que vamos viviendo.

Por eso es tan fácil que los padres y los maestros, y el Estado cuiden de la formación de la niñez, así en el campo de su formación intelectual como en el de su forja cívica, que monta tanto si no es que más. Una mala lectura, una melodía plebeya, unos versos canallas se quedan en nosotros, igual que se queda una afrenta. ¿Quién ha olvidado las lecturas contenidas en los libros de lecturas infantiles? Allí aprendimos a amar la patria, a llorar en la tumba de los héroes, a respetar la ley, a vibrar al paso de la bandera. Allí soñamos, al conjuro de unos versos de Vicente Riva Palacio hacer algo que nos hiciera dignos de tenerla como mortaja. Allí nos figuramos ser el soldado triunfador que sofrena su caballo frente al Hotel Iturbide y se llama al Héroe de las Derrotas para que presida el desfile del ejército republicano.

Ni por pasión de partido se atrevería un hombre formado por las lecturas de mis tiempos a volverse contra la patria, porque como dijo Benito Juárez, contra la patria nunca tendremos razón. Ni contra la bandera, ni contra la ley, pudiera agregarse. Todo eso nos lo enseñaron las lecturas literarias de Amado Nervo, de Gregorio Torres Quintero, de Andrés Boscó, de Adalberto A. Esteva y qué sé yo cuántos más. Quien no leyó estos libros en su oportunidad ignora el poder de sus enseñanzas y no sabe cuánto sirven para promover en el alma infantil el amor a la patria, al himno, a la bandera, a la Constitución y a todas aquellas instituciones en que late la sangre de nuestros grandes muertos y de los creadores de nuestra nacionalidad.

¿Por qué se abandonó aquella preocupación por enseñar a los niños mexicanos desde la escuela de primeras letras estas nociones, indispensables para su vida futura? El buen ciudadano con ellas comienza a formarse, lo mismo

que el poeta, el músico, el pintor, el artista. Ese poeta y ese pintor, ese músico y ese escritor que vive en el hombre hasta la adolescencia, pueden encontrar en las canciones, las lecturas, los refranes y las coplas escuchadas en la infancia, el mejor estímulo para afirmarse. Los mejores ciudadanos así se han formado.

¿No hay en nuestros días un maestro, un escritor, un poeta que reúna en libro los ideales permanentes en nuestro país, y los nuevos que el tiempo ha venido agregando, y los presente en hermosos textos para alimento de la niñez mexicana? Un libro que equivaliera a las *Lecturas literarias* de Amado Nervo, a *Una familia de héroes* de Gregorio Torres Quintero, a la *Antología Nacional* de Adalberto A. Esteva, por ejemplo. Nuestra niñez lo reclama.

Y quien lo hiciera, podría alcanzar por ese solo hecho, vida inmortal en nuestra historia.

21 de junio de 1959

Antonin Artaud, perseguido de Dios

De dónde venía Antonin Artaud cuando llegó a México a principios de 1936? ¡Quién sabe! Quizá ni él lo supiera, alucinado viajero y hombre péndulo entre la más alta y luminosa razón y la más negra y dolorosa locura. Es el caso que una noche lo encontré en casa de la pintora María Izquierdo, allí en la calle de Venezuela, rodeado de amigos que lo escuchaban azorados. De pie, la cabeza despeinada, hablaba como un poseso, de manera tan rápida y en términos tan poéticos y tan elevados que costaba trabajo al auditorio seguirlo y entenderlo cabalmente. ¿De qué hablaba Antonin Artaud? Hablaba de los indios, de las culturas indias, para muchos muertas pero para él las únicas vivas para siempre. Mi presencia y mi condición de hablante de lenguas indígenas, lo llevaron de pronto a hacer tierra, esto es, de abandonar aquella enajenación verbal que se había apoderado de su espíritu. Entonces comenzó pausadamente, como para que yo pudiera seguirlo, una deslumbrante disertación sobre las culturas indias de México, que él comparaba con las más ilustres de todos los tiempos: con la egipcia, la china y la griega. Si llegó a ponerla en papel es cosa

que ignoro. Si no lo hizo, se perdieron para siempre aquellas reflexiones iridiscientes, lúcidas hasta el vértigo.

Quería Antonin Artaud que se le llevara con el Presidente Lázaro Cárdenas, a fin de que México le diera los medios para visitar todos aquellos lugares en que florecieron las grandes culturas indias: Yucatán, Oaxaca, Veracruz, Tabasco; en fin, el país entero, porque como él proclamaba, casi no hay un sitio en estas tierras donde, como en el verso de Rubén Darío, uno clave su pica, sin que tropiece con la América ignota.

No puedo reconstruir su persona física, pues siempre que lo intento, por no sé qué extraño mecanismo, es la del doctor Leopoldo Salazar Viniegra la que se presenta frente a mis ojos. Nunca he podido explicarme este extraño fenómeno. ¿Se parecían en realidad estos dos hombres? Es posible. Recuerdo que una noche, errando por la ciudad de Washington, se me ocurrió entrar a una sala cinematográfica, sin fijarme en el programa. Un verdadero espanto me produjo ver a Antonin Artaud en la pantalla: era que pasaban una película en que él hacía un extraño papel histórico, creo que de Heliogábalo. Creí haber retenido su imagen verdadera: durante algunos días me fue familiar, y ahora que ha vuelto a mi memoria su nombre, al evocar su figura, es la de Leopoldo Salazar Viniegra la que reaparece.

Era Antonin Artaud un perseguido de Dios, o del demonio, o de sí mismo. Salió de Francia cuando ya con nadie podía entenderse, cuando su idioma ni siquiera para su propia cordura y locura daba de sí. Y vino a México con la íntima esperanza de encontrar un mundo nuevo que le permitiera recobrarle, darle un poco de paz y de sosiego. Por aquí anduvo cerca de un año, con pequeñas temporadas en la capital, y una muy larga entre los tarahumaras. Con sus observaciones de la vida de esos indios, con lo que pudo alcanzar de sus ritos y del misterio de su alma recóndita, escribió algunos artículos que fueron publicados en *El Nacional*: relampagueantes, en el linde lo genial. En muy pocas ocasiones un escritor extranjero —y los hay muchos ilustres— han logrado obtener del mundo de los indios una visión tan penetrante, como ésa que Antonin Artaud nos dio de los indios tarahumaras.

Con una precisión de sonámbulo se movió en el mundo tarahumara, sin perder pisada que lo precipitase al abismo, del que por el contrario, ascendió en las ya pocas ocasiones que pudo hacerlo.

Un día cualquiera se fue de México, otra vez huyendo de sí mismo. Apenas llegado a Francia le sobrevino la locura final, y murió en un manicomio después de muchos años de agonía.

28 de junio de 1959

Fanny Chambers Gooch

En la nómina de los libros que tratan de México, escritos por extranjeros, ocupa un lugar preeminente aquel que en 1888 se publicó en Nueva York, bajo el título de *Face to face with mexicans* por Fanny Chambers Gooch, una dama norteamericana que allá por el año de 1870, llegó a México y estuvo en contacto con nuestro pueblo durante algunos años. La obra es poco conocida y yo he sugerido alguna vez a los editores mexicanos la conveniencia de publicarla, así fuera en una selección de sus páginas mejor logradas, para que llegando a un número más alto de lectores pudiera cumplir el destino que los escritores señalan a sus libros: instruir y deleitar. Para dar una idea de esta obra baste decir que si no tiene las cualidades del libro de la Marquesa Calderón de la Barca, justo y apasionado, burlón y serio, pero siempre interesante, sí puede resistir que se ponga frente por frente. Quiero decir con esto que *La vida en México* está escrito desde el ámbito de la literatura: oficio literario, malicia, cuidadosa selección de los temas, y un don especial para encontrarle a las situaciones la hendedura por donde penetrar su corteza y dar en la sustancia, única manera posible de entender a los pueblos remotos y huraños como el nuestro. Era la señora Calderón de la Barca la cabal viajera de pico y pala que Federico Nietzsche quería para evitar esos libros que se quedan en la mera epidermis, incapaces de penetrar la pulpa, y que más sirven para nublar nuestra imagen que para iluminarla.

Fanny Chambers Gooch no tenía la sagacidad de la Marquesa, pero sentía por México una simpatía que la impulsaba a entenderlo, y por ende, a amarlo. Un hecho cualquiera de nuestra vida era para su afán de comprensión un punto de partida, válido para organizar una reflexión a ratos luminosa, a veces opaca, pero siempre teñida de fervor, persuadida del afán de dar en el blanco, en el cogollo de nuestra realidad más entrañable. A lo largo de cerca de 600 páginas, aquella discreta viajera deja un testimonio vívido acerca de nuestra

vida hogareña y social, de nuestras instituciones políticas, de nuestra historia y mitología, sin olvidar, sino por el contrario, poniendo en el tema, el mayor énfasis, nuestras capacidades artísticas, manifiestas en las letras y en la pintura. Quien se lo proponga tiene en *Face to face with the mexicans*, un campo ancho y pródigo para espigar noticias y juicios certeros y rápidos sobre la vida artística de México, en el último cuarto del siglo pasado. Nombres que no lograron un lugar en las páginas de nuestra historia literaria o pictórica, pero que fueron escalones del ascenso en esos capítulos, aparecen en la pluma de Fanny Chambers Gooch y se les acredita una flor en la guirnalda que ahora luce el arte mexicano. Pintores y poetas, músicos y periodistas de aquel tiempo, transitan por aquí como en su casa; con abandono, fieles a su imagen diaria. En este libro, por cierto, hay un primer intento de catalogar nuestros gestos y ademanes, sin los cuales no hay conversación completa y que de un modo feliz sazonan nuestras interlocuciones, tanto como las fórmulas corteses y los diminutivos. La autora tiene el buen tino de ilustrar éstas, como otras digresiones, con dibujos alusivos, oportunos y concordantes con la intención que preside la redacción de su libro. Y una cosa curiosa de notar: medio siglo después, el poeta y crítico del arte español, muerto entre nosotros, José Moreno Villa, se detuvo a observar tres de los ademanes que ya habían llamado la atención de la señora Gooch, y que aparecen ilustrando, con un parecido asombrosos, un penetrante capítulo de su libro *Cornucopia de México*. Son aquellos que sirven para indicar dinero, un espacio pequeño de tiempo, y el ademán con que se dice adiós.

Escrito en los días de gloria de don Porfirio, *Face to face with the mexicans* se adorna con los retratos de doña Carmelita y del dictador, quien además le escribe a la autora una carta agradeciéndole ésta y otras distinciones y deseándole feliz retorno a su patria.

La traducción española de esta obra, o por lo menos esa selección que ya hemos dicho, sería algo que viniera a ayudar al mejor entendimiento del Porfiriato, palabra ésta que, inventada por Filomeno Mata al parecer, alcanzaba su cabal connotación en la pluma de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas.

12 de julio de 1959

Un cenote, la tristeza de Martí

Yo no sé si lo leí en algún lugar de sus obras, o si se encuentra en algunas de las biografías de José Martí, o si me lo refirió alguno, o si lo inventé yo para agregarla a la mitología martiana, llevado de esa tendencia natural en el hombre de deificar un poco a los personajes que admira. El caso es que todos nos hemos hecho un Martí a nuestra imagen y semejanza, poniendo en su vida, pasión y muerte, escenas que lo agrandan ante nuestros ojos. Alfonso Hernández Catá, por ejemplo, escribió todo un libro con este título revelador: *Mitología de Martí*, en el que se cuentan, en una prosa que quiere remedar a la del maestro cubano, pasajes de su vida que rozan apenas la realidad, que si no ocurrieron, bien pudieron acaecer dada la grandeza de las obras que sí cumplió. En la historia y la leyenda martiana me place recordar aquel capítulo en que muy joven, pero ya poseído de la muerte que iba a matarlo, vino a México, a sumarse a nuestras luchas, a proclamarse un nacional más para los deberes y un extranjero para los derechos. Apenas llegado a la capital reclamó un sitio en las trincheras del periodismo y con aquella su pluma que no sabemos a qué hora y cómo se hizo tan sabia y tan pulida, libró desde las columnas del periódico, ya con su nombre, ya con seudónimo, nobles campañas en bien de la cultura mexicana. Alguna vez, por extremar su deseo de servir, hasta llegó a interferir con algunos, con Ignacio Manuel Altamirano, por ejemplo. Entonces, con humildad inseparable de toda grandeza, dio explicaciones, puso todo su empeño porque ninguna sombra empañara la transparencia de su conducta.

Sus artículos de aquellos años, tres cuartos de siglo, testimonian su precocidad en varias disciplinas y preocupaciones, así como un caudal de lecturas perfectamente asimiladas y sazoadas con los atributos de su delicada amabilidad, de poeta siempre. Lo que anticipó acerca del arte mexicano, principalmente la pintura, tiene todas las trazas de un vaticinio. Sus anticipaciones sobre el papel que a México estaba señalado para lo porvenir, se ha cumplido en una gran medida. Testigo de ese mal que no hemos dejado de padecer, consistente en estar de rodillas ante los modelos de la literatura extranjera, se preguntó cómo podía ser que la patria fuera libre y la literatura esclava; redujo a esta fórmula el contenido de su pensamiento a ese respecto: un paso en el camino de la independencia política. Sin literatura nacional, no hay independencia nacional completa, dijo más o menos.

Los altibajos de la vida de México, principalmente el que mira a las discordias intestinas, lo volvieron otra vez al combate y nuevamente, Ashaverus de la dignidad americana, se fue al mundo a repartir nuestra fama, a buscarnos amigos. Anduvo por Yucatán deslumbrado, de exclamación en exclamación, de un asombro a otro, pero que nada tiene de extraño si recordamos que Martí supo ver a tiempo lo que significa para la historia de los pueblos de América la presencia del indio. Quizá andando por aquellas tierras –quién sabe si no fuera más exacto decir piedras– se le ocurrió aquella afirmación, según la cual hasta que el indio no ande, no andaré América. Para sus prédicas, la visita al país de los mayas tenía una importancia capital. Porque para alcanzar la independencia de su isla y lograr la verdadera liberación de los otros pueblos del Continente, era indispensable llevar hasta la conciencia de su tiempo, la certeza de que no era verdad que los indios carecieran de la capacidad de gozar de los beneficios de la cultura; si en la antigüedad la habían hecho excelsa, en lo futuro, con las ganancias que el tiempo acumula, con mayor razón podían reanudar el hilo perdido de su historia. Y Yucatán era uno de esos lugares en que aquella capacidad tuvo asiento y se manifestó en su mayor esplendor. Andando, pues, Martí ávido de registrar cuanto hiriera su inteligencia, cuanto originara una reflexión en su espíritu, en verdad deslumbrante, de veras ejemplar, por no decir impar. Sobre el terreno escribió, para los periódicos en que colaboraba, artículos luminosos poblados de temblor; pero algunas de aquellas impresiones y sugerencias se le quedaron informulas en el recuerdo, soterradas, perdidas al parecer.

Muchos años más tarde, ya en las postrimerías de su vida, que tan poca felicidad tuvo, se dice que estando en un banquete político, en tierra extraña, se le escapó un suspiro en medio a la algazara. Un vecino suyo, extrañado de aquella, al parecer inmotivada tristeza en momento de entusiasmo, en un olvido de que también de plenitud y de presencia se suspira o se solloza, le preguntó la razón:

–Es un cenote, dijo José Martí. Y explicó que en Yucatán, donde no hay pozos ni ríos, cuando el agua cansada de correr debajo de la tierra, ciega y sin rumbo, de pronto rompe la piedra, digo la tierra, como si bostezara para sollozar y suspirar. Así mi corazón, dijo, del que parten y llegan también ríos de llanto, de pronto estalla y me busca los labios. Y ésa es la razón de mi suspiro y de este sollozo.

Y en labios del romántico que siempre fue José Martí temblaba todo el dolor del mundo.

19 de julio de 1959

La naturaleza de la literatura nacional

Las modalidades de la literatura nacional constituyen un tema de interés permanente. Hace cuarenta y seis años, a fines de 1913, don Francisco Gamoneda organizó, en su Librería General, una serie de conferencias en las que el problema a exponerse fue la cultura mexicana, con dedicación especial a la literatura nacional. Hombres de gran prestigio entonces, y que después lo alcanzaron más elevado, participaron en aquel suceso: Manuel M. Ponce, Pedro Henríquez Ureña, Luis G. Urbina, Federico Gamboa y Jesús T. Acevedo. La mayoría coincidió en algunos rasgos distintivos del alma mexicana: la malicia epigramática y la melancolía fueron señalados por Urbina como constantes a lo largo de su desarrollo, amén de otras notas secundarias. Ponce atribuyó carácter melancólico a la música mexicana y algo muy curioso, se refiere a su concordancia con las horas crepusculares, en que suele oírse, es decir, a una suerte de proyección sentimental. Henríquez Ureña, de manera más categórica y rigurosa, fundando sus afirmaciones en graves razonamientos, definió la manera de ser del mexicano, en análogas consideraciones, que no por reiteradas pierden valor.

Algo extraño y es lo que me propongo señalar, es que ninguno de aquellos tres conferencistas; Urbina, en la conferencia “La literatura mexicana”, primera de la serie, ni Ponce en su “Música popular mexicana”, ni Pedro Henríquez Ureña en “El mexicanismo de Alarcón” recuerdan que Vicente Riva Palacio, en una digresión contenida en la semblanza de Alfredo Bablot —*Los cerros*, 1882— había dicho: “El fondo de nuestro carácter, por más que se diga, es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros a esa vaguedad, a esa melancolía a que sin querer nos sentimos atraídos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las piezas de música que en los salones cautivan nuestra atención y nos conmueven, siempre el tono menor aparece como iluminando el alma con una luz crepuscular.” Juicio éste en el que se pueden ver las palabras clave en todas estas

reflexiones: melancolía, tono menor, vaguedad, crepuscular. La probidad intelectual de Urbina, de Ponce y de Henríquez Ureña nos inducen a pensar que de haber conocido ese lugar perdido en las obras de Riva Palacio, habrían acreditado al General el hallazgo; pero el caudal de sus informaciones, sobre todo las de Urbina y Henríquez Ureña nos autorizan a concluir que parece imposible que desconocieran ese atisbo, con más razón el último que de un modo tan claro apunta la añoranza como inseparable de algunos poemas de Riva Palacio. ¿Qué ocurrió? Es cosa que no sabemos ni tiene mayor importancia.

En fecha reciente, apenas poco más de tres años, el Instituto Nacional de Bellas Artes organizó otra serie de conferencias sobre la literatura nacional. Ahora participaron el ilustre maestro Ángel María de Garibay K., Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, etc., y se volvió a insistir sobre las características del espíritu nacional. En la primera de ellas, Garibay insistió en la delicadeza, la suavidad, la finura, el tono mesurado, como los encantos permanentes de nuestras letras: herencia de los poetas indios que tenían miel en el alma y obsidiana en las manos endurecidas. Además, el sabio nahuatlato enriqueció la discusión con un nuevo fundamento: el color, elemento sagrado dentro de la vida mexicana y que formaba parte de la concepción que aquellos pueblos tenían del Universo. Recientemente, y siguiendo las enseñanzas del propio Garibay, Miguel León-Portilla ha publicado la segunda edición de su libro *La filosofía náhuatl*. El color, la sangre, el medio tono, la delicadeza son, pues, los aspectos de la personalidad mexicana. Por eso, repetiré, coincidiendo con Garibay, lo dicho en otra ocasión: la literatura nacional viene del mundo de los poetas indios que no mueren en el poeta de hoy, como un gran río no muere cuando encuentra el mar, sino que lo endulza en un gran trecho. La melancolía, producto de un suelo en que el sol luce y la luna se quiebra en las flores: un eco de aquella musical elegía de los *teponaztlis* y las flautas que siguen cantando en el corazón de cada mexicano.

26 de julio de 1959

La novela, el género literario más difícil

En diversas ocasiones hemos insistido en que la novela es el género literario más difícil por tener un mayor número de reglas para su ejecución y por exigir

condiciones más intrínsecas de escritor. Su factura requiere a un tiempo un escritor, un ambiente y un pueblo. Hasta que no se descubra, hasta que no se identifique por sus más esenciales atributos al hombre americano, la novela que se forje entre nosotros será simplemente el anuncio, la promesa, la señal, la certeza de que se trabaja en su búsqueda. Lo que hay es una naturaleza americana, bravía, inculta, pero más real, más poderosa que el hombre, hasta el grado de que éste vive y muere pendiente de su acecho, defendiéndose de ella. No su aliada, sino su enemiga. No en balde las novelas que corren en América, como nuestras novelas, son un resumen de nuestra naturaleza, en la que el hombre forma al lado de la flora y de la fauna; los personajes son un poco árbol y otro poco tierra. Cuando el hombre se descuida en América le nacen hojas. Algo nos está diciendo que éste no es todavía el hombre americano. Cuando le vemos descrito en las novelas, nos disgusta, así admiremos su envidia, su calidad telúrica. Quien lo describe se queja de él, lo considera un fracaso de la tierra, algo así como una aberración, pese al deleite que su espectáculo sugiere. Cuando Mariano Azuela, cuando José Eustasio Rivera, cuando Rómulo Gallegos, cuando Ricardo Güiraldes lo enfrentan, lo pintan natural, sin labranza. Muestran la cantera nada más en que alguna vez será esculpido.

No está por demás recordar que el Conde de Keyserling afirmó que América se encontraba en el tercer día de la Creación; alguna vez dijo Domingo Faustino Sarmiento que parecemos ser naturaleza. Por eso sus palabras iniciales en el *Facundo* siguen teniendo vigor y verdad. Palabras más, palabras menos, afirma que si un destello de literatura nacional podía brillar momentáneamente en los nuevos pueblos americanos, éste sería el que resultara de la descripción de las grandiosas escenas naturales y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia, lucha imponente en América que da lugar a escenas peculiares, tan características y tan fuera del círculo de las ideas en que se ha educado el espíritu europeo, que los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres.

Por ello no es extraño que hasta fecha reciente nos hubiéramos dedicado a describir la naturaleza, a describir el hombre americano, el que aún permanece colgado de la naturaleza, como el pequeñuelo de los hombres de nuestras indias. Sin embargo, Novela es versión de la vida. Por eso durante muchos años se ha considerado como las novelas fundamentales de América, *La vo-*

rágine, Don Segundo Sombra, Doña Bárbara, Los de abajo. El hombre americano sigue pendiente de la voz de la naturaleza que lo secunda, por eso la novela americana no produce una obra novelesca en el sentido de Dostoiewsky, Balzac, Stendhal. Sin que en ello estimemos que haya detrimento en la apreciación de los nuevos novelistas que comienzan a seguir los carriles novelísticos europeos: Luis Spota, Eduardo Mallea, etc.

Existe otro grupo de escritores que, huyendo de la selva, la pampa, y la sierra se pusieron a escribir, atentos a ejemplos europeos, escribieron novelas –de alguna manera hay que llamarlas– sin emoción mexicana, sin raíz humana, mera literatura. *Novela como nube* de Gilberto Owen; *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia, pueden ser los ejemplos clásicos de esta manera de la novela mexicana. Están escritas de espaldas a la patria. La literatura la hacen las mejores inteligencias de un pueblo. Y si los escritores copian, parte de inspiración ajena, se puede pensar que algo funciona mal en ese pueblo. Porque una patria es, al mismo tiempo que su constitución política, su literatura. Por eso los grandes escritores han sido siempre nacionales y han estado afiliados a las ideas más generosas, más excelsas de su tiempo. Natural, sencilla, directamente un gran artista procede de su tierra. Otra cosa es mentir, es precipitarse por las cavernas de la barbarie literaria, como decía Ángel Ganivet.

2 de agosto de 1959

Leonardo Márquez

Los planes, manifiestos, protestas, aclaraciones y otra serie de documentos fueron, durante el siglo pasado, los elementos que hicieron la función del libro. Ahora que los escritores de tipo liberal se apresuran a recordar con la permanencia que el caso requiere, el Centenario de las Leyes de Reforma, no está por demás traer a cuento algunos de aquellos Manifiestos. De primera importancia son los que fueron coleccionados por don Ángel Pola, bajo el título *Manifiestos (El Imperio y los imperiales)*. Por Leonardo Márquez, lugarteniente del Imperio. *Rectificaciones de Ángel Pola*. Este libro apareció el año de 1904; fue su editor Vázquez, que tenía sus talleres de imprenta por las calles de Tacuba, en el número 25. Aquí se sirvió el perseverante polígrafo, de distintos acontecimientos, entre ellos, la forma en que conoció al sanguinario “Tigre

de Tacubaya”. Nos relata distintos hechos donde rectifica el libro del general Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas horas del Imperio*.

De su recuerdo que hemos mencionado en primer término, vamos a transcribir sus primeras palabras: “Quizá yo haya sido una de las causas ocasionales del regreso del general Leonardo Márquez a México. Voy a decir por qué: desde 1892, por diversos motivos históricos y políticos, escribí su nombre en la prensa para familiarizarle nuevamente con el público; si me ocupaba en el 11 de abril de 1859; si en el 3, el 15 y el 23 de junio de 1861, en que Melchor Ocampo, Santos Degollado y Leandro Valle fueron sacrificados por la reacción; si en el Presidente Félix Zuloaga, rey de burlas; si en la Intervención y el Imperio; si en la caída de las plazas de Querétaro y México, y si en el archiduque Maximiliano, mentaba yo siempre aquel nombre siniestro con todas sus letras. De vez en cuando aparecían fragmentos de alguna carta que me escribía desde La Habana, que eran reproducidas por los periódicos de color político subido, sin adjetivarlos con aspereza.”

Así las cosas, cierto día apareció en *El Partido Liberal*, publicación oficial, cuyos redactores lo leían sólo en la gaceta y el boletín del *Monitor Republicano*, este insurgente párrafo:

“El lugarteniente del Imperio anhela volver a México y hay alguien que procura allanarle el camino por donde el perdón ha de venir.”

Transcurrido algún tiempo, Márquez escribió a don Manuel Romero Rubio, Ministro de Gobernación, diciéndole “que la República estaba cimentada y que la paz era un hecho consumado, que los odios de partido se habían extinguido, que hacía años que sufría en el destierro, que solicitaba permiso para volver al país, que prometía no inmiscuirse en política, y que quería venir aquí a acabar sus últimos días. El señor Romero Rubio dio cuenta de la solicitud al Presidente de la República, general Porfirio Díaz, quien siempre magnánimo con los grandes pecadores políticos, acordó de conformidad”.

Después nos sigue relatando cómo se encontró con el terrible corifeo de los conservadores, quien al pisar tierra mexicana expresó, con los ojos arrasados en lágrimas, que volvía a la patria después de 27 años; sus presentaciones con las autoridades del Puerto de Veracruz y después el encuentro con el propio Ángel Pola.

Señalamos que fue en 1904 cuando se publicó esta obra. Año también de la publicación de *El verdadero Juárez* de Francisco Bulnes, y también de la edición de numerosos trabajos de liberales y conservadores. Hoy que celebramos

el Centenario de la Reforma, ¿no sería posible que los editores se encargaran de reimprimir estos libros? Seguramente que un prólogo de Antonio Martínez Báez, de Jesús Reyes Heróles o de Daniel Moreno, harían imprescindible la consulta de estas obras ya totalmente agotadas. Tal vez Porrúa Hermanos, la Casa Robredo, o ¿por qué no?, el Fondo de Cultura Económica son las editoriales a quienes corresponde tan importante tarea.

16 de agosto de 1959

Melchor Ocampo

Hay hombres cuyas actividades encaminadas en determinado sentido, ocultan otras, no menos importantes. Esto ocurre con frecuencia entre los escritores que derivan hacia la política, o de los literatos, digamos novelistas, poetas, que prefieren otro género de disciplinas: la sociología, el derecho, etc. Tal es el caso, pongamos, de Emilio Rabasa, de quien recientemente hará tres o cuatro años, la Casa Porrúa, en su “Colección de Escritores Mexicanos”, publicó sus novelas que se encontraban agotadas: *La bola*, *La gran ciencia*, *Moneda falsa* y *El cuarto poder*. Rabasa, como todos saben, debe su prestigio a su obra de jurista y de sociólogo, con *El artículo 14 constitucional*, *La evolución histórica de México*, su extraordinaria *Constitución y dictadura*, y otros libros no menos prestigiados.

Pero si hay algunos autores que han sido reeditados, existen muchos cuya obra permanece en el olvido, en razón a que apenas si su pensamiento se divulgó, porque fueron hechos sus libros en tirajes pequeños, porque publicaron en revistas o periódicos, o por el simple transcurso de los años. Quiero hacer un recuerdo del gran pensador político don Melchor Ocampo, conocido sobre todo por su obra reformista, por su actuación política, en tanto que su obra literaria permanece en el olvido, no porque carezca de calidad, sino porque nadie ha tenido el cuidado de hacer nuevas ediciones. En particular me voy a referir a un estudio de filología, de aquel hombre cuyos conocimientos de química y de física, de botánica y de zoología, eran muy vastos. A su erudición, en materia política, además habrá que agregar su calidad de conocedor del idioma, lo mismo en el castellano purista que en los modismos nacionales.

“Idiotismos hispano-mexicanos” es el nombre del ensayo a que aludimos, y lleva este agregado: “o más bien, primeros Apuntes de un Suplemento al

Diccionario de la Academia Española, por las palabras que se usan en la República de México como parte del dialecto castellano que en ella se habla”. Creemos que nuestro lamento por su escasa difusión no durará mucho, pues hay una editorial en formación que piensa editar este libro, así como otros no menos raros e importantes, como la primera *Historia de la literatura mexicana*, cuyo autor es un distinguido estudioso del Occidente, el doctor Miguel Galindo.

Volviendo a Melchor Ocampo, recordaré algunas palabras que puso en la introducción: “...al emprender la publicación de los apuntes que una larga travesía por mar nos hizo recoger y que en un deseo de servir en algo nos movió a coordinar y hacer imprimir, pretendemos solamente dar el catálogo de algunas de las voces que conocemos en México, las unas como peculiares a nosotros, las otras son nacidas en España, pero no explicadas en el Diccionario de la Lengua. Pero hemos querido darlas a conocer tales como ellas se usan y pintarlas como suenan en casi todos los labios mexicanos. No ha sido, pues, necesario, separarnos un tanto de la Ortografía usual, a fin de que nunca se dude sobre el valor de los signos que empleamos, pues creemos que es este el único modo de hacer constar este hecho: los mexicanos del año de 1844, hablaban así. ¿Hacían bien? Nosotros creemos que sí”.

Después de estas palabras vienen los argumentos para justificar esta afirmación. Pensamos que si se edita este ensayo, ganará no solamente el prestigio del ilustre pensador mexicano, sino el conocimiento de un literato más y sus aportaciones al conocimiento de la lengua mexicana, en una época en que no se contaban con elementos tan valiosos como las investigaciones del “Seminario de cultura náhuatl” que dirige el sabio Ángel María de Garibay K.

23 de agosto de 1959

Madame Calderón de la Barca

Son muchos los viajeros que a su paso por México nos han dejado sus impresiones, en muchos casos sagaces, en otros superficiales y ligeros; pero siempre destacando alguna nota que nos es de gran utilidad en nuestros días para conocer la vida mexicana, bien sea de principios del siglo pasado, mediados o fines; épocas todas en las que la sociedad nacional cambiaba con una celeri-

dad impresionante. Hay estudios profundos como los del Barón de Humboldt, de quien por cierto este año se ha celebrado el centenario de su muerte, sin que en México le hayamos rendido los honores que merece. Pues su *Ensayo político sobre la Nueva España* es uno de los libros clásicos en la sociología, en la economía y en otros renglones científicos. Del autor de *Don Juan Tenorio*, José Zorrilla, ya hemos hablado en otra oportunidad. De los europeos que vinieron como acompañantes de Maximiliano y Carlota en su trágica aventura, son muchos los libros; algunos traducidos al español, otros que permanecieron en su idioma original. Ahora queremos hacer un recuerdo de Madame Calderón de la Barca, la escritora inglesa que, en su libro *La vida en México*, nos ha entregado un gajo vasto y profundo de la vida mexicana en su cuarta década del siglo XIX.

Todos recuerdan seguramente las extraordinarias descripciones que nos dejó Guillermo Prieto de las tierras capitalinas, lo mismo particulares que las de algún santo patrón que congregaba a las multitudes. También son notables las descripciones que hizo Juan Bautista Morales, uno de los más grandes periodistas y ciudadanos del México de la centuria pasada, quien hizo un periodismo que, por fortuna, en nuestros días tiene un representante a la altura de aquellos grandes: Zarco, Ramírez, Altamirano, etc. Claramente se comprende que estamos pensando en Renato Leduc.

M. Calderón nos pintó San Agustín, descrito por otros autores, en la siguiente forma:

Después de mi carta anterior hemos estado en San Agustín de las Cuevas, un pueblo desierto la última vez que lo vi, pero vasta colmena y hormiguero durante tres días en el año. ¡San Agustín! Al oír tu nombre, ¡cuántos corazones palpitan de emoción! ¡Qué de manos registran maquinalmente los bolsillos vacío! ¡Cuántas visiones de onzas de oro, que se fueron para siempre, no pasan por delante de los ojos angustiados! ¡Cómo se oye de nuevo el apagado cacareo de los gallos heridos! ¡Qué rasguear de guitarras y tocar de trompetas vuelven a escucharse! Otros, sin embargo, pueden echar una vista a su alrededor satisfechos de ver su hacienda bien abastecida y sus raudos y cómodos carruajes, y recordar el día en que con una capa raída y tres modestas onzas de postura, solicitaron por vez primera los favores de la Fortuna, y al cabo de unos días en San Agustín, en donde llegaron indigentes y desconocidos, se encontraron poseedores afortunados de oro, de tierras y de casas, y aun más todavía, gozando de una fama sin tacha, pues el que hace volar el polvo de oro ante los ojos del

vecino le empaña la vista. Mas estos favorecidos de la diosa ciega son pocos y ocasionales, y en su mayoría se convierten, para más seguridad, en accionistas de las partidas de San Agustín, colocando así sus dineros en algo mucho más seguro, decididamente mucho más, que si lo depositaran en el Banco de los Estados Unidos.

(Traducción de Felipe Teixidor.)

30 de agosto de 1959

Hermann Beyer, arqueólogo alemán

Durante una breve estancia en Colonia, me vino a la memoria el nombre de Hermann Beyer, nacido en esa ciudad en el último cuarto del siglo pasado, hacia 1880. En Viena, acababa yo de adquirir, por unas cuantas monedas, su ya muy raro estudio sobre las antigüedades mexicanas, *El llamado calendario azteca*, publicado en México, en 1921, y que ha venido a ser como uno de los puntos de partida de numerosas investigaciones arqueológicas. Su relectura, en efecto, así parece probarlo, por remisión constante que nos hace a libros y a investigaciones más cerca de nosotros. Aparte las aportaciones originales de Beyer, el opúsculo representa por lo menos, un resumen y una discusión de cuanto más importante se había dicho hasta entonces de la Piedra del Sol.

Me propuse, pues, que al volver a México, averiguaría algo más acerca de la vida de Beyer entre nosotros. Pero he aquí que de momento muy pocas noticias se pueden tener a la mano. Se sabe que fue profesor de arqueología mexicana en la Universidad Nacional, pero nada acerca de cuándo llegó a México ni en qué época se fue. Su actividad científica, aunque no muy abundante, queda dispersa en revistas y publicaciones de aquellos días, señaladamente en *El México antiguo*, en que publicó algunos de sus más destacados trabajos. El valor de sus reflexiones y de sus descubrimientos se evidencia en las constantes referencias que aparecen en trabajos posteriores sobre arqueología mexicana. Pero Hermann Beyer no sólo investigó, no nada más reunió erudición, sino que puso algunas de las bases para corregir y desterrar de la opinión corriente acerca de nuestras antigüedades, muchas de las aberraciones que se habían venido heredando a través de los siglos. ¿No se atrevió a recurrir al arte griego para situar algunas de las manifestaciones de las artes precolombinas de México? ¿No ponderó alguna vez el arte del Méxi-

co antiguo con el fervor que pudiera hacerlo del griego, el egipcio y el caldeo? La actual boga, y el favor de que gozan las artes antiguas de México en el mundo, no puede ser separada del nombre de aquel alemán gigantesco, cuya vida estuvo consagrada al estudio, sin que ninguna otra pasión lo distrajera.

En 1937, lo encontré en Nueva Orleans como investigador del Instituto de Investigaciones de la América Media de la Universidad de Tulane, entonces bajo la dirección de otro devoto del pasado mexicano, Franz Bloom. Beyer trabajaba entonces acerca de la cronología maya, sin pausas, sin tregua. Y cuando abandonaba su mesa de trabajo era para hablar de México y de la historia de México. Los sábados, religiosamente, iba al centro de la ciudad para cenar y beber cerveza abundantemente. Yo lo acompañaba en esas correrías, dichoso de escuchar el relato de sus viajes por las zonas arqueológicas mexicanas. Alguna vez hablaba de sus amigos, de sus discípulos. Algo, sin embargo, solía empañar nuestras veladas, y era su odio a las democracias y su cerrada simpatía por el nacionalismo alemán. Yo cometí el error de discutirle sus opiniones, cuando sólo debía oírlas. Justamente aquel odio y aquella simpatía, expuestas en todos los tonos, lo llevaron a un campo de concentración de los Estados Unidos, donde murió pobre y olvidado de todos.

Yo quise ahora recordarlo. Y sugerir a quien pueda hacerlo, que reúna sus estudios en un volumen para que salgan, una vez más, a librar batallas a favor de nuestras viejas culturas.

6 de septiembre de 1959

Francisco Sumichrast, sabio suizo

Ya en otras ocasiones hemos hablado de Luciano Biart, aquel viajero y naturalista francés que, habiendo llegado a nuestro país, al mediar el siglo pasado, se quedó entre nosotros hasta el año 64 por lo menos, es decir, hasta que Maximiliano vino a México. Entre sus libros hay uno que debieran leer todos los niños mexicanos, si no es que también todos los jóvenes mexicanos, *Aventuras de un joven naturalista en México*, publicado en Francia, y más tarde en 1880 en México por la Librería de la Enseñanza de N. Chávez, traducido por Hilarión Frías y Soto. Libro de un poeta, de un creador a quien conduce un hombre de ciencia. Las grandes escenas de la naturaleza mexicana, lo apasionaron y

supo describirlas con pluma que en nada cede al lápiz de algunos de los más afamados artistas plásticos que nos han visitado: Rugendas, por ejemplo. Las *Aventuras* tienen por escenario la tierra caliente de Veracruz, de Oaxaca al sur, hasta Minatitlán. La flora y la fauna mexicanas de aquella zona son el tema del libro, pero no faltan las digresiones de toda índole y, de cuando en cuando, se incorpora al texto la mera divagación literaria, que viene a ser como el grano de sal que lo sazona.

De este libro hemos hablado ya en otra *Alacena*. Sin embargo, vuelvo ahora a él para insistir en otro personaje, también insigne viajero y sabio: Francisco Sumichrast que acompañó a Biart y a su pequeño hijo en aquellas aventuras. Dejemos a Luciano Biart que proporcione los rasgos salientes de su retrato, mientras llega la hora de que le dediquemos esta sección con las noticias más completas que podamos obtener de su vida y de su obra. Sumichrast vivía en Córdoba de donde se trasladó a Orizaba para unirse a la excursión, la víspera del viaje. “Yo –dice el autor– había dado parte de la excursión proyectada a mi amigo Francisco Sumichrast, sabio suizo, muy conocido por sus descubrimientos en historia natural, y en cuya compañía he viajado mucho.” Su llegada acabó de decidir a la familia acerca de la conveniencia de que Luciano, niño de nueve años, se sumara a la pequeña caravana. “¿Se podía esperar otra cosa de un compañero de Topffer?”, se pregunta Luciano Biart. “A tu edad –dijo Sumichrast al niño– ya había yo dado la vuelta a la Suiza con mi maleta a la espalda, y había tratado de comer bifstecks de oso. Yo he asegurado a que te manejarás como un hombre, ¿es verdad?”

El niño asiente, asegura que seguirá el ejemplo de su maestro.

“Bien –dice don Francisco–. Anda a descansar: si cumples tu palabra, dentro de un mes, cuando estemos de vuelta, tendrás seis pies de talla.”

Era el día 20 de abril de 1864. En la iglesia de San José de Gracia de Orizaba dan las cuatro de la mañana. Los viajeros desembocan en la gran calle que conduce a la garita de la ciudad.

“Sumichrast –dice Biart– iba adelante. Alto, ancho de hombros y con su frente altiva, representaba la fuerza, a pesar de sus ojos azules y de sus cabellos rubios. Ornitologista distinguido, mi compañero no se encontraba bien sino en medio de los bosques, y sentía vivamente no haber nacido indio. Melancólico sin ser triste, su habilidad en el tiro de rifle, y su risa silenciosa, me hacían compararlo frecuentemente a Brazo de cuero, nada más que era un Brazo de cuero cortesano y sabio. Su gravedad no se imponía a Luciano porque lo co-

noía desde hacía mucho tiempo... Su inteligencia encantaba a Sumichrast, quien frecuentemente se divertía con él, y le llamaba Rayo de sol, al escuchar sus salidas tan oportunas.”

La imagen física, moral y científica del sabio suizo se reparte por toda la extensión del libro. Con otras cosas que en las *Aventuras de un joven naturalista* nos cuenta Luciano Biart y algunas noticias que recogimos hace unas cuantas semanas en Ginebra, su ciudad natal, armaremos una próxima *Alacena* sobre Francisco Sumichrast, quien tanto sirvió a la ciencia mexicana de su tiempo.

13 de septiembre de 1959

XXV Aniversario del FCE

Con una gran fiesta a la que concurren escritores y artistas mexicanos, así como los extranjeros de nuestro idioma que acertaron a estar en la ciudad, fue celebrado el XXV aniversario de la fundación del Fondo de Cultura Económica. Estuvo también presente el ciudadano Adolfo López Mateos, en su doble condición de mandatario y de hombre aficionado a las letras, su conocedor y, a ratos, poeta furtivo. La concurrencia escuchó tres discursos, todos de señalado valor, como de quienes los pronunciaron: Emigdio Martínez, Juan Rulfo, y Ezequiel Martínez Estrada. El primero, por la Junta de Gobierno de la editorial; el segundo, por los escritores mexicanos, y el último por los escritores iberoamericanos. El discurso del argentino Martínez Estrada queda en los anales de la fiesta de la cultura mexicana como una de las grandes piezas literarias, cosa que a nadie debe extrañar, si se recuerda que su autor es de la misma familia de escritores a la que pertenecen Lucio Mansilla, Leopoldo Lugones, Jorge Luis Borges, pongamos por ejemplo. El filósofo, el ensayista, el creador literario que hay en Martínez Estrada tuvieron ocasión de manifestarse en toda su grandeza. Algunas de sus reflexiones sobre la cultura primitiva de México, quedan ya como penetrantes atisbos sobre esa materia.

Pocas veces una empresa editorial ha alcanzado tamaño éxito. Todo indica que la tarea del Fondo de Cultura Económica ha sido extraordinaria: las más famosas universidades de América, las más renombradas librerías de éste y del otro continente han adornado sus escaparates con los libros impresos por la gran casa editora; diversos organismos le han dedicado un acto de homenaje.

El Fondo de Cultura Económica ha poblado como de ceibas y de robles, el monte y la llanura, las laderas y los valles, con libros que llevan su cifra.

A los veinticinco años, la gran editorial ya tiene historia y ya tiene leyenda. Porque no otra cosa son las distintas versiones que corren sobre su nacimiento, ni a otra cosa podría conducir el volumen de libros que hasta ahora lleva publicados: varios millones repartidos en unos cuantos centenares de títulos. ¿Cuántos escritores, cuántos pintores, cuántos hombres de ciencia, cuántos artistas se han confabulado para crear esta fabulosa empresa. Si los contáramos se vería que son centenares. No extremamos si decimos que cada libro, física y espiritualmente considerado, es la suma de los esfuerzos de cien hombres. Nada de extraño, pues, que al cumplir el Fondo de Cultura Económica sus bodas de plata, su labor ya se adorne con los fulgores y reflejos de la mitología y la fábula.

Las letras de sus siglas, que don Ángel María de Garibay ha tenido la graciosa ocurrencia de interpretar como significado de Fe, Esperanza y Caridad, amparan algunas de las más significativas bibliotecas que se hayan intentado a lo largo de la literatura de nuestros pueblos. Pongamos sólo dos ejemplos: la “Biblioteca Americana” y la de los “Breviarios”. En la una se han reeditado algunos de los grandes autores de nuestra literatura: Juan Ruiz de Alarcón, Andrés Bello, Rubén Darío, Gonzalo Fernández de Oviedo, Lucio Mansilla, José Joaquín de Olmedo, Domingo Faustino Sarmiento, entre otros. Cada uno antecedido de prólogos y estudios escritos por sus pares en época contemporánea. En la otra, esto es, en en la colección de los “Breviarios” se ha dado a los lectores en unas cuantas páginas, apretadas, estrictas, el panorama del saber contemporáneo. Ese lector que ya no tiene tiempo que repartir en la lectura, encuentra en uno solo de estos Breviarios, los diversos aspectos de la sabiduría humana: el relato y la historia, el mito y la ciencia, la imaginación más desbordada y la razón mejor gobernada. ¿Quiere el lector un título? Hélo aquí: *La vida inverosímil* por Heinz Wolterreck. ¿Quiere otro? Aquí lo tiene: *En el país de las maravillas. Relatividad y cuantos* por G. Gamow.

Y ahora una esperanza y una reflexión final: quieran los hados de los próximos veinticinco años, tengamos un pueblo que sepa gozar este pan a cuyo horno todos arrimamos una brasa.

20 de septiembre de 1959

Ezequiel Montes

La generación mexicana que hace cien años luchó por el progreso de nuestro país, por la superación de una economía feudal y la transformación en una nación moderna, tiene características que la hacen digna de estudio. Lo mismo en los artículos publicados, en la correspondencia inédita, en los folletos llenos de pasión de aquellos días, en la tribuna parlamentaria, exhibió su extraordinaria capacidad de lucha, su afán por no cejar un momento en el combate. Muchos de aquellos hombres son totalmente desconocidos de los mexicanos del presente, y apenas si una calle, cuyo origen se ignora, recuerda el nombre de aquellos paladines. Uno de los más ilustres es don Ezequiel Montes, católico acendrado pero patriota inmaculado, a quien le tocó realizar las gestiones diplomáticas ante la Santa Sede, con el objeto de abreviar la lucha, con el propósito de atenuar los efectos terriblemente disociadores de la nacionalidad.

Existe una carta interesante, reproducida en el *Epistolario* de Benito Juárez, páginas 80-82 (Selección y prólogo de Jorge L. Tamayo), en la que don Ezequiel expone la situación de su estancia en Roma, y de las gestiones realizadas. Está fechada en Aix Les Bains, Francia, el 18 de junio de 1858, es decir, el mismo año de la asonada de Tacubaya. En ella le expresa el señor Montes, al Presidente Juárez, su deseo vivo y sincero de que se realicen las previsiones del segundo, referentes a un triunfo completo sobre el servilismo. Espera que la carta le alcance en la Capital de la República, pero ya el Patricio había recorrido el Bajío, Jalisco, Colima, y tomado el rumbo de Panamá para recalar en Veracruz. De esta epístola tomamos las siguientes líneas:

“En 19 de octubre de 1856, se celebró en Palacio una junta compuesta del Excmo. Señor Presidente de la República, de los Ministros de Relaciones, Justicia y Hacienda, y de nuestro enviado a Roma, D. Pedro Escudero, con el objeto de resolver sobre su marcha al punto de su destino. La junta comenzó a las nueve de la mañana, y concluyó a las tres de la tarde con la resolución de que el Sr. Escudero partiera sin demora para la corte de Roma. Al otro día estalló la segunda rebelión de Puebla, y los recursos que debieron servir para el envío del Ministro se emplearon en procurar el restablecimiento de la paz. Apenas concluía el segundo sitio de Puebla, cuando una división de lo más granado del ejército se rebelaba en San Luis Potosí: vencida esa rebelión en febrero, se excitó al Sr. Escudero para que se encaminara a Roma, pero el es-

tado que guardaba la salud de nuestro enviado en esos días, le obligó a hacer dimisión del encargo. Nombrado yo en su lugar, partí de la capital el día 10. de mayo y llegué a Roma el 24 de junio. El día siguiente pedí una audiencia al Cardenal Secretario de Estado del Santo Padre y el día 27 tuvimos nuestra primera conferencia. Después de dos horas y media de cargos, explicaciones, réplicas y contrarréplicas, salí del Quirinal creyendo que todo estaba perdido; porque hallé el terreno horriblemente preparado en nuestra contra. La conclusión por entonces fue: que su Emcia. daría cuenta al Santo Padre, que se hallaba en Bolonia, de mi llegada y del objeto de mi misión; y que en otra conferencia me comunicaría el resultado.”

Después se relatan diversas peripecias, las diferencias que existían para el arreglo, entre las que figuraban, con mayor fuerza, la relativa a que se devolviera al clero su capacidad política, al igual que su capacidad para adquirir. Al final, sin arreglo posible, y ya en plena lucha, advertimos la capacidad de sacrificio de aquellos mexicanos que de un modo denodado lucharon por la formación independiente, republicana y liberal de México.

27 de septiembre de 1959

Filomeno Medina

La literatura satírica del siglo XIX es poco conocida, no obstante las historias literarias que andan por ahí, y es que para conocerla se requiere una investigación en las revistas y periódicos de la época. También en los folletos cuya adquisición es casi imposible en nuestros días. Sin embargo, de tarde en tarde pasan por nuestras manos algunos de esos folletos. Quiero hacer un recuerdo emocionado de un opúsculo, que pronto será dado a conocer en la colección “El siglo XIX” que dirige Daniel Moreno. Se trata de la *Aparición milagrosa del apóstol Santiago*, cuyo autor es uno de los más eminentes periodistas de la pasada centuria: Filomeno Medina, colimense de origen y uno de los más implacables críticos de las fuerzas regresivas. Filomeno Medina, a través de su periódico *El Perico* combatió en su provincia a favor de los principales liberales de un modo tesonero, hasta su muerte, la que fue sentida por todo el periodismo nacional de aquellas fechas, según se puede ver por las crónicas, lo mismo de voceros de la ciudad de México, de Guadalajara, Veracruz, Morelia, etc.

Vamos a dar a nuestros lectores un fragmento de la expresada *Aparición* en la que se advierten las calidades que hemos señalado:

*Ahora que ha tenido lugar
 en una fecha reciente
 un estupendo milagro
 de la manera siguiente:
 Eran en punto las doce
 de una noche silenciosa
 cuando allá en el interior
 de una casa, arrodillado
 y de diez beatas rodeado,
 un clérigo se encontraba,
 el cual triste lamentaba
 los triunfos que día por día
 arrancaba la herejía
 al Ejército Cruzado;
 y con frase acongojada
 recitaba fervoroso
 con sonsonete gangoso
 esta mística Oración:
 “Glorioso Apóstol Santiago,
 Fuerte espada celestial,
 Intrépido General
 de la España protector.”
 Saltando murallas vas
 siempre de la cruz en pos;
 que te han visto combatir
 tronchando a diestra y siniestra
 las cabezas a decenas
 cual si fueran berenjenas
 sin poderte resistir.
 –Tú que a la infiel Media Luna
 con valentía has humillado,
 y sobre ellas has elevado
 el signo de la redención,*

*dejando con sangre impura
la tierra toda bañada
y con destrozos sembrada
por la Santa religión.*

4 de octubre de 1958

Zorrilla y su funesta facilidad de escribir

Entre los muchos artículos que se publicaron para celebrar en 1955 el centenario de la llegada de José Zorrilla a México, recuerdo uno principalmente, porque daba a conocer un madrigal hasta entonces inédito del inconstante y veleidoso poeta de Valladolid: el que publicó en *Excelsior* Rodolfo Nervo acerca de la amistad de Zorrilla con Carlota y Maximiliano. Un artículo de periódico en que el autor contaba de paso muchas cosas relacionadas con el centenario, con la vida de México al mediar el siglo pasado, con libros y recuerdos de aquellos y de estos tiempos. Rodolfo Nervo trajo a cuento un lugar de *La flor de los recuerdos* en que el poeta romántico español refería su encuentro con los emperadores en una hacienda de los Llanos de Apan, quizá en la de Barrio. Maximiliano le había sido simpático desde el primer encuentro, no así Carlota que no lo fue nunca. En lo que en opinión de Nervo, mentía Zorrilla. Y para probarlo cuenta lo que en tertulias literarias oyó, lo que le refirieron supervivientes de la época, lo que acerca de los acontecimientos había leído. Zorrilla, como se sabe, salió de aquel encuentro amigo y lector de cámara del emperador. No quería otra cosa el bardo errante. Y a contar de entonces no aspiró a otra cosa que a entretener los ocios de sus soberanos, sobre todo, a los de la emperatriz a quien recitaba los poemas que le inspiraba y aquellos suyos que solicitaba. Zorrilla llegó a convertirse en compañero inseparable: entraba a palacio con la sola presentación de su tarjeta, asistía a Chapultepec, era invitado permanente a Cuernavaca. Su sola tarea era decir poemas, suyos y ajenos, durante las largas sobremesas.

Si Carlota le era antipática, muy bien que lo disimuló José Zorrilla. Para probarlo, cuenta Rodolfo Nervo, que en su niñez tepiqueña, conoció a una antigua dama de palacio de la emperatriz, la señora Barrio, quien refería que, en cierta ocasión, la princesa Carlota Amalia le había dado la encomienda de

agradecer al poeta unas poesías que le había dedicado, diciendo que eran de oro. Y Zorrilla, con aquella su funesta facilidad, escribió sobre las rodillas el madrigal que la familia Nervo conservó escrito, como muy aficionada que fue toda a las letras. Es el que motiva esta *Alacena*, y que transcribo con la esperanza de que mi memoria no me traicione:

*En mi tierra, que es tierra de gentileza,
ser galán con las damas, prueba nobleza;
lo galán, perdonadme; sois vos, señora,
como el sol que donde entra, todo lo dora.
Mi poesía es de oro por ser vuestra,
no por ser mía...*

Y ahora esta reflexión final: ¿cuánta poesía de nuestros grandes poetas queda en los viejos álbumes? ¿Cuántos poemas por razón de las convenciones sociales se destruyen o quedan en el olvido para siempre?

6 de diciembre de 1959

La difícil circunstancia del periodismo

La proximidad del centenario del nacimiento de Manuel Gutiérrez Nájera —nació el 22 de diciembre de 1859— nos lleva como de la mano a pensar en las circunstancias en que realizaron su obra algunos de nuestros grandes escritores del siglo pasado, hechos todos en la redacción de los periódicos que entonces se publicaban en la ciudad de México. Hasta el que en apariencia trabajó su prosa y su verso en la soledad, en el retiro, en el ocio fecundo, se hizo al compás de las prensas, en medio del bullicio de las redacciones, sin tiempo apenas para meditar, mucho menos para pulir la expresión. Y sin embargo, qué grandes escritores fueron Altamirano, Riva Palacio, Gutiérrez Nájera, Sierra, Urbina. Tan habituados llegaron a estar a esa escuela, que cuentan que Sierra preguntó al director del diario en que trabajaba, y que le urgía la crónica, si la quería en verso o en prosa. Favorecía a esta situación, aquel gusto de la escuela modernista por la palabra hermosa, por la frase brillante, por la improvisación, por la osadía de llevar de encuentro a las leyes tradicionales de

la actividad creativa. Soplar en el cañuto del idioma, hacer pompas de colores con las palabras hasta entonar una idea y luego desarrollarla, era el recurso de estos pobres literatos que estaban amarrados al pie de la mesa de las redacciones de los periódicos de hace poco menos de un siglo.

En los pocos minutos que duraba la confección de una crónica, de un artículo, de una divagación, de una *Alacena*, el periodista tenía que concretar todas sus capacidades, todos sus dones y recursos; dramática lucha con el estilo, con estos pequeños monstruos que son las palabras, según dijo Manuel González Prada. En ese dramático encuentro se echaba mano de todo, a veces hasta de las cosas ajenas, porque como llegó a decir Sierra, el plagio es algo así como una condición del periodismo. No ha de entenderse, sin embargo, que se trata del saqueo vergonzoso de la obra ajena, no. Se trata de un tipo *sui generis* de plagio. Uno que consiste en tomar lo ya hecho, lo ya dicho, pero con la condición que se acomode, en un momento dado, a la necesidad de la expresión, de la momentánea urgencia, bien entendido que si la materia prima no existe, se la puede crear sobre la marcha, al impulso de eso que los románticos llamaron inspiración y los escritores de línea clásica, trabajo.

¿Puede considerarse un plagio de Gutiérrez Nájera, el soneto “La abuelita”? No. Gutiérrez Nájera había recibido tal vez la orden de escribir algo para llenar un hueco del periódico. El impresor estaba ahí en espera, el director ahí frente a la mesa de trabajo, exigiendo. ¿Qué le queda al pobre periodista uncido a la galera? Recordar algo leído y volverlo a contar. Traducir la página leída la última noche. Pero ese cuento, ese poema, por mucho que no sea de su absoluta invención, registra algo que es suyo, que contiene su propio temblor, con lo que la página viene a ser obra original.

Esto es lo que con frecuencia olvidamos. Y aunque ya nada agregue a la gloria de nuestros grandes escritores, recordar las circunstancias en que escribieron, está bueno tenerlo presente para mejor medir su grandeza, para compadecerlos si se quiere, imaginarlos atados a las galeras. ¿Y no cree, el lector que nada azaroso hay en que se llamen galeras a las pruebas de imprenta?

13 de diciembre de 1959

Auge por el estudio de los mexicanismos

Cuando murió don Joaquín García Icazbalceta, en noviembre de 1894, dejó a media impresión, inconcluso, hasta la letra G, un *Vocabulario de Mexicanismos, comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-americanos*; obra que luego su hijo, Luis García Pimentel, acabó de imprimir, en 1899, si nos guiamos por la contraportada, o en 1905, si damos crédito a la portada. García Icazbalceta se proponía repartir la obra, por lo menos en dos tomos, de tal manera que puede decirse con propiedad que se trata del tomo primero, al mismo tiempo que no es del todo correcto calificar al *Vocabulario* como de obra inconclusa, ya que el autor había trabajado parte de la letra siguiente, cuyas papeletas ignoramos la suerte que hayan corrido. “Veremos qué suerte corre –escribía don Joaquín a uno de sus corresponsales–, si es halagador seguir o no este pesado trabajo.” No cabe duda que el famosísimo polígrafo tenía por lo menos trazado el plan de trabajo para la redacción de un vocabulario que consideraba indispensable para el conocimiento de las dicciones que nacidas en México, por influencia de las lenguas indígenas, por supervivencia de voces castizas, ya olvidadas en España y hasta por las alteraciones que el pueblo mexicano introdujo en el diccionario español.

“No existe obra –decía– en que expresamente se trate de los provincialismos de México, mientras que otras naciones o provincias hispano-americanas han recogido ya los suyos, si bien con diferente método, varia extensión y desigual éxito.” La abundancia de voces nacidas de la conjunción del español con las lenguas indias de México, las variantes típicas, que eso es lo que ha de entenderse por *mexicanismo*, reclamaba una obra en que se recogieran y estudiaran. Una señal de que dicha preocupación la compartían otros mexicanos, es que al año siguiente de la muerte del famoso historiador, mientras el *Vocabulario* permanecía en el taller de imprenta, o sea en 1895, apareció el *Diccionario de Mejicanismos, con sus correspondientes críticas y correcciones fundadas en autoridades de la lengua; máximas, refranes, provincialismos y remoques populares de todos los estados de la República Mejicana* por Félix Ramos I. Duarte. Libro desigual, es cierto, pero de todas suertes un importante intento de reunir y estudiar los mexicanismos de uso más extendidos. A contar de entonces, aparecieron muchos vocabularios, glosarios, diccionarios, pero ninguno, a pesar de sus innegables méritos, eran la obra que la importancia alcanzada por el español exigía. La lista que pu-

diera formarse con los libros de esta inspiración sería larguísima. Algunos como el *Méjico peregrino, mexicanismos supervivientes en el inglés de Norteamérica* (1924), de Victoriano Salado Álvarez puede considerarse, a pesar de su brevedad, como ejemplar.

Todas aquellas tentativas pueden considerarse como las estaciones que hubo de recorrer la investigación lexicográfica hasta llegar a la obra que en estos días acaba de publicar la Editorial Porrúa, S.A., o sea, el *Diccionario de Mejicanismos, razonado, comprobado con citas de autoridades, comparado con el de Americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos*, tal como reza su largo título de Francisco J. Santamaría.

Como estaciones hemos dicho, y así es. Porque en esto, como en otros trabajos, todo lo sabemos y todo lo hacemos entre todos. ¿Cuántas veces un éxito no es más que una suma de fracasos? Porque otros erraron es que algunos aciertan. Santamaría salva con esta obra, que no titubeamos en calificar de gigantesca, el honor de muchos mexicanos que fracasaron en la tarea de dar a México, un diccionario en que se estudiaran y se dieran las leyes que gobernaron su nacimiento, los *mexicanismos* que de un modo tan caudaloso han venido a acrecentar las aguas de la vieja y muy ilustre lengua española.

20 de diciembre de 1959

Otras notas de Jesús Galindo y Villa

Hace algún tiempo publicamos en un periódico capitalino, una serie de artículos acerca de las notas que don Jesús Galindo y Villa escribió al margen del libro de Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, con las cuales el viejo historiador sin duda proyectaba una refutación al famoso panfleto. Muchas de esas notas eran la traducción de las más íntimas convicciones de don Jesús, de éstas que no trascienden al público porque en ellas va de por medio la buena crianza, cuando no la denuncia de situaciones que, por graves, deben permanecer ocultas. Tienen frecuentemente la gravedad de cartas privadas que sólo con la autorización de su autor pueden ser dadas a luz. En el caso de los artículos de referencia no creo haber violado ningún secreto, porque el autor era un escritor público y ejerció la cátedra du-

rante largos años; de lo más que se me pudiera reprochar es de haber cometido una travesura al dar a la publicidad sus comentarios sobre un libro que tanto ruido produjo.

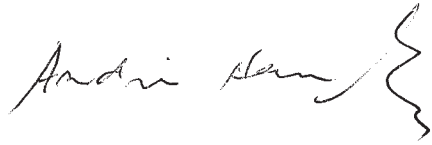
El ejemplar propiedad de Galindo y Villa, del famoso libro de Bulnes, fue adquirido en una librería de viejo, junto con otras obras que procedían de su misma biblioteca. Entre ellas se encuentra la obra de Manuel Francisco Álvarez, *Las ruinas de Mitla y la arquitectura*, autografiada por el autor en 1905, a petición suya, según se desprende de la larga dedicatoria. Como era habitual en Galindo y Villa, el libro de Álvarez aparece con multitud de notas y comentarios de los que voy a ocuparme. Más que referirse a la obra de Álvarez, traducen las fobias de don Jesús, reflejan aquello que en lo más hondo de su conciencia pensaba del gobierno porfirista y de la suerte de nuestra cultura. Pero, al revés de lo que ocurrió con sus comentarios acerca de Bulnes, éstos a que me refiero, fueron aprovechados en sus ensayos. *Algo sobre los zapotecas y los edificios de Mitla*, pero dejó en el tintero aquellas otras reflexiones que, como se ha dicho, se refieren más a su intimidad psicológica que a su condición de historiador y de escritor. Como se recordará, Álvarez, más que una obra personal presenta en *Las ruinas de Mitla y la arquitectura*, una antología de las diversas opiniones que hasta su tiempo existían de más valiosas acerca de aquellas antigüedades oaxaqueñas. Cada una de esas piezas promueve un comentario, una discusión, una reflexión en el ánimo de Galindo y Villa, todos de índole histórica y científica. Pero, de pronto, ante la afirmación de Viollet-le Duc, según la cual “Tal vez hemos llegado al momento en que una intervención europea en México, permitiera romper los velos que cubren aún la historia de aquella hermosa región”, Galindo y Villa suelta estas dos prendas: “El insigne Viollet-le Duc nos juzgaba todavía salvajes cuando escribió estas frases. Sin embargo, no carecía, en el fondo, de razón: “nuestra incuria y abandono han acabado con las ruinas”. Y como Le-Duc aconsejara medios más modernos para los estudios arqueológicos, Galindo y Villa vuelve a la carga y dice: “En efecto, hasta hoy por desgracia, y durante largos años, nuestro gobierno nada se ha preocupado por esto: lejos de eso, ha mantenido contra la opinión pública desde hace veinte años, en su puesto de Inspector y Conservador de nuestros monumentos arqueológicos, a un charlatán enteramente empírico, que da vergüenza sea el que priva.” Deberían los monumentos ser conservados e inspeccionados por una Comisión Técnica de arquitectos y de arqueólogos: “mientras esto no sea los extranjeros serán los aprovechados”. Palabras

éstas de don Jesús que no han dejado de tener vigencia, y que de cuando en cuando vuelven a la pluma y a los labios de nuestros mejores hombres, en el campo de la investigación arqueológica. Sorprende, en efecto, que ese tipo de bienes culturales no promueva en el ánimo de nuestros gobiernos una mayor atención, tal como si no formaran parte esencial de nuestras tradiciones y de nuestra historia. Todos somos testigos del abandono en que se encuentran estos restos arqueológicos y todos hemos visto cómo se estropea la fisonomía de nuestras ciudades, a ciencia y paciencia de los que deberían conservarlas.

Pero volvamos al último comentario de Galindo y Villa. El charlatán a quien se refiere es don Leopoldo Batres, realmente una calamidad para los estudios arqueológicos, y como persona; pero a quien hay que acreditar algo que todos reconocen en nuestro país; fue él quien inició en México las exploraciones arqueológicas con un entusiasmo y un tesón que solamente tiene paralelo con el maestro Alfonso Caso. Sus libros, folletos y artículos sobre estas cuestiones son numerosísimos. En las memorias de los diversos congresos ocurridos en su tiempo se encuentran algunos de sus discursos y de sus intervenciones siempre encaminados a promover un interés a favor de las investigaciones arqueológicas. No fuera, pues, aventurado afirmar que la boga que estos estudios alcanzan en nuestros días, tiene en Leopoldo Batres un ilustre pionero. Y quizá el señor Galindo y Villa no procedió en esta ocasión con la compostura y discreción que caracterizaron su conducta.

27 de diciembre de 1959

1960

A handwritten signature in black ink, which appears to be 'Andrés Bello', followed by a decorative flourish.

Historia y leyenda de los libros

Los libros tienen historia y suelen tener leyenda. La historia la tienen por el mero hecho de haber sido editados, de vivir, de caminar por el mundo. El libro, como los seres animados, nace, crece, se multiplica y alguna vez, muere. Crece por los agregados que los lectores suelen hacerle. Se reproduce por las ideas y por los sentimientos que sugiere, por los libros que suscita: las palabras dan a luz palabras y los libros engendran libros. De tanto leerlos, nos viene un día la necesidad de escribirlos. Libros hay, claro, que pueden morir sin dejar huellas, como algunos hombres... Ésta, la historia del libro. Su leyenda, que algunos la tienen, es algo más complicada, como que es hechura de los hombres: la inventan los libreros de viejo y los bibliófilos. Lo que en este capítulo pudiera escribirse, daría para un libro jugoso, divertido, sabroso como aquel que escribió Carmen de Burgos, acerca de los anticuarios.

Para elevar su precio, para poder ponderar su rareza, bibliófilos y libreros de viejo han inventado cien cosas sobre los libros agotados. Con el transcurso del tiempo, una de esas invenciones persiste, hasta quedarse sola. Desde luego no queda la más extraña y peregrina, sino aquella que más visos tiene de verdad, que más puede incitar la codicia del comprador, que generalmente no lee, pero que gusta de las encuadernaciones lujosas, de los ejemplares numerados, de los que vienen de bibliotecas de escritores famosos. Oír a los libreros de viejo encarecer su mercancía, es algo que deleita y de paso instruye, pues han acabado por aprender todos los pormenores de su trabajo, hasta el grado de que a veces saben más que nosotros. Los grandes libreros no entretienen a sus clientes con la biografía y la mitología de sus afectos; se reducen a apuntar en una de las pastas,

que son como las alas del libro, el precio, que no alteran por nada de este mundo. Y este precio orienta a los librereros de La Lagunilla y de las distintas calles de la ciudad. Y en un olvido de que ellos pagan unos cuantos pesos de piso o de renta de local, se empeñan en tomar como referencia los precios de las grandes librerías.

Veamos lo que se dice de dos obras raras, tomadas al azar: *Arte del idioma zapoteco* de fray Juan de Córdova, reeditada por el doctor Nicolás León, en Morelia en 1886, y el Tomo II de las *Obras* de Joaquín García Icazbalceta, editada por Victoriano Agüeros en 1896. Las dos, en verdad, son rarísimas por razones que nadie sabe, sobre todo el *Arte*, que por ser de materia que sólo puede interesar a muy pocos, extraña que no se le encuentre, así haya sido muy corta la edición, que sólo fue de trescientos cincuenta ejemplares. En cuanto al tomo de Icazbalceta, no media la circunstancia de una edición limitada, sino por el contrario, fue extensa por estar destinada a numerosos favorecedores de aquella importantísima colección. ¿Qué fue, pues, lo que ocurrió? Del *Arte* se dice que don Nicolás, por razones económicas, no pudo recoger la edición entera, no obstante que como se dice en la portada, fue hecha por el gobierno michoacano al que no podemos suponer tan pobre que no pudiera pagar una publicación que hubiera ordenado. Sea como fuere, lo cierto es que el libro se convirtió, en sólo unos cuantos años, en una joya bibliográfica que ahora se cotiza entre los librereros de viejo entre trescientos y quinientos pesos, y en las grandes librerías hasta mil, ni más ni menos. Del Tomo II de las *Obras* de don Joaquín se dice que la bodega donde estaban amontonados los libros, se chorreó, destruyendo la edición casi entera. En diez años de búsquedas, el más hábil cazador de viejo, ha de conformarse con alcanzar un ejemplar. Hay muchos bibliófilos que, teniendo la “Colección Agüeros”, en su casi totalidad, han renunciado a acabarla de formar, porque en años de buscarlo no han encontrado aquel tomo segundo.

Y, dígame, lector, ¿tiene usted en su biblioteca las dos obras que dieron pretexto a esta *Alacena*?

10 de enero de 1960

Los “clásicos verdes” de Vasconcelos

La lectura de un artículo de Mario Sáenz publicado en este mismo Suplemento hace algunos domingos, me llevó a revisar la famosa colección de los

clásicos, publicados en los días de José Vasconcelos. No es nueva la idea de que aquel alarde representa algunas de las que se han dado en llamar “locuras” del famosísimo escritor mexicano. Se diría que confesamos paladinamente nuestro estado de retraso mental al declarar como una locura dar al pueblo de México lo más alto y luminoso de la literatura universal. Porque, en efecto, hay una suerte de inferioridad en todo aquel que no haya leído a los grandes escritores de la humanidad, a los griegos sobre todo.

Cuando Vasconcelos ideó la publicación de la famosa serie, se encontraba poseído de aquel sueño que a otros ha trastornado: el de dar a los mexicanos la letra que compense su escaso trigo, de abrirle ventanas al mundo por las que entre viento nuevo. Hermoso sueño que no podemos reprochar y que ha de quedar como una de sus glorias más auténticas.

En aquellos tiempos, Vasconcelos representaba el pensamiento más avanzado. Alguna vez, ya derrotado y negado por todos nosotros, dijo golpeándose el pecho, que él fue uno de los primeros en proclamar aquí, en México, las excelencias de la Revolución Rusa y del pensamiento que la nutrió. Y después de haber resistido injurias y negaciones, confesó que la malhadada idea de editar a los clásicos no era original, sino que la había copiado de Anatoli Lunacharsky, ministro soviético de educación.

Es seguro que todos, o por lo menos aquellos que tuvieran una verdadera necesidad de formación mental, habrían leído, más tarde o más temprano, a los clásicos de Educación, pero no se puede negar que el hecho de que los libros editados por Vasconcelos se dieran gratis a los estudiantes o se adquirieran por unos cuantos centavos en las librerías, adelantó aquella lectura. Y lo cierto es que ni Homero, ni Eurípides, ni Plotino, ni Dante, ni los *Evangelios* cayeron en campo estéril. Lo que en aquella primera lectura quizá no entendimos, fue simiente de lo que luego floreció en nosotros. Recuerdo ahora a un obrero de un pueblo perdido de nuestra patria, mencionar en una peroración “un libro de pastas verdes”. Por el tenor de la cita pudimos saber, los que lo escuchábamos en aquella campaña presidencial, “llevada con loca audacia”, como dijo Carlos Pereyra, que se trataba de *La Odisea*: ese pueblo “que sufre, trabaja, y espera”, que alguno puede situar en *Doña Bárbara*, era el pueblo griego de *La Odisea*.

Nada extraño, por otra parte, la negación de aquella meritísima obra mexicana. El propio Vasconcelos la negó, cuando desesperado, se volvió contra México. Pero de ahí a calificarla de locura, de algo estéril, media un abismo,

al menos que así se califique vislumbrar días mejores, en que la más selecta literatura ande en manos de todos los hijos de México.

17 de enero de 1960

Poema no coleccionado de González Bocanegra

Mientras podemos contar las circunstancias en que fue descubierto, damos a conocer a continuación un poema no coleccionado de Francisco González Bocanegra. Anticipemos que se encuentra en el *Álbum de las Señoritas. Semanario de Literatura y Variedades*, del año 1856, imprenta de Juan R. Navarro. También que, en su libro, *Francisco González Bocanegra. Su vida y su obra*, Joaquín Antonio Peñalosa lo menciona como entre las piezas que le fue imposible localizar.

El bautismo de mi hija

*¡Caiga, hija mía, en tu cabeza caiga
el agua bendecida,
con que de Dios, la bienhechora mano
abre al género humano
las sacras puertas de la eterna vida!
¡Que caiga, sí, para que tu alma lave
de la mancha de Adán que es nuestra herencia;
y dejándote pura,
te adornes con la blanca vestidura,
símbolo de virtud y de inocencia!
Tierno botón que del amor al beso
tus virginales pétalos abriste
y del amor bajo las blandas alas
tus aromas dulcísimos exhalas.
¡Hija del corazón!, fruto querido
de mi primer amor, amor ardiente
que para darte ser fue concebido,
mi existencia halagando dulcemente.*

*¿A qué vienes al mundo? No lo sabes;
 pero a las leyes del mortal sujeta,
 en el borde naciste de un abismo
 del que sólo te aparta el cristianismo.
 Esa agua santa que tu frente moja
 y tu alma vivifica,
 es matinal rocío en una hoja
 del arbusto que nace
 y crece y vive y luego fructifica.
 El coro de querubes enmudece,
 el ministro de Dios la voz levanta,
 al cielo van sus preces fervorosas,
 y a sus santas palabras misteriosas
 ruge el averno y el querube canta.
 En medio de la célica armonía
 tu nombre suena y el eterno "Hossana"
 repite el almo coro,
 y al eco blando de sus liras de oro,
 te llama de los ángeles hermana
 Y los cielos un ángel abandona
 al mundo viene y cuidará tu vida;
 de pureza la espléndida corona
 ciñe a tu tierna sien, hija querida;
 con sus alas te cubre blandamente,
 y besando tu frente,
 mientras que de tu vida la luz arda,
 seré, te dice, el ángel de tu guarda,
 y guiándote en el suelo
 a tu feliz destino,
 te enseñará el camino
 por donde el alma se dirige al cielo.
 ¡Ah!, ¿qué te falta? De tu padre el beso
 el de tu madre, tierno e inocente.
 También mi llanto bañara tu frente
 mezclado con el llanto de la esposa
 que dicha y paz y bienestar te augura*

*porque el llanto que vierten nuestros ojos
 es llanto de placer y de ventura.
 ¡Hija del corazón! Ven y reposa
 en los amantes brazos paternos;
 Nada en ellos te aflija;
 que ahuyéntanse los males
 si el seno de una madre nos cobija.*

24 de enero de 1960

Tomás Gage, viajero inglés

Dos clases de viajeros han recorrido el mundo americano: los unos, como Alexander von Humboldt y Charles M. La Condamine, hombres de ciencia; los otros, como Tomás Gage y Stephens, hombres de imaginación: Los primeros han dejado un acervo de datos, de serias investigaciones sobre el hombre y la naturaleza de este lado del globo; los segundos también, pero a su modo.

Nunca nos cansaremos de leer e Tomás Gage, esa mezcla de sibarita y aventurero, de liberal y de monje, de antropólogo y espía. Mucho, casi todo lo que escribió, es lo que de buena fe podía descubrir y observar un europeo bastante informado en una tierra extraña sobre la que pesaba en Europa una leyenda distorsionadora. Aunque Gage se ordenó en España, su niñez se nutrió con lo que Inglaterra –su país– se sabía o se inventaba a la medida de necesidades políticas contrarias a los intereses del imperio español. No hay que olvidar que el europeo se adelantó al romanticismo imaginado de que las Américas eran tierras de trasgos y fuentes de Juvencio, de Amazonas y de ciudades de oro, hechicerías y de escondidos paraísos, de monstruosidades y visiones de pesadilla. Los propios cronistas españoles –Bernal Díaz del Castillo, entre ellos– asocian lo más fantasiosos de los libros de caballería a lo que empiezan a ver con sus propios ojos en los imperios del Nuevo Mundo.

Pero algo –bastante– de lo que escribió Gage es deliciosamente falso; unas veces debido a falta de información y otras, a exceso de facultades imaginativas. Dejemos los nombres equivocados, lógica consecuencia de un oído que no percibía la fonética india y de un idioma que no podía traducir a signos esos sonidos. Dejemos la voluntaria distorsión de esos nombres,

provenientes de la automática tendencia que había de asociarlos con los que los cronistas conocían en su propio mundo. Hay datos aún más erróneos. Cuenta Gage que en los lagos de Tenochtitlán había salinas y tras complicada descripción, dice que esos lagos tenían dos clases de aguas que no se mezclaban entre sí. Informa que el “río Alvarado”, que desemboca, según él, en el Golfo de México, pasaba prácticamente a las puertas de la ciudad de Oaxaca y que hasta allí llegaban los barcos, remontándolo. Dice que la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala se destruyó por la maldición que le cayó a causa de las blasfemias de una mujer española, María de Castilla, quien había perdido a su esposo.

Curiosamente, Tomás Gage siempre apuntaba el dato militar referido a parajes, costas o ciudades. Puede pensarse que aún en el siglo XVII —cuando él escribió— los monasterios se construían un poco como fortalezas y los frailes se sentían no menos en guerra contra los infieles que los rodeaban. Pero puede pensarse también lo que tanto se dijo de Gage que era un espía inglés. Muy abundantes son sus observaciones de esta naturaleza: con sólo un piquete de hombres se tomaría este fuerte; tal ciudad no está guarnecida y caería prácticamente sola en manos de cualquier enemigo; todos los colonos de tal zona no podrían levantar un ejército de arriba de tantos hombres en caso de una invasión; tal río carece de fortines a todo lo largo de su curso, y naves enemigas podrían penetrar tierra adentro y apoderarse de ésta o de la otra comarca.

Desde luego participamos de la primera hipótesis, porque sería infantil suponer que datos tan confidenciales como esos iban a darse en un libro destinado a la publicidad.

Lo que no es un error en Gage, sino inocultable orgullo inglés, es el tratamiento que otorga a los piratas. Llama “caballeros” a Francis Drake y a Juan Oxenham. Pero esto no es tan desorbitado, puesto que en aquellos remotos días, Inglaterra fomentaba oficialmente a los corsarios y les colgaba condecoraciones al pecho, por las matanzas que hacían entre los españoles de América. No puede exigirse que Gage haya dejado de ver tales deslices como legítimos “servicios prestados a la patria”.

Minucias en una miscelánea

No recuerdo ahora si Joaquín Antonio Peñalosa consigna en su libro *Francisco González Bocanegra. Su vida y su obra*, el lugar en que fueron publicadas algunas de las piezas cívicas que integran el volumen, *Composición poética leída en la Alameda de Méjico en el aniversario de las víctimas de la Patria, el 28 de septiembre de 1850*, y las “Octavas”. No lo recuerdo, pero casi estoy seguro de que no lo consigna. Refuerzan esta suposición varias circunstancias que en seguida vamos a señalar. En una miscelánea compuesta por varios folletos, opúsculos, cuadernos que obran en mi poder, se encuentra uno que lleva por título *Poesías cívicas en honor de los aniversarios de la Independencia de México*. Ahí, en las páginas 65 y 89, se inician los poemas firmados por Francisco González Bocanegra y que en el libro de Peñalosa ocupan las páginas 256-64 y 264-65. De haber consultado don Joaquín aquel opúsculo, parece claro que lo hubiera señalado, consignando la ficha, como lo hizo con otras obras en la “Bibliografía” con que enriquece su libro sobre el autor del Himno Nacional. Más aún: no registraría las variantes que se advierten en los meros títulos, que en el opúsculo aludido son como sigue: “A la memoria de los mártires de la Patria”; “Al autor de la historia de la traslación a México de las cenizas de D. Agustín de Iturbide: al señor D. José Ramón Pacheco, en testimonio de sincera amistad y cariño verdadero”. Y luego: “Composición poética leída en la Alameda de México en el aniversario de las víctimas de la Patria, el 28 de septiembre de 1850, por el ciudadano Francisco González Bocanegra, individuo de la Academia Literaria de San Juan de Letrán y socio titular del Liceo Hidalgo.” Y como epígrafe, dos versos de Alfonso de Lamartine, traducción de José Joaquín Pesado:

*Si estas yertas cenizas nos hablaran
¡Cuánta felicidad revelarían!*

Es verdad que Joaquín Antonio Peñalosa transcribe título y dedicatorias, si bien incompleto el uno y en distinto orden las otras. Nada decimos de ese Méjico con “j”, porque ya sabe el lector que tanto don Joaquín Antonio, como don Alfonso Junco y don Alfonso Méndez Plancarte, por citar tres ejemplos, hasta cuando transcriben modifican la grafía de México.

Por lo que respecta a las “Octavas”, en el opúsculo que menciono aparecen tituladas así: “Octavas por el señor D. F. G. Bocanegra”. No se me oculta

que es natural, tratándose de poemas, artículos o cosas así, que bastan los títulos escuetos.

Algunas otras *minucias* encuentro: mayúsculas que aquí son bastardillas o cursivas, cambios en la puntuación y Anáhuac por Anahuác, como preferían decir los poetas de los años en que escribió González Bocanegra.

La revisión que en estos días estamos haciendo de papeles viejos, aprovechando las efemérides de la guerra independiente sobre todo, quizá nos conduzca a descubrir algún trabajo olvidado de González Bocanegra. Las ocurrencias con que hemos armado esta *Alacena* son resultado de todo eso. La miscelánea aludida al principio contiene discursos y poemas inspirados en la insurgencia y sus héroes, que aún no se reúnen. Así los de Hilarión Frías y Soto, Francisco Granados Maldonado, Luis G. Ortiz, José María Tornel y Mendivil, Manuel María de Zamacona, entre otros.

Por lo demás, sólo hemos querido con estas divagaciones ayudar al mejor conocimiento del doliente poeta que compuso las sílabas de nuestro himno patrio.

7 de febrero de 1960

Nuevos atisbos sobre Gutiérrez Nájera

Hace algún tiempo dedicamos una de estas *Alacenas* a *El Anuario Mexicano de 1877*, publicado por Filomeno Mata en enero del año siguiente. Volvemos a él para destacar algún otro de sus aspectos, que son varios los que reúne a cual más interesante. Aquella primera vez fue para rendir homenaje a Juan de Dios Peza, autor de la revista *Poetas y escritores mexicanos* ahí contenida. El pobre cantor, tan negado, merecía a nuestro entender un recuerdo. Ahora es para rescatar de aquel panorama de nuestras letras dos noticias relativas a Manuel Gutiérrez y a su hijo Manuel Gutiérrez Nájera, en ocasión del libro de Boyd G. Carter: *En torno a Gutiérrez Nájera y las letras mexicanas del siglo XIX*, recién publicado por la casa editora de Andrés Botas. Alguna importancia puede tener, quizás proyecte alguna luz sobre la discusión en que Carter, Erwin K. Mapes y Porfirio Martínez Peñaloza están empeñados para establecer si “M. Gutiérrez” fue uno de los muchos seudónimos que usó el inolvidable Duque Job.

“Manuel Gutiérrez –escribe Peza– ha escrito cosa de diez y seis obras dramáticas; desde hace muchos años viene ornando con sus artículos políti-

cos y literarios y con sus producciones poéticas, las columnas de acreditados periódicos.”

Una comedia suya en tres actos, *Un capricho y un modelo*, estuvo muy en boga hace cien años, a raíz del triunfo de las armas republicanas en Puebla. Luis Reyes de la Maza la alude cumplidamente en su libro reciente acerca del teatro en los días del imperio de Maximiliano. ¿Es otro Manuel Gutiérrez o es el padre de nuestro gran poeta?

Obsérvese que Juan de Dios Peza se refiere al joven periodista y poeta, que apenas cuenta diecisiete años de edad, sin relacionarlo con el padre, ya con personalidad propia. El anuncio de que llegará a ser buen periodista y poeta de mérito se cumplió bien pronto.

En la misma revista Peza se refiere a *El Correo Germánico*, uno de los primeros periódicos en que escribió Gutiérrez Nájera, y cuyo fundador y director, el Barón de Brakel-Velda fue su amigo y corresponsal.

“El Barón de Brakel-Velda –dice Peza– fundó *El Correo Germánico*, ha escrito multitud de artículos literarios, científicos e históricos. Se ha hecho mexicano y está nombrado Administrador de la Aduana de Maruata.”

Si estas noticias condujeran a nuevos aspectos del tema en cuestión, quedaría probada una vez más que aun en los libros escritos sobre las rodillas, hay siempre algo útil que lo salve de olvidos injustos y desdeñosos.

No es el caso de Peza y de su panorama literario. Pero puede servir de respuesta aquellos que sin ver más que él, han querido borrar su nombre de la historia de las letras mexicanas.

14 de febrero de 1960

La Real Academia de la Lengua Española

Es injusto valorar el sentido y la utilidad de las instituciones fuera de la época en que cumplen su misión y sin conjugarla con los hechos históricos que las hicieron necesarias. Igualmente inadmisibles resulta tolerar el anacronismo de errores simplemente por el hecho de que se cometen desde hace largo tiempo. Acuden estas reflexiones a propósito de la Real Academia de la Lengua Española. En su tiempo fue arma de defensa de la cultura de un gran imperio, rodeado por naciones agresivas, y extendido al través de millares de pueblos que

hablaban lenguas distintas. La protección del idioma dominador tenía un fin estratégico como la defensa de los templos y de las vías de comunicación por mar y tierra. Acaso, la más completa forma del dominio sea la imposición de una lengua; esta privanza debilita las más hondas raíces que tiene el hombre en lo suyo y lo predispone a aceptarlo todo de quien lo sojuzga.

La Real Academia de la Lengua Española procedió en cerrada intolerancia contra la aceptación de nuevos vocablos, no sólo de los que inventaba el hombre español a la medida de los mundos que recorría y del asombro que experimentaba ante el descubrimiento de ellos, sino de los que usaba en su vida diaria la gente de Filipinas o de la América. Se estimaba como corruptora la influencia constante que esos pueblos coloniales ejercían sobre el idioma metropolitano. Esa lengua lejana respondía a realidades, a culturas milenarias cuya verdad podía trasplantarse a otro idioma. Los pueblos seguían hablando su propia lengua, aunque no figurase en el diccionario oficial, e incorporaban al español aprendido de los misioneros, sus palabras íntimas, las mil y un maneras de designar frutos y flores y estados de ánimo y sutilezas de su ser intransferible.

España dejó de ser un imperio —porque menos que nada cuenta la fantochada del franquismo— pasaron los rencores provocados por las luchas de la Conquista y la Independencia, y hoy sólo queda el juicio sereno para las grandezas y las miserias, las sangres confundidas en más de veinte naciones que hablan español con reverencia y orgullo. Sin embargo, la Real Academia sigue remisa ante las evidencias de la historia, ante el hecho incontrovertible de que las únicas lenguas puras son las que hablan los pueblos cuando aman y odian, cuando afirman su voluntad de ser y cuando hacen poesía y leyenda. No por negarse alojamiento en el diccionario, las naciones mezcladas de América descartarán del uso diario las herencias semánticas del indio, la inventiva del mestizo y la ágil y universal aceptación de los vocablos que designan los inventos y los hallazgos de la técnica. El inglés nunca tuvo la cárcel de la tierra.

Admirable puede ser la labor de la Academia de la Lengua castellana, si remoja su política y admite la mayoría de edad del Nuevo Mundo. Ya los escritores iberoamericanos se sienten cómodos al usar la palabra que aprenden de los suyos; lejos están los días en que poetas y dramaturgos americanos escribían el castellano como una lengua prestada, con el excesivo cuidado con que se maneja una lengua extranjera. Cuando Juan de la Cueva o Eugenio Salazar de Alarcón se atrevían a usar alguna palabra nacida de este lado de la tierra,

la señalaban entre comillas o con cursiva; y mayor purismo deliberado tenían los nacidos aquí como Juan Ruiz de Alarcón o Sor Juana Inés de la Cruz que el propio Lope de Vega, siempre tan lleno de la voz del pueblo y con mayor arbitrio para incorporar vocablos foráneos, puesto que era español.

La Academia debe robustecerse con los hombres que dan esplendor a la lengua, con los poetas y los prosistas creadores, que junto a los críticos y a los puristas, de seguro nivelarían los criterios y enriquecerían el diccionario. Casi doscientos millones de hombres hablan castellano ahora; ésa es la mejor herencia de nuestra España, de la España que suma y no de la que resta y mira sólo hacia el pasado.

21 de febrero de 1960

Curioso soneto atribuido a Díaz Covarrubias

Aparece al final del excelente Estudio Preliminar que Clementina Díaz y de Ovando puso al frente del tomo I de las *Obras Completas* de Juan Díaz Covarrubias; un párrafo que a la letra dice: “El Instructor. Periódico Literario y Científico. Aguascalientes, de diciembre 12 de 1888, editado por el doctor Jesús Díaz de León, publica un soneto de Díaz Covarrubias. Soneto que es un juego lingüístico, con palabras en la rima de origen náhuatl; el asunto carece de belleza y no está dentro de la temática cultivada por Díaz Covarrubias, pues aunque siguiendo a su padre, cuando el poeta usó nahuatlismos en su obra, siempre fue con buen gusto y cariño, lo mismo que cuando ironizó lo hizo con gracia y finura, cualidades de las que carece el soneto que se le atribuye. Sonetos hechos a este modo irónico aparecen en *El Ahuizote* (187) de Vicente Riva Palacio. A mi parecer este soneto desconocido de Díaz Covarrubias, publicado tantos años después de su muerte, no es suyo, sino que le ha sido atribuido, como puede advertirse en su lectura.” En efecto, el soneto es una mera atribución. Fue publicado cuando el poeta tenía cinco años de edad, en 1842, en el *Panorama de las Señoritas. Periódico pintoresco, científico y literario*, que editó la imprenta de Vicente García Torres. Con el tiempo, el soneto padeció alguna alteración, muy leve, en verdad, si es que no es defecto de copia. Lo transcribimos tal como aparece en la página 388. “Soneto. En que la última palabra de cada pie es mexicana, y en el que se describe el estado en que se hallaba

México, cuando atacó aquella terrible epidemia que los indios llamaron cocolistle, recién hecha la conquista. Su autor, un eclesiástico mexicano.” Quién sea este eclesiástico, cuyas inicales eran R. M. es cosa que discutiremos en próxima *Alacena*.

*Ya la helada vejez del cano pashtle
anuncia la llegada del chiahuistle;
ha consumido el reino el cocolistle,
cual la gallina el verde calacashtle. (1)
Ya no siente el maguey el duro ocastle; (2)
Ni el indio saca ya las hebras de ishtle.
No hay quien contenga al fiero cacomistle
Ni quien pulse el sonoro teponastle. (3)
Ya no hay india que cueza el totopostle
De aquella blanca y delicada teshtle: (4)
En las aras del gran Guiziloposhtle. (5)
Ya no se sacrifica el chayoteshtle; (6)
Y por comer mi musa un shoconostle, (7)
fue a dar a S. Javier (8) en un pepeshtle. (9).*

(1) *Calacashtle*. Especie de yerbita menuda, que se cría en las cienágas y lagunas.

(2) *Ocastle*. Instrumento de fierro a manera de cuchara con que los indios raspan el maguey.

(3) *Teponastle*. Instrumento músico de los antiguos indígenas.

(4) *Teshtle*. Lo mismo que masa blanca y bien molida.

(5) *Guiziloposhtle*. Uno de los dioses de la gentilidad.

(6) *Chayoteshtle*. El corazón del chayote, o también la raíz gruesa y pulposa a manera de camote que se come cocida.

(7) *Shoconostle*. Especie de tuna de cáscara gruesa.

(8) San Javier. Lazareto u hospital en Puebla.

(9) *Pepeshtle*. Lo mismo que tapesco o camilla.

28 de febrero de 1960

Niceto de Zamacois, escritor español

Si antes no lo he dicho lo digo ahora: hay en la historia de la literatura nacional, una serie de nombres extranjeros que muy bien pudieran incorporarse al acervo de los escritores mexicanos. O por lo menos indagar en qué medida su obra registra aspectos de nuestra realidad, por el tema, cuando no por su espíritu. Algo, también, han tenido que ver en el desarrollo de nuestras letras, por su influencia personal o por la que trajeron a ellas, de otros autores.

Estos escritores han sido de todo el mundo, aunque principalmente los de nuestro idioma, españoles sobre todo. Cubanos, venezolanos, polacos, alemanes, y en fin, de todas las nacionalidades como ya está dicho, han ayudado a ir estableciendo lo que es México en cada uno de los diversos aspectos de la cultura. Lo que nosotros no siempre descubramos en fuerza de sernos familiar, viene uno de fuera, lo descubre y lo trae a plena luz. Hasta cuando nos son adversos, los que escriben sobre nuestro país ayudan, por oposición, a volver los ojos a nuestra realidad más entrañable. Con más razón cuando están libres de ese prurito de proclamar como lo único digno de admiración, aquello que les es propio. Porque hemos padecido muchas negaciones, podemos afirmar sin vanidad las excelencias de nuestra tierra.

Los autores de historias literarias deberían prestar una mayor atención al capítulo de los escritores extranjeros que han vivido entre nosotros, que han escrito sobre nuestra vida y que han logrado superar sus meras apariencias. No hacerlo priva a la historia de las letras de un capítulo no sólo rico, sino muy importante, Significa, también, un olvido que mucho tiene de criminal.

Causa desazón enterarse de que algunos de esos escritores no aparecen ni siquiera mencionados en las más conocidas historias de la literatura mexicana, no obstante que una gran porción de su obra tenía esa inspiración o ayudó a ir estableciendo lo que entendemos por mexicano: aquella armónica conjunción de lo propio y de lo extraño.

¿No encuentra, el lector, insólito que ni Carlos González Peña ni Julio Jiménez Rueda aludan a don Niceto de Zamacois, autor de por lo menos dos libros mexicanísimos: *Testamento del Gallo Pitagórico* (1855) y *El jarabe* (1861), sin contar con muchos artículos y trabajos literarios de similar inspiración y factura. Es cierto que tanto los dos libros citados como su *Historia* han proporcionado noticia los investigadores, pero también lo es que ninguno de ellos se ha detenido, así fuera de paso, para dejarnos una semblanza y una opinión

de un escultor que hizo de México una segunda patria. Pero no sólo eso, sino que siempre se manifestó amigo nuestro y empeñoso en conciliar y reconciliar a su patria de origen con la adoptiva. Un espíritu de concordia animó siempre a don Niceto de Zamacois; tan distinto en esto a Adolfo Llanos y Alcaraz y a José Bergamín.

El *Testamento* y *El jarabe* contienen capítulos, fragmentos, renglones del más puro género costumbrista, que en nada desmerecen ni se diferencian de aquellos que escribieron autores de la más pura mexicanidad. Un continuador de José Joaquín Fernández de Lizardi, de Juan Bautista Morales, parece a ratos don Niceto de Zamacois. Un eco de otros escritores –Zorrilla, por ejemplo– se encuentra en más de un lugar de aquellos dos libros del autor. Quien quiera completar la imagen del México de hace cien años, busque en *El Testamento del Gallo Pitagórico* y en *El jarabe* el material que le haga falta.

¿No crees, lector, que autores que nos han ayudado a descubrirnos no merecen el olvido a que con tanta frecuencia y mayor facilidad los condenamos?

6 de marzo de 1960

¿Oaxaca, tierra sin poetas?

Un recorrido por las antologías mexicanas, conduce a esta conclusión, a la vez inesperada y extraña: que no aparece en ninguna de ellas un poeta nacido en Oaxaca. Otro recorrido por la producción poética oaxaqueña, conduce a esta certeza, también inesperada y extraña: que son muy escasas las composiciones que pudieran merecer los honores de la antología. El hecho no deja de sorprender, sobre todo, si se recuerda que Oaxaca ha dado a México muestras singulares de inteligencia, evidentes en las artes y en la vida pública. La historia desde los tiempos más remotos hasta nuestros días se engalana con los nombres de grandes artistas y de grandes políticos nacidos en aquella tierra. Pero, ¿entonces por qué no ha dado Oaxaca un poeta que haya escrito ese canto que la represente? ¿Será que la inteligencia oaxaqueña se expresa más bien en prosa, en pintura, en música, en conducta ciudadana? En efecto, en la mente de todos está que en Oaxaca nacieron un José Vasconcelos, un Miguel Cabrera, un Rufino Tamayo,

un Macedonio Alcalá, un López Alavés y un Benito Juárez. Escritores, pintores, músicos, políticos de sello inconfundible, de acento tan singular que quien los frecuente sabe identificarlos en el gran coro de la cultura nacional. ¿Quién no reconoce como oaxaqueño, por ejemplo, el vals “Dios nunca muere” o la “Canción Mixteca”? ¿Quién no descubre en el estilo de la vida y en sus escritos la procedencia de Vasconcelos? ¿Quién no advierte en Cabrera y en Tamayo, más allá de otros valores, un timbre, un temple natal y de terruño? ¿No hay en todo eso un estilo, una manera de ser política y ciudadana, “a la oaxaqueña”? Y volvemos a preguntarnos, ¿por qué no existe el poeta oaxaqueño por definición? Y no es que en Oaxaca no se haya escrito en verso, que la poesía se cultivó allí desde siempre. Por el contrario, ha sido un género abundantemente cultivado, por lo menos desde la Colonia. Abundan, asimismo, poetas de renombre que han dado lustre a la lírica y que son orgullo de las antologías locales. Entonces, ¿por qué no existe ese poema que reúna los atributos de poesía verdadera, que interprete y traduzca una modalidad del alma nacional?

Llevados de esa creencia que se antoja imposible, nos hemos puesto a revisar toda la producción poética de Oaxaca, a lo largo de cuatro siglos. En ese monte, en esa floresta, creemos haber descubierto dos o tres rosas con suficiente temblor y perfume como para desafiar los rigores del tiempo y satisfacer al antólogo más estricto. De esa floresta queremos cortar este soneto –levemente retocado por Alfonso Gutiérrez Hermosillo y a él atribuido por algunos– de Patricio Oliveros, poeta casi desconocido, que se inspira en el jubileo de León XIII:

*Piloto por el mar y en ese leño,
bajo la que te envuelve, noche dura,
sin brújulas ni velas, ¿por ventura
es tu locura arrojado de tu sueño?
Vas mirando el peligro y vas risueño
cuando en él hallarás muerte segura.
¿Qué signo brilla en la remota altura?
¡Enfrena, enfrena el atrevido empeño!
–Bogando voy en esta frágil nave
tiempos hace de tiempos, sin recelo,
en noche clara o en tormenta grave.
Y he pisar las playas de mi anhelo...*

*¿Cuándo? No sé; pero el Señor lo sabe.
¡Luz no me falta: tengo la del cielo!*

Tiene usted la palabra, amigo Antonio Castro Leal.

13 de marzo de 1960

Gusto y uso del seudónimo

El gusto y uso del seudónimo ha sido permanente en la literatura, la de aquí y la de todas partes. No hay escritor que no haya recurrido alguna vez a ese arbitrio, ya para disimular un nombre poco atrayente, ya para expresarse con mayor desenvoltura, ya para recatarse en la sombra o ya para mostrarse a plena luz: un seudónimo al que se deba toda la gloria o todo el fracaso, que sustituya al nombre verdadero o que lo oculte para siempre. Puede ocurrir también que los tenga numerosos, aunque todo el mundo sepa el nombre verdadero. Así Manuel Gutiérrez Nájera que usó hasta 27; Ernesto Massón, 29; Rafael Heliodoro Valle, 25; Vicente de Paula Andrade, 22; José Juan Tablada, 16; Victoriano Salado Álvarez, 11. En cambio otros –Julio Torri– ninguno; Alfonso Reyes, uno; uno, José Vasconcelos. ¿Por qué? Por lo escaso de la obra, por seguridad en su perfección. Los otros los usaban con profusión para no repetirse en todos los periódicos, y a veces en una misma entrega. Así los periodistas mexicanos que hemos presentado como ejemplos.

En la literatura mexicana, sobre todo la del siglo XIX, abundan los seudónimos, los anagramas, las iniciales, los asteriscos y otras figuras o signos de imprenta. La manita que usaba Juan de Dios Arias, por ejemplo.

La identificación de los escritores que los usaron no sólo es un estudio sino también un pasatiempo que ha reportado y puede reportar grandes beneficios al conocimiento de nuestras letras, aún tan precario. Quien pretenda trabajar sobre las obras completas de los más grandes autores del pasado, por allí debe comenzar. Si hemos logrado reunir la casi totalidad de las obras de Justo Sierra, de Manuel Gutiérrez Nájera, de Ignacio Manuel Altamirano –todavía en espera de que se le edite completo– de Luis G. Urbina, de Amado Nervo es porque algunos establecieron con anterioridad las distintas maneras con que alcanzaban sus escritos, así como los periódicos y revistas en que fueron publicados.

De algunos de esos autores sólo se ha puesto atención en este o aquel seudónimo, sin cuidarse de aquellos que, menos conocidos, amparan otros escritos, que no por reducidos en su número –cuando son reducidos– representan menos al autor. Así ocurre con los asteriscos de Ignacio Ramírez, con el “Leoporelo” de Vicente Riva Palacio, con el “Juan Ramón Vargas” de Agustín F. Cuenca o el “Esteban Marcel” de Ramón López Velarde.

Otros hay que usaron a la vez varios escritores, pero que habitualmente se atribuyen a uno solo. “Facundo”, por ejemplo, se usó simultáneamente por José Tomás de Cuéllar, Vicente García Torres y Francisco Zarco, en el siglo pasado y en nuestros días por José F. Elizondo; “Junius” por Francisco Bulnes –en *El Domingo* (1871-1872) en unos artículos que en nada anunciaban al panfletario–; por Francisco G. Cosmes, por Manuel Gutiérrez Nájera, a veces como Senior, entre los más conocidos. La X que usó Francisco Pascual García y José María Antonio González y la XX de Hilarión Frías y Soto y de Gutiérrez Nájera, y otras particularidades que no alcanzo a recordar sobre la marcha, digo sobre la máquina.

De diez diversas maneras escribió Carlos María de Bustamante sus artículos. Parece imposible que no exista mucho sin identificar y sin reunir, oculto bajo aquellas firmas. ¿Y qué decir de fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, sino que su nombre, su largo nombre y genio travieso, y por demás alegre, le permitió componer anagramas y seudónimos a su gusto? José Guerra, seudónimo, y estos dos perfectos anagramas: “Andrés Voimer” y “Ramiro de Vendrés”. ¿Habría todavía por allí algo perdido bajo alguno de esos nombres?

Lo dicho. Hay que dedicarle algunas horas a esta entretenida tarea de identificar a nuestros autores que por esta o aquella razón ocultaron su nombre propio.

20 de marzo de 1960

¿Los periodistas no son escritores?

A menudo nos reclaman a quienes escribimos en la prensa con asiduidad profesional, por qué no publicamos libros. Tal parece que nos consideran autores frustrados, perezosos, fuentes de buenas aguas desperdiciadas.

Este asedio no es justo ni cristiano. La prensa incita por su velocidad circulatoria, por su poder de penetración entre los más vastos sectores. Y en cuanto a

calidad, no depende del vehículo de lectura sino de la obra misma. El escritor es un hombre responsabilizado con su época y tiene la misión de señalar caminos, de desentrañar verdades. A veces no puede ni debe esperarse a la formación de un volumen para desempeñar este apostolado, modesto, pero necesario.

Hace algún tiempo, a fin de que pudiera otorgarse a Robert Kemp un sitial en la Academia Francesa, sus amigos tuvieron que reunir materiales publicados en revistas para formar dos tomos, y sin embargo, nadie pone en duda que Kemp es uno de los críticos más eminentes de Europa. George Charensol es la máxima autoridad sobre el cine, y está en similares condiciones; Francis de Miomandre hace años que no publica un libro, y en las mejores revistas literarias francesas sigue influyendo entre sus contemporáneos con su buen juicio y su experiencia.

Con todo, la presión en nuestro tiempo sobre el escritor para que produzca libros es menos cruel que en el siglo XIX, por ejemplo, cuando se hacía un deslinde infranqueable entre escritores y periodistas, con énfasis peyorativos sobre éstos.

En relación con los grandes ideólogos del liberalismo mexicano, cabe recordar que pese a la influencia decisiva que ejerció su pensamiento y su obra en el ámbito de nuestro país y en el extranjero, muchos de ellos no escribieron libros o los escribieron en manifiesta desproporción con el enorme acervo de sus trabajos publicados en diarios y revistas.

Ignacio Ramírez jamás editó un volumen; fueron sus amigos, sus discípulos —los hijos de su espíritu, como diría Miguel de Unamuno— quienes amorosamente reunieron artículos y ensayos suyos en dos tomos. Altamirano ha dicho que “como Sócrates y Jesucristo”, Ignacio Ramírez no escribió libros, pero que su obra contiene tantas enseñanzas como una biblioteca.

Otro ejemplo es Francisco Zarco. Cinco gruesos volúmenes podrían formarse con su colección desperdigada en publicaciones de la época, de México y del extranjero, sobre diversos temas: estudios morales y ensayos descriptivos, ensayos biográficos, artículos de costumbres, crítica, política, administración y polémica. No obstante, se le ha significado exclusivamente como el penetrante cronista parlamentario del Congreso del 57.

Don Luis de la Rosa es otro autor sin obra, otro “periodista” que no fue “escritor”.

Pero el caso de mayor relieve es el del propio Ignacio Manuel Altamirano. Él mismo resintió la amable demanda de sus contemporáneos para que produ-

jera tomos respetables y no “simples” colaboraciones de prensa. Refiriéndose a esta desidia –tan aparente e injustificada por la realidad– habla de su “decantada pereza” en el prólogo que escribe para la edición francesa de *La Navidad en las montañas*.

Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco fueron por añadidura prosistas de alta clase, patricios de la honestidad y del pensamiento, ideólogos con la más clara visión del presente y del futuro de México. Dónde escribimos, es lo de menos. Contra la duda sobre la importancia de su obra, está el sello que imprimieron en todas las instituciones de su época, y contra su “decantada pereza” la imponente mole de su trabajo, el cual ni por cantidad ni por calidad, ha superado ninguna otra generación en la historia de la literatura mexicana.

27 de marzo de 1960

Obra temprana de Orozco y Berra

Manuel Orozco y Berra, como es regular en escritor primerizo, aparece en las letras escribiendo versos. Pero muy pronto abandona a esa musa o ella lo abandona a él, para dedicarse a la historia, campo en el que va a destacar hasta el extremo de tenersele como uno de los que mejor la han trabajado. Su obra sobre historia antigua y moderna de México –escribió Genaro Estrada– original, maciza, bien hecha, abundante, respetuosa de la verdad, de buena calidad científica, ¿ha sido superada entre nosotros?

En 1837, cuando apenas había cumplido veinte años, publica lo que pudiera considerarse uno de sus primeros escritos históricos. En *El Mosaico Mexicano* comenzó a publicarse en aquel año un *Calendario Histórico* de autor anónimo, cuyas diez primeras inserciones, apenas si incluyen una que otra efeméride americana. Pero en el tomo II, en la página 117, encontramos esta novedad: al lado del *Calendario Histórico General*, primero, y después en colocación aparte, aparece un *Calendario Histórico Americano*, firmado por Manuel Orozco, pero desde la entrega del siguiente por M. Orozco y Berra, aunque anónimas las dos últimas.

¿Escribió Orozco y Berra los dos *Calendarios*? Parece que sí. La inclusión de fastos americanos, principalmente de México, que se encuentran desde el

principio, robustece la sospecha. Por el tenor de la nota que aparece al iniciarse el *Calendario Americano*, se saca en limpio que el autor era aún poco conocido. “Los sucesos de las naciones extrañas –dice– pueden ser muchas veces objeto de mera curiosidad; no así los domésticos que por naturaleza afectan vivamente nuestros ánimos. Por esto creemos que la generalidad de los lectores mexicanos mirará con cierta especie de predilección las noticias relativas a los acontecimientos de América, en competencia con los de otros pueblos.”

Convencido de esta verdad, un sujeto estudioso e instruido, ha ido formando una especie de “Efemérides o Fastos americanos”, tomados todos de los libros que han llegado a sus manos, y tratan de la materia. Cuando ha notado discordancia entre los autores ha dado la preferencia al que corre con crédito de más verídico. Algunas de sus noticias están tomadas del *Repertorio Americano*, como que su objeto ha sido formar una colección de este género, la más completa que pidiere.

“Ha tenido la bondad de enviar a los redactores de este periódico la parte de ellas que corresponden al presente número, como la oferta de hacer lo mismo en los sucesivos. Agradecidos a su favor comenzamos la inserción, lisonjeándonos con que será del gusto de nuestros lectores. Resta sólo advertir que los artículos tomados del repertorio van marcados con un asterisco.”

El *Calendario Histórico Americano* apareció en las siguientes páginas del tomo II: 117, 196, 237, 276, 355, 434 y 475.

Orozco y Berra no se conforma con proporcionar el hecho y fecha escuetos, sino que sitúa los acontecimientos en su marco de historiador más que de erudito o curioso, y viene a ser de esa manera, aquella obra temprana, la primera del ilustre escritor mexicano. La primera efeméride correspondiente al 16 de abril de 1813, dice: “Fueron pasados por las armas 300 americanos (se cree que no fueron sino algunos) de orden de Iturbide en el puente de Salvatierra”. Adviértase que Orozco y Berra atenúa la noticia con un paréntesis, subrayando la palabra “algunos”. No se encuentra ya en eso una decisión de sujetar a la crítica y a la discusión, el material de trabajo que llega a las manos del historiador, circunstancia ésa que va a caracterizar su obra futura, la *Historia de la dominación española en México*.

Lo que haga falta aquí que lo ponga Ángel María de Garibay K. y Miguel León-Portilla que ahora preparan una nueva edición de la famosa historia.

La Chinaca, periódico del pueblo

Sólo en dos ocasiones he visto *La Chinaca*, el famoso “Periódico escrito única y exclusivamente para el pueblo”: una vez en la Biblioteca de la Universidad de Texas, en 1937, y ahora. En la primera casi no advertí su importancia, quizá porque no la consideré tan rara, aplazando su revisión para más adelante, cuando volviera a México, cosa que sólo en estos días he conseguido.

La colección de Austin, hasta donde recuerdo, contiene las mismas entregas que ésta que reviso: del miércoles 16 de abril de 1862 al de mayo del año siguiente, fecha en que suspendido, sin aviso a los lectores, sin duda por causa de la intervención extranjera.

En todos los números apareció esta nota: “Este periódico se publica dos veces por semana, miércoles y sábados; vale un octavo de real cada número, y para los repartidores un real la docena. Se vende en la librería de don José María Aguilar, calle de Santo Domingo.” Y desde el 2, estos versos:

*Como pueden varios tábanos
tras la Chinaca zumbar
y a la Chinaca le ocupa
sólo patria y libertad;
avisamos en voz alta
que no hemos de contestar
que pleito sólo emprendemos
con los de allende el mar
y no queremos chismes
con la vecindad.*

En un principio se publicaba los miércoles y los sábados de cada semana, pero a contar de la tercera entrega, comienza a salir los lunes y los jueves. Se imprimió alternativamente en la imprenta de Nabor Chávez y en la de Vicente García Torres. Fue su redactor en jefe durante casi toda su vida Pepe Solórzano, tal vez nombre bajo el que ocultaba el verdadero de Guillermo Prieto. ¿Algún lector ha visto en otra parte el tal nombre de Pepe Solórzano?

Era la finalidad principal, como se lee en verso “decir nuestra opinión/ y con ella entusiasmar/ a todita la nación”. Y su opinión era chinaca, es de-

cir, mexicana y liberal, leal y patriótica, en oposición a mochos y cangrejos, a traidores y entreguistas, Juan Nepomuceno Almonte, Alfonso Dubois de Saligny, el padre Francisco de Miranda eran los blancos de las plumas chinacas, o chinacates como también les place nombrarse. Juan Prim, Manuel Nicolás Corpancho –“ningún extranjero, nuestro hermano”–, sus amigos.

Las colaboraciones eran anónimas o firmadas por seudónimos, generalmente: Gestas Picaluga, Pepito de las cinco llagas, El prudente, por ejemplo. Sólo en contadas ocasiones firmaba Prieto, ya con su nombre, ya como “Fidel”, algún romance, algún artículo. Una sola vez firmó Joaquín M. Alcalde un brindis en verso. Aunque parece que era Prieto su redactor principal, no cabe duda que en ella colaboraron todos los escritores liberales del tiempo, por lo menos los que alguna vez firmaron como sus responsables: José María Iglesias, Francisco Schiafino, Alfredo Chavero, Pedro Santacilia, y Guillermo Prieto. Advierta el lector que falta “Pepe Solórzano”. Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano parece indudable que escribieran algunas piezas en *La Chinaca*. Ya he propuesto en *Alacena* anterior, al General como autor de “El Chinaco”, romance que por su finura y acabado más puede ser suyo que de “Fidel”.

Entre las colaboraciones más significativas de la chinaca publicación, se encuentra la que ya desde ahora titulamos *Diario de un zuavo*, que el anónimo autor finge haber encontrado en la mochila de un intervencionista caído en la acción de Barranca Seca. Al margen de la colección que existe en Austin, según me lo recuerda McLean, hay esta nota: “El diario del zuavo es fruto de la colaboración de Prieto, Schiafino y Chavero.” Sólo una o dos inserciones pueden corresponder a autor distinto; lo demás es de Prieto con toda seguridad. *Impresiones de viaje*, que tal es su título, se publicó en las siguientes fechas: *La Chinaca*, 26 de mayo; 2, 5, 9, 16, 19, 23 y 30 de junio; 3, 14, 17 y 24 de julio; 7, 14, 21 y 28 de agosto, y 8 de septiembre de 1862. De paso, digamos que Malcom D. McLean da una fecha errónea: 10 por 14 de julio.

Con las *Impresiones de viaje* muy bien pudiera organizarse un pequeño volumen con el título que proponemos. Sería muy oportuno, cuando estamos en víspera de la batalla de Calpulalpan, y a sólo dos años del centenario de haberse escrito.

Y ésta es la sugerencia que hacemos a Daniel Moreno, editor de la colección “El siglo XIX”.

Canto chinaco

Todo parece indicar que este es el tiempo propicio para el estudio exhaustivo de algunos de los grandes escritores mexicanos del siglo XIX: el sesquicentenario de la Guerra de Independencia, el centenario de la Reforma y el cincuentenario de la Revolución Mexicana. De algunos, es verdad, ya tenemos estudios más o menos definitivos; de otros ya se han editado las obras completas. Sin embargo, son más los que están en espera. Por desdén, o por tareas de mayor apariencia, muchos de los grandes autores del siglo pasado se conocen de manera incompleta. Con frecuencia más por sus exterioridades, por lo que pasajera y se escribió contra ellos, casi siempre adverso. Juicios y opiniones que dictó el rencor, la lucha partidista, más que criterios estéticos y científicos. Así ha ocurrido con Guillermo Prieto, pongamos por caso. Nuestro pueblo –escribió más o menos Amado Nervo– no está ni siquiera a la altura de Prieto. Lo que interpretado no quiere decir sino que hay que escribir para unos cuantos.

El tiempo parece maduro para revalorar algunas de nuestras grandes figuras literarias del XIX. Nada se opone a que uno de los futuros académicos de la lengua, siguiendo el ejemplo de escritores extraños, generalmente norteamericanos, dedique su inteligencia y su pasión a poner un poco de orden en la maraña de las letras mexicanas de hace un siglo. A la ya larga lista de los investigadores, agréguese el de Malcom D. McLean, cuya *Vida y obra de Guillermo Prieto*, publicado por el Colegio de México, acabo de leer.

Como en estos días hemos dedicado un mayor número de horas a la relectura de los escritores liberales, y a la versión de las publicaciones en que colaboraron no parece caprichoso reunir los nombres de Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Alfredo Chavero, Pedro Santacilia, con algo que consideramos un hallazgo extraordinario: la colección de *La Chinaca*, “periódico escrito única y exclusivamente para el pueblo”, en que colaboraron casi todos ellos, y que fue publicado del 16 de abril de 1862 al 8 de mayo de 1863. En espera de volver a esta carísima publicación, a más de muy interesante, pues fue una de las que con más denuedo combatieron a los franceses y a sus aliados mexicanos, presentamos a los lectores y amigos de esta *Alacena*, un problema de dilucidación literaria.

Entre las colaboraciones de *La Chinaca*, sólo por excepción firmadas por Guillermo Prieto, se encuentra una gran cantidad de poemas, principalmente

romances, encaminados a exaltar la vena patriótica del pueblo mexicano y a exacerbar el odio a invasores y traidores.

Uno de esos romances, que estoy yo tentado a atribuir a Riva Palacio, por su entonación y por su gran semejanza con otros de parecida inspiración recogidos en sus libros de poesía, es el que a continuación insertamos, para que digan, los que más saben, qué tanto me acerco o me alejo de la verdad. Riva Palacio es, justamente, uno de esos autores que están en espera de que se les estudie y sitúe en su justo valor. Ah, si a estas alturas supiéramos siquiera qué le corresponde en los libros que escribió en colaboración con otros como Juan de Dios Peza o Juan A. Mateos, por ejemplo.

He aquí el romance prometido, inserto en el número 42 de *La Chinaca* que, por cierto, aparece repetido:

El Chinaco

*Cruzando va la llanura
veloz como el vendaval
montado en un bello prieto
el bravo chinaco, Juan.
Deja atrás un pueblecillo
en que nación sin voltear
a ver la columna de humo
que brota de su jacal,
como el alma de su choza
que le sale a contemplar,
hasta que cruzando el monte
deja el vallecillo atrás.
¡Y adiós su madre querida,
que llora en su soledad,
doblada sobre la cuna
en que meciera a su Juan
en otros días que pasaron
de su amante virginal,
que lejos de su adorado
no sabe sino llorar,
y que no quema ya sus labios*

*en los labios de su Juan.
 Él, en tanto, va cantando,
 por su patria va a pelear
 y ella es su madre y su amada,
 y él es su adorado Juan.
 Y cuando el sol de la muerte
 brille para él, dormirá
 en los brazos de su patria
 como en un lecho nupcial.*

Repetimos, ¿no recuerda este canto chinaco a los otros dos que conocemos del famoso escritor y soldado?

17 de abril de 1960

Juan Bautista Carriedo

Dediquemos esta *Alacena* al historiador oaxaqueño Juan Bautista Carriedo, quien hace cien años, en medio de las más grandes penurias, lejos de la capital mexicana, dedicaba sus horas de madurez intelectual al estudio de Oaxaca. Carriedo es digno del recuerdo y de la gratitud de sus conterráneos por mil razones, siendo la de mayor bulto su amor a la tierra de sus abuelos, a la que dedicó todos los atributos de su intelecto y de carácter. Después del florecimiento intelectual de que gozó Oaxaca hasta principios del XIX, sobrevinieron días de decadencia, pues entregado el país a la lucha por la libertad, apenas si podía prestar a las cuestiones de la cultura, la atención que reclamaba.

Dentro de ese marco creció Carriedo. Si como creemos nació en los últimos años del XVIII o principios de la pasada centuria, al mediar el siglo estaba en la plenitud de su vida. Aquella penuria de que hemos hablado, lo decidieron a instalar una imprenta, a ejercitarse en el grabado, a investigar en los archivos de la capital oaxaqueña cuanto fuera necesario para la redacción de sus obras. Las fuentes de estudio en aquellos tiempos no eran tan escasas como las fueron después, tras de la destrucción y el saqueo de nuestros archivos, señalando el de Santo Domingo. Aparte los códices que pudo haber consultado, los archivos parroquiales, las observaciones que pudo realizar de los restos

arqueológicos, y los usos y costumbres de las diversas razas que habitan el estado de Oaxaca, su principal fuente, para el mundo precortesiano y colonial, fueron los tres tomos de la obra de Francisco de Burgoa: la *Palestra Historial* y la *Geográfica Descripción*, que él resume antes que nadie.

Dos son las obras principales de Carriedo: *Ensayo histórico y estadístico del departamento de Oaxaca* (1843), y unos estudios de carácter histórico y estadístico, publicados en dos tomos en 1847 y 49, que abarca hasta el año siguiente, cuando Juárez aparece en el escenario oaxaqueño.

Esta obra, publicada en 1949, por el gobierno que presidió Eduardo Vasconcelos, con prólogo e índices onomásticos de Jorge Fernando Iturrubarría, registra algunas particularidades que señalamos, a título de curiosidad. Aunque el director de la Biblioteca de Autores y de Asuntos Oaxaqueños, que lo era Jacobo Dalevuelta, la titula *Estudios históricos y estadísticos del estado oaxaqueño*, ese título sólo lo lleva el tomo II; el del I es el siguiente: *Estudios históricos y estadísticos del estado libre de Oajaca*. Por su parte, Iturrubarría, combinando los títulos de las dos obras de Carriedo, la llama *Estudios históricos y estadísticos del departamento de Oaxaca*.

No fue todo lo que escribió Juan Bautista Carriedo. Con sus trabajos históricos, arqueológicos, biográficos, periodísticos y literarios, muy bien pudiera organizarse un volumen de regulares dimensiones. Las circunstancias en que Carriedo cumplió sus tareas de escritor público, acredita con creces ese homenaje, que no ha de faltar oaxaqueño que lleve a cabo.

Trabajos suyos pueden encontrarse en *El siglo XIX*, en *El Ateneo*, en *El Museo Mexicano*, en *La Ilustración Mexicana*. El autor de esta *Alacena* intentó en otro tiempo reunirlos, pero dejó, como otras muchas, esta tarea a medias. No renuncia, sin embargo, a volver a ellas alguna vez.

Juan Bautista Carriedo era originario, casi con seguridad, de la Villa de Etlá, en donde consta que murió en 1865, mientras desempeñaba un cargo del imperio de Maximiliano. Su caso, ha recordado Iturrubarría, se parece al de José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra, también funcionarios de aquel malhadado gobierno. Como a ellos, se puede atenuar al denodado oaxaqueño, aquel tremendo error: su obra, escrita con sudores y desvelos, es signo de su gran amor por la tierra de México, a la que no es posible creer que traicionara.

24 de abril de 1960

Romance del 5 de mayo

Para ese *Romancero del pueblo* que proyectó Guillermo Prieto y para el que escribió preciosos ejemplares, pero que ya no pudo organizar en volumen, copio de *La Chinaca* –tomo I, No. 14, jueves 29 de mayo de 1861– el romance que sigue, tal vez obra suya. Su título:

El 5 de mayo

*Desde que alumbió la aurora
dispuesta la gente estaba,
lleno el pecho de entusiasmo
esperando la batalla,
que no temblaba valiente
ni en frente a las huestes francesas
que más allá del océano
tienen de invencibles, fama.
Esperaban descansando
los soldados en sus armas
cuando apareció a lo lejos
entre polvo, hueste armada,
embriagada con los sueños
de la gloria que esperaba.
Tronó el cañón en el cerro
do el bravo Negrete estaba,
y de lo alto de la torre
invocaba la campana
a todos los ciudadanos
a ir a morir por la patria.
Volaban a la trinchera
a desafiar la metralla,
que nunca temen los libres
ni al pabellón de la Francia.
Zaragoza recorría
infundiendo la esperanza
nuestros bravos batallones*

*mostrando con risa franca
 el sol del 5 de mayo.
 Prepararon su batalla
 los héroes de Solferino
 quietos los nuestros estaban
 entre tanto el enemigo
 marchó en columnas cerradas
 y al verlo a cincuenta pasos,
 como un torrente de lava
 que de un volcán se desborda
 rompió el fuego nuestra armada
 a los gritos elocuentes
 de “muramos por la patria”.
 Tres veces los invencibles
 hallaron a Berriozábal
 y a Negrete enfrente de ellos;
 y volviendo las espaldas
 mientras Lamadrid ufano
 con los de San Luis cargaba,
 y los arrojaba Mejía
 con las huestes de Oaxaca,
 y Solís ya sin un brazo
 que le voló la metrala,
 cargaba sin ver la sangre
 que de su tronco chorreaba.
 El general Zaragoza
 había humillado a la Francia.
 El sol del 5 de mayo
 al trasponer las montañas,
 no halló en que morir ni un lauro
 de la bandera de Francia.
 Y adiós espanto de Europa,
 triunfó al fin la santa causa,
 que no tiembla la justicia
 ni al golpe de la metrala;
 y cuando cuente la historia*

*nuestras desgracias mañana,
dirá, México fue libre,
supo vencer a la Francia,
y dorará el sol de mayo
las nubes de sus borrascas.*

8 de mayo de 1960

Etimologías toponímicas

Cuando hace unos días celebramos las bodas de plata de Ixtepec como ciudad, descubrimos algo en que nunca habíamos reparado; y es que hasta la fecha todavía no tenemos la etimología exacta del nombre de aquella vieja localidad. Y eso es lo que ahora queremos hacer, es decir, proponer una etimología, valiéndonos para ello del conocimiento que tenemos del lugar y del escaso, mas suficiente para cuestiones toponímicas, del náhuatl; pero sobre todo, de lo que consideramos perfecto dominio del zapoteco.

Es bien sabido que los nombres de los pueblos los deducían los aztecas de los accidentes geográficos: los ríos, las montañas, los cerros, eran los principales elementos que participaban en la elección de un nombre, hasta el grado de que río, monte y cerro sean sinónimos de pueblo. Porque, en efecto, los pueblos siempre nacieron allí donde hay un río, una ladera, una montaña, en una palabra, donde hay medios de vida. Siempre, fatalmente, habrá cerca algo característico del lugar: un cerro donde abundan las huilotas, los zanates, los totoles, de donde Huilotepec, Zanatepec y Totoltepec. No puede faltar un sitio donde abunden las flores o una especial, única, propia y exclusiva de la región de Centroamérica y más allá. Los comerciantes de aquella raza, cuando no en plan de conquista, para comprar y vender, llegaban hasta la actual Panamá. Nada hay de extraño, entonces, que muchos pueblos centroamericanos tengan toponimia azteca: Cuzcatlán, Huanacastle, por ejemplo.

Con frecuencia, muchos de esos pueblos tienen dos nombres: en la lengua original de sus hablantes y la que impuso la conquista náhuatl. Juchitán se llamó así por los aztecas, y *Lahuiguidhi* y *Yoo*, por los zapotecas, sus habitantes. Cuando en una región se hablan otras lenguas, un mismo pueblo tiene varios nombres: el que le pone cada uno de esos pueblos. Ixhuatán, por ejemplo, se llama Tilam,

que quiere decir un río, en la lengua huave. Porque, en efecto, Ixhuatán nació junto al río Ostuta. Con la llegada de los españoles, todos los pueblos tuvieron un nombre nuevo, éste deducido de preocupaciones religiosas: San Gerónimo Ixtepec, San Francisco Ixhuatán, San Vicente Juchitán, Asunción Ixtaltepec.

Entre los zapotecas no era regular que los accidentes geográficos dieran nombre a los pueblos. Frecuentemente se recurría a otra circunstancia. Pero cuando el procedimiento era el mismo que el azteca, se puede ver que ambas toponimias se corresponden: Huilotepec, cerro de huilotas (palomas), se dice en zapoteco *Guiebexo*, que luego dio *Guibixu*, que quiere decir cerro de palomas (de *guie*, cerro, y *bexo*, palomo).

Volviendo al caso de Ixtepec, digamos que no tiene nombre en zapoteco, lo que dificulta dilucidar su correcta etimología. Pero con sólo que nos detuviéramos brevemente a indagar cómo se le nombra por los otros pueblos que hablan distinto idioma, y que habitan el Istmo, veríamos que casi todos, por no decir todos, ponderan la circunstancia geográfica.

Se puede dar como un hecho que la denominación actual que nos ocupa, es el resultado de una corrupción gramatical, explicable porque los españoles eran incapaces de oír bien y transcribir correctamente las palabras indias que oían. Así de Atahualpa sacaron Atabiliba; de Iztactepetl obtuvieron Ixtaltepec, de Tecuantepetl, la forma que ya conoce el lector, y que luego criollos y mestizos y los propios indios, convirtieron en Tehuantepeque, Zanatepeque, etc. Pero es casi seguro que Ixtepec, primeramente Ixtepetl, tiene la misma raíz que Iztactepetl, sino que las deformaciones fueron diferentes. El accidente geográfico que les da nombre es el mismo.

Ixtepec quiere decir, pues, “Cerro blanco”, de *iztac*, blanco, y *tepetl*, cerro o monte, o por extensión, piedra. Refuerza este aserto el hecho de que Iztaltepec, se llama en zapoteco, Guiati, de *guie*, o *guía*, como ellos pronuncian, que quiere decir cerro o piedra, y *ati*, blanco.

Cuando oímos decir la palabra, *miati*, significando nosotros, para distinguirnos de los que queremos señalar como distintos, no estamos haciendo otra cosa que discriminar al indio. *Miati*, en efecto, viene de la palabra, *beneati*, gente blanca, gente distinguida, distinta, como quien dice.

Las otras etimologías que no transcribimos las considero erróneas, como resultado que fueron de una mala percepción auditiva del nombre original y de una transcripción escrita, igualmente viciada. Complica esa situación la morfología especialísima de muchas de las lenguas que se hablaron en el

México antiguo, y que permite que una misma palabra, aparezca distinta y viceversa.

Dejo estas afirmaciones a los istmeños y a todos los que tengan gusto por estas cosas, para que las enmienden o ratifiquen.

15 de mayo de 1960

"El Nigromante", poeta

Cuando México celebró el centenario de la Constitución del 57, era yo Jefe del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. Propuse entonces y fue aprobado por el director en turno, la edición de algunos de los textos de los grandes escritores liberales, como una manera de participar en las festividades centenarias. Entre los autores señalados se encontraba Ignacio Ramírez, considerado como poeta. Me encargué de copiar sus poesías, retocándolas en su ortografía, de seleccionarlás, no obstante su escaso número y su pareja calidad de forma y fondo, de apartar de algunos de los poemas aquellos fragmentos que no afirmaran la fama de gran poeta de que justamente goza Ramírez. Hice más: propuse como suyas unas cuantas piezas publicadas en su tiempo, ya anónimas, ya calzadas con su famoso pseudónimo, o con los asteriscos que aparecen al pie de los artículos de *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

El material así organizado lo entregamos para su revisión al gran escritor y poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, quien opinó que era digno de las musas mexicanas. Solicitamos de Octaviano Valdés un prólogo, que escribió entusiasta y justiciero, sin dejar por eso de señalar sus lunares y sus diferencias con el credo político del poeta. El ensayo de Valdés queda, de esa manera, como lo mejor que hasta ahora se haya escrito sobre el poeta Ignacio Ramírez.

Pero –el “pero” que muy rara vez falta en las empresas mexicanas– no pudieron publicarse las *Poesías Completas* de Ramírez. El prologuista se manifestaba en algún lugar de su ensayo, un poco desdeñosamente contra el poeta, cosa que no podía permitirse, sobre todo, después de que Rafael Cuevas, en su *Panorámica de las letras mexicanas* –cuyo material no pasó por el Departamento de Literatura–, llevó de encuentro a Benito Juárez y a la Revolución

Mexicana. Retocar el prólogo fue lo primero que se le vino a la cabeza al director de publicaciones, quizá con el auxilio de una autoridad más alta; luego se dijo que debía buscarse una nueva advertencia, si no es que era mejor que las poesías aparecieran solas, sin preliminar que las situara y valorara. El recurso final no pudo ser más desesperado: hacer perdedizos poesías y prólogo. Fue una lástima; porque en la preparación del material se había puesto amor y entusiasmo; en el prólogo una decisión de penetrar la esencia de la obra poética de Ramírez, más conocido por sus otras famas.

Entre las poesías propuestas como tuyas, se encontraba un soneto publicado en *El Domingo*, 2a. Época, página 90, firmado con los tres asteriscos que alguna vez usó, pero que muy bien pudieron usar otros, como ocurre con no pocos pseudónimos, iniciales y signos. Su fecha es de 1871, es decir, cuando el poeta tramonta. El tema, la factura, su dejo de resignación autorizan que se atribuya a su estro.

A Elena

*¡Basta! ¡No más! Si criminal mentira
brotó mi labio, que de leal blasona,
mi absolución magnífica pregona
la gracia celestial que en ti respira.
No a sincerarme avergonzada aspira
la demencia de amor que me aprisiona;
a tu hechizo fatal, ¿qué no abandona
cuanto de austero la moral inspira?
Ten de mí compasión, Elena, advierte
que en mi amor manantial de eterno llora
por expiación me legará la suerte.
Yo, en cambio, sólo tu perdón imploro;
¡y feliz si en las manos de la muerte
aún puedo repetirte que te adoro!*

22 de mayo de 1960

La *Biblioteca Mexicana Popular y Económica*

Tomemos al azar alguna de las muchas revistas literarias que se publicaron en México durante el siglo pasado, en que tanto florecieron: *Biblioteca Mexicana Popular y Económica* (1851). El recorrido cuidadoso de su Índice nos proporciona numerosas y gratas sorpresas. Hay en estas revistas una gran copia de noticias todavía no aprovechadas por los historiadores de la literatura nacional. Algún investigador nuestro, es cierto, ha encontrado en ellas preciosos materiales de investigación, pero ello ha sido sólo de tarde en tarde. Lo común es que periódicos y revistas literarios de entonces, generalmente de penosos acceso, estén en espera de concurrir al mejor conocimiento de la vida literaria de México del tiempo pasado.

La *Biblioteca Mexicana* que ahora revisamos es una de ellas. Ya en otra ocasión encontramos en ella poemas no coleccionados de Francisco González Bocanegra. Esta nueva visita no ha sido menos provechosa. Transcribamos como muestra algunos títulos de artículos contenidos en su tomo I. En la sección de “Estudios Biográficos”, encontramos dos artículos sobre Manuel Eduardo de Gorostiza, quizá escritos por Florencio María del Castillo, aunque sólo aparezca firmado uno de ellos; en la de “Viajes”, un artículo descriptivo sobre “La cueva del Padre”, situada en Nuevo León; en la de “Profesiones”, un trabajo de Luis de la Rosa que lleva por título “Abogados”; en la de “Bibliografía”, sendas reseñas sobre libros de Heriberto García de Quevedo y de José María Esteva; en la de “Poesías”, composiciones de los poetas mexicanos Guillermo Prieto, Francisco González Bocanegra, Anievas, Marcos Arróniz, Esteva y Ulíbarri, Pedro Viñolas, Emilio Rey, Alejandro Arango y Escandón, Pablo J. Villaseñor y Emilio Rey; y de los poetas españoles residentes en México, Heriberto García de Quevedo y Anselmo de la Portilla. Todas ellas pronunciadas durante una velada en honor Manuel Eduardo de Gorostiza, celebrada en el Teatro Nacional, la noche del sábado 27 de diciembre de 1851. En esa misma sección se encuentran otras composiciones de González Bocanegra, Félix María Escalante, Francisco Granados Maldonado, José Antonio Cisneros, sin contar poetas extranjeros, españoles sobre todo, como José de Espronceda, Francisco Camprodón, Juan Eugenio Hartzenbusch, Alcalá Galiano, Francisco Martínez de la Rosa, en fin.

En la página 299 se inserta un artículo anónimo, de alguna extensión, sobre el “Teatro de Alarcón”. Al final, aparece una lista de comedias del gran

dramaturgo mexicano, que por tanto tiempo nos disputaron los españoles. Por su curiosidad, las reproducimos con leves retoques:

Amistad (la) castigada
Anticristo (el)
Crueldad (la) por el honor.
Cueva (la) de Salamanca.
Desdichado (el) en fingir.
Dueño (el) de las estrellas.
Empeños (los) de un engaño.
Examen (el) de maridos.
Favores (los) del mundo.
Ganar amigos.
Industria (la) y la suerte.
Manganilla (la) de Melilla (magia).
Mudarse por mejorarse.
No hay mal que por bien no venga.
Paredes (las) oyen.
Pechos (los) privilegiados.
Prueba (la) de las promesas.
Quien no cae no se levanta.
Semejante (el) a sí mismo.
Tejedor (el) de Segovia (dos partes)
Todo es ventura.
Verdad (la) sospechosa.

Y con esto ponemos punto final a la *Alacena* de hoy.

29 de mayo de 1960

Hallazgo sobre Luis de la Rosa

Una alusión contenida en el último libro de Genaro Fernández MacGregor –*En la era de la mala vecindad*– nos devuelve a Luis de la Rosa, considerado como literato. La referencia es en rigor una paráfrasis de lo que Guillermo

Prieto escribió sobre nuestro olvidado escritor. Contiene también aquel error de Francisco Sosa de incluir a La Rosa entre los escritores cuyos datos biográficos no logró reunir Francisco Zarco cuando se propuso estudiar a algunos de sus compañeros de lucha y de sus maestros. El cronista parlamentario, en efecto, lamenta, en el prólogo a la edición de 1895 de *El Gallo Pitagórico*, la carencia de noticias, estudios y apreciaciones acerca de los ingenios nacionales y de la influencia que pudieron tener sobre los acontecimientos. Bien lo sabemos nosotros –dice– que durante algunos años no hemos podido completar los datos necesarios para escribir ensayos sobre Andrés Quintana Roo, José María Luis Mora, Manuel Eduardo de Gorostiza, Mariano Otero, Lorenzo de Zavala y otros de nuestros prominentes escritores. Pero ni una palabra sobre su maestro Luis de la Rosa. Y acabadas de escribir estas líneas, volvemos a dudar si Zarco no se refirió en otra parte al autor de la *Memoria sobre el cultivo del maíz en México*. Si en algún lugar lo dijo, sería en *El siglo diez y nueve*, al morir don Luis el 3 de septiembre de 1856. Sea como fuere, lo cierto es que hasta ahora se ignora la fecha de su nacimiento y de sus primeros años.

La referencia que a primera vista parece ser un descubrimiento de Fernández MacGregor dice: “Escribía deliciosas miniaturas con sensibilidad y ternura. Era un poeta que escribía en prosa.” No digo que el autor entró a saco en el cercado de otro, sino que se encuentra en Prieto esa opinión. Los que escriben para periódicos tienen esa licencia: recordar, parafrasear a otros sin que ello constituya delito. A veces, hasta plagiar. ¿No dijo Justo Sierra, que bien conocía las exigencias del periodismo, y sus rigores, que el plagio era inseparable de su ejercicio?

Cuenta Prieto en sus *Memorias* cómo trabajaba La Rosa, encargado en unión de otros de la parte política de *El Siglo*. “En un lugar retirado del edificio, especie de pasadizo angosto y desmantelado, con puertas y ventanas cerradas, un velón ardiendo, una cafetera con lámpara en acción, en angosta mesa de pino, se distinguía a D. Luis de la Rosa, con su tez pálida, sus ojos grandes y llenos de dulzura, y su aspecto de indiferencia y abandono, vivo contraste con la firmeza de sus resoluciones, y su entereza para desafiar frente a frente la tiranía.”

Luego proporciona algunas noticias acerca de su nacimiento en Pinos, Zacatecas: sus brillantes estudios en Guadalajara y sus primeros trabajos periodísticos en la *Estrella Polar*. “Bajo aquel aire modesto y aquellas costumbres apacibles, sus pasiones políticas eran veheméntísimas.” “Hay que ser manso

como la paloma y cauto como la serpiente”, repetía Luis de la Rosa para atenuar su conducta. Empresa que recuerda la del peruano Manuel González Prada: “hai que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero i lobo con el lobo”. Odiaba el militarismo. Y redujo a una sentencia aquel su estado de ánimo: “De un soldado todo puede hacerse, menos un hombre razonable y útil.”

Una vez que Prieto traza en rasgos aislados la personalidad moral de Luis de la Rosa, se refiere a su condición de literato, de hombre fino y delicado. Rosa escribía deliciosas miniaturas, dice. “Su inspiración era como una flor que se dejase llevar por una corriente cristalina o como celaje de oro que se meciese bajo el azul del cielo. Hablaba de flores y de cielos, del arpa de una cuerda, y del querubín, pero iluminando todo con una sensibilidad exquisita, con una ternura inexplicable: su pluma era la vara mágica que tendía sombras, encendía hogueras, lanzaba el rayo y dominaba el lago sobre la yerba para que le cantase quejosa a la caída de la tarde la tórtola viuda. Rosa era un gran poeta que escribía en prosa.”

Así era La Rosa. Sus escritos que pudieran considerarse como de creación literaria son pocos. Hace tiempo se publicó con ellos un pequeño volumen, ahora de suma rareza. A lo reunido pudieran agregarse unas cuantas piezas más: aquellas que se encuentran perdidas en las hojas periódicas y en las revistas en que colaboró, ya firmadas, ya calzadas con las iniciales R. L. Así en *El Álbum Mexicano* (1849). Nunca mejor oportunidad para rendir un tributo de admiración a Luis de la Rosa, uno de los próceres de las dos repúblicas, que ésta en que celebramos tres fechas gloriosas: Grito de Independencia, Batalla de Calpulalpan y Revolución Mexicana. Ahora es tiempo de establecer la fecha de su nacimiento, de seguirlo por los caminos que recorrió hasta llegar a *El Siglo*, en cuyas páginas vertió su ingenio y su pasión mexicana.

5 de junio de 1960

Davis Robinson, viajero y escritor americano

Un libro que está por hacerse, y que sería a más de interesante ameno, es aquel en que se reunieran las varias visiones que de los pueblos del Istmo de

Tehuantepec, nos han dejado escritores y viajeros del siglo XVI a esta parte. Allí se vería ya cómo desde los primeros días de la Conquista, el Istmo aparecía ante los ojos de Hernán Cortés como una tierra no sólo bella y atractiva, sino plena de todas las posibilidades de un canal que uniera los dos mares. Y si no fuera porque como dice Bernal Díaz del Castillo, después de la victoria de Tenochtitlán, todo le fue adverso al conquistador de México, del puerto de Ventosa en que construyó dos bergantines, se habrían iniciado las exploraciones y conquistas que luego se iniciaron desde el Callao.

Componer ese libro ha sido un sueño siempre aplazado. Pero como quien aplaza no resuelve, alguna vez le veremos realizado. Mientras llega ese día, aportemos a ese fin un nuevo testimonio: Davis Robinson, viajero y escritor americano del siglo XIX, quien al tratar de la posibilidad de abrir un canal que uniese las aguas del río Coatzacoalcos, que desemboca en el Golfo de México, con la bahía de Tehuantepec, en el Océano Pacífico, traza en unas cuantas líneas, un breve panorama del Istmo.

Durante su residencia en Oaxaca en 1816, recogió Robinson todas las noticias necesarias para asegurarse de este hecho importante; y quedó convencido de que pasan de un mar a otro en tiempo de aguas las canoas de los indígenas por las sinuosidades de las barrancas que unen al río Coatzacoalcos con las del Chimalapa y Tehuantepec. Estos ríos son considerables, principalmente el primero: la barra que está a su entrada se cubre de veintidós pies de agua en bajamar. El Coatzacoalcos —escribe Robinson— recibió ahora años un navío de línea español, que pasó la barra para anclar allí. Estas circunstancias de un fondeadero seguro —dice— dan una ventaja prodigiosa al hermoso río Coatzacoalcos, el cual puede admitir los mayores buques hasta el paraje en donde una participación de doce a catorce leguas une las aguas navegables del Chimalapa y del Tehuantepec. Aun cuando no se abriese un canal para unirlos, bastaría un buen camino para atraer allí un comercio inmenso; porque el Tehuantepec recibe barcos que calan veinte pies.

Davis Robinson visitó muchos de los pueblos oaxaqueños. Se extasió con la antigua Antequera, que entonces tenía cerca de cuarenta mil habitantes, “y es a lo menos igual a México en la belleza de los edificios y en la regularidad de las calles”. Y dice como en otro tiempo Tomás Gage, que ninguna parte del continente americano es más sana para habitarla.

Pero nada le produce igual arrobó que Tehuantepec. La población que habita a las orillas del río, es la raza indígena más fuerte y más activa que ha visto Robinson. Las mujeres pueden denominarse las circasianas de América:

tienen una extraordinaria vivacidad en los ojos y todos sus movimientos son graciosos y animados; son en extremo aseadas y muy amigas de bañarse; se entrenzán y levantan con primor su largo pelo negro, que sujetan con una peineta de oro o de carey; son muy industriosas y ellas mismas trabajan todos sus vestidos. Es un pueblo muy interesante y merece ser observado por un poeta.

No sólo. Los habitantes del Istmo aman la libertad y la causa del progreso. Desde el momento en que comenzó en América la Revolución de Independencia, los indígenas de aquella provincia han manifestado mucho interés por la causa. Lo inmediato de Tehuantepec al océano –afirma Robinson– había dado de muy atrás bastante inquietud al gobierno español, porque si una potencia extranjera hubiese hecho un desembarco en aquella costa, los indígenas habrían recibido al enemigo con los brazos abiertos; disposición que, por otra parte, era general en la provincia.

El añil de Tehuantepec es muy superior al de Guatemala; pero hasta aquí no ha habido estímulo alguno para su cultivo, como tampoco para el algodón y la caña, y a consecuencia de estas tres producciones, no cultivan los habitantes sino lo que necesitan para su propio consumo.

Los indígenas de Tehuantepec recogen el oro en grano en los arroyos de las montañas, y es en estas provincias donde se han encontrado masas de oro nativo más gruesas que en todo el resto de la Nueva España. Y, en fin, parece que el Istmo de Tehuantepec es a lo menos tan rico en metales preciosos como cualquiera otra región de América.

Así veía Davis Robinson el Istmo de Tehuantepec hace cerca de un siglo y medio.

12 de junio de 1960

¿Soneto de Altamirano?

¿Es de Ignacio Manuel Altamirano este soneto? Francisco Liguori, que lo recibió dictado por Manuel M. Cornejo que lo sabe de memoria, afirma que nuestro viejo músico sostiene que corresponde al estro del ilustre guerrerense. Altamirano lo compuso después de oír a algunos de estos corruptores de las canciones populares. ¿Qué diría, qué sentiría el soldado de las letras mexica-

nas y de la República, si oyera en nuestros días a tanto salvaje que con el pretexto de arreglar nuestra música, ha acabado con ella en menos de un cuarto de siglo?

*Coger sin sospecharlo un fierro ardiendo,
estrenar unas botas apretadas,
tener cuatro carreras acabadas
y no poder vivir sino pidiendo.
Hallarse frente a frente de un berrendo
sin sentir en la yerba sus pisadas,
pedir amor con lánguidas miradas
y escuchar por respuesta: "No te entiendo".
Pasar entre beatas por hereje,
padecer reumatismo en ambas manos
y tener por rival quien nos protege,
disgustos son a la verdad tiranos.
Mas, ¿qué disgusto habrá que se asemeje
al de oír los falsetes provincianos?*

Lo entregamos a sabios y discretos para que nos digan si lo han visto en otra parte o si tiene los rasgos de las creaciones del autor de *La navidad en las montañas* ¿Qué dices José Luis Martínez, tú tan conocedor de la obra del maestro? ¿Qué dicen los guerrerenses, tan celosos de las glorias de su heroica tierra?

19 de junio de 1960

Manos y emoción indígena

¿Hay algo que de modo más inmediato sugiera la escalofriante idea del dolor y de la muerte que una arma blanca? Una punta de acero, de inocente blancura, de trémulo fulgor ¿es para helar la sangre, para suspender la respiración? No, en apariencia. Y sin embargo ocurre lo contrario. Más que un arma de fuego, un puñal infunde pavor, remite a la idea de la muerte con mayor prontitud.

Bien lo supo el indio oaxaqueño que por primera vez forjó un cuchillo de Aragón, en alguna fragua de la sierra. Aquel ignoto y remoto orífice, todavía tenía en las manos el temblor de la creación artística, no renunciaba aún a poner en sus criaturas aquella emoción que hace perdurables a las obras. Quería persistir, anhelaba dejar su huella en las nuevas manifestaciones de la vida cultural: aquella que iba naciendo del beso de los ídolos y de los santos. El acero era nuevo en sus manos, pero no lo eran la paciencia y la maestría para tratar el basalto y la obsidiana, el jade y el oro. El amo le pidió una moruna, un puñal, una daga para usos que el indio desconocía: cortar una rama, dar muerte a un animal y herir a un hombre. El indio amaba los árboles y hasta los había creado artificialmente. ¿No son plantas artificiales, hechuras humanas, el maíz y el *guixuba*, que ahora llaman jazmín de palo? El indio, sí, sacrificaba hombres, pero por altos dictados religiosos. El indio, sí, cazaba animales para sustentarse con su carne, pero nunca sin intervención de los dioses. Sólo si los ritos se cumplían dentro de la mayor unción y rigor, tenía éxito la caza del venado, por ejemplo. Francisco de Burgoa lo dice en alguna parte.

La forja de armas blancas para fines tan inmediatos era ajena a la esencial manera de ser del indio de Oaxaca. Y, ¿qué hizo? Hizo algo muy sencillo y natural: convirtió el machete y el cuchillo y el puñal en una obra de arte para contrarrestar esa escalofriante idea de la muerte que los acompañaba.

Por eso se ilustran sus hojas con grabados y textos literarios de extraña belleza y de peregrino ingenio. Esas escenas de cacería llegan a la mano del indio desde lo hondo del tiempo. Ese venado que en elástico salto salva un manchón, alude a las cacerías antiguas, cuando el cazador le decía *guleza, guleza* —espera, espera— y la pieza esperaba si los ritos habían sido rigurosamente cumplidos... Son esos grabados una muestra donosa del genio artístico de los oaxaqueños, filtrado, como una gota a través de una roca, hasta nosotros. Trasladados al papel esos grabados pudieran constituir un rico muestrario de las artes plásticas de Oaxaca.

Los motivos que adornan esas armas no se encuentran solos: se acompañan de textos literarios, que a veces constituyen ingeniosas y bellas expresiones. Un refrán, un dicho agudo y sentencioso, una frase de doble sentido, una copla, una mala razón. “Los hombres mueren, sus ideas nunca.” ¿No hay en esta sentencia todo el temple y la vibración juarista?

De las hojas de los machetes y los cuchillos pudiera formarse una interesante colección de refranes de estirpe indígena, cuando no la dichosa combi-

nación de lo indio con lo español? ¿No hay un curioso que lo haga para regocijo y enseñanza de todos?

¿Y los metates? No lo hagamos hoy todo. Dejémoslo para otro día.

26 de junio de 1960

Conoceos los unos a los otros

Si se levantaran estadísticas de los mexicanos que viajan a través del país encontraríamos, seguramente, cifras que no llegan ni al uno por ciento de la población. La mayoría de los mexicanos conocen su tierra por las canciones o por los espectáculos folklóricos que de cuando en cuando se representan; aun este medio modesto, es patrimonio casi exclusivo de los metropolitanos, pues en provincias apenas se limita la conciencia a la localidad.

Se nos dirá que hay o puede haber libros que revelen o divulguen las peculiaridades de nuestro ser nacional. Es cierto. Mas habría que contestar que la vasta mayoría de la población carece de medios para adquirirlos o en todo caso sus necesidades de otro orden son más apremiantes y por tanto no pueden distraer nada en su ilustración personal por iniciativa propia.

Sería prolijo enumerar la serie de inconvenientes que para la integración nacional tiene el desconocimiento propio. Ni los defectos ni las cualidades de nuestros vecinos de otros estados pueden ser factores de alejamiento; por el contrario, lo bueno estimulará y lo malo nos hará solidarios en la campaña nacional de superación y de progreso.

Somos un país que aprende por los ojos y por los oídos, como todos los que tienen sustratos antiguos. Somos un pueblo plástico y en la labor de gobierno nunca se debe olvidar esta realidad que abre tan anchas, tan altas ventanas.

Pensamos que ha llegado la hora de hacer entrar por los ojos a México a los mexicanos. La técnica de nuestra industria cinematográfica es de primer orden y debe ponerse al servicio de esta campaña impostergable.

¿Por qué no se hace una filmoteca de documentales del país? Breve, concisa y bellamente, se filmarían rollos con el paisaje, el hombre y la obra de los habitantes de las diversas regiones de México. La gente del norte nunca ha ido a Yucatán; la gente de Oaxaca no conoce la Baja California; Tajín, Teotihuacán, Palenque o Taxco son apenas recuerdos de tarjeta postal para la

gran mayoría de nuestro pueblo. Y más vagas aún son las nociones del trabajo actual de nuestros pueblos compatriotas. ¿Cuántos saben cómo son las fábricas de papel, las cervecerías, las fundiciones, las centrales petroleras, las zonas de irrigación que se hayan esparcidas por la extensa geografía patria?

La filmoteca contendría también documentos sobre la casa, la manera de vivir, la forma de vestir, el folklore, la artesanía de los mexicanos. Inclusive como constancia de todo ello, sería necesario conservarlo en un medio durable, pues los cambios sociales son apresurados y pronto muchas de esas cosas habrán sido adulteradas o simplemente se perderán en la memoria como obsoletas.

Todos los cines de la república podrían colaborar a esta campaña. Parte de los innumerables “cortos comerciales” que agobian al espectador de la pantalla se pueden substituir con ventajas por estos documentales que harían el retrato del México actual y del México eterno.

La filmoteca, privada u oficial, podría prestar servicio a escuelas, universidades, centros de difusión cultural en toda la república. De los negativos se harían fotos para mantener exposiciones permanentes en escuelas, museos y centros públicos. Breves explicaciones completarían el material gráfico, y en los sitios menos culturizados, podrían servir como tema de explicación para maestros.

Ojalá que esta iniciativa basada en el conocimiento del desconocimiento de unos a otros en que nos encontramos fuese acogida por su viabilidad y por su utilidad.

3 de julio de 1960

Carriedo, historiador oaxaqueño

Demos recuerdo, que es su pan, a los muertos. ¿Qué otra cosa pueden reclamarnos, si mientras vivieron les negamos trigo para el sustento? Con razón decía José Martí que olvidarlos es una criminal ingratitude.

Pronto hará un siglo de la muerte de Juan Bautista Carriedo y a estas horas todavía no sabemos bien a bien cuándo y dónde nació. Todavía cuando a él nos referimos procedemos por conjeturas, por aproximaciones y por hipótesis. Se dice que quizá naciera en la Villa de Etlá, tal vez a fines del siglo XVIII, acaso a principios del pasado. Se sabe que murió en 1865, eso sí, en la Villa de Etlá, mientras desempeñaba un pequeño cargo de la administración imperial, por

una flaqueza en la que incurrieron algunos otros grandes mexicanos: Manuel Orozco y Berra, por ejemplo.

Sus dos libros, cuyos títulos no hace falta proporcionar fueron reeditados últimamente con alteraciones en la portada, sin retoques esenciales en el texto, lo que en nada reduce el esfuerzo de los que se encargaron de la edición, ni empequeñece el acuerdo del gobernante que dio vida a la Biblioteca de Autores y de Asuntos Oaxaqueños.

Quedan todavía de Juan Bautista Carriedo en revistas y periódicos del siglo XIX, una docena de trabajos que reunidos pudieron constituir un pequeño volumen que, aparte de integrar su bibliografía, ayudaría a completar la imagen intelectual de un hombre tan lleno de curiosidades, pues ejerció la historia, el periodismo, la antropología, el grabado; y logró reunir en su tiempo una rica colección de antigüedades de las viejas culturas oaxaqueñas. Artículos suyos pueden encontrarse en *El Siglo Diez y Nueve*, *El Ateneo*, *La Ilustración Mexicana*, *El Mosaico Mexicano* y *La Floresta Oaxaqueña*.

Era Carriedo un escritor *sui generis*, de esos cuyas obras son hijas absolutas de todas sus capacidades. Sin insistir mucho en ello, pudiéramos decir que era el tipo de escritores que propone Van Wyck Brooks; el que construye sus libros como el pájaro su nido: sin ayuda de nadie, sin nodrizas, sin amanuenses, sin auxiliares de ninguna especie.

Sus dos libros fueron trabajados así, desde la primera hasta la última sílaba por él mismo. Acumulación de material, depuración de testimonios, su redacción, y una vez conseguido todo esto, Carriedo, que era impresor, paró las galeras. Hizo algo más: los grabados que los ilustran son obra de sus manos. Puede decirse de esa manera, que la obra es el resumen de toda una personalidad.

Demos recuerdo que es el pan de los muertos, como decía Francisco de Quevedo, a este oaxaqueño ejemplar.

Su obra propiamente dicha es un resumen de las de fray Francisco de Burgoa al que redujo a lo que tiene de sustancial y de útil para la historia de las antigüedades oaxaqueñas. No sólo a Burgoa resumió, sino a otros autores cuyos libros todavía pudo encontrar en el saqueado archivo y biblioteca de Santo Domingo, entre ellos a fray Leonardo Levanto. Antes que José Antonio Gay, Juan Bautista Carriedo se atrevió por la selva de erudición y digresiones que es la obra de Burgoa. Pero no se crea que se conformó con esas fuentes de investigación; revisó otras y realizó lo que ahora se llama investigaciones sobre el campo.

Era escritor claro, sencillo, correcto. Su obra no carece de amenidad ni de galanuras de estilo. Siendo tan escasa nuestra bibliografía histórica, sus libros debieran merecer una mayor atención de todos cuantos, con sacrificio, se dedican a las investigaciones de la historia local. Si otra cosa no pudiera hacerse por el olvidado escritor oaxaqueño, una vez que se le haya perdonado la culpa de haber servido al Imperio, sería reunir su obra dispersa en periódicos y revistas. Bien lo merece un hombre que, venciendo mil dificultades, logró escribir dos obras que ya son clásicas en la historiografía oaxaqueña.

¿No quisiera la revista *Criterio* patrocinar un opúsculo en que esos trabajos se recogieran?

10 de julio de 1960

¿Narración de Ermilo Abreu Gómez?

¿De quién es esta pequeña narración que al revisar viejos papeles encuentro como apunte mío, no siéndolo? Recuerdo, sí, que algo parecido se encuentra en la tradición oral mexicana y que una versión del suceso fue publicado en *La Colmena*, periódico trimestral de ciencias, artes, historia y literatura, redactado por don Ángel de Villalobos (Londres, 1845).

Las dos versiones se parecen notablemente, hasta el grado de que uno parece calcado del otro, o que simplemente se vuelve a contar la historia. El uno lleva por título “Caballeros de industria, alias rateros”. El otro, el que obra en mi poder, “El cuerpo del delito”. Helo aquí.

“Don Crisanto de Horcasitas era un rancharo de la región del Bajío. Con esto quiere decir que era un buen hombre, cristiano viejo, abundantes cuartos y nobles aficiones al juego de naipes, dados y gallos. Nadie tocó su puerta sin recibir auxilio con mano discreta y larga. Vestía a la usanza del lugar: traje charro, de gamuza o de coti, según las circunstancias. El ruido de sus espuelas ya era conocido por los vecinos, que le apuntaban con el dedo.

—Por ahí va don Crisanto— decían.

Y por ahí iba, en efecto. Con unos amigotes se dirigía a la plaza de Gallos donde iba a tener lugar una pelea. Los aficionados formaban corrillos, discutiendo con calor las lindezas de sus gallos y los defectos de los ajenos. Don Crisanto terciaba un poco ceremonioso como convenía a sus años y a su posi-

ción. Pasaba de un grupo a otro; intervenía en las pláticas, casaba apuestas y bebía copa tras copa a la salud de sus compinches. Iba a ver la hora para saber cuál era su turno, cuando notó que le faltaba su reloj. –¡Vaya! –dijo– lo debí dejar debajo de la almohada. Siempre me pasa lo mismo.

No habló más del caso y se entró en la Plaza que ya estaba repleto de aficionados y de mirones. En medio del círculo los maestros acariciaban los primeros gallos que iban a pelear. Se oían todavía voces de encomio y de desprecio. Llegó el Juez y se sentó junto con el Secretario del Ayuntamiento. Empezaron las peleas. Don Crisanto, buen aficionado, mientras tascaba el puro, decía insolencias.

–Que dice don Crisanto, niñas, que aquí está este pavo para la cena de la noche; que usted ya sabe cómo lo quiere; y que usted entienda que viene con varios amigos. Que la cosa de ahí, de la pelea, se ha puesto regijena. Y que no se le olvide a usted su reloj que, por cierto, lo dejó debajo de la almohada de su cama.

–¡Ah, qué Crisanto!– replicó doña Eduviges, su mujer– ¡siempre tan olvidadizo!

La buena mujer fue para adentro y regresó con el reloj prendido en una preciosa cadena de oro y de no sé cuántos dijes del mismo metal.

–Aquí está el reloj y dígame, por favor, que no venga muy noche porque después de la cena tenemos rosario y muchas vecinas van a venir...

–Sí, señora, se lo diré –contestó– a tiempo de irse, el mandadero.

Al caer la tarde llegó don Crisanto, acompañado de algunos amigos. Venían todos un poquitín alumbrados por los tequilas y también por la alegría del juego que, en esta ocasión, no les había vuelto la espalda. Entraron a la casa con ánimo de tomar la última copa. Doña Eduviges, secándose las manos, salió al encuentro. Sonrió a su marido y le dijo:

–Ya está listo el pavo que mandaste. Está regordo; creo que ajustará para todos.

–¿Qué pavo?

–¡No te hagas! El que mandaste, por la tarde, con un propio.

–¿Yo?

Todos se rieron de la falsa discreción de don Crisanto. La señora añadió:

–Por cierto, que al mismo sujeto le di tu reloj, tal como lo pedías.

–¡Mi reloj! ¡Santo cielo! Me lo han robado. Ni te he enviado ningún pavo, mujer, ni te he mandado pedir mi reloj.

–Pero si, por más señas, el tío que vino, me dijo, de tu parte, que lo habías olvidado debajo de tu almohada.

–¡Qué pillito! Daré parte en seguida.

Los amigos acompañaron a don Crisanto hasta la Casa del Alcalde para hacer la denuncia del caso.

Don Crisanto regresó más sosegado, casi de buen humor. Entre bromas tomaron la última copa. A poco llegó un gendarme:

–¿Don Crisanto de Horcasitas?

–Yo soy. ¿Qué sucede?

–Que ya apareció el hombre que le robó el reloj; pero que no apareció el reloj; y que usted tenga la bondad de mandar, con este servidor, el pavo, porque también es ‘cuerpo del delito’.”

Pero, ¿por qué pienso que es obra de Ermilo Abreu Gómez?

17 de julio de 1960

Impresiones de viaje

En la famosa, y muy escasa, y muy interesante revista *La Chinaca* que publicaron en México, en 1862, Guillermo Prieto y algunos de sus amigos escritores, apareció una “traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de Barranca-Seca. *Impresiones de viaje* es su título. ¿Quién las escribió? ¿Fue Guillermo Prieto? ¿Lo escribieron entre varios? ¿Escribió “Fidel” alguno de los reportajes y los últimos otros, según parece por el estilo? Es cosa que es fácil establecer con sólo leer las inserciones con alguna atención y calma. Parece evidente que fue Prieto el que las escribiera. No sólo porque él era el alma de *La Chinaca*, sino por el tono juguetón y burlero, y por aquellos descuidos de estilo que acabaron por ser una manera de escribir de Guillermo Prieto. Se complace el autor de las *Impresiones de viaje* en incorporar en el relato dicciones y giros tomados del francés con la deliberada intención de presentar al supuesto autor como un hombre que, desconociendo el tema que trata, lo asimila a los usos y costumbres de su país. Ajeno al ambiente y a la historia de México, la narración abunda en incongruencias, que lo mismo se refieren a circunstancias geográficas que a sucesos de la historia nacional.

Malcom D. McLean afirma, y alguna razón tendrá para hacerlo, que las *Impresiones* son obra de Prieto. Repetimos que a primera vista así parece; pero también que en algún lugar del diario se advierte un cambio en la manera de escribir. Es posible que algún otro, Alfredo Chavero quizás, tal vez José María Iglesias, o acaso Schiaffino, hayan colaborado en su redacción. Los hechos se precipitaron y la revista que sólo duró poco más de un año fue suspendida. La intervención extranjera obligó a los redactores de *La Chinaca* a trasladar la lucha a otros campos. De esa manera las *Impresiones de viaje* aparecen como interrumpidas, inconclusas. El diario del zuavo se inicia a principios de 1862 y se interrumpe en mayo del propio año. Apareció publicado en diversas entregas de aquel famoso periódico chinaco, uno de los primeros en combatir a la Intervención Francesa y a los intervencionistas mexicanos.

Como era habitual en los escritores y periodistas del siglo pasado, se advierte que el autor escribió estas cuartillas sobre la marcha, sin tiempo apenas para detenerse en problemas de estilo. Lo que, lejos de constituir una falla, confiere al relato una suerte de cualidad que acaba de darle la apariencia de un diario, es decir, de algo escrito sobre las rodillas o sobre la cabeza de la silla. Justamente, esta circunstancia es la que viene a aumentar la sospecha de que el diario sea obra de Guillermo Prieto, que así escribía.

Aquella certeza de que el autor mejor conocido de los nuestros en el siglo pasado siempre nos reserva sorpresas, se pone en evidencia en esta ocasión: si es ésta obra de Prieto, tenemos un nuevo testimonio de que queda mucho por identificar de los grandes escritores mexicanos del siglo XIX.

Las *Impresiones de viaje* pudieran constituir un pequeño opúsculo ahora que vamos a celebrar el centenario de uno de los capítulos de nuestra historia: la Intervención Francesa, en que de modo tan ejemplar combatió el pueblo mexicano. ¿No hay un editor que quisiera hacerlo?

24 de julio de 1960

La Barca de Oro

¿Cuál es la canción más bonita de México? ¿Cuál la más mexicana? Preguntas son éstas que tienen muchas respuestas, de acuerdo con quien las formule. Para mí, que creo saber, algunos centenares de canciones de todos los tiem-

pos, se lleva la palma “La Barca de Oro”. Por su melodía, por su tema, por su letra. Una melodía llena de lejanías y de temblor; un tema poco frecuente en nuestras canciones: una simple despedida, sin quejas, sin reproches: simple adiós. Una letra con un acierto literario de la mejor ley, digna de un poeta mayor, como que recuerda tres líneas de “A las ruinas de Itálica”:

*está el genio de Itálica llorando;
y aumentando con lágrimas el río:
¡Ved, dice, si hay dolor como este mío,
los que por el camino vais pasando!*

Muy vieja debe ser “La Barca de Oro”. Corresponde al tiempo en que los braceros o enganchados viajaban en barco, y no en trenes de “a cien millas por hora”, como en el “Corrido Pensilvanio”, que ahora recuerdo. Se atribuye, acaso sin razón, a Arcadio Zúñiga, músico y compositor jalisciense de la Villa de Atoyac. Lo más seguro es que sea anónima, que haya nacido mientras el barco desata sus amarras para partir. Nació como nacen los corridos en rueda de protagonistas de un hecho singular. ¿No cuenta John Reed en *México insurgente* que al anochecer de un día de combate descubrió una ronda de soldados componiendo un corrido? ¿Hace falta proporcionar la letra? Hela aquí:

*Yo ya me voy, al puerto donde se halla
la Barca de Oro que debe conducirme,
yo ya me voy, sólo vengo a despedirme;
adiós, mujer, adiós para siempre, adiós.
No volverán tus ojos a mirarme,
ni tus oídos escucharán mi canto
voy a aumentar los mares con mi llanto,
adiós, mujer, adiós para siempre, adiós.*

“La Barca de Oro” tiene una hermanita. Es también una canción de enganchados: “La embarcación”. ¿Qué dices Gerónimo Baqueiro Fóster, son éstas algunas de las más bonitas canciones mexicanas? ¿Es más bonita la que yo señalo?

31 de julio de 1960

Fray Miguel de Guevara

“El soneto de tu *Alacena* de hoy es de fray Miguel de Guevara, tal como lo sospechas”, me dice por teléfono, a primeras horas de la mañana, el bachiller José Rojas Garcidueñas. “La paternidad, continúa, se encuentra debidamente documentada por Alberto María Carreño en su libro *Joyas literarias del siglo XVII encontradas en México*, publicado en 1915.”

Como Rojas Garcidueñas habla desde su oficina, lejos de sus libros, no puede precisar la página ni otras circunstancias, pero me ha dado el rumbo para localizar el libro y el lugar en que el hermoso soneto se halla. Y, en efecto, en las páginas 178-79 de la obra mencionada, se le encuentra.

Dos amigos más me hablan en el curso de la mañana del sábado, día en que el suplemento de *El Nacional* comienza a circular, de fray Miguel de Guevara y del hallazgo que permitió a Carreño reivindicar para México la gloria de haber sido cuna de una de las más bellas joyas de las letras en lengua española. Fue Francisco Liguori, sin embargo, quien me recordó la fuente de consulta más próxima, más al alcance de la mano: *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*, estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Allí, en las páginas 140-41 se inserta el soneto bajo el título de “El tiempo y la cuenta”, siendo de notar que en la obra de Carreño aparece sin nombre, así como que la puntuación varía, mejorándola sin duda.

Méndez Plancarte escribe la siguiente nota a propósito: “El tiempo y la cuenta”, magistral en su amanerado género conceptista, tiene insignes paralelos en España; del Dr. Garay (Riv, 42, p. 511): “En fin, el fin del fin es ya llegado...” y uno, anónimo, del *Devocionario Espiritual* de Amberes (Riv. 35, p. 47): “Si el medio es Dios y a Dios por fin tenemos...” Además de éstos, Carreño cita el de D. Pedro Paz, Contador de la Metropolitana de México, al frente de su *Arte de aritmética* (1623): “Entre, amigo lector, conmigo en cuenta/ queriendo darte cuenta de esta obra...”

La sola cosa que extrañamos es que Alfonso Méndez Plancarte no aludiera al soneto de Renato Leduc, nada indigno de las musas mexicanas que inspiraron a Miguel de Guevara. Imposible parece que escritor tan erudito como era éste otro Alfonso ilustre, ignorara la pieza escrita por el autor de *El aula*, etc. Bien que lo conocía, sino que no quiso recordarlo. ¿Por desdén a su autor? ¿Por no otorgarle la categoría necesaria como para estar al lado de las otras piezas que trajo a cuento? ¡Quién lo sabe!

Y ahora, déjeme el lector, expresar una pequeña vanidad: la de saber que esta página, que muchas veces escribimos acosados por el tiempo, tiene lectores, algunos tan selectos como los que aquí he recontado.

9 de agosto de 1960

Manuscrito inédito de Guillermo Prieto

Hace algunos años –diez, por lo menos– apareció publicado en la revista *Siempre!* un reportaje sobre un hallazgo extraordinario: 55 poemas inéditos de Guillermo Prieto. El autor de la pieza, hombre inteligente, enterado, magnífico escritor, no la firma, quizá porque en ella se alude a un alto funcionario, poseedor del manuscrito: Antonio J. Bermúdez. Porque está claro que un elogio puede ser anónimo, nunca la diatriba.

“Escribía de prisa, desordenadamente, desbocando los adjetivos y equivocando los verbos; despeinaba la sintaxis y mutilaba la prosodia con soberana despreocupación, apartándose de todos los giros idiomáticos para explicar, a su manera, febrilmente, los hechos.

Amontonaba los sucesos en vertiginosos relatos y era rudo a veces y torpe para traducirse en imágenes, sin tomarse jamás el trabajo de pulir ningún imposible estilo, acaso porque tenía que heredarnos noticias demasiado importantes para perder el tiempo en hacerlas artísticas.

¡Y, sin embargo, qué bien escribía!

Su prosa, deshilvanada, en zig-zag, puede no ser, no es, impecable. Ni siquiera limpia en el sentido estrictamente conceptual de la palabra. Pero nadie que lo leyera dejó de comprenderlo en su diáfana, personal interpretativa.

¡Y cómo escribía!

Su mirada se posaba sobre las gentes y desnudaba en ellas el interior. Ninguna oculta pasión lo fue tanto que escapara a su investigación. Le bastaba ver los rostros para explicar las almas.

Retratista prodigioso nos legó el rostro y la conducta de su época en los cientos de nombres, ilustres y anónimos, con que tan magníficamente juega en sus *Memorias*. «Era Manuel, de color apiñonado, de cabello negro y sedoso, de ojos hermosos, de sombría pestaña; esmerado en el vestir, pulcro en las maneras y de plática sabrosa y entretenida.» Quien esto leyera, ¿no tendría

una imagen perfecta de don Manuel Payno, a quien ninguna litografía pudo captar mejor?

Y este prosista inimitable, este cronista carente de estilo y dueño sin embargo de todas las formas de la expresión escrita, este coloso del periodismo que jamás nos aquejó con la perfección literaria, poetizaba en la misma forma tortuosa y despreocupada.

Su obra poética, de sobra conocida y enjuiciada, tuvo en ocasiones el ‘arreglo’ de sus panegiristas. Se corrigieron sus *Memorias*, pero acaso se destruyó en ellas aquella bárbara, inimitable y bella prosa en que vuelca su espíritu demoníaco a veces, romántico otras, fustigante luego, irónico casi siempre, el inolvidable ‘Fidel’, verdadero arquetipo del genio aislado que para sublimarse no necesita sino quererlo.”

Tal es el retrato que el anónimo autor del reportaje de *Siempre!*, traza de Guillermo Prieto, poeta y prosista.

Los poemas están escritos entre los años de 63 al 66, son 55 y el manuscrito alcanza hasta 281 páginas, según leemos. ¿Verificó el autor que los poemas no habían sido publicados antes en volumen? Quizá no tuvo tiempo, como yo no lo tengo ahora, para verificar si los poemas y fragmentos de poemas con que el artículo se ilustra, se encuentran en los libros que Prieto publicó. Desde ahora nos atrevemos a decir que es difícil. Prieto preparaba, cuando lo alcanzó la muerte, un volumen más de sus poesías, en que quizá reuniera parte, si no es que todo lo que se encuentra disperso en periódicos y revistas literarias de su tiempo, que fue largo. Pero, ¿dónde fue a parar el manuscrito? ¿Se quedó en manos de José Pagés Llergo? ¿Volvió a las de Antonio J. Bermúdez, su dueño? ¿No fuera bueno que alguien lo localizara y estableciera su legítima condición y aun procurara publicarlo, cuando el nombre de Prieto ha vuelto en razón de las efemérides que ahora celebra México?

14 de agosto de 1960

El célebre soneto al Tiempo

Mario Mariscal recitaba un soneto inspirado en el tiempo, de la pluma de Joaquín Fernández de Lizardi, según él decía. Nunca, a pesar de su promesa, documentó la afirmación, ni cumplió el ofrecimiento de pasarnos copia. Por

las líneas que podemos recordar es tan hermoso como aquel otro que le ofrecimos en cambio, también sabido de memoria, obra de fray Miguel de Guevara, al parecer, aunque no podamos situarlo en libro alguno. Porque la memoria es una fiel aliada de las cosas que nos son predilectas. Pospongámoslas por las cosas pasajeras y ajenas a nuestra vida espiritual y veremos cómo ellas toman venganza no acudiendo cuando las llamamos. ¿Por qué olvidamos un poema que en otra hora puso luz y claridad en nuestra alma? ¿Por qué el nombre de un amigo a quien amamos, pero dejamos de ver por dar atención a ese otro ocasional?

Por eso: porque la vida sólo se alimenta de lo que vida proporciona. Y el olvido es una especie de muerte. Y el recuerdo es una especie de pan que escasea si no se cultiva.

Así esta mañana de domingo ha costado lágrimas reconstruir el soneto que digo. Versos del soneto que Mariscal atribuía a “El Pensador Mexicano”, renglones del soneto de Renato Leduc al tiempo *–Time is money–* interfieren en mi memoria, pero creo haber contrahecho, es decir, volverlo a hacer. Aquí está, lector:

*Pídeme de mí el tiempo cuenta;
si a darla voy, la cuenta pide tiempo,
que quien gastó sin cuenta tanto tiempo,
¿cómo dará sin tiempo tanta cuenta?
Tomar no quiere el tiempo tiempo en cuenta,
Porque la cuenta no se hizo en tiempo,
que el tiempo recibiera en cuenta tiempo,
si en la cuenta del tiempo hubiera cuenta.
¿Qué cuento ha de bastar a tanto tiempo?
¿Qué tiempo ha de bastar a tanta cuenta?
Que quien sin cuenta vive, está sin tiempo.
Estoy sin tener tiempo y sin dar cuenta,
sabiendo que he de dar cuenta del tiempo
y ha de llegar el tiempo de la cuenta.*

¿Es este soneto de Miguel de Guevara? ¿Dónde lo leí? ¿Cuándo? ¿Será en un trabajo poco conocido de Alberto María Carreño, primero en atribuir a fray Miguel la condición de gran poeta y proclamarlo autor del celeberrimo

soneto “A Cristo crucificado”, o “Acto de contrición”, como también se le nombra?

Imposible que todos lo ignoren. Ojalá que quien lo sepa nos saque de todas estas dudas.

21 de agosto de 1960

Juárez, expresión de México

México es un país de tenaces contradicciones. Propios y extraños han señalado la increíble armonía de su ser: la transparencia del aire y la calígene de su trópico, el desierto junto a la superior fertilidad de la tierra, la miseria sobre la mina inagotable, el torrente y la sequía, el ahuehuate y el colibrí. Nada tiene de extraño que tal geografía contradictoria haya producido a un pueblo tierno y violento, sumiso y rebelde, justo y arbitrario, y que la historia de ese pueblo discorra a bandazos, de uno a otro extremo de la rosa de navegar; entre el ayer y el mañana, “entre la piedra y la cruz”, “entre la piedra y la flor”, haciendo su difícil camino con reflexión o con audacia, pero haciéndolo al fin, pues sólo con esta dinámica se cumple todo destino luminoso y elegido.

Así, con la mano puesta sobre la entraña mexicana, es más fácil comprender a sus hombres y, sobre todo, a los patricios de nuestra nacionalidad. Si alguien representa, exacto y secreto, al pueblo mexicano, ese es Benito Juárez. Si de él hablamos todavía –y seguiremos hablando por siglos venideros– es por agradecimiento y por asombro; él nos dio estatura de nación y principios para regirla, y desde su humilde origen, fue cumpliendo misiones que parecen más desproporcionadas a la figura de cualquier hombre, si se recuerda el tamaño de los obstáculos y la escasez de los elementos con que contó en su época para vencerlos.

Juárez se me representa vivo como en este retrato en que lo evocó otro mexicano fértil y contradictorio: Diego Rivera. La faz impassible y la mirada animada por la energía que procede de lo más hondo del ser; el modesto atuendo que simboliza al simple hombre y el porte con que dio lustre a todas las dignidades merecidas; la piel india y la inteligencia cultivada hasta la medida de la claridad y de la acción civilizadora. Al fondo, de un lado los elementos de la guerra, y del otro, los del trabajo: la mansedumbre de los campos y el cometido elemental y eterno del sembrador.

Pero, sobre todo, donde se anuncia con más exactos símbolos el carácter de Benito Juárez es en las manos, integradas a una composición geométrica donde opera el compás –instrumento dócil que da hasta la justa dimensión– y la escuadra, rígida limitación expresiva de lo que debe ser de una manera y no de otra alguna.

La mano izquierda en puño, como una roca en tensiones plurales y concéntricas, es la fuerza ordenada, sin furor no ceguera; pero fuerza al fin y como tal, para ser y para descargarse donde haga falta. La mano derecha, como un instrumento de transmisión y de diálogo, con la pluma en ristre, fuente de la verdad y de la ley. En una mano la flor; en la otra, el látigo, como reza el aforismo zapoteca.

El látigo y la flor, el hombre y la estatua, así era Juárez. Muchos le han llamado “el impasible” –adjetivo que él se aplicó– por la figura que nos ha transmitido la plástica de su tiempo y la proseguida en tiempos subsiguientes. Acaso se ha pensado en la faz concentrada y segura con que recibía los reveses o se enfrentaba a los peligros decisivos para la patria. Acaso se le piensa también hermético ante el triunfo y las seguridades del porvenir que en tan gran medida contribuyó a legarnos.

Pero hay también el otro Juárez, el de la pluma en mano, el padre que no se avergüenza de llorar por sus hijos perdidos mientras dilucidaba uno de los capítulos más angustiosos de nuestra historia por esos campos. Ése es el Juárez del ideario sereno, el de la justicia sin guerra, el que consigna con primor el decálogo de la Reforma sobre las tablas de la ley.

Que así nos quede Juárez recordado y como vivo, expresión de todas las virilidades y todas las ternuras del pueblo mexicano.

28 de agosto de 1960

El canto del centzontle

Alfa: La sombra, como un lento, suave sueño, cayó sobre nosotros. La jornada había sido larga y fatigosa: visita a tres pueblitos, a lo largo de muchos kilómetros polvorientos. Busqué, después de la cena, la suavidad y curvatura de la hamaca. Chirriaba en el altar, próxima a expirar, una candela de sebo. En otras hamacas descansaban mis compañeros, todavía con fuerzas para contar historias de aparecidos, tan comunes en estos apartados lugares.

El sueño, como una suave, lenta sombra, cayó sobre mis ojos. En la madrugada, entre dormido y despierto, escucho una orquesta de pájaros. Cantan los gallos, pasan por la calle hombres de a caballo con un silbido familiar en los labios. No logro entrar en plena vigilia, pero me siento transportado a los días de mi niñez pasados en este pueblo; quiero identificar por sus cantos, a las aves en la enramada. Pero no, no se trata de una orquesta, sino de un solo centzontle, ese pajarito cuya voz mejora y se multiplica, si es posible, en el cautiverio y en la jaula. Ya en plena vigilia, me arroba oírlo. Ahora modula un arpeggio dulce, delicado y tierno: es como el ruido del viento entre las ramas; después como la voz del agua que fluye por una roca y luego corre tranquila, con el cielo y las estrellas que copia en su cristal. Se detiene un instante, como si recordara una vieja melodía que ahora no acude a su memoria; y de pronto, combina las voces todas de la mañana; la del loro vecino que le escucha atónito en otra jaula, la del niño que llora, la del pastor que conduce una manada de becerros al corral; la del vaquero que guía al ganado con ese canto que ya tenía olvidado. Un resto de luna brilla en el hombro izquierdo de la mañana; por entre las ramas del corredor se cuelan sus reflejos; propicio para que este cantor ensaye nuevos trinos. Perdida la razón, caído en una racha de locura, alterna sin ningún rigor creativo, sílabas de distintas canciones.

No puedo más y abandono la suavidad de la hamaca y me asomo al corredor para oírlo cantar. Al verme se queda quieto, pensativo, inclinada la cabeza como si tratara de oír algo. O como asombrado de su propio canto.

Es el centzontle un pájaro delgado y largo. Las plumas del pecho tiran a blanco; el resto, desde la cabeza hasta las puntas de la cola, es de un gris más oscuro. En el retrato que te pintó Miguel Prieto, lo puedes ver parado en la ventana. Miguel oyó, aquí en Ixhuatán, al centzontle cuando lo traje aquella vez.

Se habitúa a mi presencia. Y con la más delicada cortesía, reanuda su canción, no sin antes hacer un número de acrobacia que no hay cómo describir. Ahora modula una sinfonía que nadie nunca ha escuchado, porque, ¿sabes, Alfa?, el centzontle no tiene memoria cuando crea. Está en el Paraíso Terrenal, la mañana en que todo está por hacerse. Se apoya en sus patitas, levanta la cabeza y suelta el chorro del trino. Se queda como dormido, como en éxtasis. Enloquecido, quizá fuera mejor decir. Vuelve a la cordura, hace tierra, como quien dice. Entra como en una convalecencia. Está como triste y arrepentido.

No quiero herir su pudor y lo dejo solo, entregado a la infinita tristeza de estar preso, ausente de la amada que a lo mejor lo escucha entre las ramas de aquel cocotero, que ahora apuntala la mañana y da paso al sol.

4 de septiembre de 1960

Versos olvidados de Urbina

En *Mi diario* de Federico Gamboa, correspondiente al día 29 de agosto de 1921 –*Excelsior*, 31 de agosto de 1960– leemos:

“De súbito quiere Miguel Lerdo (de Tejada) que especialmente escuche yo un ‘vals-canción’ con que musicó unos versos de Urbina, que dice:

*Tu amor es en mi vida
como un milagro, hecho
por obra de un divino
poder que todo alcanza.
Tocaste con tu mano
la herida de mi pecho;
y floreció mi herida,
con rosas de esperanza.
Como árbol en diciembre,
mi corazón impuro,
tinta en su desnuda
misericordia; y lo sacudes.
Y de él brotan (sic) un enjambre
de ensueños, al conjuro
de no sé qué encantada
varita de virtudes.*

”Pásmame –continúa Gamboa– tan lindos versos; ahogado de emoción, me aparto del piano.”

La letra de la canción de Miguel Lerdo de Tejada no es la única a la que hayan puesto música los compositores mexicanos: Higinio Vázquez Santa Ana recoge en *Canciones, cantares, corridos* (s. a.), “La cajita”, con música de autor

desconocido. (Véase *Alacena de minucias*, suplemento de *El Nacional*, No. 519, p. 16, del 10 de marzo de 1957.)

Lo diremos una vez más. Nunca se podrá decir en puridad que se ofrecen las obras completas de un autor, pues el día menos pensado aparecen nuevas piezas, olvidadas en algún libro, diario o álbum. Tal ha ocurrido con Luis G. Urbina, cuyas *Poesías completas* se enriquecen hoy con la letra que da cuerpo a esta *Alacena*, y con la que Ernesto Mejía Sánchez ha localizado en el Álbum de Elena Padilla (1894), que pronto veremos reunida en un cuaderno de título encantador y evocativo, *En un vaso olvidada...*, junto con otras de grandes poetas, que el joven y erudito de Nicaragua ha cobrado en las selvas y arcabucos de nuestras letras.

Y quede para otro día y para otra *Alacena* dar a los lectores una pequeña historia de *Diario* de Federico Gamboa, tan interesante, tan nutrido de noticias curiosas, buenas para reconstruir capítulo de la vida del autor y de la nuestra. Es verdad, desde que los apuntes de Carlos María de Bustamante, negado por tirios y troyanos, concurren a iluminar, pese a sus veladuras, zonas del alma mexicana, ningún diario se escribe por demás, la vida de ningún hombre queda al margen de la historia.

11 de septiembre de 1960

Filadelfia, nido de conspiradores

Filadelfia, nido de conspiradores, según la reciente obra de Martín Luis Guzmán, también lo fue de escritores e impresores que tomaron parte más modesta en la lucha por la América independiente. En la historia literaria es bien conocida la importancia de *Jicoténcal*, primera novela histórica en lengua española, impresa en aquella ciudad, 1826. Luis Leal ha tratado de identificar al anónimo autor con el presbítero cubano Félix Varela. Aunque sus argumentos no son definitivos, Leal ha logrado revivir el ambiente editorial de la Filadelfia de aquellos años.

Rafael Heliodoro Valle, en sus *Conspiradores hispano-americanos en Filadelfia* (Miscelánea de estudios dedicados al Dr. Fernando Ortiz por sus discípulos, colegas y amigos, La Habana, 1957), pasa lista de presentes en Filadelfia a los venezolanos Francisco Miranda y Manuel Gual, al argentino José Anto-

nio Miralla, al peruano Lorenzo Vidaure, a los cubanos José Antonio Saco, Félix Varela, José María Heredia, Domingo del Monte y Gaspar Betancourt y a nuestro increíble fray Servando Teresa de Mier entre otros. Ya se ha hablado de la amistad y colaboración de éste con Vicente Rocafuerte que llegó a ser después embajador de nuestra república en Londres y presidente de su Ecuador natal. Por el pie de imprenta del *Bosquejo ligerísimo de la revolución de México desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide* se logró identificar a Rocafuerte como su autor; aunque se sabe que fue impreso en La Habana, la portada lleva el nombre de Filadelfia como lugar de edición, tal era el prestigio editorial de la ciudad.

Tenemos a la vista un curioso librito también impreso en Filadelfia, según la portada, sin indicación de impresor, dos tomos, titulado: *Teresa la filósofa o Memorias para servir a la historia del doctor Dirrag y de la señorita Era dice*. La portada, sin año, indica que fue “traducida del francés al castellano por el L. F. D. T.” Esta pequeña intriga bibliográfica reclama la intervención de los especialistas. Desde luego la L., como en otros casos, debe de corresponder a un licenciado y la D. a la preposición; quedan la F. y la T., para hacer suposiciones.

Pero estas iniciales no coinciden con las de los nombres que Valle y Luis Leal consignan entre los emigrados en Filadelfia. Añade un poco de misterio a este problema bibliográfico el hecho de que *Teresa la filósofa* es una novelita cercana a la pornografía, de una pornografía sutil y racionalista muy siglo XVIII, afición no comprobada en ninguno de los escritores y conspiradores que vivieron en Filadelfia.

18 de septiembre de 1960

Guillermo Prieto

A Guillermo Prieto se le toma comúnmente, por su reconocida veta populista como el prototipo del escritor espontáneo, sin cultura previa, muy cercano a lo ignaro. La revisión más superficial de sus obras en prosa, especialmente de las *Memorias de mis tiempos* (1828-1840) nos lo muestran como a un hombre bien enterado de las literaturas clásicas, de la española de los siglos de oro, de los románticos europeos y de la literatura nacional. Son frecuen-

tes sus alusiones a Horacio, Virgilio, Cicerón, fray Luis de León, Fernando de Herrera, Lope de Vega, Agustín de Moreto, Goethe, Lord Byron, Víctor Conde de Alfieri, el Duque de Rivas y José Zorrilla. Respecto a la literatura nacional son bien estimadas sus *Memorias* como fuente informativa de primera mano por la abundancia de noticias acerca de la Academia de Letrán y de todos los literatos contemporáneos y de su constante prédica a favor de las letras patrias.

Es necesaria una edición anotada de las obras de Prieto, que pondría de manifiesto su gran caudal de conocimientos literarios extranjeros y la riqueza de sus informaciones y juicios sobre la naciente literatura mexicana. Recuérdense sus breves semblanzas de Andrés Quintana Roo, Fernando Calderón y Luis de la Rosa para quien reinventó la palabra “miniatura” aplicada no a las artes plásticas, sino para caracterizar una manera literaria. Una edición de estas condiciones mostraría los orígenes de su erudición no puesta de relieve. Por ejemplo, refiriéndose a Quintana Roo, lo llama “escritor elocuentísimo que dio a conocer en el extranjero los principios de la guerra de independencia”, haciendo decir a José María Blanco White “que donde había pensadores como Quintana era imposible la esclavitud”.

El elogio de Blanco White pasó textualmente a la semblanza que luego escribió Manuel Gutiérrez Nájera sobre Andrés Quintana Roo, pero sin indicar la procedencia que fue, seguramente, el recuerdo de Prieto.

Gutiérrez Nájera no pudo conocer la edición de las *Memorias de mis tiempos*, que es de 1906, pero sí los fragmentos sobre la Academia de Letrán publicadas en la *Revista de México* que publicaba el licenciado Arturo Paz, en las postrimerías del siglo pasado. Pero todavía queda en pie la interrogación de en qué escrito de Blanco White apareció aquella frase sobre Quintana. ¿Constará en la polémica que Blanco White sostuvo con fray Servando en Londres, allá por 1812, acerca de nuestra independencia?

25 de septiembre de 1960

El Marqués de San Basilio

La relectura de las *Memorias* de Sebastián Lerdo de Tejada nos ha devuelto, por asociación, el nombre de Jorge Carmona, Marqués de San Basilio. Y el

del autor de esa superchería, Alfonso Carrillo, cuyo verdadero primer nombre era Rogaciano. Carmona era un extraño personaje, nada regular como podrá verlo el lector por el libro de Héctor R. Olea: *Andanzas del Marqués de San Basilio*, 1951.

Pero no vamos a hablar ahora de las *Memorias* del Marqués de San Basilio o de San Basilisco, que de las dos maneras las tituló su perverso autor, según puede verse en los ejemplares encuadernados, que consignan en el lomo de la primera forma. De ella se han ocupado ya, entre otros, M. H. Pastor en *Impresiones y recuerdos*; Artemio de Valle-Arizpe en *Salado Álvarez y la conversación en México*, y Olea en la obra arriba mencionada.

No. Ahora vamos a recordar que Jorge Carmona logró, porque era hombre de arbitrios, como buen pícaro que fue, sorprender a señalados personajes de su tiempo, lo mismo en México que en otros lugares del mundo. En París, donde vivía a principios del siglo, trabó amistad con Rubén Darío, que le dedica un ejemplar de *Castelar*, librito tan raro en nuestros días, publicado por primera vez, en forma de artículos, en *La Nación*, de Buenos Aires, en 1900, y luego recogido en *Cabezas*. No fue la única vez que Darío escribió sobre Emilio Castelar; a eso puede deberse que alguno haya supuesto que el contenido del librito de referencia, se encuentre también en *España contemporánea*.

Volvamos al ejemplar que Darío dedicó a Jorge Carmona, pero antes demos la descripción del volumen: Rubén Darío / *Castelar* / Administración / B. Rodríguez Serra, Palma Alta, 55, depto. / Madrid / No registra año de edición, pero Ernesto Mejía Sánchez me asegura que es del año 1900. La dedicatoria es la siguiente: “Al distinguido / amigo Jorge Carmona, / con toda simpatía. / R. Darío / París, 1900” / El ejemplar para en poder del editor Pedro Frank de Andrea.

Hay una circunstancia curiosa entre los dos ejemplares del *Castelar* que conozco: el de Andrea y el mío. Uno contiene trece páginas sin numerar, de las que el otro, carece; pero los dos constan de 63 páginas numeradas en romano, así como que son idénticas en el tamaño –12o.– y en todas las otras características: adorno de la portada, retrato, etcétera.

¿Se trata de dos ediciones distintas? ¿Son distintas obras? Son cosas que en este momento no puedo resolver, porque escribo lejos de mis libros, sin amigos eruditos a la mano, sin el auxilio de Mejía Sánchez y el de Pedro Frank de Andrea. Tienen ellos la palabra.

Traducciones de obras literarias

Queremos hoy llamar la atención sobre las traducciones de obras literarias extranjeras hechas por mexicanos al español. Que sepamos, nadie ha intentado levantar el mero censo bibliográfico; ni conocemos biblioteca privada o pública que las coleccionen en especial. Por lo que toca a las traducciones de obras en lenguas clásicas, vertidas al español por nuestros compatriotas en el siglo XIX, o antes, pueden encontrarse referencias en la *Bibliografía Hispano-latina* de don Marcelino Menéndez y Pelayo, ahora publicada en la edición nacional de sus obras, tomando en cuenta las papeletas manuscritas que el maestro dejó; pero conviene tener presente al manejar esta bibliografía las eruditísimas rectificaciones de don Antonio Alatorre, publicadas recientemente en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que edita El Colegio de México.

Pero las traducciones de las lenguas modernas occidentales son muy numerosas y no hay medio de controlar su monto y sus autores. Ya nos hemos referido en este lugar a la traducción de *Teresa la filósofa*, y ahora nos detenemos en otra “novela traducida del francés por Un mejicano”, titulada *El negro como hay pocos blancos*, “por el autor de Cecilia, hija de Achmet”, impresa por Juan Ojeda (México, 1835), cuyo tomo III, tenemos a bien en nuestra colección. El seudónimo “Un Mejicano” lo han usado, en orden cronológico, don Anastasio María de Ochoa, en su versión española de las *Heroidas* de Ovidio, publicadas en Nueva York; José Manuel Hidalgo, Juan Nepomuceno Almonte, José Ramón Pacheco, Basilio Arrillaga, Miguel Martínez, y con las variantes de “Un Mexicain”, don Francisco de Paula Arrangoiz y Barazábal, y “Un Mexicano sensible” por don Carlos María de Bustamante.

A ojo de pájaro, los autores europeos más traducidos en nuestro siglo XIX son Chateaubriand, Walter Scott, Fenimore Cooper, Lord Byron, Víctor Hugo, Enrique Heine, Federico Schiller, Édgar Allan Poe, Giacomo Leopardi, Giosué Carducci, y ya en las postrimerías, y en las primeras décadas del presente siglo, los parnasianos y simbolistas franceses, y Gabriel D’Annunzio, Walter Peter, Robert Louis Stevenson, y Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann.

9 de octubre de 1960

La victoria de Junín

En 10 de diciembre de 1827, en Bogotá, el Libertador escribía: “Junto con la apreciable carta de usted del 29 de julio que acaba de llegar a mis manos, he tenido la satisfacción de recibir el hermoso ejemplar del *Canto de Junín* que usted ha tenido la bondad de presentarme y que acepto gustoso.”

La carta va dirigida a Rudolf Ackermann, librero londinense, del que ya nos hemos ocupado, y el Canto es *La victoria de Junín*, canto a Bolívar, de José Joaquín de Olmedo, impreso por Ackerman el año anterior, como se sabe por la contestación de éste al Libertador.

El 18 de marzo de 1828 está fechada la carta: “Animado por la favorable acogida que mereció a V. E: la presentación que hice del *Canto a la Victoria de Junín* por el Sr. Olmedo, como ahora la libertad de poner en manos de V. E: por medio del Sr. J. M. Griffish, que se ha encargado de tan honroso cuidado una colección de todas las obras en castellano, cuya publicación he costado y cuya impresión no está exhausta todavía, como sucede con algunas.”

El más erudito editor moderno de Olmedo, Aurelio Espinosa Pólit, en la edición de *Poesías Completas*, publicada por el Fondo de Cultura Económica, vol. 5 de la Biblioteca Americana, 1947, valora concienzudamente la lectura y rareza del *Canto a Bolívar*, impreso en Londres, 1826. En efecto, Espinosa Pólit describe el impreso y hace la historia de sus vicisitudes: calidad, dimensiones, rasgos diferenciales, ilustraciones, que sirven para estimularla en su justo valor.

Se ha llegado a establecer que los ejemplares conocidos no pasan de seis, repartidos entre el Museo Británico y las bibliotecas de Harvard, Texas y Lima. Es sensible que las de Ecuador, tierra del poeta, y las de Venezuela, patria del Libertador, no la posean. Se explica la escasez de ejemplares en razón de la popularidad que de inmediato alcanzó el *Canto*. A México llegaron algunos ejemplares, difundidos por la sucursal de la librería que manejó el hijo de Ackermann. Muy pocos, sin duda, se salvaron de la destrucción inseparable del uso en más de un siglo.

Un ejemplar hemos visto que en la portada lleva impresas las iniciales “E. C.” que no las tiene el ejemplar de un servidor. ¿Quién de los eruditos hispanoamericanos podrá identificar las iniciales y hacer el recuento de los ejemplares sobrevivientes?

Prieto en las antologías

Hemos observado que el ingreso de un poema, un cuento o una pieza literaria cualquiera en una antología, significa por demás una consagración definitiva, no tanto por la calidad de la selección, sino por la pereza de los nuevos antologistas que suelen basar su trabajo en las viejas antologías.

En lugar de recurrir a las fuentes para espigar de acuerdo con el gusto personal y el de su propia época, el antólogo se conforma, sin mayor compromiso, con reproducir las piezas que ganaron el sufragio de sus antecesores. ¿Será este el caso de la inclusión repetida de un texto de Guillermo Prieto en las antologías de la prosa mexicana? Parece haber ingresado, por vez primera, en la “primera serie” de las *Lecturas mexicanas* graduadas de Amado Nervo, publicadas por la Librería de la Vda. de C. Bouret, París-México, 1905, ilustrado, como todo el libro, por Julio Ruelas, con un dibujo fechado en 1903. Luego figura entre las *Prosas y versos* de Guillermo Prieto, seleccionadas y prologadas por don Luis González Obregón, en la Colección Cultura, tomo III, núm. 3, 1917. Y, últimamente, en la *Antología del cuento mexicano* de Luis Leal, publicada en las Ediciones de Andrea, serie de Antologías Studium.

Se trata de un pasaje del prólogo de Prieto a su *Viaje a los Estados Unidos* (México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1877, tomo I, pp. II-VIII). Pero el examen de los textos, se puede ver que difieren en extensión y aun en rasgos estilísticos. Mientras Nervo, el descubridor, toma el pasaje en el núcleo estrictamente narrativo, y lo titula por su cuenta “Un cuento”, y hasta lo retoca afortunadamente, González Obregón, al parecer lo descubre por su lado, transcribiéndolo con textual fidelidad y haciéndolo arrancar desde antes del argumento central y terminar en el mismo punto que Nervo. Pero los textos que dan Nervo y González Obregón coinciden como al descuido, en algún momento que ya había sido retocado por el primero. Esto hace pensar que Nervo, temperamento de fino artista, descubrió y retocó el texto según su sensibilidad, y González Obregón, más erudito y fiel, repasó la antología de Nervo, pero recurrió a la fuente inicial, esto es, al *Viaje*. Y por negligencia, o por opinión concorde, aceptó la leve variante, pero discrepó en el título, y lo rebautizó con el nombre de una de las protagonistas: “Lucero del alba.”

Luis Leal se limitó a transcribir la versión de Nervo, si bien en la bibliografía que da del texto menciona la selección de González Obregón. Pero Leal

no es un antólogo repetidor sino que su selección ha obedecido a un reconocimiento firme de las calidades literarias del pasaje. En efecto, la narración de Prieto no solamente es una pieza de auténtico valor artístico, sino también un eslabón en el desarrollo de la literatura fantástica en lengua española. Tiene como antecedente el canto XXIII de *La Araucana* y como moderno pariente *El Aleph* de Jorge Luis Borges.

23 de octubre de 1960

Rudolf Ackermann

Todavía se pueden encontrar en las librerías de viejo, algunos títulos de los *Catecismos* impresos en Londres por Rudolf Ackermann (1764-1834). Pedro Grases, en su monografía sobre *La primera editorial inglesa para Hispanoamérica* (Caracas, 1955) se refiere a las actividades editoriales de Ackermann, a sus relaciones con el Libertador y a las agencias de librería que estableció en diferentes partes de nuestra América. Basándose en William J. Burke (*Rudolf Ackermann, Promoter of the arts and sciences*, Bulletin of New York Public Library, octubre-noviembre de 1934) se refiere a este aspecto de sus tareas. Traduciendo a la letra a Burke, nos dice: Otra fase de la vida de Ackermann que nunca ha recibido la atención debida, y necesita ser investigada en toda su amplitud es la de promotor de la cultura en Hispanoamérica. Abrió librerías en Sudamérica y México, publicó docenas de libros de texto en Londres, y los envió a todos los puestos de Suramérica. Publicó revistas en castellano y tuvo informados a los habitantes del Perú, Argentina y México de todo lo que sucedía en ciencia, literatura y política. Logró la cooperación de los mejores colaboradores e inclusive envió su hijo a México para dar atención de primera mano a las necesidades culturales del pueblo.

En efecto, muchos *Catecismos* de los impresos en Londres llevan esta razón en su pie de imprenta: “Lo publica R. Ackermann, Strand; y en su establecimiento en Méjico; asimismo en Colombia, Buenos Aires, Chile, Perú, y Guatemala.” De la estimación bibliográfica de estos *Catecismos* nos da cuenta Alfonso Reyes en el núm. 12 de su Boletín de la “Biblioteca Alfonsina”, al catalogar entre los ejemplares estimables de su biblioteca, el *Catecismo de historia de Grecia*, que un amigo le ofreció en las postrimerías de su vida. Vicente Llorens

Castillo, en sus *Liberales y románticos*, obra publicada por El Colegio de México, examina y valora la labor pedagógica de los españoles emigrados en Londres, que fueron colaboradores de Ackermann y redactores de estos *Catecismos*. Pedro Grases ha logrado reunir gran parte de los impresos de esta primera editorial anglo-hispanoamericana. Actualmente, Emir Rodríguez Monegal, bien conocido crítico uruguayo, investiga en el British Museum la labor literaria de los americanos en Londres para justipreciar su aporte en la empresa cultural de los primeros años de nuestra vida independiente.

¿Alguno de nuestros historiadores podría seguir los pasos en México del librero hijo de Ackermann?

30 de octubre de 1960

Jacobo Dalevuelta

Cuando yo vine a México, pronto hará cuarenta años, se publicaba en la ciudad una de las revistas literarias que mayor fama y renombre han alcanzado en la historia de las letras mexicanas. *El Universal Ilustrado* en cuyas columnas se hicieron, o encontraron el primer estímulo, o acabaron de crear las alas, algunos de nuestros más afamados escritores de las últimas décadas. Algunos, es verdad, abandonaron la creación literaria y devinieron grandes periodistas.

No sólo tribuna de México fue *El Ilustrado*. También lo fue de escritores de los otros pueblos del Continente. Antes que con sus libros, en las columnas de aquella hermosa publicación encontramos los nombres de poetas, novelistas y escritores que más adelante nos iban a ser tan familiares.

Reflejo de su tiempo, allí pueden encontrar los que mañana quieran reconstruir algunos de los aspectos de la vida mexicana, el material que requieran para sus estudios. Allí encontrará el historiador de nuestras letras el estado de la literatura mexicana de hace treinta años. Qué libros leían los jóvenes de entonces, qué tendencias reinaban entre ellos, cuáles los autores nacionales y extranjeros de mayor influencia. Hasta en los seudónimos que usaban puede verse quiénes eran los autores predilectos. Silvestre Bonard, Mauricio Leblanc, Gerónimo Coignard, Jacobo Dalevuelta, ¿no están diciéndolo?

Y ya hemos llegado a donde queríamos. Hemos llegado a Fernando Ramírez de Aguilar, cuyo seudónimo –Jacobo Dalevuelta– llegó a suplantar a su

nombre verdadero. Sus artículos fueron para nosotros, quizá más por razones de conterraneidad, los preferidos, los mejor escritos, los de más raíz mexicana. Saberlos oaxaqueños era una garantía de perfección. Los temas de su preferencia, seguro indicio de su estirpe oaxaqueña. Leyendas del tiempo viejo, viajes al pasado de Oaxaca, reconstrucción de mitos, evocaciones en las que se advertía un regreso al México olvidado, tuvieron en Jacobo Dalevuelta un inteligente cultor. En algunas de sus crónicas, en algunos de sus libros, encontramos la palabra que nos encaminó más tarde a contar las mitologías y las fábulas zapotecas del Istmo.

Pero como el corazón olvida, cuando se es joven, que los muertos reclaman recuerdo, nadie ha dedicado tiempo y corazón a mostrar qué debe la literatura provinciana, y la colonial, a Fernando Ramírez de Aguilar, “príncipe de los reporteros” como le llamaron sus contemporáneos.

Yo quise ahora recordarlo. Poner sobre su tumba una flor. Agradecer la palabra oportuna que puso en mi mente.

10. de noviembre de 1960

Vicente Riva Palacio

Hay en la historia de la literatura mexicana muchas tareas pendientes. No sólo aquellas que se refieren a problemas generales, o de segunda cuantía, sino algunas de las que hemos convenido en considerar como de primer rango: las que se refieren a autores y obras ya aceptados y que no mueven a discusión. Por fortuna, cada vez el número y condición de los estudiosos de estas cuestiones es también mayor. Y no sólo entre nosotros, más entre los extraños. Baste citar dos o tres nombres: Erwin K. Mapes, Malcom McLean, Ernesto Mejía Sánchez..., que han permitido y van permitiendo que algunos de nuestros autores sean cada día mejor conocidos. Por ellos sabemos hoy en día cosas que apenas ayer ignorábamos de Manuel Gutiérrez Nájera y Guillermo Prieto.

Un autor que reclama atención análoga es Vicente Riva Palacio, poeta, historiador, novelista y periodista de inagotables recursos, a más de un lúcido defensor de una literatura con fisonomía propia, con aire nacional, de México. Y para la que trabajó, a ratos quizás en detrimento de sus facultades de creador. ¿Qué otra cosa son sus novelas históricas si no un intento de volver los ojos

al pasado de nuestra patria, para mostrar su historia, su ambiente y de paso librar una batalla contra la dominación extranjera y reforzar la independencia entre los mexicanos? Pero Riva Palacio dio muchas muestras de su genio literario, de sus ardorosas condiciones de creador. Suyos son tres sonetos de antología. Suyos unos cuentos acreedores de perpetua memoria. Con Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, entre uno o dos más, Riva Palacio renovó la prosa mexicana de su siglo, dándole calidad artística, y al oficio de escritor, carácter profesional.

Una de las tareas primarias de quien intente el estudio de Riva Palacio será establecer su parte en las obras que escribió en colaboración: con Juan A. Mateos y con Juan de Dios Peza, circunstancias éstas que apenas aluden los que hasta ahora han escrito sobre el General. Será tarea grata, si bien laboriosa. ¿Cuántas y cuáles de las *Tradiciones y leyendas mexicanas* (Balleescá, México, s.a.), escribió Vicente Riva Palacio? Laboriosa, pero no imposible, será esa dilucidación. Quien tenga trato con las obras de los dos autores –don Juan de Dios y don Vicente– podrá conseguirlo seguramente.

Luego vendría el trabajo de identificar sus escritos anónimos: romances, editoriales, gacetillas que escribió en los muchos periódicos en que colaboró, o que fue director. ¿Cuántos y cuáles de las “Oberturas a toda orquesta” son obra del General? Desde luego, parece que todos los del tiempo en que fue redactor responsable de *La Orquesta*.

Yo propongo para esa tarea a doña Clementina Díaz y de Ovando, quien ahora ordena una nueva galería de contemporáneos que no se encuentran en *Los Ceros*, publicado por Riva Palacio, con el seudónimo de *Cero*, en 1882.

13 de noviembre de 1960

La Araucana

La Araucana, aparecida sucesivamente en 1569, 1578 y 1589, es de los libros americanos que más difusión ha alcanzado en la cultura de los dos mundos. La huella de las letras hispánicas en la literatura alemana se inicia con ella y con el Quijote. En la literatura francesa baste recordar el *Essai sur la poésie épique* de Voltaire que vino a robustecer el creciente interés por el poema. A fines

del siglo XIX y principios del XX, los estudios y traducciones francesas vienen a intensificarse: A. Roger, *Etude littéraire sur l'Araucane d'Ercilla* (Dijón, 1879); el traductor J. Ducamin, *L Araucane, poème* (París, 1900); y E. Mérimée, en sus *Précis de histoire littéraire* (París, 1908).

La erudición española ha estado a cargo de Quintana, Antonio Ferrer del Río y Marcelino Menéndez y Pelayo. Del primero, su famoso "Discurso preliminar" de 1833; del segundo, su "Introducción" a la edición de la Academia de 1866; y del último, las eruditas páginas de la *Antología de la poesía hispanoamericana*, después repetidas casi sin variantes en la *Historia de la poesía hispanoamericana* (Madrid, Victoriano Suárez, 1913, tomo II). Pero, en realidad, la crítica moderna en lengua española, arranca de don Francisco Martínez de la Rosa, *Obras literarias*, II (París, 1827) y de don Andrés Bello, *Opúsculos*, I. La crítica moderna ha estado a cargo, casi exclusivamente, de hispanoamericanos: José Toribio Medina, en sus *Estudios bibliográficos*, y en su no superada *Vida de Ercilla*, ahora accesible en volumen VI de la Biblioteca Americana, del Fondo de Cultura Económica. Otro chileno distinguido, Fernando Alegría, es el autor de la crítica contemporánea más comprensiva (*La poesía chilena*, Colección Tierra Firme, núm. 55 del Fondo de Cultura). Enrique Anderson Imbert ha analizado muy finamente las simpatías y diferencias entre *La Araucana* de Alonso de Ercilla y *El Arauco domado* de Pedro de Oña (Los grandes libros de occidente, México, Ediciones de Andrés, 1959).

El homenaje más alto de la poesía lo ha recibido, también de parte de un poeta chileno: Pablo Neruda, en su *Canto General de Chile*, publicado en el *Canto General*, pero antes en la revista mexicana *Ars*:

*Sonoro, sólo tú no beberás la copa
de sangre, sonoro, sólo al rápido
fulgor en ti nacido
llegará la secreta boca del tiempo en vano
para decirte: en vano.*

No todos tenemos la suerte de poseer la curiosa y diminuta edición madrileña de Gaspar Roig, como el maestro José Luis Martínez. Registramos a continuación las ediciones truncas de *La Araucana* que hasta ahora hemos podido juntar, en demanda de amigo auxilio: tomo I de la edición de Sancha

(Madrid, 1776) y de la Librería de Ramos (*idem*, 1821) y tomo II de la de Mateo Repullés (*ibidem*, 1803).

20 de noviembre de 1960

¿Nombre y autor del soneto?

Estuve la otra tarde en la Feria Mexicana del Libro. No. No voy ahora a hablar de su significado, de su espléndida instalación, ni de las maravillas bibliográficas que allí pude contemplar. ¿No es una maravilla de tipografía, acaso *La pintura mural de la Revolución Mexicana*, impresa por un acuerdo directo de Adolfo López Mateos? No. Yo voy a referir otra cosa, más sencilla y humilde.

Ocurre que en el puesto o tienda –para rehuir la horrorosa palabra *stand*– de Cuba, se encuentra pendiente de uno de los muros, una cartulina con seis versos de un viejo poema escolar. Las líneas se hallan trastocadas, a menos que sea la versión que yo recuerdo, la defectuosa. Me llamaron desde luego la atención dos cosas: la errata tipográfica y que aparezcan aquellos versos atribuidos a José Martí. Porque no recuerdo haberlos visto entre sus poesías, sea porque los aprendí de tanto oírlos, sea porque olvidé de momento el lugar de las obras de Martí donde se encuentran.

Con gran trabajo he reconstruido el soneto, que doy a los lectores no sin el temor de que incurra en equivocaciones que sabrán disimular. No recuerdo su título, lo que refuerza la idea de que quizá lo haya oído y no leído. Porque de no haberlo aprendido de algún libro recordaría no sólo eso, sino el nombre del autor que en las prácticas escolares entra en la recitación.

*Es puerta de luz un libro abierto,
entra por ella, niño, y de seguro,
que para ti serán en el futuro
Dios más visible, su poder más cercano.
El ignorante vive en el desierto,
donde es el agua poca, el aire impuro;
un grano le detiene el pie, inseguro
camina tropezando, vive muerto.*

*En esa de tu edad, abril florido,
recibe el corazón las impresiones
como la cera al toque de las manos.
Estudia y no serás cuando crecido
ni el juguete de las pasiones,
ni el esclavo servil de los tiranos.*

¿No será que se encuentra esta composición, como otras, en algunos de los tomos del Mantilla, que, en efecto, preparó José Martí? Pudiera ser. Yo sólo repito que no lo recuerdo.

Lo trajimos a cuento por lo que tenga de curiosidad y de divertimento. Y para que alguno de los muchos amigos sabios que tengo me saquen de dudas. Pero, ¿puedo olvidar a aquellos mexicanos de mi edad que recitaron en la escuela del pueblo el bello soneto que motiva esta *Alacena*?

4 de diciembre de 1960

Lector de las *Alacenas*

Fernando Pineda, lector de *El Nacional* nos envía una carta en relación con nuestra *Alacena* referida a un soneto atribuido a José Martí. He aquí la carta: “México, D. F., 7 de diciembre de 1960. Sr. Andrés Henestrosa, Ciudad. Distinguido escritor: En su *Alacena* del domingo 4 del actual, me encontré con un reminiscente soneto –¡ah, la primera juventud!–, que usted tenía tan bien guardado en la *Alacena* de su memoria, y el que –usted siempre atento a las necesidades y divertimentos del espíritu– nos obsequia en su *Alacena* de papel.

Extraño sobremanera por eso de que en el puesto, o tienda –también a mí me horroriza e irrita la palabra *stand*– de Cuba se expongan seis versos trastocados atribuidos a la inspiración de Martí, he querido dar a usted una manita, ya que coincidimos en la extrañeza.

Poseo las *Poesías Completas* de José Martí y no está incluido este soneto que le sirvió a usted de pie para su artículo. También es en mi poder el *Parnaso venezolano*, y en esta antología, en la página 131, se encuentra el poema que nos ocupa –tan conocido desde las aulas de la primaria– con el título de

“Estudia”. Este soneto es el primero –lógico es– del tríptico: “Estudia, trabaja, descansa” del poeta venezolano Elías Calixto Pompa.

Ni sabio ni amigo personal suyo, pero eso sí, alguien a quien sus *Alacenas* y otras razones han enseñado a quererle y admirarle, queda a sus muy apreciables órdenes: en Colombia Núm. 67-11, zona 1.”

Fernando Pineda P. incluye en su carta copia del tríptico, con las referencias complementarias del *Parnaso venezolano* en que aparece, y que no incluimos en este lugar porque el problema –probar que el soneto no es de Martí– queda ya suficientemente resuelto.

Por lo que toca al autor de esta columna nada más habrá que decir que se siente muy satisfecho de descubrir que sus esfuerzos por mantenerla al día, alcanzan en premio –ninguno otro mejor– de tener un lector, así de enterado y de afectuoso.

¿Puede aspirar a otra cosa quien escribe para instruir y entretener las horas? No. Verdaderamente no hay otro galardón más alto que este galardón.

11 de diciembre de 1960

Pantaleón Tovar, poeta olvidado

Las historias literarias apenas si mencionan ya a Pantaleón Tovar. Su nombre, como el de otros escritores de efímero fulgor, ha caído en el olvido. Y, sin embargo no lo merece. Poeta, dramaturgo, periodista, soldado de la patria, reclama que alguno estudie su obra y lo sitúe en el marco de nuestro desarrollo literario. En su tiempo gozó de fama: por sus versos, por sus dramas, por sus novelas. Discutió sobre crítica literaria con el joven Manuel Gutiérrez Nájera; llevó obras a la escena. Su nombre sirvió a José Zorrilla para ejemplificar la suerte que corren en nuestro medio los escritores: de su drama *Una deshonra sublime* se vendieron diecisiete ejemplares, no obstante que fue ruidosamente aplaudida cuando se representó.

Un soneto suyo fue presentado por Luis G. Urbina como típico del romanticismo mexicano, tras de aparecer en *Las cien mejores poesías (líricas) mejicanas*, escogidas por Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado en 1914.

Frecuentemente se atribuye a Urbina, cuando no a los autores de la antología mencionada, el descubrimiento de esta temprana flor de nuestro romanti-

cismo. Como un cáliz abierto, esa pieza se asoma por entre el laberíntico ramaje de la producción poética del siglo XIX. Urbina, según sus palabras, no resistió a cortarla para ofrecerla a sus oyentes argentinos, en 1917. Ya vimos que había sido publicada con anterioridad. La verdad parece ser otra: fue José Martí quien desenterró este soneto en el libro segundo de Luis Felipe Mantilla.

Lo que parece indudable es que Urbina lo sabía de memoria, como con frecuencia ocurre con todas las poesías que cita en *La vida literaria de México*. La comparación de los tres textos así lo prueba. Su versión registra diferencias no sólo en el texto, sino en la puntuación y en el título. En cambio, la del Mantilla y la Antología son idénticas, salvo una levísima variante.

Si Martí fue quien lo descubrió, ¿lo sabía de memoria?, ¿lo encontró en alguna publicación en las bibliotecas públicas, o particulares, de Nueva York? Porque las poesías de Pantaleón Tovar no han sido coleccionadas y se encuentran perdidas en periódicos de su época. En otro tiempo, algunos versos suyos pasaron a los libros de lectura; aparte del que acabamos de señalar, hay una poesía suya, “La madre”, en las *Lecturas Literarias* de Amado Nervo.

Damos a continuación el texto recogido por Luis Felipe Mantilla en su libro de lectura:

*Apenas niña, y el intenso duelo
te llena el corazón de sinsabores;
y mil gotas de llanto, los fulgores
de tus ojos enturbian con un velo.
Quien te hace padecer insulta al cielo...
¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?
¡Pues yo te las daré; pero no llores!
No llores, alma mía, y si en el suelo
no hallas quien bese la nevada seda
de esa tu frente que al amor convida;
si no hay en él quien abrazarte pueda,
ven a mi seno; y beberé, mi vida,
esa lágrima tierna que se queda
de tus húmedos párpados prendida.*

¿Cuántas otras poesías quedan en espera de que alguien las descubra y vengan a servir al estudio de nuestra literatura? ¿No fuera bueno que algu-

no recogiera las poesías de Tovar, autor de un soneto así de característico de un periodo de nuestra lírica? Parece imposible que ésa sola flor hubiera inventado.

18 de diciembre de 1960

Coplas de *La Llorona*

¿Cuántas son, pues, las coplas con que se canta *La Llorona*? Son tantas como los cantores pueden recordar de la poesía popular hispanoamericana, cuantas puedan improvisar en fiestas y fandangos. Son, en una palabra, todas las cuartetas –y a veces las sextetas– de la poesía en lengua española.

Las coplas de *La Llorona*, como las de *La Sandunga* y las de todas nuestras canciones vinieron, junto con los romances, en la mochila de los conquistadores, al lado de los arreos. Sirvieron para evocar la tierra lejana, para endulzar las penas. Llegaron hasta el último confín de América, se aclimataron en toda la geografía: en la puna peruana, en la pampa argentina, en los picachos de los Andes, en las sierras mexicanas, en los llanos venezolanos, en las costas y en los altiplanos. A veces, abandonaron aquel lugar donde primeramente llegaron para buscar ambientes más de acuerdo con su lugar de origen. Por eso nadie extrañe que se repitan y que se asemejen tanto nuestras poesías populares; por eso no debe extrañar que se les encuentre semejanza con las coplas españolas más viejas.

Lo que pusimos nosotros fue la voz, y más que la voz el dejo de tristeza y de abandono con que se cantan; lo que agregamos fue la lección circunstancial; la referencia a la geografía, a los personajes, a la ocasión en que deben cantarse. Lo dijimos antes. Y lo repetimos ahora: las canciones del Istmo –*La Llorona*, *La Petenera*, *La Sandunga*– no son sino llanto español en pupilas nativas. Y lo que se dice de las canciones de México se puede decir de todas las canciones por donde España pasó.

Quien se haya asomado al folklore musical americano, habrá observado la gran semejanza que existe así en las melodías como en las letras, entre el de todos nuestros países. ¿Quién no ha creído que escucha versos de la música veracruzana cuando lee las coplas de Florencio Coronado en *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos? Quien no sepa de estas cosas podrá suponer que de México

pasaron a Venezuela, o que de allá vinieron a estas tierras. El que haya leído las recopilaciones de poesía popular de Colombia, Perú, Panamá, digamos, no dejó de asombrarse por el aire de familia que las emparenta.

Es claro que en aquellos países donde había una gran cultura india —México, Perú— la herencia hispana padeció grandes modificaciones, lo mismo en la música que las letras de las canciones. Cuando decimos canción huasteca, son veracruzano, música del Istmo, lo que queremos indicar es que allí mejor se aclimataron esas canciones, allí lograron hermanarse mejor sus dos elementos: el español y el indio.

Volviendo a *La Llorona*, que yo postulo como una de las más hermosas de cuantas se cantan en México, me ocurre que quizá fuera bueno reunir todas las coplas con que se canta, a condición de que tengan el encanto y la belleza de nuestra poesía popular; o que aludan a circunstancias que las identifique como mexicanas o de Tehuantepec, tierra donde se quedó a vivir. Así se conseguiría desterrar de nuestra canción esos groseros versos con que algunos la cantan. ¿Quién quiere hacerlo?

25 de diciembre de 1960

Henri Lebrun

Perdemos un amigo, pero México gana un embajador. José Luis Martínez ha sido designado con ese carácter al Perú. Entre sus libros de viaje lleva el obsequio de un amigo: *Conquete du Peru et Histoire de Pizarre*, de Henri Lebrun (Tours, Ad. Mame et Cie, Imprimeurs-Libraires, 1852, 281 pp.).

Ejemplar que hemos podido examinar a nuestro gusto antes de llegar a manos del embajador; se trata de un volumen, ricamente encuadernado, de la *Bibliothèque de la Jeunesse Chrétienne* con cuatro finos grabados en acero que representan escenas de la historia peruana: Atahualpa hecho prisionero, Ejecución de Gonzalo Pizarro, El pasaje de Napo y La muerte del virrey Núñez Vela.

Esta “Biblioteca” estuvo en boga a mediados del siglo XIX, e incluía entre sus títulos, obras representativas del pensamiento cristiano, en obras literarias, históricas o filosóficas; pero este rubro no agotaba sus preocupaciones, ya que también publicó obras de arqueología, botánica y diversas obras de viaje. Entre las obras maestras editó una traducción del Quijote, magníficamente

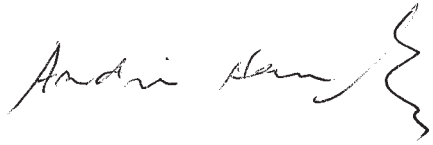
ilustrada, ocho grabados en acero y veinticuatro en madera; Bousset, Fénelon, Racine, y una antología de Buffon, también numerosamente ilustrada. Del siglo pasado, incluye *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint-Pierre; *Los incas* de Marmontel, y por supuesto, gran copia de Louis Veuillot, el famoso polemista reaccionario.

Del autor de la *Conquista del Perú* e *Historia de Pizarro*, no sabemos mucho. Otros Lebrun figuran prominentemente en los diccionarios y enciclopedias, pero no éste. Hemos consultado al respecto al *Webster's Biographical Dictionary*, que contiene más de cincuenta mil biografías, y no lo registra. Por el catálogo de la "Biblioteca", adjunto al volumen, advertimos que también escribió unas *Aventures et conquêtes de Fernand Cortes au mexique*, unos *Voyages et découvertes des compagnons de Colomb*, y otros *Voyages au pole nord* y *Voyages et découvertes dans l'Afrique*.

Con algunos pasajes de la *Conquista del Perú*, podemos inferir la opinión de Henri Lebrun sobre nuestros antiguos mexicanos: "Pero la mitología de los peruanos, aunque monstruosa, no tenía el carácter guerrero que distinguía la de los mexicanos; y sin embargo, ellos mostraban en sus sacrificios y en la selección de sus víctimas un grado igual de atrocidad. Los sacrificios humanos eran comunes, y la manera de dar muerte a la víctima, igualmente cruel y abominable." Que nuestro embajador no tome a la letra estas exageraciones, también abominables.

31 de diciembre de 1960

1961

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', with a stylized flourish at the end.

Perú y México

En nuestra América, antes de la era actual de acercamientos presidenciales, la hermandad de nuestros pueblos la lograron los poetas. Si se trata del Perú y México, cuya tradicional amistad se ha visto hoy refrendada por la visita del Presidente Manuel Prado Ugarteche, podemos enumerar algunos hombres del Perú que han dejado su huella en nuestro país.

Fray Melchor de Talamantes, Manuel Nicolás Corpancho. José Arnaldo Márquez, del siglo pasado; y ya más cercano a nosotros, José Santos Chocano. Como una reiteración a los vínculos de Chocano con México, se ha publicado aquí en estos días *Aladino o vida y obra* de José Santos Chocano, por Luis Alberto Sánchez, otro peruano ilustre que varias veces ha transitado por nuestra tierra. La edición la hace Libro-Mex editores, con sobria presentación tipográfica en un volumen de 551 páginas.

Esta obra tipográfica y crítica a la vez es la contribución sin duda más amplia y densa que se ha escrito sobre el poeta peruano. En ella, Luis Alberto Sánchez hace gala de un estilo limpio y cuidado y de una documentación abundantísima, igualmente cuidadosa, paciente y erudita. Nos atrevemos a afirmar que ésta es una de las obras del maestro peruano mejor concebidas y realizadas.

Aquellos que en alguna ocasión han pedido a Luis Alberto Sánchez una mayor fidelidad documental, encontrarán en este libro la respuesta a sus exigencias.

Con detenimiento y fruición encara el autor los años que su coterráneo vivió en México que son los de 1914 a 1917, los más dramáticos de la Revolución

Mexicana. Con razón, L.A. Sánchez titula el capítulo XVII de su libro con el verso “México terrorífico y fulgurante”.

La admiración de Chocano hacia Madero y Carranza, sus relaciones con Villa, en su reprobación a la actitud de Huerta quedan bien definidas en estas páginas. La producción poética de Chocano, inspirada en la Revolución es también examinada detenidamente: el soneto epitalámico dedicado a Villa en octubre de 1913, la “Sinfonía Heroica” de 1914, la “Oda cíclica”, del mismo año, que fue traducida al inglés por Salomón de la Selva; la “Proclama lírica” de 1915 a 1916, cuyo primer verso da nombre al capítulo que estamos reseñando; “Última rebelión” también dedicado a Villa, poema “tan lleno de premoniciones” como lo llama Luis Alberto Sánchez, y tantos poemas más, folletos y artículos periodísticos que intervinieron directamente en nuestra causa. Ya Pedro Henríquez Ureña ha señalado la poesía “Quién sabe”, como el primer fruto indigenista en la lírica hispanoamericana, escrita en 1913, al calor de nuestras primeras reivindicaciones sociales.

Finalmente, muchos años después de la partida de Chocano, en el drama que lo llevó al destierro donde recibió la muerte, tuvo no poco que ver una gran figura de México: José Vasconcelos. En 1924, el Presidente Augusto B. Leguía del Perú invitó a las figuras más destacadas de Hispanoamérica para la celebración del centenario de la Batalla de Ayacucho. Leopoldo Lugones y Chocano declararon entonces cierta fe en la eficacia de la espada. Vasconcelos, desde Constantinopla, se enfrascó en una batalla, polémica como todas las suyas, con el poeta peruano. Edwin Elmore, ardiente partidario de Vasconcelos en esa polémica, fue ofendido por Chocano, y al reclamarle el agravio, fue muerto por Chocano. Vino el proceso, el destierro y la muerte, también a mano enemiga.

8 de enero de 1961

Librerías La Ilustración

Una de las editoriales más prolíficas de nuestro siglo XIX fue la de las librerías La Ilustración, que desarrolló sus tareas en Veracruz, Puebla y la ciudad de México. Varias colecciones literarias de pequeño formato llevan el pie de imprenta suyo. Antologías, libros de texto y obras personales fueron publicados por ella en el último tercio del siglo pasado.

Tenemos a la mano algunos tomitos que nos darán lugar a algunas observaciones sobre esta modesta editorial, pero no por modesta menos importante para el desarrollo y para la historia de nuestras letras.

En 1891, don Tirso Rafael Córdoba, licenciado y presbítero, hombre de letras y miembro de varias asociaciones literarias dio a las Librerías La Ilustración, de Veracruz-Puebla, un manualito que lleva por título *Mosaico Mexicano*: “colección de cartas familiares, descriptivas, mercantiles, y de piezas autógrafas, en prosa y en verso de varios mexicanos distinguidos, destinada a la clase de lectura de manuscritos, en las escuelas nacionales”. Como se trata de una edición facsimilar de los autógrafos, la impresión no pudo hacerse en México, no obstante que la tipografía mexicana ya había alcanzado para entonces gran calidad, pero quizá no tanta como para asegurar la nitidez de la reproducción de manuscritos; por lo tanto se imprimió por el editor M. Dessain de Malinas.

Encontramos en este librito autógrafos del señor Córdoba, del señor arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, de Alejandro Arango y Escandón, de Antonio (?) Santiago y de Justo Sierra, Rafael B. de la Colina, José Joaquín Terrazas, Narciso Bassols, Francisco Sosa, S. O’Gorman, Francisco Pimentel, Vicente Riva Palacio, entre otros individuos que interesan a nuestra historia literaria.

Es bien conocida y estimada la edición de *Páginas en verso* del último de los escritores mencionados, impresas también por la Librería La Ilustración de la ciudad de México, sita en la 1a. de Santo Domingo núm. 12, año de 1885. Y la serie de *El Parnaso Mexicano*, junto a *Poesías escogidas de varios autores*, coleccionadas bajo la dirección del Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio. El tomo del 1o. de junio de 1885 corresponde a la antología de Manuel M. Flores, junto a la cual se publica su “retrato y biografía con el juicio crítico de sus obras”. En la portada figura la nómina de los colaboradores de Riva Palacio en esta empresa editorial: Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Peredo, José María Vigil y Juan de Dios Peza.

Colecciones análogas al *Parnaso Mexicano* se publicaron en diversas naciones sudamericanas. Conocemos por lo menos *El Parnaso Venezolano*, publicado por A. Bethencourt e hijos, en Caracas. La entrega correspondiente a las poesías de don Rafael Arvelo, que lleva prólogo de Santiago González Guinán anuncia como publicados los tomos dedicados a Andrés Bello, Baralt, Fermín Toro, José Antonio Mitín, José Heriberto García de Quevedo y José Ramón Yepes. La lista de las entregas en preparación es mucho más extensa y mucho

tememos que no haya sido impresa completa. Como dato curioso apuntamos algunos nombres “de la nueva generación literaria” que también anuncia *El Parnaso Venezolano*: Gonzalo Picón Febre, Gil Fortoul y Miguel Eduardo Parado, el famoso autor de *Todo un pueblo*.

15 de enero de 1961

Errores de Julio Jiménez Rueda

Dice Julio Jiménez Rueda en *Letras mexicanas*, página 89: “El romanticismo llega a su tiempo a la literatura mexicana. “El Pensador” imita a las noches lúgubres de Cadalso y paga tributo con ello a la popularidad que ya tenía el poeta inglés Edmund Young, con su poema *The complaint of night, Thoughts*; el poeta argentino, residente en México, Juan Antonio Miralla, traduce, a principios del siglo XIX, la célebre Elegía en el cementerio de una aldea de Tomás Gray...” Copia textual. Advierta el lector que en tan pocos renglones aparecen muchos descuidos: el título en minúsculas del libro de José Cadalso; el del libro de Edmund Young, incompleto; el nombre de pila de Miralla, Juan por José. No cuento la tipografía del seudónimo de José Joaquín Fernández de Lizardi que debe ir entre comillas o en bastardillas. Por otra parte, Miralla nunca residió en México, propiamente dicho, como veremos.

Pero no se trata de eso ahora. Se trata de destacar un hecho muy frecuente en nuestras historias literarias: la de ir repitiendo los autores, no sólo los datos, sino los juicios que otros han hecho sobre obras y autores. Lo que no ha permitido mejorar el criterio que sobre ellos impera, ni corregir los errores. Por ejemplo, Marcelino Menéndez y Pelayo escribe Juan por José y asegura que la “Elegía” de Tomás Gray es muy conocida en América, no así en España, por haberse reproducido en muchos periódicos de México –el escribe Méjico, naturalmente– Venezuela, Colombia y Argentina. Lo cierto es que hasta ahora ninguno de los que la mencionan han dicho con precisión dónde y cuándo fue publicada. José Antonio Miralla improvisó la traducción en 1823, pero ¿en dónde?; fue muy reproducida sí, pero ¿en cuál o cuáles periódicos?

A Cuba llegó en 1816 y allí vivió seis años, esto es, hasta 1822, o principios de 23, año en que se trasladó a Nueva York. Allí, en algunas de las veladas invernales, pudo haber improvisado la traducción de la elegía “En un cemen-

terio de aldea”; feliz, según Calixto Oyuela, literalísima, pero sobria y castiza, sin afectación ni violencia, según Pelayo.

Miralla no residió en México, aunque murió en Puebla, el 4 de octubre de 1825. En julio de 1825, dice Eduardo Labougle en su libro *José Antonio Miralla, poeta argentino* (Buenos Aires, 1924), llegaron a Santa Fe de Bogotá, dos mexicanos cuyo viaje había sido inspirado en el deseo de acompañar a Miralla a México, donde acababa de conferírsele un empleo honorífico. El poeta partió para Cartagena para embarcarse rumbo al puerto de Alvarado, Veracruz, y Jalapa, donde enfermó. Se dirigió después a Puebla en busca de una temperatura más fresca para vencer el mal contraído en el viaje. En un número de *El águila mexicana*, de octubre de 1825, apareció una nota necrológica de José Antonio Miralla muy elogiosa, luego reproducida en *El Constitucional* de Bogotá, en abril del año siguiente de 1826.

Miralla tradujo del italiano, del francés y del inglés, tres lenguas que dominaba. Su traducción de Gray importa mucho al nacimiento del Romanticismo en México, capítulo todavía no lo suficientemente estudiado. Sólo hace falta establecer en cuál de los periódicos hispanoamericanos se publicó por primera vez, y en qué fecha. Tarea que dejo a los más entendidos en estas cuestiones.

22 de enero de 1961

Los calendarios mexicanos, nuevo género literario

En otro tiempo cuando México era más pequeño y todavía no alcanzaba la configuración que ahora lo distingue, las empresas editoras, las grandes librerías, los periódicos y las revistas y aun los particulares, publicaban a porfía almanaques, calendarios, presentes amistosos, anuarios en que se resumía el desarrollo de las letras y de la vida cultural mexicana. Paradójicamente, en nuestro tiempo, si bien la tipografía ha alcanzado un extraordinario desarrollo y abundan las ediciones que pueden equipararse con las mejores del siglo XIX, se ha abandonado aquella hermosa práctica de regalar a los lectores y favorecedores con libros, opúsculos, ediciones limitadas, en ocasión de la Navidad y el Año Nuevo.

Quien tenga trato con los libros mexicanos, sabe que la bella costumbre a la que acabamos de referirnos, llegó a constituir en cierta manera, un género

literario aparte. José Zorrilla, que vivió entre nosotros muchos años al mediar el siglo pasado, y que escribió sobre nuestras letras muchas de las cosas que luego encontramos como propias hasta en escritores de gran fama y renombre, propuso como género específicamente mexicano, el de los Calendarios. Nunca había visto el romántico español en ninguna otra literatura, ésa que informa las publicaciones de fin de año, señaladamente los Calendarios. Se queja el poeta del género sólo porque de él se valían algunos para ofender las buenas costumbres y faltar el respeto y cortesía debidos a nuestros semejantes. Sobre todo la falta de cortesía, que ha venido señalándose desde que México existe como la flor más pura de nuestro carácter. El disgusto de Zorrilla subía de tono cuando la ofensa estaba dirigida a los españoles. Y en ese tiempo –no olvidar que es la era de Maximiliano, a quien Zorrilla sirve– eran los españoles contra quienes algunos calendarios dirigían sus tiros; por servir a una causa que no era la de México. No tenía límites la cólera del autor de *Don Juan* cuando encontraba que el sinónimo de España era “La Gachupia”. No importa: lo que cuenta es que Zorrilla destacó en su famosa carta al Duque de Rivas, la importancia de estas ediciones, y propuso como un nuevo género literario, como autóctono de México, el de los Calendarios.

Volvamos a los libros, almanaques, anuarios del siglo pasado. ¿Quién no recuerda que las fiestas de Navidad y Año Nuevo dieron coyuntura para que se publicaran aquí no sólo hermosos libros, sino que algunos andando el tiempo, han servido para historiar nuestras letras y reconstruir la fisonomía del México de hace cien años? Hay un álbum de año nuevo, de Gustavo Baz, hay un anuario de Filomeno Mata, en que se incluye una *Revista Literaria* de Juan de Dios Peza, rica en noticias y en breves juicios sobre los escritores del tiempo. Y, ¿cómo no recordar los ramilletes, florilegios, y otras curiosidades que luego han venido a ser rarezas de nuestra bibliografía y fuentes para el estudio de la vida mexicana?

No que ya no existan en nuestro tiempo, sino que no son tan socorridos como debieran, dados los signos de nuestra vida contemporánea. Lo quisimos recordar en esta *Alacena* a escritores, librereros y editores para que vuelvan las letras patrias a aquel capítulo, el esplendor que tuvo en otro tiempo, y si fuera posible mayor.

29 de enero de 1961

Dámaso Alonso

En el libro *Dos españoles del Siglo de Oro* (Madrid, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, núm. 45, 1960), don Dámaso Alonso hace sus primeras armas como americanista. Don Dámaso entra con pie derecho, y nos da una que otra lección necesaria y de buen tino sobre la organización de nuestros archivos y su buen aprovechamiento.

Dos españoles del Siglo de Oro no es en manera alguna volumen misceláneo. Las corrientes literarias de España y América, en el XVI y el XVII eran las mismas, sólo con años de diferencia, debida a la travesía atlántica. Otras veces estas corrientes parecen sumergirse como el Guadiana, para luego aparecer después de las generaciones, en tierras de América. En el primer ensayo “Un poeta madrileñista, latinista y francesista en la mitad del siglo XVI: don Juan Hurtado de Mendoza”, Dámaso Alonso encuentra un antecedente ilustre de los endecasílabos del primer *Canto de los de vida y esperanza*. Hurtado de Mendoza buen conocedor de letras francesas, se adelanta a Rubén Darío en el uso del endecasílabo acentuado sólo en la cuarta y décima; así escribe, en 1550, estrofas como la siguiente:

*Allí se ganan dones, gracias y artes;
allí limpiezas de los querubines;
allí, del fin de amor los estandartes,
y las finezas de los serafines...*

A continuación copia Alonso la siguiente estrofa de Rubén Darío:

*Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...*

Dámaso Alonso comenta a continuación ambas estrofas con la finura y penetración del maestro de estilística: “En el encanto colaboran muchas delicadezas: alguna reiteración, como fragancia-fragancia en la primera de estas estrofas; o fin-finezas-serafines, en la segunda; o la aliteración de laterales (l) y labiales (m, p, v) en los versos 1, 3 y 4 de la tercera.”

Quede para otra ocasión el subrayar algunos olvidos americanos que figuran en el segundo ensayo y entresacar las noticias de don Dámaso sobre sus andanzas por los archivos mexicanos, así como el nombre de los amigos de aquí que lo auxiliaron en sus inquisiciones.

5 de febrero de 1961

El miedo, tema literario

Ricardo Garibay, empresario cinematográfico, encargó en una mesa de café, una bibliografía mínima del terror sin fantasma. Un amigo nuestro, que el empresario conoce, se dio a recordar en nuestra compañía algunos escritos famosos en que el miedo es el actor principal. En otras lenguas, concretamente en inglés, ya se han hecho antologías que recogen el miedo moderno sin complicaciones metafísicas fruto de la actual civilización o supervivencia de los estadios más primitivos del hombre.

En primer lugar debe recordarse, y tenerlo siempre presente el miedo a la guerra. El norteamericano Stephen Crane, a fines del siglo pasado, escribió un relato ahistórico sobre la Guerra de Secesión, *The red badge of courage*, considerado hoy como la obra maestra que refleja la oscilación entre la cobardía y el heroísmo. Eduardo Mallea seleccionó esta obra para la "Colección El Navío" que él dirige, traducida al español por Alejandro A. Rosa, con el título de *La roja insignia del coraje* (Buenos Aires, 1944).

El quimerista George Orwell, tan conocido por sus ucronías literarias como por sus utopías políticas, es autor de otro relato de pavor: *Shooting and Elephant*. El economista Edmundo Flores, otro contertulio a la mesa del café, aseguró que el relato es simbólico y que el elefante del relato de Orwell es la figura del imperialismo colonialista. Emir Rodríguez Monegal, crítico uruguayo muy versado en letras inglesas, tradujo para su revista *Número*, de Montevideo, el texto de Orwell con el título de *Matanza de un elefante*, julio-diciembre de 1951, año III, núms. 15-16-17.

Pero nuestra América cuenta al respecto con relatos terroríficos de cárceles, tan emocionantes como el que Domingo F. Sarmiento pone en boca de Facundo Quiroga en su biografía del caudillo de la pampa argentina. Y en la idílica *María* de Jorge Isaacs no falta tampoco la cacería del tigre. En

nuestras letras, José Manuel Puig Casauranc escribió la cacería del tigre veracruzano.

¿Quién entre nosotros no ha leído “Una cacería trágica” que José Vasconcelos relató en la *Sonata mágica* de 1923? Aquí el maestro mexicano parece haber sido el único sobreviviente de esa cacería sudamericana de changos salvajes. Horacio Quiroga, un poco antes, escribió en cuento sobre el mismo tema que todavía no figura en ninguno de sus libros. Y saliendo un poco de la “literatura”, recordamos el nombre de una pintoresca pulquería de la calle Juárez de Tlacopac, “El recreo de los jabalís”, que no son otros que los changos salvajes de la América del Sur.

Que el cinematográfico Ricardo Garibay no olvide que nuestra legislación de derechos de autor y propiedad literaria incluye bajo su protección a los autores de antologías, bibliografías, notas y *Alacenas* como la presente.

12 de febrero de 1961

Evocación de Héctor Pérez Martínez

Recordemos a Héctor Pérez Martínez, muerto en febrero de 1947. Cuando el sol le daba de frente, cuando un viento propicio impulsaba su barca. Su nombre se encuentra unido al de nuestro periódico *El Nacional*, en cuyas columnas hizo sus primeras armas de periodista y acabó de crear sus alas de escritor.

Aunque coincidimos en la Escuela Nacional Preparatoria apenas si le recuerdo en rueda de amigos, en la redacción de las revistas y periódicos estudiantiles de aquel tiempo, o paseándonos por los corredores. Mejor le preciso en la oficina de Rafael Heliodoro Valle, en la Secretaría de Educación, a la que concurríamos en demanda de libros y revistas de Hispanoamérica a los que tan afectos eran los jóvenes de hace treinta años. Era el año de 1927. Su nombre solía encontrarlo en algunas de las revistas de aquellos años: verso y prosa de limpia modernidad. Justamente, Valle era, según creo recordar, quien apadrinaba aquellas colaboraciones. Vino luego el movimiento vasconcelista, que atrajo a la mayoría estudiantil. HPM no formó en aquellas filas. Se mantuvo al margen, aunque alguna simpatía manifestara por el capitán de aquella rebelión. Entonces, en mayo de 1929, nació *El Nacional*, que lo contó

desde luego entre sus redactores más jóvenes, al lado de Raúl Ortiz Ávila, Ortiz Hernán, Luis Octavio Madero. En la sección “Escaparate” escribían los tres, alternándose. Allí publicó Pérez Martínez algunas de sus breves, donosas páginas. Sobre un tema de actualidad, muy a la manera en que lo hicieron en otro tiempo algunos de nuestros grandes escritores: Gutiérrez Nájera, Sierra, Urbina. El director daba el tema a veces; otras, lo buscaba el redactor en turno. Era el pretexto para batir un acontecimiento del día, para hacer un poco de retórica, para ir enlazando palabras hasta encontrar una idea que desarrollar, adornándola con algún granito de sal y giros elegantes. Urbina hasta llegó a definir esa manera de la crónica, tan socorrida en sus días.

Héctor trabaja mucho. Aparte los artículos que escribía para “Escaparate”, reportaba, escribía la crónica parlamentaria, era locutor de radio y alguna vez hasta llegó a cantar. Tangos, sobre todo. Porque HPM tocaba la guitarra y cuando cantaba lo hacía sin dificultad. Cuando hablaba en público en nada se advertía aquel tartamudeo que tan gracioso era en su charla.

Ése fue como un mediodía de su vida literaria. Escribió entonces *Juárez, el impasible*, *Trayectoria del corrido mexicano*, *Facundo en su laberinto* y los primeros capítulos de una biografía de Melchor Ocampo.

Nos encontrábamos muy temprano en la mañana en el “Café América”, esquina de Argentina y San Ildefonso, cuando acababa de transmitir por radio un diario de noticias sobre la vida mexicana: educación, letras, política. Allí fraguaba su artículo para periódico; proponía un asunto, lo desenvolvía y luego fingía que reclamaba nuestro concurso. A la mañana siguiente, podíamos leer el artículo, magníficamente aderezado, rico en condimento, bien de sazón. Así vi nacer el ensayo sobre el corrido mexicano.

Héctor cambió de suerte. Ascendió en los cargos públicos. Devino diputado por Campeche, fue luego Gobernador, y así sucesivamente Oficial Mayor y Secretario de Gobernación. No soltó la pluma. Escribió el que puede considerarse su mejor libro, *Cuauhtémoc*, primero de los muchos de que estaban encintas sus sienas.

Al morir, sus amigos se prometieron reunir en un volumen algunos de sus escritos publicados en “Escaparate”. El tiempo cruel que atenúa las penas, que deja caer el olvido sobre los hombres, no ha permitido que aquel proyecto se realice. Pero yo, que no olvido las muestras de amistad con que siempre me distinguió Pérez Martínez, y que guardo por él luto y tristeza, quise ahora recordarlo y de paso incitar a los amigos que le quedan, que reúnan aquellos ensayos

de *El Nacional* y los publiquen: contienen la huella aún caliente de su paso por la vida, late en ellos un ancho corazón y la fibra de su mano franca y amiga.

19 de febrero de 1961

El General Prim

Apenas acabamos de celebrar el ciento cincuenta aniversario de la Independencia y cincuentenario de la Revolución Mexicana, cuando ya estamos preparándonos a celebrar el siglo de la lucha del pueblo mexicano contra la Intervención y el Imperio. En efecto, ahora cien años, a la mañana siguiente de la victoria republicana de Calpulalpan, la reacción se preparaba a continuar el combate contra el progreso con la ayuda extranjera. México no estaba solo en aquel peligro. Correspondía al tiempo aquel intento de intervención extranjera en la vida de los pueblos. Pero también tenía amigos en todas partes. Algunos de esos amigos, también van a ser recordados en las próximas celebraciones; algunos ya han comenzado a recibir las muestras de gratitud de los pueblos. Quizá a cien años de distancia pueda verse mejor el tamaño de su simpatía y sus móviles. Tal vez algunas de esas figuras crezcan y se afirmen; algunas, acaso, se verán reducidas. ¿Cuál es la verdad acerca de la conducta de Juan Prim? Es el “moderno cid campeador” que dice Justo Sierra, o es más bien un hombre que libró en México una batalla que a contragolpe le servía? ¿Y qué decir de Manuel Nicolás Corpancho, el poeta del Perú, que fue amigo de todos los liberales, que publicó libros en México y que luego expulsado por la reacción apoderada del poder, murió en el incendio del barco que lo llevaba a su tierra?

Juan Prim mereció de los poetas mexicanos los honores del canto. “Fidel” le consagró en las columnas de *La Chimaca* –núm. 1, tomo 1, abril 19 de 1862– unas cuartetas admirativas, llenas de gracejo.

Los mexicanos de hace cien años se manifestaron favorables a Prim. Y la generación siguiente también. Ya vimos en qué términos se expresaba Sierra del famoso político español. Los versos que Guillermo Prieto le dedica traducen a las claras la simpatía liberal y republicana.

*No acentos aduladores
de vendidos trovadores*

*ensalzan hoy tu casaca.
No, que son tus valedores
los que escriben La Chinaca.*

Prim a su vez hizo todo por merecer aquellos aplausos, aquellos acentos de la musa mexicana. Casó con dama de aquí, lo que lleva al poeta a concluir las cuartetas con ésta:

*Llena tu misión ufana
y vuelve, no de visita
sino simple ciudadano
a que te dé aquí Panchita
un retoño mexicano.*

¿Y de Corpancho? Su nombre aparece en las páginas de *La Chinaca* nimbado de gloria y admiración. Inspira alabanzas, se le dedican crónicas y artículos, se le anticipan mármol y bronce para su estatua.

Las fiestas que se avecinan darán ocasión para que los estudiosos de México, España y Perú estudien a estas tierras preclaras y las coloquen en el marco que les corresponde. Ya Emilia Romero, lo ha hecho con Corpancho; con fervor, con dominio histórico. Su trabajo puede ser modelo y guía para esas futuras generaciones.

26 de febrero de 1961

Dámaso Alonso y Tello de Guzmán

Como decíamos ayer, para Dámaso Alonso, “Madrid y México, las dos grandes capitales de lengua castellana, han venido a juntarse –a través de dos vidas humanas– en el presente libro” (*Dos españoles del Siglo de Oro*, Madrid, 1960).

Ya hemos visto, en el primer ensayo de Alonso, las nuevas líneas que el investigador ha trazado para recomponer la figura de Hurtado de Mendoza a la vista moderna. El segundo ensayo trata de individuo particular, don Alonso Tello de Guzmán, “corregidor de la ciudad de Méjico a principios del siglo xvii: ambicioso, externamente social, y como casi todos los que fueron a América,

muy deseoso de lucro. Pero es indudable que junto con estas cualidades, después de todo tan humanas, tenía otras muy relevantes... Tuvo un claro sentido de urbanismo, que se diría a la moderna: la limpieza, la policía, el empedrado de las calles, la traída del agua y el estado de las fuentes, el fausto y la variedad de las fiestas públicas, la calidad de las comedias y el arte de las representaciones; éstas y otras parecidas fueron atenciones que constantemente le ocuparon durante su corregimiento". Su relación con la literatura se asienta en su condición de posible destinatario de la famosa *Epístola moral* del capitán Fernández de Andrade. El Fabio de la *Epístola* viene a ser, pues, según el Manuscrito de la Biblioteca Colombina, nuestro Corregidor don Alonso Tello de Guzmán.

Picado de sana curiosidad, que es aliciente de intrincadas investigaciones, por parte de la alta erudición, Dámaso Alonso se atrevió por estos campos sin senda ni vereda conocidas, a rastrear la vida mexicana de Tello de Guzmán. Pero al mismo tiempo nos da noticias de su propio paso por México y de las dificultades que tuvo que vencer por la consulta de las Actas de Cabildo. Entre el cúmulo de documentos a que pasó vista, hay muchos que interesan a nuestra vida literaria de la Colonia. Entre paréntesis, Alonso hace un llamado a los historiadores mexicanos sobre estas fuentes históricas, que aunque editadas entre 1904 y 1906, lo fueron de mala manera y nunca en su totalidad.

Tello de Guzmán interviene en el "Juicio de residencia secreta contra el licenciado Juan Ruiz de Alarcón, juez del tepachi y sus ministros", ya que nuestro dramaturgo desde 1611 ostentaba esa comisión por encargo del corregidor espinar, antecesor de Tello. Según ella, Alarcón podía "conocer de todas las causas que se ofreciesen contra cualesquier personas que tuviesen trato de hazer y bender pulque y contra los dueños de las casas donde se bendiese". De la información se deduce que nuestro Alarcón salió libre de cargos y que cumplió "sus oficios muy bien y legalmente".

Dámaso Alonso no advierte, sin embargo, al tratar del juicio de residencia de su tocayo don Alonso Tello de Guzmán, que en él interviene el doctor Cibrián Díaz Cruzate, letrado de la ciudad, que fue el encargado del vejamen a Ruiz de Alarcón en el acto de su licenciatura.

5 de marzo de 1961

Áurea Procel

Pronto hará seis años de haber muerto mi amiga Áurea Procel. Mucho tiempo, sin duda, cuando se refiere a un ser querido. Y sin embargo no puedo hacerme a la idea de que Áurea haya muerto; siento como si sólo se tratara de un viaje que ha durado mucho más de lo que quisiéramos. Si a otros no les ha ocurrido, a mí, sí. Con algunos de mis amigos desaparecidos siempre pensé que el día menos pensado, estarían de vuelta; que no había para qué llorarlos ni extrañarlos; tal como si llorarlos fuera la manera más cabal de aceptar su partida sin retorno. Así me ha ocurrido con Áurea Procel, amiga mía de toda la vida, istmeña en quien se reunieron muchas sangres, presentes en su presencia física, en los rasgos de su personalidad humana. Gustaba Áurea proclamar su estirpe india, mostrando su mandíbula un poco saliente, en contradicción con sus ojos verdes, su tez blanca y sus dorados cabellos. En rueda de gentes extrañas, quiero decir, no tehuantepecanas, simulaba hablar la lengua zapoteca, con el apoyo de dos o tres palabras que sabía pronunciar. Pero eso sí, para Áurea no había tierra más hermosa que la de Tehuantepec, ni con mayor historia y leyenda que su ciudad natía. Cuando vestía el traje regional, lo hacía con tal señorío, que ya nadie podía dudar de dónde venía aquella extraordinaria mujer. Los ojos en que remataba su hermosa cabeza, adquirirían el reflejo de la llama que la mantenía erguida y vibrante. Su andar, hechizaba. Áurea no caminaba. Áurea no bailaba. Áurea cumplía un antiguo rito cuando se movía: lo hacía oyendo una música que sólo a algunas mujeres de mi tierra está reservada. Para evitar repetirlo, diré que su andar era a sílabas contadas, que es como decir que caminaba en verso, como Martina Man.

Su enfermedad fue muy larga: una agonía de muchos días, vivida con toda entereza, en lo que también era india. Ni con eso me he hecho a la idea de que ha muerto Áurea Procel. Siempre me pidió que en vez de una oración fúnebre cantara al borde de su tumba unas coplas de “La Llorona”. No pude darle gusto, porque su muerte coincidió con algunos de los días más dolorosos que he vivido en los últimos tiempos. De haberle dado gusto, no dudo que hubiera compartido su tumba, su mortaja y el llanto de nuestros amigos. Ella lo sabe y sin duda que me ha perdonado.

Al recordarla esta mañana, ya no la lloro. Ya acepto que, como en las palabras del modesto Pantaleón Tovar:

*vives circundada de luz en tenue velo
y escuchas arrobada los cánticos del cielo*

Y que allí, algún día he de verla.

12 de marzo de 1961

Editoriales extranjeras

Varias veces nos hemos referido a las actividades editoriales llevadas a cabo por gente hispánica en Londres, Nueva York o Filadelfia. Estas actividades rebasaron lo puramente literario, como que se trataba del fruto intelectual de emigrados políticos españoles y americanos de muy diversas energías creadoras.

Dos obras impresas en el mismo año, una en Nueva York y otra en Filadelfia, llegan a nuestros ojos para testimoniar las apetencias políticas que estos emigrados vieron satisfechas en la naciente república norteamericana. El *Manual de práctica parlamentaria para el uso del senado de los Estados Unidos* de Thomas Jefferson fue traducido del inglés y anotado por el sacerdote cubano Félix Varela, a quien Luis Leal atribuye la paternidad del *Jicoténcal*, impresa en Filadelfia en 1826, y que se considera como la primera novela histórica de asunto americano, escrita en español. El *Manual* fue adicionado en esta edición española con “El Reglamento de cada cámara y el común a ambas” y vio la luz en Nueva York, impreso por Henrique Newton, calle de Chatham, núm. 159, en 1826, como la novela mencionada.

El otro impreso contiene *La vida de Jorge Washington, comandante en jefe de los ejércitos de los Estados Unidos de América, en la guerra que estableció su Independencia; y su primer presidente*, de David Ramsay, que fue traducida al español por Eduardo Barry, e impresa en Filadelfia en la Imprenta de R. Desilver, también en 1826.

Ambas obras, como la propia Constitución de los Estados Unidos de América debieron circular ampliamente entre las manos de nuestros primeros constituyentes y legisladores americanos, hispanoamericanos, por mejor decir. El *Manual*, traducido por Varela, lleva una “Introducción” del traductor, donde explica el oficio de sus notas al texto: “Yo he creído hacer un servicio a los nuevos Estados americanos traduciéndolo al castellano, y

anotándolo en los pasajes en que se hayan en contraposición con mis ideas teóricas, o con los datos que me ha proporcionado una corta, pero azarosa y costosísima práctica.”

Otras declaraciones autobiográficas de Varela figuran también en su Introducción: “Hago con frecuencia alusiones al reglamento de las Cortes de España, a que tuve el honor de pertenecer, mas no por esto se crea que le tengo como perfecto. Muy al contrario, nadie conoce más sus imperfecciones que los diputados, que varias veces experimentamos sus funestas consecuencias.”

19 de marzo de 1961

Erwin K. Mapes

Acaba de morir en Iowa el doctor Erwin K. Mapes, a quien tanto deben las letras hispanoamericanas, las de México desde luego. El deceso ocurrió el 18 de febrero pasado, mientras se reponía de un derrame cerebral que le había sobrevenido unos cuantos meses antes.

Tenía a la sazón setenta y siete años, dedicados en su mayoría al estudio, la cátedra y a la investigación literarios.

Nativo de *Gilman, Illinois*, estudió en distintos lugares de la Unión Americana: *Cornell* y *Harvard*. Finalmente, se doctoró en la Universidad de París. Enseñó asimismo en las principales universidades de su patria: *Western State College*, *Westminster College*, *Cornell* y en la Universidad de *Iowa* donde profesó la cátedra de Literatura hispanoamericana por más de un cuarto de siglo; dirigió cuarenta y nueve tesis, todas sobre el tema de su especialidad. Sus principales trabajos se refieren a dos de nuestros más grandes escritores: Manuel Gutiérrez Nájera y Rubén Darío. De ambos nos dejó estudios y recopilaciones de escritos desconocidos, con razón considerados esenciales. Sobre Darío escribió su tesis doctoral en la Sorbona: *L'influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío*, París, 1925 (*Honoré Champion*, ed., Col. de la *Revue de Littérature Comparée*). Después coleccionó gran copia de escritos inéditos del poeta de Nicaragua, dispersos en los periódicos de Buenos Aires, que dio a las prensas en 1938. Convencido de que muchos procedimientos y modalidades que se daban en el periodo modernista como originales y privativos de Darío eran en realidad de la época inmediatamente anterior y de Gutiérrez Nájera en

particular, se dedicó, casi exclusivamente, a la investigación de ese capítulo de nuestra historia literaria. Así, en unos veinticinco años de investigación, juntó la obra periodística del mexicano, elaboró su bibliografía y estudió previamente sus seudónimos, influencias y otras circunstancias de su obra.

Han aparecido en México los frutos de tanta inteligencia y acuciosidad. El Fondo de Cultura Económica publicó en 1959 los *Cuentos Completos y otras narraciones* del “Duque Job”, con prólogo de don Francisco González Guerrero. Poco después la Universidad Nacional editó la *Crítica literaria* (vol. 1, “Ideas y Temas Literarios” y Literatura Mexicana). El Centro de Estudios Literarios patrocinador de esta nueva edición de las *Obras* de Gutiérrez Nájera, contó, desde un principio, con la colaboración del doctor Mapes. En su último viaje a México, 1958, puso a disposición del centro sus colecciones de microfilms que tenía depositada en la Universidad de *Iowa*. La Universidad Nacional pagaba las copias mecanográficas que una empleada estaba encargada de hacer. De esta manera, aún después de su muerte, el doctor Mapes nos seguirá brindando su desinteresada y eficiente colaboración.

Pocas veces es tan justificado decir que México pierde a un gran amigo y las letras hispanoamericanas un lúcido cultor.

26 de marzo de 1961

El ladino

Aunque lo traten de desconocer los “antirracistas” a ultranza, el mundo iberoamericano, en buena parte, está aún dividido en dos sectores: el indio y el ladino. Lejos de mí la idea de dividir a los hombres por el color de la piel o por sus pretendidas diferencias culturales; la historia nos prueba que todos los hombres, de todas partes, tienen las mismas capacidades de grandeza y la misma capacidad de mentira. No prueban superioridad de los blancos, por cierto, los españoles de las Hurdas, los linchadores de negros, los que asesinaron a seis millones de judíos; nadie podría regatear, en cambio, el profundo pensamiento filosófico de los hindúes, el arte y la poesía chinos, las plásticas egipcia o las realizaciones arquitectónicas y pictóricas de mayas y toltecas. Julien Huxley, Paul Rivet y muchos otros biólogos, antropólogos y sociólogos eminentes, se han encargado de demostrar en los laboratorios y con vista a

las realizaciones supremas de las distintas culturas que el género humano no puede subdividirse en especies sino que es un conjunto de pueblos que viven y mueren de acuerdo con influencias del medio y con el proceso de tradiciones que ellos mismos van formando.

Pero el hecho es que en Iberoamérica todavía se habla de indios y de ladinos como de dos mundos separados. Lo primero que ocurre preguntar es el significado de la palabra ladino. Hoy se la adjudica el grupo blanco o mestizo en tono de supremacía. ¿Cuál es el origen de esa palabra de dominio, de esa carta de naturaleza dentro de un grupo segregado del otro, con el que convive?

Encontramos desde principios del siglo XVI, en cronistas y frailes catequizadores, expresiones referentes a la “latinización” de los vencidos. Indio latinizado era el que aprendía latín y con él, empezaba a incorporarse al sistema de vida de los conquistadores por la vía de la fe católica y del complejo de las costumbres. En un principio “latino” fue el indio a quien se estimulaba como aculturado. El español modificó la palabra, quién sabe por qué evolución de su oculto pensamiento, y la convirtió en “ladino”; con ello quería significar, sin duda, amañado, astuto, en apariencia sometido al nuevo orden, pero en realidad, solapadamente, leal a las viejas instituciones religiosas, culturales y sociales del suelo nativo.

Andando el tiempo, la semántica juega una vengativa estratagema contra aquellos que quisieron mantener la palabra “ladino” como título de descastados y dóciles. Ya a mediados del siglo XVII, muchos documentos de la iglesia y del imperio hablan de la división de los americanos en indios y ladinos, aunque insistiendo cuidadosamente en matizar las castas, llamándolas cambujo, saltapatrás, zambo.

En nuestros días, el indio sabe que es indio y lo dice, y al del otro grupo lo llama ladino. En los países donde ambos grupos étnicos son numerosos, como México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, el blanco, el mestizo, se autollama ladino.

El indio no ignora lo que quiere decir esta palabra. Quizá la use automáticamente para designar a los que no son iguales a él, lo mismo que podría llamar chinos a los chinos o franceses a los franceses; pero ahora ya sabe suficiente castellano para pesar, si lo medita, todo el alcance del término.

He aquí uno de los más curiosos andares de la historia. Un término concebido para distinguir a cierto grupo indio, vuela en el aire y retorna como un *boomerang* para caer sobre quienes lo lanzaron.

Ojalá que no fuesen necesarias estas disquisiciones, que la convivencia se intensificara hasta convertirse en tolerancia y armonía y humildad y orgullo de ser simplemente hombre. Porque si hasta hoy no lo ha sido, ya nunca más serán títulos de superioridad el color de nuestra piel y la discutible posesión de una historia propia.

2 de abril de 1961

José Luis Martínez, historiador de nuestras letras

José Luis Martínez me platicó en una ocasión que tenía el propósito de reunir en un volumen, con sus convenientes prólogos, notas, apéndices y bibliografías, todos los panoramas de nuestras letras publicados en los últimos veinticinco años. Ninguno mejor armado que él para intentar esa tarea. Estudioso inteligente de nuestras letras, conocedor de doctrinas estéticas y literarias, fino y sensible, sabría aprovechar la oportunidad para proporcionar a México un capítulo de su historia literaria. Más todavía. Una serie de trabajos que acerca de la cuestión lleva escritos hasta ahora, autorizan a señalarlo como el indicado para el ordenamiento de un libro que contuviera aquellos panoramas anuales, que desde ahora podríamos calificar de magnífico.

Esa índole de panoramas, o revistas, eran habituales en el siglo pasado. Es famoso el que escribió Pedro Santacilia, al triunfo de la República juarista. Lo es también el que trazó Juan de Dios Peza unos años más tarde. Luego fueron cayendo un poco en el olvido, o por lo menos dejaron de ser preocupación de periódicos y editores para convertirse en tareas de tipo personal, necesidad que algunos tuvieron de reseñar sus lecturas de un año. Queda fuera de esta lista uno muy brioso, muy certero que Jaime Torres Bodet publicó en *Contemporáneos*, hace treinta años. Porque tenía otro carácter de interpretación y exégesis. Y los que yo aludo son revistas, enumeración con breves juicios, de la bibliografía anual de México. No entran en esta nómina tampoco los *Anuarios* que publicó Felipe Teixidor, allá en los treinta. Modelo de los panoramas o revistas que menciono es el que publicamos en *El libro y el pueblo* en 1933, y los que en los últimos años han aparecido en algunos de los suplementos literarios de periódicos y revistas mexicanos. En *El Nacional*, desde luego. En *Las Letras Patrias*, órgano que fue del Departamento de Literatura del INBA,

Alí Chumacero, Salvador Reyes Nevares, María Elvira Bermúdez han firmado algunos de esos resúmenes.

Pese a su carácter enumerativo, los que han escrito esos cuadros no han podido evitar los juicios y las opiniones acerca de obras y autores, así como consignar sus gustos y sus repulsas, sus simpatías y diferencias, con lo que aquellos vienen a ser un material de primera mano para intentar alguna vez una verdadera historia de la literatura mexicana.

José Luis Martínez está llamado a cubrir una parte de esta labor de los mexicanos que no se conforman con la crítica heredada sobre las letras patrias. Nadie le tomará a querella que retoque los juicios de Marcelino Menéndez y Pelayo, Joaquín García Icazbalceta, José María Vigil, Luis G. Urbina, por ejemplo. A nadie sorprenderá que reduzca los entusiasmos partidistas de los *Contemporáneos*. Con esa medida que no es común en los jóvenes, Martínez podría ordenar los panoramas anuales de la literatura mexicana de los últimos tiempos. Sería una empresa que todos aplaudirían. Y que nosotros desde ahora calificamos de magnífica y de la mayor utilidad para el mejor conocimiento de nuestro desarrollo literario. Sus obligaciones de Embajador no lo alejan de esta obra. Por el contrario, lo acercan, al darle perspectivas de espacio y oportunidad de mantener unido a México a través de las letras.

9 de abril de 1961

A pesar de todo...

Volvamos al veleidoso, al ingrato, al inconstante José Zorrilla. Y digamos en primer término que nunca olvidó del todo a México y que no siempre lo que escribió después del desastre de Querétaro fue como el *Drama del alma*. En las postrimerías de su existencia, en el ocaso de su poesía, cuando agoniza, cargado de deudas y de quejas, acuden a su memoria las cosas de México. Es ahora una alusión a los terremotos, a los que se acostumbró durante los once años de estancia en esta tierra; otra vez el mexicanismo achicopalado con que califica enteramente su estado de ánimo; y a los años en 7 que les son fatales: “En 67 fusilaron a Maximiliano, en 57 murió Cipriano de las Cajigas” afirma en sus cartas. En el propio *Drama del alma* alternan los más rencorosos senti-

mientos con las más tiernas afecciones; andan revueltas las flores y las espinas, se suceden las diatribas y los elogios, sin que se muestren en conflicto. Quizá Zorrilla no olvidó que ante un círculo de mexicanos juró amar a México y pidió al cielo que nunca llegara el día en que nuestra patria se arrepintiera de haberlo tomado como hijo, el día de su llegada.

Apenas once años de la muerte de Maximiliano ofreció en el Ateneo Científico y Literario de Madrid, unas lecturas que luego se reunieron en un volumen que lleva por título, *Lecturas públicas*, Madrid, Librería de V. Suárez, 1877. Allí se encuentran dos poesías de inspiración mexicana (véase *Alacena* anterior), que se titulan, “Cabalgata mejicana” y “Jarabe Mejicano”. Es como si se pusiera en verso algunos lugares de México y los mexicanos, la carta a Ángel Saavedra. Los mismos elogios a la mujer mexicana, a su breve pie, a su gracia, donaire y sandunga; la referencia a los jinetes mexicanos, que ya desde el siglo de la conquista, tocó a escritores y viajeros; la abundancia intencionada de diminutivos que tanto le atrajeron del hablar mexicano, aunque protestara contra sus libertades gramaticales, pues lo que tenía de agravio a una lengua que nos habían regalado y que por tanto debíamos respetar. Alguna vez recuerda y aprovecha un lugar de “El Jarabe”, son veracruzano: “y que tal virtud encierra/ que los muertos resucita... Los rebozos, los chales, el color apiñonado de las mujeres, todo le encanta y le seduce. Una cabalgata mexicana, cuando sale al campo después de llover, ruidosa, alegre, brillante, semeja un torbellino de oro, pedrería, seda, encaje, gasas. Y en esto, montar a caballo, no tienen rivales los mexicanos. Y en estas ocasiones donde el que no sabe montar padece el tormento de Tántalo: “ver agua y de sed, quemarse”.

Pobre Zorrilla. Hace cien años estaba aquí gozando de la cortesía mexicana, en las haciendas de Goicoechea, de Adalid, de Tort, de Gómez de la Cortina. Todavía cruzaba palabra con algunos liberales, sus amigos de la primera hora, y sus discípulos de otro tiempo. Algunos de sus protectores se habían muerto: Cipriano de las Cajigas, por ejemplo. Como si se viera venir la gran tragedia nacional, había intentado huir a Cuba, pero un hado implacable lo devuelve a México. Y falto de energía, aquí se queda hasta la víspera de la derrota imperialista.

Pero no olvidó del todo a México. Ni siempre le fue adverso. Esta tierra lo había embrujado. Y le había tomado, como en el poema de José María Roa Bárcena, súbita querencia.

Zorrilla, desventurado

Abandonado, desilusionado, triste y pobre José Zorrilla recurrió en 1871 al gobierno de su patria en demanda de auxilio. Decía el veleidoso y asaz inconstante poeta que habiendo escrito sus obras en época anterior a la promulgación de la ley de propiedad literaria: habiendo vendido la de las suyas a perpetuidad, y no reclamando en tiempo oportuno por hallarse ausente de Europa, a donde creía que Dios no lo dejaría volver, eran sus editores y no él los que gozaban legalmente las rentas de su *Don Juan Tenorio* y de sus demás obras dramáticas y líricas; pero que habiendo éstas sus obras adquirido en su ausencia una reputación y estima, si no absolutamente inmerecidas, mayores de lo que en su concepto valían, puesto que todas habían sido escritas para atender a su subsistencia sin suficiente reflexión ni tiempo, se creía en el deber y con facultades aún de producir alguna nueva que justificando tal vez su fácilmente adquirida celebridad, correspondiente al favor y la popularidad que le había acordado su patria. Buscaba para ello la protección del gobierno, dado que la obra redundaría en mayor gloria y honra de España. Se trataba de un Legendario histórico y tradiciones español, desde don Rodrigo a la conquista de Granada, que mejorara y ampliara el antiguo *Romancero*. Es claro que Zorrilla no se proponía, él solo, llevar a cabo una obra tan vasta, que tenía las proporciones de una epopeya nacional; sino de iniciarla con una leyenda del Cid que tenía ya comenzada, y con la refundición de su poema de Granada, sobre la cual pondría después la pluma.

Pero, privado como estaba de la renta de sus numerosos escritos y habiendo tenido que enajenar sus bienes paternos para satisfacer las deudas de su casa, y perdido, en fin, la protección de un monarca extranjero, cuya existencia acababa de tener un trágico fin, pedía al gobierno una ayuda pecuniaria, anual y suficiente, que le permitiera desde luego iniciar el legendario, sin tener que enajenar su propiedad absoluta a los editores.

El gobierno español estimó justa la demanda de Zorrilla, pero no hubo un solo antecedente que la justificara: nunca antes se había pensionado temporal ni vitaliciamente a ningún poeta en España. Zorrilla alegó que tampoco antes de él otro poeta hubiera producido tantos miles de versos, dedicados a cantar las glorias, las creencias y las tradiciones patrias, empobreciéndolo a él al enriquecer a sus editores. Más todavía: se había pensionado a pintores, escultores y arquitectos para que produjeran, y él ya había producido y quería seguir

produciendo obras ya no tan malas, sino de mayor valía, mientras le durara la inteligencia y la vida. El alegato le valió no una pensión, pero sí una comisión limitada que le permitiera visitar bibliotecas y archivos españoles de Italia, tierra en que se habían lucido grandes españoles; el Infante don Enrique el Senadir, los Borjas, el Gran Capitán y otros ciento. Pero –el pero inseparable de la vida de Zorrilla– sobrevino la guerra civil y el sueldo de Zorrilla fue reducido. A esa altura ya había concluido *El Cid*, pero no encontraba editor responsable. Cánovas del Castillo acordó prolongarle la comisión por un año, sin prórroga posible. *El Cid* no aparecía y crecía la sospecha de que Zorrilla no hubiera trabajado. Sus amigos tuvieron entonces una ocurrencia salvadora: que el poeta leyera su obra en el Ateneo de Madrid donde, en efecto, la leyó durante varios miércoles, en el año de 1877.

En aquellas Lecturas Públicas, Zorrilla dio a conocer dos poemas de inspiración mexicana, mexicanísima: “Cabalgata mejicana” y “Jarabe mexicano”, muy poco conocidas del lector mexicano no especializado. Y sobre los cuales vamos a volver en una próxima *Alacena*.

23 de abril de 1961

Aprendizaje de una lengua

Hablar es el gran problema del hombre; tan grave que a diferencia de los demás seres vivos que heredan las experiencias de su especie, el hombre no aprendería a hablar si no se le enseñara. A medida que la inteligencia, la curiosidad y la experiencia vital se enriquecen, hablar resulta todavía más difícil. La comodidad de la lengua básica que servía para nombrar el pequeño mundo circundante, desaparece; innumerables presencias, formas, actos y matices, son perpetua incitación y casi no existen mientras no podemos nombrarlos. Surge una nueva dificultad: el idioma es misterioso y reclama disciplinas y obligaciones, y a medida que mejor se le conoce más temerosamente se le usa.

Hay varios caminos para aprender la lengua: el trato con los semejantes, la atención a los sabios maestros, la lectura; todas, formas de relación, contacto con los hombres, porque el idioma ya existe y lo único que hay que hacer es incorporarlo en uno mismo. Lo más expedito sería que cada quien inventase las palabras que ha menester para nombrar lo que ve, adivina o siente; mas por

este camino no se llega sino a la torre de marfil, a la ínsula de soledad, a las altas tradiciones de intercambio de ideas, que constituyen la mejor prueba de su superioridad.

Cualquiera diría que la panacea para aprender un idioma es el diccionario. No hay tal cosa. Uno de los diccionarios más pequeños y populares, el *Larousse*, tiene más de mil quinientas páginas y, al igual que todos los demás diccionarios, únicamente sirve para hallar la palabra que ya se encontró. Es decir, que sólo nos ayuda a ver el significado de un vocablo que desconocemos dentro de un texto hablado o escrito.

Bien. Pero, ¿cómo se dice eso, precisamente eso que queremos decir? ¿En qué palabra cabe ese estado de ánimo, esa sensación, ese calificativo, ese acto que existe, puesto que lo vemos en la imaginación? Basta hacer una prueba: mirar en torno, cuidadosamente, y sumar las incontables cosas que no podemos nombrar. Qué angustia, qué vértigo produce ese aislamiento de la realidad; es la misma sensación que asomarse a un abismo, contemplar el firmamento o volar de la pequeñez frente a la inmensidad, de la impotencia frente al ansia de dominación y de superioridad.

Es ahí donde el diccionario para nada sirve. Y en nuestras manos, resulta como el abismo, el firmamento o los océanos; llenos de todo lo que no sabemos, superior a nuestra pequeñez, más cabalístico que los laberintos.

Existen, desde luego, los diccionarios de ideas afines –por cierto, el mejor que se ha hecho es el *Thesaurus* de Rogeto para la lengua inglesa– pero de poco sirven para quien no ignora una sino millares de palabras, y para quien usa el idioma profesionalmente, con automatismo, urgido por la necesidad de explicarse ante los alumnos, lectores o los públicos.

Los sabios deberían pensar en este problema, aunque no fuera más que por los conflictos que resultan entre los hombres –ya no digamos entre los pueblos– por no hablar en palabras precisas, o por dar a las palabras distintas connotaciones. La paz sería más factible si se allanara este terreno de incomprensión básica. Y de paso, los pobres mortales contaríamos con un medio de saber cómo nombrar las cosas, cómo se bautiza el mundo que nos rodea y el que llevamos adentro.

30 de abril de 1961

Fiesta de Corpus

Al día siguiente de culminar la Conquista, se celebró en Tenochtitlan, que iba a ser capital de la nación mexicana, la primera fiesta de Corpus. Los historiadores no cuentan cuándo empezó a incorporar el indio su magia en la festividad cristiana, una de las más eminentes del calendario; más seguro, uno o dos años después, la fiesta no era española ni india, sino mestiza, es decir, occidental por fuera y americana por dentro.

Los *pochtecas* iban a comprar a Oaxaca, a Michoacán, Guerrero, Morelos, atravesando sierras y barrancos, y hacían su *tianguis* frente a Catedral. Toda la opulencia de la fauna, la flora y el arte popular estaban representados ahí. Entre cohetería caracoleo de hermosos caballos, trajes de día de fiesta y repique de campanas, una vistosa procesión salía de la Catedral, enfilaba por la calle de Tacuba, recorría algunas manzanas del centro de la ciudad, pasaba frente al Palacio y volvía a su templo. Sí, entonces todo se vendía, todo se compraba, y la plata corría en figones y puestos de comida.

Leyes que duraron casi todo el siglo xvi prohibían a los indios cabalgar y vestir como españoles; “hombres de a pie” se les llamaba entre otras cosas. Luego se suavizaron los reglamentos y los comerciantes nativos pudieron tener burros y caballos. El burro es el verdadero liberador del indio, dijo en un desahogo, José Vasconcelos. Y lo mismo pudo decirlo de la mula y el caballo. Lógico es, pues, que el indio sintiera por las bestias de montar un tierno agradecimiento, y que el mestizo, tan hábil para incorporar su genio creador a las costumbres, a los ritos y a las artes españolas, aprovechara una gran fiesta religiosa para poner su gota de humor, de colorido y de realidad.

Así se explica la presencia de las famosas mulitas de hojas de *totomoxtle*, tule y delicados palitos que caracterizan las ventas callejeras del jueves de Corpus. No son precisamente cabalgaduras gallardas con cabezales historiados y jaeces de plata, sino humildes figuras de acémilas, compañeras del camino, cargadoras de las mercancías que otrora el indio llevaba a cuestras. Tienen algo de armadillo, de conejo, de venado, de coyote, de esos animales originarios de estas tierras. Tienen, pues, el sello indio junto al español; son profundamente mexicanas. No cuestan nada; o mejor dicho, lo que se paga por ellas no compensa el trabajo del artesano, su arte delicado. Porque las mulitas se hacen simplemente como necesidad del corazón; lo

mismo que se asiste al mercado de Corpus, para regatear e informarse de las cosas de allá dentro, para refunfuñar contra las cortapisas de la libertad o para chismear.

Ya a esta hora no se sabe qué es español y qué es indio en la fiesta de Corpus. Pero, ¿por ventura se sabe esto de la mayor parte de las formas, expresiones y emociones del pueblo mexicano? De la vieja Tenochtitlan apenas quedan rastros; una ciudad y sus canales. El comerciante transita en rápidos vehículos por tapices de asfalto, por vías de acero, por aviones. Sin embargo, el *tianguis* del Día de Corpus sigue reuniendo a trashumantes, a pequeños mercaderes, a los indios y mestizos en los que hoy se ha fundido la nación. Aún se baila danza de Los Santiagos, sin duda, la más enérgica y vistosa de la República; danza donde también figura el caballo de madera y de cartón que hace cabriolas ilusorias incitado por su jinete. La fiesta conserva su antiguo esplendor y su pureza.

Tanto como una fecha patria llega el *tianguis* de Corpus al corazón de los mexicanos, por mestizo, por auténtico y porque lo apoyan cuatro siglos de ininterrumpida tradición.

7 de mayo de 1961

Amistad Zorrilla-Valle Inclán

¿Fue, como dice, Valle Inclán, amigo íntimo de José Zorrilla? William L. Fichter, en el “Estudio Preliminar” a *Publicaciones periodísticas* de don Ramón María del Valle Inclán anteriores a 1895, lo pone en duda una y otra vez. ¿Por qué? No por otra cosa, sino por aquella inclinación de Valle Inclán de retocar, de trastocar la realidad, “de inventarse experiencias imaginarias”. A don Ramón, lo sabe muy bien el lector moderno, le placía la mentira, la invención, tanto como le desplacía lo que podría llamarse la verdad formal, la verdad verdadera.

En los artículos periodísticos que Fichter recogió, escritos y publicados en Madrid, y luego reproducidos en la prensa mexicana a principios de 1892, hay uno, el que lleva por título “En el tranvía” que se inspira en el encuentro de los dos escritores españoles a bordo de un tren eléctrico. El artículo apareció en *El Globo*, Madrid, febrero de 1892, y se reprodujo en *El Correo Español*,

México, abril de ese mismo año. El poeta le habló entre otras cosas, de sus recuerdos del tiempo viejo y de las *Memorias* póstumas, que serían su complemento, ya a punto de publicarse. Zorrilla, que no muere hasta el año siguiente de 93, por muy retraído que viviera, y no vivía retraído, debió leer el artículo, pero que se sepa no desmintió a su supuesto amigo Valle-Inclán.

Alguna imantación ejerció sin duda Zorrilla sobre el autor de *El ruedo ibérico*, porque en el grupo de artículos que se reprodujeron en México, en varias ocasiones habla de él, siempre con elogio, con aquella admiración que Zorrilla despertó en los hombres de su tiempo, pese a que ya por aquellos tiempos su fama declinaba. Su espíritu aventurero, gemelo del de Valle-Inclán, su facundia poética que lo emparenta vagamente con Lope de Vega y que lo lleva a escribir en veinticuatro horas *El puñal del godo*, su vida genial, evidente en el *Don Juan Tenorio*, es algo que repercute en el gallego genial. En otra ocasión, Zorrilla cuenta a su joven amigo cómo escribió el *Tenorio*. Se diría que el artículo fue escrito antes que los recuerdos se publicaran, que Zorrilla repitiera de memoria algún lugar del libro y que Valle lo conservara fielmente en la memoria. No hay tal. La pieza se escribió, según Fichter, teniendo a la vista uno de los capítulos del libro, del que reproduce textualmente el pasaje, sin el menor miramiento y recato, tal como si ninguno pudiera descubrir el plagio.

“El conspirador de las melenas”, otro de los tempranos trabajos de Valle Inclán, se basa en un suceso en que Zorrilla es el personaje. Su solo título ya lo está sugiriendo. De “histórico” subtitula el autor este artículo-cuento como para indicar que debía el tema al propio Zorrilla.

Pero, ¿por qué no podrían ser amigos José Zorrilla y Ramón María del Valle Inclán? Cincuenta y dos años tenía el uno cuando el otro nació. Veintitrés tenía don Ramón cuando murió don José. ¿Es imposible que un joven de veinte años conozca a un viejo de tan famoso, tan lleno de leyendas como era el autor de *La flor de los recuerdos*? No encuentro imposible que Valle-Inclán se acercara a Zorrilla, así fuera sólo para oírlo. ¿Por qué descartar la posibilidad de que Valle-Inclán concurriera, en 1885, a su Recepción de Académico de la Real Española de la Lengua, o al acto de coronación, en 1889, en los Alcázares de la Alhambra? ¿No estuvo en Granada toda España, como dicen las crónicas?

No sólo creo todo eso, sino que Zorrilla, en cierto modo, inspira el primer viaje de Valle-Inclán a América. Algunos lugares de sus libros, parecen recor-

dar la figura de Zorrilla. Eso que quiere olvidar unos amores desgraciados y para ello se embarca para México, ¿no es un poco él mismo?

Si tal era la atracción que el uno ejercía sobre el otro, nada extraño sería que buscara su amistad. El carácter de Valle-Inclán, ya manifiesto desde su juventud, autoriza a creerlo.

14 de mayo de 1961

Falsas opiniones sobre escritores

No hemos sido justos con algunos de nuestros escritores. Preocupados por las cimas, hemos apartado los ojos de las colinas y los alcores que el sol baña a menudo con su mejor luz. Por ver el cielo, apartamos los ojos de la tierra. Recordamos a los artistas y olvidamos a los hombres. La buena gramática, los primores de estilo privan sobre toda otra consideración, cuando se juzga a un autor. Y la decisión de escribir un libro, en medio de las circunstancias más adversas, ¿dónde se queda? Por fortuna, ¿es ajena a la profesión literaria escribir por la sola consideración de dar forma a los sentimientos y pensamientos? ¿Qué en nada cuenta escribir un libro, a sabiendas de que el crítico sólo va a encontrar faltas a la gramática, erratas de imprenta, descuidos de estilo? Porque el mármol tenga lunares, ¿no puede ser hermosa la escultura y la estatua? Todavía más. ¿Qué las obras frustradas no concurren a que alguno las escriba alguna vez perfectas?

Pienso todo esto al recordar la manera con que algunos historiadores de nuestras letras tratan a muchos escritores del pasado y del presente. Esas tonterías, y peor que todo falsedades, que se siguen diciendo de José Joaquín Fernández de Lizardi, de Florencio M. del Castillo, de Guillermo Prieto, ¿no van a ser nunca superadas? ¿Es fatal que todo aquel que escriba sobre nuestra literatura siga repitiendo lo que algún crítico, por razón de gusto personal, o por fobias de partido, dijo de algunos de los autores mexicanos? ¿Nunca vendrá uno que rebata las opiniones de Joaquín García Icazbalceta, de Marcelino Menéndez y Pelayo, de Francisco Pimentel, de Carlos González Peña?

No se trata, tampoco, que por razón de amistad, o por entusiasmos de partido o patrióticos, declaremos modelos y ejemplos a autores bien modestos, aunque es más constructiva una exaltación extrema que una negación irreflexi-

va. No. Se trata de que volvamos a las obras, de que penetremos su estructura, las circunstancias en que fueron concebidas y realizadas, apartándonos de lo ya dicho y escrito. ¿Por qué ha de seguir siendo ignorante, ramplón, pedestre Guillermo Prieto, si en verdad no lo es, y fue sólo la enemistad de José Zorrilla la que dictó esos dicerios? Florencio M. del Castillo, a quien Ignacio Manuel Altamirano proclamó en un minuto de entusiasmo la única posibilidad de gran novelista de su tiempo, ¿ha de ser en pluma del otro, insufriblemente romántico, cursi, digno del más negro desdén? ¿Y Manuel Payno, chocarrero, de mal gusto, sin miga literaria? Y, porque lo dijo García Icazbalceta, dejar en olvido a Antonio de Saavedra Guzmán y a su *Peregrino indiano*? Y, por contrapartida, ¿poner por las nubes a otros que no quiero nombrar, siendo que no son ni mejores ni peores que los así denigrados?

En nada se menoscaba la gloria y la buena fama de los maestros por que alguno se atreva a retocar sus juicios y opiniones. En España ya se ha hecho con Pelayo, por sus discípulos primero y por ahora por la generación presente. Lo mismo debiera hacerse aquí, con Pelayo y los que pudieran considerarse réplicas suyas. Sería muy agradable al conocimiento de las letras mexicanas, ya viejas de cuatro siglos, ya ilustres con tantos nombres, pese a que algunos todavía estén en discusión.

He pensado y recordado todo esto ahora que acabo de leer la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert.

21 de mayo de 1961

¿Para qué leemos?

Una convalecencia me ha retenido en casa por varios días, que yo he aprovechado para quedarme solo con mis libros, contemplándolos en conjunto, tratarlos de cerca, abriéndolos, y hasta pudiera decirse que acariciarlos. ¡Están tan unidas nuestras vidas! Cada uno de ellos tiene una historia inseparable de la mía, que yo me sé de memoria, que puedo reconstruir a mi antojo; a veces para mi ventura, a veces para mi desdicha. Éste llegó a mi casa en un día aciago y aquel en una hora de dicha. Pero ya los quiero por igual: cada uno hizo lo suyo; el que no me ayudó a olvidar, me ayudó a recordar. Porque, ¿para qué, si no para eso, para olvidar y recordar, leemos?

Volví también a algunas de mis viejas lecturas españolas, que la inminencia de un viaje a España propició. Al mismo tiempo, releí a Miguel de Unamuno, a Pío Baroja, a Gabriel Miró. Porque quien no lee ya para instruirse, o por lo menos por esa razón especial, sino para distraerse, para recordar, para olvidar, o para buscar en la lectura sugerencias, larvas de ideas personales, puede leer simultáneamente a varios autores. Así ocurrió en esta ocasión. *Contra esto y aquello*, *Juventud*, *egolatría* y *Nuestro padre San Daniel*, es decir, tres libros tan disímbolos se acomodaban muy bien a mi estado de ánimo, a esta tristeza alegre que es la convalecencia. Unamuno, Baroja, Miró... ¿Puede haber autores más distintos, a pesar de ser españoles los tres? Unamuno, barbotante, lleno de ideas originales, o ajenas, pero revestidas de novedad, como vueltas a nacer; Baroja, tan atravesado, tan mal estilista y sin embargo, tan soberano escritor; Miró, tan pulcro, tan trabajado, tan mera hojarasca retórica a veces, pero al que podemos volver siempre con provecho. En los tres encontré lo que sólo busco ahora en las lecturas: olvidar, recordar, sugerencias personales. Los dos primeros, hablan de América: con amor y comprensión. Unamuno, amargo; desdeñoso, Baroja. Justamente en *Juventud*, *egolatría*, es en donde tan mal y agriamente se expresa de América y de los americanos. América es por excelencia el Continente estúpido, dice. El americano no ha pasado de ser un mono que imita, remacha. Y por ese tenor, otros extremos. Ni Domingo F. Sarmiento se salva: *Facundo* es un libro vulgar, pesado, sin interés. De América, sólo oleadas de chabacanería, vulgaridad y esnobismo llegaba a España. En cambio, Unamuno qué pronto estuvo siempre a encontrar en los escritores americanos algo que aplaudir, que resaltar, que poner como ejemplo. Hasta cuando discrepa –discrepar era una condición de Unamuno– lo hacía sin enemiga. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el colombiano José Asunción Silva, el boliviano Alcides Arguedas, encuentran en don Miguel un receptor inteligente. ¿Y Miró? No recuerdo que alguna vez nos haya aludido. No diré que se me cayó de las manos, pero sí que estuvo a punto. Culpa mía, que no de él, tan gran escritor siempre.

Pero era sólo esto lo que yo quería contarte, lector. Lo otro que yo quería contar es que salí con tristeza de la biblioteca, al pensar qué va a ser de estos libros cuando yo me vaya –prefiero decirlo así: “cuando yo me vaya”. ¿Va a correr el riesgo que otras bibliotecas formadas con tanto esfuerzo por mexicanos de mi tiempo y del pasado? Mis deudos, ¿la recibirán como una herencia, como un bien, como una fuente de recuerdos, o bien será

un motivo de sufrimiento conservarlos y defenderlos por algún tiempo? Pudiera ocurrir, como suele, que estos libros se vendieran en conjunto a alguna institución del país o del extranjero; pero también que la biblioteca se dispersara en pequeños lotes, como para que el dolor se repartiera en pequeñas mutilaciones.

He pensado en esta breve convalecencia reunirlos en un sitio especialmente construido con miras de dejarlos a México, cuando llegue el día... Mientras tanto, desde mi mesa de trabajo los miro con algo de nostalgia, con un poco de lejanía, agradecido de lo que hicieron por mí, para que la realidad no me matara.

28 de mayo de 1961

Los niños pintados por ellos mismos

En el año de 1841 fue publicado por Roix, en Madrid, la preciosidad de libro: *Los niños pintados por ellos mismos*. Obra arreglada al español por don Manuel Benito Aguirre, vice-director de la Academia de Instrucción Primaria. Los artículos sobre diversos oficios, aparecen como escritos por otros niños, cada uno ilustrado por una hermosa lámina representando al protagonista. El libro contiene veinticuatro artículos con su correspondiente ilustración. Las lecciones no se limitan al desarrollo de un tema, sino que contienen otras enseñanzas, están encaminadas a hacer buenos ciudadanos, que vivan dentro de los límites de la más sana moral, temerosos de los dioses, obedientes a las leyes que rigen la sociedad.

Sólo dos años después, en 1843, la obra fue publicada en México por Vicente García Torres, con leves variantes, en edición tan hermosa como la original madrileña. Los artículos fueron reducidos a veinte, pero se reprodujo el prólogo del editor español, sin contar la advertencia del mexicano. Las piezas retiradas fueron “El monaguillo”, “El galleguito”, “El repetidor” y “El tamborcito”, quizá porque se inspiraran en asuntos un tanto ajenos a México, pues como se verá, García Torres quiso acomodar el librito a la mentalidad infantil mexicana. Desde luego advertí —dice— que era indispensable disminuir un poco su volumen para poder hacer más general su adquisición, así como también evitar algunos provincialismos, frases y palabras que harían poco in-

teligibles algunos pasajes a la generalidad de nuestros niños. “Refundida así, y hasta cierto punto nacionalizada la obrita...” Vicente García Torres la publicó en una, como ya se dijo, deliciosa edición, adornada ya no sólo con las láminas originales sino con orlas y viñetas que nunca se repiten, con lo cual puede decirse que se trata de obra distinta. El texto se distribuye en dos columnas y la paginación no está en paréntesis como en la edición de Roix, sino ceñida por una curiosa composición tipográfica.

Los niños pintados por ellos mismos, México, Imprenta del Editor, Calle del Espíritu Santo núm. 2, 1843, ya era obra escasa hace un cuarto de siglo. Ahora puede reputarse una de las piezas de la bibliografía mexicana más peregrinas. De la edición madrileña puede decirse otro tanto, sobre todo a partir de la guerra de 1936, en que tantos tesoros de España fueron destruidos.

Yo tengo por verdadera fortuna tener entre mis libros estas dos joyas de la literatura mexicana y española.

4 de junio de 1961

Diez años de *Alacenas*

Ahora diez años –el 17 de junio de 1951– comenzó a publicarse esta *Alacena de minucias*. Su título y su intención recordaban deliberadamente a José Joaquín Fernández de Lizardi. El día de su aparición a otros autores nacionales de parecidas gloria y fama: Ángel de Campo, Enrique Chávarri, otro clásico olvidado. *Semanas alegres*, improvisaciones dedicadas a los lectores de *El Imparcial* por “Micrós”; *Charlas dominicales*, por “Juvenal”.

La primera *Alacena* estaba dedicada a Lizardi justamente. Porque “El Pensador Mexicano”, mejor que ninguno otro, resumía sus propósitos, sus maneras, su estilo. De paso, nos poníamos bajo su sombra: él que fue negado, y sigue siéndolo, por muchos que no han logrado una página que venza al tiempo, que les permita ganar la orilla opuesta.

Me ayudó a buscar el título Juan José Arreola. De los muchos que le propuse, y una vez que oyó las razones en que se fundaban, decidió por el *Alacena de minucias*, eco lejano de *Alacena de frioleras*. En la primera, explicamos su propósito. Los amigos, aplaudieron. Los otros –yo no tengo enemigos, porque no correspondo jamás con la misma moneda– le buscaron, y encontraron, las

fallas. Uno, que se decía mi amigo de toda la vida, consideró exacto el título: *minucias*, cosa inservible, y ruin, dijo, si bien atenuándolo al reclamar de mí trabajos más ambiciosos. Pero otro, dijo que “era una *Alacena* de algo más que de *minucias*”. Así está tramada la vida: de miserias y grandezas. Así está hecha esta *Alacena*: de briznas, de rocalla, de desperdicios, de migajas que otros van tirando. Que yo me inclino a recoger con humildad, con un afán de servicio, seguro de que algo sobrevive de lo mucho que muere.

Las escribo con entusiasmo, las improviso, rara vez con libros a la mano. Intencionalmente. Para emparentarlas de alguna manera con las colaboraciones que escribieron en la redacción de los periódicos muchos de nuestros grandes escritores. Sobre las rodillas, con un pie en el estribo escribieron Lizardi, Juan Bautista Morales, Francisco Zarco, Guillermo Prieto, Ángel de Campo, Enrique Chávarri. Sin cuidarse de ser originales, y aprovechando en ocasiones lo que otros habían escrito, pero siempre virtualmente capaces de inventarlo y de descubrirlo de nuevo. ¿No dijo Justo Sierra que el plagio era connatural del periodismo? Lo dijo por humildad, por no decir que coincidía con otros, y que lo único que lo desazonaba era que alguien lo hubiera dicho y pensado antes.

Algunas de estas *Alacenas* tienen erudición; no pocas, entusiasmo; todas, un ánimo alegre, una decisión de encontrar algo que aplaudir, que rescatar del olvido, que es la muerte verdadera. Hemos rescatado del purgatorio de nuestras letras, algunos nombres olvidados; hemos establecido el autor de un libro anónimo, hemos dado con el nombre de aquel que se ocultaba bajo un pseudónimo. Alguna vez hasta hemos llegado a establecer el día y la fecha y las circunstancias en que un poema fue escrito; leyendo, releyendo, descubrimos una línea, una reflexión, un atisbo que nunca antes se había visto y aprovechado en la tarea de ir acumulando material para la redacción de una historia verdadera de nuestra literatura; que escriba una pluma mejor cortada que la mía, como dijo mi paisano Carlos María de Bustamante, autor de *Alacenas de minucias*.

Diez años son muchos años para nuestra pobre vida pasajera. Un parpadeo del tiempo, apenas. Pero para un hombre acosado por el dictado de perezoso, significan muchas horas de trabajo, si no es que de lecturas, y muchas cuartillas emborronadas. Allende lo que en esta columna pudiera haber de útil y provechoso, escribirla semanalmente durante esos años, significa, por lo menos, una decisión y disciplina, a la vez que algunos centenares de páginas. ¿Mil? ¿Dos mil? ¿Cuántos domingos? Yo no sé hacer cuentas, sino cuando manejo cosas ajenas.

Ahora que cumple esta sección diez años de vida, ganas me dan de suspenderla, o de cambiarle de nombre, o de ponerla bajo la tutela de otros escritores patrios. Como no escribo para abatir la leyenda de mi pereza, sino para averiguarme, para inquirirme, considero que ya es tiempo de darle a la pluma el reposo que a diario reclama. Así, descansas tú, y descanso yo, supuesto lector.

11 de junio de 1961

Desconocido autor

¿De quién es esta Trova que aparece en el núm. 2 de *La Chinaca*, abril 19 de 1862? La inspira Juan N. Almonte, lugarteniente del Imperio. ¿La escribió Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio? Cuestión es ésta que podrá resolver doña Clementina Díaz y de Ovando, quien mejor conoce la obra del General. O Malcom D. Mc Lean, la de Prieto.

*Era la noche en medio de los cielos
la luna melancólica lucía,
y la sombra terrible de Morelos
iba cruzando la extensión vacía.
En tanto un hombre triste meditaba
junto a la hoguera que en el campo ardía;
y en su rugosa frente se miraba
el miedo, la traición, la felonía.
Al ver la sombra de pavor henchido
la rodilla sumiso ya doblaba;
y ella le dijo: Aparta maldecido
¿dónde está el rayo que al traidor no acaba?
Con mi sangre en tu patria te di madre.
¿Por qué la vendes de poder sediento?
¡Yo te maldigo! ¡Yo no soy tu padre!
Y huyó la sombra entre el callado viento.*

Abundan en *La Chinaca* las diatribas contra Juan Nepomuceno Almonte, ya en verso, ya en prosa; en igual forma, plácemes a Juan Prim, a Manuel Nicolás Corpancho, y a todos los amigos de la República, que lo eran de México. Algunas de esas colaboraciones, superando el tema que las inspira, tienen valor literario indiscutible. Así el romance “El Chinaco” que publicamos en este mismo lugar hace algún tiempo, como posible obra de Riva Palacio, y que la señorita Díaz y de Ovando efectivamente lo confirmó.

Algunas de esas piezas las firma Prieto, a veces con su nombre, a veces con pseudónimos, todavía no identificados. Con frecuencia aparecen anónimas, tal como si no fuera necesario firmarlas, dado que su estilo denuncia al autor. ¿Quién era *D. Toribio*? ¿Quién *El payaso*? ¿Quién, si no Prieto, pudo escribir el precioso romance sobre Zaragoza y la defensa de Puebla? ¿Quién si no Riva Palacio el romance “El Chinaco”?

Revisar los periódicos y revistas de hace cien años, o va a serlo, es una tarea placentera a la vez que necesaria para la historia de nuestras letras y de nuestra historia política. Por fortuna, hay muchos que pueden hacerlo con éxito. Uno, usted, amigo Porfirio Martínez Peñaloza.

18 de junio de 1961

Azorín

Abundan en Azorín las referencias americanas. Con Miguel de Unamuno, Joaquín Diez-Canedo, Juan Valera, y algún otro que ahora no recuerdo, es él quien más cosas sabía de Hispanoamérica. Entre sus amigos mexicanos destacó uno: Alfonso Reyes, su par en muchas doctorerías, o dotorerías como dice el *Martín Fierro*. Las referencias a personas, obras, cosas americanas son expresas o tácitas; algunas se deben a lecturas, otras son sólo vistas y oídas. ¿Vistas a quién? A los hispanoamericanos que pudo tratar o mirar en su larga vida. ¿Oídas a quién? A los literatos hispanoamericanos con quienes trabajó en las mismas galeras, entre ellos, sin duda, a los mexicanos Amado Nervo, Francisco A. de Icaza, pero sobre todo, a Alfonso Reyes, a quien debe haber escuchado mil primores sobre México y las cosas de México. En lo que no estuvo solo: compartieron con él esas delicias muchos otros grandes escritores españoles: José Ortega y Gasset, el amargo Pío Baroja, Miguel de

Unamuno. ¿De quién si no de Reyes aprendió Antonio G. Solalinde el “Corrido de Macario Romero” que luego aparece entre los *Cien romances escogidos*, publicados por la Colección Granada? En muchas páginas españolas contemporáneas que aluden a la cultura mexicana se cree descubrir la leve huella de Alfonso Reyes.

Hay en Azorín una de estas evidencias. En el libro *Pueblo* (novela de los que trabajan y sufren), Madrid, 1930, se encuentra como epígrafe este diálogo entre el Obrero y el Escritor:

Dice el uno: “Si supieras lo cansado que estoy.”

Responde el otro: “¡Es que crees tú que yo estoy en un lecho de rosas?”

¿Dónde pudo tomar Azorín la expresión puesta en labios del Escritor, si no de la tradición oral? Pues de haberla tomado de los libros, habría dicho el lugar. ¿O es que la pregunta que Cuauhtémoc da como respuesta a su compañero de tormento ha pasado a ser parte del acervo cultural del mundo y puede citarse sin señalar la fuente?

Prefiero pensar que Azorín tomó la expresión de los mexicanos que fueron sus amigos.

No hace falta desentrañar el sentido del diálogo, evidente para todos. Pero tal vez fuera ésta la ocasión para decir que con toda seguridad no fueron esas las palabras de Cuauhtémoc. El héroe debe haber dicho que no estaba en un *temazcal* o en un baño de placer. “¿Estoy, acaso, en un lecho de rosas?”, vendría a quedar: “¿Es que crees tú que estoy en un *temazcal*?” O bien: “¿Crees tú que éste es para mí como un baño de placer?”

Cosas son éstas que desde el año de treinta quería contar a José Martínez Ruíz, pero que ya no pude, si como escuché anoche por la radio, Azorín acaba de morir en Madrid, viejo de ochenta y ocho años.

2 de julio de 1961

Juárez, trabaja todavía

Juárez aún tiene puestas las botas de montar. Juárez trabaja todavía, escribimos en la última línea del prólogo a *Flor y látigo*, colección de pensamientos del Patricio. Cuando el breve ideario apareció, no faltó quien recordara que la expresión con que se inicia esta *Alacena*, se encontraba en Alfonso Reyes,

quien al referirse a algunos de los grandes bronceos de México, la había empleado para calificar quizá a Hidalgo, o acaso, al propio Benito Juárez. La verdad es que cuando nosotros la usamos, en el año de 1944, que fue cuando por primera vez se publicó *Flor y látigo*, no la recordamos como hallazgo de Reyes, sino más bien tuvimos presente que José Enrique Rodó ya la había usado en su hermoso ensayo sobre Simón Bolívar.

Después han vuelto a aquella expresión otros escritores y oradores. Adolfo López Mateos, que no es sólo el Presidente de México y el sagaz político que conocemos, sino un hombre de muchas lecturas y de una delicada sensibilidad literaria, volvió a ella en un discurso pronunciado en Sudamérica, durante su viaje de hace dos años. Lo más seguro es que López Mateos la recordara de su fuente original: los *Cinco ensayos* de Rodó.

¿Dónde está la larva, el germen, la sugerencia primera de aquella bella expresión? Se encuentra, no cabe duda, en las letras sagradas. En efecto, en los *Evangelios* se encuentra, puestos en labios de Jesús, una exclamación que dice: “Mi padre trabaja todavía”. De ahí la han tomado no sólo los americanos que hemos mencionado, sino algunos otros escritores extraños que no es éste el sitio para recordar. Rodó, cuando lo aplicó a Bolívar, recordó el texto bíblico. No es remoto que Reyes, al referirlo a Juárez o a Hidalgo, no estoy bien, también haya partido de los *Evangelios*, mejor que del ensayo de Rodó.

Por lo que toca a nosotros, cuando lo dijimos en la última línea del prólogo ya aludido, partimos de la fuente original. “Juárez trabaja todavía”, equivale claramente a “Mi padre trabaja todavía”.

Después de esta digresión, recordemos que aplicada a Juárez, o a cualquiera de los grandes próceres americanos, la expresión tiene una sorprendente validez. En estos días, Juárez ha vuelto al campo de batalla, con las botas puestas. Porque Juárez, trabaja todavía.

9 de julio de 1961

Editor y autor

Parodiando aquella pregunta de Melchor Ocampo relativa a la primacía del hombre que mata sobre el hombre que enseña, es decir del soldado de su tiempo sobre el maestro, podríamos preguntarnos hasta cuándo el hombre

quien vende un libro ha de estar por encima del que lo escribe. Se me puede responder que el editor arriesga un capital, tiene gastos muy grandes y muy numerosos y que tiene que bregar incansablemente para poder recuperar aquel capital y verse recompensado en sus afanes. Y sin embargo, la experiencia nos enseña que el vendedor de libros, salvo excepciones, siempre amasa fortuna y goza de un bienestar que los escritores, sólo por excepción alcanzan y casi nunca aquellos que ejercen la literatura como misión y como apostolado. Lo común, lo frecuente y cotidiano es que mientras los escritores agonizan, los que venden libros viven en la opulencia. Quizá alguno piense también que al literato le queda la fama y la gloria, dos cosas imperecederas. También alguno puede recordar que se le levantan estatuas, que se bautizan calles y avenidas con su nombre, que se le elogia en los manuales de literatura y en las historias universales de las letras, cuando a tanto llega su suerte. Es verdad. Y nuestra historia presenta más de un ejemplo de escritores que vivieron y murieron en la miseria, que tuvieron por hogar, las cárceles y que algunos lograron ceñir la triple corona de la palma, el roble y el laurel. Es verdad, pero ellos no querían tanto eso, sino maíz y trigo para su pan, techo que diera amparo a su vida y lumbre que iluminara y diera calor a sus noches de desvelo. Luego se ha visto también que aquellos que nunca lo leyeron ni le dieron la protección que su genio merecía, le prodigaron aplausos y le dieron bronce y mármoles para sus estatuas.

Pero, ¿hasta cuándo eso tiene que ocurrir? ¿No son los escritores funcionarios públicos, obreros de la vida diaria de un pueblo? El cincel del escultor y la pluma del literato, el pincel del pintor y la batuta del músico, tienen la misma dignidad y el mismo decoro que la herramienta del obrero: la plomada del arquitecto, el rifle del soldado y el bastón de mando del gobernante. Quizá no tenga mayor rango, y las condiciones del artista no sean más grandes y selectas que las de otro trabajador; sino solamente distintas. Pero por cuanto la materia en que trabaja es de una extrema delicadeza, el artista se hace con más dificultad; y dadas las condiciones en que ha de cumplir su tarea, reclama una voluntad más firme que le permita resistir todos los embates que diariamente lo incitan a dejar una tarea ingrata que si alguna vez alcanza recompensa, ella es siempre póstuma. Lo dijo el poeta: como un náufrago, hasta después de su muerte, sobre su nombre refulge la gloria.

Volvamos a la triste condición del autor con relación al mercader de libros. No hay para qué hablar de los escasos dineros que un literato recibe por sus

obras, tras de escuchar del editor las objeciones que le presenta como para conformarlo y convencerlo de que se le va a hacer un favor con editárselas, sobre todo cuando son de índole creativa, como si la estrofa de un poema no tuviera algo que ver en la vida de un pueblo, y se quedara al margen. Tan arraigada está entre nosotros la creencia de que nadie lee ni le interesa la poesía, ni la novela, ni los libros de viaje y de imaginación, que un editor que se atreve con libros de esta naturaleza, alcanza el dictado de protector de la literatura, y su persistencia en un trabajo que no le reporta beneficios, lo convierte casi en un héroe civil.

Todo eso parece consustancial de nuestra vida literaria, que a nadie debe sorprender. Pero hay algo más grave y más doloroso y más digno de condena-ción de las personas sensatas: es el monto de las ediciones *pirata* que inundan y que infestan el comercio de libros entre nosotros. Libros de autores vivos y muertos, nuevos y viejos, grandes, pequeños y chicos, sin contar con los de clara condición pornográfica y canalla que puede el lector observar en los escapara-tes. Impresos en pésimo papel, sin el menor respeto a su calidad de cosa ex-celsa, por cuanto es cima y corona de la inteligencia humana. Pero, eso sí, muy caros no sólo significan un robo a autores, o a herederos, sino que representan un agravio a la memoria de los autores desaparecidos y una ofensa al arte de la tipografía. ¿Puede alguien creer que los editores de libros *pirata* arriesgan algo, cuando tienen el cuidado de imprimir libros de gran demanda, sin pagar un solo peso al que con sus desvelos los soñó y los forjó con su sangre, sus desvelos y sus lágrimas?

16 de julio de 1961

¿Qué es y cómo se escribe una *Alacena*?

Me pregunta un lector cómo se escribe una *Alacena*. Sólo porque no se debe dejar pregunta sin respuesta, lo hago, que, por lo demás, esta sección es tan humilde, que se cumple con sólo escribirla, con la sola decisión de mante-nerla viva.

Una *Alacena* se escribe con lo que se ha leído toda la vida, y que se recuerda en un momento dado. Se escribe un poco como decía Emilio Castelar que se hacían los discursos: con veinte años de lectura y hora de

trabajo. Con sólo tener presente que alguno puede leerla, lo que obliga a ser veraz y sencillo, se puede cumplir y salir airoso de la prueba de escribir esta sección en unos cuantos minutos, hasta cuando contiene fechas y datos de rigor histórico. Cuando es fruto del entusiasmo resulta más fácil, en apariencia, pues nada encuentro más dramático y extraño, y difícil, que ser sincero. Formular un elogio o una condena es un trance que no se puede falsificar.

Como usted ha visto, lector amigo, las *Alacenas* se ocupan generalmente de cuestiones relativas a las letras mexicanas de todos los tiempos, aunque de manera más constante, de las del siglo XIX. Sin un largo trato con los libros, revistas y periódicos del siglo pasado, ello no podría conseguirse. Si tuviera que atenerme a las bibliotecas y hemerotecas que puedan tenerse al alcance, tampoco, o en todo caso, con suma dificultad. De paso, le digo con esto que tengo una biblioteca particular, si no rica y extensa, sí con algunas piezas que yo considero tesoros: revistas literarias del XIX, ediciones primeras de autores de ese siglo, amigos eruditos a la mano que me proporcionan rumbos, sospechas, pistas para cazar un tema. No los consulto de manera explícita, sino en conversaciones a las que soy tan aficionado. Con frecuencia, de una plática sale el tema, no digo de un artículo, sino de un libro entero. ¿No lo hacía así don Miguel de Unamuno? ¿No es autor don Santiago Ramón y Cajal de un libro titulado *Charlas de café*, justamente?

Me pregunta también qué cosa es la *Alacena* misma. La *Alacena* es muchas cosas a la vez: una divagación literaria, un pretexto para engarzar reflexiones y ocurrencias en torno a un tema, a ratos hasta el más baladí. Ocultamente, acaso sea una manera de responder a los que me acusan de que nada escribo, cuando abundan los que lo hacen pródigamente. Es, siguiendo esta digresión, una manera de no dar pie para que me condenen como escritor, no habiendo base para juzgarme. Unos artículos de periódico, unas paginitas en ediciones limitadas, en verdad no incitan a nadie a formular juicio. Y se va quedando en la nómina de los perezosos, de los que no escribieron teniendo las condiciones para hacerlo con discreción.

Así escribo la *Alacena de minucias*, y eso creo que sea. Pero si yo tuviera tiempo, si mis ocios no fueran tan arduos, la escribiría en el mismo número de horas que yo empleara en investigar su contenido; le pondría un poco de más lima; vería que su gramática no dejara nada que desear. Pero para eso se requeriría que fuera yo escritor y no este aficionado que a lo mejor escribe por

indagar hasta qué punto ejerce ya dominio sobre un idioma que nunca fue el suyo propio.

Eso es todo, amable corresponsal.

23 de julio de 1961

Diario de un escribiente de legación

De repente, ante un pie de imprenta, creo haber hecho un descubrimiento, que tengo ante los ojos un camino que me conduzca a un dato más de la vida de Joaquín Moreno. Pero en el acto se me va el gozo al pozo: recuerdo que Genaro Estrada ya tuvo esta ocurrencia en las mismas circunstancias. Y no me equivoco, sino a medias. Al final de la “Introducción” al *Diario de un escribiente de legación* (México, 1925, Archivo Histórico Diplomático, núm. 16), Estrada se preguntaba si ese Joaquín Moreno, encargado de la imprenta de Nabor Chávez, en 1867, fecha de la publicación de aquel taller tipográfico de la reseña histórica de la formación y operaciones del Cuerpo del Ejército del Norte durante la intervención francesa no fuera el ignoto autor del *Diario*, escrito treinta y cuatro años antes, cuando Moreno tenía veinticuatro.

No sólo en la edición del libro de Juan de Dios Arias aparece el nombre de Moreno como encargado de una imprenta. También se le encuentra, en 1864, al frente de la Tipografía del Comercio, calle de Codobanes, núm. 8. Allí, en esa fecha, fue publicada *Virginia Stewart, la cortesana* por D. A. de la P., iniciales de Anselmo de la Portilla, obra de la que existe otra edición, de 1868, que algunos creen la primera y la única.

Pero hay algo más. Enrique de Olavarría y Ferrari cuenta en *El arte literario en México* que en las más tempranas horas del primer día de la restauración de la república –15 de julio de 1867– dos obreros de la libertad, Lorenzo Elízaga y Joaquín Moreno, se hallaban reunidos en la Imprenta del Comercio celebrando el triunfo liberal, y considerándolo tan inmenso y trascendental que perdería grandeza, si la primera palabra de la República victoriosa, no fuera de clemencia para los vencidos. Cuando Olavarría escribía su libro, ¿sería ese mismo editor español quien, desde muy joven –Moreno ya había muerto–, pues dice que “uno de los cuales ya descendió al sepulcro”? Y luego este dato que parece reducir las sospechas de Genaro Estrada: Mo-

reno era un editor español avecindado en México desde los primeros años de su vida.

¿Sería ese mismo editor español quien, muy joven, fue escribiente de la legación mexicana en París, al lado de Lorenzo de Zavala? No fuera difícil si recordamos que entonces, como ahora, los extranjeros suelen desempeñar cargos en nuestra administración pública. Por lo demás, según el testimonio de Olavarría, los dos escritores señalados habían desafiado las iras de las cortes marciales francesas, sin temblar ante el omnímodo poder de sus adversarios, escribiendo el uno y editando el otro, cuanto concurriera a desacreditar al imperio y a defender a la República. ¿Podría ser Moreno, en tal circunstancia, un extranjero en nuestra patria?

Estrada recuerda, y copia del *Diario* para probarlo, que Joaquín Moreno profesaba las ideas liberales, que desde muy joven soñaba con una patria mejor, y que fue él, antes que nadie, quien denunció la traición de Zavala, su jefe y amigo, en un libro que no estaba destinado a la publicidad. El autor de *Pero Galín* lo imagina, a los cincuenta y ocho años de edad, decepcionado del mundo, agobiado por los males de México, escondiendo su fracaso en la covacha de una pobre imprenta, repartiendo el jornal de los artesanos o corrigiendo las pruebas de un libro, en donde se exaltaba el triunfo de la causa liberal, tan grata a su corazón, para volver cada noche al hogar, cansado y abatido, a referir a sus hijos algún fugaz recuerdo que iniciaría, quizás, con la melancólica frase: “Una vez, en París, hace más de treinta años...”

Yo digo que este Joaquín Moreno, que vino muy joven a México y que hizo de México su segunda patria, es el autor del *Diario de un escribiente de legación*, el mismo que imprimió libros que combatieron la intervención y propiciaron el triunfo republicano. Todo –desde luego el testimonio de Olavarría y Ferrari– se confabula para crear esta certeza. ¿Qué dicen los maestros de la literatura nacional?

30 de julio de 1961

Otra versión de “Las señas del marido”

Canta doña Amalia Mendoza, “La Tariácuri”, como suya una canción que lleva por título “La viuda abandonada” (“La recién casada”). El disco no dice de

manera específica que la canción sea original, pero da esa apariencia; en cambio, los anunciadores de la radio le dan esa paternidad, digo, maternidad. Es una lástima que no se diga en qué región de Michoacán, de donde la señora Mendoza es oriunda, procede esta versión de “Las señas del marido”, variante remota de “La casada infiel”.

Don Vicente T. Mendoza la registra en *Romance y corrido*; Ernesto Mejía Sánchez consigna en su libro *Romances y corridos nicaragüenses* algunas variantes. Yo proporcioné hace algunos años una versión a Héctor Pérez Martínez, y recojo otra en *El retrato de mi madre*, que como ésta, atribuida a “La Tariácuri”, se canta.

Dice así la que ha grabado doña Amalia Mendoza:

*Yo soy la recién casada
que naide me gozará
me abandonó mi marido
por la mala libertad (sic, “por amor”).
Oiga, señor, por fortuna,
¿qué no ha visto a mi marido?
—Señora, no he visto nada,
deme una seña y le digo.
—Mi marido es alto y rubio,
muy mal parecido no es;
en la muñeca derecha
tiene un letrero francés.
—Por las señas que usted da
su marido muerto es;
en la ciudad de Valencia
lo ha matado un japonés.
—Tres años yo lo he esperado;
otros tres lo esperaré,
si a los seis no viene,
entonces me casaré.
Me puse mi falda negra
y un velo negro también.
Luego me vi en el espejo, ¡ay!,
¡qué buena viuda quedé!*

*Ya con ésta me despido,
yéndome por la cañada
y aquí se acaba el corrido
de “La viuda abandonada”.*

No sólo en México, sino en otras partes del mundo, se canta este romance de “Las señas del marido”, o “La recién casada”, o como éste, “La viuda abandonada”. En América es muy popular. Casi no hay región en donde no se conozcan algunas versiones. Recuerdo, ahora, las menciones de Ramón Menéndez Pidal en *El Romancero*, y las de Ciro Bayo en el *Romancerillo del Plata* (Madrid, 1913).

¿Cuántas más quedan en México desconocidas, en espera de que alguno las recoja, y como en el caso de doña Amalia Mendoza, las grave en disco?

6 de agosto de 1961

Recuento de libros y papeles viejos

Me gusta hojear libros viejos de cuando en cuando. Es una grata tarea constructiva y entretenida. De paso, sirve para averiguar qué tan viejo va uno siendo. Porque el que sabe lo que ha vivido, puede suponer lo que le falta vivir.

Ahora reviso y repaso los libros de hace treinta años, de preferencia los que escribieron autores de vanguardia, ahora casi todos miembros de la Academia, destino y tumba de las rebeldías juveniles. Libros que eran en su tiempo heréticos, destructores, rebeldes a todo lo establecido. Obras de jóvenes que ponían espanto y protesta en los viejos, y que ahora, a la vuelta de unas décadas, resultan inocentes, candorosos. Con frecuencia, mera curiosidad de nuestras letras; entretenimiento de aburridos, pero útil para determinar a qué grado de postración puede llegar una literatura en un momento dado.

Entre las varias tendencias que imperaban en las letras mexicanas en los tiempos de que vengo hablando, hubo una, que sus epígonos llamaron escuela, cuyas manifestaciones, vistas a distancia, resultan dolorosamente candorosas. Escribir el nombre con minúscula, distribuir los textos caprichosamente, violentar las figuras de dicción hasta el absurdo, lanzar manifiestos contra los

creadores de la patria, ¿qué otra cosa podrían ser si no desahogos, si no una manera de buscar en exterioridades aquella esencia que sus creaciones no alcanzaban? Pero sus oficiantes eran revolucionarios de la más extrema filiación; se proclamaban defensores de una causa que otros no habían entendido plenamente. En nombre de una verdadera revolución se manifestaban contra los símbolos nacionales: la bandera, el himno, los héroes. Si alguna cosa tenía aquella supuesta escuela, de positiva, era su apego a la tierra propia, a la Revolución Mexicana que ellos querían devolver a su primera raíz.

Otra escuela la constituyeron los que tenían una información más universal, que hablaban idiomas, que traducían lenguas extranjeras. Por contraste, deliberadamente se apartaban de México, rehuían su influjo. Inútilmente. Porque nunca habrá manera de cambiar de rostro, de timbre de voz, de modito de andar. Hasta en el que más francés parezca, el pueblo, celosamente, cuele un matiz suyo, impostergable: ese diminutivo de Manuel Gutiérrez Nájera, por ejemplo. Esa vieja lágrima que a través del tiempo y de nuestro dolido corazón, se cuele. Entre los escritores de aquella escuela podemos encontrar algunas de las mejores páginas de nuestra literatura.

Algo que más me ha llamado la atención en este repaso, es que los libros de esta generación de escritores, goza y padece la atracción de los epígrafes, lo que si bien no les fue exclusivo, sí alcanza en ellos una mayor virulencia, si así se puede decir. Lo que es casi privativo es el gusto por el epígrafe en lengua extraña, de autor extranjero. Ante este hecho, no puedo dejar de recordar aquella recomendación de José Vasconcelos a los poetas y escritores de su tiempo: buscar citas y epígrafes entre los autores nacionales o de nuestro idioma, y si no se encuentran, atribuírselos.

¿Qué he obtenido en limpio de este pasatiempo? Algo que considero muy importante: por los epígrafes y por sus autores, podrá el crítico de las letras nacionales establecer qué influencias privaban en México en éste o en aquel periodo de su desarrollo.

13 de agosto de 1961

María Elena Landa

Cada vez que en México ocurre un descubrimiento arqueológico, de esos que vienen a modificar lo que hasta entonces se tenía como última palabra, pienso en mi amiga María Elena Landa. Arqueóloga, escritora, conferencista fulgurante, viajera y curiosa de cuanto se refiere a las antigüedades mexicanas. Sólo porque ella la cultiva, no repito aquí que la arqueología es una de las ramas de la ignorancia humana. En espera estamos siempre. No porque hasta ahora no haya hecho María Elena Landa descubrimiento arqueológico importante, sino porque todo presagia uno que trastorne todo lo que hasta ahora se sabe de la arqueología mexicana, la de Puebla, principalmente. He visto en alguna casa –la de la gran poetisa Griselda Álvarez– algunas piezas encontradas por la señora Landa en el territorio poblano: dos enormes muelas de un caballo de antiquísima edad. Pero yo pronostico para la joven arqueóloga un hallazgo de mayor alcance. Autoriza esta espera su formación científica, su constante trabajo de investigación, pero, sobre todo, esa sagacidad sin la cual no se alcanzan en estos campos las metas anheladas.

No sé dónde esté María Elena Landa en estos días. Quizá en algún pico de la sierra poblana, acaso en el fondo de un abra, tal vez en un remoto yacimiento arqueológico. ¿Estará en Puebla? ¿Estará en Chiapas? ¿Andará por Guatemala? A lo mejor, se encuentra en Europa.

Al lado de trabajos originales, siempre sobre cuestiones arqueológicas, María Elena Landa ha hecho algunas traducciones de autores extranjeros. Recuerdo ahora la de un breve libro de Jacques Soustelle, de inspiración mexicana. Nuestra amiga, pese al rigor de este tipo de textos, sabe poner en sus escritos todo el decoro literario que nos permite proclamarla una magnífica escritora.

Mientras llega el día en que tengamos que celebrar ese hallazgo arqueológico que ha motivado esta nota, damos su nombre a los lectores para que no la pierdan de vista.

20 de agosto de 1961

El almacén de los niños

El almacén de los niños por Madame Leprince de Beaumont, nueva edición refundida enteramente y puesta al nivel de los conocimientos actuales. Adornada con profusión de grabados, intercalados en el texto, y aumentado con todas las preciosas fábulas y el “Testamento, muerte y funeral del gato”, por “El Pensador Mexicano”. Segunda edición publicada por Simón Blanquel. Se expende por mayor y menor en la Librería de Blanquel editor, calle del Teatro Principal núm. 13, México, Establecimiento tipográfico de A. Boix, a cargo de Miguel Zornoza, calle del Águila, núm. 13, 1865.

Así reza la portada de este curioso libro, que lo es más por incluir dos obras de José Joaquín Fernández de Lizardi: el *Testamento* y las *Fábulas*, edición no mencionada por Luis González Obregón ni por Jefferson Rea Spell. LGO se refiere en su raro folleto sobre Lizardi –1888– a cinco ediciones de 1817 a 1886, si bien reconoce que hay ediciones intermedias que no ha logrado conseguir.

La pieza, cuya larga portada hemos transcrito, es de suma rareza, y corresponde a toda una familia de libros del siglo pasado, que los editores traducían y acomodaban a las circunstancias nacionales, para provecho y solaz de sus suscriptores. *El almacén de los niños* es obra de enseñanzas morales y religiosas: buenas para huir del vicio, amar la virtud, vivir bien, amar al prójimo, únicas sendas que conducen a la salvación, escribe el editor Blanquel en la Advertencia. El *Almacén* está dedicado “A la juventud mexicana”. Por eso, “se le han puesto de aumento el ‘Testamento, muerte y funeral del gato’ y todas las fábulas del ‘Pensador Mexicano’, cosas a la verdad de suma importancia, y tan curiosas y divertidas que deben interesar a todo el que las lea”.

Aunque no tiene paginación aparte, sino que continúa la del *Almacén*, de la página 311 a la 390 puede considerarse como una de las muchas ediciones del *Testamento* y de las *Fábulas*, las dos profusamente ilustradas, como decían los libros infantiles. Grabados en acero, en blanco y negro, porque no hay que olvidar que algunas de las ilustraciones de las obras del Pensador eran frecuentemente a color: azul y verde.

No sé si el asunto del *Testamento* pueda servir a José Durand, aquel escritor peruano que hace años vivió entre nosotros. Pero emborroneé esta *Alacena* pensando en él, que ahora, según me entero por carta que escribe a Ernesto Mejía Sánchez, emplea sus ocios, que es lo que mejor propicia la

creación literaria, un libro sobre los gatos, como antes hizo uno sobre los manatíes.

27 de agosto de 1961

El Paraíso Perdido

En estas tierras el agua no viene, sobreviene. La lluvia no se prepara, se improvisa. Así la de esta noche. Cuando hace una hora me acosté, brillaban en el cielo, como de sal o de alcanfor, las estrellas. La luna enorme era como el otro ojo con que Dios ve al mundo. Un aire tibio agitaba las hojas de los árboles y arrastraba nubes. Ni un trueno, ni ese parpadeo del cielo que es el relámpago.

Pero he aquí que me despierta el estruendo del agua sobre el tejado. Cae tan abundante que nunca como ahora puede decirse que llueve a cántaros. Eso es justamente lo primero que pienso: que alguno echa cántaros de agua desde la azotea. Pero no. Todos duermen al son de la lluvia sobre los tejados, al arrullo de su música primaria.

Cosas que tenía olvidadas vuelven a mi memoria esta noche. Porque la lluvia, a la par que sosiega, evoca el pasado. Ahora recuerdo mis días de Ixhuatán, mi infancia, si la hay ahí donde abundan los trabajos y las penas.

Era yo muy niño, Hono y yo nos perdimos en un gran monte, en nuestro rancho pequeñito. Había llovido como esta noche, inesperadamente, sin aviso, al mediodía, cuando el sol derramaba sus fuegos implacables. Bajo un árbol, sin apearnos de nuestras cabalgaduras, soportamos el chaparrón que sólo duró unos minutos. Volvió a brillar el sol, se sosegó el viento, cesaron los relámpagos y los truenos. Llevados de aquel instante antiquísimo, que hace al hombre buscar su casa cuando una de estas fuerzas de la naturaleza hace de las suyas, decidimos volver, abandonando la faena del día que era la de camppear, es decir, vigilar el ganado, limpiar los pozos, poner sal en los reparos.

Íbamos los dos caminando, olvidados de todo, confiados en los instintos de nuestros caballos, cuando de pronto nos dimos cuenta de que estábamos extraviados, perdidos en aquel monte nunca visto. Y así fuimos a dar a un sitio lleno de verdor, en aquellos lugares tan secos. Pasaba por ahí un arroyo de

aguas transparentes, en cuyo fondo podía verse una arenita blanca que se movía al impulso de la corriente. Cantaban los pájaros, ocultos en la enramada; los rayos del sol se filtraban por entre las ramas de unos árboles gigantes, quebrándose en aquellos cristales; cruzaban de una orilla a otra, mariposas como enormes flores con alas. El colibrí, con esa su ligereza que espeluzna, me quedó desde entonces en los ojos.

Nuestras bestias, a las que habíamos aflojado las riendas, bebían plácidamente. Hono y yo nos quedamos viendo asombrados, atónitos, silenciosos. Y echamos a andar sin rumbo. De repente, nos encontramos con vereda conocida, a unos pasos de nuestra casa. Nunca, por más que la buscamos, volvimos a encontrar aquel sitio. Pero aquel lugar, si ya no existía, había existido, y si nosotros no, algunos de nuestros remotos antepasados lo había visto, lo había habitado. Y, ¿no será ésta una evidencia de que el hombre estuvo alguna vez en el Paraíso Terrenal?

10. de octubre de 1961

Pedro Frank de Andrea

Hace algún tiempo que vengo pensando dedicar esta *Alacena* a un gran amigo de las letras mexicanas, al par que su celoso cultor, en la doble condición de lector y de librero. Amigo de las letras mexicanas, porque frecuentó su trato cuando estudiante en nuestra Universidad, en un tiempo en que no era su deber escolar leer libros mexicanos que fueran estrictamente los académicos; luego su cultor porque se dio a cazar los más raros y desconocidos, con la misma paciencia y deleite con que un coleccionista de gemas se da a buscarlas y cuando las tiene las guarda celoso, pero las acaricia, las ve a distinta luz, las muestra. Quiso después que esos libros no corrieran el riesgo de perderse como es regular que ocurra donde no abundan los bibliófilos ricos, entonces los propuso a quien pudiera adquirirlos, a la vez que garantizara su custodia permanente. Así, muchas de esas alhajas de la bibliografía mexicana se encuentran en sitio seguro: en bibliotecas nacionales y extranjeras y en manos de particulares de aquí y de fuera. El trato con los libros, con las imprentas, con los escritores conduce más tarde o más temprano, a escribirlos, a editarlos. Y Pedro Frank de Andrea acabó por escribirlos, por editarlos, con los mil riesgos que esos extremos suponen.

Primero intentó la pequeña *Colección Studium*, de Cultura Mexicana e Hispánica, cuyos primeros títulos ya son, a su vez, nuevas rarezas de nuestra bibliografía. Allí, que yo recuerde, aparecieron principalmente autores mexicanos, o que viven en México: Ernesto Mejía Sánchez, Alfonso Méndez Plancarte, Alfredo Cardona Peña, Leopoldo Zea, Celestino Gorostiza. En esa hermosa biblioteca se encuentra la única reedición de un capítulo de *La flor de los recuerdos* –“México y los mexicanos”– hecha en ocasión del centenario de la llegada de su autor, José Zorrilla, a México, en 1855.

Libros de investigación, de erudición, de crítica literaria, de creación, esos los preferidos de Pedro Frank de Andrea. Modelos del género pudiera yo recordar ahora. *Los primeros cuentos de Rubén Darío*, por Ernesto Mejía Sánchez; *Cuestiúnculas gongorinas* por Alfonso Méndez Plancarte, *Walt Whitman en Hispanoamérica* por Fernando Alegría; libros los tres en que se conjugan todos los dones del escritor. Como escribo de memoria, con toda seguridad olvido títulos y autores de parecida calidad. ¿No está en esa serie el ensayo de Cardona Peña sobre Pablo Neruda? ¿No aparecieron en *Studium* dos libros que alcanzaron el honor del Premio Juan Ruiz de Alarcón: *El color de nuestra piel* de Celestino Gorostiza y *Las cosas simples* de Héctor Mendoza? Sí, sí. Allí han de estar.

Frank de Andrea se ha atrevido después a aumentar el volumen de sus publicaciones. Ha adquirido los derechos de algunas de las bibliotecas que tras de publicar algunas obras, desistieron o ya no pudieron continuar en la tarea editorial. Una “Biblioteca Mínima” de cuestiones mexicanas, la colección de *Los Presentes*, de escritores nuevos, pasaron a sus manos y permanecen vivos, enriquecidos. Con la fruición de quien ha dado en el blanco, Pedro ha creado nuevas colecciones siempre con la mira de servir a la historia de las letras hispanoamericanas, novocontinentales. Antologías, panoramas literarios, estudios sobre los diversos géneros: poesía, novela, teatro han salido de su casa editora. El número de los libros que hasta ahora lleva publicados suman más de un centenar. Aquello que empezó como un deporte, como una diversión, como tentativa, es ahora una robusta empresa editora. Para bien de nuestras letras. Bien hayas, Pedro.

Frank de Andrea ha levantado una casa propia, en la calle de Edison, a unos pasos de *El Nacional*, que es al propio tiempo taller, estudio, biblioteca, librería, hogar. Ha casado con mujer mexicana y tiene un hijo mexicano que crece entre tesoros bibliográficos, entre el olor de los libros nuevos, en un ambiente que desborda emanaciones del espíritu. Pedro Frank de Andrea ya

no volverá a Canadá, su patria. Se quedará entre nosotros. Dará cima a un libro que yo le propuse: un Diario en que cuente lo que sabe y observa de los literatos mexicanos, cuyo trato frecuente.

8 de octubre de 1961

Las mujeres del Istmo

Vuelvo hoy a un tema predilecto: a los pueblos zapotecos del Istmo de Tehuantepec. Es un pueblo muy interesante y que merece ser observado por un poeta, dijo de la Villa de Tehuantepec, Davis Robinson hacia 1816. Y él lo era, aunque no de oficio. Si no lo fuera, ¿cómo pudo escribir con aquella delectación y aquel encanto de las tehuanas que vio por calles y mercados? Estas mujeres pueden denominarse las circasianas de América; tienen una extraordinaria viveza en los ojos, y todos sus movimientos son graciosos y animados; son en extremo aseadas, y muy amigas de bañarse; se entrenzan y levantan con primor su largo pelo negro, que sujetan con una peineta de oro o de carey; son muy industriosas y ellas mismas trabajan sus vestidos. Así dijo más o menos el famoso viajero, en una divagación contenida en un libro científico.

¿No habría recordado aquella divagación Brasseur de Bourbourg cuando cuarenta años más tarde llegó a vivir en Tehuantepec? El abate ha traspasado el medio siglo, pero no puede contenerse ante el porte gallardo y gentil de las istmeñas: tehuantepecanas y juchitecas. Las pinta como arrobado, en un arrebato juvenil. De una moza, de una mialma de Tehuantepec, dice que nunca antes estuvo en presencia de una mujer que de una manera más directa le trajera a la mente la imagen de Isis y de Cleopatra.

Isidore Charnay, que estuvo entre ellas, escribió que las tehuanas eran mujeres —hembras— estupendas. Sus facciones, su porte airoso, su elegante indumentaria y su limpieza, las hacen extremadamente llamativas. Se bañan en agua perfumada, con raíces de chintule, y con agua también perfumada, lavan su ropa: la falda indiana y el afamado huipil, muy fino, bordado de seda y oro con encaje y otras mil curiosidades.

¿Por qué habrá escrito Esteban Maqueo Castellanos que la belleza de tehuantepecanas y juchitecas todavía estaba en espera del poeta que la cantara? Quizá desconociera tantas páginas que la mujer del Istmo ha inspirado.

O acaso, quería que se hiciera en verso para que fuera obra de poetas. Todo eso pudo ocurrir, pero él mismo se refirió a la belleza “aún no cantada” de las vírgenes zapotecas en su hermosa “Leyenda del toloache”.

No vivió los años necesarios para verlo. Poetas, pintores, escultores han organizado un canto a la mujer istmeña, de tal modo rico que casi no hay día que no se la encuentre en poemas, pinturas y esculturas; altivas, desafiantes; los ojos que parecen hojas; los labios que parecen ojos.

Todo esto recuerdo en estos días por la lectura de unos poemas de Alfredo Cardona Peña, por la visita a la exposición de retratos que se encuentra en Bellas Artes en la que resplandece un retrato de juchiteca, pintado por Raúl Anguiano. ¿No será también porque no puedo evitar la nostalgia de mi tierra?

15 de octubre de 1961

Lo maravilloso cotidiano

Yo entré, en compañía de unos amigos, a una fonda de barrio, famosa por sus platillos. Era el mediodía, pero como recién inaugurada, se encontraba desierta. En un rincón, un viejo profesor tocaba en un viejo piano, viejas melodías: valsos, mazurcas, obras clásicas, canciones populares. Música europea y mexicana. Es decir, música que nos hace amar la vida y la que nos hace apetecer la muerte. Porque, díganme, ¿quién de nosotros al oír una canción mexicana, no ha sentido una apetencia secreta de morir? Esos ayes y gritos desgarradores que hieren nuestras melodías, ¿no son una manera de llamar a la muerte, de despedirnos de este mundo?

Así era el ambiente del figón. Al poco rato, uno de los comensales solicitó una guitarra. No la había, Hubimos de mandar por ella, a diez kilómetros de distancia. El profesor se había acercado a nuestra mesa para ofrecernos alguna canción de nuestra preferencia, alguna que más recuerdos trajera a nuestra memoria o que se refiriera a unos amores venturosos o desdichados. Canciones y más canciones, de ésas que nos llevan y nos traen impregnados de lejanía, de infinito, de inmensidad, y que lo mismo derrotan que fortalecen. Cuando llegó la guitarra, ya estábamos en pleno festín. Muy tarde entraron al restaurante tres personas: una mujer y dos hombres; uno muy joven, de hermosa presencia. Venían a lo suyo, pero no pudieron resistir mantenerse aparte,

ajenos al ambiente. Se sumaron de esa manera a nuestro grupo. Escuchaban arrobados, se sumaban alguna vez al coro.

Las canciones y el vino nos tenían atrapados en sus redes, en su encanto, en su todopoderosa acción. En una pausa, alguno propuso un brindis, que fue aceptado. Luego, el joven invitado quiso corresponder al convite con una declamación. Creímos, de momento, que aquello iba contra la discreción de nuestra tierra, pero aceptamos con un aplauso. Y aquí vino la sorpresa. Una vez más quedó manifiesto que lo maravilloso es lo cotidiano, lo que ocurre ante nuestros ojos, sino que siempre lo creemos oculto, sólo posible en circunstancias providenciales. Nada más falso. El joven, un brote de la anónima muchedumbre, dijo en la más perfecta dicción, con los ademanes más armónicos, con el temple apropiado, un poema que a lo mejor era de su invención. Versos de amor, como quien dice de llanto y abandono. Sin un tropiezo, sin ninguna expresión ingrata.

¿Qué había ocurrido? Había ocurrido lo de todos los días: que la vida da de sí para la mayor grandeza como para la mayor miseria, y que la sorpresa y lo maravilloso no están reservados a nadie en particular.

Recordé aquella reflexión de Adriano, según la cual, los hombres más opacos emiten algún resplandor: este asesino toca bien la flauta; ese contra maestre que desgarrar a latigazos la espalda de los esclavos es quizá un buen hijo, ese pordiosero compartiría contigo su último mendrugo. Y pocos hay que no puedan enseñarnos algo. Y también la cara opuesta de la moneda: ese hombre tan inteligente le falta corazón; éste es avaro que es como tener llagada el alma; aquél, tropieza con los trastos, pero acierta con la palabra que otros buscaban en vano. Uno más, contra los dictados de su genio se entrega a cuanto va contra su vida, que tan cara puede ser para sus semejantes.

Recordé a un poeta mexicano, ahora sumido en el más negro olvido: Alfonso Cepeda Winckfield, autor de un solo poema que obtuvo una flor natural, conteniendo con los poetas ases de su tiempo. Para que vean esos señores hinchados, dice Diego Rivera, que la poesía puede aparecer, con su luz, en el espíritu del más ridículo de los hombres.

Y si el pasajero amigo del restaurante de barrio fuera autor del poema que digo, como es mi sospecha, ¿no queda claro que el pantano puede reflejar una estrella sin que se manchen sus puntas?

Diego, inventor de verdades

De sus hermosas mentiras, que no eran otra cosa sino anticipaciones de hermosas verdades, nunca hizo Diego Rivera dos versiones iguales. En los muchos años que lo traté, recuerdo que sólo sobre algunas insistía. Y éstas, con profundas variantes. Fuera curioso comparar las memorias que dictó a muchas personas. Conozco capítulos de las que contó a Luis Suárez y la reconstrucción de las conversaciones que con él tuvo Antonio Rodríguez, que mucho se apartan de las que yo pudiera reconstruir. Hace algún tiempo leí *Memoria y razón* de Diego Rivera, por Lolo de la Torriente, hermoso libro que la escritora y periodista cubana organizó con los apuntes que tomó de labios del pintor. Se encuentran allí muchas cosas nunca antes oídas y no pocas retocadas, vueltas a inventar. En rigor, Diego sólo volvía a las que tenían un elemento de hecho real, de cosa ocurrida. Lo demás era invención, fantasía, imaginaciones.

Inventor de verdades, eso era Diego. Adivino. Más que mentir lo que hacía era, cuando estaba poseído de Dios, cuando creaba, inventar una verdad, anticiparla, dar con ella por oculta que estuviera. Recuerdo algunas ocurrencias suyas que parecen comprobarlo. Una vez le oí diez nombres de supuestos pintores rusos, pero que mencionó sin titubear, a pesar de la dificultad del idioma ruso, dando a la concurrencia de cada uno de ellos, una síntesis biográfica, con alusión a sus obras más características.

Otra vez, en casa del cubano José Antonio Fernández de Castro, se discutía sobre un texto de Lenin, no sólo sobre su sentido, sino el lugar de sus obras en que pudiera encontrarse. Algunos de los contertulios se reputaban grandes conocedores del tema. Diego intervino a poner en orden la discusión. Hizo que se bajara de la biblioteca cierto libro, lo abrió por en medio, recorrió algunas páginas, y dijo señalando con el índice: “Aquí está”. Y allí estaba.

En otra ocasión, se cantaban en una fiesta familiar canciones del todo el mundo, de todos los tiempos. Diego participaba, lo que a nadie podía sorprender, porque había vivido en muchos países y algo podía saber de sus cantos. Lo sorprendente ocurrió cuando algunos cantaron una canción catalana, que era un romance antiguo, “La misa de amor”, y que él agregó unos versos que los catalanes no sabían, pero que confesaron correctos, así en la melodía como en la letra. ¿Sabía Rivera la canción? ¿No la sabía y la inventó en aquel momento?

Luego, en otra ocasión, cuando vino a mi casa a comer. En el momento en que Alfa le abrió la puerta, Diego le besó la mano, y la saludó en zapoteco. Sólo

las primeras frases eran en el idioma, lo demás, mera imitación, pero las palabras tenían la entonación, el ritmo y hasta podrían alcanzar significado si se las distribuyera en distinto grupo de sílabas. ¿Qué había ocurrido? Tal vez Diego aprendió en Tehuantepec algunas voces zapotecas, frases aisladas, fórmulas de saludo y cortesía. Quizá antes de venir a nuestra casa pidió a alguno que lo instruyera. Pero, para mí, Diego inventó todo aquello sobre la marcha.

Decía versos que atribuía a poetas conocidos y desconocidos, que eran, a ratos, meras invenciones; y hasta cuando eran originales contenían retoques, alteraciones voluntarias. Y es aquí donde ahora quería llegar.

Transcribe Lolo de la Torriente unos versos de Salvador Díaz Mirón, dichos por Rivera de memoria, y que no fueron confrontados por ella, ni por mí: *El proletario levanta el muro / practica el túnel, mueve el taller, / y en lo más hondo de la batalla, / blandiendo el arma por Patria o rey, / enseña al prócer con noble orgullo / como se cumple con el deber. . . / Mas, ¡ay!, qué logra con su heroísmo, / cuál es su premio, cuál su laurel, / el desdichado recoge ortigas / y apura el cáliz hasta la hez, / y cuando pasa sin ver el cielo, / la tierra tiembla bajo sus pies. / Rota la brida, tenaz la fusta / libre el espacio, / ¿qué hará el córcel?*

Los versos son de Díaz Mirón, o ya son de Díaz Mirón. Pero, ¿cuándo los memorizó Diego, dónde los leyó? ¿Padecen algún retoque?

No es el caso averiguar si son o no originales. Se trata, nada más, de recordar que Diego Rivera, cuando era necesario, tenía capacidad para inventarlo todo, o recordarlo, o atribuirlo, siempre acertando.

29 de octubre de 1961

Primero las espinas

No es extraño que las simpatías empiecen por diferencias. Yo recuerdo que Francisco Grandmontaigne, el inventor de la palabra “cavernícola”, aplicada a los conservadores españoles; escritor vasco, tío de José Luis Ituarte, autor de la versión teatral de *Los de abajo*, contó en una autosemblanza que siempre que se encontraba ante una persona desconocida, echaba adelante sus diferencias, se abrochaba la americana y esperaba a pie firme la embestida; según reaccionaba el interlocutor él se comportaba en el futuro. Un buen signo era que el contrincante se comportara igual, es decir, con impertinencia y desdén. Si

esto ocurría, Grandmontaigne se sentía frente a un futuro amigo. Yo soy, decía poco más o menos, como los buenos vinos: no gusto la primera vez. Un poco áspero y otro poco amargo, solía ser el periodista y escritor vasco.

Cuando yo leí el retrato de Grandmontaigne, me agradó descubrir que así procedo con frecuencia ante personas desconocidas, para que a tiempo sepan con quién tienen que vérselas. Bravatas, altanerías, alardes, espinas muestro antes que otra cosa: para ahorrar tiempo, para que de una vez por todas se me pongan al margen, sin posibilidad de un encuentro futuro. “Yo nunca me equivooco” le dije a María del Carmen Millán cuando la conocí, siendo una niña, hace unos años. Todavía ahora, que somos los mejores amigos, me lo recuerda con un dejo de reproche.

Pues bien. Así comencé a tratar a Fedro Guillén, mi gran amigo de ahora. Llegó a una casa, vestido de marinero. Algo sabía de él y su persona física no me era desconocida: en algún café donde gané lo mejor de mi tiempo, lo había visto alguna vez, en compañía de sus compañeros de escuela. El nombre de su padre Flavio Guillén me era familiar, había tenido en las manos un libro suyo y estaba enterado de sus actividades revolucionarias. Nada, sin embargo, sirvió para contenerme; me vinieron ganas de desconocerlo, de fingir que me sorprendía encontrarlo en aquel lugar, entre aquella gente que yo quería dar a entender que era sólo mía. Una de las maneras de aislarlo fue ponerme a hablar en zapoteco, a cantar en lengua indígena, a inventar leyendas de mi pueblo y de mí mismo. A tomar copas, en un vano intento de aplacar una sed que no he podido mitigar. Guillén concurría al espectáculo complacido, satisfecho y un poco atizando la hoguera. Y quedé vencido. A la madrugada, Fedro hizo su número: cantó un tango argentino como debe ser, con todo su sabor. De entonces data una amistad que, salvo un pasajero contratiempo, se ha depurado con los años, ni más ni menos que el buen vino: ha acabado por gustarme plenamente.

Fedro Guillén escribe hermosas páginas literarias, luego las reúne en libros, con los retoques que el buen escritor no puede, y si puede, no debe evitar. Yo las leo con gusto; mejor fuera decir las releo con gusto. Pero cosa que me ocurre siempre con los libros de mis amigos, cuando son verdaderos libros no puedo referirme a ellos, por el temor de no decir de su factura, de su contenido, algo que siquiera se acerque a lo que me gustaría decir. Y aplazo la reseña, el artículo, la carta para mejor ocasión, que luego no llega. Fedro no me dice nada, no pregunta, y lejos de manifestarse ajeno, más extrema su

efusión amistosa, su varonil ternura. Si viaja, y viaja siempre, manda tarjetas con saludos que desbordan la abundancia de su corazón.

Un libro suyo leo, y releo, con deleite: *La semilla en el viento*. Se trata de un género por el que tengo una particular inclinación: la autobiografía, la evocación de la figura materna, el retorno a la niñez, más dulce mientras más lejana. Guillén narra con soltura, con ese temblor inseparable de lo bien sentido. Con qué segura frente se piensa lo sentido, dijo Juan Ramón.

A ratos parece que la página no va a salir, que se va a malograr, pero he aquí que la sinceridad del sentimiento la salva, le incorpora aquel temblor que dije. Páginas más perfectas quizás hayan sido escritas en México, pero más sentidas, tiernas y fervorosas, no. Y tengo presentes las que sobre la figura maternal han escrito José Vasconcelos, Guillermo Jiménez, José Rubén Romero.

Esto es lo que siempre había querido decir de mi amigo Fedro Guillén. Ahora que lo dije, desciende sobre mi pecho un gran descanso, una manera de alivio de un mal de que no me sabía enfermo.

5 de noviembre de 1961

Hay días en que...

Y, ¿por qué no he de decirlo si es verdad que hay días en que tengo muchas ganas de llorar? No afrenta a un hombre llorar. Además, sólo los hombres lloran como dije el día de mis bodas, y como escribió Ermilo Abreu Gómez. Y algo más: las lágrimas caen de pie, cuando las derrama un hombre. Yo no creo, como creía Miguel de Unamuno, que son dichosos los hombres que no han tenido que llorar ante otros hombres. Hay días en que tengo ganas de llorar, y en otros, necesidad. Cuando alcanzo esa plenitud lloro en presencia de todos, sin pudor, como no puede haberlo cuando está de por medio una avasalladora necesidad de consuelo.

Los médicos suelen explicar este llanto. Los poetas no darían crédito a los doctores. ¿Satisfaría a Ramón López Velarde que algún desequilibrio del sistema orgánico ponía en su corazón y en sus ojos aquella lágrima que no sabía, que no quería esconder? Y la vieja y última lágrima de Luis G. Urbina, ¿no le llegaba a través de edades y taladrando su oscuro corazón? Y ese niño que ahora juega en la calle, no lleva ya en el pecho, como una almendra hasta

por su forma, esa lágrima que un día, cuando menos lo piense va a subirle hasta los ojos? Hay días en que estamos trabajados por tantas cosas, en que es tan plena la infinita tristeza de vivir, que todo alcanza un compás desesperado y tembloroso: la brisa más humilde tiene fuerza de huracán; la palabra más fútil, sentido de transcendencia; y el pasajero hecho cotidiano augura un gran dolor, y fiero. Un día de esos, escribió Porfirio Barba Jacob la “Canción de la vida profunda”. La escribió con lágrimas, con tan verdadera desolación como para que ya nadie intente volver a expresarlo.

En esas horas de gracia, un hecho inesperado precipita el diluvio; lo sé yo por experiencia propia. Una palabra bien dicha, una afirmación de ésas que conducen a la derrota, o a la soledad, porque todo el que lleva luz se queda solo. Un pájaro que cruza, como dijo el poeta, lo mismo hace sonreír que llorar.

Así ayer. Si yo no tenía ganas de llorar, o necesidad, no lo sabía. Ninguna sombra en el día, sino todo luz; nada en apariencia nos había agravado; nadie, al parecer, nos había ofendido. Pero he ahí que a la vuelta de una esquina encuentro a un mocetón que conduce en brazos a una joven mujer impedida. Zarcos los ojos, rubias las trenzas anudadas en la frente; una sonrisa inunda su rostro de ángel. Muy rara vez ha de sonreír esta niña, por eso cuando sonrío, derrama luz. O sonreirá siempre, lo que no puede ser sino una de esas maravillas que anonadan. Bastó eso para que de un solo golpe me soltara a llorar, como un niño, a media calle, ante el azoro de los transeúntes. Un minuto. Y la recompensa fueron unas horas apacibles y la promesa, otra vez formulada, de servir a la vida y amarla.

12 de noviembre de 1961

Gloria y fama

En los últimos años hemos sido testigos de esta tremenda aberración: medir la calidad de un libro por el número de sus ediciones; la de una obra teatral por el número de sus representaciones o “telones”, en un flagrante olvido de que existen muchos recursos para lograrlo. Desde luego, la propaganda, arbitrio antiquísimo, pero siempre eficaz. Luego, lo exiguo de las ediciones que el editor, también en virtud de ese arbitrio, presenta exageradas. De algunos libros se hacen dos o tres ediciones simultáneas, de tal manera que antes de ser agota-

da la primera, entran en circulación las siguientes. El lector, poco avezado, se apresura a conseguir el libro de su autor favorito. Son lo que podrían llamarse compras de pánico. Si de obra teatral se trata, deliberadamente se olvida que las salas son pequeñas y que la mitad de la concurrencia es de invitación, amiga del autor, dispuesta siempre a estallarse las manos con aplausos, lo que explica el número de “telones”. Nada nuevo entre nosotros. José Zorrilla lo observó hace ahora un siglo, y así se lo cuenta a su corresponsal en Madrid, a Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. Recuerda el autor del *Tenorio* que el pobre de Pantaleón Tovar lograba llenar de amigos la sala de espectáculos, pero que sólo diecisiete ejemplares logró vender de su obra. Eso sí, en escena era muy aplaudida. Y no se vaya a creer que se trataba de engendro, sino de creación discreta. Un fracaso eran de taquilla, pero literalmente no carecían de valor dentro de las tendencias de su tiempo. Era la evidencia de que entre nosotros es amarga y desdeñada, la tarea de escritor, como decía Altamirano, tantas veces acusado de perezoso.

No así en nuestros días. En los tiempos que corren, novelistas, dramaturgos, periodistas alcanzan ruidosos éxitos de librería, verdaderos o aparentes, pero los alcanzan, si bien no en la medida en que dice la propaganda y que ellos mismos llegan a creer. A los viejos, se agregan otros de singular atracción: un poco de pornografía, unas cuantas malas palabras, algunas injurias que al paso que otorgan calidad de valentía den la independencia de criterio, concurren a crear la apariencia de éxito editorial. Y no es que yo postule un lenguaje mojigato, al gusto de las familias “decentes”. Yo recuerdo ahora, que Alfredo de Musset dijo que no había arte obsceno, sino almas obscenas, torpes, hipócritas, cerradas, miserables: eterna carcoma de la belleza limpia. Lo que puede ser hipócrita, torpe, inmoral, obsceno es el ánimo que conduce al escritor a emplear esos recursos. Y eso es lo que lamentablemente abunda en nuestra hora.

Se ha olvidado que fama y gloria no son la misma cosa, aunque se parezcan mucho; que no siempre ser autor de moda, asegura permanencia; que popularidad no es sinónima de universalidad. No se oponen: Cervantes reúne las dos cosas. Nosotros hemos visto, ¡ay!, a jóvenes que eran tentativas de genio parar en el silencio, cuando no en doloroso fracaso. De lo opuesto, también: autores que lentamente han escalado la fama verdadera, han alcanzado a sobrevivir cuando parecía que no iban a ninguna parte. Así está tramada la historia de las letras.

En México ha habido grandes éxitos editoriales. En lo que va del siglo pueden contarse algunos. Francisco Bulnes, con su *Verdadero Juárez*; Federico Gamboa, con su novela *Santa*; José Vasconcelos con el *Ulises criollo*. ¿Quién quedará de los tres? Vasconcelos, sin duda. Otros, con ser tan grandes, lo fueron leídos en la medida que ellos, pero hemos visto repetir las ediciones de sus libros. ¿Queréis un ejemplo? Martín Luis Guzmán. ¿Queréis ahora el ejemplo de un enorme escritor poco leído? Aquí tienen el de Alfonso Reyes. Sirva también para ejemplificar la diferencia entre universal y popular.

¿Cuántos de los que ahora ven multiplicar sus ediciones lograrán la orilla opuesta, la de la fama y la gloria? Aunque a decir verdad, la gloria literaria de un día, la boga de las librerías, puede ser suficiente para la gloria personal. Pero no olvidemos que la otra constituye la meta más lejana, la esperanza más alta: eternidad en la historia de las letras de nuestra tierra, por lo menos.

19 de noviembre de 1961

José Alvarado

Yo he tenido, yo tengo muchos amigos. Yo he perdido, yo pierdo a muchos amigos. Prefiero pensar que por mi culpa, puesto que los sigo queriendo, así haya perdido su trato. Los mejores amigos que tengo y que no acepto perder, son escritores, quizá porque siempre me consideré un hijo de las letras, el menor, es cierto, pero un hijo al fin. Desde aquí, desde esta mesa de trabajo, que es como un potro o cepo, o galera, o ara, o piedra de sacrificios, pero altar, veo sus libros, y no siempre resisto al impulso de volver a sus páginas y detenerme en aquel lugar en que encontré una semilla que luego germinó en una palabra que parece mía, siendo de ellos.

A quien más recuerdo en estos días es a José Alvarado. Por sus letras, por su conducta ejemplar, por sus triunfos que ojalá no le acareen amarguras, porque el éxito, hasta el más legítimo, tiene ese lado mísero. Lo recuerdo como es ahora y como era cuando lo conocí, ya va para siete lustros. Fue en su Monterrey, no nativo, pero casi. Fue en días de gran fervor y peligro para México, ese cuya imagen no se aparta de nuestros ojos. Era muy niño, pero yo andaba allí entre los mayores, compartiendo los riesgos, cegado él también por aquella luz que logró darnos un trasunto de lo que esta patria va a ser alguna vez. No

la veremos, es cierto, pero como dijo el otro gran americano, sangre nuestra va a salir en las venas de quienes la vean y la gocen y disfruten. Era ya José Vasconcelos el presagio de lo que iba a ser: un niño con un libro bajo el brazo, metido a guerrillero, no será sino escritor y soldado de la libertad. Porque, ¿no se dice que las cosas caen por donde se inclinan?

Luego vino Pepe a México por esa imantación que esta ciudad ejerció siempre sobre los provincianos, y un poco por repetir la historia de otros grandes regiomontanos. ¿Qué sabe uno cuando sale de Guelatao, de Tixtla, de Monterrey, si viene virtualmente preparado a repetir la historia de Juárez, de Altamirano, de fray Servando o de Alfonso Reyes? Se sale del pueblo carne cobriza y sin darse cuenta cabal se quiere regresar al pueblo bronce y mármol. ¿No vuelve José Alvarado a Monterrey, gran escritor, periodista singular, rector del mayor plantel de Nuevo León? ¿No es eso volver estatua cuando se salió materia informe?

Por el tiempo en que digo que vino a la capital, lo reencontré por los corredores de la Preparatoria, por las aulas de Jurisprudencia, por los cafés estudiantiles, por librerías de lance y de nuevo. Por bares, por piqueras, por figones. Sitios todos que frecuentábamos, como dijo Vasconcelos, por pobreza y por tristeza. Y, a ratos, por alegría, por apetencia de vivir. De aquel tiempo recuerdo los barrios y rincones capitalinos, sitios que sólo nosotros sabíamos. En esta calle, podía gustarse un dulce exquisito, preparado para unos cuantos clientes. En aquella otra, un antojo, no para satisfacer a un pobre, sino para ofrecer a un potentado. En este barrio, un plato, uno solo, pero único, en su doble acepción. En el de más allá, unos bocados siempre que el vaso de cerveza volviera a colmarse.

Se reunía con un *team* de amigos jóvenes del que salieron dos o tres mexicanos de condición excepcional: Salvador Toscano y Octavio Paz. Luego, tuvo otro, par de aquel en su prodigalidad de ingenios: Alí Chumacero y José Luis Martínez. Otra novena de amigos devinieron políticos, algunos otros, medianos escritores. De los primeros, un Presidente de la República y un senador que escribe, discute, dialoga a la manera vieja, a la manera griega, con la asistencia de los mejores filósofos de la antigüedad y de hoy.

¿Y José Alvarado, escritor? ¿Hace falta decir que es uno de los mejores? ¿Y José Alvarado, periodista? Me conformo con decir que es de la misma estirpe de Francisco Zarco: por el caudal de sus conocimientos, por la honradez con que cumple esa misión que escogió suya, por el hálito de humanidad que pervade sus artículos.

Cualquiera puede predecir si es discreto. Yo no lo soy en el sentido de sabio, pero me atrevo a predecir que será un rector de excepción.

Y como amigo, ¿cómo es José Alvarado? Respondo que lo es ejemplar, pronto siempre a perdonar los yerros y a proclamar los aciertos. ¿Se quiere más? Esto: es un mexicano a todas horas.

26 de noviembre de 1961

Miguel N. Lira y César Garizurieta

Mal año ha sido éste para las letras nacionales. En rigor, todos lo son, sino que no siempre pierde uno amigos escritores. Desde que ejerzo esta nobilísima tarea de escribir para periódicos, vengo registrando anualmente las bajas que México padece en el campo de las letras, que a veces también lo son en otro aspecto: en el humano, porque no hay verdadero artista que no sea previamente hombre verdadero.

Muchos fueron los literatos mexicanos que dejaron de existir en 1961. A todos consagramos en *El Nacional* un comentario necrológico, ya en esta *Alacena*, ya en *La Nota Cultural*. Algunos merecieron de otros periódicos los honores de la consagración y del recuerdo.

En la imposibilidad de mencionar a todos, consagremos esta columna a la memoria de dos que fueron nuestros amigos y compañeros de escuela: a Miguel N. Lira y a César Garizurieta. Los dos rindieron los ojos al iniciarse el año; los dos cayeron tristemente, y cuando su vida, como un árbol rumoroso, estaba poblado de trinos y de flores y de frutos en agraz. Era el uno de Tlaxcala, a la que consagró las más nítidas luces de su inteligencia y los impulsos más generosos de su apasionado corazón. Apareció temprano en las letras, intentando, primero el camino de Ramón López Velarde, que luego abandonó atraído por otros imanes, hasta que fue a encontrar la veta que mejor le acomodaba: la poesía popular, en la que inventó flores de perfecto colorido. Combinando el viejo romancero español y el corrido mexicano que es anterior a la Conquista, aunque otra cosa crean algunos discretos, compuso un libro que es el que mejor lo define: *El corrido de Domingo Arenas*. Quizá a Miguel no le gustara, y de hecho nunca le gustó, que se considerara ése su mejor libro, y es el género en que se encontró a sí mismo, después de darle la vuelta al mundo. Pero no

hay poeta mejor que Juan Pueblo, ese poeta sin nombre al que no hay poeta de oficio que pueda igualar. Un juglar, eso era Miguel N. Lira, no sólo por la facilidad sino por el número de hallazgos poéticos con que su obra se adorna. Cuando se lo dijimos, movió la cabeza en señal de inconformidad. Pero se lo dijimos como elogio, tal como ahora lo repetimos.

Murió solo y triste y abandonado. Sin queja y con una resignación que se dijera de los tiempos viejos, de cuando los hombres morían de pie y mientras caminaban. Recuerdo que en estos días hace un año nos envió un soneto en que daba gracias a Dios por mantenerlo vivo. Un mes después, cerraba los ojos.

Dos meses más tarde se nos fue César Garizurieta, en circunstancias que contradecían toda su historia y su leyenda y su fábula y su mitología. ¿Cómo aquel hombre que parecía haber tomado la vida por su lado amable, intrascendente, se escapó por la puerta del suicidio? Es verdad que Garizurieta vivió un poco fuera de la realidad, dijéramos del mundo. Yo recuerdo una frase de su amigo y compañero de aventuras y desventuras, Efrén Hernández, referida a los dos que es como la clave de sus vidas. Dijo *Tachas*: “Todos se rieron, menos Garizurieta y yo, que no somos de este mundo.” A cerca de un año de su muerte, nos damos bien cuenta que estuvo entre nosotros como de paso, como prestado, en unas vacaciones en la tierra. No lo mató la vida, no lo mató la muerte, ni lo mataron las circunstancias del medio. César Garizurieta sencillamente se fue, se volvió al sitio de donde vino, que no sabemos cuál fue.

Lo que Garizurieta escribió contiene entre líneas vagas nostalgias de mundos lejanos y como irreales. Estuvo entre nosotros, pero nosotros no pudimos ver ni medir el tamaño de sus infortunios, que él velaba con esa sonrisa que es como la flor de los años y de la sabiduría. Tan inesperada fue su muerte que tardamos en creerla y en desistir del antojo de escribirle una carta y de la esperanza de que nos llegara una suya, justamente porque siempre creímos que se había vuelto a su tierra, a aquella de donde vino, sin que sepamos cuál fuera. Con los dos compartí dichas y penas, y un tiempo, el mejor: el de la juventud que es como una isla de oro. Mientras los encuentro, dejo ahora sobre sus tumbas una rosa y en la rosa una lágrima.

3 de diciembre de 1961

Horas dominicales

Y ahora, ¿sobre qué esta *Alacena*? Es domingo. Me he quedado en casa todo el día, en compañía de mis libros que son los mejores conversadores, los más constantes amigos, los más cargados de noticias y de recuerdos. Decía mi paisano, el presbítero José Antonio Gay, que viviendo en el retiro y en el aislamiento de los hombres, es sin embargo posible gozar de amena y sabia conversación, siempre que se tiene buen ánimo para trabar amistad con los libros. De aquel trato y de aquella amistad, nació su *Historia de Oaxaca*. De la frecuencia dominical a esta pequeña biblioteca, obtengo muchas cosas, entre otras, la de pacificarme y olvidar las pequeñas peripecias de la vida, viendo qué tan grandes fueron las de alguno de los autores cuyos libros tengo ante los ojos. A veces hasta parece que oigo charlar a sus autores, discutir, quejarse, reír, y no se vaya a creer que es ésta una mera divagación, una mera pompa de jabón, una luz de bengala, un recurso para cubrir el campo de nieve de una página. No. Cuando me viene a la memoria una lectura, llega acompañada de todo el cuadro en que ocurrió: el año, el día, el color de la luz, la canción que entonces estaba de moda; recuerdo qué pena alejó, qué dicha trajo, y el juramento que renovó de persistir, de mantenerse fiel a la palabra que le dimos a la vida. Si recuerdo una página dada, el momento aparece ante mis ojos y con ella la risa y la sonrisa que produjo; la alegría o la tristeza que trajo; los incidentes de un viaje a una tierra remota y huraña. No resisto el impulso de localizar aquel capítulo, aquel renglón del libro que promovió el recuerdo. Y ésa es la razón de muchas de mis lecturas.

Hoy, por ejemplo, ha llegado a mi mesa el último número de *Nivel*, la gaceta del gran lírico colombiano Germán Pardo García. Allí encuentro poemas de Xavier Villaurrutia, y uno, inédito, de Porfirio Barba Jacob. ¿Qué ha ocurrido? Ha ocurrido que he dedicado el día a releer al autor de *Canciones y elegías*. El poema que aludo recuerda en gran manera a otro famoso suyo: “Los desposados de la muerte”, del año de 1919, siendo ése otro, tal vez del 23. Como dijo Pablo Neruda de sus poemas, hay en el de Barba Jacob, mezcla de voces ajenas, de sílabas que el lector pueda encontrar en otros poemas, pero que el poeta inventaría si otros no lo hubieran inventado. Hay allí huellas de Ramón López Velarde, de José Asunción Silva, de Amado Nervo, de Manuel Gutiérrez Nájera, pero hay sobre todo, el aliento, el tono inconfundible de Ricardo Arenales, digo, de Barba Jacob.

Con frecuencia recibo la visita de amigos con quienes converso de mil cosas, cantamos canciones, remontamos el río de la vida hasta la lejana infancia, hasta el remoto pueblo natal: extremo recurso, arbitrio éste que permite poner un poco de luz en el día nublado. Cuando el interlocutor es un literato, que con frecuencia lo es, se habla de las dos repúblicas, para que se cumpla aquella afirmación de que son inseparables, que la una construye a la otra y que ella no existe sin letras propias. ¿La patria libre y la letra esclava? No puede ser. Tal vez por ello los mejores escritores se completan en la acción política, con la prédica y el ejercicio de una literatura con rostro que la identifique.

El domingo pasado estuvo Raúl Renán González. Éste, Daniel Moreno. ¿Y de qué íbamos a hablar si no de la literatura nacional? De los que la hacen, de los que sacan provecho de ella, de libros que un día brillan y al otro se apagan; de la propaganda que permite una moda fugaz; de los libros con clave, para iniciados; de las camarillas; de los guerrilleros y montoneros de las letras; de fray Servando, de Domingo F. Sarmiento, de José Vasconcelos; de los que usaron la pluma como si fuera machete: para abrir brechas en la frágil realidad nacional. De los que escribieron para desaburrirse, como quien hace calceta y pasamanería francesa. Pero también de los que con mal estilo, con escasa gramática, en medio de tropiezos y caídas, dejaron libros que hay que superar antes de condenarlos, como es frecuente entre algunos jovencitos.

Así pasan las horas dominicales. Así, divagando, llega la noche, como ahora, mientras cuento los afanes de un día, llego al fin de esta *Alacena*.

10 de diciembre de 1961

Curiosidad del zapoteco

Cibeles: Esta palabra *mexa* que encuentras asociada al nombre de tu bisabuela paterna Bárbara Pineda, es uno de los más extraños hispanismos en el zapoteco. Quiere decir “blanco, blanca”, refiriéndose a personas y, a veces, a los animales, ya que el zapoteco tiene palabras propias para designar ese color, como tú sabes. Porque Bárbara Pineda, en efecto, tenía los ojos azules y la piel muy blanca: *Mexa* Bárbara, que era como la nombraban, quería decir, pues, “la blanca Bárbara”.

Lo primero que me llamó la atención fue que existieran las dos formas de masculino y femenino: *mexo* y *mexa*, cuando el zapoteco no forma así los géneros, por la terminación, sino posponiendo al sustantivo la partícula que señala el sexo. La palabra, evidentemente, no era zapoteca, sino la corrupción de una voz española, pero ¿cuál era esta voz? En la forma femenina, salvo su pronunciación, contiene las mismas letras que el hispanismo con que nombramos la mesa del comedor, por ejemplo. Pero seguramente que no era la misma palabra. La idea de descubrir su verdadero significado me vino cuando hace treinta años inicié el trabajo de reunir los hispanismos en el zapoteco, que ya considero, si no concluido, sí hasta el punto en que yo puedo llevarlo.

La palabra no es zapoteca. En eso estarán de acuerdo todos conmigo. Hay, además de la ya apuntada, otras razones, de las cuales voy a tomar una más, y es que la encuentro asociada a la palabra *tchel* con que los mayas designaron a los españoles, es decir, a los blancos, a los rubios. A un viejo cabecilla de nuestras guerras locales, le apodaban *Mexu* Chele, es decir, el blanco-blanco. Si su connotación y denotación fueran propias de nuestro idioma, ¿tú crees, Cibeles, que iban a usar esas dos formas? En efecto, el cabecilla de referencia, era más que blanco: era albino, palabra que si tuvimos en zapoteco, no la recuerdo ahora.

La palabra *mexu*, viene de mejor, pronunciada a la manera española de los días de la Conquista. La forma *mexa* de “mejora”, como quien dice. El que era de piel blanca era mejor, de acuerdo con los prejuicios raciales que trajeron los conquistadores. Tú recuerdas a tus tíos paternos; todos son muy morenos, de rasgos muy indígenas. Entre ellos, yo resulto blanco, de raza europea. Pues bien, en la casa, cuando éramos niños, y llegaban visitas que no fueran del pueblo, tu abuela me traía para presentarme, diciendo: “Éste es el mejor, es el blanquito”, es decir, el *mexu*. Porque, sabes, Cibeles, en México no hay discriminación en nuestras leyes, ni en las relaciones sociales, pero la hay en nuestro lenguaje, sobrevive en muchas prácticas. ¿Has visto alguna vez que algún locutor anuncie, por ejemplo, un jabón para mantener la piel morena? ¿Has visto a algunas de las sirvientas ponerse lacio el pelo? No. El jabón es para blanquear la piel, que ellos llaman cutis. El pelo, rizarlo, porque eso aleja de lo nativo y aproxima a lo español, esto es, mejora.

Todavía algo más, Cibeles. Esa palabra “chele”, que como ya te dije viene del maya *tchel*, existe en el idioma zapoteco de nuestros días con la signi-

ficación de pistolero, guardaespaldas, achichinque, en recuerdo al famoso cabecilla *Mexu* Chele.

Hasta aquí por hoy, hija. Ya te contaré otro día alguna otra curiosidad del idioma zapoteco, en relación con el español y con el náhuatl, que he logrado establecer a fuerza de mucho trabajo.

17 de diciembre de 1961

Juárez, en la imaginación popular

Hace algún tiempo me propuse recoger todas aquellas expresiones en que se encontraba el nombre de Benito Juárez, no sólo como mera curiosidad folklórica, sino para descubrir el impacto que su nombre y sus acciones han causado en la mentalidad mexicana. No hablo ahora de las leyendas que corren con su nombre, y que nacieron desde que estaba vivo, sino de lo que luego de muerto, cuando ya su nombre era parte de la herencia colectiva, inventó el pueblo en dichos, dicharachos y frases similares. Algunas de esas expresiones no son a veces del todo respetuosas, pero se encubre tan bien su sentido, que a más de ingeniosas, vienen a ser de nuevo, signos de admiración. No puedo reproducir aquí alguna que sirviera de ejemplo, pero estoy seguro que todos la recuerdan. Es aquella que alude al famosísimo Ministro de Hacienda, José Ives Limantour, célebre, pero no tanto como para equipararse a don Benito, en el sentido del dicho que recuerdo.

Las otras son más sencillas y pueden entrar a la casa de todos, y de hecho allí están en nuestro lenguaje diario. “A mí me hace lo que el aire a Juárez.” Y si el interlocutor pregunta qué fuera lo que le hizo, se agrega: “Nomás le ladeó el sombrero.” Con lo cual quiere ponderarse que contra el gran oaxaqueño, nada se puede. Cuando cruzó las desiertas soledades del Norte, el “norte” no le hizo nada, no alteró su dignidad, no descompuso su indumentaria; sólo el sombrero de copa, por un instante, parecía que perdía el equilibrio.

La otra es más sencilla, más coloquial, y la he oído en el Bajío, nunca en otros lugares, en esta ciudad, por ejemplo. Preguntaba yo una vez, a una muchachita por un sitio al que tenía necesidad de visitar. Levantando la mano dijo: “Queda hasta casa de Juárez.” No entendí muy bien. Pensé de momento que se trataba de algún señor con ese apellido que viviera por ahí. Sonrió la

niña y me dijo: “No, señor, quiero decirle que la casa está muy lejos, muy alto, vamos.” Y me quedé pensando en que realmente la casa de Juárez estaba muy lejos, en Guelatao; muy alta, muy encumburada, en un lugar muy difícil de llegar; en el cielo, vamos.

Ayer nomás, mientras recorríamos un penoso camino de Oaxaca, uno de mis compañeros, ante la majestuosidad de la sierra y porque todo el ámbito estaba lleno del nombre de Juárez, recordó otra de estas expresiones, esta vez en verso. Supone la cuarteta que Juárez abandonó su pueblo, y el lago de su pueblo, harto de padecer miserias y abandono. Y al formular la cuarteta se hizo el propósito de no volver jamás a su tierra, cosa que en verdad ocurrió; jamás volvió a Guelatao; nunca más a la ciudad de Oaxaca, después que la abandonó a fines del 57. De los cuatro versos, sólo estos dos pueden escribirse:

*Adiós, Guelatao querido,
de tus montañas me alejo...*

Ese mismo día que digo, se inauguró la Presa que lleva su nombre. Preside esa grandeza, su gran estatua. Sobre la roca nativa se encuentra grabada una de sus sentencias, ya retocada por la voz popular, convertida ya en parte del acervo literario de los oaxaqueños. Es aquella que comienza así: “Todo lo que México no haga por sí solo para ser libre...” El texto se aparta del original, lo altera, lo aparta un poco de su recto sentido. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Se trata de una transcripción errónea? Mejor quiero pensar que está repetido de la fuente oral, que ya registra la colaboración popular.

Porque eso es lo que ha ocurrido con el señor Juárez: se le ha hecho un personaje de leyenda, se le han inventado hechos que no realizó, pero que pudo; se le atribuyen frases, anécdotas que acaban de configurarlo; se retocan sus escritos; se incorpora su nombre al folklore.

¿Cuántas más expresiones existen que no conozco? ¿Cuántas más se irán haciendo?

24 de diciembre de 1961

García Narezo y las mujeres del Istmo

José García Narezo es un joven pintor español. Hijo de Gabriel García Maroto, escritor y pintor. José si no niño, vino chico a México, aquí pasó su juventud y ha vivido su madurez, así hombre como artista. Hecho al ritmo secular indoamericano, ha querido conocer a México, en sus gentes, en sus paisajes, en sus mercados y en sus fiestas. En ese afán, y atrapado por la magia de Lorenzo Carrasco, hizo un viaje a Juchitán, durante unas fiestas famosas. ¿Con cuál de las tierras que ya conocía García Narezo pudo comparar a esta áspera, bronca, cruel del Istmo? Con otras de México, imposible: junto con la de Yucatán, la del Istmo de Tehuantepec es la que tiene un dibujo más personal. Desde luego el imperio de las mujeres, doñas y señoras, es decir, dos veces dueñas de aquellas tierras, en otro tiempo quizá pobladas de amazonas, matronas y “matriarcas”, si puede decirse así. Un suelo caliente en que esas mujeres caminan descalzas, trabajan hasta muy bajo el sol y muy alta la luna, sin pausas, mientras atienden los otros pequeños menesteres de la vida diaria. Un mercado lleno de rumores, de idioma indio, de mujeres que ríen con la boca o con las manos, aunque parezca un contrasentido. Viajero: cuando veas que una juchiteca aplaude sin motivo, es que se está riendo. Unas mujeres que cuentan, de un puesto a otro puesto del mercado, episodios tremendos, de la más estricta intimidad, mientras otras mujeres escuchan, y luego celebran con una carcajada o con aplauso, que entonces tiene su doble connotación. Todo esto pudo ver García Narezo, con un azoro que ya me imagino, con una sonrisa que es como la luz del entendimiento. Pero también pudo advertir que bajo aquella costra caliente, palpataba una ternura, igual que en pecho de sus gentes. Aquellas mujeres, aquellos hombres de apariencia tan bronca, tenían que hacerse violencia para no derramar ternezas y lágrimas. José García Narezo vivió feliz en Juchitán, como ya antes, Walt Sjolander.

Volvió a la ciudad de México, contando las cosas que vio, porque para eso se viaja, para contar ahora y cuando ya estemos viejos, lo que vimos en lejanos días y en lejanas tierras.

Un día, cuando ya lo visto estaba ordenado en sus recuerdos, García Narezo pintó el retrato de una matrona juchiteca, a quien observó bajo la gran sombra de la gran higuera tutelar, tejer y guardar la casa. José pintó el retrato de Simeona Ortiz, madre de su anfitrión: una mujer en cuya figura se resume

cuanto el artista miró y sintió: un cuadro con los pies sobre la tierra. Está Simeona Ortiz, dueña y señora e su casa, en su ambiente propio, como saliendo de un fuego purificador, recia y fuerte, a la vez que serena y concentrada. No encuentran sus ojos dónde posarse de tan lejanas que son sus visiones, de tan largo que es el camino que esta juchiteca ha andado con el fardo de alegrías y de tristezas, que es toda vida, al hombro. Pero se le mira llena de conformidad y resignación, dos cosas que sólo alcanzan los que han logrado vislumbrar el tamaño del mundo, han cantado junto a la cuna donde el niño llora, han llorado junto a la urna donde el hombre calla.

En una sola madre pintó García Narezo a todas las de Juchitán. En una sola casa, todas las del pueblo. Cuando estuve frente al retrato de Simeona Ortiz, creí estar frente al retrato de Martina Henestrosa o de Nicandra Pineda; me creí hijo de todas las juchitecas. Nada le dije al pintor, pero bendije su obra; nada le dije a Lorenzo Carrasco, pero me sentí más que nunca, su hermano adoptivo.

31 de diciembre de 1961

Índice onomástico

A

- ABADIANO Y VALDÉS, Luis, 453
ABOGADO, Enrique L. 449
ABREU GÓMEZ, Ermilo, 27, 129, 234, 301, 325, 369, 458, 459, 600, 601, 711, 713, 799
ACEVEDO ESCOBEDO, Antonio, 82, 134, 143
ACEVEDO, Herminio, 473
ACEVEDO, Jesús T., 587, 644
ACKERMANN, Rudolf, 729, 731
ACUÑA, Manuel, 10, 166, 221, 294, 344, 409, 410, 449, 460, 467, 468, 479, 598, 622
ADRIANO, 795
AGREDA Y SÁNCHEZ, José María de, 187
AGÜERO, fray Cristóbal de, 419
AGÜEROS, Victoriano, 668
AGUIRRE, Ignacio, 83
AGUIRRE, Manuel Benito, 773
AGUIRRE, Norberto, 366
AHUMADA, Herminio, 113, 312, 313, 419, 420
ALAMÁN, Lucas, 11, 43, 117, 118, 161, 162, 452, 541, 583, 590
ALAMINOS PEÑA, Luis, 362
ALATORRE, Antonio, 728
ALBA, Pedro de, 26
ALBAREDA, Ginés de, 504, 511
ALBERDI, Juan Bautista, 69, 134, 526, 553
ALBERTI, Rafael, 428
ALBERTOS TENORIO, Ernesto, 618
ALCALÁ, Macedonio, 306, 426, 682
ALCALDE, Joaquín M., 689
ALEGRÍA, Ciro, 518
ALEGRÍA, Claribel, 146, 147
ALEGRÍA, Fernando, 735, 792
ALFARO, Anselmo, 467
ALFARO SIQUEIROS, David, 39
ALFAU DURÁN, Vitelio, 577
ALFIERI, Víctor Conde de, 726
ALGARA, Ignacio, 357
ALLENDE, Ignacio, 111, 242
ALLIVONE JANVIER, Tomás, 258
ALONSO, Dámaso, 27, 749, 754, 755
ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, 20, 28, 35, 56, 135, 136, 139, 176, 180, 190, 219, 247, 251, 258, 262, 299, 316, 339, 349, 423, 427, 445, 470, 526, 544, 558, 572, 588, 611, 620, 621, 626, 633, 634, 642, 683, 685, 689, 705, 734, 745, 771
ALTOLAGUIRRE, Manuel, 103
ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, 252
ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando de, 423, 546,
ALVARADO, José, 90, 528, 553, 802, 803, 804
ALVARADO, Pedro de, 203
ÁLVAREZ, Griselda, 788
ÁLVAREZ BRAVO, Lola, 410, 424, 425
ÁLVAREZ, Manuel Francisco, 122, 665
ÁLVAREZ ACOSTA, Miguel, 295, 529
ÁLVAREZ, Rosario, 498
AMADO, Jorge, 607
AMADOR C., Armando, 260
AMADOR, Severo, 430
AMÉZAGA, Carlos G., 12, 445, 446, 597, 606
AMIEL, Federico, 352
AMIEVAS, Ignacio, 281

- AMOR, Pita, 597
 ANCONCA ALBERTOS, Antonio, 203, 204
 ANDERSON IMBERT, Enrique, 735, 771
 ANDRADE, Vicente de Paula, 683
 ANDRÉ, Marius, 117, 118
 ANDREIEV, Leónidas, 90
 ANGEL, Abraham, 226, 249, 250
 ANGUIANO, Raúl, 623, 794
 ANTEPARA, Luis, 11, 12, 110, 111, 175, 450
 ANTÚNEZ, Francisco, 82, 83
 APELES, 589, 625
 APELLO CORBALUCHO, Juan Carlos de, 512
 ARAIZA, Concha, 597
 ARANGO Y ESCANDÓN, Alejandro, 357, 496, 700, 745
 ARBILE, Rosa, 498
 ARELLANO, Jesús, 114, 120, 372, 373
 ARENALES, Ricardo, 593, 806
 ARENE, Paul, 411
 ARETINO, 25
 ARGUEDAS, Alcides, 772
 ARIAS, Oswaldo, 343
 ARNÁIZ Y FREG, Arturo, 36, 53, 117, 450
 ARRANGOIZ Y BARAZÁBAL, Francisco de Paula, 728
 ARRIAGA, Ponciano, 586
 ARRILLAGA, Basilio, 728
 ARRÓNIZ, Marcos, 43, 357, 700
 ARROYO, fray Esteban, 561
 ARRUÉ, Juan de, 625
 ARTAUD, Antonin, 638, 639
 ARUS, Mercedes, 498
 ARVELO, Rafael, 745
 ASHAVERUS, 643
 ASTURIAS, Miguel Ángel, 519, 607
 ASÚNSOLO, María, 549
 ATAHUALPA, 697, 741
 ATTOLINI, José, 301
 AUB, Max, 540
 AUSTIER, 290
 ÁVILA CAMACHO, Manuel, 616
 ÁVILA VÁZQUEZ, 357
 AVIRANETA, Eugenio de, 433
 AZORÍN, 777, 778
 AZUELA, Mariano, 74, 75, 97, 143, 236, 283, 311, 422, 519, 555, 646
- B
- BABLOT, Alfredo, 35, 37, 644
 BADILLO, Josefa Heraclia, 498
 BALBUENA, Bernardo de, 342, 475
 BALMASEDA, Joaquina G., 498
 BALMORI, Santos, 522
 BAQUEIRO FÓSTER, Gerónimo, 150, 170, 351, 352, 480, 487, 715
 BARALT, Rafael María, 745
 BARANDA, Joaquín, 622
 BARBA JACOB, Porfirio, 292, 800, 806
 BAROJA, Pío, 433, 772, 777
 BARRADAS, Isidro, 111, 434
 BARRAGÁN DE TOSCANO, Refugio, 498
 BARREDA, Cástulo, 281
 BARRERA Y TRONCOSO, Manuel de la, 11, 110, 111
 BARRET, Mauricio, 411
 BARRET, Rafael, 330, 331, 480
 BATAILLON, Marcel, 491
 BATRES, Leopoldo, 123, 666
 BAUDELAIRE, Charles, 485
 BAUTISTA Y PATIER, Eladia, 498
 BAYO, Ciro, 276, 786
 Baz, Gustavo A., 449
 BÉCQUER, Gustavo Adolfo, 473, 480, 484
 BELAUNZARÁN, Francisco, 53, 54
 BELLO, Andrés, 92, 656, 735, 745
 BELTRÁN, Alberto, 347
 BENÍTEZ, Fernando, 153
 BERGAMÍN, José, 605, 681
 BERISTÁIN DE SOUZA, José Mariano, 47
 BERMÚDEZ, Antonio J., 717, 718
 BERMÚDEZ DE CASTRO, Diego Antonio, 418
 BERMÚDEZ, María Elvira, 762
 BERNADET, J., 304
 BERUETE Y ABARCA, Miguel, 11, 116
 BETANCOURT, Gaspar, 725
 BETOTTO, José Guillermo, 331
 BEYER, Hermann, 652
 BIANCHI, Alberto G., 449
 BIART, Luciano, 93, 94, 653, 654, 655
 BILBAO, Francisco, 253
 BIOY CASARES, Adolfo, 292
 BLANCO, Andrés Eloy, 311, 312, 313, 588
 BLANCO WHITE, José María, 298, 500, 726

- BLANCO MOHENO, Roberto, 130, 131
 BLAS SÁNCHEZ, José, 482
 BLAS SANTAELLA, José, 427, 482
 BLOOM, Franz, 116, 653
 BOHÓRQUEZ, Abigail, 421
 BOILEAU, Nicolás, 502
 BOLAÑOS CACHO, Miguel, 473
 BOLAÑOS CACHO, Raúl, 144
 BOLÍVAR, Simón, 253, 779
 BONARD, Silvestre, 732
 BONIFAZ NUÑO, Rubén, 373, 518
 BONNETAIN, Paul, 411
 BORGES, Jorge Luis, 234, 292, 523, 607, 655, 731
 BORONAT, Guadalupe, 498
 BOSCÁN, Juan, 496
 BOTAS, Andrés, 310, 403, 675
 BOTAS, Gabriel, 31, 309, 310, 311
 BOW, Clara, 596
 BRAKEL-VELDA, Barón de, 676
 BRANCIFORTE, Marqués de, 388
 BRANON Y DE SALARRUÉ, Carmen, 146
 BRASSEUR DE BOURBOURG, Carlos Esteban, 359, 360, 569, 615, 624, 630, 631, 793
 BRAVO, Nicolás, 434
 BRECEDA, Alfredo, 403
 BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel, 403
 BUCARELI Y URSÚA, José María de, 203
 BULNES, Francisco, 25, 37, 51, 52, 122, 381, 528, 648, 664, 684, 802
 BURGOA, fray Francisco de, 284, 285, 286, 427, 473, 499, 560, 561, 589, 625, 693, 707, 710
 BURGOS, Carmen de, 667
 BURKE, William J., 731
 BUSTAMANTE, Anastasio, 590
 BUSTAMANTE, Carlos María de, 43, 44, 50, 85, 116, 161, 452, 453, 541, 552, 561, 583, 586, 591, 604, 626, 684, 724, 728, 775
 BUSTAMANTE, Octavio N., 302
 BUSTILLOS, José María, 12, 409
 BUTLER, Samuel, 107
 BYRON, Lord, 485, 726, 728
- C
- CABALLERO, Manuel, 416, 467, 621, 622
 CABRERA, Ana María, 498
 CABRERA, Miguel, 306, 426, 473, 681
 CADALSO, José, 746
 CADENA, Longinos, 254, 255
 CAFFAREL PERALTA, Pedro, 463
 CAJIGAS, Cipriano de las, 762, 763
 CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, 468
 CALDERÓN, Celia, 599, 600
 CALDERÓN, Fernando, 451, 726
 CALDERÓN DE GARCÍA, Ignacia, 498
 CALDERÓN, Luis, 449
 CALDERÓN DE LA BARCA, Madame, 33, 106, 109, 299, 640, 650, 651
 CALERO QUINTANA, Vicente, 357
 CALOCA, Lauro G., 362
 CAMP, Joan, 530
 CAMPO, Ángel de, *Micrós*, 58, 59, 70, 75, 85, 86, 129, 130, 188, 189, 190, 212, 216, 234, 235, 338, 380, 438, 552, 601, 622, 774, 775
 CAMPO, Germán de, 90, 245, 246
 CAMPOAMOR, Ramón de, 484
 CAMPOS ALATORRE, Cipriano, 143, 235
 CAMPOS ARREDONDO, Isabel, 498
 CAMPRODÓN, Francisco, 700
 CAMUS, Albert, 529
 CANDAMO DE ROSA, Dolores, 498
 CANO, fray Juan, 88
 CÁNOVAS DEL CASTILLO, 475, 765
 CAPDEVILA, Arturo, 431
 CARAVIA HEVIA, 522
 CARBAJAL Y ROSAS, 622
 CARBALLO, Emmanuel, 224, 384, 408, 412
 CÁRDENAS, Lázaro, 639
 CARDONA PEÑA, Alfredo, 229, 309, 344, 398, 792, 794
 CARDOZA Y ARAGÓN, Luis, 460, 698
 CARDUCCI, Giosué, 728
 CAREAGA, Martín, 451
 CARLOS IV, 10, 387, 388
 CARLOTA, emperatriz, 182, 394, 651, 660
 CARMONA, Jorge, 24, 63, 726, 727
 CARPENTIER, Alejo, 32, 486
 CARRANCÁ Y TRUJILLO, CAMILO, 127, 128, 252, 254, 400
 CARRANZA, Venustiano, 626
 CARRASCO, Lorenzo, 811, 812

- CARREÑO, Alberto María, 114, 716, 719
 CARRERA Saqui, Mario, 465
 CARRETO, Rosa, 498
 CARRIEDO, Adalberto, 473, 561
 CARRIEDO, Juan Bautista, 692, 693, 709, 710
 CARRILLO, Adolfo, 24, 25, 380
 CARRILLO, Alfonso, 727
 CARRILLO GIL, Alvar, 601, 602
 CARRILLO, Rogaciano, 24, 75
 CARRILLO MADRIGAL, Salvador, 534, 535
 CARTER, Boyd G., 675
 CARVAJAL, Bernardino, 473
 CARVAJAL, Luis de, 151, 154, 155
 CASAL, Julián del, 410, 465, 466, 467, 621
 CASAS, fray Bartolomé de las, 331, 398
 CASASÚS, Joaquín D., 513
 CASO, Alfonso, 123, 571, 666
 CASO, Antonio, 403
 CASTAÑEDA, fray Juan de, 88
 CASTAÑÓN, Jesús, 12, 437, 453, 627
 CASTELAR, Emilio, 28, 63, 272, 384, 727, 781
 CASTELLANOS QUINTO, Erasmo, 354, 355, 356, 362
 CASTELLANOS, Julio, 347
 CASTELLANOS, Rosario, 513
 CASTERA, Pedro, 412, 467
 CASTILLO, Florencio M. del, 239
 CASTILLO NÁJERA, Francisco, 103, 361
 CASTILLO Y LANZAS, Joaquín María del, 111, 175, 451
 CASTRO, Américo, 548
 CASTRO LEAL, Antonio, 23, 45, 73, 167, 189, 191, 192, 413, 491, 493, 494, 504, 505, 586, 605, 606, 683, 738
 CATULO, 289
 CAVEDO, Antonio, 586
 CEBALLOS, Celia de, 629
 CEBALLOS, Ciro B., 430, 431
 CEBALLOS, Juan Bautista, 451
 CEBALLOS, Ramón de, 539, 540
 CELADA, Fernando, 404
 CEPEDA WINCKFIELD, Alfonso, 795
 CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, 85, 180, 247, 393, 490, 523, 594, 801
 CETINA, Gutierre de, 142, 205
 CHACÓN, Martiniano, 229, 230
 CHACÓN, Nazario, 229
 CHAMBERS GOOCH, Fanny, 33, 106, 299, 640, 641
 CHAPLIN, Charles, 596
 CHARENSOL, George, 685
 CHARNAY, Désiré, 624
 CHARNAY, Isidore, 359, 793
 CHÁVARRI, Enrique, 188, 189, 315, 438, 622, 774, 775
 CHAVERO, Alfredo, 25, 289, 308, 689, 690, 714
 CHÁVEZ, Carlos, 97
 CHÁVEZ, Nabor, 688, 783
 CHUMACERO, Alí, 292, 426, 522, 762, 803
 CIJDAD-REAL, fray Antonio de, 88, 89, 94, 95, 96, 486
 CICERÓN, 726
 CID, 474, 475, 594, 764, 765
 CIFUENTES, Rodrigo, 40
 CISNEROS, José Antonio, 700
 CLAUDEL, León, 411
 CLAVIJERO, Francisco Javier, 33, 73, 99, 184, 326
 CLEOPATRA, 360, 615, 616, 631, 793
 COCTEAU, Jean, 391
 COIGNARD, Gerónimo, 732
 COLLADO, Casimiro del, 281, 316
 COLÓN, Cristóbal, 398, 459, 570
 CONCHA, Andrés de la, 589, 624
 CONFUCIO, 557
 CONNELLY, Ciry, 580
 CONQUISTADOR ANÓNIMO, 99, 273
 CONTRERAS, Francisco, 208
 COOPER, Fenimore, 728
 COQUET, Benito, 303
 CÓRDOBA, Tirso Rafael, 745
 CÓRDOVA, fray Juan de, 668
 CORNEJO, Manuel M., 705
 CORONADO, Carolina, 498
 CORPANCHO, Manuel Nicolás, 689, 743, 753, 777
 CORREA SARABIA, Luis, 157, 552, 553
 CORTÉS JUÁREZ, Erasto, 347, 348, 349
 CORTÉS, Hernán, 42, 46, 165, 457, 570, 584, 615, 624, 630, 704
 CORTÉS, José Domingo, 12, 56, 57
 CORTÉS, Martín, 430
 CORTEZ, María del Carmen, 498
 CORTINA, Conde de la, 40

- COSÍO VILLEGAS, Daniel, 116, 360, 524, 615, 641
 COSMES, Francisco, 449
 COSMES, Francisco G., 684
 COSMES, Franz, 224
 COSTA, Joaquín, 399
 COURTELINE, Jorge, 411
 COURTILZ DE SUNDRAS, Graciano, 24
 COUTO CASTILLO, José Bernardo, 40, 173, 174, 220, 386, 450
 COVARRUBIAS, Miguel, 559, 560
 CRANE, Stephen, 750
 CRAVIOTO, Alfonso, 26, 362
 CROMWELL, 25, 381
 CRUZ, Manuel de la, 20
 CRUZ, San Juan de la, 228, 523
 CRUZ, Sor Juana Inés de la, 135, 189, 361, 385, 513, 521, 597, 620, 634, 678
 CUAUHTÉMOC, 185, 186, 320, 585, 778
 CUÉLLAR ABAROA, Crisanto, 586
 CUÉLLAR, José Tomás de, 58, 59, 84, 85, 239, 357, 380, 412, 684
 CUENCA, Agustín F., 362, 409, 415, 416, 449, 467, 507, 513, 515, 684
 CUESTA DE MIRANDA, Dolores, 498
 CUESTA, Jorge, 83, 121, 292, 605
 CUEVA, Mario de la, 407
 CUEVAS, Alejandro, 411, 412
 CUEVAS CHÁVEZ, Gloria, 412
 CUEVAS, José de Jesús, 634
 CUEVAS, José Luis, 602
 CUEVAS, Rafael, 26, 527, 528, 529, 698
 CUITLÁHUAC, 547
 CUMPLIDO, Ignacio, 311, 497

D

- D'ANNUNZIO, Gabriel, 728
 D'ORS, Eugenio, 69, 276, 511, 620
 DAFNIS, 436
 DALEVUELTA, Jacobo, 693, 732, 733
 DAMUJÍ, Hija del, 498
 DANTE, 669
 DARÍO, Rubén, 56, 177, 208, 209, 292, 447, 484, 519, 639, 656, 727, 749, 758, 792
 DAUDET, Alfonso, 411, 466

E

- DÁVALOS, Balbino, 636
 DÁVILA, Guillermo, 586, 587
 DEGOLLADO, Santos, 38, 585, 627, 648
 DELGADO, Juan B., 403
 DELGADO, Rafael, 190, 314, 622
 DENGO, Omar, 146
 DESSAIN DE MALINAS, M., 745
 DIAMANT, Gertrude, 107, 108, 109
 DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, 42, 89, 326, 327, 457, 486, 541, 570, 624, 672, 704
 DÍAZ, Carmen, 498
 DÍAZ CRUZATE, Cibrián, 755
 DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, 678, 734, 776
 DÍAZ COVARRUBIAS, Francisco, 545
 DÍAZ, Porfirio, 52, 381, 427, 616, 648
 DÍAZ MIRÓN, Salvador, 190, 224, 225, 304, 305, 445, 446, 461, 463, 603, 797
 DÍAZ BARTLETT, Tomás, 227, 228
 DICENTA, Joaquín, 403
 DIEZ CANEDO, Joaquín, 262
 DOMÍNGUEZ, Belisario, 627
 DOMÍNGUEZ COWAN, Nicolás, 20
 DONOSO, Armando, 331
 DORÉ, Gustavo, 475
 DOSTOIEVSKY, Fedor, 90, 143, 533
 DR. ATL, 367, 549, 566
 DRAKE, Francis, 673
 DROHOJOWSKA, Natalia, 34
 DROMUNDO, Baltasar, 67, 90, 124
 DUBOIS DE SALIGNY, Alfonso, 218, 689
 DUMAS, Alejandro, 411
 DURÁN, Rosa, 498
 DURAND, José, 789

- ELICES MONTES, Ramón, 271, 272, 273
 ELÍZAGA, Lorenzo, 12, 230, 455, 456, 457, 783
 ELIZONDO, Ignacio, 372
 ELIZONDO, José F., 684
 ELMORE, Edwin, 744
 ELORDUY, Ernesto, 436
 ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, 19
 ERCILLA, Alonso de, 73, 735
 ERRO, Luis Enrique, 361

- ERSKINE, Fanny, 33, 34
 ESCALANTE, Constantino, 12, 217, 218, 226, 247, 250, 347
 ESCALANTE, Félix María, 357, 700
 ESCOBEDO, Federico, 307, 482
 ESCUDERO, Rosa, 178, 179
 ESPINO, Rosa, 56, 57
 ESPINOSA PÓLIT, Aurelio, 729
 ESPRONCEDA, José de, 462, 700
 ESQUILO, 305
 ESQUIVEL MEDINA, Humberto, 522
 ESTEVA, Adalberto A., 635, 636, 637, 638
 ESTEVA, GONZÁLO A., 230
 ESTEVA, José María, 343, 441, 461, 463, 465, 700
 ESTEVES Y VALDÉS, Sofía, 498
 ESTRADA, Genaro, 84, 123, 124, 129, 145, 605, 686, 783
 EURÍPIDES, 305, 669
- F
- FABELA, Isidro, 609, 610
 FÁBREGAS, Virgina, 436
 FACIO, José Antonio, 590
 FARFÁN, Cristina, 498
 FAULKNER, William, 529
 FEIJÓO, Benito Jerónimo, 156
 FENELLOSA, Amalía, 498
 FENELÓN, 604
 FERNÁNDEZ MORENO, César, 291
 FERNÁNDEZ GRANADOS, Enrique, 512, 520
 FERNÁNDEZ LEDESMA, Enrique, 124, 202, 357, 383, 419, 440
 FERNÁNDEZ LEDESMA, Gabriel, 137
 FERNÁNDEZ DE ANDRADE, 755
 FERNÁNDEZ MAC GREGOR, Genaro, 628, 701
 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, 541, 656
 FERNÁNDEZ SUÑOL, Joaquín, 522
 FERNÁNDEZ DE CASTRO, José Antonio, 31, 32, 796
 FERNÁNDEZ CABRERA, Manuel, 626
 FERNÁNDEZ DE JAUREGUI, Martín, 449
 FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *El Pensador Mexicano*, 5, 8, 14, 17, 18, 50, 69, 70, 85, 116, 192, 199, 235, 296, 308, 338, 380, 388, 389, 390, 421, 437, 451, 567, 568, 584, 591, 603, 604, 605, 681, 718, 719, 746, 770, 774, 789
 FERNANGRANA, 622
 FERRER DEL RÍO, Antonio, 735
 FERRETIS, Jorge, 390
 FICHTER, William L., 768
 FIERRO, Martín, 103, 104, 271, 291, 292, 777
 FIERRO, Rodolfo, 283
 FIGUEROA, Pedro Pablo, 258, 259, 260
 FIGUEROA, Rodolfo, 405
 FLANDRAU, 108
 FLÉRIDA, 498
 FLORES, Edmundo, 750
 FLORES, Manuel M., 23, 409, 496, 545, 745
 FORTOUL, Gil, 746
 FRAGO, Alberto del, 449
 FRANK DE ANDREA, Pedro, 293, 294, 295, 309, 315, 415, 727, 791, 792
 FRÍAS Y SOTO, Hilarión, 10, 94, 202, 214, 215, 218, 219, 226, 239, 246, 247, 250, 440, 441, 653, 675, 684
 FRÍAS, José D., 105
 FRUGONI, Emilio, 331
 FUENTES, Aquiles, 448, 601
 FUENTES, Narcisa, 575, 576
- G
- GAGE, Tomás, 41, 42, 43, 624, 672, 673, 704
 GALÁN, Manuel, 522
 GALIANO, Alcalá, 700
 GALINDO Y VILLA, Jesús, 52, 53, 122, 139, 664
 GALINDO, Miguel, 650
 GALLARDO, Aurelio Luis, 407, 408, 409
 GALLEGOS, Rómulo, 200, 557, 607, 646, 740
 GALLIEN, Paul, 104
 GÁLVEZ DE MONTALVO, Luis, 142, 205
 GAMBOA, Federico, 644, 723, 724, 802
 GAMIO, Manuel, 379, 380, 493
 GAMIO, Rodrigo, 403
 GAMONEDA, Francisco, 644
 GAMOW, G., 656
 GANIVET, Ángel, 18, 115, 399, 404, 647
 GARCÍA, Concepción, 498

- GARCÍA, Telésforo, 601
 GARCÍA DE MENDOZA, Adalberto, 546
 GARCÍA DE QUEVEDO, Heriberto, 700, 745
 GARCÍA DE QUEVEDO, José Heriberto, 745
 GARCÍA FIGUEROA, Agustín, 449
 GARCÍA FIGUEROA, Francisco, 547
 GARCÍA GODINO, Pilar, 498
 GARCÍA GRANADOS, Rafael, 363, 364, 365, 366
 GARCÍA GUTIÉRREZ, Jesús, 47
 GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, 43, 45, 47, 72, 78, 115, 119, 187, 191, 257, 354, 418, 452, 495, 546, 561, 584, 668, 762, 770
 GARCÍA KOHLY, Mario, 278
 GARCÍA LORCA, Federico, 92, 332
 GARCÍA MAROTO, Gabriel, 374, 811
 GARCÍA NAREZO, José, 373, 374, 375, 811
 GARCÍA PIMENTEL, Luis, 434, 663
 GARCÍA TERRÉS, 202
 GARCÍA TORRES, Vicente, 10, 678, 684, 688, 773, 774
 GARCILASO DE LA VEGA, 496, 523
 GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, 203, 208, 327, 446, 547
 GARFIAS, Francisco, 504, 511, 512
 GARFIAS, Pedro, 412
 GARIBAY, Ricardo, 750, 751
 GARIBAY K., Ángel María de, 183, 297, 423, 554, 572, 645, 650, 656, 687
 GARIN, Nicolás, 533
 GARIZURIETA, César, 337, 338, 804, 805
 GARZA, Juan B., 449
 GASCÓN, Elvira, 146
 GASSO Y ORTIZ, Blanca de, 498
 GATES, William, 473, 563
 GAVARNI, 202, 215
 GAY, José Antonio, 270, 561, 710, 806
 GEDOVIVUS, Germán, 278
 GIL DE LA GUARDIA, Manuel, 155
 GODOY, Emma, 512
 GOETHE, 62, 79, 235, 316, 726
 GOGOL, Nicolás, 90, 533
 GOITIA, Francisco, 231, 232, 233, 492, 494
 GÓMEZ ARIAS, Alejandro, 26, 91, 138, 246
 GÓMEZ CARRILLO, Enrique, 772
 GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis, 498
 GÓMEZ DE LA CORTINA, José, 281
 GÓMEZ FARIAS, Valentín, 585
 GÓMEZ MAGANDA, Alejandro, 224
 GÓMEZ PALACIO, Martín, 403
 GÓMEZ PEDRAZA, Manuel, 590
 GÓMEZ ROBELO, Ricardo, 169, 587
 GÓMEZ SALAZAR, María, 498
 GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de, 19, 27, 41, 432, 496, 521
 GONZAGA ORTIZ, Luis, 239, 289, 290, 357
 GONZÁLEZ, Carmen, 498
 GONZÁLEZ VERÁSTEGUI, Esteban, 12, 226, 301
 GONZÁLEZ, José Antonio, 187
 GONZÁLEZ, José María Antonio, 684
 GONZÁLEZ, Manuel Pedro, 384
 GONZÁLEZ BOCANEGRA, Francisco, 10, 119, 240, 243, 245, 261, 262, 357, 670, 674, 700
 GONZÁLEZ CALZADA, Manuel, 553
 GONZÁLEZ CASANOVA, Henrique, 6, 309
 GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, 200
 GONZÁLEZ DE LA TORRE, 357
 GONZÁLEZ GOMAR, Manuel, 404
 GONZÁLEZ GUERRERO, Francisco, 119, 128, 190, 193, 410, 484, 497, 516, 555, 759
 GONZÁLEZ GUINÁN, Santiago, 745
 GONZÁLEZ LUNA, Efraín, 307
 GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique, 22, 78, 194, 318, 383
 GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, 75, 180, 309, 356, 357, 403, 430, 730, 789
 GONZÁLEZ ORTEGA, Jesús, 590
 GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, 72, 115, 167, 295, 362, 408, 409, 680, 770
 GONZÁLEZ PRADA, Manuel, 253, 379, 662, 703
 GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel, 195, 196
 GONZÁLEZ ROJO, Enrique, 256
 GORKI, Máximo, 90
 GOROSTIZA, Celestino, 426, 792
 GOROSTIZA, José, 518, 628
 GOROSTIZA, Manuel Eduardo de, 451, 501, 502, 700, 702
 GOSDWA DE GOSTKOWSKI, Gustavo, 315, 317
 GOYA, Francisco, 548
 GOYCURÍA, Domingo, 212, 458
 GRANADOS MALDONADO, Francisco, 12, 239, 675, 700
 GRANDMONTAIGNE, Francisco, 96, 797

- GRANVILLE, 218
 GRASES, Pedro, 564, 731, 732
 GRAY, Tomás, 746
 GRUENING, Ernest, 107
 GUAL, Manuel, 724
 GUARDIA, Miguel, 373, 551
 GUERRA, Amarante, 552
 GUERRERO, Dolores, 498, 597, 598
 GUERRERO, Enrique, 245, 420
 GUERRERO, Vicente, 434, 590
 GUEVARA, fray Miguel de, 114, 155, 491, 496,
 499, 500, 716, 719
 GÜIDO DE ICAZA, Ana, 471, 472
 GUIJO, Gregorio Martín, 190
 GUILLÉN, Fedro, 798, 799
 GUILLÉN, Flavio, 798
 GUILLÉN, Jorge, 600
 GUILLÉN, Nicolás, 133, 458
 GÜIRALDES, Ricardo, 646
 GURRIÓN, Adolfo C., 204, 268, 269
 GUTIÉRREZ, Eulalio, 148, 169
 GUTIÉRREZ, Felipe S., 399, 400, 401, 402, 403,
 408, 409
 GUTIÉRREZ, Francisco, 622, 623
 GUTIÉRREZ, Miguel, 414, 415
 GUTIÉRREZ Y BUENOSTRO, Salvador, 21
 GUTIÉRREZ CRUZ, Carlos, 260, 261
 GUTIÉRREZ, Rita Celestina, 498
 GUTIÉRREZ HERMOSILLO, Alfonso, 307, 427, 482,
 682
 GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, 8, 22, 190, 239,
 301, 314, 409, 412, 429, 446, 459, 492, 534,
 600, 620, 621, 622, 636, 661, 675, 683, 684,
 726, 733, 738, 758, 787, 806
 GUTIÉRREZ ZAMORA, José Manuel, 21, 449
 GUZMÁN, Francisco de P., 449
 GUZMÁN, Juan, 469
 GUZMÁN, Martín Luis, 74, 169, 283, 413, 519,
 535, 724, 802
 GUZMÁN, Raz, 469
- H
- HANS, Alberto, 457
 HASSEY, Carlos G. de, 469
 HEINE, Enrique, 62, 188, 728
 HENESTROSA, Alfa, 344, 345, 549, 623, 721, 722,
 796
 HENESTROSA, Andrés, 5, 225, 303, 428, 517, 521,
 737
 HENESTROSA, Cibeles, 165, 166, 344, 345, 444,
 807, 808
 HENESTROSA, Martina, 756, 812
 HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, 22, 36, 37, 38, 192,
 261, 328, 382, 404, 409, 437, 644, 744
 HENRÍQUEZ UREÑA, Max, 410
 HERAS, Néstor, 13, 165
 HEREDIA el mozo, 484
 HEREDIA, José María, 303, 386, 451, 457, 545,
 725
 HEREDIA, José María de, 598
 HEREDIA Y SARMIENTO, Joseph Ignacio, 98, 99
 HERMIQUE, León, 411
 HERNÁNDEZ CATÁ, Alfonso, 642
 HERNÁNDEZ, Efrén, 143, 236, 337, 805
 HERNÁNDEZ, Guadalupe, 590
 HERNÁNDEZ, José, 103, 291
 HERRÁN, Saturnino, 38
 HERRERA, Fernando de, 496, 726
 HERRERA, José Joaquín de, 239, 244
 HERRERA, María, 498
 HERRERA PETERE, José, 412
 HERRERA Y REISSIG, Julio, 26, 364, 420
 HERRERA Y TORDSILLAS, Antonio de, 541
 HESÍODO, 305
 HIDALGO, José Manuel, 728
 HIDALGO Y COSTILLA, Miguel, 111, 117, 118, 245,
 371, 372, 573, 779
 HIGAREDA, Alfredo, 449
 HOFFMANN, Ernst Theodor Wilhelm, 194, 728
 HOMERO, 305, 553, 557, 597, 669
 HORACIO, 18, 502, 726, 751
 HORTA, Aurelio, 634
 HUERTA, Adolfo de la, 431
 HUERTA, Efraín, 86, 373
 HUERTA, Félix Antonio, 47
 HUERTA, Victoriano, 632, 744
 HUGHES, Langston, 111, 112, 113
 HUMBOLDT, Alexander von, 33, 651, 672
 HURTADO DE MENDOZA, Juan, 749, 754
 HUXLEY, Julien, 759

I

IBARRA, Guillermo, 372
 ICAZA, Francisco A. de, 224, 226, 484, 777
 IDIÁQUEZ, José María, 144
 IDUARTE, Andrés, 21, 48, 55, 303, 458
 IGLESIAS, José María, 689, 714
 IGUÍNIZ, Juan B., 54, 202, 411, 454, 455, 458, 459, 466, 469
 INCLÁN, Luis G., 421
 INGENIEROS, José, 403
 IRIARTE, 202, 503
 ISAACS, Jorge, 200, 479, 750
 ISIS, 360, 615, 616, 631, 793
 ITUARTE, José Luis, 96, 97, 797
 ITURBIDE, Agustín de, 11, 111, 116, 117, 118, 674, 687
 ITURRIAGA, José E., 553
 ITURRIBARRÍA, Jorge Fernando, 561, 612, 613, 693
 IZAGUIRRE, Leandro, 278
 IZQUIERDO, María, 160, 161, 638

J

JAIME, Carolina F., 498
 JANVIER, Catarina A., 257, 258
 JEFFERSON, Thomas, 757
 JESÚS, 155, 538, 779
 JESÚS, Santa Teresa de, 155, 272
 JIMÉNEZ, Baldomero, 487, 489, 490
 JIMÉNEZ, Guillermo, 799
 JIMÉNEZ RUEDA, Julio, 18, 72, 295, 408, 411, 645, 680, 746
 JUÁREZ, Benito, 52, 54, 76, 77, 158, 198, 207, 229, 249, 380, 381, 392, 437, 469, 528, 529, 561, 576, 577, 582, 585, 588, 589, 590, 591, 616, 620, 633, 637, 657, 682, 698, 720, 721, 779, 809
 JUNCO, Alfonso, 118, 516, 597, 674

K

KAFKA, Franz, 216
 KAHLO, Frida, 147, 148

KEATS, John, 485
 KEMP, Robert, 685
 KEYSERLING, Conde de, 646
 KINGSBOROUGH, 569
 KOLKO, Berenice, 346, 347
 KOSTIA, Conde, 20, 21

L

LABASTIDA Y DÁVALOS, Joaquín Pelagio Antonio de, 187, 745
 LABOUGLE, Eduardo, 747
 LABRADOR RUIZ, Enrique, 618
 LACHAISE, padre, 632
 LA CONDAMINE, Charles M., 672
 LACUNZA, José María, 281
 LAFRAGUA, José María, 451
 LAMARTINE, Alfonso de, 316, 674
 LANDA, fray Diego de, 95, 96
 LANDA, María Elena, 788
 LANDERO Y COSS, Francisco de, 63
 LARA, J. M., 453
 LARA PARDO, 98
 LARRA, Mariano José de, 53, 294, 349, 399, 408, 548, 632
 LARRAÑAGA PORTUGAL, Manuel, 621
 LARS, Claudia, 146
 LAWRENCE, David H., 600
 LEAL, Luis, 724, 725, 730, 757
 LEBLANC, Mauricio, 732
 LEBRUN, Henri, 741, 742
 LEDUC, Alberto, 622
 LEDUC, Renato, 195, 528, 533, 550, 651, 716, 719
 LEGUÍA, Augusto B., 744
 LEJEUNE, Louis, 94
 LENIN, 796
 LEÓN, fray Luis de, 496, 523, 726
 LEÓN, Nicolás, 47, 418, 419, 668
 LEÓN-PORTILLA, Miguel, 645, 687
 LEÓN FELIPE, 374
 LEÓN XIII, 307, 482, 682
 LEOPARDI, Giacomo, 485, 728
 LEPRINCE DE BEAUMONT, 789
 LERDO, Francisco A., 449, 467

- LERDO DE TEJADA, Miguel, 723
 LERDO DE TEJADA, Sebastián, 24, 627, 726
 LERÍN, Manuel, 343
 LE ROUX, Hughes, 411
 LESCANO, Atenor, 20, 230, 458
 LESTACHE Y DURÁN, Elisa, 498
 LETECHIPÍA, Josefa, 451
 LEVANTO, fray Leonardo, 284
 LIERA, Felipe, 181
 LIGUORI, Francisco, 705, 716
 LIMANTOUR, José Yves, 809
 LINATI, Claudio, 359, 440
 LINDER, Max, 596
 LINDO, Hugo, 146
 LIRA, Miguel N., 804, 805
 LIZASO, Félix, 21, 32
 LLANOS Y ALCARAZ, Adolfo, 415, 416, 417, 681
 LLAVE, Fernando de la, 124, 125
 LORENS CASTILLO, Vicente, 731
 LOBATO, 434
 LÓPEZ, Rafael, 26, 138, 436
 LÓPEZ ALAVÉS, José, 306, 427
 LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, 327, 331, 584
 LÓPEZ DE SANTA ANNA, Antonio, 111
 LÓPEZ MALO, Rafael, 138
 LÓPEZ MATEOS, Adolfo, 655, 736, 779
 LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, José, 63, 622
 LÓPEZ TRUJILLO, Clemente, 301, 356, 357, 448, 497, 618
 LÓPEZ VELARDE, Ramón, 26, 27, 38, 104, 105, 189, 190, 193, 239, 340, 484, 513, 516, 628, 684, 799, 804, 806
 LÓPEZ Y FUENTES, Gregorio, 74, 193, 519
 LORENZANA, Antonio de, 185
 LOZANO, Rafael, 104
 LUCIO, Rafael, 12, 41, 173, 174
 LUGONES, Leopoldo, 26, 320, 420, 655, 744
 LUNACHARSKY, Anatoli, 320, 669
 LUQUÍN, Eduardo, 350, 382
- M
- MACEDO, Pablo, 235
 MACEDONIO ESPINOSA, Aurelio, 275, 279
 MACHADO, Antonio, 26, 151, 152, 276
 MACÍAS GARCÍA, Ramona, 498
 MADARIAGA, Salvador de, 548
 MADERO, Francisco I., 341, 626, 632, 744
 MADERO, Luis Octavio, 134, 270, 752
 MAEZTU, Ramiro de, 330
 MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio, 147, 458
 MAGDALENO, Mauricio, 245
 MAIZERROY, René, 411
 MALLEA, Eduardo, 647, 750
 MAÑACH, Jorge, 32
 MANERO DE FERRER, Soledad, 498
 MANSILLA, Lucio, 655, 656
 MANTILLA, Luis Felipe, 739
 MAPES, Erwin K., 675, 733, 758
 MAPLES, ARCE, Manuel, 121, 134, 194, 196, 224, 226
 MAQUEO CASTELLANOS, Esteban, 170, 793
 MARCEL, Esteban, 684
 MARGUERITTE, Paul, 411
 MARÍN, Guadalupe, 549
 MARISCAL, Mario, 204, 205, 546, 718
 MARMONTEL, 742
 MÁRQUEZ, José Arnaldo, 743
 MÁRQUEZ, Leonardo, 647, 648
 MÁRQUEZ STERLING, Manuel, 385, 386, 458
 MARTÍ, José, 20, 21, 55, 56, 127, 140, 141, 158, 203, 252, 254, 302, 303, 348, 386, 401, 429, 564, 601, 613, 620, 621, 622, 642, 643, 644, 709, 736, 737, 739
 MARTÍNEZ, Emigdio, 655
 MARTÍNEZ, José Luis, 230, 231, 282, 295, 390, 428, 442, 450, 586, 706, 735, 741, 761, 762, 803
 MARTÍNEZ, Miguel, 728
 MARTÍNEZ, Sergio, 480, 481, 482
 MARTÍNEZ BÁEZ, Antonio, 524, 527, 649
 MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco, 700, 735
 MARTÍNEZ DE LA VEGA, Francisco, 586
 MARTÍNEZ DE NAVARRETE, fray José Manuel, 357, 451
 MARTÍNEZ DOLS, Félix, 562, 563
 MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, 655
 MARTÍNEZ GRACIDA, Manuel, 473, 561
 MARTÍNEZ PEÑALOZA, Porfirio, 675, 777
 MARTÍNEZ RENDÓN, Miguel D., 105, 127, 128
 MARTÍNEZ RUIZ, José, 778
 MASCARÓ Y SOSA, Pedro, 251, 414
 MASSÓN, Ernesto, 683

- MATA, Filomeno, 21, 175, 185, 399, 467, 641, 675, 748
 MATA, José María, 586
 MATEOS, Juan A., 21, 71, 447, 448, 490, 691, 734
 MATEOS CEJUDO, Manuel, 21
 MAUBRAS, Charles, 411
 MAUCLAIR, Camilo, 411
 MAUROIS, André, 159
 MAXIMILIANO de Austria, Fernando, 76, 183, 219, 282, 380, 381, 385, 456, 474, 492, 611, 648, 651, 653, 660, 676, 693, 748, 762, 763
 MAYO, Francisco, 171, 172
 MAZZINI, Ángela, 498
 McLEAN, Malcolm D., 689, 690, 714, 733
 MEDINA, Filomeno, 658
 MEDINA, José Toribio, 144, 735
 MEDINA, Vicente, 225
 MEDIZ BOLIO, Antonio, 368, 369, 515, 516, 521, 522
 MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto, 280, 344, 467, 493, 507, 515, 724, 727, 733, 785, 789, 792
 MELLA, Julio Antonio, 303
 MÉNDEZ, Isidro, 128
 MÉNDEZ, Justa, 155
 MÉNDEZ, Leopoldo, 347
 MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso, 27, 28, 47, 208, 226, 304, 305, 307, 361, 414, 482, 491, 499, 635, 674, 716, 792
 MENDOZA, Amalia, 784, 785, 786
 MENDOZA, Héctor, 792
 MENDOZA, Íñigo de, 92
 MENDOZA, Narciso, 576
 MENDOZA, Vicente T., 29, 31, 221, 275, 280, 444, 487, 785
 MENÉNDEZ, Miguel Ángel, 518
 MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 92, 275, 398, 485, 786
 MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, 22, 28, 45, 72, 78, 191, 354, 491, 511, 728, 735, 746, 762, 770
 MERCADO, Juventino, 449
 MERCADO, Manuel A., 253, 564
 MÉRIMÉE, E., 735
 MESSÉN, Brenes, 146
 MESTAS, Alberto de, 117, 118
 METENIER, Óscar, 411
 MICHELENA, José Mariano, 500
 MICHELENA, Margarita, 518
 MIER Y TERÁN, Manuel de, 111
 MIJARES, Dolores, 597
 MILÁ, 276
 MILLÁN, Marco Antonio, 528
 MILLÁN, María del Carmen, 322, 323, 324, 477, 601, 798
 MILLARES CARLO, Agustín, 258
 MIOMANDRE, Francis de, 685
 MIRABAL LAUSAN, Joaquín, 170
 MIRALLA, José Antonio, 724, 746, 747
 MIRANDA, Francisco de, 689
 MIRANDA, Francisco, 724
 MIRÓ, Gabriel, 420, 772
 MIRÓ, Ricardo, 221
 MISTRAL, Federico, 411
 MISTRAL, Gabriela, 312, 336, 519
 MITÍN, José Antonio, 745
 MOCTEZUMA, 287, 423, 547
 MOCTEZUMA, Luis, 20, 436
 MOLIERE, 503
 MOLINA, fray Alonso de, 258
 MOLINA, Tirso de, 403
 MONNER SANS, José María, 465
 MONNIER, 202
 MONROY, Guadalupe, 290
 MONTAIGNE, Miguel de, 398
 MONTAÑO RAMIRO, Francisco, 449
 MONTE, Domingo del, 725
 MONTEFORTE TOLEDO, Mario, 518, 607
 MONTENEGRO, Roberto, 348, 515
 MONTERDE, Francisco, 27, 97, 290, 458, 645
 MONTERROSO, Tito, 141
 MONTES, Ezequiel, 657
 MONTIEL, Julián, 377
 MONTILLA, Ricardo, 311
 MORA, José Joaquín de, 500, 501, 502
 MORA, José María Luis, 17, 43, 174, 175, 190, 356, 450, 604, 702
 MORALES, Antonio de, 155, 276
 MORALES, Francisco César, 340
 MORALES, Juan Bautista, 15, 24, 43, 50, 85, 139, 140, 189, 338, 573, 584, 604, 651, 681, 775
 MORELOS, José María, 38, 111, 117, 118, 242, 245, 452, 542, 627, 776

MORENO, Daniel, 592, 649, 658, 689, 807
 MORENO, Joaquín, 783, 784
 MORENO SÁNCHEZ, Manuel, 245
 MORENO VILLA, José, 107, 297, 298, 299, 361, 387, 641
 MORENO Y JOVE, José María, 357
 MORETO, Agustín de, 726
 MORLEY, 569
 MORO, Tomás, 604
 MÜLLER DE TRELLES, Alicia, 394
 MUÑOZ, Agustín A., 520, 521
 MUÑOZ, José Antonio, 12, 382, 383
 MUÑOZ LEDO, Luisa, 498
 MUNTZ, Carrie Odell, 466
 MURGUÍA, Manuel, 202, 441
 MURGUÍA Y GALARDI, José María, 561
 MURILLO, Josefa, 597
 MUSSET, Alfredo de, 316, 485, 801
 MUTIO, Ricardío, 436

N

NANDINO, Elías, 83, 84, 292
 NAVA DE CATALÁN, Antonia, 585
 NAVARRETE, fray Manuel de, 119, 555
 NAVARRO LEDESMA, Francisco, 18, 484, 485
 NEGRETE, José, 449
 NERUDA, Pablo, 86, 160, 175, 519, 735, 792, 806
 NERVO, Amado, 48, 71, 76, 128, 129, 130, 142, 166, 190, 193, 194, 211, 220, 221, 249, 278, 339, 340, 383, 420, 473, 515, 521, 522, 620, 621, 622, 637, 638, 683, 690, 730, 739, 777, 806
 NERVO, Rodolfo, 660
 NEZAHUALCÓYOTL, 78, 186, 192
 NIETZSCHE, Federico, 497, 640
 NOLF, A.L., 469
 NORIEGA, Raúl, 437, 438, 440
 NOVALIS, 345
 NOVELO, José Inés, 636
 NOVO, Salvador, 113, 421, 428, 628
 NOYOLA, Vázquez, Luis, 104, 111
 NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar, 403, 485
 NÚÑEZ DOMÍNGUEZ, José de Jesús, 194, 196, 382
 NÚÑEZ VELA, virrey, 741

NUNÓ, Jaime, 243, 244, 245
 NUTTALL, 569

O

O'HORAN, Carolina, 498
 OBREGÓN, Álvaro, 38, 104, 228, 245, 320, 431
 OCAMPO, Melchor, 585, 648, 649, 650, 686, 752, 779
 OCHOA, Anastasio María de, 357, 728
 OCHOA, Eugenio de, 204
 ODIO, Eunice, 146
 OLAGUÍBEL, Manuel de, 12, 185, 438, 439, 449, 467
 OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, 282, 299, 441, 606, 783
 OLEA, Héctor R., 63, 727
 OLIVEROS, Patricio, 306, 307, 427, 473, 482, 682
 OLMEDO, José Joaquín de, 656, 729
 OLMEDO Y LAMA, José, 449
 OÑA, Pedro de, 735
 ORMAECHE Y BEGOÑA, Hermelinda, 498
 OROZCO, Fernando, 496
 OROZCO, José Clemente, 39
 OROZCO Y BERRA, Manuel, 109, 122, 418, 451, 546, 686, 693, 710
 ORTEGA Y GASSET, José, 484, 777
 ORTIGOZA, Carlos, 476
 ORTIZ, Fernando, 724
 ORTIZ, Francisco de P., 449
 ORTIZ, Francisco, 145, 467
 ORTIZ, Simeona, 374, 811, 812
 ORTIZ ÁVILA, Raúl, 14, 134, 147, 270, 271, 752
 ORTIZ DE DOMÍNGUEZ, Josefa, 451
 ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo, 421, 490, 555
 ORTIZ HERNÁN, Gustavo, 134, 270
 ORTIZ VIDALES, Alfredo, 364
 ORWELL, George, 750
 OSCOY, Andrés, 249, 340, 637
 OTERO, Mariano, 702
 OTHÓN, Manuel José, 181, 255, 410, 435, 636
 OTHÓN ROBLEDO, Miguel, 124, 192, 193, 194, 195, 196
 OVIDIO, 728
 OWEN, Gilberto, 83, 84, 647
 OYUELA, Calixto, 747

P

- PACHECO, José Ramón, 674, 728
 PACHECO CALVO, Ciriaco, 420
 PADILLA, Ezequiel, 97
 PAGAZA, Joaquín Arcadio, 129, 550, 622
 PAGÉS LLERGO, José, 718
 PALACIO, Manuel del, 473, 520
 PALOMO VALENCIA, Florencio, 618
 PARDO GARCÍA, Germán, 806
 PARDO, Miguel Eduardo, 746
 PARDO BAZÁN, Emilia, 411
 PARKERS, Henry B., 108
 PARRA, Félix, 278
 PASCUAL GARCÍA, Francisco, 552, 684
 PASTOR, Manuel H., 62, 63
 PAYNO, Manuel, 71, 74, 120, 190, 380, 412, 545, 718, 771
 PAZ, Arturo, 726
 PAZ, Octavio, 86, 343, 350, 373, 426, 605, 607, 803
 PEDRERO, Andrés, 420
 PELLICER, Carlos, 151, 210, 261, 366, 367, 370, 413, 428, 513, 518, 586, 587, 628
 PELLICO, Silvio, 290
 PEÑA, Adelaida S. de la, 498
 PEÑA DE ROSAS LANDA, Asunción de la, 553
 PEÑA, Rafael Ángel de la, 435
 PEÑA, Rosario de la, 377
 PEÑALOSA, Joaquín Antonio, 240, 261, 262, 670, 674
 PEÓN DEL VALLE, José, 278, 622
 PEÓN Y CONTRERAS, José, 458, 520
 PEREDO, Manuel, 12, 289, 622, 745
 PEREYRA, Carlos, 24, 61, 75, 79, 320, 326, 380, 381, 669
 PÉREZ, Josefina, 230, 377, 378, 498, 553, 634
 PÉREZ, Narcisa, 498
 PÉREZ BIBBINS, Manuel, 521
 PÉREZ DE VILLAGRÁ, Gaspar, 512
 PÉREZ DE ZÁRATE, Dora, 221
 PÉREZ GAYA, Purificación, 498
 PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor, 133, 134, 143, 158, 234, 270, 321, 534, 751, 785
 PÉREZ MONTES DE OCA, Julia, 498
 PÉREZ MORENO, José, 586
 PÉREZ SALAZAR, Ignacio, 357
 PÉREZ SALAZAR, Manuel, 451
 PÉREZ VALENCIA, Enrique, 622
 PERUCHO, Arturo, 392
 PESADO, José Joaquín, 192, 281, 356, 357, 414, 451, 496, 674
 PETER, Walter, 728
 PETRE, León de, 273
 PEZA, Juan de Dios, 12, 71, 72, 175, 176, 185, 188, 272, 278, 291, 344, 401, 411, 412, 449, 467, 468, 497, 513, 545, 622, 675, 676, 691, 734, 745, 748, 761
 PICALUGA, Francisco, 590
 PICÓN FEBRE, Gonzalo, 746
 PIMENTEL, Francisco, 119, 191, 295, 745, 770
 PIMENTEL, Victoriano, 197, 263
 PÍNDARO, 305
 PINEDA, Bárbara, 807
 PINEDA, Lázaro, 71, 290, 291, 292
 PINEDA, Nicandra, 812
 PINEYRO, Antonio, 10, 388
 PIZARRO, Gonzalo, 741
 PIZARRO SUÁREZ, Nicolás, 198, 199, 388
 PLATÓN, 604
 PLAZA, Antonio, 467, 513
 PLINIO, 180
 PLOTINO, 669
 POE, Édgar Allan, 194, 728
 POGGI DE LLORENTE, Isabel, 498
 POLA, Ángel, 76, 381, 647, 648
 POMPO, Rafael, 402
 PONCE, fray Alonso, 88, 89, 94, 95, 486, 624
 PONCE, Manuel M., 36, 38, 82, 384, 477, 518, 549, 644
 PONIATOWSKA, Elena, 557, 558, 559
 PORRÚA, hermanos, 258
 PORRÚA, Rafael, 476, 584
 PORTES GIL, Emilio, 245
 PORTILLA, Anselmo de la, 57, 272, 416, 441, 456, 700, 783
 PORTILLO, Miguel, 449
 POSADA, José Guadalupe, 50, 51, 82, 438, 620
 PRADO UGARTECHE, Manuel, 743
 PRESCOTT, William H., 73
 PREVOST, Marcel, 411
 PRIETO, Guillermo, 10, 11, 12, 100, 101, 120, 139, 182, 197, 199, 263, 289, 316, 317, 318,

- 319, 446, 471, 520, 542, 572, 604, 626, 651,
688, 689, 690, 694, 700, 701, 713, 714, 717,
718, 725, 730, 733, 753, 770, 771, 775, 776
- PRIETO DE LANDÁZURI, Isabel, 498, 597
PRIETO, Miguel, 412, 413, 414, 722
PROCEL, Áurea, 147, 533, 549, 756
PROPERCIO, 289
PROUST, Marcel, 216
PUERTO, Nicolás del, 473
PUIG CASAUANC, José Manuel, 751
PUSCHKIN, Alejandro, 533
- Q
- QUESADA, Gonzalo de, 128
QUESADA, Vicente G., 12, 313, 314, 552, 600
QUEVEDO, Francisco de, 247, 403, 496, 710
QUEVEDO Y ZUBIETA, Salvador, 383, 384, 385
QUINTANA ROO, Andrés, 240, 451, 585, 702, 726
QUINTERO ÁLVAREZ, Alberto, 86, 373
QUIROGA, Horacio, 751
QUIROGA PLA, José María, 521, 522
- R
- RABASA, Emilio, 40, 190, 307, 427, 563, 649
RALUY POUDEVIDA, Antonio, 114
RAMÍREZ, Alfonso Francisco, 307, 427
RAMÍREZ, Fernando, 573
RAMÍREZ, Ignacio, *El Nigromante*, 28, 43, 138,
139, 153, 154, 176, 192, 202, 289, 316, 337,
375, 376, 377, 441, 446, 527, 546, 549, 550,
551, 553, 572, 573, 611, 620, 623, 626, 626,
627, 633, 684, 685, 686, 698
RAMÍREZ, José Fernando, 109, 365, 366, 693
RAMÍREZ CABAÑAS, Joaquín, 326, 364
RAMÍREZ DE AGUILAR, Fernando, 732, 733
RAMÍREZ DE ARELLANO, Manuel, 648
RAMÓN Y CAJAL, Santiago, 782
RAMOS, Roberto, 124
RAMOS ARIZPE, Miguel, 586
RAMOS DE CASTILLO, Josefá, 498
RAMOS DE LUBIAGA, fray Juan de, 285
RAMOS I. DUARTE, Félix, 663
RAMOS MILLÁN, Gabriel, 172
RAMOS PEDRUEZA, Rafael, 473
RAMSAY, David, 757
RASSOT DE LAFOND, Enrique de, 473
REA SPELL, Jefferson, 789
REBELL, Hugues, 411
REBOLLAR, Rafael, 449
REBOLLEDO, Efrén, 339, 484
REBULL, Santiago, 492, 493, 494
REE, Eleonora, 533
REED, John, 107, 282, 283, 284, 715
REIBRACH, Jean, 411
RELLO, Guillermo y Francisco, 522
RENÁN GONZÁLEZ, Raúl, 807
REVUELTAS, Fermín, 341
REVUELTAS, Silvestre, 87
REY, Emilio, 700
REYES, Alfonso, 5, 9, 10, 19, 68, 69, 92, 102,
107, 169, 190, 252, 261, 295, 296, 324,
350, 370, 382, 408, 413, 428, 491, 515,
516, 521, 522, 534, 535, 607, 628, 641,
683, 731, 777, 778, 802, 803
REYES, fray Gaspar de los, 491, 499, 500
REYES, fray Pedro de los, 491, 499
REYES DE LA MAZA, Luís, 676
REYES HEROLES, Jesús, 592, 635, 649
REYES NEVARES, Salvador, 762
RIBA AGUILERA, Ángela, 498
RICHEPIN, Jean, 411
RÍOS, Ermilo Torcuato, 444
RIQUELME, María Luisa, 533
RIRGAN, Pía, 498
RIVA AGÜERO, José de la, 29
RIVA PALACIO, Mariano, 590
RIVA PALACIO, Vicente, 11, 34, 37, 56, 74, 167,
182, 183, 231, 289, 339, 395, 409, 412, 446,
447, 448, 489, 520, 521, 558, 559, 606, 626,
627, 637, 644, 678, 684, 689, 690, 733, 734,
745, 776
RIVAS, Duque de, 119, 463, 726, 748, 801
RIVAS MERCADO, Antonieta, 83, 96, 97, 237, 245,
328, 355
RIVERA, Agustín, 76, 161, 162
RIVERA, Diego, 39, 160, 261, 367, 376, 619, 720,
795, 796, 797
RIVERA, José Eustasio, 132, 646

- RIVERA, José María, 202, 441
 RIVET, Paul, 568, 569, 759
 RIZO, Pedro Mártir, 19
 ROA, Raúl, 302, 303, 458
 ROA BÀRCENA, José María, 11, 32, 139, 190, 281, 339, 357, 412, 451, 495, 497, 611, 763
 ROBESPIERRE, 584
 ROBINSON, Davis, 703, 704, 705, 793
 ROBLES, Antonio de, 190
 ROBREDO, Pedro, 326
 ROCAFUERTE, Vicente, 116, 591, 725
 RODÓ, José Enrique, 90, 253, 331, 779
 RODRÍGUEZ, Antonio, 130, 131, 133, 796
 RODRÍGUEZ, Catalina, 498
 RODRÍGUEZ, Güera, 387
 RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio, 183, 221, 357, 395, 451, 496
 RODRÍGUEZ LOZANO, Manuel, 78, 96
 RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, 732, 750
 RODRÍGUEZ MORA, Nacho, 420
 RODRÍGUEZ RIVERA, Ramón, 449
 RODRÍGUEZ RUBÍ, Tomás, 462
 ROGER, A., 735
 ROGETO, 766
 ROJAS, Ricardo, 29, 286
 ROJAS GARCIDUEÑAS, José, 80, 716
 ROJAS GONZÁLEZ, Francisco, 519
 ROLAND, Romain, 405
 ROLLINAT, 194
 ROMERO, Emilia, 754
 ROMERO, José Rubén, 799
 ROMERO, Manuel María, 449
 ROMERO, Matías, 76
 ROMERO FLORES, Jesús, 340
 ROMERO RUBIO DE DÍAZ, Carmen, 107
 ROMERO RUBIO, Manuel, 648
 ROSA, Alejandro A., 750
 ROSA, Luis de la, 377, 685, 700, 701, 702, 703, 726
 ROSAS, José, 634
 ROSAS, Juventino, 460
 ROSAS MORENO, José, 482, 513
 ROSS, María Luisa, 340, 522
 ROUMAGNAC, 98
 RUBALCABA, Gilberto, 363
 RUBIO, Ricardo, 181
 RUELAS, Julio, 237, 730
 RUGENDAS, 654
 RUIZ, Eduardo, 395
 RUIZ CABAÑAS, Samuel, 105
 RUIZ CORTINES, Adolfo, 422
 RUIZ DE ALARCÓN, Juan, 19, 36, 135, 231, 382, 385, 404, 446, 451, 504, 512, 521, 656, 678, 755, 792
 RUSKIN, John, 342
- S
- SAAVEDRA, Ángel de, 463, 801
 SAAVEDRA GUZMÁN, Antonio de, 109, 110, 115, 512, 771
 SAAVEDRA FAJARDO, Diego de, 42
 SABINO CRESPO, Manuel, 473
 SACO, José Antonio, 725
 SÁENZ, Mario, 668
 SAHAGÚN, fray Bernardino de, 46, 251, 541, 555
 SAINT-ANDRÉ, Dupin de, 273
 SAINT-PIERRE, Bernardino de, 742
 SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos, 522
 SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, 8, 44, 58, 84, 129, 188, 213, 438, 552, 622, 664, 683
 SALAZAR, Francisco, 472, 474
 SALAZAR DE ALARCÓN, Eugenio, 512, 677
 SALAZAR DE CÁMARA, Mercedes, 57
 SALDÍAS, Prendes, 146
 SALDÍVAR, Gabriel, 150
 SAMAIN, Jammes de, 364
 SAN AGUSTÍN, 391, 651
 SAN BASILIO, Marqués de, 24, 63, 726, 727
 SÁNCHEZ, Luis Alberto, 743, 744
 SANCHEZ BARBUDO, Antonio, 413, 426
 SÁNCHEZ DE OCAÑA, Rafael, 321, 322, 392
 SÁNCHEZ DE TAGLE, Francisco Manuel, 11, 110, 119, 175, 294, 357, 496
 SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Melchor, 371, 372
 SÁNCHEZ MÁRMOL, Manuel, 408, 526
 SÁNCHEZ MAYANS, Fernando, 343, 517, 532
 SÁNCHEZ SOLÍS, Felipe, 525, 526
 SANDOVAL PENICHE, Prisca, 498
 SAN JUAN, fray Alonso de, 88, 95
 SAN JUAN, Manuel H. 384

- SANTACILIA, Pedro, 12, 120, 198, 199, 212, 213, 219, 289, 290, 299, 303, 314, 456, 458, 552, 600, 689, 690, 761
- SANTA CRUZ, María de, 498
- SANTAMARÍA, Francisco J., 236, 664
- SANTAMARÍA, Javier, 449
- SANTANDER, fray Sebastián, 144
- SANTOS CHOCANO, José, 743
- SANTULLANO, Luis, 29, 91, 92
- SARALEGUI, Concepción, 498
- SARIÑANA, Encarnación, 498
- SARMIENTO, Domingo Faustino, 17, 35, 39, 55, 69, 70, 132, 253, 320, 446, 519, 526, 612, 646, 656, 750, 772, 807
- SARMIENTO, fray Martín, 156
- SARMIENTO, Justino, 235, 236
- SARRAZIN, Gabriel, 411
- SARTORIO, José Manuel, 451
- SCHIAFINO, Francisco, 689
- SCHILLER, Federico, 728
- SCHOLL, Aureliano, 411
- SCHWOB, Marcel, 523
- SCOTT, Walter, 500, 728
- SEGURA, José Sebastián, 281, 356, 357
- SEGURA, Vicente, 53, 356, 357
- SILVA, Salomón de la, 78, 618, 619, 744
- SERRANO MARTÍNEZ, Celedonio, 103
- SHAKESPEARE, William, 70
- SHAW, Bernard, 611
- SIERRA, Justo, 20, 29, 37, 23, 231, 278, 315, 339, 346, 410, 449, 467, 480, 492, 493, 494, 532, 534, 586, 590, 622, 625, 636, 683, 702, 734, 745, 753, 775
- SIERRA, Santiago, 449
- SIERRA CASASÚS, Catalina, 220, 525, 546
- SIERRA DE POO, Martina, 498
- SIERRA O'REILLY, Justo, 203
- SIERRA Y ROZO, Ignacio, 110
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, 521
- SIKELIANOS, Eva, 549
- SILVA, Agapito, 449
- SILVA, Jorge, 469
- SILVA, José Asunción, 410, 772, 806
- SILVA, Micaela de, 498
- SILVA HERZOG, Jesús, 303
- SILVA VILLALOBOS, Antonio, 373
- SILVA Y ACEVES, Mariano, 169, 341, 523, 524
- SILVESTRE, Armando, 411
- SINÚES DE MARCO, María del Pilar, 498
- SJOLANDER, Walt, 811
- SÓCRATES, 154, 685
- SÓFOCLES, 305
- SOL, Ángel, 146, 328
- SOLALINDE, Antonio G., 101, 102, 778
- SOLANA, Rafael, 86, 373
- SOLÍS, Antonio de, 415
- SOLÍS CREPPI, Elvira, 498
- SOLÓRZANO, Pepe, 688, 689
- SOSA, Francisco, 44, 47, 56, 138, 314, 449, 525, 634, 702, 745
- SOTO, Jesús S., 104
- SOULAVIE, Girard, 380
- SOUSTELLE, Jacques, 788
- SPINDEN, 569
- SPINOSA, Antonio de, 258
- SPOTA, Luis, 340, 529, 530, 601, 647
- STAR, Federik, 624
- STECCHETTI, Lorenzo, 485
- STEINBECK, John, 529
- STENDHAL, 647
- STEVENSON, Robert Louis, 728
- SUÁREZ, Luis, 796
- SUÁREZ DE FIGEROA, Cristóbal, 19
- SUMICHRAST, Francisco, 94, 653, 654, 655

T

- TABLADA, José Juan, 26, 115, 221, 446, 683
- TAGLE, Agustín de, 281
- TALAMANTES, fray Melchor de, 743
- TALAVERA, Rodolfo, 449
- TAMAYO, Jorge L., 657
- TAMAYO, Rufino, 39, 306, 367, 426, 681
- TANNENBAUM, Frank, 108
- TAPIA DE CASTELLANOS, Esther, 498
- TARACENA, Alfonso, 61, 62
- TAVERA ALFARO, Xavier, 524
- TEIXIDOR, Felipe, 652, 761
- TÉLLEZ, Joaquín, 239
- TELLO DE GUZMÁN, Alonso, 754, 755
- TENORIO ZAVALA, Gertrudis, 498
- TEÓCRITO, 289, 436

TÉRESA DE JESÚS, Santa, 155, 272
 TERESA DE MIER, fray Servando, 24, 43, 50, 85,
 190, 388, 584, 604, 684, 725, 726, 803,
 807
 TERRAZAS, Francisco de, 636
 TERRAZAS, José Joaquín, 545, 745
 TIBÓN, Gutierre, 146
 TICKNOR, George, 73
 TOLSÁ, Manuel, 387
 TOLSTOI, León, 25, 90, 533
 TOOR, Frances, 38, 39
 TORNEL Y MENDÍVIL, José María, 239
 TORO, Alfonso, 152, 155, 276
 TORO, Fermín, 745
 TORQUEMADA, 439
 TORRES, Edelberto, 208
 TORRES, José Antonio, 573
 TORRES BODET, Jaime, 421, 628, 761
 TORRES QUINTERO, Gregorio, 249, 340, 592, 593,
 594, 637, 638
 TORRES RÁMILA, Pedro, 19
 TORRES RIOSECO, Arturo, 53, 54, 505
 TORRI, Julio, 12, 102, 221, 237, 248, 261, 523,
 683
 TORRIENTE, Lolo de la, 796, 797
 TORROELLA, Alfredo, 458
 TOSCANO, Salvador, 80, 186, 250, 380, 803
 TOUSSAINT, Manuel, 40, 41, 167, 174, 257, 261,
 362, 409, 410, 504, 507, 513, 738
 TOVAR, Pantaleón, 166, 167, 202, 357, 441, 606,
 738, 739, 756, 801
 TREJO, Joaquín, 467
 TRESGUERRAS, Francisco Eduardo, 400
 TRIMOLET, 202

U

UGARTE, Eduardo, 362
 UNAMUNO, Miguel de, 187, 550, 685, 772, 777,
 782, 799
 URBINA, Luis G., 8, 22, 36, 77, 129, 167, 181,
 190, 295, 352, 353, 382, 403, 410, 420,
 460, 465, 467, 492, 494, 534, 555, 586,
 606, 622, 625, 627, 636, 683, 724, 738,
 762, 799

URGELL, Francisco de P., 467
 URUETA, Jesús, 238, 436

V

VALADÉS, José C., 568
 VALDÉS, Carlos, 408
 VALDÉS, Octaviano 549, 698
 VALDIVIA, Aniceto, 20
 VALDOVINOS GARZA, José, 216, 217
 VALENZUELA, Jesús E., 237, 238, 436
 VALLE, Leandro 648
 VALLE, Rafael Heliodoro, 116, 133, 146, 186, 328,
 401, 428, 550, 553, 683, 724, 751
 VALLE, Ramón, 622
 VALLE-ARIZPE, Artemio de, 25, 507, 727
 VALLE INCLÁN, Ramón María del, 48, 49, 50,
 255, 435, 768, 769
 VANEGAS ARROYO, Antonio, 280
 VAN WYCK Brooks, 710
 VARELA, Félix, 724, 725, 757
 VARELA, Lorenzo, 413
 VARGAS, Elvira, 532, 533, 534
 VARGAS DE FERREYRA, Adelaida, 550
 VARONA, Enrique José, 253
 VASCONCELOS, Eduardo, 693
 VASCONCELOS, José, 39, 42, 46, 61, 62, 66, 146,
 159, 161, 168, 169, 253, 256, 283, 311, 320,
 359, 412, 419, 427, 519, 533, 535, 597, 612,
 615, 628, 669, 681, 683, 744, 751, 767, 787,
 799, 802, 803, 807
 VÁZQUEZ, Andrés Clemente, 458
 VÁZQUEZ DE CORONADO, Marina, 430
 VÁZQUEZ DEL MERCADO, Alberto, 167, 504, 605,
 738
 VÁZQUEZ SANTA ANA, Higinio, 12, 180, 429, 431,
 433, 460, 723
 VEGA, fray Manuel de la, 584
 VEGA, Lope de, 18, 166, 403, 431, 432, 496, 504,
 678, 726, 769
 VELASCO, José María, 233, 278
 VÉLEZ DE GUEVARA, Luis, 247
 VERDUZCO Y ROCHA, Adolfo, 521
 VERLAINE, Paul, 194
 VERNA, Manuela L., 498

- VEUILLOT, Louis, 742
 VÍCTOR HUGO, 128, 316, 485, 728
 VIDAURE, Lorenzo, 725
 VIGIL, José María, 119, 191, 295, 622, 634, 745,
 762
 VILLA, Pancho, 283, 284
 VILLADA, Vicente, 63
 VILLAESPESA, Francisco, 403
 VILLALOBOS, Ángel de, 711
 VILLASANA, Esperanza, 140, 141
 VILLASANA, José María, 347
 VILLASEÑOR, Isabel, 136, 137, 341
 VILLASEÑOR, Pablo J., 700
 VILLASEÑOR, Raúl, 70
 VILLAURRUTIA, Xavier, 27, 83, 105, 115, 226,
 250, 261, 421, 426, 428, 513, 605, 647,
 806
 VILLAVICENCIO, Pablo, 591
 VIÑOLAS, Pedro, 700
 VIOLLET-LE-DUC, 123
 VIRGILIO, 305, 436, 726
 VIVES, Luis, 55
 VOLTAIRE, 734
 VONEQUI, Agustín B., 449
- W
- WARNER, Ralph E., 470, 472, 476
 WASSERMANN, Jacob, 570
 WEILL, Georges, 32
 WERFEL, Franz, 18
 WEST, Mae, 596
 WESTHEIM, Paul, 602
 WILSON, Baronesa de, 498
 WOLTERECK, Heinz, 656
 WOODS BLISS, Roberto, 571
 WRIGHT DE KLEINHANS, Laurena, 634
- Y
- YÁÑEZ, Agustín, 27, 43, 136, 146, 603
 YANKAS, Lautaro, 519
 YEPES, José Ramón, 745
 YOUNG, Edmund, 746
- Z
- ZALCE, Alfredo, 347
 ZALDUMBIDE, Gonzalo, 68
 ZAMACOIS, Niceto de, 202, 441, 680, 681
 ZAMACONA, Manuel María de, 675
 ZAMBRANA, Luisa Josefina de, 498
 ZAMORA VICENTE, Alonso, 344
 ZAPATA, Catalina, 498
 ZAPATER, Rosario, 498
 ZARAGOZA, Antonio, 622
 ZÁRATE, Eduardo E., 449, 622
 ZÁRATE, Manuel F., 221
 ZARCO, Francisco, 139, 140, 218, 376, 377, 406,
 407, 524, 525, 526, 541, 555, 572, 573, 584,
 586, 592, 684, 685, 686, 702, 775, 803
 ZAVALA, Lorenzo de, 43, 118, 702, 784
 ZAYAZ, BAZÁN, Carmen, 21
 ZAYAS ENRÍQUEZ, Rafael de, 230, 416, 449, 590
 ZEA, Leopoldo, 792
 ZENEA, Juan Clemente, 213, 302, 303, 386, 458
 ZOLÁ, Emilio, 411
 ZORRILLA, José, 119, 281, 282, 294, 314, 317,
 343, 344, 356, 403, 415, 456, 461, 463,
 474, 532, 604, 606, 651, 660, 726, 738, 748,
 762, 764, 768, 769, 771, 792, 801
 ZORRILLA RIVERA, Manuel, 552
 ZULOAGA, Félix, 648
 ZUMÁRRAGA, FRAY JUAN DE, 46, 185, 439
 ZÚÑIGA, Arcadio, 715

Índice general

Introducción	5
<i>Adán Cruz Bencomo</i>	
1951	
Con un pie en el estribo	17
Cardos contra Alarcón.....	18
Una ficha martiana.....	20
Urbina, crítico	22
La superchería literaria.....	24
Juventud lopezvelardiana	25
Sor Juana y sus críticos.....	27
Lírica infantil mexicana.....	29
Fernández de Castro, <i>in memoriam</i>	31
Viajeras en México.....	33
Sobre el tono menor.....	34
Henríquez Ureña y el matiz crepuscular.....	36
Se enamoró de México	38
El arte precortesiano incomprendido.....	40
El fabulador Tomás Gage.....	41
El zarandeado Bustamante	43
El inmovible García Icazbalceta	45
Félix Antonio Huerta, poeta olvidado.....	47
El mexicanismo de Valle-Inclán	48
La raíz en el suelo y la flor en el cielo	50
Bulnes contra Juárez	51
Cartas de don Caralampio Molinero	53

Iduarte, escritor.....	54
Una superchería del General	56
Desdenes de Salado Álvarez.....	58

1952

Una de cal y otra de arena.....	61
El llamado de la tierra.....	62
Cantar por no llorar.....	64
La arboleda perdida	66
Lecturas oportunas.....	68
Los puntos sobre las jotás.....	69
La niñez: isla de oro.....	71
Los sabios también yerran.....	72
La literatura y la Revolución.....	74
Encantos del apócrifo.....	75
Juicios y prejuicios.....	77
El canto del cisne.....	78
Entre la flor y el fruto.....	80
Preludios de Posada	81
La llama fría	83
Lunares en la estatua.....	84
Temprano tránsito.....	86
La relación breve y verdadera de Alonso Ponce.....	88
Un libro: una generación.....	90
Recuerdos de Santullano	91
Un francés en tierra caliente	93
Fray Antonio de Cibdad-Real.....	94
<i>Los de abajo</i> en escena	96
El historiador Heredia y Sarmiento.....	98
Prieto en la Alameda.....	100
Un corrido entre romances	101
El corrido literario.....	103
Un homenaje a López Velarde.....	104
<i>Face to face with the mexicans</i>	106
Los días de Gertrudis	107
<i>El peregrino indiano</i>	109

Versos en la Alameda	110
Mi amigo Langston Hughes	111
Una antología frustrada.....	114
Diario del Primer Imperio	116
Absurda y rencorosa historia	117
De nuestra historia literaria.....	119
Entre el tiempo y el pan	120
Notas manuscritas de Galindo y Villa.....	122
Bibliografía censurada.....	123
Poeta y loco	124
1953	
La clara voz de México	127
Nervo, crítico	128
Enorme casi.....	130
No es el género	131
Recordación de Pérez Martínez	133
Alma griega en carne india	135
Murió porque ella quiso... ..	136
Lágrimas de Ramírez.....	138
Escribir con sangre.....	139
Recordando a Martí	140
Rosas de la infancia.....	141
Doloroso olvido	143
La imprenta en Oaxaca.....	144
Los raros y bellos nombres	145
Frida, la mutilada	147
Cantos de la Revolución	148
“La Sandunga” sin arcanos	150
Decir amor por amén	151
“El Nigromante”, ejemplar	153
¿Antecedente del soneto anónimo?.....	154
Refranero mexicano	156
Indio que sabe leer... ..	157
Más valen quintaesencias	159
Última luz de María Izquierdo	160

El debe y el haber	161
El español zapoteco	163
Una lección para Cibele	165
Un soneto de Pantaleón Tovar	166
El paisaje mexicano huele a sangre	168
Sal, salero, saldunga	169
Horas de luto.....	171
Negaciones del arte indígena	173
De antologías y antólogos	174
La otra República.....	175
Una joya impar	177
La luz del alfabeto	178
El eco de las canciones	179
La abuela de <i>Mamá Carlota</i>	182
Historia de la literatura náhuatl	183
Cuauhtémoc, rey y señor	185
Un apurado trance.....	187
Un clásico olvidado	188
El gran “Micrós”.....	189
1954	
Acertado cambio de opinión	191
Poeta por necesidad.....	192
Obra perdida	194
Hallazgo de la obra de Othón Robledo	195
Publicaciones dispersas.....	197
La Utopía de Pizarro Suárez.....	198
Doña Bárbara.....	200
Los mexicanos pintados por sí mismos	201
Un reproche y un profundo dolor	203
Tesoro imprestable.....	204
La ilusión de emular a Juárez	206
La vida dramática de Rubén Darío	208
Mi Villahermosa	209
Los que escriben a la buena de Dios.....	211
Opúsculo por la República.....	212

Semblanza literaria de Frías y Soto	214
Fiel a nuestra sangre	216
Caricaturista incisivo	217
Omisión en la bibliografía de Altamirano.....	219
Couto Castillo, raro y exótico	220
Coplas y décimas hermanas.....	221
Juan Pablo de los Ríos, escritor olvidado.....	223
Homenaje a Díaz Mirón.....	224
Joven ejemplar.....	226
Lección de amor	227
Recuerdos de infancia.....	228
Seudónimos desconocidos	230
El mito del indio Goitia	231
El ahorcado.....	233
La enormidad un “casi”	234
La mejor novela mexicana del siglo.....	235
Poeta y mecenas.....	237
Composiciones patrióticas	238
Himno a los héroes de la Independencia	240
El Himno Nacional, voz de México	243
La muerte de Germán de Campo	245
El <i>Álbum fotográfico</i> de Frías y Soto.....	246
El eco de la infancia.....	248
Cosecha en promesa	249
Poesía de Netzahualcóyotl.....	251
Camilo Carrancá y Trujillo	252
Un viejecito sabio y bondadoso.....	254
¿Alucinación?.....	256
Bibliografía Mexicana del Siglo XVI	257
Amigo de México	258
Las Pajaritas de Papel.....	260
Poema de González Bocanegra	261
Cantares Mexicanos.....	263

1955

Canto II de Sixto Tlapanco.....	267
---------------------------------	-----

Canto II. Primavera	267
Apuntes biográficos de Adolfo C. Gurrión	268
Ortiz Ávila, poeta alucinado	270
Memorias íntimas de un periodista español	271
Romancero de Nuevo Méjico	274
<i>La misa de amor y La dama de Aragón</i>	275
En la patria de Juárez	277
La suegra y la nuera	279
Zorrilla en México	281
México Insurgente	282
Peregrino documento de Burgoa	284
Marcha Mexicana	286
Recuerdo a Luis Gonzaga	289
Un hombre llamado Lázaro Pineda	290
Poema de Porfirio Barba-Jacob	292
Juan Díaz Covarrubias, el de la hermosa muerte	293
Historia de la literatura mexicana	295
Necrología de Moreno Villa	297
Renacimiento literario	299
Descargo de conciencia	301
Raúl Roa vuelve a Cuba	302
Un extraño ejemplar de "Lascas"	304
Literatura oaxaqueña	306
Biblioteca Mínima Mexicana	308
Gabriel Botas, librero y editor	309
Evocación de Andrés Eloy Blanco	311
<i>Recuerdos</i> de Vicente G. Quesada	313
Hombre extraño	315
Vale más hombre que escritor	317
Vasconcelos, gran escritor, gran americano.	319
Fácil y natural, la sabiduría	321
María del Carmen Millán	322
Baqueiro Anduze, flor yucateca	324
La Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España	326
El teatro sudamericano	328
Rafael Barret, admiración de las mejores	330

Corrido de La Martina.....	332
Palabra verdadera.....	335
La flor en la roca.....	337
Arreola y las lecturas infantiles.....	338
Calendario cívico mexicano.....	340
Anuario de la poesía mexicana.....	342
Carta a Alfredo Cardona Peña.....	344
Berenice Kolko y su fotografía.....	346
Erasto Cortés, grabador, escritor, buen ciudadano.....	347
Sobre el oficio de escribir.....	349
Oficio por nota.....	351
Las contradicciones de Urbina.....	352
Don Erasmo Castellanos Quinto.....	354
Antologías poéticas.....	356
1956	
Lindas mentiras sobre los zapotecos.....	359
Un mal año.....	361
El vate Rubalcaba.....	363
Rafael García Granados.....	364
Museo de Arte de Sonora.....	366
Mediz Bolio, patriarca de las letras yucatecas.....	368
<i>Los Presentes</i> de Arreola.....	369
Hidalgo, antorcha de eternidad.....	371
Tesón y constancia de Jesús Arellano.....	372
Edénico y adánico.....	373
Pensadores de México.....	375
Josefina Pérez.....	377
Prédicas de don Manuel Gamio.....	379
La famosa Carta apócrifa.....	380
Poeta enterrado.....	382
Quevedo y Zubieta, otro olvidado.....	383
Márquez Sterling y Couto Castillo.....	385
El Caballito.....	387
La Utopía de Fernández de Lizardi.....	388
Auge y declive de las letras mexicanas.....	390

Arturo Perucho.....	392
Las Velas de Juchitán.....	393
Adiós, oh patria mía	394
Cielo español y tierra india.....	398
Viajeros en México.....	399
Felipe S. Gutiérrez, ¿colombiano o mexicano?.....	401
La revista <i>Cervantes</i>	403
De poetas menores	404
Obras Completas de Zarco	406
Aurelio Luis Gallardo, un olvidado más	407
Agustín F. Cuenca, poeta erótico	409
Alejandro Cuevas y sus “Cuentos macabros”	411
Miguel Prieto, gran español.....	412
Un poeta emperador	414
Adolfo Llanos y Alcaraz	415
El celo de Nicolás León.....	418
Herminio Ahumada.....	419
Ortiz de Montellano y la literatura nacional	421
Los corridos y los romances.....	422
Lola Álvarez Bravo	424
Un Rocinante que iba por buen camino.....	425
Poesía oaxaqueña	426
El encanto de las dedicatorias	428
Vázquez Santa Ana y el folklore literario.....	429
La maquina.....	431
El conspirador Aviraneta.....	433
Homenaje a Manuel José Othón	435
El Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda.....	437
Impresiones célebres y libros raros.....	438
Los mexicanos pintados por sí mismos	440
El arte literario en México.....	441
El caminar y vuelo de las palabras.....	443

1957

Poetas mexicanos.....	445
Cuentos de loros	447

La lira de la juventud.....	448
Poesías mejicanas.....	450
Bibliografía de Carlos María de Bustamante	452
El país de las perlas.....	453
Humilde poeta y soldado de la patria.....	455
Los cubanos en México	457
Bibliografía de José Peón y Contreras	458
La cajita.....	460
José María Esteva, poeta popular	461
José María Esteva y Salvador Díaz Mirón	463
Julián del Casal, poeta modernista.....	465
Décima de Acuña.....	467
La hija de Oaxaca.....	469
Paisajes y leyendas	470
Francisco Salazar, escritor y librero oaxaqueño.....	472
Recuerdo de México en Zorrilla.....	474
Llanto de Ralph E. Warner.....	476
Canciones de la infancia	478
Sergio Martínez, maestro rural.....	480
Poesía de José Blas Santaella.....	482
<i>El Mundo Ilustrado</i>	483
Otra versión de “La Delgadina”	485
El cuento del loro Lorenzo	487
La moraleja del cuento de loros.....	489
Otra versión de <i>A Cristo crucificado</i>	491
Goitia y Urbina.....	492
Las cosas en su punto	494
<i>Acopio de sonetos castellanos</i> de Roa Bárcena.....	495
Flores del siglo	497
Fray Gaspar de los Reyes	499
<i>Correo Literario y Político de Londres</i>	500
Manuel Eduardo de Gorostiza.....	502
Ruiz de Alarcón, poeta.....	504
La novela de la Revolución	505
Versos olvidados de Agustín F. Cuenca.....	507
México inspirador	510

Antología de la Poesía Hispanoamericana.....	512
Versos de Agustín F. Cuenca	513
Lírica mexicana.....	515
Viernes poéticos.....	517
Los certámenes literarios	518
La revista <i>Anáhuac</i>	520
<i>Platerías. A. Nervo</i>	521
Mariano Silva y Aceves	523
Zarco, desconocido.....	524
Periodismo y literatura.....	526
Panorámica de las letras.....	527
Luis Spota	529

1958

Pródiga cosecha de poesía mexicana.....	531
Elvira Vargas.....	532
Cuál el tema.....	534
Griselda	535
Origen de la leyenda	537
<i>Vindicación de Méjico</i>	539
Cronistas de México	541
La soldadera	542
Altamirano, vengativo	544
El lunar de Tezozómoc	546
Los memorables retratos de mujeres	548
“El Nigromante”, poeta	549
Las mañanas de Sanborn’s.....	551
Soneto de “El Nigromante”	553
Hombre viejo en hombre nuevo	554
Sólo Dios hace un árbol	556
<i>La brasa en el pico del cuervo</i> de Rómulo Gallegos	557
El mural de Covarrubias	559
Desaliño en Francisco de Burgoa	560
Visita a un poeta.....	562
Vigilia de Martí por México.....	564
El Museo de Arte Popular	565

Días últimos de “El Pensador Mexicano”	567
Paul Rivet.....	568
El mito americano.....	570
Épica prehispánica.....	572
La flor del canto.....	573
Narcisa Fuentes, la niña artillera.....	575
Benemérito de América.....	576
Isaías Castillejos Manzo.....	578
Las revistas literarias.....	579
¿Y nuestros muertos...?.....	581
Bustamante contradictorio.....	583
Las letras de oro.....	585
Rubor de Carlos Pellicer.....	586
Educación: sueño mexicano.....	587
¿Cuilapan, Guerrerotitlán o <i>Guerrero</i> oo?.....	589
Folletería mexicana del siglo XIX.....	591
Una familia de héroes.....	592
Día de muertos.....	594
Veleidades de la moda.....	595
¿Dolores Guerrero, influencia de Acuña?.....	597
Celia Calderón, pintora.....	599
Recordando a Ermilo Abreu Gómez.....	600
Carrillo Gil, peregrino artista.....	601
La peladez, género mexicano.....	603
Las dichosas antologías.....	605
Mundo iberoamericano.....	606

1959

Isidro Fabela.....	609
Las letras y los tiempos.....	611
Jorge Fernando Iturribarria.....	612
Adiós letras, adiós leyendas.....	614
La Cleopatra o Isis zapoteca.....	615
La unidad nacional.....	616
Ernesto Albertos Tenorio.....	618
Mural de la Alameda Central.....	619

Manuel Caballero, editor de los <i>Almanaques mexicanos</i>	621
Francisco Gutiérrez, pintor oaxaqueño	622
Viaje ideal por Oaxaca	624
Urbina, amigo de la Revolución Mexicana.....	625
La sociología de las letras	627
Imágenes maternas	629
El abate Brasseur de Bourbourg	630
La Rotonda de los Hombres Ilustres.....	632
Velada en honor de Sor Juana	634
Retorno a las antologías	635
Lecturas infantiles.....	637
Antonin Artaud, perseguido de Dios.....	638
Fanny Chambers Gooch	640
Un cenote, la tristeza de Martí	642
La naturaleza de la literatura nacional	644
La novela, el género literario más difícil	645
Leonardo Márquez	647
Melchor Ocampo.....	649
Madame Calderón de la Barca.....	650
Hermann Beyer, arqueólogo alemán	652
Francisco Sumichrast, sabio suizo	653
XXV Aniversario del FCE.....	655
Ezequiel Montes	657
Filomeno Medina.....	658
Zorrilla y su funesta facilidad de escribir	660
La difícil circunstancia del periodismo	661
Auge por el estudio de los mexicanismos.....	663
Otras notas de Jesús Galindo y Villa	664
1960	
Historia y leyenda de los libros.....	667
Los “clásicos verdes” de Vasconcelos	668
Poema no coleccionado de González Bocanegra	670
Tomás Gage, viajero inglés	672
Minucias en una miscelánea.....	674
Nuevos atisbos sobre Gutiérrez Nájera.....	675

La Real Academia de la Lengua Española.....	676
Curioso soneto atribuido a Díaz Covarrubias.....	678
Niceto de Zamacois, escritor español	680
¿Oaxaca, tierra sin poetas?.....	681
Gusto y uso del seudónimo.....	683
¿Los periodistas no son escritores?.....	684
Obra temprana de Orozco y Berra.....	686
<i>La Chinaca</i> , periódico del pueblo.....	688
Canto chinaco	690
Juan Bautista Carriedo.....	692
Romance del 5 de mayo.....	694
Etimologías toponímicas.....	696
“El Nigromante”, poeta	698
<i>La Biblioteca Mexicana Popular y Económica</i>	700
Hallazgo sobre Luis de la Rosa.....	701
Davis Robinson, viajero y escritor americano.....	703
¿Soneto de Altamirano?	705
Manos y emoción indígena	706
Conoceos los unos a los otros	708
Carriedo, historiador oaxaqueño	709
¿Narración de Ermilo Abreu Gómez?.....	711
Impresiones de viaje	713
La Barca de Oro	714
Fray Miguel de Guevara	716
Manuscrito inédito de Guillermo Prieto.....	717
El célebre soneto al Tiempo.....	718
Juárez, expresión de México.....	720
El canto del centzontle	721
Versos olvidados de Urbina.....	723
Filadelfia, nido de conspiradores.....	724
Guillermo Prieto	725
El Marqués de San Basilio	726
Traducciones de obras literarias	728
La victoria de Junín	729
Prieto en las antologías	730
Rudolf Ackermann	731

Jacobo Dalevuelta	732
Vicente Riva Palacio	733
La Araucana	734
¿Nombre y autor del soneto?	736
Lector de las <i>Alacenas</i>	737
Pantaleón Tovar, poeta olvidado	738
Coplas de <i>La Llorona</i>	740
Henri Lebrun.....	741
1961	
Perú y México	743
Librerías La Ilustración	744
Errores de Julio Jiménez Rueda	746
Los calendarios mexicanos, nuevo género literario	747
Dámaso Alonso.....	749
El miedo, tema literario.....	750
Evocación de Héctor Pérez Martínez	751
El General Prim	753
Dámaso Alonso y Tello de Guzmán	754
Áurea Procel	756
Editoriales extranjeras	757
Erwin K. Mapes	758
El ladino	759
José Luis Martínez, historiador de nuestras letras	761
A pesar de todo... ..	762
Zorrilla, desventurado.....	764
Aprendizaje de una lengua.....	765
Fiesta de Corpus	767
Amistad Zorrilla-Valle Inclán.....	768
Falsas opiniones sobre escritores.....	770
¿Para qué leemos?	771
Los niños pintados por ellos mismos.....	773
Diez años de <i>Alacenas</i>	774
Desconocido autor	776
Azorín	777
Juárez, trabaja todavía.....	778

Editor y autor	779
¿Qué es y cómo se escribe una <i>Alacena</i> ?	781
Diario de un escribiente de legación	783
Otra versión de “Las señas del marido”	784
Recuento de libros y papeles viejos.....	786
María Elena Landa.....	788
El almacén de los niños	789
El Paraíso Perdido.....	790
Pedro Frank de Andrea.....	791
Las mujeres del Istmo	793
Lo maravilloso cotidiano.....	794
Diego, inventor de verdades	796
Primero las espinas	797
Hay días en que... ..	799
Gloria y fama	800
José Alvarado.....	802
Miguel N. Lira y César Garizurieta	804
Horas dominicales.....	806
Curiosidad del zapoteco	807
Juárez, en la imaginación popular.....	809
García Narezo y las mujeres del Istmo.....	811
Índice onomástico	813



**CONOCER
PARA DECIDIR**
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA

INSTITUCIONES COEDITORAS

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior	Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos, A.C.	Secretaría de la Reforma Agraria	Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Cámara de Diputados	Gobierno del Estado de Chiapas	Simon Fraser University	Universidad Nacional Autónoma de México
<i>LIX Legislatura</i>	Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa	Sociedad Mexicana de Medicina Conductual	<i>Centro de Estudios sobre la Universidad</i>
<i>LX Legislatura</i>	Ibero-Amerikanisches Institut	Universidad Anáhuac del Sur	<i>Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades</i>
Centro de Estudios de México	Instituto Federal Electoral	Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca	<i>Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias</i>
Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C.	Instituto Iberoamericano para el Fortalecimiento del Poder Legislativo, A.C.	<i>Instituto de Investigaciones Sociológicas</i>	<i>Dirección General de Publicaciones y Formato Editorial</i>
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social	Instituto Tecnológico Autónomo de México	Universidad Autónoma de Aguascalientes	<i>Facultad de Contaduría y Administración</i>
Centro de Investigación y Docencia Económicas	Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey	Universidad Autónoma de Baja California	<i>Facultad de Economía</i>
Centro del Tercer Mundo para el Manejo del Agua	<i>Campus Ciudad de México</i>	Universidad Autónoma del Estado de Querétaro	<i>Facultad de Estudios Superiores Acatlán</i>
Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales	<i>Campus Estado de México</i>	Universidad Autónoma de Yucatán	<i>Facultad de Estudios Superiores Aragón</i>
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes	<i>Campus Monterrey</i>	Universidad Autónoma de Zacatecas	<i>Instituto de Geografía</i>
<i>Instituto Nacional de Antropología e Historia</i>	<i>Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública</i>	<i>Doctorado en Estudios del Desarrollo</i>	<i>Instituto de Investigaciones Económicas</i>
El Colegio de la Frontera Norte, A.C.	Integración para la Democracia Social, APN	Universidad Autónoma Metropolitana	<i>Instituto de Investigaciones Sociales</i>
El Colegio de San Luis	Internacional Socialista	<i>Unidad Azcapotzalco</i>	<i>Programa Universitario de Estudios de Género</i>
El Colegio de Sonora	Libertad de Información-México, A.C.	<i>Unidad Iztapalapa</i>	<i>Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad</i>
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México	Poder Legislativo del Estado de México, LVI Legislatura	<i>Unidad Xochimilco</i>	<i>Seminario de Educación Superior</i>
Fundación Colosio, A.C.	Secretaría de Gobernación	<i>Programa Universitario Integración en las Américas</i>	Universidad Pedagógica Nacional
Fundación Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset	<i>Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración</i>	Universidad de California Santa Cruz	Universidad Veracruzana
Fundación Konrad Adenauer, A.C.		Universidad de Colima	Universidad de Barcelona
		Universidad de Guadalajara	
		Universidad de Occidente	

Alacena de minucias



Miguel Ángel
Porrúa



CONOCER
PARA CONSTRUIR
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA